

*Una novela épica de guerra y gloria en el Japón feudal*

# TAIKO

EIJI YOSHIKAWA

Autor de *Musashi*

Hiyoshi es un niño de familia humilde, hijo de un samurái reconvertido en granjero. Menudo y feo, todos le conocen como "Cara de Mono", siendo objeto constante de chanzas y de burlas. Pero detrás de su rostro arrugado, Hiyoshi esconde grandes virtudes: es un chico tenaz, inteligente, tremendamente persuasivo, además de poseer un descaro y una ambición insólitos. Armado únicamente con sus manos desnudas, Hiyoshi se dispone a abrirse paso en el intrincado mundo de los señores de la guerra.

Basada en la vida real de Toyotomi Hideyoshi (1537-1598), figura clave en la historia japonesa, *Taiko* introduce al lector en un apasionante viaje por el Japón feudal, sumergiéndolo en un trepidante desfile de hazañas épicas, batallas y expediciones militares. Se ambienta a finales del siglo XVI, el de los últimos años del Sengoku, una época de cruentas y largas guerras civiles, y describe un tiempo decisivo, en el cual se pacificó Japón. Una hazaña llevada a cabo por los tres grandes daimyos o señores feudales, conocidos como los unificadores del país. El carismático pero brutal Nobunaga, el astuto e inteligente Hideyoshi y el paciente y maduro Tokugawa.

Eiji Yoshikawa, también autor de *Musashi*, es quizás uno de los autores que más han influido en el modo que los japoneses ven su propia historia, y en *Taiko*, probablemente su mejor novela, el lector occidental tiene una excelente oportunidad para conocerla con verdadero deleite. *Taiko*, además, no es solo la novelización de una época y unos personajes que trazaron el destino de una nación, sino que es también una delicada representación de la vida feudal japonesa, del Bushido —el camino del samurái—, de su sentido del honor, de su intimidad, de su honda y ceremoniosa concepción de la existencia y de su arte.



eBooks con estilo

Eiji Yoshikawa

# Taiko

ePUB v2.1

victordg 14.05.12

---

más libros en [epubgratis.me](http://epubgratis.me)

---

Título original: *Shinsho Taiko ki* (新書太閤記)

Eiji Yoshikawa, 1967.

Traducción: Jordi Fibla. Ediciones Martinez Roca S.A.

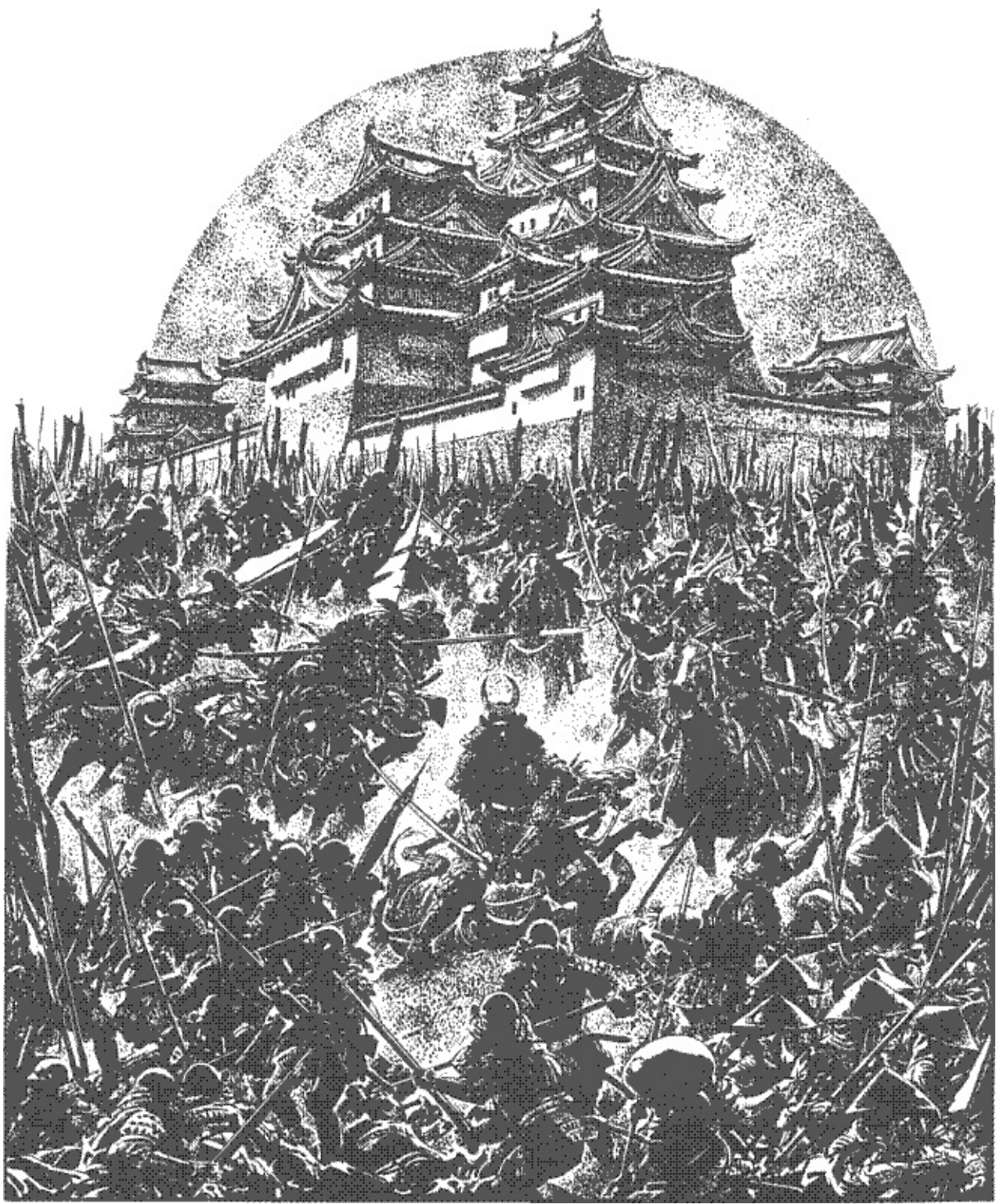
Ilustraciones: Noriyoshi Ōrai

Diseño/retoque portada: victordg

Editor original: victordg (v1.0 a v2.1)

Corrección de erratas: victordg

ePub base v2.0



## Nota para el lector

Hacia mediados del siglo XVI, cuando se derrumbó el shogunado Ashikaga, Japón llegó a parecer un enorme campo de batalla. Los señores de la guerra rivales competían por el dominio, pero entre ellos surgieron tres grandes figuras, como meteoros que cruzaran el cielo nocturno. Estos tres hombres, que sentían idéntica pasión por controlar y unificar el Japón, diferían en su personalidad hasta un extremo asombroso. Nobunaga era temerario, tajante y brutal; Hideyoshi, modesto, sutil y complejo; Ieyasu, sereno, paciente y calculador. Sus filosofías divergentes han sido recordadas durante largo tiempo por los japoneses en unos versos que conocen todos los escolares:

¿Qué hacer si el pájaro no canta?

Nobunaga responde: «¡Mátalo!».

Hideyoshi responde: «Haz que quiera cantar».

Ieyasu responde: «Espera».

Ésta es la historia del hombre que logró que el pájaro quisiera cantar.

# El Imperio japonés



Mar del Japón



Océano Pacífico

# Heráldica

Blasones familiares de los señores  
samurais que aparecen en Taiko

	TOYOTOMI HIDEYOSHI El Taiko		ODA NOBUNAGA Señor de la provincia de Owari
	TOKUGAWA IEYASU Señor de la provincia de Mikawa		AKECHI MITSUhide Señor de la provincia de Tamba
	SHIBATA KATSUIE Señor de la provincia de Echizen		SAITO DOSAN Señor de la provincia de Mino
	TAKEDA SHINGEN Señor de la provincia de Kai		IMAGAWA YOSHIMOTO Señor de la provincia de Suruga
	ASAI NAGAMASA Señor de la provincia de Omi		MORI TERUMOTO Señor de las provincias occidentales



# Medida del tiempo en el Japón medieval

## RELOJ TRADICIONAL JAPONÉS DE DOCE HORAS



### FECHAS

Fecha lunar: Primer Día Del Primer Mes Del Quinto Año De Temmon

Fecha solar: Segundo Día Del Mes De Febrero De 1536 d. C.

Las fechas en Taiko siguen el calendario lunar japonés tradicional. Los doce meses lunares de veintinueve o treinta días no recibían nombres sino que estaban numerados de uno a doce. Como el año lunar, era de 353 días, doce días menos que el año solar, algunos años se añadía un decimotercer mes. No existe ninguna manera sencilla de convertir una fecha del calendario lunar en su equivalente solar, pero una orientación aproximada consiste en tomar el primer mes lunar como el mes de febrero del calendario solar.

# Prólogo a la edición española

Eiji Yoshikawa (1892-1962) es uno de los escritores más queridos que han dado las letras japonesas. A lo largo de su vida compaginó el periodismo con una prolífica actividad literaria, escribiendo un gran número de novelas que en el momento de su muerte le habían convertido en el escritor más célebre de Japón.

Yoshikawa ha probado, además, tener un atractivo universal. *Musashi*<sup>[1]</sup>, una de sus novelas más importantes y representativas, fue traducida al inglés a finales de la década de los ochenta, y se convirtió rápidamente en un auténtico éxito de ventas. A esta traducción siguieron muy poco después otras a las principales lenguas europeas, cada una de las cuales ha sido recibida con una acogida igual de calurosa.

Las claves del éxito de Yoshikawa se encuentran en gran medida en sus cualidades como narrador. Tanto *Musashi* como la novela que ahora presentamos fueron publicadas originalmente en forma de serial, y tienen todos los rasgos característicos de un folletín. La intención declarada de ambas novelas es la de entretener, y su funcionalidad resulta igual de marcada en lo que se refiere a estrategias narrativas que en su uso dramático de hechos y personajes históricos. Por encima de cualquier otro rasgo, hay una cualidad que destaca en este escritor singular: resulta tremendamente eficaz.

Cabe destacar asimismo el carácter casi mítico de los protagonistas principales de ambas novelas. O, si se prefiere, el propósito idealizador que impulsa a Yoshikawa.<sup>[2]</sup> La figura histórica de *Musashi* representa el ideal del código samurai, y se ha consagrado como un modelo de inspiración para los japoneses. De hecho, *El libro de los cuatro anillos* —el ideario escrito por el *Musashi* histórico sobre el camino del samurai— es utilizado hoy en día como libro de cabecera por multitud de ejecutivos japoneses.<sup>[3]</sup>

De la misma manera, en *Taiko*, la figura de Hideyoshi es igualmente emblemática. De origen humilde, logra pasar de mozo de sandalias a *Taiko*, regente absoluto en nombre del emperador. Para ello cuenta con los simples medios de una voluntad infatigable y una profunda humanidad, consiguiendo inspirar una inquebrantable lealtad y, sobre todo, convirtiendo a enemigos en aliados gracias a sus dotes de percepción de la naturaleza humana. Es quien pone punto final al conflicto más sangriento de la historia de Japón y, al mismo tiempo, logra una victoria personal imprevisible.

Las figuras idealizadas de ambos personajes representan en el fondo el modo en que los propios japoneses desean verse a sí mismos. En este sentido, tanto *Musashi* como *Taiko* permiten al lector occidental entender de primera mano la mentalidad japonesa, la forma de pensar de una cultura que, día a día, está ganando una influencia creciente entre nosotros.

Alejo Cuervo

# LIBRO UNO

QUINTO AÑO DE TEMMON

1536

# Personajes y lugares

Hiyoshi, nombre que tenía en su infancia Toyotomi Hideyoshi, el Taiko

Ofuku, hijo adoptivo de Sutejiro

Onaka, madre de Hiyoshi

Otsumi, hermana de Hiyoshi

Kinoshita Yaemon, padre de Hiyoshi

Chikuami, padrastro de Hiyoshi

Kato Danjo, tío de Hiyoshi

Watanabe Tenzo, dirigente de una banda de samurais sin señor

Sutejiro, mercader de cerámica

Hachisuka Koroku, jefe del clan Hachisuka

Saito Dosan, señor de Mino

Saito Yoshitatsu, hijo de Dosan

Akechi Mitsuhide, servidor del clan Saito

Matsushita Kahei, servidor del clan Imagawa

Oda Nobunaga, señor de Owari

Kinoshita Tokichiro, nombre impuesto a Hiyoshi cuando se convirtió en samurai

Shibata Katsuie, jefe del clan Shibata y servidor de alto rango de Oda

Hayashi Sado, servidor de alto rango de Oda

Owari, lugar natal de Toyotomi Hideyoshi y provincia del clan Oda

Kiyosu, capital de Owari

Mino, provincia del clan Saito

Inabayama, capital de Mino

Suruga, provincia del clan Imagawa

# ¡Mono! ¡Mono!

—¡Es mi abeja!

—¡Es mía!

—¡Embustero!

Siete u ocho muchachos se habían desplegado por los campos como un torbellino, agitando con palos las flores amarillas de las plantas de mostaza y las flores de rábano, de un blanco immaculado, en busca de las abejas provistas de saquitos de miel a las que llamaban abejas coreanas. El hijo de Yaemon, Hiyoshi, tenía seis años de edad, pero su cara arrugada parecía una ciruela encurtida. Era más menudo que sus compañeros, pero ningún otro chiquillo del pueblo le igualaba en diabluras y conducta desmandada.

—¡Idiota! —gritó al verse derribado por un chico más corpulento que intentaba hacerse con una abeja.

Antes de que pudiera levantarse, otro muchacho le pisoteó. Hiyoshi le hizo la zancadilla.

—¡La abeja pertenece al que la captura! —exclamó, levantándose ágilmente y atrapando a la abeja en vuelo—. ¡Viva! ¡Ésta es mía!

Con la abeja dentro del puño cerrado, Hiyoshi dio otros diez pasos antes de abrir la mano. Tras arrancar al insecto la cabeza y las alas, se lo metió en la boca. El estómago de la abeja era un saquito de dulce miel. Para aquellos niños, que jamás habían probado el azúcar, era maravilloso que algo pudiera tener un sabor tan dulce. Hiyoshi entrecerró los ojos, dejó que la miel se deslizara por su garganta y chascó los labios. Los otros niños le miraban y la boca se les hacía agua.

—¡Mono! —gritó un chico corpulento apodado Ni'o, el único a quien Hiyoshi no podía vencer. Los demás, que lo sabían, se le unieron.

—¡Mandrill!

—¡Mono!

—¡Mono, mono, mono! —corearon.

Incluso Ofuku, el niño más pequeño, participó en los insultos. Decían que tenía ocho años, pero no era mucho más alto que Hiyoshi, de seis. Sin embargo, era mucho mejor parecido, de cutis claro y ojos y nariz armoniosos. Ofuku, hijo de un lugareño acomodado, no era el único que vestía kimono de seda. Probablemente su verdadero nombre era Fukutaro o Fukumatsu, pero se lo habían abreviado y dotado de la partícula honorífica *o*, imitando una práctica corriente entre los hijos de las familias ricas.

—También tú tenías que decirlo, ¿eh? —le dijo Hiyoshi, fulminándole con la mirada. Le traía sin cuidado que los demás chicos le llamasen mono, pero Ofuku era diferente—. ¿Has olvidado que soy el que siempre saca la cara por ti, medusa sin espinazo?

Tras esta reconvención, Ofuku no pudo decir nada. Había perdido el valor y se mordía las uñas. Aunque era sólo un niño, le dolía mucho más verse tachado de ingrato que recibir un insulto como medusa sin espinazo. Los demás desviaron la vista y su atención pasó de las abejas melíferas a una nube de polvo amarillo que se alzaba en el extremo de los campos.

—¡Mirad, un ejército! —gritó uno de los chiquillos.

—¡Samurais! —dijo otro—. Regresan de combatir.

Los niños agitaron las manos y lanzaron vítores.

El señor de Owari, Oda Nobuhide, y su vecino, Imagawa Yoshimoto, eran enemigos encarnizados, una situación que motivaba constantes escaramuzas a lo largo de su frontera común. Cierta año, las tropas de Imagawa cruzaron la frontera, incendiaron los pueblos y pisotearon las cosechas. Las tropas de Oda se apresuraron a salir de los castillos de Nagoya y Kiyosu y derrotaron al enemigo, pasando por las armas hasta el último hombre. Llegó el invierno y hubo escasez de alimento y abrigo, pero el pueblo no reprochó nada a su señor. No les importaba morir de hambre ni pasar frío. De hecho, contrariamente a las expectativas de Yoshimoto, sus penalidades sólo sirvieron para aumentar la hostilidad que sentían hacia él.

Los niños, desde su mismo nacimiento, habían visto tales cosas y oído hablar de ellas. Cuando veían a las tropas de su señor, era como si se viesan a sí mismos. Llevaban la lucha en la sangre, y nada les excitaba más que la estampa de los hombres armados.

—¡Vayamos a verlos!

Los muchachos se dirigieron hacia los soldados, y todos echaron a correr excepto Ofuku y Hiyoshi, que seguían mirándose ferozmente. El poco brioso Ofuku quería correr con los demás, pero se lo impedía la mirada de Hiyoshi.

—Lo siento. —Ofuku se acercó nerviosamente a Hiyoshi y le puso una mano en el hombro—. Lo siento, ¿de acuerdo?

La cólera enrojeció el rostro de Hiyoshi y apartó bruscamente el hombro, pero al ver que Ofuku estaba al borde de las lágrimas se ablandó.

—Es que te juntas con ellos para insultarme —le reprochó—. Cuando se meten contigo, siempre te insultan, te llaman cosas como «el crío chino», pero ¿me he burlado de ti alguna vez?

—No.

—Incluso un crío chino, cuando se convierte en miembro de nuestra pandilla, es uno de nosotros. Eso es lo que digo siempre, ¿no?

—Sí.

Ofuku se restregó los ojos. Las lágrimas disolvían el barro adherido a la piel, formando manchones alrededor de los ojos.

—¡Estúpido! Si te llaman «el crío chino» es porque lloras. Anda, vamos a ver a los guerreros. Si no nos damos prisa, se habrán ido.

Cogiendo a Ofuku de la mano, Hiyoshi corrió en pos de los otros.

Caballos de batalla y estandartes surgían de la nube de polvo. Eran unos veinte samurais montados y doscientos soldados de infantería. Tras ellos avanzaba un abigarrado grupo de mozos, que transportaban picas, lanzas y arcos. Desde la carretera de Atsuta, cruzaron la llanura de Inaba y empezaron a subir por el terraplén del río Shonai. Los niños adelantaron a los caballos y corrieron terraplén arriba. Con los ojos brillantes, Hiyoshi, Ofuku, Ni'o y los demás mocosos recogieron rosas, violetas y otras flores silvestres y las arrojaron al aire, al tiempo que gritaban a voz en cuello: «¡Hachiman! ¡Hachiman!», invocando al dios de la guerra, y exclamaban: «¡Victoria para nuestros valientes y gloriosos guerreros!».

Tanto en los pueblos como en los caminos, los niños se apresuraban a lanzar tales exclamaciones cada vez que veían pasar a los guerreros.

El general, los samurais montados y los soldados que avanzaban arrastrando los pies permanecían todos ellos en silencio y sus recios rostros eran impenetrables como máscaras. No advirtieron a los niños

que no se acercaran demasiado a los caballos ni se dignaron dirigirles una simple sonrisa. Aquellos hombres parecían formar parte del ejército que se había retirado de Mikawa, y era evidente que la batalla había sido encarnizada. Tanto los caballos como los hombres estaban exhaustos. Los heridos manchados de sangre se apoyaban pesadamente en los hombros de sus camaradas. La sangre seca brillaba, negra como la laca, sobre las armaduras y las astas de las lanzas. Sus rostros sudorosos estaban tan llenos de polvo endurecido, que sólo los ojos brillaban a través de aquella capa de mugre.

—Dad de beber a los caballos —ordenó un oficial.

Los jinetes samurais hicieron circular la orden a gritos. Llegó entonces la orden de que descansaran. Los jinetes desmontaron y los infantes se detuvieron de inmediato. Exhalando suspiros de alivio, se dejaron caer en la hierba sin decir nada.

Al otro lado del río, el castillo de Kiyosu parecía minúsculo. Uno de los samurais era el hermano menor de Oda Nobuhide, Yosaburo, el cual se sentó en un escabel y se quedó mirando el cielo, rodeado por media docena de servidores silenciosos.

Los hombres se vendaron las heridas de brazos y piernas. A juzgar por la palidez de sus rostros, era evidente que habían sufrido una gran derrota, pero eso no importaba lo más mínimo a los niños, los cuales, cuando veían sangre, se transformaban ellos mismos en héroes ensangrentados, y al ver el brillo de lanzas y picas se convencían de que el enemigo había sido aniquilado y se sentían llenos de orgullo y excitación.

—¡Hachiman! ¡Hachiman! ¡Victoria!

Una vez los caballos hubieron bebido, los niños también les arrojaron flores y los vitorearon.

Un samurai que estaba al lado de su caballo vio a Hiyoshi y le dijo:

—¡Hijo de Yaemon! ¿Cómo está tu madre?

—¿Hablas conmigo?

Hiyoshi se acercó al hombre y le miró alzando su carita mugrienta. El samurai asintió y puso una mano en la cabeza sudorosa de Hiyoshi. No tendría más de veinte años. Al pensar en que aquel hombre acababa de regresar del combate y notar el peso del guantelete de cota de malla en la cabeza, una sensación de gloria sobrecogió a Hiyoshi.

Se preguntó si su familia realmente conocía a aquel samurai. Cerca de allí sus amigos le miraban y podían ver lo orgulloso que estaba.

—Eres Hiyoshi, ¿no es cierto?

—Sí.

—Un buen nombre. Sí, un buen nombre.

El joven samurai dio una última palmadita a la cabeza de Hiyoshi y entonces golpeó la faja de su armadura de cuero y se enderezó un poco, sin dejar de examinar el rostro de Hiyoshi. Algo le hizo reír.

Hiyoshi tenía facilidad para hacer amigos, incluso entre los adultos. Que un desconocido, y nada menos que un guerrero, le tocara la cabeza, hacía que los ojos le brillaran de orgullo. No tardó en recuperar su locuacidad habitual.

—Pero, ¿sabes?, nadie me llama Hiyoshi. Sólo mis padres lo hacen.

—Supongo que eso se debe a tu aspecto.

—¿De mono?

—Bueno, está bien que lo sepas.

—Así me llama todo el mundo.

—¡Ja, ja!

La risa del samurai armonizaba con su vozarrón. Los demás hombres se rieron también, mientras Hiyoshi, tratando de parecer hastiado, se sacó de un bolsillo un tallo de mijo y empezó a mordisquearlo. El jugo herboso del tallo era dulzón.

Escupió sin ningún disimulo el tallo masticado.

—¿Qué edad tienes?

—Seis años.

—¿De veras?

—¿De dónde eres, señor?

—Conozco bien a tu madre.

—¿Ah, sí?

—La hermana menor de tu madre suele venir a mi casa. Cuando regreses, da recuerdos de mi parte a tu madre. Dile que Kato Danjo le desea buena salud.

Una vez finalizado el descanso, soldados y caballos se pusieron en fila y cruzaron los bajíos del río Shonai. Danjo echó una mirada atrás y montó rápidamente. La armadura y la espada le daban un aire de nobleza y poderío.

—Dile que cuando la lucha termine visitaré la casa de Yaemon.

Dicho esto, Danjo lanzó un grito, espoleó su caballo y entró en los bajíos del río para incorporarse a la fila. La espuma blanca lamió las patas del caballo.

Hiyoshi, todavía con restos del jugo de mijo en la boca, se quedó mirándole como extasiado.

\*

\*

\*

Cada vez que la madre de Hiyoshi iba al cobertizo de almacenamiento, salía muy deprimida. Iba allí en busca de encurtidos, grano o leña, y cada visita era un recordatorio de que las existencias solían agotarse. Al pensar en el futuro se le hacía un nudo en la garganta. Sólo tenía a los dos niños, Hiyoshi, de seis años, y su hermana Otsumi, de nueve, y naturalmente ninguno de los dos era lo bastante mayor para realizar un trabajo eficaz. Su marido, herido en combate, era incapaz de hacer nada salvo quedarse sentado al lado del hogar con la mirada perdida en el espacio bajo la tetera colgante, incluso en verano, cuando no había brasas.

«Esas cosas... —pensó la mujer—. Me sentiría mejor si las quemáramos.»

Apoyadas contra una pared del cobertizo había una lanza con negra asta de roble, por encima de la que pendía un yelmo de infante que parecía formar parte de una vieja armadura. En la época en que su esposo partió al combate, aquel equipo era lo mejor que poseía. Cada vez que ella lo miraba, no sentía más que repugnancia. Ahora estaba cubierto de hollín y, al igual que su marido, era inútil. La idea de la guerra le hacía estremecerse.

«No me importa lo que diga mi marido; Hiyoshi no va a convertirse en samurai», resolvió.

Cuando se casó con Kinoshita Yaemon, creía que lo mejor era elegir por marido a un samurai. Su casa natal de Gokiso, aunque pequeña, había sido la de una familia de samurais, y si bien Yaemon era soldado de infantería, estaba al servicio de Oda Nobuhide. Cuando se casaron, con el juramento de que



«en el futuro ganaremos un millar de fanegas de arroz», la armadura constituyó el símbolo de sus esperanzas y primó sobre los bienes domésticos que ella había querido. Era innegable que le traía felices recuerdos de su matrimonio, pero el contraste entre sus sueños juveniles y el presente no merecía que le dedicara su pensamiento un solo instante. Era una maldición que le corroía el alma. Su marido había quedado inválido antes de que hubiera podido distinguirse en el combate. Como no era más que un infante, se había visto obligado a abandonar el servicio de su señor. Ganarse la vida resultó difícil durante los seis primeros meses, y acabó convirtiéndose en agricultor. Ahora ni siquiera era capaz de esa actividad.

No le faltó la ayuda de su mujer. Llevándose consigo a sus dos hijos, la esposa de Yaemon había recogido hojas de morera, arado los campos, trillado mijo y mantenido a raya la pobreza durante aquellos años. Pero ¿qué ocurriría en el futuro? Al preguntarse hasta cuándo resistirían sus delgados brazos, sentía en su corazón el mismo frío y la penumbra que reinaban en el cobertizo. Finalmente puso en un cesto de bambú el alimento para la cena, mijo y unas pocas tiras de rábano seco, y salió del cobertizo. Aún no había cumplido treinta años, pero el parto de Hiyoshi no había sido fácil y desde entonces su piel tenía el color pálido de un melocotón sin madurar.

—Madre.

Era la voz de Hiyoshi, el cual rodeó la esquina de la casa, buscándola. Su madre se rió quedamente. Tenía sólo una gran esperanza: criar a Hiyoshi y convertirlo en la clase de hijo y heredero que crecería rápidamente y sería capaz de ofrecer a su padre, por lo menos, un poco de *sake* cada día. Ese pensamiento hizo que se sintiera mejor.

—Estoy aquí, Hiyoshi.

Hiyoshi corrió hacia el lugar de donde procedía la voz de su madre y, cuando llegó a su lado, cogió el brazo que sostenía el cesto.

—Hoy, en la orilla del río, he hablado con alguien que te conoce.

—¿Quién?

—¡Un samurai! Kato no sé qué. Dijo que te conoce y me ha dado recuerdos para ti. ¡Me dio palmadas en la cabeza y me hizo preguntas!

—Ah, debe de ser Kato Danjo.

—Estaba con un gran grupo de guerreros que volvían de una batalla. ¡Y también montaba un buen caballo! ¿Quién es?

—Pues... ese Danjo vive cerca del templo Komyoji.

—¿Y qué más?

—Es el prometido de mi hermana menor.

—¿Prometido?

—¡Vaya, qué insistente eres!

—Es que no lo entiendo.

—Van a casarse.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que será el marido de la hermana pequeña de mi madre?

Hiyoshi pareció satisfecho y se echó a reír. Su madre, al ver la mueca impúdica del chiquillo, mostrando mucho los dientes, no pudo por menos que considerarle, a pesar de que era su propio hijo, un mocoso precoz.

—Madre, hay una espada así de grande en el cobertizo, ¿verdad?

—Sí, ¿para qué la quieres?

—¿Puedo quedármela? Está muy mellada y padre ya no la usa.

—¿Otra vez jugando a la guerra?

—Me la quedo, ¿eh?

—¡De ninguna manera!

—¿Por qué no?

—¿Qué ocurrirá si el hijo de un agricultor se acostumbra a llevar espada?

—Pues algún día seré samurai.

Pisoteó el suelo como un chiquillo mimado, dando por zanjado el asunto. Su madre le miró irritada y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Necio! —le reprendió, y, enjugándose torpemente las lágrimas, le cogió de la mano y tiró de él—.

Anda, ayuda un poco a tu hermana y luego saca agua del pozo.

Tirando de él a la fuerza, regresó a la casa.

—¡No! ¡No! —Hiyoshi intentó zafarse, gritando e hincando los talones en la tierra—. ¡No! ¡Te odio!  
¡Eres una estúpida! ¡No!

Su madre le llevó a rastras, imponiendo su voluntad. En aquel momento el sonido de una tos, mezclado con humo del hogar, salió de la ventana cubierta con una rejilla de bambú. Al oír la voz de su padre, los hombros de Hiyoshi se contrajeron y guardó silencio. Yaemon no tendría más de cuarenta años, pero, condenado a vivir como un paralítico, tenía la voz áspera y carrasposa de un hombre que ha pasado de los cincuenta.

—Voy a decirle a tu padre lo mal que te portas —le dijo a Hiyoshi su madre, al tiempo que lo soltaba.

El chiquillo se cubrió el rostro con las manos y se enjugó los ojos bañados en lágrimas.

Mientras miraba al pequeño que resultaba tan difícil de tratar, su madre se preguntaba qué sería de él cuando creciera.

—¡Onaka! ¿Por qué estás gritando otra vez a Hiyoshi? Eso es impropio. ¿Por qué has de pelearte con tu propio hijo y llorar de esa manera?

Yaemon había hablado a través de la ventana, con la voz aguda de un enfermo.

—Entonces eres tú quien debería regañarle —replicó Onaka en tono de reproche.

Yaemon se echó a reír.

—¿Por qué? ¿Porque quiere jugar con mi vieja espada?

—Sí.

—Sólo estaba jugando.

—Así es, y no debería hacer eso.

—Es un muchacho, y además mi hijo. ¿Tan malos son sus deseos? ¡Dale la espada!

Onaka miró hacia la ventana con una expresión de sorpresa y se mordió el labio, frustrada.

—¡He ganado! —exclamó Hiyoshi, exultante, gozando de su victoria, pero sólo fue por un instante, pues en cuanto vio que las lágrimas se deslizaban por las pálidas mejillas de su madre, la victoria le pareció vacía—. ¡Por favor, deja de llorar! Ya no quiero la espada. Iré a ayudar a mi hermana.

Echó a correr a la cocina, donde su hermana estaba inclinada, soplando a través de una caña de

bambú para prender la leña dentro del horno de arcilla.

Hiyoshi entró dando brincos.

—Eh, ¿voy a sacar agua?

—No, gracias —respondió Otsumi, alzando tímidamente la vista, sorprendida por la irrupción de su hermano.

Sacudió la cabeza, preguntándose qué se proponía el pequeñajo.

Hiyoshi levantó la tapa de la vasija de agua y miró el interior.

—Ya está llena. ¿Amaso la pasta de judías?

—¡No! ¡No seas latoso!

—¿Latoso? Lo único que quiero es ayudar. Déjame que haga algo por ti. ¿Voy a buscar los encurtidos?

—¿No acaba de ir madre a buscarlos?

—Bueno, ¿qué puedo hacer entonces?

—Si te portaras como es debido, nuestra madre se sentiría feliz.

—¿Por qué? ¿Es que no me porto bien ahora? ¿Hay fuego en el horno? Yo lo encenderé. Apártate.

—¡No te necesito!

—Si te apartaras...

—¡Mira qué has hecho! ¡Lo has apagado!

—¡Embustera! ¡Eres tú quien lo ha apagado!

—No es verdad.

—¡Bocazas!

Impaciente porque la leña no prendía, Hiyoshi abofeteó a su hermana. Otsumi puso el grito en el cielo y se quejó a su padre. Como estaban al lado de la sala de estar, muy pronto la voz de su padre atronó en los oídos de Hiyoshi.

—¡No pegues a tu hermana! ¡Es inaceptable que un hombre golpee a las mujeres! ¡Ven aquí ahora mismo, Hiyoshi!

Al otro lado de la mampara divisoria, Hiyoshi tragó saliva y dirigió una fiera y acusadora mirada a su hermana. Entró su madre y se quedó al lado de la puerta, consternada porque aquello sucedía de nuevo.

Yaemon era aterrador, el padre más aterrador del mundo. Hiyoshi le obedeció. Se sentó en el suelo, erguido, y miró a su padre.

Kinoshita Yaemon estaba sentado ante el hogar. Tenía a su espalda el bastón que necesitaba para caminar, sin el que no podía ir a ninguna parte, ni siquiera al retrete. Uno de sus codos descansaba sobre una caja de madera que usaba para hilar cáñamo, una actividad secundaria a la que se dedicaba cuando se sentía con ganas. Aunque estaba incapacitado, así podía contribuir un poco a las finanzas domésticas.

—¡Hiyoshi!

—Sí, señor.

—No seas un fastidio para tu madre.

—Sí.

—Y no discutas con tu hermana. Piensa en la impresión que causas. ¿Cuál debería ser tu conducta como hombre y cómo has de comportarte con las mujeres, a las que es preciso proteger?

—Bueno, yo no...

—¡Calla! Tengo oídos. Sé dónde estás y qué haces, aunque nunca salga de esta habitación.

Hiyoshi se estremeció. Creía lo que su padre le estaba diciendo.

Sin embargo, Yaemon no podía reprimir el afecto que sentía por su único hijo varón. Tenía un brazo y una pierna que jamás podrían volver a ser como antes, pero estaba convencido de que, gracias a aquel niño, su sangre seguiría existiendo durante cien años. Entonces miró de nuevo a Hiyoshi y su estado de ánimo sufrió una variación. Un padre tenía que ser el mejor juez de su hijo, pero ni siquiera en sus momentos de mayor optimismo Yaemon podía ver de qué modo aquel arrapiezo de extraño aspecto y nariz mocosa se levantaría por encima de sus padres y borraría el descrédito de su apellido. Con todo, Hiyoshi era su único hijo varón y Yaemon depositaba en él unas esperanzas imposibles.

—La espada que está en el cobertizo... ¿la quieres de veras, Hiyoshi?

—Bueno... —El chiquillo sacudió la cabeza.

—¿No la quieres?

—La quiero, pero...

—¿Entonces por qué no lo dices claramente?

—Madre ha dicho que de ninguna manera me la quede.

—Eso es porque las mujeres detestan a las espadas. Espera aquí.

El hombre cogió su bastón y fue cojeando a la otra estancia. Al contrario que la casa de un campesino pobre, aquélla contaba con varias habitaciones. En el pasado, los parientes de la madre de Hiyoshi habían vivido allí. Yaemon tenía pocos parientes, pero su esposa contaba con familia en la vecindad.

Aunque su padre no le había reñido, Hiyoshi seguía sintiéndose inquieto. Cuando Yaemon regresó, traía una espada corta envuelta en tela. No era la que se estaba oxidando en el cobertizo de almacenamiento.

—Ésta es tuya, Hiyoshi. Llévala siempre que lo desees.

—¿Mía? ¿De veras?

—Pero teniendo en cuenta tu edad, preferiría que no la llevaras en público. Si lo haces, la gente se reirá de ti. Apresúrate a crecer hasta que seas lo bastante mayor para lucirla sin que nadie se ría. ¿Harás eso por mí? Tu abuelo encargó que hicieran esta espada... —Yaemon hizo una pausa, con los ojos velados. Entonces siguió hablando lentamente—: Tu abuelo era agricultor. Cuando intentó mejorar su posición en la vida y ser algo, encargó a un armero que le hiciera esta espada. Hubo un tiempo en que los Kinoshita teníamos el árbol genealógico de nuestra familia, pero un incendio lo destruyó. Y mucho antes de que tu abuelo pudiera destacar en algo, lo mataron. Aquellos fueron tiempos turbulentos, y muchos sufrieron el mismo sino.

Un farol estaba encendido en la habitación contigua, pero la sala en la que ellos se encontraban estaba iluminada por las llamas del hogar. Hiyoshi escuchaba a su padre mientras contemplaba las llamas rojizas. Tanto si Hiyoshi le comprendía como si no, Yaemon tenía la sensación de que no podía hablar de tales cosas con su mujer o su hija.

—Si todavía existiera el árbol genealógico de los Kinoshita, podría hablarte de tus antepasados, pero quedó reducido a cenizas. Sin embargo, existe un árbol familiar vivo, y ha sido transmitido hasta llegar a ti. Es éste.

Yaemon se acarició las venas azules de la muñeca. Era la sangre.

Tal era su enseñanza. Hiyoshi asintió y entonces se contempló su propia muñeca. También él tenía aquellos vasos sanguíneos en su cuerpo. ¡No podía haber duda! Ningún árbol familiar estaba más vivo que aquél.

—No sé quiénes fueron nuestros antepasados antes de la época de tu abuelo, pero estoy seguro de que algunos de ellos fueron grandes hombres, samurais, seguramente, tal vez sabios. La sangre de tales hombres sigue fluyendo y yo te la he transmitido.

—Sí. —Hiyoshi asintió de nuevo.

—Sin embargo, yo no soy grande. Como puedes ver, no soy más que un lisiado. Así pues, Hiyoshi, ¡tú debes llegar a ser un gran hombre!

—Padre —dijo Hiyoshi, abriendo mucho los ojos—. ¿En qué clase de hombre he de convertirme para ser grande?

—Verás, no hay límite alguno a lo que puedes conseguir. Si, como mínimo, llegas a ser un guerrero valiente y llevas este recuerdo de tu abuelo, no sentiré ninguna pesadumbre cuando me muera.

Hiyoshi no dijo nada y pareció confuso. Carecía de confianza en sí mismo, y evitó la mirada de su padre.

Al observar la reacción desmerecedora de su hijo, Yaemon se dijo que era natural, ya que no era más que un niño. Tal vez el problema no estaba en la sangre sino en el entorno. Y al pensar así la tristeza inundó su corazón.

La madre de Hiyoshi había preparado la cena y esperaba silenciosamente en el rincón a que su marido terminara de hablar. Sus ideas y las de su marido eran totalmente divergentes. Que él alentara al pequeño para que se hiciera samurai le resultaba odioso, y oraba en silencio por el futuro de Hiyoshi. Hablar de semejante manera a un chiquillo le parecía de lo más irracional, y deseaba decirle que su padre decía tales cosas movido por su amargura y que cometería un error si seguía sus pasos. Si era un necio, no importaba, pero deseaba fervientemente que se dedicara a la agricultura, aunque sólo tuviera una pequeña parcela de tierra.

—Bueno, vamos a cenar. Hiyoshi y Otsumi, acercaos un poco más al hogar.

Empezando por el padre de los niños, les pasó los palillos y los cuencos.

Aunque aquélla era su cena habitual, un cuenco de clara sopa de mijo, cada vez que Yaemon la miraba se sentía un poco más triste, porque era un padre que no podía satisfacer las necesidades de su esposa y sus hijos. Con las mejillas y narices enrojecidas, Hiyoshi y Otsumi cogieron sus cuencos y tomaron la sopa con entusiasmo, sin molestarse en pensar que era un pobre condumio. Para ellos no había más riqueza que aquélla.

—Tenemos pasta de judías que me ha dado el dueño de la tienda de loza de Shinkawa, y en el cobertizo hay verduras y castañas secas, así que Otsumi y Hiyoshi pueden comer mucho —dijo Onaka, deseosa de tranquilizar a su marido sobre la cuestión económica.

En cuanto a ella, no cogió los palillos hasta que sus hijos tuvieron el estómago lleno y su marido hubo terminado de comer. Una vez finalizada la cena fueron a acostarse. En todas las demás casas sucedía más o menos lo mismo. Después de que oscureciese no brillaba ninguna luz en Nakamura.

Cuando se hacía de noche, empezaban a oírse ruidos de pisadas a través de los campos y a lo largo de los caminos. Eran los sonidos de las batallas cercanas. A los *ronin*, o samurais que habían perdido a su señor, los fugitivos y los mensajeros en misiones secretas les gustaba por igual desplazarse de noche.

A menudo Hiyoshi tenía pesadillas. ¿Acaso oía ruido de pisadas en plena noche o llenaba sus sueños la lucha por el dominio de la tierra? Aquella noche dio una patada a Otsumi, que yacía a su lado en la estera, y cuando ella lanzó un grito de sorpresa, el chiquillo exclamó:

—¡Hachiman! ¡Hachiman! ¡Hachiman!

Se levantó de un salto, despierto al instante, y aunque su madre le sosegó, permaneció a medias despierto y exaltado durante largo tiempo.

—Es una fiebre —dijo Yaemon, y aconsejó—: Quémale un poco de *moxa* sobre el cuello.

—No deberías haberle mostrado esa espada ni contado historias de tus antepasados —replicó la madre de Hiyoshi.

\* \* \*

Al año siguiente se produjo un gran cambio en la casa: Yaemon cayó enfermo y murió. Hiyoshi no vertió ni una sola lágrima mientras contemplaba el rostro de su padre muerto. En el funeral se dedicó a corretear y saltar juguetonamente.

En el otoño del octavo año de Hiyoshi la casa volvió a llenarse de huéspedes. Se pasaron la noche haciendo pastelillos de arroz, bebiendo *sake* y cantando. Uno de sus parientes le dijo a Hiyoshi:

—El novio será tu nuevo padre. Fue amigo de Yaemon y también sirvió en el clan de Oda. Se llama Chikuami. Debes ser un buen hijo para él.

Hiyoshi, con un pastelillo de arroz en la mano, fue a echar un vistazo a la habitación. Su madre se había maquillado la cara y tenía una belleza desacostumbrada. Estaba con un hombre mayor a quien él no conocía y bajaba la vista. Al ver esa estampa el chiquillo se sintió feliz.

—¡Hachiman! ¡Hachiman! ¡Echad flores! —gritó Hiyoshi, el cual disfrutó más que nadie aquella noche.

Llegó de nuevo el verano. El maíz creció muy alto. Cada día, Hiyoshi y los demás niños del pueblo se bañaban desnudos en el río, y luego capturaban y se comían las ranitas rojas en los campos. La carne de la rana roja era incluso más sabrosa que el saquito de miel de la abeja coreana. La madre de Hiyoshi le había enseñado a comer ranas. Dijo que era una medicina para curar los trastornos infantiles, y desde entonces se había convertido en el alimento favorito del pequeño.

Al parecer, no había un solo día en que, cuando estaba jugando, Chikuami no saliera en su busca.

—¡Mono! ¡Mono! —le gritaba su padrastro.

Chikuami era un buen trabajador. En menos de un año había puesto orden en las finanzas familiares, y los días de hambre eran cosa del pasado. Si Hiyoshi estaba en casa, siempre le encargaban tareas desde la mañana hasta la noche, y si se mostraba perezoso o travieso la enorme mano de Chikuami no tardaba en golpearle la cabeza, algo que Hiyoshi detestaba con todas sus fuerzas. No le importaba trabajar, pero procuraba no atraer la mirada de su padrastro ni siquiera un momento. Todos los días sin excepción Chikuami hacía la siesta por la tarde. En cuanto podía, Hiyoshi salía sigilosamente de la casa, pero no transcurría mucho tiempo antes de que Chikuami saliera en su busca, gritando:

—¡Mono! ¿Adonde ha ido nuestro mono?

Cuando su padrastro salía a buscarle, Hiyoshi dejaba lo que estaba haciendo y se escondía entre las hileras de plantas de mijo. Chikuami se cansaba de buscarle y daba media vuelta. Entonces Hiyoshi se

levantaba de un salto y daba un grito de victoria. Nunca consideraba la posibilidad de que al volver a casa no le dieran de cenar y le castigaran. Ese juego le entusiasmaba y no podía reprimirse.

El día al que los referimos, Chikuami caminaba nervioso entre el mijo, lanzando miradas aquí y allá.

—¿Dónde está el diablillo?

Hiyoshi subió corriendo la cuesta del terraplén, hacia el río.

Cuando Chikuami llegó al terraplén, se encontró allí con Ofuku, que estaba solo. Era el único que iba vestido en verano, y ni se bañaba ni comía ranas rojas.

—Ah, ¿no eres tú el muchacho de la tienda de cerámica? —le preguntó Chikuami—. ¿Sabes dónde se esconde nuestro mono?

—No lo sé —respondió Ofuku, sacudiendo la cabeza varias veces. Chikuami le intimidaba.

—Si me mientes, iré a tu casa y se lo diré a tu padre.

El cobarde Ofuku palideció.

—Está escondido en esa barca.

Señaló una pequeña embarcación fluvial varada en la orilla. Cuando el padre echó a correr hacia ella, Hiyoshi la abandonó dando un salto como un trasgo de río.

Chikuami se abalanzó contra él y lo derribó. Al caer adelante, Hiyoshi se golpeó la boca con una piedra. La sangre corrió entre sus dientes.

—¡Uf! ¡Me he hecho daño!

—¡Te lo tienes merecido!

—¡Lo siento!

Tras darle dos o tres cachetes, Chikuami lo alzó en vilo y regresó rápidamente a casa. Aunque llamara «mono» a Hiyoshi, lo cierto era que el muchacho no le desagradaba. Como tenía prisa por poner fin a su pobreza, Chikuami creía que debía ser estricto con todo el mundo, y también quería mejorar el carácter de Hiyoshi, a la fuerza si era necesario.

—Ya tienes nueve años, pequeño inútil —le reconvino.

Una vez en casa, cogió al chico del brazo y le propinó varios golpes más con el puño. La madre de Hiyoshi trató de detenerle.

—No deberías ser tan blanda con él —le dijo su marido en tono brusco.

Cuando la madre empezó a llorar, el marido zurró de nuevo al chiquillo.

—¿Por qué lloras? Estoy pegando a este mono retorcido porque creo que así le haré un bien. ¡No hace más que causar problemas!

Al principio, cada vez que le pegaba, Hiyoshi se cubría la cabeza con las manos y suplicaba perdón. Ahora había dejado de protegerse y lloraba con todas sus fuerzas al tiempo que empleaba un lenguaje insultante.

—¿Por qué? Dime, ¿por qué? Apareces como salido de ninguna parte y pretendes ser mi padre y pavonearte. Pero mi..., mi padre verdadero...

—¡Cómo te atreves a decir eso! —exclamó su madre, palideciendo. Ahogó un grito y se llevó la mano a la boca.

El descaro del pequeño redobló el furor de Chikuami.

—¡Pequeño sabelotodo que no sirve para nada!

Le arrojó al interior del cobertizo de almacenamiento y ordenó a Onaka que no le diera de cenar.

Desde entonces hasta que oscureció se oyeron los gritos de Hiyoshi procedentes del cobertizo.

—¡Déjame salir! ¡Idiota! ¡Cabeza de alcoroquo! ¿Es que todo el mundo se ha vuelto sordo? ¡Si no me dejáis salir prenderé fuego a esto!

Siguió llorando, emitiendo unos sonidos que parecían gañidos de perro, pero por fin, alrededor de la medianoche, dejó de llorar y empezó a dormirse. Entonces oyó una voz que le llamaba desde algún lugar cerca de su cabeza.

—Hiyoshi, Hiyoshi.

Estaba soñando con su padre muerto. Semidespierto, le llamó: «¡Padre!», pero se dio cuenta en seguida de que la figura que estaba en pie ante él era la de su madre, la cual había salido con sigilo de la casa para llevarle algo de comer.

—Cómete esto y tranquilízate. Por la mañana pediré disculpas a tu padre en tu nombre.

El chiquillo sacudió la cabeza y aferró las ropas de su madre.

—Es mentira. Él no es mi padre. ¿Acaso no ha muerto mi padre?

—Vamos, vamos, ¿por qué dices esas cosas? ¿Por qué has de ser irrazonable? Siempre te estoy diciendo que seas un buen hijo para tu padre.

Cuando Hiyoshi hablaba de esa manera, su madre sentía como si la acuchillara, pero el niño no podía comprender por qué lloraba hasta que todo su cuerpo se convulsionaba.

\*

\*

\*

Al día siguiente, Chikuami empezó a gritar a Onaka desde que salió el sol.

—Fuiste a espaldas mías y le diste de comer en plena noche, ¿no es cierto? Eres tan blanda con él que su carácter nunca mejorará. Tampoco Otsumi se acercará hoy al cobertizo, ¿entendido?

El conflicto entre marido y mujer duró casi media jornada, hasta que finalmente la madre de Hiyoshi salió sola, llorando de nuevo. Regresó cuando el sol estaba a punto de ponerse, acompañada por un sacerdote del templo Komyoji. Chikuami no preguntó a su esposa dónde había estado y se limitó a fruncir el ceño. Estaba sentado en el exterior con Otsumi, trabajando sobre una estera de paja.

—Chikuami —le dijo el sacerdote—, tu esposa ha ido al templo para preguntarnos si aceptaríamos a vuestro hijo como acólito. ¿Nos das tu consentimiento?

Chikuami miró en silencio a Onaka, la cual estaba al lado de la puerta trasera, sollozando.

—Humm, supongo que eso podría estar bien, pero ¿no necesita un fiador?

—Afortunadamente, la esposa de Kato Danjo, que vive al pie de la colina de Yabuyama, ha accedido. Tengo entendido que es la hermana de tu esposa.

—Ah, ¿de modo que fue a casa de Kato?

Chikuami tenía una expresión amarga, aunque no ponía objeciones al ingreso de Hiyoshi en el templo. Aceptó tácitamente la propuesta y respondió con monosílabos a las preguntas que le hizo el sacerdote.

Tras dar una orden a Otsumi, Chikuami fue a guardar sus aperos de labranza, y durante el resto de la jornada trabajó con una expresión preocupada.

Después de sacarle del cobertizo de almacenamiento, la madre de Hiyoshi le hizo repetidas advertencias. Los mosquitos habían atormentado al chiquillo durante toda la noche y tenía la cara hinchada. Cuando supo que iba a servir en un templo, se echó a llorar, pero no tardó en sosegar.



—El templo será mejor —afirmó.

El sacerdote llevó a cabo los preparativos necesarios para Hiyoshi mientras aún había luz, y cuando se aproximó el momento de la partida, incluso Chikuami parecía un poco triste.

—Escucha, mono, cuando entres en el templo debes cambiar de actitud y disciplinarte —le dijo al muchacho—. Aprende a leer y escribir un poco y haz que pronto te veamos convertido en todo un sacerdote.

Hiyoshi murmuró una breve palabra de asentimiento e hizo una reverencia. Cuando estuvo al otro lado de la valla, se volvió una y otra vez para ver a su madre, la cual le estuvo contemplando hasta que desapareció a lo lejos.

El pequeño templo se alzaba en lo alto de una colina llamada Yabuyama, a cierta distancia del pueblo. Era un templo budista de la secta Nichiren, y su sacerdote principal era muy anciano y estaba postrado en cama. Dos jóvenes sacerdotes se dedicaban al mantenimiento de los edificios y el terreno. Debido a los muchos años de guerra civil, el pueblo se había empobrecido y el templo contaba con pocos parroquianos. Hiyoshi respondió con rapidez a su nuevo entorno y trabajó con ahínco, como si fuese una persona diferente. Era de ingenio rápido y enérgico, y los sacerdotes le trataban con afecto y le aseguraban que le darían un buen adiestramiento. Todas las noches le obligaban a practicar caligrafía y le proporcionaban una instrucción elemental, durante la que el muchacho mostraba un talento para la memorización fuera de lo corriente.

Cierto día le dijo un sacerdote:

—Ayer me encontré con tu madre en la carretera. Le dije que estás haciendo progresos importantes.

Hiyoshi no comprendía muy bien el pesar de su madre, pero cualquier cosa que la hiciera feliz surtía en él idéntico efecto.

Sin embargo, cuando llegó el otoño de su décimo año, el muchacho empezó a sentirse demasiado confinado en el templo. Los dos sacerdotes jóvenes habían ido a los pueblos vecinos a pedir limosnas. Aprovechando su ausencia, Hiyoshi sacó una espada de madera que había ocultado y un bastón hecho a mano. Entonces subió a la cima de la colina y gritó a sus amigos, que se estaban preparando para jugar a la guerra:

—Eh, tropas enemigas, sois estúpidas. ¡Vamos, venid a atacarme desde cualquier dirección que os parezca!

Aunque no era ni mucho menos el momento habitual, se oyó de repente el sonido de la enorme campana del templo. La gente que estaba la pie de la colina se llevó una sorpresa y se preguntó qué ocurría. Una piedra voló colina abajo, seguida de una teja que alcanzó e hirió a una niña que trabajaba en una parcela de verduras.

—Es ese chico del templo. Ha reunido a los niños del pueblo y están jugando otra vez a la guerra.

Tres o cuatro hombres subieron la cuesta y se detuvieron ante el edificio principal del templo. Las puertas estaban abiertas de par en par y el interior cubierto de cenizas. Tanto en el crucero como en el santuario reinaba el mayor desorden. El incensario estaba roto. Parecía como si los estandartes hubieran sido utilizados de alguna manera impropia, la cortina de brocado dorado había sido arrancada y arrojada a un lado, y el parche del tambor estaba desgarrado.

—¡Shobo! ¡Yosaku! —gritaron los padres en busca de sus hijos.

A Hiyoshi no se le veía por ninguna parte, y los demás niños también habían desaparecido de repente.

Cuando los padres regresaron al pie de la colina, se produjo en el templo una especie de temblor. Los arbustos se agitaron, volaron piedras y la campana sonó de nuevo. El sol se puso y los niños, llenos de moratones y ensangrentados, bajaron sin fuerzas la cuesta.

Cada noche, cuando los sacerdotes regresaban de pedir limosnas, los lugareños subían al templo y se quejaban. Pero en aquella ocasión, cuando volvieron los sacerdotes, sólo pudieron mirarse unos a otros conmocionados. El quemador de incienso ante el altar había sido partido limpiamente en dos. El donante de aquella vasija preciosa era un hombre llamado Sutejiro, un mercader de cerámica del pueblo de Shinkawa y uno de los pocos parroquianos que le quedaban al templo. Cuando hizo su ofrenda, tres o cuatro años atrás, había dicho:

—Este incensario fue horneado por mi maestro, el difunto Gorodayu, y lo he conservado como una reliquia. Lo decoró de memoria y tuvo un cuidado especial en la aplicación del pigmento azul. Al ofrecerlo a este templo, espero que será tratado como un tesoro hasta el fin de los tiempos.

Por lo general, el incensario se guardaba en una caja; pero sólo una semana atrás la esposa de Sutejiro había visitado el templo. En esa ocasión sacaron y usaron el valioso objeto, pero no habían vuelto a guardarlo.

Los sacerdotes palidecieron. A sus preocupaciones se sumaba la posibilidad de que si informaban de lo ocurrido al anciano sacerdote principal, su dolencia empeorase.

—Probablemente ha sido el mono —dijo uno.

—Cierto —convino otro—. Ninguno de los demás diablillos sería capaz de hacer esta clase de mal.

—¿Qué podemos hacer?

Llevaron a Hiyoshi a rastras y le pusieron bruscamente ante la cara los fragmentos de la vasija rota.

—Lo siento —dijo el chiquillo, aunque no recordaba que hubiera roto el incensario.

La disculpa enfureció todavía más a los sacerdotes, porque el muchacho hablaba serenamente y no parecía en absoluto arrepentido.

—¡Pagano! —le llamaron y, tras atarle las manos a la espalda, le ataron a una de las grandes columnas del templo.

—Vamos a dejarte aquí unos cuantos días —le dijeron los sacerdotes—. A lo mejor te devorarán las ratas.

Esta clase de cosas le sucedían continuamente a Hiyoshi. Pensó amargamente que, al día siguiente, cuando sus amigos subieran al templo, no podría jugar con ellos. Y cuando subieron, vieron que su compañero había sido sometido a castigo y echaron a correr.

—Desatadme —les gritó—. Si no lo hacéis, os zurraré.

Los peregrinos ancianos y las mujeres del pueblo que subían al templo se burlaban de él.

—Vaya, ¿no es eso un mono?

En un momento determinado estuvo lo bastante calmado para decirse: «Yo os enseñaré». De repente una sensación de gran poder inundó su cuerpecillo apretado contra la columna. Mantenía los labios cerrados acerca de tales cosas y, muy consciente de su penosa situación, su cara adoptaba una expresión de desafío y maldecía al destino.

Se durmió profundamente y le despertaron las babas que le caían de la boca. La jornada se hacía atrocamente larga. Presa de un hastío mortal, miró el incensario roto. El alfarero había escrito una inscripción en caracteres pequeños en la parte inferior de la vasija: «Hecho con buenos augurios,

Gorodayu».

El cercano pueblo de Seto, e incluso toda la provincia, era famoso por su cerámica. Eso nunca le había interesado hasta entonces, pero ahora, al contemplar el paisaje pintado en el incensario, su imaginación emprendió el vuelo.

Se preguntó a qué lugar correspondía aquella pintura.

Montañas y puentes de piedra, torres y gentes, ropas y embarcaciones, cuyos modelos reales no había visto jamás, estaban pintados de añil sobre la porcelana blanca. Todo ello le dejaba profundamente perplejo.

¿Qué país sería aquél? No podía conjeturarlo. Tenía inteligencia juvenil y sed de conocimiento y, deseando desesperadamente una respuesta, esforzaba su imaginación para colmar aquel vacío.

¿Era posible que existiera un país semejante?

Mientras concentraba así su pensamiento, algo pasó con celeridad por su mente, algo que le habían enseñado o que había oído pero olvidado. Se devanó los sesos.

¡China! ¡Eso era! ¡Se trataba de una imagen de China!

Estaba satisfecho consigo mismo. Mientras contemplaba la porcelana vidriada, voló a China en su imaginación.

Finalmente el día llegó a su final. Los sacerdotes volvieron tras haberse pasado el día pidiendo limosna, y en lugar de encontrar a Hiyoshi llorando desconsolado, como habían esperado, vieron que sonreía.

—Incluso el castigo es inútil. No podemos ayudarle en nada. Será mejor que lo devolvamos a sus padres.

Aquella noche uno de los sacerdotes dio a Hiyoshi algo para cenar y le envió colina abajo a la casa de Kato Danjo.

Kato Danjo estaba tendido al lado del farol. Era un samurai, acostumbrado a combatir por la mañana y la noche. En los escasos días en que podía relajarse, permanecer en el hogar le resultaba apacible en exceso. La tranquilidad y la relajación eran cosas temibles, pues podría acostumbrarse a ellas.

—¡Oetsu!

—¿Sí? —le respondieron desde la cocina.

—Alguien está llamando a la puerta.

—¿No serán otra vez las ardillas?

—No, ahí afuera hay alguien.

La mujer se limpió las manos, fue a la puerta y regresó en seguida.

—Es un sacerdote del Komyoji y trae a Hiyoshi —anunció, con una expresión consternada en su joven rostro.

—¡Aja! —exclamó Danjo, que había esperado aquello, y comentó regocijado—: Parece ser que el mono ha conseguido un permiso de excedencia.

Danjo escuchó la letanía de los acontecimientos recientes entonada por el sacerdote. Como había sido fiador de Hiyoshi para su ingreso en el templo, pidió disculpas a todos los interesados y se hizo cargo de Hiyoshi.

—Si es incompetente para el sacerdocio, no hay nada que hacer. Le enviaremos a su casa en Nakamura. No debéis sentir ninguna obligación más hacia él. Lamento que sólo os haya causado

dificultades.

—Te ruego que expliques las circunstancias a sus padres —le dijo el sacerdote.

Cuando el religioso se volvió para marcharse, su paso se hizo más ligero, como si hubieran levantado de sus hombros una carga pesada. Hiyoshi se quedó allí, dando una patética impresión de soledad. Miró a su alrededor con curiosidad, preguntándose cómo sería la familia en cuya casa se encontraba. No se había detenido allí camino del templo ni tampoco le habían informado de que sus parientes vivían en las cercanías.

—Bueno, muchacho, ¿has comido algo? —le preguntó Danjo, sonriente. Hiyoshi sacudió la cabeza.

—Entonces toma unos pastelillos.

Mientras mordisqueaba los pastelillos de arroz, Hiyoshi se fijó en la lanza suspendida sobre la puerta y el blasón en la pechera de la armadura, y entonces miró con fijeza a Danjo.

Danjo se preguntó si a aquel chiquillo le ocurría realmente algo extraño. Tenía sus dudas. Le devolvió la mirada, pero Hiyoshi ni desvió la suya ni bajó los ojos. No había el menor rastro de idiotez en su expresión. Más bien dirigía a Danjo una sonrisa encantadora.

Danjo cedió, riendo.

—Has crecido, Hiyoshi, ¿no es cierto? ¿No te acuerdas de mí?

Estas palabras despertaron en Hiyoshi el nebuloso recuerdo de un hombre que le había dado unas palmaditas en la cabeza cuando tenía seis años.

Como era costumbre entre los samurais, Danjo casi siempre dormía en el castillo de Kiyosu o en el campo de batalla. Pocos eran los días en que había podido permanecer en casa con su esposa. Había regresado inesperadamente el día anterior, y regresaría a Kiyosu al día siguiente. Oetsu se preguntaba cuántos días habrían de transcurrir antes de que pudieran pasar otra jornada juntos.

«¡Un niño fastidioso!», se dijo Oetsu. La llegada de Hiyoshi no podía ser más inoportuna. Alzó la vista, desconcertada. ¿Qué se creían sus parientes? ¿Era posible que aquél fuese el hijo de su hermana?

Oía la voz chillona de Hiyoshi desde la sala de su marido.

—Eras tú quien estaba aquel día con todos aquellos samurais en la orilla del río, a caballo.

—¿Entonces te acuerdas?

—Claro —dijo el chiquillo, y añadió en un tono de familiaridad—: En ese caso, eres pariente mío. Tú y la hermana menor de mi madre estáis prometidos.

Oetsu y la sirvienta fueron a la sala de estar en busca de bandejas. Oetsu se sentía incómodamente fría al escuchar el lenguaje de Hiyoshi y su ruda voz de muchacho campesino. Abrió la puerta corredera y llamó a su marido.

—La cena está lista.

La mujer vio que su esposo estaba echando un pulso con Hiyoshi, cuyo rostro se había vuelto de un rojo intenso y tenía las nalgas alzadas como la cola de un avispon. También Danjo estaba actuando como un niño.

—¿La cena? —dijo distraído.

—Se te va a enfriar la sopa.

—Empieza tú a cenar. Este chico juega de veras y lo estamos pasando bien. ¡Ja, ja! Es un mozo extraño.

Danjo estaba absorto por completo y parecía absolutamente cautivado por la vivacidad de Hiyoshi.

Éste, siempre empeñado en hacer amigos, casi conducía a su tío cogido por la nariz. Tras echar el pulso, jugaron a marionetas con los dedos, luego hicieron imitaciones y se entregaron a juegos infantiles hasta que Danjo se apretaba los costados, desternillándose de risa.

Al día siguiente, cuando se disponía a marcharse, Danjo dijo a su esposa, que parecía deprimida:

—Si sus padres lo permiten, ¿qué te parece si lo tenemos aquí? Dudo de que sirva de gran cosa, pero supongo que sería mejor que tener un mono auténtico.

La idea no hizo ninguna gracia a Oetsu. Acompañó a su marido hasta la puerta del jardín y le dijo:

—No. Molestaría a tu madre y eso sería muy inconveniente.

—Lo que tú digas.

Oetsu sabía que cuando Danjo estaba fuera de casa, sólo pensaba en su señor y las batallas. Se preguntó si regresaría vivo. ¿Por qué había de ser tan importante para un hombre forjarse una reputación? Oetsu contempló la figura del hombre que se alejaba y pensó en los muchos meses de soledad que le esperaban. Entonces terminó las tareas domésticas y se puso en camino con Hiyoshi hacia Nakamura.

—Buenos días, señora —le dijo un hombre que venía por la dirección opuesta.

Parecía un mercader, probablemente el dueño de un gran establecimiento. Lucía una media capa resplandeciente, espada corta, y cubría sus pies con calcetines de cuero con un dibujo de pequeñas flores de cerezo. Tendría unos cuarenta años y parecía simpático.

—¿No sois la esposa del maestro Kato? ¿Adonde vais?

—A casa de mi hermana, en Nakamura, a llevarle este niño.

Apretó un poco más la mano de Hiyoshi.

—Ah, este pequeño caballero. ¿Es el chico que han expulsado del Komyoji?

—¿Ya os habéis enterado?

—Oh, sí. La verdad es que ahora mismo vengo del templo.

Hiyoshi miró inquieto a su alrededor. Nunca hasta entonces le habían llamado «pequeño caballero». Estaba avergonzado y notó que se ruborizaba.

—¡Válgame! ¿Habéis ido al templo por su culpa?

—Sí, los sacerdotes fueron a mi casa para disculparse. Me dijeron que un incensario que doné al templo había sido partido en dos.

—¡Este diablillo ha sido el causante! —dijo Oetsu.

—Vamos, no habléis así. Son cosas que suceden.

—Tengo entendido que era una pieza muy singular y famosa.

—Sí, lamentablemente era obra de Gorodayu, a quien serví durante sus viajes al país de los Ming.

—¿No usa también el nombre de Shonzui?

—Sí, pero cayó enfermo y falleció hace algún tiempo. En los últimos años se han hecho muchas piezas de porcelana azul y blanca que ostentan el sello «Hecho por Shonzui Gorodayu», pero son falsificaciones. El único hombre que estuvo en el país de los Ming y trajo aquí sus técnicas de alfarería está ahora en el otro mundo.

—He oído decir que habéis adoptado al hijo del maestro Shonzui, a Ofuku.

—Es cierto. Los niños se burlan de él llamándole «el crío chino». Últimamente se niega de plano a salir de casa.

El mercader miró a Hiyoshi. Éste, al oír inesperadamente el nombre de Ofuku, se sintió intrigado por

la actividad de aquel hombre. El mercader siguió diciendo:

—¿Sabéis? Resulta que este Hiyoshi es el único muchacho que siempre ha defendido a Ofuku. Así pues, cuando Ofuku se enteró de este último incidente, me pidió que intercediera. Parece ser que han ocurrido muchas más cosas. Los sacerdotes me han hablado de su mala conducta y no he podido persuadirlos para que vuelvan a aceptarlo.

Al decir esto último, el hombre apenas podía contener la risa.

—Sus padres deben de tener alguna idea sobre lo que han de hacer con él —siguió diciendo—, pero cuando quieran colocarlo de nuevo en algún sitio, si creen que un establecimiento como el mío sería apropiado, me gustaría serles de ayuda. No sé, me parece que este muchacho es prometedor.

Tras una cortés despedida, el hombre se marchó. Hiyoshi, aferrado a la manga de Oetsu, miró atrás varias veces.

—Dime, tía, ¿quién era ese señor?

—Se llama Sutejiro. Es un mayorista que vende cerámica de muchos países.

Hiyoshi permaneció un rato silencioso mientras seguían avanzando.

—¿Dónde está ese país de los Ming? —preguntó de improviso, pensando en lo que acababa de oír.

—Se refería a China.

—¿Dónde está? ¿Es muy grande? ¿También allí hay castillos, samurais y batallas?

—No seas tan latoso y cállate, ¿quieres?

Oetsu agitó la manga con irritación, pero un rapapolvo de su tía no tenía más efecto en Hiyoshi que el de una brisa suave. Estiró el cuello y miró fijamente el cielo azul. Era tan maravilloso que apenas podía soportarlo. ¿Por qué tenía aquel color azul tan increíble? ¿Por qué los seres humanos estaban confinados a la tierra? Si la gente fuese capaz de volar como los pájaros, él mismo probablemente podría viajar al país de los Ming. En realidad, los pájaros pintados en el incensario eran los mismos que los de Owari. Recordó que las ropas de la gente eran diferentes, así como las formas de las embarcaciones, pero los pájaros eran los mismos. Tal vez era así porque los pájaros no tenían patria; el cielo y la tierra eran una sola patria para ellos.

Pensó que le gustaría visitar distintos países.

Hiyoshi nunca había reparado en lo pequeña y pobre que era la casa a la que regresaba, pero cuando él y Oetsu se asomaron al interior, el chiquillo comprendió por primera vez que incluso a mediodía era tan oscura como un sótano. No se veía a Chikuami por ninguna parte. Tal vez había salido para hacer algún recado.

—Sólo causa dificultades —dijo Onaka tras enterarse de las últimas trastadas de Hiyoshi.

Exhaló un profundo suspiro, pero su expresión era impasible y en su mirada no había reproche. Más bien le impresionaba lo mucho que había crecido su hijo en dos años. Hiyoshi miró con suspicacia el bebé que succionaba el seno de su madre. En algún momento la familia había aumentado con un nuevo miembro sin que él se enterase. Sin previo aviso, cogió la cabeza del bebé, forcejeando para separarla del pezón, y le miró atentamente la cara.

—¿Cuándo ha nacido este bebé? —preguntó.

En vez de responderle, su madre le dijo:

—Te has convertido en un hermano mayor. Tendrás que comportarte como es debido.

—¿Cómo se llama?

—Kochiku.

—Es un nombre extraño —dijo con excitación, al tiempo que experimentaba una sensación de poder sobre la criatura, pues un hermano mayor podría imponer su voluntad a su hermano menor.

—A partir de mañana te llevaré sujeto a la espalda, Kochiku —le prometió, pero movía al bebé con torpeza, y Kochiku se echó a llorar.

Su padrastro apareció precisamente cuando Oetsu se marchaba. Onaka había dicho a su hermana que Chikuami se había cansado de los intentos de acabar con su pobreza. Bebía *sake* en las tabernas del pueblo, y al entrar en la casa su rostro tenía un color muy subido. En cuanto vio a Hiyoshi, lanzó un aullido.

—¡Sinvergüenza! ¿Te han expulsado del templo y vuelves aquí?

# Tenzo, el bandido

Había transcurrido más de un año desde que Hiyoshi regresara del templo. Tenía once años. Cada vez que Chikuami le perdía de vista, aunque sólo fuese por un momento, iba de un lado a otro en su busca, rugiendo a voz en cuello:

—¡Mono! ¿Todavía no has cortado la leña? ¿Por qué no? ¿Por qué has dejado el cubo en el campo?

Si Hiyoshi se atrevía a iniciar una réplica, la áspera y dura mano de su padrastro le golpeaba de inmediato en la cabeza. En tales momentos su madre, con el bebé atado a la espalda mientras ella pisaba cebada o cocinaba, se obligaba a desviar la vista y guardar silencio, pero tenía una expresión dolorida, como si fuese ella quien recibía las bofetadas.

—Es natural que un mocoso de once años eche una mano a su familia trabajadora. Si crees que puedes escabullirte y pasar el tiempo jugando, voy a romperte el culo de una patada.

El deslenguado Chikuami hacía sudar a Hiyoshi, pero tras su expulsión del templo y su regreso a casa el muchacho trabajaba con ahínco, como si hubiera cambiado. En las ocasiones en que su madre trataba imprudentemente de protegerlo, la aspereza de las manos y la voz de Chikuami se abatía sobre ella con severidad. Decidió que sería mejor fingir que hacía caso omiso de su hijo. Ahora Chikuami no solía ir a los campos, pero a menudo se ausentaba de casa. Iba al pueblo, regresaba borracho y gritaba a su esposa e hijos.

—Por mucho que me mate trabajando, la pobreza de esta casa nunca cesará —se quejaba—. Hay demasiados parásitos y los impuestos sobre la tierra aumentan sin cesar. Si no fuera por estos niños, me convertiría en un samurai sin amo, ¡un *ronin*!, y me dedicaría a beber delicioso *sake*. ¡Ah, estas cadenas en mis manos y pies!

Tras despoticar de esa guisa, obligaba a su esposa a contar el poco dinero que tenían y luego enviaba a Otsumi o Hiyoshi a comprar *sake*, incluso en plena noche.

A veces, cuando su padrastro estaba ausente, Hiyoshi daba rienda suelta a sus sentimientos. Onaka le abrazaba y consolaba.

—Madre, quiero salir de casa y trabajar de nuevo —le dijo un día.

—Quédate aquí, por favor. Si no fuera porque tú estás a mi lado...

El llanto de la mujer hizo ininteligible el resto de sus palabras. A cada lágrima que vertía, ladeaba la cabeza y se enjugaba los ojos. Hiyoshi no podía decir nada a su llorosa madre. Quería salir corriendo de allí, pero sabía que debía quedarse donde estaba y soportar la desdicha y la amargura que imperaban en la casa. Cuando se apenaba por su madre, los deseos naturales de la infancia, jugar, comer, aprender, correr, crecían en su interior como otras tantas malas hierbas. Todo esto tenía como contrapartida las airadas palabras que Chikuami dirigía a su madre y los puñetazos que llovían sobre su propia cabeza.

—¡Que coma mierda! —musitó, su alma desafiante inflamada dentro de su pequeño cuerpo.

Finalmente decidió insistir hasta el punto de enfrentarse a su temible padrastro.

—Envíame a trabajar de nuevo —le dijo—. Prefiero servir a alguien que quedarme en esta casa.

Chikuami no discutió.

—Muy bien —le dijo—. Ve adonde quieras y come el arroz de otros. Pero la próxima vez que te echen no vuelvas a esta casa.

Lo decía en serio y, aunque se daba cuenta de que Hiyoshi sólo tenía once años, discutía con él como



entre iguales, cosa que le enfurecía aún más.

El siguiente empleo de Hiyoshi fue el de aprendiz en la tintorería del pueblo.

—Es un bocazas, y descarado por añadidura —dijo de él uno de los trabajadores que manejaba la prensa de teñir—. Siempre está buscando un lugar soleado donde escarbarse la mugre del ombligo.

Poco después, el intermediario hizo llegar a su familia la noticia: «Me temo que no sirve para nada». Y Hiyoshi regresó a casa.

Chikuami le miró furibundo.

—Bueno, Mono, ¿qué te parece? ¿Ha de alimentar la sociedad a un holgazán como tú? ¿Todavía no comprendes el valor que tienen los padres?

El muchacho deseaba proclamar que no era tan malo, pero en lugar de eso replicó:

—Eres tú el que ya no trabaja los campos, y sería mejor que no te dedicaras solamente a beber y jugar en el mercado de caballos. Todo el mundo se apiada de mi madre.

—¡Cómo te atreves a hablar así a tu padre!

El grito atronador de Chikuami hizo callar a Hiyoshi, pero ahora su padrastro empezaba a ver bajo una luz diferente, y se dijo que poco a poco estaba haciéndose adulto. Cada vez que Hiyoshi salía al mundo y regresaba a casa, era visiblemente mayor. Los ojos que juzgaban a sus padres y su hogar estaban madurando con rapidez, y el hecho de que Hiyoshi le mirase con los ojos de un adulto irritaba, asustaba y disgustaba profundamente al padrastro.

—Anda, date prisa y búscate otro trabajo —le ordenó.

Al día siguiente, Hiyoshi dio comienzo a su nuevo empleo, en el establecimiento del tonelero del pueblo. Antes de que transcurriera un mes estaba de vuelta.

—No puedo tener en mi casa a un chiquillo tan perturbador como éste —se había quejado la dueña de la tienda.

La madre de Hiyoshi no podía entender qué quería decir eso de «perturbador». Otros lugares en los que Hiyoshi inició su aprendizaje fueron el taller del yesero, la cantina del mercado de caballos y la herrería. En cada ocasión aguantó en su empleo entre seis y seis meses. Poco a poco los lugareños conocieron sus idas y venidas, y su reputación se hizo tan mala que nadie quería actuar como intermediario para conseguirle trabajo.

—Ah, ese chico de la casa de Chikuami. Es un deslenguado y no sirve para nada.

Como es natural, esta situación desazonaba a la madre de Hiyoshi. La conducta de su hijo la ponía en una situación delicada, y reaccionaba a los chismorreos apresurándose a desaprobarle, como si su carácter cada vez más turbulento no tuviera remedio.

—No sé qué podría hacerse con él —decía—. Detesta las labores del campo y no hay manera de que se establezca en casa.

En la primavera de su decimocuarto año, la madre de Hiyoshi le dijo:

—Esta vez es absolutamente preciso que conserves el trabajo. Si te vuelven a echar, mi hermana no podrá mirar a la cara al maestro Kato, y todo el mundo se reirá y dirá: «¿Otra vez?». No lo olvides, si fracasas de nuevo, no te perdonaré.

Al día siguiente su tía le llevó a Shinkawa para tener una entrevista. La mansión grande e imponente que visitaron pertenecía a Sutejiro, el mercader de cerámica. Ofuku era ahora un joven pálido de dieciséis años. Gracias a la ayuda que prestaba a su padre adoptivo, el muchacho había aprendido el

funcionamiento del negocio.

En el almacén de cerámica se aplicaba de una manera estricta la distinción entre superiores y subordinados. Durante su primera entrevista, Hiyoshi se arrodilló respetuosamente en la terraza de madera mientras Ofuku estaba sentado en el interior, comiendo pastelillos y charlando alegremente con sus padres.

—Bueno, aquí tenemos al monito de Yaemon. Tu padre murió y el lugareño Chikuami se convirtió en tu padrastro. ¿Y ahora quieres servir en esta casa? Tendrás que trabajar con ahínco.

El muchacho dijo esto en un tono de voz tan de adulto, que cualquiera que hubiese conocido a Ofuku de niño no habría creído que se trataba de la misma persona.

—Sí, señor —replicó Hiyoshi.

Le llevaron a los aposentos de la servidumbre, desde donde oía las risas de la familia del dueño en la sala de estar. El hecho de que su amigo no le hubiera dado la menor muestra de simpatía le hizo sentirse todavía más solo.

—¡Eh, Mono! —Ofuku no tenía pelos en la lengua—. Mañana levántate temprano y ve a Kiyosu. Como llevarás género a un oficial, carga los paquetes en la carreta de mano ordinaria. Cuando regreses, pasa por la agencia del consignatario y comprueba si ha llegado la cerámica de Hizen. Si te entretienes por el camino o regresas tarde, como hiciste el otro día, no se te permitirá la entrada en la casa.

La respuesta de Hiyoshi no era un simple «sí» o «sí, señor». Al igual que los empleados que llevaban mucho más tiempo en la tienda, decía:

—Desde luego, señor, y con el mayor respeto, señor.

Con frecuencia Hiyoshi tenía que hacer recados que le llevaban a Nagoya y Kiyosu. Aquel día se fijó en las paredes blancas y los altos muros de piedra del castillo de Kiyosu, y se preguntó qué clase de gente residía allí y qué podría hacer para vivir él también.

Sus cavilaciones le hicieron sentirse tan pequeño y desdichado como una lombriz, lleno de frustración. Al cruzar el pueblo, empujando la pesada carreta cargada de objetos de cerámica envueltos en paja, oía las palabras familiares:

—¡Vaya, vaya, por ahí va un mono!

—¡Un mono empujando una carreta de mano!

Cortesanías con velo, pueblerinas bien vestidas y las bonitas esposas jóvenes de buenas familias susurraban todas por igual, le señalaban y se quedaban mirándole cuando él pasaba. Hiyoshi ya había adquirido habilidad para discernir en seguida a las bonitas. Lo que más le irritaba era que le mirasen fijamente como si fuera una especie de monstruo.

El gobernador del castillo de Kiyosu era Shiba Yoshimune, uno de cuyos principales servidores se llamaba Oda Nobutomo. En el lugar donde confluían el foso del castillo y el río Gojo, aún se podía percibir la presencia de la grandeza en declive del antiguo shogunado Ashikaga, y la prosperidad que persistía allí, incluso en medio de las muchas turbulencias que agitaban el mundo, mantenía la reputación de Kiyosu como la ciudad más atractiva de todas las provincias.

Para sake, ve a la tienda de sake.

Para buen té, ve a la tienda de té.

Mas para cortesanías, no hay como el Sugaguchi de Kiyosu.

En el barrio de placer de Sugaguchi, los aleros de los burdeles y las casas de té festoneaban las

calles. Durante el día, las jóvenes que trabajaban en los burdeles cantaban mientras jugaban a perseguirse mutuamente. Hiyoshi pasó entre ellas empujando su carretilla, sumido en sus pensamientos. Seguía preguntándose cómo podría llegar a ser grande. Incapaz de dar con una respuesta, se decía: «Algún día..., algún día...», y mientras avanzaba iba devanando una fantasía tras otra. La ciudad rebosaba de todas las cosas que a él le estaban negadas: alimentos deliciosos, casas opulentas, vistosos equipos militares y sillas de montar, ricas prendas de vestir y piedras preciosas.

Pensando en su flaca y pálida hermana que vivía en Nakamura, observaba el vapor que se alzaba de los recipientes para hacer bolas de masa hervida en las tiendas de dulces y deseaba poder comprarle algunas. O al pasar ante una antigua farmacia miraba extasiado los sacos de hierbas medicinales y se decía: «Madre, si pudiera darte medicinas como éstas, apuesto a que pronto estarías mucho mejor». En sus sueños era omnipresente el deseo de mejorar las desdichadas vidas de su madre y Otsumi. En la única persona en quien no pensaba lo más mínimo era en Chikuami.

Cuando se aproximaba al castillo, su mente estaba deslumbrada por sus habituales ensoñaciones. «Algún día..., algún día..., pero ¿cómo?», tal era su único pensamiento mientras avanzaba.

—¡Idiota!

En un cruce muy concurrido se encontró de repente en el centro de una ruidosa multitud. Había chocado con su carretilla contra un samurai montado a quien seguían diez servidores que portaban lanzas y un caballo de refresco. Cuencos y platos envueltos en paja habían caído al suelo, rompiéndose en pedazos. Hiyoshi se tambaleaba inseguro entre el estropicio.

—¿Es que estás ciego?

—¡Idiota!

Mientras reconvenían a Hiyoshi, los servidores del samurai pisoteaban los platos rotos. Ni un solo transeúnte se acercó para ofrecer ayuda al muchacho. Hiyoshi recogió los fragmentos, los echó a la carretilla y la empujó de nuevo, hirviéndole la sangre de indignación por haber sido tratado en público de semejante manera. Y dentro de sus fantasías infantiles, se formuló un interrogante serio: «¿Cómo seré capaz de lograr alguna vez que esa clase de gente se postre ante mí?».

Poco después pensó en la regañina cuando regresara a casa de su patrono, y el frío semblante de Ofuku se impuso en su imaginación. Su gran fantasía, como un ave fénix remontando el vuelo, se desvaneció en un cúmulo de preocupaciones, como si hubiera sido engullido por una nube de semillas de amapola.

Había anochecido. Tras haber dejado la carretilla en el cobertizo, Hiyoshi se estaba lavando los pies junto al pozo. El establecimiento de Sutejiro, conocido como la Mansión de la Cerámica, parecía la residencia de un gran clan guerrero provincial. La imponente casa principal estaba vinculada a muchos edificios exteriores, y cerca se levantaban hileras de almacenes.

—¡Monito! ¡Monito!

Ante la aproximación de Ofuku, Hiyoshi se levantó.

—¿Qué?

Ofuku le golpeó en el hombro con la delgada caña de bambú que siempre llevaba cuando examinaba los aposentos de los empleados o daba órdenes a los trabajadores de los almacenes. No era aquélla la primera vez que pegaba a Hiyoshi. Éste se tambaleó e inmediatamente quedó cubierto otra vez de barro.

—¿Cuando te diriges al amo le dices «qué»? Por muchas veces que te lo diga, tus modales no

mejoran. ¡Ésta no es la casa de un campesino!

Hiyoshi no replicó.

—¿Por qué no dices algo? ¿No lo entiendes? Di «sí, señor».

Temeroso de que le golpeará otra vez, Hiyoshi dijo:

—Sí, señor.

—¿Cuándo has regresado de Kiyosu?

—Ahora mismo.

—Mientes. He preguntado en la cocina y me han dicho que ya has comido.

—Estaba mareado. Temía desmayarme.

—¿Por qué?

—Porque tenía hambre después de haber andado tanto.

—¡Hambre! ¿Por qué no has ido a ver al amo nada más regresar para informarle?

—Iba a hacerlo, después de lavarme los pies.

—¡Excusas, excusas! Por lo que me han dicho en la cocina, gran parte de la cerámica que tenías que entregar en Kiyosu se te ha roto por el camino. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—Supongo que te ha parecido correcto no pedirme disculpas directamente. Pensaste que se te ocurriría alguna mentira, que lo tomarías a broma o pedirías a la gente de la cocina que te protegiera. Esta vez no voy a tolerarlo. —Ofuku agarró una oreja de Hiyoshi y se la retorció—. Bien, adelante, habla.

—Lo siento.

—Esto lleva camino de convertirse en un hábito y no puede ser. Vamos a llegar al fondo del asunto. Ven conmigo, hablaremos con mi padre.

—Perdóname, por favor.

La voz de Hiyoshi sonó exactamente como el grito de un mono. Ofuku no aflojó su presa y empezó a encaminarse a la casa. El sendero que conducía desde el almacén a la entrada del jardín estaba oculto por una espesura de altas cañas de bambú chino.

Hiyoshi se detuvo de repente.

—Escucha —dijo, mirando ferozmente a Ofuku y apartando su mano de un manotazo—. Tengo algo que decirte.

—¿Qué te propones ahora? Aquí soy el amo, ¿recuerdas?

Ofuku había palidecido y empezaba a temblar.

—Por eso siempre soy obediente, pero he de decirte algo, Ofuku. ¿Acaso has olvidado tu infancia? Tú y yo éramos amigos, ¿no es cierto?

—Eso pertenece al pasado.

—De acuerdo, pertenece al pasado, pero no deberías olvidarlo. Cuando te tomaban el pelo y te llamaban «el crío chino», ¿recuerdas quién salía siempre en tu defensa?

—Sí, lo recuerdo.

—¿No crees que me debes algo? —inquirió Hiyoshi con el ceño fruncido. Era mucho más bajo que Ofuku, pero tenía tal aire de dignidad que nadie habría podido decir quién era el mayor—. Los demás trabajadores también hablan —siguió diciendo Hiyoshi—. Dicen que el amo es bueno, pero el joven amo

es engreído y no tiene buen corazón. Un chico como tú, que nunca ha conocido la pobreza ni las penalidades, debería ponerse a trabajar en la casa de otro. Si vuelves a tiranizarnos a mí o a otros empleados, no sé lo que haré, pero recuerda que tengo un pariente que es *ronin* en Mikuriya, con más de mil hombres bajo su mando. Si viniera aquí para defenderme, podría echar abajo una casa como ésta en una noche.

El torrente de tonterías amenazantes de Hiyoshi, combinado con el fuego que despedían sus ojos, aterró al desventurado Ofuku.

—¡Amo Ofuku!

—¡Amo Ofuku! ¿Dónde está el amo Ofuku?

Los sirvientes de la casa principal llevaban algún tiempo buscando a Ofuku. Éste, apresado por la mirada de Hiyoshi, había perdido el valor para responderles.

—Te están llamando —murmuró Hiyoshi. Y, haciendo que sonara como una orden, añadió—: Ahora puedes irte, pero no olvides lo que te he dicho.

Con esta última observación, se volvió y dirigió a la entrada principal de la casa. Más tarde, con el corazón latiéndole violentamente, se preguntó si le castigarían, pero no le sucedió nada. El incidente fue olvidado.

\* \* \*

El año llegó a su final. Entre los campesinos y los ciudadanos por igual, cuando un muchacho cumplía los quince años solía celebrarse una ceremonia que conmemoraba la mayoría de edad. En el caso de Hiyoshi, no había nadie que le regalara un mero abanico ceremonial y mucho menos que celebrara una fiesta. Como era Año Nuevo, se sentó en un ángulo de una plataforma de madera con los demás sirvientes, resollando y comiendo pastelillos de mijo cocinados con verdura, todo un lujo.

Se preguntaba entristecido si su madre y Otsumi estarían comiendo pastelillos de mijo aquel Año Nuevo. Aunque cultivaban mijo, él recordaba muchos fines de año en los que no había semejante exquisitez para comer. A su alrededor, los demás hombres refunfuñaban.

—Esta noche el amo tendrá visitantes, así que deberemos sentarnos bien derechos y escuchar sus relatos una vez más.

—Voy a fingir que me duele el estómago y me quedaré en cama.

—Eso no me gusta nada, sobre todo en Año Nuevo.

A lo largo del año se daban ocasiones similares dos o tres veces, en Año Nuevo y durante el festival del dios de la riqueza. Fuera cual fuese el pretexto, Sutejiro invitaba a gran número de personas: los alfareros de Seto, las familias de clientes importantes de Nagoya y Kiyosu, miembros de clanes samurai e incluso conocidos de sus parientes. A partir de aquella noche, habría en la finca un horrendo hacinamiento de gente.

Ese día Sutejiro estaba especialmente de buen humor. Recibió a sus huéspedes en persona, haciendo profundas reverencias y pidiéndoles disculpas por no haberles podido atender como hubiera querido durante el año que finalizaba. En la sala de té, que estaba decorada con una única flor, cuidadosamente elegida y exquisita, la bella esposa de Sutejiro servía té a sus invitados. Los utensilios que usaba eran excepcionales y preciosos.

El shogun Ashikaga Yoshimasa fue el primero que, a finales del siglo anterior, practicó la ceremonia del té como un ejercicio estético. El rito se extendió al pueblo llano y no transcurrió mucho tiempo antes de que, sin que nadie se diera cuenta conscientemente, tomar el té se hubiera convertido en una parte esencial de la vida cotidiana de la gente. Dentro de los límites de la estrecha sala de té con su única flor y una sola taza de té, era posible olvidar la turbulencia del mundo y el sufrimiento humano. Incluso en medio de un mundo corrupto, la ceremonia del té podía enseñarle a uno el cultivo del espíritu.

—¿Tengo el honor de dirigirme a la señora de la casa? —preguntó un guerrero huesudo que había llegado con los demás invitados—. Me llamo Watanabe Tenzo y soy amigo de vuestro pariente Shichirobei. Me prometió traerme aquí esta noche, pero por desgracia ha caído enfermo, por lo que vengo solo.

El hombre hizo una cortés reverencia. Era de porte gentil, y aunque tenía el aspecto aldeano de un samurai rural, pidió un cuenco de té. La esposa de Sutejiro se lo sirvió en un cuenco amarillo de Seto.

—No estoy familiarizado con la etiqueta de la ceremonia del té —comentó Tenzo, y miró a su alrededor mientras sorbía el té con expresión satisfecha—. Como cabría esperar de un hombre tan famoso y rico, los utensilios del té son ciertamente de primorosa artesanía. Perdonadme la rudeza, pero ¿no es esa jarra de porcelana que usáis una pieza de cerámica akae?

—¿Lo habéis notado?

—Así es. —Tenzo contempló la jarra, profundamente impresionado—. Si esta pieza cayera en manos de un mercader de Sakai, me atrevería a decir que obtendría por ella unas mil piezas de oro. Aparte de su valor, es un objeto muy hermoso.

Estaban conversando de esta guisa cuando les avisaron de que la cena esta preparada. La esposa de Sutejiro precedió a los invitados y todos pasaron al salón. Las plazas habían sido dispuestas en círculo alrededor de la estancia. Sutejiro, en calidad de anfitrión, se sentaba en el centro e iba saludando a los invitados. Cuando su esposa y las doncellas terminaron de servir el sake, el dueño de la casa ocupó su lugar ante una de las mesitas bajas. Entonces cogió su taza y empezó a contar anécdotas de los Ming, entre las cuales había pasado muchos años. A fin de poder hablar de sus aventuras en China, un país que conocía bien, pero que aún era relativamente desconocido en Japón, invitaba a toda aquella gente y la agasajaba con tanta prodigalidad.

—Bien, éste ha sido un auténtico banquete, y esta noche he vuelto a escuchar una serie de relatos muy interesantes —dijo uno de los invitados.

—He cenado espléndidamente, pero se está haciendo tarde —dijo otro—. Será mejor que me ponga en camino.

—Yo también. Es hora de despedirme.

Los invitados fueron marchándose uno tras otro y la velada llegó a su final.

—¡Ah, por fin! —exclamó un sirviente—. Los relatos pueden gustar mucho a los invitados, pero nosotros nos pasamos el año entero oyendo hablar de los chinos.

Sin disimular sus bostezos, los sirvientes, y Hiyoshi entre ellos, trabajaron frenéticamente para recoger la vajilla. Finalmente apagaron los faroles en la gran cocina, el salón y las habitaciones de Sutejiro y Ofuku, y atrancaron con una robusta barra la puerta en el muro de tierra del jardín. Era costumbre que las mansiones de los samurais, así como los hogares de los mercaderes acomodados, estuvieran circundadas por un muro de tierra rodeado a su vez por un foso, reforzado con dos o tres

hileras de fortificaciones. Cuando caía la noche, tanto los habitantes del campo como los ciudadanos se sentían inquietos. Así sucedía desde el final de las guerras civiles del siglo anterior, y ya nadie lo consideraba extraño.

La gente se retiraba a dormir en cuanto se ponía el sol. Cuando los trabajadores, cuyo único placer era dormir, se metían en sus camas, se amodorraban como ganado. Hiyoshi, cubierto por una delgada estera de paja, yacía en un rincón de la habitación de los sirvientes varones, con la cabeza apoyada en una almohada de madera. Junto con los demás sirvientes, había escuchado los relatos de su amo acerca del gran país de los Ming, pero, al contrario que ellos, los había escuchado con avidez. Y tenía tal inclinación a fantasear que estaba demasiado excitado para dormir, casi como si tuviera fiebre.

Oyó un ruido extraño y se enderezó. Aguzó el oído, seguro de haber oído un sonido como el de una rama de árbol al romperse y, poco antes, el de sordas pisadas. Se levantó, cruzó la cocina y miró con sigilo al exterior. En la noche fría y clara el agua del gran barril se había congelado y de los aleros de madera pendían carámbanos como hojas de espada. Alzó la vista y vio a un hombre que trepaba por el tronco del enorme árbol que se alzaba al fondo. Hiyoshi supuso que el sonido que antes había oído era el de una rama que el hombre había roto con su peso. Observó la extraña conducta de aquella persona en el árbol. El hombre hacía oscilar de un lado a otro una luz que no era mayor que una luciérnaga. Hiyoshi se preguntó si sería una mecha. El arremolinado punto rojo perdió intensidad y se redujo a unas chispas humeantes arrastradas por el viento. Parecía como si el hombre estuviera enviando una señal a alguien al otro lado de los muros.

«Ya baja», se dijo Hiyoshi, ocultándose como una comadreja en las sombras. El hombre se deslizó por el tronco del árbol y avanzó a grandes zancadas hacia la parte posterior de la finca. Hiyoshi le dejó pasar y entonces fue tras él.

«¡Ah! Es uno de los invitados de esta noche», musitó con incredulidad. Era el que se había presentado como Watanabe Tenzo, el hombre a quien la esposa del amo había servido el té y que había escuchado los relatos de Sutejiro desde el principio al fin. Todos los demás invitados se habían ido a sus casas, lo cual planteaba algunos interrogantes: ¿Dónde había estado Tenzo hasta ahora? ¿Y por qué? Vestía de un modo distinto al de antes. Llevaba sandalias de paja, los bordes de sus holgados pantalones estaban enrollados y atados por detrás y de un costado le pendía una larga espada. Su mirada abarcó el entorno con una expresión feroz, como de ave de presa. Cualquiera que le hubiese visto se habría percatado al instante de que se proponía derramar la sangre de alguien.

Tenzo se aproximó a la puerta en el muro y, en aquel preciso momento, los hombres que aguardaban en el exterior chocaron contra ella.

—¡Esperad! Quitaré la tranca. ¡Estaos quietos!

¡Aquello debía de ser un asalto de bandidos! Efectivamente, el jefe había hecho señales a sus seguidores para que acudieran a saquear la casa como un enjambre de langostas. Hiyoshi, oculto en las sombras, se dijo: «¡Bandidos!» Al instante la sangre le subió a la cabeza y se olvidó de sí mismo. Aunque no lo pensó a fondo, dejó de velar su propia seguridad y sólo se interesó por la casa de su patrono. Aun así, lo que hizo a continuación sólo podría considerarse como una temeridad.

—¡Eh, tú! —gritó al tiempo que salía de las sombras y avanzaba sin vacilar y con id a saber qué propósito en su mente.

Se plantó a espaldas de Tenzo en el mismo momento en que éste se disponía a abrir la puerta. En

estremecimiento de temor recorrió la espina dorsal de Tenzo. ¿Cómo podía haber adivinado que quien le estaba desafiando era un muchacho de quince años que trabajaba en la tienda de cerámica? Al volverse, se quedó perplejo ante lo que veía: un joven de aspecto curioso y cara de mono que le miraba con una expresión extraña. Tenzo se quedó un instante mirándole sin pestañear.

—¿Quién eres? —le preguntó, perplejo.

Hiyoshi se había olvidado por completo del peligro de la situación. Su expresión era seria e impenetrable.

—Muy bien, dime, ¿qué está ocurriendo aquí? —preguntó al hombre.

—¿Qué? —dijo Tenzo, ya del todo confuso.

Se preguntó si el muchacho estaría loco. La expresión implacable de Hiyoshi, tan distinta a la de un niño, le abrumaba. Pensó que debía amedrentarle con la mirada.

—Somos los *ronin* de Mikuriya. Si gritas, te corto el cuello. No hemos venido aquí a matar niños. Anda, lárgate. Piérdete en el cobertizo de la leña.

Suponiendo que el gesto intimidaría al muchacho, dio unos golpecitos a la empuñadura de su larga espada. Hiyoshi sonrió, mostrando sus blancos dientes.

—De modo que eres un bandido, ¿eh? En ese caso, quieres marcharte con lo que has venido a buscar, ¿no es cierto?

—No seas un moscón. ¡Piérdete!

—Me voy. Pero si abres esa puerta, ninguno de vosotros saldrá de aquí vivo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No lo sabes, ¿eh? Sólo yo lo sé.

—Estás un poco loco, ¿verdad?

—Habla por ti mismo. Eres tú quien no está del todo en sus cabales... Venir a robar a una casa como ésta...

Los hombres de Tenzo, cansados de esperar, llamaron a la puerta y gritaron:

—¿Qué pasa?

—Esperad un momento —replicó Tenzo. Entonces se dirigió a Hiyoshi—: Has dicho que si entramos en esta mansión, no volveremos a casa vivos. ¿Por qué habría de creerte?

—Es cierto.

—Si descubro que estás jugando conmigo, te cortaré la cabeza.

—No vas a descubrirlo por nada. Tendrás que darme algo a cambio.

—¿Cómo?

Tenzo farfulló para sus adentros, lleno de suspicacia hacia aquel muchacho. El cielo estrellado era cada vez más brillante, pero la mansión, rodeada por el muro de tierra, seguía sumida en una oscuridad total.

—¿Qué quieres? —le tateó Tenzo.

—No quiero nada, salvo que me dejes ser un miembro de tu banda.

—¿Quieres ser uno de los nuestros?

—Sí, eso es.

—¿Quieres convertirte en ladrón?

—Sí.



—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

—¿Por qué quieres ser ladrón?

—El amo me trata como si fuese un caballo. La gente que trabaja aquí se mete conmigo, me llaman «mono» continuamente, así que me gustaría ser un bandido como tú y desquitarme de ellos.

—De acuerdo, te dejaré ingresar en la banda, pero sólo después de que hayas demostrado tu valía. Ahora explícame lo que has dicho antes.

—¿Lo de que os matarán a todos?

—Sí.

—Bueno, vuestro plan no es bueno. Esta noche te has disfrazado de invitado y te has mezclado con un gran grupo de gente.

—Así es.

—Alguien te ha reconocido.

—Eso es imposible.

—Piensa lo que quieras, pero el amo sabía claramente quién eras. Así pues, al principio de la velada, y siguiendo sus instrucciones, corrí a la casa de Kato de Yabuyama, le informé de que seguramente seríamos atacados en plena noche y le dije que apreciaríamos su ayuda.

—Kato de Yabuyama..., ése debe de ser el servidor de Oda, Kato Danjo.

—Como Danjo y mi amo son parientes, ha reunido a una docena de samurais que viven en los alrededores y todos ellos han venido durante la noche, vestidos de invitados. En estos momentos están vigilando en la casa, esperándote. Puedes estar seguro.

Hiyoshi vio por la palidez de su rostro que Tenzo le creía.

—¿Es eso cierto? —dijo—. ¿Dónde se encuentran? ¿Qué están haciendo?

—Estaban sentados en círculo, tomando sake y esperando. Entonces supusieron que no atacarías tan tarde y se fueron a dormir. Me obligaron a montar guardia afuera, con este frío.

Tenzo agarró a Hiyoshi y le dijo:

—Como grites, despídete de la vida.

Entonces cubrió con su manaza la boca del muchacho.

Hiyoshi se debatió y logró decir:

—Señor, esto no es lo que me has prometido. No haré ningún ruido. Aparta la mano. —Hundió las uñas en la mano del ladrón.

Tenzo sacudió la cabeza.

—No hay alternativa. Al fin y al cabo, soy Watanabe Tenzo de Mikuriya. Aunque sea cierto lo que dices, si me marchó de aquí con las manos vacías no podré mirar a mis hombres a la cara.

—Pero...

—¿Tú qué puedes hacer?

—Te traeré lo que quieras.

—¿Lo sacarás de la casa?

—Sí. Es la manera de hacerlo. Así podrás terminar este asunto sin el peligro de matar a nadie o de que te maten.

—¿No fallarás? —El bandido apretó con más fuerza la garganta de Hiyoshi.

La puerta seguía cerrada. Sus hombres, temerosos y suspicaces, no cesaban de llamar a Tenzo con susurros audibles y sacudiendo la puerta.

—Eh, jefe, ¿estás ahí?

—¿Qué ocurre?

—¿Qué problema hay en la puerta?

Tenzo levantó parcialmente la tranca y susurró a través de la abertura:

—Aquí pasa algo raro, así que no arméis ruido y no estéis agrupados. Dividíos y ocultaos.

Hiyoshi fue en busca de lo que Tenzo le había pedido, trasladándose sigilosamente desde la entrada del aposento de la servidumbre a la casa principal. Una vez allí, vio que había un farol encendido en la habitación de Sutejiro.

—¿Señor? —le llamó Hiyoshi mientras se sentaba respetuosamente en la terraza.

No obtuvo respuesta, pero percibía que Sutejiro y su esposa estaban despiertos.

—¿Señora?

—¿Quién es? —preguntó la esposa de Sutejiro con voz temblorosa.

O bien ella o bien su marido se había despertado y sacudido al otro para que despertara, porque un momento antes se había oído un vago frufrú y el sonido de voces. Pensando que podría tratarse de un ataque de bandidos, ambos tenían los ojos cerrados, llenos de temor. Hiyoshi abrió la puerta corredera y avanzó de rodillas. Sutejiro y su esposa abrieron desmesuradamente los ojos.

—Afuera hay bandidos —dijo Hiyoshi—. Un grupo muy numeroso.

Marido y mujer tragaron saliva, pero no dijeron nada. Parecían incapaces de hablar.

—Sería terrible que entraran al asalto. Os atarían a los dos y dejarían cinco o seis muertos o heridos.

Se me ha ocurrido un plan, y tengo a su jefe esperando una respuesta.

Hiyoshi les contó la conversación que había tenido con Tenzo, y concluyó diciendo:

—Señor, os lo ruego, dejad que los ladrones se lleven lo que quieren. Se lo entregaré a Tenzo y él se marchará.

Hubo una ligera pausa antes de que el mercader le preguntara:

—Hiyoshi, por todos los dioses, ¿qué quiere ese hombre?

—Dice que ha venido en busca de la jarra akae.

—¿Qué?

—Dice que si se la doy, se marchará. Puesto que no tiene ningún valor, ¿permitiréis que se la lleve?

Todo ha sido idea mía —explicó Hiyoshi orgullosamente—. Fingiré que la robo para él. —Pero la desesperación y el temor que reflejaban los semblantes de Sutejiro y su esposa eran casi palpables—. Antes sacaron esa jarra akae del almacén para la ceremonia del té, ¿no es cierto? ¡Ese hombre debe de ser un idiota al pedirme que le entregue una cosa que no vale nada! —exclamó Hiyoshi, y pareció como si todo el asunto le pareciera cómico.

La esposa de Sutejiro estaba completamente inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua de piedra,

—Esto es terrible —dijo Sutejiro, exhalando un profundo suspiro. Sumido en sus pensamientos, también se quedó inmóvil.

—Señor, ¿por qué no lo consideráis así? Una pieza de cerámica puede poner fin a esto sin derramamiento de sangre.

—No es cualquier pieza de cerámica. Incluso en el país de los Ming hay muy pocas piezas como ésta. La traje de China tras considerables penalidades. Y más aún, es un recuerdo del maestro Shonzui.

—En las tiendas de cerámica de Sakai llegaría a valer mil piezas de oro —añadió la esposa.

Pero los bandidos eran más temibles que la pérdida de una pieza tan valiosa. Si les oponían resistencia, habría una matanza, y se habían dado casos de mansiones incendiadas y reducidas a cenizas. Ningún acontecimiento era insólito en aquellos tiempos turbulentos.

En semejante situación, un hombre no disponía de mucho tiempo para decidirse. Por un momento, Sutejiro pareció incapaz de superar su apego sentimental a la jarra, pero finalmente dijo:

—No tiene remedio.

Entonces se sintió un poco mejor y cogió la llave del almacén que guardaba en un cajoncito de un armario laqueado.

—Entrégasela.

Arrojó la llave ante Hiyoshi. Enojado por la pérdida de la preciosa jarra, Sutejiro no pudo alabar a Hiyoshi, aun cuando pensaba que haber ideado la estratagema era algo notable en un muchacho de su edad.

Hiyoshi fue a solas al almacén. Salió con una caja de madera y depositó la llave en la mano de su señor, diciéndole:

—Será mejor que apaguéis la luz y volváis al lecho discretamente. No tenéis por qué preocuparos.

Cuando le entregó la caja a Tenzo, el bandido, que sólo creía a medias lo que estaba sucediendo, la abrió y examinó minuciosamente el contenido.

—Humm, sí, es ésta —dijo, y la expresión de su rostro se suavizó.

—Tú y tus hombres debéis marcharos de aquí en seguida. Hace un momento, cuando estaba buscando esto en el almacén, he encendido una vela. Probablemente ahora mismo Kato y sus samurais se están despertando y pronto empezarán a hacer sus rondas.

Tenzo se apresuró a abrir la puerta.

—Ven a visitarme a Mikuriya cuando quieras. Te aceptaré.

Tras decir estas palabras, desapareció en la oscuridad.

\* \* \*

La temible noche había terminado.

Era cerca de mediodía del día siguiente. Como era la primera semana de nuevo año, una interminable procesión de invitados, en grupos de dos y tres, avanzaban hacia la casa principal. No obstante, en la tienda de cerámica había una atmósfera extrañamente enrarecida. Sutejiro estaba de mal temple y malhumorado, y su esposa, normalmente alegre, no se veía por ninguna parte.

Ofuku fue discretamente a la habitación de su madre y se sentó. La mujer no se había recuperado por completo de la pesadilla de la noche anterior y yacía en la cama, con una palidez enfermiza en el rostro.

—Madre, ahora mismo he hablado con padre. Todo irá bien.

—¿De veras? ¿Qué te ha dicho?

—Al principio se mostraba escéptico, pero cuando le hablé de la conducta de Hiyoshi y la ocasión en que me agarró detrás de la casa y me amenazó, diciendo que llamaría a los bandidos de Mikuriya, se

sorprendió y pareció pensarlo de nuevo.

—¿Ha dicho que le despediría pronto?

—No, ha dicho que sigue considerándole un monito prometedor, así que le pregunté si estaba dispuesto a mantener en casa a una herramienta de ladrones.

—Desde el principio no me gustó la expresión de los ojos de ese chico.

—También le he mencionado eso, y finalmente ha dicho que si nadie se lleva bien con él, no hay más alternativa que despedirle. Dice que, como se hizo cargo de él a petición de Kato de Yabuyama, le sería difícil despedirle personalmente.

Cree que sería mejor que nosotros nos encarguemos del asunto y busquemos algún pretexto inofensivo para echarle.

—Muy bien. Hemos llegado a tal extremo que no puedo soportar que ese cara de mono siga trabajando aquí ni siquiera media jornada más. ¿Qué está haciendo ahora?

—Está empaquetando género en el almacén. ¿Puedo decirle que quieres verle?

—No, por favor, no lo hagas. No soporto su estampa. Ahora que tu padre ha accedido, ¿no bastaría con que tú le dijeras que a partir de hoy queda despedido y le enviaras a su casa?

—De acuerdo —dijo Ofuku, aunque estaba un poco asustado—. ¿Qué hago con respecto a su salario?

—Desde el principio no le prometimos salario alguno, y aunque no es un trabajador eficaz, le hemos alimentado y vestido. Incluso eso es más de lo que merece. Oh, bueno, deja que se quede con las ropas que lleva y dale un par de medidas de sal.

Ofuku temía demasiado enfrentarse él solo a Hiyoshi, por lo que pidió a otro hombre que le acompañase al almacén. Echó un vistazo al interior y vio que Hiyoshi, que trabajaba a solas, estaba cubierto de briznas de paja desde la cabeza a los pies.

—Sí, ¿qué quieres? —respondió Hiyoshi en un tono más enérgico de lo acostumbrado, acercándose rápidamente a Ofuku.

No le parecía conveniente hablar de lo sucedido la noche anterior y no lo había comentado con nadie, pero estaba muy orgulloso de sí mismo..., tanto que, en su fuero interno, esperaba la alabanza de su patrono.

Ofuku, acompañado por el más fornido de los empleados de la tienda, el que más intimidaba a Hiyoshi, le dijo:

—Hoy puedes marcharte, mono.

—Marcharme... ¿adonde? —preguntó el sorprendido Hiyoshi.

—A casa. Todavía tienes casa, ¿no?

—Sí, pero...

—Desde hoy estás despedido. Puedes quedarte la ropa que te hemos dado.

—Te damos esto gracias a la amabilidad de la señora —dijo el empleado, tendiéndole la sal y el hatillo con las ropas de Hiyoshi—. Como no es necesario que presentes tus respetos, puedes marcharte ahora mismo.

Aturdido, Hiyoshi notó que la sangre se le agolpaba en el rostro. Su mirada colérica parecía perforar a Ofuku. Éste dio un paso atrás, cogió el hatillo de ropa y la bolsa de sal que sostenía el empleado, los depositó en el suelo y se alejó apresuradamente. Por la expresión de los ojos de Hiyoshi, parecía como si pudiera ir en pos de Ofuku, pero en realidad no veía nada, pues estaba cegado por las lágrimas. Recordó

el semblante lloroso de su madre cuando le advirtió que si le despedían una vez más no podría mirar a nadie a la cara y que sería una deshonra para su cuñado. El recuerdo de su cuerpo fatigado y sus ojos, tan ojerosos, a causa de la pobreza y la crianza de los hijos, le hizo reprimir las lágrimas. La nariz dejó de moquearle. No obstante, permaneció allí inmóvil durante un rato, sin saber qué haría. La sangre le hervía de cólera.

—¿Qué ocurre, Mono? —le preguntó uno de los trabajadores—. Has vuelto a meter la pata, ¿eh? Te ha dicho que te marcharas, ¿no? Tienes quince años, y dondequiera que vayas por lo menos tendrás la comida asegurada. Sé un hombre y deja de lloriquear.

Sin detenerse en su tarea, los demás trabajadores se burlaron de él. Sus risas y pullas llenaban los oídos de Hiyoshi, el cual decidió no llorar delante de ellos. Dio media vuelta y les hizo frente, mostrándole sus blancos dientes.

—¿Quién lloriquea? Estoy cansado y harto de esta aburrida tienda. ¡Esta vez voy a servir a un samurai!

Echándose el hatillo de ropas a la espalda, ató la bolsa de sal a una caña de bambú que se apoyó garbosamente en el hombro.

—¡Se va a servir a un samurai! —dijo en tono de chanza uno de los trabajadores—. ¡Qué manera de despedirse!

Todos los demás se echaron a reír.

Ninguno detestaba a Hiyoshi, pero tampoco ninguno se apiadaba de él. Por su parte, en cuanto dio el primer paso al otro lado del muro de tierra, el claro azul del cielo llenó su corazón. Tenía la sensación de haberse liberado.

\* \* \*

Kato Danjo había luchado en la batalla de Azukizaka el otoño del año anterior. Impaciente por distinguirse, se había aventurado en medio de las fuerzas de Imagawa, y recibió tales heridas que se vio obligado a permanecer en casa para siempre. Ahora se pasaba el día durmiendo en la vivienda de Yabuyama. Hacia fines de año, cuando el frío era más intenso, la herida de lanza en el estómago le molestaba constantemente y siempre se quejaba de dolor.

Oetsu prodigaba los mejores cuidados a su marido, y aquel día estaba lavando sus prendas interiores manchadas de pus en un arroyo que pasaba por su terreno. Oyó cantar a alguien con despreocupación y se preguntó quién podría ser. Irritada, se levantó y miró a su alrededor. Aunque la casa se encontraba sólo a media ladera de la colina Komyoji, desde el otro lado del muro de tierra se veía el camino al pie de la colina y más allá, en las tierras labrantías de Nakamura, el río Shonai y la ancha planicie de Owari.

Hacía un frío intenso. El sol de Año Nuevo descendía perezosamente hacia el horizonte, clausurando un día más. La voz de la persona que cantaba era briosa, como si no hubiera experimentado ni la dureza del mundo ni los sufrimientos humanos. La canción era una tonada popular de finales del siglo anterior, pero allí, en Owari, las hijas de los campesinos la habían distorsionado convirtiéndola en una canción de hilanderas.

Cuando el desconocido llegó al pie de la colina, Oetsu se preguntó si podría ser Hiyoshi, y le costó un poco reconocerlo. El muchacho llevaba un sucio hatillo de ropa a la espalda y del extremo de una vara

de bambú sobre el hombro colgaba una bolsa. Le sorprendió cómo había crecido en tan poco tiempo, y el hecho de que, a pesar de que hubiera crecido tanto, siguiera tan despreocupado como siempre.

—¡Títa! ¿Qué haces ahí de pie?

Hiyoshi la saludó inclinando la cabeza. La canción daba cierta cadencia a su paso, y su voz, sin la menor afectación, dio a su saludo un matiz cómico. La expresión de su tía era de preocupación, y parecía como si se hubiera olvidado de reír.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Has venido con un mensaje para los sacerdotes del Komyoji?

Enfrentado a una respuesta difícil, Hiyoshi se rascó la cabeza.

—Los de la tienda de cerámica me han dejado marchar... He venido porque creo que es mejor decírselo a mi tío.

—¿Cómo? ¿Otra vez? —dijo Oetsu, frunciendo el ceño—. ¿Vienes aquí después de que han vuelto a despedirte?

Hiyoshi pensó en contarle el motivo, pero de alguna manera le pareció que no merecía la pena tomarse la molestia. Se dirigió a ella en un tono más dulce.

—¿Está mi tío en casa? Si está, ¿me harás el favor de decirle que deseo hablar con él?

—¡De ninguna manera! Mi marido resultó muy malherido en combate. No sabemos si hoy o mañana será su último día. No te permito que te acerques a él. —Hablabra bruscamente, en tono severo—. Lo siento de veras por mi hermana. Es terrible tener un hijo como tú.

La reacción de su tía desanimó al muchacho.

—Bueno, quería pedirle un favor a mi tío, pero supongo que es inútil, ¿verdad?

—¿Qué clase de favor?

—Como es samurai, he pensado que podría encontrarme colocación en la casa de un samurai.

—¡Lo que me faltaba por oír! ¿Qué edad tienes ahora?

—Quince años.

—A los quince años deberías conocer un poco el mundo.

—Precisamente por eso no quiero trabajar en un sitio viejo y aburrido. Dime, títa, ¿crees que habría una oportunidad para mí en alguna parte?

—¿Cómo voy a saberlo? —Oetsu le miraba iracunda, los ojos llenos de reproches—. La casa de un samurai no acepta a un hombre si no encaja en las tradiciones familiares. ¿Qué van a hacer con un muchacho ingobernable y despreocupado como tú?

En aquel momento se les acercó una sirvienta.

—Señora, por favor, venid en seguida. El dolor de vuestro esposo ha vuelto a empeorar.

Sin decir otra palabra, Oetsu corrió a la casa. Hiyoshi, abandonado, contempló las nubes cada vez más oscuras sobre Owari y Mino. Al cabo de un rato cruzó la puerta en el muro de tierra y se quedó al lado de la cocina. Lo que más deseaba era regresar a su casa de Nakamura y ver a su madre, pero le retenía la idea de encararse con su padrastro, el cual le hacía sentir que la valla alrededor de su propia casa estaba hecha de espinos. Decidió que lo más importante era encontrar un patrono. Había ido a Yabuyama por prudencia, pensando que era apropiado informar a su benefactor, pero como el estado de Danjo era tan crítico, no sabía qué hacer a continuación..., y tenía hambre.

Mientras se preguntaba dónde dormiría a partir de aquella noche, algo blando le rodeó una pierna aterida. Bajó la vista y vio que era un gatito. Hiyoshi lo cogió y se sentó junto a la puerta de la cocina. El

sol poniente los envolvía en una luz fría.

—¿También tú tienes el estómago vacío? —preguntó al gatito, que temblaba contra su pecho. Al notar el calor del cuerpo de Hiyoshi, empezó a lamerle la cara.

—Vamos, vamos —le dijo, apartando la cabeza.

Los gatos no le gustaban especialmente, pero aquel día el animalito era la única criatura viva que le mostraba algún afecto.

De repente Hiyoshi aguzó el oído. También el gato abrió mucho los ojos, sorprendido. Desde una habitación al lado de la terraza les había llegado el grito agudo de un hombre que sufría. Al cabo de un instante, Oetsu entró en la cocina. Tenía los ojos arrasados en lágrimas que se secaban sobre su manga mientras agitaba una pócima medicinal sobre el fogón.

—Tiíta —empezó a decirle cautamente Hiyoshi mientras acariciaba al animal—, este gato tiene el estómago vacío y está temblando. Si no le das algo de comida se morirá.

Evitó la mención de su propio estómago. Oetsu hizo caso omiso de su observación.

—¿Todavía estás ahí? —le preguntó—. Pronto anochecerá, pero no voy a permitir que te quedes aquí.

Ocultó sus lágrimas con la manga. La belleza de la joven esposa del samurai, que había sido tan feliz sólo dos o tres años antes, se había desvanecido como una flor azotada por la lluvia. Hiyoshi, con el gatito todavía contra su pecho, pensó en lo hambriento que estaba y en la cama inalcanzable. Al mirar a su tía, de repente observó algo diferente en su aspecto.

—¡Tiíta! Qué barriga tienes, ¿Estás preñada?

Oetsu alzó la cabeza con un sobresalto, como si le hubieran dado una bofetada. Aquella pregunta repentina estaba totalmente fuera de lugar.

—¡Igual que un niño pequeño! —exclamó—. No deberías hacer unas preguntas tan descaradas. ¡Eres asqueroso! —Exasperada, añadió—: Vete en seguida a casa mientras todavía hay luz. ¡Ve a Nakamura o donde quieras! En estos momentos me tiene sin cuidado lo que hagas.

Tragándose su propia voz ahogada, desapareció en el interior de la casa.

—Me iré —musitó Hiyoshi, y se levantó para marcharse, pero el gato no estaba dispuesto a abandonar el calor de su pecho.

En aquel momento una sirvienta sacó un pequeño cuenco de arroz frío con pasta de judías, se lo mostró al gato y lo llamó. El animal se apresuró a abandonar a Hiyoshi para ir en pos de la comida. A Hiyoshi se le hacía la boca agua mientras contemplaba al gatito y la comida, pero parecía que nadie iba a ofrecerle nada de comer. Decidió marcharse a casa, pero cuando llegó a la entrada del jardín le llamó alguien con un fino sentido del oído.

—¿Quién está ahí? —le preguntó una voz procedente de la habitación del enfermo.

Hiyoshi se detuvo en sus pasos. Sabía que era Danjo y se apresuró a responderle. Entonces, pensando que había llegado el momento, le dijo a Danjo que le habían despedido de la tienda de cerámica.

—¡Abre la puerta, Oetsu!

Oetsu intentó hacerle cambiar de idea, arguyendo que el viento nocturno le enfriaría y que le dolerían sus heridas. No hizo ademán alguno de abrir la puerta corredera, hasta que Danjo perdió los estribos.

—¡Idiota! —gritó—. ¿Qué importa si vivo diez días más o veinte? ¡Ábrela!

Oetsu sollozaba cuando obedeció a su marido, y dijo al muchacho:

—Sólo vas a conseguir que empeore. Preséntale tus respetos y márchate.

Hiyoshi se vio ante la habitación del enfermo e hizo una reverencia. Danjo estaba apoyado en un montículo formado con las ropas de cama.

—¿Te has despedido de la tienda de cerámica, Hiyoshi?

—Sí, señor.

—Humm. Eso está bien.

—¿Cómo? —replicó Hiyoshi, perplejo.

—El hecho de que a uno le despidan no es en absoluto vergonzoso, siempre que no hayas sido desleal o injusto.

—Comprendo.

—También tu casa fue antiguamente una casa de samurais. Samurais, Hiyoshi.

—Comprendo.

—Un samurai no trabaja sólo para comer, no es un esclavo de la comida. Vive para su vocación, para el deber y el servicio. La comida es algo adicional, una bendición del cielo. No te conviertas en la clase de hombre que, en busca de su próxima comida, se pasa la vida sumido en la confusión.

\*

\*

\*

Era cerca de medianoche.

Kochiku, un bebé enfermizo, padecía alguna dolencia infantil y había estado llorando casi sin cesar. Estaba tendido en una yacija de paja y por fin había dejado de mamar.

—Si te levantas vas a helarte, hace mucho frío —le dijo Otsumi a su madre—. Ve a dormir.

—¿Cómo puedo hacer eso cuando tu padre aún no ha vuelto a casa?

Onaka se levantó y se sentó con Otsumi al lado del hogar, trabajando con diligencia en la tarea que había dejado sin terminar por la tarde.

—¿Qué está haciendo? ¿Es que no va a volver esta noche?

—Bueno, es la de Año Nuevo.

—Pero nadie en esta casa, y sobre todo tú, lo ha celebrado con algo más que un solo pastelillo de mijo. Y es preciso que trabajemos sin cesar con semejante frío.

—Bueno, los hombres tienen sus propios pasatiempos.

—Aunque seguimos considerándole el jefe de la casa, lo cierto es que no trabaja. No hace más que beber sake, y cuando vuelve a casa la emprende contigo a insultos. Me pone furiosa.

Otsumi había llegado ya a la edad en que una mujer suele abandonar la casa de sus padres para casarse, pero no estaba dispuesta a abandonar a su madre. Conocía los problemas económicos de la familia y ni siquiera en sueños pensaba en colorete y polvos, y mucho menos en un vestido de Año Nuevo.

—No hables así, por favor —le dijo Onaka, con los ojos bañados en lágrimas—. Tu padre no es digno de confianza, pero Hiyoshi llegará a ser respetable algún día. Conseguiremos casarte con un hombre bueno, aunque no puedes decir que tu madre ha sabido elegir bien a sus maridos.

—No quiero casarme, madre. Quiero estar siempre contigo.

—Una mujer no debe vivir así. Chikuami no lo sabe, pero cuando Yaemon estaba impedido



guardamos una ristra de monedas de la indemnización que nos dio su señor, pensando que sería suficiente para tu boda. Y he recogido más de siete balas de retales de seda para hacerte un kimono.

—Creo que viene alguien, madre.

—¿Tu padre?

Otsumi estiró el cuello para ver quién era.

—No.

—¿Quién es entonces?

—No lo sé. Guarda silencio.

Otsumi tragó saliva, sintiéndose súbitamente inquieta.

—¿Estás ahí, madre? —dijo Hiyoshi desde la oscuridad, y permaneció inmóvil, reacio a pasar a la otra habitación.

—¿Eres Hiyoshi?

—Aja.

—¿A estas horas de la noche?

—Me han despedido de la tienda de cerámica.

—¿Despedido?

—Perdóname —dijo sollozando—. Por favor, madre, perdóname.

Onaka y Otsumi estuvieron a punto de tropezar en su apresuramiento por ir a recibirle.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó Onaka—. No te quedes ahí como un pasmarote, entra.

Cogió la mano de Hiyoshi, pero el muchacho sacudió la cabeza.

—No, tengo que irme pronto. Si paso una sola noche en esta casa, no querré volver a abandonarte.

Aunque Onaka no quería que Hiyoshi regresara a su casa, un hogar donde imperaba la pobreza, no soportaba la idea de que el muchacho volviera a marcharse en plena noche. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—Pero ¿adonde vas? —le preguntó.

—No lo sé, pero esta vez serviré a un samurai. Entonces por fin las dos podréis dejar de preocuparos por mi futuro.

—¿Servir a un samurai? —susurró Onaka.

—Dijiste que no querías que me convierta en samurai, pero eso es lo que realmente quiero hacer. Mi tío de Yabuyama ha dicho lo mismo. Cree que ahora es el momento.

—Bueno, creo que también deberías hablar de ello con tu padrastro.

—No quiero verle —replicó Hiyoshi, sacudiendo la cabeza—. Tenéis que olvidaros de mí durante los próximos diez años. Hermana, no es bueno para ti seguir soltera, pero sé paciente, ¿de acuerdo? Cuando llegue a ser un gran hombre, vestiré a nuestra madre de seda y te compraré una faja de satén estampado para tu boda.

Ambas mujeres lloraban porque Hiyoshi había crecido lo suficiente para decir tales cosas. Sus corazones eran como lagos de lágrimas en los que se ahogaban sus cuerpos.

—Madre, aquí tienes las dos medidas de sal que me han dado como paga en la tienda de cerámica. La he ganado trabajando durante dos años. Llévala a la cocina, hermana.

Hiyoshi dejó en el suelo la bolsa de sal.

—Gracias —dijo su madre, haciendo una reverencia ante la bolsa—. Ésta es sal que has ganado

saliendo al mundo por primera vez.

Hiyoshi estaba satisfecho. Mirando el rostro feliz de su madre, era a su vez tan feliz que se sentía como si flotara. Juró que la haría incluso más feliz en el futuro. «¡Eso es! —pensó Hiyoshi—. Ésta es la sal de mi familia. No, no sólo de mi familia, sino también del pueblo. No, mejor todavía, es la sal de la nación.»

—Supongo que pasará bastante tiempo antes de que regrese —dijo Hiyoshi, retrocediendo hacia la puerta exterior, pero sus ojos no se apartaban de Onaka y Otsumi.

Tenía ya un pie fuera de la puerta cuando, de súbito, Otsumi se inclinó adelante y le dijo:

—¡Espera, Hiyoshi! Espera. —Entonces se volvió a su madre—. La ristra de monedas de la que me has hablado hace un momento. No la necesito. No quiero casarme. Así que, por favor, dásela a Hiyoshi.

Ahogando un sollozo en su manga, Onaka fue en busca de la ristra de monedas y se la ofreció a Hiyoshi.

El muchacho miró las monedas y se las devolvió a su madre.

—No, no me hacen falta.

Otsumi, que experimentaba la ternura de una hermana mayor, le preguntó:

—¿Qué vas a hacer en el mundo sin dinero?

—Madre, en lugar de estas monedas, ¿podrías darme la espada que llevaba padre, la que hicieron para el abuelo?

Su madre reaccionó como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho.

—El dinero te mantendrá vivo —replicó—. Por favor, no me pidas esa espada.

—¿Ya no la tienes? —le preguntó Hiyoshi.

—No..., ya no.

Entonces su madre admitió amargamente que la habían vendido tiempo atrás para pagar el sake de Chikuami.

—Bueno, no importa. Todavía hay esa espada oxidada en el cobertizo de almacenamiento, ¿no es cierto?

—Bueno..., si quieres ésa...

—¿Te parece bien que me la quede?

Aunque le importaban los sentimientos de su madre, Hiyoshi insistía. Recordaba cuánto había deseado aquella espada vieja y mellada a los seis años, y cómo había hecho llorar a su madre. Ahora ésta se resignaba a la idea de que, al crecer, su hijo se convirtiera en aquello que ella había rezado para que no fuese: un samurai.

—Está bien, quédatela. Pero, Hiyoshi, no te enfrentes nunca a otro hombre y no la desenvaines. Por favor, Otsumi, ve a buscarla.

—No, no es necesario. Yo mismo la cogeré.

Hiyoshi fue corriendo al cobertizo de almacenamiento. Descolgó la espada de la viga de la que pendía y, al atársela al costado, recordó a aquel chiquillo de seis años que lloraba, tantos años atrás. En aquel instante tuvo la sensación de que se había convertido en adulto.

—Hiyoshi, madre quiere verte —le dijo Otsumi desde la puerta del cobertizo.

Onaka había encendido una vela en el templete sobre un estante. En un platito de madera había depositado unos granos de mijo y un poco de la sal que Hiyoshi había traído. Juntó las manos en actitud

orante. Hiyoshi entró y ella le dijo que se sentara. La mujer cogió una navaja de afeitar que estaba dentro del templo. Hiyoshi abrió unos ojos como platos.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Voy a llevar a cabo la ceremonia de tu mayoría de edad. Aunque no podemos hacerlo formalmente, celebraremos tu salida al mundo.

Onaka afeitó la parte delantera de la cabeza de Hiyoshi. Luego empapó un poco de paja nueva en agua y le ató el cabello atrás con aquellas briznas. Hiyoshi no olvidaría jamás esa experiencia. Y mientras la aspereza de las manos de su madre que le rozaban las mejillas y las orejas le entristecía, era consciente de otro sentimiento. Pensaba que ahora era como todo el mundo, un adulto.

Oía los ladridos de un perro extraviado. En la oscuridad de un país en guerra consigo mismo, parecía que lo único que se hacía más grande eran los ladridos de los perros. Hiyoshi salió.

—Bueno, me marcho.

No podía decir nada más, ni siquiera pedirles que se cuidaran, pues las palabras se le trababan en la garganta.

Su madre hizo una reverencia ante el templo. Otsumi, con el pequeño y lloroso Kochiku en brazos, corrió tras él.

—Adiós —dijo Hiyoshi.

No miró atrás. Su figura fue empequeñeciéndose hasta que se perdió de vista. Tal vez debido a la escarcha, la noche era muy brillante.

# El arma de Koroku

A cierta distancia de Kiyosu, menos de tres leguas al oeste de Nagoya, se encontraba el pueblo de Hachisuka, al entrar en el cual una colina en forma de sombrero era visible desde casi cualquier dirección. A mediodía de verano, en los espesos bosquecillos, sólo se oía el canto de las cigarras. Por la noche, las siluetas de grandes barcos con la vela desplegada se deslizaban a través de la cara lunar.

—¡Hola!

—¡Hola! —repitieron, como un eco, desde el interior de la arboleda.

El foso, que tomaba sus aguas del río Kanie, discurría alrededor de los riscos y los grandes árboles de la colina. Si uno no miraba atentamente, probablemente no notaría que el agua estaba llena de las algas de color verde y azul oscuro que se encuentran en los viejos estanques naturales. Las algas se aferraban a las desgastadas murallas y las paredes de tierra que habían protegido la tierra durante cien años, y, al mismo tiempo, a los descendientes de los señores de la zona, su poderío y sus medios de vida.

Desde el exterior, era casi imposible conjeturar cuántos millares o incluso decenas de millares de acres de tierra residencial había en la colina. La mansión pertenecía a un poderoso clan provincial del pueblo de Hachisuka, cuyos señores habían sido conocidos con el nombre infantil de Koroku durante muchas generaciones. El señor que ahora ostentaba el título se llamaba Hachisuka Koroku.

—¡Eeeh! ¡Abrid la puerta!

Las voces de cuatro o cinco hombres llegaron desde más allá del foso. Uno de ellos era Koroku.

Si se conociera la verdad, ni Koroku ni sus antepasados poseían el pedigrí del que se jactaban, como tampoco tenían derechos sobre la tierra y su administración. Eran un poderoso clan provincial, pero nada más. Aunque Koroku era conocido como señor y aquellos hombres como sus servidores, lo cierto era que aquella finca tenía un ambiente peculiar, notablemente áspero. Cierta grado de intimidación era natural entre el jefe de una casa y sus servidores, pero la relación de Koroku con sus hombres era más bien la que existía entre el jefe de una banda y sus sicarios.

—¿Qué está haciendo? —murmuró Koroku.

—¡Portero! ¿A qué viene esta tardanza?

—¡Eeeh!

Esta vez oyeron la respuesta del portero, y la puerta de madera se abrió con un ruido sordo.

—¿Quién es?

A derecha e izquierda se apostaron hombres provistos de faroles metálicos en forma de campana o pecíolo, los cuales podían utilizarse en el campo de batalla o bajo la lluvia.

—Soy Koroku —respondió, bañado por la luz de los faroles.

Los hombres se identificaron al cruzar la puerta.

—Inada Oinosuke.

—Aoyama Shinshichi.

—Nagai Hannojo.

—Matsubara Takumi.

Avanzaron con ruidosas pisadas por un ancho y oscuro corredor y entraron en la casa. A lo largo del corredor, las caras de los sirvientes, las mujeres de las casa, las esposas y los niños, los numerosos individuos que formaban aquella amplia familia, saludaron al jefe del clan que regresaba del mundo

exterior. Koroku devolvió los saludos, dirigiendo una mirada a cada uno y al llegar al salón principal se sentó pesadamente en una esterilla de paja circular. La luz de un farolillo revelaba claramente las líneas de su cara. Las mujeres se preguntaron inquietas si estaría de mal humor, mientras le llevaban agua, té y pastelillos de judías negras.

—¿Oinosuke? —dijo Koroku al cabo de un rato, volviéndose hacia el servidor que se sentaba más lejos de él—. Esta noche nos han humillado a base de bien, ¿no es cierto?

—Así es —convino Oinosuke.

Los cuatro hombres sentados con Koroku parecían compungidos. En cuanto a Koroku, daba la impresión de que necesitaba encontrar una salida para su malhumor.

—¿Qué opináis vosotros, Takumi y Hannojo?

—¿Sobre qué?

—¡El desconcierto de esta noche! ¿No estaba el nombre del clan Hachisuka vergonzosamente ennegrecido?

Los cuatro hombres guardaron un profundo silencio. La noche era bochornosa, sin un soplo de brisa. El humo del incienso repelente de los mosquitos les irritaba los ojos.

A primera hora de aquel día, Koroku había recibido la invitación de un importante servidor de Oda para asistir a una ceremonia del té. Nunca le habían gustado esas cosas, pero todos los invitados eran personas importantes de Owari y sería una buena ocasión para conocerlas. Si hubiera rechazado la invitación, se habría puesto en ridículo y la gente habría dicho: «Qué pretenciosos son, con esos aires que se dan. Pero si no es más que el jefe de una banda de ronin. Lo más probable es que tema revelar su ignorancia de la ceremonia del té».

Koroku y cuatro de sus hombres acudieron a la cita con un porte muy digno. Durante la ceremonia, una jarra de agua akae había llamado la atención de uno de los invitados, y en el curso de la conversación, un comentario imprudente se había deslizado de sus labios.

—Qué curioso —dijo—. Estoy seguro de haber visto esta jarra en la casa de Sutejiro, el mercader de cerámica. ¿No es la famosa pieza de cerámica akae que le robaron unos bandidos?

El anfitrión, que mostraba un cariño por la pieza fuera de lo corriente, se mostró naturalmente sorprendido.

—¡Eso es absurdo! ¡Hace poco he comprado esta jarra en una tienda de Sakai por casi mil piezas de oro!

El hombre llegó incluso a mostrar el recibo de la adquisición.

—Pues bien —insistió el invitado—, los ladrones deben de haberla vendido al comerciante de Sakai, y a través de una y otra transacción, finalmente ha llegado a tu honorable casa. El hombre que irrumpió en la casa del mercader de cerámica era Watanabe Tenzo de Mikuriya. No hay ninguna duda de ello.

Los invitados reunidos en la sala experimentaron un escalofrío. Era evidente que quien había hablado con tal libertad desconocía el árbol familiar de su anfitrión, Hachisuka Koroku, pero lo cierto era que el jefe de la casa y muchos otros invitados sabían perfectamente que Watanabe Tenzo era sobrino de Koroku y uno de sus principales aliados. Aquel día, antes de marcharse, Koroku juró que investigaría a fondo el asunto. Se sentía personalmente deshonrado y había regresado a su casa lleno de ira y vergüenza. A ninguno de sus abatidos parientes se le ocurría un plan. De haberse tratado de un asunto que implicara a sus propias familias o sus servidores, podrían haber tratado de resolverlo, pero el incidente giraba en

torno a Tenzo, que era sobrino de Koroku. La casa de Tenzo en Mikuriya era un ramal de aquella finca de Hachisuka, y siempre residían allí veinte o treinta ronin.

Koroku estaba incluso más airado por su relación familiar con Tenzo.

—Esto es escandaloso —gruñó, lleno de desprecio hacia la vida delictiva de Tenzo—. He sido un estúpido al no preocuparme por el reciente comportamiento de Tenzo. Se ha aficionado a vestir prendas elegantes y mantener a una serie de mujeres. Ha desprestigiado el nombre de su familia. Tendremos que deshacernos de él. Tal como están las cosas, el clan Hachisuka no será considerado distinto de una banda de ladrones o un grupo de ronin desvergonzados.

Hannojo y Oinosuke miraban el suelo, azorados al ver de súbito lágrimas de pesar en los ojos de Koroku.

—¡Escuchadme todos! —Koroku miró directamente a sus hombres—. Las tejas de esta mansión llevan grabado el blasón de la cruz *manji*. Aunque ahora esté cubierto de musgo, el blasón ha sido transmitido a lo largo del tiempo desde mi lejano antepasado, el señor Minamoto Yorimasa, a quien se lo concedió el príncipe Takakura por haberle organizado un ejército leal. Nuestra familia sirvió en el pasado a los shogunes, pero desde la época de Hachisuka Taro perdimos nuestra influencia, de modo que ahora no somos más que otro clan provincial. De ninguna manera vamos a pudrirnos en el campo sin hacer nada al respecto. ¡No, yo, Hachisuka Koroku, he jurado que ha llegado el momento! He estado esperando el día en que podría restaurar el nombre de nuestra familia y enseñarle al mundo una o dos cosas.

—Eso es lo que siempre has dicho.

—Antes de eso os he dicho que debéis pensar antes de actuar y proteger a los débiles. El carácter de mi sobrino no ha mejorado. Ha violado la casa de un mercader y realizado la tarea de un ladrón nocturno. —Koroku se mordió el labio, comprendiendo que era preciso solventar el asunto sin más dilación—. Oinosuke, Shinshichi, vosotros dos iréis a Mikuriya esta noche. Traed a Tenzo aquí, pero no le digáis el motivo. Tiene varios hombres armados consigo. Como dicen, no es un hombre que se deje capturar con un trozo de soga.

Amaneció entre el trinar de los pájaros en las boscosas colinas. Una de las casas entre las fortificaciones recibía temprano el sol matinal.

—¡Matsu! ¡Matsu!

Matsunami, la esposa de Koroku, se asomó al dormitorio. Koroku estaba despierto, tendido de costado bajo la mosquitera.

—¿No han regresado todavía los hombres que envié anoche a Mikuriya?

—No, todavía no.

—Humm —gruñó Koroku, con una expresión preocupada en el semblante.

Aunque su sobrino era un bribón que sólo hacía maldades, tenía una mente aguda. ¿Habría percibido que las cosas se ponían feas e intentado huir? Volvió a pensar que sus hombres tardaban demasiado en volver.

La esposa desató la mosquitera. Su hijo, Kameichi, que estaba jugando en el borde de la red, aún no tenía dos años.

—¡Eh! Ven aquí.

Koroku abrazó al pequeño y le sostuvo en el extremo de sus brazos extendidos. Rechoncho como los

niños de las pinturas chinas, incluso su padre notaba su peso considerable.

—¿Qué ocurre? Tienes los párpados rojos e hinchados.

Koroku lamió los ojos de Kameichi. El pequeño se mostró inquieto, tiró de la cara de su padre y la arañó.

—Deben de haberle devorado los mosquitos —replicó su madre.

—Si sólo son los mosquitos, no hay nada de qué preocuparse.

—Siempre está tan inquieto, incluso mientras duerme. No deja de deslizarse fuera de la red.

—No permitas que se enfríe cuando duerme.

—Claro que no.

—Y ten cuidado con la viruela.

—No la menciones siquiera.

—Es nuestro primer hijo. Podríamos decir que es el premio de nuestra primera campaña.

Koroku era joven y robusto. Puso fin a aquellos momentos placenteros y salió de la habitación con paso firme, como si tuviera que llevar a cabo un gran objetivo. No era hombre que se quedara sentado en casa tomando apaciblemente el té matinal. Una vez se hubo cambiado de ropa y lavado la cara, salió al jardín y caminó a grandes zancadas hacia un lugar donde se oían martillazos.

A un lado del estrecho sendero había dos pequeñas herrerías construidas en una zona despejada recientemente, después de talar unos árboles enormes. Aquello era el centro de un bosque donde, hasta entonces, ningún hacha había tocado un tronco desde los tiempos de los antepasados de Koroku.

El herrero, Kuniyoshi, un hombre de Sakai a quien Koroku había llamado en secreto, estaba trabajando con sus aprendices.

—¿Cómo va eso? —preguntó. Kuniyoshi y sus hombres estaban postrados en el sucio suelo—. Todavía no hay suerte, ¿eh? ¿Aún eres incapaz de hacerme una copia del arma de fuego que usas como modelo?

—Lo hemos intentado de una manera y de otra. Estamos sin dormir ni comer, pero...

Koroku asintió. En aquel momento un servidor de bajo rango se le acercó y le dijo:

—Mi señor, los dos hombres que habéis enviado a Mikuriya acaban de regresar.

—¿Ah, sí? ¿Ahora?

—Sí, mi señor.

—¿Han traído a Tenzo consigo?

—Sí, mi señor.

—¡Muy bien! —Koroku hizo un gesto de aprobación—. Hazles esperar.

—¿Dentro de la casa?

—Sí, pronto me reuniré con ellos.

Koroku era un hábil estratega —el clan confiaba en esa habilidad— pero su carácter tenía otra faceta, una tendencia a la compasión. Podía ser severo, pero también era capaz de conmoverse hasta las lágrimas, sobre todo cuando se trataba de algo que afectaba a sus familiares. Sin embargo, había tomado una decisión: debía librarse de su sobrino aquella misma mañana. Pero parecía titubear y pasó bastante tiempo examinando la obra de Kuniyoshi.

—Es muy natural —comentó—. Al fin y al cabo, las armas de fuego llegaron aquí hace sólo siete u ocho años. Desde entonces, los clanes samurais de todas las provincias han competido entre ellos para

producir armas o comprar las que traen los barcos de los bárbaros europeos. Aquí, en Owari, tenemos una ventaja táctica, pues deben de ser muchos los samurais del norte y el este que jamás han visto armas de fuego. Tampoco tú habías fabricado ninguna hasta ahora, así que tómate tu tiempo y trabaja cuidadosamente según el método de la prueba y el error. Si puedes hacer una, podrás hacer cien, y las tendremos a mano para más adelante.

—¡Mi señor! —El servidor regresó y se arrodilló en el suelo cubierto de rocío—. Te están esperando.

Koroku se volvió hacia él.

—En seguida iré. Que esperen un poco más.

Si bien Koroku estaba decidido a efectuar el costoso sacrificio de castigar a su sobrino para hacer justicia, le desgarraba un conflicto entre su idea de lo correcto y sus sentimientos. Cuando estaba a punto de marcharse, volvió a dirigirse a Kuniyoshi.

—Antes de que termine el año podrás hacer diez o veinte armas de fuego útiles, ¿no es cierto?

—Sí —dijo el herrero, el cual, consciente de su responsabilidad, tenía una expresión seria en el rostro, negro de hollín—. Si puedo hacer una como es debido, podré hacer cuarenta o incluso cien.

—La primera es la difícil, ¿eh?

—Inviertes mucho dinero en esto.

—No te preocupes por eso.

—Gracias, mi señor.

—No creo que la lucha cese el próximo año ni el otro ni los posteriores... Cuando se agoste toda la hierba de esta tierra y los capullos empiecen a brotar de nuevo... Bien, haz cuanto puedas para terminar el arma rápidamente.

—Pondré en ello todo mi empeño.

—Y recuerda que esto debe permanecer en secreto.

—Sí, mi señor.

—Los martillazos son demasiado fuertes. ¿No podrías trabajar de manera que no se oyeran fuera del foso?

—También pondré cuidado en ello.

Cuando se disponía a salir de la herrería, Koroku vio un arma apoyada al lado de los fuelles.

—¿Y eso? —preguntó, señalándola—. ¿Es el modelo o uno de tus intentos?

—Está recién hecha.

—Bueno, déjame verla.

—Me temo que todavía no está preparada para pasar una inspección.

—No importa. Tengo un buen blanco para ella. ¿Disparará?

—La bola sale volando, pero por mucho que lo intente, no consigo que el mecanismo engrane como el del original. Pondré más empeño en conseguir algo que funcione.

—Probar también es una tarea importante. Déjamela.

Koroku cogió el arma de las manos de Kuniyoshi, apoyó el cañón en su codo doblado e hizo como si apuntara a un blanco. En aquel momento Inada Oinosuke apareció en la puerta de la herrería.

—Oh, todavía no has terminado.

Koroku se volvió hacia Oinosuke con la culata del arma apretada contra sus costillas.



—¿Y bien?

—Creo que deberías ir en seguida. Hemos podido convencer a Tenzo para que viniera con nosotros, pero parece notar algo raro y se muestra nervioso. Si las cosas van mal, puede convertirse en el tigre que rompe los barrotes de su jaula, como dice el proverbio.

—Muy bien, ya voy.

Koroku le dio el arma a Oinosuke y recorrió a largas zancadas el sendero a través del bosque.

Watanabe Tenzo estaba sentado ante el gabinete, preguntándose qué ocurría allí. ¿Qué clase de emergencia era la causa de que le hubieran llamado? Aoyama Shinshichi, Nagai Hannojo, Matsubara Takumi e Inada Oinosuke, los servidores de confianza del clan Hachisuka, estaban todos cerca de él, observando atentamente sus menores movimientos. Tenzo había empezado a sentirse intranquilo nada más llegar. Estaba pensando en dar alguna excusa y marcharse cuando vio a Koroku en el jardín.

—Ah, tío.

El saludo de Tenzo estuvo acompañado por una sonrisa forzada. Koroku miró a su sobrino con semblante impasible. Oinosuke apoyó la culata del arma en el suelo.

—Tenzo, sal al jardín, ¿quieres? —le dijo. El aspecto de Koroku no difería del normal, y Tenzo se sintió un poco tranquilizado.

—Me han dicho que me apresurase a venir, que es preciso ocuparse de algún asunto urgente.

—Así es.

—¿Qué clase de asunto?

—Bien, ven aquí.

Tenzo se calzó unas sandalias de paja y salió al jardín, acompañado de Hannojo y Takumi.

—Quédate ahí —le ordenó Koroku, sentándose en una gran piedra y alzando el arma.

En un instante Tenzo comprendió que su tío iba a apuntarle, pero en su posición no podía hacer nada. Los otros hombres le rodeaban, como piedras inertes en un tablero de *go*. Habían hecho jaque al jefe de los bandidos de Mikuriya. Su semblante se puso lívido. Invisibles llamas de cólera irradiaban de Koroku, y la expresión de su rostro indicó a Tenzo que las palabras serían inútiles.

—¡Tenzo!

—¿Sí?

—No habrás olvidado las cosas que te he dicho una y otra vez, ¿verdad?

—Las tengo grabadas con firmeza en mi mente.

—Naciste humano en un mundo de caos. Las cosas más vergonzosas son la vanidad en la indumentaria, la vanidad en la comida y oprimir a la gente ordinaria y pacífica. Los llamados grandes clanes provinciales hacen tales cosas, así como los *ronin*. La familia de Hachisuka Koroku no es como ellos, y creo que ya te he advertido al respecto.

—Lo has hecho, en efecto.

—Sólo nuestra familia ha prometido albergar grandes esperanzas y llevarlas a cabo. Hemos jurado no oprimir a los campesinos, no actuar como ladrones y, si llegamos a ser los dirigentes de una provincia, procurar que la prosperidad sea compartida por todos.

—Sí, es cierto.

—¿Quién ha roto esa promesa? —preguntó Koroku. Tenzo guardó silencio—. ¡Tenzo! Has abusado de la fuerza militar que te confié, la has usado mal, haciendo el trabajo de un ladrón nocturno. Fuiste tú

quien allanó la tienda de cerámica de Shinkawa y robó la jarra akae, ¿no es cierto?

Tenzo parecía como si estuviera a punto de poner pies en polvorosa. Koroku se levantó y dijo en voz atronadora:

—¡Cerdo! ¿Quieres huir?

—Yo... no huiré.

Le temblaba la voz. Se dejó caer en la hierba y permaneció sentado allí como si estuviera clavado al suelo.

—¡Atadle! —gritó Koroku a sus servidores.

Al instante, Matsubara Takumi y Aoyama Shinshichi se abalanzaron sobre Tenzo, le retorcieron las manos a la espalda y se las ataron con la cuerda anudada de su espada. Cuando Tenzo comprendió claramente que la autoría de su delito se había difundido y que corría peligro, su pálido semblante pareció algo más resuelto y desafiante.

—T... t... tío..., ¿qué vas a hacer conmigo? Sé que eres mi tío, pero esto rebasa lo razonable.

—¡Calla!

—Te juro que no recuerdo haber hecho lo que acabas de decir.

—¡Calla!

—¿Por qué me tratas así?

—¿Vas a callarte o no?

—Tío..., eres mi tío, ¿no es cierto? Si corre por ahí semejante rumor, ¿no podrías haberme pedido explicaciones?

—Las excusas cobardes me tienen sin cuidado.

—Pero que el jefe de un gran clan actúe basándose en rumores sin investigarlos...

Ni que decir tiene, aquel gimoteo repugnaba a Koroku, el cual alzó el arma y la apoyó en el brazo doblado.

—Escucha, escoria, eres el blanco vivo que necesito para probar esta nueva arma que Kuniyoshi acaba de hacerme. Vosotros dos, llevadle a la valla y atadle a un árbol.

Shinshichi y Takumi empujaron a Tenzo y le agarraron del cogote, llevándole hasta el extremo del jardín, a tal distancia que un arquero inexperto sería incapaz de cubrirla con un flechazo.

—¡Tío! —gritó Tenzo—. Tengo algo que decirte. ¡Escúchame, una sola vez!

Todos oyeron su voz y la desesperación que vibraba en ella. Koroku no le hizo caso. Oinosuke había traído una mecha. Koroku la cogió y, tras introducir una bola en el mosquete, apuntó a su sobrino que gritaba frenéticamente.

—¡Hice mal, lo confieso! ¡Por favor, escúchame!

Tan poco impresionados como su señor, los hombres permanecían en silencio, preparados para encajar el estruendo del disparo sin inmutarse, esperando. Al cabo de varios minutos, Tenzo calló e inclinó la cabeza. Tal vez se había resignado a la muerte, o quizá su resistencia se había quebrantado.

—¡No hay manera! —murmuró Koroku, y desvió los ojos del blanco—. Aunque aprieto el gatillo, la bola no sale. Oinosuke, corre a la herrería y vuelve con Kuniyoshi.

Cuando llegó el herrero, Koroku le entregó el arma y dijo:

—He intentado dispararla, pero no funciona. Arréglala.

Kuniyoshi examinó el mosquete.

—No es posible repararlo fácilmente, mi señor —replicó.

—¿Cuánto tardarás?

—Quizá pueda haberlo logrado esta noche.

—¿No puede ser antes? El blanco vivo con el que intento probarla está esperando.

Sólo entonces el herrero se dio cuenta de que Tenzo estaba siendo utilizado como blanco.

—¿Vuestro..., vuestro sobrino? —tartamudeó.

Koroku ignoró la observación.

—Ahora eres un armero. Es conveniente que apliques toda tu energía a fabricar un arma. Si pudieras terminarla aunque sólo sea un día antes de lo planeado, tanto mejor. Tenzo es un malvado, pero es pariente mío, y en vez de morir como un perro habrá hecho una contribución útil si sirve de algo para probar un arma. Anda, sigue con tu trabajo.

—Sí, me señor.

—¿A qué estás esperando?

Los ojos de Koroku eran como fuegos de señalización. Incluso sin alzar la vista, Kuniyoshi sintió su calor. Cogió el arma y se apresuró a regresar a la herrería.

—Takumi, dale un poco de agua a nuestro blanco vivo —ordenó Koroku—. Haz que por lo menos tres hombres lo vigilen hasta que el arma haya sido reparada.

Dicho esto, el jefe de la casa regresó al edificio principal para desayunar.

Takumi, Oinosuke y Shinshichi también abandonaron el jardín. Aquel día Nagai Hannojo tenía que regresar a su propia casa, y pronto anunció su partida. Más o menos a la misma hora, Matsubara Takumi salió para hacer un recado, de modo que sólo Inada Oinosuke y Aoyama Shinshichi permanecieron en la residencia de la colina.

El sol ascendió más y el calor fue en aumento. Las cigarras entonaban su canto monótono, y las únicas criaturas vivas que se movían bajo el calor ardiente eran las hormigas sobre las piedras horneadas del pavimento del jardín. De la herrería surgía espasmódicamente el furioso sonido de los martillazos. ¿Cómo debía sonar en los oídos de Tenzo?

—¿Aún no está lista el arma?

Cada vez que llegaba la voz severa desde la habitación de Koroku, Aoyama Shinshichi iba corriendo a la herrería bajo el calor ardiente, y cada vez regresaba a la terraza para decir que faltaba un poco más e informar sobre los avances del trabajo.

Koroku seesteaba a ratos, con los brazos y las piernas extendidos. También Shinshichi, fatigado por la excitación del día anterior, acabó por adormilarse.

Les despertaron las voces de uno de los guardias.

—¡Ha escapado! —gritaba—. ¡Amo Shinshichi! ¡Ha escapado! ¡Ven en seguida!

Shinshichi corrió descalzo al jardín.

—¡El sobrino del señor ha matado a dos guardianes y ha huido!

El rostro del hombre tenía exactamente el color de la arcilla.

Shinshichi corrió con el guardián, gritando por encima del hombro:

—¡Tenzo ha matado a dos guardianes y ha huido!

—¿Cómo? —gritó Koroku, despertando bruscamente de su siesta.

El canto de las cigarras seguía sin interrupción. Casi con el mismo movimiento, se puso en pie y se

ciñó la espada que siempre tenía a su lado cuando dormía. Saltó desde la terraza y pronto llegó al lado de Shinshichi y el guardián.

Cuando llegaron al árbol, no se veía a Tenzo por ninguna parte. Al pie del árbol había un trozo de cuerda de cáñamo sin desanudar. A unos diez metros de distancia, un cadáver yacía de bruces. Hallaron al otro guardián apoyado en el pie del muro, con la cabeza abierta como una granada madura. Los dos cuerpos estaban empapados en sangre, y parecía como si alguien los hubiera rociado con ella. El calor del día pronto secó la sangre sobre la hierba, ennegreciéndola hasta darle el color de la laca. Su olor había atraído enjambres de moscas.

—¡Guardia!

—Sí, mi señor.

El hombre se arrojó a los pies de Koroku.

—Tenzo tenía ambas manos atadas con el nudo de su espada y estaba atado al árbol con una cuerda de cáñamo. ¿Cómo ha podido librarse de la cuerda? Por lo que veo, no ha sido cortada.

—Sí, bueno..., nosotros le desatamos.

—¿Quién?

—Uno de los guardianes muertos.

—¿Por qué le desató? ¿Y con qué permiso?

—Al principio no le hacíamos caso, pero vuestro sobrino dijo que tenía que hacer sus necesidades. Dijo que no podía aguantar y...

—¡Estúpido! —le gritó Koroku, conteniendo apenas el deseo de dar patadas al suelo—. ¿Cómo has podido caer en un truco tan viejo como ése? ¡Mastuerzo!

—Perdonadme, señor, os lo ruego. Vuestro sobrino nos dijo que en el fondo sois amable y nos preguntó si realmente creíamos que ibais a matar a vuestro propio sobrino. Dijo que le castigabais sólo para causar impresión y que, como estabais llevando a cabo una investigación completa, cuando anocheciera ya le habríais perdonado. Entonces dijo que, si no le escuchábamos, sufriríamos por haberle hecho sufrir así. Finalmente, uno de ellos le desató y se fue con él y el otro guardia, a fin de que hiciera sus necesidades a la sombra de esos árboles.

—¿Y bien?

—Entonces oí un grito. Los había matado a los dos, y corrí a la casa para deciros lo que había ocurrido.

—¿Qué dirección ha tomado?

—La última vez que le vi, tenía las manos en lo alto del muro, por lo que supongo que lo ha saltado. He oído un ruido que podría haber sido un chapoteo en el agua del foso.

—Captúrale, Shinshichi. Envía en seguida hombres al camino del pueblo.

Tras impartir estas órdenes, él mismo corrió hacia la puerta principal con una energía aterradora.

Kuniyoshi, bañado en sudor, no sabía lo ocurrido y no hacía caso del paso del tiempo. Sólo el arma existía para él y le absorbía por completo. Las chispas de la fragua volaban a su alrededor. Finalmente, utilizando limaduras de hierro, había confeccionado la pieza que necesitaba. Aliviado por haber hecho su trabajo, meció el mosquete en sus brazos. De todos modos, no confiaba plenamente en que la bola saliera volando del cañón. Dirigió el arma descargada hacia la pared para probarla. Al apretar el gatillo, produjo un chasquido satisfactorio.

El herrero se dijo que parecía funcionar bien, pero si la entregaba a Koroku y éste le encontraba otro defecto, se vería en un gran apuro. Echó pólvora y una bola en el cañón, llenó la cazoleta del cebo, dirigió la boca del arma al suelo y disparó. Con un fuerte estampido, la bola produjo un pequeño cráter en el suelo.

«¡Lo he conseguido!»

Pensando en Koroku, cargó de nuevo el arma, salió corriendo de la choza y avanzó por el sendero entre los espesos árboles que conducía al jardín.

—¡Eh, tú! —gritó un hombre apenas visible a la sombra de un árbol.

Kuniyoshi se detuvo.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo.

—¿Quién?

—Watanabe Tenzo.

—¿Eh? ¡El sobrino del señor!

—No te sorprendas tanto, aunque comprendo tus motivos. Esta mañana estaba atado a un árbol e iba a ser usado para probar un arma, y ahora aquí me tienes.

—¿Qué ha ocurrido?

—Eso no es asunto tuyo. Es un asunto entre tío y sobrino. Me ha dado un buen rapapolvo.

—Eso ha hecho, ¿eh?

—Escucha, en este preciso momento, en el estanque Shirahata del pueblo, los campesinos y unos samurais de la vecindad se han trabado en una pelea. Hacia allá han ido mi tío, Oinosuke, Shinshichi y sus hombres. Yo tengo que seguirles en seguida. ¿Has podido terminar el arma?

—Así es.

—Pues dámela.

—¿Es ésa una orden del señor Koroku?

—Sí. Dámela. Si el enemigo huye, no podremos probarla.

Tenzo arrebató el arma de la mano de Kuniyoshi y desapareció en el bosque.

«Qué extraño es esto», pensó el herrero, y fue en pos de Tenzo, el cual se abría paso entre los árboles a lo largo del muro externo. Le vio escalar el muro y saltar, cayendo muy cerca del otro lado del foso. Metido hasta el pecho en las fétidas aguas, no perdió el tiempo en salvar, chapoteando, la distancia restante, como un animal silvestre.

—¡Ah! ¡Se escapa! ¡Socorro! ¡Allí!

Kuniyoshi gritaba tan fuerte como podía desde lo alto del muro.

Tenzo salió del agua con el aspecto de una rata cubierta de barro, y se volvió hacia Kuniyoshi. Le apuntó con el arma y disparó.

El mosquete produjo un ruido horrible. El cuerpo de Kuniyoshi cayó desde lo alto del muro de tierra. Tenzo corrió a través de los campos, saltando como un leopardo en huida.

\*

\*

\*

«¡Asamblea!»

El aviso estaba firmado por el jefe del clan, Hachisuka Koroku. Al anochecer, la mansión se llenó de samurais, tanto dentro como fuera del portal.

—¿Una batalla?

—¿Qué creéis que ha sucedido? —preguntaban, excitados por la perspectiva de la lucha.

Aunque solían dedicarse a arar sus campos, vender capullos de seda, criar caballos e ir al mercado igual que los campesinos y los mercaderes ordinarios, en lo fundamental eran muy diferentes de éstos. Se ufanaban de sus linajes marciales y estaban descontentos de su suerte. Si se presentaba la oportunidad, no vacilarían en empuñar las armas para desafiar al destino y crear una tormenta. Hombres como aquéllos habían sido partidarios fieles y leales del clan durante generaciones.

Oinosuke y Shinshichi estaban fuera de los muros, impartiendo instrucciones.

—Rodead el jardín.

—No hagáis tanto ruido.

—Pasad por la puerta principal,

Todos los hombres estaban armados con espadas largas de combate. Sin embargo, como miembros de un clan provincial, no vestían armadura completa y sólo llevaban guanteletes y espinilleras.

—Vamos a entrar en combate —conjeturó un hombre.

Los límites del dominio de Hachisuka no estaban claramente definidos. Aquellos hombres no pertenecían a ningún castillo ni habían jurado fidelidad a ningún señor. No tenían ni aliados ni enemigos evidentes pero de vez en cuando iban a la guerra cuando las tierras del clan sufrían una invasión, cuando establecían alianzas con el señor local o cuando señores de provincias distantes contrataban a los hombres del clan como mercenarios y agitadores. Algunos dirigentes de clanes convocaban a sus tropas para conseguir dinero, pero a Koroku nunca le habían tentado las ganancias personales. Sus vecinos, los Oda, así lo reconocían, al igual que los Tokugawa de Mikawa y los Imagawa de Suruga. Los Hachisuka sólo eran una más entre varias familias provinciales poderosas, pero tenían el suficiente prestigio para que ningún otro clan amenazara sus tierras.

Tras haber dado el aviso de la convocatoria, el clan entero se presentó en seguida. Reunidos en el espacioso jardín, los hombres miraban expectantes a su líder, el cual había subido a un montículo artificial donde permanecía silencioso como una estatua de piedra, bajo la luna en el cielo crepuscular. Su armadura era de cuero negro y llevaba al costado una espada larga. Aunque su equipo parecía ligero, su dignidad de jefe de un clan guerrero era inequívoca.

Koroku anunció a la silenciosa asamblea formada por cerca de doscientos hombres que, desde aquel día, Watanabe Tenzo ya no era miembro de su clan. Tras exponer claramente las circunstancias, pidió disculpas por sus propios fallos.

—Nuestra penosa situación actual se debe a mi negligencia. Tenzo debe ser castigado con la muerte por haber huido. No dejaremos una sola piedra sin levantar ni una brizna de hierba sin apartarla. Si permitimos que viva, los Hachisuka llevarán el estigma de ladrones durante cien años. Por nuestro honor, por nuestros antepasados y nuestros descendientes, tenemos que capturar a Tenzo. No le consideréis mi sobrino. ¡Es un traidor!

Estaba terminando su discurso cuando un explorador regresó a la carrera.

—Tenzo y sus hombres están en Mikuriya —informó—. Esperan un ataque y están fortificando el pueblo.

Cuando supieron que su enemigo era Watanabe Tenzo, los hombres parecieron un poco abatidos, pero al enterarse de las circunstancias se infundieron ánimos para restaurar el honor del clan. Con paso resuelto, se dirigieron al arsenal, donde había un asombroso surtido de armas. En el pasado, armas y armaduras solían ser abandonadas en el campo después de cada batalla, pero ahora, cuando no se percibía el final de la guerra civil y el país se hundía en la oscuridad y la inestabilidad, las armas se habían convertido en posesiones muy valiosas. Podían encontrarse en la casa de cualquier agricultor, y una espada o una lanza eran, después de los alimentos, los objetos más vendibles por dinero contante.

Un número considerable de las armas que contenía el arsenal estaban allí casi desde la fundación del clan, y su cantidad había aumentado rápidamente desde que Koroku era el jefe, pero no había armas de fuego. El hecho de que Tenzo hubiera huido con su único mosquete había enfurecido tanto a Koroku que sólo la acción podía calmar su cólera. Consideraba a su sobrino como un animal..., descuartizarle sería tener demasiada consideración con él. Juró que no se quitaría la armadura ni dormiría hasta conseguir la cabeza de Tenzo.

Koroku partió hacia Mikuriya al frente de sus tropas.

Cerca del pueblo la columna se detuvo. Enviaron un explorador, el cual les informó a su regreso de que el color rojizo del cielo nocturno se debía a los incendios causados por Tenzo y sus hombres, los cuales estaban saqueando el pueblo. Siguieron adelante y en la carretera se encontraron con campesinos que huían llevándose a sus hijos, familiares enfermos y enseres domésticos, así como su ganado. Al tropezarse con los hombres de Hachisuka, se asustaron todavía más.

Aoyama Shinshichi les tranquilizó.

—No hemos venido a saquear, sino a castigar a Watanabe Tenzo y sus rufianes —les dijo.

Los lugareños se calmaron y dieron rienda suelta a su resentimiento por las atrocidades de Tenzo y sus hombres, quienes estaban saqueando el pueblo. Sus delitos no se limitaban al robo de una jarra a Sutejiro. Además de recaudar la contribución territorial para el señor de la provincia, había establecido sus propias reglas y recaudado un segundo impuesto al que llamaba «tasa de protección» sobre los campos y arrozales. Había tomado posesión de los diques en lagos y ríos, cobrando la llamada «tasa del agua». Si alguien se atrevía a expresar su descontento, Tenzo enviaba hombres para que devastaran sus campos y arrozales. Además, amenazando con pasar a cuchillo a familias enteras, acabó con las iniciativas de informar secretamente al señor de la provincia. En cualquier caso, el señor estaba demasiado preocupado por los asuntos militares para interesarse por detalles como la ley y el orden.

Tenzo y sus cómplices hacían lo que se les antojaba: se entregaban a juegos de azar, sacrificaban vacas y pollos en los terrenos del santuario para comerse su carne, mantenían fulanas y utilizaban las dependencias del santuario como arsenal.

—¿Qué ha hecho esta noche la banda de Tenzo? —preguntó Shinshichi.

Los lugareños hablaron al mismo tiempo. Resultó que los canallas habían empezado por sacar lanzas y alabardas del santuario. Estaban tomando sake y hablando a gritos de luchar a muerte, cuando de repente empezaron a saquear las casas y prenderles fuego. Finalmente se reagruparon y huyeron con sus armas, alimentos y cualquier cosa de valor. Parecía como si, al armar tanto jaleo diciendo que lucharían hasta la muerte, confiaran en disuadir a cualquier posible perseguidor.

Koroku se preguntó si su sobrino le habría superado en táctica. Dio una patada en el suelo y ordenó a los lugareños que regresaran a sus hogares. Sus hombres les siguieron, y juntos intentaron controlar los

incendios. Koroku arregló el santuario profanado y, al alba, se postró en actitud orante.

—Aunque Tenzo sólo representa a una rama de nuestra familia, sus maldades se han convertido en delitos de todo el clan Hachisuka. Pido perdón y juro que será castigado con la muerte, que estos lugareños podrán vivir tranquilos y que haré ricas ofrendas a los dioses de este santuario.

Mientras oraba, sus tropas permanecían en silencio a cada lado.

Los lugareños se preguntaban unos a otros si aquél podía ser el jefe de un grupo de bandidos. Estaban confusos y suspicaces, lo cual no era de extrañar porque, en nombre de los Hachisuka, Watanabe Tenzo había cometido muchos crímenes. Como era sobrino de Koroku, todos estaban atemorizados, suponiendo que aquel hombre, que era el jefe de Tenzo, no se diferenciaba de éste. En cuanto a Koroku, sabía que si los dioses y el pueblo no estaban de su parte, fracasaría sin remedio.

Por fin regresaron los hombres que habían sido enviados en pos de Tenzo.

—Tenzo tiene una fuerza de unos setenta hombres —informaron—. Sus huellas indican que han ido a las montañas de Higashi Kasugai y huyen hacia la carretera de Mino.

Koroku les dio órdenes:

—La mitad de vosotros regresaréis para proteger la casa de Hachisuka. La mitad de los restantes os quedaréis aquí para ayudar a los lugareños y mantener el orden público. Los demás vendréis conmigo.

Tras haber dividido a sus fuerzas, no le quedaban más que cuarenta o cincuenta hombres para ir en pos de Tenzo. Después de cruzar Komaki y Kuboshiki, dieron alcance a una parte de la banda. Tenzo había apostado vigías a lo largo de varios caminos, y cuando vieron que les seguían, sus hombres empezaron a tomar una ruta indirecta. Corrió la noticia de que se dirigían desde la cima de Seto al pueblo de Asuke.

\* \* \*

Era alrededor de mediodía del cuarto día después del incendio de Mikuriya, y hacía calor. Los caminos eran empinados y los hombres de Tenzo tenían que llevar sus armaduras puestas. Era evidente que la banda estaba cansada de huir. A lo largo de los caminos habían abandonado bultos y caballos, aligerándose gradualmente de su carga, y cuando llegaron a la garganta del río Dozuki estaban hambrientos, exhaustos y empapados en sudor. Mientras bebían, la pequeña fuerza de Koroku se deslizó a ambos lados de la garganta en un movimiento de pinza. Piedras y cantos rodados llovieron, sobre los fugitivos, y las aguas del río no tardaron en teñirse de sangre. Algunos fueron traspasados con las espadas, otros golpeados hasta la muerte y otros arrojados al río. Se trataba de hombres que, de ordinario, estaban en buenas relaciones, muchos de ellos unidos por lazos de sangre, pues los miembros de cada facción tenían tíos o primos en la otra. Era un ataque del clan contra sí mismo, pero inevitable. En realidad formaban un sólo cuerpo de hombres, y por ello mismo era preciso amputar las raíces del mal.

Koroku, con su valor sin igual, estaba cubierto por la sangre fresca de sus familiares. Llamó gritando a Tenzo para que diera la cara, pero fue en vano. Diez de sus hombres habían caído, pero el otro bando casi había sufrido una matanza. Sin embargo, Tenzo no estaba entre los muertos. Parecía haber abandonado a sus hombres y logrado huir por los senderos de montaña.

«¡El muy cerdo!», se dijo Koroku, apretando los dientes. Su sobrino se dirigía a Kai.



Koroku estaba en pie en una de las cimas cuando de súbito se oyó el estampido de un solo disparo, que resonó a través de las montañas. El sonido del arma parecía burlarse de él. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. En aquel momento reflexionó en que él y su sobrino, que no era más que el mal encarnado, tenían, al fin y al cabo, la misma sangre. Vertía lágrimas de pesar por su propia inutilidad. Profundamente desalentado, trató de pensar a fondo en el problema y se dio cuenta de que estaba lejano el día en que podría superar la categoría de jefe de clan para convertirse en el dirigente de una provincia. Tenía que admitir que era incapaz de tal cosa. Si ni siquiera sabía cómo controlar a uno de sus propios parientes... La fuerza por sí sola no bastaba si uno carecía de una política de gobierno o de disciplina doméstica. De repente, una amarga sonrisa apareció entre sus lágrimas. Se había dado cuenta de que, después de todo, aquel bastardo le había enseñado algo. Entonces dio la orden de retirada.

Su fuerza, formada ahora por poco más de treinta hombres, se reagrupó y descendió desde la garganta del Dozuki a Koromo. Vivaquearon en las afueras del pueblo y, al día siguiente, enviaron un mensajero al castillo de la población fortificada de Okazaki. Obtuvieron permiso para cruzar la ciudad, pero como ya era tarde cuando se pusieron en camino, llegaron a Okazaki al filo de la medianoche. A lo largo de las carreteras que conducían a sus tierras había una sucesión de castillos principales y secundarios, así como fortificaciones de empalizadas. Había también puntos de control estratégicos por los que no podía pasar un grupo de hombres armados. El viaje por carretera les llevaría varios días, por lo que decidieron subir a una embarcación que les llevaría por el río Yahagi, y luego desde Ohama a Handa. Desde Tokoname volverían a viajar en barco por la costa y, subiendo por el río Kanie, llegarían a Hachisuka.

Cuando llegaron al río Yahagi era medianoche y no se veía ninguna embarcación. La corriente era rápida y el río ancho. Frustrados, Koroku y sus hombres se detuvieron bajo unos árboles. Varios hombres dieron sus opiniones:

—Si no hay ninguna barca para navegar río abajo, podríamos subir a un transbordador hasta la otra orilla.

—Es demasiado tarde. Esperemos hasta la mañana.

Lo que más molestaba a Koroku era que, para poder acampar allí, tendrían que ir al castillo de Okazaki y pedir permiso de nuevo.

—Busquemos un transbordador —ordenó Koroku—. Si encontramos uno y podemos cruzar al otro lado, al amanecer habremos cubierto la distancia que habríamos podido recorrer en barca río abajo.

—Pero, señor, no hemos visto un transbordador en ninguna parte.

—¡Idiota! En estos alrededores tiene que haber por lo menos una barca. De lo contrario, ¿cómo cruzaría la gente un río de esta anchura durante el día? Es más, debe de haber barcas de exploración ocultas entre las cañas o las altas hierbas a lo largo de la orilla, o embarcaciones utilizables si la lucha interrumpe el servicio de transbordador. ¡Abrid bien los ojos y buscad!

Los hombres se dividieron en dos grupos, uno de los cuales fue río arriba y el otro en la dirección contraria.

—¡Ah, aquí hay uno! —gritó uno de los que habían ido río arriba, deteniéndose en seco.

En un lugar de la orilla donde la tierra había sido arrastrada por una inundación, unos sauces de gran tamaño, violáceos y con las raíces al aire, se curvaban e inclinaban sus ramas sobre el agua. Ésta era tranquila y oscura, como una charca profunda. Una embarcación estaba amarrada en las sombras bajo los árboles.

—Y es utilizable.

El hombre subió a bordo y, con la intención de llevar la barca río abajo, extendió la mano para quitar la cuerda de amarre alrededor de las raíces de un sauce, pero se detuvo y se quedó mirando fijamente el interior del bote, una pequeña embarcación de escaso calado utilizada para transportar equipaje. Le faltaba poco para romperse, el suelo estaba húmedo, legamoso, y además se escoraba peligrosamente. Sin embargo, podría ser usado para cruzar al otro lado. Pero lo que había llamado la atención del soldado era un hombre profundamente dormido y roncando bajo una putrefacta esterilla de juncos. Sus ropas eran extrañas. Ambas mangas y el dobladillo eran cortos, y bajo la sucia tela blanca llevaba polainas y protecciones para los dorsos de las manos. Calzaba unas simples sandalias de paja. Su edad estaría en algún punto entre la infancia y la juventud. Yacía boca arriba bajo el cielo, con el rocío de la noche en cejas y pestañas. Parecía estar absolutamente en paz con el mundo.

—¡Eh, tú!

El soldado trató de despertarle, pero como el hombre no reaccionaba en absoluto, volvió a llamarle y le golpeó ligeramente en el pecho con el extremo de la lanza.

—¡Eh, tú! ¡Despierta!

Hiyoshi abrió los ojos, aferró el asta de la lanza al tiempo que daba un grito y se quedó mirando fijamente al soldado.

El agua que se arremolinaba alrededor del bote casi podría haber sido un reflejo del estado de la vida de Hiyoshi. Aquella noche gélida del primer mes del año anterior, cuando se despidió de su madre y su hermana, les dijo que regresaría cuando se hubiera convertido en un gran hombre. No tenía el menor deseo de probar un trabajo tras otro, haciendo de aprendiz de mercaderes y artesanos, como hasta entonces. Lo que más deseaba era servir a un samurai. Pero tenía en contra su aspecto, y además carecía de toda prueba de su linaje.

Kiyosu, Nagoya, Sumpu, Odawara... Había recorrido todas esas ciudades. A veces hacía acopio de valor y se detenía ante la puerta de la residencia de un samurai, pero siempre respondían a sus súplicas riéndose y ridiculizándole. En una ocasión le echaron a escobazos. El dinero que le había dado su madre se agotaba rápidamente, y se daba cuenta de que el mundo era tal como le había dicho su tía en Yabuyama. No obstante, se negaba a renunciar a su sueño, creyendo que sus aspiraciones eran razonables. No le avergonzaba contar a nadie sus ambiciones, aun cuando tuviera que dormir a la intemperie, sobre la hierba o, como aquella noche, con el agua por lecho. Lo que le impulsaba a seguir adelante era el deseo de hacer que su madre, a quien imaginaba como la persona más desdichada del mundo, fuese la más feliz. ¿Cómo lo lograría? ¿Y cómo podría hacer algo por su hermana, quien creía que jamás podría casarse?

También él tenía sus propios deseos. Nunca notaba el estómago lleno, por mucho que comiera. Al ver grandes mansiones, quería vivir en tales lugares, y la visión de elegantes samurais le hacía reflexionar en su aspecto. Cuando miraba a las mujeres hermosas, el perfume que despedían le abrumaba. No se trataba de que hubieran cambiado sus prioridades. Lo primero era la felicidad de su madre, y de sus propias necesidades podría ocuparse más adelante. De momento se complacía en errar de un lugar a otro, haciendo caso omiso del hambre y aprendiendo cosas nuevas, sobre el funcionamiento del mundo, las pasiones humanas y las costumbres de regiones diferentes. Trataba de comprender los acontecimientos actuales, comparaba la fuerza militar de las distintas provincias y estudiaba los estilos de vida de campesinos y ciudadanos.

Desde el comienzo de las guerras civiles a finales del siglo anterior, muchos hombres se habían adiestrado en las artes marciales. Ello significaba una vida llena de penalidades, y durante año y medio Hiyoshi había seguido el Camino del Guerrero. Pero no había ido por ahí con una espada larga al cinto, proponiéndose perfeccionar sus habilidades marciales. De hecho, con su escaso dinero, había comprado agujas a un mayorista y se había convertido en buhonero itinerante. Había caminado hasta lugares tan alejados como Kai y Hokuetsu, con su plática de propaganda siempre en la punta de la lengua: «¿Quién necesita agujas? Aquí tenemos agujas de coser de Kyoto. ¿No vais a comprarlas? Agujas para algodón, agujas para seda. Agujas de coser de Kyoto». Sus ganancias eran escasas, apenas suficientes para mantenerse. Sin embargo, no se volvió mezquino, como tienden a serlo los mercaderes, los cuales sólo ven el mundo desde el punto de vista de sus mercancías.

El clan Hojo de Odawara, el Takeda de Kai, el Imagawa de Suruga... Al visitar las ciudades fortificadas del norte, había tenido la sensación de que el mundo se agitaba y estaba sometido a un gran cambio. Llegó a la conclusión de que los próximos acontecimientos serían diferentes de las pequeñas batallas que, hasta entonces, habían sido sintomáticas de discordias internas. Habría una gran guerra que curaría todos los males del país. Y si ocurría tal cosa, se decía mientras proseguía su camino errante vendiendo su género, entonces incluso él... El mundo se estaba cansado del decrepito régimen Ashikaga. El caos reinaba por doquier y el mundo esperaba a los jóvenes como él.

\* \* \*

Tras viajar por las provincias de Kyoto y Omi, al norte de la suya, había aprendido algo de la vida. Luego entró en Owari y llegó a Okazaki, donde se enteró de que un pariente de su padre vivía en aquella ciudad fortificada. No tenía intención de visitar a familiares o conocidos para pedirles alimento y ropa, pero a principios del verano había enfermado a causa de una intoxicación alimentaria y estaba débil. Además, quería oír alguna noticia de su pueblo.

Había caminado durante dos días bajo el brillante y ardiente sol, pero no consiguió localizar al hombre que buscaba. Tras comer un pepino crudo y beber agua de un pozo, sintió fuertes dolores intestinales. Por la noche recorrió la orilla del río Yahagi hasta que encontró un bote. El estómago le dolía y hacía ruidos. Tal vez debido a una ligera fiebre, tenía la boca seca y como si estuviera llena de espinas. Incluso entonces pensó en su madre, y ella acudió en sueños. Más tarde se durmió profundamente y todo, su madre, el dolor de estómago, el cielo y la tierra, dejó de existir..., hasta que el soldado empezó a golpearle en el pecho con el asta de su lanza.

El grito que lanzó Hiyoshi al despertar no guardaba proporción con el volumen de su cuerpo. Aferró la lanza instintivamente. En aquellos tiempos se creía que el pecho era donde estaba localizada el alma, como un santuario dentro del cuerpo.

—¡Arriba, enano!

El soldado intentó retirar la lanza. Hiyoshi, sin soltarla, se incorporó.

—¿Arriba? Ya estoy arriba.

El hombre notó la fuerza con que Hiyoshi agarraba el asta y frunció el ceño.

—¡Sal del bote! —le gritó.

—¿Que salga?

—¡Sí, ahora mismo! Necesitamos el bote, así que largo de aquí. ¡Piérdete!

Hiyoshi volvió a sentarse, encolerizado.

—¿Y si no quiero?

—¿Qué?

—Que si no quiero.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero salir del bote.

—¡Pequeño bastardo!

—¿Quién es el bastardo? ¿Yo o quien le despierta a uno de su profundo sueño golpeándole con una lanza y entonces le dice que salga y se pierda?

—¡Mierda! Será mejor que midas tus palabras. ¿Quién crees que soy?

—Un hombre.

—Eso es evidente.

—Eres tú quien lo ha preguntado.

—Hablas la mar de bien para ser un pequeño enano, ¿no es cierto? Pero de un momento a otro puedes quedarte sin habla y con la boca partida. Somos miembros del clan Hachisuka. Nuestro jefe se llama Hachisuka Koroku. Estamos aquí en medio de la noche y necesitamos un bote para cruzar el río.

—Puedes ver el bote pero no al hombre. ¡De todos modos, yo lo estoy usando!

—Te he visto y te he despertado. Ahora lárgate de aquí y piérdete.

—Eres irritante, ¿no crees?

—Repite eso.

—Tantas veces como gustes. No quiero salir de aquí. No voy a ceder este bote.

El hombre tiró del asta de la lanza, esforzándose por sacar a Hiyoshi a la orilla. Hiyoshi lo soltó en el momento que consideró oportuno. La lanza cortó las hojas de los sauces y el soldado cayó hacia atrás. Invirtió la lanza y embistió a Hiyoshi con la punta adelante. Tablas putrefactas, un cubo de achicar y la esterilla de juncos salieron volando del bote.

—¡Idiota! —exclamó burlescamente Hiyoshi.

Otros soldados llegaron corriendo.

—¡Basta! —dijo uno de ellos—. ¿Qué ocurre aquí?

—¿Quién es éste? —preguntó otro.

Se apiñaron allí haciendo mucho ruido, y poco después llegaron Koroku y los demás hombres.

—¿Habéis encontrado un bote? —inquirió Koroku.

—Sí, aquí hay un bote, pero...

Koroku se puso en silencio al frente del grupo. Hiyoshi, suponiendo que aquél debía de ser el jefe del grupo, se irguió un poco más y miró a Koroku directamente a la cara. Los ojos de Koroku estaban clavados en los de Hiyoshi y ninguno de los dos hablaba. Koroku no reparó en el extraño aspecto de Hiyoshi, demasiado sorprendido por la manera de mirarle del muchacho. Se dijo que éste era más audaz de lo que aparentaba. Cuanto más se miraban mutuamente, tanto más los ojos de Hiyoshi parecían los de un animal nocturno, brillantes en la oscuridad. Finalmente, Koroku desvió la mirada.

—Un chiquillo —dijo calmamente.

Hiyoshi no respondió. Sus ojos, como las flechas de un arquero, seguían apuntando al rostro de

Koroku.

—Es un chiquillo —repitió Koroku.

—¿Te refieres a mí? —le preguntó hoscamente Hiyoshi.

—Claro. ¿Es que hay ahí alguien más aparte de ti?

Hiyoshi cuadró un poco los hombros.

—No soy ningún niño. He tenido mi ceremonia de mayoría de edad.

—¿De veras? —Koroku se echó a reír—. Si eres un adulto, te trataré como tal.

—Ahora que me tienes en tu poder..., un solo hombre rodeado por un grupo numeroso, ¿qué vas a hacer conmigo? Supongo que sois *ronin*.

—Eres muy divertido.

—Nada de eso. Estaba profundamente dormido. Además, me duele el estómago. En cualquier caso, me tiene sin cuidado quiénes seáis. No quiero moverme de aquí.

—Hummm, ¿te duele el estómago?

—Sí.

—¿Cuál parece ser el motivo?

—Comida en mal estado, tal vez, o un golpe de calor.

—¿De dónde eres?

—De Nakamura, en Owari.

—¿Nakamura? Bien, bien. ¿Cuál es tu apellido?

—No voy a decirte mi apellido, pero mi nombre es Hiyoshi. Espera un momento, ¿qué significa esto? ¿Despertar a una persona de su sueño para preguntarle por su familia? ¿De dónde eres y cuál es tu linaje?

—Soy de Owari, como tú, del pueblo de Hachisuka en el distrito de Kaito, y me llamo Hachisuka Koroku. No sabía que hubiera gente como tú tan cerca de mi pueblo. ¿A qué te dedicas?

En vez de responder a su pregunta, Hiyoshi le dijo:

—Ah, ¿eres del distrito de Kaito? No está lejos de mi pueblo. —De repente se mostró más amigable. Aquélla era la oportunidad para pedir noticias de Nakamura—. Bueno, ya que somos del mismo distrito, voy a cambiar de idea. Puedes quedarte con el bote.

Cogió el fardo de mercancía que había utilizado como almohada, se lo echó al hombro y saltó a la orilla. Koroku observaba en silencio sus movimientos. Reparó entonces en su aire de vendedor callejero y en que sus réplicas informales eran las de un adolescente que ha viajado a solas de un lado a otro. Hiyoshi se resignó, exhaló un suspiro de pesadumbre y empezó a marcharse.

—Espera, Hiyoshi. ¿Adonde vas a ir desde aquí?

—Me he quedado sin bote, así que no tengo un sitio para dormir. Si duermo en la hierba, me empaparé de rocío y el estómago me dolerá más. No puedo hacer otra cosa. Caminaré hasta el alba.

—Si quieres, vente conmigo.

—¿Adonde?

—A Hachisuka. Quédate en mi casa. Te daremos de comer y te cuidaremos hasta que estés curado.

—Gracias. —Hiyoshi hizo una ligera y sumisa reverencia. Mirándose los pies, pareció pensar en lo que haría a continuación—. ¿Significa eso que me dejarás vivir allí y trabajar para ti? —preguntó.

—Me gusta tu manera de ser. Tienes mi promesa. Si quieres servirme, te emplearé.

—No quiero —dijo el muchacho muy claramente y con la cabeza alta—. Como me propongo servir a

un samurai, he ido por ahí comparando a los samurais y los señores provinciales de varias provincias. He decidido que lo más importante para servir a un samurai es elegir al apropiado. Uno no elige a su patrono a la ligera.

—¡Ja, ja! Esto se está poniendo cada vez más interesante. ¿Acaso yo, Koroku, no soy bastante bueno para ser tu patrono?

—No podría saberlo hasta que me emplearas, pero en mi pueblo no hablan bien del clan Hachisuka. A mi madre le apenaría que trabajara para un ladrón, así que no puedo ir a la casa de semejante persona y servirle.

—Vaya, supongo que has trabajado para el mercader de cerámica Sutejiro.

—¿Cómo lo has sabido?

—Watanabe Tenzo era miembro del clan Hachisuka, pero yo mismo he repudiado a ese sinvergüenza. Ha huido, pero hemos derrotado a su banda y ahora regresamos a casa. ¿Ha llegado incluso hasta tus oídos la difamación del nombre de los Hachisuka?

—Humm. No pareces como él —dijo Hiyoshi con mucha franqueza, mirando a Koroku. Entonces, como si hubiera recordado algo de repente, añadió—: Bien, señor, sin ninguna clase de obligación, ¿me llevarás hasta Hachisuka? Quisiera ir a la casa de mi pariente en Futatsudera.

—Futatsudera está al lado mismo de Hachisuka. ¿A quién conoces allí?

—El tonelero Shinzaemon está emparentado con mi familia por el lado materno.

—Shinzaemon es de casta samurai. Entonces, también tu madre debe ser descendiente de samurais.

—Puede que ahora sea un buhonero, pero mi padre fue samurai.

Los hombres habían subido a la embarcación y fijado la pértiga en su lugar, y estaban esperando a que Koroku subiera a bordo. Koroku rodeó los hombros de Hiyoshi con su brazo y los dos subieron al bote.

—Hiyoshi, si quieres ir a Futatsudera, ve allá, y si quieres quedarte en Hachisuka, también puedes hacerlo.

Como era menudo, Hiyoshi estaba oculto entre los hombres y sus lanzas, que sobresalían como una arboleda. La embarcación avanzó a través del ancho río, pero la corriente era rápida y el cruce requirió bastante tiempo. Hiyoshi se aburría. De súbito vio una luciérnaga posada en la espalda de uno de los soldados de Koroku. Ahuecando las manos, la capturó y estuvo observando cómo se encendía y apagaba su luz.

# La montaña de la flor dorada

Aunque hubiera regresado a Hachisuka, Koroku no estaba dispuesto a permitir que Tenzo se quedara sin castigo. Había enviado hombres en su persecución con la consigna de asesinarle y escrito a clanes de provincias distantes preguntándoles por su paradero. Llegó el otoño y sus esfuerzos aún no habían sido recompensados. Corrían rumores de que Tenzo había hallado refugio en el clan Takeda de Kai. Les había ofrecido el arma de fuego robada y había entrado a su servicio como miembro del ejército de espías y agitadores que trabajaba para la provincia.

Si ha llegado a Kai... —musitó amargamente Koroku, pero por el momento no podía hacer más que resignarse a esperar.

Poco después le visitó un mensajero del servidor del clan Oda que le había invitado a la ceremonia del té. El hombre le traía la jarra de agua akae.

—Sabemos que esto ha sido la causa de considerables trastornos para tu familia. Aunque compramos esta famosa pieza de buena fe, nos parece que ya no podemos quedárnosla. Creemos que si la devuelves a la tienda de cerámica, restaurarás el honor de tu nombre.

Koroku aceptó la jarra y prometió que devolvería la visita. Al final no fue a devolverla en persona, sino que envió a un mensajero con regalos: una espléndida silla de montar y oro por dos veces el valor de la jarra. Ese mismo día llamó a Matsubara Takumi y le dijo que se preparase para hacer un corto viaje. Entonces salió a la terraza.

—¡Mono!

Hiyoshi salió brincando de entre los árboles y se arrodilló ante Koroku. Primero había ido a Futatsudera, pero regresó directamente a Hachisuka y emprendió su nueva vida. Era rápido de ingenio y podía hacer cualquier cosa. La gente bromeaba a costa suya, pero él se abstenía de hacer lo mismo. Era hablador, pero nunca insincero. Koroku le puso a trabajar en el jardín y le cobró mucho afecto. Aunque Hiyoshi era un sirviente, no se limitaba a barrer los suelos. Su trabajo le hacía estar cerca de Koroku, por lo que su patrono le veía día y noche. Cuando se ponía el sol, actuaba como guardián. Por supuesto, ese cometido sólo se encargaba a los hombres que merecían más confianza.

—Tienes que ir con Takumi y mostrarle el camino hasta la tienda de cerámica de Shinkawa.

—¿A Shinkawa?

—¿Por qué pones una cara tan larga?

—Pero...

—Veo que no quieres ir, pero Takumi debe devolver la jarra de agua a su legítimo propietario. Me ha parecido una buena idea que le acompañes.

Hiyoshi se postró y tocó el suelo con la frente.

Como el muchacho era un mero ayudante, cuando llegaron a casa de Sutejiro se quedó esperando fuera. Sus antiguos compañeros de trabajo, que no comprendían el motivo de su presencia allí, se asomaron y le miraron. Hiyoshi parecía haberse olvidado por completo de que algunos de ellos se habían reído de él y le habían pegado antes de enviarle a casa. Sonriendo a todo el mundo, el muchacho se acuclilló al sol y esperó a Takumi. Al cabo de un rato, éste salió de la casa.

La inesperada recuperación de la jarra robada hizo tan felices a Sutejiro y su esposa que no tenían la seguridad de que no estaban soñando. Se apresuraron a colocar las sandalias de su visitante de modo que

pudiera calzarse con facilidad y avanzaron a paso vivo por delante de él hasta la puerta, junto a la que hicieron repetidas reverencias. Ofuku también estaba allí, y se sobresaltó al ver a Hiyoshi.

—Procuraremos encontrar el momento para ir a Hachisuka y presentar personalmente nuestros respetos —dijo Sutejiro—. Por favor, transmite a su señoría nuestros mejores deseos. Gracias de nuevo por haberte tomado la molestia de recorrer tan largo camino.

Marido, esposa, Ofuku y todos los empleados hicieron reverencias. Hiyoshi siguió a Takumi al exterior y saludó agitando la mano al marcharse.

Cuando pasaban junto a las colinas Komyo, Hiyoshi se preguntó entristecido cómo estarían sus familiares de Yabuyama, su tía y su pobre tío enfermo, el cual quizá ya habría muerto. Estaban cerca de Nakamura y, naturalmente, pensó en su madre y su hermana. Nada le habría gustado más que echar una carrera y verlos aunque sólo fuese un momento, pero el juramento que hiciera aquella noche helada se lo impedía. Aún no había hecho nada de lo que su madre pudiera sentirse feliz. Al desviar a regañadientes la vista de Nakamura, se encontró con un hombre que vestía uniforme de soldado de infantería.

—Oye, ¿no eres el hijo de Yaemon?

—¿Y tú quién eres, si puedo preguntarlo?

—Eres Hiyoshi, ¿no es cierto?

—Sí.

—¡Cómo has crecido! Me llamo Otowaka y fui amigo de tu padre. Servimos en el mismo regimiento a las órdenes del señor Oda Nobuhide.

—¡Ahora te recuerdo! ¿De veras he crecido tanto?

—Ah, ojalá tu pobre padre pudiera verte ahora.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Hiyoshi.

—¿Has visto a mi madre últimamente? —preguntó al hombre.

—No he visitado tu casa, pero voy a Nakamura de vez en cuando y oigo las noticias. Parece ser que trabaja con tanto ahínco como de costumbre.

—¿No está enferma, verdad?

—¿Por qué no vas a verlo tú mismo?

—No puedo volver a casa hasta que me convierta en un gran hombre.

—Ve y muéstrale que estás bien. Al fin y al cabo, es tu madre.

Hiyoshi quería llorar. Desvió la vista y, cuando se repuso, Otowaka ya se alejaba en la dirección contraria. Takumi había reanudado su camino y tuvo que apresurarse para darle alcance.

\*

\*

\*

Por fin había cesado el persistente calor veraniego. Las mañanas y los atardeceres eran como de otoño, y las hojas de las plantas taro eran lozanas y estaban totalmente desarrolladas.

—Este foso no ha sido drenado por lo menos en cinco años —musitó Hiyoshi—. ¡Siempre estamos practicando equitación y aprendiendo técnicas de lanza, y dejamos que el barro se amontone a nuestros pies! Eso no está bien. —Tras haber regresado de la casa del cortador de bambú, estaba inspeccionando el foso de la vieja mansión—. Al fin y al cabo, ¿para qué sirve un foso? Tendré que someter esto a la atención del patrono.



Hiyoshi comprobó la profundidad del agua con una vara de bambú. La superficie del agua estaba cubierta de plantas acuáticas, por lo que nadie se fijaba demasiado, pero como en el transcurso de los años se habían acumulado hojas caídas y barro, el foso ya no era realmente profundo. Tras comprobar la profundidad en dos o tres lugares, arrojó la vara. Estaba a punto de cruzar el puente hacia la puerta lateral cuando alguien le llamó «señor Media pinta». Esto no era una alusión a su estatura, sino la forma acostumbrada de dirigirse a un servidor de un clan provincial.

—¿Quién eres? —preguntó Hiyoshi a un hombre de aspecto hambriento que estaba sentado bajo un roble, abrazándose las rodillas. Vestía un sucio kimono gris con una flauta de bambú sujeta a la faja.

El hombre le hizo una seña para que se acercara.

—Ven aquí un momento.

Era un *komuso*, uno de los monjes mendicantes que tocaban la flauta y que acudían al pueblo de vez en cuando. Al igual que los demás, aquél estaba sucio y sin afeitado, y llevaba una flauta de bambú en una esterilla de juncos echada sobre un hombro. Algunos iban de pueblo en pueblo como monjes Zen, atrayendo la atención de la gente mediante una campanilla.

—¿Pides limosna o estás demasiado ocupado pensando en tu próxima comida?

—No.

Hiyoshi estaba a punto de burlarse de él, pero como sabía lo dura que podía ser la vida de un viajero, se ofreció a darle comida si tenía hambre y medicina si estaba enfermo.

El hombre sacudió la cabeza, miró a Hiyoshi y se echó a reír.

—Bueno, ¿por qué no te sientas?

—Prefiero estar de pie, gracias. ¿Qué te propones?

—¿Estás al servicio de esta casa?

—En realidad no. Me dan de comer, pero no soy miembro de la familia.

—Humm... ¿Trabajas en la parte trasera o en la casa principal?

—Barro el jardín.

—Un guardián del jardín interior, ¿eh? ¿Eres acaso uno de los favoritos del señor Koroku?

—No sabría decírtelo.

—¿Está en casa ahora?

—Ha salido.

—Es una pena —musitó el monje, al parecer decepcionado—. ¿Volverá hoy?

Hiyoshi pensó que había algo sospechoso en el hombre y titubeó. Se dijo que sería mejor que eligiera sus respuestas cuidadosamente.

—¿Volverá hoy? —repitió el hombre.

—Apuesto a que eres un samurai —le dijo Hiyoshi—. Si no eres más que un monje, debes de ser un auténtico novicio.

Sobresaltado, el hombre miró fijamente a Hiyoshi. Tras una larga pausa, le preguntó:

—¿Por qué crees que soy o bien un samurai o bien un novicio?

—Está claro —respondió Hiyoshi con aire de naturalidad—. Aunque tu piel está bronceada, la parte inferior de tus dedos es blanca y tienes las orejas bastante limpias. Como prueba de que eres un samurai, estás sentado con las piernas cruzadas en la esterilla, al estilo de los guerreros, como si aún llevaras armadura. Un mendigo o un monje doblarían la espalda y se inclinarían adelante. Sencillo, ¿no?

—Humm..., tienes razón. —El hombre se levantó de la esterilla sin apartar los ojos de Hiyoshi ni un momento—. Tienes muy buena vista. He pasado por muchos puestos fronterizos y puntos de control en territorio enemigo y todavía no me ha descubierto nadie.

—En el mundo hay tantos idiotas como hombres discretos, ¿no te parece? En fin, ¿qué quieres de mi señor?

El hombre bajó la voz.

—La verdad es que vengo de Mino.

—¿De Mino?

—Si mencionaras a Namba Naiki, servidor de Saito Dosan, el señor Koroku lo entendería. Quería verle y marcharme rápidamente sin que nadie se enterase, pero si no está aquí, no hay nada que hacer. Será mejor que pase el día en el pueblo y vuelva esta noche. Si regresa, ¿le dirás lo que acabo de decirte en privado?

Naiki empezó a alejarse, pero Hiyoshi le llamó.

—Era mentira —le dijo.

—¿Cómo?

—Que esté ausente. He dicho eso porque no sabía quién eras. Ahora se encuentra en el terreno de equitación.

—Ah, entonces está aquí.

—Sí. Te llevaré a su lado.

—Eres muy agudo, ¿eh?

—En una casa militar, ser cautos es lo más natural. ¿Debería suponer que a los hombres de Mino les impresionan estas cosas?

—¡No, no debes suponerlo! —replicó Naiki, irritado.

Siguiendo el foso, cruzaron la huerta y tomaron el sendero que pasaba por detrás del bosque, hasta llegar al terreno de equitación. La tierra estaba seca y se alzaban de ella nubes de polvo. Los hombres de Hachisuka se estaban adiestrando con ahínco. No sólo practicaban la equitación. En una sola maniobra, se acercaban hasta que los estribos casi se tocaban e intercambiaban golpes con estacas como si pelearan en una batalla verdadera.

—Espera aquí —dijo Hiyoshi a Naiki.

Tras haber observado la sesión de adiestramiento, Koroku se enjugó el sudor de la frente y fue a la cabaña de descanso para beber.

—¿Agua caliente, señor? —Hiyoshi cogió un cucharón de agua caliente y la agitó un poco para enfriarla. Tomó la taza y, arrodillándose, la depositó ante el escabel de campaña de Koroku. Entonces se aproximó a éste y le susurró—: Ha venido en secreto un mensajero de Mino. ¿Le traigo aquí? ¿O iréis vos a su encuentro?

—¿De Mino? —Koroku se levantó de inmediato—. Llévame a él, Mono. ¿Dónde le has dejado?

—Al otro lado del bosque.

No existía ningún tratado oficial entre los Saito de Mino y los Hachisuka, pero durante muchos años habían estado estrechamente vinculados por una alianza secreta para ayudarse unos a otros en caso de emergencia. A cambio, los Hachisuka recibían un sustancioso estipendio anual de Mino.

Koroku estaba rodeado de poderosos vecinos —los Oda de Owari, los Tokugawa de Mikawa y los

Imagawa de Suruga— pero nunca había jurado fidelidad a ninguno de ellos. Debía su independencia a la mirada vigilante del señor del castillo de Inabayama, Saito Dosan. Como entre sus territorios respectivos había una distancia considerable, la razón de que los Hachisuka y los Saito hubieran llevado a cabo esa alianza no estaba clara.

Según unos, Masatoshi, el predecesor de Koroku, había rescatado a un hombre próximo a la muerte ante la mansión de los Hachisuka. Parecía ser un espadachín errante que seguía la rigurosa disciplina de las artes marciales. Masatoshi se apiadó de él y ordenó que le acomodaran en la mansión y le dispensaran los mejores cuidados médicos. Cuando el hombre se restableció, Masatoshi incluso le dio algún dinero para que prosiguiera su viaje.

El hombre, que dijo llamarse Matsunami Sokuro, juró que no olvidaría aquella buena acción, y el día de su partida prometió:

—Cuando haya hecho fortuna, te enviaré aviso y te recompensaré por tu amabilidad.

Varios años después llegó una carta firmada por el señor Saito Dosan, y se llevaron una sorpresa al ver que era del hombre a quien habían conocido como Sokuro. La alianza era antigua, transmitida de una generación a la siguiente. Así pues, en cuanto Koroku supo que el mensajero secreto era de Saito Dosan, se apresuró a ir a su encuentro.

Allí, en la penumbra del bosque, los dos hombres intercambiaron saludos y luego, mirándose a los ojos, cada uno alzó la palma abierta al pecho, como si rezara.

—Soy Hachisuka Koroku.

—Y yo soy Namba Naiki de Inabayama.

En su juventud, Dosan había estudiado budismo en el templo Myokakuji. Esta experiencia le había llevado a usar los términos y signos budistas secretos que había aprendido en los templos y monasterios como contraseñas entre sus hombres.

Una vez concluidas esas formalidades y demostrado sus identidades respectivas, los dos hombres se sintieron más cómodos y hablaron libremente. Koroku ordenó a Hiyoshi que montara guardia y no dejara pasar absolutamente a nadie, y entonces se internó más en el bosque con Naiki. Por descontado, no revelaron a Hiyoshi nada de lo que hablaron o los documentos secretos que Naiki podría haber traído consigo, ni tampoco el muchacho deseaba enterarse. Permaneció fielmente en el borde del bosque, vigilando con toda su atención. Cuando tenía que realizar una tarea, la hacía a conciencia, tanto si se trataba de barrer el jardín como de montar guardia. Al contrario que otros hombres, era capaz de encontrar satisfacción en cualquier trabajo que le encargaran, pero no era simplemente porque había nacido pobre, sino porque veía en el trabajo inmediato una preparación para la siguiente tarea. Estaba convencido de que ésa era la manera de alcanzar algún día lo que ambicionaba.

«¿Qué debo hacer para llegar a ser alguien en el mundo?» Con frecuencia se planteaba este interrogante. Algunos tenían pedigrí y linaje, pero él no. Otros tenían dinero y poder, pero Hiyoshi también carecía de ellos. ¿Cómo llegaría a conseguir su fortuna? La pregunta le deprimía porque era tan bajo y no estaba más sano que cualquier otro hombre. Carecía de un aprendizaje digno de mención y su inteligencia sólo era de nivel medio. ¿Qué rasgos personales tenía a su favor? Fidelidad..., eso era todo lo que se le ocurría. No iba a ser fiel en unas cosas y en otras no, y estaba decidido a ser fiel en todo. Mantendría a toda costa su fidelidad porque no tenía más que dar.

¡Todo o nada! Ése sería su objetivo inamovible. Llevaría a cabo cada tarea hasta el final, como si los

mismos dioses le hubieran encargado una misión. Tanto si se trataba de barrer el jardín como de ser mozo de sandalias o de limpiar los establos, pondría en ello toda su voluntad. Resolvió que, en favor de sus ambiciones, ahora no cedería a la ociosidad. Tratar de separarse del presente era una tontería desde el punto de vista del futuro.

Los pajarillos del bosque piaban y gorjeaban por encima de la cabeza de Hiyoshi, el cual no veía el fruto de los árboles que picoteaban las aves. Cuando Koroku salió por fin del bosque, estaba animado, sus ojos brillantados por la ambición, y su semblante, que se ponía tenso cuando atendía a problemas, evidenciaba por su color subido que acababa de recibir alguna noticia importante.

—¿Dónde está el monje? —le preguntó Hiyoshi.

—Ha salido del bosque por otro camino. —Koroku miró seriamente a Hiyoshi y le dijo—: Ni una palabra de esto a nadie.

—Desde luego, señor.

—Por cierto, Namba Naiki te ha puesto por las nubes.

—¿De veras?

—Un día voy a promoverte. ¡Confío en que te quedes con nosotros para siempre!

Anocheció y los principales miembros del clan se reunieron en la residencia de Koroku. El consejo secreto se prolongó hasta la madrugada. También aquella noche Hiyoshi permaneció bajo las estrellas en su papel de fiel guardián.

Se mantenía el silencio más estricto sobre el contenido del mensaje de Saito Dosan, del que sólo se reveló lo sustancial a los principales miembros del clan. Pero en los días que siguieron al consejo nocturno, varios servidores de Koroku empezaron a desaparecer de Hachisuka. Formaban un grupo selecto de los hombres más astutos y capaces, y salieron del pueblo disfrazados. Corrieron rumores de que se dirigían a Inabayama.

Shichinai, el hermano menor de Koroku, era uno de los elegidos para ir de incógnito a Inabayama. Hiyoshi recibió la orden de acompañarle.

—¿Vamos en misión de reconocimiento? —preguntó el muchacho—. ¿Va a haber una batalla?

—No te preocupes —le respondió secamente su superior—. Cierra la boca y ven conmigo.

Shichinai no dijo nada más. El personal de baja categoría, incluso los empleados en la cocina, le llamaban «Señor Hoyuelos», pero sólo a sus espaldas. Les hacía sentirse incómodos y le detestaban. Bebía copiosamente, era arrogante y carecía por completo de la bondad de su hermano mayor. Aquel hombre le parecía a Hiyoshi francamente repulsivo, pero no se quejaba de la misión. Había sido elegido porque Koroku confiaba en él. Hiyoshi aún no había solicitado que le aceptaran como miembro del clan, pero había accedido a acatar las órdenes fielmente. Estaba preparado para servir a Shichinai, incluso a aquel Señor Hoyuelos, y deseoso de hacerlo hasta el fin, si fuese necesario.

El día de su partida, Shichinai cambió de aspecto incluso en su manera de atarse el cabello. Viajaría de incógnito, disfrazado como un mercader de aceite de Kiyosu. Hiyoshi se convirtió de nuevo en el buhonero que vendía agujas del verano anterior. Los dos serían casuales compañeros de viaje por la carretera de Mino.

—Escucha, Mono, cuando lleguemos a los puntos de control, será mejor que pasemos por separado.

—De acuerdo.

—Eres un parlanchín, así que procura mantener la boca cerrada, no importa lo que te digan.

—Sí, señor.

—Si te traicionas, fingiré que no te conozco y te dejaré ahí abandonado.

Había muchos puntos de control a lo largo del camino. A pesar de los estrechos lazos familiares que podrían haber convertido en aliados a los Oda y los Saito, en realidad eran exactamente lo contrario. En consecuencia, ambos bandos vigilaban especialmente su frontera común. Pero ni siquiera cuando hubieron entrado en la provincia de Mino se disipó la atmósfera de sospecha, y Hiyoshi preguntó a Shichinai los motivos.

—¡Siempre preguntas por lo que es evidente! El señor Saito Dosan y su hijo Yoshitatsu están reñidos desde años.

Shichinai no parecía sorprendido por la enemistad entre dos facciones dentro de la misma familia, y Hiyoshi sintió la tentación de preguntarse por el grado de inteligencia de aquel hombre. Desde luego, no faltaban ejemplos, incluso en los tiempos antiguos, de padres e hijos de la clase guerrera alzándose en armas unos contra otros, pero tenía que haber buenas razones para ello.

—¿Por qué son malas las relaciones entre el señor Dosan y el señor Yoshitatsu? —preguntó de nuevo Hiyoshi.

—¡No te pongas pesado! Si quieres saberlo, pregúntaselo a otro.

Shichinai chascó la lengua y se negó a decir nada más. Antes de llegar a Mino, Hiyoshi había temido verse obligado a hacer algo poco juicioso.

Inabayama era una pintoresca ciudad con castillo anidada entre montañas de escasa altura. Los colores otoñales del monte Inabayama eran nebulosos bajo una fina lluvia, pero había un atisbo de sol. El otoño estaba en su apogeo y uno podía contemplar la montaña desde la mañana hasta la noche sin cansarse de mirar. Parecía como si los riscos estuvieran cubiertos con un brocado de oro, un fenómeno que había dado a Inabayama su segundo nombre, la montaña de la Flor Dorada, que se alzaba desde las orillas del río Nagara, un espléndido telón de fondo de la ciudad y los campos. Hiyoshi contempló extasiado el castillo levantado en la cima, con sus muros blancos, pequeño en la distancia y agazapado como un pájaro blanco solitario.

Sólo se podía ascender desde la ciudad que se extendía debajo por un sendero tortuoso. Por otro lado, el castillo tenía un abundante suministro de agua. Hiyoshi estaba impresionado. Aquélla era la clase de fortaleza difícil de atacar y que probablemente nunca caería en manos del enemigo. Entonces se recordó que a una provincia no la sostenían sólo los castillos.

Shichinai tomó una habitación en una calle de mercaderes en la zona próspera de la ciudad. A Hiyoshi sólo le dio un poco de dinero y le dijo que se alojara en una de las casas de huéspedes baratas que había en las callejas interiores.

—Dentro de poco te daré las órdenes —le dijo—. La gente entrará en sospechas si te mantienes ocioso, así que, hasta que esté en condiciones de avisarte, dedícate cada día a vender tus agujas.

Hiyoshi hizo una reverencia respetuosa, cogió el dinero e hizo lo que su superior le había dicho. La casa de huéspedes no estaba muy limpia, pero el muchacho se sentía más cómodo a solas. Todavía era incapaz de imaginar qué le ordenarían que hiciera. En la casa de huéspedes se alojaban viajeros de muchas clases: actores, pulidores de espejos y negociantes en maderas. Estaba familiarizado con su olor característico y con las pulgas y piojos que traían consigo.

Hiyoshi salía a diario a vender agujas, y regresaba con verduras saladas y arroz, pues los huéspedes

se preparaban ellos mismos la comida. Había fogones a disposición de quienes pagaban la leña. Transcurrieron siete días y aún no tenía noticias de Shichinai. ¿Y acaso no estaba éste ocioso todo el día? Hiyoshi tenía la sensación de que había sido abandonado.

Un día, cuando Hiyoshi caminaba por una calle secundaria de una zona residencial, ejerciendo su oficio, un hombre con una aljaba en el costado y un par de arcos al hombro avanzó hacia él gritando en voz mucho más fuerte que la suya:

—¡Se reparan arcos viejos! ¡Se reparan arcos viejos!

Cuando estuvo muy cerca, el reparador de arcos se detuvo con una expresión de sorpresa en los ojos.

Hiyoshi no estaba menos sorprendido, pues el reparador de arcos era Nitta Hikoju, otro de los hombres de Koroku.

—Señor Hikoju, ¿qué hacéis reparando arcos en Inabayama?

—Humm, no soy el único. Hay aquí por lo menos treinta o cuarenta de los nuestros. Pero no esperaba encontrarte aquí.

—Llegué hace siete días con el señor Shichinai, pero todo lo que me dijo fue que saliera a vender mis agujas, y eso es lo que he estado haciendo. Por cierto, ¿cómo están las cosas?

—¿Todavía no lo sabes?

—No me dijo una sola palabra, y no hay nada peor para un hombre que estar obligado a hacer algo sin saber por qué.

—Sí, me lo imagino.

—Sin duda sabes qué está ocurriendo.

—Si no lo supiera, ¿crees que andaría por ahí reparando arcos?

—Por favor, ¿no podrías decirme algo?

—Humm, Shichinai es despiadado. Vas por ahí sin saber por qué tu vida está en peligro. Pero no podemos quedarnos aquí, hablando en medio de la calle.

—¿Nuestras vidas corren peligro?

—Si te capturasen, existiría el riesgo de que descubrieran nuestro plan, pero por el bien de todos quizá debería explicártelo para que tengas una idea de la situación.

—Te estaría muy agradecido.

—Pero si nos quedamos aquí llamaremos demasiado la atención.

—¿Qué te parece detrás de ese santuario?

—Sí, y estoy hambriento. ¿Por qué no almorzamos?

Hikoju se puso en marcha y Hiyoshi fue detrás de él. El santuario estaba rodeado de árboles y era muy tranquilo. Abrieron las hojas de bambú que envolvían los alimentos y se pusieron a comer. El follaje de los árboles ginkgo por encima de ellos danzaba a la luz del sol. Entre las hojas de un color amarillo brillante vieron el monte Inabayama cubierto por las flameantes hojas rojas de fines de otoño. En su cima el castillo se alzaba contra el cielo azul: era el orgullo del clan Saito y el símbolo de su poder.

—Ése es nuestro objetivo —dijo Hikoju, señalando el castillo de Inabayama con las puntas de sus palillos que tenían adheridos granos de arroz.

Ambos contemplaban el mismo castillo, pero cada uno lo veía de una manera por completo diferente. Hiyoshi estaba boquiabierto mientras miraba, sin comprender qué quería decir el otro, las puntas de los palillos.

—¿Van a atacar el castillo los Hachisuka?

—¡No seas estúpido! —Hikoju partió los palillos por la mitad y arrojó los fragmentos al suelo—. El hijo del señor Dosan, Yoshitatsu, está al frente del castillo, desde donde controla la vecindad y las carreteras a Kyoto y el este. Dentro de esos muros, adiestra a sus tropas y almacena nuevas armas. Los Oda, Imagawa y Hojo no están a su altura. Así pues, ¿qué podrían hacer los Hachisuka? No hagas preguntas necias. Iba a informarte de nuestros planes, pero ahora no sé si debería hacerlo.

—Lo siento. No diré nada más.

Tras recibir el rapapolvo, Hiyoshi guardó un silencio sumiso.

—No hay nadie por estos alrededores, ¿verdad? —El reparador de arcos miró en torno y se humedeció los labios—. Supongo que estás enterado de la alianza entre nuestro clan y el señor Dosan. —Hiyoshi se limitó a responder con un gesto de asentimiento—. Padre e hijo están reñidos desde hace años.

Hikoju contó a Hiyoshi la enemistad familiar y el caos resultante en Mino.

En el pasado, Dosan viajó bajo otros nombres, uno de los cuales era Matsunami Sokuro. Era un hombre experimentado: había sido mercader de aceite, espadachín errante e incluso novicio en un templo. Finalmente progresó desde la baja posición de mercader de aceite y llegó a hacerse el dueño de la provincia de Mino. Para ello acabó con la vida de su señor, Toki Masayori, y envió al exilio a su heredero, Yorinari. Más tarde tomó a una de las concubinas de Toki. Eran innumerables los relatos sobre su brutalidad y las atrocidades que había cometido. Si hacía falta alguna prueba más de su sagacidad, una vez se convirtió en el amo de Mino, no cedió una sola pulgada de terreno a sus enemigos.

Pero el destino puede ser terrible. ¿Podría considerarse como castigo divino lo que sucedió entonces? Adoptó a Yoshitatsu, el hijo de la que era concubina de su antiguo señor, pero no sabía con seguridad si el niño era suyo o del señor Toki, lo cual le preocupaba. A medida que Yoshitatsu crecía, las dudas de Dosan se incrementaban a cada día que pasaba.

Yoshitatsu era un hombre imponente que superaba los seis pies de altura. Cuando fue nombrado señor de Inabayama, su padre se trasladó al castillo de Sagiyama, al otro lado del río Nagara. Establecidos en las orillas opuestas del río, los destinos de padre e hijo estaban en el regazo de los dioses. Yoshitatsu se hallaba en la flor de la vida y hacía caso omiso del hombre al que suponía su padre. El viejo Dosan, cada vez más suspicaz, maldecía a Yoshitatsu y finalmente le desheredó, con la idea de colocar a su segundo hijo, Magoshiro, en el lugar de Yoshitatsu. Sin embargo, éste no tardó en comprender el plan.

Pero entonces Yoshitatsu contrajo la lepra y fue conocido como «el señor leproso». Era hijo del destino y excéntrico, pero también ingenioso y valiente. Yoshitatsu levantó fuertes para protegerse contra los ataques desde Sagiyama, y nunca rechazaba una oportunidad de luchar. Decidido a librarse de aquel despreciable «señor leproso», su propio hijo, Dosan se resignó a derramar sangre. Hikoju aspiró hondo.

—Por supuesto, los servidores de Dosan son bien conocidos en estos alrededores. Nos han pedido que incendiemos la ciudad fortificada.

—¡Incendiar la ciudad!

—Prender fuego de repente no serviría de nada. Antes de eso, tenemos que extender rumores, y cuando Yoshitatsu y sus servidores estén indecisos, elegiremos una noche ventosa y convertiremos la ciudad en un mar de llamas. Entonces las fuerzas de Dosan cruzarán el río y atacarán.

—Comprendo —dijo Hiyoshi, asintiendo y con una expresión de adulto. No revelaba admiración ni

desaprobación—. Entonces nos han enviado aquí para que propalemos rumores e incendiemos todo esto.

—Exacto.

—Así pues, al final no somos más que unos agitadores, ¿no es cierto? Estamos aquí para excitar a la gente.

—Bueno, sí, podrías plantearlo así.

—Esa actividad de agitador, ¿no es propia de los marginados de más baja estofa?

—No tiene remedio. Desde hace muchos años, los Hachisuka dependemos del señor Dosan.

Hikoju veía las cosas de una manera muy sencilla. Hiyoshi se lo quedó mirando. Un ronin siempre era un ronin, pero a él le resultaba difícil acostumbrarse a la idea. Aunque obtenía su arroz de la mesa de un ronin, consideraba que su vida era preciosa y no tenía intención de perderla incautamente.

—¿Por qué ha venido el señor Shichinai?

—Está aquí para dirigir las operaciones. Con treinta o cuarenta hombres que entran en la zona por separado, necesitas a alguien que los coordine y supervise.

—Entiendo.

—Bien, ahora conoces los motivos de todo esto.

—Así es. Pero hay una cosa más que no entiendo. ¿Qué pinto yo aquí?

—¿Eh? ¿Tú?

—¿Qué esperan que haga? Hasta ahora no he recibido ninguna orden del señor Shichinai.

—A lo mejor, como eres menudo y ágil, te encargarán la tarea de prender los fuegos la noche que haya viento.

—Ya veo, un incendiario.

—Como hemos venido a esta ciudad obedeciendo órdenes secretas, no podemos permitirnos cualquier descuido. Cuando nos hacemos pasar por reparadores de arcos y vendedores de agujas, debemos tener cuidado y vigilar lo que decimos.

—Si se enteran de nuestro plan, ¿empezarán a buscarnos en seguida?

—Naturalmente. Si los samurais de Yoshitatsu tienen el menor atisbo de nuestros planes, habrá una matanza. Si nos capturan, tanto si eres solo tú como todos nosotros, será horrible.

Al principio Hikoju había considerado deplorable que Hiyoshi no supiera nada. Ahora parecía súbitamente inquieto por la posibilidad de que el Mono revelara el secreto. Hiyoshi lo comprendió así por su expresión.

—No te preocupes. Durante mis viajes me he acostumbrado a esta clase de cosas.

—¿No se te escapará nada? —le preguntó Hikoju en tono tenso—. Ya sabes que estamos en territorio enemigo.

—Lo sé.

—Bien, hemos de tener mucho cuidado para no despertar sospechas. —La espalda se le había puesto rígida, y se la golpeó dos o tres veces al levantarse—. ¿Dónde te alojas, Mono?

—En el callejón detrás de la posada donde se hospeda el señor Shichinai.

—¿Ah, sí? Bueno, te visitaré una de estas noches. Ten cuidado sobre todo con los demás huéspedes.

Nitta Hikoju se colgó los arcos del hombro y se encaminó a la ciudad.

Hiyoshi siguió sentado en los terrenos del templo, contemplando los lejanos muros blancos del castillo por encima de los árboles ginkgo. Ahora que estaba mejor informado sobre el conflicto entre la



familia Saito y el mal que había engendrado, ni los muros inexpugnables como si fuesen de hierro ni la posición dominante de la escarpa le parecían realmente poderosos. Se preguntó quién sería el próximo señor del castillo. Tampoco Dosan tendría un final feliz, de eso estaba seguro. ¿Qué clase de fuerza puede existir en una tierra donde el señor y los servidores son enemigos? ¿Cómo puede el pueblo tener confianza cuando los señores de la provincia, padre e hijo, desconfían entre sí y maquinan el uno contra el otro?

Mino era una región fértil defendida por montañas en uno de los principales cruces de caminos entre la capital y las provincias. Estaba bendecida con recursos naturales, la agricultura y la industria prosperaban, el agua era limpia y las mujeres hermosas. ¡Pero estaba podrida! Hiyoshi no tenía tiempo para pensar en el gusano que se retorció en el núcleo putrefacto de aquel lugar. Cruzó por su mente el interrogante sobre quién sería el próximo señor de Mino.

Lo que más le turbaba era el papel jugado por Hachisuka Koroku, el hombre que le daba de comer. Los ronin no tenían buena reputación, pero en el tiempo que llevaba al servicio de Koroku había tenido pruebas suficientes de que era un hombre honesto, poseía un linaje, aunque fuese distante, y podía decirse de él que tenía un excelente carácter. Hiyoshi se había convencido de que hacerle reverencias a diario y obedecer sus órdenes no era en absoluto vergonzoso, pero ahora esa seguridad estaba Saqueando.

Desde mucho tiempo atrás Dosan había ayudado económicamente a los Hachisuka, y sus vínculos de amistad con ellos eran fuertes. Era impensable que Koroku desconociera el carácter de Dosan, o que no estuviera informado de sus traiciones y atrocidades. Sin embargo, era un agitador en la lucha entre padre e hijo. Por mucho que reflexionara en el asunto, Hiyoshi no podía participar de buen grado en aquel plan. En el mundo había millares de ciegos. ¿Tal vez era Koroku uno de los más ciegos? A medida que aumentaba su sensación de repugnancia, todo lo que deseaba era marcharse de allí.

Hacia finales del décimo mes, Hiyoshi abandonó la casa de huéspedes para ir de un lado a otro tratando de vender su mercancía. En la esquina de una calleja se encontró con Hikoju, cuya nariz tenía un color rojo brillante a causa del viento seco. El reparador de arcos se le acercó y le puso una carta en la mano.

—Después de leer este papel, másticalo y escúpelo al río —le advirtió.

Entonces, fingiendo que no le conocía, Hikoju giró a la derecha mientras Hiyoshi se alejaba en la dirección contraria. El muchacho sabía que la carta era de Shichinai. Su inquietud no había disminuido y el corazón empezó a latirle con fuerza.

Pensó que tenía que alejarse de aquella gente. Había examinado el problema muchas veces, pero la opción de huir era, a la larga, más peligrosa que la de quedarse donde estaba. Aunque se hallaba solo en la pensión, daba por sentado que vigilaban continuamente sus idas y venidas. Lo más probable era que los mismos espías fuesen observados. Todos estaban unidos entre ellos como los eslabones de una cadena. Llegó a la sombría conclusión de que realmente seguían adelante con el plan. Tal vez su renuencia se debiera a apocamiento, pero no podía convencerse de que debía convertirse en un agitador brutal dedicado a confundir a la gente, crear problemas y convertir la ciudad en un infierno.

Había perdido por completo el respeto hacia Koroku. No quería servir a Dosan ni tampoco quería tener nada que ver con Yoshitatsu. Si iba a aliarse con alguien, sería con los ciudadanos, con los que simpatizaba, sobre todo con los padres y sus hijos, que eran siempre las principales víctimas de la guerra. Estaba muy impaciente por leer la misiva de inmediato.

Mientras caminaba, lanzando su grito de costumbre: «¡Agujas! ¡Agujas de la capital!», entró a propósito en una calle de un barrio residencial donde no le verían, y se detuvo a la orilla de un riachuelo.

—¡Maldita sea, aquí no puedo cruzar! —dijo alzando mucho la voz.

Miró a su alrededor y comprobó que la suerte le acompañaba, pues no se veía a nadie. Sin embargo, a fin de estar más seguro, se colocó ante el riachuelo y, mientras orinaba, miró a su alrededor, cerciorándose de que estaba solo. Entonces sacó la carta de entre los pliegues de sus ropas y leyó:

Esta noche, a la hora del perro, si el viento es del sur o del oeste, ve a los bosques detrás del templo Jozaiji. Si el viento es del norte o cesa por completo, no vayas.

Terminó de leer, rompió la carta en pequeños fragmentos, los arrugó hasta formar una pelotita y la masticó convirtiéndola en un duro taco.

—¡Vendedor de agujas!

Hiyoshi se sobresaltó y no tuvo tiempo de escupir la nota al río. Ocultó el papel dentro del puño.

—¿Quién es?

—Aquí. Quisiéramos comprarte unas agujas.

No se veía a nadie y Hiyoshi no podía saber de dónde procedía la voz.

—¡Aquí, vendedor de agujas!

En el otro lado del camino había un terraplén y, en lo alto, unos muros dobles de barro. Se abrió una puertecilla de mimbre en la pared y un joven asomó la cabeza. Hiyoshi respondió con vacilación. Toda residencia de samurais en aquel vecindario debía de pertenecer a un servidor del clan Saito, pero ¿de qué bando? Si pertenecía a un servidor de Dosan, no había nada que temer, pero si era de la facción de Yoshitatsu las cosas podían ponerse feas.

—Aquí hay una persona que desearía comprar agujas.

La inquietud de Hiyoshi se identificó, pero no tenía alternativa.

—Gracias —replicó aturdido.

Hiyoshi siguió al sirviente, cruzó la puertecilla de mimbre y rodeó un montículo artificial en lo que parecía ser un jardín trasero. La mansión probablemente pertenecía a un importante partidario del clan provincial. El edificio principal estaba separado de una serie de anexos. Hiyoshi caminó más despacio para contemplar la grandiosidad de los edificios y la pulcritud de las rocas y los arroyos artificiales. ¿Quién desearía comprar agujas en semejante lugar? Las palabras del sirviente sugerían que pertenecía a la familia del propietario, pero eso no tenía sentido. En una mansión tan imponente, la señora de la casa o su hija no comprarían personalmente agujas, y, en cualquier caso, no habría ningún motivo para llamar a un buhonero que pregonaba su mercancía en la calle.

—Espera aquí un momento —le dijo el sirviente, dejándole en un rincón del jardín.

Un edificio de dos plantas con bastas paredes de yeso, bastante separado de la casa principal, llamó la atención de Hiyoshi. El primer piso parecía ser un gabinete y el superior una biblioteca.

—Señor Mitsuhide —llamó el joven sirviente—. He traído al hombre.

Mitsuhide apareció en una ventana cuadrada muy similar a la abertura de una almena. Era un hombre joven, de veinticuatro o veinticinco años, la tez clara y una expresión de inteligencia en los ojos. Se asomó a la ventana. Sujetaba unos libros con una mano.

—Ahora bajo, llévale a la terraza —dijo, y desapareció en el interior.

Hiyoshi alzó la vista y reparó por primera vez en que alguien podía haberle visto por encima del muro cuando estaba ante el riachuelo leyendo la carta. No tenía duda de que le habían observado y aquel Mitsuhide había entrado en sospechas y estaba a punto de interrogarle. Pensó que, si no se inventaba algo, se vería en apuros. Cuando estaba ideando alguna explicación, el joven sirviente le hizo una seña y le dijo:

—Va a venir el sobrino del señor, así que espera en la terraza y cuida tus modales.

Hiyoshi se arrodilló a cierta distancia de la terraza, con los ojos bajos. Al cabo de un rato, al ver que nadie salía, alzó la vista. Le sorprendió la cantidad de libros que había en la casa, estaban por doquier, encima y alrededor de la mesa y los estantes, así como en las otras habitaciones de la primera y la segunda planta. Allí parecía morar una persona de erudición, ya fuese el señor de la casa o su sobrino. Hiyoshi no estaba acostumbrado a ver libros. Al mirar a su alrededor, observó otras dos cosas: entre las tablas horizontales de la pared colgaba una buena lanza, y en un receso practicado en la misma pared había un mosquete apoyado.

Finalmente el hombre entró en la estancia y se sentó en silencio ante el escritorio. Apoyando el mentón en las manos, miró fijamente a Hiyoshi, como si se estuviera concentrando en los ideogramas chinos de un libro.

—Hola, chico.

—Soy vendedor de agujas —dijo Hiyoshi—. ¿Os interesa comprar unas agujas, señor?

Mitsuhide asintió.

—Sí, me interesa, pero antes quisiera preguntarte algo. ¿Estás aquí para vender agujas o para espiar?

—Para vender agujas, por supuesto.

—Entonces, dime, ¿por qué has venido a un paseo de una zona residencial como ésta?

—Pensé que sería un atajo.

—Estás mintiendo. —Mitsuhide se inclinó un poco a un lado—. Nada más verte me he dado cuenta de que eres un viajero y buhonero experimentado. Así pues, deberías ser lo bastante juicioso para saber si puedes o no puedes vender agujas en una residencia de samurais.

—Pues las he vendido, aunque pocas veces...

—Ya, me lo imagino.

—Pero puede hacerse.

—Bien, dejemos eso de momento. ¿Qué estabas leyendo en un lugar apartado como éste?

—¿Qué?

—Sacaste furtivamente un trozo de papel, creyendo que no había nadie a tu alrededor. Pero en cualquier parte hay vida, hay ojos. Y también las cosas hablan a quienes tienen oídos para oír. ¿Qué estabas leyendo?

—Una carta.

—¿Alguna clase de correspondencia secreta?

—Estaba leyendo una carta de mi madre —respondió Hiyoshi con toda naturalidad.

Mitsuhide le miró inquisitivamente.

—¿Es eso cierto? ¿Una carta de tu madre?

—Así es.

—Entonces déjame verla. Según las leyes del castillo, cuando te encuentras con una persona sospechosa, debes detenerla y llevarla al castillo. Muéstrame esa carta de tu madre, como prueba, o me veré obligado a entregarte a las autoridades.

—Me la comí.

—¿Cómo dices?

—Por desgracia, después de leerla me la comí.

—¿Te la comiste?

—Sí, eso es lo que hice. —Hiyoshi siguió diciendo con vehemencia—. Para mí, sólo por el mero hecho de estar vivo, mi madre es más respetable que los dioses o los Budas. Así pues...

Mitsuhide profirió un grito atronador.

—¡Cierra el pico! Supongo que la has masticado porque era un comunicado secreto. ¡Sólo por eso eres un tipo sospechoso!

—¡No, no! ¡Te equivocas! —replicó Hiyoshi, agitando las manos—. Llevar encima una carta de mi madre, a quien estoy más agradecido que a los dioses y los Budas, y al final sonarme la nariz con ella y tirarla a la calle, donde la pisaría la gente, sería algo impío y vergonzoso. Ésa es mi manera de pensar, y tengo la costumbre de comerme siempre sus cartas. No estoy mintiendo. Es natural que alguien eche tanto en falta a su madre que quiera comerse sus cartas que vienen de tan lejos.

Mitsuhide estaba seguro de que todo era una mentira, pero aun así el muchacho que tenía delante mentía mucho mejor que el común de las gentes. Además, simpatizaba con él porque también se había alejado de su madre.

Aunque fuese mentira, no era una mentira infame, y aunque aquella pretensión de haberse comido una carta de su madre fuese una tontería, era evidente que incluso aquel muchacho con cara de mono debía de tener padres. Tal fue el razonamiento de Mitsuhide, al mismo tiempo que sentía lástima de su adversario tosco e inculto. Sin embargo, si aquel joven ignorante e ingenuo era el instrumento de un agitador, podía ser tan peligroso como un animal salvaje. No era la clase de persona que requería su envío al castillo y sería lamentable darle muerte allí mismo. Pensó en la posibilidad de dejar a Hiyoshi en libertad, pero no dejó de vigilarle mientras procuraba encontrar la manera de resolver el asunto.

—¡Mataichi! ¿Está por ahí Mitsuharu?

—Creo que sí, señor.

—Dile que no quiero molestarle, pero que haga el favor de venir aquí un momento.

—Sí, señor.

Mataichi salió corriendo a cumplir la orden.

Poco después Mitsuharu salió de la casa, caminando a grandes zancadas. Era más joven que Mitsuhide, de unos dieciocho o diecinueve años, y heredero del señor de la casa, el sacerdote lego Akechi Mitsuyasu. Mitsuhide, que era primo suyo, también se apellidaba Akechi, vivía con su tío y se pasaba los días entregado al estudio. Sin embargo, no dependía económicamente de su tío. Había acudido a Inabayama porque su hogar en la provinciana Ena estaba demasiado alejado de los centros de la cultura y la política. Con frecuencia su tío le ponía como ejemplo a su hijo, diciéndole: «Mira a Mitsuhide y estudia un poco».

Mitsuhide era realmente estudioso. Incluso antes de establecerse en Inabayama había viajado extensamente, recorriendo el país desde la capital a las provincias occidentales. Había acompañado a

espadachines errantes y buscado conocimientos, estudiado los acontecimientos actuales y aceptado de buen grado las penalidades de la vida. Cuando se puso a estudiar el mecanismo de las armas de fuego, hizo un viaje especial a la ciudad libre de Sakai y, finalmente, fue tal su contribución a las defensas y la organización militar de Mino que todo el mundo, empezando por su tío, le respetaba como un genio de los nuevos saberes.

—¿En qué puedo ayudarte, Mitsuhide?

—Bueno, en realidad no es nada —respondió el otro en tono deferente.

—¿De qué se trata?

—Quiero que hagas algo por mí, si te parece correcto.

Los dos hombres salieron de la estancia y, en pie al lado de Hiyoshi, discutieron lo que podrían hacer con él. Tras haberse enterado de los detalles, Mitsuharu dijo:

—¿Te refieres a este don nadie? —Echó un vistazo a Hiyoshi con indiferencia—. Si crees que es sospechoso, entrégalo a Mataichi. Si le torturan un poco, golpeándole con un arco roto, por ejemplo, no tardará en hablar. Sería fácil.

—No. —Mitsuhide miró de nuevo a Hiyoshi—. No creo que sea la clase de persona que hablará con ese tratamiento. Y, por alguna razón, me apena.

—Si te ha embaucado y sientes lástima de él, no es probable que le hagas hablar. Déjamelos durante cuatro o cinco días. Le encerraré en el cobertizo de almacenamiento. Cuando tenga hambre, no tardará en escupir la verdad.

—Siento causarte tantas molestias —le dijo Mitsuhide.

—¿Será mejor que lo ate? —preguntó Mataichi, retorciendo el brazo de Hiyoshi.

—¡Espera! —exclamó Hiyoshi, e intentó liberarse de la presa de Mataichi. Miró a Mitsuhide y Mitsuharu—. Acabáis de decir que, si me azotaran, no diría la verdad. Todo lo que tenéis que hacer es preguntarme y os lo contaré todo. ¡Incluso aunque no me lo preguntéis! ¡No soporto estar encerrado en un sitio oscuro!

—¿Estás dispuesto a hablar?

—Sí.

—Muy bien —dijo Mitsuharu—. Yo me encargo del interrogatorio.

—Adelante.

—¿Qué me dices...? —Pero la serenidad de Hiyoshi parecía amilanar a Mitsuharu, el cual se interrumpió y musitó—: ¡Maldita sea! Es un tipo extraño. Me pregunto si está realmente bien de la cabeza. Debe de estar jugando con nosotros.

Miró a Mitsuhide y soltó una risa mordaz. Pero Mitsuhide no reía, sino que miraba a Hiyoshi con una expresión inquieta. Mitsuhide y Mitsuharu se turnaron para interrogarle, como si estuvieran siguiendo la corriente a un niño mimado.

—Muy bien —dijo Hiyoshi—, os diré lo que han planeado para esta noche, pero yo no formo parte de su banda y no tengo nada que ver con ellos. Por ello os pido que me garanticéis la vida.

—Eso es bastante justo. Matarte no sería una gran hazaña. Están tramando algo, ¿eh?

—Esta noche, si sopla el viento adecuado, habrá un gran incendio.

—¿Dónde?

—No lo sé exactamente, pero los ronin que se alojan en la casa de huéspedes lo han discutido en

secreto. Esta noche, si hay viento del sur o del oeste, van a reunirse en el bosque cerca del Jozaiji y allí se dividirán en grupos para incendiar la ciudad.

—¿Qué?

Mitsuharu se quedó boquiabierto. Mitsuhide tragó saliva, apenas capaz de dar crédito a lo que estaba oyendo.

Hiyoshi no hizo el menor caso de su reacción y juró que no sabía nada más que lo que había oído susurrar a los ronin con los que había coincidido casualmente en la casa de huéspedes. Lo único que él quería era vender sus existencias de agujas y regresar a su pueblo natal, Nakamura, lo antes posible para ver a su madre.

Después de que sus semblantes hubieran recuperado el color, Mitsuhide y Mitsuharu se quedaron un momento inmóviles, como pasmados. Finalmente, Mitsuhide dio una orden.

—Muy bien, soltaremos a éste, pero no antes de que haya anochecido. Mataichi, llévatelo y dale algo de comer.

El viento que había soplado durante todo el día empezó a soplar más recio. Procedía del sudoeste.

—¿Qué crees que harán, Mitsuhide? El viento sopla del oeste.

Mitsuharu contempló con profunda preocupación las nubes que pasaban rápidamente por el cielo. Mitsuhide se sentó en la terraza de la biblioteca y permaneció silencioso. Con la vista perdida en el infinito, pareció concentrarse en algún problema complicado.

—Mitsuharu —dijo por fin—. ¿Has oído decir a mi tío algo extraño en los últimos cuatro o cinco días?

—No, nada de lo que ha dicho mi padre me ha parecido especialmente raro.

—¿Estás seguro?

—Ahora que lo mencionas, esta mañana, antes de que partiera hacia el castillo de Sagiya, dijo que, como las relaciones entre el señor Dosan y el señor Yoshitatsu han empeorado recientemente, podríamos encontrarnos con algunas dificultades, aunque no sería fácil saber cuándo. Dijo que uno siempre debe estar preparado por si sucede algo inesperado, y que los hombres deberían tener a punto sus armaduras y caballos.

—¿Ha hablado así esta mañana?

—Sí.

—¡Eso es! —Mitsuhide se dio una palmada en la rodilla—. Te ha advertido indirectamente de que esta noche habrá una batalla. En esta clase de intrigas militares, es práctica común mantenerlas en secreto y no revelarlas ni siquiera a los más allegados. Sin duda tu padre interviene en esto.

—¿Habrá una batalla esta noche?

—Los hombres que van a reunirse esta noche en el Jozaiji son probablemente agentes traídos del exterior por el señor Dosan, casi con toda seguridad de Hachisuka.

—Así pues, el señor Dosan ha decidido expulsar al señor Yoshitatsu del castillo.

—Eso es lo que creo. —Mitsuhide, convencido de que su suposición era correcta, hizo un vigoroso gesto de asentimiento, pero entonces se mordió el labio y pareció entristecido—. Sospecho que el plan del señor Dosan fracasará. El señor Yoshitatsu está bien preparado. Más aún, que padre e hijo empuñen las armas y derramen sangre es contrario a cualquier código de conducta. ¡Los dioses los castigarán! No importa quién gane o pierda, la sangre de hombres emparentados fluirá libremente, y la lucha no

aumentará en una sola pulgada el territorio del clan de Saito. Al contrario, las provincias vecinas estarán esperando una oportunidad de intervenir y la provincia se verá al borde del hundimiento.

El joven concluyó exhalando un largo suspiro.

Mitsuharu guardaba silencio y examinaba pensativamente las oscuras nubes que se deslizaban por el cielo. Cuando surgía una pelea entre dos de los señores a los que uno servía, no había nada que un servidor pudiera hacer. Sabían que el padre de Mitsuharu, Mitsuyasu, un servidor de confianza de Dosan, estaba en la vanguardia del movimiento para provocar la caída de Yoshitatsu.

—Tenemos que detener esta batalla antinatural por todos los medios a nuestra disposición. Ése es nuestro deber como fieles servidores. Mitsuharu, debes ir de inmediato a Sagiyama y ver a tu padre. Y ambos debéis disuadir al señor Dosan de que lleve a cabo sus planes.

—Sí, comprendo.

—Yo esperaré hasta la noche, iré a Jozaiji y, de alguna manera, frustraré sus planes. ¡Voy a detenerlos cueste lo que cueste!

En la cocina había tres grandes fogones en hilera, y sobre cada uno de ellos un enorme caldero que contenía varios sacos de arroz. Cuando abrieron las tapaderas, el agua almidonosa e hirviente surgió en forma de nubes de vapor. Hiyoshi se había figurado que para consumir semejante cantidad de arroz de una sola vez, debería haber más de un centenar de personas en la mansión, incluida la familia del patrono, sus servidores y dependientes. Se preguntó por qué, si existía tanto arroz, su madre y su hermana nunca tenían el suficiente para llenarse el estómago. Pensó en su madre y en el arroz...; ambos pensamientos se complementaban: el arroz le hacía pensar en el hambre de su madre.

—Esta noche hace mucho viento —dijo el anciano encargado de los fogones a los ayudantes que cocinaban el arroz—. El viento no cesará ni siquiera después de que se ponga el sol. Tened cuidado, que no se apaguen los fuegos. Y en cuanto un puchero esté listo, empezad a preparar bolas de arroz.

Se disponía a salir cuando reparó en Hiyoshi. Tras mirarle con curiosidad, llamó a un sirviente.

—¿Quién en ese ciudadano con cara de mono? —le preguntó—. No le había visto antes por aquí.

—El señor Mitsuhide ha ordenado custodiarle. Mataichi le vigila para que no se escape.

Entonces el anciano vio a Mataichi sentado en la caja de la leña.

—¡Buen trabajo! —le dijo a Mataichi, sin saber lo que sucedía—. ¿Está detenido por conducta sospechosa?

—No, la verdad es que desconozco los motivos. Sólo sé que son órdenes del señor Mitsuhide.

Mataichi había dicho lo menos posible, limitándose a salir del paso. El anciano pareció olvidarse de Hiyoshi.

—Lo cierto es que el señor Mitsuhide tiene un discernimiento muy por encima del que correspondería a sus años. —Tras esta muestra de admiración hacia Mitsuhide, el anciano empezó a cantar sus alabanzas—: Está mucho más allá de la media, ¿no os parece? No es uno de esos hombres que desprecian el aprendizaje y se jactan de lo pesado que es su garrote, de lo bien que empuñan la lanza cuando montan o del número de enemigos que han ensartado en tal o cual batalla. Cada vez que me asomo a la biblioteca, le veo entregado al estudio. Y también es un gran espadachín y estratega. Llegará lejos, de eso no me cabe duda.

Mataichi, orgulloso de oír hablar en términos tan elogiosos de su señor, replicó:

—Es tal como dices. Soy su criado desde mi infancia, y no hay amo más amable que él. También es

un buen hijo de su madre, y ya esté estudiando aquí o viajando por las provincias, nunca descuida escribirle.

—Suele suceder que, hacia los veinticuatro o veinticinco años, si un hombre es muy valeroso, también es un fanfarrón, y si hace gala de gentileza, resulta que es un petimetre —comentó el anciano—. Como si hubiera nacido en un establo, pronto se olvida de lo que debe a sus padres y lleva una vida egoísta.

—Bueno, recuerda que no es sólo un caballero —dijo Mataichi—. También tiene un temperamento impetuoso, a pesar de que aparenta lo contrario. Aunque no suele salir a la superficie, cuando se enfurece no hay manera de contenerle.

—Así pues, aunque parezca benévolo, cuando se enfada...

—Precisamente, como ha sucedido hoy.

—¿Hoy?

—En una emergencia, cuando está pensando en lo que es justo o injusto, reflexiona hasta el final. Pero cuando ha tomado su decisión, es como un dique que se rompe, e inmediatamente da órdenes a su primo, el señor Mitsuharu.

—Es un líder, desde luego..., un general innato.

—El señor Mitsuharu le quiere con verdadera devoción, y cumple de buen grado sus órdenes. Hoy ha galopado al castillo de Sagiyama.

—¿Qué crees que está ocurriendo?

—No lo sé.

—«Prepara mucho arroz y haz unas cuantas bolas para la tropa. Podría haber una batalla en plena noche.» Eso es lo que ha dicho el señor Mitsuharu al marcharse.

—Preparativos para una emergencia, ¿eh?

—Ojalá esto no pasara de los preparativos, porque en una batalla entre Sagiyama e Inabayama, ¿por qué bando deberíamos luchar? Sea cual fuere, dispararíamos nuestros arcos contra amigos y parientes.

—Tal vez no lleguemos a eso. Parece como si el señor Mitsuhide hubiera ideado un plan para evitar una batalla.

—Los dioses saben que rezo por su éxito. Si los clanes vecinos nos atacan, estoy dispuesto a hacerles frente ahora mismo.

En el exterior había anochecido y el cielo era negro como la pez. Llegaron ráfagas de viento a la casa y el fuego en las bocas de los enormes fogones hizo un ligero ruido crepitante y se brillantó más. Hiyoshi, todavía acuclillado ante los fogones, notó el olor a arroz quemado.

—¡Eh! ¡El arroz se está quemando! ¡Estáis dejando que se queme el arroz!

—¡Quítate de en medio! —dijeron los sirvientes sin una palabra de agradecimiento.

Tras cubrir los fuegos de los fogones, uno de ellos subió por una escala y transfirió el arroz a una tina. Todos los que no tenían ninguna otra ocupación se pusieron a hacer bolas de arroz a docenas. Hiyoshi trabajó con ellos, apretando el arroz para formar las bolas. Tomó un par de bocados, pero a nadie pareció importarle. Casi como si estuvieran enajenados, siguieron haciendo una bola de arroz tras otra, charlando mientras trabajaban.

—Supongo que habrá una batalla, ¿no os parece?

—¿No podrían terminar sin pelearse?



Estaban preparando provisiones para la tropa, pero en su mayoría deseaban que el aprovisionamiento fuese innecesario.

A la hora del perro, Mitsuhide llamó a Mataichi, el cual salió pero volvió en seguida, gritando:

—¡Vendedor de agujas! ¿Dónde está el vendedor de agujas?

Hiyoshi se incorporó de un salto, lamiéndose los dedos con granos de arroz adheridos. Un solo paso fuera de la casa le bastó para aquilatar la fuerza del viento.

—Ven conmigo. El señor Mitsuhide está esperando. No te entretengas.

Hiyoshi siguió a Mataichi, el cual se había puesto una armadura ligera, como si estuviera preparado para ir al combate. Hiyoshi no tenía la menor idea de adonde iban. Finalmente cruzaron la puerta central y lo comprendió. Rodearon el jardín trasero y llegaron a la parte delantera de la mansión. Al otro lado del portal les esperaba un hombre a caballo.

—¡Mataichi!

Mitsuhide llevaba la misma indumentaria que había usado durante todo el día. Sujetaba las riendas y bajo un brazo tenía una larga lanza.

—Sí, señor.

—¿El vendedor de agujas?

—Está aquí.

—Adelantaos los dos a la carrera.

Mataichi se volvió a Hiyoshi y le ordenó:

—Vamos, vendedor de agujas, en marcha.

Los dos echaron a correr en la negrura de la noche. Adaptándose a su velocidad, Mitsuhide les siguió a caballo. Llegaron a un cruce de caminos y Mitsuhide les indicó que girasen a la derecha y luego a la izquierda. Finalmente, Hiyoshi se dio cuenta de que habían llegado al portal del Jozaiji, el lugar de encuentro de los hombres de Hachisuka. Mitsuhide desmontó ágilmente.

—Quédate aquí con el caballo, Mataichi —ordenó a su sirviente, entregándole las riendas—. Mitsuharu ha de venir aquí desde el castillo de Sagiyama en la segunda mitad de la hora del perro. Si no lo hace a la hora convenida, nuestro plan quedará cancelado. —Entonces, con una expresión trágica en su semblante, añadió—: La ciudad se ha convertido en el hogar de demonios en guerra. ¿Cómo puede adivinar el resultado un simple hombre?

La negrura que les rodeaba engulló sus últimas palabras.

—¡Vendedor de agujas! Muéstranos el camino.

—¿El camino adonde? —replicó Hiyoshi, preparándose para resistir los embates del viento.

—El bosque donde tienen su reunión los canallas de Hachisuka.

—Pues tampoco sé dónde está ese sitio.

—Aunque ésta sea la primera vez que vienes aquí, creo que ellos conocen tu cara bastante bien.

—¿Cómo?

—No te hagas el inocente.

Hiyoshi se dijo que aquello estaba tomando mal cariz. No los había engañado en absoluto. Era evidente que Mitsuhide había calado sus mentiras, por lo que no siguió excusándose.

En el bosque no había luz alguna. El viento soplaba entre las hojas, las cuales se abatían contra el gran tejado del templo como espuma marina que restregara las regalas de un barco. El bosque detrás del

templo era como un océano furioso, los árboles crujían y el fragor de las plantas agitadas era intenso.

—¡Vendedor de agujas!

—Sí, señor.

—¿Aún no están aquí tus camaradas?

—¿Cómo voy a saberlo?

Mitsuhide se sentó en una pequeña pagoda de piedra detrás del templo.

—Se está acercando la segunda mitad de la hora del perro. Si eres el único hombre que no se ha presentado, estarán alerta. —Su lanza, alcanzada de pleno por la fuerza del viento estaba ante los pies de Hiyoshi—. ¡Adelante, muéstrate a ellos! —Hiyoshi tuvo que admitir que Mitsuhide había ido un paso por delante de él desde el mismo principio—. Ve y diles que Akechi Mitsuhide les espera aquí y que le gustaría hablar con el jefe de los hombres de Hachisuka.

—Sí, señor. —Hiyoshi inclinó la cabeza, pero no se movió—. ¿Puedo decir eso delante de todo el mundo?

—Sí.

—¿Y por eso me has traído aquí contigo?

—Sí. Ya puedes ir.

—Iré, pero como es posible que no volvamos a vernos, quisiera decirte algo.

—¿Qué es ello?

—Sería una pena que me marchara sin decir esto, porque sólo me ves como un agente de los Hachisuka.

—Es cierto.

—Eres muy listo, pero tienes unos ojos demasiado agudos y van directamente a lo que están mirando. Cuando uno golpea un clavo, se detiene donde debe hacerlo, pero ir demasiado lejos es tan malo como quedarse corto. Tu inteligencia es así. Admito que llegué a Inabayama con los hombres de Hachisuka, pero no soy partidario suyo, en absoluto. Nací en una familia campesina de Nakamura y he hecho cosas como vender agujas, pero no he alcanzado mi objetivo. No pienso pasarme la vida comiendo arroz frío de la mesa de un ronin. Tampoco voy a trabajar como agitador por alguna recompensa indigna. Si, por azar, volvemos a encontrarnos, te demostraré lo que he dicho acerca de tu manera tan directa de mirar las cosas. De momento, iré en busca de Hachisuka Shichinai, le daré tu mensaje y me marcharé de inmediato. De modo que... ¡buena suerte! Cuídate y estudia mucho.

Mitsuhide le había escuchado en silencio, y súbitamente salió de su estado de ensimismamiento.

—¡Vendedor de agujas! —exclamó—. ¡Espera!

Hiyoshi ya había desaparecido entre los árboles azotados por el viento. Se internó en la negrura del bosque sin oír la llamada de Mitsuhide. Corrió hasta llegar a un pequeño espacio nivelado y protegido del viento por los árboles. Vio hombres a su alrededor, diseminados como caballos silvestres en un pasto, unos tendidos en el suelo, otros sentados y varios en pie.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo.

—¿Hiyoshi?

—Sí.

—¿Dónde te habías metido? —le reconvino un hombre—. Eres el último en llegar. Todos estábamos

preocupados.

—Siento llegar tarde —dijo mientras se aproximaba al grupo. Estaba temblando—. ¿Dónde está el señor Shichinai?

—Ahí le tienes. Ve y pídele disculpas. Está enfadado de veras.

Shichinai estaba hablando con cuatro o cinco miembros del grupo.

—¿Es ése el Mono? —preguntó, mirando a su alrededor.

Hiyoshi se acercó a él y le pidió disculpas por haberse retrasado.

—¿Qué has estado haciendo?

—Me he pasado el día prisionero de un servidor del clan de Saito —admitió Hiyoshi.

—¿Cómo? —Shichinai y los demás le miraron nerviosos, temerosos de que su complot hubiera sido revelado—. ¡Estúpido! —De improviso agarró a Hiyoshi por el cuello del kimono, tiró de él y le preguntó ásperamente—: ¿Dónde has estado retenido y por quién?

—He hablado.

—¿Cómo dices?

—Si no hubiese hablado, no estaría vivo. No estaría aquí ahora.

—¡Pequeño bastardo! —le espetó Shichinai, dándole una fuerte sacudida—. ¡Idiota! ¡Has dado el soplo por tu mísero pellejo! ¡Por ello vas a ser la primera víctima del baño de sangre de esta noche!

Shichinai le soltó e intentó darle un puntapié, pero Hiyoshi saltó ágilmente hacia atrás y Shichinai falló. Los dos hombres más próximos a Hiyoshi le cogieron los brazos y se los retorcieron a la espalda. Mientras se debatía para liberar los brazos, Hiyoshi les dijo de corrido:

—No perdáis la cabeza. Escuchadme hasta el final, aunque me hayan hecho prisionero y haya hablado. Son servidores del señor Dosan.

Al oír esto parecieron aliviados, pero todavía un tanto dubitativos.

—Muy bien, ¿quiénes eran?

—Era la casa de Akechi Mitsuyasu. No me detuvo él sino su sobrino Mitsuhide.

—Ah, el gorrón de Akechi —musitó alguien.

Hiyoshi miró al hombre y luego su mirada abarcó a todo el grupo.

—Ese señor Mitsuhide quiere ver a nuestro jefe. Ha venido aquí conmigo. Está esperando. ¿No iréis a su encuentro, señor Shichinai?

—¿El sobrino de Akechi Mitsuyasu ha venido aquí contigo?

—Sí.

—¿Le has contado a Mitsuhide todo el plan de esta noche?

—Aunque no lo hubiera hecho, él lo habría adivinado. Es un genio.

—¿Por qué ha venido?

—No lo sé. Sólo ha dicho que le guiara hasta aquí.

—¿Y tú le has obedecido?

—No podía hacer otra cosa.

Mientras Hiyoshi y Shichinai hablaban, los hombres que escuchaban a su alrededor tragaban saliva. Finalmente, Shichinai chascó la lengua y dio un paso adelante.

—De acuerdo. ¿Dónde está ese Akechi Mitsuhide?

Todos hablaron a la vez. Shichinai corría peligro si iba solo al encuentro de aquel hombre. Alguien

debería acompañarle, o bien deberían rodear el lugar del encuentro y mantenerse ocultos.

Entonces les llegó una voz desde atrás:

—¡Hombres de Hachisuka! He venido a vuestro encuentro. Quisiera ver al señor Shichinai.

Se volvieron hacia la voz, aturdidos. Mitsuhide se había acercado a ellos silenciosamente y les estaba observando con calma.

Shichinai se sentía un poco confuso, pero era el jefe y se adelantó.

—¿Eres Hachisuka Shichinai? —le preguntó Mitsuhide.

—Así es —replicó Shichinai, con la cabeza alta. Estaba delante de sus hombres, pero era frecuente que los ronin no se humillaran ante samurais que servían a un señor o a guerreros incluso de categoría superior.

Aunque Mitsuhide estaba armado con una lanza, hizo una inclinación de cabeza y habló cortésmente.

—Es un placer conocerte. No es la primera vez que oigo tu nombre, así como el respetado nombre del señor Koroku. Soy Akechi Mitsuhide, un servidor del señor Saito Dosan.

La cortesía del saludo hizo que Shichinai se sintiera ligeramente paralizado.

—Bien, ¿qué quieres? —le preguntó.

—El plan de esta noche.

—¿Qué ocurre con el plan de esta noche? —le preguntó Shichinai con fingida indiferencia.

—Se trata de los detalles que he conocido a través del vendedor de agujas, los cuales me han consternado hasta el punto de hacerme venir aquí a toda prisa. La atrocidad de esta noche... Quizá sea descortés llamarlo atrocidad, pero desde el punto de vista de la estrategia militar está muy mal concebido. Me resisto a creer que esto sea idea del señor Dosan, y quisiera que lo suspendierais de inmediato.

—¡Jamás! —exclamó con arrogancia Shichinai—. No soy yo quien ha dado la orden de hacer esto, sino el señor Koroku a petición del señor Dosan.

—Había supuesto que sería así —dijo Mitsuhide en un tono de voz ordinario—. Como es natural, no tienes autoridad para suspenderlo. Mi primo Mitsuharu ha ido a Sagiyama para reconvenir al señor Dosan. Tiene que reunirse aquí con nosotros. Os pido que todos estéis aquí hasta que llegue.

Mitsuhide siempre era cortés con todo el mundo, sin dejar de ser por ello resuelto y valeroso. Pero el efecto de la cortesía varía según la sensibilidad de la persona con la que uno habla, y hay ocasiones en que puede provocar la arrogancia del interlocutor.

Shichinai se dijo: «¡Bah! Un joven insignificante. Tiene ciertos conocimientos, pero no es más que un pardillo que sólo sirve para buscar excusas».

—¡No vamos a esperar! —gritó, y entonces dijo de un modo terminante—: Señor Mitsuhide, no metas las narices donde no te llaman. No eres más que un gorrón inútil. ¿No dependes acaso de tu tío?

—No tengo tiempo para pensar en mi deber, y ésta es una emergencia para la casa de mi señor.

—Si pensaras así, te prepararías con armadura y provisiones, empuñarías la antorcha como nosotros y estarías en la vanguardia del ataque contra Inabayama.

—No, no podría hacer eso. Ser un servidor entraña cierta dificultad.

—¿En qué sentido?

—¿No es el señor Yoshitatsu el heredero del señor Dosan? Si el señor Dosan es nuestro patrono, también lo es el señor Yoshitatsu.

—Pero ¿y si se convierte en un enemigo?

—Eso es despreciable. ¿Es razonable que padre e hijo tomen sus arcos y los disparen el uno contra el otro? En este mundo no existen ejemplos de algo tan deshonesto ni siquiera entre las aves y las bestias.

—Eres un gran estorbo. ¿Por qué no te vas a casa y nos dejas en paz?

—No puedo hacer eso.

—¿Cómo?

—No me marcharé antes de que llegue aquí Mitsuharu.

Shichinai percibió por primera vez la firmeza de la resolución en la voz del joven que estaba ante él. Comprendió también que Mitsuhide estaba realmente dispuesto a utilizar la lanza que sostenía al costado.

—¡Mitsuhide! ¿Estás ahí?

Mitsuharu llegaba corriendo y casi sin aliento.

—Aquí estoy. ¿Qué ha ocurrido en el castillo?

—No hay nada que hacer. —Mitsuharu, respirando entrecortadamente, cogió la mano de su primo—. El señor Dosan no está dispuesto de ninguna manera a cancelar el ataque. Y no sólo él, sino también mi padre ha dicho que nosotros, los servidores, no debemos meternos en este asunto.

—¿Incluso mi tío?

—Sí, se puso furioso. Yo estaba dispuesto a arriesgar mi vida e hice todo cuanto pude. Es una situación desesperada. Las tropas parecían prepararse para salir de Sagiyama. He temido que la ciudad pudiera ser ya pasto de las llamas, así que he venido lo más rápido posible. ¿Qué vamos a hacer, Mitsuhide?

—¿Está empeñado el señor Dosan en incendiar Inabayama a toda costa?

—Es inevitable. Me temo que no podemos hacer más que cumplir con nuestro deber y morir a su servicio.

—¡Eso no me gusta nada! Aunque sea nuestro señor y patrono, sería lamentable morir por una causa tan indigna. No sería mejor que una muerte de perro.

—Sí, pero ¿qué podemos hacer?

—Si no incendian la ciudad, no es probable que las fuerzas de Sagiyama se muevan. Debemos ocuparnos del origen del fuego antes de que se produzca.

Mitsuhide parecía una persona distinta. Se volvió hacia Shichinai y los demás, con la lanza a punto. Shichinai y sus hombres se desplegaron en círculo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Shichinai a Mitsuhide—. ¿Nos apuntas con una lanza? Y una mala lanza, por cierto.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo —replicó Mitsuhide con voz firme—. Nadie va a irse de aquí, pero si lo pensáis con el debido cuidado, me obedecéis y abandonáis la idea de cometer esa atrocidad esta noche, y si volvéis al pueblo de Hachisuka, os perdonaremos la vida y yo os compensaré lo mejor que pueda. ¿Qué me dices?

—¿Crees seriamente que podemos marcharnos ahora?

—Estamos en una crisis que podría provocar el hundimiento de todo el clan Saito. Quiero evitar un incidente capaz de arruinar tanto a Inabayama como a Sagiyama.

—¡Idiota! —gritó un hombre airado—. Todavía estás con la leche en los labios. ¿Crees que puedes detenernos? Si lo intentas, serás el primero en morir.

—Desde el principio estaba preparado para morir. —Las cejas de Mitsuhide estaban enarcadas como las de un demonio—. ¡Mitsuharu! —gritó, sin cambiar de postura—. Esto es una lucha a muerte. ¿Estás conmigo?

—¡Claro que sí! No te preocupes por mí.

Mitsuharu ya había desenvainado su larga espada y estaba junto a Mitsuhide, espalda contra espalda. Mitsuhide mantenía un rayo de esperanza y apeló una vez más a Shichinai.

—Si te preocupa la pérdida de prestigio cuando regreses a Hachisuka, ¿por qué no me llevas como rehén, a pesar de mi escaso mérito? Veré al señor Koroku y discutiré con él este asunto. Así podremos llegar a una solución sin derramar sangre.

Por pacientes y razonables que fuesen estas palabras, su adversario las percibió como gemidos. Los hombres de Hachisuka eran más de veinte contra sólo dos.

—¡Calla! ¡No le escuchéis! ¡Ya casi ha pasado la hora del perro!

Un par de hombres lanzaron gritos de guerra, y los dos primos se vieron rodeados por los colmillos de una jauría de lobos, con alabardas, lanzas y espadas por todos los lados. Los gritos de los hombres y el estrépito de las armas al chocar se mezclaban con el rugido del viento, y el lugar se convirtió rápidamente en un horrible torbellino de guerra.

Las espadas se rompían y sus fragmentos salían volando. Las lanzas perseguían a las rociadas de sangre en huida. A Hiyoshi le pareció que era demasiado peligroso estar en medio de aquella carnicería, por lo que se apresuró a trepar a un árbol. No era la primera vez que veía espadas desenvainadas, pero sí la primera que se hallaba en una batalla real. ¿Se transformaría Inabayama en un mar de llamas? ¿Habría una batalla entre Dosan y Yoshitatsu? Cuando comprendió que era una lucha a vida o muerte, se excitó como jamás lo había estado en su vida.

Bastó con que cayeran muertos dos o tres hombres para que los Hachisuka huyeran por el bosque.

«¡Ah! ¡Están huyendo!», se dijo Hiyoshi, y por si regresaban se quedó prudentemente en lo alto del árbol, probablemente un castaño, porque algo le punzaba en las manos y la nuca. Varios frutos y ramitas cayeron al suelo, pues el temporal de viento sacudía el ramaje. Hiyoshi despreciaba a los hombres de Hachisuka como un puñado de cobardes bocazas que habían sido derrotados por sólo un par de hombres. Aguzó el oído y se preguntó perplejo qué era aquello. Caía una lluvia de cenizas que parecían volcánicas. Miró entre las ramas y vio que los hombres de Hachisuka habían prendido fuego mientras huían. El bosque estaba empezando a arder furiosamente en dos o tres lugares, y varios edificios detrás del Jozaiji estaban en llamas.

Hiyoshi saltó del árbol y echó a correr. Si perdía un solo momento moriría abrasado en el bosque. Aturdido, corrió hacia la ciudad incendiada. Las chispas revoloteaban en el cielo, las pavesas eran como pájaros y mariposas de fuego. Los blancos muros del castillo de Inabayama, ahora de un rojo brillante, parecían más cercanos que durante el día. Rojas nubes de guerra giraban a su alrededor.

—¡Es la guerra! —gritó Hiyoshi mientras corría por las calles—. ¡Es la guerra! ¡Es el final! ¡Sagiyama e Inabayama caerán! Pero en las ruinas quemadas la hierba volverá a crecer. ¡Y esta vez la hierba crecerá recta!

Tropezaba con la gente. Un caballo sin jinete pasó al galope por su lado.

En un cruce había un grupo de refugiados apiñados, temblando de terror. Hiyoshi, arrastrado por la excitación, corría a toda velocidad, gritando como un profeta de la catástrofe. ¿Adonde iba? No tenía

ningún destino. No podía regresar al pueblo de Hachisuka, de eso no tenía duda. En cualquier caso, abandonaba sin pesar lo que más le disgustaba: un pueblo triste, un señor oscuro, la guerra civil y una cultura corrompida, todo ello dentro de la tierra envilecida de una sola provincia.

Pasó el invierno sin más abrigo que sus delgadas ropas de algodón, vendiendo agujas bajo un cielo frío, deambulando adondequiera que le llevaran los pies. Al año siguiente, el vigésimosegundo de Temmon, cuando los melocotoneros florecían por doquier, seguía gritando:

—¿No vais a comprar agujas? ¡Agujas de la capital! ¡Agujas de coser traídas de la capital!  
Se aproximaba a las afueras de Hamamatsu, caminando tan libre de cuidados como siempre.

## Un nuevo señor

Matsushita Kahei era natural de la provincia de Enshu. Hijo de un samurai rural, había llegado a ser servidor del clan Imagawa, con una propiedad en Suruga y un estipendio de tres mil kan. Era gobernador de la fortaleza de Zudayama y administrador del centro de postas junto al puente de Magome. En aquella época el río Tenryu se dividía en Gran y Pequeño Tenryu. La residencia de Matsushita se encontraba en las orillas del Gran Tenryu, un centenar de varas al este de Zudayama.

Aquel día Kahei regresaba del vecino castillo de Hikuma, donde se había entrevistado con un colega al servicio de Imagawa. Los funcionarios de la provincia se reunían con regularidad para reforzar su dominio del pueblo y precaverse de la invasión de los clanes vecinos, los Tokugawa, Oda y Takeda.

Kahei se volvió en su silla de montar y llamó a uno de sus tres ayudantes:

—¡Nohachiro!

El hombre que le respondió llevaba barba e iba armado con una lanza larga. Taga Nohachiro corrió hacia la montura de su señor. Viajaban por la carretera entre Hikumanawata y el transbordador de Magome. La calzada estaba bordeada de árboles y el paisaje de campos y arrozales era agradable.

—No es un campesino y no tiene el aspecto de un peregrino —musitó Kahei.

Nohachiro siguió la dirección de la mirada de Kahei. Sus ojos abarcaron el amarillo llameante de las flores de mostaza, el verde de la cebada y el agua somera de los arrozales, pero no vio a nadie.

—¿Hay algo sospechoso?

—Allí, en el sendero al lado de ese arrozal, hay un hombre. Parece pequeño como una garza. ¿Qué crees que se propone?

Nohachiro miró de nuevo y vio que, en efecto, había un hombre agachado en el sendero al lado del arrozal.

—Ve y averigua lo que está haciendo.

Nohachiro echó a correr por un estrecho sendero. En las provincias existía la regla de que cualquier cosa que despertara la menor sospecha debía ser investigada de inmediato. Los funcionarios provinciales eran especialmente sensibles con respecto a sus fronteras y la aparición de forasteros.

Nohachiro regresó e informó a su señor.

—Dice que es un vendedor de agujas de Owari. Viste una sucia blusa de algodón blanco, y por eso visto desde aquí te recuerda una garza. Es un tipo menudo con cara de mono.

—¡Ja, ja! No es ni garza ni cuervo, sino un mono, ¿eh?

—Y charlatán, por cierto. Le gusta soltar la lengua. Mientras le interrogaba trató de dar la vuelta a las cosas. Me preguntó quién es mi señor y, nada más decírselo, se levantó y miró hacia aquí con mucho descaro.

—¿Qué hacía encorvado de esa manera?

—Ha dicho que va a pasar la noche en una casa de huéspedes de Magome y que está recogiendo caracoles del estanque para la cena.

Kahei vio que Hiyoshi había vuelto a la carretera y reanudado su camino por delante de ellos.

—No tenía nada sospechoso, ¿verdad? —preguntó a Nohachiro.

—Nada que haya podido ver.

Kahei cogió de nuevo las riendas.



—No hay que culpar a la gente de baja cuna por sus malos modales —comentó, y entonces hizo un gesto con la cabeza a sus hombres y dijo—: Sigamos.

No tardaron mucho en alcanzar a Hiyoshi. Justo cuando pasaba por su lado, Kahei miró casualmente a su alrededor. Por supuesto, Hiyoshi se había retirado de la carretera y estaba arrodillado respetuosamente bajo una hilera de árboles. Sus ojos se encontraron.

—Esperad un momento. —Kahei tiró de las riendas, se volvió a sus ayudantes y les dijo—: Traed al vendedor de agujas. —Entonces, sin dirigirse a nadie en particular y con una nota de asombro en la voz, añadió—: Es un hombre fuera de lo corriente..., sí, hay en él algo diferente.

Nohachiro pensó que se trataba de otro de los caprichos de su patrono y se apresuró a cumplir la orden.

—¡Eh! ¡Vendedor de agujas! Mi patrono quiere hablar contigo. Sígueme.

Kahei miró a Hiyoshi desde lo alto de su caballo. ¿Cuál era el motivo de su fascinación ante aquel joven bajo y desaliñado, vestido con sucias ropas? No era su parecido con un mono lo que le había llamado la atención. Le dirigió una segunda mirada larga y fija, pero no logró desconcertarle... ¡Eran los ojos del muchacho! Alguien había dicho que los ojos son el espejo del alma. Kahei no veía mucho más de valor en aquella criatura menuda y seca, pero su mirada era tan risueña que le daba una sensación de frescura y parecía contener... ¿Cómo decirlo? ¿Una voluntad indomable o tal vez una imaginación sin límites?

Kahei se dijo que tenía magnetismo y llegó a la conclusión de que aquel muchacho de extraño aspecto le agradaba. Si le hubiera examinado más a fondo habría descubierto, ocultas tras la negra mugre del viajero, unas orejas tan rojas como la cresta de un gallo. Tampoco vio que, a pesar de que Hiyoshi era joven todavía, la gran capacidad que demostraría en años posteriores ya era patente en las líneas de su frente, que a primera vista le hacían parecer un viejo. Pero el discernimiento de Kahei no llegaba tan lejos. Sentía una insólita atracción hacia Hiyoshi mezclada con cierta vaga expectativa.

Incapaz de librarse de la sensación, pero sin decir una sola palabra a Hiyoshi, se volvió hacia Nohachiro y le dijo:

—Que venga con nosotros.

Entonces tiró de las riendas y partió al galope.

El portal principal, que daba al río, estaba abierto y varios servidores le aguardaban. Cerca del portal pastaba un caballo atado a un poste. Al parecer, un visitante había llegado durante su ausencia.

—¿Quién es? —preguntó Kahei mientras desmontaba.

—Un mensajero de Sumpu.

Kahei dio las gracias por la información y entró. Sumpu era la capital del clan Imagawa. La llegada de mensajeros no era infrecuente, pero Kahei estaba preocupado por su reunión en el castillo de Hikuma y se olvidó por completo de Hiyoshi.

—Eh, tú, ¿adonde crees que vas? —le preguntó en tono desafiante el portero cuando Hiyoshi se disponía a cruzar el portal detrás de los servidores.

Sus manos y el paquete atado con paja que llevaba a la espalda estaban salpicados de barro, y la cara le picaba debido al barro adherido a la piel. ¿Acaso el portero había creído que Hiyoshi, al mover nerviosamente la nariz, se estaba burlando de él? Lo cierto es que extendió un brazo para agarrar al muchacho por el cogote.

Hiyoshi retrocedió.

—Soy un vendedor de agujas —dijo al portero.

—Los buhoneros no cruzan esta puerta sin autorización. ¡Largo de aquí!

—Será mejor que consultes primero a tu señor.

—¿Y por qué habría de hacer eso?

—Le he seguido hasta aquí porque él me lo ha pedido. He venido con los samurais que acaban de entrar.

—No puedo imaginar que el señor traiga aquí chusma de tu jaez. Me pareces bastante sospechoso.

En aquel momento Nohachiro se acordó de Hiyoshi y volvió en su busca.

—Todo en orden —le dijo al portero.

—Muy bien, si tú lo dices...

—Ven conmigo, Mono.

El portero y los demás servidores se echaron a reír.

—Pero ¿quién es ese tipo? ¡Con la blusa blanca y el fardo de paja embarrado parece uno de los monos mensajeros de Buda!

Las voces estrepitosas llegaron a oídos de Hiyoshi, pero durante sus diecisiete años de vida había tenido numerosas oportunidades de oír las pullas que le dirigían los demás. ¿Le molestaban? ¿Se había acostumbrado a ellas? Parece ser que ni una cosa ni la otra. Cuando oía esa clase de observación se ruborizaba, como cualquier otro. Las orejas, sobre todo, se le volvían de un rojo brillante, lo cual era señal de que las mofas no le pasaban desapercibidas. Pero su conducta no reflejaba lo que sentía y estaba tan sereno como si hubieran vertido los insultos en los oídos de un caballo. En tales ocasiones mostraba incluso una simpatía cautivadora. Su corazón era como una flor mantenida erecta con un soporte de bambú que esperase pacientemente el fin de la tormenta. No permitiría que le afligiera la adversidad ni sería servil.

—Ahí tienes un establo vacío, Mono. Puedes esperar en él, donde tu estampa no ofenderá a nadie.

Tras decir esto, Nohachiro fue a ocuparse de sus asuntos.

Al anochecer, el aroma de la cena se expandió desde la ventana de la cocina. La luna se alzó por encima de los melocotoneros. Una vez finalizada la entrevista formal con el mensajero de Sumpu, se encendieron más faroles y se preparó un banquete de despedida, pues el hombre se pondría en camino al día siguiente. Llegaba desde la mansión, donde se estaba celebrando una representación de teatro Noh, el sonido de un tamboril y una flauta.

Los Imagawa de Suruga eran una familia orgullosa e ilustre. No sólo les interesaba la poesía, la danza y la música sino también todos los lujos de la capital: espadas taraceadas para sus samurais y elegantes kimonos interiores para sus mujeres. El mismo Kahei era un hombre de gustos sencillos. Sin embargo, su lujosa residencia tenía un aspecto muy diferente al de las mansiones de los samurais de Kiyosu.

Tendido sobre la paja que había esparcido por el suelo del establo vacío, Hiyoshi pensó que aquel Noh era bastante malo. La música le gustaba; no la entendía, pero le encantaba el alegre mundo de sueños que creaba, y le permitía olvidarse de todo. Sin embargo, su estómago vacío le impedía concentrarse y gemía interiormente, diciéndose que ojalá pudiera tomar prestados un cazo y un fogón.

Llevando consigo el sucio fardo de paja, asomó la cabeza a la puerta de la cocina.

—Disculpad, pero me preguntaba si me prestaríais un cazo y un fogoncillo. Quisiera hacerme la cena. El personal de la cocina se quedó mirándole sin comprender.

—¿De dónde diablos has salido?

—Su señoría me ha traído aquí. Quisiera hervir los caracoles de estanque que he recogido en los arrozales.

—Caracoles de estanque, ¿eh?

—Me han dicho que son buenos para el estómago, así que me como unos cuantos todos los días. Es que el estómago se me trastorna con facilidad.

—Se comen con pasta de judías. ¿Tienes?

—Sí.

—¿Y arroz?

—También tengo arroz, gracias.

—Bueno, hay cacharros y un fogón encendido en el aposento de los sirvientes. Hazlo allí.

Tal como hacía cada noche en las baratas casas de huéspedes, Hiyoshi preparó una pequeña porción de arroz, hirvió sus caracoles de estanque y cenó. Luego fue a acostarse. Dado que el aposento de los sirvientes era mejor que el establo, se quedó allí hasta medianoche, cuando los sirvientes finalizaron sus tareas y regresaron.

—¡Eh, tú, cerdo! ¿Quién te ha dicho que podías dormir aquí?

Le dieron puntapiés, le levantaron y le echaron afuera. Al regresar al establo, se encontró con que el caballo del mensajero estaba allí y, aunque profundamente dormido, parecía decirle: «Éste tampoco es tu sitio».

El sonido del tamboril había cesado y la pálida luna se estaba desvaneciendo. Hiyoshi ya no tenía sueño y no podía permanecer ocioso. Le era indiferente que se tratara de trabajo o diversión, pero si no se entregaba ni a lo uno ni a la otra no tardaba en aburrirse.

Empezó a barrer el establo, diciéndose que quizá saldría el sol mientras estuviera haciéndolo, recogió el estiércol de caballo y lo amontonó junto con las hojas caídas y la paja, fuera de la vista del señor.

—¿Quién está ahí afuera? —preguntó alguien. Hiyoshi detuvo la escoba y miró a su alrededor—. Ah, es el vendedor de agujas.

Hiyoshi vio entonces que la voz procedía de las letrinas en el extremo de la terraza de la casa principal. Distinguió el rostro de Kahei en el interior.

—Oh, sois vos, mi señor.

Mientras tomaba sake con el mensajero, que era un gran bebedor, Kahei había bebido más de la cuenta. Ahora, casi sobrio de nuevo, preguntó en tono fatigado:

—¿Falta poco para que amanezca?

Desapareció de la ventana, abrió los postigos contra la lluvia de la terraza y contempló la luna que se difuminaba.

—El gallo todavía no ha cantado, de modo que aún falta un poco para el alba.

—Vendedor de agujas..., no, te llamaremos Mono..., ¿por qué estás barriendo el jardín en plena noche?

—No tenía nada que hacer.

—Probablemente sería una buena idea dormir un poco.

—Ya he dormido. Cuando duermo durante algún tiempo, por alguna razón ya no puedo seguir durmiendo.

—¿Hay por ahí unas sandalias?

Hiyoshi encontró en seguida un par de sandalias de paja nuevas y las colocó de manera que Kahei pudiera calzárselas fácilmente.

—Aquí las tenéis, señor.

—Hoy mismo has llegado aquí y dices que ya has dormido lo suficiente. ¿Cómo es que conoces ya la disposición del terreno?

—Os ruego que me disculpéis, señor.

—¿Por qué?

—No soy en absoluto suspicaz, pero en esta clase de mansión, incluso cuando estoy dormido, los distintos sonidos que oigo me indican dónde están situadas las cosas, la extensión del terreno, el sistema de desagüe y el emplazamiento de los fuegos.

—Humm, ya veo.

—Antes me había fijado dónde estaban las sandalias de paja. Se me ocurrió que alguien podría salir y pedir unas sandalias.

—Lo siento. Me había olvidado de ti por completo.

Hiyoshi se echó a reír pero no replicó. Aunque no era más que un muchacho, no parecía respetar gran cosa a Kahei. Éste le preguntó entonces por sus antecedentes y si tenía esperanzas de servir a alguien. Hiyoshi le aseguró que así era. Tenía puestas grandes esperanzas en el futuro y recorría las provincias desde los quince años de edad.

—¿Te has pasado dos años recorriendo las provincias con el deseo de servir a un samurai?

—Sí.

—En ese caso, ¿por qué eres todavía un vendedor de agujas? —inquirió Kahei mordazmente—. Buscar durante dos años sin encontrar un patrono... Me pregunto si hay algo torcido en ti.

—Tengo aspectos buenos y malos, como cualquier otro hombre. Al principio me pareció que cualquier patrono o cualquier casa de samurai bastarían para mí, pero cuando salí al mundo empecé a ver las cosas de un modo distinto.

—¿Distinto? ¿En qué sentido?

—Al ir por ahí y considerar a la clase guerrera en su conjunto, los buenos generales, los malos generales, los señores de provincias grandes y pequeñas, llegué a pensar que no hay nada más importante que elegir un buen patrono. Así pues, decidí seguir vendiendo agujas y, antes de que me diera cuenta, habían pasado dos años.

Kahei pensó que el muchacho era inteligente, pero también tenía algo de necio, y aunque había cierta verdad en lo que decía, parecía muy pretencioso y resultaba poco creíble. Pero había algo que estaba fuera de toda duda: no se trataba de un joven ordinario. En aquel momento tomó la decisión de emplear a Hiyoshi como sirviente.

—¿Quieres entrar a mi servicio?

—Gracias, mi señor —respondió Hiyoshi con escaso entusiasmo—. Lo intentaré.

La insulsa respuesta de Hiyoshi no satisfizo a Kahei, pero no pasó por sus mientes, como nuevo

patrono de aquel joven errante sin más atuendo que una delgada prenda de algodón, que él mismo pudiera ser deficiente en algún aspecto.

Como los samurais de los demás clanes, los de Matsushita recibían un adiestramiento intensivo en el dominio del caballo, indispensable para combatir. Al amanecer salían de sus dormitorios provistos de lanzas y espadas de práctica y se dirigían al campo abierto delante del almacén de arroz.

Lanzaban gritos de guerra y la lanza chocaba con la lanza, la espada con la espada. Por la mañana, todo el mundo, hasta el samurai de rango más bajo en la cocina y los hombres que montaban guardia, daban de sí al máximo y regresaban del campo con los rostros de un rojo brillante a causa del esfuerzo. Pronto se extendió por la mansión la noticia de que Hiyoshi había sido admitido como servidor. Los ayudantes del establo le trataban como a un novato y le mandaban de acá para allá.

—¡Eh, Mono! A partir de ahora, cada mañana, después de que saquemos los caballos a pacer, limpia los establos y entierra el estiércol en ese bosquecillo de bambú.

Después de que hubiera terminado de recoger el estiércol de caballo, uno de los samurais de más edad le ordenó que llenara las tinajas de agua y luego que partiera que leña. Mientras estaba partiendo la leña, le ordenaron que hiciera otra cosa. En una palabra, era el criado de los criados.

Al principio era popular. La gente comentaba: «No se enfada por nada, ¿verdad? Su buena cualidad es que, no importa lo que pidas que haga, no se enfada». Gustaba a los samurais jóvenes, pero a la manera en que a los niños les gusta un juguete nuevo, y a veces le hacían regalos. Pero no pasó mucho tiempo antes de que la gente empezara a quejarse de él.

—Siempre está discutiendo.

—Adula al patrono.

—Nos toma por idiotas.

Como los samurais más jóvenes exageraban mucho las faltas pequeñas, en ocasiones las quejas sobre Hiyoshi llegaban a oídos de Kahei.

—Veamos qué tal va —decía a sus servidores, y dejaba correr el asunto.

Que la esposa de Kahei y los niños siempre preguntaran por el Mono irritaba todavía más a los demás jóvenes de la casa. El perplejo Hiyoshi llegó a la conclusión de que era difícil vivir entre personas que no querían entregarse al trabajo, como él mismo prefería hacer.

Obligado a vivir en el mundo de los sirvientes, donde imperaban los sentimientos mezquinos, Hiyoshi estudiaba la naturaleza humana. Con el clan de Matsushita como punto de referencia, podía comprender dónde residía la fortaleza y los puntos flacos de los grandes clanes a lo largo de la carretera costera. Estaba contento de haberse convertido en sirviente, pues ahora podía entender parcialmente el verdadero estado del país, que no había sido capaz de aquilatar cuando erraba de un lugar a otro. Un sirviente ordinario, que trabajara tan sólo para comer y sobrevivir, difícilmente sabría cómo era realmente el mundo. Pero la mente de Hiyoshi siempre estaba sobre aviso. Era como contemplar las piedras sobre un tablero de go y comprender los movimientos de los jugadores.

A menudo llegaban mensajeros del clan Imagawa de Suruga, así como de las provincias vecinas de Mikawa y Kai. Hiyoshi empezó a ver una pauta en sus idas y venidas, y llegó a la conclusión de que Imagawa Yoshimoto, señor de Suruga, trataba de hacerse con el poder supremo en el territorio. Probablemente la realización de su objetivo estaba muy lejana, pero ya efectuaba los movimientos iniciales para entrar en la capital, Kyoto, aparentemente para proteger al shogun, pero en realidad para

gobernar el país en su nombre.

En el este se encontraban los poderosos Hojo de Odawara; los Takeda de Kai se hallaban en el flanco norte y, cerrando la carretera que llevaba a la capital, estaba el dominio de los Tokugawa de Mikawa. Rodeado de tal manera, Yoshimoto había intentado primero sojuzgar Mikawa. Tokugawa Kiyoyasu, señor de Mikawa, se había sometido a Yoshimoto, resignándose a ser su servidor. El hijo de Kiyoyasu, Hirotada, no le sobrevivió mucho tiempo, y su sucesor, Ieyasu, vivía ahora como rehén en Sumpu.

Yoshimoto había nombrado a uno de sus propios servidores gobernador del castillo de Okazaki, poniéndole al frente de la administración de Mikawa y la recaudación de impuestos. Los servidores de los Tokugawa eran obligados muy contra su voluntad a servir a los Imagawa, y todos los ingresos y suministros militares de la provincia, con la excepción de sus gastos corrientes diarios, iban a parar al castillo de Yoshimoto en Suruga. Hiyoshi pensaba que el futuro de Mikawa era realmente sombrío. Sus viajes de buhonero le habían permitido saber que los hombres de Mikawa eran testarudos y orgullosos: no se someterían con docilidad indefinidamente.

Pero el clan al que observaba con más atención era, por supuesto, el de los Oda de Owari. Aunque ahora Hiyoshi estuviera lejos de Nakamura, Owari era su lugar de nacimiento y el hogar de su madre. Vistos desde la mansión de Matsushita, la pobreza y el pequeño tamaño de Owari hacían que su comparación con las demás provincias fuese desfavorable, con la excepción de Mikawa. El contraste con el refinado y próspero dominio de Imagawa era especialmente sorprendente. Su pueblo natal de Nakamura era pobre, así como su propio hogar ¿Qué llegaría a ser de Owari? Hiyoshi pensaba que, algún día, algo que mereciera la pena podría crecer en aquel pobre suelo. Despreciaba las maneras decadentes tanto de las clases altas como de las bajas en el dominio de Imagawa. Imitaban las costumbres de la corte, una práctica que Hiyoshi consideraba peligrosa desde hacía mucho tiempo.

Últimamente, los mensajeros acudían con más frecuencia, lo cual significaba para Hiyoshi que tenían lugar conversaciones para unir las provincias de Suruga, Kai y Sagami mediante un pacto de no agresión, con el clan Imagawa como el centro. Naturalmente, el principal proponente era Imagawa Yoshimoto. Antes de dirigirse a la capital, al frente de un gran ejército, tendría que asegurarse la fidelidad de los Hojo y los Takeda. Como primer paso, Yoshimoto había decidido casar a su hija con el hijo mayor de Takeda Shingen y lograr que una de las hijas de Shingen se casara con un miembro de la familia Hojo. Esto, junto con los pactos militares y económicos, convertía a Imagawa en una potencia de la costa oriental con la que era preciso contar. Ese poder se reflejaba en el porte de los servidores de Imagawa. Un hombre como Matsushita Kahei se diferenciaba de los servidores inmediatos de Yoshimoto, pero también él tenía una riqueza incomparablemente superior a la de las casas de samurais que Hiyoshi conocía en Kiyosu, Nagoya y Okazaki. Los invitados eran numerosos, e incluso los sirvientes parecían vivir de una manera espléndida.

—¡Mono!

Nohachiro estaba buscando a Hiyoshi en el jardín.

—Aquí estoy.

Nohachiro alzó la vista al tejado.

—¿Qué haces ahí arriba?

—Estoy reparando el tejado.

Nohachiro se quedó asombrado.

—Te estás esforzando demasiado en un día tan caluroso. ¿Por qué lo haces?

—Hasta ahora ha hecho buen tiempo, pero pronto llegarán las lluvias de otoño. Si avisáis a los reparadores de tejados después de que empiecen las lluvias será demasiado tarde, así que busco las tablas partidas y las reparo.

—Por eso eres aquí tan poco popular. A mediodía, todos los demás se han buscado un lugar a la sombra.

—Si trabajara cerca de los demás, interrumpiría su siesta. Aquí arriba no molesto a nadie.

—Estás mintiendo. Apuesto a que estás ahí arriba para estudiar la disposición del terreno.

—Pensar eso es muy propio de ti, señor Nohachiro, pero si un hombre no toma nota de las cosas, cuando surja una emergencia no podrá defenderse.

—No hables de esa manera. Si el patrono se entera, va a enfadarse. ¡Baja de ahí!

—Ahora mismo. ¿Tienes algún trabajo para mí?

—Esta noche vienen invitados.

—¿Otra vez?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Quiénes vienen?

—Un estudiante de artes marciales que ha viajado por todo el país.

—¿Cuántos forman el grupo?

Hiyoshi bajó del tejado. Nohachiro sacó un pergamino.

—Esperamos al sobrino del señor Kamiizumi de Ogo, Hitta Shohaku. Viaja con doce de sus hombres. Habrá otro jinete con tres caballos de carga y sus ayudantes.

—Es un grupo bastante numeroso.

—Esos hombres han dedicado sus vidas al estudio de las artes marciales. Habrá mucho equipaje y caballos, así que despeja el almacén en los aposentos de los trabajadores y los alojaremos ahí. Ese lugar ha de estar barrido esta noche, antes de que lleguen.

—Sí, señor. ¿Estarán mucho tiempo?

—Unos seis meses —respondió Nohachiro, mientras se enjugaba el sudor de la cara. Parecía cansado.

\*

\*

\*

Por la noche Shohaku y sus hombres detuvieron sus caballos ante el portal y se sacudieron el polvo de sus ropas. Los servidores veteranos y jóvenes salieron a recibirlos y les dieron una exquisita y ceremoniosa bienvenida. Hubo largos parlamentos de salutación por parte de los anfitriones y una réplica no menos respetuosa y elocuente de Shohaku, un hombre de unos treinta años. Una vez terminadas las formalidades, los sirvientes se encargaron de los caballos de carga y el equipaje, y los huéspedes, con Shohaku en cabeza, entraron en los terrenos de la mansión.

Hiyoshi había gozado con la contemplación del primoroso espectáculo. Su formalidad le hizo comprender hasta qué punto había aumentado el prestigio de los guerreros con la creciente importancia de los asuntos militares. Últimamente la expresión «artes marciales» estaba en boca de todo el mundo,

junto con otras expresiones nuevas como «técnica de la espada» y «técnica de la lanza». Los nombres de los artistas marciales como Kamiizumi de Ogo y Tsukahara de Hitachi eran conocidísimos. Los viajes de algunos de aquellos hombres eran mucho menos rigurosos que los peregrinajes de los monjes budistas errantes. Pero los hombres como Tsukahara siempre iban acompañados por sesenta o setenta seguidores. Sus servidores llevaban halcones y viajaban con toda comodidad.

El número de los acompañantes de Shohaku no sorprendía a Hiyoshi, pero como iban a pasar allí seis meses, sospechaba acertadamente que le mandarían de acá para allá hasta que la cabeza le diese vueltas. No habían transcurrido más que cuatro o cinco días antes de que le hicieran trabajar tan duramente como si fuese uno de sus propios criados.

—¡Eh, Mono! Mi ropa interior está sucia. Lávala.

—¡Mono del señor Matsushita! Ve a comprarme un poco de ungüento.

Las noches de verano eran cortas y el trabajo adicional reducía sus horas de sueño. Cierta vez, a mediodía, se había dormido profundamente a la sombra de una paulonia. Estaba apoyado en el tronco, con la cabeza colgando a un lado y los brazos cruzados. Lo único que se movía sobre la seca tierra era una procesión de hormigas.

Una pareja de jóvenes samurais, que le tenían ojeriza, pasaron por su lado provistos de lanzas de práctica.

—Vaya, mira ahí. Si es el Mono.

—Durmiendo a pierna suelta, ¿eh?

—No es más que un inútil perezoso. ¿Cómo ha llegado a ser el niño mimado de los señores? No les gustaría nada verle así.

—Vamos a despertarle y le daremos una lección.

—¿Qué te propones?

—¿No es el Mono el único que no ha ido ni una sola vez a las prácticas de artes marciales?

—Eso se debe probablemente a que sabe que no agrada a los demás y teme que le golpeen.

—Pues eso está muy mal. Todos los sirvientes de una casa de guerreros tienen el deber de adiestrarse con ahínco en las artes marciales. Eso es lo que dicen las regulaciones domésticas.

—A mí no tienes que decírmelo. Díselo al Mono.

—Vamos a despertarle y le llevaremos al campo de prácticas.

—Sí, eso será interesante.

Uno de los hombres golpeó el hombro de Hiyoshi con la punta de su lanza.

—¡Eh, despierta!

Los ojos de Hiyoshi siguieron cerrados.

—¡Despierta!

El hombre alzó la cara de Hiyoshi con la lanza. El muchacho se deslizó a lo largo del tronco y se despertó con un sobresalto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Eso te pregunto yo. ¿Qué haces aquí, roncando en el jardín en pleno día?

—¿Yo estaba durmiendo?

—¿Ah, no?

—Puede que me haya dormido sin querer, pero ahora estoy despierto.



—¡Borricon impertinente! Tengo entendido que no has pasado un solo día haciendo práctica de artes marciales.

—Porque no tengo habilidad para esas cosas.

—¿Cómo puedes saberlo si no practicas nunca? Aunque seas un sirviente, según las regulaciones domésticas tienes que practicar las artes marciales. A partir de hoy nos ocuparemos de que lo hagas.

—No, gracias.

—¿Te niegas a obedecer las regulaciones domésticas?

—No, pero...

—¡Vamos, en marcha!

Sin permitirle más protestas, arrastraron a Hiyoshi a la fuerza hasta el campo delante del almacén. Iban a darle una lección por desobedecer las regulaciones domésticas.

Los artistas marciales visitantes y los hombres de Matsushita se estaban adiestrando con ahínco bajo el cielo ardiente.

Los jóvenes samurais que habían llevado allí a Hiyoshi le obligaron a caminar dándole fuertes golpes en la espalda.

—¡Coge una espada de madera o una lanza y lucha!

Hiyoshi avanzó tambaleándose, apenas capaz de sostenerse en pie, pero no cogió un arma.

—¿A qué estás esperando? —Uno de los hombres le dio un fuerte golpe en el pecho con la lanza—. ¡Vas a practicar un poco con nosotros, así que coge un arma!

Hiyoshi volvió a avanzar tambaleándose, pero mantenía su negativa a luchar y se limitaba a morderse el labio obstinadamente.

Dos de los hombres de Shohaku, Jingo Gorokuro y Sasaki Ichinojo estaban haciendo una prueba de fuerza con lanzas reales, en respuesta a una solicitud de los hombres de Matsushita. Gorokuro, que llevaba una cinta alrededor de la cabeza, atravesaba con la lanza sacos de arroz de doscientas libras y los lanzaba al aire en una demostración de fuerza aparentemente sobrehumana.

—Con esa clase de habilidad, debe de ser fácil arremeter contra un hombre en el campo de batalla —comentó uno de los espectadores—. ¡Su fuerza es asombrosa!

Gorokuro le corrigió.

—Si creéis que esto es una técnica de fuerza, estáis muy equivocados. Si aplicáis fuerza en esta técnica, el asta de la lanza se romperá y los brazos se os cansarán en seguida. —Dejó su lanza a un lado y les explicó—: Los principios de la espada y de la lanza son los mismos. El secreto de todas las artes marciales está en la *ch'i*, la energía sutil de la *tan t'ien*, la zona a dos pulgadas por debajo del ombligo. Ésa es la fuerza sin fuerza. Uno ha de tener la potencia mental necesaria para trascender la necesidad de fuerza y regular el flujo de *ch'i*.

Les dio una entusiasta y larga explicación. Su público, hondamente impresionado, le escuchaba con toda su atención, hasta que les molestaron unos ruidos a sus espaldas.

—¡Mono obstinado!

El joven samurai hizo girar el asta de su lanza y alcanzó a Hiyoshi en la cadera.

—¡Ay! —gritó Hiyoshi, al borde de las lágrimas.

Era evidente que el golpe le había hecho daño. Hizo una mueca y se encogió, restregándose la cadera. El grupo se deshizo y volvió a formarse alrededor de Hiyoshi.

—¡Inútil perezoso! —gritó el hombre que había golpeado a Hiyoshi—. Dice que no tiene habilidad y no quiere venir a las prácticas. Hiyoshi se encontró en el centro de una muchedumbre que refunfuñaba y le acusaba de ser impenitente e insolente.

Shohaku se adelantó para serenarles.

—Bien, bien, a juzgar por su aspecto es todavía un chiquillo, tiene una edad en la que florece la impertinencia. No hacer caso de las regulaciones domésticas cuando está empleado en la casa de un guerrero y no tener inclinación por las artes marciales es la desdicha de este individuo. Yo me encargaré del interrogatorio. Los demás guardad silencio. Joven —le dijo a Hiyoshi.

—Sí.

Hiyoshi miró directamente a Shohaku al responderle, pero su tono de voz había cambiado, pues la expresión de los ojos de su interrogador le decía que Shohaku era la clase de hombre a quien podía hablar con libertad.

—Parece que te disgustan las artes marciales, aunque estás empleado en la casa de un guerrero. ¿Es cierto?

—No —respondió Hiyoshi, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué motivo entonces, cuando estos servidores se ofrecen para adiestrarte en las artes marciales, no aceptas?

—Sí, bueno, hay una razón para eso. Si tuviera que disciplinarme en el camino de la espada o la lanza y llegar a ser un experto, probablemente tendría que dedicar mi vida entera a ello.

—Sí, debes tener esa clase de espíritu.

—No es que me disguste la espada ni la lanza, pero cuando considero que no podré disponer más que una duración de vida normal, creo que probablemente basta tan sólo con conocer el espíritu de estas cosas. El motivo es que hay muchas otras cosas que quisiera estudiar y hacer.

—¿Qué te gustaría estudiar?

—Me interesa aprender.

—¿Qué quieres aprender?

—Quiero saberlo todo del mundo.

—¿Cuáles son esas cosas que te gustaría hacer?

Hiyoshi sonrió.

—Eso no lo diré.

—¿Por qué no?

—Quiero hacer cosas, pero, a menos que las haga, hablar de ellas sólo parecería jactancia. Y si las expresara en voz alta, sólo os haría reír.

Shohaku se quedó mirando a Hiyoshi, diciéndose que era un muchacho fuera de lo corriente.

—Creo que entiendo un poco lo que dices, pero te equivocas si crees que las artes marciales son la práctica de unas técnicas menores.

—¿Qué son entonces?

—Según una escuela de pensamiento, cuando una persona ha aprendido una sola habilidad, habrá dominado todas las artes. Las artes marciales no son simplemente técnicas..., pertenecen a la mente. Si uno cultiva profundamente la mente, es capaz de penetrarlo todo, incluidas las artes del aprendizaje y el gobierno, de ver el mundo tal como es y de juzgar a la gente.

—Pero apuesto a que esta gente considera que golpear y atravesar a sus adversarios es la mejor de las artes. Eso sería útil para un soldado de infantería o para la tropa ordinaria, pero ¿sería esencial para un general que...?

—¡Cuidado con lo que dices! —le reconvino uno de los samurais, y golpeó con el puño la mejilla de Hiyoshi.

—¡Ay! —Hiyoshi se cubrió la boca con ambas manos, como si le hubieran roto la mandíbula.

—No podemos pasar por alto estas observaciones insultantes. Esto va a convertirse en un hábito. Señor Shohaku, haced el favor de retiraros. Nosotros nos ocuparemos de este asunto.

El resentimiento era general. Casi todos los que habían oído a Hiyoshi tenían algo que decir.

—¡Nos ha insultado!

—¡Es lo mismo que burlarse de las regulaciones domésticas!

—¡Asno imperdonable!

—¡Acabemos con él! El patrono no nos culpará por ello.

Tal era su enojo que parecían capaces de llevar a cabo su amenaza, de arrastrarle a la espesura y decapitarle sin más. Shohaku tuvo dificultades para detenerlos. Necesitó toda su energía para sosegarlos y salvar la vida de Hiyoshi.

Aquella noche, Nohachiro fue a los aposentos de la servidumbre y llamó en voz baja a Hiyoshi, el cual estaba sentado a solas en un rincón, con cara de tener dolor de muelas.

—Sí, ¿qué quieres?

El muchacho tenía la cara muy hinchada.

—¿Te duele?

—No, no mucho —mintió, y presionó la toalla húmeda contra la cara.

—El señor ha preguntado por ti. Ve por el jardín trasero para que no te vean.

—¿Qué? ¿El señor? Vaya, supongo que se ha enterado de lo ocurrido.

—Las cosas irrespetuosas que has dicho tenían que llegar a sus oídos. Y el señor Hitta ha ido a verle hace un rato, de modo que debe de saberlo. Es posible que él se encargue personalmente de la ejecución.

—¿Eso crees?

—El clan Matsushita tiene por norma irrevocable que los sirvientes no descuiden la práctica de las artes marciales, día y noche. Cuando el señor tiene que hacer un esfuerzo especial para mantener la dignidad de las regulaciones domésticas, debes considerar que ya has perdido la cabeza.

—En ese caso huiré de aquí. No quiero morir por una cosa así.

—¡Estás diciendo estupideces! —exclamó Nohachiro, cogiendo las muñecas de Hiyoshi—. Si huyes, tendré que hacerme el *seppuku*. Me ha ordenado que te lleve.

—¿Ni siquiera puedo huir? —preguntó ingenuamente Hiyoshi.

—Desde luego, tu desvergüenza es excesiva. Piensa un poco antes de abrir la boca. Al oír lo que hoy has dicho, incluso yo he pensado que no eres más que un mono jactancioso.

Nohachiro ordenó a Hiyoshi que caminara delante de él y sujetó con firmeza la empuñadura de su espada. Un enjambre de mosquitos blancos revoloteaban en la creciente oscuridad. La luz de los faroles en el interior de la casa llegaba a la terraza de la biblioteca, que acababa de ser rociada con agua.

—He traído al Mono —dijo Nohachiro, arrodillándose.

Kahei apareció en la terraza.

—¿Está aquí?

Al oír la voz por encima de su cabeza, Hiyoshi se inclinó tanto que su frente tocó el musgo del suelo.

—Mono.

—Sí, mi señor.

—Parece ser que están haciendo un nuevo tipo de armadura en Owari. Se llama domara. Ve y cómprame una. Es tu provincia natal, por lo que supongo que podrás moverte por ella sin dificultad.

—¿Mi señor?

—Vete esta noche.

—¿Adonde?

—Adonde puedas comprarme una armadura *domaru*.

Kahei sacó dinero de una caja, lo envolvió, y lo arrojó ante Hiyoshi. La mirada de éste osciló entre Kahei y el dinero. Sus ojos se llenaron de lágrimas que corrieron por sus mejillas y cayeron en los dorsos de sus manos.

—Sería mejor que te marcharas sin dilación, pero no tengas prisa por traerme la armadura. Aunque tardes varios años, me compras la mejor que encuentres. —Entonces se dirigió a Nohachiro—: Hazle salir discretamente por la puerta trasera, antes de que termine la noche.

¡Qué brusco giro en redondo! Hiyoshi sintió que le invadía un escalofrío. Había esperado que le mataran por no cumplir con las regulaciones domésticas y ahora... El escalofrío se debía a su reacción ante la simpatía de Kahei, su profundo agradecimiento, y le llegó hasta el tuétano de los huesos.

—Muchísimas gracias.

Aunque Kahei no había dicho claramente lo que pensaba, Hiyoshi ya le había entendido.

Kahei pensó que la agudeza de aquel muchacho asombraba a quienes le rodeaban, y era natural que aquello engendrara resentimiento y celos. Sonrió amargamente y le preguntó:

—¿Por qué me das las gracias?

—Por permitir que me vaya.

—Eso está bien, pero, Mono...

—¿Sí, mi señor?

—Si no ocultas esa inteligencia tuya, jamás triunfarás.

—Lo sé.

—Si lo sabes, ¿por qué hablas de un modo insultante, como hoy, enojando a todo el mundo?

—Soy inexperto... Después de haber dicho eso me golpeé la cabeza con el puño.

—No diré nada más. Voy a ayudarte porque tu inteligencia es valiosa. Puedes estar seguro de que quienes están resentidos contigo y tienen celos de ti te acusarían de robo con el menor pretexto. Si se perdiera un alfiler, o se pusiera fuera de su lugar una daga o una caja de píldoras, te señalarían con el dedo y dirían: «Ha sido el Mono». Sus malévolas acusaciones serían interminables. Provocas fácilmente el resentimiento de los demás, y eso es algo que tú mismo deberías comprender.

—Sí, mi señor.

—Hoy no había ninguna razón para que te ayudara, pues el razonamiento de mis servidores ha sido correcto. Como he sido informado de esto en privado por el señor Shohaku, es como si no me hubiera enterado todavía y te enviara a una misión. ¿Entendido?

—Lo entiendo muy bien. Lo he grabado en mi corazón.

Hiyoshi tenía la nariz obstruida. Se inclinó ante Kahei una y otra vez.

Aquella noche abandonó la casa de Matsushita.

Volvió la cabeza hacia la mansión y juró que jamás olvidaría la generosidad de Kahei. Abrumado por tanta amabilidad, se preguntó cómo podría corresponderle. Sólo quien estaba siempre rodeado por la brutalidad y el ridículo podía percibir tan intensamente la simpatía de otra persona.

Algún día..., algún día. Cada vez que le impresionaba algo o se sentía abrumado por los acontecimientos, repetía estas palabras como la plegaria de un peregrino.

Una vez más deambulaba como un perro sin hogar, sin destino y sin trabajo. El río Tenryu estaba crecido, y cuando Hiyoshi estuvo lejos de cualquier morada humana sintió deseos de llorar por su soledad y el sino desconocido que le aguardaba. Ni el universo ni las estrellas ni las aguas podían darle alguna señal.

# El señor idiota

—¡Perdonad! —dijo alguien por segunda vez.

Otowaka, que aquel día estaba libre de servicio, se encontraba en el dormitorio de su regimiento, sesteando. Se despertó, alzó la cabeza y miró a su alrededor.

—¿Quién es?

—Soy yo —respondió una voz más allá del seto, donde los zarcillos de las enredaderas se entrelazaban con las hojas y las espinas de los naranjos chinos.

Desde el balcón, Otowaka vio que había alguien al otro lado del seto cubierto de polvo y salió a la terraza.

—¿Quién eres? Si traes algún recado, entra por la puerta principal.

—Está cerrada.

Otowaka estiró el cuello para ver bien al recién llegado.

—¡Vaya, pero si es el Mono, el hijo de Yaemon! ¿Me equivoco?

—Lo soy.

—¿Por qué no has dicho quién eras en vez de susurrar ahí afuera como un fantasma?

—Es que la puerta principal está cerrada, y al asomarme a la parte trasera te he visto durmiendo —respondió con deferencia—. Me ha parecido que te inquietabas un poco y he pensado que sería mejor llamarte de nuevo.

—No tienes por qué ser tan reservado. Supongo que mi mujer ha cerrado la puerta cuando salió a comprar. Voy a abrirte.

Una vez que Hiyoshi, tras lavarse los pies, hubo entrado en la casa, Otowaka se quedó mirándole durante largo rato.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó por fin—. Han pasado dos años desde que nos encontramos en la carretera. Durante todo este tiempo no hemos sabido si estabas vivo o muerto, y tu madre estaba terriblemente preocupada, ¿le has comunicado que estás bien?

—Todavía no.

—¿No vas a tu pueblo?

—He pasado por allí antes de venir a verte.

—¿Y no has ido a saludar a tu madre?

—La verdad es que anoche fui a escondidas a la casa, pero tras echar una mirada a mi madre y mi hermana, di media vuelta y me vine aquí.

—Eres un chico extraño. Has nacido en esa casa, ¿no es cierto? ¿Por qué no les has tranquilizado haciéndoles saber que estás sano y salvo?

—La verdad es que ansiaba verlos, pero cuando salí de casa juré que no regresaría hasta que hubiera logrado ser algo en la vida. Tal como soy ahora, no podría mirar a mi padrastro a la cara.

Otowaka volvió a mirarle con detenimiento. El polvo, la lluvia y el rocío habían vuelto gris la blusa de algodón blanco de Hiyoshi. Su cabello grasiento y sus mejillas delgadas y tostadas por el sol contribuían de algún modo a darle un aspecto de extrema fatiga. Era la imagen de un hombre que no había logrado alcanzar su objetivo.

—¿Cómo te ganas la vida?

—Vendo agujas.

—¿No trabajas para nadie?

—Trabajé en dos o tres sitios, en casas de samurais de rango no demasiado alto, pero...

—Supongo que, como de costumbre, pronto te cansaste de ellos. ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete.

—Si un hombre es estúpido de nacimiento, no puede hacer nada por evitarlo, pero no debe irse de la mano haciéndose el bobalicón. Existe un límite. Los necios encajan con paciencia que les traten como necios, pero eso no es aplicable a ti y tus errores. Mira, es natural que su madre se aflija y tu padrastro esté molesto. ¿Qué diablos vas a hacer ahora, Mono?

Aunque Otowaka reñía a Hiyoshi por su falta de perseverancia, también se apenaba por él. Había sido amigo íntimo de Yaemon y sabía bien que Chikuami había tratado severamente a su hijastro. Rogó por que Hiyoshi llegara a hacer algo en la vida para satisfacer a su difunto padre.

En aquel momento regresó la mujer de Otowaka y salió en defensa de Hiyoshi.

—Es el hijo de Onaka, no el tuyo. ¿A quién crees que estás riñendo? No haces más que gastar saliva. Lo siento por el muchacho.

La mujer fue en busca de una sandía que se había estado enfriando en el pozo, la cortó y sirvió una porción a Hiyoshi.

—¿No tiene más que diecisiete años todavía? Claro, no sabe nada de nada. Piensa en cuando tenías su edad. Aunque pasas de los cuarenta, sigues siendo un soldado de infantería, es decir, bastante ordinario, ¿no te parece?

—Cállate —le dijo Otowaka, al parecer herido—. Precisamente porque no creo que los jóvenes deban vivir como yo, tengo algo que decirles. Tras la ceremonia de la mayoría de edad se les considera adultos, pero a los diecisiete años ya tienen que ser hombres. Tal vez sea un tanto irrespetuoso, pero mira a nuestro patrono, el señor Nobunaga. ¿Qué edad crees que tiene? —Empezó a decírselo, pero entonces se apresuró a cambiar de tema, tal vez por temor a entablar una discusión con su esposa—. Ah, sí, es muy probable que mañana salgamos nuevamente de caza con Su Señoría, y al regresar practicaremos las maneras de vadear el río Shonai a caballo y nadando. Prepara mis cosas..., una cuerda para mi armadura y mis sandalias de paja.

Hiyoshi, que escuchaba con la cabeza baja, la alzó y dijo:

—Discúlpame, señor.

—¿Otra vez con formalismos?

—No es ésa mi intención. ¿Tanto se dedica a cazar y nadar el señor Nobunaga?

—No está bien que lo diga, pero es un chico tremendamente juguetón.

—Es un alocado, ¿verdad?

—Eso parece, pero hay ocasiones en las que puede comportarse con toda corrección.

—Tiene mala reputación desde un extremo del país al otro.

—¿Es eso cierto? Entonces supongo que no es muy popular entre sus enemigos.

Hiyoshi se incorporó de repente.

—Siento de veras haberte molestado en tu día libre —le dijo.

—No me digas que has de marcharte tan temprano. ¿Por qué no pasas aquí la noche, por lo menos?

¿Acaso he herido tus sentimientos?

—No, en absoluto.

—No te detendré si insistes, pero ¿por qué no vas a ver a tu madre?

—Sí, eso haré. Esta noche iré a Nakamura.

—Así me gusta.

Otowaka acompañó a Hiyoshi hasta la puerta y le despidió, pero se quedó con la sensación de que el muchacho le engañaba.

Hiyoshi no fue a su casa aquella noche. ¿Dónde durmió? Es posible que pernoctara en un santuario al lado de la carretera, o quizá bajo los aleros de un templo. Había recibido dinero de Matsushita Kahei, pero la noche anterior, en Nakamura, lo había arrojado al patio de su casa. No le quedaba nada de dinero, pero como la noche veraniega era corta, no tenía que esperar mucho a que amaneciera.

A primera hora del día siguiente salió del pueblo de Kasugai y se encaminó despaciosamente a Biwajima, comiendo mientras andaba. Tenía atadas al cinto varias bolas de arroz envueltas en hojas de loto. Pero ¿cómo era posible que comiera sin dinero?

El alimento puede encontrarse en cualquier parte, porque es un regalo del cielo a la humanidad. Esto era para Hiyoshi un artículo de fe. Las aves y las bestias reciben la generosidad del cielo, pero al hombre se le ha ordenado que trabaje para el mundo, y quienes no trabajan no pueden comer. Los seres humanos que viven sólo para comer son ignominiosos. Si trabajan, recibirán naturalmente el don del cielo. En otras palabras, para Hiyoshi el trabajo estaba antes que el hambre.

Cada vez que Hiyoshi quería trabajar, se detenía junto a un edificio en construcción y ofrecía sus servicios a los carpinteros o peones. Si veía a un hombre tirando de una pesada carreta, él empujaba por detrás; si veía un portal sucio, preguntaba si le prestarían una escoba para barrerlo. Trabajaba aunque no se lo pidieran y, como lo hacía a conciencia, siempre le recompensaban con un cuenco de comida o unas monedas para que prosiguiera su viaje. Su manera de vivir no le avergonzaba, porque no se humillaba como un animal. Trabajaba para el mundo y creía que el cielo le daría lo que necesitaba.

Aquella mañana, en Kasugai, había topado con el taller de un herrero que había abierto temprano. La esposa tenía hijos de los que ocuparse, y así, tras echar una mano en la limpieza de la herrería, sacar las dos vacas a pastar e ir al pozo para llegar los tinajas de agua, Hiyoshi fue recompensado con el desayuno y unas bolas de arroz para la tarde.

Contempló el cielo matinal y se dijo que probablemente haría otro día caluroso. La comida sostendría su vida, fugaz como el rocío, durante otro día, pero sus pensamientos no estaban en armonía con los pensamientos de los demás. Tenía la certeza de que, en un día tan caluroso, el señor Nobunaga iría al río, y Otowaka le había dicho que él también estaría allí.

Veía a lo lejos el río Shonai. Se levantó de la hierba, humedecido por el rocío matinal, fue a la orilla del río y se quedó contemplando ociosamente la hermosa cinta de agua.

Todos los años, desde la primavera al otoño, el señor Nobunaga no se perdía una sola oportunidad de practicar el vadeo del río. Pero ¿dónde lo hacía? Hiyoshi pensó que debería habérselo preguntado a Otowaka. Las piedras de la orilla se estaban secando al sol, el cual brillaba intensamente en la hierba, las bayas y las sucias ropas de Hiyoshi. Éste se sentó cerca de unos arbustos, decidido a esperar allí de todos modos. El señor Nobunaga..., el malicioso patrono de los Oda... ¿Qué clase de hombre sería? Como si fuese un talismán pegado con engrudo, el nombre de Nobunaga no desaparecía de su mente, tanto si estaba despierto como dormido.



Hiyoshi quería conocerle y por eso había ido aquella mañana a la orilla del río. Aunque Nobunaga había sucedido a Oda Nobuhide, ¿podría sobrevivir mucho tiempo, dado su carácter caprichoso y violento? Según la opinión general, era tan estúpido como enojadizo.

Hiyoshi había creído ese chisme durante años, entristecido por el hecho de que su provincia natal fuese tan pobre y estuviera regida por un señor tan indigno. Pero tras ver las verdaderas circunstancias en otras provincias, empezaba a pensar de un modo distinto. No, no sabía realmente cómo era aquel hombre. Una guerra no se ganaba el día de la batalla. Cada provincia tenía su propio carácter, y en cada una de ellas se daban las apariencias y la realidad. Incluso una provincia que pareciera superficialmente débil podía tener una fuerza oculta. Y a la inversa, las provincias que parecían fuertes, como Mino y Suruga, podían estar podridas en su interior.

Rodeados por provincias extensas y fuertes, los dominios de los Oda y los Tokugawa parecían pequeños y pobres. Sin embargo, en aquellas pequeñas provincias se ocultaban fuerzas que las provincias más extensas no poseían y sin las cuales no habrían podido sobrevivir.

Si Nobunaga era tan necio como decían, ¿cómo se las había ingeniado para retener el castillo de Nagoya? Ahora Nobunaga tenía diecinueve años y habían transcurrido tres desde la muerte de su padre. Durante esos tres años, el general joven, violento y de cabeza hueca, sin talento ni inteligencia, no sólo había defendido su herencia, sino que mantenía un firme dominio de la provincia. ¿Cómo podía hacer tal cosa? Algunos afirmaban que no era la obra del mismo Nobunaga sino de sus eficientes servidores, a cuyo cargo un padre preocupado había confiado a su hijo: Hirate Nakatsukasa, Hayashi Sado, Aoyama Yosaemon y Naito Katsusuke. El poder colectivo de esos hombres era el sostén de los Oda, y el joven señor no era más que una figura decorativa. Mientras sobrevivieran los servidores del señor anterior, todo iría bien, pero cuando uno o dos murieran y el sostén se viniera abajo, la caída de los Oda sería evidente para todo el mundo. Entre los más deseosos de ver tal cosa se hallaban, naturalmente, Saito Dosan de Mino e Imagawa Yoshimoto de Suruga. Nadie disentía de esta opinión.

—¡Hiyaa!

Al oír un grito de guerra, Hiyoshi miró a su alrededor. Un polvo amarillo se alzaba cerca del extremo superior del río. Se puso en pie y aguzó el oído. No podía ver nada pero pensó, excitado, que estaba ocurriendo algo. ¿Sería una batalla? Echó a correr por la hierba y, unas doscientas varas más adelante, vio lo que sucedía. Las tropas de Oda, a las que esperaba desde la mañana, habían llegado al río y ya estaban realizando sus maniobras.

Aunque los llamaban eufemísticamente «pesca fluvial», «cetrería» o «práctica de natación militar», para los señores de la guerra el único objetivo de aquellos ejercicios era la preparación militar. Si uno descuidaba los preparativos militares, el término de su vida no tardaría en llegar.

Oculto entre las altas hierbas, Hiyoshi exhaló un suspiro. Al otro lado del río había un campamento improvisado entre la orilla y la herbosa llanura que se extendía más arriba. Unas cortinas con el blasón de la familia Oda colgaban entre varias pequeñas chozas de descanso, agitadas por el viento. Había soldados, pero Nobunaga no estaba a la vista. En la orilla en que Hiyoshi se encontraba había un campamento similar. Los caballos relinchaban y piafaban, y las voces excitadas de los guerreros en ambas orillas eran lo bastante fuertes para provocar ondas en el agua. Un caballo solitario sin jinete chapoteó alocadamente por el centro del río y finalmente saltó a tierra corriente abajo.

Hiyoshi se dijo, asombrado, que hacían pasar aquello por práctica de natación.

La opinión popular era, en su mayor parte, errónea. Se decía de Nobunaga que era débil de mente y violento, pero si uno pedía pruebas de ello, parecía que nadie se había molestado realmente en comprobar si era cierto o no. Todos veían que Nobunaga salía del castillo en primavera y verano para ir a cazar o nadar, y eso era todo. Aquello era un adiestramiento militar con todas las de la ley.

Al principio los samurais cabalgaban en pequeños grupos, vestidos con las ropas ligeras que podrían ponerse para dar un paseo. Pero cuando sonó la caracola y mientras tocaban los tambores, formaron en regimientos que chocaron en medio del río. Las aguas se agitaron, y entre la espuma de un blanco puro, los samurais se enfrentaron unos a otros, un contingente de soldados de infantería contra otro. Las lanzas de bambú se convirtieron en un torbellino, pero sus portadores golpeaban con las astas en vez de embestir con las puntas. Las lanzas que fallaban su objetivo rozaban el agua y producían arcoiris. Siete u ocho generales montados lucían sus colores y blandían lanzas.

—¡Estoy aquí, Daisuke! —gritó un joven samurai montado delante de las filas.

Llevaba armadura sobre una túnica de cáñamo blanco y una espléndida espada con la empuñadura de color bermejo. Galopó hasta el caballo de Ichikawa Daisuke, el maestro de arco y lanza, y sin previo aviso le golpeó en el costado con su lanza de bambú.

—¡Qué insolencia!

Daisuke lanzó un grito y arrebató la lanza a su atacante, la aferró bien y golpeó el pecho del adversario. El joven guerrero era un hombre de airosos movimientos. Con el rostro enrojecido, aferró la lanza de Daisuke con una mano y sostuvo la espada bermeja en la otra, mirándole con ceño, pero incapaz de resistir la fuerza de Daisuke, cayó hacia atrás desde lo alto del caballo a las aguas del río.

—¡Ése es Nobunaga! —gritó Hiyoshi sin querer.

¿Eran servidores quienes podían hacer una cosa tan tremenda a su señor? ¿No era el servidor incluso más violento de lo que decían que era el patrono? Hiyoshi así lo creía, pero desde aquella distancia no podía estar absolutamente seguro de que el hombre fuese Nobunaga. Olvidándose de sí mismo, Hiyoshi se irguió de puntillas. La fingida batalla en el vado proseguía con rapidez. Si Nobunaga había sido derribado de su caballo, los servidores deberían haberse apresurado a ayudarlo, pero nadie le prestaba la menor atención.

Poco después un guerrero salió chapoteando a la orilla, a cierta distancia del lugar de la batalla. Era el mismo hombre que había sido derribado de su caballo, y tenía un enorme parecido con Nobunaga. Parecía una rata empapada, y dio una patada en el suelo al tiempo que gritaba:

—¡Jamás seré derrotado!

Daisuke le vio y señaló hacia él.

—¡Allí está el general del ejército oriental! ¡Rodeadle y traedle vivo!

Alzando una cortina de espuma, los soldados de infantería se dirigieron en línea recta hacia Nobunaga. Éste cogió una lanza de bambú y descargó un golpe sobre el casco de un soldado, derribándole. Entonces arrojó la lanza al siguiente.

—¡No les dejéis acercarse!

Llegó un grupo de sus hombres para protegerle de las fuerzas contrarias. Nobunaga echó a correr por la orilla, gritando a voz en cuello:

—¡Dadme un arco!

Dos pajes cruzaron la cortina de su choza provistos de arcos cortos y, casi tropezando, corrieron

adonde estaba su señor.

—¡No permitáis que crucen el río!

Mientras daba órdenes a sus tropas, puso una flecha en el arco y tensó la cuerda, disparó y rápidamente preparó otra flecha. Eran flechas de prácticas, sin punta, pero varios soldados «enemigos» cayeron, alcanzados en plena frente. Disparó tantas flechas que resultaba difícil creer que era él sólo quien disparaba. La cuerda del arco se rompió en dos ocasiones, y en cada una de ellas Nobunaga cambió de arma sin tardanza y siguió disparando. Mientras él mantenía desesperadamente su firmeza, cedió la defensa situada río arriba. El ejército occidental invadió la orilla, rodeó el cuartel general de Nobunaga y lanzó gritos de victoria.

—¡Perdido!

Nobunaga arrojó el arco a un lado y se echó a reír. Se volvió, sonriendo al tiempo que apretaba los dientes, y miró al enemigo que entonaba un cántico de victoria. Daisuke y el maestro de estrategia, Hirata Sammi, desmontaron y corrieron hacia Nobunaga.

—¿No estáis lesionado, mi señor?

—Nada podría sucederme en el agua.

Nobunaga se sentía humillado.

—Mañana ganaré —le dijo a Daisuke—. Mañana vais a pasarlo mal.

Mientras hablaba alzó ligeramente el arco.

—Cuando estemos de regreso en el castillo —le dijo Sammi—, ¿me permitiréis que os haga una crítica de vuestra estrategia de hoy?

Nobunaga apenas le escuchó. Ya se había quitado la armadura y se zambulló en el río para refrescarse.

\* \* \*

Las hermosas facciones de Nobunaga y la blancura de su piel indicaban que sus antepasados habían sido hombres y mujeres de belleza excepcional. Al volverse para mirar a alguien lo traspasaba con la intensa luz de sus ojos. Cuando por fin tuvo conciencia de ese rasgo, envolvía en risas la fiereza de su mirada y dejaba así perplejo al espectador. No sólo él, sino también sus doce hermanos y siete hermanas, todos ellos con sus maneras refinadas o su apostura, tenían la mundanería de los aristócratas.

—Puede que esto te parezca irritante o que te preguntes: «¿Qué? ¿Otra vez?». Pero, como una plegaria que uno debe decir día y noche, incluso cuando comes, tienes que recordar a tus antepasados. El fundador del clan Oda fue un sacerdote del santuario de Tsurugi. En el pasado remoto, uno de tus antepasados fue miembro del clan Taira, el cual afirmaba descender del emperador Kammu<sup>[1]</sup>. Así pues, recuerda que te ha sido transmitida la sangre de la Casa Imperial. Soy un viejo y no puedo decir más.

Nobunaga escuchaba estas palabras una y otra vez de labios de Hirate Nakatsukasa, uno de los cuatro hombres que su padre había designado como sus tutores cuando se trasladó desde su lugar de nacimiento, el castillo de Furuwatari, a Nagoya. Nakatsukasa era un servidor de gran lealtad, pero Nobunaga le tenía por molesto y pesado. «Bueno, viejo, lo comprendo, sí, lo comprendo», murmuraba, y le daba la espalda. No le prestaba atención, pero el anciano continuaba, como si repitiera una letanía:

—Recuerda a tu reverenciado padre, quien para defender Owari luchó por la mañana en sus fronteras

del norte e hizo frente a la invasión desde el este por la noche. Los días del mes en los que podía quitarse la armadura y dedicarse a sus hijos eran pocos y muy espaciados. A pesar de la guerra continua, tenía un profundo sentido de lealtad hacia el trono, y me envió a la capital para reparar los muros de barro del palacio imperial. También dio cuatro mil *kan* a la corte. Además, no ahorró esfuerzos en la construcción del gran santuario de Ise. Tu padre era un hombre así. Y entre tus antepasados...

—¡Basta, anciano! ¡No sé cuántas veces he oído la misma historia!

Cuando Nobunaga estaba enojado, los bonitos lóbulos de sus orejas se volvían de un rojo brillante, pero ésa era la única manifestación de enfado que, desde su infancia, podía permitirse. Nakatsukasa entendía bien su temperamento, y también sabía que era más eficaz apelar a sus sentimientos que tratar de razonar con él. Cuando su pupilo se mostraba impaciente, él cambiaba rápidamente de táctica.

—¿Pedimos una brida?

—¿Para cabalgar?

—Si quieres.

—Cabalga tú también, viejo.

Cabalgar era su pasatiempo favorito. No se contentaba con quedarse en los terrenos de equitación, sino que se alejaba tres o cuatro leguas del castillo y luego regresaba al galope.

A los trece años, Nobunaga había participado en su primera batalla, y se había quedado sin padre a los quince. A medida que iba creciendo se volvía cada vez más arrogante. El día del funeral de su padre se vistió de una manera inapropiada para la formalidad de la ocasión.

Ante la mirada incrédula de los invitados, Nobunaga se dirigió al altar, cogió un puñado de incienso en polvo y lo arrojó contra la tablilla mortuoria de su padre. Entonces, para sorpresa de todos los presentes, regresó al castillo.

—¡Qué vergüenza! ¿Es éste realmente el heredero de la provincia?

—Un señor con la cabeza totalmente hueca.

—Quién habría dicho que llegaríamos a esto.

Tal era la opinión de quienes sólo tenían una comprensión superficial de las cosas, pero quienes consideraban la situación de una manera más profunda vertían lágrimas de pesar por el clan Oda.

—Su hermano menor, Kanjuro, tiene buenos modales y ha actuado respetuosamente desde el principio al final —señaló uno de los deudos.

Lamentaban que Kanjuro no fuese el heredero, pero un monje que estaba sentado al fondo de la estancia dijo en voz baja:

—No, no... Éste es un hombre con futuro. Da miedo.

Más tarde informaron de este comentario a los servidores veteranos, pero ninguno lo tomó en serio. Poco antes de su muerte, a los cuarenta y seis años, Nobuhide había dispuesto el matrimonio de Nobunaga con la hija de Saito Dosan de Mino, mediante los buenos oficios de Nakatsukasa. Las provincias de Mino y Owari eran enemigas desde hacía años, por lo que el matrimonio era político. Tales arreglos eran casi la regla en un país en guerra.

Dosan había visto perfectamente esta estrategia y, no obstante, había concedido la mano de su hija favorita al heredero del clan Oda, cuya reputación de idiota era bien conocida desde las provincias vecinas hasta la capital. Dio su consentimiento a la boda con la mirada puesta firmemente en Owari.

La necesidad, la violencia y la conducta vergonzosa de Nobunaga parecían ir de mal en peor, pero eso

era exactamente lo que él deseaba que vieran los demás. El cuarto mes del vigésimosegundo año de Temmon, Nobunaga cumplió diecinueve años.

Deseoso de conocer a su yerno, Saito Dosan propuso que tuvieran su primer encuentro en el templo Shotokuji de Tonda, en la frontera entre las dos provincias. Tonda era una propiedad de la secta budista Ikko, y el templo estaba un poco apartado de las aproximadamente setecientas casas del pueblo.

Al frente de una fuerza considerable, Nobunaga salió del castillo de Nagoya, cruzó los ríos Kiso y Hida y continuó hacia Tonda. Cerca de medio millar de sus nombres llevaban arcos largos o armas de fuego; otros cuatrocientos iban armados de lanzas carmesíes de dieciocho pies de longitud, y les seguían trescientos soldados de infantería. Avanzaron en un solemne silencio. Un cuerpo de jinetes en medio de la comitiva rodeaba a Nobunaga. Estaban preparados para cualquier emergencia.

El verano estaba en sus inicios. Las espigas de la cebada eran de un color amarillo pálido. Una brisa suave procedente del río Hida refrescaba a la columna de hombres, el mediodía era apacible, las ramas de los arbustos colgaban sobre las rústicas vallas. Las casas de Tonda estaban bien construidas y muchas disponían de graneros para el arroz.

—Ahí están.

Dos samurais de rango inferior pertenecientes al clan de Saito habían sido apostados en el límite del pueblo como vigías, y echaron a correr para informar. En la hilera de olmos que se extendía por el pueblo, los gorriones piaban tranquilamente. Los samurais se arrodillaron ante una humilde choza y dijeron en voz baja:

—La comitiva ha sido avistada. Pronto pasará por aquí.

Por extraño que pudiera parecer, las paredes sucias de hollín de la choza con suelo de tierra ocultaban a unos hombres de vistosas espadas, vestidos con kimonos formales.

—Muy bien. Vosotros dos ocultaos entre los matorrales de detrás.

Los dos samurais eran servidores personales del señor Saito Dosan de Mino, el cual estaba apoyado en el alféizar de la ventana de una pequeña habitación, observando lo que ocurría.

Eran numerosas las anécdotas que corrían sobre Nobunaga, y Dosan se preguntaba cómo era en realidad, qué clase de hombre. Antes de entrevistarse formalmente con él, quería verle bien. Era algo típico de la manera de pensar de Dosan, y por eso estaba allí, espiando desde una choza al lado del camino.

—Los hombres de Owari están aquí, mi señor.

Al recibir esta información, Dosan soltó un gruñido y dirigió su atención al camino que se extendía al otro lado de la ventana. Sus servidores atrancaron la puerta y miraron a través de las grietas y agujeros de la madera, guardando un estricto silencio.

También los pajarillos en la hilera de árboles habían dejado de piar. Con excepción de su aleteo cuando de improviso emprendieron el vuelo, el silencio era omnipresente. Ni siquiera la suave brisa producía sonido alguno. Las pisadas de la ordenada tropa se aproximaban resueltamente. Los mosqueteros, provistos de sus armas de fuego pulimentadas, marchaban en columna de diez en fondo, en destacamentos de cuarenta hombres. Las astas rojas de las lanzas parecían un bosque mientras avanzaban por delante de los hombres de Mino. Con aliento entrecortado, Dosan estudiaba el paso de los soldados y la disposición de sus filas. A la oleada de pies en movimiento siguió el sonido de los cascos de los caballos y las fuertes voces. Dosan no podía apartar la mirada de la escena.

En medio de los jinetes había un caballo de espléndido aspecto y hocico brillante. En la suntuosa silla, taraceada con madreperla, se sentaba Nobunaga, sujetando las riendas de color violeta entreverado de blanco. Charlaba alegremente con sus servidores.

—¿Qué es esto? —dijo lentamente Dosan.

Parecía estupefacto ante el deslumbrante aspecto de Nobunaga. Había oído decir que el señor de los Oda solía lucir un atuendo extravagante, pero aquello excedía con mucho lo que había imaginado.

Nobunaga se sentaba balanceándose en la silla del caballo purasangre, el cabello recogido en un moño de general atado con una trencilla verde claro. Vestía una casaca de algodón con un estampado de color brillante y sin una de las mangas. Sus dos espadas, la larga y la corta, estaban taraceadas con conchas de abalone y atadas con paja de arroz sagrada, trenzada en forma de amuleto de la buena suerte. Del cinto le pendían siete u ocho objetos: una bolsa que contenía yesca, una pequeña calabaza, un botiquín, un abanico plegable colgado de un cordel, una minúscula talla de un caballo y varias joyas. Bajo su falda de longitud mediana, hecha de piel de tigre y leopardo, llevaba una prenda de brillante brocado de oro.

Nobunaga se volvió en la silla.

—Daisuke —llamó—. ¿Es éste el lugar? ¿Es esto Tonda?

Había gritado tan fuerte que Dosan le oyó desde su escondrijo.

Daisuke, que actuaba como escolta, cabalgó hasta su patrono.

—Sí, y el templo Shotokuji, donde has de reunirte con tu estimado suegro, está allí. A partir de ahora deberíamos portarnos lo mejor posible.

—El templo pertenece a la secta Ikko, ¿no es cierto? Humm, está muy tranquilo, ¿verdad? Supongo que la guerra no llega aquí.

Nobunaga miró a través de los olmos, tal vez porque había avistado siluetas de halcones en el cielo azul. Las espadas que pendían de su cintura tintineaban tenuemente al chocar entre ellas y con los demás objetos que colgaban del cinto.

Después de que Nobunaga pasara de largo, los servidores de Dosan reprimieron el deseo de echarse a reír. Sus semblantes reflejaban cuánto se habían esforzado para no reírse de aquella ridícula ostentación.

—¿Ya está? —preguntó Dosan—. ¿Es ése el final de la comitiva?

—Sí, ya ha pasado toda.

—¿Le habéis visto bien?

—Desde cierta distancia.

—Pues bien, su aspecto no contradice a los rumores. Tiene buenas facciones y un físico aceptable, pero algo le falta aquí arriba.

Dosan se llevó un dedo a la cabeza, sonriendo con aparente satisfacción.

Varios servidores entraron precipitadamente por la puerta trasera.

—Por favor, señor, daos prisa. Una cosa es que Nobunaga sospeche algo, pero ¿y si lo hacen también sus servidores? ¿No deberíamos estar en el templo primero?

Salieron en avalancha por la puerta trasera de la casa y se encaminaron al templo por un sendero oculto. En el mismo momento en que la vanguardia de los samurais de Owari se detenía ante el portal del Shotokuji, entraron rápidamente por la puerta trasera, actuando como si nada hubiera ocurrido. Se

cambiaron rápidamente y fueron a la entrada principal. El portal del templo estaba lleno de gente. Como todos los hombres procedentes de Mino habían sido convocados para asistir a la ceremonia formal, la entrada principal del templo, el gran vestíbulo y la sala de recepción de los invitados estaban desiertos, abandonados al viento.

Kasuga Tango, uno de los servidores de más alto rango de Dosan, se volvió hacia su señor, que había tomado asiento, y le preguntó en voz baja cómo se proponía dirigir la entrevista. Dosan sacudió la cabeza.

—No hay motivo para que yo vaya.

A su modo de ver, Nobunaga era sólo su yerno.

Todo habría ido como una seda si el asunto no hubiera pasado de ahí, pero Nobunaga era el señor de una provincia, del mismo modo que lo era Dosan, y sus servidores habían dado por supuesto que la etiqueta sería la de unos hombres que se entrevistan en pie de igualdad. Aunque Dosan era también el suegro de Nobunaga, ¿no sería más apropiado seguir las formas de un primer encuentro entre dos señores feudales provinciales? Así pensaba Tango, y planteó su criterio no sin vacilación. Dosan le replicó que no sería necesario.

—En ese caso, ¿qué os parece si voy yo solo?

—No, eso tampoco es necesario. Bastará con que Hotta Doku vaya a saludarle.

—Si mi señor lo cree así...

—Tú asistirás al encuentro. Encárgate de que los setecientos hombres en el corredor que conduce a la sala estén alineados y en actitud digna.

—Ya deben de estar ahí.

—Haz que los auténticos veteranos se oculten y diles que carraspeen cuando mi yerno pase por su lado. Que los arqueros y mosqueteros permanezcan en el jardín. En cuanto a los demás, diles que se muestren altivos.

—Así lo harán, por descontado. Jamás tendrán una oportunidad mejor de mostrar la fuerza de Mino y descorazonar a tu yerno y sus hombres. Todos estamos dispuestos.

Dosan volvió al problema de la entrada principal.

—Este yerno mío es más necio de lo que creía. Cualquier clase de comida y de etiqueta bastarán. Estaré esperando en la sala de recepción.

Dosan parecía deseoso de bostezar, y se estiró al tiempo que se levantaba para marcharse.

Tango pensó que quizá tendría que mejorar sus órdenes. Fue al corredor, inspeccionó a los guardianes y luego llamó a un subordinado y le susurró algo al oído.

Nobunaga estaba subiendo los escalones de la entrada principal. Había más de un centenar de servidores de Saito, desde ancianos del clan hasta samurais jóvenes todavía en periodo de prueba. Se arrodillaron, hombro contra hombro, y saludaron al recién llegado inclinándose hasta tocar el suelo.

De repente Nobunaga se detuvo en seco.

—¿Hay por aquí una habitación para descansar? —preguntó sin la menor reserva, y los sorprendidos interlocutores se quedaron en silencio.

—¡Sí, mi señor!

Todas las cabezas inclinadas se alzaron simultáneamente. Hotta Doku avanzó palmo a palmo y se postró a los pies del señor de Owari.

—Seguidme, por favor. Tened la bondad de descansar aquí un rato, mi señor.

Se inclinó y precedió al invitado a la derecha del gran portal y a lo largo de un pasillo elevado. Nobunaga miró primero a la derecha y luego a la izquierda.

—Vaya, qué bonito es este templo. Fijaos, las glicinas están en plena floración. ¡Qué aroma tan agradable!

Abanicándose, entró en la habitación con sus acompañantes. Tras descansar alrededor de una hora, Nobunaga salió de detrás de un biombo.

—¡Eh, los de ahí! —gritó—. Necesito que alguien me muestre el camino. Supongo que mi suegro quiere celebrar una entrevista, ¿no es cierto? ¿Dónde está el señor de Mino?

Habían vuelto a peinarle, estirándole el cabello hacia atrás y atándolo. En lugar de la prenda de pieles de leopardo y tigre con una sola manga, llevaba una falda con una abertura longitudinal y una blusa de seda blanca con el blasón de su familia bordado en hilo de oro, bajo una casaca formal sin mangas con un estampado de paulonias sobre un fondo violeta intenso. Sujetaba la espada corta bajo la faja y llevaba en la mano la espada larga. Se había transformado en la verdadera imagen de un elegante joven cortesano.

Los hombres de Mino abrieron mucho los ojos, e incluso los propios servidores de Nobunaga, que estaban acostumbrados a verle con atuendos extravagantes, se sorprendieron. Nobunaga avanzó sin la menor vacilación por el corredor. Miró en ambas direcciones y dijo en voz resonante:

—Me siento incómodo acompañado de esta manera. ¡Prefiero reunirme a solas con mi suegro!

Doku hizo un guiño a Kasuga Tango, el cual acababa de reunirse con ellos. Colocándose a cada lado de la sala principal, se presentaron solemnemente:

—Soy Hotta Doku, servidor superior del señor Dosan de Saito.

—También yo soy un servidor superior. Me llamo Kasuga Tango. Has hecho un largo viaje y me alegra ver que has llegado sin contratiempo. Es realmente oportuno que el día de esta reunión sea tan espléndido.

Mientras los dos hombres todavía estaban saludándole, Nobunaga avanzó a paso vivo por el suelo pulimentado del corredor, en cuyas paredes se alineaban los hombres.

—Ah, esto sí que está bien tallado —comentó, mirando el travesaño en el trecho. Hacía caso omiso de los guerreros, como si no fuesen más que hierba al lado del camino. Al llegar a la sala de recepción, preguntó a Doku y Tango—: ¿Es aquí?

—Sí, mi señor —respondió Doku, todavía sin aliento tras haber seguido rápidamente a Nobunaga.

Éste asintió con aire de indiferencia y pasó del corredor a la sala. Totalmente a sus anchas, se sentó y apoyó en la columna que se alzaba en el extremo de la habitación. Alzó la vista, como para admirar las pinturas en el techo calado. Su mirada era fría y sus facciones reflejaban sosiego. Probablemente ni siquiera los cortesanos tenían unos rasgos tan bien ordenados, pero quien sólo prestara atención a su aspecto, pasaría por alto la expresión desafiante de sus ojos. En un rincón de la estancia se oyeron unos ligeros crujidos mientras un hombre se incorporaba. Dosan salió de las sombras y tomó asiento con porte digno, en una posición superior a la de Nobunaga.

Nobunaga pretendió no reparar en él, o más bien fingió indiferencia mientras jugueteaba con su abanico. Dosan miró a un lado. No existía ninguna regla sobre la manera en que un suegro debería hablar a su yerno. Se mantuvo firme y en silencio. La atmósfera era tensa. Dosan tenía la sensación de que una



infinidad de agujas le punzaban la frente. A Doku la tensión le resultó insoportable, por lo que se acercó al lado de Nobunaga e inclinó la cabeza hasta tocar el tatami.

—El caballero ahí sentado es el señor Saito Dosan. ¿Os importaría saludarle, mi señor?

—¿Ah, sí? —replicó Nobunaga y, apartándose de la columna, se enderezó. Hizo una sola inclinación de cabeza y dijo—: Soy Oda Nobunaga. Es un placer conocerlos.

Con el cambio de postura y el saludo de Nobunaga, los modales de Dosan también se suavizaron.

—He esperado este encuentro durante largo tiempo, y me siento feliz porque hoy puedo por fin realizar este deseo tan acariciado.

—Mi corazón también se alegra. Mi suegro se está haciendo viejo, pero avanza por la vida con buena salud.

—¿Qué quieres decir con eso de que me estoy haciendo viejo? He cumplido los sesenta este año, pero no me siento viejo en absoluto. ¡Tú eres todavía un pollo que acaba de salir del huevo! ¡Ja, ja! El apogeo de la virilidad empieza a los sesenta.

—Me satisface tener un suegro en quien puedo confiar.

—En cualquier caso, éste es un día bendito. Confío en que la próxima vez que nos reunamos me muestres la cara de un nieto.

—Será un placer.

—¡Mi yerno es un hombre franco! ¡Tango!

—Sí, mi señor.

—Comamos.

Dosan dio una segunda orden con la mirada.

—Desde luego.

Tango no estaba seguro de haber entendido correctamente el significado de la mirada de su señor, pero la aspereza en el semblante de éste había desaparecido en el curso de la reunión, y el servidor llegó a la conclusión de que significaba un cambio de actitud: ahora el viejo trataría de complacer a su yerno. En vez de la sencilla comida que le había encargado inicialmente, habría que presentar unos platos más elaborados.

Dosan pareció satisfecho con las disposiciones tomadas por Tango y exhaló un suspiro de alivio. Suegro y yerno estaban intercambiando brindis. La conversación tomaba un giro amistoso.

—¡Ah, ahora recuerdo! —exclamó de repente Nobunaga, como si se le acabara de ocurrir algo—. Señor Dosan..., mi querido suegro..., hoy, cuando venía hacia aquí, me he topado con un individuo curioso de veras.

—¿Cómo es eso?

—Era un viejo raro que se parecía a vos y que miraba a hurtadillas mi comitiva desde la ventana rota de una choza. Aunque ésta es la primera entrevista con mi suegro, al veros..., bueno, ese hombre y vos os parecéis como dos gotas de agua. ¿Verdad que es curioso?

Nobunaga se echó a reír y ocultó la boca detrás del abanico semiabierto.

Dosan permaneció en silencio, como si hubiera tomado una sopa amarga. Tanto Hotta Doku como Kasuga Tango sudaban profusamente. Una vez terminada la comida, Nobunaga dijo:

—Bien, creo que me he quedado aquí más tiempo del conveniente. Quisiera cruzar el río Hida y llegar al alojamiento de esta noche antes de que se ponga el sol. Con vuestro permiso.

—¿Ya te marchas? —Dosan se levantó también—. Me resisto a verte marchar, pero te acompañaré hasta allí.

También él tenía que regresar a su castillo antes de que anocheciera.

El bosque de lanzas de dieciocho pies de altura dio la espalda al sol de la tarde y partió hacia el este. Comparados con ellos, los lanceros de Mino parecían bajos y faltos de espíritu.

Dosan subió a su palanquín y, mientras le transportaban con el inevitable zarandeo, comentó pesaroso a sus servidores:

—Ah, no quiero vivir mucho más. ¡Llegará el día en que mis hijos suplicarán a ese idiota que les perdone la vida! Sin embargo, es inevitable.

\* \* \*

El tambor de guerra resonaba y el sonido espectral de la caracola flotaba sobre los campos. Algunos de los hombres de Nobunaga nadaban en el río Shonai, otros cabalgaban por los campos o se adiestraban con lanzas de bambú. Al oír el sonido de la caracola, todos dejaron lo que estaban haciendo y se alinearon delante de la choza, esperando que Nobunaga montara en su caballo.

—Es hora de regresar al castillo.

Nobunaga había nadado durante más de una hora, había tomado el sol en la orilla y luego había vuelto a zambullirse, retozando como un trasgo del río. Finalmente ordenó el regreso y caminó a paso vivo hasta su choza improvisada. Se quitó la faja blanca que se ponía cuando nadaba, se secó y se vistió con prendas de caza y armadura ligera.

—Mi caballo —ordenó impaciente.

Sus órdenes siempre ponían nerviosos a sus servidores, los cuales trataban de ser comprensivos pero a menudo se sentían confusos, pues su joven señor era juguetón y proclive a actuar de maneras inesperadas. El contrapeso era Ichikawa Daisuke. Cuando el carácter impetuoso de Nobunaga confundía a sus subordinados, bastaba una palabra de Daisuke para que soldados y caballos no tardaran en estar alineados como hileras de plántulas de arroz.

Una expresión satisfecha apareció en el semblante de Nobunaga. Colocándose en el centro de la comitiva, ordenó el regreso al castillo de Nagoya y los hombres se alejaron del río. El ejercicio de la jornada había durado unas cuatro horas. El ardiente sol de mediados del verano caía a plomo sobre sus cabezas. Caballos y hombres empapados de sudor proseguían su avance. Vapores fétidos se alzaban de la marisma. Los verdes saltamontes se apartaban del camino saltando y emitiendo agudos zumbidos. El sudor se deslizaba por los pálidos rostros de los hombres. Nobunaga usaba el codo para enjugarse el sudor de la cara. Gradualmente recuperó su color, junto con su naturaleza desmandada y caprichosa.

—¿Quién es esa criatura de extraño aspecto que corre por allí?

Los ojos de Nobunaga parecían estar en todas partes. Media docena de soldados, que habían visto al hombre ante Nobunaga, corrieron a través de la hierba que les llegaba a los hombros hasta el lugar donde se escondía Hiyoshi. Éste había esperado desde la mañana una oportunidad para acercarse a Nobunaga, a quien había observado secretamente en el río. Con anterioridad los guardianes le habían obligado a salir corriendo, por lo que había decidido encontrar la ruta que seguiría Nobunaga para regresar al castillo y se había escondido entre las altas hierbas al lado del camino.

«¡Ahora o nunca!», se dijo. Su cuerpo y su alma eran uno solo, y lo único que podía ver era al señor de Owari a caballo. Hiyoshi gritó a voz en cuello, sin saber lo que estaba diciendo. No se le ocultaba que su vida corría peligro. Antes de que pudiera acercarse a su ídolo y hacerse oír, existía la clara posibilidad de que acabaran con él las largas lanzas de los guardianes. Pero no tenía miedo. O bien avanzaría sobre la ola de su ambición o bien le arrastraría la resaca.

Se puso en pie de un salto, vio a Nobunaga y echó a correr hacia él.

—¡He de pedirlos algo! ¡Por favor, tomadme a vuestro servicio! ¡Quiero servirlos y sacrificar mi vida por vos!

Por lo menos esto era lo que había pretendido decir, pero estaba demasiado excitado y, cuando los guardianes le cerraron el paso con sus lanzas, la voz se le quebró y lo que salió de su garganta no fue más que una cháchara ininteligible.

Parecía más pobre que el más indigente de los plebeyos. Tenía el cabello sucio, cubierto de polvo y fragmentos de cascara de castaña. El sudor y la mugre le tiznaban el rostro de negro y rojo y parecía como si sólo sus ojos estuvieran vivos, aunque no veían las lanzas que le impedían el paso. Los guardianes intentaron hacerle la zancadilla con las astas de sus lanzas, pero Hiyoshi dio una voltereta, aterrizó a diez pasos del caballo de Nobunaga y se puso en pie.

—¡He de pedirlos algo, mi señor! —gritó, abalanzándose hacia los estribos del caballo.

—¡Puerco asqueroso! —le gritó Nobunaga.

Un soldado que estaba detrás de Hiyoshi le agarró por el cuello y le arrojó al suelo. Las espadas le habrían traspasado, pero Nobunaga gritó:

—¡No!

Le intrigaba que aquel sucio desconocido se le hubiera acercado, tal vez porque percibía la ferviente esperanza que ardía en el cuerpo de Hiyoshi.

—¡Habla!

Al oír aquella voz Hiyoshi casi se olvidó de su dolor y de los guardias.

—Mi padre sirvió al vuestro como soldado de infantería. Se llamaba Kinoshita Yaemon y yo soy su hijo, Hiyoshi. Tras la muerte de mi padre, viví con mi madre en Nakamura. Confiaba en encontrar una oportunidad de servirlos y busqué un intermediario, pero al final no hubo ninguna manera excepto una apelación directa. Arriesgo mi vida en esto. Estoy resignado a ser abatido y muerto aquí mismo. Si me tomáis a vuestro servicio, no vacilaré en sacrificar mi vida por vos. Si queréis, os ruego que aceptéis la única vida que tengo. Así, tanto mi padre, que está bajo las hojas y la hierba, y yo, nacido en esta provincia, habremos satisfecho nuestros verdaderos deseos.

Había hablado rápidamente, casi como si estuviera en trance, pero la firmeza de su pasión llegó al corazón de Nobunaga, a quien persuadió, más que las palabras, la sinceridad de Hiyoshi.

Nobunaga soltó una risa tensa.

—Qué tipo tan extraño —dijo a uno de sus acompañantes. Entonces se volvió a Hiyoshi—: ¿Así pues te gustaría servirme?

—Sí, mi señor.

—¿Qué habilidades posees?

—Ninguna, mi señor.

—¿No tienes ninguna habilidad y, no obstante, quieres entrar a mi servicio?

—Aparte de mi determinación a morir por vos, no tengo ningún talento especial.

El interés de Nobunaga se había despertado y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Te has dirigido a mí varias veces como «mi señor» aunque no se te ha concedido permiso alguno para ser mi servidor. ¿Por qué motivo me llamas así cuando no estás a mi servicio?

—Como soy natural de Owari, siempre he pensado que, si pudiera servir a alguien, tendría que ser a vos. Supongo que se me ha escapado sin querer.

Nobunaga asintió con una expresión aprobadora y se volvió a Daisuke.

—Este hombre me interesa —le dijo.

—¿De veras? —replicó el hombre, con una sonrisa forzada.

—Se te concede tu deseo. Te acepto. A partir de hoy estás a mi servicio.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Hiyoshi y no pudo expresar su felicidad. Muchos servidores estaban sorprendidos, pero también pensaban que su señor respondía a su naturaleza, actuando tan caprichosamente como siempre. Cuando Hiyoshi se les unió con la mayor naturalidad, los servidores frunció el ceño.

—Eh, tú, al final de la línea. Puedes sujetar la cola de un caballo de carga.

—Sí, sí.

Hiyoshi ocupó de buena gana su lugar al final de la comitiva, tan feliz como si se hallara en la tierra de los sueños.

Cuando la comitiva prosiguió su avance hacia Nagoya, los caminos se despejaron como si los barrieran con una escoba. Hombres y mujeres se postraban hasta tocar el suelo con la cabeza, ante sus casas y al lado del camino.

Nobunaga no practicaba el dominio de sí mismo ni siquiera en público. Se aclaraba la garganta mientras hablaba a sus servidores y se reía al mismo tiempo. Aduciendo que tenía sed, comía sandía en la silla de montar y escupía las semillas.

Era la primera vez que Hiyoshi recorría aquellos caminos. No apartaba la vista de la espalda de su patrono, diciéndose que por fin iba bien encaminado.

El castillo de Nagoya apareció ante ellos. El agua del foso se estaba volviendo verde. La comitiva cruzó el puente de Karabashi, serpenteó por los campos que se extendían delante del castillo y desapareció a través del portal. Era la primera de las muchas veces que Hiyoshi cruzaría aquel puente y entraría en aquel portal.

\*

\*

\*

Corría el otoño. Un joven samurai de corta estatura avanzaba a pie hacia Nakamura, mirando al pasar por su lado a los segadores que trabajaban en los arrozales. Cuando llegó a la casa de Chikuami, llamó con una voz recia hasta entonces desconocida en él.

—¡Madre!

—¡Válgame! ¡Mi Hiyoshi!

Su madre había dado a luz una vez más. Sentada entre las judías rojas extendidas para que se secaran, mecía al niño en sus brazos, exponiendo su pálida piel a los rayos del sol. Al volverse y ver la transformación de su hijo, el rostro de la mujer reflejó la intensa emoción que sentía. ¿Era feliz o se

apenaba? Sus ojos se llenaron de lágrimas y el labio inferior le temblaba.

—Soy yo, madre. ¿Estáis todos bien?

Dando un saltito, Hiyoshi se sentó en una estera de paja, a su lado. Los senos de su madre despedían un efluvio de leche. La mujer le abrazó de la misma manera que al niño que amamantaba.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Hoy es mi día libre. Es la primera vez que salgo del castillo desde mi ingreso.

—No sabes cuánto me alegro. Al verte tan de repente, por un momento he pensado que las cosas iban mal de nuevo.

Exhaló un suspiro de alivio y, por primera vez desde su llegada, sonrió a Hiyoshi. La mujer miró de pies a cabeza a su hijo ya adulto y reparó en sus limpias ropas de seda, la pulcritud con que llevaba el cabello recogido y atado, sus espadas larga y corta. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y se deslizaron por sus mejillas.

—Deberías sentirte feliz, madre. Por fin soy uno de los servidores del señor Nobunaga. Bueno, sólo estoy en el grupo de los criados, pero soy realmente un samurai en servicio.

—Estoy muy contenta de lo que has conseguido.

La mujer se llevó las raídas mangas de su kimono al rostro, incapaz de alzar la vista. Hiyoshi la rodeó con sus brazos.

—Tan sólo por complacerte esta mañana me he atado el cabello y me he puesto ropa limpia. Pero todavía han de llegar cosas mejores. Voy a demostrarte lo que puedo conseguir, te haré feliz de veras. ¡Espero que tengas una vida larga, madre!

—Cuando me enteré de lo que había sucedido este verano... Nunca imaginé que te vería así.

—Supongo que te lo dijo Otowaka.

—Sí, me dijo que su señoría se había fijado en ti y te había tomado como criado en el castillo. Me sentí tan feliz que podría haberme muerto.

—Si te sientes feliz por tan poca cosa, ¿qué será en el futuro? Lo primero que has de saber es que me han permitido tener apellido.

—¿Y cuál es?

—Kinoshita, como mi padre, pero me han cambiado el nombre y ahora me llamo Tokichiro.

—Kinoshita Tokichiro.

—Eso es. Un buen nombre, ¿no te parece? Aún habrás de seguir durante algún tiempo en esta casa destartalada y vistiendo estos harapos, pero alégrate. ¡Eres la madre de Kinoshita Tokichiro!

—Nunca he sido tan feliz.

Repitió el nombre varias veces, y sus lágrimas se renovaban a cada palabra que decía Tokichiro. Éste se sentía muy satisfecho al ver la felicidad de su madre. ¿Quién más en el mundo se alegraría tanto porque él había logrado algo tan trivial? Incluso imaginó que sus años de errabundeo, hambre y penalidades contribuían a la felicidad de aquel momento.

—Por cierto, ¿cómo está Otsumi?

—Está ayudando en la siega.

—¿Se encuentra bien? No estará enferma, ¿verdad?

—Es la misma de siempre —dijo Onaka, recordando la desdichada adolescencia de Otsumi.

—Cuando regrese, dile por favor que no tendrá que sufrir eternamente. Dentro de poco, cuando llegue

a ser alguien, tendrá una faja de satén estampado, una cómoda con un blasón dorado y todo lo que necesite para su boda. ¡Ja, ja! Crees que divago como de costumbre, ¿no es cierto?

—¿Ya te marchas?

—El servicio en el castillo es estricto. Verás, madre —añadió bajando la voz—, es una falta de respeto repetir eso que dice la gente sobre su señoría, que es incapaz de gobernar la provincia, pero lo cierto es que el señor Nobunaga que ve el público y el señor Nobunaga que vive en el castillo de Nagoya son muy diferentes.

—Eso es probablemente cierto.

—Es una situación lamentable. Tiene muy pocos aliados verdaderos. Tanto sus servidores como sus propios familiares están en su mayor parte contra él. A los diecinueve años está completamente solo. Si crees que el sufrimiento de los campesinos hambrientos es lo más penoso que existe, estás lejos de la verdad. Si comprendes lo que quiero decir, podrás ser más paciente. No debemos ceder sólo porque somos humanos. Estamos en el camino de la dicha, mi señor y yo.

—Eso me hace feliz, pero no te apresures. Por mucho que avances en el mundo, mi felicidad no puede ser mayor de lo que es ahora.

—Bien, entonces cuídate.

—¿No te quedarás un poco más?

—Tengo que regresar a mis obligaciones.

El joven se levantó en silencio y dejó algún dinero sobre la estera de paja de su madre. Entonces recorrió su entorno con una mirada cariñosa, abarcando el caqui y los crisantemos junto a la verja y el cobertizo de almacenamiento al fondo.

Aquel año no volvió a la casa de su madre, pero cuando el año terminaba Otowaka la visitó y le entregó un poco de dinero, medicinas y paño para hacerse un kimono.

—Todavía es un criado doméstico —le informó—. Cuando cumpla los dieciocho y su estipendio aumente un poco, dice que si puede conseguir una casa en la ciudad traerá a su madre para que viva con él. Es un poco alocado, pero también muy sociable, y gusta mucho. El temerario incidente en el río Shonai fue como librarse de la muerte. Debe de tener la misma suerte que el diablo.

Aquel Año Nueve Otsumi vistió prendas nuevas por primera vez.

—Mi hermano menor me las ha enviado. ¡Tokichiro, del castillo! —decía a todo el mundo.

Y adondequiera que fuese, la muchacha no podía abstenerse de repetir: «mi hermano menor ha hecho esto» y «mi hermano menor ha hecho aquello».

\*

\*

\*

El estado de ánimo de Nobunaga cambiaba en ocasiones. Guardaba silencio y se pasaba el día entero abatido. Ese silencio y esa melancolía extraordinarios parecían ser intentos naturales de controlar su temperamento extremadamente vivo.

—¡Traedme a Uzuki! —gritó un día de súbito, y echó a correr hacia los terrenos de equitación.

Su padre, Nobuhide, se había pasado la vida entera guerreando, prácticamente sin tiempo para relajarse en el castillo. Durante más de la mitad de cada año había llevado a cabo su campaña en el este y el oeste. En general, por la mañana celebraba una ceremonia en memoria de sus antepasados, luego

recibía los saludos de sus servidores, escuchaba lecturas de textos antiguos, practicaba las artes marciales y se ocupaba del gobierno de su provincia hasta el atardecer. Una vez finalizada la jornada, estudiaba tratados sobre estrategia militar, celebraba reuniones del consejo o intentaba ser un buen padre. Cuando Nobunaga le sucedió, este orden llegó a su final, pues no era propio de su carácter seguir una rutina diaria estricta. Era impulsivo en extremo, su mente era como las nubes de un chubasco nocturno, las ideas surgían de repente y con la misma celeridad las descartaba. Parecía como si su cuerpo y su espíritu estuvieran más allá de toda posible regulación.

Ni que decir tiene, eso obligaba a sus sirvientes a mantenerse en constante estado de vigilancia. Aquel día se había sentado a leer un libro, y más tarde había ido dócilmente a la capilla budista para ofrecer una plegaria a sus antepasados. En el silencio de la capilla, la petición de su caballo sobresaltó tanto a sus asistentes como si hubiera caído un rayo. No pudieron encontrarle en el lugar donde habían oído su voz. Corrieron a los establos y le siguieron a los terrenos de equitación. Aunque el señor no dijo nada, la expresión de su semblante les reprochaba claramente su lentitud.

Uzuki, su caballo favorito, era blanco. Cuando Nobunaga estaba insatisfecho y manejaba la fusta, el viejo caballo reaccionaba lánguidamente. Nobunaga tenía la costumbre de llevar a Uzuki de un lado a otro cogiéndole del hocico, quejándose de su lentitud. Entonces pedía que le dieran agua. Un caballero cogía un cucharón, abría la boca del caballo y vertía el agua. Nobunaga metía la mano en la boca del animal y le cogía la lengua. Aquel día le dijo:

—¡Uzuki! Hoy tienes mal la lengua, ¿eh? Por eso te pesan las patas.

—Parece estar un poco resfriado.

—¿También la vejez ha alcanzado a Uzuki?

—Estaba aquí en la época del señor anterior, por lo que debe de ser muy viejo.

—Supongo que Uzuki no es el único entre los muchos habitantes del castillo de Nagoya que se vuelve viejo y débil. Han pasado diez generaciones desde los días del primer shogun, y el mundo se entrega al ritual y el engaño. ¡Todo es viejo y decrepito!

Hablaba a medias consigo mismo, y tal vez estaba encolerizado con el cielo. Subió de un salto a la silla de montar y dio una vuelta por la explanada. Era un jinete innato. Tenía por maestro de equitación a Ichikawa Daisuke, pero recientemente había empezado a cabalgar a solas.

De repente, caballo y jinete fueron adelantados por un bayo oscuro que galopaba a toda velocidad. Al quedarse atrás, Nobunaga montó en cólera y emprendió el galope en pos del otro caballo.

—¡Goroza! —gritó.

Goroza, un brioso joven de unos veinticuatro años e hijo mayor de Hirate Nakatsukasa, era el artillero jefe del castillo. Su nombre completo era Gorozaemon, y tenía dos hermanos, Kemmotsu y Jinzaemon.

La irritación de Nobunaga fue en aumento. ¡Había sido superado! ¡Estaba tragando el polvo que levantaba otro! Fustigó con violencia a su caballo. Los cascos resonaron contra la tierra. Uzuki corrió a tal velocidad que un espectador apenas podría ver los cascos al golpear el suelo, y la cola plateada se extendía detrás en línea recta. Llegó a la altura del otro caballo.

—¡Tened cuidado, mi señor! —le gritó Goroza—. ¡Se le van a partir los cascos!

—¿Qué pasa? —replicó Nobunaga—. ¿Es que no puedes seguir corriendo?

Humillado, Goroza hincó los ángulos de los estribos en los flancos del bayo y corrió tras él. El

caballo de Nobunaga era conocido en muchas leguas a la redonda como «Uzuki de los Oda», incluso entre los enemigos del clan. El bayo no podía compararse con él ni en valor ni en carácter, pero era un animal joven y Goroza mejor jinete que Nobunaga. Desde una ventaja de unos veinte cuerpos, la distancia se redujo a diez, a cinco, a uno, hasta que sólo hubo una cabeza de distancia entre ellos. Nobunaga ponía todo su empeño en no ser adelantado, pero él mismo empezó a quedarse sin aliento. Goroza pasó por su lado, dejando a su señor envuelto en una nube de polvo. Nobunaga saltó al suelo, molesto y, al parecer, humillado.

—Ese bayo tiene buenas patas —gruñó.

Era incapaz de admitir defecto alguno por su parte. Sus ayudantes tuvieron la impresión de que su señor había desmontado en vez de recorrer la distancia.

—Ser derrotado por Goroza no va a mejorar su estado de ánimo —observó uno de ellos.

Temiendo su inevitable malhumor, corrieron confusos hacia él. Uno de los hombres llegó antes que los demás al lado del aturdido Nobunaga y, arrodillándose ante él, le ofreció un cucharón laqueado.

—¿Un poco de agua, señor?

Era Tokichiro, recientemente ascendido a la categoría de porteador de sandalias. Aunque la función de «porteador de sandalias» no parecía gran cosa, que a uno le eligieran entre las filas del servicio para ser asistente personal era una señal de favor excepcional. Tokichiro había recorrido un largo camino en poco tiempo, al trabajar con ahínco y entregarse a sus deberes.

Sin embargo, su patrono no le veía. Ni le miraba ni se dignaba gruñirle una sola sílaba. Tomó el cucharón sin decir palabra, apuró su contenido de un trago y lo devolvió.

—Llama a Goroza —le ordenó.

Goroza estaba atando su caballo a un sauce en el extremo de la explanada de equitación, y respondió de inmediato a la llamada, diciendo:

—Ahora mismo pensaba en ir a verle.

Se enjugó calmosamente el sudor de la cara, se arregló el cuello de la blusa y se alisó el cabello desordenado. Había resuelto lo que iba a hacer.

—Señor mío —dijo a Nobunaga—, me temo que acabo de mostrarme demasiado rudo.

Se había arrodillado y pronunció estas palabras con evidente calma.

Las facciones de Nobunaga se suavizaron.

—Me has perseguido la mar de bien. ¿De dónde has sacado un caballo tan espléndido? ¿Cómo le llamas?

Los asistentes se tranquilizaron. Goroza alzó el rostro y sonrió levemente.

—¿Os habéis fijado? Es mi orgullo y mi alegría. Un tratante de caballos norteño se dirigía a la capital para vendérselo a un noble. El precio era alto y yo no tenía el dinero que me pedía por él, por lo que tuve que vender una reliquia de familia, un cuenco de té antiguo que me dio mi padre. El cuenco se llamaba Nowake, y ése es el nombre que le he puesto al caballo.

—Bien, bien, entonces no es de extrañar que hoy haya visto un caballo excelente. Me gustaría poseerlo.

—¿Mi señor?

—Aceptaré cualquier precio que me pidas, pero véndemelo.

—Me temo que no puedo hacer tal cosa.



—¿Te he oído bien?

—Debo negarme.

—¿Por qué? Podrías conseguir otro buen caballo.

—Un buen caballo es tan difícil de encontrar como un buen amigo.

—Precisamente por eso deberías entregármelo. Es el caso que deseo un caballo rápido que no haya sido cabalgado hasta deslamarlo.

—Debo negarme muy a mi pesar. Quiero a ese caballo, y no sólo por mi orgullo y para mi diversión, sino porque en el campo de batalla me permite el máximo rendimiento al servicio de mi señor, lo cual debe ser la principal preocupación de un samurai. Mi señor desea expresamente este caballo, pero no existe en absoluto ninguna razón para que un samurai prescindiera de algo tan importante para él.

Al recordarle el deber que tenía un samurai de servir a su señor, ni siquiera Nobunaga podía exigir rotundamente el caballo, pero tampoco era capaz de superar su egoísmo.

—Goroza, ¿rechazas en serio mi petición?

—En este caso, sí, señor.

—Sospecho que el bayo está por encima de tu posición social. Si llegaras a ser un hombre como tu padre, podrías cabalgar un caballo como Nowake, pero todavía eres joven y ese animal no es adecuado para alguien de tu categoría.

—Con todo mi respeto, señor, debo decirte esto. ¿No es acaso un despilfarro tener un caballo tan bueno e ir montado en él por la ciudad comiendo sandía y caquis? ¿No sería mejor que montara a Nowake un guerrero como yo?

Por fin lo había dicho. Las palabras que acababa de pronunciar no se debían tanto a su preocupación por el caballo como a la cólera que experimentaba cada día.

\*

\*

\*

Hirate Nakatsukasa cerró la puerta y se quedó a solas en su mansión durante más de veinte días. Había servido al clan Oda sin descansar a lo largo de más de cuarenta años, y a Nobunaga desde el día en que Nobuhide, en su lecho de muerte, le confió la custodia del muchacho, nombrándole su tutor y el servidor principal de la provincia.

Un día, hacia el atardecer, se miró en el espejo y le sorprendió ver lo blanco que se había vuelto su cabello. Sus canas tenían un motivo, pues ya era sexagenario, pero no había tenido tiempo de pensar en su edad. Cerró la tapa del espejo y llamó a su mayordomo, Amemiya Kageyu.

—¿Se ha marchado el mensajero, Kageyu?

—Sí, le he despedido hace un rato.

—Es probable que vengan, ¿no te parece?

—Creo que vendrán juntos.

—¿Está preparado el sake?

—Sí, señor. También ordenaré que preparen la cena.

Era a finales del invierno, pero las flores de los ciruelos todavía estaban cerradas. Aquel año había hecho un frío terrible, y la gruesa capa de hielo en el estanque no se había fundido ni siquiera durante un día. Los hombres a los que había convocado eran sus tres hijos, cada uno de los cuales tenía su propia

residencia. Era costumbre que el primogénito y sus hermanos menores vivieran con su padre como una gran familia, pero Nakatsukasa los había mantenido en residencias independientes. Aduciendo que si tenía que ocuparse de sus hijos y nietos podría descuidar sus deberes, vivía solo. Había criado a Nobunaga como si fuese su propio hijo, pero últimamente su pupilo le trataba con frialdad y parecía estar resentido con él. Nakatsukasa había interrogado a algunos asistentes de Nobunaga acerca del incidente en los terrenos de equitación. Desde entonces Nakatsukasa parecía desazonado.

Habiendo ofendido a Nobunaga, Goroza dejó de acudir al castillo y evitó los contactos con él. Shibata Katsuie y Hiyashi Mimasaka, servidores que siempre habían sido contrarios a Nakatsukasa, vieron su oportunidad y, halagando a Nobunaga, pudieron ahondar la brecha entre ellos. Su fuerza residía en el hecho de que eran más jóvenes y su poder e influencia estaban claramente en ascenso.

Veinte días de retiro habían despertado en Nakatsukasa la conciencia de su edad. Ahora estaba cansado y carecía del espíritu necesario para luchar con aquellos hombres. También era consciente del aislamiento de su señor y le preocupaba el futuro del clan. Estaba pasando a limpio un largo documento que había compuesto el día anterior.

El frío era tan intenso que casi congelaba el agua en la piedra de tinta.

Kageyu entró en la sala y anunció:

—Gorozaemon y Kemmotsu están aquí.

Todavía desconocían el objeto de la convocatoria y estaban sentados al lado de un brasero, esperando.

—Esta llamada tan inesperada me ha sobresaltado —dijo Kemmotsu—. Temía que hubiera caído enfermo.

—Sí, bueno, supongo que se ha enterado de lo ocurrido y creo que va a darme un buen rapapolvo.

—De ser así, habría actuado antes. Creo que se propone otra cosa.

Ya eran adultos, pero su padre todavía les asustaba un poco. Aguardaban inquietos. El tercero de los hijos, Jinzaemon, había viajado a otra provincia.

—Hace frío, ¿verdad? —observó su padre al abrir la puerta corredera.

Los dos hermanos repararon en lo blanco que se le había vuelto el cabello y en su delgadez.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Sólo quería veros. Supongo que se debe a la edad, pero hay ocasiones en las que me siento muy solo.

—¿No tienes que hablarnos de nada especial, ningún asunto urgente?

—No, no. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que cenamos juntos y nos pasamos la noche hablando... ¡Ja, ja! Poneos cómodos.

Era el mismo de siempre. Les llegaba un estrépito desde el exterior, un ruido intenso en los aleros, tal vez de granizo, y el frío parecía ir en aumento. Hallarse en presencia de su padre hacía que los jóvenes se olvidaran del frío. Nakatsukasa estaba de tan buen humor que Gorozaemon no pudo encontrar una oportunidad para disculparse por su conducta. Una vez retirados los platos, Nakatsukasa pidió un cuenco del té verde en polvo que tanto le gustaba.

De improviso, como si el cuenco de té que tenía en la mano le hubiera recordado algo, dijo:

—Goroza, tengo entendido que has permitido que el cuenco de té, Nowake, que te confié, cayera en las manos de otro hombre. ¿Es eso cierto?

Goroza le respondió francamente.

—Sí. Sé que era una reliquia familiar, pero había un caballo que me gustaba mucho y la vendí para conseguirlo.

—¿Ah, sí? Eso está bien. Si adoptas esa actitud, no tendrás dificultades en tu servicio a Su Señoría incluso cuando yo no esté aquí. —Su tono cambió con brusquedad—. Al vender el cuenco de té y comprar el caballo, tu actitud ha sido admirable. Pero si he oído correctamente, venciste a Uzuki en una carrera, y cuando su señoría te pidió tu bayo, se lo negaste. ¿Es eso cierto?

—Por eso está ofendido conmigo. Me temo que lo ocurrido te ha incomodado mucho.

—Espera un momento.

—¿Señor?

—No pienses en mí. ¿Por qué se lo negaste? Ha sido un gesto mezquino por tu parte. —Gorozaemon no encontraba palabras con que expresarse—. ¡Ignoble!

—¿De veras lo consideras así? Haces que me sienta terriblemente mal.

—¿Por qué entonces no le diste al señor Nobunaga lo que te pidió?

—Soy un samurai resuelto a entregar mi vida si mi señor así lo desea. ¿Por qué, pues, habría de ser tacaño con respecto a cualquier otra cosa? Pero no compré ese bayo para mi diversión, sino para poder servir a mi señor en el campo de batalla.

—Lo comprendo.

—Si le hubiera dado el caballo, mi señor probablemente habría estado satisfecho. Pero no puedo pasar por alto su egoísmo. Ve un caballo que es más rápido que Uzuki y hace caso omiso de los sentimientos de sus servidores. ¿No es así? No soy el único en decir que el clan Oda se encuentra en un momento peligroso. Imagino que vos, mi padre, comprendéis eso mejor que yo. Es cierto que en ocasiones puede ser un genio, pero su naturaleza egoísta y caprichosa, que no cambia aunque vaya haciéndose mayor, es lamentable, aunque sólo sea su naturaleza. Su carácter nos pone demasiado nerviosos a sus servidores. Dejar que se salga con la suya podría parecer lealtad, pero en realidad no es nada bueno. Por esa razón me he obstinado a propósito.

—En eso te has equivocado.

—¿Lo creéis así?

—Puede que te parezca lealtad, pero lo cierto es que empeora su mal carácter. Cuando era niño le tuve en brazos mucho más a menudo que a mis propios hijos, y conozco su temperamento. Puede que sea un genio, pero también tiene muchos defectos. Tu ofensa no equivale siquiera a un poco de polvo.

—Puede que sea así. Es una falta de respeto decirlo, pero Kemmotsu, yo y la mayoría de los servidores lamentamos servir a ese idiota. Sólo la gente como Shibata Katsui y Hayashi Mimasaka se regocijan sirviendo a semejante señor.

—Eso no es cierto. Al margen de lo que diga la gente, no puedo creer tal cosa. Todos vosotros debéis seguir a Su Señoría hasta el final, cueste lo que cueste, aceptándole tal como es, tanto si yo vivo como si no.

—No os preocupéis por eso. No tengo intención de abandonar mis principios aunque haya perdido el favor de mi patrono.

—Entonces puedo estar en paz, pero me he convertido rápidamente en un árbol viejo. Vosotros, como ramas injertadas, tendréis que servir en mi lugar.

Más adelante, cuando pensaron en ello, Gorozaemon y Kemmotsu se dieron cuenta de que aquella noche hubo una serie de pistas en la conversación de Nakatsukasa, pero regresaron a sus hogares sin comprender que su padre estaba decidido a morir.

\* \* \*

El suicidio de Hirate Nakatsukasa se descubrió a la mañana siguiente. Se había abierto el vientre de una manera espléndida. Los hermanos no distinguieron el menor rastro de pesar o de amargura en su rostro muerto. No dejó última voluntad ni testamento a su familia, sino tan sólo una carta dirigida a Nobunaga. Cada una de sus palabras estaba cargada con la profunda y perdurable lealtad de Nakatsukasa a su señor.

Cuando se enteró de la muerte de su servidor principal, una expresión de enorme asombro apareció en el semblante de Nobunaga. Con su muerte, Nakatsukasa amonestaba a su señor. Había conocido el genio natural y los defectos de Nobunaga, y mientras éste leía el documento, incluso antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas, atravesó su pecho un dolor tan agudo como el de un latigazo.

—¡Perdóname, anciano! —sollozó.

Había afligido a Nakatsukasa, que era su servidor, pero que también estaba más cerca de él que su propio padre. Y con el incidente por el caballo había impuesto su voluntad a Nakatsukasa, como de costumbre.

—Llamad a Goroza.

Cuando el artillero jefe se postró ante él, Nobunaga se sentó en el suelo, mirándole.

—El mensaje dejado por tu padre me ha traspasado el corazón. Jamás lo olvidaré, no tengo más excusa que ésa.

Estaba a punto de postrarse a su vez ante Goroza, pero el joven le tomó confusamente las manos en un gesto de veneración. Señor y servidor se abrazaron llorosos.

Aquel año el señor de los Oda ordenó levantar un templo en la ciudad fortificada, dedicado a la salvación de su antiguo tutor. El magistrado le preguntó:

—¿Qué nombre pondremos al templo? Como fundador, tendréis que orientar al prior para seleccionar un nombre.

—El anciano sería más feliz con un hombre elegido por mí.

Nobunaga cogió un pincel y escribió «Templo Seishu». A partir de entonces, con frecuencia partía de improviso hacia el templo, aunque casi nunca celebraba servicios fúnebres ni se sentaba con los sacerdotes a leer los sutras.

—¡Anciano! ¡Anciano! —murmuraba para sí mientras paseaba alrededor del templo.

Entonces regresaba al castillo con la misma brusquedad. Esas excursiones parecían ser el capricho de un loco. Cierta vez, cuando estaba cazando con halcón, arrancó un trozo de carne de una pequeña ave y la arrojó hacia el cielo, diciendo:

—¡Anciano! ¡Toma lo que he capturado!

En otra ocasión, cuando pescaba, chapoteó en el agua y dijo:

—¡Anciano! ¡Transfórmate en un Buda!

La violencia en su voz y sus ojos alarmó a sus ayudantes.

Nobunaga cumplió veintiún años el primer año de Koji. En mayo encontró un pretexto para declarar la guerra a Oda Hikogoro, el jefe nominal del clan Oda. Atacó su castillo en Kiyosu y, tras apoderarse de él, se trasladó allí desde Nagoya.

Tokichiro observaba con satisfacción el progreso de su señor. Nobunaga estaba aislado y rodeado de parientes hostiles, entre ellos tíos y hermanos, y la tarea de apartarlos de su camino era más apremiante que ocuparse de otros enemigos.

Hikogoro había advertido que debían vigilarle, y presionándole siempre que podía, planeaba la destrucción de Nobunaga. El gobernador del castillo de Kiyosu, Shiba Yoshimune, y su hijo, Yoshikane, eran partidarios de Nobunaga. Cuando Hikogoro lo descubrió, exclamó airado: «¡Qué lección de ingratitud!», y ordenó la ejecución del gobernador. Yoshikane huyó al territorio de Nobunaga, el cual le ocultó en el castillo de Nagoya. Aquel mismo día Nobunaga se puso al frente de sus tropas y atacó el castillo de Kiyosu, animando a sus hombres con el grito de combate: «¡Vengamos al gobernador provincial!».

Para atacar al jefe del clan, Nobunaga debía tener la razón de su parte, pero también era una oportunidad para eliminar algunos de los obstáculos en su camino. Puso a su tío, Nobumitsu, al frente del castillo de Nagoya, pero el hombre pronto cayó víctima de un asesino.

—Ve tú, Sado. Eres el único que puede gobernar el castillo de Nagoya en mi lugar.

Cuando Hayashi Sado tomó posesión de su cargo, algunos de los servidores de Nobunaga suspiraron:

—Al fin y al cabo, es un necio. ¡Precisamente cuando crees que ha mostrado una chispa de talento, va y comete una estupidez, como confiar en Hayashi!

Había buenos motivos para desconfiar de Hayashi Sado. Cuando vivía el padre de Nobunaga, no hubo servidor más leal que él, y por esa razón Nobuhide le nombró, junto con Hirate Nakatsukasa, como tutor de su hijo cuando muriese. Pero debido al carácter caprichoso e ingobernable del muchacho, Hayashi le dio por perdido. Así conspiró con el hermano menor de Nobunaga, Nobuyuki, y su madre, en el castillo de Suemori, para derribar a Nobunaga.

En más de una ocasión, Tokichiro había oído susurrar a los preocupados servidores: «El señor Nobunaga no debe haberse enterado de la traición de Hayashi. De lo contrario, no le habría nombrado gobernador de Nagoya». Pero el mismo Tokichiro no estaba inquieto por su señor y se preguntaba de qué manera éste solucionaría el problema. Parecía que los únicos con semblante alegre en Kiyosu eran Nobunaga y uno de sus jóvenes porteadores de sandalias.

Entre los servidores de alto rango de Nobunaga había un grupo, en el que figuraban Hiyashi Sado, su hermano menor Mimasaka y Shibata Katsuie, que seguían considerando a su señor como un idiota sin remedio.

—Admito que la manera en que el señor Nobunaga condujo su primera reunión con su suegro fue diferente de su habitual conducta boba, pero eso es lo que yo llamo la suerte del necio. Y durante la entrevista formal, se comportó de una manera tan escandalosa y desvergonzada que incluso su suegro se quedó consternado. Como dice el proverbio: «No hay remedio alguno para curar a los idiotas». Y su conducta posterior no tiene excusa, la mires como la mires.

Shibata Katsuie y los demás se habían convencido de que no había ninguna esperanza para el futuro, y

gradualmente sus opiniones fueron de conocimiento público. Cuando Hayashi Sado se convirtió en gobernador de Nagoya, recibía a menudo la visita de Shibata Katsuie, y el castillo pronto se convirtió en el semillero de una conspiración traidora.

\*

\*

\*

—La lluvia es agradable, ¿verdad?

—Sí, a mi modo de ver aumenta el encanto del té.

Sado y Katsuie estaban sentados frente a frente en una pequeña casa de té, resguardada por una arboleda, en los terrenos del castillo. La estación de las lluvias había pasado, pero el cielo estaba nublado, seguía lloviendo y caían al suelo las ciruelas verdes arrancadas de las ramas.

El hermano de Sado, Mimasaka, que se había refugiado bajo las ramas de los ciruelos, se dijo que probablemente aclararía al día siguiente. Había salido para encender el farol del jardín. Una vez lo hubo encendido, se quedó allí un rato y miró a su alrededor. Cuando por fin regresó a la casa de té, dijo en voz baja:

—No hay ninguna novedad. Estamos completamente solos, así que podemos hablar libremente.

Katsuie hizo un gesto de asentimiento.

—Bueno, vayamos al grano. Ayer fui secretamente al castillo de Suemori. Me recibieron la madre del señor Nobunaga y el señor Nobuyuki, y hablé de nuestros planes con ellos. Ahora la decisión es vuestra.

—¿Qué dijo su madre?

—Es de la misma opinión y no puso objeciones. Se inclina totalmente en favor de Nobuyuki y es contraria a Nobunaga.

—Estupendo. ¿Qué me dices de Nobuyuki?

—Ha dicho que si Hayashi Sado y Shibata Katsuie se levantaran contra Nobunaga, naturalmente se les uniría por el bien del clan.

—Supongo que les has persuadido.

—Bueno, su madre está comprometida, y Nobuyuki es un hombre de voluntad débil. Si no les hubiera incitado, no habría habido ningún motivo para que se unieran a nosotros.

—Estamos más que justificados para derribar a Nobunaga, siempre que ellos estén de acuerdo. No somos los únicos servidores preocupados por la necesidad de Nobunaga e inquietos por la seguridad del clan.

—«¡Por Owari y para que el clan Oda dure cien años más!» Éste será nuestro grito de ánimo a las tropas. Pero ¿cómo están los preparativos militares?

—Ahora tenemos una buena oportunidad, pues puedo desplazarme rápidamente desde Nagoya. Cuando suene el tambor de guerra, estaré preparado.

—Magnífico. Bien, entonces... —Katsuie se inclinó adelante en ademán conspirador.

En aquel momento algo cayó ruidosamente al suelo del jardín. No eran más que unas pocas ciruelas sin madurar. La lluvia había cesado momentáneamente, pero las gotas de agua acarreadas por las ráfagas de viento golpeaban los aleros. Un hombre, a gatas como si fuese un perro, salió del espacio entre el piso de la casa de té y el suelo. Las ciruelas no habían caído por sí solas unos momentos antes. El hombre, vestido de negro, que había asomado la cabeza por debajo de la casa, las había arrojado. Cuando se

volvieron las cabezas de los reunidos en la estancia, el hombre se aprovechó de la distracción y desapareció al amparo del viento y la oscuridad.

Los ninjas eran los ojos y oídos del señor del castillo. Cualquiera que gobernase un castillo, viviera entre sus muros y estuviera rodeado constantemente de servidores, tenía que confiar en los espías. Nobunaga había empleado a un experto ninja, pero ni siquiera sus servidores más íntimos conocían la identidad del hombre.

\* \* \*

Nobunaga contaba con tres porteadores de sandalias: Matasuke, Ganmaku y Tokichiro. Aunque eran sirvientes, tenían sus aposentos independientes y se turnaban para prestar servicio cerca del jardín.

—¿Qué te ocurre, Ganmaku?

Tokichiro y Ganmaku eran amigos íntimos. El segundo estaba tendido bajo el futón. Nada le gustaba tanto como dormir, y lo hacía siempre que tenía oportunidad.

—Me duele el estómago —dijo Ganmaku desde debajo del futón.

Tokichiro tiró del borde del cobertor.

—Estás mintiendo. Levántate. Acabo de volver de la ciudad y por el camino he comprado algo sabroso.

—¿Qué?

Ganmaku asomó la cabeza, pero, al darse cuenta de que el otro le había engañado, volvió a cubrirse con la ropa de cama.

—¡Idiota! No te burles de un enfermo. Fuera de aquí, me estás molestando.

—Levántate, por favor. Matasuke no está aquí y quiero preguntarte una cosa.

Ganmaku apartó a regañadientes el cobertor.

—Precisamente cuando uno está durmiendo...

Soltando una maldición, se levantó y fue a enjuagarse la boca con el agua de un manantial en el jardín. Tokichiro le siguió al exterior.

La choza era lóbrega, pero estaba oculta en la parte más interior de los terrenos del castillo, y desde ella se abarcaba una vista imponente de la ciudad fortificada que le hacía a uno sentir como si su corazón se expandiera.

—¿De qué se trata? ¿Qué quieres preguntarme?

—Es sobre anoche.

—¿Anoche?

—Puedes fingir que no me comprendes, pero lo sé. Creo que fuiste a Nagoya.

—¿Ah, sí?

—Creo que fuiste a espiar en el castillo y escuchaste una conversación secreta entre el gobernador y Shibata Katsue.

—¡Chitón, Mono! ¡Cuidado con lo que dices!

—Bien, entonces dime la verdad, no se la niegues a un amigo. Lo sé desde hace largo tiempo, pero no he dicho nada y te he observado. Eres un ninja del señor Nobunaga, ¿no es cierto?

—No soy digno rival de tus ojos, Tokichiro. ¿Cómo lo has descubierto?

—Bueno, compartimos el mismo aposento, ¿no? El señor Nobunaga también es para mí un patrono muy importante. La gente como yo se preocupa por el señor Nobunaga, aunque no lo exterioricemos.

—¿Es eso lo que querías preguntarme?

—Ganmaku, te juro por los dioses que no se lo diré a nadie.

Ganmaku miró fijamente a Tokichiro.

—Muy bien, te lo diré. Pero es de día y nos verán. Espera al momento adecuado.

Más tarde, Ganmaku le contó lo que sucedía en el clan y, como ambos comprendían la apurada situación de su señor y estaban de su parte, Tokichiro podía servirle todavía mejor. Sin embargo, no sentía ningún temor por el futuro de su joven y aislado señor que estaba rodeado de tan intrigantes servidores. Los servidores de Nobuhide estaban a punto de abandonar a Nobunaga, y sólo Tokichiro, que llevaba poco tiempo a su servicio, tenía confianza en él.

Tokichiro se preguntaba cómo saldría su señor de aquella situación. Todavía no era más que un sirviente y sólo podía observar desde lejos con lealtad.

Finalizaba el mes. Nobunaga, que normalmente sólo salía con algunos servidores, de improviso pidió un caballo y abandonó el castillo. Había unas tres leguas entre Kiyosu y Moriyama, y siempre galopaba hasta allí y regresaba antes del desayuno. Pero aquel día, cuando llegó al cruce, Nobunaga dirigió su caballo hacia el este y se alejó de Moriyama.

—¡Mi señor!

—¿Adonde va ahora?

Sorprendidos y confusos, sus cinco o seis asistentes montados fueron tras él. Los soldados de infantería y los porteadores de sandalias se quedaron naturalmente rezagados, dispersos a lo largo del camino. Sólo dos de los sirvientes, Ganmaku y Tokichiro, aunque se habían quedado atrás, corrieron desesperadamente, decididos a no perder de vista el caballo de su señor.

—¡Por los dioses! —exclamó Tokichiro—. ¡Estamos en un buen lío!

Los dos jóvenes intercambiaron miradas, sabiendo que debían conservar su presencia de ánimo, pues Nobunaga cabalgaba en línea recta hacia el castillo de Nagoya..., que, como Ganmaku había dicho a Tokichiro, jera el centro de la conspiración para sustituir a Nobunaga por su hermano menor!

Impredecible como siempre, Nobunaga espoleó a su caballo hacia un lugar cargado de peligro, donde nadie sabía lo que podría suceder. No existía un curso de acción más peligroso, y Ganmaku y Tokichiro estaban asustados, temiendo que pudiera sucederle algo a su señor.

Pero fueron Hayashi Sado, gobernador del castillo de Nagoya, y su hermano menor los más sorprendidos por la inesperada visita. Un aterrado servidor entró en la sala del torreón.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! ¡Venid en seguida! ¡El señor Nobunaga está aquí!

—¿Qué? ¿De qué me estás hablando?

Incapaz de dar crédito a sus oídos, no hizo ademán de levantarse. Aquello era sencillamente imposible.

—Ha venido aquí con sólo cuatro o cinco acompañantes a caballo. Han entrado de repente por el portal principal. Él se reía de algo a carcajadas con sus ayudantes.

—¿Es eso cierto?

—¡Sí, lo juro!

—¿El señor Nobunaga aquí? ¿Qué significa eso? —Sado estaba perdiendo la cabeza



innecesariamente; su rostro había palidecido por completo—. Mimasaka, ¿qué crees que quiere?

—Sea lo que fuere, será mejor que vayamos a saludarle.

—¡Sí, démonos prisa!

Cuando se apresuraban por el corredor principal, podían oír ya el sonido de las vigorosas pisadas de Nobunaga que procedían de la entrada. Los hermanos se hicieron a un lado y se arrojaron al suelo.

—¡Ah! Sado y Mimasaka. ¿Estáis los dos bien? Había pensado en cabalgar hasta Moriyama, pero he decidido venir primero a Nagoya y tomar un té. Todas estas reverencias son demasiado serias. Olvidemos la formalidad. Rápido, traedme té.

Tras decir esto mientras pasaba por su lado, se sentó en la plataforma de la sala principal del castillo que conocía tan bien. Entonces se volvió hacia los servidores que iban tras él, tratando de recobrar el aliento.

—Hace calor, ¿eh?, un calor espantoso —les dijo, abanicándose a través del cuello abierto de su blusa.

Trajeron el té, luego los pastelillos y finalmente los cojines, de una manera desordenada porque la inesperada visita les había sumido a todos en la confusión. Los hermanos se apresuraron a presentarse y tributaron su homenaje al visitante, incapaces de ignorar la confusión de doncellas y servidores, tras lo cual abandonaron la sala que ocupaba su señor.

—Es mediodía. Debe de estar hambriento tras el viaje y probablemente pedirá pronto el almuerzo. Ve a las cocinas y ordena que preparen la comida.

Mientras Sado daba las órdenes, Mimasaka le tiró de la manga y susurró:

—Katsuie quiere verte.

Hayashi asintió y replicó en voz baja:

—Iré en seguida. Ve tú primero.

Shibata Katsuie había llegado al castillo de Nagoya aquel mismo día. Se disponía a marcharse después de haber celebrado una reunión secreta, pero la confusión causada por la súbita llegada de Nobunaga dificultaba su partida. Atrapado y tembloroso, se había ocultado en una habitación secreta. Ambos hombres se reunieron con él allí y exhalaban un suspiro de alivio.

—¡Esto sí que ha sido inesperado! —dijo Sado—. ¡Qué sorpresa!

—Es típico de él —replicó Mimasaka—. Te volverías loco tratando de imaginar sus reglas. ¡Nunca sabes qué hará a continuación! ¡No hay nada peor que los caprichos de un idiota!

Shibata Katsuie miró hacia la habitación donde estaba sentado Nobunaga y dijo:

—Probablemente por eso venció a ese viejo zorro de Saito Dosan.

—Tal vez —dijo Sado.

—Sado. —Mimasaka tenía una expresión siniestra. Miró a su alrededor, bajó la voz y siguió diciendo —: ¿No sería mejor hacerlo ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Ha venido sólo con cinco o seis acompañantes, así que ¿no es eso lo que podríamos llamar una oportunidad enviada por los dioses?

—¿Para matarle?

—Exactamente. Mientras esté comiendo hacemos entrar sigilosamente a cinco o seis buenos luchadores, y cuando yo salga a servirle, daré la señal y le mataremos.

—¿Y si fracasamos? —preguntó Sado.

—¿Cómo vamos a fracasar? Apostaremos hombres en el jardín y en los corredores. Podríamos sufrir algunas bajas, pero si le atacamos con toda nuestra fuerza...

—¿Qué te parece, Sado? —preguntó Mimasaka ansiosamente.

Hayashi Sado tenía los ojos bajos, sometido a las intensas miradas de Katsuie y Mimasaka.

—Bien, ésta podría ser la oportunidad que hemos estado esperando.

—¿Estamos de acuerdo?

Los tres hombres, mirándose a los ojos, acababan de alzar sus rodillas. En aquel momento oyeron el sonido de pisadas enérgicas en el corredor, y la puerta corredera laqueada se deslizó.

—Ah, estáis aquí. ¡Hayashi! ¡Mimasaka! He tomado el té y me he comido los pastelillos. ¡Me vuelvo a Kiyosu ahora mismo!

A los tres hombres les flaquearon las rodillas y retrocedieron. De repente, Nobunaga vio a Shibata Katsuie, postrado en el suelo.

—¡Vaya! ¿Eres tú, Katsuie? —le dijo sonriente—. Al llegar he visto un bayo que se parecía mucho al que usas. ¿Así que era el tuyo después de todo?

—Sí... Pasaba casualmente por aquí pero, como podéis ver, visto mis ropas de diario. Me pareció que sería descortés presentarme así ante vos, mi señor, y por eso me he quedado aquí.

—Eso es muy gracioso. Mírame, contempla lo desastrado de mi atuendo.

—Por favor, mi señor, perdonadme.

Nobunaga cosquilleó ligeramente el cuello de Katsuie con su abanico laqueado.

—En la relación entre señor y servidor, resulta demasiado frío preocuparse tanto por el aspecto o ser un esclavo de la etiqueta. La formalidad es para los cortesanos de la capital. En el clan Oda tenemos suficiente con ser samurais rurales.

—Sí, mi señor.

—¿Qué te ocurre, Katsuie? Estás temblando.

—Me siento incluso peor, al pensar que os he ofendido, mi señor.

—¡Ja, ja, ja, ja! Te perdono. Levántate. No, espera, espera. Los cordones de mis calcetines de cuero están desatados. Katsuie, mientras estás ahí abajo, ¿quieres atármelos?

—Desde luego, mi señor.

—Sado.

—¿Mi señor?

—Te he molestado, ¿no es cierto?

—De ninguna manera, mi señor.

—No sólo soy yo quien puede dejarse caer por aquí de improviso, sino también huéspedes de provincias enemigas. Permanece alerta, ¡tú estás al frente!

—Siempre estoy de servicio, desde la mañana hasta la noche.

—Muy bien. Me alegro de tener unos servidores tan dignos de confianza. Pero no es sólo por mí. Si cometieras un error, estos hombres también perderían sus cabezas. ¿Has terminado, Katsuie?

—Los he atado, mi señor.

—Gracias.

Nobunaga se alejó de los tres hombres todavía postrados, fue desde el corredor principal hasta la

entrada dando un rodeo y se marchó. Katsui, Sado y Mimasaka intercambiaron miradas, pálidos y momentáneamente aturcidos, pero cuando volvieron en sí echaron a correr en pos de Nobunaga y se postraron de nuevo en la entrada. Pero Nobunaga ya no estaba a la vista. Sólo se oía el sonido de los cascos del caballo en la cuesta que conducía a la puerta principal. Los servidores, que siempre se quedaban atrás, se mantenían cerca de Nobunaga, procurando no perderle de nuevo. Pero entre los criados, sólo Ganmaku y Tokichiro, aunque no podían ir a su paso, fueron detrás de él.

—¿Ganmaku?

—¿Sí?

—Ha salido bien, ¿verdad?

—Así es.

Avanzaron apresuradamente detrás de él, felices al ver la figura de su señor ante ellos. Si algo hubiera sucedido, habían acordado informar al castillo de Kiyosu enviando una señal de humo desde la atalaya de detección de incendios, y matar a los guardianes si fuese necesario.

El castillo de Nazuka era un punto vital de las defensas de Nobunaga, y estaba en posesión de uno de sus parientes, Sakuma Daigaku. Un día de principios de otoño, antes del amanecer, la inesperada llegada de soldados despertó a los hombres del castillo. Se levantaron de un salto. ¿Era el enemigo? No, aquellos hombres eran sus aliados.

En medio de la niebla, un explorador gritó desde la atalaya:

—¡Los hombres de Nagoya se han rebelado! ¡Shibata Katsui tiene mil hombres y Hayashi Mimasaka más de setecientos!

El castillo de Nazuka estaba falto de personal. Unos jinetes cabalgaron bajo la niebla para informar a Kiyosu. Nobunaga aún estaba durmiendo, pero al oír la noticia se puso rápidamente su armadura, cogió una lanza y salió corriendo sin un solo ayudante. Y entonces, por delante de Nobunaga un único soldado ordinario esperaba con un caballo junto al portal de Karabashi.

—Vuestro caballo, mi señor —le dijo a Nobunaga, ofreciéndole las riendas.

La expresión de Nobunaga era insólita, como si le sorprendiera que alguien hubiera sido más rápido que él.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El soldado se quitó el casco y se dispuso a arrodillarse. Nobunaga ya estaba en la silla.

—Eso no es necesario. ¿Quién eres?

—Vuestro porteador de sandalias, Tokichiro.

—¿El Mono?

El asombro de Nobunaga fue en aumento. ¿Por qué aquel porteador de sandalias, cuyo cometido estaba en el jardín, era el primero en presentarse preparado para el combate? Su equipo era sencillo, pero llevaba peto, espinilleras y casco. La estampa guerrera de Tokichiro regocijó a Nobunaga.

—¿Estás dispuesto a luchar?

—Decidme que os siga, mi señor.

—¡Muy bien! ¡Ven conmigo!

Nobunaga y Tokichiro habían recorrido doscientas o trescientas varas a través de la neblina matinal cuando oyeron el fragor de veinte, treinta y luego cincuenta hombres montados seguidos por cuatrocientos o quinientos soldados de infantería que ennegrecían la niebla. Los hombres de Nazuka habían luchado

desesperadamente. Nobunaga, jinete solitario, se abalanzó hacia las filas enemigas.

—¿Quién se atreve a levantar su mano contra mí? ¡Heme aquí, Sado, Mimasaka, Katsuie! ¿Cuántos hombres tenéis? ¿Por qué os rebeláis contra mí? ¡Salid y luchad, de hombre a hombre! —Su voz resonante y colérica silenció los gritos de guerra de los rebeldes—. ¡Traidores! ¡He venido a castigaros! ¡Huir también es desleal!

Mimasaka estaba tan asustado que emprendió la huida. La voz de Nobunaga le persiguió como un trueno. Incluso para aquellos hombres, con los que Mimasaka contaba, Nobunaga era su señor natural. Cuando Nobunaga en persona cabalgaba entre ellos y les hablaba, eran incapaces de volver sus lanzas contra él.

—¡Espera! ¡Traidor!

Nobunaga dio alcance al fugitivo Mimasaka y le atravesó con su lanza. Sacudió el arma para eliminar la sangre, se volvió a los hombres de Mimasaka y proclamó:

—Aunque haya atacado a su señor, jamás llegará a ser el dirigente de una provincia. ¡Antes que ser el instrumento de los traidores y legar un nombre deshonoroso a vuestros hijos, pedid perdón ahora! ¡Arrepentíos!

Katsuie, al enterarse de que el flanco izquierdo de las fuerzas rebeldes había fracasado y de la muerte de Mimasaka, buscó refugio en el castillo de Suemori, con la madre y el hermano de Nobunaga.

La madre de Nobunaga lloró y se echó a temblar cuando conoció la derrota de su ejército. Nobuyuki se estremeció. Katsuie, el general derrotado de las fuerzas rebeldes, les dijo:

—Sería mejor que yo renunciara al mundo.

Entonces se afeitó la cabeza, se quitó la armadura y se vistió el hábito de un monje budista. Al día siguiente, en compañía de Hayashi Sado, Nobuyuki y la madre de éste, se dirigió a Kiyosu para rogar el perdón de sus delitos.

Las excusas presentadas por la madre de Nobunaga fueron especialmente eficaces. Las había ensayado con Sado y Katsuie, y empezó suplicando que perdonara la vida a los tres nombres. Al contrario de lo que esperaban, Nobunaga no estaba enojado.

—Les perdono —dijo sencillamente a su madre, y volviéndose a Katsuie, cuya espalda estaba empapada en sudor, siguió diciendo—: ¿Por qué te has afeitado la cabeza, sacerdote? ¡Qué canalla tan confuso eres! —Sonrió de una manera forzada y entonces habló severamente a Hayashi Sado—: Tú también. Esto es impropio de un hombre de tu edad. Cuando murió Hirate Nakatsukasa, confié en ti como en mi mano derecha. Lamento haber sido el causante de la muerte de Nakatsukasa.

—Las lágrimas acudieron a sus ojos y guardó silencio un momento—. No, no. Mi indignidad hizo que Nakatsukasa se suicidara y tú te convirtieras en traidor. A partir de ahora reflexionaré más profundamente, y vosotros me serviréis, poniendo en ello todo vuestro corazón sin ninguna reserva. De lo contrario ser guerrero no tiene ningún sentido. ¿Debe un samurai seguir a un señor o ser un ronin sin jefe?

Estas palabras abrieron los ojos de Hayashi Sado. Vio cómo era Nobunaga realmente y por fin comprendió su genio natural. Le prometió con firmeza su lealtad y se retiró sin levantar la cabeza.

Pero parecía que el propio hermano de Nobunaga no lo entendía así. Nobuyuki tenía una opinión bastante mala sobre la magnanimidad de Nobunaga, y pensó que su violento hermano mayor no podía hacerle nada porque su madre estaba presente.

Cegado, y protegido por el amor de una madre, Nobuyuki siguió conspirando. Nobunaga deploraba

esa actitud, diciéndose que de buen grado pasaría por alto la conducta de Nobuyuki, pero por su culpa muchos de sus servidores podían rebelarse y extraviarse en su deber como samurais. Aunque era su hermano, debía morir por el bien del clan. Nobunaga buscó un pretexto, detuvo a Nobuyuki y le atravesó con su espada.

Ya nadie siguió considerando a Nobunaga un idiota. Por el contrario, todo el mundo temía su inteligencia y perspicacia.

—La medicina fue demasiado eficaz —observaba en ocasiones Nobunaga con una sonrisa sardónica.

Pero Nobunaga había hecho sus preparativos. No había tenido la intención de hacerse el necio para engañar a sus servidores y familiares. Tras la muerte de su padre, había recaído en él la responsabilidad de defender la provincia de los enemigos que tenía por todos los lados. Había adoptado aquel camuflaje por razones de seguridad, incluso hasta el extremo de parecer un necio. Había convencido a sus parientes y servidores a fin de engañar a sus enemigos y los numerosos espías de éstos. Pero entretanto, Nobunaga estudiaba la naturaleza humana y el funcionamiento interno de la sociedad. Como todavía era joven, si se hubiera revelado como un dirigente capacitado, sus enemigos habrían tomado contramedidas.

\* \* \*

El encargado de la servidumbre, Fujii Mataemon, entró corriendo y llamó a Tokichiro, el cual descansaba dentro de la choza.

—Ven en seguida, Mono.

—¿Qué pasa?

—¡Te han convocado!

—¿Qué?

—El patrono de repente preguntó por ti y me ordenó que te llamara. ¿Has hecho algo malo?

—Nada.

—Bueno, de todos modos, date prisa —le instó Fujii, y echó a correr en una dirección inesperada.

Aquel día, cuando Nobunaga inspeccionaba los almacenes, las cocinas y los depósitos de la leña y el carbón, algo le había dado que pensar.

—Le he traído —dijo Fujii, postrándose cuando su señor pasó por su lado.

Nobunaga se detuvo.

—Ah, ¿le has traído?

Sus ojos se posaron en la figura de Tokichiro, que aguardaba detrás de él.

—Ven aquí, Mono.

—¿Mi señor?

—A partir de hoy estarás empleado en las cocinas.

—Muchísimas gracias, mi señor.

—Las cocinas no son un lugar donde puedas distinguirse con una lanza; no es un lugar glorioso en el campo de batalla, pero es una parte especialmente importante de nuestras defensas. Sé que no es necesario que te lo diga, pero trabaja con ahínco.

Su rango y su estipendio fueron incrementados de inmediato. Como oficial de cocina, ya no era un criado. Sin embargo, ser transferido a las cocinas se consideraba entonces vergonzoso para un samurai y

una caída en desgracia: «Finalmente ha acabado en las cocinas». Los guerreros despreciaban el servicio de cocina, como si fuese una especie de vertedero para hombres de escasa capacidad. Incluso los demás domésticos y los asistentes de los samurais miraban por encima del hombro un cargo en la cocina, y para los samurais más jóvenes era un lugar sin oportunidades ni perspectivas de progreso. Mataemon simpatizó con él y le consoló.

—Mono, has sido transferido a un puesto de poca importancia e imagino que no estás satisfecho. Pero puesto que tu estipendio ha aumentado, ¿no deberías considerar que has avanzado un poco en el mundo? Como porteador de sandalias, aunque sea un puesto humilde, hay ocasiones en las que trabajas ante el caballo del señor y tienes ciertas esperanzas de promoción, pero por otro lado, podrías perder la vida. Si estás en las cocinas, no has de preocuparte por eso. No puedes vender la vaca y quedarte también con la leche.

Tokichiro asentía e iba diciendo que sí, pero en su fuero interno no estaba en absoluto decepcionado. Al contrario, se sentía muy satisfecho por haber recibido de Nobunaga una promoción inesperada. Cuando empezó a trabajar en las cocinas, lo primero que le sorprendió fue la lóbreguez, la humedad y la suciedad, los hombres desastrados que preparaban las comidas y que nunca veían el sol ni siquiera a mediodía, y el viejo jefe de los cocineros que llevaba años trabajando sin descanso envuelto en el olor del caldo de algas.

Tokichiro se dijo sombríamente que aquello no se podía consentir. No soportaba estar en lugares deprimentes. Pensó en la posibilidad de abrir una gran ventana en la pared, para que entrara el aire y la luz. Pero en la cocina había una manera de hacer las cosas, y puesto que el encargado era un hombre chapado a la antigua, todo resultaba problemático. Tokichiro comprobaba discretamente qué cantidad de pescado seco se había estropeado y examinaba los suministros que los mercaderes llevaban a diario. Con Tokichiro al frente, pronto los suministradores contratados estuvieron mucho más satisfechos.

—De alguna manera, cuando no me tratan constantemente a gritos, no tengo más remedio que traer mejor género y bajar los precios —dijo un mercader.

—Dejáis chico al mercader que ha de habérselas con vos, señor Kinoshita —dijo otro—. ¡Cómo! ¡Conocéis los precios corrientes de las verduras secas, el pescado seco y los granos! Y también tenéis buen ojo para los géneros. Nos regocija que seáis tan listo para haceros con unas existencias de género a un precio tan económico.

Tokichiro se echó a reír.

—Tonterías. No soy mercader, así que, ¿dónde está la habilidad o la falta de ella? No se trata de que yo saque algún beneficio, sino sencillamente de que los géneros que nos vendéis sirven para alimentar a los hombres de mi señor. La vida procede de lo que uno come. Así pues, ¿hasta qué punto la supervivencia de este castillo depende de la comida preparada en la cocina? El objeto de nuestro servicio es proporcionar lo mejor a nuestro alcance.

De vez en cuando daba té a los suministradores, y mientras éstos descansaban, conversaba con ellos.

—Sois mercaderes, así que cada vez que traéis una carreta de género al castillo, pensáis de inmediato en el beneficio que vais a sacar. Y aunque no es probable que salgáis perdiendo, ¿qué creéis que ocurriría si el castillo cayera en manos de una provincia enemiga? ¿No se perderían largos años de facturación tanto en capital como en intereses? Y si un general de otra provincia tomara el castillo, los mercaderes que le acompañaran os quitarían el negocio. Así pues, si consideráis el clan del señor como

la raíz y a nosotros como las ramas, seguiréis prosperando. ¿No es así como deberíamos plantear los beneficios? En consecuencia, los beneficios a corto plazo por los géneros que traéis al castillo son contrarios a vuestro interés a la larga.

Tokichiro también era considerado con el viejo jefe de los cocineros, a quien pedía sus opiniones incluso cuando las cosas estaban perfectamente claras, y le obedecía aun en contra de su propio juicio. Pero algunos de sus colegas propagaban chismes maliciosos y deseaban librarse de él.

—Es un entrometido.

—Mete las narices en todo.

—Es un mono que nos obliga a trabajar innecesariamente sólo para que no estemos ociosos.

Cuando alguien destaca, es inevitable que ocasione el resentimiento de otros, por lo que Tokichiro trataba generalmente tales chismorreos con indiferencia. Su proyecto de remodelación de las cocinas fue aprobado por el cocinero jefe y por Nobunaga. Encargó a un carpintero que abriera un respiradero en el techo e hiciera una gran ventana en la pared. El sistema de aguas residuales también se reconstruyó siguiendo sus planes. Mañana y tarde el sol brillaba en las cocinas del castillo de Kiyosu, el cual durante décadas había sido tan oscuro que se cocinaba a la luz de las velas incluso a mediodía. También sopló en su interior una brisa refrescante.

Por supuesto, Tokichiro había esperado las críticas:

—La comida se estropea fácilmente.

—Puedes ver el polvo.

Tokichiro hizo caso omiso de tales quejas. Tras las reformas, se logró que la cocina estuviera limpia, pues cuando los trabajadores veían desperdicios, se apresuraban a recogerlos. Al cabo de un año, las cocinas del castillo se habían convertido en un lugar luminoso y ventilado, con una atmósfera animada, a semejanza del carácter de su jefe.

\*

\*

\*

Aquel invierno, Murai Nagato, que hasta entonces había sido supervisor de carbón y leña, fue destituido y nombraron a Tokichiro para sucederle. ¿Por qué habían despedido a Nagato? ¿Y por qué él mismo había sido promovido al puesto de supervisor de carbón y leña? Tokichiro reflexionó en estos interrogantes cuando recibió el nombramiento de Nobunaga. ¡Aja! Su señor quería ahorrar más carbón y leña. Sí, tales fueron sus órdenes el año anterior, pero al parecer el estilo de economizar que tenía Nagato no le satisfizo.

El nuevo cargo de Tokichiro le llevaba por todo el recinto del gran castillo, a todos los lugares donde se usaba carbón y leña: las oficinas, las chozas de descanso, las habitaciones laterales, dentro y fuera, dondequiera que durante el invierno se encendieran fuegos en los grandes hogares cavados en el suelo. Sobre todo en los aposentos de la servidumbre y los barracones de los samurais jóvenes, el carbón se amontonaba en las parrillas de hogar, prueba evidente de un gasto innecesario.

—¡Es el señor Kinoshita! ¡El señor Kinoshita está aquí!

—¿Quién es ese Kinoshita?

—El señor Kinoshita Tokichiro, que ha sido nombrado supervisor de carbón y leña. Está haciendo la ronda con una expresión severa.

—Ah, ¿ese mono?

—¡Haced algo con las cenizas!

Los samurais jóvenes se apresuraron a cubrir los rojos carbones con cenizas, echaron los trozos sin quemar a la carbonera y parecieron muy satisfechos de sí mismos.

—¿Estáis todos ahí? —Cuanto Tokichiro entró, se abrió paso entre el grupo y se calentó las manos sobre el hogar—. Por indigno que sea, me han encargado que supervise los suministros de carbón y leña. Os agradecería vuestra ayuda.

Los jóvenes samurais intercambiaron miradas nerviosas. Tokichiro cogió las grandes tenazas metálicas que habían sido colocadas en el hogar.

—¿No hace frío este año? Cubriendo así las brasas..., no podéis conservar el calor si os calentáis sólo los dedos. —Extrajo algunas brasas—. ¿No deberíais ser más generosos con el carbón? Ya sé que hasta ahora estaba fijada la cantidad de carbón a usar diariamente en cada habitación, pero es triste hacer economías con el carbón. Usadlo sin reservas, por favor. Id al almacén y coged todo el que os haga falta.

Tokichiro fue entonces a los barracones de los soldados de infantería y los asistentes de los samurais, alentándoles a que usaran todo el carbón y la leña que quisieran.. ¡Precisamente aquellas personas a las que, hasta entonces, las habían atemorizado con exhortaciones a que economizaran combustible!

—Esta vez se muestra enormemente generoso en su posición, ¿no es cierto? Quizá el señor Mono ha dejado que su repentina promoción se le suba a la cabeza. Pero si le hacemos demasiado caso, puede que nos reprendan como nunca lo han hecho hasta ahora.

Por muy liberal que se mostrara el supervisor, los servidores establecieron sus propios límites.

Los gastos anuales de leña y carbón en el castillo de Kiyosu superaban el millar de fanegas de arroz. Cada año se cortaban enormes cantidades de madera que se convertía en cenizas. Durante los dos años que Murai Nagato ostentó el cargo, no hubo ningún ahorro y, por el contrario, aumentaron los gastos. Lo peor de todo era que sus peticiones de economizar no hacían más que deprimir e irritar a los servidores. Lo primero que hizo Tokichiro fue liberar a éstos de la opresión. Entonces fue a ver a Nobunaga y le hizo la siguiente proposición:

—En invierno, los samurais jóvenes, los soldados de infantería y los criados pasan sus días entre cuatro paredes, comiendo, bebiendo y charlando ociosamente. Antes que economizar en carbón y leña, sugeriría humildemente a Vuestra Señoría que tomase medidas para corregir esos malos hábitos.

Nobunaga se apresuró a impartir órdenes a sus servidores principales. Juntos llamaron al jefe de la servidumbre y el comandante de los soldados y trataron de los deberes que tendrían los servidores en tiempo de paz: reparación de armaduras, clases, práctica de meditación Zen y giras de inspección alrededor de la provincia. A continuación, y lo más importante, adiestramiento en técnicas de arma de fuego y lanza, proyectos de ingeniería en el castillo y, para los criados, cuando tuvieran tiempo, herrar a los caballos. ¿El motivo? Impedir que estuvieran ociosos. Para un jefe militar, los servidores samurais eran tan queridos como sus propios hijos. El vínculo entre señor y servidores, que habían jurado fidelidad absoluta, era tan fuerte como el que existía entre parientes.

El día de la batalla, aquéllos serían los hombres que darían sus vidas ante sus mismos ojos. Si no les tenía cariño, o si su afecto y benevolencia no se percibían, no habría valientes soldados que muriesen por él. Así pues, en tiempo de paz a un señor le era muy fácil ser demasiado generoso..., en contraste con el día de la batalla.



Nobunaga hizo que la rutina cotidiana se cumpliera estrictamente, no dejando tiempo libre a sus servidores. Al mismo tiempo ordenó que las mujeres que se encargaban de las tareas domésticas recibieran adiestramiento e incluso practicaran la situación de estar confinadas en el castillo bajo asedio. Estableció, pues, un régimen cotidiano en el que no había tiempo libre desde la mañana a la noche, un régimen que, desde luego, él también seguía.

Cuando Tokichiro estaba presente, el señor del castillo se animaba.

—¿Cómo han ido las cosas recientemente, Mono?

—¡Bien! He visto el efecto de vuestras órdenes, pero es preciso ir más lejos.

—¿Aún no es suficiente?

—Todavía hay mucho más.

—¿Es que aún falta algo?

—Es preciso introducir la manera de hacer las cosas en el castillo entre la gente del pueblo.

—Humm, comprendo.

Nobunaga escuchaba a Tokichiro. Sus servidores siempre ponían mala cara y les miraban con recelo. Había pocos ejemplos de hombres como Tokichiro, los cuales, en un breve período, habían pasado del barracón de la servidumbre a sentarse en presencia de su señor, e incluso menos casos de alguien que hiciera al señor sus propias recomendaciones. Naturalmente, fruncían el ceño como si aquello fuese lo mismo que algún acto escandaloso. No obstante, el consumo anual de carbón y leña, que había superado las mil fanegas, se redujo notablemente a mediados del invierno.

Puesto que los servidores no tenían tiempo libre, ya no haraganeaban alrededor del hogar, malgastando carbón. Incluso cuando había algún tiempo libre, como los hombres se movían y ejercitaban continuamente sus músculos, el fuego resultaba innecesario y el combustible sólo se empleaba para cocinar. El combustible que antes se gastaba en un mes ahora duraba hasta tres meses.

Sin embargo, Tokichiro no creía haber cumplido plenamente con su deber. Los contratos de suministro de carbón y leña eran concedidos en verano para el año siguiente. Al frente de un grupo de proveedores del castillo, partió para hacer la inspección anual, que hasta entonces había sido una mera formalidad. Los supervisores nunca habían pasado de preguntar cuántos árboles de una clase de roble había en tal montaña y cuántos de otra clase en otra. Guiado por los proveedores, Tokichiro tomó nota concienzuda de cuanto veía. Creía entender las condiciones en las granjas y los pueblos, pero, como carecía de experiencia, ni siquiera podía suponer cuánto combustible podía obtenerse de una sola montaña. Y tenía que admitir que desconocía los aspectos más sutiles de la compra de carbón y leña.

Como otros oficiales que le habían precedido, dio a entender que realizaba una inspección superficial, murmurando: «Hummm, humm. ¿Ah, sí? Bien, ya veo». Siguiendo la costumbre, al final de la jornada los proveedores invitaron al supervisor a un banquete en la casa de un magnate local. Pasaron la mayor parte del tiempo hablando de nimiedades.

—Gracias por venir desde tan lejos.

—Poco es lo que tenemos, pero, por favor, sentíos como en vuestra casa.

—Confiamos en que nos favoreceréis con vuestra compra en el futuro.

Uno tras otro, halagaron a Tokichiro. Naturalmente, unas jóvenes atractivas sirvieron el sake. Estaban siempre a su lado, enjuagaban su taza, volvían a llenarla y le ofrecían una exquisitez tras otra. Sólo tenía que expresar un deseo y su satisfacción era inmediata.

—Este sake es bueno —dijo. Estaba de buen humor, pues no había motivo para no estarlo. El perfume de las muchachas que servían le encantaba—. Todas son hermosas —comentó—, todas y cada una.

—¿Le gustan las mujeres a Vuestra Señoría? —le preguntó alegremente uno de los proveedores.

Tokichiro le respondió con toda seriedad:

—Me gustan las mujeres y el sake. Todo en el mundo es bueno, pero si uno no tiene cuidado, incluso las cosas buenas pueden volverse contra él.

—Por favor, disfrutad con libertad del sake y también de las jóvenes flores.

—Así lo haré. Por cierto, no parecéis decididos a hablar de negocios, así que romperé el hielo.

¿Queréis mostrarme el libro de cuentas correspondiente a los árboles de la montaña que hemos visto hoy?  
—Los mercaderes lo sometieron a su inspección—. Ah, está muy detallado —observó—. ¿No hay ninguna discrepancia en el número de árboles?

—Ninguna en absoluto —le aseguraron.

—Aquí dice que se entregaron al castillo ochocientas fanegas. ¿Es posible que salga tanto carbón y leña de una montaña tan pequeña?

—Eso es porque la demanda fue inferior a la del año anterior. Sí, ésa es la cantidad de la montaña que hoy hemos examinado.

A la mañana siguiente, cuando los mercantes acudieron a presentar sus respetos, les dijeron que Tokichiro había ido a la montaña antes del amanecer, y fueron en su busca. Cuando le encontraron, estaba supervisando a un grupo de hombres formado por soldados, campesinos y leñadores de la localidad. Cada hombre tenía un montón de cuerdas cortadas en trozos de más o menos una vara de longitud, y ataban un trozo a cada árbol. Como sabían que habían comenzado con un número determinado de cuerdas, cuando finalizaron e hicieron sus cálculos, pudieron contar el número total de árboles. Al cotejar el número de árboles con las cifras que constaban en el libro, Tokichiro sospechó que los mercaderes habían sobrecargado casi un tercio.

El supervisor tomó asiento en un tocón.

Los mercaderes de combustible se postraron ante él, su pulso acelerado ante la perspectiva de lo que se avecinaba. Por muchos exámenes de la montaña que se hicieran, el número de árboles en pie no era un hecho que un profano pudiera determinar fácilmente, y lo cierto era que los supervisores de combustible siempre habían aceptado sin rechistar las cifras que figuraban en el libro de registro..., se las habían tragado enteras, por así decirlo. Ahora los proveedores se enfrentaban a un supervisor que no iba a dejarse engañar.

—¿No hay una gran discrepancia entre el número que consta en este libro y la verdadera cifra de árboles?

Respondieron que sí, pero vacilantes y llenos de aprensión.

—¿Qué significa eso de que sí? ¿Cuál es el motivo? Os olvidáis de los muchos años en los que habéis cosechado el patrocinio de Su Señoría. ¿No sois ingratos y falaces, no estáis satisfechos de vosotros mismos y no es vuestro exclusivo interés el de conseguir beneficios? Parece ser que habéis puesto vuestras mentiras por escrito y habéis sido codiciosos.

—¿No es eso un poco fuerte, Vuestra Señoría?

—Las cifras difieren y os pregunto por qué. A juzgar por los datos registrados, sólo sesenta o setenta fanegas de cien pedidas, es decir, sólo seiscientas o setecientas de un millar, son realmente entregadas a

los almacenes.

—No, bueno, es que con esa clase de razonamiento...

—¡Silencio! No hay ninguna excusa para quienes, suministrando combustible de estas montañas, hayan incurrido en semejante fraude un año tras otro. Si no me equivoco, sois culpables de engañar a los supervisores y defraudar al tesoro provincial.

—Nosotros... no sabemos qué decir.

—Podríais ser condenados por lo que habéis hecho y se os podrían confiscar todas vuestras posesiones. Sin embargo, los supervisores que me han precedido también han sido culpables de negligencia. Esta vez no tomaré ninguna medida..., pero con la siguiente condición: debéis declarar correctamente el número de árboles. Las cifras que pongáis por escrito han de corresponder exactamente a la realidad. ¿Está claro?

—Sí, Vuestra Excelencia.

—Hay otra condición.

—¿Cuál, Vuestra Excelencia?

—Un antiguo proverbio dice: «Si cortas un árbol, debes plantar diez». Por lo que he visto en estas montañas desde ayer, cada año se talan árboles, pero prácticamente no se planta ninguno. De seguir así, habrá inundaciones y los arrozales y demás campos al pie de las montañas serán arrasados. La provincia se debilitará, y cuando la provincia decaiga, seréis vosotros quienes sufriréis. Si queréis conseguir verdaderos beneficios, si confiáis en una auténtica riqueza para vuestras familias y deseáis la felicidad de vuestros descendientes, ¿no deberíais primero procurar que vuestra provincia sea fuerte?

—Sí —convinieron.

—Como impuesto y castigo por vuestra codicia, de ahora en adelante, cada vez que cortéis mil árboles deberéis plantar sin falta cinco mil plantones. Ésta es una orden estricta. ¿Estáis de acuerdo?

—Os estamos muy agradecidos. Si nos absolvéis con esas condiciones, juramos que plantaremos los árboles.

—Supongo que entonces deberé aumentar la tarifa de entrega en un cinco por ciento.

Aquel mismo día, Tokichiro informó a los campesinos que le habían prestado su ayuda de que había ordenado la reforestación. Todavía estaba por decidir cuánto les pagarían por plantar un centenar de plantones, pero les dijo que lo más probable era que el castillo se hiciera cargo de los gastos.

—Bien —dijo entonces—, regresemos ya.

Alentados por la actitud de Tokichiro, los proveedores se sintieron aliviados. Cuando bajaban de la montaña, susurraban entre ellos:

—¡Menuda sorpresa! Con este individuo alrededor, no podemos estar desprevenidos un solo momento.

—Es listo.

—Nuestros ingresos no van a ser fáciles como hasta ahora, pero tampoco vamos a salir perdiendo. Lo compensaremos, lentamente pero con seguridad.

Una vez al pie de la montaña, los proveedores estaban deseosos de marcharse, pero Tokichiro quería compensarles por la diversión de la noche anterior.

—Hemos dado fin al trabajo —insistió—. Reuníos conmigo por la noche, relajaos y disfrutad.

Les ofreció un banquete en una posada de la localidad, y él mismo bebió hasta achisparse

agradablemente.

\*

\*

\*

Tokichiro era feliz. Estaba solo, pero era feliz.

—¡Mono! —dijo Nobunaga, quien todavía le llamaba así en ocasiones—. Has sido ahorrativo en la cocina desde que te puse a su cargo. Pero dejar ahí a un hombre como tú es un despilfarro. Te promuevo para que te encargues de los establos.

El nuevo cargo comportaba un estipendio de treinta kan y una casa en el barrio de la ciudad fortificada destinado a los samurais. Tokichiro sonrió satisfecho ante este nuevo favor, y lo primero que hizo fue visitar a su antiguo compañero de trabajo Ganmaku.

—¿Estás libre ahora? —le preguntó.

—¿Por qué?

—Quiero ir a la ciudad e invitarte a tomar sake.

—Pues, no sé...

—¿Qué ocurre?

—Ahora eres un oficial de cocina y yo sigo siendo tan sólo un porteador de sandalias. No querrás que te vean bebiendo conmigo.

—No adoptes una postura tan torcida. Si pensara así, no habría venido a proponértelo. Como encargado de la cocina estaba por encima de mi categoría, pero lo cierto es que acaban de destinarme a los establos con un estipendio de treinta kan.

—¡Muy bien!

—He venido a verte porque eres un sirviente fiel y leal de Su Señoría, aunque no seas más que un porteador de sandalias, y quiero que compartas esta dicha conmigo.

—Es algo que sin duda merece una celebración. Pero tú eres más honesto que yo, Tokichiro.

—¿Qué?

—Eres franco conmigo, no me ocultas nada, mientras que yo te oculto bastantes cosas. A decir verdad, a veces hago servicios especiales, como en la ocasión que conoces, y por ello recibo primas importantes directamente de manos de su señoría. Envío el dinero secretamente a mi casa.

—¿Tienes una casa?

—Si vas a Tsugemura, en Omi, verás que tengo familia y unos veinte sirvientes.

—No me digas.

—Así pues, no es honorable que me deje invitar por ti. En cualquier caso, si ambos prosperamos en el mundo, invitaremos y seremos invitados.

—No lo sabía.

—Tenemos nuestro destino por delante... Así es como lo considero yo.

—Es cierto. Aún tenemos nuestro destino por delante.

—Dediquémonos a labrar el futuro.

Tokichiro se sintió todavía más feliz. El mundo era brillante. Nada ante sus ojos yacía en la oscuridad o entre las sombras.

Su nueva posición satisfacía a Tokichiro, pues, aunque sólo suponía unos ingresos de treinta kan, esa

modesta cantidad reflejaba el reconocimiento de sus dos años como oficial. Los gastos anuales de combustible habían sido reducidos a más de la mitad, pero no era la recompensa lo que le hacía sentirse bien, sino el hecho de haber sido alabado: «Has hecho un buen trabajo. Un hombre como tú en un sitio como éste es un despilfarro». Que Nobunaga le hubiera hablado así era una satisfacción que no olvidaría. Nobunaga era un general y sabía cómo hablar a sus hombres. Lleno de admiración hacia su señor, Tokichiro experimentaba una euforia casi insoportable. Otros podían haberle tomado por un lelo, pues solo, sonriente y mostrando de vez en cuando los hoyuelos de su cara, salía del castillo y deambulaba por Kiyosu. Cuando caminaba por la ciudad se sentía de buen humor.

El día que cambió de cometido, le dieron cinco días de permiso. Tenía que ocuparse de equipar su nueva vivienda y conseguir un ama de llaves y tal vez un criado, aunque suponía que la casa que le habían destinado estaba en un callejón, tenía un portal mediocre, un seto en vez de muro y no más de cinco habitaciones. Por primera vez en su vida entraba en posesión de una casa. Cambió de dirección para echarle un vistazo. La vecindad estaba habitada exclusivamente por hombres que trabajaban en los establos. Buscó la casa del jefe del grupo y fue a presentarle sus respetos. Había salido, por lo que habló con la esposa del hombre.

—¿Aún estás soltero? —le preguntó ésta.

Él admitió que así era.

—Bueno, eso es un poco inconveniente para ti —le dijo la mujer—. Aquí tengo criados y muebles de sobra. ¿Por qué no coges lo que necesites?

Tokichiro cruzó el portal pensando en que la mujer era amable y diciéndose que, de una manera u otra, lo más probable era que confiase plenamente en ella. La mujer salió también y llamó a dos de sus criados.

—Éste es el señor Kinoshita Tokichiro, que acaba de ser destinado a los establos. Pronto se mudará a esa casa vacía junto al bosquecillo de paulonias. Llévadle allí y, cuando tengáis tiempo, limpiad la casa.

Conducido por los criados, Tokichiro fue a ver su residencia oficial, la cual era mayor de lo que había imaginado. Se detuvo ante el portal y musitó:

—Vaya, es una buena casa.

Pidió información y se enteró de que el inquilino anterior fue un hombre llamado Komori Shikibu. Al parecer había transcurrido bastante tiempo desde que la dejó y la casa presentaba los efectos del abandono, pero a los ojos de Tokichiro era toda una mansión.

—Ese bosquecillo de paulonias es de buen augurio, porque el blasón de la familia Kinoshita es una paulonia desde los tiempos de nuestros antepasados —dijo Hiyoshi al sirviente.

No estaba seguro de que eso fuese cierto, pero sonaba bien. Creía haber visto ese blasón en el arca que contenía la armadura de su padre o en una vaina de espada.

Su alegre estado de ánimo se contagiaba a quienes le rodeaban, y si no había nada de importancia primordial, ninguna necesidad de mantener la cabeza fría, cedía a su euforia y su tendencia a la locuacidad. Sin embargo, después de haber hablado, se reconvenía por no haber sido más juicioso, no porque sus palabras partieran de la mala voluntad o el temor, sino porque él mismo no daba ninguna importancia al asunto. Por otro lado, suponía que así daría pie a la crítica de que el Mono era un fanfarrón. Ciertamente que él mismo podía admitir que era un poco jactancioso. Sin embargo, las personas mezquinas y quisquillosas que, debido a su locuacidad, se formaban ideas falsas sobre él o tenían

prejuicios contra él nunca serían sus aliados durante su ilustre carrera.

Más tarde le vieron en el bullicioso centro de Kiyosu, donde compró muebles. Luego, en una tienda de ropa de segunda mano, vio una casaca especial para llevarla sobre la armadura, con una paulonia blanca estampada. Tokichiro entró en la tienda y preguntó por el precio. Pagó con rapidez y, con la misma celeridad, se la probó. Le iba un poco grande, pero no hasta el punto de sentarle mal, y reanudó su camino con la prenda puesta. El algodón azul era delgado y la brisa lo rizaba al caminar. Una tela de aspecto suntuoso, como brocado dorado, estaba cosida sólo en el cuello. Tokichiro se preguntó a quién habría pertenecido la casaca, quién era el hombre con aquel blasón, la paulonia blanca teñida en la espalda de la prenda.

«¡Cuánto me gustaría enseñarle esto a mi madre!», pensó alegremente.

Allí mismo, en la zona próspera de la ciudad, le asaltó una emoción casi insoportable, que se remontaba a la tienda de cerámica en Shinkawa. Se vio obligado a recordar su penosa estampa de entonces, descalzo y empujando la carretilla llena de objetos de cerámica por delante de los hombres que le miraban, los habitantes más elegantes del pueblo. Se detuvo en una lencería cuyos estantes contenían piezas de alta calidad tejidas en Kyoto.

—Por favor, enviad esto sin tardanza —dijo en tono admonitorio, dejando sobre el mostrador el dinero para pagar sus compras.

Cuando salió, observó que había vuelto a ocurrir lo de siempre: tras media jornada de ocio, su bolsa estaba vacía.

Del tejado de una casa que hacía esquina colgaba un magnífico letrero con caracteres en madreperla que decían: «Bollos al vapor». Tales bollos eran una especialidad de Kiyosu, en cuyas tiendas atestadas los viajeros se mezclaban con los habitantes locales.

—¡Bienvenido! —dijo una muchacha que lucía un delantal rojo—. Entrad. ¿Los tomaréis aquí u os los llevaréis a casa?

Tokichiro se sentó en un taburete.

—Ambas cosas —respondió—. Primero me comeré uno aquí. Luego quiero que envíes una caja, y que sea grande, a mi casa en Nakamura. Pídeselo al conductor del caballo de carga cuando vaya por allí. Dejaré una propina para cubrir los gastos.

Un hombre que estaba de espaldas a Tokichiro se afanaba en su tarea, pero parecía ser el dueño de la tienda.

—Muchas gracias por el favor que nos hacéis, señor —le dijo.

—Pareces hacer buen negocio. Ahora mismo estaba pidiendo el envío de unos bollos a mi casa.

—Desde luego, señor.

—No importa cuándo, pero te confío este encargo. ¿Me harás el favor de incluir esta carta en la caja de los bollos?

Entregó al tendero una carta que había llevado guardada en la manga. En la envoltura había escrito: «A mi madre. Tokichiro».

El tendero la cogió y le preguntó si realmente no era urgente.

—No, como he dicho, no lo es. Puedes enviarla cuando te vaya bien. Tus bollos siempre han sido los favoritos de mi madre.

Mientras hablaba tomó un bocado, y el sabor del bollo evocó en él una oleada de recuerdos. Muy

pronto las lágrimas le escocieron en los ojos. A su madre le encantaba aquella clase de bollos. Recordó los días de su adolescencia, cuando pasaba ante aquella tienda deseoso de comprarle algunos, y ansiaba tanto comerse uno que parecía como si una mano le saliera de la garganta. En aquel entonces sólo podía empujar su carretilla con humilde paciencia.

Un samurai que le había estado mirando terminó de comer su plato de bollos, se levantó y le dijo:

—¿No sois el señor Kinoshita?

Le acompañaba una joven.

Tokichiro hizo gala de gran cortesía con una profunda reverencia. Era el arquero Asano Mataemon, el cual había sido amable con Tokichiro desde sus tiempos de criado y tendía a ser especialmente cortés con él. Como la tienda estaba alejada del recinto del castillo, Mataemon se mostró relajado y animado.

—Estáis solo, ¿eh?

—Así es.

—¿No queréis acompañarnos? Estoy con mi hija.

—Oh, ¿vuestra hija?

Tokichiro miró hacia el lugar donde, en un banco, una muchacha de dieciséis o diecisiete años se colocó de manera que le daba la espalda, dejando expuesta tan sólo la blanca nuca, en medio de aquella ruidosa multitud. Era encantadora. No es que sólo se lo pareciera así a Tokichiro, el cual sabía discernir muy bien la belleza, sino que cualquiera habría dicho lo mismo. Era hermosa, sin duda alguna, una mujer muy por encima de lo ordinario.

Mataemon le hizo una seña y Tokichiro se sentó ante la poseedora de aquellos brillantes ojos.

—Nene —dijo Mataemon. Era un nombre bonito que armonizaba con el carácter de la joven. Los ojos, de viva expresión, brillaban serenamente en medio de las facciones delicadas—. Éste es Kinoshita Tokichiro. Recientemente ha sido promovido desde el personal de la cocina al servicio en los establos. Deberías conocerle.

—Sí, bueno... —Nene se sonrojó—. Ya conozco al señor Kinoshita.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso de que le conoces? ¿Dónde y cuándo le has conocido?

—El señor Tokichiro me ha enviado cartas y regalos.

Mataemon pareció desconcertado.

—Estoy asombrado. ¿Has respondido a sus cartas?

—No le he contestado nada.

—Eso está muy bien, pero no enseñármelas, a tu padre..., ¡es inexcusable!

—Cada vez se lo he dicho a mi madre, y ella ha devuelto los regalos, excepto los de ocasiones especiales.

Mataemon miró a su hija y luego a Tokichiro.

—Como padre, siempre estoy preocupado, pero en realidad he sido un descuidado. No lo sabía. ¡Había oído decir que el Mono era un hombre astuto, pero jamás imaginé que se interesaría por mi hija!

Tokichiro se rascó la cabeza. Estaba muy azorado y el rubor le teñía la cara de un rojo intenso. Cuando Mataemon empezó a reírse, se sintió aliviado, pero seguía ruborizado. Aunque desconocía por completo lo que sentía Nene, lo cierto era que estaba enamorado de ella.

# LIBRO DOS

SEGUNDO AÑO DE KOJI  
1556



# Personajes y lugares

Asano Mataemon, servidor de Oda

Nene, hija de Mataemon

Okoi, esposa de Mataemon

Maeda Inuchiyo, paje de Oda Nobunaga

Yamabuchi Ukon, servidor de Oda

Tokugawa Ieyasu, señor de Mikawa

Sessai, monje Zen y asesor militar del clan Imagawa

Imagawa Yoshimoto, señor de Suruga

Imagawa Ujizane, hijo mayor de Yoshimoto

Yoshiteru, decimotercer shogun Ashikaga

Señor Nagoya, primo de Nobunaga

Ikeda Shonyu, servidor de Oda y amigo de Tokichiro

Takigawa Kazumasu, servidor de alto rango de Oda

Sumpu, capital de Suruga

Okazaki, capital de Mikawa

Kyoto, capital imperial de Japón

# Un hombre apuesto

—¡Okoi! —llamó Mataemon en cuanto llegó a casa. Su esposa salió apresuradamente a recibirle—. Prepara sake —le dijo bruscamente—. He traído a un invitado.

—Bueno, ¿quién es?

—Un amigo de nuestra hija.

Tokichiro entró tras él.

—¿El señor Kinoshita?

—Okoi, me has tenido en la oscuridad hasta hoy. Es una conducta inexcusable por parte de la esposa de un samurai. Parece ser que el señor Kinoshita y Nene se conocen desde hace algún tiempo. Tú lo sabías. Así pues, ¿por qué no me lo dijiste?

—Merezco ser reprendida. Lo siento muchísimo.

—Eso está muy bien, pero ahora ¿qué clase de padre cree Tokichiro que soy?

—La chica ha recibido cartas, pero nunca me las ha ocultado.

—Espero que así sea.

—Además, Nene es una chica inteligente. Soy su madre y creo que nunca ha hecho nada malo. Así pues, pensé que no valía la pena molestarte con cada carta que le enviaran los hombres de esta ciudad.

—Estás sobrestimando a nuestra hija. La verdad es que no entiendo a los jóvenes de hoy..., ¡chicos o chicas!

Se volvió hacia Tokichiro, el cual estaba en pie, azorado y rascándose la cabeza, reacio a entrar, y se echó a reír. Tokichiro se alegraba muchísimo de haber sido invitado por el padre de la mujer que amaba, y el corazón le latía con fuerza.

—¡Bueno, no te quedes ahí!

Mataemon le precedió a la sala de los invitados, la cual, aunque era la mejor habitación de la casa, tenía unas dimensiones bastante reducidas.

Las casas de los arqueros no eran más cómodas que el hogar de Tokichiro. Todos los servidores del clan Oda, al margen de su rango, vivían sencillamente. Y también en aquella casa lo único que llamaba la atención era una armadura.

—¿Adonde ha ido Nene?

—Está en su habitación.

La esposa ofreció agua a Tokichiro.

—¿Por qué no sale a saludar a nuestro invitado? Cuando estoy aquí, siempre echa a correr y se esconde.

—Probablemente se está cambiando y peinándose.

—Eso no será necesario. Dile que venga y ayude a servir el sake. Bastará con poner una sencilla comida casera ante Tokichiro.

—¡Cielos! No digas tales cosas.

Tokichiro se puso rígido, lleno de desconcierto. Con los irritables servidores del castillo era audaz y enérgico, pero allí no era más que un joven tímido.

Finalmente salió Nene para saludarle formalmente. Se había puesto un maquillaje ligero.

—Es muy poco lo que tenemos pero, por favor, sentíos como en vuestra casa.

Tras decir esto, fue en busca de una bandeja de comida y un recipiente de sake.

Tokichiro respondió a las preguntas de Mataemon como si estuviera en trance, mientras admiraba la conducta y el porte de Nene. Pensó que el perfil de la muchacha era delicioso. Le agradaba en especial su finura sin afectación, tan sencilla como un paño de algodón. Carecía por completo de la coquetería de otras mujeres, las cuales o bien mostraban una reserva desagradable o bien se daban aires. Algunos podrían haberla considerado demasiado delgada, pero su cuerpo encerraba la fragancia de las flores silvestres en una noche de luna. Los agudos sentidos de Tokichiro estaban abrumados, se sentía en éxtasis.

—¿Una taza más?

—Gracias.

—Dijiste que te gustaba el sake.

—Así es.

—¿Estás bien? No has bebido mucho que digamos.

—Lo tomaré poco a poco, gracias.

Sentado en el borde de su asiento, ante el recipiente laqueado de sake, Tokichiro miraba fijamente el rostro de Nene, tan blanco a la luz oscilante del farolillo. Cuando ella le miró de repente, el joven se pasó la mano por la cara y dijo, confuso:

—Bueno, esta tarde he bebido bastante.

Se ruborizó al darse cuenta de que era mucho más consciente de su conducta que Nene.

Una vez más pensó que, cuando llegara el momento, incluso él tendría que casarse. Y si había de tomar esposa, ésta debería ser bella. Se preguntó si Nene podría soportar la pobreza y las penalidades y le daría unos hijos sanos. En sus circunstancias actuales, era inevitable que tuviera problemas económicos al establecer un hogar, y sabía que en el futuro no le bastaría la riqueza para sentirse satisfecho y que le aguardaría una montaña de problemas.

Al considerar a una mujer como posible esposa, existían naturalmente consideraciones como las de su virtud y su aspecto, pero lo más importante era encontrar a una mujer que pudiera querer a su madre, una campesina casi iletrada, y que además estimulara alegremente el trabajo de su marido entre bastidores. Además de poseer esas dos cualidades, debía ser una mujer con la clase de espíritu que le permitiera soportar su pobreza. Si Nene fuese esa mujer... Pensaba en ello una y otra vez.

El interés de Tokichiro por Nene no había comenzado aquella tarde. Desde hacía largo tiempo consideraba a la hija de Mataemon como la mujer apropiada para él. Se había fijado en ella antes de saber quién era y le había enviado secretamente sus cartas y regalos, pero aquella noche estaba seguro por primera vez.

—Nene, tengo que hablar con Tokichiro de una cuestión privada, así que ¿te importaría dejarnos un rato a solas?

Al oír esto, Tokichiro imaginó que era ya el yerno de Mataemon y empezó a ruborizarse de nuevo.

Nene abandonó la estancia y Mataemon se irguió un poco más en su asiento.

—Quiero que sostengamos una conversación franca, Kinoshita. Sé que eres un hombre sincero.

—Te ruego que hables con toda libertad.

Tokichiro estaba satisfecho porque el padre de Nene le trataba con tal familiaridad, aun cuando aquélla no fuese la conversación que él había esperado. También él se enderezó, dispuesto a ser útil al

margen de lo que le pidiera Mataemon.

—Lo que quiero decir es..., bueno, Nene tiene más o menos la edad apropiada para casarse.

—Sin duda.

Tokichiro tenía la garganta seca y extrañamente obstruida. Aun cuando habría bastado con un gesto de asentimiento, tuvo la sensación de que debía hacer alguna clase de comentario. A menudo hablaba cuando no había necesidad de hacerlo.

—La cuestión es que he recibido una serie de peticiones de la mano de Nene que están muy por encima de la categoría de nuestra familia —siguió diciendo Mataemon—. Y en mi condición de padre no sé cuál elegir.

—Debe de ser difícil.

—Y sin embargo...

—¿Qué?

—Alguien que le parezca bien a su padre puede no ser del gusto de la muchacha.

—Lo comprendo. Una mujer tiene una sola vida que vivir y su felicidad depende del hombre con quien se case.

—Hay un paje que está siempre al lado de nuestro señor, un joven que responde al nombre de Maeda Inuchiyo. Supongo que le conoces.

—¿El señor Maeda? —Tokichiro parpadeó. La conversación había tomado un giro inesperado.

—El mismo. El señor Inuchiyo es de buena familia y ha solicitado repetidamente la mano de Nene.

Tokichiro emitió algo que parecía más un suspiro que una réplica. De repente había aparecido en la escena un rival formidable. La guapura de Inuchiyo, su clara voz y los buenos modales que le habían enseñado como paje de Nobunaga suscitaban la envidia de Tokichiro, quien nunca había tenido demasiada confianza en su aspecto. Al fin y al cabo, no podía evitar que la gente le llamase Mono. Así pues, nada le resultaba más odioso que oír llamar a alguien «un hombre apuesto». E Inuchiyo era, desde luego, un hombre apuesto.

—¿Tenéis la intención de concederle la mano de Nene?

Sin proponérselo, de alguna manera habían llegado más allá de la simple conversación.

—¿Cómo? No —dijo Mataemon, sacudiendo la cabeza. Se llevó la taza a los labios como si hubiera despertado de una profunda ensoñación—. Como padre, me haría feliz tener por yerno a un caballero de tan buenos modales como Inuchiyo, y ya he aceptado. Recientemente, sin embargo, mi hija no obedece con tanta facilidad el juicio de sus padres, si bien sólo en esta cuestión.

—¿Queréis decir que estas conversaciones sobre su compromiso matrimonial no son de su agrado?

—No lo ha dicho claramente, pero tampoco ha dado su aprobación en ningún caso. En fin, supongo que la idea no le gusta.

—Comprendo.

—¿Sabes? Estas conversaciones sobre el matrimonio son una verdadera lata.

Mientras Mataemon hablaba, una expresión preocupada se extendía por su semblante.

Al final se trataba de una cuestión de honor. Mataemon admiraba a Inuchiyo, a quien consideraba un joven de brillante futuro. Y cuando Inuchiyo le pidió la mano de Nene, Mataemon accedió e incluso se regocijó antes de interrogar a su hija. Pero cuando le dijo a ésta orgullosamente: «Creo que sería un marido sin par», ella no pareció en absoluto feliz, sino al contrario, molesta. Aunque eran padre e hija, él

comprendía ahora que existía una gran diferencia de opinión entre ellos en lo concerniente a elegir un marido para toda la vida. El resultado era que Mataemon no sabía qué hacer. Como padre y samurai le avergonzaba enfrentarse a Inuchiyo.

Inuchiyo, por su parte, proseguía abiertamente en su empeño. Dijo a sus amigos que iba a casarse con la hija del señor Asano y les pidió que intercedieran por él.

Mataemon explicó a Tokichiro su apurada situación. El día del compromiso se aproximaba. Hasta entonces él había podido tener a raya al pretendiente con excusas como: «Últimamente su madre está mal de salud» y «Mi esposa dice que éste es un año de mala suerte». Pero se le agotaban las excusas y estaba para volverse loco pensando qué hacer a continuación.

—La gente dice de ti que eres un hombre de gran habilidad. ¿Se te ocurre alguna idea?

Mataemon apuró su taza y la dejó sobre la mesita.

Si Tokichiro estaba bebido, su semblante no lo evidenciaba. Hasta entonces había gozado de sus propias fantasías ociosas, pero al escuchar el problema de Mataemon se puso repentinamente muy serio.

Pensó que tenía un rival difícil. Inuchiyo era el «hombre apuesto» que le desagradaba tanto, pero a él no se le podría considerar precisamente modélico. Criado en un país en guerra, era valiente pero tendía a la testarudez y la complacencia para consigo mismo.

Inuchiyo había realizado su primera campaña con el ejército de Nobunaga a los trece años de edad, y tenía la hombría suficiente para regresar con la cabeza de un enemigo. En una batalla reciente, cuando se rebeló un servidor del hermano de Nobunaga, Inuchiyo había peleado ferozmente en la vanguardia de Nobunaga. Un guerrero enemigo le disparó una flecha, alcanzándole en el ojo derecho. Sin arredrarse, Inuchiyo saltó del caballo, decapitó al hombre y presentó la cabeza a Nobunaga..., todo ello con la flecha clavada en el ojo.

Era un hombre atrevido y guapo, aunque ahora tenía el ojo derecho reducido a una estrecha abertura. Parecía como si hubieran depositado una sola aguja sobre su piel clara. Ni siquiera Nobunaga podía controlar la impetuosidad de Inuchiyo.

—Así pues, ¿qué podría hacer con respecto a Inuchiyo? —inquirió Mataemon.

Los dos permanecieron sentados, la desesperanza reflejada en sus semblantes. Ni siquiera Tokichiro, que normalmente tenía tantos recursos, sabía qué sugerirle.

—Bueno, no os preocupéis —le dijo finalmente—. Ya se me ocurrirá algo.

Tokichiro regresó al castillo. No había hecho nada para fomentar su propia causa y se había limitado a compartir los problemas de Mataemon, pero consideraba un honor que el padre de su amada confiara en él, aun cuando aquellas dificultades se convirtieran en una carga para él.

Tokichiro se dio cuenta de que estaba profundamente enamorado de Nene.

Trataba de comprender las misteriosas manifestaciones de su corazón y se preguntaba si el amor se reducía a aquello. Pronunciar la palabra «amor» le producía una sensación desagradable. Le disgustaba ese término que parecía estar en labios de todo el mundo. ¿Acaso no había renunciado al amor desde su juventud? Ciertamente su aspecto y su porte, las armas con las que luchaba contra el mundo, habían sido ridiculizados por las mujeres que había conocido. Pero también a él le conmovían la belleza y las aventuras sentimentales, y su provisión de paciencia era tan grande como jamás podrían imaginar las frívolas bellezas y los aristócratas.

Aunque sólo había recibido desprecio, no era la clase de hombre que abandonara, y juró que algún

día les daría una lección. Las mujeres del mundo se pelearían por las atenciones de aquel feo hombrecillo. Este pensamiento era su acicate para seguir adelante. Era este sentimiento el que había conformado su punto de vista sobre las mujeres y el amor incluso antes de que él lo supiera. Tokichiro no sentía más que desprecio hacia los hombres que adoraban la belleza de las mujeres, desdeñaba a los que convertían el amor en una fantasía y un misterio, considerándolo lo mejor de la vida humana y divirtiéndose con su propia melancolía.

Sin embargo, se decía, en el caso de Nene era distinto..., incluso podía afirmar que estaba enamorado. El amor y el odio son sentimientos que dependen por completo del individuo, y cuando se acostumbró a la idea, también Tokichiro llegó a un compromiso. Poco antes de dormirse cerró los ojos e imaginó el perfil de Nene.

Tokichiro también tuvo libre el día siguiente. Su nueva casa en el bosquecillo de paulonias, que había visitado el día anterior, necesitaba algunas reparaciones, y tenía que ocuparse de la disposición del mobiliario, pero se quedó en el castillo a fin de visitar a Inuchiyo, el cual estaba siempre al lado de Nobunaga. Inuchiyo miraba despectivamente a los servidores de Nobunaga desde la plataforma de madera elevada, con una mirada más arrogante que la de su señor. Cuando alguien como Tokichiro acudía para solicitar algo a Nobunaga, Inuchiyo escuchaba sonriente, mostrando los hoyuelos a los lados de la boca.

«¿Otra vez, Mono?» Inuchiyo ni siquiera tenía que decirlo en voz alta. De alguna manera la mirada de su único ojo penetraba a su interlocutor. Tokichiro le consideraba arrogante y no se relacionaba mucho con él.

Estaba hablando con el centinela en el portal principal cuando alguien pasó por su lado y se dirigió a él:

—¿Habéis librado hoy, señor Tokichiro?

Tokichiro miró a su alrededor con despreocupación y vio que era Inuchiyo. Corrió tras él y le dijo:

—Quisiera hablar con vos de un asunto delicado, señor Inuchiyo.

Inuchiyo fijó en él su habitual mirada de superioridad.

—¿Tiene que ver con el servicio o es algo personal?

—Como he dicho, es un asunto delicado, por lo que es personal.

—En tal caso, éste no es un momento oportuno. Acabo de regresar de un recado para su señoría, y no tengo tiempo para charlar. Más tarde.

Tras esta negativa categórica, se alejó bruscamente. Era un tipo desagradable, pero Tokichiro tenía que admitir que no carecía de aspectos positivos. Una vez solo, se quedó mirando inexpresivamente el lugar por donde había desaparecido Inuchiyo. Entonces se marchó también, caminando a grandes zancadas, en dirección a la ciudad fortificada. Al llegar a su nueva casa, encontró a un hombre que estaba lavando el portal y otro que entraba equipaje.

Tokichiro se preguntó si se habría equivocado de casa.

Estaba mirando a su alrededor cuando oyó que le llamaban desde la cocina.

—¡Eh! Señor Kinoshita. Aquí.

—Ah, eres tú.

—¿Qué significa eso? «Eres tú.» ¿Dónde os habíais metido? ¡Dejar que la gente os amueble y limpie vuestra casa! —El hombre era uno de sus antiguos colegas en la cocina—. Bien, bien. Habéis progresado

espléndidamente a toda prisa.

Tokichiro entró como si fuese un invitado en su propia casa. Había una nueva cómoda lacada y una estantería, regalos de amigos que se habían enterado de su promoción pero que, al descubrir que el despreocupado dueño de la casa estaba ausente, se habían dedicado a limpiarla, entrar el mobiliario y, finalmente, estaban lavando el portal.

—Gracias. Sois muy amables.

Azorado, Tokichiro se dispuso a ayudarles en lo que pudiera. Lo único que quedaba por hacer era llenar los recipientes de sake y colocarlos en las bandejas.

—Señor Kinoshita —le dijo uno de los proveedores del castillo, el cual se sentía en deuda con él desde la época en que Tokichiro trabajaba como supervisor de carbón y leña. Tokichiro se asomó a la cocina y descubrió a una sirvienta rolliza que estaba lavando y restregando—. Es una muchacha de nuestro pueblo. Estos días debéis de estar muy atareado. Así pues, ¿por qué no la tomáis a vuestro servicio de ahora en adelante?

Tokichiro aprovechó el ofrecimiento y dijo:

—También quisiera tener un criado y un factótum. Si conocéis a alguien, os estaría muy agradecido.

Entonces se sentaron en círculo y dio comienzo la fiesta de estreno de la casa.

Tokichiro estaba avergonzado de sí mismo, y se decía: «Menos mal que hoy he venido aquí. Qué mal habría quedado si yo, el inquilino, no me presento». No se consideraba descuidado, pero ahora se daba cuenta de que debía serlo por lo menos un poco.

Mientras bebían, las esposas de sus nuevos colegas en la vecindad pasaban por la casa para felicitar a Tokichiro por su promoción.

—¡Eh, señor Kinoshita! —gritó una de las visitantes—. ¡Señor de la casa!

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo que qué ocurre? ¿Habéis recorrido las demás casas de la vecindad para presentar vuestros respetos?

—No, todavía no.

—¡Cómo! ¿Todavía no? ¿Sois la clase de persona que baila y canta, esperando que la gente venga y os presente sus respetos? Bien, será mejor que os pongáis vuestras mejores ropas y hagáis una ronda de visitas en seguida. Podéis solucionar dos problemas a la vez, saludando a cada vecino y diciéndole que os habéis mudado aquí y habéis sido destinado a los establos.

Pocos días después le llegó la ayuda que necesitaba. Un hombre del mismo pueblo de la sirvienta se presentó en la casa pidiendo trabajo, y empleó además a otro hombre. De un modo u otro había adquirido una pequeña residencia y tres criados, y era el dueño de su propia casa, a pesar de su modesto estipendio. Ahora, cuando Tokichiro salía de casa —vestido, desde luego, con la casaca de algodón azul de segunda mano que tenía la paulonia blanca estampada en la espalda— la doncella y los criados le despedían.

Aquella mañana, pensando que todo sería perfecto con sólo que Nene llegara a ser su esposa, rodeó el foso exterior del castillo. Mientras caminaba por el borde, Tokichiro no vio al hombre sonriente que venía por la otra dirección, y aunque uno podría haber imaginado que aún estaba pensando en Nene, lo cierto es que su cabeza estaba llena de pensamientos sobre el asedio y la defensa del castillo. Aquello no tenía de foso más que el nombre. Era tan somero que si transcurrían diez días sin lluvia podía verse el fondo. En tiempo de guerra, bastaría arrojar mil sacos de arena al agua para abrir una vía de ataque. Por

otro lado, el castillo tampoco disponía de mucha agua potable, y su punto flaco era, pues, el suministro de agua. No había suficiente para una buena defensa en caso de asedio... Tokichiro iba diciéndose estas cosas cuando un hombre muy alto se le acercó y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Señor Mono. ¿Estáis de servicio ahora?

Tokichiro alzó la vista para mirar la cara de su interlocutor, y en aquel instante dio con una solución a su problema.

—No, éste es un buen momento —respondió sinceramente.

El hombre era, por supuesto, Maeda Inuchiyo. El hecho de que no hubiera habido ninguna oportunidad de hablar desde su encuentro anterior y de que ahora se encontraran casualmente allí, fuera del castillo, era un buen augurio. Pero antes de que pudiera seguir hablando, Inuchiyo le interrumpió.

—Señor Mono, en el castillo me dijisteis algo acerca de un asunto delicado del que queríais hablarme. Puesto que no estoy de servicio, os escucharé.

—Está bien, lo que quiero decir es... —Tokichiro miró a su alrededor y sacudió el polvo de una piedra en el borde del foso—. Es un asunto demasiado serio para que hablemos de pie. ¿Por qué no os sentáis?

—¿A qué viene todo esto?

Tokichiro habló francamente. Su ansiedad y la importancia que daba al asunto se reflejaban en su semblante.

—Decidme, señor Inuchiyo. ¿Amáis a Nene?

—¿Nene?

—La hija del señor Asano.

—Ah, ella.

—Supongo que la amáis.

—¿Y eso que os importa?

—Es que de ser así me veo en la obligación de advertiros. Parece ser que, ignorante de la situación, habéis recurrido a un intermediario y pedido al padre de la muchacha permiso para casaros.

—¿Hay algo malo en ello?

—Lo hay.

—¿Qué es?

—Veréis, el hecho es que Nene y yo estamos enamorados desde hace muchos años.

Inuchiyo miró fijamente a Tokichiro y, de improviso, la risa estremeció todo su cuerpo. Tokichiro vio por la expresión del hombre que no iba a tomarle en serio, y adoptó una actitud todavía más grave.

—No, esto no es cosa de risa. Nene no es la clase de mujer que me traicionaría y se entregaría a otro hombre, sea cual fuere la causa.

—¿De veras?

—Nos hemos hecho mutuamente firmes promesas.

—Bueno, si eso es todo lo que hay entre vosotros, no es cosa que me preocupe.

—Sin embargo, hay otra persona a quien sí le preocupa, y es al padre de Nene. Si no retiráis vuestra solicitud, el señor Mataemon va a verse atrapado entre los dos lados y se verá obligado a cometer el suicidio ritual.

—¿El seppuku?



—Parece ser que el señor Mataemon no tenía idea del acuerdo entre nosotros, por lo que accedió a vuestra propuesta, pero debido a la situación que acabo de explicaros, Nene se niega a aceptarla.

—Entonces, ¿de quién será esposa?

Así desafiado, Tokichiro se señaló a sí mismo.

—Mía.

Inuchiyo volvió a reírse, pero no tan fuerte como antes.

—Poned un límite a vuestras bromas, señor Mono. ¿Os habéis mirado en un espejo?

—¿Me estáis llamando embustero?

—¿Por qué habría Nene de comprometerse con alguien como vos?

—Si es cierto, ¿qué vais a hacer?

—Si lo es, os felicitaré.

—¿Queréis decir que no pondréis objeciones si Nene y yo nos casamos?

—Señor Mono...

—¿Qué?

—La gente se reirá.

—No se puede hacer nada contra una relación basada en el amor, aunque se rían de nosotros.

—Lo decís realmente en serio, ¿verdad?

—Así es. Cuando a una mujer le desagrada el hombre que la corteja, le esquivo hábilmente, como un sauce bajo el viento. Cuando sucede tal cosa, es mejor que uno no se considere un necio ni piense que ha sido engañado. Dejando eso aparte, os ruego que no estéis resentido con el señor Mataemon si Nene y yo nos casamos, pues eso sería injusto.

—¿De esto es de lo que queríais hablarme?

—Sí, y os estoy muy agradecido por lo que habéis dicho. Os ruego que no olvidéis la promesa que acabáis de hacerme.

Tokichiro hizo una reverencia, pero cuando alzó la cabeza, Inuchiyo ya se había ido.

\* \* \*

Pocos días después, Tokichiro visitó la casa de Mataemon.

—Con respecto a nuestra conversación del otro día —le dijo Tokichiro en tono formal—, me he reunido con el señor Inuchiyo y le he explicado minuciosamente vuestro apuro. Ha dicho que si vuestra hija no tiene intención de convertirse en su esposa y si ya existía una promesa entre nosotros dos, no había realmente nada que hacer. Parecía resignado a la situación.

Mientras Tokichiro le daba estas explicaciones en actitud flemática, el semblante de Mataemon reflejaba que no sabía bien cómo interpretar aquello. Tokichiro siguió hablando:

—Esto quiere decir que el señor Inuchiyo lo lamenta mucho, por lo que sería inaceptable para él que dierais a vuestra hija en matrimonio a cualquier otro. Si ella y yo estuviéramos prometidos, él estaría decepcionado pero se resignaría. Lo tomaría como un hombre y me felicitaría. Pero se ofendería mucho si dierais a otro la mano de Nene.

—Espera un momento, Kinoshita. Si te he oído bien, ¿el señor Inuchiyo dice que está bien que Nene se case contigo, pero con ningún otro?

—En efecto.

—¡Increíble! ¿Quién te ha dicho que podías casarte con Nene? ¿Y cuándo?

—Me avergüenza decir que nadie.

—¿Qué significa esto? ¿Creíste acaso que te pedí que mintieras al señor Inuchiyo?

—Bueno...

—Pero ¿qué clase de tontería le has dicho al señor Inuchiyo? Y decir que tú y Nene estáis prometidos no es más que una broma. ¡Esto es escandaloso! —Mataemon, que era de ordinario un nombre apacible, estaba montando en cólera—. Como eres tú quien ha salido con esto la gente pensará que probablemente es una broma. Pero incluso como una broma es terriblemente embarazoso para una joven soltera. ¿Te parece divertido?

—Claro que no. —Tokichiro inclinó la cabeza—. Soy yo quien ha cometido este error. No tenía intención de llegar a esto. Lo siento.

Mataemon parecía disgustado.

—No quiero que digas cuánto lo sientes. El error ha sido mío por sincerarme con alguien a quien creía con más sentido común.

—De veras, yo...

—Bien, vete a casa. ¿A qué estás esperando? Después de haber dicho eso, ya no eres bienvenido en esta casa.

—De acuerdo, seré discreto hasta el día en que se anuncie la boda.

Las reservas de afabilidad de Mataemon se habían agotado por completo.

—¿Crees que alguien entregará a Nene a un hombre como tú? —le gritó—. Ella no daría su consentimiento aunque se lo ordenara.

—Bueno, ésa es la cuestión, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—No hay nada tan misterioso como el amor. Probablemente Nene oculta en su corazón que sólo me querrá a mí por marido. Es descortés decirlo, pero no os he hecho una proposición a vos sino a vuestra hija. Nene es quien confía en que la pida por esposa.

Mataemon le miró estupefacto. ¡Aquél debía de ser el hombre más ambicioso que había conocido en su vida! Al margen de la clase de hombre que fuese, quizá Tokichiro se iría a casa si adoptaba una expresión agria y hosca. Pero Tokichiro siguió sentado sin hacer el menor ademán de marcharse.

Para empeorar las cosas, Tokichiro le dijo fríamente:

—No estoy mintiendo. Quisiera que preguntarais una sola vez a Nene cuáles son sus verdaderos sentimientos.

Mataemon estaba más que harto. Se volvió como si fuese incapaz de seguir soportando aquello y llamó a gritos a su esposa que estaba en la habitación contigua.

—¡Okoi! ¡Okoi!

La mujer miró inquieta a su marido a través de la puerta abierta, pero no se levantó.

—¿Por qué no llamas a Nene? —le preguntó su marido.

—Pero...

Intentó serenarle, pero Mataemon le hizo caso omiso y gritó:

—¡Nene! ¡Nene!

La joven, temiendo que hubiera sucedido algo, llegó y se arrodilló detrás de su madre.

—¡Ven aquí! —le dijo severamente Mataemon—. Sin duda no habrás hecho ninguna promesa al señor Kinoshita aquí presente sin el consentimiento de tus padres.

Estas palabras conmocionaron visiblemente a Nene, la cual abrió mucho los ojos y deslizó su mirada entre su padre y Tokichiro, que estaba sentado con la cabeza gacha.

—¿Y bien, Nene? Está en juego el honor de nuestra familia. Es también por tu propio honor cuando te cases. Será mejor que hables claramente. Sin duda no ha ocurrido semejante cosa.

Nene guardó silencio un momento, pero al final habló clara y recatadamente:

—No, no ha ocurrido, padre.

—Nada, ¿verdad?

Mataemon sacó el pecho, con una expresión de victoria combinada con un suspiro de alivio.

—Pero, padre...

—¿Qué?

—Hay algo que quisiera decirnos ahora que madre también está aquí.

—Adelante.

—He de pedirnos algo. Si el señor Kinoshita acepta a una persona indigna como yo por esposa, os ruego que deis vuestro consentimiento.

—¿Có... cómo? —tartamudeó Mataemon.

—Ése es mi deseo.

—¿Es que has perdido el juicio?

—Una no habla a la ligera de una cuestión tan importante. Me resulta muy embarazoso hablar de tales cosas, incluso con mis padres, pero esto es tan importante para todos nosotros que debo decirlo abiertamente.

Mataemon dejó escapar un gemido y se quedó mirando boquiabierto a su hija.

¡Extraordinario! Tokichiro alabó en silencio el espléndido discurso de Nene, y todo su cuerpo se estremeció de emoción. Pero, por otro lado, no podía comprender por qué aquella muchacha libre de preocupaciones y sin afectación había depositado en él su confianza.

Había anochecido. Tokichiro caminaba sumido en sus pensamientos. Tras salir de la casa de Mataemon regresaba a la suya en el bosque de paulonias.

Nene había dicho que si sus padres daban su permiso, se convertiría en la esposa del señor Kinoshita. Aun cuando ponía un pie delante del otro, estaba tan absorto en su felicidad que apenas era consciente. Nene había hablado seriamente, pero él aún tenía algunas dudas. ¿Le amaba de veras? Si tanto le amaba, ¿por qué no se lo había dicho antes? Él le había enviado en secreto cartas y regalos, pero hasta entonces Nene no le había dado una sola respuesta que pudiera interpretarse como favorable, y ello le había llevado a pensar, naturalmente, que no le gustaba a la muchacha. ¿Y qué decir de la manera en que había tratado a Inuchiyo y Mataemon? Era un ejemplo de su ambición avasalladora. Dispuesto a ganar o perder, había insistido en sus propias esperanzas sin preguntarse qué sentía realmente Nene. Debía casarse con ella. Tenía que hacerlo.

Sin embargo, decir delante de sus padres, y cuando él mismo estaba presente, que quería casarse con él, requería mucho valor por parte de la muchacha. Su admisión asombraba a Tokichiro más de lo que había sorprendido al padre.

Hasta que Tokichiro se marchó, Mataemon había permanecido sentado con semblante agrio y decepcionado, sin aceptar la petición de su hija. Guardaba silencio y suspiraba confuso, compadeciéndose y desdeñando la mentalidad de su hija, diciéndose que sobre gustos no hay nada escrito.

Tokichiro también estaba inquieto.

—Volveré otro día y os lo pediré de nuevo —había dicho cuando se disponía a marcharse.

—Procuraré pensar en ello —le había replicado Mataemon—. Sí, pensaré en ello.

Estas palabras eran una negativa implícita, pero Tokichiro hallaba en ellas cierta esperanza. Hasta entonces no había comprendido en absoluto los sentimientos de Nene, pero si ésta se había decidido, él confiaba en que de alguna manera sería capaz de lograr que Mataemon cambiara de actitud. «Pensaré en ello» no era una negativa tajante. Tokichiro tenía la sensación de que ya había convertido a Nene en su esposa.

Tokichiro estaba todavía sumido en sus pensamientos cuando entró en su casa y tomó asiento en la sala principal. Pensaba en su propia confianza en sí mismo, los sentimientos de Nene y la fecha apropiada para su matrimonio.

—Hay una carta para vos de Nakamura.

En cuando Tokichiro se sentó, el criado depositó la carta y un paquete de harina de mijo ante él. Una intensa nostalgia le dijo que la carta era de su madre.

No hay palabras para expresar nuestra gratitud por los regalos que siempre nos envías, los bollos y la ropa para Otsumi. Sólo tenemos lágrimas con las que darte las gracias.

Tokichiro le había escrito varias veces, hablándole de su casa y pidiéndole que fuese a vivir con él. Aunque su estipendio de treinta kan no le permitiría desempeñar plenamente sus deberes filiales, la mujer no carecería de alimento y ropa. También tenía varios criados, por lo que las manos de su madre, que se habían vuelto ásperas tras muchos años trabajando la tierra, no tendrían que restregar y limpiar de nuevo. Por otro lado, encontraría un marido para Otsumi y compraría buen sake para su padastro. También a él le gustaba beber con moderación, y nada le satisfaría más que tener a toda la familia bajo el mismo techo, hablando de su antigua pobreza durante la cena.

La carta de Onaka seguía diciendo:

Aunque nos encantaría vivir contigo, estoy segura de que eso sería un obstáculo para tu trabajo. Desde luego, tu madre comprende que el deber de un samurai es el de estar dispuesto a morir en cualquier momento. Aún es demasiado pronto para pensar en mi felicidad. Cuando pienso en el pasado y en tu posición actual, doy gracias a los dioses, los Budas y Su Señoría por sus favores. No te preocupes por mí y trabaja con ahínco, pues nada hará a tu madre más feliz. No he olvidado lo que me dijiste en el portal aquella noche helada y pienso a menudo en ello.

Tokichiro lloró y leyó la carta una y otra vez. El dueño de la casa no debía permitir que los criados le vieran llorar. Además, la formación de un samurai le impedía dejar que cualquiera viese sus lágrimas. Pero Tokichiro no era así, y tan abundantes eran sus lágrimas que los criados se sentían incómodos y

nerviosos.

—Ah, estaba equivocado. Lo que ella dice es perfectamente correcto. Qué inteligente es mi madre. Todavía no es el momento de pensar en mí mismo y mi familia.

Habló así en voz alta mientras doblaba la carta. Las lágrimas no cesaban, y se restregó los ojos con la manga, como un chiquillo.

Entonces vio claramente la situación. Allí no había guerras desde hacía algún tiempo, pero nadie podía saber cuándo estallaría una guerra en una ciudad fortificada. Los aldeanos de Nakamura estaban a salvo. Su madre le decía que, para empezar, esa clase de pensamiento egoísta es errónea. Lo primero debería ser el servicio al señor. Tokichiro se llevó reverentemente la carta a la frente y se dirigió a su madre como si estuviera en la habitación con él.

—No, comprendo lo que me has dicho, y me atenderé a ello por completo. Cuando mi posición esté asegurada y tenga la confianza de mi señor y de otros, te visitaré de nuevo, por lo que te ruego que entonces vengas a vivir conmigo.

Entonces cogió el paquete de harina de mijo y se lo dio al criado.

—Lleva esto a la cocina. ¿Qué estáis mirando? ¿Es algo raro llorar cuando uno debe hacerlo? Ésta es harina de mijo que mi madre ha molido de noche con sus propias manos. Dáselo a la doncella y dile que no la desperdicie y que me haga con ella bolas de masa hervida de vez en cuando. Me gustan desde que era pequeño y supongo que mi madre se ha acordado de eso.

Se olvidó por completo de Nene y siguió pensando en su madre mientras cenaba a solas. ¿Qué comía su madre? Aunque le enviara dinero, ella lo gastaría en dulces para su hijo o sake para su marido y ella se contentaría con comer verduras sin sazonar. Se dijo que si su madre no tenía una vida larga, él no sabría cómo seguir adelante.

Cuando se acostó, todavía estaba sumido en sus pensamientos. ¿Cómo podía casarse antes de que su madre fuese a vivir con él? Era muy pronto, demasiado pronto. Sería mejor que se casara con Nene más adelante.

# Los muros de Kiyosu

Todos los años, en otoño, se producían violentas tormentas, pero otros vientos, mucho más amenazadores, soplaban alrededor de Owari. Desde los Saito de Mino al oeste, desde los Tokugawa de Mikawa al sur y desde Imagawa Yoshimoto de Suruga al este..., todos los signos apuntaban hacia el creciente aislamiento de Owari.

Aquel año las tormentas habían dañado más de doscientas varas del muro exterior del castillo. Una gran cantidad de carpinteros, yeseros, peones y albañiles acudieron al castillo para emprender la reconstrucción. La madera y la mampostería llegaron a través del portal de Karabashi, y los materiales de construcción se amontonaron aquí y allá, de manera que las veredas en el castillo y alrededor del foso estaban muy congestionadas. Las gentes que pasaban por allí a diario se quejaban abiertamente de la inconveniencia:

—¡No se puede andar por ninguna parte!

—Si no terminan rápidamente, los muros de piedra correrán peligro cuando llegue la próxima tormenta.

Entonces colocaron un letrero bien visible en la zona acordonada de la construcción: «Esta zona está en reparación. Prohibida la entrada sin autorización».

El trabajo tenía el aspecto de una operación militar, bajo la autoridad de Yamabuchi Ukon, el supervisor de obras, por lo que quienes atravesaban la zona lo hacían en hilera, con gran deferencia y reserva.

La construcción se aproximaba a su vigésimo día, pero aún no había ninguna señal de avance, lo cual era, ciertamente, un inconveniente. Pero ahora nadie se quejaba, todo el mundo comprendía que las obras durarían largo tiempo, pues no era nada fácil reparar doscientas varas de muro.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Ukon a uno de sus subordinados, el cual se volvió y miró hacia donde su jefe señalaba.

—Creo que es el señor Kinoshita, de los establos.

—¿Qué? ¿Kinoshita? Ah, sí. Ése a quien todo el mundo llama Mono. La próxima vez que pase por aquí, llámale.

El subordinado sabía que su superior estaba enfadado porque cada día, cuando Tokichiro se dirigía a su trabajo, pasaba por el solar y no se dignaba saludar a nadie. No sólo eso, sino que también pasaba por encima de los montones de madera. Por supuesto, no podía hacer otra cosa si la madera había sido dejada en las veredas, pero iba a ser usada para la reparación del castillo, y si alguien la pisaba primero debería pedir permiso para hacerlo a los encargados.

—No tiene modales —dijo más tarde el subordinado—. En cualquier caso, ha sido ascendido de sirviente a samurai y acaban de concederle una residencia en la ciudad. Es nuevo, por lo que su conducta no resulta sorprendente.

—No, no hay nada peor que el orgullo de un advenedizo. Todos ellos tienden al engreimiento. Si le dislocaran la nariz una sola vez saldría beneficiado.

El subordinado de Ukon esperó ansiosamente a Tokichiro. Éste se presentó finalmente por la noche, hacia la hora en que la gente terminaba su servicio. Llevaba su casaca azul, cosa que hacía durante todo el año. Como la mayor parte de las tareas desempeñadas por los hombres que trabajaban en los establos

eran externas, le bastaba con vestir así, pero su posición le habría permitido vestir apropiadamente de haberlo querido. No obstante, daba la impresión de que Tokichiro nunca tenía dinero para emplearlo en su persona.

—¡Ahí viene!

Los hombres de Ukon se hicieron guiños. Tokichiro caminaba lentamente, luciendo el blasón de la paulonia en la espalda.

—¡Esperad! ¡Señor Kinoshita! ¡Esperad!

—¿Quién, yo? —Tokichiro se volvió—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

El hombre le pidió que esperase y fue en busca de Ukon. Obreros y peones habían finalizado la jornada y se preparaban para regresar a sus aposentos en grandes grupos. Ukon había llamado a los capataces de los yeseros y carpinteros y estaba hablando del trabajo del día siguiente, pero cuando oyó a su subordinado se levantó.

—¿Es el Mono? ¿Le has detenido? Tráele aquí. Si no le amonesto ahora, va a adquirir malos hábitos.

Tokichiro se presentó sin una palabra de saludo y sin hacer una sola inclinación de cabeza. Parecía como si estuviera diciendo con arrogancia: «Has hecho que me detuviera. ¿Qué quieres?».

Esta actitud enojó todavía más a Ukon. Desde el punto de vista del rango, había una diferencia incomparable entre ambos. Ukon era hijo de Yamabuchi Samanosuke, el gobernador del castillo de Narumi, y por lo tanto hijo de un importante servidor de Oda. Era muy superior a aquel hombre que estaba allí con su vieja casaca azul. «¡Qué presunción!», se dijo Ukon, con el rostro enrojecido.

—Mono, ¡eh, Mono! —le llamó, pero Tokichiro no le respondió.

Aquello era impropio de él, pues todo el mundo llamaba Mono a Tokichiro, desde Nobunaga hasta sus amigos, y el sobrenombre no solía molestarle. Pero aquel día era diferente.

—¿Estás sordo, Mono?

—¡Eso es una tontería!

—¿Qué?

—Llamarle a uno y luego decirle sandeces. ¿A qué viene eso de mono?

—Todo el mundo te llama así, así que también lo he hecho. A menudo estoy ausente, en el castillo de Narumi, por lo que no recuerdo tu nombre. ¿Es tan malo que te llamen como lo hacen los demás?

—Sí, lo es. Hay personas a las que uno permite que le llamen de cierta manera y otras que no.

—Entonces, ¿soy uno de los que no tiene permiso?

—Exactamente.

—¡Cuidado con la lengua! El punto en cuestión es el de tu insolencia. ¿Por qué pisoteas la madera cada mañana cuando te diriges a tu puesto? ¿Y por qué no nos saludas como es debido?

—¿Es eso un delito?

—¿Es que no tienes sentido de la cortesía? Te digo esto porque es posible que llegues a convertirte en un samurai. Unos modales apropiados son muy importantes para un guerrero. Cuando pasas por aquí miras lo que estamos haciendo con una expresión de suficiencia y mascullando quejas. Pero las obras en un castillo se rigen por la misma disciplina que en el campo de batalla. ¡Necio insolente! Si vuelves a actuar así no saldrás bien librado tan fácilmente. Cuando un mozo de sandalias se eleva a la posición de un samurai, es inevitable que ocurra algo por el estilo.

Ukon se echó a reír y miró a su alrededor, a los capataces y sus subordinados. Entonces, para resaltar

lo elevado de su propia posición, se volvió a reír y dio la espalda a Tokichiro.

Los capataces, creyendo que el asunto estaba zanjado, rodearon a Ukon y volvieron a comentar los planes. Pero Tokichiro, que miraba la espalda de Ukon echando fuego por los ojos, no hacía ademán de marcharse.

—Hemos terminado contigo, Kinoshita —le dijo uno de los subordinados.

—Te has llevado una reprimenda —dijo otro—. Ahora no lo olvides.

—Anda, vete a casa —añadió un tercero.

Parecía como si quisieran calmarle para que se marchara, pero Tokichiro les hacía caso omiso y seguía mirando furibundo la espalda de Ukon. Su orgullo juvenil salió a la superficie como una burbuja que no encuentra ningún obstáculo y estalló convertido en una risa incontrolable.

Los capataces y subordinados de Ukon le miraron sobresaltados. Incluso Ukon le miró severamente desde su asiento y le gritó:

—¿De qué te ríes?

La risa de Tokichiro fue en aumento.

—Me río porque eres ridículo.

—Será impertinente... —Ukon se levantó de su asiento, encolerizado—. Mi perdón sólo ha servido para que este desgraciado se llene de engreimiento. ¡Esto es escandaloso! Las reglas militares se aplican en el lugar de trabajo igual que el campo de batalla. ¡Desgraciado! Voy a acabar contigo. ¡Ven aquí!

Llevó la mano a la empuñadura de su espada larga, pero su adversario permaneció tan inmóvil como si se hubiera tragado un palo.

Ukon se encolerizó todavía más.

—¡Cogedle! ¡Voy a castigarle! ¡Sujetadle para que no huya!

Los servidores de Ukon se apresuraron a acercarse a Tokichiro, pero éste guardaba silencio y miró a los hombres que se aproximaban como si los desdeñara. Antes del incidente todos consideraban que había algo raro en él, pero ahora era algo casi misterioso, y aunque le rodearon ninguno de ellos le puso la mano encima.

—Señor Ukon, sois hábil soltando vuestras pomposas palabras, pero no lo sois tanto para hacer otras cosas.

—¡Cómo! ¿Qué has dicho?

—¿Por qué creéis que los trabajos de construcción en el castillo están sometidos a las regulaciones del campo de batalla? Vos mismo lo habéis dicho, pero apuesto a que no entendéis en absoluto lo que eso significa. No sois un supervisor muy capacitado, y creéis que hago mal al reírme de vos.

—¡Este es un lenguaje imperdonablemente insultante! ¡Granuja despreciable! Hablar así a un hombre de mi rango...

—¡Escuchad! —Tokichiro sacó el pecho y, mirando a la cara a quienes le rodeaban, dijo—: ¿Estamos en tiempo de paz o de guerra? El hombre que no comprende esto es un necio. El castillo de Kiyosu está rodeado de enemigos: Imagawa Yoshimoto y Takeda Shingen al este, Asakura Yoshikage y Saito Yoshitatsu al norte, los Sasaki y los Asai al oeste y los Tokugawa de Mikawa al sur. —Sus oyentes estaban estupefactos. Su tono reflejaba confianza en sí mismo y, como no se limitaba a hablar de sus sentimientos personales, todos le escuchaban arrobados, entusiasmados por su voz—. Los servidores creen que estos muros son inexpugnables, pero si hubiera una tormenta se derrumbarían. Sólo una



escandalosa negligencia explica que este trozo de construcción se prolongue desde hace veinte días y siga requiriendo cansinamente un día tras otro. ¿Qué ocurriría si un enemigo se aprovechara de este punto flaco y atacara el castillo una noche?

»Son tres las reglas que gobiernan la construcción en un castillo. La primera es construir con rapidez y discreción. La segunda construir con fuerza y sin adornos. Esto significa que los adornos y la belleza están bien, pero sólo en tiempo de paz. La tercera es la preparación constante, lo cual significa estar preparados para hacer frente a un ataque a pesar de la confusión creada por la construcción. Lo más temible de la construcción es la posibilidad de crear una brecha. La provincia entera podría caer a causa de una pequeña brecha en un muro de barro.

Su vehemencia era arrolladora. Ukon estuvo a punto de decir algo en dos o tres ocasiones, pero se lo impidió la elocuencia de Tokichiro y guardó silencio, los labios temblorosos. También los capaces estaban boquiabiertos, pasmados por el discurso de Tokichiro. Conscientes de la sensatez de sus palabras, ninguno podía interrumpirle con un lenguaje insultante o usando la fuerza. Ahora no estaba claro quién era el supervisor. Cuando Tokichiro consideró que sus afirmaciones habían surtido efecto, prosiguió:

—Así pues, aunque sea descortés preguntarlo, ¿con qué precisión está dirigiendo esta empresa el señor Ukon? ¿Dónde está la celeridad y la discreción? ¿Dónde la preparación? Al cabo de casi veinte días, ¿se ha reconstruido una sola vara del muro? Hace falta tiempo para sustituir las piedras que han caído bajo los muros de barro, pero afirmar que la construcción del castillo está sometida a las mismas regulaciones militares que un campo de batalla..., eso no es más que la jactancia de alguien que desconoce su verdadera posición. Si yo fuese un espía de una provincia enemiga, vería que es posible atacar por donde el muro es más débil. ¡Es una locura pensar que eso no va a suceder y actuar pausadamente, como si fuerais un caballero retirado construyendo una casa de té!

»Es en extremo inconveniente para quienes trabajamos en el recinto del castillo. En vez de culpar a quienes pasan por aquí, ¿por qué no discutís el asunto y aceleráis la construcción? ¿Me comprendéis? No sólo el supervisor, sino también vosotros, sus subordinados y los capataces.

Cuando hubo terminado se echó a reír alegremente.

—En fin, perdonadme. He sido rudo al decir lo que pensaba, pero todos creemos que se trata de un importante asunto oficial, tanto de noche como de día. Bueno, está oscureciendo. Ahora, si me disculpáis, me voy a casa.

Dejando sin habla a Ukon y sus hombres, Tokichiro abandonó rápidamente el recinto del castillo.

Al día siguiente Tokichiro estaba en los establos. En su nuevo puesto nadie le superaba en diligencia.

—A nadie le gustan los caballos tanto como a él —decían sus colegas.

Se entregaba por completo a la inspección de los establos y el cuidado de los caballos, hasta un extremo que sorprendía a los demás trabajadores, y su vida cotidiana estaba volcada totalmente en aquellos animales.

El jefe del grupo llegó a los establos y le llamó.

—Kinoshita, te han convocado.

Tokichiro alzó la vista desde donde estaba, bajo el vientre de Sangetsu, el caballo favorito de Nobunaga, y preguntó:

—¿Quién?

A Sangetsu le había salido un absceso en una pata y Tokichiro le estaba lavando con agua los espolones.

—Si es una convocatoria, se trata del señor Nobunaga. Date prisa.

El jefe del grupo se volvió y gritó en dirección a la sala de los samurais:

—¡Eh! Que alguien ocupe el lugar de Kinoshita y lleve a Sangetsu al establo.

—No, no, yo mismo lo haré.

Tokichiro no salió hasta que hubo terminado de lavar la pata de Sangetsu. Aplicó un ungüento, vendó la herida, acarició el cuello del animal y lo llevó él mismo a su casilla.

—¿Dónde está el señor Nobunaga?

—En el jardín. Si no te das prisa, vas a poner de mal humor a Su Señoría.

Tokichiro fue al gabinete y sacó su casaca azul con la paulonia estampada. En el jardín estaba Nobunaga con cuatro o cinco servidores, entre ellos Shibata Katsue y Maeda Inuchiyo.

Tokichiro, vestido con su casaca azul, echó a correr, se detuvo a más de veinte pasos de Nobunaga y se postró.

—Ven aquí, Mono —le ordenó Nobunaga. Inuchiyo colocó al instante un taburete para él—. Acércate.

—Sí, mi señor.

—Escucha, Mono, tengo entendido que anoche dijiste unas palabras bastante jactanciosas en el solar de construcción que hay en los muros externos.

—¿Ya os habéis enterado, mi señor?

Nobunaga forzó una sonrisa. Tokichiro no parecía una persona capaz de decir tales palabras jactanciosas. Ahora se inclinaba ante él, con expresión avergonzada.

—En lo sucesivo, modérate —le reprendió Nobunaga—. Esta mañana ha venido a verme Yamabuchi Ukon con grandes quejas sobre tus malos modales. Le he tranquilizado porque, según otros, tus palabras parecían juiciosas en extremo.

—Lo siento muchísimo.

—Ve al solar de construcción y pide disculpas a Ukon.

—¿Yo, mi señor?

—Naturalmente.

—Si es una orden, iré a pedirle disculpas.

—¿No estás de acuerdo?

—No digo esto sin vacilación, pero ¿no será eso un estímulo de sus defectos? Lo que le dije era correcto, y su trabajo, desde el punto de vista del servicio que os rinde, difícilmente podría considerarse concienzudo. Incluso esa pequeña reparación se prolonga desde hace más de veinte días, y además...

—¿Es que incluso vas a soltarme a mí esas palabras jactanciosas, Mono? Ya he oído tu sermón.

—Creía que estaba diciendo cosas evidentes y no sólo, ciertamente, palabras jactanciosas.

—En ese caso, ¿cuántos días serían necesarios para terminar el trabajo?

—Bueno... —Tokichiro se volvió un poco más cauto y reflexivo, pero no tardó en responder—. Bien, puesto que el trabajo ya ha comenzado, creo que podría terminarse sin dificultad en tres días.

—¡Tres días! —exclamó sin querer Nobunaga.

Shibata Katsue parecía exasperado y en su fuero interno se mofaba de la credulidad de Nobunaga, pero Inuchiyo no tenía la menor duda de que Tokichiro podía hacer exactamente lo que afirmaba.

Nobunaga nombró allí mismo a Tokichiro como supervisor de obras de construcción. Sustituiría a Yamabuchi Ukon, y se esperaba de él que en sólo tres días reparase doscientas varas de muro del castillo.

Tokichiro aceptó el cargo y se dispuso a retirarse, pero Nobunaga le preguntó de nuevo.

—Espera. ¿Estás seguro de que puedes hacerlo?

Por el tono benévolo de Nobunaga, era evidente que no deseaba que Tokichiro se viese obligado a cometer el seppuku si fracasaba. Tokichiro se irguió un poco más en su asiento y respondió con seguridad:

—Lo haré sin falta.

Sin embargo, Nobunaga insistió en que lo pensara un poco más.

—La boca es la causa de la mayor parte de los desastres, Mono. No te obstines por una cuestión tan trivial.

—Los muros estarán listos para vuestro examen dentro de tres días —repitió Tokichiro, y se retiró.

Aquel día regresó a casa antes de lo habitual.

—¡Gonzo! ¡Gonzo! —gritó.

Cuando el joven criado, respondiendo a la llamada de su señor, se asomó al jardín posterior, vio a Tokichiro completamente desnudo y sentado con las piernas cruzadas.

—¿Tenéis un recado para mí?

—¡Sí, en efecto! —respondió enérgicamente—. Dispones de algún dinero, ¿verdad?

—¿Dinero?

—Eso es lo que he dicho.

—Pues...

—¿Qué me dices de lo que te di hace algún tiempo para los diversos gastos domésticos?

—De eso hace mucho que no queda nada.

—Bueno, ¿y el dinero para los gastos de cocina?

—Tampoco hay dinero para la cocina desde hace mucho tiempo. Cuando os lo dije, debe de hacer un par de meses, dijisteis que nos arregláramos lo mejor que pudiéramos, y eso es lo que hemos hecho.

—¿Así que no hay nada de dinero?

—Y ningún motivo para que lo haya.

—¿Qué voy a hacer entonces?

—¿Necesitáis algo?

—Me gustaría invitar a unos hombres esta noche.

—Si sólo se trata de sake y comida, iré a las tiendas y compraré a crédito.

Tokichiro se dio una palmada en el muslo.

—Confío en ti, Gonzo.

Entonces cogió un abanico y empezó a abanicarse con amplios movimientos. Soplaba una brisa otoñal y las hojas de paulonia caían con profusión. También había muchos mosquitos.

—¿Quiénes son los personajes?

—Los capataces de la construcción. Probablemente vendrán en grupo.

Tokichiro tomó un baño en la bañera del jardín. En aquel momento alguien llamó desde la entrada.

—¿Quién es? —preguntó la doncella.

El recién llegado se quitó el sombrero y se presentó.

—Maeda Inuchiyo.

El inquilino de la pequeña residencia salió de la bañera, se puso un kimono de verano en la terraza y miró hacia la parte delantera.

—Vaya, vaya, el señor Inuchiyo —dijo Tokichiro con toda naturalidad—. Me estaba preguntando quién podría ser. Entra y siéntate.

—Vengo de una manera bastante inesperada.

—¿Se trata de algo urgente?

—No, no se trata de mí, sino de ti.

—¿Ah, sí?

—Actúas como si no tuvieras problema alguno. Te has comprometido a una tarea imposible, y estoy preocupado por ti sin que pueda evitarlo. Tú lo has elegido, por lo que debes de tener confianza en el éxito.

—Ah, te refieres al muro del castillo.

—¡Naturalmente! Has hablado sin pensar. Incluso el señor Nobunaga ha actuado como si no quisiera que cometas el seppuku por esto.

—He dicho tres días, ¿verdad?

—¿Tienes alguna posibilidad de éxito?

—Ninguna en absoluto.

—¿Ninguna?

—Claro que no. No sé nada de construcción de muros.

—¿Entonces que vas a hacer?

—Si logro que los trabajadores del solar de construcción trabajen con ahínco, creo que podría conseguirlo tan sólo utilizando su fuerza al máximo.

—Bueno, ésa es la cuestión —dijo Inuchiyo bajando la voz.

Eran extraños rivales en el amor. Aun cuando los dos hombres amaban a la misma mujer, se habían hecho amigos. No demostraban su amistad verbalmente ni con hechos, sino más bien con una relación un tanto incómoda. Cada uno conocía bien al otro y se profesaban una camaradería respetuosa. Aquel día, en particular, parecía que la naturaleza de la visita de Inuchiyo era de verdadera preocupación por Tokichiro.

—¿Has pensado en los sentimientos de Yamabuchi Ukon? —le preguntó Inuchiyo.

—Probablemente me guarda rencor.

—Bien, ¿sabes lo que Ukon está pensando y haciendo?

—Lo sé.

—¿De veras? —Inuchiyo comprendió que no era necesario extenderse en el asunto—. Si puedes discernir eso, entonces me quedará tranquilo.

Tokichiro miró fijamente al visitante. Luego inclinó la cabeza en un gesto que parecía indicar asentimiento.

—Eres extraordinario, Inuchiyo. Cuando te fijas en algo, te fijas bien, ¿eh?

—No, eres tú el agudo. Has sido inteligente al reparar en lo de Yamabuchi Ukon, y hay...

—No, no digas más.

Tokichiro hizo ademán de cubrirse la boca con la mano, e Inuchiyo palmoteo alegremente y se echó a reír.

—Dejémoslo a la imaginación. Es mejor no decirlo.

Naturalmente, estaba a punto de mencionar a Nene.

Regresó Gonzo con el sake y la comida. Inuchiyo se dispuso a marcharse, pero Tokichiro le detuvo.

—El sake acaba de llegar. Toma una taza conmigo antes de irte.

—Bueno, si insistes.

Inuchiyo bebió copiosamente. Sin embargo, ninguno de los invitados a los que estaban destinados el sake y la comida se presentó.

—Bueno, no viene nadie —dijo finalmente Tokichiro—. ¿Qué crees que ha ocurrido, Gonzo?

Cuando Tokichiro se volvió hacia Gonzo, Inuchiyo dijo:

—Pero Tokichiro, no me digas que has invitado esta noche a los capataces de la construcción.

—Así es. Tenemos que aprobar algunas cuestiones preliminares. Para terminar el trabajo de construcción en tres días, tendremos que elevar la moral de los hombres.

—La verdad es que te he sobrestimado.

—¿Por qué dices eso?

—Te respetaba porque eras dos veces más agudo que los demás hombres, pero eres el único que no ha previsto lo que sucedería.

Tokichiro se quedó mirando al riente Inuchiyo.

—Si pensaras en ello lo verías —dijo Inuchiyo—. Tu adversario es un hombre de poco carácter. Al fin y al cabo, es Yamabuchi Ukon, un hombre de capacidades limitadas, incluso entre aquellos considerados en general como carentes de toda capacidad. No hay ninguna razón para que rece por tu éxito, demostrando que eres más listo que él.

—Claro que no, pero...

—¿Así que va a quedarse sentado chupándose el dedo? Creo que no.

—Comprendo.

—Sin duda está planeando alguna obstrucción para que fracasas, y por eso cabe pensar que los capataces a los que has invitado esta noche no vendrán. Tanto los trabajadores como los capataces piensan que Yamabuchi Ukon es bastante más importante que tú.

—Muy bien, lo comprendo. —Tokichiro inclinó la cabeza— En tal caso, este sake es para nosotros dos solos. ¿No deberíamos dejar el asunto en manos de los dioses y bebérselo?

—Eso está muy bien, pero tu promesa de hacer eso en tres días empieza a contar desde mañana.

—He dicho que bebamos, pase lo que pase.

—Si estás decidido, bebamos.

No bebieron mucho, pero hablaron largo y tendido. Inuchiyo era un buen conversador y, de una manera natural, Tokichiro se convirtió en su oyente. Al contrario que el otro, Tokichiro carecía de una educación formal. En su infancia no había tenido un solo día libre, como tenían los hijos de samurai, para dedicarse al estudio y a aprender buenos modales. No consideraba esto como una desgracia pero sí un obstáculo para su avance en el mundo, y cuando pensaba en quienes tenían más educación que él o se sentaba a conversar con ellos, adoptaba la determinación de apropiarse de su conocimiento. Así pues, escuchaba ansiosamente lo que decían los demás.

—Ah, estoy un poco bebido, Tokichiro. Vamos a dormir Tienes que levantarte temprano y yo confío por completo en ti.

Tras decir esto, Inuchiyo dejó su taza, se levantó y se marchó a su casa. Al cabo de un rato, Tokichiro se tendió de lado, apoyó la cabeza en el brazo doblado y se dispuso a dormir. No se dio cuenta cuando entró la doncella y deslizó una almohada bajo su cabeza.

Jamás había conocido una noche en blanco. Cuando dormía dejaba de existir la distinción entre el cielo, la tierra y él mismo. Sin embargo, cuando despertaba, como ocurrió muy temprano aquella mañana, entraba de inmediato en posesión de sí mismo.

—¡Gonzo! ¡Gonzo!

—Voy, voy. ¿Ya estáis despierto, señor?

—¡Tráeme un caballo!

—¿Cómo decís?

—¡Un caballo!

—¿Un caballo, señor?

—¡Sí! Hoy iré a trabajar temprano y no regresaré a casa ni esta noche ni la de mañana.

—Lamentablemente, todavía no tenemos ni caballo ni establo.

—¡Imbécil! Que te presten uno en el vecindario. No voy a ir de excursión. Lo necesito para asuntos oficiales. No vaciles, sal y tráeme uno.

—Puede que ya sea por la mañana, pero afuera todavía está oscuro.

—Si están durmiendo, golpea la puerta. Si crees que es para mi uso personal, probablemente titubearás. Pero se trata de un asunto oficial y por lo tanto es justificable.

Gonzo se abrigó y salió corriendo, lleno de confusión. Regresó llevando un caballo de la brida. Impaciente por marcharse, el torpe y bisoño jinete emprendió el galope sin preguntar siquiera por la procedencia de la montura. Se dirigió a seis o siete casas habitadas por los capataces de la construcción, los cuales recibían estipendios del clan y pertenecían al cuerpo de artesanos. Todas sus casas estaban construidas con un lujo notable, propio de quienes tenían sirvientas y concubinas, y eran imponentes comparadas con la de Tokichiro.

Fue de una casa a otra, golpeando las puertas y llamando a quienes aún dormían en su interior.

—¡Venid a la reunión! Todos los que trabajan en el solar de construcción, han de estar allí a la hora del tigre. Quienes lleguen tarde serán despedidos. ¡Por orden del señor Nobunaga!

Llevó este mensaje a todas y cada una de las casas. Un vapor blanco se alzaba del pelaje empapado en sudor de su caballo. Cuando llegaba al foso del castillo, la luz empezó a aparecer en el cielo oriental. Ató el caballo en el exterior del portal, aspiró hondo y se apostó en la puerta de Karabashi, con la espada larga en la mano y los ojos brillantes.

Los capataces a quienes había despertado cuando aún estaba oscuro se preguntaban qué habría sucedido, y llegaron uno tras otro al frente de sus nombres.

—¡Esperad! —les ordenó Tokichiro, deteniéndoles en la entrada.

Después de que le hubieran dicho sus nombres, el lugar donde trabajaban y el número de sus obreros y peones, les dio permiso para pasar. Entonces les ordenó que esperasen en silencio en sus puestos de trabajo. Por lo que podía ver, casi todos estaban allí. Los obreros se mantenían en orden, pero murmuraban inquietos entre ellos.

Tokichiro se les enfrentó, todavía con la espada desenvainada en la mano.

—¡Silencio! —Habló como si estuviera dando una orden con la punta de su espada alzada—. ¡En fila!

Los trabajadores obedecieron, pero sonriendo desdeñosamente. Por la expresión de sus ojos, era evidente que le consideraban un novato y que se reían de su actitud, con el pecho salido. Que blandiera la espada no era para ellos más que una postura impertinente y no hacía más que provocar su desdén.

—Esto es una orden para todos vosotros —les dijo en tono enérgico y al parecer con un aplomo absoluto—. Por orden del señor Nobunaga, yo, a pesar de mi falta de mérito, estaré de ahora en adelante a cargo de la construcción. Yamabuchi Ukon fue el encargado hasta ayer, pero yo le sustituyo desde hoy. —Mientras hablaba, miraba las filas de obreros de derecha a izquierda—. Hasta hace poco pertenecía a la categoría más inferior del servicio, pero gracias al favor de Su Señoría fui trasladado a las cocinas y ahora estoy en los establos. Llevo poco tiempo en el recinto del castillo y no sé nada de construcción, pero me propongo no estar por debajo de nadie cuando se trata de servir a nuestro señor. Así pues, me pregunto si, a las órdenes de un supervisor como yo, cualquiera de vosotros querrá trabajar como mi subordinado. Imagino que, entre los artesanos, existe un temperamento de artesano. Si a cualquiera de vosotros le disgusta trabajar en tales condiciones, que haga el favor de decirlo libremente y prescindiré de él en seguida.

Todos guardaban silencio. Incluso los capataces, que habían ocultado su desdén, mantuvieron las bocas cerradas.

—¿Nadie? ¿Ninguno está insatisfecho conmigo como supervisor? —preguntó de nuevo—. En ese caso, empecemos a trabajar de inmediato. Como he dicho antes, en tiempo de guerra es imperdonable que esta obra dure veinte días. Tengo la intención de terminar la obra al amanecer, dentro de tres días a partir de hoy. Quiero decir esto claramente para que lo entendáis y trabajéis con ahínco.

Los capataces intercambiaron miradas. Era natural que esa clase de discurso provocara sonrisas irónicas en aquellos hombres que estaban perdiendo el pelo y desempeñaban su oficio desde la infancia. Tokichiro observó su reacción pero prefirió hacer caso omiso.

—¡Capataces de los albañiles! ¡Jefes de los carpinteros y yeseros! ¡Avanzad!

Los hombres se movieron hacia adelante, pero el desdén era evidente en sus expresiones. De repente Tokichiro golpeó al jefe de los yeseros con la hoja plana de su espada larga.

—¡Qué insolencia! ¿Estás delante de un supervisor cruzado de brazos? ¡Fuera!

Creyendo que le había herido, el hombre cayó al suelo, gritando. Los demás palidecieron y les temblaron las rodillas.

Tokichiro siguió hablando en tono severo.

—Voy a asignaros vuestros puestos y deberes. Escuchadme atentamente.

La actitud de los hombres había mejorado. Ninguno de ellos daba la impresión de que escuchaba a medias. Estaban en silencio, aunque no conformados, y aunque no cooperaban realmente, parecían asustados.

—He dividido las doscientas varas del muro en cincuenta secciones, dando a cada grupo la responsabilidad de cuatro varas. Cada grupo estará formado por diez hombres: tres carpinteros, dos yeseros y cinco albañiles. Voy a dejar esos cometidos a los capataces. Cada uno de los capataces supervisará de cuatro a cinco grupos, para asegurarse de que los trabajadores no están ociosos y atender

a la distribución de los hombres. Cuando alguno de vosotros tenga hombres sobrantes, irá a una sección donde falte personal. Nadie debe estar ocioso un solo instante.

Los hombres asentían pero parecían inquietos. Les irritaba aquella especie de lección y les desagradaba la asignación del trabajo en secciones.

—Ah, casi se me olvidaba —dijo Tokichiro, alzando más la voz—. Junto con la división de diez hombres por cada cuatro varas, asigno un cuerpo de reserva de ocho peones y dos obreros a cada grupo. Al observar vuestra manera de trabajar hasta ahora, he visto que obreros y yeseros tienden a abandonar el andamio y se pasan el día haciendo una tarea que no les corresponde, como acarrear madera. Pero un obrero en su lugar de trabajo es lo mismo que un soldado en el campo de batalla, el cual jamás debe abandonar su puesto. Y no debe dejar sus herramientas, sea un carpintero, un yesero o un albañil, pues eso sería lo mismo que si un soldado arrojara su espada o su lanza en el campo de batalla.

Distribuyó los puestos y dividió a los hombres, y entonces les gritó con suficiente autoridad para comenzar una batalla:

—¡Empecemos!

Tokichiro también buscó trabajo para sus nuevos subordinados. Ordenó a uno de ellos que tocara un tambor. Cuando dio la orden de comenzar a los trabajadores, el hombre tocó el tambor como si marcharan al combate, un redoble cada seis pasos.

Dos redobles del tambor significaban una pausa.

—¡Descanso!

Tokichiro dio la orden encaramado a una gran piedra. Si alguno no descansaba, le reprendía.

La indolencia que había prevalecido hasta entonces fue barrida del solar de construcción y la sustituyó la intensa actividad más propia del campo de batalla y el sudor de la energía empleada con entusiasmo. Pero Tokichiro miraba en silencio y su semblante no reflejaba satisfacción. Todavía no era el momento, aún no había logrado que trabajaran como deseaba.

Los trabajadores, con la experiencia de sus muchos años de actividad, sabían cómo utilizar su cuerpo de modos arteros. Daban la impresión de trabajar con ahínco, pero lo cierto era que no sudaban de veras. Su resistencia era tal que se consolaban un poco mostrando una obediencia superficial, pero sin trabajar realmente con empeño. La vida pasada de Tokichiro había estado anegada en sudor, cuyo auténtico valor y belleza conocía bien.

La afirmación de que el trabajo es cosa del cuerpo no responde a la realidad. Si el trabajo no está impregnado de espíritu, no hay ninguna diferencia entre el sudor de los hombres y el de vacas y caballos. Manteniendo la boca cerrada, Tokichiro pensaba en la verdadera naturaleza del sudor y el trabajo. Aquellos hombres trabajaban para comer, o bien para alimentar a padres, esposas e hijos. Trabajaban por el alimento o el placer, y no se alzaban por encima de eso. Su labor era pequeña y humilde, sus deseos tan limitados que la piedad llenó el pecho de Tokichiro y pensó: «También yo era así. ¿Es razonable esperar grandes hombres de personas con pocas esperanzas?». Si no conseguía imbuirles un mayor espíritu, no había ninguna razón para que trabajaran con mayor eficiencia.

Para Tokichiro, que permanecía silencioso en el solar de construcción, media jornada pasó rápidamente. Media jornada era la sexta parte del tiempo de que disponía. Pero al mirar el solar no podía distinguir señal alguna de que hubieran progresado desde la mañana. Tanto encima como debajo del andamio los hombres parecían muy activos, pero se trataba de una actividad fingida. Por el contrario,



preveían la completa y abrumadora derrota de Tokichiro al cabo de tres días.

—Es mediodía, toca el tambor —ordenó Tokichiro.

El ruido y el tumulto en el solar de construcción cesaron en seguida. Cuando Tokichiro vio que los trabajadores se disponían a comer, envainó su espada y se marchó.

La tarde terminó con la misma atmósfera en el solar de construcción, con la excepción de que la disciplina se había roto y la indolencia era más evidente de lo que había sido durante la mañana. No difería del día anterior, cuando Yamabuchi Ukon estaba al frente de la obra. Peor todavía, se había ordenado a trabajadores y peones que trabajaran sin descansar ni dormir a partir de aquella noche, y sabían que no les permitirían abandonar el recinto del castillo durante tres días. Así pues, trabajaban de peor gana todavía y sólo pensaban en las maneras de hacer trampa.

—¡Alto! ¡Dejad de trabajar! ¡Lavaos las manos y reuníos en la plaza!

Aún había luz, pero de repente el encargado del tambor hizo la ronda.

—¿Qué ocurre? —se preguntaron con suspicacia los obreros al oír los redobles.

Cuando interrogaron a los capataces, éstos respondieron encogiéndose de hombros. Todos salieron a la plaza donde se guardaba la leña para ver qué sucedía. Allí, al aire libre, habían dispuesto sake y grandes cantidades de comida. Recibieron la orden de sentarse y lo hicieron sobre esteras de paja, piedras y maderas. Tokichiro tomó asiento en medio de los obreros y alzó su taza.

—Esto es poca cosa, pero tenemos tres días por delante. Un día ya ha pasado rápidamente, pero quisiera que trabajéis e intentéis lo imposible. Así pues, solamente por esta noche, os ruego que bebáis y descanséis a gusto.

Esta actitud era del todo distinta a la que había mostrado por la mañana, y él mismo dio ejemplo apurando una taza.

—¡Vamos! —les gritó—. Bebed. Hay comida y dulces para los que no gusten del sake.

Los obreros estaban asombrados. De pronto empezaron a preocuparse porque el descanso les impediría terminar el proyecto al tercer día. Pero Tokichiro fue el primero en achisparse.

—¡Eh! Hay mucho sake, y es del castillo, así que, por mucho que bebamos, habrá más en el almacén. Si bebemos, podemos bailar, cantar o dormir hasta el redoble del tambor.

Los obreros pronto dejaron de quejarse. No sólo se veían liberados del trabajo, sino que inesperadamente también recibían comida y sake. Más aún, el mismo supervisor se relajaba y mezclaba con ellos.

—Este caballero tiene sentido del humor, ¿no es cierto?

Cuando el sake empezó a surtir efecto, se pusieron a contar chistes. Pero los capataces seguían mirando fríamente a Tokichiro.

—¡Bah! Es listo, pero se le ven las intenciones.

Y esta conclusión les volvió todavía más hostiles. Sus expresiones revelaban que ponían en tela de juicio la conveniencia de tomar sake en el lugar de trabajo, y por su parte no tocaban las tazas.

—¿Qué os sucede, capataces? —Tokichiro se levantó, con su taza en la mano, y tomó asiento entre aquellos hombres de fríos semblantes—. No estáis bebiendo nada. Tal vez pensáis que los capataces tienen responsabilidades parecidas a las de los generales y, en consecuencia, no deberían beber, pero no os inquietéis tanto. Unas cosas pueden hacerse y otras no. Si me he equivocado y no podemos hacer esto en tres días, el asunto quedará zanjado con mi suicidio. —Obligó al capataz de expresión más rencorosa

a tomar una taza, y él mismo se sirvió otra—. Bueno, si hablamos de inquietud, no es este proyecto de construcción en particular ni siquiera mi propia vida lo que me preocupa, sino el destino de la provincia en la que todos vivimos. Dedicar veinte días a esta pequeña obra de construcción... Con esa clase de espíritu, esta provincia perecerá.

Sus palabras estaban cargadas de emoción. Los obreros callaron de repente. Tokichiro contempló el cielo estrellado con una expresión melancólica.

—Imagino que todos vosotros habéis presenciado el ascenso y la caída de provincias, y conocéis la miseria de quienes vivían en provincias caídas. Bien, eso es algo inevitable. Como es natural, Su Señoría, sus generales y quienes somos los samurais de categoría más baja a su servicio no olvidamos la defensa de incluso el último rincón de la provincia, incluso cuando dormimos.

»Pero el auge y la caída de una provincia no depende del castillo, sino de vosotros mismos. Los habitantes de la provincia son sus muros de piedra y sus fosos. Cuando trabajáis en la construcción de este castillo, puede pareceros que estáis enyesando las paredes de la casa de otro, pero en eso os equivocáis, porque estáis construyendo vuestras propias defensas. ¿Qué podría ocurrir si un día este castillo fuese incendiado y reducido a cenizas? Sin duda ése no sería únicamente el sino del castillo. También la ciudad fortificada sería engullida por las llamas y la provincia entera quedaría destruida. Sería como una escena infernal: niños arrebatados a sus padres, ancianos buscando a sus hijos, muchachas gritando presas del pánico, los enfermos quemados vivos. Ah, si la provincia cayera, ése sería realmente el fin. Todos vosotros tenéis padres, hijos, esposas y familiares enfermos. Siempre debéis recordarlo, siempre.

Incluso los capataces dejaron de hacer visajes de burla y desprecio y adoptaron semblantes graves. También ellos tenían propiedades y familias, y las palabras de Tokichiro surtieron efecto.

—Así pues, ¿por qué estamos hoy en paz? Básicamente, desde luego, gracias a Su Señoría. Pero vosotros, los habitantes de esta provincia, ciertamente nos protegéis con este castillo como vuestro mismo centro. Por mucho que los samurais luchemos, si el corazón, es decir, la gente, flaqueara...

Tokichiro hablaba con lágrimas en los ojos, pero no fingía. Se afligía realmente y decía en serio cada una de sus palabras.

Aquellos a quienes impresionaba la verdad de lo que decía recobraron en seguida la sobriedad y le escuchaban en silencio. Alguien lloraba y se sonaba la nariz. Era el capataz de los carpinteros, el hombre más veterano e influyente, quien se había opuesto más abiertamente que nadie a Tokichiro.

—Es mi culpa, es mi culpa...

Se enjugó las lágrimas que humedecían sus mejillas picadas de viruela. Los demás le miraban asombrados. Cuando se dio cuenta de que era blanco de todas las miradas, se abrió paso entre sus colegas y se arrojó al suelo ante Tokichiro.

—No tengo ninguna excusa. Ahora comprendo mi necedad y superficialidad. Deberías atarme para que sirva de lección y apresurarte a realizar la obra por el bien de la provincia.

El anciano había hablado con la cabeza gacha y tembloroso.

Al principio Tokichiro le dirigió una mirada de profundo asombro, pero entonces asintió ligeramente y le dijo:

—Humm. Yamabuchi Ukon te dijo que hicieras esto, ¿no es cierto?

—Lo habéis sabido desde el principio, señor Kinoshita.

—¿Cómo no iba a saberlo? Y Ukon os dijo a todos vosotros que no vinierais a mi casa cuando os invité.

—Es cierto.

—Y te dijo que trabajaras con la mayor lentitud posible, que retrasaras el trabajo adrede y desobedecieras mis órdenes.

—Ss... sí.

—No me sorprende esa manera de actuar. Y si todos vosotros hicierais muy mal las cosas, también vuestras cabezas serían puestas en hilera. Bueno, está bien, no lloriquees. Desde luego te perdono por haberte dado cuenta de que estabas equivocado.

—Pero hay más. Yamabuchi Ukon nos dijo que si trabajábamos lo peor posible y lentamente, para exceder los tres días, nos daría un montón de dinero. Pero al escuchar lo que acabáis de decir, sé que aceptar el dinero del señor Yamabuchi y oponernos a vos era trabajar hacia nuestra propia destrucción. Ahora veo las cosas con claridad. Como dirigente de los amotinados, debería ser castigado y la construcción habría de completarse sin tardanza.

Tokichiro sonrió, dándose cuenta de que mediante una sola jugada un enemigo fuerte se había convertido en un aliado sincero. En vez de atar a aquel hombre, Tokichiro le ofreció una taza de sake.

—Ya no eres culpable. Al comprender la verdadera situación, te has convertido en el ciudadano más leal de esta provincia. Vamos, toma un trago. Luego, tras un descanso, nos pondremos a trabajar.

El capataz tomó la taza con ambas manos e hizo una sincera reverencia, pero no bebió.

—¡Eh! ¡Escuchadme todos! —gritó, poniéndose en pie de un salto y alzando su taza—. Vamos a hacer exactamente lo que dice el señor Kinoshita. Después de tomar un trago, nos pondremos a trabajar. Deberíamos avergonzarnos de nosotros mismos, y es un milagro que el cielo no nos haya castigado. Hasta hoy he devorado el arroz en vano, pero en adelante trataré de compensarlo. Intentaré rendir un auténtico servicio. Lo he decidido. ¿Qué decís vosotros?

En cuanto el capataz terminó de hablar, todos los hombres se levantaron.

—¡Vamos!

—¡Lo conseguiremos! —gritaron todos.

—¡Ah, os doy las gracias! —dijo Tokichiro, alzando también su taza—. Bueno, voy a prescindir del sake durante tres días. Cuando hayamos terminado el trabajo, beberemos cuanto nos plazca. Por otro lado, no sé cuánto dinero os dijo Yamabuchi Ukon que os daría, pero cuando la tarea esté lista os recompensaré cuanto pueda.

—Eso no será necesario.

Precedidos por el capataz de cara picada de viruela, todos apuraron sus tazas de un solo trago. Y al igual que guerreros a punto de batirse en la vanguardia de un combate, corrieron hacia el solar de construcción.

Al observar su ánimo, Tokichiro experimentó por primera vez un profundo alivio.

—¡Lo he conseguido! —exclamó impulsivamente.

Pero no iba a perderse aquella oportunidad. Se mezcló con los demás, trabajando en el barro, esforzándose como un loco durante las tres noches y dos días siguientes.

—¡Mono! ¡Mono!

Alguien le estaba llamando. Vio que era Inuchiyo, presa de una agitación desconocida en él.

—¿Qué hay, Inuchiyo?

—He venido a despedirme.

—¿Qué?

—He sido desterrado.

—¿Por qué?

—He herido a alguien en el castillo y el señor Nobunaga me ha reprendido. Por el momento he sido rebajado a la categoría de ronin.

—¿A quién has herido?

—A Yamabuchi Ukon. Puedes comprender mis sentimientos mejor que nadie.

—Ah, te has precipitado.

—¡La sangre caliente de la juventud! Pensé en ello después de haberle herido, pero era demasiado tarde. La propia naturaleza aflora inconscientemente, aunque uno la reprima. Bien, entonces...

—¿Te marchas ahora mismo?

—Cuida de Nene, Mono. Esto demuestra que ella y yo no estábamos destinados el uno al otro. Cuida bien de ella.

Más o menos al mismo tiempo, un solo caballo indócil atravesaba la oscuridad galopando desde Kiyosu hacia Narumi. Yamabuchi Ukon, gravemente herido, se agarraba bien a la silla. La distancia hasta Narumi era de ocho o nueve leguas, y el caballo de Ukon galopaba velozmente.

Ya estaba oscuro y no se veía nada, pero de haber sido de día los transeúntes habrían visto la sangre que hacía brotar el galope del caballo. La herida de Ukon era profunda pero no fatal. Sin embargo, mientras se aferraba a las crines se preguntaba qué sería más rápido, si los cascos del caballo o la muerte.

Pensó que si lograba llegar al castillo de Narumi estaría salvado, y recordó que, al abalanzarse contra él, Maeda Inuchiyo le había gritado: «¡Traidor!».

La voz que había hecho aquella acusación era como un clavo a través de su cráneo, persistente, reacia a desaparecer. Ahora, entre su conciencia nebulosa y el viento que le azotaba a lomos del caballo, sus pensamientos vagaban. ¿Cómo lo había descubierto Inuchiyo? Al considerar de qué modo este acontecimiento afectaría al castillo de Narumi y la suerte no sólo de su padre sino de todo el clan, el pánico se apoderó de él y empezó a sangrar copiosamente.

Narumi era uno de los castillos feudales del clan Oda. El padre de Ukon, Samanosuke, había recibido de Nobuhide el nombramiento de gobernador de Narumi. Sin embargo, su visión del mundo era limitada, y lo que veía no presagiaba un gran futuro. A la muerte de Nobuhide, su hijo Nobunaga contaba quince años de edad, y su reputación estaba en el punto más bajo. En aquel entonces, Samanosuke le había dado por perdido y se había aliado secretamente con Imagawa Yoshimoto.

Nobunaga descubrió la traición de Narumi y atacó el castillo en dos ocasiones, pero Narumi no cayó. No había motivo alguno para que cayera, pues lo apoyaba en la retaguardia, tanto militar como económicamente, el poderoso Imagawa. Nobunaga podía atacar como quisiera, pero siempre gastaba en vano su propia fuerza. Comprendiéndolo así, Nobunaga hizo caso omiso de los rebeldes durante varios años.

Pero los Imagawa, a su vez, empezaron a dudar de la lealtad de Samanosuke. Ambos bandos sospechaban de Narumi, y ser considerado así por el dirigente de una gran provincia sólo podía adelantar su muerte. Así pues, fueran cuales fuesen sus verdaderas intenciones, Samanosuke se presentó ante Nobunaga, lamentó sus muchos años de extravío y le rogó que le devolviera a su posición anterior.

—La rama nunca crece más que el tronco, y sería bueno que lo entendieras así. Procura ser leal de ahora en adelante.

Con estas palabras, Nobunaga le perdonó.

A partir de entonces, las obras públicas tanto del padre como del hijo fueron numerosas e impresionantes, y su traición anterior fue olvidada. Pero dos hombres, Maeda Inuchiyo y Kinoshita Tokichiro, vieron lo que había sido bien escondido. Esos dos hombres preocupaban a Ukon desde hacía algún tiempo, pero de improviso Tokichiro fue nombrado supervisor de obras y al día siguiente Inuchiyo atacó e hirió a Ukon. Entonces, suponiendo que había sido descubierto, y tambaleante a causa de sus heridas, huyó del castillo y se dirigió a Narumi.

Amanecía cuando vio el portal del castillo. Una vez seguro de que había llegado, perdió el conocimiento, todavía aferrado al lomo del caballo. Cuando volvió en sí estaba rodeado por los guardianes del castillo, los cuales curaban sus heridas. Cuando se le despejó la cabeza y se puso en pie, los hombres a su alrededor parecieron aliviados.

Informaron rápidamente de la situación a Samanosuke, y varios de sus asistentes se apresuraron a salir, con los ojos muy abiertos, preguntando inquietos:

—¿Dónde está el joven señor?

—¿Cómo se encuentra?

Estaban consternados, pero el más conmovido de todos era su padre. Al ver que los guardianes atendían a su hijo en el jardín, salió corriendo, incapaz de reprimir su angustia.

—¿Son profundas sus heridas?

—Padre... —Ukon se desplomó—. Lo siento... —dijo antes de desmayarse de nuevo.

—¡Adentro! ¡Rápido, llevadle adentro!

El pesar por lo irrevocable se reflejaba en el semblante de Samanosuke. Desde el principio le había inquietado que Ukon sirviera a Nobunaga, pues Samanosuke, que no había vuelto realmente al clan Oda, aún no se había comprometido a la sumisión. Pero cuando Ukon fue nombrado oportunamente para el puesto de supervisor en la reconstrucción de los muros del castillo, Samanosuke vio en ello la ocasión que había estado esperando desde hacía años, y envió de inmediato un mensaje a los Imagawa:

Ahora es el momento de atacar al clan Oda. Si atacáis el castillo de Kiyosu con cinco mil hombres desde la frontera oriental de la provincia, movilizaré mis fuerzas y tomaré la ofensiva. Al mismo tiempo, mi hijo provocará la confusión en el castillo desde el interior, incendiándolo.

Así confiaba en incitar a Imagawa Yoshimoto para que tomara una resolución viril. Sin embargo, los Imagawa no se apresuraron a actuar, a pesar de su solicitud. Al margen de lo que se decía, lo cierto era que los Yamabuchi, padre e hijo, estaban al servicio de los Oda desde hacía mucho tiempo, y los Imagawa veían su plan con suspicacia. Al no tener noticias del primero y el segundo mensajeros que había enviado, Samanosuke envió a un tercero dos días después, con una nota que decía: «Ahora es el

momento».

Entretanto Ukon, tras ser herido, había regresado solo. Y aquello no parecía una querrela personal, sino que daba la impresión de que su conspiración había sido descubierta. Samanosuke estaba consternado, y llamó a todo su clan para conferenciar.

—Aunque los Imagawa no cooperen, lo único que podemos hacer es llevar a cabo nuestros preparativos militares y estar a punto para el ataque de los Oda. Si los Imagawa se enteran de nuestra rebelión y se unen a la pelea, entonces todavía es posible que se cumplan nuestras esperanzas iniciales de aplastar a los Oda de un solo golpe.

Tras desterrar a Inuchiyo, Nobunaga apenas habló del asunto. Teniendo en cuenta su carácter, ninguno de sus ayudantes mencionaba a Inuchiyo. Pero Nobunaga no estaba del todo satisfecho, y comentó:

—Cuando dos guerreros luchan en el campamento o se desenvaina una hoja en el perímetro del castillo, el castigo debe ser estricto, al margen de los motivos de la disputa. Ésta es una regla inamovible. Inuchiyo es un hombre valioso, pero irascible por naturaleza. Y ésta ha sido la segunda vez que hiere a un servidor. La ley no puede permitir mayor magnanimidad.

Aquella noche dijo refunfuñando al servidor de alto rango que estaba de servicio:

—¡Ese Inuchiyo! Me intriga adonde irá en su destierro. Ser un ronin es bueno para el alma. Es posible que un periodo de penalidades le haga bien.

¿Y cómo iban las cosas en el solar de construcción? Nobunaga pensó apesadumbrado que era la noche del tercer día desde que Tokichiro había sido nombrado supervisor de obras. Si no terminaba al amanecer, se vería obligado a cometer el seppuku, por mucho que Nobunaga lo lamentara. Pensó que también era un hombre testarudo, proclive a decir impulsivamente cosas absurdas delante de todo el mundo.

Los servidores como Inuchiyo y Tokichiro ocupaban puestos de baja categoría y eran jóvenes, pero Nobunaga sabía bien que entre los servidores que quedaban de la época de su padre, había pocos hombres con su talento. Pensó con cierta vanidad que aquellos dos eran hombres como no abundaban, no sólo en su pequeño clan sino también en el mundo en general. ¡Qué pérdida! Pero no podía revelar su preocupación y la ocultó a sus pajes y servidores de más edad.

Aquella noche se retiró pronto bajo la mosquitera, pero cuando estaba a punto de dormirse, un servidor se acurrucó en la entrada de su dormitorio.

—¡Mi señor, es una emergencia! Los Yamabuchi de Narumi han desplegado la bandera de la revuelta y están haciendo ostentación de sus preparativos de defensa.

—¿Narumi?

Nobunaga salió de la mosquitera y, todavía con su camisa de dormir de seda blanca, fue a la habitación adjunta y se sentó.

—¿Genba?

—¿Mi señor?

—Ven aquí.

Sakuma Genba llegó a la entrada de la habitación contigua y se postró. Nobunaga estaba abanicándose. Por la noche se notaba ya la frescura de inicios del otoño, pero aún había enjambres de mosquitos en los terrenos del castillo, con sus espesas arboledas.

—La verdad es que esto no es tan inesperado —dijo por fin Nobunaga, casi como si hubiera

masticado y escupido las palabras—. Si los Yamabuchi se rebelan, entonces el divieso que se había estado curando ha vuelto a enconarse. Esperaremos hasta que reviente por sí solo.

—¿Iréis personalmente, mi señor?

—Eso no será necesario.

—Vuestras tropas...

—No creo que esto requiera un bálsamo. —Se echó a reír y siguió diciendo—: Dudo de que tengan el valor de atacar Kiyosu, aun cuando estén haciendo preparativos militares. Samanosuke ha sido presa del pánico al ver a su hijo herido. Será mejor contemplar cómo sudan la gota gorda durante algún tiempo desde cierta distancia.

Poco después Nobunaga se acostó de nuevo, pero a la mañana siguiente se levantó antes de lo habitual. O tal vez no podía dormir y esperaba que amaneciera. Es posible que, en el fondo, estuviera mucho más preocupado por el destino de Tokichiro que por el incidente en Narumi. En cuanto se levantó, Nobunaga fue con varios ayudantes a inspeccionar el solar de construcción.

Estaba saliendo el sol, y en lugar del campo de batalla del día anterior, ni un madero, ni una sola piedra, ni un terrón o una mota de serrín estaban a la vista. El suelo había sido barrido. La luz del amanecer reveló que aquello no era ya un solar de construcción. Aquello superaba las expectativas de Nobunaga. Éste no solía experimentar sorpresa, y cuando así era no lo revelaba. Pero Tokichiro había completado el trabajo en tres días, y no sólo eso, sino que, previendo la inspección de Nobunaga, había retirado del castillo las maderas y piedras sobrantes y limpiado la zona.

Sin que pudiera evitarlo, el rostro de Nobunaga brillaba de alegría y sorpresa.

—¡Lo ha hecho! ¡Mirad esto! ¡Mirad lo que ha hecho el Mono! —Volviéndose a sus ayudante, habló como si aquélla fuese su propia hazaña—. ¿Dónde está? Llamad a Tokichiro.

—Ése que viene por el puente Karabashi debe de ser el señor Kinoshita —dijo uno de los ayudantes.

El puente estaba directamente delante de ellos. Y por allí venía Tokichiro, cruzándolo a toda prisa en su dirección.

Los troncos del andamio, así como los maderos y piedras sobrantes, las herramientas y las esteras de paja estaban amontonados al lado del foso. Los artesanos y obreros, que se habían pasado tres días y noches trabajando sin descanso, estaban profundamente dormidos, como otras tantas orugas en su capullo. Incluso los capataces, que habían trabajado juntos con los obreros, se tumbaron en el suelo y quedaron dormidos en cuanto la construcción estuvo terminada.

Nobunaga observó esta escena desde cierta distancia. Una vez más se dio cuenta de cómo había infravalorado las capacidades de Tokichiro. ¡Aquel Mono! ¡Sabía cómo hacer trabajar a los hombres! Pensó que si era capaz de lograr que los obreros trabajaran hasta matarse, debería ponerle al frente de soldados adiestrados, y podría ser un gran comandante. No sería un error enviarle a la batalla al frente de doscientos o trescientos hombres. De improviso recordó unos versos del Arte de la Guerra de Sun Tzu:

El principio más importante,  
para vencer en la guerra,  
es lograr que tus soldados  
mueran alegremente.

Nobunaga repitió estos versos una y otra vez, pero dudaba de que él mismo tuviera esa capacidad, la cual ciertamente no tenía nada que ver con la estrategia, la táctica o la autoridad.

—Desde luego, esta mañana os habéis levantado temprano, mi señor. Podéis ver lo que hemos hecho en el muro del castillo.

Nobunaga bajó la vista y allí, a sus pies, estaba Tokichiro, ya arrodillado y apoyando ambas manos en el suelo.

—¿Mono?

Nobunaga se echó a reír. Acababa de ver el rostro de Tokichiro, el cual, al cabo de tres días y noches sin dormir, parecía como si estuviera cubierto por una áspera capa de yeso semiseco. Tenía los ojos enrojecidos y las ropas manchadas de barro.

Nobunaga se rió de nuevo, pero en seguida se compadeció del hombre y le dijo seriamente:

—Has hecho un buen trabajo. Debes de tener sueño. Será mejor que te pases el día entero durmiendo.

—Muchísimas gracias.

Esta alabanza encantó a Tokichiro. Que le dijeran que podía dormir todo el día a pierna suelta cuando la misma provincia no gozaba de solo un día de descanso era la mayor de las alabanzas, y al pensar en ello las lágrimas empaparon sus párpados caídos. Pero a pesar de la satisfacción que sentía, añadió:

—Tengo que pedir algo, mi señor.

—¿Qué es ello?

—Una recompensa —dijo Tokichiro claramente, sobresaltando a los ayudantes.

¿Alteraría con esas palabras el insólito buen talante de Nobunaga? Estaban preocupados por Tokichiro.

—¿Qué quieres?

—Dinero.

—¿Mucho?

—No, sólo un poco.

—¿Es para ti?

—No. —Tokichiro señaló en dirección al foso—. No soy yo quien ha hecho la construcción. Quisiera lo suficiente para dividirlo entre los obreros que están allí, tan cansados que se han dormido.

—Habla con el contable y coge lo que necesites. Pero también debería hacer algo para recompensarte. ¿Qué estipendio tienes ahora?

—Recibo treinta kan.

—¿Eso es todo?

—Es más de lo que merezco, mi señor.

—Te aumentaré a cien kan, te traslado al regimiento de lanceros y te pongo al frente de treinta soldados de infantería.

Tokichiro guardó silencio. Desde el estricto punto de vista del cargo, los puestos de supervisor de carbón y leña, así como de obras, estaban reservados a samurais de alto rango. Pero la sangre de la juventud corría por las venas de Tokichiro y, naturalmente, hacía años que confiaba en llegar a servir activamente en el regimiento de arqueros o mosqueteros. Estar al mando de treinta soldados de infantería era el grado más bajo de un jefe de tropa entre los comandantes, pero un trabajo que le agradaba mucho más que estar al frente de los establos o la cocina.



Se sentía tan feliz que olvidó momentáneamente la discreción y habló sin reflexionar, con la misma boca que antes había sido tan cortés.

—Mientras trabajaba en esta construcción, pensaba continuamente en una cosa. El suministro de agua en este castillo es deficiente, se mire como se mire. Si el castillo fuese asediado, faltaría agua potable, y en poco tiempo el foso se secaría. Si algo ocurriera, el castillo sólo serviría para hacer una salida de ataque. Pero en el caso de que nos atacara un ejército sin posibilidad de victoria en el campo...

Nobunaga desvió la vista y fingió que no le oía. Pero Tokichiro no iba a interrumpirse a medio camino.

—Siempre he pensado que el monte Komaki es muy superior a Kiyosu, tanto por el suministro de agua como desde el punto de vista del ataque y la defensa. Quisiera sugeriros que os trasladéis desde Kiyosu al monte Komaki, mi señor.

Ante esta sugerencia, Nobunaga le miró furibundo y dijo bruscamente:

—¡Basta, Mono! Te estás extralimitando. ¡Ahora vete a dormir en seguida!

—Sí, mi señor.

Tokichiro se encogió de hombros. Pensó que había aprendido una lección. El fracaso es fácil bajo circunstancias favorables. A uno le reprenderán cuando esté de buen talante. Se dijo que aún no tenía suficiente experiencia. Dejaba que su felicidad le exaltara e iba demasiado lejos. Sí, debía admitir que todavía era inexperto.

Tras haber distribuido la recompensa a los trabajadores, no regresó de inmediato a su casa para dormir, sino que deambuló a solas por la ciudad fortificada. Pensaba en Nene, a la que no veía desde hacía algún tiempo.

Se preguntó qué habría hecho recientemente la muchacha. Al pensar en ella, empezó a sentir una aguda preocupación por aquel amigo abnegado y obstinado, Inuchiyo, el cual había abandonado la provincia cediéndole el amor de Nene. Desde que Tokichiro servía al clan Oda, el único a quien había abierto amistosamente su corazón era Inuchiyo.

«Apuesto a que pasó por la casa de Nene —se dijo—. Obligado a abandonar la provincia como ronin, no habrá sabido cuándo podría volver a verla. Sin duda le habrá dicho algo antes de marcharse.» A decir verdad, más que amor o alimento, lo que Tokichiro necesitaba era dormir en seguida, pero al pensar en la amistad, el valor y la lealtad de Inuchiyo, le era imposible retirarse a descansar.

Un hombre verdadero reconoce a otro. Así pues, ¿por qué Nobunaga no reconocía el verdadero valor de Inuchiyo? La traición de Yamabuchi Ukon se conocía desde hacía algún tiempo. Por lo menos Inuchiyo y él la conocían. No podía imaginar por qué Nobunaga no estaba al corriente, y se preguntaba con disgusto por qué Inuchiyo, tras herir a Ukon, había sido castigado.

Pensó entonces que tal vez el castigo, o quizá el destierro, era en realidad una expresión del afecto que le tenía Nobunaga. Cuando él habló sin reflexionar, con cara de saberlo todo, su señor le reprendió. Mientras deambulada por la ciudad, tenía que admitir que hablar del deficiente suministro de agua y abogar por el traslado a Komaki delante de los demás servidores era una exhibición de malos modales. No estaba enfermo, pero periódicamente sentía como si la tierra se moviera bajo sus pies. En su estado, faltó de sueño, el brillo del sol de otoño era horrible.

Cuando vio la casa de Mataemon a lo lejos, le pareció como si su somnolencia se desvaneciera. Se echó a reír y apresuró el paso.

—¡Nene! ¡Nene! —gritó.

Era aquél el barrio residencial de los arqueros, y no una zona de imponentes portales con tejadillo y mansiones. Las casas de los samurais, pequeñas y cómodas, con sus pulcros jardines delanteros y sus vallas de ramas secas, estaban alineadas y daban una sensación apacible.

Tokichiro tenía la costumbre de hablar en voz alta, y cuando distinguió inesperadamente la figura de su amada, a la que llevaba tiempo sin ver, agitó la mano y apretó el paso con una emoción sincera, hasta tal punto que desde cualquier casa de la vecindad se preguntarían qué sucedía. Nene se volvió, y su rostro blanco reflejó una franca sorpresa.

Se suponía que el amor era un secreto bien guardado, pero cuando alguien grita de tal manera que las ventanas del vecindario se abren, e incluso los padres lo oyen desde el interior de la casa, es muy natural que una joven se sienta azorada. Nene había estado junto al portal, contemplando distraídamente el cielo otoñal, pero al oír la voz de Tokichiro su rostro enrojeció y se ocultó, temblorosa, dentro del portal.

—¡Nene! ¡Soy yo, Tokichiro! —Entonces alzó la voz todavía más y corrió hacia ella—. Siento haberte desatendido. Mis deberes me han tenido ocupado.

Nene estaba oculta a medias en el portal, pero como él ya la había saludado se vio obligada a hacer una grácil reverencia.

—Tu salud debería ser lo primero —le dijo.

—¿Está tu padre en casa? —preguntó él.

—No, ha salido.

En vez de invitarle a entrar, la muchacha retrocedió un poco.

—En fin, si el señor Mataemon está ausente... —Tokichiro se dio cuenta en seguida de lo azorada que debía estar—. Entonces será mejor que me vaya.

Nene asintió como si eso fuese lo que ella también deseaba.

—Sólo he venido para preguntar si Inuchiyo había pasado por aquí.

—No, no lo ha hecho.

Nene sacudió la cabeza, pero la sangre coloreó sus mejillas.

—Ha venido, ¿no es cierto?

—No.

—¿De veras? —Tokichiro se quedó un rato contemplando el vuelo de unas libélulas rojas, sumido en sus pensamientos—. ¿Es cierto que no os ha hecho una visita? —Nene inclinó la cabeza, con lágrimas en los ojos—. Inuchiyo ha disgustado a Su Señoría y se ha ido de Owari. ¿Lo sabías?

—Sí.

—¿Te lo ha dicho tu padre?

—No.

—Bueno, ¿cómo lo has sabido entonces? No, no hay necesidad de ocultarlo. Él y yo somos grandes amigos. No sé lo que te habrá dicho, pero conmigo no es necesario que finjas. Vino aquí, ¿verdad?

—No. Acabo de enterarme... por carta.

—¿Una carta?

—Hace un momento alguien lanzó un objeto al jardín, fuera de mi habitación. Cuando salí a ver qué era, encontré una carta envuelta alrededor de una piedra. Era del señor Inuchiyo.

A medida que hablaba, su voz desfallecía. Se echó a llorar y dio la espalda a Tokichiro. Él la había

considerado una mujer juiciosa e inteligente, pero después de todo era una chiquilla.

Tokichiro había descubierto otro nivel de belleza y atractivo que añadiría a lo que ya conocía de la muchacha.

—¿Me dejarás ver esa carta? ¿O es algo que no debes mostrar a nadie?

Nene se sacó la carta del kimono y se la tendió dócilmente.

Tokichiro la abrió con lentitud. Era inequívocamente la caligrafía de Inuchiyo, y el contenido sencillo. Pero, a juicio de Tokichiro, la carta decía mucho más de lo que estaba escrito en ella.

He herido a una persona importante y hoy mismo debo abandonar la bendita provincia del señor Nobunaga. Hubo un tiempo en que dediqué mi vida y mi sino al amor. Pero, tras hablar de ello honorablemente y de hombre a hombre, hemos determinado que estarás mejor con Kinoshita, que es el mejor de los dos. Me marchó, confiándote a él. Te ruego que muestres también esta carta al señor Mataemon y, por favor, sosiégate. No estoy seguro de que algún día podamos volver a vernos.

Aquí y allá los caracteres estaban humedecidos por las lágrimas. ¿Eran de Nene o de Inuchiyo? No, se dio cuenta de que eran las suyas.

\* \* \*

Narumi estaba preparado para la guerra y observaba los movimientos en Kiyosu. Pero el año se aproximaba a su final y no había señal alguna de un ataque por parte de Nobunaga.

Las dudas y las sospechas turbaban a los Yamabuchi, padre e hijo. Otra cosa aumentaba su inquietud: no sólo habían abandonado a Nobunaga sino que sus aliados anteriores, los Imagawa de Suruga, les miraban con hostilidad.

En esta coyuntura se extendió alrededor de Narumi el rumor de que el señor del vecino castillo de Kasadera se había confabulado con Nobunaga e iba a atacar Narumi por la espalda.

Kasadera era un castillo filial de los Imagawa. Ya fuese por orden de los Imagawa o por connivencia con Nobunaga, un ataque era ciertamente posible.

El rumor fue en aumento con el transcurso del día y, finalmente, entre los hombres del clan Yamabuchi y sus servidores fueron evidentes las señales de pánico. La opinión prevaleciente era que debían efectuar un ataque por sorpresa contra Kasadera. Padre e hijo, que habían tomado tales precauciones encerrándose en una concha vacía, tomaron por fin la iniciativa. Partieron con su ejército en plena noche, a fin de atacar por la mañana el castillo de Kasadera.

Sin embargo, los mismos rumores habían circulado también por Kasadera, ocasionando la misma clase de nerviosismo. La guarnición se apresuró a tomar contramedidas y ahora estaba alerta.

Los Yamabuchi atacaron y la suerte de la batalla se volvió en seguida contra los defensores, los cuales, incapaces de esperar refuerzos de Suruga, incendiaron el castillo y perecieron luchando desesperadamente en medio de las llamas.

El ejército de Narumi que entró en el castillo abrasado había quedado reducido a la mitad de sus efectivos, debido a las fuertes pérdidas sufridas, pero siguieron adelante con el impulso que habían adquirido y asolaron las ruinas abrasadas, agitando espadas, lanzas y armas de fuego.

Todos ellos prorrumpieron en grandes gritos de victoria, en cuyo momento llegaron desde Narumi jinetes e infantes que habían huido en penoso desorden.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el sorprendido Yamabuchi Samanosuke.

—El ejército de Nobunaga ha sido increíblemente rápido. De alguna manera sabía lo que estaba sucediendo aquí, y de improviso se abalanzó sobre nuestro castillo ligeramente protegido con más de un millar de hombres. ¡El ataque ha sido furioso y no hemos tenido una sola oportunidad!

El herido informó así entre jadeos y siguió diciendo que no sólo había sido tomado el castillo, sino que Ukon, el hijo de Samanosuke, que aún no se había recuperado de sus heridas, había sido capturado y decapitado.

Samanosuke, que acababa de entonar el canto de victoria, permanecía inmóvil, sumido en un silencioso estupor. La zona alrededor del castillo de Kasadera, que él mismo había atacado y tomado, no era más que una ruina deshabitada y quemada.

—¡Ésta es la voluntad del cielo!

Lanzando un grito, tomó su espada y se abrió el vientre allí mismo. Sin embargo, era extraño que achacara aquello a la voluntad del cielo, pues sin duda su fin había sido perpetrado por un hombre y forjado por él mismo,

Nobunaga había sometido a Narumi y Kasadera en un solo día. Poco después de completar la reparación del muro, Tokichiro había ido a alguna parte y no le vieron durante cierto tiempo. Pero tan pronto como supo que Narumi y Kasadera habían entrado en posesión de Owari, también él regresó discretamente.

—¿Fuiste tú quien extendió los rumores en ambos lados y causaste la disensión entre nuestros enemigos?

Cuando le preguntaban eso, Tokichiro se limitaba a sacudir la cabeza y no decía nada.

# El rehén de Yoshimoto

Los habitantes de la provincia de Suruga no llamaban Sumpu a su capital. Para ellos era tan sólo la Sede del Gobierno, y su castillo era el palacio. Los ciudadanos, desde Yoshimoto y los miembros del clan Imagawa hasta la gente corriente, creían que Sumpu era la capital de la provincia más grande a lo largo de la costa oriental. La ciudad tenía un aire aristocrático e incluso los plebeyos seguían las modas de la imperial Kyoto.

Comparada con Kyoto, Sumpu era otro mundo. La atmósfera de sus calles y las maneras de sus ciudadanos, incluso la rapidez con que la gente andaba y el modo en que se miraban unos a otros y hablaban... Los ciudadanos de Sumpu eran tranquilos y confiados. La opulencia de sus ropas evidenciaba su categoría, y cuando salían se cubrían la boca con abanicos. Florecían las artes de la música, la danza y la poesía. La serenidad visible en todos los rostros era el resultado de escuchar el sonido de algún manantial feliz de los tiempos antiguos. Sumpu era una ciudad bendita. Si hacía buen tiempo, podía verse el monte Fuji; si era brumoso, las apacibles olas del mar se veían más allá del pinar en el templo Kiyomidera. Los soldados de Imagawa eran fuertes, y Mikawa, el dominio del clan Tokugawa, era poco más que una provincia subordinada.

«Por mis venas corre la sangre de los Tokugawa, y sin embargo estoy aquí. Mis servidores de Okazaki mantienen de alguna manera mi castillo. La provincia de Mikawa sigue existiendo, pero el señor y los servidores están separados...» Tokugawa Ieyasu meditaba en estas cosas día y noche, pero nunca podía decírlas abiertamente. Se compadecía de sus servidores, pero cuando reflexionaba en su propia situación, daba gracias por estar vivo.

Ieyasu sólo tenía diecisiete años, pero ya era padre. Dos años antes, tras su ceremonia de mayoría de edad, Imagawa Yoshimoto había dispuesto su matrimonio con la hija de uno de sus familiares. El hijo de Ieyasu había nacido la primavera anterior, por lo que aún no contaba seis meses, y a menudo el padre oía sus lloros desde la habitación en la que había instalado su escritorio. Su esposa no se había recuperado plenamente del parto y todavía se encontraba en la sala de alumbramiento.

Cuando este padre de diecisiete años oía llorar a su bebé, era su propia carne y sangre lo que escuchaba, pero no solía visitar a su familia. No comprendía los sentimientos de ternura hacia los niños de los que hablaban otros. Cuando buscaba en su interior esa emoción, no la encontraba disminuida sino ausente por completo. Sabiendo que era esa clase de hombre y padre, se apenaba por su esposa y su hijo. Pero cada vez que se sentía así, no se compadecía de su propia familia sino más bien de sus servidores empobrecidos y humillados de Okazaki.

Cuando se obligaba a pensar en su hijo, siempre se entristecía. El pequeño pronto emprendería el viaje por esta amarga vida y sufriría las mismas privaciones que él.

A los cinco años de edad, Ieyasu fue enviado como rehén al clan Oda. Al recordar las penalidades que había sufrido, no podía por menos que solidarizarse con su hijo recién nacido, el cual también sufriría ciertamente las penas y la tragedia de la vida humana. Ahora, sin embargo, la gente veía superficialmente que estaba viviendo en una mansión no menos espléndida que la de los Imagawa.

Algo en el exterior llamó su atención y salió a la terraza. Alguien había tirado de las enredaderas que crecían en los troncos de los árboles y se aferraban a los muros del jardín. El movimiento de retroceso de las ramitas las había dejado temblando ligeramente.

—¿Quién está ahí? —gritó Ieyasu.

Si se trataba de algún liante, probablemente echaría a correr. Pero el joven no oyó el menor sonido de pisadas. Se calzó unas sandalias y salió por la puerta trasera abierta en el muro de barro. Un hombre se había postrado como si le esperase. A su lado había un gran cesto de mimbre y un bastón.

—¿Jinshichi?

—Ha pasado largo tiempo, mi señor.

Cuatro años antes, cuando por fin recibió el permiso de Yoshimoto, Ieyasu regresó a Okazaki para visitar las tumbas de su familia. Por el camino desapareció uno de sus servidores, Uono Jinshichi. Ieyasu se sintió compadecido cuando vio el cesto, el bastón y los cambios en la persona de Jinshichi.

—Te has convertido en un monje itinerante.

—Sí, es un disfraz conveniente para viajar por el país.

—¿Cuándo has llegado aquí?

—Ahora mismo. Quería veros en secreto antes de partir de nuevo.

—Han pasado cuatro años, ¿no es cierto? He recibido tus informes detallados, pero como no había oído de ti desde que fuiste a Mino, temía lo peor.

—En Mino había estallado la guerra civil, y durante algún tiempo las medidas de seguridad en los puntos de control fronterizos y las postas fueron muy estrictas.

—¿Estuviste en Mino? Debe de haber sido una buena ocasión para estar allí.

—Durante la guerra civil me quedé un año en Inabayama. Como sabéis, el castillo de Saito Dosan fue destruido y Yoshitatsu es ahora el señor de todo Mino. Cuando la situación se normalizó, me trasladé a Kyoto y Echizen, pasé por las provincias del norte y seguí hasta Owari.

—¿Fuiste a Kiyosu?

—Sí, pasé algún tiempo allí.

—Háblame de ello. Aunque estoy en Sumpu, puedo suponer lo que sucederá en Mino, pero la situación del clan Oda no es nada fácil de conjeturar.

—¿Queréis que redacte un informe y os lo traiga esta noche?

—No, nada por escrito.

Ieyasu se volvió hacia la entrada trasera en el muro de barro, pero parecía haber mudado de parecer respecto a alguna cosa.

Jinshichi era sus ojos y oídos en el mundo exterior. Desde los cinco años de edad, Ieyasu había vivido primero con los Oda y luego los Imagawa, un exilio errante en provincias enemigas. Al vivir como un rehén, nunca había conocido la libertad y seguía sin conocerla. Los ojos, los oídos y la mente de un rehén están cerrados, y si él mismo no hacía un esfuerzo, no había nadie que le reprendiera ni estimulara. A pesar de ello, o tal vez debido a las limitaciones que le habían impuesto desde su infancia, Ieyasu se había vuelto ambicioso en extremo.

Cuatro años antes había enviado a Jinshichi a las otras provincias a fin de enterarse de lo que ocurría. Eso fue una prueba temprana de la creciente ambición de Ieyasu.

—Aquí nos verán, y si entramos en la mansión mis servidores sospecharán. Vayamos allá.

Ieyasu se alejó de la mansión a grandes zancadas.

La residencia de Ieyasu se encontraba en uno de los barrios más tranquilos de Sumpu. Recorrieron una corta distancia desde el muro de barro y llegaron a la orilla del río Abe. Cuando Ieyasu era un niño al

que sus servidores todavía acarreaban a la espalda, le llevaban al río Abe cuando manifestaba sus deseos de jugar en el exterior. El agua del río parecía fluir eternamente, y la orilla daba la impresión de ser inmutable, lo cual evocaba recuerdos en Ieyasu.

—Desata el bote, Jinshichi —dijo Ieyasu mientras saltaba a bordo de la pequeña barca de pesca.

Cuando Jinshichi subió al bote y hundió la pértiga para impulsarlo, la embarcación se apartó de los bajíos como una hoja de bambú en la corriente. Señor y servidor hablaron, sabiendo que, por primera vez, estaban a salvo de miradas ajenas. En el espacio de una hora, Ieyasu absorbió la información que Jinshichi había recogido durante sus cuatro años de viaje. No obstante, más que lo sabido gracias a Jinshichi, había algo distante y grande oculto en el corazón de Ieyasu.

—Si los Oda no han atacado otras provincias en los últimos años, al contrario que en la época de Nobuhide, debe ser para poner orden su su casa —dijo Ieyasu.

—No importaba que quienes estaban contra él fuesen parientes o servidores: Nobunaga se resignó completamente a la tarea. Atacó a los que tenía que atacar y expulsó a los que le estorbaban. Casi ha dejado a Kiyosu limpio de ellos.

—Los Imagawa se rieron de Nobunaga durante cierto tiempo, y se rumoreaba de él que era sólo un mocoso mimado y estúpido.

—Esa necedad que le atribuían es totalmente falsa —dijo Jinshichi.

—Desde hace tiempo pensaba que eran sólo chismorreos maliciosos, pero cuando el señor Yoshimoto habla de Nobunaga, se cree los chismorreos y no le considera en absoluto como una amenaza.

—El espíritu marcial de los hombres de Owari es por entero distinto del que era hace pocos años.

—¿Quiénes son sus buenos servidores? —preguntó Ieyasu.

—Hirate Nakatsukasa ha muerto, pero cuenta con varios hombres capacitados como Shibata Katsue, Hayashi Sado, Ikeda Shonyu, Sakuma Daigaku y Mori Yoshinari. Recientemente se le ha unido un hombre extraordinario llamado Kinoshita Tokichiro. Su categoría es muy baja, pero por alguna razón su nombre está a menudo en labios de los ciudadanos.

—¿Cuáles son los sentimientos de la gente acerca de Nobunaga?

—Eso es lo más extraordinario. Lo habitual es que el dirigente de una provincia se entregue al gobierno de su pueblo y que éste, por regla general, obedezca a sus señores, pero en el caso de Owari es diferente.

—¿En qué sentido?

Jinshichi se quedó un momento pensativo.

—¿Cómo podría decirlo? No hace nada fuera de lo ordinario, pero mientras Nobunaga esté al frente, la gente confía en el futuro..., y aunque saben que Owari es una provincia pequeña y pobre con un señor sin blanca, lo extraño es que, al igual que los habitantes de una provincia poderosa, no temen la guerra ni les preocupa su futuro.

—Humm.. ¿Por qué será?

—Quizá por el mismo Nobunaga, el cual les dice lo que ocurre hoy y lo que sucederá mañana, y establece los objetivos hacia los que todos ellos trabajan.

En el fondo, sin proponérselo realmente, Jinshichi estaba comparando a Nobunaga, de veintidós años, con Ieyasu, que sólo contaba diecisiete. En ciertos aspectos Ieyasu era mucho más maduro que Nobunaga, no tenía nada de infantil. Ambos habían crecido en circunstancias difíciles, pero no era posible una

verdadera comparación entre ellos. Ieyasu había sido entregado a los enemigos a la edad de cinco años, y la crueldad del mundo le había estremecido hasta la misma médula.

Durante su conversación secreta, el bote llevó a Jinshichi e Ieyasu por el centro del río. Cuando terminaron, Jinshichi maniobró para regresar a la orilla.

Jinshichi se apresuró a echarse el cesto al hombro y cogió su bastón. Al despedirse de Ieyasu le dijo: —Transmitiré vuestras palabras a los servidores. ¿Alguna cosa más, mi señor?

Ieyasu, en la orilla, estaba muy inquieto por la posibilidad de que les vieran.

—No hay nada más. Vete en seguida. —Le indicó que se alejara con un gesto de la cabeza y, de improviso, añadió—: Diles que estoy bien... No he enfermado ni una sola vez.

Dicho esto, regresó a solas a su mansión.

Los ayudantes de su esposa le estaban buscando por todas partes, y cuando le vieron regresar del río uno de ellos le dijo:

—La señora os espera ansiosa y nos ha enviado en vuestra busca varias veces. Está preocupada en extremo por vos, mi señor.

—Ah, ¿de veras? —replicó Ieyasu—. Tranquilízala y dile que iré en seguida.

Entonces fue a su propia habitación. Cuando tomó asiento, vio que otro servidor, Sakakibara Heishichi, le estaba esperando.

—¿Habéis dado un paseo por la orilla del río?

—Sí..., para matar el tiempo. ¿Qué ocurre?

—Ha venido un mensajero.

—¿De dónde?

Sin responderle, Heishichi le entregó una carta. Era de Sessai. Antes de abrir la envoltura, Ieyasu se llevó la carta a la frente con gesto reverente. Sessai era un monje de la secta Zen que actuaba como consejero militar del clan Imagawa. Era también el maestro de quien Ieyasu había recibido instrucción, tanto libresca como en las artes marciales. Su carta era concisa:

Esta noche se dará la conferencia acostumbrada a Su Señoría y sus invitados. Os esperaré en el portal noroeste del palacio.

Eso era todo, pero la palabra «acostumbrada» era una clave que Ieyasu conocía bien. Significaba una reunión de Yoshimoto y sus generales para comentar la marcha sobre la capital.

—¿Dónde está el mensajero?

—Ya se ha ido. ¿Iréis al palacio, mi señor?

—Sí —respondió Ieyasu, preocupado.

—Creo que la proclamación de la marcha del señor Yoshimoto sobre la capital está cercana.

Heishichi había alcanzado a oír las importantes asambleas de guerra que habían abordado ese tema en varias ocasiones. Miró fijamente el rostro de Ieyasu. Éste musitó una réplica, al parecer desinteresado.

Las evaluaciones efectuadas por el clan de Imagawa de la fuerza de Owari y de Nobunaga eran muy diferentes de lo que Jinshichi acababa de informar. Yoshimoto planeaba dirigir un enorme ejército, formado por las fuerzas de las provincias de Suruga, Totomi y Mikawa, a la capital, y esperaba



encontrarse con resistencia en Owari.

—Si avanzamos con un gran ejército, Nobunaga se rendirá sin derramamiento de sangre.

Ésta era la opinión superficial expresada por algunos miembros de la asamblea de guerra, pero aunque Yoshimoto y sus consejeros, entre ellos Sessai, no tenían en tan baja estima a Nobunaga, ninguno de ellos se tomaba a Owari tan en serio como lo hacía Ieyasu. Éste había ofrecido su opinión cierta vez, pero se rieron de él. Al fin y al cabo, Ieyasu era un rehén y además joven, y entre el personal militar apenas contaba para nada.

Se preguntó si debía exponer el asunto o no. Incluso aunque insistiera en su punto de vista...

Ieyasu estaba sumido en sus pensamientos, con la carta de Sessai ante él, cuando una anciana dama que servía a su esposa se dirigió a él con una expresión preocupada en el rostro, diciéndole que el estado de ánimo de su esposa era terrible e instándole a visitarla un momento.

La esposa de Ieyasu era una mujer que sólo pensaba en sí misma. Era completamente indiferente tanto a los asuntos de estado como a la situación de su marido. En su cabeza sólo tenían cabida su vida cotidiana y las atenciones de su marido. La anciana dama lo comprendía bien, y cuando vio que el señor aún estaba hablando con su servidor, aguardó incómoda y en silencio, hasta que llegó otra sirvienta y le susurró algo al oído. La anciana dama no podía hacer más que interrumpirles de nuevo.

—Perdonad, mi señor..., lo siento terriblemente, pero Su Señoría está muy impaciente.

Hizo una reverencia y le instó una vez más tímidamente a que se apresurase.

Ieyasu sabía que los sirvientes de su esposa estaban más preocupados que nadie por aquella situación, y él mismo era un hombre paciente.

—Ah, sí —dijo, volviéndose, y se dirigió a Heishichi—: Bueno, haz los arreglos necesarios y cuando llegue el momento ven a decírmelo.

Ieyasu se levantó. La mujer avanzó delante de él a pasitos, y a juzgar por su semblante parecía como si se hubieran salvado.

La parte interior de la casa estaba a cierta distancia, por lo que no era irrazonable que a menudo su esposa anhelara verle. Tras recorrer las muchas vueltas de los corredores central y elevado, llegó finalmente a los aposentos privados de su esposa.

El día de su boda, las ropas del marido, el pobre rehén de Mikawa, no podían compararse con el lujo y la brillantez del vestido de la señora Tsukiyama, hija adoptiva de Imagawa Yoshimoto. «El hombre de Mikawa», como le conocían, era objeto de desprecio por parte del clan Imagawa. Y viviendo con tal orgullo en sus apartados aposentos, la joven despreciaba a los servidores de Mikawa pero envolvía a su marido con todo el fervor de su amor egoísta y ciego. Además era mayor que Ieyasu. Visto desde los límites de su trivial vida conyugal, para la señora Tsukiyama su marido Ieyasu era poco más que un joven sumiso que debía su existencia a los Imagawa.

Tras dar a luz en la primavera siguiente a su boda, se había vuelto todavía más egoísta e irrazonable. La esposa de Ieyasu le daba cada día lecciones de perseverancia.

—Oh, estás levantada. ¿Te encuentras algo mejor?

Miró a la mujer y, mientras hablaba, se dispuso a abrir las puertas correderas, pensando que si la enferma veía la belleza de los colores y el cielo otoñales, su estado de ánimo mejoraría.

La señora Tsukiyama había abandonado su habitación de enferma y estaba en la sala de recepción con una fría expresión en su rostro lívido. Estrechó las cejas al hablar.

—Dejadlas cerradas.

No era exactamente una belleza, pero como podría esperarse de una mujer criada en el entorno privilegiado de una familia rica, tenía un cutis lustroso. Por lo demás, tanto el rostro como las yemas de los dedos eran de un blanco casi translúcido, tal vez debido a su primer parto. Tenía las manos primorosamente enlazadas sobre el regazo.

—Sentaos, mi señor. Quisiera preguntaros algo.

Sus palabras y su mirada eran frías como cenizas. Pero Ieyasu no actuó en absoluto como sería de esperar que lo hiciera un joven marido, pues un trato tan suave de su esposa era más apropiado de un hombre maduro. O tal vez tenía cierta opinión de las mujeres y miraba objetivamente a la persona a la que más debería amar.

—¿Qué es ello? —inquirió, sentándose frente a ella tal como le había pedido.

Pero cuanto más obediente era el marido, tanto más irrazonable se mostraba ella.

—Deseo preguntaros algo. ¿Habéis ido a alguna parte hace un momento? ¿Sólo, sin asistentes?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. La sangre le subía al rostro, todavía delgado tras el parto. Ieyasu conocía tanto su estado de salud como su carácter, y le sonrió como si estuviera siguiendo la corriente a un niño pequeño.

—¿Hace un momento? Estaba cansado de leer, así que fui a dar un lento y largo paseo por la orilla del río. También tú deberías intentarlo. Los colores del otoño y el canto de los insectos... La orilla del río es agradable en esta época del año.

La señora Tsukiyama no le escuchaba. Miraba fijamente a su marido, reprendiéndole en silencio por su mentira. Permanecía sentada erguida y rígida, con un aire de indiferencia, pero sin su habitual absorción en sí misma.

—Qué extraño. Si habéis ido a dar un paseo para escuchar a los insectos y contemplar los colores otoñales, ¿por qué habríais de ir al centro del río en un bote, ocultándoos de la gente durante tan largo rato?

—Vaya..., lo sabías.

—Puede que esté confinada entre estas paredes, pero sé todo lo que hacéis.

—¿De veras?

Ieyasu forzó una sonrisa, pero no mencionó su encuentro con Jinshichi.

Aunque aquella mujer se había casado con él, Ieyasu nunca había podido creer que fuese realmente su esposa. Si los servidores o parientes de su padre adoptivo la visitaban, se lo contaría todo, y siempre estaba intercambiando cartas con la familia de Yoshimoto. Ieyasu debía precaverse mucho más del descuido inintencionado de su esposa que de los espías de Yoshimoto.

—La verdad es que, una vez en la orilla, subí a ese bote sin pensarlo demasiado e intenté manejar el remo según el flujo del agua. Creí que podría manejarlo, pero cuando me metí en la corriente no pude hacer nada. —Se echó a reír—. Igual que un niño. ¿Dónde estabas cuando me viste?

—Estáis mintiendo. No estabais solo, ¿verdad?

—Bueno, más tarde un sirviente corrió en mi busca.

—No, no. No hay ningún motivo para que tengáis un encuentro secreto en un bote con alguien que parece un sirviente.

—¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—Aunque esté aquí inmovilizada, hay personas leales que piensan en mí. Escondéis a una mujer en alguna parte, ¿no es cierto? Y si no se trata de eso, tal vez os habéis cansado de mí y estáis planeando la huida a Mikawa. ¿Por qué me lo ocultáis? Sé que sólo os habéis casado conmigo por temor al clan Imagawa.

Cuando su voz sollozante, embargada por la enfermedad y la desconfianza, por fin encontraba expresión, Sakakibara Heishichi apareció en la puerta.

—Mi señor, vuestro caballo está a punto. Es casi la hora.

—¿Os vais? —Antes de que Ieyasu pudiera responder, la señora Tsukiyama le interrumpió—. En los últimos tiempos os ausentáis cada vez más por la noche. ¿Queréis decirme adonde vais ahora?

—Al palacio.

Sin hacerle el menor caso, Ieyasu empezó a levantarse. Pero ella no estaba satisfecha con esa breve explicación. ¿Por qué iba al palacio tan tarde? ¿Y estaría allí hasta medianoche, como en la ocasión anterior? ¿Quién le acompañaba? La mujer le formuló innumerables preguntas.

Sakakibara Heishichi esperaba a su señor al otro lado de la puerta, y aunque era sólo un servidor, todo aquello le impacientaba un poco. En cambio, Ieyasu consoló alegremente a su mujer y por fin se marchó. La señora Tsukiyama, sin hacer caso de la admonición de Ieyasu, advirtiéndole de que podría enfriarse de nuevo, salió a la entrada para decirle adiós.

—Vuelve cuanto antes —le rogó, poniendo todo su amor y fidelidad en esas palabras de despedida.

Ieyasu caminó en silencio hasta la entrada principal, pero cuando se puso en marcha bajo las estrellas, refrescado por la brisa nocturna, desmelenó las crines de su caballo y su estado de ánimo cambió por completo, prueba de que corría por sus venas una sangre juvenil y briosa.

—Heishichi, llegaremos un poco tarde, ¿no crees?

—No. La nota no indicaba claramente una hora, así que ¿cómo podemos llegar tarde?

—No es eso. Aunque Sessai es viejo, nunca ha llegado tarde. Me dolería, como joven y rehén, llegar tarde a una cita cuando los servidores veteranos y Sessai ya están presentes. Démonos prisa.

Tras decir esto, espoleó su caballo.

Aparte de un caballerizo y tres criados, Heishichi era el único servidor que escoltaba a Ieyasu. Mientras Heishichi corría para mantenerse a la altura del caballo, se sentía conmovido hasta las lágrimas por su señor, cuyo paciente aguante con su esposa y su sumisa lealtad al palacio, es decir, a Imagawa Yoshimoto, sin duda debían de causarle una gran angustia.

Como servidor, tenía el deber jurado de liberar a su señor de sus grilletes. Tenía que librarle de su posición subordinada y devolverle el lugar que le correspondía como señor de Mikawa. Y para Heishichi cada día que transcurría sin lograr su objetivo era otro día de deslealtad.

Echó a correr, mordiéndose el labio mientras hacía su juramento, los ojos húmedos de lágrimas.

El foso del castillo apareció ante su vista. Cuando cruzaron el puente, desaparecieron por completo las tiendas y casas de plebeyos. Entre los pinos se alzaban los muros blancos y los portales imponentes de las mansiones de los Imagawa.

—¿No es ése el señor de Mikawa? —preguntó Sessai, y le llamó desde la oscuridad de los pinos—: ¡Señor Ieyasu!

El amplio pinar que rodeaba el castillo era un lugar de reunión militar en tiempo de guerra, pero sus anchos y largos senderos se utilizaban como terreno de equitación en época de paz.

Ieyasu desmontó rápidamente e inclinó respetuosamente la cabeza ante Sessai.

—Gracias por tomaros el tiempo para venir aquí esta noche, Vuestra Reverencia.

—Estos mensajes siempre son repentinos. Ciertamente deben de ser importunos para vos.

—En absoluto.

Sessai no estaba acompañado. Calzaba unas viejas sandalias de paja cuyo tamaño correspondía a las enormes proporciones de su cuerpo. Ieyasu echó a andar con él y, como muestra de cortesía hacia su maestro, a un paso detrás de él, entregando las riendas de su caballo a Heishichi.

Mientras escuchaba a su maestro, Ieyasu experimentó de repente una gratitud hacia él que no podía expresar con palabras. Nadie discutiría que la condición de rehén en otra provincia era una desgracia, pero cuando pensaba en ello se daba cuenta de que haber sido educado por Sessai había sido una gran suerte.

Es difícil encontrar un buen maestro. De haberse quedado en Mikawa, jamás habría tenido la oportunidad de estudiar con Sessai y, por lo tanto, habría carecido de la educación clásica y militar que tenía ahora, o el adiestramiento en las doctrinas Zen, que consideraba lo más precioso que había aprendido de Sessai.

Los motivos por los que Sessai, un monje Zen, había entrado al servicio del señor de los Imagawa, convirtiéndose en su consejero militar, no se comprendían en otras provincias, y lo consideraban bastante extraño. Así pues, había quienes llamaban a Sessai un «monje militar» o un «monje mundano», pero si hubieran investigado su linaje habrían descubierto que Sessai era pariente de Yoshimoto. Aun así, Yoshimoto era sólo Yoshimoto de Suruga, Totomi y Mikawa, pero la fama de Sessai no conocía límites: era Sessai del universo entero.

No obstante, Sessai había usado su talento en beneficio de los Imagawa. En cuanto vio los signos de derrota de los Imagawa en una guerra contra los Hojo, el monje ayudó a Suruga para que negociara un tratado de paz sin desventaja para Yoshimoto. Y cuando dispuso el matrimonio de Hojo Ujimasa con una hija de Takeda Shingen, señor de Kai, la poderosa provincia en la frontera septentrional, y el matrimonio de la hija de Yoshimoto con el hijo de Shingen, demostró una gran habilidad política al unir a las tres provincias en una alianza.

No era la clase de monje que va por ahí en espléndido aislamiento con un bastón y un sombrero raído. No era un monje Zen «puro». Podría decirse que era un monje político, un monje militar o incluso un monje con muy poco de tal. Pero no importaba cómo le llamasen, pues su grandeza no resultaba afectada.

Sessai era parco en palabras, pero algo que le había dicho a Ieyasu en la terraza del templo Rizai se había quedado clavado en la mente del joven:

—Oculto en una cueva, deambulando solo como las nubes errantes y el agua que fluye... Ser un gran monje no reside sólo en tales cosas. La misión de un monje cambia con los tiempos. En el mundo actual, pensar sólo en mi propia iluminación y vivir como quien «roba la tranquilidad de las montañas y los campos», como si despreciara al mundo, es una clase de Zen egoísta.

Cruzaron el Puente Chino y entraron por el portal del noroeste. Resultaba difícil creer que estuvieran dentro de los muros de un castillo. Era como si el palacio del shogun hubiera sido transportado allí. Hacia Atago y Kiyomizu, el cono majestuoso del monte Fuji se oscurecía en el atardecer. Había farolillos encendidos en las hornacinas a lo largo de los corredores que se extendían hasta donde alcanzaba la

vista. Pasaban mujeres tan encantadoras que podrían haber sido confundidas con damas de la corte, llevando instrumentos musicales llamados *koto* o recipientes de sake.

\*

\*

\*

—¿Quién está en el jardín?

Imagawa Yoshimoto sostenía un abanico en forma de hoja de ginkgo sobre su rostro levemente enrojecido. Había cruzado el jardín hasta el puente rojo en forma de media luna. Incluso los pajes que le seguían lucían lujosas ropas y espadas.

Uno de los pajes retrocedió a lo largo del corredor elevado y se internó en el jardín. Alguien gritaba. A Yoshimoto le parecía una voz femenina y, considerándolo extraño, se había detenido.

—¿Qué le ha ocurrido al paje? —preguntó Yoshimoto al cabo de unos minutos—. No ha regresado. Ve a ver, Iyo.

Iyo bajó al jardín y echó a correr. Aunque llamaban jardín a aquel lugar, era tan grande que parecía como si condujera a las laderas del monte Fuji. Apoyado contra la columna donde el corredor elevado se desviaba de la galería principal, Yoshimoto se puso a tararear una canción, marcando el ritmo con su abanico.

Era lo bastante pálido para confundirle con una mujer, porque usaba un maquillaje ligero. Tenía cuarenta años y se hallaba en el apogeo de la virilidad. Gozaba del mundo y estaba en la cima de su prosperidad. Llevaba el cabello peinado al estilo de la nobleza, tenía los dientes pintados de negro, a la usanza elegante, y lucía bigote. En los dos últimos años había aumentado de peso y, como tenía el tronco largo y las piernas cortas, ahora parecía un poco deformado, pero su espada dorada y el suntuoso brocado de sus ropas le proporcionaban un aura de dignidad. Finalmente regresó alguien y Yoshimoto dejó de tararear.

—¿Eres tú, Iyo?

—No, soy Ujizane.

Ujizane era el hijo y heredero de Yoshimoto, y parecía como si nunca hubiera conocido las penalidades.

—¿Qué estás haciendo en el jardín cuando casi ha oscurecido?

—Estaba azotando a Chizu, y cuando desenvainé mi espada echó a correr.

—¿Chizu? ¿Quién es Chizu?

—Es la chica que cuida de mis pájaros.

—¿Una sirvienta?

—Sí.

—¿Qué puede haber hecho para que la castigues con tus propias manos?

—Es odiosa. Estaba alimentando a un ave excepcional que me han enviado desde Kyoto y la dejó escapar.

Ujizane dijo esto con toda seriedad. Tenía una afición desmedida al canto de las aves, y entre la nobleza se sabía bien que si alguien encontraba un ave excepcional y se la enviaba, Ujizane sería absurdamente feliz. Así pues, sin alzar un dedo, se había convertido en propietario de una colección de extravagantes aves y jaulas. Por ello se decía que allí un ser humano podía ser condenado a muerte por

culpa de un pájaro. Ujizane estaba furioso, como si lo ocurrido se tratara de un importante asunto de estado.

Yoshimoto, que era un padre indulgente, murmuró decepcionado ante la necia cólera de su hijo. Y aquello sucedía delante de sus servidores. Aunque Ujizane era su heredero, tras haber demostrado esa clase de imbecilidad, era improbable que los servidores de Yoshimoto le tuvieran en mucha estima.

—¡Idiota! —le gritó con violencia Yoshimoto, tratando de mostrar su gran amor—. ¿Qué edad tienes, Ujizane? Tu ceremonia de mayoría de edad tuvo lugar hace largo tiempo. Eres el heredero del clan Imagawa, pero no haces más que divertirte criando pájaros. ¿Por qué no practicas un poco de meditación Zen, o lees tratados militares?

Al ser tratado de esta manera por un padre que casi nunca le reprendía, Ujizane palideció y guardó silencio. En general consideraba que la relación con su padre era fácil. Sin embargo, tenía ya una edad en la que podía considerar el comportamiento de su padre con ojo crítico. Ahora, en lugar de discutir, se limitó a poner mala cara. Yoshimoto pensaba que también ése era un punto flaco. Quería mucho a Ujizane, y sabía que su propia conducta nunca había proporcionado un buen ejemplo al muchacho.

—Es suficiente. A partir de ahora, modérate. ¿De acuerdo, Ujizane?

—Sí.

—¿A qué viene ese semblante contrariado?

—No estoy contrariado por nada.

—Bien, entonces márchate. Éstos no son tiempos para criar pájaros.

—Sí, pero...

—¿Qué quieres decir?

—¿Son éstos tiempos para tomar sake con muchachas de Kyoto, para bailar y tocar el tambor toda la tarde?

—¡Frena la lengua, sabelotodo!

—Pero tú...

—¡Silencio! —gritó Yoshimoto, arrojando su abanico a Ujizane—. En vez de criticar a tu padre, deberías saber cuál es tu lugar. ¿Cómo puedo proclamarte mi heredero si no te interesan los asuntos militares y no aprendes nada sobre la administración y la economía? Tu padre estudió Zen de joven, pasó por toda clase de dificultades y participó en innumerables batallas. Hoy estoy al frente de esta pequeña provincia, pero algún día gobernaré en todo el país. ¿Cómo he podido tener un hijo con tan poco valor y tan escasas ambiciones? No tengo nada de lo que quejarme excepto de lo insatisfecho que estoy contigo.

En algún momento los servidores de Yoshimoto se habían refugiado medrosos en el corredor. Conmocionados por las palabras de su señor, todos tenían la vista clavada en el suelo. Incluso Ujizane inclinaba la cabeza y miraba el abanico de su padre que estaba a sus pies.

En aquel momento llegó un samurai y anunció:

—Su Reverencia el maestro Sessai, el señor Ieyasu y los servidores veteranos esperan a Su Señoría en el Pabellón Naranja Mandarina.

El pabellón así llamado se alzaba en una cuesta salpicada de mandarinos, y era allí donde Yoshimoto había invitado a Sessai y sus demás consejeros, aparentemente para celebrar una ceremonia del té nocturna.

—¡Ah! ¿Están todos allí? Como anfitrión, no debo retrasarme.

Yoshimoto habló como si le hubieran salvado de la confrontación con su hijo, y echó a andar por el corredor en la dirección contraria.

La ceremonia del té no había sido más que una estratagema desde el principio, pero, como era apropiado para una ceremonia nocturna, las sombras oscilantes lanzadas por los farolillos, combinadas con el chirrido de los insectos, parecían envolver el lugar con un aire de elegancia. Sin embargo, en cuanto Yoshimoto entró y se cerró la puerta, los soldados patrullaron el terreno con tal rigor que ni siquiera el agua podría haberse filtrado sin que lo notaran.

—¡Su Señoría!

Un servidor anunció a su señor como si proclamara a la realeza. En la gran habitación, construida al estilo de los templos, oscilaba una débil luz. Sessai y los servidores veteranos estaban sentados en hilera, con Tokugawa Ieyasu en el extremo. Los hombres alineados se inclinaron ante su señor.

Las ropas de seda de Yoshimoto susurraban perceptiblemente en el silencio. Tomó asiento, sin la compañía de pajes ni asistentes. Sus dos únicos asistentes permanecían a la distancia de unas tres varas.

—Disculpad mi tardanza —dijo Yoshimoto en respuesta a las inclinaciones de sus servidores. Entonces, prestando una atención especial a Sessai, añadió—: Me temo que esto es una molestia para vos, Vuestra Reverencia.

Recientemente Yoshimoto tenía la costumbre de preguntar por la salud del monje cada vez que se encontraban. En los últimos cuatro o cinco años Sessai había sido proclive a enfermar, y su envejecimiento era notable.

Sessai había instruido, protegido e inspirado a Yoshimoto desde su infancia. Yoshimoto sabía que debía su grandeza a las dotes políticas y la planificación de Sessai. Así pues, al principio Yoshimoto sentía inevitablemente la vejez de Sessai como la suya propia. Pero cuando se dio cuenta de que la fuerza de los Imagawa no había disminuido por no confiar en Sessai y que, de hecho, era más vital que nunca, empezó a creer que sus éxitos se debían a su propia habilidad.

—Como ya soy adulto —había dicho Yoshimoto a Sessai—, os ruego que no os preocupéis por la administración de la provincia en cuestiones militares. Emplead plazeramente los años que os quedan y concentraos en la promulgación del Camino del Buda.

Estaba claro que había empezado a mantener a Sessai a una distancia respetuosa.

Pero desde el punto de vista de Sessai, contemplar a Yoshimoto era como contemplar a un niño que da traspiés, y experimentaba la misma clase de aflicción. Sessai consideraba a Yoshimoto exactamente como éste consideraba a su hijo, Ujizane, y pensaba que Yoshimoto no era digno de confianza. Sabía que Yoshimoto se sentía incómodo en su presencia y le había mantenido alejado, utilizando la enfermedad de Sessai como pretexto, pero aun así el monje intentaba intervenir en los asuntos administrativos y militares. Desde comienzos de la primavera de aquel año no se había perdido ninguna de las más de diez conferencias celebradas en el Pabellón Naranja mandarina, incluso cuando estaba enfermo.

¿Se moverían ahora o esperarían un poco más? Aquella conferencia decidiría una cosa u otra, y el auge o caída del clan Imagawa dependería de la decisión tomada.

Con el fondo insistente del chirrido de los grillos, la conferencia que transformaría el destino de la nación tuvo lugar en la más estricta intimidad. Cuando el canto de los insectos se detuvo de repente, el grupo de guardianes caminaba de un lado a otro a lo largo de los setos en el exterior del pabellón.

—¿Has investigado lo que comentamos en la última conferencia? —preguntó Yoshimoto a uno de sus

generales.

El general extendió varios documentos sobre el suelo e inició la conferencia explicándolos a grandes rasgos. Había escrito un informe sobre el poder militar y económico del clan Oda.

—Dicen que es un clan pequeño, pero parece que recientemente su economía ha mejorado de una manera notable. —Mientras hablaba, mostró unos diagramas a Yoshimoto—. Dicen que Owari es una provincia unida, pero en el este y el sur hay lugares, como el castillo de Iwakura, que os deben fidelidad, mi señor. Por otro lado, hay hombres que, si bien son servidores de Oda, tienen una conocida ambivalencia respecto a sus lealtades. Así pues, en las actuales circunstancias, la posesión del clan de los Oda es inferior a la mitad, quizá sólo dos quintas partes de todo Owari.

—Comprendo —dijo Yoshimoto—. Parece ser un clan pequeño, tal como nos han informado. ¿Cuántos soldados pueden reunir?

—Si consideramos que sus posesiones son sólo dos quintas partes de Owari, la zona produciría alrededor de ciento sesenta a ciento setenta mil fanegas de arroz. Teniendo en cuenta que diez mil fanegas mantienen a unos doscientos cincuenta hombres, aun cuando se alzara toda la fuerza de los Oda no excedería de los cuatro mil hombres. Y si les restamos las guarniciones de los castillos, dudo de que pudieran reunir a más de unos tres mil hombres.

De improviso Yoshimoto se echó a reír. Siempre que reía, tenía el hábito de ladear un poco el cuerpo y cubrirse con el abanico los dientes ennegrecidos.

—¿Tres o cuatro mil, dices? Bien, eso difícilmente bastará para apuntalar una provincia. Según Sessai, el enemigo del que debemos precavernos camino de la capital son los Oda, y todos vosotros también habéis mencionado repetidamente a los Oda. Por eso he encargado estos informes. Pero ¿qué van a hacer tres o cuatro mil hombres ante mis fuerzas militares? ¿Qué clase de dificultades vamos a tener para tratarle a patadas y luego derribarle de un solo golpe?

Sessai no dijo nada. Los demás también mantuvieron las bocas cerradas. Sabían que Yoshimoto no iba a cambiar de idea. El plan llevaba ya varios años en existencia, y el propósito de todos sus preparativos militares y la administración de los territorios de Imagawa era la marcha de Yoshimoto sobre la capital y su dominio del país entero. Había llegado el momento oportuno, y Yoshimoto era incapaz de seguir conteniéndose.

No obstante, si se habían celebrado varias ceremonias desde la primavera, con el propósito de emprender una acción decisiva, y el objetivo aún no se había conseguido, ello significaba que dentro de aquel grupo central había alguien que se oponía, argumentando que aún era prematuro. La voz disidente era la de Sessai. Más que argumentar lo prematuro de la acción, Sessai adoptaba una postura conservadora y hacía recomendaciones acerca de la administración interna. No criticaba la ambición de Yoshimoto de unificar el país, pero tampoco expresaba nunca su aprobación.

—El clan Imagawa es el más ilustre de su generación —le había dicho a Yoshimoto—. Si llega a darse el caso de que el shogun no tiene sucesor, alguien del clan Imagawa debería tomar postura. Vos, por cierto, debéis tener esta gran ambición y empezar a cultivaros para ser capaz de gobernar la nación de ahora en adelante.

Era el mismo Sessai quien había enseñado a Yoshimoto a pensar con amplitud de miras: más que ser el señor de un solo castillo, ser el dirigente de toda una provincia; más que ser el dirigente de un solo distrito, ser el gobernador de diez provincias; más que ser el gobernador de diez provincias, ser el



dirigente del país.

Eso era algo que predicaba todo el mundo, y todos los hijos de samurais se enfrentaban al mundo caótico con tal idea firmemente arraigada. Ése fue también el aspecto principal en el adiestramiento de Yoshimoto por parte de Sessai. Así pues, desde la época en que Sessai entró a formar parte del personal asesor de Yoshimoto, las fuerzas armadas del clan Imagawa se expandieron a toda prisa. Yoshimoto había ascendido sin parar por la escala hacia la hegemonía. Pero recientemente Sessai había percibido una gran contradicción entre su adiestramiento de Yoshimoto y el papel de un consejero: de alguna manera había empezado a sentirse inquieto por los planes de unificación del país que tenía Yoshimoto.

Sessai no le consideraba capacitado para semejante empresa. Al observar la creciente confianza de Yoshimoto, sobre todo en los últimos años, los pensamientos de Sessai habían tomado un sesgo mucho más conservador: «Éste es su techo, su capacidad como dirigente no puede pasar de aquí. He de conseguir que abandone la idea». Tal era el origen de la angustia de Sessai. No obstante, había pocos motivos para creer que Yoshimoto, tan orgulloso de su progreso en el mundo, abandonaría de repente la idea de tratar de conseguir la supremacía. Se reía de los reparos de Sessai como síntomas de su senilidad y no le hacía ningún caso. Yoshimoto consideraba que el país estaba ya en su poder.

«Es preciso que ponga fin a esta situación rápidamente.» Sessai ya no le amonestaba, y en cada conferencia insistía en la necesidad de una prudencia extrema.

—¿Qué clase de dificultades voy a encontrar cuando marche sobre Kyoto con todo mi poder y los grandes ejércitos de Suruga, Totomi y Mikawa? —preguntó de nuevo Yoshimoto.

Planeaba una marcha incruenta sobre la capital, averiguando las verdaderas condiciones de cada provincia por el camino y planeando por anticipado una política diplomática a fin de evitar la lucha en la medida de lo posible. Pero la primera batalla en el camino hacia Kyoto no sería con las fuertes provincias de Mino u Omi, sino, ante todo, contra los Oda de Owari, que eran gente de poca monta pero no se les conciliaría con la diplomacia ni sería posible sobornarlos.

Los Oda iban a ser un enemigo realmente difícil. Y no se trataba de un enemigo reciente, pues los Oda y los Imagawa estaban en guerra desde hacía cuarenta años. Si se tomaba un castillo, el bando contrario capturaría otro, y si una ciudad era incendiada, diez pueblos serían pasto de las llamas como represalia. De hecho, desde la época del padre de Nobunaga y el abuelo de Yoshimoto, los dos clanes parecían destinados a enterrar los huesos de sus hombres en la frontera de las dos provincias.

Cuando el rumor de la marcha de Imagawa contra la capital llegó a oídos de los Oda, en seguida resolvieron librar una gran batalla decisiva. Para Yoshimoto, los Oda eran las víctimas ideales del ejército en su avance hacia la capital, y seguía retinando sus planes contra ellos.

Aquella era la última asamblea de la guerra. Sessai, Ieyasu y sus ayudantes salieron del palacio. Durante el trayecto de regreso la oscuridad era absoluta. En Sumpu no había una sola luz.

—No podemos hacer más que rezar al cielo para que nos dé buena suerte —musitó Sessai. Con los muchos años, incluso una mente iluminada cae en la necedad—. Qué frío hace —se quejó, aunque nadie habría pensado que aquella era una noche fría.

Más tarde, cuando la gente pensaba en ello, se decían que la enfermedad del abad empeoró a partir de aquella noche. Fue la última en que los pies de Sessai pisaron la tierra. En la quietud de mediados de otoño, el monje murió serenamente, sin que nadie lo advirtiera.

A mediados de aquel invierno pareció haber una pausa en las escaramuzas que tenían lugar en la frontera, pero en realidad era la temporada en la que se acumulan las fuerzas para emprender acciones todavía más importantes. Al año siguiente la cebada invernal en los fértiles campos de las provincias costeras creció alta. Cayeron las flores de cerezo y el olor de las hojas jóvenes en las plántulas subía al cielo.

Era a principios del verano. En Sumpu Yoshimoto dio la orden de que su ejército avanzara hacia la capital. La enorme escala y el resplandeciente atuendo de viaje del ejército de Imagawa hizo que el mundo entero abriera los ojos con asombro, y su avance que las provincias más pequeñas se encogieran de miedo. El mensaje de la proclamación era claro y sencillo:

Quienes obstruyan el avance de mi ejército serán derribados. Quienes lo reciban cortésmente serán bien tratados.

Después del Festival de los Muchachos, el heredero de Yoshimoto, Ujizane, quedó al frente de Sumpu, y el día 12 del quinto mes el ejército principal avanzó en perfecto orden entre las aclamaciones de la gente. Los magníficos guerreros, cuya brillantez rivalizaba con la luz del sol, marchaban hacia la capital, como las llamativas figuras que aparecen al desenrollar un pergamino pintado: las insignias de los comandantes, los estandartes, banderas, armas y armaduras. El número de las tropas sería de veinticinco o veintiséis hombres, pero se había hecho correr la especie de que era un ejército de cuarenta mil.

El día 15 la vanguardia de las tropas entró en la plaza fuerte de Chiryu y el 17, aproximándose a Narumi, incendió los pueblos de aquella parte de Owari. El tiempo se mantenía bueno y cálido. Los surcos en los campos de cebada y la tierra, que en aquella época habría estado cubierta de flores, aparecían secos y blanquecinos. Aquí y allá, en el cielo azul, se alzaba el humo negro de los pueblos incendiados. Pero no llegaba un solo informe de que hubiera armas de fuego en la provincia de Owari. Los campesinos habían recibido previamente la orden de evacuar y no dejar nada al ejército de Imagawa.

—¡A este paso, el castillo de Kiyosu también estará vacío!

Los oficiales y soldados de los Imagawa notaban la pesadez de sus armaduras en los apacibles, lisos y tediosos caminos.

Aquella noche, en el castillo de Kiyosu, las lámparas ardían en las silenciosas estancias. Sin embargo, parecían lámparas encendidas poco antes de que estallara una violenta tormenta. Los árboles que se alzaban en los terrenos del castillo recordaban la misteriosa inmovilidad en el ojo de un tifón. Y todavía los habitantes de la ciudad no recibían instrucciones del castillo, no había ninguna orden de evacuación o de prepararse para un asedio y, a falta de cualquier otra cosa, ni siquiera un mensaje tranquilizador. Los comerciantes abrieron sus tiendas como de costumbre, los artesanos se dedicaban a su oficio como lo hacían siempre. Incluso los campesinos cultivaban sus campos. Pero el tráfico en los caminos había cesado varios días antes.

La ciudad estaba un poco más solitaria y abundaban los rumores.

—He oído decir que Imagawa Yoshimoto se dirige al oeste con un ejército de cuarenta mil hombres.

Cada vez que se encontraban los inquietos ciudadanos, especulaban sobre su destino.

—¿Qué planes tendrá el señor Nobunaga para defender la ciudad?

—No hay manera de defenderla. Lo mires como lo mires, nuestras tropas no llegan a la décima parte de las tropas de Imagawa.

En tales circunstancias, vieron pasar a los generales del clan uno tras otro. Algunos eran jefes que abandonaban el castillo y regresaban a sus distritos, pero varios de ellos parecían haberse instalado en el castillo.

—Probablemente están discutiendo si capitulan ante los Imagawa o arriesgan la supervivencia del clan y luchan.

Tales percepciones de los plebeyos concernían a cosas de las que no podían ser testigos, pero generalmente no erraban el tiro. De hecho, esa misma controversia se había planteado repetidamente en el castillo durante varios años. En cada conferencia, los generales se dividían en dos facciones.

Los que abogaban por «el plan seguro» y «el clan primero» decían que la mejor política sería la de someter a los Imagawa. Pero la controversia no duró mucho, porque Nobunaga ya había tomado su decisión.

Su único motivo para convocar una asamblea de los servidores principales era el de darles a conocer su decisión, no el de preguntarles por un plan fiable para la autodefensa o una política para preservar Owari. Cuando comprendieron la resolución de Nobunaga, muchos generales respondieron afirmativamente y, cobrando ánimo, regresaron a sus castillos.

A partir de entonces Kiyosu pareció tan apacible como de costumbre, y el número de soldados no aumentó de una manera significativa. Sin embargo, como podría esperarse, aquella noche despertaron a Nobunaga innumerables veces para que leyera los informes que traían los mensajeros desde el frente.

A la noche siguiente, inmediatamente después de terminar su frugal cena, Nobunaga volvió a la sala principal para discutir la situación militar. Allí los generales que aún no habían regresado a sus residencias estaban constantemente a su servicio. Ninguno de ellos había dormido lo suficiente, y en sus pálidos rostros se reflejaba su resolución. Los servidores que no participaban en la discusión ocuparon las dos habitaciones contiguas. Los hombres como Tokichiro estaban muy lejos, sentados en algún lugar a varias habitaciones de distancia. Dos noches antes, al igual que aquella noche, estaban inquietos y tan silenciosos como si contuvieran la respiración. Y no debían de ser pocos los hombres que aquella noche, al mirar a su alrededor, a los blancos faroles y a sus compañeros, no pensaran que aquello era exactamente como un funeral.

Pero de vez en cuando se oían risas, y eran únicamente de Nobunaga. Quienes permanecían a distancia desconocían el objeto de tales risas, pero se oían una y otra vez, a dos o tres habitaciones de distancia.

De repente se oyeron los pasos precipitados de un mensajero en el corredor. Shibata Katsue, que se disponía a leer el informe a Nobunaga, palideció antes de que pudiera articular palabra.

—¡Mi señor!

—¿Qué ocurre?

—Acaba de llegar de la fortaleza de Marune el cuarto despacho desde esta mañana.

Nobunaga movió su apoyabrazos, colocándolo ante sí.

—¿Y bien?

—Parece ser que esta noche los Imagawa marchan hacia Kutsukake.

—¿Ah, sí? —se limitó a decir Nobunaga mientras miraba sin expresión el travesaño tallado de la sala.

Incluso él parecía confuso. Aunque recientemente aquellos hombres habían llegado a confiar en la obstinación de Nobunaga, no podían evitar sentirse perdidos. Kutsukake y Marune estaban en los dominios del clan Oda, y si esa línea de fortalezas diseminadas pero esenciales había sido violada, la llanura de Owari casi carecía de defensas y el camino hacia el castillo de Kiyosu se podría recorrer con un rápido esfuerzo.

—¿Qué vais a hacer? —inquirió Katsuie como si no pudiera soportar más el silencio—. Hemos oído que el ejército de Imagawa puede llegar a cuarenta mil hombres, mientras que nuestras fuerzas están por debajo de cuatro mil. En el castillo de Marune hay setecientos hombres, como mucho. Aunque la vanguardia de los Imagawa, las fuerzas bajo Tokugawa Ieyasu, sumen tan sólo dos mil quinientos, Marune es como un barco impulsado hacia unas olas enormes.

—¡Katsuie, Katsuie!

—No podemos defender Marune y Washizu hasta el alba...

—¿Te has vuelto sordo, Katsuie? ¿Qué estás farfullando? No vas a ganar nada repitiendo lo evidente.

—Pero...

En el momento en que Katsuie empezaba a hablar, fue interrumpido por los ruidosos pasos de otro mensajero. El hombre habló pomposamente desde la entrada de la habitación contigua.

—Hay noticias urgentes de las fortalezas de Nakajima y Zenshoji.

Los informes de aquellos que, en las líneas del frente, habían resuelto morir gloriosamente en combate siempre eran patéticos, y los que llegaban ahora de ambas fortalezas no eran distintos. Ambos empezaban diciendo: «Éste es, tal vez, el último despacho que podremos enviar al castillo de Kiyosu...».

Los últimos dos despachos contenían idénticos datos sobre la disposición de las tropas enemigas y ambos predecían un ataque al día siguiente.

—Lee de nuevo la parte sobre la disposición de las tropas —ordenó Nobunaga a Katsuie, inclinándose sobre el apoyabrazos.

El hombre volvió a leer la parte detallada del documento, no sólo a Nobunaga sino a todos los que estaban sentados en hilera.

—Las fuerzas enemigas que se aproximan a la fortaleza de Marune son unos dos mil quinientos hombres; las que se aproximan a la fortaleza de Washizu unos dos mil. La fuerza principal que avanza en dirección a Kiyosu es de aproximadamente seis mil hombres. El ejército principal de Imagawa: unos cinco mil hombres.

Katsuie terminó de leer y comentó que, más allá de lo evidente de esas cifras, no estaba claro cuántos pequeños grupos del enemigo viajaban secretamente. Mientras Nobunaga y los demás escuchaban a Katsuie, éste enrolló el pergamino y lo dejó delante de él.

Lucharían hasta el final. El derrotero estaba determinado. No quedaba lugar para seguir debatiendo. Pero era angustioso para todos ellos permanecer ociosos y no hacer nada. Ni Washizu ni Marune ni Zenshoji estaban muy lejos. Fustigando a un caballo, sería posible llegar rápidamente a cualquiera de esos lugares. Casi podían ver el gran ejército de los cuarenta mil hombres de Imagawa aproximándose como una ola, casi podían oírlos.

Desde un extremo de aquel grupo de hombres deprimidos se oyó la voz de un anciano sumido en la aflicción.

—Habéis tomado una decisión viril, pero no debéis creer que morir gloriosamente en combate es el único camino abierto al samurai. ¿No deberíais pensar de nuevo en la situación? Aun a riesgo de que me tilden de cobarde, digo que todavía hay lugar para más deliberación, a fin de salvar al clan.

Quien había hablado así era Hayashi Sado, el hombre cuya prestación de servicio era la más larga entre todos ellos. Junto con Hirate Nakatsukasa, quien amonestó a Nobunaga con su suicidio, era uno de los tres servidores principales a quienes el moribundo Nobuhide ordenó que se hicieran cargo de Nobunaga, y era el único de los tres que seguía con vida. Los pensamientos expresados por Hayashi fueron acogidos con simpatía por todos los presentes, y todos ellos rogaron por que Nobunaga se tomara a pecho las palabras del anciano.

—¿Qué hora es? —preguntó Nobunaga, cambiando de tema.

—Es la hora de la rata —respondió alguien desde la habitación contigua.

Mientras el sonido de estas palabras se desvanecía y la noche avanzaba, la melancolía pareció apoderarse de ellos.

Finalmente Hayashi se postró y habló en dirección a Nobunaga con su cabeza canosa inclinada hasta tocar el suelo.

—Mi señor, pensad en ello una vez más. Negociemos, os lo ruego. Es probable que al amanecer todos nuestros hombres y fortalezas sean aplastados por las fuerzas de Imagawa y que sufran una derrota irreversible. En lugar de eso, una conferencia de paz, obligarles a una conferencia de paz sólo momentos antes...

Nobunaga le lanzó una mirada.

—Hayashi.

—Sí, mi señor.

—Eres anciano, por lo que debe resultarte difícil permanecer sentado largo tiempo. Aquí la discusión ha terminado y se está haciendo tarde. Vete a casa y duerme.

—Esto va demasiado lejos... —dijo Hayashi, vertiendo abundantes lágrimas. Lloraba porque creía que el clan había llegado a sus últimos días y, al mismo tiempo, lamentaba ser considerado como un viejo inútil—. Si estáis tan decidido, no voy a decir nada más sobre vuestra intención de luchar.

—¡No lo hagas!

—Parecéis inflexible en vuestro deseo de abandonar el castillo y luchar, mi señor.

—Así es.

—Nuestras fuerzas son pequeñas, menos de la décima parte de las enemigas. Salir al campo y luchar nos daría menos de una posibilidad entre un millar. En cambio, si nos encerrásemos entre los muros del castillo, quizá podríamos idear algún plan.

—¿Un plan?

—Si pudiéramos cortar el paso a los Imagawa, bloqueándolos aunque sólo fuese dos semanas o un mes, podríamos enviar mensajeros a Mino o Kai y pedir refuerzos. En cuanto a otras estrategias, no son pocos los hombres de recursos a vuestro lado que saben cómo hostigar al enemigo.

Nobunaga se echó a reír lo bastante fuerte para que su risa resonara en el techo.

—Hayashi, ésas son estrategias para tiempos ordinarios, ¿y crees que estamos en tiempos ordinarios

para el clan Oda?

—Eso difícilmente requiere una respuesta.

—Aunque pudiéramos alargar nuestras vidas cinco o diez días, un castillo indefendible es indefendible. Pero ¿quién dijo «La dirección de nuestro destino siempre es desconocida»? Cuando pienso en ello, me parece que ahora estamos en el mismo fondo de la adversidad, y la adversidad es interesante. Nuestro enemigo es enorme, desde luego. No obstante, puede que ésta sea la ocasión en toda una vida que me concede el destino. Si nos encerramos en vano en nuestro pequeño castillo, ¿deberemos rogar por una larga vida sin honor? Los hombres nacemos para morir. Dedicadme vuestras vidas esta vez. Juntos cabalgaremos bajo un brillante cielo azul y encontraremos nuestra muerte como verdaderos guerreros.

Entonces Nobunaga cambió rápidamente el tono de su voz.

—Bien, parece ser que nadie ha dormido lo suficiente. —Una sonrisa forzada apareció en sus labios—. Hayashi, duerme tú también. Todo el mundo debe dormir un poco. Estoy seguro de que no hay entre nosotros nadie tan cobarde que sea incapaz de conciliar el sueño.

Tras decir esto, no dormir habría parecido indecoroso. Pero lo cierto que ni uno solo de los servidores había dormido adecuadamente en las dos últimas noches. Nobunaga era la única excepción. Dormía por la noche e incluso se estaba a lo largo del día, no en su dormitorio sino en cualquier parte.

Farfullando casi con resignación, Hayashi hizo reverencias a su señor y sus colegas y se retiró.

Como dientes arrancados, cada hombre se levantó y desfilaron uno tras otro. Finalmente, sólo Nobunaga permaneció en la gran cámara de audiencias, e incluso parecía bastante libre de cuidados. Cuando se volvió, vio a sus espaldas dos pajes dormidos que se apoyaban mutuamente. Uno de ellos, Tohachiro, sólo tenía trece años y era el hermano menor de Maeda Inuchiyo. Nobunaga le llamó.

—¡Tohachiro!

—¿Mi señor?

El muchacho se enderezó, limpiándose las babas de la boca con el dorso de la mano.

—Duermes bien.

—Perdonadme, por favor.

—No, no, si no te estoy riñendo. Por el contrario, esto es una alabanza. También yo voy a dormir un poco. Dame algo que pueda usar como almohada.

—¿Vais a dormir tal como estáis?

—Sí. Estos días amanece temprano, por lo que es una buena estación para las siestas. Dame esa caja, me servirá.

Nobunaga se acurrucó mientras hablaba, apoyando la cabeza en el codo hasta que Tohachiro le trajo la caja. Tenía la sensación de que su cuerpo era un barco flotante. La tapa de la caja estaba decorada con un dibujo lacado en oro de pinos, bambúes y ciruelos, todos ellos símbolo de buena suerte. Nobunaga se la puso bajo la cabeza.

—Esta almohada hará que tenga buenos sueños —comentó.

Entonces rió para sus adentros, cerró los ojos y, mientras el paje se dedicaba a apagar las numerosas lámparas una tras otra, la leve sonrisa de sus labios se desvaneció como nieve fundida y se sumió en un profundo sueño, su rostro en paz entre sus ronquidos.

Tohachiro salió sigilosamente para informar a los samurais en la sala de guardia. Los guardianes se

sentían melancólicos, creyendo que había llegado el final, que no existía para ellos otra alternativa que la muerte. Los hombres en el interior del castillo miraban directamente a la muerte, cuando ya la medianoche había quedado atrás.

—No me importa morir. La cuestión es saber cómo vamos a morir.

Ésta era la base de su inquietud, y ninguno de ellos la había superado todavía. Por ello algunos de los hombres aún no había hecho acopio de su valor.

—No debería enfriarse —dijo Sai, la camarera de Nobunaga, y le arropó con un cobertor.

Nobunaga durmió un par de horas. El aceite de las lámparas casi se había consumido y los pabilos moribundos chisporroteaban. De repente Nobunaga alzó la cabeza y gritó:

—¡Sai! ¡Sai! ¿Hay alguien ahí?

# El señor de dientes ennegrecidos

La puerta corredera de cedro se abrió sin hacer ruido. Sai hizo una reverencia a Nobunaga y cerró con suavidad la puerta tras ella.

—¿Estáis despierto, mi señor?

—¿Qué hora es?

—La hora del buey.

—Muy bien.

—¿Cuáles son vuestras órdenes?

—Tráeme mi armadura y haz que ensillen mi caballo. Ah, y dame algo para desayunar.

Sai era una mujer eficiente y Nobunaga siempre la llamaba para que se hiciera cargo de sus necesidades personales. Ella aceptaba lo que se avecinaba sin hacer aspavientos. Después de despertar al paje que estaba durmiendo en la habitación contigua, dijo a los samurais de guardia que fuesen en busca del caballo de Nobunaga y luego llevó el desayuno a su señor.

Nobunaga cogió los palillos.

—Cuando amanezca será el día decimonoveno del quinto mes.

—Sí, mi señor.

—Éste debe de ser el desayuno más temprano en todo el país. Está delicioso. Tomaré otro cuenco.

¿Qué más hay?

—Algas secas y castañas.

—Bueno, me has dado de comer opíparamente. —Nobunaga terminó alegremente las gachas y se comió dos o tres castañas—. Ha sido un banquete. Dame mi tamboril, Sai. —Nobunaga atesoraba el tamboril, al que llamaba Narumigata. Se lo puso sobre el hombro y tocó dos o tres redobles—. ¡Qué bien suena! Quizá se debe a que es tan pronto, pero el sonido es mucho más claro que de costumbre. Sai, toca un fragmento de *Atsumori* para que lo baile.

Sai cogió obedientemente el tambor que le tendía Nobunaga y empezó a tocarlo. El sonido del tambor bajo sus ágiles dedos vibraba nítidamente a través de las habitaciones del castillo, casi como si estuviera cantando: ¡Despertad! ¡Despertad!

Pensar que un hombre

no tiene más que cincuenta años para vivir bajo el cielo...

Nobunaga se levantó y empezó a dar gráciles pasos, suaves como el agua, al tiempo que cantaba con el ritmo del tamboril.

Sin duda este mundo no es más

que un sueño vano.

Viviendo una sola vida,

¿existe algo que no decaiga?

Su voz era más fuerte y resonante que de costumbre, y cantaba como si hubiera llegado al final de su vida.



Un samurai se apresuraba por el corredor. Su armadura produjo un fuerte ruido al chocar con el suelo cuando se arrodilló.

—Vuestro caballo está preparado. Aguardamos vuestras órdenes, mi señor.

Las manos y pies de Nobunaga se detuvieron en medio de la danza, y se volvió hacia el recién llegado.

—¿No eres Iwamuro Nagato?

—Sí, mi señor.

Iwamuro Nagato vestía armadura completa y llevaba su espada larga. No obstante, Nobunaga aún no se había vestido la armadura y bailaba al ritmo del tamboril que tocaba su camarera. Nagato pareció consternado y miró a su alrededor con expresión dubitativa. El mensajero que le había llevado la orden de preparar el caballo del señor para la batalla era su paje. Todo el mundo estaba exhausto debido a la falta de sueño y el paje tenía los nervios de punta. ¿Sería aquello alguna clase de error? Nagato se había vestido a toda prisa, pero se quedó perplejo ante la ociosa figura de Nobunaga. Normalmente, cuando éste ordenaba que le preparasen su caballo, salía corriendo antes de que sus servidores tuvieran tiempo de prepararse, por lo que Nagato pensó que aquella escena era sumamente extraña.

—Entra —le dijo Nobunaga, con las manos todavía en la postura correcta de la danza—. Eres un hombre afortunado, Nagato. Eres el único que puede contemplar mi danza de despedida de esta vida. Eso debe de ser todo un espectáculo.

Cuando Nagato comprendió lo que su señor estaba haciendo, se sintió avergonzado de sus propias dudas y se colocó en un extremo de la estancia.

—Que sea el único entre tantos servidores de mi señor testigo de la danza más importante de su vida es una dicha muy por encima de mi baja posición. No obstante, quisiera pedir os permiso para cantar mi propia despedida de este mundo.

—¿Sabes cantar? Estupendo. Sai, volvamos al principio.

La camarera guardaba silencio e inclinó un poco la cabeza junto con el tamboril. Nagato se había dado cuenta de que cuando Nobunaga decía danza se refería al Atsumori.

Pensar que un hombre  
no tiene más que cincuenta años para vivir bajo el cielo.  
Sin duda este mundo  
no es más que un sueño vano.  
Viviendo una sola vida,  
¿existe algo que no decaiga?

Mientras Nagato cantaba, sus muchos años de servicio, que se remontaban a la infancia de Nobunaga, se desplegaban en su mente. Las mentes del cantor y el bailarín se convirtieron en una sola. Las lágrimas en el blanco rostro de Sai brillaban a la luz de la lámpara mientras tocaba el tamboril. Aquella mañana tocaba con más habilidad e intensidad de lo habitual.

Nobunaga arrojó su abanico al suelo y exclamó:

—¡Es la muerte!

Mientras se vestía su armadura, dijo a la camarera:

—Sai, si te enteras de que he sido muerto, prende fuego al castillo de inmediato. Quémalo hasta que quede totalmente irreconocible.

La mujer dejó el tamboril en el suelo y, juntando las palmas en el suelo, replicó sin alzar la cabeza:

—Sí, mi señor.

—¡Toca la caracola, Nagato!

Nobunaga se volvió hacia la ciudadela interior, donde vivían sus encantadoras hijas, y luego a las tablillas mortuorias de sus antepasados.

—Adiós —dijo con intensa emoción.

Entonces se ató los cordones de su casco y se apresuró a salir.

La caracola que convocaba a las tropas para el combate sonó en la quietud de la oscuridad que precede al alba. Las minúsculas estrellas brillaban a través de las brechas en las nubes.

—¡El señor Nobunaga va a la guerra!

La noticia fue difundida por un asistente, sorprendiendo a los samurais que tropezaron con él en su precipitación.

Los hombres que trabajaban en las cocinas y los guerreros que eran demasiado viejos para luchar y se quedarían defendiendo el castillo corrieron al portal para despedir a sus camaradas. Contarlos habría sido un buen cálculo de los hombres que quedaban en el castillo de Kiyosu: menos de cuarenta o cincuenta. Tan faltos de hombres estaban, tanto en el castillo como al lado de Nobunaga.

El caballo que Nobunaga montaba aquel día se llamaba Tsukinowa. En el portal se oía el rumor de las hojas tiernas agitadas por el viento, y las luces de los faroles oscilaban. Nobunaga montó de un salto en la silla taraceada con madreperla y galopó hacia el portal principal. Las borlas de su armadura y su espada larga producían un sonido discordante al cabalgar.

Los que se quedaban en el castillo, olvidaron los buenos modales y prorrumpieron en gritos mientras se postraban. Nobunaga dirigió unas palabras de despedida a los ancianos que le habían servido durante tantos años. Se apenaba por aquellos guerreros y por sus hijas, los cuales perdían al mismo tiempo un castillo y un señor. Sin que se diera cuenta, las lágrimas humedecieron los ojos de Nobunaga.

En el tiempo que tardó Nobunaga en cerrar sus ardientes párpados, Tsukinowa ya había galopado como una ráfaga de viento fuera del castillo, bajo la luz difusa del amanecer.

—¡Mi señor!

—¡Mi señor!

—¡Esperad!

Señor y ayudantes no eran más de seis hombres montados. Y, como de costumbre, sus servidores se esforzaron por evitar quedarse rezagados. Nobunaga no miró atrás. El enemigo estaba en el este, y sus aliados se hallaban también en las líneas del frente. Cuando llegaron al lugar donde morirían, el sol ya estaría alto en el cielo. A medida que galopaba, Nobunaga se decía que, desde la perspectiva de la eternidad, haber nacido en aquella provincia y retornar a su suelo no significaba nada.

—¡Adelante!

—¡Mi señor! —gritó alguien de súbito desde un cruce de la ciudad.

—¿Yoshinari? —replicó él.

—Sí, mi señor.

—¿Y Katsuie?

—¡Aquí, mi señor!

—¡Habéis sido rápidos! —les alabó Nobunaga, e irguiéndose en los estribos, preguntó—: ¿Cuántos sois?

—Ciento veinte hombres montados a las órdenes de Mori Yoshinari y ochenta bajo Shibata Katsuie, unos doscientos en total. Nos hemos rezagado para acompañaros.

Entre los arqueros a las órdenes de Yoshinari estaba Mataemon, y Tokichiro también se hallaba entre la tropa, al frente de treinta soldados de infantería.

Nobunaga le vio en seguida y se dijo que el Mono también estaba allí. Desde lo alto del caballo examinó a los doscientos soldados excitados, y al pensar que tenía seguidores tan aguerridos le brillaron los ojos. En el ataque contra las olas enfurecidas de un enemigo que contaba con cuarenta mil hombres, sus propios soldados no eran más que un barquichuelo o un puñado de arena. Pero Nobunaga era lo bastante audaz para preguntarse si Yoshimoto tendría unos seguidores como aquéllos. Estaba orgulloso, como general y como hombre. Aun cuando fuesen derrotados, sus hombres no habrían muerto en vano. Iban a dejar su señal en esta tierra al tiempo que cavaban sus tumbas.

—Casi ha amanecido. ¡Adelante! —exclamó Nobunaga.

Cuando su caballo galopó por la carretera de Atsuta, hacia el este, los doscientos soldados se movieron como una nube, agitando la bruma matinal que llegaba a los aleros de las casas a ambos lados de la calzada. No había orden ni rango, cada hombre dependía de sí mismo. De ordinario, cuando el señor de una provincia iba a la guerra, todos los plebeyos cesaban en su trabajo, barrían las entradas de las casas y despedían a las tropas. Los soldados desfilaban, exhibiendo sus enseñas y estandartes. El mismo comandante en jefe hacía ostentación de su autoridad. Y marchaban hacia el campo de batalla, seis pasos por cada redoble de tambor, con todo el esplendor y el poderío que la provincia podía reunir. Pero Nobunaga era totalmente indiferente a una pose tan vacua. Avanzaron con tal rapidez que les era imposible hacerlo en filas ordenadas.

Iban a luchar a muerte. En una actitud que parecía decir a gritos: «¡Quienquiera que venga conmigo, adelante!», Nobunaga iba en cabeza. No había ningún rezagado. Por el contrario, a medida que avanzaban su número iba en aumento. Como la llamada a las armas había sido repentina, los que no habían tenido tiempo de prepararse se apresuraban a unírseles desde calles y callejones, o se sumaban a la retaguardia.

Los sonidos de sus pasos y voces despertaron a los que todavía estaban durmiendo en aquellas primeras horas de la mañana. A lo largo del camino, campesinos, mercaderes y artesanos abrían sus puertas, y aquellas gentes con el sueño todavía en sus ojos exclamaban: «¡Una batalla!».

Más tarde debieron de suponer que el hombre que galopaba al frente de las tropas, entre la bruma matinal, era su señor, Oda Nobunaga, pero en aquellos momentos nadie se dio cuenta.

—¡Nagato! ¡Nagato!

Nobunaga se volvió en su silla, pero Nagato no estaba allí, sino unas cincuentas varas detrás, en medio del tumulto. Los que cabalgaban detrás de él, con las cabezas de los caballos a la misma altura, eran Katsuie y Yoshinari. Más hombres se les habían unido a la entrada de Atsuta.

—¡Katsuie! —gritó Nobunaga—. Pronto veremos el gran portal del santuario. Que las tropas se detengan delante. Ni siquiera yo voy a seguir adelante sin rezar.

Casi al mismo tiempo que hablaba, saltó al suelo, y el prior, que aguardaba con unos veinte sacerdotes, se adelantó y cogió las riendas del caballo.

—Gracias por salir a recibirme. He venido a rezar una plegaria.

El prior le precedió. El sendero que conducía al templo, con hileras de cedros a los lados, estaba humedecido por la bruma. El prior se detuvo junto al manantial sagrado e invitó a Nobunaga a purificarse. Nobunaga tomó el cucharón de madera de ciprés, se lavó las manos y enjuagó la boca. Entonces tomó otro cucharón y bebió su contenido de un solo trago.

—¡Mirad! ¡Un buen augurio!

Mirando al cielo y señalando hacia arriba, Nobunaga había hablado lo bastante alto para que le oyeran sus tropas. El sol matinal daba una tonalidad rojiza a las ramas de un viejo cedro y una bandada de cuervos graznaban sonoramente.

—¡Los cuervos sagrados!

Los samurais que le rodeaban también miraron.

Entretanto el prior, igualmente provisto de armadura completa, había subido al recinto más sagrado del santuario. Nobunaga se sentó en una estera. El sacerdote trajo sake sobre una mesilla de madera y lo sirvió en una taza de cerámica sin vidriar. Nobunaga apuró la taza, batió palmas y dijo su oración a los dioses. Sus hombres inclinaron las cabezas, cerrando los ojos mientras oraban, de modo que sus corazones se convirtieran en espejos que reflejasen las imágenes de los dioses.

Cuando Nobunaga abandonó el santuario de Atsuta, los soldados que habían corrido a reunirse con él habían aumentado el número de sus hombres a casi un millar. Nobunaga salió del santuario por el portal del sur y montó de nuevo. Había llegado a Atsuta como un vendaval, pero ahora, al marcharse, avanzó a un paso mucho más lento. Montaba a mujeriegas, bamboleándose, sujetando los aros anterior y posterior de la silla.

Ya era de día y los aldeanos de Atsuta, incluidos las mujeres y los niños, estaban delante de sus casas y en los cruces, deseosos de ver el paso de la comitiva, atraídos por el sonido de los caballos que competían por ocupar el primer lugar. Cuando se dieron cuenta de que era Nobunaga, todos parecieron asombrarse y susurraron entre ellos:

—¿Va de veras al combate?

—¿Es posible que sea cierto?

—No tiene una sola posibilidad entre diez mil.

Había recorrido a caballo la considerable distancia entre Kiyosu y Atsuta y ahora estaba dolorido por la silla de montar. Cabalgando a mujeriegas y algo inclinado hacia atrás, tarareaba quedamente.

Cuando el ejército llegó al cruce en las afueras de la población, se detuvo de súbito. En dos lugares, por la dirección de Marune y Washizu, se elevaban masas de humo negro. Una expresión de tristeza apareció en el semblante de Nobunaga, pues era casi seguro que las dos fortalezas habían caído. Aspiró hondo y habló rápidamente a sus servidores.

—No seguiremos la carretera de la costa. La marea matinal está ahora alta, por lo que sería inútil seguir esa ruta. Tomaremos el camino de montaña hasta la fortaleza de Tange. —Desmontó y dijo a uno de sus hombres—: Llama a los caciques de Atsuta.

El hombre se volvió hacia la multitud que se alineaba a lo largo de la calzada y gritó lo bastante alto para que le oyeran. Enviaron soldados en busca de los caciques y poco después dos de ellos llegaron a presencia de Nobunaga. Éste se dirigió así a ellos:

—Me habéis visto muy a menudo, por lo que no soy precisamente una novedad para vosotros, pero

voy a ofrecer algo realmente peculiar: la cabeza con los dientes ennegrecidos del señor de Suruga. Nunca la habéis visto, pero hoy vais a verla, porque habéis nacido en mi provincia de Owari. Así que subid a alguna elevación y contemplad esta gran batalla.

»Recorred Atsuta y decid a la gente que recoja gallardetes de festival y grímpolas y que los arreglen de manera que al enemigo le parezcan banderas y estandartes. Colocad telas rojas, blancas o de cualquier otro color en las ramas de los árboles y las cimas de las colinas, y llenad el cielo de grímpolas ondeantes. ¿Entendido?

Cuando los caballos habían avanzado una media legua y Nobunaga se volvió a mirar, innumerables banderas y estandartes ondeaban en todo Atsuta. Parecía como si un enorme ejército de Kiyosu hubiera avanzado hasta la ciudad y estuviera descansando allí.

Hacía un calor opresivo, más intenso de lo que había sido en muchos años a principios del verano, como los ancianos recordarían más adelante. El sol subió a lo alto y los caballos pisaban una tierra que llevaba diez días sin recibir el alivio de la lluvia. El ejército se llenaba de polvo en su avance.

Vida o muerte...; junto con las riendas, Nobunaga las tenía en sus manos mientras galopaba. Sus soldados le veían ya como un bizarro heraldo de la muerte, ya como un líder que ofrecía la esperanza de una vida más brillante. Al margen de la opinión que adoptaran o del resultado final, la confianza en su líder era compartida por todo el ejército que seguía a aquel hombre sin una sola queja.

Camino de la muerte, la muerte, la muerte...

Los estipendios de los soldados de infantería eran tan bajos que apenas bastaban para la supervivencia de sus familias, y la voz silenciosa y desesperada que jadeaba en sus entrañas resonaba en el vientre de Tokichiro. ¿Era posible que la gente derrochase así su vida? Desde luego, parecía que eso era lo que estaba ocurriendo, y de repente se le ocurrió a Tokichiro que estaba sirviendo a un general absurdo. Sus expectativas cuando se presentó por primera vez ante Nobunaga habían sido muy grandes, y ahora le parecía que aquel hombre enviaba a sus soldados, y Tokichiro entre ellos, a morir valientemente y sin remisión. Pensó en todas las cosas que aún quería hacer en este mundo y en su madre que seguía en Nakamura.

Tales cosas cruzaban por la mente de Tokichiro, pero llegaban y desaparecían en un instante. Los sonidos de mil pares de pies y de las armaduras bajo el sol ardiente parecían decir: «¡Muere! ¡Muere!».

Los soldados avanzaban dispuestos a sacrificar sus vidas. Atravesando una colina tras otra, iban aproximándose a las arremolinadas nubes de humo que habían visto antes.

La vanguardia acababa de coronar la cima de una colina cuando un hombre herido y cubierto de sangre se les acercó tambaleándose y gritando algo que no podían oír del todo.

Era un servidor de Sakuma Daigaku que había huido de Marune. Le llevaron ante Nobunaga y el hombre, respirando con dificultad a causa de sus heridas, hizo un esfuerzo para informar.

—El señor Sakuma ha muerto como un hombre entre las llamas que el enemigo ha prendido por doquier, y el señor Iio pereció gloriosamente durante la batalla de Washizu. Me avergüenza ser el último con vida, pero escapé por orden del señor Sakuma a fin de informaros de lo sucedido. Mientras huía, llegaban a mis oídos los gritos de victoria del enemigo, lo bastante fuertes para agitar el cielo y la tierra. Y nada queda en Marune y Washizu salvo el ejército enemigo.

Tras haber oído el informe, Nobunaga llamó a Tohachiro.

Maeda Tohachiro era todavía un chiquillo y por ello estaba casi sepultado en la gran multitud de

guerreros. Al oír que Nobunaga le llamaba, respondió con un fuerte grito y fue al encuentro de su señor con un porte brioso y viril.

—Sí, mi señor.

—Dame mi rosario, Tohachiro.

El muchacho había puesto mucho cuidado para no perder el rosario de su señor, envolviéndolo en un paño que había atado fuertemente sobre su armadura. Ahora se apresuró a desatarlo y se lo tendió a Nobunaga. Éste cogió el rosario y se lo pasó por el hombro, de modo que quedara en diagonal sobre su pecho. Era de grandes cuentas plateadas, y hacía resaltar aún con mayor magnificencia la armadura verde claro que quizás iba a ser su mortaja.

—Ah, qué tristeza, Iio y Sakuma se han ido al otro mundo. Cuánto me habría gustado que fuesen testigos de mis hazañas.

Nobunaga se irguió en la silla de montar y juntó las palmas para decir una oración.

El humo negro que se alzaba de Washizu y Marune cubría el cielo como el humo de una pira funeraria. Los hombres lo contemplaban en silencio. Nobunaga se quedó un momento mirando a lo lejos y entonces se volvió de repente, golpeó su silla de montar y dijo en tono estentóreo, casi en éxtasis:

—Hoy es el día diecinueve. Éste será el aniversario de mi muerte, así como de la vuestra. Vuestros estipendios han sido bajos y hoy os enfrentáis a vuestro sino de guerreros sin haber conocido jamás la buena suerte. Tal debe de ser el destino de quienes me sirven. Pero quienes me sigan a partir de ahora, me darán sus vidas. Quienes todavía sientan algún apego a la vida, pueden marcharse sin sentirse avergonzados.

Los comandantes y soldados respondieron al unísono.

—¡Jamás! ¿Habría de morir solo nuestro señor?

—¿Entonces daréis todas vuestras vidas a un necio como yo? —dijo Nobunaga.

—No tenéis que preguntarlo —replicó uno de los generales.

Nobunaga dio un fuerte golpe a su caballo con la fusta.

—¡Adelante! ¡Los Imagawa están ahí!

Cabalgaba a la cabeza de sus tropas, pero estaba oculto por el polvo que levantaba todo el ejército en su avance. Entre el denso polvo, la vaga forma del jinete parecía de alguna manera divina.

El camino discurrió por un barranco y subió hasta coronar un puerto de poca altura. En las proximidades de la frontera provincial, el terreno era escarpado.

—¡Ahí está!

—Es Tange. La fortaleza de Tange.

Los soldados se informaron unos a otros, con la respiración entrecortada. Las fortalezas de Marune y Washizu ya habían caído, por lo que les había preocupado el destino que habría corrido Tange. Ahora sus ojos se brillaron. Tange todavía estaba en pie y sus defensores con vida.

Nobunaga cabalgó hasta la fortaleza y habló con su comandante.

—La defensa de este pequeño lugar ya es inútil, por lo que podemos dejárselo al enemigo. La esperanza de nuestro ejército está en otra parte.

La guarnición de Tange se unió al ejército de Nobunaga y, sin un momento de descanso, se apresuraron a avanzar hacia la fortaleza de Zenshoji. En cuanto la guarnición observó la llegada de Nobunaga, prorrumpieron en gritos, pero no eran precisamente de alegría, sino más bien de patética

aflicción.

—¡Ha venido!

—¡El señor Nobunaga!

Nobunaga era su señor, pero no todos sabían qué clase de general era. Que Nobunaga en persona se presentara de repente en aquel puesto avanzado, donde todos ellos habían resuelto morir, rebasaba sus expectativas. Ahora sentían como si les hubieran infundido nueva vida, y estaban preparados para morir delante del estandarte de su señor. Al mismo tiempo Sassa Narimasa, que había partido en dirección a Hoshizaki y había reunido una fuerza de más de trescientos jinetes, se alineó con Nobunaga.

Nobunaga ordenó un recuento de los soldados. Aquella mañana, al salir del castillo, el señor y sus seguidores no eran más que seis o siete. Ahora el ejército sumaba cerca de tres mil hombres, y se anunció públicamente que eran como mínimo cinco mil. Nobunaga consideró el hecho de que ése era realmente todo el ejército de su dominio, que cubría la mitad de la provincia de Owari. Sin guarniciones ni reservas, aquellos hombres constituían toda la fuerza de los Oda.

Una sonrisa de satisfacción afloró a sus labios. Los cuarenta mil hombres de Imagawa estaban ahora a corta distancia, y a fin de espiar su formación y la moral de sus tropas, las huestes de Oda ocultaron sus estandartes y observaron la situación desde el borde de la montaña.

Las fuerzas de Asano Mataemon se habían reunido en la vertiente norte, a cierta distancia del ejército principal. Aunque eran arqueros, la batalla que iba a librarse aquel día no requeriría flechas, por lo que sus hombres iban armados con lanzas. El pequeño grupo de treinta hombres al mando de Tokichiro también estaba con ellos, y cuando el comandante ordenó a los hombres que descansaran, Tokichiro transmitió la orden a sus propios hombres. Éstos reaccionaron respirando hondo y tendiéndose en la hierba a la sombra de la montaña.

Tokichiro se restregó el rostro sudoroso con una toalla sucia.

—¡Eh! ¿Quiere alguno de vosotros sostenerme la lanza?

Sus subordinados acababan de sentarse, pero uno de ellos gritó: «Sí, señor», se levantó y cogió la lanza. Entonces, cuando Tokichiro echó a andar, el hombre le siguió.

—No es necesario que vengas.

—¿Adonde vais, señor?

—No necesito ninguna ayuda. Voy a hacer del cuerpo, y no olerá muy bien.

Se echó a reír y desapareció entre unos arbustos a lo largo del estrecho sendero de montaña. Tal vez creyendo que Tokichiro bromeaba, su subordinado se quedó un rato en pie y miró hacia el lugar por donde se había ido.

Tokichiro bajó un corto trecho por la ladera meridional, mirando a su alrededor hasta que encontró un lugar apropiado. Se desanudó la faja y se puso en cuclillas. Aquella mañana las tropas habían partido con tanta rapidez que apenas había tenido tiempo suficiente para ponerse la armadura y, desde luego, no había dispuesto de un solo momento para hacer de vientre. Durante su apresurado avance desde Kiyosu a Atsuta y Tange, cada vez que se habían detenido en algún lugar para descansar sus primeros pensamientos habían sido los de aliviarse igual que en la vida cotidiana. Así pues, ahora resultaba muy agradable satisfacer las necesidades corporales bajo un claro cielo azul.

Pero incluso allí, las reglas del campo de batalla no permitían la menor negligencia. Muy a menudo, cuando los ejércitos se enfrentaban, las patrullas enemigas se alejaban de sus campamentos y, cuando

descubrían a alguien vaciando sus tripas, disparaban contra él, en parte por pura diversión. Por ello Tokichiro no podía estar completamente en paz mientras contemplaba el cielo. Al mirar hacia el pie de la montaña, podía ver el río serpenteante, como una faja, en su recorrido hasta la desembocadura en la península de Chita. También veía desde allí el único camino blanco cuyas numerosas curvas se extendían hacia el sur a lo largo de la orilla oriental del río.

Washizu se encontraba en la zona montañosa al norte del camino y probablemente ya había sido pasto de las llamas. En los campos y pueblos se veían las innumerables formas, minúsculas como hormigas, de hombres y caballos. Tokichiro se dijo que ciertamente eran muchos.

Tal vez se debió a que Tokichiro pertenecía al ejército de una provincia pequeña, pero cuando vio al numeroso enemigo acudió a su mente de la manera más natural la frase trillada «como las nubes y la niebla», y al considerar que aquel ejército sólo era una parte de la fuerza enemiga, no le sorprendió que Nobunaga hubiera resuelto morir. Pero no, aquello no era tan sólo un asunto humano más. Vaciar sus tripas era probablemente lo último que iba a hacer en esta vida.

«Los hombres son extraños. Me pregunto si mañana aún estaré vivo.» Tokichiro reflexionaba en tales cosas cuando de repente se dio cuenta de que alguien subía por la ladera desde el pantano que se extendía al pie.

¿Sería el enemigo? Dada la proximidad del campo de batalla, ésa era una reacción intuitiva, casi instintiva, y se preguntó si podría tratarse de un explorador enemigo que tratara de infiltrarse por detrás del cuartel general de Nobunaga. Tokichiro se anudó rápidamente la faja, se levantó y se encaró de repente con el hombre que acababa de subir desde el pantano. Los dos permanecieron inmóviles, mirándose fijamente.

—¡Tokichiro!

—¡Inuchiyo!

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Eso mismo te pregunto yo.

—Al enterarme de la partida del señor Nobunaga y su resolución de morir, he venido para morir con él.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

Sintiendo un nudo en la garganta, Tokichiro tendió la mano a su viejo amigo. Las manos estrechadas de los dos hombres encerraban innumerables emociones. La armadura de Inuchiyo era espléndida. Desde las placas laqueadas a los cordoncillos, era nueva y reluciente. Llevaba fijado a la espalda un estandarte con su blasón, una flor de ciruelo.

—Estás muy elegante —le dijo Tokichiro con admiración. De improviso pensó en Nene, a la que había dejado atrás, pero se esforzó para que sus pensamientos retornaran a Inuchiyo—. ¿Dónde has estado hasta ahora?

—Esperando el momento oportuno.

—Cuando el señor Nobunaga te desterró, ¿no pensaste en servir a otro clan?

—No, mi lealtad siempre ha sido inalterable. Incluso después de mi destierro, tuve la sensación de que el castigo del señor Nobunaga me humanizaba más, y le estoy agradecido por ello.

Las lágrimas humedecieron los ojos de Tokichiro. Inuchiyo sabía que la batalla de aquel día significaría la muerte gloriosa de todo el clan Oda, y a Tokichiro le hacía inmensamente feliz que su



amigo estuviera allí, dispuesto a morir por su antiguo señor.

—Lo comprendo. Mira, Inuchiyo, ésta es la primera vez en todo el día que el señor Nobunaga ha descansado. Ahora es el momento. Ven conmigo.

—Espera, Tokichiro, no quiero presentarme ante el señor Nobunaga.

—¿Por qué no?

—No tenía intención de venir aquí en un momento en que el señor Nobunaga podría suspender su enfado con cualquier soldado, y detestaría que sus servidores me viesan desde ese ángulo.

—¿Qué estás diciendo? Aquí va a morir todo el mundo. ¿No has venido con el deseo de morir delante del estandarte de nuestro señor?

—Eso es cierto.

—Entonces no te preocupes. Los chismorreos son para los vivos.

—No, es mejor que muera sin decir nada, y ésta es mi mayor ambición, tanto si el señor Nobunaga me perdona como si no. Tokichiro...

—¿Sí?

—¿Me ocultarás en tu grupo durante algún tiempo?

—No hay ningún inconveniente, pero sólo tengo treinta soldados de infantería a mi mando y destacarás entre ellos.

—Iré así.

Se cubrió el casco con algo que parecía una manta de caballo y se unió al grupo de soldados de Tokichiro. Si se ponía de puntillas, podía ver claramente a Nobunaga y oír la voz aguda de éste que iba y venía con el viento.

Como un ave en vuelo bajo, un jinete solitario se aproximaba a Nobunaga desde una dirección inesperada. Nobunaga le vio antes que nadie y se quedó mirándole en silencio. El hombre fue aproximándose mientras todo el ejército miraba en su dirección.

—¿Qué ocurre? ¿Traes noticias?

—¡El cuerpo principal de los Imagawa, las tropas al mando de Yoshimoto y sus generales, acaban de cambiar de dirección y se dirigen hacia Okehazama!

—¿Qué? —replicó Nobunaga con los ojos brillantes—. Así pues, ¿Yoshimoto ha tomado el camino de Okehazama sin girar hacia Odaka?

Antes de que terminara de hablar se oyó un grito:

—¡Mirad! ¡Viene otro!

Un jinete, luego dos..., exploradores de las fuerzas de Nobunaga. Los hombres retuvieron el aliento mientras los jinetes azuzaban a sus caballos hacia el campamento. Los exploradores ampliaron el informe anterior, poniendo a Nobunaga al corriente del giro que tomaban los acontecimientos.

—La fuerza principal de los Imagawa ha tomado el camino de Okehazama, pero ahora acaban de extenderse en una zona algo por encima de Dengakuhazama, un poco al sur de Okehazama. Han trasladado su cuartel general y parece como si sus tropas estuvieran descansando, con el señor Yoshimoto en el mismo centro.

Nobunaga guardó silencio un instante, sus ojos tan claros como la hoja de una espada. La muerte... Sólo había pensado en la muerte, con intensidad, en la oscuridad absoluta, sin permitirse ninguna esperanza. Su único deseo había sido morir de una manera viril. Había cabalgado denodadamente desde

el alba hasta que el sol estuvo alto en el cielo. Ahora, de repente, como un solo rayo de luz que atravesara las nubes, la posibilidad de la victoria cruzó por su mente.

Si las cosas salían bien...

Lo cierto era que, hasta aquel momento, no había creído en la victoria, y ésta era lo único por lo que un guerrero luchaba.

Fragmentos de pensamientos aparecen y desaparecen en la mente humana, como una corriente interminable de minúsculas burbujas, de manera que nuestra vida está tallada un instante tras otro. Hasta el mismo momento de su muerte, las palabras y las acciones de un hombre dependen de esa cadena de fragmentos. Ideas que pueden destruir a un hombre. Un día de la vida es una construcción que tiene una forma u otra según uno acepte o rechace esos destellos de inspiración.

En las situaciones ordinarias hay tiempo para una deliberación madura de las posibilidades, pero el momento en que se decide el destino de un hombre llega sin previo aviso. Cuando estalla la crisis, ¿debería encaminarse a la derecha o la izquierda? Nobunaga se hallaba ahora en esa encrucijada de caminos e inconscientemente elegía su destino.

Es evidente que su carácter y su adiestramiento jugaron un papel en aquel momento crucial y le impidieron tomar la dirección errónea. Apretaba los labios con fuerza, pero quería decir algo.

De improviso, un servidor dijo exaltado:

—¡Mi señor, ahora es el momento! Yoshimoto cree conocer nuestra fuerza tras haber capturado Washizu y Marune. Probablemente está lleno de orgullo por el rápido éxito de su ejército. Se vanagloria de su victoria y deja que se deslice su espíritu de lucha. Éste es el momento apropiado. Si lanzamos un ataque por sorpresa contra el cuartel general de Yoshimoto, nuestra victoria es segura.

Nobunaga secundó la excitada voz del hombre.

—¡Eso es! —exclamó, dando una palmada a su silla de montar—. Eso es exactamente lo que vamos a hacer. Conseguiré la cabeza de Yoshimoto. Dengakuhazama está hacia el este en línea recta.

Sin embargo, los generales estaban confusos y llenos de recelos tras oír los informes de los exploradores, e intentaron refrenar el instintivo salto adelante de su señor. Pero Nobunaga no quiso escucharles.

—¡Viejos decrepitos! ¿Por qué vaciláis ahora? Lo único que debéis hacer es seguirme. Si camino sobre el fuego, vosotros camináis también. Si estoy dispuesto a deslizarme sobre el agua, vosotros me seguiréis allí. Si no lo hacéis, quedaos a un lado y miradme.

Nobunaga lanzó una risa breve y fría, alzó grácilmente la cabeza de su caballo y galopó hacia la línea delantera de su ejército.

\*

\*

\*

Era mediodía y en las montañas calladas no se oía el canto de un solo pájaro. El viento había cesado y el sol ardiente parecía abrasar cuanto existía bajo el cielo. Las hojas o bien estaban fuertemente cerradas o bien agostadas como tabaco seco.

—¡Por allí!

Un guerrero al frente de un pequeño grupo de hombres subía corriendo una cuesta herbosa.

—Tended la cortina.

Cerca de allí unos soldados estaban eliminando la maleza con guadañas; otros desplegaban cortinas y las ataban a las ramas de los pinos y los árboles de la seda. En unos instantes levantaron un cercado con cortinas que serviría como el cuartel general temporal de Yoshimoto.

—¡Uf! —exclamó uno de ellos—. ¡El calor abrasa!

—¡Dicen que no suele hacer un calor tan fuerte!

Los hombres se enjugaron el sudor.

—Mirad, estoy sudando a mares. Hasta el cuero y el metal de mi armadura están demasiado calientes para tocarlos.

—Si me quitara la armadura y dejase que la brisa me refresque un poco me sentiría mejor, pero creo que el estado mayor no tardará en reunirse aquí.

—Bien, descansemos un poco.

Había pocos árboles en la colina cubierta de hierba, por lo que los soldados se sentaron juntos a la sombra de un gran alcanforero. Tras un breve descanso, se sintieron más frescos.

La colina de Dengakuhazama era más baja que las colinas circundantes, poco más que un otero en el centro de un valle circular. De vez en cuando, los blancos enveses de las hojas en todo el montículo eran agitados de súbitos por una fresca brisa veraniega que provenía de Taishigadake.

Uno de los soldados alzó la vista al cielo mientras se aplicaba unguento en los pies llenos de ampollas, y masculló algo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó otro soldado.

—Mira.

—¿Qué?

—Se están acumulando nubes de tormenta. Probablemente lloverá por la noche.

—No iría nada mal un buen chaparrón. Pero creedme, para los que no hacemos más que reparar caminos y transportar bagaje, la lluvia puede ser peor que un ataque del enemigo. Confío en que sólo sea una lluvia ligera.

El viento agitaba incesantemente las cortinas del cercado que acababan de levantar.

El oficial encargado miró a su alrededor y dijo a los hombres:

—Bueno, arriba. Su Señoría se alojará esta noche en el castillo de Odaka. Ha hecho creer al enemigo que avanzará desde Kutsukake a Odaka, pero con este atajo a través de Okehazama planea llegar esta noche. Nuestra tarea consiste en adelantarnos y examinar las posibles dificultades en puentes, riscos y barrancos a lo largo del camino. ¡En marcha!

Voces y hombres desaparecieron y la montaña recuperó su paz anterior, en la que sólo se oían los agudos chirridos de los saltamontes. Pero poco después se oyó ruido de caballos a lo lejos. No sonaron caracolas ni redobles de tambor, y pasaron entre las cimas de las montañas lo más discretamente posible. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, era imposible ocultar el polvo y el ruido que producían tantos caballos. El sonido de sus cascos sobre las piedras y raíces llenó rápidamente la atmósfera, y las fuerzas principales del gran Imagawa Yoshimoto pronto cubrieron el herboso otero y los alrededores de Dengakuhazama con soldados, caballos, estandartes y cercados con cortinas.

Yoshimoto sudaba más que cualquier otro. Se había acostumbrado a la buena vida y, al rebasar los cuarenta años de edad, había engordado de una manera grotesca. Era evidente que aquellas maniobras le resultaban penosas. Cubría su corpulento cuerpo de largo torso con un kimono de brocado rojo y un peto

blanco. Su enorme yelmo tenía cinco placas en el cuello y estaba coronado por ocho dragones. Además llevaba una espada larga llamada Matsukurago que había pertenecido a la familia Imagawa durante generaciones, una espada corta, obra también de un famoso armero, guantes, espinilleras y botas. El equipo completo probablemente pesaba más de ochenta libras, y carecía de la más pequeña abertura por donde pudiera penetrar la brisa.

Empapado en sudor, Yoshimoto siguió cabalgando bajo el calor ardiente, mientras el sol abrasaba incluso el cuero y las placas laqueadas de su armadura. Finalmente llegó a Dengakuhazama.

—¿Cómo se llama este lugar? —preguntó Yoshimoto en cuanto estuvo sentado detrás de la cortina de su cuartel general.

Le rodeaban los hombres encargados de su protección: asistentes, generales, servidores de alto rango, médicos y otros.

Uno de los generales respondió:

—Esto es Dengakuhazama, y nos hallamos como a media legua de Okehazama.

Yoshimoto asintió y entregó su yelmo a un asistente. Después de que un paje le desanudara la armadura, se quitó las prendas interiores empapadas en sudor y se puso una túnica de un blanco immaculado. La suave brisa que se filtraba entre sus pliegues le refrescó.

Una vez atada de nuevo la faja de su armadura, llevaron su escabel de campaña a una estera de piel de leopardo extendida en el montículo herboso. Entonces los asistentes procedieron a abrir los paquetes de extravagantes provisiones de campaña que le seguían a todas partes.

—¿Qué es ese sonido?

Yoshimoto tomó un sorbo de té. Le había sobresaltado algo que parecía un estampido de cañón. Sus ayudantes también aguzaron el oído. Uno de ellos alzó un extremo de la cortina y miró al exterior. Le sorprendió una visión de extraordinaria belleza: el sol ardiente jugaba con los jirones de nubes y pintaba un torbellino de luz en el cielo.

—Un trueno lejano —informó el asistente—. No era más que el sonido de un trueno lejano.

—¿Un trueno?

Yoshimoto forzó una sonrisa y se golpeó ligeramente la parte inferior de la espalda con la mano izquierda. Sus ayudantes repararon en ello pero se abstuvieron de preguntarle el motivo. Aquella mañana, cuando partieron del castillo en Kutsukake, Yoshimoto había sufrido una caída de caballo. Preguntarle una vez más por su lesión, sólo habría servido para azorarlo más.

De repente hubo una vibración en el aire seguida por el fragor de caballos y hombres en movimiento que se trasladaban desde el pie de la colina al cercado. Yoshimoto se volvió de inmediato hacia uno de sus servidores y le preguntó inquieto:

—¿Qué es eso?

Sin aguardar a su orden de ir a ver, dos o tres hombres se apresuraron a salir del cercado, dejando que entrara el viento al abrir la cortina. Esta vez no era el sonido de truenos distantes. El estrépito de los cascos de caballo y las pisadas de los soldados había llegado a lo alto de la colina. Era un cuerpo de unos doscientos hombres que transportaban una enorme cantidad de cabezas de enemigos cortadas en Narumi, una demostración gráfica del sesgo de la guerra.

Llevaron las cabezas a presencia de Yoshimoto para que las examinara.

—Las cabezas de los samurais Oda de Narumi. ¡Alineadlas! ¡Echemos un vistazo! —Yoshimoto

estaba de buen humor—. ¡Instalad mi escabel de campaña!

Ajustando su posición y sosteniendo el abanico sobre el rostro, examinó las setenta y tantas cabezas que le presentaban una tras otra. Cuando hubo terminado, exclamó:

—¡Qué asco!

Se volvió y ordenó que cerrasen la cortina. Unas nubes de lluvia diseminadas estaban cubriendo el claro cielo.

—Bien, bien. Sube del barranco una fresca brisa. Pronto será mediodía, ¿no?

—No, mi señor —respondió un asistente—. Pronto será la hora del caballo.

—No es de extrañar que esté hambriento. Preparad pronto el almuerzo y que las tropas coman y reposen.

Un ayudante salió para transmitir sus órdenes. Dentro del recinto, sus generales, pajes y cocineros se pusieron en movimiento, pero la atmósfera era tranquila. Una y otra vez, los representantes de los santuarios, templos y pueblos de la zona acudían con regalos de sake y exquisiteces locales.

Yoshimoto examinaba a aquellas gentes desde lejos.

—Les recompensaremos cuando volvamos de la capital —decidió.

Cuando se marcharon las gentes de la localidad, Yoshimoto pidió sake y se instaló cómodamente en la estera de piel de leopardo. Los comandantes que estaban al otro lado de la cortina se presentaron, felicitándole por su victoria en Narumi, que había seguido a la captura de Marune y Washizu.

—Probablemente os ha decepcionado mucho la escasa resistencia que hemos encontrado hasta ahora —dijo Yoshimoto con una expresión juguetona en el rostro mientras ofrecía tazas de sake a sus servidores y asistentes.

Se estaba volviendo cada vez más expansivo.

—Es el poderío de Vuestra Señoría lo que nos ha llevado a esta feliz situación. Pero como Vuestra Señoría ha dicho, si continuamos así, sin ningún enemigo contra el que luchar, nuestros soldados se quejarán de que la disciplina y el adiestramiento no han servido para nada.

—Tened paciencia. Mañana por la noche tomaremos el castillo de Kiyosu y, por muy vapuleados que hayan sido esos Oda, imagino que les quedará todavía cierto espíritu de lucha. Cada uno de vosotros podrá llevar a cabo atrevidas hazañas.

—Entonces Vuestra Señoría podrá alojarse en Kiyosu dos o tres días y disfrutar desde allí de la contemplación de la luna y otras diversiones.

En un momento determinado, el sol se desvaneció detrás de las nubes, pero como habían ingerido tanto sake, ninguno reparó en el oscurecimiento del cielo. Una ráfaga de viento alzó el borde de la cortina y empezaron a caer goterones de lluvia. Los truenos retumbaban con intermitencia a lo lejos, pero Yoshimoto y sus generales reían y hablaban, discutiendo sobre quién sería el primero en llegar al castillo de Kiyosu al día siguiente y burlarse de Nobunaga.

\*

\*

\*

Mientras Yoshimoto se mofaba del enemigo en su cuartel general, Nobunaga avanzaba por las laderas sin caminos de Taishigadake. Ya se estaba aproximando al cuartel general de Yoshimoto.

Taishigadake no era una montaña especialmente alta ni empinada, pero sus pendientes estaban

cubiertas de robles, olmos, arces y zumaques. De ordinario sólo la frecuentaban los leñadores, por lo que para conseguir que ahora la recorrieran rápidamente hombres y caballos era preciso derribar árboles, pisotear la maleza, saltar sobre precipicios y cruzar chapoteando los arroyos.

Nobunaga gritó a sus hombres:

—¡Si os caéis del caballo, abandonadlo! ¡Si vuestros estandartes se enredan con las ramas, dejadlos! ¡Lo único que debe preocuparos es avanzar con rapidez! Lo esencial es llegar al cuartel general de Yoshimoto y cortarle la cabeza. Es mejor que viajemos ligeros. ¡No llevéis ningún bagaje! Pensad sólo en llegar a las filas enemigas y acabar con ellos. No perdáis el tiempo en decapitar a cada uno. Traspasadlo e id a por el siguiente, mientras haya vida en vuestro cuerpo. No tenéis que realizar hazañas heroicas. Las gestas espectaculares no tienen ningún valor. ¡Luchad hoy abnegadamente ante mí y seréis auténticos guerreros de Oda!

Los soldados escucharon estas palabras como si estuvieran escuchando los truenos antes de la tormenta. El cielo de la tarde se había transformado por completo y ahora parecía cubierto de oscuros remolinos de tinta. El viento se levantó de las capas de nubes, del valle, del pantano, de las raíces de los árboles, soplando en la oscuridad.

—¡Casi hemos llegado! Dengakuhazama está en el extremo de esa montaña, más allá de un pantano. ¿Estáis preparados para morir? ¡Si os quedáis atrás, deshonraréis a vuestros descendientes hasta el fin de los tiempos!

El cuerpo principal de las fuerzas de Nobunaga no avanzaba en formación. Algunos soldados tardaban en llegar, mientras que otros avanzaban en filas desordenadas. Pero la voz de Nobunaga infundía ánimo en todos ellos.

Nobunaga había gritado hasta quedarse ronco y a los hombres les costaba entender lo que decía, pero ya no era necesario, pues les bastaba con saber que su señor estaba al frente. Entretanto había empezado a caer una lluvia tan intensa que parecía un diluvio de brillantes puntas de lanza. Las gotas de lluvia eran lo bastante grandes para hacer daño al chocar con mejillas y narices. El aguacero estaba acompañado por un vendaval que arrancaba las hojas, de modo que apenas sabían qué era lo que les golpeaba el rostro.

De repente, un rayo casi partió en dos la montaña. Por un instante el cielo y la tierra fueron del mismo color, de un blanco ahumado bajo el aguacero. Cuando cesó la lluvia, por ciénagas y laderas fluían arroyos de agua fangosa y cascadas.

—¡Ahí está! —gritó Tokichiro.

Se volvió y señaló más allá de sus soldados, que parpadeaban para eliminar las gotas de lluvia de sus pestañas, hacia el campamento de Imagawa. Los cercados con cortinas del enemigo parecían innumerables y todos empapados por la lluvia. Ante ellos estaba el pantano y más allá la ladera de Dengakuhazama.

Cuando miraron de nuevo, los hombres de Tokichiro pudieron ver las figuras con yelmo y armadura de sus aliados que ya se abalanzaban corriendo. Blandían espadas, lanzas y alabardas. Nobunaga había dicho que la ventaja estribaba en viajar ligeros, y muchos de los hombres habían descartado sus cascos y arrojado los estandartes.

Abriéndose paso a través de los árboles, resbalando en las crestas herbosas, atacaron de inmediato los cercados del enemigo. Una y otra vez los relámpagos verdeazulados destellaban en el cielo, la lluvia blanca y el negro viento envolvían el mundo en oscuridad.

Tokichiro gritó a sus hombres, cruzó velozmente el pantano y empezó a subir por la ladera. Los soldados resbalaban y caían, pero se mantuvieron a su altura. En lugar de decir que se lanzaron a la pelea, sería más exacto afirmar que la pequeña unidad de Tokichiro fue engullida por la batalla.

\* \* \*

Las risas reverberaban en el cuartel general de Yoshimoto mientras retumbaban los truenos. A pesar del fuerte viento que se había levantado, las cortinas se mantuvieron en su sitio gracias a las piedras que las sujetaban.

—¡Este viento viene a llevarse el calor! —bromeaban, y seguían bebiendo.

Pero estaban en campaña y planeaban llegar aquella noche hasta Odaka, por lo que nadie se extralimitaba.

Se anunció que el almuerzo estaba listo. Los generales ordenaron que llevaran la comida a Yoshimoto y, mientras apuraban sus tazas, los sirvientes pusieron ante ellos recipientes de arroz y grandes ollas de sopa. Al mismo tiempo empezó a llover ruidosamente, y la lluvia cayó sobre ollas, recipientes de arroz, esteras de paja y armaduras.

Por fin se fijaron en el aspecto amenazante del cielo y empezaron a retirar sus esteras. En el cercado se alzaba un gran alcanforero de tronco tan enorme que habrían sido necesarios tres hombres con los brazos extendidos para rodearlo. Yoshimoto se refugió de la lluvia bajo el árbol. Los demás corrieron detrás de él, llevando sus esteras y cuencos.

La oscilación del enorme árbol hacía temblar el suelo, y sus ramas aullaban bajo la violencia del viento. Mientras las hojas marrones y verdes volaban como polvo y se estrechaban contra las armaduras de los hombres, el humo de las fogatas se dispersaba a ras del suelo, cegando y sofocando a Yoshimoto y sus generales.

—Por favor, aguantad un momento. Ahora mismo vamos a poner una cubierta contra la lluvia.

Uno de los generales llamó a gritos a los soldados, pero no hubo respuesta. Bajo la blanca lluvia y el fragor del ramaje, su voz se perdió en el vacío sin que nadie contestara. Sólo se oía el fuerte crepitar de la leña desde el recinto de la cocina, del que se alzaba un humo espeso.

—¡Llamad al comandante de los soldados de infantería!

En el momento en que uno de los generales se aventuraba bajo la intensa lluvia, un extraño sonido emergió de la zona circundante. Era un quejido que parecía proceder de la misma tierra, el choque violento de un arma forjada contra otra. Y la tormenta no se limitaba a la superficie de la piel de Yoshimoto, sino que ahora también soplaba con ferocidad en su mente.

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede? —Yoshimoto y sus generales parecían completamente aturdidos—. ¿Nos han traicionado? ¿Están luchando los hombres entre ellos mismos?

Sin comprender todavía lo que estaba ocurriendo, los samurais y generales al lado de Yoshimoto se dispusieron a su alrededor como un muro de protección.

Pero las fuerzas de Oda ya habían invadido el campamento como una marea y estaban corriendo al otro lado de la cortina.

—¡El enemigo!

—¡Los Oda!

Entrechocaron las lanzas, y las pavesas de las fogatas volaron por encima de los luchadores que lanzaban gritos confusos. Yoshimoto, que seguía en pie bajo el enorme alcanforero, parecía haber perdido la capacidad de hablar. Se mordía el labio inferior con sus dientes negros, al parecer incapaz de dar crédito a lo que veían sus ojos. Sus generales permanecían a su alrededor con torvos semblantes, gritando a diestro y siniestro.

—¿Es una rebelión?

—¿Son estos hombres rebeldes?

No había más que gritos por toda respuesta, y a pesar de las exclamaciones de alarma que se alzaban en todo el campamento, no podían creer que el enemigo les estuviera atacando. Pero no pudieron dudar de sus oídos durante mucho tiempo, pues los guerreros de Oda se presentaron ante ellos, y sus ásperos gritos de guerra en el extraño dialecto de Owari parecieron perforar los oídos de los servidores de Yoshimoto. Dos o tres enemigos se abalanzaron hacia ellos.

—¡Eh! ¡Señor de Suruga!

Cuando vieron a los hombres de Oda que se acercaban, gritando como demonios, saltando y resbalando en el barro, blandiendo lanzas y alabardas, finalmente reconocieron consternados la verdadera situación.

—¡Los Oda!

—¡Un ataque por sorpresa!

La confusión fue más terrible que si hubieran sido atacados por la noche. Habían subestimado a Nobunaga. Era la hora del almuerzo, y esto, junto con la violenta tormenta, había permitido al enemigo entrar en el campamento completamente inadvertido. Pero era su propia avanzada la que realmente había tranquilizado al cuartel general de Yoshimoto.

Los dos generales destacados para proteger el cuartel general se hallaban apostados a menos de una milla de la colina, pero de repente, y sin advertencia de sus propios vigías, el enemigo penetraba libremente, ante los mismos ojos de Yoshimoto y sus generales.

Desde el mismo principio, Nobunaga había evitado los campamentos de la vanguardia. Al atravesar Taishigadake e ir directamente a Dengakuhazama, el mismo Nobunaga blandía una lanza y luchaba con los soldados de Yoshimoto. Es muy probable que los soldados ensartados por Nobunaga no tuvieran idea de quién había sido su adversario. Tras haber herido gravemente a dos o tres hombres en su avance, Nobunaga galopó hacia el cercado con cortinas.

—¡El alcanforero! —gritó Nobunaga cuando uno de sus hombres pasó corriendo por su lado—. ¡No permitáis que huya el señor de Suruga! ¡Probablemente está en el cercado bajo el gran alcanforero!

Nobunaga había conjeturado al instante dónde estaría Yoshimoto: le había bastado con examinar la disposición del campamento.

—¡Mi señor!

En la confusión de la batalla, Nobunaga estuvo a punto de atropellar con su caballo a uno de sus soldados arrodillado ante él, con una lanza ensangrentada al lado.

—¿Quién eres?

—Maeda Inuchiyo, mi señor.

—¿Inuchiyo? ¡Bien, manos a la obra! ¡Pelea!

La lluvia caía en los senderos enfangados y el viento barría la tierra. Las ramas arrancadas del



alcanforero y los pinos circundantes se estrellaban contra el suelo. El agua caía de las ramas sobre el yelmo de Yoshimoto.

—¡Por aquí, mi señor!

Cuatro o cinco servidores de Yoshimoto formaron un anillo protector a su alrededor y le llevaron de un cercado a otro, tratando de evitar un desastre.

—¿Está aquí el señor de Suruga?

Apenas se había marchado Yoshimoto, cuando un guerrero Oda que blandía una lanza desafió a uno de los generales que se había quedado atrás.

—¡Ven aquí y pelea conmigo! —gritó el general, parando la lanza del enemigo con la suya.

El intruso se identificó, con la respiración entrecortada.

—¡Soy Maeda Inuchiyo, servidor del señor Nobunaga!

El general replicó dando su propio nombre y graduación. Entonces se abalanzó, pero Inuchiyo saltó de costado y la lanza embistió el vacío.

Inuchiyo tenía su oportunidad, pero no suficiente tiempo para retirar su larga lanza, por lo que se limitó a golpear a su contrario en la cabeza con el asta. El casco metálico sonó como un gong, y el hombre lesionado salió gateando a la lluvia. En aquel momento otros dos hombres dijeron sus nombres a gritos. Cuando Inuchiyo modificó su postura, alguien cayó de espaldas. Inuchiyo tropezó y cayó sobre el cadáver de un soldado.

—¡Kinoshita Tokichiro!

En alguna parte su amigo se estaba identificando. Inuchiyo sonrió mientras el viento y la lluvia le azotaban el rostro. Estaba cegado por el barro. Había sangre por doquier. En el momento de tropezar y caer había comprobado la ausencia de enemigos y aliados en la vecindad inmediata. Los cadáveres se amontonaban y la lluvia producía ligeros chapoteos en sus espaldas. Sus sandalias de paja estaban teñidas de color carmesí. Avanzó pisoteando un río de sangre. ¿Dónde estaba el señor de dientes ennegrecidos? Quería hacerse con la cabeza de Yoshimoto.

Las voces se mezclaban con los sonidos de la lluvia y el viento.

Inuchiyo no estaba solo en su búsqueda. Kuwabara Jinnai, un ronin de la provincia de Kai, vestido con armadura de cintura para abajo y blandiendo una lanza cubierta de sangre, corría alrededor del alcanforero gritando con voz áspera:

—¡Vengo a por el señor de Suruga! ¿Dónde está el gran general Yoshimoto?

Una ráfaga de viento alzó el borde de una cortina y, a la luz de los relámpagos, vio a un hombre que llevaba una casaca roja sobre su armadura y un yelmo con ocho dragones en la cimera.

La voz airada que reprendía a sus servidores muy bien podría ser la de Yoshimoto.

—¡No os preocupéis por mí! ¡Esto es una emergencia! No necesito estar rodeado de hombres. Perseguid a un enemigo que ha venido aquí para ofreceros su cabeza. ¡Matad a Nobunaga! ¡Luchad en vez de protegerme!

Al fin y al cabo, era el comandante de tres ejércitos y comprendió la situación antes que nadie. Ahora estaba enfadado con los inútiles comandantes y guerreros que corrían sin rumbo a su alrededor lanzando gritos ininteligibles.

Escarmentados, varios soldados avanzaron con dificultad por el camino enfangado. Cuando pasaron por el lugar donde se ocultaba Jinnai, éste alzó la cortina empapada con la punta de su lanza para

asegurarse de que aquel hombre era, en efecto, Yoshimoto.

El señor de Suruga ya no estaba allí. El recinto rodeado de cortinas aparecía vacío. Un gran recipiente de madera lleno de arroz había sido volcado y los blancos granos estaban esparcidos en el agua de lluvia. Por lo demás, sólo había unos pocos trozos de leña quemados y húmedos.

Jinnai se dio cuenta de que Yoshimoto se había marchado rápidamente con sólo unos pocos hombres, y recorrió un cercado tras otro en su busca. La mayor parte de las cortinas habían sido arrancadas y estaban tiradas en el suelo. Muchas estaban manchadas de sangre y pisoteadas.

Yoshimoto debía de estar intentando escapar. Desde luego, no huiría a pie, y por lo tanto debía de haber ido a toda prisa al lugar donde estaban atados los caballos. Pero en un campamento con tantas cortinas y soldados en lucha, no iba a ser fácil encontrar el sitio donde el enemigo tenía los caballos, y éstos no estaban paciando tranquilamente. Entre la lluvia, el estrépito de las espadas y la sangre, los caballos habían sido presa del pánico y varios de ellos corrían ciegamente por el campamento.

¿Dónde podría haberse escondido? Jinnai se quedó inmóvil empuñando la lanza y dejando que el agua de lluvia corriera por el puente de su nariz y se vertiera en su garganta reseca. De repente un guerrero que no le había reconocido como enemigo apareció ante él tirando de un excitado caballo gris.

Borlas rojas colgaban de la silla de madreperla con ribete de laca punteado de oro. Las riendas de color violeta y blanco estaban unidas a un bocado de plata. Aquél debía de ser el caballo de un general. Jinnai observó cómo conducía el caballo a un oscuro grupo de árboles, en cuyo interior un cercado con cortinas casi estaba desmantelado, pero la parte todavía levantada aleteaba fuertemente bajo el viento y la lluvia.

Jinnai dio un salto adelante y alzó la cortina. Allí estaba Yoshimoto. Un servidor acababa de decirle que su caballo estaba listo, y Yoshimoto se disponía a salir.

—Señor de Suruga, me llamo Kuwabara Jinnai y lucho para el clan Oda. He venido a por vuestra cabeza. ¡Preparaos a morir!

Jinnai se abalanzó contra la espalda de Yoshimoto mientras gritaba su nombre, y el choque de la lanza con la armadura resonó en los oídos de los presentes. Yoshimoto se volvió con la velocidad del rayo y su espada partió en dos el asta de la lanza. Jinnai retrocedió gritando, con sólo cuatro pies de asta en sus manos.

El guerrero arrojó el asta al suelo y gritó:

—¡Cobarde! ¿Das la espalda a un adversario que se ha identificado?

Jinnai desenvainó su espada y saltó hacia Yoshimoto, pero un guerrero de Imagawa le agarró por detrás. Logró arrojarlo con facilidad al suelo, pero otro guerrero enemigo le atacó por el costado. Intentó esquivar el golpe, pero el primer soldado le había cogido del tobillo y le impidió moverse con suficiente rapidez. La espada del segundo soldado cortó a Jinnai limpiamente por la mitad.

—¡Mi señor! ¡Partid ahora mismo, por favor! Nuestros hombres están confusos y son incapaces de dominar al enemigo. Una retirada es lamentable, pero sólo es temporal.

La cara del soldado estaba manchada de sangre. El otro soldado, totalmente cubierto de barro, se levantó de un salto, y los dos instaron a Yoshimoto a marcharse.

—¡Vamos! ¡En seguida, mi señor!

Pero en aquel momento...

—He venido a ver al gran Yoshimoto. Me llamo Hattori Koheita y estoy al servicio del señor

Nobunaga.

Un hombretón estaba ante ellos, la cabeza cubierta por un yelmo de hierro con una trencilla negra sobre las cejas. Yoshimoto retrocedió un paso al tiempo que la larga lanza con asta roja del guerrero zumbaba al cortar el aire para embestirle.

El primer soldado interceptó el golpe con su cuerpo y cayó, atravesado, antes de que hubiera tenido tiempo de usar su espada. El otro hombre se apresuró a intervenir, pero también fue ensartado por la lanza de Koheita y se derrumbó sobre el cadáver de su camarada.

—¡Espera! ¿Adonde vas?

La lanza, rápida como el rayo, persiguió a Yoshimoto, el cual rodeaba ahora el tronco de un pino.

—¡Aquí estoy!

Con la espada en posición de ataque, Yoshimoto miró furibundo a Koheita. La lanza de éste golpeó el costado de la armadura de Yoshimoto, pero el metal de la armadura estaba bien templado y la herida no fue profunda. Yoshimoto no se inmutó.

—¡Canalla! —gritó Yoshimoto, y cortó de un tajo el asta de la lanza.

Koheita estaba resuelto. Arrojó a un lado el asta y saltó adelante. Pero Yoshimoto cayó de rodillas y golpeó con la espada una pierna del guerrero. Su hoja era excelente. Saltaron chispas de la espinillera de cota de malla, la rótula de Koheita se abrió como una granada y la tibia sobresalió de la herida. Koheita cayó de espaldas y Yoshimoto hacia adelante. Su yelmo con cimera golpeó el suelo.

En el momento en que Yoshimoto alzaba la cabeza, un hombre gritó:

—¡Soy Mori Shinsuke!

Mori aferró la cabeza de Yoshimoto por detrás y los dos hombres cayeron al suelo. Mientras luchaban a brazo partido, se desprendió el peto de Yoshimoto, y brotó sangre de la herida de lanza que acababa de sufrir. Inmovilizado debajo de su atacante, Yoshimoto le mordió el dedo índice de la mano derecha. Incluso después de que le hubieran cortado la cabeza, el blanco dedo índice de Mori seguía sobresaliendo de los labios violáceos de Yoshimoto y los dientes elegantemente ennegrecidos.

\*

\*

\*

Con la respiración entrecortada, Tokichiro se preguntó si habían ganado o perdido.

—¡Eh! ¿Dónde estamos? —gritó a cualquiera que pudiese oírle, pero nadie sabía exactamente dónde estaban.

Sólo la mitad de sus hombres seguían con vida, y todos estaban aturdidos.

La lluvia había cesado y ya no soplaba el viento. Los intensos rayos del sol se derramaban a través de las nubes dispersas. Cuando finalizó la tormenta, el infierno de Dengaku hazama se desvaneció junto con los relámpagos en retirada, y ya no quedaba más que los chirridos de las cigarras.

—¡Alineaos! —ordenó Tokichiro.

Los soldados se alinearon lo mejor que pudieron. Tokichiro hizo el recuento de sus hombres y descubrió que se habían reducido de treinta a diecisiete, a cuatro de los cuales no reconocía.

—¿Cuál es tu unidad? —preguntó a uno de ellos.

—La de Toyama Jintaro, señor. Pero cuando estábamos luchando en el borde occidental de la colina, resbalé desde lo alto del risco y perdí a mi unidad. Entonces encontré a vuestros hombres persiguiendo al

enemigo y me uní a ellos.

—Muy bien. ¿Y tú qué dices?

—Me ha ocurrido lo mismo, señor. Creí que estaba luchando con mis camaradas, pero cuando miré a mi alrededor, me encontré en el grupo de Vuestra Señoría.

Tokichiro no se molestó en preguntar a los demás. Era probable que algunos de sus hombres hubieran muerto en combate, mientras otros se habían mezclado con otras unidades. Pero no eran sólo los soldados individuales quienes habían perdido su rumbo en medio de la batalla. La unidad de Tokichiro se había separado del cuerpo principal del ejército y del regimiento de Mataemon, y no tenía idea de dónde se encontraba.

—Parece que la batalla ha terminado —musitó Tokichiro mientras conducía a sus hombres de regreso por el camino que habían seguido.

El agua enfangada que bajaba de las montañas circundantes hasta el pantano había crecido, y el cielo estaba despejado. Al ver tantos cadáveres tendidos en los arroyos y amontonados en las cuestas, Tokichiro se sintió maravillado porque seguía con vida.

—Debemos de haber vencido. ¡Mirad! Todos estos muertos son samurais de Imagawa.

Tokichiro señaló aquí y allá. Por la manera en que los cuerpos del enemigo estaban diseminados a lo largo del camino, podía discernir la ruta que había seguido el ejército derrotado.

Pero sus hombres estaban sumidos en un estado de estupor y se limitaron a farfullar. Estaban demasiado cansados incluso para entonar una canción de victoria.

Eran sólo unos pocos y se habían perdido. En el campo de batalla reinaba una calma repentina, lo cual podía significar que el ejército de Nobunaga había sido totalmente aniquilado. El temor de que pudieran ser rodeados por el enemigo y muertos en masa estaba muy justificado.

Entonces lo oyeron. Desde Dengakuhazama se elevaron tres gritos de victoria lo bastante intensos para hacer temblar el cielo y la tierra. Eran gritos en su propio dialecto de Owari.

—¡Hemos vencido! ¡Vamos allá!

Tokichiro echó a correr. Los soldados, que hasta entonces apenas habían estado conscientes, se recuperaron por completo. Como no querían quedarse rezagados, avanzaron tambaleándose detrás de Tokichiro, hacia el lugar de la algazara.

Magomeyama era una colina baja y circular, un poco más allá de Dengakuhazama. Una negra masa de soldados manchados de sangre y barro y empapados por la lluvia ocupaban ahora la zona desde la colina hasta el pueblo. La batalla había terminado y los hombres se habían reagrupado. Había dejado de llover, el sol brillaba y un brumoso vapor blanco se alzaba de la compacta asamblea.

—¿Dónde está el regimiento del señor Asano?

Avanzando entre la masa de guerreros, Tokichiro se reunió con su regimiento original. Cada vez que se volvía, topaba con la armadura ensangrentada de alguien. A pesar de su decisión de luchar valientemente, ahora se sentía avergonzado. Desde luego, no había hecho nada merecedor de que reparasen en él.

Cuando encontró su regimiento y se mezcló con la multitud de soldados, comprendió finalmente que habían vencido. Al mirar desde lo alto de la colina, le pareció extraño que el enemigo vencido no se viera por ninguna parte.

Todavía manchado de barro y sangre, Nobunaga estaba en la cima del otero. A pocos pasos de su

escabel de campaña, varios soldados estaban cavando un gran foso, al que iban arrojando las cabezas de los enemigos tras examinarlas una tras otra. Nobunaga contemplaba la escena con las palmas juntas, mientras los guerreros que le rodeaban permanecían en silencio.

Nadie rezaba, pero aquélla era la máxima etiqueta que se seguía cuando los guerreros enterraban a otros guerreros. Las cabezas sepultadas en el foso servirían como lección a quienes estaban vivos y tal vez querrían reanudar la lucha. Incluso la cabeza del enemigo más insignificante era tratada con la mayor solemnidad.

Con el misterioso límite entre la vida y la muerte a sus pies, un samurai no podía dejar de pensar en lo que significaba vivir como un guerrero. Todos permanecían en actitud reverente, las manos unidas en una plegaria. Una vez lleno el foso y levantado un montículo encima, los hombres contemplaron un hermoso arco iris en el claro cielo.

Estaban sumidos en esta contemplación cuando un grupo de exploradores que habían estado reconociendo la zona alrededor de Odaka llegaron al campamento.

Tokugawa Ieyasu estaba al frente de la vanguardia en Odaka. Considerando la habilidad con que Ieyasu había demolido las fortalezas de Washizu y Marune, Nobunaga no podía permitirse subestimarlos.

—Cuando los Tokugawa se enteraron de la muerte de Yoshimoto, el campamento de Odaka pareció presa del pánico. Sin embargo, despacharon varias veces exploradores y, al conocer los hechos, se calmaron rápidamente. Ahora se están preparando para retirarse a Mikawa por la noche, y no parecen inclinados a luchar.

Nobunaga escuchó los informes y, a su manera, anuncia su regreso triunfal.

—Bien, en ese caso volvamos a casa.

El sol no se había puesto todavía, y ahora el arcoiris, que había empezado a desvanecerse, destacaba de nuevo con claridad. Una sola cabeza estaba atada a la silla de montar de Nobunaga, como un recordatorio. Era, por supuesto, la cabeza del gran Imagawa Yoshimoto.

Cuando llegaron al portal del santuario de Atsuta, Nobunaga cambió la dirección de su caballo y se dirigió al recinto más sagrado, mientras sus oficiales y soldados continuaban hasta el portal central y se postraban. Llegaba desde lo lejos el sonido de una campanilla, y las fogatas envolvían con un resplandor rojo el bosque del santuario.

Nobunaga ofreció un caballo sagrado al establo del tembló y se apresuró a reanudar su camino. Su armadura se había vuelto cada vez más pesada, y estaba agotado. Sin embargo, dejó que el caballo siguiera por sí solo el camino iluminado por la luna y le embargó una sensación de ligereza, como si vistiera un delgado kimono veraniego.

En comparación con Atsuta, Kiyosu estaba alborotado. Todas las puertas estaban festoneadas con farolillos, ardían fogatas en los cruces de caminos y ancianos, niños e incluso muchachas permanecían llenos de excitación en las calles, contemplando a los soldados triunfantes y lanzándoles gritos de felicitación.

La multitud se apiñaba al lado de la calzada. Las mujeres trataban de ver si sus maridos se encontraban entre los hombres que desfilaban solemnemente hacia el portal del castillo. Los ancianos gritaban los nombres de sus hijos y las muchachas buscaban los rostros de sus novios. Pero todos prorrumpieron en vítores cuando vieron a Nobunaga, montado en su caballo y silueteado contra el cielo nocturno.

—¡Señor Nobunaga!

Nobunaga significaba más para ellos que sus propios hijos, maridos y amantes.

—¡Echad un vistazo a la cabeza del gran señor de Imagawa! —gritó Nobunaga a la multitud—. Éste es el recuerdo que os he traído. A partir de mañana, los problemas en la frontera habrán terminado. Sed diligentes y trabajad con ahínco. ¡Trabajad y divertíos!

Una vez dentro del castillo, Nobunaga llamó a su camarera.

—¡Sai! ¡Sai! ¡Un baño antes que nada! Y unas gachas de arroz.

Cuando salió del baño, proclamó las recompensas que daría a más de doscientos veinte hombres que habían intervenido en la batalla aquel día. Ni siquiera las hazañas de los soldados de más baja graduación habían escapado a la mirada de Nobunaga. Finalmente dijo que concedía a Inuchiyo permiso para regresar. Esta noticia fue transmitida a Inuchiyo aquella misma noche, pues cuando todo el ejército hubo cruzado las puertas del castillo, sólo él se quedó afuera, aguardando la decisión de Nobunaga.

Tokichiro no recibió ninguna alabanza. Y, desde luego, él tampoco la esperaba. Sin embargo, había recibido algo mucho más precioso que un estipendio de mil kan: por primera vez en su vida se había visto a horcajadas en la línea que separa la vida y la muerte, había sobrevivido a una batalla y había visto directamente la comprensión que tenía Nobunaga de la naturaleza humana y su gran capacidad de liderazgo.

Se dijo que tenía un buen patrono y que era el más feliz de los vivientes después del señor Nobunaga. A partir de entonces, Tokichiro no sólo consideró a Nobunaga como su señor y patrono, sino que se convirtió en su aprendiz, estudió los aspectos en los que más sobresalía Nobunaga y se concentró totalmente en la tarea de mejorar.

# El intermediario

Tokichiro llevaba cinco o seis días francamente aburrido. Le habían ordenado que acompañara a Nobunaga en su viaje secreto a una provincia distante y que hiciera los preparativos del viaje. Partirían al cabo de diez días, y hasta entonces no debía salir al exterior. Se pasaría el día sin hacer nada, esperando el momento.

Se incorporó y pensó en lo extraño que era el hecho de que Nobunaga partiera de viaje. ¿Adonde irían?

Mientras contemplaba los zarcillos de los dondiegos de día que cubrían la valla, sus pensamientos se centraron de improviso en Nene. Le habían ordenado que saliera lo menos posible, pero cuando empezó a soplar la brisa nocturna había pasado por delante de la casa de Nene. Por alguna razón, últimamente titubeaba ante la idea de visitarla, y cada vez que veía a sus padres éstos hacían como si no le viesen. Así pues, se limitó a pasar por delante de la vivienda como cualquier otro transeúnte y regresó a su casa.

Los dondiegos de día también florecían en la valla de la casa de Nene. La noche anterior Tokichiro había tenido un atisbo de ella cuando encendía una lámpara, y volvió a casa como si hubiese logrado su propósito. Ahora recordó de súbito que el perfil de la muchacha era más blanco que las flores de la valla.

El humo del fuego de leña se extendía por toda la casa desde la cocina. Tokichiro se bañó, se puso un kimono ligero de cáñamo y, calzándose unas sandalias, salió por la puerta del jardín. En aquel preciso momento un joven mensajero le detuvo y entregó una citación oficial. Tokichiro se apresuró a entrar en la casa, se cambió con rapidez y se dirigió a toda prisa a la residencia de Hayashi Sado. Éste le entregó personalmente sus órdenes.

Preséntate en el domicilio del campesino Doke Seijuro, en el camino del oeste que parte de Kiyosu, a la hora del conejo.

Eso era todo. Nobunaga viajaría de incógnito a una provincia distante y Tokichiro sería uno de sus acompañantes. Al reflexionar en esas circunstancias, creía comprender los planes de Nobunaga, aunque era tan poco lo que sabía de ellos.

Pensó que estaría algún tiempo separado de Nene, y brotó en su pecho el deseo de verla en seguida, de tener un solo atisbo de ella a la luz de la luna de verano. Su naturaleza era tal que nada podía detenerle cuando se le había metido una idea en la cabeza. Tokichiro era un joven apasionado y las pasiones y deseos incontrolables que habitaban en su corazón le arrastraban a la casa de Nene. Entonces, como un delincuente juvenil que mira a hurtadillas a través de las ventanas iluminadas, Tokichiro echó una mirada furtiva a la casa desde el otro lado de la valla. Mataemon vivía en el distrito de los arqueros, y casi todas las personas que deambulaban por el barrio se conocían. Tokichiro percibía las pisadas de los transeúntes y le aterraba la posibilidad de que le descubrieran los padres de Nene. Este espectáculo de cobardía era risible. Si el mismo Tokichiro hubiera visto a alguien comportarse así, le habría despreciado. Pero en aquel momento no tenía tiempo para reflexionar en la dignidad o la reputación de un hombre.

Se habría dado por satisfecho con un simple atisbo a través de la valla del perfil de Nene y de lo que

hacia aquella tarde. «Apuesto a que ya se ha bañado y ahora se está maquillando», pensó. ¿O tal vez estaría cenando con sus padres?

En tres ocasiones pasó por delante de la casa, tratando de parecer lo más inocente posible. Oscurecía ya y pasaba poca gente por la calle. Habría sido tremendamente embarazoso que alguien le llamara por su nombre cuando miraba a través de la valla. No, peor todavía, eso echaría por tierra las escasas posibilidades que tenía de casarse con Nene. Al fin y al cabo, su rival, Inuchiyo, se había retirado de la competición, y Mataemon había empezado a reconsiderar el asunto. Por el momento, Tokichiro debía dejar las cosas tal como estaban. Parecía como si Nene y su madre se hubieran decidido, pero el padre no pudiese llegar a una decisión tan fácilmente.

Llegó hasta él un aroma de incienso contra los mosquitos y desde la cocina los sonidos de alguien que manipulaba la vajilla. Al parecer, la cena aún no había sido servida. Tokichiro imaginó que su amada estaba trabajando con ahínco. Por fin, a la débil luz de la cocina, vio a la mujer que había decidido convertir en su esposa. Pensó entonces en que una mujer como Nene probablemente sería una excelente ama de casa.

Su madre la llamó y la respuesta de Nene vibró en los oídos del joven, aunque estaba agazapado al otro lado de la valla, mirando hacia la casa. Tokichiro se apartó, pues alguien venía por la calle.

«Trabaja de firme y es discreta. Sin duda mi madre sería feliz con ella. Y Nene no maltrataría a mi madre sólo porque es una campesina.» Su amor, atravesando la barrera de la pasión, se transformó en elevados pensamientos. «Soportaremos la pobreza. No cederemos a la vanidad. Ella me ayudará entre bastidores, me cuidará con abnegación y excusará mis defectos.»

Era una mujer absolutamente adorable. Ninguna, excepto ella, sería su esposa, de eso Tokichiro no tenía la menor duda. Y con tales pensamientos su pecho se hinchaba y el corazón le latía con fuerza. Alzó la vista a las estrellas y exhaló un hondo suspiro. Cuando finalmente volvió a la realidad, se dio cuenta de que había vuelto a rodear la manzana y se hallaba de nuevo ante la casa de Nene. De repente oyó la voz de la muchacha al otro lado de la valla, y al mirar entre los zarcillos de los dondiegos de día vio su rostro.

Incluso acarreaba agua, como una sirvienta, y con aquellas manos blancas que tocaban el *koto*. Tokichiro deseaba mostrarle a su madre que su esposa sería esa clase de mujer, y cuanto antes lo hiciera tanto mejor. No se cansaba de mirar a través de la valla. Oía el sonido del agua que Nene recogía, pero de repente ella se volvió en su dirección sin extraer el cubo. Tokichiro pensó que la muchacha debía de haberle visto y sintió pánico. En el mismo momento en que esta idea cruzaba por su mente, Nene abandonó el pozo y se encaminó a la puerta trasera. Tokichiro sintió en el pecho un calor tan intenso que parecía fuego.

Cuando la joven abrió la puerta y miró a su alrededor, Tokichiro se alejaba ya corriendo sin mirar atrás. Al llegar a la esquina del primer cruce, se volvió. Ella estaba al lado de la puerta, con una expresión de perplejidad en su pálido rostro. Tokichiro se preguntó si estaría enfadada con él, pero al mismo tiempo empezó a pensar en su partida al día siguiente. Acompañaría al señor Nobunaga y le habían prohibido hablar del viaje con nadie, ni siquiera con Nene. Tras verla y cerciorarse de que estaba bien, Tokichiro se sentía tranquilo, y regresó a casa rápidamente. Cuando se durmió, sus sueños estuvieron libres de preocupaciones.

Gonzo despertó a su señor antes de lo habitual. Tokichiro se salpicó la cara con agua, desayunó y se



preparó para el viaje.

—¡Me voy! —anunció, pero no dijo a su criado adonde iba.

Poco antes de la hora convenida llegó a la casa de Doke Seijuro.

\* \* \*

—¡Eh, Mono! ¿También vienes hoy? —le preguntó un samurai rural que estaba junto al portal de Seijuro.

—¡Inuchiyo!

Tokichiro miró a su amigo con sorpresa. No le sorprendía tan sólo tener por compañero de viaje a Inuchiyo, sino la transformación de su aspecto. Desde la manera en que se ataba el cabello hasta las polainas, Inuchiyo vestía como un samurai de una región remota y silvestre.

—¿A qué viene todo esto? —le preguntó Tokichiro.

—Ya han llegado todos. Entra en seguida.

—¿Y tú qué haces?

—¿Yo? He sido nombrado vigilante temporal de la puerta. Me reuniré más tarde contigo.

Tokichiro se quedó en el jardín, al otro lado del portal. Por un momento no supo qué camino tomar. La vivienda de Doke Seijuro era notablemente vetusta, incluso a los ojos de Tokichiro. Éste no podía conocer con exactitud su antigüedad, pero parecía una reliquia de épocas pretéritas, cuando familias enteras vivían juntas en un gran recinto. Un edificio largo de múltiples habitaciones, dependencias exteriores más pequeñas, portales dentro de otros portales e innumerables senderos cubrían todo el terreno.

—¡Por aquí, Mono!

Otro samurai rural le hacía señas desde un portal cerca del jardín. Reconoció a aquel hombre, Ikeda Shonyu. Al entrar en el jardín, encontró a unos veinte servidores vestidos como samurais rurales. Tokichiro también había sido informado de ese plan y parecía el más ruralizado de todos.

Un grupo de diecisiete o dieciocho ascetas de montaña descansaban en los bordes del patio. También ellos eran samurais de Oda disfrazados. Nobunaga parecía encontrarse en una pequeña habitación, en el extremo del patio. Como es natural, también él iba disfrazado.

Tokichiro y los demás estaban relajados. Nadie preguntaba nada, nadie sabía adonde iban, pero especulaban.

—Su Señoría se ha disfrazado como el hijo de un samurai que viaja con unos pocos servidores. Está esperando que lleguen todos sus acompañantes. Es probable que se dirija a una provincia distante, pero quién sabe adonde vamos realmente.

—Poco es lo que he oído, pero cuando me convocaron a la residencia de Hayashi Sado oí casualmente que alguien mencionaba la capital.

—¿La capital?

Todos tragarón saliva.

Nada podría ser más peligroso, y, si era cierto que se dirigía allí, Nobunaga debía de haber ideado un plan secreto. Tokichiro asintió y, sin que los demás reparasen en él, salió a la huerta.

Unos días después, el grupo de samurais rurales que acompañaría a Nobunaga y los ascetas de

montaña, que le protegerían desde lejos, se pusieron en marcha hacia la capital.

Los hombres del primer grupo se hicieron pasar por samurais rurales de las provincias del este, que hacían una visita a Kyoto. Los hombres caminaban relajados. Ocultaron la luz ardiente que brillara en sus ojos en Okehazama y adoptaron el aspecto rudo y el habla pausada de quienes fingían ser.

Doke había dispuesto su alojamiento en una casa de las afueras de la capital. Cuando caminaba por los alrededores de Kyoto, Nobunaga siempre se cubría los ojos con el borde del sombrero y vestía como un simple provinciano. Sus acompañantes no pasaban de cuatro o cinco. Si unos hipotéticos asesinos hubieran sabido quién era, habría resultado para ellos un blanco fácil. Había días en los que abandonaba toda inhibición y se pasaba la jornada entera caminando entre las multitudes y el polvo de Kyoto. Y había noches en las que de repente se marchaba a una hora inoportuna para visitar las mansiones de cortesanos y mantener conversaciones secretas.

Los jóvenes samurais ni comprendían los motivos de estas acciones ni por qué se atrevía a emprender semejante aventura en el peligroso tumulto de un país en guerra consigo mismo. Tokichiro, por supuesto, tampoco disponía de datos que le permitieran comprender tales circunstancias. Pero él mismo dedicaba el tiempo a la observación. Pensó que la capital había cambiado. Durante la época de sus andanzas por el país vendiendo agujas, había acudido con frecuencia a la capital para proveerse de género. Contó con los dedos y llegó a la conclusión de que sólo había sido seis o siete años antes, pero en tan corto periodo las condiciones alrededor del palacio imperial habían cambiado notablemente.

El shogunado seguía existiendo, pero Ashikaga Yoshiteru, el decimotercer shogun, sólo ejercía el cargo nominalmente. Como el agua en un estanque profundo, la cultura y la moral de la gente se habían estancado, y era inevitable la sensación de un final de época. La verdadera autoridad estaba en manos del subgobernador general, Miyoshi Nagayoshi, pero éste, a su vez, había delegado el control de la mayor parte de los asuntos en uno de sus servidores, Matsunaga Hisahide. El resultado fue una desagradable disensión y una administración tiránica ineficaz. Según los chismorreos del pueblo llano, el gobierno de Matsunaga se desplomaría espontáneamente.

¿Cuál era la tendencia de la época? Nadie lo sabía. Las luces brillantes ardían cada noche, pero la gente estaba perdida en la oscuridad. Se decían que mañana sería otro día, y una irremediable corriente sin dirección fluía a través de sus vidas como un arroyo turbio.

Si la administración de Miyoshi y Matsunaga no se consideraba digna de confianza, ¿qué sería de aquellos gobernadores que habían sido nombrados por el shogun? Hombres como Akamatsu, Toki, Kyogoku, Hosokawa, Uesugi y Shiba se enfrentaban por igual a similares problemas en sus propias provincias.

En estas circunstancias Nobunaga efectuó su viaje secreto a la capital, algo que no había pasado por la mente de ningún otro jefe militar provincial. Imagawa Yoshimoto había marchado sobre Kyoto a la cabeza de un gran ejército. Su ambición, que le concedieran un mandato imperial y, en consecuencia, dominar al shogun y gobernar el país, se vio reducida forzosamente a la mitad, pero él fue tan sólo el primero en intentarlo. Todos los demás grandes señores del país consideraban que los planes de Imagawa eran los mejores, pero únicamente Nobunaga tenía suficiente audacia para viajar solo a Kyoto y preparar el futuro.

Tras varios encuentros con Miyoshi Nagayoshi, finalmente Nobunaga consiguió entrevistarse con el shogun Yoshiteru. Como es natural, acudió a la mansión de Miyoshi con su disfraz acostumbrado, se

cambió poniéndose un atuendo formal y fue al palacio del shogun.

La residencia shogunal era un lujoso palacio venido a menos, hasta el punto de que parecía una ruina. El lujo y la riqueza que crearon y luego agotaron trece shogunes sucesivos no era ahora más que un sueño recordado a medias. Todo lo que quedaba era una administración engreída y volcada por entero a la promoción de sus propios intereses.

—¿De modo que sois Nobunaga, el hijo de Nobuhide? —le preguntó Yoshiteru.

Su voz carecía de fuerza, y en sus modales, aunque eran perfectos, no había vitalidad.

Nobunaga comprendió en seguida que no quedaba rastro de vigor en el titular del shogunado. Se postró y pidió a Yoshiteru que le hiciera el honor de trabar conocimiento con él, pero en la voz del hombre que se inclinaba había una fuerza que abrumaba a su superior.

—Esta vez he venido de incógnito a Kyoto. Dudo de que estos productos locales de Owari sean agradables para una persona de la capital.

Presentó a Yoshiteru una lista de regalos y empezó a retroceder.

—Quizá me favoreceréis quedándoos a cenar —dijo Yoshiteru.

Les sirvieron sake. Desde la sala del banquete se veía un jardín elegante. En la oscuridad de la noche, el color de las hortensias y el rocío sobre el musgo húmedo brillaban a la luz de los faroles.

El carácter de Nobunaga no le permitía mostrar una formalidad estricta, al margen de lo encumbrado de su compañía y de la situación en que se hallaba. Cuando los ceremoniosos sirvientes trajeron los recipientes del sake y sirvieron la comida de una manera meticulosamente tradicional, Nobunaga se comportó sin ninguna reserva.

Yoshiteru contemplaba a su invitado como si el apetito de éste fuese algo maravilloso. Aunque estaba cansado del lujo y la formalidad, consideraba un motivo de orgullo que cada plato que se servía en su mesa fuese una exquisitez de la capital.

—¿Qué os parece la cocina de Kyoto, Nobunaga?

—Es excelente.

—¿Qué tal su sabor?

—Veréis, el sabor de los platos de la capital es bastante sutil. No estoy acostumbrado a una comida tan insípida.

—¿De veras? ¿Seguís el Camino del Té?

—Desde mi infancia tomo té de la misma manera que bebo agua, pero desconozco la manera en que los expertos practican la ceremonia del té.

—¿Habéis visto el jardín?

—Sí, lo he visto.

—¿Y qué opináis?

—Me ha parecido bastante pequeño.

—¿Pequeño?

—Es muy bonito, pero si lo comparo con el panorama de las colinas de Kiyosu...

—Parece ser que no entendéis nada en absoluto. —El shogun volvió a reírse—. Pero es mejor ser un ignorante que tener sólo un conocimiento superficial. Decidme, entonces, ¿cuáles son vuestros gustos?

—El tiro al arco. Por lo demás, carezco de cualquier talento especial. Pero si queréis ver algo extraordinario, os diré que he sido capaz de venir desde Owari hasta vuestras mismas puertas en tres

días, atravesando territorio enemigo por la carretera de Mino-Omi. Ahora que el país entero está sumido en el caos, siempre existe la posibilidad de que ocurra un incidente en el palacio o en sus proximidades. —Entonces añadió sonriente—: Por ello os estaré muy agradecido si tenéis en cuenta mi seguridad.

Al principio fue Nobunaga quien se aprovechó del caos nacional y derribó al gobernador Shiba de Owari que había sido nombrado por el shogun. Y aunque el Tribunal Supremo del shogun consideraba el asunto como una muestra del desafuero y autoridad de la administración, esto no era realmente más que una cuestión de forma. En los últimos tiempos los gobernadores provinciales apenas acudían a Kyoto, y el shogun se sentía aislado. La visita de Nobunaga aliviaba su hastío, y parecía muy deseoso de conversar.

Yoshiteru podría haber esperado del visitante que le diese a entender su deseo de una promoción oficial o de ascender al rango de cortesano, pero no ocurrió así, y por fin Nobunaga se despidió jovialmente.

—Vamos a casa. —Así anunció su regreso tras una estancia de treinta días en la capital, y añadió lacónicamente—: Mañana.

Mientras los ayudantes disfrazados de samurais rurales y ascetas, que se habían alojado por separado, se afanaban ahora para hacer los preparativos del viaje, llegó un mensajero con una advertencia enviada desde Owari:

Se han extendido rumores desde vuestra partida de Kiyosu. Cuando volváis, hacedlo con extrema prudencia y, por favor, estad preparado para hacer frente a posibles contratiempos por el camino.

Fuera cual fuese la dirección que tomaran, tendrían que cruzar una provincia enemiga tras otra. ¿Qué camino podrían seguir sin riesgos? Quizá deberían regresar por mar.

Aquella noche los hombres de Nobunaga se reunieron en la casa donde se habían alojado y discutieron el asunto, pero no pudieron llegar a un acuerdo. De improviso, Ikeda Shonyu llegó bruscamente desde los aposentos de Nobunaga y se quedó mirándoles.

—¿No os acostáis todavía, caballeros?

Uno de los hombres le miró con semblante irritado.

—Estamos discutiendo de algo importante.

—No sabía que estabais en medio de una conferencia. ¿De qué estáis hablando?

—Sois bastante despreocupado para ser uno de los ayudantes de Su Señoría. ¿No os habéis enterado del mensaje que ha traído un correo esta noche?

—Algo he oído.

—Es esencial que no suceda nada durante el viaje de regreso. Están tratando de decidir entre todos qué caminos deberíamos seguir.

—Vuestra preocupación es vana, porque Su Señoría ya lo ha decidido.

—¿Cómo? ¿Lo ha decidido?

—Cuando vinimos a la capital, nuestro número era excesivo y tuvo la sensación de que destacábamos demasiado. Su plan para regresar consiste en hacerlo con sólo cuatro o cinco hombres. Los servidores pueden volver por separado, tomando el camino que prefieran.

Nobunaga abandonó la capital antes del amanecer, y tal como el shogun había dicho, veinte o treinta

hombres disfrazados de ascetas de montaña y la mayoría de los samurais rurales se quedaron atrás. Sólo les acompañaron cuatro hombres. Shonyu estaba entre ellos, por supuesto, pero quien se sintió más honrado por haber sido elegido para formar parte del pequeño grupo fue Tokichiro.

—Va muy poco protegido.

—¿Creéis que es un riesgo asumible?

Los servidores que se habían quedado atrás estaba inquietos y siguieron a Nobunaga hasta Otsu, pero allí el señor y sus acompañantes alquilaron caballos y se dirigieron hacia el este cruzando el puente de Seta. Había una serie de puestos de control, pero Nobunaga los cruzó sin dificultad. Había pedido a Miyoshi Nagayoshi un salvoconducto según el cual viajaría bajo la protección del gobernador general. Al llegar a cada barrera mostraban el documento y les franqueaban el paso.

\*

\*

\*

El Camino del Té se había extendido por todo el país. En un mundo violento y ensangrentado, la gente buscaba la paz y un lugar tranquilo donde pudiera encontrar un breve respiro en medio del ruido y la confusión. El té era el límite elegante donde la paz contrastaba con la acción, y quizá no resultaba tan extraño que sus seguidores más entusiastas fuesen los samurais, cuya vida cotidiana estaba empapada en sangre.

Nene había aprendido el Camino del Té. Su padre, por quien sentía enorme afecto, también tomaba té, por lo que la ceremonia era muy distinta de las ocasiones en que la muchacha tocaba el koto y sólo mostraba su talento musical a quienes pasaban casualmente por la calle.

La inducían a preparar el té la paz matinal, la afable sonrisa de su padre y el acto de remover la caliente espuma verde en un cuenco de porcelana negra de Seto. No era sólo una diversión sino una parte de su vida diaria.

—Todavía hay mucho rocío en el jardín, ¿no es cierto? Y los capullos de crisantemo aún están muy cerrados.

Mataemon contempló el pequeño recinto vallado desde la terraza abierta. Nene, que estaba atareada delante del hogar, con el cucharón del té en la mano, no respondió. El agua hirviente que había sacado de la tetera cayó en el cuenco de té como si fuese un manantial, invadiendo alegremente la soledad de la estancia. La muchacha sonrió y apartó la vista.

—No, dos o tres crisantemos ya son muy fragantes.

—¿De veras? ¿Ya han florecido? No me he dado cuenta cuando he salido a barrer el jardín esta mañana. Es una lástima que las flores tengan que crecer bajo el tejado de la casa de un guerrero provincial.

El batidor de bambú que Nene había sostenido inmóvil entre sus dedos produjo un brioso sonido cuando batió el té con él. Las palabras de su padre la habían azorado, pero Mataemon no se dio cuenta. Cogió el cuenco de té, se lo llevó con gesto reverente a los labios y bebió el líquido verde y espumeante. Su expresión indicaba que estaba gozando de la mañana, pero sus pensamientos variaron de improviso: si su hija se iba a vivir a otra parte, él ya no bebería más un té preparado tan ceremoniosamente.

—Disculpa —dijo una voz desde detrás de las puertas corredizas.

—¿Okoi?

Cuando su esposa entró en la estancia, Mataemon entregó el cuenco de té a Nene.

—¿Quieres que Nene también te prepare uno?

—No, lo tomaré luego.

Okoi traía una caja de cartas, y en la entrada aguardaba un mensajero. Mataemon depositó la caja en su regazo y abrió la tapa. Su rostro adoptó una expresión dubitativa.

—Es del señor Nagoya, el primo de Su Señoría. ¿Qué podrá ser?

Mataemon se incorporó de repente, se lavó las manos y volvió a coger la carta en actitud reverente. Aunque sólo era una carta, la enviaba un miembro de la familia del señor Nobunaga, y Mataemon se comportó como si se encontrara ante el mismo remitente.

—¿Está esperando el mensajero?

—Sí, pero ha dicho que bastará con una respuesta verbal.

—No, no, eso sería descortés. Tráeme la piedra de tinta.

Mataemon cogió papel y pincel y escribió su respuesta al mensajero. No obstante, Okoi estaba inquieta por el contenido de la misiva. Que el primo del señor Nobunaga enviase una carta a la casa de aquel servidor de bajo rango era insólito en extremo. Y la había traído directamente un mensajero.

—¿De qué se trata?

Ni siquiera Mataemon lo sabía, porque la carta no contenía más que trivialidades. No veía nada que pudiera pasar por un mensaje secreto o tener un significado especial más allá de lo que parecía decir:

Hoy me paso el día entero leyendo en mi retiro campestre de Horikawazoi. Es una pena que nadie me visite en un día tan agradable para gozar de la fragancia de los crisantemos que he cultivado. Si dispones de tiempo libre, te ruego que vengas a verme.

Eso era todo, pero tenía que haber algo más. Si Mataemon hubiera sido particularmente experto en la ceremonia del té, un buen lector o un hombre de gusto excepcional, la invitación podría haber parecido natural. Pero lo cierto era que no había reparado en los crisantemos que florecían en su propia valla. Percibía en seguida el polvo acumulado en un arco, pero por lo demás era la clase de hombre que podría pisotear unos crisantemos sin que eso le afectara lo más mínimo.

—Iré de todos modos. Okoi, saca mis mejores ropas.

Al salir a la calle, iluminada por la brillante luz de otoño, Mataemon se volvió una sola vez para mirar su casa. Nene y Okoi estaban en el portal. El hombre se sentía extrañamente en paz, agradecido porque existían días tan hermosos incluso en aquel mundo caótico. La idea le hizo sonreír y observó que Nene y Okoi también sonreían. Se volvió rápidamente y se alejó. Los vecinos le llamaban y él les respondía al pasar. Las casas de los arqueros eran pequeñas y pobres. Los numerosos niños que son los compañeros inseparables de la pobreza también abundaban en las casas, y a través de las vallas de cada una de ellas se veían muchos pañales tendidos.

Se dijo que tal vez pronto habría pañales como aquellos en su propio patio. Tales pensamientos se le ocurrían con naturalidad, pero a Mataemon no le consolaban especialmente. No le gustaba nada la perspectiva de que algún día le llamasen abuelo. Antes de que sucediera tal cosa se proponía labrarse una reputación. Se había esforzado por no quedarse atrás en Dengakuhazama, y ciertamente no había abandonado la esperanza de encabezar la lista de guerreros meritorios en futuras batallas. Tales eran sus

pensamientos cuando se encontró ante la elegante mansión del señor Nagoya.

El edificio había sido anteriormente un pequeño templo, pero Nagoya lo había remodelado como una finca rural.

Nagoya se mostró muy satisfecho por la rapidez con que le había visitado.

—Gracias por venir. Este año hemos tenido una serie de disturbios militares, pero aun así me las he arreglado para plantar unos crisantemos. Tal vez más tarde me harás el honor de contemplarlos.

Mataemon recibía un trato benévolo, pero como su anfitrión era uno de los familiares próximos de Nobunaga, se sentó a una respetuosa distancia e hizo una reverencia. No sin inquietud, se preguntó cuál sería el objeto de aquella convocatoria.

—Ponte cómodo, Mataemon. Ahí tienes un cojín. Desde aquí también se ven los crisantemos. Contemplar los crisantemos no se reduce tan sólo a mirar unas flores, sino la obra de un hombre. Pero mostrárselos a los demás no obedece a un impulso jactancioso, sino al deseo de compartir el placer y gozar de la apreciación ajena. Aspirar la fragancia de los crisantemos bajo un hermoso cielo como éste es otro de los favores de Su Señoría.

—Sin duda alguna, mi señor.

—Que hemos sido bendecidos con un señor sagaz es algo de lo que hemos tenido espléndidas pruebas en fechas recientes. Estoy seguro de que ninguno de nosotros olvidará jamás la presencia del señor Nobunaga en Okehazama.

—Con todos mis respetos, señor, no parecía humano sino la encarnación del dios de la guerra.

—Sin embargo, todos luchamos con arrojo, ¿no es cierto? Tú perteneces al regimiento de arqueros, pero ese día estabas con los lanceros, ¿verdad?

—Así es, mi señor.

—¿Participaste en el ataque contra el cuartel general de Imagawa?

—Cuando por fin asaltamos la colina, la acción fue tan confusa que apenas podíamos distinguir a los nuestros del enemigo. Pero en medio de la refriega oí que Mori Shinsuke anunciaba haber decapitado al señor de Suruga.

—¿Estaba en tu regimiento un hombre llamado Kinoshita Tokichiro?

—En efecto, mi señor.

—¿Qué puedes decirme de Maeda Inuchiyo?

—Había ofendido a Su Señoría, pero recibió permiso para participar en la batalla. No le he visto desde que regresamos de Okehazama, pero ¿no ha regresado a su puesto anterior?

—Lo ha hecho. Probablemente no lo sabéis todavía, pero hace poco acompañó a Su Señoría a Kyoto. Han regresado al castillo y ahora Inuchiyo está allí de servicio.

—¡Kyoto! ¿Para qué fue allí Su Señoría?

—Hablar de ello ya no puede causar daño alguno. Fue sólo con treinta o cuarenta hombres, y él mismo iba disfrazado de samurai rural en peregrinaje. Estuvieron ausentes unos cuarenta días, y sus servidores actuaron como si hubiera estado aquí todo ese tiempo. ¿Vamos a ver los crisantemos del jardín?

Mataemon siguió a su anfitrión como si fuese un sirviente. Nagoya le habló sobre los detalles más sutiles del cultivo de los crisantemos, así como de la necesidad de emplear con ellos los mismos cuidados y el amor que requiere un niño.

—Sé que tienes una hija y que se llama Nene. Me gustaría ayudarte a encontrar un yerno.

—¿Mi señor?

Mataemon hizo una profunda reverencia, pero titubeó momentáneamente. Aquel tema le recordaba su propia confusión. Pero Nagoya hizo caso omiso de su titubeo y siguió diciendo:

—Conozco a alguien que sería un yerno excelente. Déjalo en mis manos. Yo me encargaré de esto.

—Mi familia es realmente indigna de semejante honor, mi señor.

—Deberías hablar del asunto con tu esposa. El hombre en el que he pensado para que sea tu yerno es Kinoshita Tokichiro. Creo que le conoces bien.

—Sí, mi señor —respondió Mataemon maquinalmente.

Se reprochó a sí mismo la grosería de parecer sorprendido, pero no podía evitarlo.

—Aguardaré tu respuesta.

—Sí..., claro...

Entonces Mataemon se despidió.

Habría querido hacer no pocas preguntas sobre el motivo de la entrevista, pero no podía ser abiertamente tan inquisitivo con un miembro de la familia del señor Nobunaga. Cuando llegó a casa, Mataemon contó lo sucedido y su esposa pareció preocupada porque se había marchado de la mansión sin haber dado una respuesta inmediata.

—Deberías haber aceptado su solicitud —le dijo—. Creo que se trata de una auténtica buena noticia. Las relaciones son siempre una cuestión de tiempo, y el hecho de que Tokichiro haya hablado con Nene tantas veces muestra que tuvieron fuertes conexiones en una vida anterior. Tokichiro debe de tener algún mérito para que un familiar de Su Señoría actúe como intermediario. Por favor, ve mañana y dale tu respuesta al señor Nagoya.

—Pero ¿no crees que debería preguntarle a Nene su opinión?

—¿Es que no ha sido ya bastante clara al respecto?

—No sé, me pregunto si seguirá sintiendo lo mismo.

—Nene no es muy habladora, pero cuando ha tomado una decisión no suele cambiarla.

Mataemon se quedó a solas, debatiéndose con sus preocupaciones por el futuro, y sintió el desagrado de haber sido desplazado. Precisamente cuando creían que podrían olvidarse de Tokichiro, cuya cara no veían desde hacía tiempo, una vez más aquel joven volvía a ocupar un lugar primordial en los pensamientos de Mataemon, su esposa y Nene.

Al día siguiente Mataemon se apresuró a visitar de nuevo al señor Nagoya para darle su respuesta. Nada más volver, dijo a su esposa:

—Bueno, ha habido unas noticias bastante inesperadas.

La mujer comprendió por la expresión de su cara que se trataba de algo excepcional. Mientras su marido le hablaba de su reunión con Nagoya, la brillante luz que ahora envolvía la situación de Nene se manifestaba en sus sonrisas.

—Hoy había decidido preguntarle al señor Nagoya por sus motivos para ofrecerse como intermediario, pero preguntar tal cosa a un miembro de la familia de Su Señoría era realmente difícil. Cuando me estaba esforzando al máximo por ser cortés, él mencionó que Inuchiyo se lo había pedido.

—¿Inuchiyo le pidió tal cosa al señor Nagoya? —replicó la mujer, asombrada—. ¿Quieres decir que sugirió el matrimonio de Nene y Tokichiro?



—Parece ser que en el camino, durante el viaje secreto a Kyoto, hubo cierta conversación. En fin, supongo que Su Señoría acertó a oírlo.

—¡Válgame! ¿Su Señoría en persona?

—Sí, esto es realmente extraordinario. Al parecer, durante las largas horas del viaje, Inuchiyo y Tokichiro hablaban de Nene con toda franqueza, delante mismo de Su Señoría.

—¿Ha dado su consentimiento el señor Inuchiyo?

—Visitó al señor Nagoya y le hizo la misma solicitud, por lo que no hemos de preocuparnos más por él.

—Así pues, ¿has dado hoy una respuesta clara al señor Nagoya?

—Sí, le he dicho que dejaba el asunto totalmente en sus manos.

Dicho esto, Mataemon se enderezó y pareció como si todas sus preocupaciones hubieran desaparecido.

\* \* \*

Transcurrió el año, y un día propicio de otoño se celebró la boda en casa de Asano.

Tokichiro se sentía impaciente y nervioso. Reinaba la confusión en su casa, donde Gonzo, la sirvienta y varias personas que se habían prestado a ayudar hacían los preparativos. Él mismo había sido incapaz de nada excepto pasear dentro y fuera de la casa desde primeras horas de la mañana. Se preguntó si aquél era, en efecto, el tercer día del octavo mes. Una y otra vez buscaba en su cabeza confirmación de lo evidente. En ocasiones abría el arcón de sus ropas o intentaba descansar sobre un cojín, pero no podía estarse quieto, recordándose que estaba a punto de casarse con Nene y convertirse en un miembro de su familia. Por fin aquella noche sucedía lo que tanto había esperado, pero por alguna razón se sentía inquieto.

Tras el anuncio de la boda, Tokichiro hizo gala de una timidez desconocida en él hasta entonces. Cuando vecinos y colegas se enteraron de la noticia, le visitaron con regalos, pero él se ruborizaba y hablaba como si intentara salvar su reputación.

—Bueno, no, en realidad no es más que una celebración familiar. Creía que aún era un poco pronto para casarme, pero la familia quiere que la boda tenga lugar lo antes posible.

Nadie sabía que quien había convertido su deseo en realidad era su amigo, Maeda Inuchiyo, el cual no sólo había renunciado a Nene sino que también había inducido al señor Nagoya para que actuara.

—He oído decir que el señor Nagoya lo recomendó. Además, Asano Mataemon ha dado su consentimiento, por lo que de alguna manera el Mono debe de parecerles prometedor.

Así pues, primero entre sus colegas y luego entre las gentes tanto de la clase humilde como de la acomodada, aquel matrimonio aumentó la reputación de Tokichiro y no se extendieron chismorreos maliciosos.

Sin embargo, los chismorreos, buenos o malos, tenían sin cuidado a Tokichiro, para quien lo más importante era informar a su madre en Nakamura. Sin duda había querido ir allí personalmente y hablar con ella de Nene, de su linaje y su carácter, junto con todas las demás cosas. Pero ella le había dicho que sirviera a su señor con diligencia, que la dejara seguir en Nakamura y no se preocupara por ella hasta que hubiera logrado convertirse en una persona importante.

Contuvo su deseo de verla en seguida y se conformó con informarle por carta de los acontecimientos, misivas a las que ella siempre daba respuesta. Lo que satisfacía en especial a Tokichiro era que la noticia de su promoción gradual y su matrimonio con la hija de un samurai, gracias a los buenos oficios de uno de los primos de Nobunaga, había llegado a Nakamura. Y sabía que ahora los aldeanos considerarían de un modo muy distinto a su madre y su hermana.

—Permitidme que os arregle el cabello, señor —dijo Gonzo, que se había presentado con una caja de peines y estaba de rodillas a su lado.

—¿Qué? ¿También he de atarme el cabello?

—Sois el novio y debéis llevar un tocado como es debido.

Después de que Gonzo le arreglara el cabello, Tokichiro salió al jardín.

Entre las ramas de las paulonias empezaban a brillar las estrellas. Aquella noche el novio estaba sentimental. Le rodeaba una gran alegría pero, como cada vez que tenía motivos para sentirse feliz, pensaba en su madre, y por ello había un poso de tristeza en su felicidad. Nuestros deseos no tienen fin. Se consoló pensando que, al fin y al cabo, hay en el mundo personas que carecen de madre.

Tokichiro se metió en la bañera. Aquella noche sería especialmente diligente al lavarse la nuca. Cuando terminó de bañarse, se puso un kimono de algodón liviano y regresó a la casa. Estaba tan llena de gente que resultaba difícil saber si era la suya o la de otro. Preguntándose por qué estaban todos tan atareados, echó un vistazo a la sala y la cocina y finalmente se vio obligado a compartir un rincón de una estancia con los mosquitos y mirar mientras los demás trabajaban.

Unas voces agudas daban órdenes, y les respondían otras voces no menos agudas.

—Coloca todos los accesorios personales del novio encima de su armario ropero.

—Ya lo he hecho. Su abanico y la caja de píldoras también están ahí.

Toda clase de gente iban de un lado a otro apresuradamente. No habría sabido decir quién estaba casado con quién. Aquellas personas no eran parientes próximos, pero todas trabajaban juntas armoniosamente.

El novio, que seguía solo en el rincón, recordaba las caras de aquellas personas y se regocijaba en lo más hondo de su ser. En una habitación, un viejo bullicioso se atenía a las costumbres tradicionales de la adopción de yerno y el desposorio.

—¿Están desgastadas las sandalias del novio? Unas sandalias viejas serían inadmisibles. Ha de entrar en la casa de la novia con unas nuevas. Luego, esta noche, el padre de la novia dormirá sujetando las sandalias y los pies del novio nunca abandonarán la casa.

—La gente ha de tener farolillos de papel —intervino una anciana—. No se puede entrar sin más en la casa de la novia llevando antorchas. Luego los farolillos se entregan a la familia de la novia, y los ponen delante del altar doméstico durante tres días y tres noches.

Se había expresado cariñosamente, como si el novio fuese su propio hijo.

Más o menos por entonces llegó un mensajero a la casa, llevando la primera carta ceremonial de la novia al novio. Una de las mujeres avanzó tímidamente entre los reunidos, sosteniendo una caja de cartas lacada.

—Estoy aquí —dijo Tokichiro desde la terraza.

—Ésta es la primera carta de la novia —dijo la mujer—. Y es costumbre que el novio escriba algo a su vez.

—¿Qué debería escribir?

La mujer soltó una risita pero no le dio instrucciones. Depositaron delante de él papel y un estuche de escritura.

Lleno de perplejidad, Tokichiro cogió el pincel. Nunca había destacado en el cultivo de las letras. Aprendió a escribir en el templo Komyo, y cuando trabajaba en la tienda de cerámica su caligrafía era por lo menos normal. Así pues, no se sentía humillado por tener que escribir algo en público. Sencillamente, no sabía qué decir. Finalmente escribió: «En esta noche agradable, también el novio debería acudir y hablar».

Mostró su obra a la mujer que le había traído el estuche de escritura.

—¿Está bien así?

—Servirá.

—Recibiste una carta de tu marido cuando te casaste, ¿no es cierto? ¿No recuerdas qué te decía?

—No —replicó ella.

Tokichiro se echó a reír.

—Cuando tú misma lo has olvidado, no debe de ser muy importante.

Entonces vistieron al novio con un kimono ceremonial y le dieron un abanico.

La luna brillaba claramente en el cielo nocturno de principios de otoño, y en los portales ardían las antorchas. Encabezaba la comitiva un caballo sin jinete y dos lanceros. Les seguían tres portadores de antorchas y luego el novio, con sandalias nuevas.

No había una espléndida dote con objetos como cofres taraceados, biombos o piezas chinas, pero sí un arcón que contenía una armadura y un guardarropa. Para ser un samurai de aquella época al mando de treinta soldados de infantería, no tenía nada de que avergonzarse. Por el contrario, Tokichiro probablemente sentía cierto orgullo secreto, pues si bien era cierto que ninguna de las personas que le habían ayudado aquella noche y que ahora le acompañaban eran parientes suyos, tampoco las había empleado para que le sirvieran y acompañaran. Habían acudido jubilosamente a la boda como si estuvieran personalmente involucradas.

En los portales de todas las residencias de arqueros del barrio ardían luces brillantes, y todas las puertas estaban abiertas. Aquí y allá habían encendido fogatas, y había gente provista de farolillos de papel que aguardaba en la vivienda de la novia la llegada del novio. Cogiendo a sus niños de la mano, las mujeres saludaban agitando el brazo, y en sus rostros, abrigados por las luces y las fogatas, se reflejaba la alegría.

En aquel momento llegaron corriendo unos chiquillos desde el cruce.

—¡Ya viene! ¡Ya viene!

—¡Ya viene el novio!

La madre de los niños se apresuró a llamarles y, tras reñirles ligeramente, los retuvo a su lado. La luna bañaba el camino con una luz pálida. El anuncio de los niños había actuado como un heraldo, y desde entonces nadie cruzaba la calle silenciosa.

Dos portadores de antorchas doblaron la esquina. Les seguía el novio. Habían colgado unas campanillas de los jaeces y, con el movimiento del animal, producían unos tintineos que recordaban el chirrido de los grillos. Cinco ayudantes transportaban el arcón con la armadura y las dos lanzas. El espectáculo no estaba nada mal para la categoría del barrio.

El novio tenía un aspecto espléndido. Era un hombre de baja estatura, pero su estampa habría sido apropiada incluso sin prendas elegantes. No era tan feo como para provocar chismorreos ni parecía un hombre ensoberbecido por su inteligencia. Si alguien hubiera preguntado a los espectadores qué clase de hombre creían que era, probablemente todos habrían dicho que era un individuo normal y corriente y un marido apropiado para Nene.

—Bienvenido, bienvenido.

—¡Que entre el novio!

—¡Felicidades!

Los familiares y amigos que aguardaban cerca del portal de Mataemon saludaron a Tokichiro, sus rasgos momentáneamente brillantados por la luz oscilante.

—Entra, por favor.

El novio fue conducido a una habitación aislada, donde tomó asiento. La casa era pequeña, con sólo seis o siete habitaciones. Los ayudantes estaban al otro lado de la puerta corredera. Frente al estrecho jardín se alzaba la cocina, desde donde le llegaban los sonidos producidos al lavar la vajilla y el olor de comida cocinada.

Tokichiro no lo había notado demasiado cuando caminaba por las calles, pero ahora que estaba sentado percibía los fuertes latidos de su corazón y tenía la boca seca. Se quedó sentado en aquella estancia, casi como si le hubieran olvidado. Con todo, habría sido inoportuno que incumpliera las leyes del decoro, por lo que resolvió seguir allí sentado en una actitud digna tanto si alguien le veía como si no.

Por suerte, Tokichiro no solía aburrirse. Ciertamente que, como novio que no tardaría en reunirse con su novia, no tenía ningún motivo para ceder al hastío. Pero aun así, en algún momento se olvidó por completo de la boda y se entregó a una ensoñación que no estaba relacionada lo más mínimo con la inminente ceremonia. Su mente emprendió el vuelo hacia una dirección absurda en sus circunstancias presentes: el castillo de Okazaki. ¿Qué estaba sucediendo allí? Últimamente esta cuestión le preocupaba más que cualquier otra cosa. En vez de preguntarse cómo le hablaría su novia a la mañana siguiente o el aspecto que tendría cuando le saludara, sus pensamientos se concentraban en esos temas ajenos.

¿Se pondría el castillo de Okazaki al lado de los Imagawa? ¿Se aliaría con el clan Oda? Una vez más, el camino del destino se bifurcaba. El año anterior, tras la terrible derrota del clan Imagawa en Okehazama, el clan Tokugawa había contemplado tres posibilidades distintas. ¿Debían seguir apoyando a los Imagawa? ¿Debían seguir sin alinearse tanto con los Imagawa como con los Oda y afirmar ahora audazmente su independencia? ¿O deberían seguir el camino de la alianza con los Oda? Tendrían que elegir una de estas tres alternativas más tarde o más temprano. Durante muchos años el clan Tokugawa había sido una especie de planta parásita cuya existencia dependía del gran árbol de los Imagawa.

Sin embargo, la raíz y el tronco mismos de esa relación habían sido abatidos en Okehazama. Su propia fuerza era todavía insuficiente, pero tras la muerte de Imagawa Yoshimoto, los Tokugawa difícilmente podían confiar en el heredero de Yoshimoto, Ujizane. Tal era toda la información procedente ya de rumores ya de conversaciones acertadas a oír desde cierta distancia entre los servidores de mayor rango, pero Tokichiro estaba muy interesado y preocupado por el problema.

«Ahora vamos a ver de qué está hecho Tokugawa Ieyasu», se dijo. Estaba más interesado que otros por ese señor del castillo de Okazaki. Tokichiro consideraba que, si bien Ieyasu era por su nacimiento

señor de un castillo y una provincia, había sufrido incluso más desdichas que él. Cuanto más conocía de la vida de Ieyasu, tanto más simpatizaba con él. Sin embargo, Ieyasu era todavía muy joven, ya que aquel mismo año cumpliría los diecinueve. En la época de la batalla de Okehazama había estado al frente de la vanguardia de Yoshimoto, y su intervención en la captura de Washizu y Marune había sido admirable. Su decisión de retirarse a Mikawa cuando supo que Yoshimoto había muerto también fue admirable. Ieyasu tenía una buena reputación dentro de la facción Oda y, más adelante, en Kiyosu. Así pues, estaba dando mucho que hablar. Ahora Tokichiro reflexionaba en la postura que adoptarían finalmente Ieyasu y el castillo de Okazaki.

—¿Estáis ahí, honorable novio?

Se abrió la puerta corredera y Tokichiro volvió a la realidad inmediata, es decir, volvió a su papel de novio.

Niwa Hyozo, un servidor del señor Nagoya, entró con su esposa. Iban a actuar como mediadores.

—Vamos a llevar a cabo la ceremonia *tokoroarawashi* —le dijo Hyozo—, así que, por favor, esperad aquí un poco más.

Tokichiro estaba confuso.

—¿Tokoroara... qué?

—Es una antigua ceremonia en la que los padres y los familiares de la novia acuden para ver al novio por primera vez.

Entonces intervino la esposa de Niwa.

—Sentaos, por favor —dijo a Tokichiro y, abriendo la puerta corredera, hizo una seña a las personas que habían estado aguardando en la habitación contigua.

Los primeros en entrar y ofrecer su salutación fueron los suegros, Asano Mataemon y su esposa. Aunque todos se conocían bien, siguieron la ceremonia al pie de la letra. Al ver aquellos dos rostros tan familiares, Tokichiro se sintió mucho más relajado y movió una mano torpemente como si quisiera rascarse la cabeza.

Entonces se presentó una muchacha encantadora de quince o dieciséis años, la cual inclinó la cabeza y dijo tímidamente:

—Soy la hermana de Nene, Me llamo Oyaya.

Tokichiro se quedó perplejo. Aquella muchacha era incluso más hermosa que Nene. Y no sólo eso, sino que hasta entonces él no había sabido que su novia tenía una hermana menor. ¿En qué parte profunda de la estrecha casa de un guerrero habría sido cuidada aquella bella flor?

—Bien..., yo..., muy agradecido. Soy Kinoshita Tokichiro y el destino me ha traído aquí. Encantado de conocerte.

Oyaya le miraba a hurtadillas con una expresión infantil, como si no estuviera del todo segura de que aquél era el novio a quien debería llamar «hermano mayor», pero otro pariente apareció en seguida detrás de ella. Entraron uno tras otro y hablaron con él. Eran tantas las presentaciones al mismo tiempo que Tokichiro confundió en seguida las relaciones entre tíos paternos, sobrinas y primos hermanos, y se preguntó cuántos parientes tenía Nene.

Pensó que esa circunstancia podría resultar molesta más adelante, pero la repentina aparición de una guapa cuñada y unos parientes amables mejoró su estado de ánimo. Por su parte tenía pocos familiares, pero le encantaban las multitudes y una familia bulliciosa, alegre y risueña era lo ideal.

—Tomad asiento, por favor, honorable novio.

Los mediadores le invitaron a entrar en una pequeña habitación en la que apenas cabían todos y, acompañado hasta el asiento que le ofrecían, el novio se sentó en medio de ellos.

Era una noche de otoño, pero aún hacía un calor sofocante en el interior de las casas. Los postigos de rota colgaban de los aleros igual que lo habían hecho durante todo el verano, y a través de las cañas se filtraban los chirridos de los insectos y la brisa otoñal que hacía oscilar los pabilos de las lámparas de aceite. La habitación, impecablemente limpia, estaba oscura y no era lujosa ni mucho menos.

La sala destinada a la ceremonia era pequeña, y la ausencia absoluta de decorados la dotaba de una cualidad extrañamente refrescante. El suelo estaba cubierto con esteras de tablillas de junco, y en la pared del fondo había un altar dedicado a los dioses de la creación, Izanagi e Izanami, ante el cual habían depositado ofrendas de pastelillos de arroz y sake, una sola vela y una rama de un árbol sagrado.

Tokichiro se sentó allí y notó que se ponía rígido.

A partir de aquella noche...

La ceremonia sería el pórtico de acceso a las responsabilidades conyugales, a una nueva vida y a su vinculación con los parientes, todo lo cual hizo que Tokichiro se examinara desde un nuevo ángulo. Por encima de todo, no podía evitar estar enamorado de Nene. De no haber insistido, ella se habría casado rápidamente con otro, pero a partir de aquella noche sus destinos estarían unidos.

Pensó que debía hacerla feliz. Eso fue lo primero que se le ocurrió mientras permanecía sentado en el sitio de novio. Se apenaba un poco por ella porque, como mujer, carecía del dominio que tenía un hombre sobre su destino.

Pronto dio comienzo la sencilla ceremonia. Después de que el novio se hubiera sentado, una anciana hizo entrar a Nene y ésta ocupó su lugar al lado del novio.

Su larga cabellera estaba recogida holgadamente con unos cordoncillos rojos y blancos. El kimono externo, de seda blanca virgen con un brocado de forma romboidal, le envolvía la cintura a modo de falda. Debajo llevaba una prenda de la misma seda blanca, y debajo de ésta una última prenda de lustrosa seda roja que sobresalía por el borde de las mangas. Aparte de un amuleto de la buena suerte alrededor del cuello, no llevaba adornos de oro o plata, como tampoco una espesa capa de colorete ni polvos. Su aspecto armonizaba por completo con la sencillez del entorno. La belleza de la ceremonia no dependía de la vistosidad de las ropas, sino más bien de la sobriedad de la ornamentación. La única nota ornamental de la sala eran sendos recipientes de cerámica que sostenían un niño y una niña.

—Que esta relación sea feliz y perdurable —dijo la anciana a los novios—. Que cada uno le sea fiel al otro durante cien mil otoños.

Tokichiro tendió su taza, recibió un poco de sake y lo bebió. El acólito se volvió hacia Nene, la cual selló su promesa tomando un sorbo de la taza.

Tokichiro tuvo la sensación de que la sangre le subía a la cabeza y el corazón le golpeaba dentro del pecho, pero Nene parecía notablemente serena. Esto era algo que la joven había decidido de antemano. Había tomado la determinación de no reprochar nada a sus padres ni a los dioses, fueran cuales fuesen los percances que pudiera sufrir a partir de aquel día. Y por ello su estampa cuando se llevó la taza a los labios era conmovedora y adorable.

En cuanto los novios hubieron compartido la taza nupcial, Niwa Hyozo entonó un cántico de felicitación en una voz curtida por los muchos años pasados en el campo de batalla. Hyozo acababa de

cantar la primera estrofa, cuando alguien desde el exterior inició el estribillo.

Se había hecho el silencio durante la canción de Hyozo, por lo que el canto repentino y descortés en el exterior resultaba tanto más sorprendente. Hyozo se sorprendió y titubeó un momento. Tokichiro miró maquinalmente hacia el jardín.

—¿Quién es? —preguntó un sirviente al bromista.

Entonces un hombre que estaba al otro lado del portal empezó a cantar en voz profunda, imitando a un actor de teatro Noh, y se encaminó a la terraza. Olvidándose por completo de sí mismo, Tokichiro se levantó de su asiento y, prescindiendo de toda ceremonia, salió a la terraza.

—¿Eres tú, Inuchiyo?

—¡Honorable novio! —Maeda Inuchiyo se echó atrás la caperuza que le ocultaba el rostro—. Venimos a efectuar la ceremonia de verter el agua. ¿Podemos entrar?

Tokichiro palmoteo.

—Cuánto me alegra tu llegada. ¡Pasa, pasa!

—He venido con unos amigos. ¿Pueden entrar?

—Pues claro. Acabamos de celebrar la ceremonia nupcial y a partir de esta noche soy el yerno de esta casa.

—Y una buena casa, por cierto. Tal vez el señor Mataemon me dará una taza.

Inuchiyo se volvió e hizo una seña hacia la oscuridad.

—¡Eh, vosotros! ¡Nos dejan celebrar la ceremonia de verter el agua!

Varios hombres respondieron en seguida a la llamada de Inuchiyo y se abrieron paso, llenando el jardín con sus voces. Entre ellos estaban Ikeda Shonyu, Maeda Tohachiro, Kato Yasaburo y Ganmaku, el viejo amigo de Tokichiro. Estaba incluso el maestro carpintero de rostro picado de viruelas.

La ceremonia de verter el agua era una antigua costumbre en la que los amigos íntimos del novio se presentaban sin que les hubieran invitado en la casa del suegro. La familia de la novia estaba obligada a recibirlos cordialmente, y entonces los intrusos arrastraban al novio al jardín y le mojaban con agua.

Aquella noche la ceremonia de verter el agua era un poco prematura. Por regla general, se llevaba a cabo de seis meses a un año después de la boda.

Todos los familiares de Mataemon y Niwa Hyozo estaban consternados. Pero el novio parecía regocijado y les dio una cordial bienvenida.

—¡Vaya! ¿También vosotros? —Saludó a los hombres a quienes llevaba algún tiempo sin ver, y entonces se dirigió a su esposa vestida de blanco—: Nene, trae en seguida comida y sake, mucho sake.

—Ahora mismo.

Parecía como si Nene hubiera estado esperando aquella visita. Era la esposa de Tokichiro y sabía que tales cosas no debían sorprenderla. Aceptó la situación sin la menor queja, se quitó el kimono blanco como la nieve y se puso una gruesa falda de diario, se ató las largas mangas con un cordón y se puso a trabajar.

—¿Qué clase de boda es ésta? —se quejó un invitado lleno de indignación.

Mataemon y su esposa sosegaron a los invitados y se abrieron paso entre la multitud ruidosa y confusa. Al enterarse de que quien dirigía a los intrusos era Inuchiyo, Mataemon se había sentido alarmado, pero cuando vio cómo el recién llegado se reía y charlaba con Tokichiro se tranquilizó.

—¡Nene! ¡Nene! —exclamó Mataemon—. Si no hay bastante sake, envía a alguien a comprar más.

Estos hombres deben beber todo lo que quieran. —Entonces se dirigió a su esposa—: ¡Okoi! ¡Okoi! ¿Qué haces ahí de pie? El sake está aquí, pero nadie tiene una taza. Aunque no sea un gran festín, trae lo que tenemos. Cuánto me alegra que Inuchiyo haya venido con todas estas personas.

Cuando Okoi regresó con las tazas, Mataemon sirvió personalmente a Inuchiyo. Tenía en gran estima a aquel hombre que podría haberse convertido en su yerno. Pero no había sido ése su destino y, por extraño que resultara, su amistad había sobrevivido; era la franca camaradería de dos samurais. Mataemon se sentía muy emocionado, pero no dejó que se reflejara en su semblante ni en sus palabras: eran dos samurais y estaban juntos.

—También yo me alegro, Mataemon —le dijo Inuchiyo—. Tienes un buen yerno y te felicito de todo corazón. Oye, sé que esta noche me he entrometido. No estarás enojado, ¿verdad?

—¡En absoluto! —respondió Mataemon, acuciado por estas palabras—. ¡Vamos a pasarnos toda la noche bebiendo!

Inuchiyo se echó a reír estrepitosamente.

—Si nos pasamos toda la noche bebiendo y cantando, ¿no se enfadará la novia?

—¿Por qué? —replicó Tokichiro—. No la han educado para que se enfade. Es una mujer muy virtuosa.

Inuchiyo se acercó más a Tokichiro y empezó a importunarle.

—Vamos, hombre, ¿por qué no hablas un poco más de esas cosas tan vergonzosas?

—No, perdona pero ya ha dicho más de la cuenta.

—No vas a escaparte tan fácilmente. Toma, aquí tienes una taza grande de sake.

—No necesito una grande, con la pequeña será suficiente.

—Pero ¿qué clase de novio eres? ¿Es que no tienes orgullo?

Se tomaron el pelo mutuamente como si fuesen niños, pero a pesar de la abundancia de sake Tokichiro no bebió en exceso... ni aquella noche ni nunca. Tenía grabado en la mente desde su infancia el vivo recuerdo de los efectos de beber en exceso, y ahora, al mirar la gran taza de sake que su amigo intentaba hacerle beber, veía el rostro de su padrastro borracho y luego el de su madre, que tanto había padecido a causa de las borracheras de aquel hombre. Tokichiro conocía bien sus propios límites. Se había criado en medio de una gran pobreza, y su cuerpo no era fuerte comparado con otros. Aunque todavía era joven, tenía mucho cuidado.

—Una taza grande es demasiado para mí. Dame una pequeña, por favor. A cambio, te cantaré algo.

—¿Cómo? ¿Vas a cantar?

En vez de responderle, Tokichiro ya había empezado a golpearse el regazo como si fuese un tambor, y empezó a cantar.

Pensar que un hombre

no tiene más que cincuenta años para vivir bajo el cielo...

—No, espera. —Inuchiyo interrumpió a su amigo poniéndole una mano en la boca—. No deberías cantar eso. Es de Atsumori, la danza que Su Señoría interpreta tan bien.

—Es que he aprendido sus danzas y canciones siguiendo su ejemplo. No es una canción prohibida, ¿por qué no habría de cantarla?



—Hazme caso y no lo hagas. No es nada bueno cantar eso.

—¿Qué tiene de malo?

—Es inapropiada en una boda.

—Su señoría danzó el Atsumori la mañana en que el ejército partió hacia Okehazama. A partir de esta noche nosotros dos, un marido de baja posición y su esposa, iniciaremos nuestra incursión en la sociedad. Así pues, no me parece que sea una canción inadecuada.

—Una cosa es la resolución de ir al campo de batalla y otra la celebración de una boda. Los auténticos guerreros se proponen vivir una larga vida con sus esposas, hasta que sean ancianos de pelo blanco.

Tokichiro se dio una palmada en la rodilla.

—Eso es cierto. A decir verdad, es exactamente lo que espero. Si hay una guerra, no puede evitarse, pero no quiero morir en vano. Cincuenta años no basta. Quisiera vivir feliz y fiel a Nene durante cien años.

—Tú y tus fanfarronadas. Sería mejor que bailarás. Vamos, baila.

A instancias de Inuchiyo, muchos invitados animaron a Tokichiro.

—Esperad. Esperad un momento. Bailaré. —Persuadió a sus amigos que le dieran un respiro, se volvió hacia la cocina, batió palmas y gritó—: ¡Nene! Estamos sin sake.

—En seguida —respondió Nene.

La presencia de tantos invitados no parecía intimidarla lo más mínimo. Entró briosamente con la bandeja de recipientes y sirvió a todos como Tokichiro le había pedido. Las únicas personas sorprendidas eran sus padres, que siempre la habían considerado una chiquilla. Pero el corazón de Nene ya latía al unísono con el de su marido y, al contrario de lo que solía suceder con los recién casados, Tokichiro no mostraba el menor embarazo en el trato de su flamante esposa. Como era de esperar, Inuchiyo, que estaba un poco bebido, no pudo evitar el rubor de sus mejillas cuando ella le sirvió.

—Bueno, Nene, a partir de esta noche eres la esposa del señor Tokichiro. Debo felicitarte de nuevo. —Inuchiyo movió la mesita baja del sake delante de ella—. Hay algo que todos mis amigos conocen y no les he ocultado. En vez de avergonzarme y guardármelo para mí, voy a confesarlo. ¿Qué te parece, Tokichiro?

—¿De qué se trata?

—Me gustaría que me prestaras a tu esposa un momento.

—Adelante —replicó Tokichiro, riendo.

—Bien, Nene. Hubo una época en que mi amor por ti estaba en labios de todo el mundo, y ese sentimiento no ha variado en absoluto. Eres la mujer a la que amo.

Inuchiyo se puso más serio, y aunque no hubiera sido así, el pecho de Nene rebosaba ya de las emociones de su boda. Aquella noche había terminado su vida de soltera, pero no podía suprimir sus sentimientos hacia Inuchiyo.

—Nene, la gente dice que el corazón de una joven no es digno de confianza, pero hiciste bien al elegir a Tokichiro. He renunciado a la persona a quien no podría dejar de amar. Podrías decir que te he cedido a él como un regalo de afecto de un hombre a otro. Eso significa que te he tratado como un objeto, pero así somos los hombres, ¿no es cierto, Tokichiro?

—En general, la he recibido sin reserva, pensando en que tal podría ser tu motivo.

—Si hubieras mostrado alguna reserva acerca de esta buena mujer, me habría equivocado al juzgarte y no te habría tenido en mucha estima. Te casas con una mujer que está muy por encima de ti.

—Estás diciendo tonterías.

—¡Ja, ja, ja! En cualquier caso, soy feliz. Eh, Tokichiro, somos compañeros para toda la vida, pero ¿se te había ocurrido pensar que llegaría una noche tan feliz como ésta?

—No, probablemente no.

—Nene, ¿está por ahí el tamboril? Lo tocaré y que alguien se levante y baile. Como este Kinoshita no es un hombre juicioso, apuesto a que tampoco baila muy bien.

—Está bien, para diversión de todos, os dejaré ver una ejecución bastante incompetente.

La persona que había hablado era Nene. Inuchiyo, Ikeda Shonyu y los demás invitados abrieron mucho los ojos, sorprendidos. Nene, acompañada por los sonos del tamboril que tocaba Inuchiyo, abrió su abanico y se puso a bailar.

—¡Muy bien, muy bien!

Tokichiro palmoteo como si él mismo hubiera bailado. Quizá debido a su embriaguez, la energía de su excitación no mostraba señales de remitir. Alguien debía de haber propuesto que se trasladaran a Sugaguchi, el barrio más animado de Kiyosu, y no había una sola persona sobria entre ellos para negarse.

—¡Estupendo! ¡Vamos allá!

El recién casado Tokichiro se levantó y les precedió al exterior. Haciendo caso omiso de los escandalizados parientes, el grupo que había acudido para la ceremonia de verter el agua se olvidó incluso de eso y, dando el brazo al novio, salieron tambaleándose, apoyándose unos en otros y agitando los brazos.

—Pobrecita novia.

Los parientes se compadecían de Nene, a la que habían dejado atrás. Pero cuando miraron a su alrededor en busca de la joven, que sólo unos momentos antes había estado bailando, no la vieron por ninguna parte. Había salido al exterior por una puerta lateral. Fue en busca de su marido, a quien rodeaban sus amigos bebidos.

—¡Que te diviertas! —le dijo, y deslizó su monedero en el interior del kimono de Tokichiro.

El lugar que frecuentaban los jóvenes del castillo era un local de bebidas llamado Nunokawa. Situada en el viejo barrio de Sugaguchi, se decía que aquella casa de té fue antaño una tienda de comerciantes de sake, los cuales vivían allí mucho antes de que los Oda o sus predecesores, los Shiba, se hicieran los dueños de Owari. Así pues, el local era bien conocido por el tamaño del antiguo edificio.

Tokichiro lo visitaba con mucha frecuencia. De hecho, si no le veían la cara cuando la gente se reunía allí, tanto el personal que servía como sus amigos le echaban en falta... Era como una sonrisa que revela la falta de un diente. El matrimonio de Tokichiro era causa más que suficiente para alzar las tazas en su local favorito. Cuando los amigos se abrieron paso a través de las cortinas de la entrada, alguien anunció la noticia en el enorme vestíbulo.

—¡Damas y caballeros, gentes de la Nunokawa! ¿No vendréis todos a recibir a un invitado? ¡Hemos traído a un novio sin paralelo en el mundo entero! Y adivinad quién es. Un hombre llamado Kinoshita Tokichiro. ¡Alegraos, alegraos! Ésta es su ceremonia de verter el agua.

Sus pies parecían reacios a sostenerlos, pero entraron tambaleándose y arrastrando a Tokichiro entre ellos.

Los miembros del personal de la casa de té les miraban sorprendidos, pero se echaron a reír al comprender lo que ocurría, y escucharon asombrados el relato de cómo se habían apoderado del novio para llevárselo de la casa durante la fiesta.

—Esto no es una ceremonia de verter el agua —dijeron—, sino más bien un rapto del novio.

Todos se rieron a mandíbula batiente. Tokichiro entró corriendo en el edificio, dando la impresión de que intentaba huir, pero sus amigos tan amantes de la broma se sentaron a su alrededor y le hicieron saber que era un prisionero hasta el amanecer. Entonces pidieron sake con impaciencia.

¿Quién sabe cuánto bebieron? Casi ninguno de ellos era capaz de distinguir las canciones que entonaron ni las danzas que ejecutaron.

Finalmente cada uno se quedó dormido donde estaban usando los brazos como almohada, o con brazos y piernas extendidos. A medida que avanzaba la noche, los olores del otoño penetraban silenciosamente.

\* \* \*

De repente Inuchiyo alzó la cabeza y miró a su alrededor sobresaltado. Tokichiro le imitó. Ikeda Shonyu había abierto los ojos. Intercambiaron miradas y aguzaron el oído. El ruido de cascos de caballos que rompía el silencio les había despertado.

—¿Qué ocurre?

—Es un número considerable de hombres. —Inuchiyo se dio una palmada en la rodilla, como si se le acabara de ocurrir algo—. ¡Eso es! Casi seguro que se trata de Takigawa Kazumasu, que regresa de Mikawa, adonde le enviaron hace algún tiempo para entrevistarse con Tokugawa Ieyasu.

—Naturalmente. ¿Se alinearán con los Oda o confiarán en los Imagawa? El mensajero debe de traer la respuesta de Mikawa.

Uno tras otro abrieron los ojos, pero tres de los hombres salieron corriendo de la Nunokawa sin esperar a los demás. Siguiendo el sonido de las bridas y la multitud de hombres y caballos que habían pasado por delante del local, corrieron en dirección al portal del castillo.

Desde la batalla de Okehazama, el año anterior, Kazumasu había ido a Mikawa como enviado en varias ocasiones. No era un secreto en Kiyosu que le habían encargado de la importante misión diplomática de obtener la cooperación de Ieyasu con el clan Oda.

Hasta fecha reciente, Mikawa había sido una provincia débil, dependiente de los Imagawa, y aunque también se decía de Owari que era una provincia pequeña, había asestado un golpe fatal a los poderosos Imagawa, enviando un enérgico mensaje a los principales contendientes por el liderazgo nacional, el mensaje de que en la actualidad existía un hombre llamado Oda Nobunaga. La fuerza y la moral de los Oda estaban en ascenso. La alianza buscada se llamaba sencillamente una federación cooperativa, y el difícil truco diplomático consistiría en hacer de los Oda los asociados de más categoría en esa alianza.

En la medida en que la provincia era pequeña y débil, resultaba esencial que actuara sin vacilación. Una provincia como Mikawa podía ser engullida en una sola campaña militar. Y lo cierto era que, tras la muerte de Yoshimoto, la provincia de Mikawa se encontraba en una coyuntura crítica, con su supervivencia en juego. ¿Deberían seguir dependiendo los Tokugawa de los Imagawa al mando de Ujizane? ¿O debían aliarse con los Oda?

Los Tokugawa estaban perplejos y las deliberaciones, intercambios de enviados, discusiones y recomendaciones habían sido innumerables. Entretanto se libraban pequeñas batallas entre Suruga y Mikawa. Por supuesto, las escaramuzas entre los castillos de la rama Oda y sus contrarios en Mikawa no habían cesado, y nadie era capaz de calcular ni por aproximación el riesgo que corrían las dos provincias ni cuándo podría empezar la lucha. Por otro lado, además de los Oda y los Tokugawa, existía un gran número de clanes que aguardaban el inicio de la guerra: los Saito de Mino, los Kitabatake de Ise, los Takeda de Kai y los Imagawa de Suruga. El conflicto no ofrecía ninguna ventaja. Tokugawa Ieyasu no estaba deseoso de luchar y Oda Nobunaga sabía muy bien que prepararse y combatir por una victoria final sobre los Tokugawa sería ridículo, lo cual es tanto como decir que tampoco Nobunaga quería luchar, pero era preciso no demostrarlo. Nobunaga conocía el carácter testarudo y paciente de los Tokugawa y consideraba importante tener en cuenta su reputación.

Mizuno Nobutomo era gobernador del castillo de Ogawa. Aunque servidor de los Oda, también era tío de Ieyasu, y Nobunaga le pidió que intercediera por él a su sobrino. Nobutomo se reunió con Ieyasu y sus principales servidores e intentó atraerles a su lado mediante esfuerzos diplomáticos. Abordados tanto de frente como lateralmente, los Tokugawa parecieron tomar por fin una decisión, e Ieyasu envió una respuesta a tal efecto. Así pues, Takigawa Kazumasu había sido enviado a Mikawa a fin de obtener la respuesta definitiva acerca del ofrecimiento de una alianza por parte de Nobunaga. Y al regresar aquella noche se dirigió al castillo a pesar de lo tardío de la hora. Kazumasu era un general de Oda, entendido en armas de fuego y buen tirador.

Sin embargo, Nobunaga valoraba su inteligencia mucho más que su puntería. No era precisamente un orador, pero se expresaba con una vehemencia que tenía la virtud de resultar racional en extremo. Serio y lleno de sentido común, era también un hombre muy perspicaz. Por todo ello, Nobunaga le consideraba el hombre apropiado para aquella fase importante del proceso diplomático.

Era noche cerrada, pero Nobunaga ya se había levantado y esperaba a Kazumasu en la sala de audiencias. El enviado se postró, todavía vestido con la indumentaria de viaje. En una ocasión como aquella, preocuparse demasiado por la impresión que causaría al presentarse vestido todavía con sucias prendas de viaje y, en consecuencia, arreglarse el cabello y las ropas, eliminando el sudor y el mal olor antes de acudir a presencia del señor, probablemente provocaría en éste una observación como: «¿Has ido a contemplar las flores?». Kazumasu había sido testigo de esa clase de crítica malhumorada, y por ello estaba allí con ambas manos en el suelo, respirando todavía con dificultad, vestido con unas prendas que olían a caballo. Por otro lado, eran contadas las ocasiones en las que Nobunaga había hecho esperar largo tiempo a sus servidores mientras él se acomodaba con calma.

Nobunaga le interrogó, ansioso de noticias.

El enviado fue al grano. Había servidores que, al regresar y dar su informe oficial, hablaban largo rato de esto y aquello, parloteaban sobre lo sucedido en el camino y comentaban todos los detalles secundarios del problema. En consecuencia, era difícil llegar a la cuestión esencial: ¿había salido la misión tal como se había planeado o no? Nobunaga detestaba ese proceder, y cuando los mensajeros respondían sólo con digresiones, una expresión irritada, que incluso una persona ajena al asunto habría comprendido, oscurecía su semblante y advertía: «¡Ve al grano!».

Kazumasu había sido puesto sobre aviso al respecto. Tras haber sido seleccionado para realizar una misión diplomática tan importante, al presentarse ante Nobunaga hizo una sola reverencia y abordó

directamente la cuestión.

—Tengo buenas noticias, mi señor. El acuerdo con el señor Ieyasu de Mikawa está por fin en regla, y no sólo eso, sino casi todas las estipulaciones que deseabais.

—¿Has tenido éxito?

—Sí, mi señor, está arreglado. —La expresión de Nobunaga era flemática, pero en realidad se sentía profundamente aliviado—. Además, he prometido concluir los artículos que cubren los detalles en una fecha posterior, mediante una discusión con Ishikawa Kazumasa, del clan Tokugawa, que tendrá lugar en el castillo de Narumi.

—Así pues, ¿el señor de Mikawa ha prometido cooperar con nosotros?

—A vuestras órdenes.

—Buen trabajo —dijo Nobunaga por primera vez, y sólo entonces Kazumasa le dio un informe detallado.

Cuando Kazumasu se retiró de la presencia de Nobunaga, estaba a punto de amanecer. Cuando las primeras luces de la mañana iluminaron el recinto del castillo, el rumor de que los Oda y el señor de Mikawa habían sellado una alianza ya se había extendido por doquier, susurrado de un oído a otro.

Incluso una información tan secreta como la que concernía a la reunión inminente de los representantes de ambos clanes en Narumi para firmar el acuerdo, y la propuesta visita a finales del año siguiente de Tokugawa Ieyasu al castillo de Kiyosu para reunirse con Nobunaga por primera vez, se extendió rápida y sigilosamente entre los servidores.

Inuchiyo, Shonyu, Tokichiro y los demás samurais jóvenes habían reconocido desde un lugar tan alejado como Sugaguchi la identidad del mensajero que regresaba al castillo y habían salido de inmediato tras él. Hacinados en una habitación del castillo, aguardaban en vilo la noticia de si habría guerra o paz con Mikawa.

—¡Alegraos! —oyeron decir.

El paje, Tohachiro, había oído la noticia y llegó corriendo desde la sala de reunión del consejo interno, diciéndoles lo que sabía.

—¿Se ha acordado?

En general habían esperado ese resultado, pero cuando supieron que se había llegado a un acuerdo, la alegría se reflejó en sus semblantes y contemplaron el futuro con esperanza.

—Ahora podemos luchar —dijo un samurai.

Los servidores de Nobunaga no habían alabado la alianza con Mikawa como un medio para evitar la guerra. Recibían entusiasmados el tratado con Mikawa, la provincia que estaba detrás de la suya, a fin de poder enfrentarse con toda su fuerza a un enemigo mayor.

—Es la buena suerte de Su Señoría como guerrero.

—Y también ventajoso para Mikawa.

—Ahora que conozco el resultado, no puedo mantener los ojos abiertos. La verdad es que no hemos dormido desde anoche.

Quien así había hablado era uno de los juerguistas de la noche anterior, a quien Tokichiro gritó:

—¡Yo no! Siento todo lo contrario. Anoche hubo un acontecimiento feliz, y también lo es el de esta mañana. Con una cosa feliz tras otra, me entran ganas de volver a Sugaguchi y beber un poco más.

—Estás mintiendo —bromeó Shonyu—. El lugar al que deseas regresar es a casa de Nene. Bien,

bien, ¿cómo habrá pasado la novia la primera noche? ¡Señor Tokichiro! Este dominio sobre ti mismo es vano. ¿Por qué no pides hoy un día libre y regresas a casa? Ahora alguien te está esperando.

—¡Bah!

Tokichiro plantó cara a la hilaridad de sus amigos. Las carcajadas resonaron en el silencio que reinaba en los corredores al amanecer. Finalmente, desde lo alto del castillo sonaron los redobles de un enorme tambor, y cada uno de ellos se apresuró a encaminarse a su puesto.

\*

\*

\*

—¡Estoy en casa!

La entrada de la vivienda de Asano Mataemon no era grande, pero cuando Tokichiro se detuvo allí parecía enorme. Su voz era clara, y su presencia animaba el entorno.

—¡Oh!

Oyaya, la hermana menor de Nene, estaba jugando con una pelota en el escalón y alzó la vista para mirarle con los ojos muy abiertos. Había creído que quizá se trataba de un visitante, pero cuando vio que era el marido de su hermana, soltó una risita y entró corriendo en la casa.

Tokichiro también se rió, extrañamente divertido, pensando en lo que había hecho: abandonó la fiesta y se fue a beber con sus amigos, y luego se encaminó directamente al castillo. Por fin volvía a casa cuando oscurecía, a la misma hora en que tuvo lugar la ceremonia nupcial la noche anterior. Aquella noche no ardían fogatas en el portal, pero las celebraciones familiares se prolongaban desde hacía tres días y los invitados iban y venían. Las voces de los invitados volvían a llenar la casa, y habían dejado en la entrada varios pares de sandalias.

—¡Estoy en casa! —repitió el novio alegremente.

Nadie salió a recibirle, y pensó que debían de estar atareados en la cocina y la sala de invitados. Al fin y al cabo, él era el yerno desde la noche anterior, la persona más importante de la casa después de sus suegros. Tal vez no debería entrar antes de que todos salieran a recibirle.

—¡Nene! ¡Estoy en casa!

Una voz sorprendida le llegó desde la cocina, al otro lado de una valla baja. Mataemon, su esposa, Oyaya, varios parientes y algunos sirvientes salieron y le miraron con expresiones exasperadas, como si se preguntaran qué estaba haciendo allí. Cuando llegó Nene, se quitó en seguida el delantal, se arrodilló y le saludó inclinándose y apoyando ambas manos en el suelo.

—Bienvenido a casa.

—Bienvenido —se apresuraron a decir los demás, alineándose e inclinando las cabezas, con las excepciones, naturalmente, de Mataemon y su esposa.

Parecía como si hubieran salido sólo para ver qué ocurría.

Tokichiro miró a Nene y seguidamente a todos los demás, e hizo una sola inclinación. Avanzó hasta la casa y entonces hizo una cortés reverencia a su suegro antes de informarle sobre los acontecimientos de la jornada en el castillo.

Mataemon estaba malhumorado desde la noche anterior.

Había querido recordar a su yerno el deber que tenía con los invitados, así como la posición de Nene. Tokichiro había regresado sin un ápice de remordimiento, y Mataemon había resuelto no ceder, aun

cuando su actitud fuese incorrecta ante los invitados. Pero Tokichiro parecía tan despreocupado que Mataemon olvidó sus motivos de queja. Además, las primeras palabras de Tokichiro habían sido para informarle de su estancia en el castillo y del estado de ánimo de su señor. Mataemon se enderezó y respondió sin pensarlo:

—Bueno, debes de haber tenido un día muy duro.

Así pues, dijo exactamente lo contrario de lo que se había propuesto y alabó a Tokichiro en vez de reprenderle.

Tokichiro se divirtió aquella noche con los invitados, bebiendo hasta altas horas con ellos. Incluso después de que se marcharan los invitados quedaron varios parientes que vivían demasiado lejos y tenían que pasar allí la noche. Nene no podía abandonar la cocina y los criados parecían fatigados.

Aunque Tokichiro había regresado por fin a casa, Nene y él apenas habían tenido tiempo para intercambiar sonrisas y mucho menos para estar juntos a solas. Ya muy entrada la noche, Nene guardó las tazas en la cocina, dio instrucciones sobre el desayuno, se cercioró de que cada uno de los aturdidos parientes estaba bien acomodado para dormir y finalmente se desató los cordones que le sujetaban las mangas. Libre de nuevo por primera vez aquella noche, buscó al hombre que se había convertido en su marido.

En la habitación dispuesta para los dos dormían familiares y niños, mientras que en la sala donde todos habían estado bebiendo ahora conversaban sus padres con los parientes más íntimos.

Intrigada por el paradero de su marido, salió a la terraza y entonces oyó que la llamaba una voz desde el oscuro aposento lateral de un criado.

—¿Nene?

Era la voz de su marido. Nene intentó responder, pero no podía. El corazón le golpeaba en el pecho. Aunque nunca se había sentido así hasta la ceremonia nupcial, no había podido ver a Tokichiro desde la noche anterior.

—Entra —le dijo él.

Nene oía aún las voces de sus padres. Mientras estaba allí en pie, preguntándose qué debía hacer, reparó de improviso en el incienso repelente de mosquitos que habían dejado allí para que ardiera poco a poco. Lo recogió y entró tímidamente en la habitación.

—¿Duermes aquí? Debe de haber muchos mosquitos.

Tokichiro, que se había tendido en el suelo para dormir, se miró los pies.

—Ah, los mosquitos...

—Debes de estar exhausto.

—Y tú también —replicó él, comprensivo—. Los parientes se negaron en redondo, pero no podía consentir que los viejos durmieran en los aposentos de la servidumbre mientras nosotros lo hacíamos en una habitación con un biombo dorado.

—Pero dormir en un sitio así, sin ropas de cama...

Nene empezó a levantarse, pero él la retuvo.

—No importa. He dormido en el suelo, incluso sobre tablas. La pobreza ha templado mi cuerpo. —Se enderezó—. Acércate un poco más, Nene.

—Sss... sí.

—Una esposa recién casada es como un nuevo recipiente de madera para el arroz. Si no lo usas

durante largo tiempo, huele mal y no es utilizable. Cuando envejece los aros tienden a soltarse. Pero también es conveniente recordar de vez en cuando que un marido es un marido. Nos proponemos vivir juntos una larga vida y nos hemos comprometido a mantenernos mutuamente fieles hasta que seamos viejos y canosos, pero nuestra vida no va a ser fácil. Así pues, mientras todavía albergamos los sentimientos de ahora, creo que deberíamos hacernos una promesa el uno al otro. ¿Qué te parece?

—Por supuesto —respondió Nene sin vacilación—. Puedes estar seguro de que cumpliré esa promesa, sea cual fuere.

Tokichiro era la encarnación de la seriedad e incluso parecía un poco severo. Sin embargo Nene se sentía feliz al ver en él por primera vez una expresión tan solemne.

—En primer lugar, como marido, voy a decirte lo que deseo de ti como esposa.

—Sí, por favor.

—Mi madre es una campesina pobre y se negó a asistir a la boda. Pero la persona que ha sido más feliz que nadie en el mundo al saber que me casaba es mi madre.

—Comprendo.

—Un día mi madre vendrá a vivir con nosotros en la misma casa, y será correcto que el cuidado de tu marido quede relegado a un segundo lugar. Más que cualquier otra cosa, me gustaría que te dedicaras a mi madre y la hicieras feliz.

—Sí.

—Mi madre pertenece a una familia de samurais, pero era pobre mucho antes de que yo naciera. Crió a varios hijos a pesar de su gran pobreza, y ten en cuenta que criar a un solo niño en tales circunstancias suponía luchar con unas penalidades increíbles. No tenía nada que la hiciera feliz, ni siquiera un nuevo kimono de algodón para el invierno y otro para el verano. Es analfabeta, habla un dialecto local y desconoce por completo las buenas maneras. Como mi esposa que eres, ¿cuidarás de una madre así con verdadero afecto? ¿Podrás respetarla y apreciarla?

—Sí, la felicidad de tu madre es nuestra felicidad. Creo que eso es natural.

—Pero también tienes padres con buena salud y, de la misma manera, son muy importantes para mí. No voy a tener menos afecto filial hacia ellos del que tú tendrás hacia mi madre.

—Eso me alegra muchísimo.

—Queda una cosa más —siguió diciendo Tokichiro—. Tu padre te ha educado para que seas una mujer virtuosa y te ha disciplinado con una gran cantidad de reglas, pero yo no soy tan difícil de complacer. Sólo voy a confiar en que hagas una sola cosa.

—¿Cuál es?

—Quiero que el servicio que rinde tu marido, su trabajo y todas las cosas que debe hacer en general te hagan feliz, y eso es todo. Parece sencillo, ¿verdad?, pero no lo será en absoluto. Fíjate en los maridos y esposas que han pasado muchos años juntos. Hay mujeres que no tienen idea de lo que hacen sus maridos. Esos hombres se pierden un incentivo importante, e incluso un hombre que trabaja por el bien de la nación o la provincia es pequeño, lastimoso y débil cuando está en casa. Con solo que su esposa sea feliz y se interese por el trabajo que desempeña, por la mañana podrá partir al campo de batalla lleno de valor. Para mí, ésta es la mejor manera en que una esposa puede ayudar a su marido.

—Comprendo.

—De acuerdo. Ahora dime qué esperanzas depositas tú en mí. Habla francamente y tendrás mi



promesa.

A pesar de su petición, Nene fue incapaz de decir nada.

—Lo que una esposa desea de su marido, sea lo que fuere... Ya que no me dices lo que deseas, ¿quieres que te lo diga yo?

Nene sonrió y asintió a las palabras de Tokichiro. Entonces desvió rápidamente la vista.

—¿El amor de un marido?

—No...

—Entonces un amor inalterable.

—Sí.

—¿Tener un hijo sano?

Nene se estremeció. Si hubiera ardido una lámpara en la estancia su rostro se habría revelado tan rojo como el cinabrio.

\* \* \*

La mañana siguiente a los tres días de celebración nupcial, Tokichiro y su esposa se pusieron kimonos formales para asistir a una ceremonia más y visitaron la mansión de su mediador, el señor Nagoya. Luego visitaron dos o tres casas, y durante el recorrido tuvieron la sensación de que todos los ojos de Kiyosu estaban fijos en ellos. Pero Nene y su joven marido no tenían sino buenas intenciones hacia los transeúntes que se volvían a mirarlos. Tokichiro propuso que hicieran una breve visita a Otowaka.

—¡Eh, Mono! —exclamó Otowaka, y entonces se corrigió, turbado—: Tokichiro.

—He venido para presentarte a mi esposa.

—¿Qué? ¡Claro! ¡La distinguida hija del arquero, el señor Asano! Eres un hombre afortunado, Tokichiro.

Hacía tan sólo siete años que Tokichiro se había acercado a aquella terraza para vender agujas, vestido con sucias ropas de viaje y le había dado la sensación de que llevaba varios días sin comer. Cuando le dieron alimento se lo comió ávidamente, produciendo ruido con los palillos.

—Tienes tanta suerte que da miedo —dijo Otowaka—. Bien, la casa no está limpia, pero entrad, por favor.

Un tanto aturullado, avisó a gritos a su mujer, que estaba en el interior de la vivienda, y les hizo pasar. En aquel instante oyeron voces en la calle. Era un heraldo que corría de una casa a otra.

—¡Incorporaos a vuestro regimiento! ¡Incorporaos a vuestro regimiento por orden de Su Señoría!

—¿Una orden oficial? —dijo Otowaka—. Es una llamada para empuñar las armas.

—Señor Otowaka —dijo Tokichiro de repente—. Tengo que llegar al lugar de la reunión lo antes posible.

Hasta aquella misma mañana no había habido ninguna indicación de que pudiera llegar a suceder algo semejante, y cuando Tokichiro visitó la residencia de Nagoya, todo parecía absolutamente apacible. ¿Adonde podían dirigirse? Incluso la intuición habitual de Tokichiro le había fallado esta vez. Cada vez que se hablaba de una batalla, su intuición solía acertar de lleno y sabía adonde se dirigían. Pero la mente del joven novio llevaba algún tiempo alejada de la situación actual. Tropezó con varios hombres que

abandonaban la vecindad de los samurais con sus armaduras al hombro.

Varios jinetes, que procedían del castillo, llegaron al galope. Aunque no sabía qué estaba sucediendo, Tokichiro tuvo la premonición de que el campo de batalla estaría muy lejos.

Nene había regresado apresuradamente a su casa, por delante de su marido.

—¡Kinoshita! ¡Kinoshita!

Cuando se acercaba a las casas de vecindad de los arqueros, alguien le llamó a sus espaldas. Al volverse vio que era Inuchiyo, el cual montaba a caballo y vestía la misma armadura que en Okehazama. Atada a la espalda llevaba una delgada caña de bambú con su estandarte, el blasón de la flor de ciruelo.

—Sólo he venido a avisar al señor Mataemon. Prepárate y ve de inmediato al lugar de reunión.

—¿Entonces partimos? —inquirió Tokichiro.

Inuchiyo saltó del caballo.

—¿Cómo te fue... más tarde? —preguntó a su amigo.

—¿A qué te refieres?

—Sería mejor no decirlo. Te preguntaba si ya sois marido y mujer.

—No tienes por qué preguntarme eso.

Inuchiyo soltó una risotada.

—En cualquier caso, nos vamos al frente. Si te retrasas, en el lugar de reunión se reirán de ti porque acabas de casarte.

—Me tiene sin cuidado que se rían de mí.

—Cuando oscurezca, un ejército de dos mil infantes y caballería marchará hacia el río Kiso.

—Entonces vamos a Mino.

—Ha llegado una información secreta según la cual Saito Yoshitatsu de Inabayama enfermó de repente y murió. Esta llamada a empuñar las armas y el avance hacia el río Kiso es un sondeo para determinar si ese informe es cierto.

—Pero vamos a ver, Inuchiyo. También se excitaron mucho los ánimos cuando a principios de este verano oímos decir que Yoshitatsu había enfermado y muerto.

—Sí, pero esta vez parece que es cierto. Y a pesar de todo, desde el punto de vista del clan, Yoshitatsu asesinó al suegro del señor Nobunaga, el señor Dosan. Moralmente es el enemigo y no podemos vivir con él bajo el mismo cielo. Para que el clan pueda ocupar el centro del terreno, es preciso que logremos establecernos en Mino.

—Ese día llegará pronto, ¿verdad?

—¿Pronto? Esta noche partimos hacia el Kiso.

—No, todavía no. Dudo de que Su Señoría ataque ya.

—Los ejércitos están a las órdenes de los señores Katsuei y Nobumori. Su Señoría no irá personalmente.

—Pero aunque Yoshitatsu haya muerto y aunque su hijo, Tatsuoki, sea un necio, los «tres hombres de Mino», Ando, Inaba y Ujiie, siguen vivos. Además, mientras exista un hombre como Takenaka Hanbei, de quien se dice que vive recluido en el monte Kurihara, no cesarán las dificultades.

—¿Takenaka Hanbei? —Inuchiyo ladeó la cabeza—. Los nombres de los «tres hombres» resuenan desde hace tiempo incluso en las provincias vecinas, pero ¿tan formidable es ese Takenaka?

—La mayoría de la gente nunca ha oído hablar de él. Yo soy su único admirador aquí en Owari.

—¿Cómo estás enterado de tales cosas?

—Pasé una larga temporada en Mino y...

Tokichiro se interrumpió a media frase. Nunca le había contado a Inuchiyo sus experiencias como buhonero, el tiempo que pasó con Koroku en Hachisuka y su actividad de espionaje en Inabayama.

—Bueno, hemos perdido tiempo —dijo Inuchiyo, montando de nuevo.

—Nos veremos en el lugar de reunión.

—Sí, más tarde.

Los dos hombres se alejaron rápidamente, en direcciones contrarias.

—¡Hola! ¡Estoy en casa!

Cada vez que volvía gritaba en el portal antes de entrar. Así todos sabían que el yerno había regresado, desde el sirviente que trabajaba en el almacén hasta los confines de la cocina. Pero aquel día Tokichiro no esperó a que la gente saliera a recibirle.

Al entrar en la habitación se llevó una sorpresa. Habían extendido en el suelo una estera nueva, sobre la que estaba el arcón de su armadura. Naturalmente, allí estaban los guantes, las espinilleras, el peto y la faja, pero también medicamentos para las heridas, una abrazadera y una bolsa de munición... Todo lo que necesitaría llevarse consigo estaba dispuesto ordenadamente.

—Tu equipo —le dijo Nene.

—¡Magnífico! ¡Un trabajo estupendo!

La alabó sin pararse a pensar, pero de repente se dio cuenta de que aún no había juzgado a su mujer de una manera correcta. Estaba todavía más capacitada de lo que él había percibido antes de casarse.

Cuando terminó de colocarse la armadura, Nene le dijo que no se preocupara por ella. Había sacado la taza de loza de barro para verter el sake sagrado.

—Cuida de todo durante mi ausencia, te lo ruego.

—Descuida.

—No tengo tiempo para despedirme de tu padre. ¿Lo harás por mí?

—Mi madre se ha llevado a Oyaya al templo de Tsushima y todavía no han regresado. Mi padre está de servicio en el castillo, y hace poco ha enviado un mensaje diciendo que no volverá esta noche.

—¿No te sentirás sola?

Ella volvió la cabeza pero no lloró.

Con el pesado casco en el regazo, Nene parecía una flor atrapada por el viento. Tokichiro tomó el casco y, al ponérselo, la fragancia del aloe llenó de improviso la atmósfera. Sonrió agradecido a su esposa y anudó con firmeza los cordones perfumados.

# LIBRO TRES

QUINTO AÑO DE EIROKU

1562

# Personajes y lugares

Saito Tatsuoki, señor de Mino

Oyaya, hermana de Nene

Sakuma Nobumori, servidor de alto rango de Oda

Ekei, monje budista de las provincias occidentales

Osawa Jirozaemon, señor del castillo de Unuma y servidor de alto rango de Saito

Hikoemon, nombre dado a Hachisuka Koroku cuando quedó bajo la protección de Hideyoshi

Takenaka Hanbei, señor del castillo del monte Bodai y servidor de alto rango de Saito

Oyu, hermana de Hanbei

Kokuma, sirviente de Hanbei

Horio Mosuke, paje de Hideyoshi

Hosokawa Fujitaka, servidor del shogun

Yoshiaki, decimocuarto shogun Ashikaga

Asakura Kageyuki, general del clan Asakura

Inabayama, capital de Mino

Monte Kurihara, retiro de montaña de Takenaka Hanbei

Sunomata, castillo levantado por Hideyoshi

Gifu, nombre que Nobunaga impuso a Inabayama

Ichijogadani, castillo principal del clan Asakura

# Un castillo levantado sobre el agua

Por aquel entonces en las calles de la ciudad fortificada de Kiyosu vibraban las voces de los niños que cantaban un estribillo sobre los servidores de Nobunaga:

Algodón Tokichi  
Arroz Goroza  
Sigiloso Katsuie  
Fuera, en el frío, Nobumori.

«Algodón Tokichi», como llamaban a Kinoshita Tokichiro, cabalgaba como general al frente de un pequeño ejército. Aunque los soldados deberían marchar en una formación impresionante, lo cierto era que tenían la moral baja y carecían de espíritu. Cuando Shibata Katsuie y Sakuma Nobumori partieron hacia Sunomata, el ejército marchaba al ritmo de los tambores y mostrando orgullosamente sus estandartes. En comparación, Tokichiro parecía el jefe de una gira de inspección de la provincia, o tal vez un destacamento de auxilio que se dirigía al frente.

A un par de leguas de Kiyosu, un jinete solitario procedente del castillo fue a su encuentro para decirles que esperasen.

El hombre que conducía la recua de caballos de carga miró atrás y, al ver que se trataba del señor Maeda Inuchiyo, envió a un soldado a la cabeza de la columna para informar a Tokichiro.

La orden de descanso fue transmitida a lo largo de la línea. Apenas habían caminado lo suficiente para empezar a sudar, pero tanto los oficiales como los soldados eran poco entusiastas con respecto a su misión. No creían en la posibilidad de la victoria, y si uno miraba los rostros de la tropa vería que estaban inquietos y no mostraban la menor voluntad de luchar.

Inuchiyo desmontó y caminó entre la tropa, escuchando la charla de los soldados.

—¡Eh! Podemos descansar.

—¿Ya?

—No digas eso. Un descanso está bien en cualquier momento.

—¿Inuchiyo?

En cuanto Tokichiro vio a su amigo, desmontó y corrió a su encuentro.

—La batalla hacia la que os dirigís será el momento crucial para el clan Oda —dijo Inuchiyo de repente—. Tengo una fe absoluta en ti, pero la expedición es impopular entre los servidores y la inquietud en la ciudad es extraordinaria. He corrido en pos de ti para despedirme. Pero escucha, Tokichiro, ser general y dirigir un ejército es muy diferente de tus cometidos anteriores. En serio, amigo mío, ¿estás realmente preparado?

—No te preocupes. —Tokichiro mostró su resolución con un firme gesto de asentimiento y añadió—: Tengo un plan.

Pero cuando Inuchiyo supo en qué consistía el plan frunció el ceño.

—He oído decir que enviaste a Gonzo con un mensaje para Hachisuka nada más recibir las órdenes de Su Señoría.

—¿Te has enterado de eso? Era absolutamente secreto.

—La verdad es que se lo he oído decir a Nene.

—Una mujer siempre habla más de la cuenta, ¿no es cierto? Es algo que infunde un poco de miedo.

—No, no es eso, estaba mirando a través del portal para felicitarte por tu nombramiento y acerté a oír a Nene que hablaba con Gonzo. Acababa de volver de una visita a un santuario de Atsuta para rezar por tu éxito.

—En tal caso, tienes alguna idea de lo que me propongo hacer.

—¿Crees que esos bandidos a los que pides que sean nuestros aliados son de confianza? ¿Qué ocurrirá si no lo consigues?

—Lo conseguiré.

—No sé lo que usas como cebo, pero ¿te ha dado su jefe alguna indicación de que estaba de acuerdo con tu propuesta?

—No quiero que los demás se enteren.

—Es un secreto, ¿eh?

—Mira esto.

Tokichiro sacó una carta que había guardado bajo la armadura y la tendió en silencio a Inuchiyo. Era la respuesta de Hachisuka Koroku que Gonzo había traído la noche anterior. Inuchiyo la leyó en silencio, pero al devolverla miró a Tokichiro con una expresión de sorpresa. Por un momento no supo qué decir.

—Supongo que lo comprendes.

—Pero Tokichiro, ¿no es ésta una carta de rechazo? Dice que el clan Hachisuka se ha relacionado con el clan Saito durante generaciones y que romper ahora con ellos y apoyar al clan Oda sería inmoral. Es una clara negativa. ¿Cómo la interpretas?

—Tal como está escrita. —Tokichiro alzó la cabeza de súbito—. Lamento hablar de un modo tan terminante cuando me has mostrado tu amistad viniendo hasta aquí, pero si tienes un poco de consideración, te ruego que cumplas con tu deber en el castillo mientras yo estoy ausente y no te preocupes.

—Si puedes hablar así es que debes tener fe en ti mismo. Bien, no hay más que hablar. Cuídate, amigo.

—Te lo agradezco.

Tokichiro ordenó al samurai que estaba a su lado que trajera el caballo de Inuchiyo.

—Dejemos las formalidades para otra ocasión y sigue adelante.

Tokichiro montó al tiempo que traían el caballo de Inuchiyo.

—Hasta que volvamos a vernos.

Tokichiro saludó de nuevo agitando un brazo desde lo alto de su caballo y se puso en marcha.

Varios estandartes rojos sin marcas desfilaron ante los ojos de Inuchiyo. Tokichiro se volvió y le sonrió. En el cielo azul revoloteaban apaciblemente unas libélulas rojas. Sin decir otra palabra, Inuchiyo hizo dar la vuelta a su caballo en la dirección del castillo de Kiyosu.

\*

\*

\*

El espesor del musgo era sorprendente. Un visitante podría contemplar el espacioso jardín de la mansión del clan Hachisuka, tan similar a los jardines de los templos en los que está prohibida la

entrada, y preguntarse cuántos siglos tenía realmente el verde musgo. A la sombra de las grandes rocas había bosquecillos de bambú. Era una tarde de otoño, absolutamente apacible.

«Ha sobrevivido, sin duda alguna», reflexionó Hachisuka Koroku cuando entró en el jardín que le recordaba el vínculo con sus antepasados, los cuales habían vivido en Hachisuka durante generaciones. «¿También mi generación desaparecerá sin haber establecido un nombre familiar respetable?» Por otro lado, se consolaba pensando en que sus antepasados apreciarían que se aferrase a lo que tenía, pero siempre una parte de su ser se negaba en redondo a dejarse persuadir.

En unos días tan apacibles, cuando uno miraba aquella vieja casa que era como un castillo, rodeada por un espeso y lujuriante jardín, era imposible creer que el señor del lugar era el jefe de una banda de ronin y estaba al frente de varios millares de guerreros que como lobos acosaban los caminos interiores de un territorio inestable. Trabajando en secreto con Owari y Mino, Koroku había logrado asegurarse una base de poder y suficiente influencia para oponerse a la voluntad de Nobunaga.

Koroku cruzó el jardín y de improviso se volvió hacia la casa principal y gritó:

—¡Kameichi! Prepárate y ven aquí.

El hijo mayor de Koroku, Kameichi, tenía once años. Al oír la voz de su padre, cogió dos lanzas de prácticas y salió al jardín.

—¿Qué estabas haciendo?

—Leía.

—Si te envicias leyendo libros, vas a descuidar las artes marciales, ¿no es cierto?

Kameichi desvió la mirada. El muchacho era diferente de su fornido padre y su carácter tendía hacia lo intelectual y lo refinado. Todo el mundo diría que Koroku tenía un digno heredero, pero en realidad estaba insatisfecho de su hijo. Los más de dos mil ronin bajo su mando eran en su mayoría analfabetos, rudos guerreros rurales. Si el jefe del clan era incapaz de controlarlos, los Hachisuka desaparecerían. Es un principio natural entre los animales salvajes que los débiles se conviertan en pasto de los fuertes.

Cada vez que Koroku miraba a su hijo, que se le parecía tan poco, temía que aquél fuese el final de su estirpe y deploraba la naturaleza refinada de Kameichi y sus inclinaciones culturales. Siempre que disponía de algún tiempo libre, llamaba al muchacho para que saliera al jardín e intentaba insuflarle algo de su feroz espíritu de lucha por medio de las artes marciales.

—Coge una lanza.

—Sí, señor.

—Adopta la postura habitual y ataca sin pensar en que soy tu padre.

Koroku apuntó con la lanza y se lanzó hacia su hijo como si fuese un adulto.

Los ojos de Kameichi, en los que se reflejaba la debilidad de su temple, se contrajeron ante la voz aterradora de su padre, y se retiró. La lanza inmisericorde de Koroku le golpeó con fuerza en el hombro. Kameichi gritó y cayó al suelo sin sentido.

Matsunami, la esposa de Koroku, salió de la casa y corrió por el jardín fuera de sí.

—¿Dónde te ha golpeado? ¡Kameichi! ¡Kameichi!

Claramente irritada por el rudo tratamiento que el padre dispensaba a su hijo, llamó bruscamente a los criados para que trajesen agua y medicinas.

—¡Idiota! —le gritó Koroku—. ¿Por qué lloras y le consuelas? Kameichi es debilucho porque le has criado para que sea así. No va a morir. ¡Apártate de él!



Los criados que habían traído el agua y las medicinas se quedaron mirando sin expresión el severo semblante de Koroku, manteniéndose a distancia.

Matsunami se enjugó las lágrimas y con el mismo pañuelo restañó la sangre que fluía del labio de Kameichi mientras lo mecía en sus brazos. El pequeño o bien se había mordido el labio cuando su padre le golpeó o bien se había cortado con una piedra del suelo al caer.

—Debe de dolerle. ¿Te ha golpeado en alguna otra parte?

La mujer nunca reñía con su marido, por muy disgustada o excitada que estuviera. Como cualquier otra mujer de la época, sus únicas armas eran las lágrimas.

Por fin Kameichi recobró el conocimiento.

—Estoy bien, madre, no ha sido nada. Vete.

Recogió la lanza, apretando los dientes a causa del dolor, y se incorporó, demostrando por primera vez una virilidad que debió de haber encantado a su padre.

—¡Listo! —gritó.

Una sonrisa suavizó las facciones de Koroku.

—Vamos, atácame con ese brío —le azuzó.

En aquel momento un servidor cruzó corriendo el portal. Se volvió hacia Koroku y le anunció que un hombre que decía ser un mensajero de Oda Nobunaga acababa de atar su caballo junto al portal principal y afirmaba tener una urgente necesidad de hablar con Koroku en privado. El servidor quería saber qué deberían hacer con él.

—Y es un poco raro —añadió—. Ha cruzado el portal con despreocupación, a solas y sin ninguna ceremonia, mirando a su alrededor como si estuviera familiarizado con el lugar y diciendo cosas como éstas: «Ah, es como estar en casa», «Las tórtolas se arrullan como siempre» y «Ese caqui ha crecido mucho». Resulta difícil creer que sea un mensajero de Oda.

Koroku ladeó la cabeza y se quedó pensativo. Al cabo de unos momentos preguntó:

—¿Y cómo se llama?

—Kinoshita Tokichiro.

—¡Ah! —De repente pareció como si sus dudas se hubieran esfumado—. ¿De modo que es él? Ahora lo comprendo. Debe de ser el hombre que envió antes ese mensaje. No tengo ninguna necesidad de verle. ¡Despídele!

El servidor echó a correr para echar a Tokichiro de la finca.

—Debo pedirte algo —dijo Matsunami—. Por favor, excusa a Kameichi de la práctica por un solo día. Está un poco pálido y tiene el labio hinchado.

—Hummm. Bueno, llévatelo. —Koroku dejó la lanza y su hijo con la mujer—. No le mimes demasiado y no le des un montón de libros creyendo que le haces un favor. Koroku se encaminó a la casa, y estaba a punto de desatarse las sandalias en la piedra pasadera cuando el servidor llegó corriendo de nuevo.

—Señor, ese hombre se muestra cada vez más extraño. No quiere marcharse, y no sólo eso, sino que ha entrado por una puerta lateral, ha ido a los establos y está hablando con un caballero y un barrendero del jardín como si los conociera desde hace largo tiempo.

—Échale. ¿Por qué tratas con tanta lenidad a un hombre del clan Oda?

—No, incluso he ido más allá de lo que me habéis dicho, pero cuando los hombres han salido del

barracón y le han amenazado con arrojarlo por encima del muro, me ha pedido que os hable una vez más. Ha dicho que si os decía que es el Hiyoshi a quien encontrasteis hace diez años en el río Yahagi, sin duda le recordaréis. Y se ha quedado ahí plantado, dando la impresión de que no se le podría mover ni con una palanca.

—¿El río Yahagi? —Koroku no se acordaba en absoluto.

—¿No lo recordáis?

—No.

—Entonces ese individuo debe ser realmente extraño. No hace más que divagar desesperadamente.

¿Le doy una buena paliza, azuzo su caballo y le envío de regreso a Kiyosu?

Era evidente que el hombre estaba exasperado por hacer de mensajero una y otra vez. Con una mirada que decía «espera y verás», se volvió y había corrido hasta el portal de madera cuando Koroku, que estaba en los escalones de la casa, le llamó.

—¡Espera!

—Sí, ¿alguna otra cosa?

—Espera un momento. ¿No crees que podría ser el Mono?

—¿Conocéis ese nombre? Me pidió que os dijera que es el Mono si no recordabais a Hiyoshi.

—Entonces es el Mono —dijo Koroku.

—¿Le conocéis? —inquirió el servidor.

—Era un muchacho muy agudo que tuvimos aquí durante cierto tiempo. Barría el jardín y cuidaba de Kameichi.

—Pero ¿no es raro que se presente aquí como un mensajero de Oda Nobunaga?

—Eso carece de sentido para mí, pero ¿qué aspecto tiene?

—Respetable.

—¿De veras?

—Lleva una capa corta sobre la armadura y parece haber recorrido una larga distancia. Tanto la silla de montar como los estribos de su caballo están cubiertos de barro, y de la silla le cuelga un cesto de mimbre para transportar víveres y artículos de viaje.

—Está bien, hazle pasar y veremos.

—¿Qué le haga pasar?

—Sólo para estar seguro... quiero verle la cara.

Koroku se sentó en la terraza y esperó.

La distancia desde el castillo de Nobunaga hasta Hachisuka era de unas pocas leguas. Legalmente, el pueblo debería formar parte del dominio de los Oda, pero Koroku no reconocía a Nobunaga ni recibía un estipendio del clan Oda. Su padre y los Saito de Mino se habían apoyado mutuamente, y el sentimiento de lealtad entre los ronin era fuerte. En realidad, en aquellos tiempos turbulentos apreciaban la lealtad y la caballerosidad, junto con el honor, incluso más que en las casas de los samurais. Aunque el destino les obligaba a vivir como saqueadores salvajes, aquellos ronin estaban unidos como padres e hijos, por lo que no toleraban la deslealtad y la falta de honradez. Koroku era como el cabeza de una gran familia y la misma fuente de aquellas férreas reglas de conducta.

El asesinato de Dosan y la muerte de Yoshitatsu el año anterior habían causado un problema tras otro en Mino y también habían tenido repercusiones para Koroku. El estipendio pagado a los Hachisuka

mientras Dosan vivía había sido interrumpido después de que los Oda bloquearan todos los caminos que llevaban de Owari a Mino, pero aun así Koroku no iba a olvidar su sentido de la lealtad. Por el contrario, su enemistad hacia los Oda fue en aumento, y en años recientes había ayudado indirectamente a las defecciones en el campo de Nobunaga y había sido uno de los principales causantes de la agitación en los dominios de los Oda.

—Le he traído —dijo el servidor desde el portal de madera.

Por si acaso, cinco o seis hombres de Koroku rodeaban a Tokichiro cuando entró.

Koroku le miró con ceño.

—Ven aquí —le dijo, haciendo un gesto imperioso con la cabeza.

Un hombre de aspecto ordinario estaba ante Koroku. Su saludo también fue ordinario.

—Bueno, hacía largo tiempo que no nos veíamos.

Koroku le miraba fijamente.

—Eres el Mono, desde luego. Tu cara no ha cambiado mucho.

En contraste con el rostro de Tokichiro, Koroku no pudo evitar que le sorprendiera la transformación operada en su indumentaria. Ahora Koroku recordaba claramente aquella noche de diez años atrás cerca del río Yahagi, cuando Tokichiro, vestido con una sucia túnica de algodón, el cuello, las manos y los pies llenos de mugre, estaba durmiendo en la orilla del río. Cuando un soldado le sacudió para despertarle, reaccionó con una vehemencia y un espíritu de lucha que dejó a todos sorprendidos, preguntándose quién podría ser. A la luz de los faroles que sostenían los soldados, resultó no ser más que un joven de extraño aspecto.

Tokichiro habló humildemente, como si no hiciera ninguna distinción entre su categoría de antaño y la actual.

—La verdad es que he sido muy descuidado y no os he visitado en tanto tiempo, pero me alegro al ver que gozáis de vuestra buena salud acostumbrada. El señor Kameichi ya debe de estar muy crecido. ¿Y vuestra esposa? ¿Está bien? ¿Sabéis?, al regresar para visitaros diez años parecen un instante.

Entonces, deslizando su mirada por los árboles del jardín con auténtica emoción y contemplando los tejados de los edificios, habló por los codos de sus recuerdos, de la época en que cada día recogía agua de aquel pozo, de cuando el señor le regañó, tal vez al lado de aquella piedra, de cuando llevaba a Kameichi a la espalda y atrapaba cigarras para él.

A Koroku, sin embargo, tales recuerdos no parecían conmoverle lo más mínimo. En cambio se concentraba en los menores movimientos de Tokichiro, y por fin habló bruscamente.

—Mono —le dijo, dirigiéndose a él tal como lo hacía en el pasado—. ¿Te has convertido en un samurai?

Por el aspecto de Tokichiro, resultaba evidente que así era, pero el joven no se mostró en modo alguno desconcertado.

—Sí. Como podéis ver, todavía recibo un estipendio insignificante, pero estoy a punto de llegar a ser un auténtico samurai. Confío en que eso os satisfaga. De hecho, hoy he venido hasta aquí desde mi puesto en el campamento de Sunomata en parte porque he pensado que podría complaceros conocer mi ascenso.

Los labios de Koroku esbozaron una sonrisa forzada.

—Éstos son buenos tiempos, ¿verdad? Incluso hay quienes están dispuestos a contratar a hombres como tú entre sus samurais. ¿A quién sirves?

—Al señor Oda Nobunaga.

—¿Ese matón?

—Por cierto... —Tokichiro alteró un poco su tono de voz—. He hecho cierta digresión sobre mis asuntos personales, pero hoy he venido aquí como Kinoshita Tokichiro, a las órdenes del señor Nobunaga.

—¿Ah, sí? ¿Eres un enviado?

—Voy a entrar. Disculpadme.

Tras decir esto, Tokichiro se quitó las sandalias, subió los escalones de la terraza en la que Koroku estaba sentado y ocupó el asiento de honor en la estancia.

—¡Eh! —gruñó Koroku y siguió sentado donde estaba. No le había invitado a entrar y, no obstante, Tokichiro había subido sin vacilar y se había sentado. Koroku se volvió hacia él y le dijo—: ¿Mono?

Aunque Tokichiro había respondido antes a ese apodo, ahora se negó a hacerlo y miró fijamente a Koroku, el cual se tomaba a broma lo que consideraba un comportamiento infantil.

—Vamos, vamos, Mono. Has cambiado repentinamente de actitud, pero hasta ahora me estabas hablando como una persona ordinaria. ¿Quieres que en adelante me atenga a la formalidad de dirigirme a ti como enviado de Nobunaga?

—Exactamente.

—Entonces vete a casa de inmediato. ¡Vete de aquí, Mono! —Koroku se puso en pie y bajó al jardín. Su voz se había vuelto áspera y su mirada era amenazante—. Tal vez tu señor Nobunaga crea que Hachisuka se encuentra dentro de su territorio, pero lo cierto es que gobierna casi todo Kaito. No recuerdo que yo o alguno de mis antepasados haya recibido jamás de Nobunaga un solo grano de mijo. Que se dé conmigo los aires de un señor provincial es el colmo del absurdo. Vete a casa, Mono. ¡Y si dices algo ofensivo, te mataré! —Le miró furibundo y añadió—: Cuando regreses dile a Nobunaga que él y yo somos iguales. Si quiere algo de mí, puede venir personalmente. ¿Lo has entendido, Mono?

—No.

—¿Cómo!

—Es una lástima. ¿No sois realmente nada más que el jefe de una partida de bandidos ignorantes?

—¿Qq... qué? ¡Cómo te atreves! —Koroku volvió de un salto a la estancia y se enfrentó a Tokichiro con una mano en la guarda de su espada—. Repite eso, Mono.

—Sentaos.

—¡Calla!

—No, hacedme caso y sentaos. Tengo algo que deciros,

—¡Refrena la lengua!

—No, voy a demostraros vuestra propia ignorancia. He de enseñaros algo. ¡Sentaos!

—Tú...

—Esperad, Koroku. Si vais a matarme, éste es el lugar y vos la persona que lo hará, por lo que no creo que haya ningún motivo para apresuraros. Pero si me matáis, ¿quién va a enseñaros nada?

—¡Estás..., estás loco!

—En cualquier caso, sentaos. Vamos, hacedme caso. Dejad de lado vuestro mezquino egoísmo. No quiero hablaros sólo del señor Nobunaga y su relación con el clan Hachisuka. Lo que importa en primer lugar es que los dos habéis nacido en este país de Japón. Según vos, Nobunaga no es el señor de esta

provincia. Pues mirad, éstas son unas palabras muy razonables y estoy de acuerdo con vos. Pero lo que me parece impertinente es esa afirmación de que Hachisuka es vuestro propio dominio. En eso estáis equivocado.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

—Toda tierra considerada como propiedad personal, tanto si es de Hachisuka como de Owari, o cualquier bahía o cala, o incluso un simple terrón, ya no forma parte del imperio. ¿No es así, Koroku?

—Humm.

—Con el debido respeto, hablar de esa manera sobre Su Majestad Imperial, el verdadero propietario de toda la tierra, qué digo, estar ahí ante mí con la mano en la espada mientras os hablo, es una falta total de respeto, ¿no os parece? Ni siquiera un aldeano se comportaría de esa manera, y sois el dirigente de tres mil ronin, ¿no es cierto? ¡Sentaos y escuchad!

Más que motivadas por su valor, esas últimas palabras vehementes parecían un grito de todo su ser. En aquel momento, alguien gritó desde el interior de la casa.

—¡Sentaos, señor Koroku! ¡No podéis hacer otra cosa!

Koroku se volvió, preguntándose quién podría ser. El sorprendido Tokichiro también miró hacia el lugar de donde había procedido la voz. A la luz verdosa que llegaba desde el centro del jardín se veía a una persona inmóvil en la entrada del corredor. La mitad de su cuerpo estaba oculta por la sombra de la pared. No podían ver quién era, pero parecía llevar el hábito de un sacerdote.

—Ah, sois el reverendo Ekei, ¿no es cierto? —dijo Koroku.

—Así es. He cometido la grosería de gritar desde el exterior, pero me preocupaba el motivo de vuestra discusión a voces.

Ekei seguía sin moverse y con una vaga sonrisa en los labios.

—Sin duda os he causado una terrible molestia —dijo Koroku con calma—. Os ruego que me perdonéis, Vuestra Reverencia. Ahora mismo echaré de aquí a este insolente.

—Esperad, señor Koroku. —Ekei entró en la estancia—. Estáis siendo ofensivo.

Ekei era un monje itinerante de unos cuarenta años de edad que había sido invitado a alojarse allí. Tenía el físico de un guerrero de anchos hombros. Entre sus facciones resaltaba especialmente su ancha boca. Ante la posibilidad de que aquel monje que estaba gozando de su hospitalidad se alineara con Tokichiro, Koroku le miró fijamente.

—¿Ofensivo para quién?

—Vamos a ver. Existe una razón para no hacer caso omiso de las palabras de este enviado. El señor Tokichiro ha afirmado que ni esta zona ni la provincia de Owari pertenece a Nobunaga o a los Hachisuka, sino más bien a Su Majestad el emperador. ¿Podéis declarar rotundamente que eso no es cierto? No, no podéis hacerlo. Expresar insatisfacción con la política nacional es lo mismo que acariciar la traición contra Su Majestad, y esto es lo que dice el enviado. Así pues, sentaos un momento, inclinaos ante la verdad y escuchad atentamente lo que este mensajero tiene que decir. Luego podréis decidir si es correcto echarle o acceder a lo que solicita. Ésta es mi humilde opinión.

Koroku no era precisamente un bandido analfabeto e ignorante. Tenía los rudimentos de una educación en literatura japonesa y conocía las tradiciones del país, así como los orígenes y ramificaciones de su propio linaje.

—Os pido perdón. Lo de menos es quién habla. Es una necedad por mi parte oponerme al principio

de la obligación moral. Escucharé lo que el enviado tiene que decir.

Al ver que Koroku se había tranquilizado y tomaba asiento, Ekei se sintió satisfecho.

—Bueno, sería descortés por mi parte que me quedara aquí, de modo que me retiraré. Pero antes de que deis una respuesta al mensajero, señor Koroku, quisiera que vinierais un momento a mi habitación. Hay algo que me gustaría deciros.

Tras estas palabras, el sacerdote se marchó.

Koroku hizo un gesto de asentimiento y entonces se volvió de nuevo hacia el enviado, Tokichiro. Le nombró por su antiguo apodo, pero se corrigió en seguida.

—Mono..., no, quiero decir honorable enviado del señor Oda. ¿Qué clase de asunto quieres plantearme? Oigámoslo brevemente.

Tokichiro se humedeció los labios sin darse cuenta y consideró que había llegado el momento decisivo. ¿Sería capaz de persuadir a aquel hombre con un verbo elocuente y la cabeza fría? La construcción del castillo de Sunomata, el resto de su vida y, a su vez, el auge o la caída del clan de su señor... Todo dependía de la aceptación o el rechazo de Koroku. Tokichiro estaba tenso.

—En realidad no se trata de un asunto distinto, sino que está relacionado con mi petición anterior, enviada por medio de mi sirviente Gonzo, sobre vuestras intenciones.

—Con respecto a ese asunto, me niego en redondo, tal como escribí en mi réplica —respondió Koroku bruscamente—. ¿Has leído esa réplica o no?

—La he leído. —Al comprobar la inflexibilidad de su contrario, Tokichiro inclinó la cabeza sumisamente—. Pero Gonzo os entregó una carta mía, y lo que hoy os presento es la petición del señor Nobunaga.

—Al margen de quien lo solicite, no tengo ninguna intención de apoyar al clan Oda. No necesito escribir dos respuestas.

—¿Os proponéis entonces llevar el legado de vuestros antepasados a su lamentable destrucción en vuestra propia generación y en esta misma tierra?

—¿Qué?

—No os enfadéis, os lo ruego. Yo mismo fui favorecido aquí con alojamiento y comida hace diez años. En un sentido más amplio, es una verdadera pena que las personas como vos estén ocultas entre la espesura y no se utilice su valía. Pensando tanto en el interés público como en el mío propio, creo que sería una lástima que los Hachisuka declinaran en su aislamiento hasta destruirse a sí mismos. Por eso he venido aquí como un último recurso, a fin de devolveros el favor que os debo desde hace tanto tiempo.

—Tokichiro.

—¿Sí?

—Todavía eres joven. No tienes la capacidad de realizar misiones para tu señor con elocuencia. Lo único que consigues es encolerizar a tu contrario, y la verdad es que no quiero enfadarme con un joven como tú. ¿Por qué no te marchas antes de que llegemos demasiado lejos?

—No voy a marcharme hasta que haya dicho lo que debo decir.

—Aprecio tu entusiasmo, pero se trata de la energía de un necio.

—Gracias, pero no olvidéis que grandes logros más allá de las fuerzas humanas suelen parecer producto de la energía de unos necios. No obstante, hay hombres juiciosos que no siguen la senda de la sabiduría. Por ejemplo, supongo que os consideráis más juicioso que yo. Pero si se mira objetivamente,

resulta que sois el necio que se sienta en el tejado y contempla cómo se quema su propia casa. Seguíis siendo testarudo, aunque el fuego se extiende por los cuatro lados. ¡Y sólo tenéis tres mil ronin!

—¡Mono! ¡Tu delgado cuello está cada vez más cerca de mi espada!

—¿Qué? ¿Mi delgado cuello es el que corre peligro? Aun cuando sigáis siendo leal a los Saito, ¿qué clase de gente son? Han cometido todas las traiciones y todas las atrocidades imaginables. ¿Creéis acaso que existe en cualquier otra provincia una moral tan degenerada? ¿No tenéis un hijo? ¿No tenéis familia? Entonces mirad a Mikawa. El señor Ieyasu ya se ha comprometido con el clan Oda en una alianza inquebrantable. Cuando el clan Saito se derrumbe, si confiáis en los Imagawa seréis interceptado por los Tokugawa. Si pedís ayuda a Ise, seréis rodeado por los Oda. No importa el clan con el que decidáis aliaros... ¿Cómo protegeréis a vuestra familia? Lo único que queda es aislamiento y autodestrucción, ¿no es cierto?

Ahora Koroku guardaba silencio, casi como si estuviera pasmado, casi como si le hubiera embaucado la elocuencia de Tokichiro. Pero aunque la sinceridad del joven se reflejaba en su rostro mientras hablaba, ni una sola vez había mirado con iracundia a su contrario ni se había mostrado arrogante. Y la sinceridad, aunque se exprese con un tartamudeo, resultará elocuente cuando esté inspirada.

—Os pido una vez más que lo reconsideréis. No hay una sola persona inteligente bajo el sol que no mire con recelo la inmoralidad y el desgobierno de Mino. Al aliaros con una provincia sin fe y sin ley, os estáis buscando vuestra propia destrucción. Una vez hayáis conseguido eso, ¿creéis que os alabarán como alguien que sufrió una muerte de mártir siguiendo el verdadero Camino del Samurai? Sería mejor poner fin a esta inútil alianza y reuniros una sola vez con mi patrono, el señor Nobunaga. Aunque se dice que en estos tiempos el país entero está lleno de guerreros, no hay uno solo con el genio del señor Nobunaga. ¿Creéis que las cosas van a seguir tal como están? Aunque hablar así sea irrespetuoso, lo cierto es que el shogunado se encuentra en el final del camino. Nadie obedece al shogun y sus funcionarios son incapaces de gobernar. Cada provincia se ha replegado en sí misma, cada una refuerza su propio territorio, manteniendo a sus propios guerreros, afilando sus aceros y almacenando armas de fuego. La única manera de sobrevivir hoy es saber quién entre tantos señores de la guerra rivales está tratando de establecer un nuevo orden.

Por primera vez, Koroku hizo un solo y renuente gesto de asentimiento. Tokichiro se acercó más a él.

—Ese hombre está ahora entre nosotros, y es un hombre de amplia visión. Sólo el vulgo es incapaz de verlo así. Habéis adoptado una postura leal con el clan Saito, pero os preocupa tanto la lealtad de segundo orden que pasáis por alto la lealtad más importante, y eso es lamentable tanto para vos como para el señor Nobunaga. Borrard de vuestra mente las pequeñeces y pensad en el proyecto mayor. Es el momento apropiado. A pesar de lo indigno que soy, he recibido la orden de construir el castillo de Sunomata, que servirá de asidero para el ataque contra Mino de la vanguardia a mi mando. Al clan Oda no le faltan comandantes inteligentes y valerosos, y el hecho de que el señor Nobunaga cuente entre ellos a un subordinado como yo es un acto atrevido e indica que no se trata de un señor ordinario como los demás. Las órdenes del señor Nobunaga implican que el castillo de Sunomata estará al mando del hombre que lo construya. Decidme, pues: para la gente como nosotros, ¿habrá otra oportunidad como ésta de elevarnos? Digo esto consciente de que nada podrá hacerse con la fuerza de un solo individuo. No, no voy a embellecer mis palabras. He pensado que podría aprovechar esta oportunidad, y he arriesgado mi vida al venir aquí para persuadiros. Si me he equivocado, estoy resuelto a morir, pero no he venido aquí

con las manos vacías. Aunque no sea mucho, de momento he traído tres caballos cargados de oro y plata como compensación y para los gastos militares de vuestros hombres. Os agradecería que aceptarais esa recompensa.

Cuando Tokichiro terminó de hablar, alguien se dirigió a Koroku desde el jardín.

—Tío.

Un samurai se postró ante él.

—¿Quién me llama tío?

Pensando en lo extraño de la situación, Koroku miraba precavidamente al guerrero.

—No nos veíamos desde hacía mucho tiempo —dijo el hombre, alzando la vista.

No había ninguna duda de que Koroku se había sobresaltado.

—¿Tenzo? —dijo sin proponérselo.

—Me avergüenza decir que soy yo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No creía que volvería a veros, pero gracias a la comprensión del señor Tokichiro recibí la orden de acompañarle hoy en su misión.

—¿Qué? ¿Habéis venido juntos?

—Después de volverme contra vos y huir de Hachisuka, pasé muchos años con el clan Takeda en la provincia de Kai, trabajando como ninja. Luego, hace unos tres años, me ordenaron que espicara a los Oda, y fui a la ciudad fortificada de Kiyosu. Allí me descubrieron los agentes del señor Nobunaga y me encarcelaron. Fui puesto en libertad gracias a los buenos oficios del señor Tokichiro.

—Entonces ¿ahora eres el ayudante del señor Tokichiro?

—No, una vez salí de prisión, y con la ayuda del señor Tokichiro trabajé con los ninja de Oda. Pero cuando el señor Tokichiro partió hacia Sunomata, solicité acompañarle.

—¿Ah, sí?

Koroku miró absorto a su sobrino. Lo que había cambiado todavía más que el aspecto de Tenzo era su carácter. Aquel sobrino indomeñable, que era tan brutal y bárbaro incluso según los criterios de los Hachisuka, ya no era reconocible. Ahora era cortés, de mirada apacible, y lamentaba sus delitos de antaño, por los que estaba dispuesto a pedir disculpas. ¡Diez años atrás —diez años ya— Koroku le habría arrancado un miembro tras otro!

Encolerizado por las maldades de su sobrino, había perseguido a Tenzo hasta la frontera de Kai para castigarle. Pero ahora, al mirar los ojos de Tenzo, en los que brillaba la resolución, apenas podía recordar su cólera. No se debía a la simpatía natural hacia un familiar, sino a que la personalidad de Tenzo había cambiado claramente.

—Veréis, no os he dicho nada de esto porque me proponía mencionarlo más tarde —dijo Tokichiro—, pero en consideración a mí, quisiera que perdonéis a vuestro sobrino. Tenzo es ahora un servidor irreprochable de los Oda. Él mismo ha pedido perdón por sus pasados delitos. A menudo me ha dicho que quería pedirnos personalmente disculpas, pero se avergonzaba demasiado de sus acciones de antaño para venir aquí. Y puesto que había otros asuntos de los que ocuparnos en Hachisuka, pensé que ésta podría ser la ocasión perfecta. Dejad, por favor, que la relación entre tío y sobrino sea tan armoniosa como lo era antes y confiad en un futuro próspero.

Mientras Tokichiro mediaba por su parte, ni siquiera Koroku se sentía con ánimo de echar en cara a



Tenzo sus delitos de diez años antes. Y cuando Koroku empezó a abrir su corazón, Tokichiro no dejó que el momento se perdiera.

—Tenzo, ¿has traído el oro y la plata? —preguntó con naturalidad y en tono de mando.

—Sí, señor.

—Bien, echemos un vistazo junto con el inventario. Haz que un criado lo traiga aquí, Tenzo.

—Sí, señor.

Cuando Tenzo empezaba a marcharse, Koroku le llamó apresuradamente. El rubor de sus mejillas reflejaba la angustia que sentía.

—Espera, Tenzo. No puedo aceptar esto. Si lo hiciera, significaría que prometo servir al clan Oda. Aguarda un poco hasta que haya pensado a fondo en el asunto.

Tras decir estas palabras, se levantó y salió de la estancia.

Al regresar a su habitación, Ekei se puso a escribir en su diario de viaje. De repente dejó de escribir, se incorporó y fue a la habitación del dueño de la casa.

—¿Señor Koroku? —preguntó, asomándose al interior, pero el hombre no estaba allí.

El sacerdote se dirigió a la capilla y allí vio a Koroku sentado ante la tablilla mortuoria de sus antepasados y cruzado de brazos.

—¿Habéis dado una respuesta al enviado del señor Nobunaga?

—Aún no se ha ido, pero cuanto más hablaba con él, tanto más molesto se volvía, así que voy a dejarle donde está.

—No es probable que se dé por vencido y se marche. —Ekei esperó una réplica, pero Koroku permaneció en silencio—. Señor Koroku —le dijo finalmente Ekei.

—¿Qué?

—Tengo entendido que ese mensajero estuvo empleado aquí como sirviente.

—Sólo le conocía por el apodo de Mono y desconocía su procedencia. Le recogí a orillas del río Yahagi y le di trabajo.

—Eso es un inconveniente.

—¿Un inconveniente?

—El recuerdo de la época en que os sirvió se ha convertido en un obstáculo, y no podéis ver cómo es realmente ahora ese hombre.

—¿Lo creéis así?

—Jamás me he sorprendido tanto como hoy.

—¿Por qué?

—Basta con mirar el rostro de ese enviado. Tiene unos rasgos que cualquiera consideraría fuera de lo corriente. Estudiar la fisonomía de la gente no es más que una diversión, y cuando juzgo el carácter de un hombre tan sólo mirándole, suelo guardarme mis conclusiones. Pero en este caso me he quedado asombrado. Algún día este hombre hará algo extraordinario.

—¿Ese cara de mono?

—Sí, él. Algún día este hombre será capaz de poner en movimiento al país entero. Si no estuviera en este Imperio del Sol Naciente, quizá podría llegar a ser un soberano.

—¿Qué estáis diciendo?

—He pensado que no os tomaríais en serio su petición, y por eso os hablo así antes de que decidáis.

Dejad de lado vuestras ideas preconcebidas. Cuando miréis a un hombre, miradlo con el corazón, no con los ojos. Si ese hombre se marcha hoy con vuestra negativa, lo lamentaréis durante los próximos cien años.

—¿Cómo podéis decir tal cosa de un hombre a quien nunca habíais visto hasta ahora?

—No digo esto sólo por haberle mirado a la cara. Me he llevado una sorpresa al oír su explicación sobre la justicia y la honradez. Y su negativa a ceder bajo vuestras mofas y amenazas, al tiempo que refutaba vuestra postura con sinceridad y buena fe, demuestra que es un hombre apasionado y recto. No tengo la menor duda de que un día será un hombre de gran distinción.

Koroku se postró de inmediato ante Ekei.

—Me someto humildemente a vuestras palabras —dijo con firmeza—. A fuer de sincero, si comparo mi carácter con el suyo, el mío es claramente inferior. Renuncio a mi mezquino egoísmo y voy a darle en seguida una respuesta positiva. Os estoy agradecido en extremo por vuestro consejo.

Salió de la estancia con los ojos brillantes, como si él mismo hubiera sido testigo del nacimiento de una nueva era.

Unas horas después de la llegada de Tokichiro a Hachisuka, dos jinetes galoparon en plena noche en dirección a Kiyosu. En aquellos momentos nadie sabía que los dos hombres eran Koroku y Tokichiro. Más tarde, aquella misma noche, Nobunaga habló con los dos hombres en una pequeña habitación del castillo. Su conversación secreta se prolongó durante varias horas. Sólo unos pocos hombres seleccionados, entre ellos Tenzo, conocían la razón de su visita.

Al día siguiente Koroku convocó un consejo de guerra. Todos cuantos respondieron a la llamada eran ronin. Habían estado a las órdenes de Koroku durante muchos años y reconocían su autoridad de la misma manera que los grandes señores provinciales obedecían los decretos del shogun. Cada jefe estaba al frente de un grupo de guerreros en su propia fortaleza de pueblo o montaña, y aguardaba el día en que le necesitarían. A todos ellos les sorprendió la presencia de Watanabe Tenzo de Mikuriya, el cual, diez años antes, se había rebelado contra su dirigente.

Cuando los hombres ocuparon sus asientos, Koroku les informó de su decisión de abandonar su alianza con el clan Saito y jurar fidelidad a los Oda. Al mismo tiempo explicó las circunstancias del regreso de su sobrino. Al final de su parlamento les dijo:

—Supongo que algunos de vosotros no estaréis de acuerdo y que otros tenéis estrechos vínculos con los Saito. No voy a obligaros. Podéis marcharos sin vacilación y no guardaré rencor a nadie que permanezca leal a Mino.

Pero nadie se levantó para marcharse. De hecho, ninguno mostró lo que sentía realmente. Entonces Tokichiro pidió permiso a Koroku y se dirigió a los hombres.

—He recibido instrucciones del señor Nobunaga para levantar un castillo en Sunomata. Supongo que hasta ahora cada uno ha vivido como mejor le ha parecido, pero ¿habéis ocupado alguna vez un castillo? El mundo está cambiando. Las montañas y los valles en los que podéis vivir libremente están desapareciendo. De no ser así, no habría ningún progreso. Habéis podido vivir como ronin porque el shogun carece de poder, pero ¿creéis que el shogunado podrá sobrevivir mucho más tiempo? La nación está cambiando y amanece una nueva era. Ya no viviremos para nosotros mismos, sino más bien para nuestros hijos y nietos. Tenéis una oportunidad de establecer vuestras moradas, de convertirnos en verdaderos guerreros seguidores del Camino del Samurai. No desperdiciéis esta ocasión.

Cuando terminó, todos los reunidos en la sala guardaban silencio, pero ninguno daba señales de descontento. Aquellos hombres, que de ordinario vivían sin pensar mucho en el futuro, estaban reflexionando en sus palabras.

Un hombre rompió el silencio:

—No tengo ninguna objeción.

Le siguieron otros que dieron la misma respuesta, y todos los presentes expresaron su acuerdo. Sabían que estaban arriesgando sus vidas al comprometerse con los Oda, y una ardiente resolución brillaba en sus ojos.

\* \* \*

El sonido de un hacha al cortar un tronco..., luego el chapoteo cuando el árbol se desploma en las aguas del río Kiso. Se atan los troncos de una balsa y ésta es impulsada al centro del río, donde avanza corriente abajo para encontrarse con las aguas de los afluentes Ibi y Yabu, procedentes del norte y el oeste, tras lo cual llega a un ancho banco de arena entrecruzado por canales: Sunomata, el límite entre Mino y Owari, el solar para el castillo, donde Sakuma Nobumori, Shibata Katsue y Oda Kageyu se habían encontrado con idéntico fracaso.

—Qué estúpida pérdida de tiempo. ¡Para esto podrían estar hundidos en un barco de piedra bajo el mar!

Desde la otra orilla, los soldados del clan Saito observaban la escena, poniéndose las manos sobre los ojos a modo de visera y bromeando.

—Ésta es la cuarta vez.

—Aún no han aprendido.

—¿Quién es esta vez el general de los Muertos? Resulta penoso, aunque se trate del enemigo. Por lo menos recordaré su nombre.

—Creo que se llama Kinoshita Tokichiro. Nunca he oído hablar de él.

—Kinoshita... es ése al que llaman Mono. No es más que un oficial de baja graduación. No puede valer más de cincuenta o sesenta kan.

—¿Un idiota de baja graduación como ése es su general? Entonces el enemigo no puede ser realmente serio.

—Quizá sea alguna estratagema.

—Es posible. Podrían tener un plan para atraer nuestra atención aquí y entonces dirigirse a alguna otra parte.

Cuanto más observaban los soldados de Mino la construcción en la orilla opuesta, menos les parecía. Transcurrió alrededor de un mes. Tokichiro dirigía a los animosos ronin de Hachisuka, los cuales se habían puesto a trabajar en cuanto llegaron. Había llovido intensamente dos o tres veces, pero eso les facilitó la navegación de las balsas de troncos. Incluso cuando una noche el río inundó el banco de arena, los hombres se reunieron para trabajar como si no ocurriera nada. ¿Llegarían las nubes de lluvia antes de que pudieran terminar el cercado de tierra? ¿Vencería la naturaleza o el hombre?

Los ronin trabajaban como si se hubieran olvidado de comer o dormir. Los dos mil que partieron de Hachisuka habían aumentado a cinco o seis mil cuando llegaron a su destino.

Tokichiro no necesitaba usar su bastón de general. Los hombres estaban despiertos y trabajaban con ahínco, y día tras día la obra progresaba ante sus ojos.

Los ronin estaban acostumbrados a viajar a través de montañas y llanuras, y entendían mucho mejor que Tokichiro las leyes para la regulación de las inundaciones y la construcción de terraplenes.

Su propósito era el de convertir la zona en habitable. Aquel trabajo era un salto que les alejaba de sus vidas de libertinaje e indolencia, y sentían la satisfacción y el placer de saber que estaban haciendo algo valioso.

—Bueno, este terraplén no se moverá aunque haya una inundación de todos los ríos juntos —comentó orgullosamente uno de los ronin.

Antes de que hubiera transcurrido el primer mes, habían nivelado una zona más amplia que los terrenos del castillo, e incluso habían construido una calzada elevada que enlazaba con tierra firme.

En la orilla opuesta, los hombres de Mino seguían examinando el lugar.

—Parece que está tomando un poco de forma, ¿no es cierto?

—Aún no han levantado ningún muro de piedra, por lo que no parece un castillo, pero los cimientos están muy bien.

—No veo carpinteros ni yeseros.

—Apuesto a que todavía les faltan cien días para que éstos puedan empezar su trabajo.

Los soldados miraban perezosamente al otro lado del río para aliviar su hastío. El río era ancho y, cuando brillaba el sol, una tenue bruma se alzaba de la superficie del agua. Era difícil ver con claridad desde el otro lado, pero había días en que los sonidos al tallar las piedras y los gritos en el solar en construcción llegaban, transportados por las ráfagas de viento, a la orilla contraria.

—¿Atacaremos por sorpresa esta vez? ¿En medio de las obras de construcción?

—Parece ser que no. Hay una orden estricta del general Fuwa.

—¿Cuál es?

—No disparar un solo tiro y dejar que el enemigo trabaje a gusto.

—¿Nos han ordenado limitarnos a vigilar hasta que terminen el castillo?

—La primera vez, el plan consistía en aplastar al enemigo con un solo ataque por sorpresa cuando empezara a trabajar en el castillo; la segunda vez, atacarle cuando el castillo estuviera construido a medias y destrozarlo. Pero esta vez tenemos orden de quedarnos aquí de brazos cruzados hasta que hayan terminado el trabajo.

—¿Y entonces qué?

—¡Apoderarnos del castillo, por supuesto!

—¡Aja! Dejar que el enemigo lo construya y entonces ocuparlo nosotros.

—Ése parece ser el plan.

—Un plan inteligente. Los demás generales de Oda eran un poco tercos, pero este nuevo comandante, Kinoshita, no es más que un soldado de a pie.

Mientras el hombre charlaba alegremente de esta guisa, uno de sus compañeros le dirigió una mirada reprobatoria.

Un tercer hombre llegó corriendo al puesto de guardia. Una embarcación impulsada con una pértiga se había detenido en la orilla del río correspondiente a Mino. Un general de erizados bigotes había saltado a tierra, seguido por varios ayudantes. Tras ellos desembarcaron un caballo.

—¡Viene el Tigre! —exclamó uno de los guardianes.

—¡El Tigre de Unuma está aquí!

Los hombres intercambiaron susurros y rápidas miradas. Se trataba del señor del castillo de Unuma, que se alzaba río arriba. Se llamaba Osawa Jirozaemon y era conocido como uno de los generales más feroces de Mino. Tan aterrador era aquel hombre que las madres de Inabayama decían: «¡Que viene el Tigre!» para silenciar a sus hijos cuando lloraban. Ahora Osawa llegaba a grandes zancadas, con los ojos y la nariz por delante de sus bigotes de felino.

—¿Está aquí el general Fuwa? —preguntó Osawa.

—Sí, señor, en el campamento.

—No me importaría visitarle en su campamento, pero éste es un sitio mejor para hablar. Que venga aquí de inmediato.

—Sí, señor.

El soldado se marchó corriendo.

Poco después, Fuwa Heishiro, seguido por el soldado y cinco o seis oficiales, se encaminó rápidamente a la orilla.

—¡El Tigre! —musitó Fuwa—. ¿Qué querrá ese hombre?

Su expresión malhumorada indicaba lo fatigosa que creía que iba a ser la entrevista.

—Gracias por haberos tomado la molestia de venir, general Fuwa.

—No es ninguna molestia. ¿En qué puedo ayudaros?

—Allí. —Osawa señaló la orilla opuesta.

—¿El enemigo en Sunomata?

—Así es. Sin duda los vigiláis noche y día.

—¡Desde luego! Por favor, tened la seguridad de que siempre estamos de guardia.

—Bien, aunque el castillo a mi mando esté río arriba, no estoy sólo interesado en la defensa de Unuma.

—Sí, por supuesto.

—De vez en cuando me embarco o camino por la orilla para ver cómo están las condiciones río abajo, y hoy, al pasar por ahí, me he llevado una sorpresa. Supongo que es demasiado tarde, pero cuando miro este campamento observo una notable despreocupación. ¿Qué pensáis hacer a estas alturas?

—¿Qué queréis decir con eso de que es demasiado tarde?

—Estoy diciendo que la construcción del castillo enemigo ha avanzado en un grado sorprendente. Parece ser que mientras mirabais con indiferencia desde esta orilla, el enemigo ha podido construir una segunda línea de terraplenes, acordonar unos cimientos y terminar cerca de la mitad de los muros de piedra.

Fuwa soltó un gruñido, irritado.

—¿No podría darse el caso de que los carpinteros estén ya preparando las maderas para la ciudadela en las montañas detrás de Sunomata? ¿Y no podría ser que ya lo hubieran terminado casi todo, desde el puente levadizo hasta las guarniciones interiores, por no mencionar el torreón y los muros? Así es como veo la situación.

—Hummm..., comprendo.

—Últimamente el enemigo debe de estar fatigado por la noche después de su actividad acelerada en

la construcción durante el día, y han descuidado el emplazamiento de posiciones defensivas de cualquier clase. No sólo eso, sino que los obreros y artesanos, que sólo serían un impedimento en caso de lucha, están viviendo juntos con los soldados. Si efectuamos ahora un ataque general, cruzando el río a cubierto de la oscuridad, y atacamos por tres lados: río arriba, río abajo y a través del cauce, podríamos poner fin de raíz a lo que están haciendo. Pero si nos descuidamos, una de estas mañanas descubriremos al despertarnos que un castillo excelente ha aparecido de la noche a la mañana. No debemos permitir que nos cojan desprevenidos.

—En efecto.

—Entonces ¿estáis de acuerdo?

Fuwa se echó a reír.

—¡Por favor, general Osawa! ¿De veras me habéis hecho venir hasta aquí porque estáis preocupado por eso?

—Empezaba a dudar de que tuvierais ojos, y por eso he querido explicaros la situación aquí, en la orilla del río.

—¡Pues habéis ido demasiado lejos! Como comandante militar, sois notablemente superficial. Esta vez permito al enemigo que construya su castillo exactamente como lo desee. ¿No os dais cuenta?

—Eso es evidente. Supongo que os proponéis dejarles terminar el castillo y entonces atacar y utilizarlo como una posición para asegurar la supremacía de Mino sobre Owari.

—Así es.

—Estoy seguro de que tales son vuestras instrucciones, pero es una estrategia peligrosa cuando no sabéis contra quién os enfrentáis. No puedo quedarme al margen y contemplar la destrucción de nuestras tropas.

—¿Por qué habría de suponer esto la destrucción de nuestras tropas? No os comprendo.

—Limpiaos los oídos y escuchad atentamente los sonidos que provienen de la otra orilla. Así os daréis cuenta de lo avanzada que está la construcción del castillo. Hay ahí suficiente actividad para que todos los soldados también estén trabajando. Esta vez es diferente de las ocasiones anteriores, con Nobumori y Katsuie. Esta vez quien ostenta el bastón de mando es un hombre enérgico. Está claro que el mando ha recaído en un hombre de auténtico carácter, aunque sea de los Oda.

Fuwa dio rienda suelta a su risa, sujetándose el vientre, ridiculizando a Osawa por sobrestimar a sus adversarios. Aunque eran aliados y luchaban en el mismo bando, los dos hombres no pensaban del mismo modo. Osawa chascó ruidosamente la lengua bajo los bigotes de tigre.

—No tiene remedio. Bien, seguir adelante y reíos. Ya os enteraréis.

Tras esta última advertencia, el general pidió que le trajeran su caballo y se marchó indignado con sus servidores.

Parecía ser que en Mino había alguien con discernimiento. La predicción de Osawa Jirozaemon se reveló acertada antes de que hubieran transcurrido diez días. La construcción del castillo de Sunomata avanzó rápidamente en sólo tres noches.

Cuando los guardianes se levantaron por la mañana tras la tercera noche y miraron al otro lado del río, el castillo estaba casi terminado.

Fuwa se restregó las manos y dijo:

—¿Vamos a quitárselo?

Las tropas de Fuwa eran hábiles en el ataque nocturno y el vado de ríos. Tal como hicieran antes, se aproximaron a Sunomata en plena noche, con la intención de apoderarse del castillo mediante un ataque por sorpresa.

Pero esta vez la respuesta fue muy diferente. Tokichiro y sus ronin estaban preparados y les esperaban. Habían levantado el castillo con su sangre y su espíritu. ¿Creían los Saito que iban a cederlo? El estilo de lucha de los ronin era completamente heterodoxo.

Al contrario que los soldados de Nobumori y Katsuie, aquellos hombres eran como lobos. Durante la batalla, las embarcaciones de las fuerzas de Mino fueron empapadas en aceite y les prendieron fuego. Cuando Fuwa vio que sus hombres no llevaban ventaja, dio la orden de retirada. Pero cuando las palabras habían terminado de salir de su ronca garganta, ya era demasiado tarde.

Expulsados de los muros de piedra del castillo hacia la orilla del río, los soldados de Mino que lograron escapar dejaron detrás casi un millar de muertos. Un número de soldados cuyas balsas habían sido destruidas se vieron obligados a huir río arriba y abajo, pero los hombres de Hachisuka no estaban dispuestos a permitirlo. ¿Cómo podían las tropas de Mino burlar a unos ronin que estaban tan a sus anchas en terreno escabroso?

Tras una pausa en su ataque durante la noche, Fuwa duplicó sus fuerzas y atacó de nuevo Sunomata.

El banco de arena y el río estaban teñidos de sangre. Pero cuando salió el sol, la guarnición del castillo entonó una canción de victoria.

—¡Esta mañana el desayuno será mucho más sabroso!

El desesperado Fuwa planeó su tercer y definitivo asalto para aquella noche. Las tropas de Saito atacaron arriba y abajo del río. Más lejos, en el castillo de Unuma, los soldados de Osawa Jirozaemon fueron los únicos que no respondieron a la llamada para una ofensiva general. La batalla fue tan horrorosa que aquella noche incluso los ronin sufrieron fuertes bajas en las agitadas y turbias aguas del río, pero las fuerzas de Mino tuvieron que considerar la batalla como una derrota abrumadora.

# Trampa para el Tigre

Aquel año no hubo más ataques por sorpresa contra Mino. Entretanto Tokichiro casi completó la construcción restante en el interior y en las defensas exteriores del castillo de Sunomata. A principios del primer mes del año siguiente, acompañado por Koroku, visitó a Nobunaga para felicitarle por el Año Nuevo y presentarle su informe.

Durante su ausencia se habían producido grandes cambios. Habían adoptado el plan que él defendiera en otro tiempo: el castillo de Kiyosu, mal situado dadas las condiciones del terreno y el suministro de agua, había sido abandonado, y Nobunaga estaba trasladando su residencia al monte Komaki. Los lugareños también se mudaban para vivir con su señor, y estaban construyendo una ciudad floreciente al pie del monte Komaki coronado por el castillo.

Cuando Nobunaga recibió a Tokichiro en su nuevo castillo, le dijo:

—Te hice una promesa. Residirás en el castillo de Sunomata y aumento tu estipendio a quinientos kan.

Finalmente, en un estado de ánimo extraordinario al terminar la audiencia, Nobunaga impuso a su servidor un nuevo nombre. En lo sucesivo Tokichiro se llamaría Kinoshita Hideyoshi.

En principio Nobunaga le había prometido que, si podía levantar el castillo, sería suyo, pero cuando Hideyoshi regresó para informarle de que la obra se había completado, Nobunaga sólo le dijo que residiera allí y no mencionó para nada su posesión. Era casi lo mismo, pero Hideyoshi consideró el matiz como una indicación de que sus cualificaciones para ser el señor de un castillo aún no habían sido demostradas. Razonó así debido a la orden dada a Koroku (recientemente convertido en servidor del clan Oda por recomendación del propio Hideyoshi) para que sirviera en Sunomata como protector de Hideyoshi. En vez de guardar rencor a su señor por estas acciones, Hideyoshi se limitó a decir:

—Con toda humildad, señor, en vez de los quinientos kan de tierra que me habéis ofrecido, quisiera vuestro permiso para conquistar la misma cantidad de tierra de Mino.

Tras haber recibido el permiso de Nobunaga, regresó a Sunomata el séptimo día del nuevo año.

—Hemos levantado este castillo sin que resultara lesionado ninguno de los servidores de Su Señoría y sin usar un solo árbol o piedra de sus dominios. Tal vez podamos arrebatar también la tierra al enemigo y vivir gracias a un estipendio caído del cielo. ¿Qué te parece, Hikoemon?

Koroku había prescindido de su nombre anterior y, a partir de Año Nuevo, lo había cambiado por el de Hikoemon.

—Eso sería interesante —replicó.

Ahora su entrega a Hideyoshi era total, se comportaba como si fuese su servidor y había olvidado por completo su relación anterior.

Aprovechando las oportunidades que se presentaban, Hideyoshi envió soldados para atacar las regiones vecinas. Por supuesto, las tierras de las que tomaba posesión anteriormente habían formado parte de Mino. Las tierras que Nobunaga le había ofrecido valían quinientos kan, pero las que conquistó superaban el millar.

Cuando Nobunaga lo supo, comentó con una sonrisa forzada:

—Ese Mono se bastaría por sí solo para conquistar toda la provincia de Mino. Desde luego, hay personas en este mundo que nunca se quejan.



Sunomata estaba protegido y Nobunaga tenía la sensación de que ya se había apoderado de todo Mino, pero aun cuando habían conseguido ocupar esa provincia, el territorio de los Saito, que estaba separado de Owari por el río Kiso, continuaba intacto.

Con la posición firme que representaba el nuevo castillo de Sunomata, Nobunaga trató por dos veces de penetrar en la provincia, pero fracasó en las dos ocasiones. Tenía la sensación de que estaba golpeando contra una pared de hierro, pero eso no sorprendía a Hideyoshi y Hikoemon. Al fin y al cabo, esta vez el enemigo era el que luchaba por la supervivencia. Habría sido imposible que el pequeño ejército de Owari conquistara Mino con tácticas normales.

Y eso no era todo. Tras la construcción del castillo, el enemigo se dio cuenta de su negligencia anterior y cambió de parecer con respecto a Hideyoshi. Aquel Mono había salido de la oscuridad y, aunque los Oda no le habían encargado un cometido especialmente brillante, se había revelado como un guerrero capacitado y lleno de recursos que sabía cómo emplear bien a sus hombres. Su reputación entre el enemigo aumentó incluso más que en el clan Oda, y el resultado fue que el enemigo reforzó todavía más sus defensas, pues sabía que ya no era posible permitirse la negligencia.

Tras sus dos derrotas, Nobunaga se retiró al monte Komaki para esperar el final del año, pero Hideyoshi no esperó. Desde su castillo se dominaba el paisaje de la llanura de Mino hasta las montañas centrales. Mientras permanecía allí cruzado de brazos, se preguntaba qué podrían hacer para derrotar a los hombres de Mino. El gran ejército que se disponía a movilizar no estaba acuartelado en el monte Komaki ni en Sunomata, sino en su mente. Al bajar de la torre de vigilancia y regresar a sus aposentos, Hideyoshi llamó a Hikoemon.

Hikoemon se presentó de inmediato.

—¿En qué puedo servirlos? —le preguntó.

Sin pensar para nada en su relación anterior, presentó sus respetos al hombre más joven que él y que ahora era su señor.

—Acércate un poco más, por favor.

—Con vuestro permiso.

—Los demás retiraos hasta que os llame —dijo Hideyoshi a los samurais que le rodeaban. Entonces se volvió a Hikoemon—. Quiero hablarte de cierto asunto.

—¿Qué es ello? Decidme.

—Pero primero... —bajó la voz antes de decir—: Creo que estás más familiarizado que yo con las condiciones internas de Mino. ¿Dónde crees que radica la fortaleza fundamental de Mino? ¿Qué nos impide dormir en paz en Sunomata?

—Creo que radica en sus hombres más capacitados.

—Sus hombres más capacitados... Eso, desde luego, no tiene nada que ver con Saito Tatsuoki.

—Los «tres hombres de Mino» hicieron un juramento de lealtad en tiempos del padre y el abuelo de Tatsuoki.

—¿Quiénes son los «tres hombres»?

—Creo que habéis oído hablar de ellos. Son Ando Noritoshi, el señor del castillo de Kagamijima. —Hideyoshi se puso una mano sobre la rodilla y extendió un dedo mientras asentía—. Iyo Michitomo, el señor del castillo de Soné...

—Aja. —Extendió un segundo dedo.

—Y Ujiie Hitachinosuke, el señor del castillo de Ogaki.

Hideyoshi había extendido tres dedos.

—¿Alguien más? —preguntó.

—Humm. —Hikoemon ladeó la cabeza—. Además de esos tres, está Takenaka Hanbei, pero hace varios años que dejó de servir a la rama principal del clan Saito y ahora vive recluido en algún lugar del monte Kurihara. No creo que sea necesario tenerle en cuenta.

—Bien, entonces lo primero que podemos decir es que los «tres hombres» apuntalan la fortaleza de Mino, ¿no es cierto?

—Así lo creo.

—De eso es de lo que quería hablar. ¿Crees que habría alguna manera de retirar ese apoyo?

—Lo dudo —respondió Hikoemon—. Un hombre verdadero es un hombre de palabra y no le mueve la riqueza ni la fama. Por ejemplo, si os pidieran arrancar tres dientes sanos seguramente no lo haríais, ¿verdad?

—No se trata de algo tan claro. Debe de haber alguna manera... —Hideyoshi se quedó un momento pensativo y siguió hablando en voz baja—. ¿Sabes? El enemigo nos atacó varias veces durante la construcción del castillo, pero siempre había un general enemigo que no participaba.

—¿Quién era?

—Osawa, el señor del castillo de Unuma.

—Ah, Osawa Jirozaemon, el Tigre de Unuma.

—Ese hombre..., el Tigre... ¿Podríamos abordarle a través de algún pariente?

—Osawa tiene un hermano menor, llamado Mondo —dijo Hikoemon—. Hace años que mi hermano, Matajuro, y yo tenemos relaciones amistosas con él.

—Eso es una buena noticia. —Hideyoshi estaba tan satisfecho que palmoteo—. ¿Dónde vive ese Mondo?

—Creo que está sirviendo en la ciudad fortificada de Inabayama.

—Envía a tu hermano en seguida. A ver si consigue localizar a Mondo.

—Si es necesario iré yo mismo —respondió Hikoemon—. ¿Cuál es el plan?

—Utilizar a Mondo a fin de enemistar a Osawa con el clan Saito, y entonces utilizar a Osawa para separar a los «tres hombres de Mino» uno tras otro, igual que si arrancara otros tantos dientes.

—Dudo de que vos mismo podáis hacerlo, pero afortunadamente Mondo no es como su hermano mayor y está muy atento a sus beneficios personales.

—No, Mondo no será suficiente para mover al Tigre de Unuma. Necesitaremos otro jugador para meter a ese tigre en nuestra jaula. Y creo que este caso podemos servirnos de Tenzo.

—¡Brillante! Pero ¿qué clase de plan tenéis con intervención de esos dos?

—Te lo voy a decir.

Hideyoshi se acercó más a Hachisuka Hikoemon y le susurró su plan al oído.

Hikoemon se quedó un momento mirándole fijamente. Una cabeza no es más que una cabeza, y por ello cabía preguntarse de dónde salían tales destellos de genialidad. Cuando comparaba la inventiva de Hideyoshi con la suya propia, Hikoemon se sentía asombrado.

—Bien, quisiera que Matajuro y Tenzo se pongan en marcha cuanto antes —dijo Hideyoshi.

—Entiendo. Van a entrar en territorio enemigo, así que les haré esperar hasta medianoche para cruzar

el río.

—Quiero que les expliques el plan con detalle y les des sus órdenes.

—Desde luego, mi señor.

Sabedor de lo que debía hacer, Hikoemon se retiró de la habitación de Hideyoshi. En aquellos momentos, más de la mitad de los soldados del castillo habían sido anteriormente ronin de Hachisuka. Ahora se habían establecido convirtiéndose en samurais.

Matajuro, el hermano menor de Hikoemon, y su sobrino, Tenzo, recibieron sus órdenes, se disfrazaron de mercaderes y bien entrada la noche abandonaron el castillo dirigiéndose al corazón del territorio enemigo, la ciudad fortificada de Inabayama. Tanto Tenzo como Matajuro eran apropiados para aquella clase de misión. Al cabo de un mes, una vez finalizado su cometido, regresaron a Sunomata.

Al otro lado del río, en Mino, habían empezado a difundirse los rumores.

—Hay algo sospechoso en el Tigre de Unuma.

—Osawa Jirozaemon ha estado confabulado durante años con Owari.

—Por eso no obedeció la orden de Fuwa durante la construcción del castillo de Sunomata. Tenía que ser un esfuerzo combinado, pero no hizo el menor movimiento con sus tropas.

Los rumores se extendieron alrededor de Mino como si fuesen la verdad. El origen de aquellas habladurías que corrían como regueros de pólvora era Watanabe Tenzo, y detrás de él estaba Hideyoshi en su castillo de Sunomata.

—¿No crees que es el momento apropiado? —le dijo Hideyoshi a Hikoemon—. Vete ahora mismo a Unuma. He escrito una carta a Osawa y quisiera que se la entregaras.

—Sí, mi señor.

—Lo esencial es atraerle. Prepara la fecha y el lugar de la reunión.

Provisto de la carta de Hideyoshi, Hikoemon visitó secretamente Unuma.

Cuando Osawa tuvo noticia de que había llegado un enviado secreto desde Sunomata, se sintió muy intrigado. El fiero Tigre de Unuma había empezado a parecer abatido y desdichado. Fingía estar enfermo y evitaba a todo el mundo. Recientemente había recibido una citación para que acudiera a Inabayama, y tanto su familia como sus servidores estaban llenos de aprensión. El mismo Osawa hizo saber que estaba demasiado enfermo para viajar y no parecía con ánimos para ponerse en marcha. Los rumores también llegaron a Unuma, y Osawa era consciente del peligro que corría. Estaba irritado por esa estratagema que atribuía a servidores dedicados a la calumnia. Asimismo, lamentaba el desorden que reinaba en el clan Saito y la estupidez de Tatsuoki, pero no había nada que pudiera hacer y pensaba que un día se vería obligado a cometer el seppuku. En esa tesitura, Hikoemon llegó desde Sunomata para visitarle en secreto. Osawa decidió actuar.

—Me reuniré con él —respondió.

En cuanto Osawa leyó la carta enviada por Hideyoshi, la quemó. Entonces dio su respuesta oralmente.

—Os haré saber la fecha y el lugar dentro de unos días. Confío en que el señor Hideyoshi esté allí.

Transcurrieron unas dos semanas. Llegó a Sunomata un mensaje desde Unuma y Hideyoshi, acompañado sólo por diez hombres, entre ellos Hikoemon, se dirigió al lugar de la reunión, una sencilla casa particular que se encontraba exactamente a media distancia entre Unuma y Sunomata. Los servidores de ambos bandos permanecieron en las orillas, vigilando la zona, y Hideyoshi y Osawa subieron a bordo

de un bote y navegaron hasta el centro del río Kiso. Mientras estaban allí sentados, sus rodillas tocándose, los demás se preguntaban qué conversación secreta podían estar teniendo. La pequeña embarcación era como una hoja abandonada a la corriente del gran río, y durante bastante rato se mantuvo lejos de los ojos y oídos del mundo, en un encantador escenario de viento y luz. La conversación finalizó sin ningún incidente.

Tras su regreso a Sunomata, Hideyoshi le dijo a Hikoemon que Osawa probablemente acudiría al cabo de una semana. Así pues, pocos días después y en un extremo secreto, Osawa se dirigió a Sunomata. Hideyoshi le recibió con mucha cortesía, y antes de que nadie en el castillo se percatara de su presencia, aquel mismo día le llevó al monte Komaki, donde Hideyoshi concedió una audiencia preliminar a solas con Nobunaga.

—He venido con Osawa Jirozaemon, el Tigre de Unuma —dijo Hideyoshi a su señor—. Tras escuchar mis argumentos, ha cambiado de idea y está decidido a abandonar a los Saito y unirse a los Oda. Si tenéis la amabilidad de hablar personalmente con él, habréis añadido un destacado y valiente general y el castillo de Unuma a las fuerzas de Oda sin haber levantado un dedo.

Con una expresión de sorpresa en el semblante, Nobunaga pareció reflexionar en lo que Hideyoshi acababa de decirle. Hideyoshi estaba un tanto insatisfecho y se preguntaba por qué motivos su señor no parecía complacido. No es que necesitara alabanzas por sus esfuerzos, pero haberse hecho con el Tigre de Unuma, como un diente arrancado de la boca del enemigo, y haberle traído a presencia de Nobunaga debería haber sido un gran regalo.

Había supuesto que Nobunaga estaría contento, pero cuando lo pensó detenidamente más tarde, reparó en que no había ideado aquella estratagema con el consentimiento de Nobunaga. Tal vez ése era el motivo, y así parecía indicarlo la expresión de su señor. Como dice el proverbio, el clavo que sobresale demasiado será clavado a martillazos. Eso era algo que Hideyoshi entendía muy bien, y constantemente se decía que su propia cabeza sobresalía como la de un clavo. No obstante, era incapaz de cruzarse de brazos y no hacer lo que consideraba conveniente para su propio bando.

Finalmente Nobunaga consintió aunque, al parecer, de mala gana. Hideyoshi le presentó a Osawa.

—Habéis crecido mucho, mi señor —le dijo Osawa en tono amistoso—. Tal vez creáis que ésta es la primera vez que nos vemos, pero en realidad hoy es el segundo día que tengo el placer de reunirme con vos. El primero fue hace quince años, en el templo Shotoku de Tonda, donde os reunisteis con mi antiguo patrono, el señor Saito Dosan.

—¿De veras? —se limitó a responder Nobunaga, quien parecía evaluar el carácter de su invitado.

Osawa no se atrevió a halagarle, pero tampoco le siguió la corriente con humildad.

—Aunque seáis mi enemigo, me ha impresionado lo que habéis hecho en los últimos años. Cuando os vi por primera vez en el templo Shotoku, parecíais un joven malicioso. Pero por lo que he visto hoy, comprendo que la administración de vuestros dominios desmiente a la opinión popular.

Osawa le hablaba como a un igual, con toda franqueza. Hideyoshi pensó que no era sólo un hombre valiente, sino también bastante afable.

—Reunámonos otro día para hablar sin prisas, pues hoy tengo varias cosas que hacer.

Tras decir esto, Nobunaga se levantó y puso fin bruscamente a la entrevista.

Más tarde convocó a Hideyoshi para una audiencia en privado. Lo que le dijo en esa reunión hizo que luego Hideyoshi pareciera absolutamente perplejo, pero no informó de nada a Osawa, representó el

papel de anfitrión cordial y agasajó al general en el castillo del monte Komaki.

—Os informaré con detalle de lo que ha dicho Su Señoría cuando volvamos a Sunomata.

Una vez de regreso en el castillo de Hideyoshi y cuando los dos estaban a solas, Hideyoshi dijo:

—General Osawa, os he colocado en una situación insufrible, y creo que sólo podré expiar mi culpa con la muerte. Sin consultar al señor Nobunaga, he creído que el parecer de Su Señoría coincidiría con el mío y os recibiría satisfecho como un aliado. Pero su opinión de vos ha sido totalmente distinta de la mía.

Hideyoshi exhaló un suspiro. Entonces hizo una pausa y bajó la vista con el semblante entristecido.

Osawa se había percatado de que los sentimientos del señor Nobunaga no eran muy favorables.

—Parecéis terriblemente acongojado, pero en realidad no hay ningún motivo por el que debáis estarlo. No tengo necesidad de un estipendio del señor Nobunaga para seguir viviendo.

—Ojalá eso fuese todo. —Hideyoshi apenas podía hablar, pero se enderezó un poco en su asiento, como si de repente hubiera llegado a una resolución—. Será mejor que os lo diga todo. General Osawa, cuando estaba a punto de marcharme, el señor Nobunaga me convocó en secreto, me reconvino por no entender el arte militar del engaño y me planteó el siguiente interrogante: ¿Por qué Osawa Jirozaemon, un hombre de carácter con tan alta reputación en Mino, iba a dejarse embaucar por mi elocuencia y convertirse en su aliado? Él no preveía en absoluto ese resultado.

—Sí, me lo imagino.

—También me dijo que ese mismo Osawa del castillo de Unuma fue, como general en la frontera provincial, el tigre que protegía Mino y que causó tantas dificultades en Owari durante muchos años. Sugirió que tal vez era yo quien se estaba dejando engañar por vuestras ingeniosas palabras y era manipulado por vuestro atrevimiento. Como podéis ver, está lleno de dudas.

—En efecto.

—También creía que si os quedabais más tiempo en el monte Komaki, os dejaríamos ver las defensas de la provincia, por lo que me ordenó que os trajera a Sunomata de inmediato. Que os trajera y...

Hideyoshi se interrumpió como si las palabras se le hubieran atascado en la garganta. Osawa también estaba alterado, pero miró directamente a los ojos de Hideyoshi, alentándole para que concluyera la frase.

—Me resulta difícil decirlo, pero ha sido una orden de Su Señoría, por lo que deseo que lo oigáis. Me ordenó que os trajera de regreso a Sunomata, os encerrase en el castillo y os matara. Pensaba que ésta era una magnífica oportunidad... que no debíamos pasar por alto.

Cuando Osawa miró a su alrededor, se dio cuenta de que no le acompañaba un solo soldado y estaba dentro del castillo enemigo. Y, a pesar de que era un hombre valiente, se le erizó el vello de la nuca.

—Pero por mi parte —siguió diciendo Hideyoshi—, si obedezco la orden de Su Señoría, habré roto la promesa que os hice, y eso sería tanto como pisotear el honor de un samurai. No puedo hacer tal cosa. Pero al mismo tiempo, si me considero un servidor leal, estaré desobedeciendo las órdenes de mi señor. He llegado al punto en que no puedo avanzar ni retroceder. Así pues, durante el camino de regreso desde el monte Komaki, me mostré triste y desanimado, lo cual supongo que ha debido despertar vuestras sospechas. Os ruego que dejéis de lado vuestras dudas, pues ahora veo con toda claridad cuál es la solución.

—¿Qué queréis decir? ¿Qué vais a hacer?

—Creo que abriéndome el vientre puedo disculparme ante vos y el señor Nobunaga. No hay otra

manera. General Osawa, despidámonos tomando una taza de sake. Luego... estoy resignado a hacerlo. Os garantizo que nadie va a poner os una mano encima. Podréis marcharos de aquí protegido por la oscuridad de la noche. ¡No os preocupéis por mí y tranquilizad vuestro corazón!

Osawa escuchó en silencio todo lo que Hideyoshi le decía, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas. En contraste con la ferocidad que le había valido su apodo, aquéllas no eran las lágrimas de un hombre ordinario. Era evidente que tenía un profundo sentido de la rectitud.

—Estoy en deuda con vos —dijo entre sollozos, y se enjugó las lágrimas. ¿Era posible que aquél fuese el general que había luchado en innumerables batallas?—. Pero escuchad, señor Hideyoshi. Sería imperdonable que os hicierais el seppuku.

—Pero si no lo hago, es imposible hallar palabras con las que pedir os disculpas a vos y a Su Señoría.

—No, no importa lo que digáis. Es injusto que os abráis el vientre y me ayudéis. Mi honor de samurai no lo permitirá.

—Soy yo quien os ha explicado las cosas y os ha invitado aquí. También soy yo quien se ha equivocado con respecto al pensamiento de Su Señoría. Así pues, para disculparme ante los dos, es apropiado que expie mi ofensa con mi propia vida. No tratéis de impedírmelo, por favor.

—Al margen del error que afirmáis haber cometido, también yo he sido culpable. Esto no es digno de vuestro suicidio. Permitidme que os ofrezca mi cabeza como reconocimiento de vuestra buena fe. Llevad mi cabeza al monte Komaki.

Osawa empezó a desenvainar su espada corta.

Hideyoshi, estremecido, cogió la mano de Osawa.

—¿Qué estáis haciendo?

—Soltadme la mano.

—No lo haré. Nada sería más doloroso que ver os cometer el seppuku.

—Lo comprendo, y por eso os estoy ofreciendo mi cabeza. Si hubierais planeado alguna estratagema cobarde, os habría demostrado que soy capaz de escaparme, aunque para ello hubiera tenido que levantar una montaña de cadáveres. Pero me ha conmovido vuestro espíritu de samurai.

—Esperad, pensad un momento. Parece muy extraño que los dos estemos discutiendo por morir. General Osawa, si confiáis en mí hasta ese extremo, tengo un plan que nos permitirá a los dos vivir y conservar nuestro honor de guerreros. Pero, ¿tendréis ánimo todavía para dar un paso más en favor del clan Oda?

—¿Un paso más?

—A la postre, las dudas de Nobunaga se basan en la alta estima en que os tiene. Así pues, si hicierais algo que manifestara realmente vuestro apoyo al clan Oda, sus dudas desaparecerían.

Aquella noche, Osawa partió del castillo de Sunomata en dirección desconocida. ¿Cuál era el plan que le había revelado Hideyoshi? No había ningún motivo para que nadie lo supiera, pero más adelante su naturaleza resultó clara. Alguien habló con Iyo, Ando u Ujiie, los «tres hombres de Mino», los mismos cimientos del poder de Saito, proponiendo a los tres que prometieran fidelidad al clan Oda. El hombre que les habló de una manera tan elocuente, y a través de cuyos buenos oficios fueron presentados, no era otro que Osawa Jirozaemon.

Por supuesto, Hideyoshi no cometió el seppuku. Osawa no sufrió ningún percance y Nobunaga añadió

cuatro famosos generales de Mino a sus aliados sin haber salido siquiera de su castillo. ¿Había sido esta operación fruto de la sabiduría de Nobunaga o del genio de Hideyoshi? Una sutil interacción de mentes parecía haberse producido entre el señor y su servidor, y nadie podría haber dicho con certeza cuál de las dos mentes era la que mandaba.

\* \* \*

Nobunaga estaba impaciente. Había hecho un gran sacrificio para levantar el castillo de Sunomata, una obra que había requerido mucho tiempo, y era natural que se sintiera frustrado.

—Para vengar el nombre de mi difunto suegro, derribaré ese clan inmoral y liberaré al pueblo sofocado por su mala administración.

Tal había sido la declaración del motivo de Nobunaga, a fin de que el mundo aceptara la batalla, pero a medida que transcurría el tiempo, estas palabras empezaban naturalmente a perder su fuerza. También existía la posibilidad de que los Tokugawa de Mikawa, quienes quizá le estaban observando a sus espaldas, pusieran en tela de juicio su capacidad.

La fuerza verdadera de los Oda era discutible, y existía un verdadero peligro para la alianza entre Oda y Tokugawa. Sin embargo, Nobunaga estaba impaciente. Desde luego, había logrado incorporar a su bando a Osawa y los «tres hombres de Mino», pero esto por sí solo no le había proporcionado ninguna victoria.

Lo que pedía era conquistar Mino de un solo golpe. Parecía que, desde la batalla de Okehazama, la fe de Nobunaga en el concepto del «golpe único» se había robustecido. Por ello en varias ocasiones hombres como Hideyoshi le habían expresado cierta oposición.

Aquel verano, durante la conferencia para discutir la conquista de Mino, Hideyoshi permaneció en silencio durante toda la sesión, sentado en el lugar más bajo. Cuando le pidieron su opinión, replicó:

—Creo que tal vez la ocasión no está todavía madura.

Esta respuesta le resultó antipática en extremo a Nobunaga, el cual le preguntó, en un tono casi de reprimenda:

—¿No fuiste tú quien dijo que el Tigre de Unuma traía a nuestro lado a los «tres hombres», y que Mino se desmoronaría por sí solo sin tener que abandonar el castillo?

—Os ruego que me perdonéis, mi señor, pero Mino tiene diez veces más fuerza y riqueza que Owari.

—Primero dijiste que tenía un exceso de hombres de talento, y ahora temes su riqueza y su fuerza. En ese caso, ¿cuándo vamos a atacarles?

Nobunaga dejó de pedir la opinión de Hideyoshi y el consejo siguió adelante. Se decidió que durante el verano un gran ejército saldría del monte Komaki hacia Mino, utilizando Sunomata como su campamento base.

La batalla para cruzar el río y entrar en territorio enemigo duró más de un mes. Durante ese período fueron enviados al campamento gran número de heridos. No llegó nunca ningún informe de victoria. El ejército extenuado por la lucha se retiró en completo silencio, soldados y generales callados y taciturnos por igual.

Cuando los hombres que habían permanecido en el castillo les preguntaron cómo había ido la batalla, todos bajaron los ojos y sacudieron en silencio la cabeza. A partir de entonces Nobunaga también guardó

silencio. Sin duda había aprendido que no todas las batallas se libraban como la de Okehazama. Ahora reinaba el sosiego en el castillo de Sunomata, visitado tan sólo por los vientos del desolado otoño procedentes del río.

De improviso, Hikoemon recibió una llamada de su señor.

—Supongo que, entre tus antiguos ronin, debe de haber varios originarios de otras provincias y varios de Mino —empezó a decirle Hideyoshi.

—Sí, los hay.

—¿Crees que habrá alguno de Fuwa?

—Lo averiguaré.

—Muy bien. Si encuentras alguno, dile que venga a verme.

Poco después, Hachisuka Hikoemon acompañó a uno de sus antiguos ronin, un hombre llamado Saya Kawaju, al jardín donde aguardaba Hideyoshi. Era de aspecto fuerte y unos treinta años de edad.

—¿Eres Saya? —le preguntó Hideyoshi.

—Sí, mi señor.

—¿Natural de Fuwa en Mino?

—De un pueblo llamado Tarui.

—Bien, imagino que estás muy familiarizado con la zona.

—He vivido allí hasta los veinte años, así que la conozco un poco.

—¿Tienes parientes en el pueblo?

—Mi hermana menor.

—¿Cuál es su situación?

—Está casada con el hijo de una familia campesina, e imagino que ahora tiene hijos.

—¿Te gustaría volver allá? ¿Por una sola vez?

—Nunca había pensado en ello. Es muy probable que si mi hermana supiera que su hermano, el ronin, regresa a casa, se sintiera muy incómoda ante los parientes de su marido y el resto del pueblo.

—Pero eso era antes. Ahora eres un servidor del castillo de Sunomata y un samurai respetable. No hay nada malo en ello, ¿no es cierto?

—Fuwa es un distrito estratégico en la parte occidental de Mino. ¿Qué estaría yo haciendo en territorio enemigo?

Hideyoshi asintió varias veces a esa obviedad, y pareció como si estuviera tomando una decisión.

—Me gustaría que vinieras conmigo. Nos disfrazaríamos de manera que no llamásemos la atención. Preséntate en el jardín al anochecer.

—¿Adonde os proponéis ir tan de repente? —inquirió Hikoemon en tono dubitativo.

Hideyoshi bajó la voz y susurró al oído de Hikoemon:

—Al monte Kurihara.

Por la expresión de Hikoemon, pareció como si dudara de la cordura de su señor. Desde hacía tiempo sospechaba que Hideyoshi se proponía algo, pero... ¡el monte Kurihara! Al oír a Hideyoshi apenas pudo refrenar su sorpresa. Un antiguo servidor del clan Saito, un hombre considerado como gran estratega, llevaba una vida de reclusión en la montaña. Ese hombre era Takenaka Hanbei. Algún tiempo atrás, Hideyoshi había investigado a fondo el carácter de aquel hombre y su relación con el clan Saito.

«Si logramos que ahora este caballo cruce la puerta del campamento de la misma manera que hicimos



entrar al Tigre de Unuma y los "tres hombres"...» Tal era el plan general de Hideyoshi, mas para su servidor, la idea de penetrar en territorio enemigo e ir al monte Kurihara era impensable.

—¿Realmente queréis ir allí? —inquirió Hikoemon con incredulidad.

—Naturalmente.

—¿De veras? —insistió el otro.

—¿Por qué das tanta importancia al asunto? —Hideyoshi no parecía pensar que su decisión fuese peligrosa o preocupante—. En primer lugar, eres el único que conoce mis intenciones, y vamos a ir en secreto. Voy a pedirte que te hagas cargo de todo durante los días que dure mi ausencia.

—¿Vais a ir solo?

—No, me acompañará Saya.

—Ir con él será lo mismo que ir desarmado. ¿Creéis de veras que podréis engatusar a Hanbei para que sea vuestro aliado viajando solo a territorio enemigo?

—Eso será difícil —musitó Hideyoshi casi para sus adentros—, pero quiero intentarlo. Si le hablo con toda franqueza, no importará la firmeza de los lazos que le unen al clan Saito.

De repente Hikoemon recordó la elocuencia de Hideyoshi cuando discutió con él en Hachisuka. Aun así, no estaba seguro de que Hiyoshi, a pesar de su elocuencia, fuese realmente capaz de hacer bajar a Takenaka Hanbei del monte Kurihara. No, aunque las cosas salieran más o menos bien y Hanbei decidiera abandonar su retiro en la montaña, lo más probable sería que prefiriera alinearse con los Saito en vez de los Oda.

Por entonces se rumoreaba que Hanbei, tras haberse retirado al monte Kurihara, llevaba una tranquila vida rural, lejos del mundo, dedicado a perfeccionarse como ermitaño. Pero si un día sus antiguos patronos, los Saito, corrían peligro de perdición, él regresaría para ponerse al frente de su ejército. Era cierto que en la ocasión anterior, cuando repelieron el formidable ataque de Oda, él no había acudido con sus fuerzas, sino que se había limitado a contemplar las nubes de la guerra sobre el campo desde lo alto del monte Kurihara, y había enviado a los Saito sus meditaciones una tras otra, enseñándoles las estrategias secretas de la guerra. Había quienes diseminaban ese relato como si fuese verdadero. Sería difícil..., el mismo Hideyoshi lo había dicho. Hikoemon sentía lo mismo, incluso con creces, y el sonido que salió de su garganta pareció un gemido.

—Será difícil realizar esa ambición, mi señor —dijo en un tono de advertencia.

—Bien... —La expresión turbada de Hideyoshi desapareció—. La verdad es que no tenemos que preocuparnos tanto. Una cosa difícil puede resultar inesperadamente sencilla, y lo que parece fácil puede ser difícil en extremo. A mi modo de ver, lo esencial es conseguir que Hanbei confíe en mi sinceridad. Siendo quien es mi oponente, no voy a utilizar estratagemas o trucos sencillos.

Comenzó los preparativos para su viaje secreto. Aunque Hikoemon creía que la empresa sería inútil, no podía detener a su señor. El respeto que le inspiraban los recursos y la magnanimidad de Hideyoshi aumentaban de día en día, y creía que la capacidad de aquel hombre estaba muy por encima de la suya propia.

Anocheció. Tal como habían convenido, Saya estaba junto a la puerta del jardín. El aspecto de Hideyoshi era tan desastrado como el de su servidor.

—Bueno, Hikoemon, ocúpate de todo —dijo Hideyoshi, y echó a andar como si fuese a dar un paseo alrededor del castillo.

No había mucha distancia desde Sunomata hasta el monte Kurihara, tal vez unas diez leguas. En un día claro, el monte podía verse vagamente a lo lejos. Pero aquella sierra era la fortaleza de Mino contra el enemigo. Hideyoshi dio un rodeo a lo largo de las montañas y entró en Fuwa.

Para conocer la naturaleza y las características especiales de la gente que vivía allí, era esencial examinar primero los rasgos naturales de la zona. El distrito de Fuwa estaba situado al pie de las montañas en la parte occidental de Mino, y era un cuello de botella en la carretera hacia la capital.

Los colores otoñales en Sekigahara eran hermosos. Innumerables riachuelos cruzaban las tierras, parecidos a venas. La historia antigua e innumerables leyendas permanecían en las raíces de la vegetación de otoño como las lápidas de un pasado sangriento. Las montañas de Yoro formaban el límite con Kai, y sobre el monte Ibuki se deslizaban constantemente las nubes.

Takenaka Hanbei era natural de la región. Se decía de él que había nacido en Inabayama, pero había pasado la mayor parte de su infancia al pie del monte Ibuki. Nacido en el cuarto año de Temmon, Hanbei no contaba más que veintiocho años y era, pues, un joven estudioso de los temas militares. Tenía un año menos que Nobunaga y uno más que Hideyoshi. Sin embargo, ya había abandonado la búsqueda de grandes logros en el mundo caótico y se había construido una ermita en el monte Kurihara. La naturaleza le agradaba, los libros y los ancianos eran sus amigos, escribía poesía y jamás recibía a los visitantes que acudían a su puerta. ¿Era un farsante? Eso también se decía de él, pero el nombre de Hanbei era respetado en Mino y su reputación había llegado incluso a Owari.

Lo primero que se le ocurrió a Hideyoshi fue que le gustaría conocerle y juzgar por sí mismo. Sería lamentable pasar de largo y no trabar conocimiento con un hombre tan peculiar y extraordinario, cuando los dos habían nacido en el mismo mundo. Más aún, si Hanbei se inclinaba por el campo enemigo, Hideyoshi tendría que matarle. Confiaba sinceramente en que eso no ocurriera, porque sería el hecho más lamentable de toda su vida. Estaba decidido a entrevistarse con él, tanto si el ermitaño recibía a la gente como si no.

# El morador del monte Kurihara

El monte Kurihara, situado al lado del monte Nangu, no era muy alto y casi parecía un niño arrimado a su padre.

El paisaje era hermoso. Cuando se aproximaban a la cima, incluso Hideyoshi, que no tenía nada de poeta, estaba en éxtasis, impresionado por la belleza suprema del sol otoñal que se ponía en el horizonte. Pero pronto su mente se concentró en un pensamiento: ¿cómo conseguiría que Hanbei se convirtiera en su aliado? Y a ese pensamiento le siguió rápidamente otro: «No, encararme con un estratega consumado por medio de la estrategia sería la peor estrategia de todas. Sólo puedo presentarme ante él como una hoja de papel en blanco. Le hablaré sinceramente, con todo mi poder de convicción». De esta manera se infundía ánimo. Sin embargo, ni siquiera sabía dónde vivía Hanbei, y cuando el sol se puso aún no habían podido encontrar su residencia aislada. Pero Hideyoshi no tenía prisa. Cuando oscureciera, sería natural que en alguna parte encendieran una lámpara. En vez de deambular inútilmente, cambiando una y otra vez de dirección errónea, sería más grato y rápido quedarse donde estaban. Por lo menos parecía pensar así, porque se sentó a descansar hasta que el sol se pusiera. Finalmente descubrieron el minúsculo punto luminoso de una lámpara a lo lejos, más allá de una hondonada pantanosa. Avanzaron por un sendero estrecho y sinuoso que se ceñía a cuevas y pendientes, y por fin llegaron al lugar.

Era una parcela de tierra nivelada y rodeada de pinos rojos, hacia la mitad de la vertiente. Habían esperado encontrar una casita de campo con techumbre de paja rodeada por una valla destartada, pero ahora observaron que se estaban acercando a un tosco muro de barro que rodeaba un gran recinto. Al aproximarse más, vieron tres o cuatro faroles que ardían en el interior. En vez de un portal convencional, sólo había una mampara de bambú batida por el viento.

Cuando entró, sigilosamente, Hideyoshi se dijo que era un lugar demasiado grande. Al otro lado del muro había un pinar. Un estrecho sendero conducía desde la entrada a los pinos, y excepto por la pinaza que cubría el suelo, el terreno estaba impecable. Siguieron andando y, al cabo de unas cincuenta varas, llegaron a la casa. En un cobertizo cercano una vaca mugía en su pesebre. Oían la crepitación de una fogata. El viento avivaba las llamas y el humo llenaba la atmósfera. Hideyoshi se quedó inmóvil y se restregó los ojos, pero una súbita ráfaga de viento procedente de la montaña eliminó el humo, y entonces vio a un niño que estaba colocando ramitas bajo el fogón de una choza dedicada a cocina.

—¿Quién eres? —inquirió el chico con suspicacia.

—¿Eres un sirviente? —le preguntó a su vez Hideyoshi.

—¿Yo? Sí.

—Soy un servidor del clan Oda. Me llamo Kinoshita Hideyoshi. ¿Podrías entregar un mensaje?

—¿A quién?

—A tu señor.

—No está aquí.

—¿Ha salido?

—Te digo que no está aquí. Vete.

Dando la espalda al visitante, el niño se sentó ante el fogón y reanudó la tarea de cebarlo. La niebla nocturna en la montaña era gélida, y Hideyoshi se puso en cuclillas ante el fogón, al lado del niño.

—Déjame que me caliente un poco.

El niño no dijo nada, pero le dirigió una rápida mirada por el rabillo del ojo.

—Hace frío de noche, ¿verdad?

—Esto es una montaña —dijo el niño—. Claro que hace frío.

—Pequeño monje, este...

—¡Esto no es un templo! ¡Soy el discípulo del señor Hanbei, no un monje!

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes?

—Perdona.

—¡Vete! Si mi señor descubre que un desconocido se ha metido en la cocina, luego me reñirá por ello.

—No te preocupes por eso. Ya pediré disculpas a tu señor.

—¿De veras quieres verle?

—Así es. ¿Crees que voy a desandar mi camino sin verle después de haber subido hasta aquí?

—La gente de Owari es grosera, ¿eh? Eres de Owari, ¿no es cierto?

—¿Qué tiene eso de malo?

—Mi señor detesta a los de Owari, y yo también. Owari es una provincia enemiga, ¿no?

—Supongo que sí.

—Has venido a Mino en busca de algo, ¿verdad? Si sólo estás de viaje, será mejor que sigas adelante, o perderás tu cabeza.

—No tengo intención de ir más lejos. Mi único propósito era venir a esta casa.

—¿A qué has venido?

—En busca de admisión.

—¿Cómo? ¿Quieres ser un discípulo de mi maestro, igual que yo?

—Aja. Supongo que quiero llegar a ser un discípulo hermanado contigo. En cualquier caso, creo que nos llevaríamos bien. Ahora ve a hablar con tu señor. Yo me encargaré de cebar el fogón. No te preocupes, el arroz no se quemará.

—No hace falta que hagas eso. No quiero ir.

—No tengas tan mal genio. Oye, ¿qué es eso? ¿No es tu señor quien tose ahí dentro?

—Mi maestro tose mucho de noche. No es un hombre fuerte.

—Así pues, me has mentado al decir que estaba ausente.

—Tanto da que esté como que no. No recibe a ningún visitante, sin que le importe quien sea ni de qué provincia venga.

—Bueno, esperaré el momento adecuado.

—Sí, vuelve otro día.

—No, no. Esta choza es cálida y agradable. Déjame que me quede aquí algún tiempo.

—¡Estás de broma! ¡Vete!

El chiquillo se puso en pie de un salto como para atacar al intruso, pero cuando miró enfurecido el rostro sonriente de Hideyoshi a la oscilante luz rojiza del horno, fue incapaz de seguir encolerizado por mucho que lo intentara. Mientras contemplaba el rostro de aquel hombre, disminuían gradualmente sus sentimientos de hostilidad iniciales.

—¡Kokuma! ¡Kokuma! —gritó alguien desde la casa.

El muchacho reaccionó al instante. Dejando a Hideyoshi donde estaba, corrió desde la choza a la casa y estuvo ausente durante largo rato. Entretanto, del caldero que estaba sobre el fogón empezó a surgir un olor a alimento chamuscado. Incapaz de considerar que era una comida ajena, Hideyoshi se apresuró a coger el cucharón que estaba encima de la tapa y removió el contenido del caldero, unas gachas marrones de arroz mezclado con castañas y verduras secas. Otros quizá se habrían reído de ese humilde condumio, pero Hideyoshi había nacido en una granja pobre y cuando miraba un solo grano de arroz veía las lágrimas de su madre. Para él no era algo de poca monta.

—¡Ese chico! Esto se va a quemar. Qué desperdicio.

Usó un paño para agarrar las asas del caldero y lo levantó.

—Oh, gracias, señor.

—Hola, Kokuma. Estaba empezando a quemarse, así que aparté el caldero. Parece haber hervido lo suficiente.

—Ya conocéis mi nombre, ¿eh?

—Así acaba de llamarte el señor Hanbei desde la casa. ¿Le has hablado de mí mientras estabas ahí?

—Me ha llamado por otra cosa. En cuanto a interceder por vos, si le hablara de alguna cosa inútil no haría más que enfadarse. Así pues, no le he dicho nada.

—Bien, bien. Sigues estrictamente las órdenes de tu señor, ¿eh? Estoy impresionado de veras.

—¡Bah! Habláis así por orgullo.

—No, es cierto. Estoy impaciente, pero si fuese tu maestro te alabaría por tu proceder. No te miento.

En aquel momento alguien salió de la cocina principal, sosteniendo un farolillo de papel. Una voz femenina llamó repetidas veces a Kokuma, y cuando Hideyoshi se volvió a mirar vio a una muchacha de dieciséis o diecisiete años. Su kimono lucía un estampado de flores de cerezo y niebla, y lo ataba con una faja de color ciruela. Su figura estaba iluminada en la noche negra como el hollín por la tenue luz del farolillo.

—¿Quién es? ¿Oyu?

Kokuma se dirigió a ella y la escuchó. Cuando terminó de hablarle, la manga con las flores de cerezo estampadas se deslizó por la oscura entrada junto con el farolillo y desapareció detrás del muro.

—¿Quién era? —preguntó Hideyoshi.

—La hermana de mi maestro —respondió Kokuma sencillamente y en tono suave, como si estuviera hablando de la belleza de las flores en el jardín de su señor.

—Escúchame, por favor. Sólo para asegurarme... ¿Por qué no vuelves ahí y le preguntas si puede verme? Si dice que no, me marcharé.

—¿Os marcharéis de veras?

—Sí.

—Esta vez sin falta —dijo Kokuma enérgicamente, pero por fin entró en la casa. Regresó al cabo de un momento y dijo con brusquedad—: Dice que no y que detesta recibir visitas..., y me ha reñido, desde luego. Así que marchaos, señor, os lo ruego. Ahora voy a servir a mi maestro su comida.

—Bueno, me iré esta noche, pero volveré en otra ocasión.

Hideyoshi se sometió dócilmente y empezó a marcharse.

—¡No servirá de nada que volváis! —le gritó Kokuma. Hideyoshi desando sus pasos en silencio. Sin pensar en la oscuridad, bajó al pie de la montaña y se echó a dormir.

Al día siguiente se levantó, hizo algunos preparativos y subió de nuevo la montaña. Entonces, tal como había hecho el día anterior, cuando se puso el sol visitó la residencia de Hanbei. La vez anterior había pasado demasiado tiempo con el muchacho, por lo que ahora se dirigió a la puerta que parecía la entrada principal. La persona que respondió a su llamada era el mismo Kokuma de antes.

—¡Cómo! ¿Otra vez aquí, señor?

—Me gustaría que le preguntaras si puedo verle hoy. Hazme el favor de decirle a tu maestro que estoy aquí.

Kokuma entró en la casa y, tanto si habló realmente con Hanbei como si no, regresó en seguida y le dio la misma negativa tajante.

—En ese caso, volveré a preguntárselo cuando esté de mejor humor —dijo Hideyoshi cortésmente, y se marchó.

Dos días después volvió a presentarse.

—¿Me recibirá hoy?

Kokuma entró y salió de la casa con su rapidez habitual, y una vez más le transmitió un rechazo categórico.

—Dice que es irritante que vengáis tan a menudo.

Aquel día Hideyoshi volvió a marcharse en silencio. Sus visitas a la casa se repitieron numerosas veces. Al final, cada vez que Kokuma le veía la cara, se echaba a reír.

—Tenéis mucha paciencia, ¿no es cierto, señor? Pero venir aquí es inútil, por muy paciente que seáis. Últimamente, cuando le digo a mi maestro que estáis aquí, en vez de enfurecerse se ríe.

Los niños tienen facilidad para trabar rápidamente amistades, y ya había empezado a desarrollarse una familiaridad entre Kokuma y Hideyoshi.

Al día siguiente Hideyoshi subió de nuevo a la casa. Saya, que esperaba al pie de la montaña, no tenía idea de lo que se proponía su señor y finalmente empezó a airear su irritación:

—¿Quién se cree que es ese Takenaka Hanbei? Esta vez voy a subir ahí y le obligaré a dar cuenta de su grosería.

El día de la décima visita de Hideyoshi llovía y soplaba un fuerte viento. Tanto Saya como los propietarios de la granja donde se alojaba hicieron cuanto podían para impedir que Hideyoshi saliera, pero él se mantuvo en sus trece y, poniéndose una capa pluvial de paja y un sombrero, emprendió el ascenso. Llegó cuando anochecía, se quedó en la entrada y llamó como de costumbre.

—Sí. ¿Quién es, por favor?

Aquella noche salió por primera vez la joven, Oyu, de quien Kokuma había dicho que era la hermana de Hanbei.

—Sé que mis visitas molestan al señor Hanbei y lamento hacerlo contra sus deseos, pero he venido aquí como enviado de mi señor y me será muy difícil regresar a casa si no me entrevisto con él. Forma parte del servicio de un samurai entregar los mensajes de su señor, por lo que estoy decidido a venir aquí hasta que el señor Hanbei acceda a verme, aunque ello me lleve dos o tres años. Y si el señor Hanbei se niega a recibirme, estoy dispuesto a abrirme el vientre. No dudo de que el señor Hanbei conoce mejor que nadie las penalidades de la clase guerrera. Por favor..., si pudieras interceder por mí...

Bajo la lluvia que penetraba violentamente a través de las goteras del tejado, Hideyoshi efectuó su súplica arrodillado. Pareció como si sólo eso hubiera conmovido a la impresionable joven.

—Esperad un momento, por favor —le dijo amablemente, y entró en la casa, pero cuando volvió a salir le dijo, con evidente conmiseración, que la respuesta de Hanbei no había variado—. Siento que mi hermano sea tan testarudo, pero os ruego que os retiréis. Dice que por muy a menudo que vengáis aquí, no os recibirá. Le desagrada hablar con la gente y se niega a hacerlo ahora.

—Ya... —Hideyoshi bajó los ojos con aparente decepción, pero no insistió. La lluvia que caía de los aleros le golpeaba los hombros—. No puedo hacer nada más. En fin, esperaré hasta que esté de buen humor.

Se puso el sombrero de paja y se alejó, abatido, bajo la lluvia. Siguió el camino a través del pinar, como siempre hacía, y había llegado al lado exterior del muro de barro cuando oyó que Kokuma corría tras él.

—¡Señor! ¡Os recibirá! ¡Ha dicho que os recibirá! ¡Ha dicho que volváis!

—¿Cómo? ¿El señor Hanbei ha dicho que me recibiría?

Hideyoshi regresó apresuradamente con Kokuma, pero sólo Oyu, la hermana de Hanbei, les estaba esperando.

—A mi hermano le ha impresionado tanto vuestra sinceridad que ha dicho que estaría mal no recibirlos, pero no esta noche. Hoy está en cama a causa de la lluvia, pero ha dicho que volváis otro día, cuando os envíe un mensaje.

Hideyoshi pensó que tal vez la joven se había compadecido de él y, después de que se marchara, rogó por él a su hermano mayor.

—Cuando quiera que me envíe recado, estaré dispuesto.

—¿Dónde os alojáis?

—Al pie de la montaña, en casa de Moemon, una granja cerca de un gran olmo en la aldea de Nangu.

—Bien, recibiréis aviso cuando el tiempo aclare.

—Estaré esperando.

—Debe de hacer frío y estáis empapado por la lluvia. Por lo menos secaos la ropa junto al fuego de la choza y os daré algo de comer antes de que os vayáis.

—No, gracias, dejémoslo para otro día. Hoy ya me marchó.

Hideyoshi echó a andar a grandes zancadas bajo la lluvia, cuesta abajo.

Llovió durante todo el día siguiente, y al otro el monte Kurihara seguía envuelto en nubes blancas y no llegó ningún mensajero. Por fin el cielo se despejó y los colores de la montaña aparecieron totalmente renovados. Las primeras hojas otoñales de los zumaques y los árboles de la laca se habían vuelto de un rojo brillante.

Aquella mañana Kokuma llegó al portal de Moemon conduciendo una vaca.

—¡Eh, señor! —gritó—. ¡He venido a invitaros! Mi maestro me ha pedido que os guíe a la casa. Y como hoy sois un invitado, os he traído una montura.

Tras decirle esto, le entregó una invitación de Hanbei. Hideyoshi la abrió y leyó:

Curiosamente, habéis acudido a visitar con frecuencia a este hombre debilitado que se ha retirado en la montaña. Aunque me resulta difícil acceder a vuestra petición, os ruego que vengáis a tomar un cuenco de té puro.

Estas palabras parecían un poco altivas. Hideyoshi comprendió que Hanbei era un hombre bastante insociable incluso antes de verle cara a cara.

Montó a horcajadas en el lomo de la vaca.

—Bueno —le dijo a Kokuma—, puesto que me has traído un medio de transporte, vamos allá.

El chiquillo se volvió hacia la montaña y echó a andar. El cielo otoñal alrededor de los montes Kurihara y Nangu estaba despejado. Era la primera vez desde su llegada al pie de las montañas que Hideyoshi podía verlas tan claramente.

Cuando se aproximaban a la entrada en el muro de tierra, vieron allí a una hermosa joven con una expresión expectante. Era Oyu, la cual se había vestido y arreglado con más cuidado que de costumbre.

—Ah, no deberías haberte tomado la molestia —le dijo Hideyoshi, apresurándose a saltar del lomo de la vaca.

Una vez dentro de la casa, le dejaron a solas en una habitación. El murmullo del agua parecía limpiarle los oídos. El viento agitaba las cañas de bambú que rozaban la ventana. Aquello tenía ciertamente todo el aspecto de un tranquilo retiro en la montaña. En un hueco enmarcado por columnas de pino y con ásperas paredes de arcilla colgaba un pergamino en el que un sacerdote Zen había pintado el ideograma de la palabra «sueño».

Hideyoshi se preguntó cómo podía Hanbei estar allí sin aburrirse mortalmente. Le intrigaban sobremanera los pensamientos del hombre que vivía en semejante lugar, y pensó que él sería incapaz de permanecer entre aquellos muros más de tres días. Incluso durante el tiempo que estuvo a solas no supo qué hacer consigo mismo. Aunque le sosegaban los cantos de los pájaros y los susurros de los pinos, su mente había volado a Sunomata y luego ido al monte Komaki, mientras su sangre hervía con los vientos y las nubes de la época. Hideyoshi estaba totalmente desacostumbrado a aquella clase de paz.

—Perdonadme por haberos hecho esperar —dijo a sus espaldas la voz de un hombre joven.

Hanbei estaba allí. Hideyoshi ya sabía que era joven, pero al oír su voz este hecho le impresionó todavía más. Su anfitrión tomó asiento, dejándole el lugar de honor.

Hideyoshi habló apresuradamente, comenzando con una salutación formal.

—Soy un servidor del clan Oda. Me llamo Kinoshita Hideyoshi.

Hanbei le interrumpió en un tono suave.

—¿No creéis que podemos omitir las rígidas formalidades? Desde luego, ésa no ha sido mi intención al invitaros hoy a venir.

Hideyoshi tuvo la sensación de que esa réplica ya le había colocado en desventaja. La táctica de apertura que siempre empleaba con sus interlocutores ya había sido utilizada con él por su interlocutor.

—Soy Takenaka Hanbei, el señor de esta cabaña. Es un honor teneros hoy aquí.

—No, me temo que he sido muy obstinado al presentarme ante vuestra puerta y os he importunado mucho.

Hanbei se echó a reír.

—A decir verdad, habéis sido un verdadero fastidio. Pero ahora que nos vemos, debo decir que es un alivio recibir a un invitado de vez en cuando. Acomodaos, por favor. A propósito, mi honorable visitante, ¿en qué consiste esa búsqueda que os ha hecho subir hasta mi cabaña? La gente dice que en las montañas no hay más que el trinar de los pájaros.

Había ocupado un asiento más bajo que el de su invitado, pero sus ojos tenían una expresión



regocijada y parecía divertido por aquel hombre que se presentaba como salido de la nada. Hideyoshi le observaba atentamente. Desde luego, el físico de Hanbei no parecía muy robusto. Tenía la piel flácida y el rostro pálido, pero era apuesto, y el color rojo de su boca era especialmente llamativo.

En conjunto, su porte debía de ser el resultado de una buena crianza. Sus ademanes eran sosegados, hablaba despacio y con una sonrisa, pero existía la duda de que la superficie de aquel ser humano llegara a manifestar la verdad subyacente, de la misma manera que, por ejemplo, hoy la montaña parecía lo bastante apacible para pasear por ella sin la menor preocupación, pero el otro día una tormenta atronaba en el valle y el viento era tan fuerte que los árboles parecían aullar.

—Veréis, de hecho,.. —Hideyoshi sonrió brevemente y enderezó un poco los hombros—. He venido a veros por orden del señor Nobunaga. ¿No vais a bajar de esta montaña? El mundo no permitirá que un hombre de vuestras capacidades lleve una vida ociosa en las montañas desde una edad tan temprana. Un día u otro tendréis que servir como samurai. Y cuando llegue ese día, ¿a quién serviréis si no es al señor Nobunaga? Así pues, he venido para animaros a que sirváis al clan Oda. ¿No tenéis la sensación de estar una vez más entre las nubes de la guerra?

Hanbei se limitó a escucharle y sonreír misteriosamente. A pesar de su facilidad verbal, Hideyoshi notaba que aquella clase de adversario disminuía de un modo considerable su entusiasmo. El hombre era como un sauce bajo el viento. Era imposible saber si atendía a lo que le estaban diciendo o no. Hideyoshi guardó silencio y esperó sumisamente la respuesta. Se comportó hasta el mismo fin como una hoja de papel en blanco, enfrentándose a aquel hombre sin estratagema ni afectación algunas.

Durante ese tiempo soplaba en la estancia una brisa ligera, debida al abanico que manipulaba Hanbei, el cual había colocado previamente tres trozos de carbón en un brasero y, tras dejar las tenazas, abanicaba el brasero lo suficiente para encender el fuego sin levantar las cenizas. El agua de la tetera había empezado a hervir. Entretanto Hanbei había cogido la servilleta usada para la ceremonia del té y limpiado los pequeños cuencos para los dos. Parecía como si fuese capaz de juzgar la temperatura del agua por el sonido de su hervor. Era un hombre airoso y aparentemente sin tacha, pero muy pausado.

Hideyoshi notaba que los pies se le empezaban a dormir, pero le costaba encontrar una oportunidad para seguir hablando y, antes de que se diera cuenta, lo que había expresado con tanto detalle había salido volando en la dirección del viento entre los pinos. Parecía que nada quedaba en los oídos de Hanbei.

—Quisiera saber si tenéis algo que decir respecto a las cosas de las que acabo de hablaros. Estoy seguro de que aludir a vuestra recompensa, tanto en estipendio como en rango, e intentar atraeros con dinero, no es la manera adecuada de apresurar vuestro regreso del retiro, por lo que no voy a mencionar tales cosas. Ahora bien, es cierto que Owari es una provincia pequeña, pero va a controlar la nación en el futuro porque nadie excepto mi señor tiene la capacidad para hacerlo. Así pues, es un derroche que viváis recluido en las montañas cuando reina el caos en este mundo. Deberíais bajar por el bien de la nación.

Su anfitrión se volvió repentinamente hacia él mientras hablaba, y Hideyoshi retuvo el aliento sin darse cuenta, pero Hanbei le ofreció un cuenco de té.

—Tomad un poco de té —le dijo.

Entonces, tomando a su vez un cuenco, Hanbei sorbió el té casi como si lamiera el recipiente y lo saboreó varias veces, como si no hubiera absolutamente nada más en sus pensamientos.

—Mi honorable invitado...

—Decidme.

—¿Os gustan las orquídeas? En primavera son hermosas, pero en otoño también son muy bonitas.

—¡Las orquídeas! ¿Qué queréis decir con eso?

—Me refiero a las flores. Cuando uno se interna tres o cuatro leguas en la montaña, en los precipicios y los riscos hay orquídeas que retienen el rocío de los tiempos antiguos. Le pediré a mi sirviente, Kokuma, que coja una y la plante en un tiesto. ¿Os gustaría verla?

—No... —Hideyoshi hizo una pausa, titubeante—. No tengo ocasión de contemplar orquídeas.

—¿Ah, no?

—Confío en poder hacerlo algún día, pero el hecho de que mis sueños corran al campo de batalla incluso cuando estoy en casa prueba que soy todavía un joven impetuoso. No soy más que un humilde servidor del clan Oda y no comprendo los sentimientos de los hombres ociosos.

—Bien, eso no está falto de razón. Pero ¿no creéis que es un despilfarro personal para un hombre como vos estar tan atareado en la búsqueda de fama y beneficios? La vida en las montañas tiene un profundo significado. ¿Por qué no abandonáis Sunomata y venís a construir una choza en esta montaña?

«¿No es la franqueza lo mismo que la estupidez? Y en última instancia, ¿no equivale la carencia de estrategia a la falta de sabiduría? Tal vez la sinceridad por sí sola no basta para llamar a la puerta del corazón humano. No lo entiendo.» Así pensaba Hideyoshi mientras bajaba en silencio la montaña. Sus esfuerzos habían sido infructuosos. Su visita a la casa de Hanbei había sido inútil. Lleno de indignación, se volvió y miró atrás. Ahora no sentía más que enojo, no tenía ningún remordimiento. Había sido despedido cortésmente tras su primera entrevista. Pensó que tal vez no volvería a ver a Hanbei, y se dijo que no, que la próxima vez examinaría su cabeza cuando la depositaran ante su escabel de campaña en el campo de batalla. Se prometió que así sería mientras se mordía el labio. ¿Cuántas veces había recorrido aquel camino con la cabeza baja, mostrando una cortesía perfecta y ocultando su vergüenza? Ahora el camino sólo le irritaba. Se volvió de nuevo.

—¡Eres un gusano! —gritó con la desesperación de la impotencia.

Tal vez recordaba el rostro pálido y el cuerpo enfermizo de Hanbei. La misma cólera que sentía le hizo apretar el paso. Entonces, al doblar una curva del camino en cuyo lado exterior había un precipicio, de repente pareció recordar algo que había reprimido desde que salió de la casa de Hanbei. Se detuvo y, desde lo alto del precipicio, orinó en el valle que se extendía debajo. El chorro arqueado se convirtió en una neblina susurrante a medio camino hacia el suelo. Hideyoshi se concentró en lo que estaba haciendo, pero cuando hubo terminado exclamó: «¡Basta de quejas!» Entonces apretó el paso todavía más y bajó velozmente hasta el pie de la montaña.

Una vez en casa de Moemon, le dijo a Saya:

—Este viaje ha resultado inesperadamente demasiado largo. Mañana nos levantaremos temprano para volver a casa.

Como el aspecto de su señor era tan enérgico, Saya pensó que la entrevista con Hanbei debía de haber ido bien y se alegró mucho. Hideyoshi y Saya pasaron la velada con Moemon y su familia, y luego se retiraron a dormir. Hideyoshi concilio el sueño sin pensar en nada. A Saya le sorprendieron tanto los ronquidos de su señor que de vez en cuando abría los ojos, pero al pensar en ello comprendió que la preocupación y la fatiga física de ascender a diario el monte Kurihara debían de haber sido

considerables, e incluso él se sintió conmovido.

Pensó que el intento de triunfar, aunque sólo fuese un poco, debía de ser algo extraordinario, pero no tenía idea de que los esfuerzos de su amo habían terminado en un fracaso. Antes de que amaneciera, Hideyoshi ya estaba terminando sus preparativos de viaje. El rocío cubría el suelo cuando salieron del pueblo. Sin duda muchas de las familias aún dormían profundamente.

—Espera, Saya.

Hideyoshi se detuvo de súbito y se quedó un rato inmóvil de cara al sol naciente. El monte Kurihara aún estaba a oscuras por encima del mar de bruma matinal. Detrás de las montañas, el sol en ascenso coloreaba brillantemente las nubes pasajeras.

—No, estaba equivocado —musitó Hideyoshi—. He venido para persuadir a una persona a la que es muy difícil persuadir, pero esa característica suya es natural. Tal vez mi propia sinceridad es todavía insuficiente. ¿Cómo puedo lograr grandes cosas con tal estrechez de miras?

Giró sobre sus talones y le dijo a Saya:

—Voy a subir una vez más al monte Kurihara. Tú regresa primero.

Tras decir esto se alejó bruscamente por el camino, a paso vivo, atravesando la niebla matinal en las cuestas de la montaña. Así pues, subió de nuevo la ladera y no tardó mucho en llegar a la mitad del monte. Cuando estaba en el borde de un ancho y herboso pantano cercano a la casa de Hanbei, oyó una voz que le llamaba desde cierta distancia.

Era Oyu, y estaba en compañía de Kokuma. La muchacha tenía un cesto con hierbas colgado del brazo y montaba la vaca, cuyas riendas sujetaba Kokuma.

—Vaya, qué sorpresa. Vuestro empeño es asombroso, señor. Hasta mi maestro ha dicho que habéis tenido suficiente y que probablemente no volveríais por aquí.

Oyu desmontó del lomo de la vaca y le saludó como de costumbre, pero Kokuma se dirigió a él en tono suplicante.

—Por favor, señor, no vayáis hoy. Ha dicho que anoche tuvo fiebre por haber hablado con vos durante largo tiempo. Incluso esta mañana su estado de ánimo era horrible y me ha reñido.

—No seas grosero —le reprendió Oyu, y presentó disculpas a Hideyoshi, pidiéndole de una manera indirecta que no visitara a su hermano—. No es que haya enfermado por hablar con vos, pero parece haberse resfriado un poco. Hoy guarda cama, así que le diré que queríais verle, pero hoy no, por favor.

—Supongo que sería una molestia. Abandonaré la idea y me iré, pero...

Sacó un pincel y un estuche de tinta del interior de su kimono y escribió un poema en un trozo de papel.

En una vida de indolencia no existe el ocio. Eso debería dejarse a las aves y las bestias. Uno puede recluirse incluso entre una multitud. Hay tranquilidad en las calles de una ciudad. Las nubes de la montaña están libres de ataduras mundanas. Vienen y van a su antojo. ¿Cómo puede uno limitar el lugar donde enterrar los propios huesos a las verdes montañas?

Sabía muy bien que el poema era malo, pero expresaba sus sentimientos. Añadió una cosa más:

¿Cuál es el destino de las nubes que abandonan las cumbres? ¿Hacia el oeste? ¿Hacia el este?

—Estoy seguro de que se reirá de mí y me llamará insolente y desvergonzado, pero ésta es la última vez que le molesto. Esperaré aquí su respuesta, y si veo que me será imposible completar la orden de mi señor, cometeré el seppuku aquí mismo, al lado de este pantano. Así pues, por favor, ve e intercede por mí una vez más.

Se mostraba incluso más serio que el día anterior, y no había la menor falsedad en el uso de la palabra seppuku, que había pronunciado de una manera casi inconsciente, impulsado por su propio ardor.

Oyu no sólo no le desdeñaba, sino que sentía una profunda simpatía por él, y acudió al lado del lecho donde yacía su hermano para entregarle la misiva. Hanbei leyó la carta una sola vez y no dijo absolutamente nada. Mantuvo los ojos cerrados durante casi media jornada. Oscureció y el día se diluyó en una noche iluminada por la luna.

—Vete a buscar la vaca, Kokuma —dijo Hanbei de repente.

Como era evidente que se disponía a salir, Oyu se alarmó y abrigó a su hermano con prendas de algodón acolchadas y un grueso kimono. Entonces Hanbei partió a lomos de la vaca. Guiado por Kokuma, descendió la vertiente de la montaña hacia el pantano. A lo lejos, sobre un montículo herboso, distinguió la figura de alguien que no había comido ni bebido, sentado con las piernas cruzadas como un sacerdote Zen bajo la luna. Si un cazador le hubiera descubierto desde cierta distancia, habría pensado que Hideyoshi era un blanco perfecto. Hanbei desmontó de la vaca y se encaminó hacia él. Entonces se arrodilló ante Hideyoshi e hizo una reverencia.

—Señor visitante, hoy he sido descortés. No estoy seguro de qué clase de promesa esperáis de alguien que es tan sólo un hombre consumido que vive en las montañas, pero vuestra conducta ha superado mis merecimientos. Se dice que un samurai morirá por alguien que realmente le conoce. No quiero que muráis en vano, y grabaré esto en mi corazón. Y, no obstante, en otro tiempo serví al clan Saito. Ahora no digo que serviré a Nobunaga. Voy a servirlos a vos y dedicaré este cuerpo enfermo a vuestra causa. He venido aquí tan sólo para deciros esto. Por favor, perdonad mi grosería de los últimos días.

\* \* \*

Transcurrió largo tiempo sin que hubiera lucha. Tanto Owari como Mino reforzaron sus defensas y permanecieron inactivos durante las nevadas y los gélidos vientos invernales. La tregua no oficial hizo que aumentara el número de viajeros y recuas de caballos de carga entre las dos provincias. Pasó el Año Nuevo y por fin los capullos de los ciruelos se colorearon. Los lugareños de Inabayama creían que el mundo seguiría tranquilo durante otros cien años.

El sol primaveral alcanzó los blancos muros del castillo de Inabayama y los envolvió en una atmósfera de indolencia y hastío. En días como aquél, cuando los lugareños miraban el castillo se preguntaban por qué habían construido una fortaleza en la cima de una montaña. Eran sensibles a los estados de ánimo del castillo. Cuando aquel elemento central de sus vidas estaba bajo tensión, lo percibían de inmediato; cuando estaba lleno de lasitud, también ellos se volvían apáticos. Por muchos avisos oficiales que se fijaran día y noche, nadie los tomaba nunca en serio.

Mediaba el día. Las grullas blancas y las aves acuáticas parloteaban en el estanque. Las hojas de melocotonero caían como una lluvia. Aunque la huerta estaba cercada dentro de los muros del castillo,

pocos eran los días sin viento en la cima del monte Inabayama. En una casa de té que se alzaba en el melocotonar, Tatsuoki yacía sumido en el estupor de una borrachera.

Saito Kuroemon y Nagai Hayato, dos de los principales servidores de Tatsuoki, estaban buscando al señor de Inabayama. Puede que las consortes de Tatsuoki no rivalizaran con «el harén de las tres mil bellezas» de la leyenda china, pero ciertamente allí no faltaba la belleza. Si se incluyera a las camareras, su número superaría al de los frutos del melocotonar. Sentadas en grupos, aguardaban, abandonadas y aburridas, a que despertara un solo durmiente ocioso.

—¿Dónde está Su Señoría? —preguntó Kuroemon.

—Su Señoría parece fatigado —respondió el asistente—. Se ha quedado dormido en la casa de té.

—¿Quieres decir que está borracho?

Kuroemon y Hayato se asomaron a la casa de té y descubrieron a Tatsuoki en medio de un grupo de mujeres, tendido y con un tamboril por almohada.

—Bueno, volveremos más tarde —dijo Kuroemon, y los dos hombres empezaron a marcharse.

—¿Quién es? ¡Oigo voces de hombres! —Tatsuoki alzó el rostro arrebolado, las orejas de un rojo brillante—. ¿Eres tú, Kuroemon? ¿Y Hayato? ¿A qué habéis venido? Estamos contemplando las flores. ¡Y necesitáis sake!

Los dos habían acudido para sostener una conversación privada, pero cuando él les habló de ese modo se abstuvieron de informarle sobre las noticias llegadas de la provincia enemiga.

—Tal vez esta noche.

Pero la noche volvió a estar dedicada por entero a la bebida.

—Quizá mañana.

Aguardaron en vano, pero a mediodía tuvo lugar un concierto extravagante. No había un solo día de la semana en el que Tatsuoki se ocupara de los asuntos de estado, cosa que dejaba en manos de sus servidores principales. Por suerte, muchos de ellos eran veteranos que habían servido al clan Saito durante tres generaciones y mantenían el poder del clan en medio del caos. Los servidores dejaban que Tatsuoki se dedicara a sus aficiones y nunca se permitían el lujo de dormir en un buen día primaveral.

Según la información recogida por los espías de Hayato, el clan Oda había aprendido de la amarga experiencia de la derrota el verano anterior y se había dado cuenta de la inutilidad de volver a intentarlo.

—No ha hecho más que perder tropas y dinero en sus ataques contra Mino, por lo que quizá ha renunciado definitivamente —concluyó Hayato, el cual llegó a creer gradualmente que Nobunaga había abandonado sus planes de conquista porque se le había agotado el dinero.

Aquella primavera Nobunaga había invitado al castillo a un maestro de la ceremonia del té y poeta, y se pasaba el día practicando la ceremonia del té y celebrando certámenes de composición de poemas. En la superficie, por lo menos, Nobunaga aprovechaba aquel periodo de paz para disfrutar de la vida, como si no tuviera ninguna otra preocupación en el mundo.

\*

\*

\*

Inmediatamente después del Festival de los Difuntos, a mediados del verano, unos mensajeros portadores de despachos urgentes galoparon desde el monte Komaki a todos los distritos de Owari. En la ciudad fortificada reinaba la agitación. La investigación de los viajeros que cruzaban la frontera se

estaba haciendo más estricta. Los servidores iban y venían, y sus conferencias en el castillo a altas horas de la noche eran frecuentes. Se estaban requisando los caballos. Los samurais presionaban a los armeros para que se dieran prisa con las armaduras y armas cuya reparación les habían encargado.

—¿Qué sabéis de Nobunaga? —preguntó Hayato a sus espías.

—Nada ha cambiado en el castillo —le respondieron, aunque con menos confianza—. Las lámparas arden hasta las primeras horas de la mañana, y el sonido de flautas y tambores resuena sobre las aguas del foso.

A comienzos del otoño corrió la noticia:

—¡Nobunaga se dirige al oeste con un ejército de diez mil hombres! Han establecido su base en el castillo de Sunomata. ¡En estos mismos momentos están cruzando el río Kiso!

Tatsuoki, quien normalmente sentía una indiferencia absoluta hacia el mundo exterior, se puso histérico cuando finalmente tuvo que enterarse de lo que ocurría. También sus consejeros estaban consternados, pues todavía tenían que tomar las contramedidas apropiadas.

«Puede que sea una mentira —se dijo Tatsuoki—. El clan Oda no puede reunir un ejército de diez mil hombres. Hasta ahora han sido incapaces de reunir un ejército tan considerable para cualquier batalla.»

Pero cuando sus espías le dijeron que esta vez los Oda habían reunido, en efecto, un ejército de diez mil hombres, Tatsuoki se sintió aterrado hasta la médula. Entonces consultó a sus servidores principales.

—Este ataque es una jugada temeraria. ¿Qué estamos haciendo para repelerlos?

Al final, como quien invoca a los dioses en tiempos turbulentos, envió convocatorias urgentes a los «tres hombres de Mino», a quienes de ordinario consideraba unos viejos desagradables a los que era preciso mantener a distancia.

—Hemos enviado mensajeros, naturalmente, pero ninguno de los tres se ha presentado todavía —replicaron sus servidores.

—¡Bien, ordenadles que vengan! —gritó Tatsuoki, y él mismo cogió un pincel y envió cartas a los «tres hombres».

Pero ni siquiera las misivas de Tatsuoki lograron que ninguno de ellos se apresurase a ir al castillo de Inabayama.

—¿Qué me decís del Tigre de Unuma?

—¿Ese? Finge estar enfermo y lleva algún tiempo confinado en su castillo. No podemos confiar en él.

Tatsuoki recuperó de repente su optimismo, como si se riese de la necedad de sus servidores o hubiera ideado súbitamente algún plan genial.

—¿Habéis enviado un mensajero al monte Kurihara? ¡Llamad a Hanbei! ¿Qué ocurre? ¿Por qué no hacéis lo que os ordeno? ¡No os andéis con dilaciones en unos momentos así! Enviad un hombre ahora mismo. ¡Ahora mismo!

—Enviamos un mensaje hace pocos días sin aguardar vuestra orden, informando al señor Hanbei de la urgencia de la situación e instándole a bajar de la montaña, pero...

—¿No quiere venir? —Tatsuoki se estaba impacientando—. ¿Por qué será? ¿Por qué creéis que no viene en seguida al frente de su ejército? Es mi leal servidor, ¿no?

Tatsuoki parecía entender que las palabras «leal servidor» significaban alguien que en general hablaba con franqueza y le ofendía con su aspecto desagradable, pero que, en momentos de emergencia, sería el primero en presentarse por muy lejos que estuviera.

—Enviemos a otro mensajero —insistió Tatsuoki.

Los servidores principales lo consideraban inútil, pero enviaron un cuarto mensajero al monte Kurihara. El hombre regresó cabizbajo.

—Por fin he podido verle, pero tras leer vuestra orden no dio ninguna respuesta —informó el mensajero—. Se limitó a verter lágrimas y dijo algo sobre los desdichados dirigentes de este mundo.

Tatsuoki recibió esta noticia como si se hubieran burlado de él. Rojo de ira, reconvino a sus hombres.

—¡No deberíais fiaros de hombres enfermos!

Los días transcurrieron rápidamente, atareados con estas idas y venidas. El ejército de Oda ya había empezado a cruzar el río Kiso y se habían producido los primeros combates encarnizados con las fuerzas del clan Saito. A cada hora llegaban a Inabayama informes de las derrotas de su ejército.

Tatsuoki no podía dormir y tenía los ojos vidriosos. Pronto empezaron a reinar en el castillo la confusión y la melancolía. Tatsuoki ordenó que rodearan con cortinas el melocotonar, y se sentaba allí en su escabel de campaña, rodeado de vistosas armaduras y servidores.

—Si nuestras fuerzas son insuficientes, exigid más a cada uno de nuestros distritos. ¿Hay suficientes tropas en la ciudad fortificada? No será necesario que pidamos tropas en préstamo al clan Asai, ¿verdad? ¿Qué opináis?

Su voz era aguda y temblorosa a causa del terror y el pesimismo que experimentaba. Los servidores tenían que encargarse de que el estado de ánimo de Tatsuoki no influyera a sus guerreros.

Al caer la noche vieron fuegos desde el castillo. El avance de las tropas de Oda prosiguió día y noche, desde Atsumi y la llanura de Kano al sur, extendiéndose por los afluentes del río Nagara hacia Goto y Kagamijima al oeste. A medida que el ejército de Oda avanzaba, los fuegos que encendían se convertían en una marea de llamas que abrasaban el cielo. Hacia el séptimo día del mes, los hombres de Oda cercaron Inabayama, el principal castillo del enemigo.

Era la primera vez que Nobunaga estaba al frente de un ejército tan numeroso. Este hecho por sí solo permite comprender su determinación de triunfar. Para Owari, eso significaba la movilización de toda la provincia. Si eran derrotados, tanto Owari como los Oda dejarían de existir.

Una vez que el ejército llegó a Inabayama, su avance se detuvo y durante varios días ambos bandos libraron violentos combates. La fortaleza natural y los curtidos veteranos de Saito demostraron su valía. Pero lo que resultaba especialmente perjudicial para los Oda era la inferioridad de su armamento. La riqueza de Mino había permitido al clan Saito comprar una cantidad considerable de armas de fuego.

Los Saito tenían un regimiento de mosqueteros, del que carecían las fuerzas de Oda, y dispararon contra los atacantes desde la ladera de la montaña cuando se aproximaban a la ciudad fortificada. Akechi Mitsuhide, el hombre que había creado el regimiento, había abandonado Mino mucho tiempo atrás para convertirse en ronin. Sin embargo, el culto joven se había entregado al estudio de las armas de fuego, y la base del regimiento era sólida.

En cualquier caso, al cabo de varios días de calor ardiente y combates cuerpo a cuerpo, las tropas de Oda empezaron a cansarse. Si el clan Saito hubiera pedido entonces refuerzos a Omi o Ise, los diez mil hombres jamás habrían vuelto a ver Owari.

Lo más amenazador de todo eran las formas de los montes Kurihara, Nangu y Bodai que se alzaban a lo lejos.

—Realmente no debe preocuparos nada en esa dirección —aseguró Hideyoshi a Nobunaga.

Pero Nobunaga estaba inquieto.

—Un asedio no es la estrategia correcta, pero impacientarme sólo perjudicará a mis tropas. No veo cómo podemos tomar la fortaleza, por mucho que lo intentemos.

Se celebraban consejos de campaña una y otra vez, pero a nadie se le ocurría una buena idea. Finalmente fue aprobado un plan de Hideyoshi y poco después éste desapareció una noche de la avanzada.

Hideyoshi partió del cruce de los caminos de Unuma y Hida, que estaba a cuatro o cinco leguas del extremo de la sierra donde se hallaba Inabayama, acompañado tan sólo por nueve hombres de confianza. Empapados en sudor, subieron con dificultad el monte Zuiryuji, el cual se encontraba tan alejado de Inabayama que en él no habría vigilancia. Entre los hombres que acompañaban a Hideyoshi estaban Hikoemon y su hermano menor, Matajuro. Actuaba como guía un hombre que recientemente se había puesto incondicionalmente al servicio de Hideyoshi y se sentía en deuda con él, Osawa Jirozaemon, el Tigre de Unuma.

—Id desde la base de esa enorme grieta hacia el valle. Cruzad el arroyo que hay más allá y dirigios al pantano.

Cuando creían haber llegado al extremo del valle y del camino, vieron unas enredaderas de glicinas aferradas a un risco. Al rodear una cima encontraron un sendero oculto que conducía al valle y pasaba a través de una plantación de bambúes listados de baja altura.

—A unas dos leguas a lo largo de este sendero está la parte trasera del castillo. Si recorréis esa distancia siguiendo este plano de la montaña, encontraréis un conducto de agua que penetra en el castillo. Ahora, con vuestro permiso, me marchó.

Osaba dejó al grupo y regresó solo. Era un hombre con un profundo sentido de la lealtad. Aunque estaba al servicio de Hideyoshi y era completamente sincero, en el pasado había jurado fidelidad al clan Saito. Sin duda le había resultado penoso conducir a aquellos hombres al sendero secreto que conducía a la parte trasera del castillo de sus antiguos señores. Hideyoshi así lo había supuesto y le dijo a propósito que regresara antes de que llegaran a su destino.

Dos leguas no era demasiada distancia, pero el sendero apenas se distinguía entre la vegetación. Durante su ascensión, Hideyoshi consultaba el plano una y otra vez, buscando el sendero oculto. Sin embargo, por mucho que los comparase, el plano y el terreno de la montaña no coincidían.

No encontraba el arroyo de montaña que había de ser su hito orientador. Se habían extraviado. Entretanto, el sol empezó a ponerse y el frío se intensificó. Hideyoshi no había pensado en la posibilidad de perderse, pues su mente se concentraba en las tropas que sitiaban el castillo de Inabayama. Si cuando saliera el sol a la mañana siguiente algo iba mal, perjudicaría en gran manera a sus camaradas.

—¡Esperad! —dijo uno de los hombres, tan repentinamente que todos se quedaron paralizados—. Veo una luz.

No había ningún motivo para que hubiera una luz en medio de las montañas, sobre todo cerca de un sendero secreto que conducía al castillo de Inabayama. Sin duda se habían aproximado mucho al castillo y aquél era un puesto de guardia enemigo.

Los hombres se apresuraron a ocultarse. En comparación con los ronin, que eran ágiles en extremo cuando escalaban las montañas o simplemente caminaban, Hideyoshi se sentía en desventaja.

—Sujetaos a esto —dijo Hikoemon, extendido el asta de su lanza.



Hideyoshi lo aferró con fuerza y Hikoemon trepó por el precipicio, tirando de Hideyoshi tras él. Salieron a una planicie. La noche avanzaba y la luz que antes habían visto parpadeaba brillantemente desde una grieta de la montaña al oeste.

Suponiendo que la luz procedía de un puesto de guardia, el sendero ciertamente sólo iría en una dirección.

—No tenemos alternativa —dijeron, decididos a abrirse paso.

—Esperad. —Hideyoshi se apresuró a sosegarlos—. Lo más probable es que sólo haya unos pocos hombres en el puesto de guardia, insuficientes para preocuparnos, pero no debemos permitir que hagan señales a Inabayama. Si hay una señalización con fuego estará cerca de la choza, así que primero busquémosla y dejemos allí dos hombres. Entonces, para evitar que algún guardián corra al castillo, la mitad de vosotros os quedaréis detrás de la casa.

Los hombres asintieron y se alejaron sigilosamente como animales silvestres, cruzaron una hondonada y entraron en el valle. La fragancia del cáñamo en los campos era inesperada, y había parcelas de mijo, puerros y ñames.

Hideyoshi ladeó la cabeza. La choza, rodeada de campos y de construcción rudimentaria, no parecía un puesto de guardia.

—No os apresuréis. Voy a echar un vistazo.

Hideyoshi avanzó arrastrándose entre el cáñamo, procurando no hacer ruido. Por lo que podía ver del interior de la choza, estaba claro que era una casa de campo, y muy deteriorada, por cierto. Distinguió a dos personas a la luz de una lámpara. Una de ellas parecía ser una anciana tendida sobre una estera de paja. La otra, probablemente su hijo, estaba masajeando la espalda de la anciana.

Hideyoshi se olvidó por un momento de donde estaba y contempló tiernamente la escena. La anciana ya tenía el cabello blanco. Su hijo era muy musculoso, aunque no aparentaba más de dieciséis o diecisiete años. Hideyoshi no podía considerar a aquella madre y su hijo como unos desconocidos. De repente tenía la sensación de estar viendo a su propia madre en Nakamura y a él mismo de muchacho.

El joven alzó de repente la cabeza y dijo:

—Espera un momento, madre. Hay algo extraño.

—¿Qué es, Mosuke?

La anciana se incorporó un poco.

—De repente los grillos han dejado de chirriar.

—Probablemente es algún animal que intenta entrar otra vez en el almacén.

—No. —El muchacho sacudió la cabeza enérgicamente—. Si fuese un animal, no se acercaría mientras la luz está todavía encendida.

Se deslizó hacia el porche, dispuesto a salir, y cogió una espada.

—¿Quién anda por ahí afuera a hurtadillas? —preguntó.

Hideyoshi se levantó de súbito en la parcela de cáñamo.

Sobresaltado, el joven se quedó mirándole fijamente. Al cabo murmuró:

—¿Qué pasa aquí? Ya me parecía que había alguien ahí afuera. ¿Eres un samurai de Kashihara?

En vez de responderle, Hideyoshi se volvió e hizo una seña con la mano a los hombres ocultos detrás de él.

—¡Rodead la choza! ¡Si alguien sale corriendo, matadlo!

Los guerreros se levantaron en la parcela de cañamo y rodearon la choza en un instante.

—Rodear la casa con semejante despliegue... —dijo Mosuke, casi como si desafiara a Hideyoshi, el cual se había aproximado a la casa—. Aquí no estamos más que mi madre y yo. No hay nada merecedor de que la rodeen tantos hombres. ¿Qué andas buscando aquí, samurai?

Su actitud, mientras permanecía de pie en el porche, no era nada confusa. Por el contrario, era casi demasiado serena. Su desprecio hacia los intrusos resultaba evidente.

Hideyoshi se sentó en el borde del porche.

—No, muchacho —le dijo—. Sólo tomamos precauciones. No queríamos asustarte.

—No estoy nada asustado, pero mi madre se ha llevado un sobresalto —replicó sin asomo de temor—. Si vais a pedir disculpas, pedídselas a mi madre.

El chico no parecía ser un simple campesino. Hideyoshi echó un vistazo al interior de la choza.

—Vamos, vamos, Mosuke, ¿por qué eres tan descortés con un samurai? —le dijo la anciana, y entonces se volvió hacia Hideyoshi—. No sé quiénes sois, pero mi hijo nunca se mezcla con la sociedad mundana y no es más que un testarudo muchacho campesino que desconoce los buenos modales. Os ruego que le perdonéis, señor.

—¿Sois la madre de este joven?

—Sí, señor.

—Decís que es sólo un muchacho de campo que desconoce los buenos modales, pero a juzgar por su manera de hablar y su compostura, resulta difícil creer que sois campesinos ordinarios.

—Nos ganamos a duras penas la vida cazando en invierno y haciendo carbón para venderlo en el pueblo en verano.

—Puede que así sea ahora, pero no antes. Como mínimo, desde luego pertenecéis a una familia de casta. No soy un servidor de los Saito, pero debido a ciertas circunstancias me he extraviado en estas montañas. No tenemos intención de haceros daño. Si no os importa, ¿me haríais el favor de decirme quiénes sois?

Mosuke, que había permanecido sentado al lado de su madre, preguntó de improviso:

—Señor samurai, también vos habláis con acento de Owari. ¿Acaso sois de allí?

—Sí, nací en Nakamura.

—¿Nakamura? No lejos de nuestro pueblo. Yo nací en Gokiso.

—Entonces somos de la misma provincia.

—Si sois un servidor de Owari, os lo diré todo. Mi padre se llamaba Horio Tanomo. Sirvió al señor Oda Nobukiyo en la fortaleza de Koguchi.

—Qué extraño, si vuestro padre fue un servidor del señor Nobukiyo, entonces sin duda vos también seréis un servidor del señor Nobunaga.

Hideyoshi pensó con satisfacción que había encontrado allí a una buena persona.

Cuando le nombraron gobernador de Sunomata, buscó hombres capacitados que le sirvieran. Su método no consistía en emplearlos primero y luego juzgarlos. Si confiaba en un hombre, le empleaba de inmediato y luego gradualmente se servía de él. Había actuado de la misma manera cuando eligió mujer para casarse. Tenía un verdadero talento para distinguir la auténtica valía de la imitación.

—Sí, comprendo, pero creo que, como madre de Mosuke, no querréis que se pase la vida quemando carbón y cazando. ¿Por qué no me confiáis a vuestro hijo? Sé que eso sería llevarme todo lo que tenéis.

Mi categoría no es alta, pero soy un servidor del señor Oda Nobunaga, Kinoshita Hideyoshi de nombre. Mi estipendio es bajo, y me considero como alguien que sale al mundo sin más armas que una lanza. ¿Quieres servirme?

Hideyoshi aguardó la respuesta, mirando a madre e hijo.

—¿Qué? ¿Yo?

Mosuke no podía dar crédito a sus oídos, y la anciana, tan feliz que se preguntaba si aquello era un sueño, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Si pudiera servir al clan Oda, mi marido, que murió deshonrado en combate, sería muy feliz. ¡Mosuke! Acepta esta oferta y limpia el nombre de tu padre.

Mosuke, por supuesto, no hizo ninguna objeción y pronunció de inmediato el juramento de fidelidad como servidor.

Entonces Hideyoshi dio al muchacho su primera orden.

—Nos dirigimos a la parte trasera del castillo de Inabayama. Tenemos un plano de las montañas, pero no podemos encontrar el sendero. Es una tarea bastante difícil para ser tu primer acto de servicio, pero debes guiarnos allí. Cuento contigo.

Mosuke estudió el mapa durante un rato, lo dobló y lo devolvió a Hideyoshi.

—Comprendo. ¿Alguien necesita comer? ¿Habéis traído suficientes víveres para que cada uno tenga dos comidas?

Como se habían extraviado, casi habían agotado sus raciones.

—Sólo hay dos leguas y media hasta el castillo, pero será mejor que llevemos lo suficiente para dos comidas.

Mosuke se apresuró a hervir arroz y lo mezcló con mijo, pasta de alubias y ciruelas saladas, en cantidad suficiente para diez hombres. Entonces se echó al hombro una cuerda de cáñamo y se fijó al cinto pedernal, yesca y la espada de su padre.

—Me marchó, madre —dijo Mosuke—. Ir a combatir es un buen comienzo al servicio de mi señor, pero según sea mi destino de samurai, puede que ésta sea nuestra última despedida. Si eso llegara a suceder, te ruego que te resignes a la pérdida de tu hijo.

Era hora de partir, pero madre e hijo estaban, naturalmente, poco dispuestos a separarse. Hideyoshi apenas podía soportar la escena. Se alejó de la casa y contempló las montañas negras como la brea.

Cuando Mosuke se marchaba, su madre le llamó, tendiéndole una calabaza.

—Llévala de agua y llévatela —le dijo—. Tendréis sed por el camino.

Hideyoshi y los demás se alegraron. Hasta entonces habían padecido en más de una ocasión la falta de agua. Eran muy pocos los lugares donde brotaban manantiales entre los peñascos, pero cuanto más se aproximaran a la cima, menos agua habría.

Cuando llegaban a un risco, Mosuke arrojaba la cuerda, la ataba a las raíces de un pino y trepaba primero. Entonces tiraba de los demás.

—A partir de aquí, seguir el sendero es todavía más difícil —les advirtió—. Hay varios sitios, como el puesto de guardia en la cueva de Akagawa, donde los guardianes podrían capturarnos.

Al oír estas palabras, Hideyoshi comprendió la amplitud de la prudencia de Mosuke cuando, al ver el plano de la montaña, lo examinó un momento sin dar una respuesta inmediata. Todavía conservaba algunos rasgos infantiles, pero pensaba las cosas a fondo, y Hideyoshi sintió aún más afecto hacia él.

El agua de la calabaza acabó convirtiéndose en sudor en los diez hombres. Mosuke se limpió un torrente de perspiración del rostro y comentó:

—Será difícil que podamos luchar si estamos tan cansados. ¿Por qué no dormimos aquí?

—Nos iría bien dormir —convino Hideyoshi, pero entonces preguntó qué distancia quedaba todavía hasta la parte trasera del castillo.

—Está ahí abajo —dijo Mosuke, señalando el valle.

Todos estaban excitados, pero Mosuke les silenció con un gesto de la mano.

—Ya no podemos seguir hablando en voz alta, pues el viento llevará nuestras voces en la dirección del castillo.

Hideyoshi contempló el valle. Los oscuros árboles que lo cubrían parecían un lago insondable, pero cuando llevaba un rato mirando distinguió el contorno de un muro hecho con rocas enormes, una empalizada y algo parecido a un almacén entre los árboles.

—Aquí estamos directamente por encima del enemigo. Bueno, durmamos hasta el amanecer.

Los hombres se tendieron en el suelo, y Mosuke envolvió la calabaza vacía en un paño y la colocó bajo la cabeza de su señor. Todos durmieron un par de horas excepto Mosuke, el cual se mantuvo despierto, montando guardia a cierta distancia.

—¡Eh! —les llamó.

Hideyoshi alzó la cabeza.

—¿Qué pasa, Mosuke?

—Está saliendo el sol.

En efecto, el cielo nocturno empezaba a mostrar una tonalidad blanca. Un mar de nubes cubría las cimas e impedía ver por completo el valle detrás del castillo de Inabayama, que estaba por debajo de ellos.

—Bien, empecemos el asalto —dijo uno de los hombres, y Hikoemon y los demás, temblorosos de excitación, ataron los cordones de sus armaduras y se ajustaron las polainas.

—No, esperad —les dijo Hideyoshi—. Comamos primero.

Mientras salía el sol sobre el vasto océano de nubes, terminaron la segunda de las dos comidas que Mosuke había preparado la noche anterior. La calabaza estaba vacía, pero el arroz, mezclado con mijo y envuelto en hojas de roble, tenía un sabor tan agradable que creyeron que no lo olvidarían mientras vivieran.

Cuando hubieron terminado de comer, la bruma del valle empezó a disiparse. Vieron un precipicio y un puente colgante cubierto de enredaderas. Más allá del puente había un muro de piedra cubierto de espeso musgo. El lugar era oscuro y un fuerte viento soplaba continuamente.

—¿Dónde está el tubo de señales luminosas? —preguntó Hideyoshi—. Dádselo a Mosuke y enseñadle a manejarlo.

Hideyoshi se levantó y preguntó a Mosuke si entendía la manera de usar el tubo.

—Ahora bajaremos para abrirnos paso hacia el interior del castillo. Mantén el oído atento. En cuanto oigas gritos, enciende la bengala. ¿De acuerdo? No te equivoques.

—Entendido.

Mosuke asintió y se apostó al lado del tubo de señales. Al ver que su señor y los demás descendían llenos de ánimo al valle, pareció entristecerse un poco, pues le habría gustado acompañarles. Las nubes

empezaron a parecer olas embravecidas y por fin se hizo visible bajo ellos la planicie que se extendía entre Mino y Owari.

El otoño estaba todavía en sus comienzos y el sol brillaba intensamente. Muy pronto la ciudad fortificada de Inabayama, las aguas del río Nagara e incluso los cruces entre las casas se hicieron visibles. Sin embargo, no se veía un alma. El sol se alzó más.

Mosuke se preguntó nerviosamente qué estaba ocurriendo. El corazón le latía con fuerza. Entonces, de improviso, oyó los estampidos resonantes de armas de fuego. El humo de la bengala que disparó trazó una estela en el cielo azul, como un calamar que lanzara un chorro de tinta.

\* \* \*

Hideyoshi y sus hombres se habían encaminado a la parte posterior del castillo con una serenidad total en sus semblantes, mirando aquí y allá alrededor del amplio espacio donde crecía espesa la hierba.

Los primeros soldados del castillo de Inabayama que vieron al grupo creyeron que estaba formado por sus propios hombres. Apostados en el cercano almacén de combustible y arroz, comían sus raciones matinales y chismorreaban. Aun cuando la lucha se prolongaba desde hacía varios días, aquella era una ciudadela grande y toda la acción había tenido lugar alrededor del portal principal. Allí, en la parte posterior de la fortaleza natural, reinaba tal silencio que podían oírse los trinos de los pájaros.

Cuando se luchaba en la parte delantera del castillo, llegaba a los soldados que estaban detrás el sonido de las armas de fuego que traqueteaban desde el tortuoso camino que conducía al portal principal. Pero los pocos soldados que custodiaban la parte trasera creían que no intervendrían en la batalla hasta el mismo final.

—Vaya, les están haciendo sudar ahí delante —comentó uno de los soldados con satisfacción.

Mientras comían sus raciones, los soldados miraban a Hideyoshi y sus hombres, y finalmente empezaron a sospechar de ellos.

—¿Quiénes son?

—¿Te refieres a esos hombres de ahí?

—Sí. Es extraño esa manera de merodear, ¿no os parece? Están examinando el puesto de guardia al lado de la empalizada.

—Probablemente vienen del frente.

—Pero ¿quiénes son?

—Es difícil saberlo cuando visten armadura.

—¡En! ¡Uno de ellos ha salido de la cocina con una tea! ¿Qué se propone?

Estaban observando con los palillos en la mano, cuando el hombre provisto de la tea corrió al almacén de combustible y prendió fuego a los montones de leña. Los otros le siguieron, llevando antorchas que lanzaban a los demás edificios.

—¡Es el enemigo! —gritaron los guardianes.

Hideyoshi y Hikoemon se volvieron hacia ellos y se echaron a reír. ¿Cómo podía caer tan fácilmente aquella fortaleza al parecer inexpugnable? En primer lugar reinó la confusión en el interior del castillo a causa del incendio declarado en la parte trasera. Luego los gritos de Hideyoshi y sus hombres llenaron de pánico a los defensores, los cuales empezaron a pelear entre ellos, creyendo que debía de haber traidores

en sus filas. Pero el factor más importante de su derrota, algo que sólo se comprendió más tarde, fue el resultado del consejo que había dado alguien.

Varios días antes, el lerdo Tatsuoki había hecho trasladar a las esposas e hijos de los soldados que luchaban fuera del castillo, así como a las familias de los ciudadanos más ricos, a la fortaleza, en condición de rehenes, a fin de que sus soldados no se sometieran al enemigo.

Sin embargo, el hombre que había ideado esa jugada no era otro que Iyo, uno de los «tres hombres de Mino», el cual ya se había aliado con Hideyoshi. Así pues, esa «estrategia» no era más que un complot sedicioso. Por ello la confusión dentro del castillo durante el ataque fue terrible, y los defensores no pudieron oponer una resistencia total a los atacantes. Finalmente, Nobunaga, que siempre estaba buscando una oportunidad, envió una carta a Tatsuoki cuando mayor era la confusión:

Hoy tu clan inmoral es presa de las llamas del castigo divino y pronto será derrotado por mis soldados. Las gentes de esta provincia buscan una señal de lluvia que ponga fin a estos fuegos, y los gritos de alegría se alzan ya de la ciudad fortificada. Eres el sobrino de mi esposa. Durante muchos años me he compadecido de ti por tu cobardía y tu locura, y me resulta muy difícil ponerte bajo el filo de la espada. Preferiría perdonarte gustosamente la vida y concederte un estipendio. Si deseas vivir, ríndete y envía cuanto antes un mensajero a mi campamento.

En cuanto Tatsuoki leyó la carta, ordenó a sus hombres que se rindieran e hizo que los miembros de su familia abandonaran el castillo, acompañados tan sólo por una treintena de servidores. Nobunaga añadió una escolta de sus propios soldados y exilió a Tatsuoki a Kaisei, pero prometió que daría a su hermano menor, Shingoro, algunas tierras a fin de que el clan Saito no desapareciera.

Con la unificación de Owari y Mino, el valor de los dominios de Nobunaga ascendió un millón doscientas mil fanegas de arroz. Nobunaga trasladó su castillo por tercera vez, del monte Komaki a Inabayama, a la que dio el nuevo nombre de Gifu, tomado del lugar de nacimiento de la dinastía china Chou.

## «Sed un vecino amistoso»

La ciudad fortificada de Kiyosu estaba ahora desierta. Había pocas tiendas y residencias de samurais. Sin embargo, a través de esa misma soledad brillaba la satisfacción de una muda de piel. Es un principio de todos los seres vivos: una vez la placenta ha llevado a cabo su función, debe resignarse al deterioro y la desaparición. Y de una manera muy similar, todo el mundo se alegraba de que Nobunaga no fuese a quedar atrapado para siempre en su ciudad natal, aunque eso significara el declive de la ciudad.

Una mujer que había dado a luz en su juventud ahora envejecía en aquel lugar. Era la madre de Hideyoshi, quien aquel año cumpliría los cincuenta y por el momento vivía apaciblemente, en compañía de su nuera Nene, en su casa del distrito samurai de Kiyosu. Hasta sólo dos o tres años antes había sido una campesina y sus manos agrietadas por la tierra todavía eran muy ásperas. Tras haber parido cuatro hijos, le faltaban muchos dientes, pero su cabello aún no era del todo blanco.

Una carta que Hiyoshi le envió desde el campo era característica de sus misivas:

¿Cómo estás de la cadera? ¿Todavía usas moxa? Cuando vivíamos en la granja, siempre me decías que no desperdiciara la comida contigo, fuera lo que fuese. Así pues, incluso aquí me preocupa que no comas como es debido. Tienes que vivir una larga vida. Siento no tener tiempo para cuidarte como quisiera, porque soy tan zopenco. Por suerte, aquí no he estado enfermo. Mi destino de guerrero parece estar bendito, y Su Señoría me tiene en alta estima.

Sería difícil contar las cartas que envió después de la invasión de Mino.

—Lee esto, Nene, siempre escribe como un niño —le decía a su nuera la madre de Hideyoshi.

En cada ocasión la madre mostraba las cartas a su nuera, y Nene enseñaba a la anciana las cartas que le llegaban a ella.

—Las cartas que me envía no son tan tiernas ni mucho menos. Siempre me dice cosas como «ten cuidado con el fuego», «sé una esposa sumisa cuando tu marido está ausente» o «cuida de mi madre».

—Ese chico es listo. Nos envía una carta a cada una de nosotras, una severa y la otra tierna. De modo que, como se ocupa de los dos aspectos, supongo que hace una división equitativa al ponerse a escribir.

—Debe de ser eso —replicó Nene, riendo.

La joven cuidaba con afecto a la madre de su marido. Hacía cuanto estaba en su mano por atenderla como si ella, al igual que Otsumi, fuese su hija natural. Pero por encima de todo, el placer de la anciana procedía de las cartas de Hideyoshi. Precisamente cuando se preocupaban porque llevaban largo tiempo sin recibir ninguna, llegó una misiva desde Sunomata. Esta vez, sin embargo, la carta iba dirigida a Nene.

A veces Hideyoshi sólo escribía a su madre, sin adjuntar nada para su mujer. Los mensajes que le dirigía no solían ser más que posdatas en las cartas a su madre. Hasta entonces nunca había enviado una exclusivamente para su esposa. Nene pensó de repente que había ocurrido algún percance o había algo de lo que él no quería que su madre se preocupase. Se encerró en su habitación, abrió la envoltura y encontró una carta mucho más larga que de costumbre:

Durante largo tiempo he confiado en que tú y mi madre podríais vivir aquí conmigo. Ahora que por fin me he convertido en el señor de un castillo y Su Señoría me ha concedido la categoría de general, la

situación es lo bastante tolerable para traer a mi madre a Sunomata. Sin embargo, temo que este traslado la inquiete. Antes se preocupaba porque su presencia podría ser una carga para mí en el servicio a Su Señoría. Además, siempre ha dicho que sólo es una vieja campesina y que se sentiría fuera de lugar en el castillo. Por ello estoy seguro de que se negará con una excusa u otra, aunque se lo pida.

¿Qué debería decirle a su suegra? Nene no tenía la menor idea. La solicitud implícita de su marido le parecía realmente ardua.

En aquel momento la mujer la llamó desde la parte posterior de la casa.

—¡Nene! ¡Nene! ¡Ven un momento a ver esto!

—¡Ya voy!

Una vez más su suegra estaba revolviendo la tierra con una hoz alrededor de las berenjenas que maduraban en otoño. Eran las primeras horas de la tarde y aún hacía bastante calor. Hasta los terrones de la huerta estaban calientes. El sudor brillaba en las manos de la campesina.

—¿Qué haces aquí con este calor? —le preguntó Nene.

Pero la anciana siempre respondía que eso era lo que les gustaba hacer a los campesinos y que no se preocupara, y por muchas veces que lo repitiera no podía convencer a Nene, la cual no había nacido en el campo y desconocía el auténtico sabor de las tareas agrícolas, que a ella siempre le habían parecido un trabajo extenuante. Sin embargo, últimamente tenía la sensación de que empezaba a comprender, por lo menos un poco, por qué la madre de su marido era incapaz de poner fin al trabajo.

La anciana solía llamar a las cosechas «los dones de la tierra». El hecho de que hubiera podido criar a cuatro hijos a pesar de su gran pobreza y que ella misma no se hubiera muerto de hambre era uno de esos dones. Por la mañana juntaba las manos en dirección al sol para rezar, y decía que eso también era un hábito que tenía en Nakamura. No olvidaba su vida anterior.

En ocasiones decía que si se acostumbrara de repente a vestir prendas espléndidas, a tomar comidas succulentas y se olvidara de las bendiciones del sol y la tierra, sin duda sería castigada y enfermaría.

—¡Oh, Nene, mira esto! —En cuanto vio a su nuera, la madre de Hideyoshi dejó el azadón y señaló su obra con una expresión de júbilo—: Mira cuántas berenjenas han madurado. Vamos a encurtir las para comérmolas este invierno. Anda, trae los cestos y recogeremos unas cuantas ahora mismo.

Nene regresó y dio uno de los dos cestos a su suegra. Mientras recogía las berenjenas y las ponía en el cesto, comentó:

—Trabajas con tanto ahínco que vamos a tener suficientes verduras para todas las sopas y los encurtidos que hacen falta en casa.

—Supongo que eso molestará en las tiendas donde compramos.

—Bueno, los criados dicen que disfrutas haciéndolo y que es bueno para tu salud. Y, desde luego, resulta económico, de modo que todo son ventajas.

—Sería malo para la reputación de Hideyoshi que la gente creyera que lo hacemos porque somos tacaños. Tendremos que comprar algo a los tenderos para que no piensen así.

—Sí, hagamos eso. Oye, madre, siento tener que mencionarlo, pero hace poco ha llegado una carta de Sunomata.

—Oh, ¿de mi hijo?

—Sí, pero esta vez no iba dirigida a ti. Me la ha enviado a mí.



—Eso es lo de menos. Dime, ¿va todo como siempre? ¿Está bien? Llevábamos tiempo sin recibir sus noticias, y pensé que eso se debía al traslado de Su Señoría a Gifu.

—Así es. En la carta me pide que te diga que Su Señoría le ha nombrado gobernador de un castillo y cree que es el momento oportuno para que nos reunamos con él. Me ha pedido que te persuada y ha dicho que deberías trasladarte sin falta a Sunomata dentro de unos días.

—Oh..., es una noticia estupenda. Que sea el señor de un castillo es como un sueño, pero no debería ir demasiado lejos y pasarse de la raya.

Mientras escuchaba las felices noticias acerca de su hijo, su corazón maternal temía que la buena suerte de Hideyoshi se revelara de corta duración. La anciana y su nuera trabajaron juntas en la huerta, recogiendo berenjenas. Pronto los cestos estuvieron llenos de la verdura violeta brillante.

—¿No te duele la espalda, madre?

—¿Qué? No, al contrario. Si trabajo un poco todos los días, mi cuerpo se mantiene en forma.

—También yo estoy aprendiendo de ti. Puesto que me dejas ayudarte en el jardín de vez en cuando, he aprendido a disfrutar recogiendo las verduras para la sopa por la mañana y encurtiendo pepinos y berenjenas. Incluso cuando nos traslademos al castillo de Sunomata, sin duda habría algún sitio en los terrenos donde cultivar una parcela de verduras. Podremos trabajar todo lo que queramos.

La anciana se cubrió la boca con una mano sucia de tierra y se rió entre dientes.

—Eres tan lista como Hideyoshi. Has decidido ir a Sunomata antes de que yo me enterase de lo que pasaba.

—Madre. —Nene se postró, apoyando las yemas de los dedos en la tierra—. ¡Por favor, accede al deseo de mi marido!

La anciana se apresuró a coger las manos de Nene y trató de llevárselas a la frente.

—¡No hagas eso! No soy más que una vieja egoísta.

—No, no lo eres. Comprendo muy bien tus inquietudes.

—Por favor, no te enfades por la testarudez de una anciana. Si no quiero ir a Sunomata es por el bien de ese muchacho, para que pueda entregarse totalmente al servicio de Su Señoría.

—Mi marido lo comprende muy bien.

—Aunque así sea, Hideyoshi estará entre personas celosas de su éxito temprano, y le dirán cosas como «el mono de Nakamura» o «el hijo de un campesino» si ven a una vieja desharrapada que trabaja una parcela de verduras en medio de los terrenos del castillo. Hasta sus propios servidores se reirían de él.

—No, madre. Te preocupas innecesariamente por el futuro. Eso podría ser así para alguien que necesita cubrir las apariencias y se preocupa por lo que diga la gente, pero la censura pública no afecta al corazón de mi marido, y en cuanto a sus servidores...

—No sé, no sé. La madre del señor de un castillo con un aspecto como el mío... ¿No perjudicará eso a su reputación?

—Mi marido no tiene tan poco carácter que deba contar con esas cosas.

Las palabras de Nene eran tan sinceras que sorprendieron a la anciana, cuyos ojos acabaron llenándose de lágrimas de alegría.

—Lo que he dicho es imperdonable, Nene, pero te ruego que me perdones.

—El sol se está poniendo, madre. Lávate las manos y los pies.

Nene echó a andar delante de ella, llevando los dos pesados cestos.

Nene cogió una escoba y se puso a barrer junto con los criados. Fue especialmente diligente en la habitación de la anciana, que limpió ella misma. Los criados encendieron las lámparas y prepararon la cena. Además de los asientos para ellas dos, cada mañana y cada noche colocaban otro asiento, el que habría ocupado Hideyoshi si estuviera presente.

—¿Te hago un masaje en la cadera? —le preguntó Nene.

La anciana tenía un problema crónico que le molestaba de vez en cuando. A comienzos del otoño, cuando soplaban los vientos nocturnos, solía quejarse del dolor. Mientras Nene le masajeaba las piernas, la anciana pareció deslizarse suavemente en el sueño, pero durante ese tiempo debía de haber estado pensando a fondo. Finalmente se irguió y habló a Nene.

—Escucha, querida. Como es natural, quieres reunirte con tu marido. Siento haber sido tan egoísta. Dile a mi hijo que su madre está dispuesta a trasladarse a Sunomata.

\* \* \*

El día anterior a la llegada de la madre de Hideyoshi, un visitante inesperado pero muy bien recibido cruzó el portal de Sunomata. Vestía ropas de paisano, con un sombrero de juncos que le ocultaba los ojos, y sólo le acompañaban dos personas, una joven y un muchacho.

—Cuando me vea, sabrá quien soy —dijo el hombre al guardián, el cual transmitió estas palabras a Hideyoshi.

Hideyoshi se apresuró a salir a la puerta del castillo para recibir a los recién llegados, Takenaka Hanbei, Kokuma y Oyu.

—Éstos son mis únicos seguidores —le dijo Hanbei—. En mi castillo del monte Bodai tengo un número considerable de servidores, pero rompí mis vínculos con ellos cuando me retiré del mundo. Tal como os prometí, mi señor, he pensado que tal vez es ya el momento propicio, por lo que he puesto fin a mi retiro en la montaña y he bajado para estar de nuevo entre los hombres. ¿Me haríais el favor de aceptar a estas tres personas errantes como los más inferiores de vuestros asistentes?

Hideyoshi hizo una reverencia con las manos en las rodillas y replicó:

—Sois demasiado modesto. Si me hubierais enviado una nota de antemano, yo mismo habría ido a la montaña para daros la bienvenida.

—¿Qué? ¿Habríais ido a recibir a un ronin rural que acude a serviros?

—En fin, sea como fuere, pasad, por favor.

Hideyoshi le precedió y entró en la sala, pero cuando intentó ofrecerle el asiento de honor, Hanbei se negó en redondo.

—Eso sería contrario a mis intenciones de ser vuestro servidor.

Hideyoshi respondió con sus sentimientos más profundos.

—No, no, carezco del talento para colocarme por encima de vos. Estoy pensando en recomendaros al señor Nobunaga.

Hanbei sacudió la cabeza y rechazó de un modo inflexible la sugerencia.

—Como he dicho desde el principio, no tengo la menor intención de servir al señor Nobunaga, y no se trata tan sólo de una cuestión de lealtad hacia el clan Saito. Si sirviera al señor Nobunaga, no pasaría

mucho tiempo antes de que me viese obligado a renunciar. Cuando considero mi propia personalidad imperfecta junto con lo que he oído decir acerca de su carácter, intuyo que una relación de señor y servidor no sería mutuamente beneficiosa. Pero con vos no tengo que contener mi carácter, pues podéis tolerar mi egoísmo y mi testarudez innatos. Quisiera que me consideréis como el más humilde de vuestros servidores.

—Bien, en ese caso, ¿enseñaréis estrategia no sólo a mí sino también a todos mis servidores?

Los dos hombres parecieron llegar a un compromiso, y aquella noche bebieron sake juntos y charlaron alegremente hasta muy tarde, sin pensar en la hora.

El día siguiente era el de la llegada a Sunomata de la madre de Hideyoshi, y éste, acompañado por sus asistentes, recorrió poco más de una legua desde el castillo hasta las afueras del pueblo de Masaki, donde daría la bienvenida a su madre, que viajaba en palanquín.

El azul del cielo era diáfano, se notaba la fragancia de los crisantemos en las vallas toscamente entretejidas alrededor de las casas y los alcaudones emitían sus agudos cantos en las ramas de los gingkos.

—La comitiva de vuestra honorable madre está a la vista —le anunció un servidor.

El semblante de Hideyoshi reflejaba un placer que era incapaz de ocultar. Por fin habían llegado los palanquines de su madre y su esposa. Cuando los samurais que las escoltaban vieron que su señor se acercaba a saludarlas, desmontaron de inmediato. Hachisuka Hikoemon se acercó al costado del palanquín de la anciana y le informó de que Hideyoshi había venido a recibirla.

Se oyó la voz de la mujer desde el interior del palanquín, pidiendo que la dejaran en el suelo. Los portadores se detuvieron y agacharon. Los guerreros se arrodillaron a los lados del camino e hicieron reverencias. Nene bajó primero, se acercó al palanquín de la anciana y le cogió la mano. Cuando miró el rostro del samurai que se había apresurado a colocar unas sandalias de paja a los pies de la mujer, vio que era Hideyoshi. Profundamente conmovida y sin tiempo para decir una sola palabra, Nene saludó a su marido con una rápida mirada.

La anciana cogió la mano de su hijo, se la llevó con ademán reverente a la frente y le dijo:

—Eres demasiado amable para ser el señor de un castillo. Por favor, no seas tan solícito delante de tus servidores.

—Me alegra verte tan saludable. Dices que no sea solícito, pero madre, mi propia madre, hoy no he venido a recibirte como un samurai. No te preocupes, te lo ruego.

La anciana bajó del palanquín. Todos los demás samurais se habían postrado en el suelo y ella estaba demasiado aturdida para caminar.

—Debes de estar fatigada —le dijo Hideyoshi—. Descansa un poco aquí. No hay más de una legua hasta el castillo.

Cogiendo a su madre de la mano, la acompañó hasta un escabel bajo los aleros de una casa. La anciana tomó asiento y contempló el cielo otoñal por encima del ramaje amarillo de los gingkos.

—Es como un sueño —susurró.

Estas palabras hicieron reflexionar a Hideyoshi en los años transcurridos. Era incapaz de percibir aquel momento como un sueño, pues veía claramente las etapas que conectaban la realidad presente y el pasado. Sentía que aquel momento era una piedra miliar natural en su carrera.

Cuando la madre y la esposa de Hideyoshi llevaban un mes en Sunomata, se reunieron con ellos la

hermana, Otsumi, de veintinueve años, su hermanastro, Kochiku, de veintitrés, y su hermanastra de veinte.

Otsumi seguía soltera. Tiempo atrás, Hideyoshi le había prometido que, si cuidaba de su madre, cuando él tuviera éxito le buscaría marido. Al año siguiente Otsumi se casó con un pariente de la esposa de Hideyoshi en el castillo.

—Todos han crecido —le dijo Hideyoshi a su madre, al ver la satisfacción reflejada en el rostro de la mujer.

Tener a su familia reunida hacía feliz a Hideyoshi y constituía su gran incentivo para el futuro.

\* \* \*

La primavera tocaba a su fin. Las hojas de cerezo caían en profusión de los aleros sobre el apoyabrazos en el que Nobunaga seesteaba.

—Ah..., es cierto.

Al recordar algo, Nobunaga tomó rápidamente una nota y pidió a un mensajero que la llevase a Sunomata. Como Hideyoshi se había convertido en el señor de un castillo, ya no estaba a mano para responder de inmediato cada vez que Nobunaga le llamaba, y éste parecía sentirse un poco solitario.

El mensajero cruzó el ancho río Kiso y entregó la nota en el portal del castillo de Hideyoshi. También allí la primavera había transcurrido apaciblemente, y las glicinas silvestres se mecían a la sombra de la colina artificial en el jardín. Detrás de aquella colina, en el extremo del amplio jardín, había una sala de conferencias recientemente construida y una casita para Takenaka Hanbei y Oyu.

La sala de conferencias era un dojo donde los servidores de Hideyoshi podían practicar las artes marciales. Por la mañana Takenaka Hanbei instruía allí a los servidores en los clásicos chinos, y por la tarde competían entre ellos practicando las técnicas de la lanza y la espada.

Luego, hasta bien entrada la noche, Hanbei les enseñaba los preceptos militares de Sun Tzu y Wu Chi. Se entregaba con entusiasmo a la educación de todos los samurais jóvenes, a fin de disciplinarlos en los hábitos marciales y las costumbres del castillo, pues la mayoría de los servidores de Hideyoshi eran los desenfrenados ronin que en otro tiempo constituyeron la banda de Hikoemon.

Hideyoshi sabía que debía trabajar constantemente para mejorarse, para superar sus defectos y aumentar su capacidad de introspección, y había decidido que sus samurais debían hacer lo mismo. Si había de jugar un papel importante en el futuro, los servidores armados tan sólo de fuerza bruta no serían útiles, lo cual inquietaba a Hideyoshi. Por ello, al mismo tiempo que aceptaba a Hanbei como servidor, también se inclinaba ante él como su propio maestro e instructor en ciencia militar que era, y le confiaba la educación de sus servidores.

La disciplina marcial mejoró mucho. Cuando Hanbei hablaba de Sun Tzu o de los clásicos chinos, siempre había hombres como Hikoemon en la plataforma de los oyentes. El único problema era la escasa robustez de Hanbei, por culpa de la cual las conferencias se cancelaban de vez en cuando y los servidores se decepcionaban. Aquel día también se había fatigado a lo largo de la jornada y dijo que cancelaba las conferencias vespertinas. Al anochecer se apresuró a pedir que cerraran las puertas corredizas de la casa.

El viento nocturno procedente del curso superior del río Kiso afectaba todavía más a la débil constitución de Hanbei, aun cuando la primavera se aproximaba a su término.

—Te he tendido el futón. ¿Por qué no te acuestas?

Oyu dejó un extracto medicinal al lado de su escritorio. Hanbei estaba leyendo, su ocupación habitual siempre que tenía tiempo libre.

—No, no es que me encuentre mal. He cancelado la conferencia porque es posible que me llame el señor Hideyoshi. Aunque me hayas preparado el lecho, dispón mis ropas para que, si recibo una llamada, pueda salir cuanto antes.

—Entonces ¿va a haber una reunión esta noche en el castillo?

—No, no es eso. —Hanbei tomó un sorbo del extracto caliente—. Hace poco, cuando cerraste la puerta, tú misma me dijiste que un bote con la bandera de un mensajero de Gifu había cruzado el río y que alguien se dirigía al castillo.

—¿A eso te refieres?

—Si hay un mensaje de Gifu para el señor Hideyoshi, las posibilidades respecto a su contenido son ilimitadas. Aunque no me llame, difícilmente puedo quitarme la faja y echarme a dormir.

—El señor de este castillo te respeta como a su maestro y tú le veneras como a su señor, por lo que no sé qué respeto es el mayor. ¿Estás realmente decidido a servir a ese hombre?

Hanbei cerró los ojos, sonriendo, y alzó la cara.

—Creo que por fin ha llegado ese momento. Es tremendo que otro hombre confíe en ti. En cambio la belleza de una mujer nunca podría extraviarme.

Estaba diciendo esto cuando llegó un mensajero desde el torreón, anunció que Hideyoshi requería cuanto antes la presencia de Hanbei y se marchó. Poco después llegó un paje a presencia de Hideyoshi, el cual estaba solo, entregado a una serena contemplación, y anunció:

—El señor Hanbei está aquí.

Hideyoshi abandonó sus meditaciones y salió rápidamente de la habitación para recibir a Hanbei. Los dos regresaron a la estancia y se sentaron.

—Siento haberos llamado en plena noche. ¿Cómo os sentís?

Hanbei miró fijamente a Hideyoshi, el cual, por su parte, parecía dispuesto a tratarle como a su maestro hasta el mismo final.

—Esta consideración está fuera de lugar. Si vos, mi señor, me habláis así, ¿cómo podré responderos? ¿Por qué no me decís algo como «Oh, eres tú, Hanbei»? Creo que esta clase de solicitud hacia un servidor es inapropiada.

—¿De veras? ¿Suponéis entonces que esto no es bueno para nuestra relación?

—Simplemente no creo que mi señor deba respetar a una persona como yo de esa manera.

—¿Por qué no? —Hideyoshi se echó a reír—. Carezco de educación mientras que vos sois culto. Nací en el campo y vos sois hijo del señor de un castillo. En cualquier caso, os considero mi superior.

—Si así ha de ser, a partir de ahora tendré más cuidado.

—Muy bien, muy bien —le dijo Hideyoshi con cierta guasa—. Gradualmente nos convertiremos en señor y servidor..., si llego a ser un hombre todavía más grande.

Aunque era el señor de un castillo, hacía todo lo posible para no comportarse como tal. Quería mostrarse ante Hanbei interiormente desnudo, sin ocultar su necesidad e ignorancia.

—Entonces, mi señor, ¿para qué me habéis llamado? —le preguntó Hanbei cortésmente.

—Ah, sí —dijo Hideyoshi, recordando de repente el objeto de su reunión—. Acabo de recibir una

carta del señor Nobunaga. He aquí lo que dice: «Ahora que dispongo de tiempo libre, de improvisto me aburre incluso el botín de Gifu. El viento y las nubes son apacibles y me gustaría contemplarlos de nuevo. Las bellezas de la naturaleza aún no se han convertido en mis amigas. ¿Qué vamos a hacer con respecto a los planes de este año?». ¿Cómo creéis que debería responder?

—Bueno, el significado está claro, así que podríais responderle con una sola línea.

—Sí, comprendo, pero ¿qué podría decirle en una sola línea?

—«Sed un vecino amistoso y haced planes para el futuro.»

—¿«Sed un vecino amistoso y haced planes para el futuro»?

—Eso es.

—Humm. Ya veo.

—Supongo que el señor Nobunaga piensa que, tras haber tomado Gifu, ahora es el momento de poner en orden su administración interna, hacer que sus tropas descansen y esperar otro día —dijo Hanbei.

—Estoy seguro de que tales son sus planes, pero con un carácter como el suyo, no puede estar mucho tiempo ocioso. Por eso ha enviado esta carta inquiriendo por la política a seguir.

—Planificar para el futuro, aliarse con sus vecinos... Creo que el momento actual es probablemente una espléndida oportunidad para ello.

—¿Ah, sí? —dijo Hideyoshi.

—Es sólo mi humilde opinión, porque de vos, más que de mí, se dice que estáis capacitado en tantos aspectos. En primer lugar, responded con una sola línea: «Sed un vecino amistoso y haced planes para el futuro». Luego, en un momento conveniente, id al castillo de Gifu y explicadle vuestro plan en persona.

—¿Por qué no escribimos cada uno por su lado el nombre de la provincia que nos parece la mejor para la alianza con los Oda y luego los comparamos para ver si pensamos lo mismo?

Hanbei escribió primero y luego Hideyoshi aplicó el pincel al papel. Cuando intercambiaron los papeles y los desdoblaron, vieron que ambos habían escrito «Takeda de Kai» y se echaron a reír, encantados porque ambos seguían la misma línea de pensamiento.

Las lámparas ardían en la sala de invitados. Dieron al mensajero de Gifu el lugar de honor, a quien atendían también la madre y la esposa de Hideyoshi. Cuando éste tomó asiento, las lámparas parecieron de repente más alegres y la habitación más animada.

A Nene le pareció que aquellos días su marido tomaba mucho más sake, por lo menos en comparación con el pasado. Observó su actitud relajada durante el banquete como si no viera nada. Agasajaba a su invitado, hacía reír a su madre y parecía pasarlo muy bien. Incluso Hanbei, que nunca bebía, se llevó la taza de sake a los labios y bebió un poco para brindar por Hideyoshi.

Otros servidores participaron en el banquete y pronto resultó muy bullicioso. Cuando su madre y Nene se retiraron, Hideyoshi salió para despejarse. Las flores de los jóvenes cerezos ya habían caído y sólo la fragancia de las glicinas silvestres llenaba la atmósfera.

—¡Ah! —exclamó Hideyoshi—. ¿Quién está bajo los árboles?

—Soy yo —replicó una voz femenina.

—¿Qué estás haciendo aquí, Oyu?

—Mi hermano tardaba tanto en regresar, y es tan débil, que estaba preocupada.

—Es maravilloso ver una relación tan bella entre hermano y hermana.

Hideyoshi se acercó a ella. La muchacha estaba a punto de postrarse, pero él le cogió las manos.

—Oyu, acompáñame a la casa de té. Estoy tan bebido que no puedo andar con paso seguro. Me gustaría que me hicieras un cuenco de té.

—¡Por favor! ¡Mis manos! Esto no está bien. Soltadme, por favor.

—Está bien así, no te preocupes.

—No..., no deberíais hacer esto.

—Está bien, de veras.

—¡Por favor!

—¿Por qué haces tanto ruido? Susurra, te lo ruego. Eres cruel conmigo.

—¡Esto no es correcto!

En aquel momento Hanbei la llamó. Iba camino de regreso a sus aposentos. Cuando Hideyoshi le vio, soltó de inmediato a Oyu. Hanbei se quedó mirándole sorprendido.

—¿Qué clase de locura de beodo es ésta, mi señor?

Hideyoshi se dio una palmada en la frente. Entonces, tanto si se reía de su propia necesidad como de su falta de elegancia, abrió la boca y dijo:

—Sí, bueno, ¿qué tiene de malo? Esto es «ser amistoso con los vecinos y planear para el futuro». No os preocupéis por ello.

\*

\*

\*

Llegó el otoño. Un día Hikoemon se presentó con un mensaje de Hanbei, solicitándole que Oyu se convirtiera en camarera de la madre de Hideyoshi. Cuando Oyu tuvo noticia de esa petición, fue presa del temor y se echó a llorar. Ésa fue su respuesta a la solicitud de Hideyoshi.

Se dice que un cuenco de té sin ninguna imperfección no es del todo bello, y tampoco el carácter de Hideyoshi carecía de defectos. Aunque pueda ser interesante contemplar la elegancia de un cuenco de té, o incluso de la misma fragilidad humana, desde el punto de vista de una mujer este defecto no puede ser en absoluto «interesante». Cuando su hermana se echó a llorar ante la mera mención del asunto, Hanbei pensó que su negativa era razonable y se la transmitió a Hikoemon.

El otoño pasó también sin ningún incidente. En Gifu se puso en práctica el principio de «ser un vecino amistoso y planear para el futuro». Para el clan Oda, los Takeda de Kai siempre habían sido una amenaza en la retaguardia. Pronto se llegó a un acuerdo para casar a la hija de Nobunaga con el hijo de Takeda Shingen, Katsuyori. La novia era una muchacha de trece años, de belleza incomparable. Sin embargo, había sido adoptada y no era una de las hijas naturales de Nobunaga. De todos modos, después de la ceremonia nupcial, Shingen pareció complacido en extremo con ella y la unión fue pronto bendecida con la llegada de un hijo al que llamaron Taro.

Parecía que, por lo menos en el próximo futuro, la frontera norte del clan Oda estaba segura, pero la joven esposa murió cuando alumbraba a Taro. Entonces Nobunaga prometió a su hijo mayor, Nobutada, con la sexta hija de Shingen, a fin de evitar el debilitamiento de la alianza entre las dos provincias, y también envió una propuesta matrimonial a Tokugawa Ieyasu de Mikawa. Así, la alianza militar que ya existía entre ambos se reforzó con vínculos familiares. En la época de su compromiso, el hijo mayor de Ieyasu, Takechiyo, y la hija de Nobunaga tenían la misma edad, ocho años. Esta política matrimonial también fue usada con el clan Sasaki de Omi. Y así, durante los dos años siguientes, abundaron las

celebraciones en el castillo de Gifu.

\*

\*

\*

La sombra de un ancho sombrero de juncos cubría el rostro del samurai. Era alto, de unos cuarenta años, y a juzgar por sus prendas de vestir y sus sandalias, un espadachín errante que llevaba algún tiempo en los caminos. Incluso visto desde atrás, su cuerpo no parecía presentar ninguna oportunidad de ataque. Había terminado de comer en una posada de Gifu y salido a la calle. Deambulaba mirando a su alrededor, sin ningún propósito determinado. De vez en cuando comentaba para sí mismo lo mucho que había cambiado tal o cual lugar.

Desde cualquier punto de la ciudad, si el viajero alzaba la vista podía ver los imponentes muros del castillo de Gifu. Sujetando el borde de su sombrero bajo y cónico, se quedó un rato mirándolos fascinado.

De repente una transeúnte, probablemente la esposa de un mercader, se volvió para mirarle. Susurró algo al empleado que la acompañaba y entonces se acercó vacilante al espadachín.

—Os ruego que me disculpéis, es una grosería por mi parte deteneros así en plena calle, pero ¿no sois el sobrino del señor Akechi?

Cogido por sorpresa, el espadachín se apresuró a responder que no y se alejó a grandes zancadas. Había recorrido unos diez pasos cuando se volvió y miró a la mujer, la cual seguía mirándole fijamente. Pensó que era Shunsai, la hija del armero, la cual debía de haberse casado.

Dio vueltas por las calles y, al cabo de dos horas, estaba cerca del río Nagara. Se sentó en la herbosa orilla y contempló la corriente. Podría haberse quedado allí para siempre. Los juncos producían un murmullo desolado bajo el sol pálido y frío del otoño.

—Señor espadachín —dijo alguien al tiempo que le daba unos golpecitos en el hombro.

Al volverse, Mitsuhide vio a tres hombres, probablemente una patrulla de samurais de Oda en servicio de vigilancia.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó uno en tono tranquilo, pero los semblantes de los tres hombres reflejaban tensión y suspicacia.

—Estaba cansado de caminar y me he parado para descansar un poco —respondió con calma el espadachín—. ¿Sois del clan Oda? —les preguntó al tiempo que se levantaba y sacudía la hierba de sus ropas.

—Así es —dijo el soldado fríamente—. ¿De donde venís y adonde vais?

—Soy de Echizen. Tengo una pariente en el castillo y he estado buscando la manera de ponerme en contacto con ella.

—¿Forma parte de los servidores del señor?

—No.

—Pero ¿no habéis dicho que conocéis a alguien del castillo?

—No forma parte de los servidores del señor, sino que trabaja en el servicio doméstico.

—¿Cómo se llama?

—No creo que deba decirlo aquí.

—¿Y vuestro nombre?



—Lo mismo os digo.

—¿De modo que no queréis hablar abiertamente?

—En efecto.

—En ese caso tendréis que acompañarnos al puesto de guardia.

Probablemente sospechaban que era un espía. Por si se le ocurría ofrecer resistencia, uno de los hombres gritó hacia el camino, donde aguardaban un samurai montado, que parecía ser el jefe de la patrulla, y otros diez hombres.

—Esto es precisamente lo que esperaba. Vamos allá.

Dicho esto, el espadachín se apresuró a ponerse en marcha.

En Gifu, como en cualquier otra provincia, los controles de seguridad en los vados de los ríos, en la ciudad fortificada y en las fronteras eran estrictos. Nobunaga se había trasladado recientemente al castillo de Gifu, y debido al cambio completo de administración y leyes, los deberes de los magistrados eran numerosos. Aunque algunos se quejaban de que las patrullas eran demasiado estrictas, lo cierto es que todavía quedaban en la ciudad muchos antiguos servidores del clan Saito, y las conspiraciones de las provincias enemigas solían hallarse en una fase avanzada.

Mori Yoshinari era muy adecuado para el cargo de magistrado jefe, pero, como cualquier otro guerrero, prefería el campo de batalla a los deberes civiles. Aquella noche, cuando regresó a casa, exhaló un suspiro de alivio. Cada noche mostraba a su esposa la misma expresión al volver del trabajo.

—Ha llegado una carta de Ranmaru para ti.

Al oír el nombre de Ranmaru, Yoshinari sonrió. Las noticias del castillo eran uno de los pocos placeres de Yoshinari. Ranmaru era el hijo al que había enviado de niño a servir en el castillo. Desde el principio estuvo claro que Ranmaru no serviría de gran cosa, pero era un muchacho atractivo que había llamado la atención de Nobunaga y por ello se había convertido en uno de sus asistentes personales. Recientemente se había mezclado con los pajes y parecía llevar a cabo alguna clase de servicio.

—¿Qué noticias hay? —preguntó la esposa de Yoshinari.

—Nada, en realidad. Todo está en calma y Su Señoría de buen talante.

—¿No dice si ha estado enfermo?

—No, menciona que su salud es excelente —replicó Yoshinari.

—Ese chico es más listo que la mayoría. Probablemente pone cuidado para no preocupar a sus padres.

—Supongo que sí —dijo Yoshinari—. Pero todavía es un niño, y estar siempre al lado de Su Señoría debe de causarle una gran tensión.

—Imagino que le gustaría venir a casa de vez en cuando para que lo mimemos un poco.

En aquel momento entró un samurai y anunció que poco después de que Yoshinara hubiera regresado a casa había ocurrido un incidente en su oficina, y que algunos de sus subordinados habían acudido para hablar con él a pesar de lo tardío de la hora. Los tres oficiales aguardaban en la entrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Yoshinari a los tres hombres.

El jefe del grupo le puso al corriente.

—Hacia el final de la jornada una de las patrullas detuvo a un espadachín de aspecto sospechoso junto al río Nagara.

—¿Y bien?

—Actuó con toda obediencia hasta el puesto de guardia, pero cuando le interrogamos se negó a decirnos su nombre y su provincia natal, y dijo que sólo lo haría si hablaba con el señor Yoshinari. Siguió diciendo que no era un espía y que un pariente suyo, una mujer, trabaja en el servicio doméstico desde la época en que Su Señoría residía en Kiyosu. Pero no está dispuesto a decir nada más a menos que le reciba nuestro superior. Es muy testarudo.

—Bien, bien. ¿Qué edad tiene?

—Unos cuarenta años.

—¿Qué clase de hombre es?

—Impresiona bastante. Es difícil considerarle uno de esos espadachines errantes.

Poco después hicieron entrar al detenido y un viejo servidor le llevó a una habitación en el fondo de la casa, donde un cojín y una bandeja con comida aguardaban al recién llegado.

—El señor Yoshinari estará pronto con vos —le dijo el viejo servidor antes de marcharse.

El humo del incienso se dispersaba en la habitación. El espadachín, cuyas ropas estaban sucias a causa del viaje, se dio cuenta de que el incienso era de tal calidad que, si el visitante no hubiera sido lo bastante cultivado para tener un refinado sentido del olfato, habría sido un derroche. Esperó en silencio alguna señal del señor de la casa.

El rostro que aquella tarde había estado oculto por el sombrero de juncos contemplaba ahora en silencio la luz oscilante de la lámpara. Sin duda estaba demasiado pálido para que la patrulla se creyese que era un espadachín errante. Y, además, la expresión de sus ojos era apacible y suave, no la que cabía esperar de un hombre cuya vida diaria consistía en el manejo de la espada.

Se abrió la puerta corredera y una mujer, cuyo atuendo y porte elegante mostraban que no era una sirvienta, le trajo un cuenco de té, lo depositó ante él sin decir palabra y se retiró, cerrando la puerta corredera tras ella. Una vez más, si el visitante no hubiera sido una persona de importancia, no habrían tenido con él semejante cortesía.

Poco después el anfitrión, Yoshinari, entró y, a modo de saludo, se excusó por haberle hecho esperar.

El espadachín se apartó del cojín para adoptar una postura arrodillada más formal.

—¿Tengo el honor de dirigirme al señor Yoshinari? Me temo que mi irreflexión ha puesto a vuestros hombres en un aprieto. Vengo en misión secreta enviado por el clan Asakura de Echizen. Me llamo Akechi Mitsuhide.

—De modo que sois vos. Espero que disculpéis la rudeza de mis subordinados. Lo que he oído hace poco me ha sorprendido tanto que me he apresurado a venir a vuestro encuentro.

—No he dicho mi nombre ni mi provincia natal... ¿Cómo habéis sabido, pues, quién soy?

—Habéis hablado de cierta dama, creo que vuestra sobrina, que lleva cierto tiempo en el servicio doméstico de Su Señoría. Cuando me informaron de este detalle, supuse que erais vos. Creo que vuestra sobrina es la señora Hagiji, la cual sirve a la esposa del señor Nobunaga desde que la acompañó desde Mino a Owari.

—¡En efecto! Me impresiona vuestro conocimiento de tales detalles.

—Es cosa de mi trabajo. Por sistema comprobamos los datos como la provincia natal, el linaje y los familiares de todo el mundo, desde las camareras veteranas hasta las sirvientas.

—Eso es muy juicioso.

—También hemos examinado los datos familiares de la señora Hagiji. Cuando murió el señor Dosan,

uno de sus tíos huyó de Mino y desapareció. Siempre habla entristecida con Su Señoría de cierto Mitsuhide del castillo de Akechi. Esa información ha llegado a mis oídos, y por ello cuando mis subordinados me hablaron de vuestro aspecto y edad y me dijeron que habíais deambulado media jornada por la ciudad, até cabos y supuse que erais vos.

—Debo felicitaros por vuestra facultad de deducción —dijo Mitsuhide con una sonrisa distendida.

Yoshinari irradiaba satisfacción. En un tono más formal, preguntó a su interlocutor:

—Pero decidme, señor Mitsuhide, ¿qué asunto os trae a un lugar tan alejado de Echizen?

Mitsuhide adoptó una expresión grave y se apresuró a bajar la voz.

—¿Hay alguien más aquí? —inquirió mirando hacia la puerta corredera.

—No debéis preocuparos, pues he despedido a la servidumbre. El hombre que está al otro lado de la puerta es mi servidor de máxima confianza, y aparte de un hombre que monta guardia en la entrada del corredor, no hay nadie más.

—La cuestión es que me han confiado dos cartas para el señor Nobunaga, una del shogun Yoshiaki y la otra del señor Hosokawa Fujitaka.

—¡Del shogun!

—Es preciso mantenerlo en secreto a toda costa, de modo que no llegue a conocimiento del clan Asakura. Así pues, podéis imaginaros lo difícil que ha sido llegar hasta aquí.

El año anterior, el shogun Yoshiteru había sido asesinado por su subgobernador general, Miyoshi Nagayoshi, y el servidor de Miyoshi, Matsunaga Hisahide, que había usurpado la autoridad del shogun. Yoshiteru tenía dos hermanos más jóvenes. El mayor, abad de un templo budista, fue asesinado por los rebeldes. El hermano menor, Yoshiaki, que entonces era monje en Nara, se dio cuenta del peligro que corría y escapó con la ayuda de Hosokawa Fujitaka. Permaneció algún tiempo escondido en Omi, renunció al sacerdocio y recibió el título de decimocuarto shogun a los veintiséis años de edad.

Entonces el «shogun errante» abordó a los Wada, los Sasaki y varios otros clanes en busca de ayuda. Desde el mismo principio, su plan no consistía en vivir de la caridad ajena, sino que se proponía derrotar a los asesinos de su hermano y restaurar el cargo y la autoridad de su familia. Para ello apeló al auxilio de clanes distantes.

Sin embargo, éste era un asunto de gran importancia que implicaba a la nación entera, porque Miyoshi y Matsunaga se habían apoderado del gobierno central. Aunque Yoshiaki era el shogun nominal, en realidad no era más que un exiliado indigente. No tenía dinero y mucho menos un ejército propio. Tampoco era especialmente popular entre la población.

Mitsuhide habló de los acontecimientos desde la llegada de Yoshiaki al castillo de Asakura Yoshikage en Echizen. En aquella época había un hombre desafortunado al servicio de los Asakura, el cual no había sido admitido con todos los atributos de servidor del clan. Se trataba de él, Akechi Mitsuhide. Allí fue donde Mitsuhide vio por primera vez a Hosokawa Fujitaka.

—La historia es un poco larga —siguió diciendo Mitsuhide—, pero si me hacéis el favor de escucharme, os pediré que se la contéis con detalle al señor Nobunaga. Naturalmente, debo entregarle en persona la carta del shogun.

Entonces, a fin de aclarar su propia situación, habló de los acontecimientos ocurridos desde la época en que abandonó el castillo de Akechi y huyó desde Mino a Echizen. Durante más de diez años, Mitsuhide saboreó las penalidades del mundo. De naturaleza intelectual, le atraían fácilmente los libros y la

erudición. Daba gracias por los reveses que había sufrido. El tiempo de su errabundeo, el período de su aflicción, había sido ciertamente largo. El castillo de Akechi fue destruido durante la guerra civil en Mino, y sólo él y su primo, Mitsuharu, huyeron a Echizen. En los años transcurridos desde que Mitsuhide se perdió de vista, había vivido como un ronin, ganándose a duras penas la vida con sus clases de lectura y escritura a los niños campesinos.

Su único deseo era encontrar un señor al que pudiera servir sin reservas y una buena oportunidad. Mientras buscaba la manera de salir de nuevo al mundo, Mitsuhide estudió el espíritu marcial, la economía y los castillos de diversas provincias con la minuciosidad de un estratega militar, preparándose para el futuro.

Viajó extensamente y visitó todas las provincias del Japón occidental. Tenía una buena razón para ello. El oeste siempre había sido la primera región en recibir las innovaciones extranjeras, y lo más probable era que fuese allí donde conseguiría nuevos conocimientos sobre el tema en que se había especializado, las armas de fuego. Su conocimiento de la artillería ocasionó diversos episodios en las provincias occidentales. Un servidor del clan Mori, llamado Katsura, detuvo a Mitsuhide en la ciudad de Yamaguchi, por sospechoso de espionaje. En esa ocasión habló abiertamente de sus orígenes, su situación y sus esperanzas, e incluso reveló sus evaluaciones de las provincias vecinas.

Mientras interrogaba a Mitsuhide, Katsura se quedó tan impresionado por la profundidad de su conocimiento que más tarde recomendó al viajero a su señor, Mori Motonari: «Creo que su talento es claramente insólito. Si le empleásemos aquí, estoy seguro de que más adelante lograría algo».

La búsqueda de hombres con talento era la misma por doquier. Ciertamente, los hombres que abandonaban sus hogares y servían a otras provincias acabarían algún día como los enemigos de sus antiguos señores. En cuanto Motonari oyó hablar de Mitsuhide, quiso verle y un día Mitsuhide fue convocado al castillo de Motonari. Al día siguiente Katsura se entrevistó a solas con Motonari y le preguntó qué opinión se había formado sobre su invitado.

—Como has dicho, hay muy pocos hombres de talento. Deberíamos darle algún dinero, unas ropas y despedirle cortésmente.

—Sí, pero ¿no os ha impresionado en algún aspecto?

—En efecto. Hay dos clases de grandes hombres: los que son realmente grandes y los malvados. Ahora bien, si un malvado es también un hombre culto, lo más probable es que cause su propia ruina y perjudique a su señor. Hay algo sospechoso en el aspecto de ese hombre. Cuando habla con tanta compostura y claridad en los ojos tiene un encanto muy persuasivo. Sí, es francamente cautivador, pero prefiero la flema de nuestros guerreros de las provincias occidentales. Si colocara a ese hombre en medio de mis guerreros, destacaría como una grulla en un corral de pollos. Sólo por esa razón le pondría reparos.

Así pues, Mitsuhide no fue aceptado por el clan Mori. Entonces viajó por Hizen y Higo y visitó los dominios del clan Otomo. Cruzó el mar Interior hasta la isla de Shikoku, donde estudió las artes marciales del clan Chosokabe.

Cuando Mitsuhide regresó a su hogar en Echizen, se encontró con que su esposa había enfermado y muerto, su primo, Mitsuharu, había entrado al servicio de otro clan y, al cabo de seis años, su situación no había mejorado. Aún no podía ver un rayo de luz en el camino que tenía por delante.

En esas circunstancias difíciles, Mitsuhide visitó a Ena, el abad del templo Shonen de Echizen.

Alquiló una casa delante del templo y empezó a enseñar a los niños del vecindario. Desde el principio, Mitsuhide no consideró la enseñanza como la principal actividad de su vida. Al cabo de un par de años se había familiarizado con la administración y los problemas de la provincia.

Durante este periodo la región sufría a menudo disturbios a causa de las sublevaciones de los monjes guerreros pertenecientes a la secta Ikko. Cierta vez, cuando las tropas de Asakura invernan en el campo durante una campaña contra los monjes guerreros, Mitsuhide le hizo a Ena el siguiente planteamiento:

—Es sólo mi humilde idea, pero me gustaría presentar una estrategia al clan Asakura. ¿Quién crees que es la persona más adecuada a quien dirigirme?

Ena comprendió de inmediato lo que pensaba Mitsuhide.

—El hombre que probablemente te prestará más atención es Asakura Kageyuki.

Mitsuhide confió la escuela del templo a Ena y se dirigió al campamento de Asakura Kageyuki. Como carecía de intermediario, entró en el campamento sin ningún valedor, con su plan escrito en una hoja de papel. Le detuvieron, no supo si el plan había sido entregado a Kageyuki y no tuvo ninguna noticia durante dos meses. Aunque estaba preso, Mitsuhide dedujo por los movimientos en el campamento y la moral de las tropas que Kageyuki estaba llevando a cabo su plan.

Al principio, Kageyuki había sospechado de Mitsuhide, por cuyo motivo ordenó su detención, pero como no había manera de salir del punto muerto en que se encontraba la lucha, decidió poner a prueba el plan de Mitsuhide. Cuando por fin los dos hombres se reunieron, Kageyuki alabó a Mitsuhide como a un guerrero con un amplio conocimiento de los clásicos y de las artes marciales. Le dio libertad de movimientos y de vez en cuando le convocaba. Parecía, sin embargo, que no iba a conceder tan fácilmente a Mitsuhide la categoría de servidor, y por ello un día Mitsuhide habló enérgicamente, aunque no era nada inclinado a la jactancia:

—Si me prestáis un arma de fuego, derribaré al general del enemigo en medio de su campamento.

—Puedes coger una —le dijo Kageyuki, pero seguía abrigando algunas dudas y encargó secretamente a un hombre que vigilara a Mitsuhide.

Era aquélla una época en la que, incluso para el rico clan Asakura, una sola arma de fuego era en extremo preciosa. Agradeciéndole el favor, Mitsuhide cogió el arma, se mezcló con las tropas y se dirigió al frente. Cuando comenzó la lucha, desapareció detrás de las líneas enemigas.

Más tarde, al enterarse de su desaparición, Kageyuki quiso saber por qué el hombre encargado de vigilar a Mitsuhide no le había disparado por la espalda.

—Tal vez, después de todo, era un espía enemigo y quería sondear nuestras condiciones internas.

Pero pocos días después llegó la noticia de que el general enemigo había sido abatido con arma de fuego por un atacante desconocido cuando inspeccionaba el frente de batalla. Se decía que la repentina confusión había hecho mella en la moral del enemigo.

Mitsuhide no tardó en regresar al campamento. Cuando se presentó ante Kageyuki, se apresuró a preguntarle:

—¿Por qué no habéis convocado a todo el ejército para derrotar al enemigo? ¿Os consideraréis un general cuando dejáis pasar una oportunidad como ésta con los brazos cruzados?

Mitsuhide había hecho lo prometido: había ido al territorio enemigo, disparado contra el general y regresado.

Cuando Asakura Kageyuki volvió al castillo de Ichijogadani, le contó el incidente a Asakura

Yoshikage. Éste quiso ver a Mitsuhide y le pidió que le sirviera. Más tarde ordenó que colocaran una diana en los terrenos del castillo y pidió una demostración. Aunque Mitsuhide no era un tirador sobresaliente, demostró su habilidad alcanzando el blanco con sesenta y ocho del centenar de proyectiles disparados.

Entonces destinaron a Mitsuhide una residencia en la ciudad fortificada y un estipendio de mil kan. Instruía a un centenar de hijos de servidores y, además, volvió a organizar un regimiento de mosqueteros. Mitsuhide estaba tan agradecido a Yoshikage por haberle rescatado de la adversidad que durante varios años trabajó incansablemente con la única intención de resarcirle por los beneficios de que gozaba y su buena suerte.

Sin embargo, tal entrega acabó por provocar la oposición de sus iguales, los cuales le acusaron de engreimiento y de darse aires intelectuales. Fuera cual fuese el tema de conversación o la actividad, su refinamiento e inteligencia se ponían ostentosamente de manifiesto.

Esta actitud no sentaba bien a los servidores del clan provincial, quienes empezaron a quejarse de él.

—Es un presuntuoso redomado.

—No es más que un fachenda.

Naturalmente, estas quejas llegaron a oídos de Yoshikage. El trabajo de Mitsuhide también empezó a resentirse. Frío por naturaleza, ahora era blanco de unas miradas igualmente frías. Podría haber sido diferente si Yoshikage le hubiera protegido, pero se lo impedían sus propios servidores. La disputa se planteó en todo el castillo, incluso entre las numerosas concubinas de Yoshikage. Mitsuhide carecía de buenas relaciones y sólo había encontrado un refugio temporal. Estaba en desgracia, pero no podía hacer nada.

Pensó que había cometido un error. Había conseguido que le alimentaran y vistieran, pero ahora lamentaba amargamente su decisión. Tras su apresuramiento por huir de la adversidad, se había equivocado al desembarcar en aquella orilla. Tales eran sus tristes pensamientos después de tan desdichada experiencia. ¡Había desperdiciado su vida entera! Esta depresión pareció afectar a su salud y le salió en la piel una erupción costrosa, enfermedad que, con el tiempo, se agravó. Mitsuhide pidió a Yoshikage que le permitiera ausentarse para ir al pueblo balneario de Yamashiro a fin de curarse.

Mientras estaba allí, unos viajeros le informaron de que los rebeldes habían atacado el palacio de Nijo y asesinado al shogun Yoshiteru. Incluso allí, en las montañas, la gente estaba conmocionada e inquieta.

—Si el shogun ha sido asesinado, el país caerá de nuevo en el caos.

Mitsuhide se preparó para regresar de inmediato a Ichijogadani. La confusión en Kyoto significaba que todo el país se hallaba en el mismo estado, y nada más natural que este acontecimiento tuviera efectos secundarios en las provincias. No había duda de que en aquel mismo momento se estaban llevando a cabo apresurados preparativos.

Mitsuhide se dijo que podía estar mohíno y deprimirse por bagatelas, pero eso sería vergonzoso para un hombre en la flor de la vida. Su enfermedad cutánea había remitido en el balneario, y corrió a presentarse ante su señor. Yoshikage apenas le hizo caso y Mitsuhide se retiró ante la indiferencia de su señor, el cual no volvió a convocarle. En su ausencia le habían despojado del mando del regimiento de mosqueteros y por doquier la atmósfera parecía serle hostil. Ahora que había cesado por completo la confianza que antes depositara en él Yoshikage, Mitsuhide volvía a ser presa de la angustia.

Fue entonces cuando recibió la visita de Hosokawa Fujitaka, a quien sólo podía considerar como un visitante enviado por el cielo. Mitsuhide se sorprendió tanto que salió a recibirle en persona, intimidado porque un hombre de tan alto rango había acudido a su casa.

El carácter de Fujitaka armonizaba a la perfección con el de Mitsuhide. Ciertamente tenía el aire de un hombre noble y culto. Desde hacía largo tiempo Mitsuhide lamentaba su imposibilidad de conocer a hombres de auténtica calidad, y era natural que tener en su casa a un huésped semejante le alegrara el corazón. Sin embargo, tenía dudas sobre el propósito de la visita de Fujitaka.

Aunque de linaje noble, en la época en que visitó secretamente la casa de Mitsuhide Fujitaka no era en realidad más que exiliado. Tras haber sido expulsado de Kyoto, el shogun refugiado, Yoshiaki, huía a través de las provincias. Fue Fujitaka quien abordó a Asakura Yoshikage en nombre de su señor. Al recorrer las provincias predicando lealtad y tratando de lograr que los señores provinciales se pusieran en acción, Hosokawa Fujitaka era el único hombre que sufría con Yoshiaki e intentaba superar los lastimosos reveses de su señor.

—Sin duda el clan Asakura se declarará aliado suyo. Si se nos unieran las dos provincias de Wakasa y Echizen, entonces todos los clanes del norte correrían a abrazar nuestra causa.

Yoshikage se inclinaba a negarse. Al margen de lo que Fujitaka predicara acerca de la lealtad, Yoshikage no estaba interesado en luchar por un shogun sin poder y exiliado. No era por falta de fuerza militar o recursos, sino porque Yoshikage apoyaba el statu quo.

Fujitaka se dio cuenta en seguida de que la situación no le era favorable y, consciente del nepotismo y las luchas internas dentro del clan Asakura, puso fin a sus esfuerzos en aquel señorío. Sin embargo, Yoshiaki y sus servidores se dirigían ya hacia Echizen.

Aunque en el clan Asakura causaba gran irritación que el shogun dependiera de ellos, no podían tratarle mal, y designaron un templo como su residencia temporal. Le trataban bien, pero al mismo tiempo rezaban para que se marchara cuanto antes.

Entonces, del modo más repentino, Mitsuhide recibía una visita de Fujitaka. Seguía siendo incapaz de conjeturar los motivos.

—He oído decir que tenéis afición a la poesía —dijo Fujitaka a modo de observación introductoria. Su interlocutor no parecía un hombre sufriente y la expresión de su semblante era suave y afable—. Vi una de vuestras obras cuando fuisteis a Mishima.

—Oh, hacéis que me avergüence.

Mitsuhide no se las daba de modesto, sino que se sentía realmente azorado. Fujitaka era famoso como poeta. Ese día su conversación empezó con la poesía y pasó a la literatura japonesa clásica.

—¡Válgame! La conversación ha sido tan interesante que me he olvidado de que ésta es mi primera visita.

Disculpándose por haberse demorado tanto, Fujitaka se despidió.

Después de que el visitante se hubiera ido, la perplejidad de Mitsuhide se intensificó y, mirando fijamente la lámpara, quedó sumido en sus pensamientos.

Fujitaka le visitó dos o tres veces más, pero los temas de conversación nunca se apartaron de la poesía o la ceremonia del té. Pero un día, un día lluvioso y tan oscuro que era preciso encender las lámparas en el interior, durante un momento de reposo Fujitaka se mostró más formal que de ordinario.,

—Hoy tengo algo muy serio y secreto que comentaros —empezó a decir.

Naturalmente, Mitsuhide había estado esperando de él que rompiera el hielo, y respondió:

—Si confiáis lo suficiente en mí como para decirme un secreto, tenéis mi solemne promesa de que lo mantendré. Por favor, hablad libremente sobre cualquier asunto.

Fujitaka asintió.

—Estoy seguro de que una persona tan perceptiva como vos ya ha supuesto la razón de mis visitas. El caso es que quienes ayudamos al shogun hemos venido aquí confiando en el señor Asakura como el único señor provincial que sería su aliado, y hasta ahora hemos negociado secretamente y apelado a él una serie de veces. Sin embargo, ha ido posponiendo su respuesta definitiva y su decisión no parece estar a la vista. Entretanto hemos estudiado la administración interna y los asuntos del señor Asakura, y ahora sé que carece de voluntad para luchar por el shogun. Quienes hemos apelado a él comprendemos que es inútil. Sin embargo... —Fujitaka hablaba como si fuese un hombre completamente distinto del que le había visitado antes—. ¿Quién entre los señores provinciales, aparte del señor Asakura, es un hombre en el que podemos confiar? ¿Quién es hoy el jefe militar más digno de crédito en el país? ¿Existe tal hombre?

—Sí, existe.

—¿Es eso cierto? —insistió Fujitaka con los ojos brillantes.

Mitsuhide trazó calmosamente los caracteres de un nombre en el suelo: Oda Nobunaga.

—¿El señor de Gifu?

Fujitaka retuvo el aliento. Alzó los ojos hasta entonces fijos en el suelo para mirar a Mitsuhide y permaneció un rato en silencio. Entonces los dos hombres hablaron largo y tendido de Nobunaga. Mitsuhide había sido servidor del clan Saito y cuando servía a su patrono anterior, el señor Dosan, había observado el carácter del cuñado de Dosan. Así pues, lo que estaba diciendo tenía un peso innegable.

Pocos días después, Mitsuhide se reunió con Fujitaka en las montañas detrás del templo convertido en el alojamiento del shogun, y recibió una carta personal escrita por el shogun y dirigida a Nobunaga. Aquella noche Mitsuhide salió rápidamente de Ichijogadani. Como es natural, había abandonado tanto su residencia como a sus servidores, esperando no regresar jamás. Al día siguiente el clan Asakura estaba alborotado.

—¡Mitsuhide ha desaparecido! —gritaban.

Fue enviada en su busca una fuerza de castigo, pero ya no pudieron encontrarle dentro de los límites de la provincia. Asakura Yoshikage se había enterado de que uno de los seguidores del shogun, Hosokawa Fujitaka, había visitado a Mitsuhide, y por ello se volvió contra el shogun, diciendo:

—Seguramente ha incitado a Mitsuhide para que tomara esa decisión, y es probable que le haya enviado a otra provincia como mensajero.

Entonces Yoshikage expulsó al shogun de la provincia.

Fujitaka había previsto ese resultado. Así pues, tomándolo más bien como una oportunidad, fue con su séquito de Echizen a Omi y consiguió que Asai Nagamasa le acogiera en el castillo de Odani. Allí aguardó buenas noticias de Mitsuhide.

Tal fue, pues, la razón del viaje de Mitsuhide a Gifu. Provisto de la carta del shogun, muchas veces su vida estuvo en riesgo por el camino. Ahora, por fin, su objetivo se había cumplido: había encontrado la residencia de Mori Yoshinari, y aquella noche estaba tranquilamente sentado ante el mismo Yoshinari, explicándole con detalle su misión y pidiéndole que actuara como intermediario ante Nobunaga.



Era el séptimo día del décimo mes del noveno año de Eiroku, el que tal vez podría considerarse un día decisivo. Mori había intercedido por Mitsuhide, y los detalles de la situación habían llegado a oídos de Nobunaga. Aquél era el día en que Mitsuhide entró en el castillo de Gifu y se reunió por primera vez con Nobunaga. A sus treinta y ocho años, Mitsuhide tenía seis más que Nobunaga.

—He examinado con toda atención las cartas del señor Hosokawa y del shogun —le dijo Nobunaga—, y veo que solicitan mi ayuda. A pesar de lo indigno que soy, les ofreceré toda la fuerza a mi alcance.

Mitsuhide hizo una reverencia y respondió a las palabras de Nobunaga.

—Arriesgar mi insignificante vida por la nación ha sido una misión que excedía con mucho a mi baja categoría.

En estas palabras no había el menor rastro de falsedad.

Su sinceridad impresionó a Nobunaga, así como su porte y conducta, su perspicaz uso de las palabras y su inteligencia admirable. Cuanto más le observaba Nobunaga, tanto más profunda era su impresión. Pensó que si estaba a su servicio, demostraría su valía. Así pues, Akechi Mitsuhide quedó bajo la protección del clan Oda. Pronto se le concedió un dominio de Mino de cuatro mil kan. Además, como el shogun y sus seguidores estaban ahora con el clan Asai, Nobunaga envió una columna de hombres a las órdenes de Mitsuhide para que les escoltara hasta el castillo de Gifu. El mismo Nobunaga acudió a la frontera provincial para saludar al shogun, el cual había sido tratado como un hombre importuno en las demás provincias. En el portal del castillo, tomó las riendas del caballo del shogun y trató a éste como a un invitado de honor. En realidad, Nobunaga no sólo sujetaba las riendas del caballo del shogun, sino las de la nación. A partir de entonces, cualquiera que fuese el camino que tomara, las nubes de tormenta y los vientos de la época estaban en el puño que aferraba aquellas riendas con tanta fuerza.

# El shogun errante

Después de que el shogun y sus hombres hubieran encontrado refugio en los dominios de Nobunaga, les destinaron un templo en Gifu donde alojarse. A pesar de lo vanos y mezquinos que eran, lo único que los servidores del shogun querían hacer era exhibir su autoridad. No se percataban de la amplitud de los cambios que se estaban produciendo en el pueblo, y en cuanto estuvieron aposentados empezaron a comportarse de una manera arbitraria y aristocrática, y los servidores de Nobunaga tenían que escuchar sus quejas:

—Esta comida no tiene el sabor que debiera.

—Las ropas de cama son demasiado ásperas.

—Ya sé que este templo atestado no es más que una residencia temporal, pero refleja mal la dignidad del shogun.

Y siguieron diciendo:

—Nos gustaría que mejorase el tratamiento dado al shogun. De momento, podríais seleccionar algún lugar pintoresco para el nuevo palacio del shogun e iniciar su construcción.

Al enterarse de sus exigencias, Nobunaga consideró a aquellos hombres dignos de lástima. Llamó de inmediato a los servidores de Yoshiaki y habló con ellos.

—Ha llegado hasta mí vuestro deseo de que levante un palacio para el shogun porque su actual residencia es muy incómoda.

—¡En efecto! —replicó el portavoz—. Su alojamiento actual es demasiado inconveniente. Como residencia del shogun, carece incluso de las comodidades básicas.

—Bien, bien —respondió Nobunaga con cierto desprecio—. ¿No creéis que vuestro pensamiento no se distingue por su rapidez, caballeros? La razón de que el shogun apelara a mí fue la posibilidad de que yo expulse a Miyoshi y Matsunaga de Kyoto, recobre sus tierras perdidas y le devuelva al lugar que le corresponde por derecho.

—Eso es cierto.

—Por indigno que yo sea, consentí en aceptar esta gran responsabilidad. Es más, creo que estaré en condiciones de satisfacer las esperanzas del shogun en el futuro inmediato. ¿De dónde voy a sacar el tiempo libre para construirle un palacio? ¿Y realmente queréis, caballeros, abandonar vuestras esperanzas de regresar a Kyoto y restablecer un gobierno nacional? ¿Os daríais por satisfechos pasando vuestras vidas apaciblemente en algún lugar escénico de Gifu y convirtiéndoos muy pronto en reclusos en un gran palacio, alimentados por vuestro anfitrión?

Los ayudantes de Yoshiaki se retiraron sin decir otra palabra. A partir de entonces no se quejaron mucho. En las admirables palabras de Nobunaga no había la menor falsedad. Pasó el verano, llegó el otoño y Nobunaga ordenó una movilización general de Mino y Owari. El quinto día del noveno mes casi treinta mil hombres estaban preparados para ponerse en camino. El séptimo día ya partían de Gifu en dirección a la capital.

Durante el gran banquete celebrado en el castillo la víspera de la partida del ejército, Nobunaga había dirigido un discurso a sus oficiales y soldados.

—La conmoción en el país, que es el resultado de disputas territoriales entre señores rivales, está causando una tremenda aflicción al pueblo. No hace falta mencionar que la desgracia de la nación entera

angustia al emperador. El clan Oda ha tenido siempre una norma férrea, desde la época de mi padre, Nobuhide, hasta el presente, y es que el deber de un samurai debe ser, primero y ante todo, la protección de la casa imperial. Así pues, esta vez, en nuestra marcha hacia la capital, no sois un ejército que actúa para mí, sino que lo hacéis en nombre del emperador.

Todos los comandantes y hasta el último de los soldados estaban muy animados cuando se dio la orden de partir.

Tokugawa Ieyasu de Mikawa, quien recientemente había entrado en una alianza militar con Nobunaga, también participó en la magna empresa, enviando un millar de soldados. Cuando el ejército se puso en marcha, alguien expresó sus críticas.

—El señor de Mikawa no ha enviado muchos hombres. Es tan astuto como siempre hemos oído decir. Nobunaga restó importancia al hecho y se rió.

—Mikawa está reformando su administración y economía. No tiene tiempo para otras consideraciones. Para él, enviar un gran número de soldados ahora mismo supondría unos gastos excesivos. Será frugal aunque le critiquen, pero no es un comandante normal y corriente. Estoy seguro de que las tropas que ha enviado están formadas por sus mejores hombres.

Tal como Nobunaga había esperado, los mil soldados de Mikawa a las órdenes de Matsudaira Kanshiro no eran nunca aventajados en ninguna batalla. Siempre luchando en vanguardia, abrían el camino a sus aliados y el valor que demostraban aumentaba la fama de Ieyasu.

El tiempo seguía siendo bueno a diario. Los treinta mil soldados marchaban en apretadas filas negras bajo el claro cielo otoñal. La columna era tan larga que cuando la vanguardia llegó a Kashiwabara la retaguardia todavía estaba pasando por Tarui y Akasaka. Sus estandartes ocultaban el cielo. Cuando cruzaron la plaza fuerte de Hirao y entraron en Takamiya, se oyó un griterío en la cabeza de la formación.

—¡Mensajeros! ¡Son mensajeros de la capital!

Tres generales cabalgaron a su encuentro.

—Deseamos que el señor Nobunaga nos reciba en audiencia —informaron. Estaban provistos de una carta de Hiayoshi Nagayoshi y Matsunaga Hisahide.

Cuando le pusieron al corriente en su cuartel general, Nobunaga ordenó que los llevaran a su presencia.

Le presentaron de inmediato a los mensajeros, pero Nobunaga se mofó del mensaje de reconciliación que contenía la carta, considerándolo un truco del enemigo.

—Decidles que les daré mi respuesta cuando llegue a la capital.

El día once, al despuntar el sol, la vanguardia cruzó el río Aichi. A la mañana siguiente Nobunaga avanzó hacia las fortalezas de Sasaki, Kannonji y Mitsukuri. El castillo de Kannonji estaba defendido por Sasaki Jotei, y el hijo de éste, Sasaki Rokkaku, preparó el castillo de Mitsukuri para resistir un asedio. El clan Sasaki de Omi estaba aliado con Miyoshi y Matsunaga, y cuando Yoshiaki había buscado refugio entre ellos durante su huida, intentó asesinarle.

Omi era una zona estratégica a lo largo del lago Biwa, en el camino del sur. Y allí esperaban los hombres de Sasaki, el cual se jactaba de que destruiría a Nobunaga de la misma manera que éste había aniquilado a Imagawa Yoshimoto, de un solo golpe. Sasaki Rokkaku abandonó el castillo de Mitsukuri, unió sus fuerzas con las de su padre en Kannonji y distribuyó sus tropas entre las dieciocho fortalezas de Omi.

Poniéndose una mano sobre los ojos a modo de visera, Nobunaga contempló el territorio desde una elevación y sonrió.

—Ésta es una espléndida línea enemiga, ¿no es cierto? Exactamente igual que en un tratado clásico.

Entonces ordenó a Sakuma Nobumori y Niwa Nagahide que tomaran el castillo de Mitsukuri, situando tropas de Mikawa en la vanguardia.

—Tal como os dije la víspera de la partida, esta marcha hacia la capital no se debe a una venganza personal. Quiero que todos los soldados del ejército comprendan que estamos luchando por el emperador. No matéis a los que huyan ni queméis las casas de la gente y, en la medida de lo posible, no pisoteéis los campos donde aún no se hayan recogido las cosechas.

\* \* \*

Las aguas del lago Biwa todavía eran invisibles a través de la niebla matinal. Treinta mil hombres empezaron a moverse, una masa oscura que atravesaba la niebla. Cuando Nobunaga vio la bengala que señalaba el ataque llevado a cabo por las tropas de Niwa Nagahide y Sakuma Nobumori contra el castillo de Mitsukuri, ordenó que trasladaran el cuartel general al castillo de Wada.

El castillo de Wada era una fortaleza enemiga, por lo que la orden de Nobunaga implicaba el ataque y la toma del castillo. Sin embargo, lo dijo como si ordenara a sus hombres que acudieran a una posición desocupada.

—¡Nobunaga en persona viene a atacarnos! —exclamó el general en jefe del castillo de Wada al recibir el aviso de los vigías en la torre de vigilancia. Golpeando la empuñadura de su espada, arengó a la guarnición—: ¡Esto ha sido dispuesto por el cielo! Tanto el castillo de Kannonji como el de Mitsukuri habrían podido resistir por lo menos un mes, y durante ese tiempo las fuerzas de Matsunaga y Miyoshi y sus aliados al norte del lago habrían cortado la retirada a Nobunaga. Pero éste ha apresurado su muerte al atacar nuestro castillo. ¡Es una oportunidad realmente magnífica! No dejéis escapar este golpe de suerte marcial. ¡Conseguid la cabeza de Nobunaga!

El ejército entero mostró su asentimiento a gritos. Confiaban en que los férreos muros del clan Sasaki pudieran resistir un mes, aun cuando Nobunaga iba al frente de un ejército de treinta mil hombres y contaba con muchos generales capacitados. Compartían esa creencia las poderosas provincias que los rodeaban. Sin embargo, el castillo de Wada cayó en media jornada. Tras una batalla que duró poco menos de cuatro horas, los defensores fueron derrotados y huyeron a las montañas y las orillas del lago.

—¡No los persigáis! —ordenó Nobunaga desde lo alto del monte Wada.

Los estandartes alzados allí con tanta rapidez se veían claramente bajo el sol del mediodía. Los hombres, cubiertos de sangre y barro, se reunieron gradualmente bajo los estandartes de sus propios generales. Entonces, lanzando un grito de victoria, se comieron las raciones del mediodía. Seguían llegando diversos mensajes desde la dirección de Mitsukuri. Las fuerzas de Tokugawa procedentes de Mikawa, que habían sido colocadas como la vanguardia de Niwa y Nobumori, luchaban ahora con denuesto, bañadas en sangre. A cada momento Nobunaga recibía el mensaje de un nuevo éxito.

El informe de la caída de Mitsukuri llegó a Nobunaga antes de que el sol se hubiera puesto. Cuando anochecía, un humo negro se alzó desde la dirección del castillo en Kannonji. Las fuerzas de Hideyoshi ya estaban hostigando. Se dio la orden de un ataque total. Nobunaga trasladó su campamento y las fuerzas

de Mitsukuri y sus aliados fueron obligadas a retroceder hacia el castillo de Kannonji. Al anochecer los primeros hombres habían abierto brecha en los muros de los castillos enemigos.

Estrellas y chispas llenaban el claro cielo de otoño. Las fuerzas atacantes entraron en tropel. Se alzaron cantos de victoria, que para los aliados de los Sasaki debieron de sonar como la voz cruel del viento otoñal. Nadie había esperado que aquel baluarte cayera en un solo día. La fortaleza del monte Wada y los dieciocho puntos estratégicos no habían servido en absoluto de defensa contra aquellas oleadas de atacantes.

Todo el clan Sasaki, desde las mujeres y los niños hasta sus dirigentes, Rokkaku y Jotei, se tambalearon y lucharon en la oscuridad, huyendo de sus castillos en llamas para refugiarse en la fortaleza de Ishibe.

—No pongáis obstáculos a la huida de los fugitivos. Mañana todavía tendremos enemigos delante de nosotros.

Nobunaga no sólo les perdonó la vida sino que hizo caso omiso de los vastos tesoros que llevaban consigo. Entretenerse por el camino no formaba parte de su estilo, y su mente estaba ya en Kyoto, el centro de la acción. El torreón del castillo de Kannonji dejó de arder. En cuanto Nobunaga entró en lo que quedaba de él, mostró el aprecio en que tenía a sus tropas, diciendo que hombres y caballos necesitaban un buen descanso.

Pero él mismo no descansó gran cosa. Aquella noche durmió con la armadura puesta y al amanecer celebró una conferencia con sus principales servidores. Una vez más ordenó que se expusieran decretos en toda la provincia y envió de inmediato a Fuwa Kawachi con la orden de trasladar a Yoshiaki desde Gifu a Moriyama.

El día anterior había luchado al frente de un ejército, mientras que hoy tomaba las riendas de la administración. Así era Nobunaga. Dio temporalmente a cuatro de sus generales responsabilidades como administradores y magistrados en la ciudad portuaria de Otsu, y dos días después cruzó el lago Biwa, olvidándose casi de comer mientras promulgaba una orden tras otra.

Era el doce de aquel mes cuando Nobunaga penetró con ímpetu en Omi y atacó Kannonji y Mitsukuri. Hacia el veinticinco el ejército había dejado de combatir para dedicarse a exponer bandos de la nueva legislación que regiría en la provincia. ¡Un camino hacia la supremacía, hacia el centro de la acción! Al mismo tiempo fueron alineadas las naves de guerra en la orilla izquierda del lago Biwa y zarparon rumbo a Omi. Todo, desde la preparación de los barcos hasta la carga de las raciones alimenticias para los soldados y el pienso para sus caballos, requirió la cooperación del pueblo. Era cierto que el poderío militar de Nobunaga atemorizaba a las gentes, pero más allá de ese temor, el hecho de que la población de Omi se uniera para apoyarle se debía a que aprobaba su estilo de gobierno, al que consideraban digno de confianza.

Nobunaga era el único hombre que había rescatado los corazones de la gente entre las llamas de la guerra y que se había comprometido públicamente con ellos. Cuando se preguntaban cuál iba a ser su futuro, él les tranquilizaba. En tales situaciones no hay tiempo para establecer un criterio político detallado. El secreto de Nobunaga consistía sencillamente en hacer las cosas con rapidez y decisión. Lo que la gente quería en aquel país en guerra civil no era un administrador de talento ni un gran sabio. El mundo estaba sumido en el caos. Si Nobunaga era capaz de controlarlo, los súbditos aceptarían hasta cierto punto las penalidades.

El viento del lago recordaba que era otoño y lamiríada de embarcaciones trazaban largas y bellas estelas en el agua. El día veinticinco la nave de Yoshiaki cruzó las aguas del lago desde Moriyama y atracó cerca del templo de Mii.

Nobunaga, que ya había desembarcado, esperaba un ataque de Miyoshi y Matsunaga, pero no se produjo. Saludó a Yoshiaki en el templo y le dijo que era como si ya hubieran entrado en la capital.

El día veintiocho Nobunaga dirigió por fin a sus tropas hacia Kyoto. El ejército se detuvo al llegar a Awataguchi. Hideyoshi, que estaba al lado de Nobunaga, galopaba adelante al mismo tiempo que Akechi Mitsuhide retrocedía apresuradamente desde la vanguardia.

—¿Qué ocurre?

—Mensajeros imperiales.

Nobunaga, también sorprendido, desmontó en seguida. Los dos mensajeros llegaron con una carta del emperador. Nobunaga hizo una profunda reverencia y les dijo:

—Como guerrero provincial, mi única habilidad consiste en empuñar las armas de guerra. Desde la época de mi padre, hemos lamentado largamente la penosa condición del palacio imperial y la inquietud que reina en el corazón del emperador. Hoy, empero, llego desde un rincón lejano del país para proteger a Su Majestad imperial. Ninguna otra responsabilidad sería un honor más grande para un samurai ni una mayor alegría para mi clan.

Silenciosa y solemnemente, treinta mil soldados juraron con Nobunaga que obedecerían los deseos del emperador.

Nobunaga estableció su campamento en el templo Tofuku, y el mismo día se efectuaron las proclamaciones en toda la capital. Primero se concretó la disposición de las patrullas policiales. Sugaya Kuemon fue encargado de la guardia diurna y Hideyoshi de la nocturna.

Uno de los soldados del ejército de Oda estaba bebiendo en una taberna, y un soldado victorioso se vuelve arrogante con facilidad. Borracho y tras haber comido a dos carrillos, arrojó sobre la mesa unas pocas monedas que no llegaban a la mitad de lo que debía.

—Con esto es suficiente —dijo al salir.

El propietario del local corrió gritando tras él, y cuando intentó cogerle, el soldado le golpeó y se alejó tambaleándose. Hideyoshi, que estaba haciendo la ronda, fue testigo del incidente y ordenó que prendieran al hombre. Cuando lo llevaron al cuartel general, Nobunaga alabó a la patrulla policial, despojó al soldado de su armadura e hizo que le ataran a un gran árbol a la entrada del templo. Pusieron a su lado un cartel que explicaba la naturaleza del delito, y Nobunaga ordenó que el hombre fuese expuesto durante siete días y luego lo decapitaran. Todos los días un número inmenso de personas desfilaba ante la entrada del templo. Muchas eran mercaderes y nobles, y había también mensajeros de otros templos y santuarios, así como tenderos que transportaban sus mercancías.

Los transeúntes se detenían a leer el letrero y miraban al hombre atado al árbol. De este modo los habitantes de la capital fueron testigos de la justicia de Nobunaga y la severidad de sus leyes, vieron que se haría cumplir estrictamente la ley expuesta en los carteles distribuidos por toda la ciudad: que el robo de incluso una sola moneda sería castigada con la muerte, empezando por los propios soldados de Nobunaga, y nadie expresó descontento.

La frase «un tajo por una moneda» se popularizó entre la gente para indicar la clase de castigo impuesto por el gobierno de Nobunaga. Habían transcurrido veintiún días desde que el ejército partió de

\*

\*

\*

Después de que Nobunaga hubiera normalizado la situación en la capital y regresado a Gifu, desvió su atención de los asuntos que le habían preocupado y descubrió que Mikawa ya no era la provincia débil y menesterosa del pasado.

No podía dejar de maravillarse en su fuero interno por los desvelos de Ieyasu. El señor de Mikawa no se había limitado a ser un perro guardián en la puerta trasera de Owari y Mino mientras su aliado, Nobunaga, marchaba al centro de la acción. Antes que dejar pasar la oportunidad, había expulsado a las fuerzas del sucesor de Imagawa Yoshimoto, Ujizane, de las dos provincias de Suruga y Totomi. Por supuesto, no logró semejante hazaña sólo con sus propias fuerzas. Por un lado estaba relacionado con el clan Oda, y por otro se había confabulado con Takeda Shingen de Kai, y con este último había establecido un pacto para dividir y compartir las dos provincias restantes de los Imagawa. Ujizane había sido un necio y dado, tanto a los Tokugawa como a los Takeda, una serie de buenas excusas para atacarle.

A pesar de que el país estaba sumido en el caos, todo jefe militar comprendía que era imposible iniciar una guerra sin alguna razón, y que si lo hacía acabaría perdiendo la batalla. Ujizane dirigía una administración contra la que el enemigo podía tomar esa postura moral, y era lo bastante mentecato para no ver lo que le aguardaba en el futuro. Todo el mundo sabía que no era un digno sucesor de Yoshimoto.

La provincia de Suruga pasó a ser posesión del clan Takeda, mientras que Totomi se convertía en el dominio del clan Tokugawa. El día de Año Nuevo del decimotercer año de Eiroku, Ieyasu dejó a su hijo a cargo del castillo de Okazaki, y él mismo se trasladó a Hamamatsu, en Totomi. En el segundo mes de aquel año le llegó un mensaje de felicitación de Nobunaga:

El año pasado mencioné mi deseo largamente acariciado y tuve algún pequeño éxito, pero nada podría ser más oportuno que añadir la fértil tierra de Totomi a vuestros dominios. Colectivamente, todos nos hemos fortalecido.

A comienzos de la primavera Ieyasu se dirigió a Kyoto en compañía de Nobunaga. Por supuesto, el objetivo del viaje era disfrutar de la capital en primavera y descansar bajo los cerezos, o así lo parecía. Sin embargo, desde una perspectiva política, el resto del mundo observaba a los dos dirigentes reunidos en Kyoto y se preguntaba cuál era el verdadero contenido de sus conversaciones.

Pero en esta ocasión el viaje de Nobunaga no fue realmente más que una marcha magnífica y placentera. Los dos hombres se pasaban el día entero practicando la cetrería en los campos. Por la noche Nobunaga daba banquetes y pedía que los lugareños interpretaran las canciones y danzas populares en su posada. En conjunto, aquello no parecía más que una jira campestre. El día en que Nobunaga e Ieyasu iban a llegar a la capital, Hideyoshi, que estaba encargado de la defensa de Kyoto, se había trasladado a Otsu para darles la bienvenida. Nobunaga le presentó a Ieyasu.

—Sí, le conozco desde hace largo tiempo. La primera vez que le vi fue cuando visité Kiyosu. El estaba entre los samurais apostados en la entrada para recibirme. Eso fue un año después de la batalla de Okehazama, así que hace ya bastante tiempo.

Ieyasu miró sonriente a Hideyoshi. Éste se sorprendió de la buena memoria que tenía aquel hombre. Ieyasu contaba entonces veintiocho años, Nobunaga treinta y seis y Hideyoshi iba a cumplir treinta y cuatro. La batalla de Okehazama había tenido lugar diez años antes.

Una vez instalados en Kyoto, lo primero que hizo Nobunaga fue inspeccionar las reparaciones efectuadas en el palacio imperial.

—Preveamos que el palacio imperial estará terminado el año próximo —le informaron los dos supervisores de la construcción.

—No seáis cicateros con los gastos —replicó Nobunaga—. El palacio imperial ha estado en ruinas durante años.

Ieyasu oyó los comentarios de Nobunaga y dijo:

—En verdad os envidio vuestra posición. Habéis sido capaz de demostrar con hechos vuestra lealtad al emperador.

—Es cierto —respondió Nobunaga sin modestia, y asintió como si se aprobara a sí mismo.

Así pues, Nobunaga no sólo reconstruyó el palacio imperial, sino que también revisó las finanzas de la corte. El emperador estaba satisfecho, desde luego, y la lealtad de Nobunaga impresionaba a la gente. Al ver que los nobles se encontraban a gusto y las clases inferiores estaban en paz y armonía, Nobunaga gozó realmente del tiempo pasado con Ieyasu durante el segundo mes, contemplando los cerezos y asistiendo a ceremonias del té y conciertos.

¿Quién habría sabido que, durante ese periodo, su mente estaba preparando la manera de pasar por la siguiente serie de dificultades? Nobunaga iniciaba sus acciones a medida que se desarrollaban nuevas situaciones, y proseguía con los esbozos de sus planes y su ejecución incluso mientras dormía. De súbito, el segundo día del cuarto mes, todos sus generales recibieron convocatorias para reunirse en la residencia del shogun.

La gran sala de conferencias estaba llena.

Nobunaga reveló lo que había estado planeando desde el segundo mes.

—Esto concierne al clan Asakura de Echizen —empezó a decir—. El señor Asakura ha desoído las numerosas solicitudes del shogun y no ha ofrecido un solo madero para la construcción del palacio imperial. Fue nombrado por el shogun y mantiene la posición de servidor del emperador, pero no piensa más que en el lujo y la indolencia de su propio clan. Quisiera investigar ese delito y reunir una fuerza punitiva. ¿Cuáles son vuestras opiniones?

Entre quienes estaban bajo el control directo del shogunado, había varios hombres que eran viejos amigos del clan Asakura, al que apoyaban indirectamente, pero ninguno mostró su desacuerdo. Y si bien un grupo de hombres expresaron de inmediato su franca aprobación, nadie habló bajo la presión añadida del grupo más amplio.

Atacar Asakura significaría una campaña en las provincias septentrionales. Era una gran empresa, pero el plan se aprobó en muy poco tiempo. El mismo día se proclamó la próxima formación del ejército, y el veintiocho de aquel mes las tropas ya se habían congregado en Sakamoto. A las tropas de Owari y Mino se añadieron ocho mil guerreros de Mikawa a las órdenes de Tokugawa Ieyasu. Una fuerza cercana a los cien mil hombres se extendía ahora, en el luminoso cuarto mes, a fines de la primavera, a lo largo de la orilla del lago en Niodori.

Tras pasar revista a las tropas, Nobunaga señaló la cordillera visible al norte.



—¡Mirad! Se ha fundido la nieve que cubría las montañas de las provincias del norte. ¡Las flores de la primavera serán nuestras!

Hideyoshi había sido incluido en el ejército y dirigía un contingente de tropas. Asintió, diciéndose: «Bueno, mientras el señor Nobunaga se divertía esta primavera en la capital con el señor Ieyasu, esperaba al mismo tiempo que la nieve se fundiera en los puertos de montaña que conducen a las provincias del norte».

Pero por encima de todo, consideraba que la verdadera habilidad de Nobunaga había consistido en invitar a Ieyasu a la capital. De una manera indirecta había mostrado su propia fuerza y sus logros a Ieyasu, de modo que éste no enviara de mala gana a sus tropas. Tal había sido la habilidad de Nobunaga. A pesar del caos en que el mundo estaba sumido, esa habilidad lograría unirlo. Hideyoshi así lo creía, y comprendía como nadie que la importancia de aquella batalla radicaba en su necesidad absoluta.

El ejército avanzó desde Takashima, pasó por Kumagawa, en Wakasa, y marchó hacia Tsuruga, en Echizen. Su avance continuó, dejando un rastro de fortalezas y puestos fronterizos del enemigo incendiados, cruzando una montaña tras otra y atacando Tsuruga antes de que finalizara el mes.

Los Asakura, que no habían dado importancia a las tropas enemigas, se quedaron estupefactos al verlas ya allí. Apenas quince días antes Nobunaga estaba disfrutando con la contemplación de las flores en la capital. Los Asakura se resistían a creer que estaban viendo sus estandartes allí, en su propia provincia, aunque el enemigo hubiera sido capaz de efectuar con tanta rapidez sus preparativos militares.

El antiguo clan Asakura descendía del linaje imperial, había adquirido importancia por la ayuda prestada al primer shogun y, más adelante, le había sido concedida toda la provincia de Echizen.

El clan era el más fuerte en todas las provincias septentrionales, una fortaleza que no sólo afirmaban sus seguidores sino que también reconocían todos los demás. Los Asakura participaban en el shogunado, sus tierras eran ricas en recursos naturales y disponían de una gran fuerza militar.

Cuando Yoshikage tuvo noticia de que Nobunaga ya había llegado a Tsuruga, casi reconvino al hombre que le había informado.

—No pierdas la cabeza. Probablemente estás en un error.

El ejército de Oda que cayó sobre Tsuruga estableció allí su campamento base y destacó unos batallones para que atacaran los castillos de Kanegasaki y Tezutsugamine.

—¿Dónde está Mitsuhide? —preguntó Nobunaga.

—El general Mitsuhide está al mando de la vanguardia —respondió un servidor.

—¡Que venga aquí! —ordenó Nobunaga.

Mitsuhide se apresuró a regresar desde la línea del frente.

—Decidme, mi señor.

—Has vivido largo tiempo en Echizen, por lo que debes de estar especialmente familiarizado con el terreno entre esta zona y el castillo principal de Asakura en Ichijogadani. ¿Por qué lucháis ahí para obtener alguna minúscula ventaja en la vanguardia sin idear una estrategia más amplia?

—Lo lamento. —Mitsuhide hizo una reverencia y pareció como si Nobunaga le hubiera afectado profundamente—. Si me lo ordenáis, dibujaré un mapa y lo someteré a vuestra observación.

—Bien, en ese caso te daré una orden formal. Los mapas que tengo a mano son bastante toscos, y hay lugares en los que parecen ser del todo incorrectos. Cotéjalos con tus mapas, corrígelos y devuélvemelos.

Mitsuhide poseía unos mapas muy bien detallados con los que no podían compararse los de Nobunaga. Mitsuhide se retiró y poco después regresó con sus propios mapas, los cuales presentó a Nobunaga.

—Creo que deberías examinar la disposición del terreno. Será mejor que te nombre oficial de mi estado mayor.

A partir de entonces, Nobunaga no permitía que Mitsuhide se alejara mucho del cuartel general.

Tezutsugamine, el castillo defendido por Hitta Ukon, no tardó en rendirse. Pero el castillo de Kanegasaki no cayó con tanta rapidez. En ese último castillo, Asakura Kagetsune, un general de veintiséis años, se defendió bravamente. Había sido monje en su primera juventud, y en aquella época algunos opinaron que sería una pena que un hombre con su físico y sus cualidades abrazara el orden sagrado. Así pues, se vio obligado a regresar a la vida secular y pronto le pusieron al frente de un castillo, distinguiéndose incluso dentro del clan Asakura. Rodeado por más de cuarenta mil soldados al mando de generales tan veteranos como Sakuma Nobumori, Ikeda Shonyu y Mori Yoshinari, Kagetsune observaba desde la torre de vigilancia con expresión serena y sonriente.

—Qué ostentación —comentó.

Yoshinari, Nobumori y Shonyu llevaron a cabo un ataque general, manchando los muros de sangre y manteniéndose firmes durante toda la jornada. Al final del día, cuando hicieron recuento de los cadáveres, el enemigo había perdido más de trescientos hombres, pero sus propias bajas pasaban de ochocientas. Sin embargo, aquella noche el castillo de Kanegasaki siguió alzándose majestuoso e indomable bajo una enorme luna de verano.

—Este castillo no va a caer, y aunque caiga no será una victoria para nosotros —le dijo aquella noche Hideyoshi a Nobunaga.

Nobunaga pareció un poco impaciente.

—¿Por qué no será una victoria para nosotros la caída del castillo?

En tales ocasiones no había ningún motivo para que Nobunaga estuviera de buen talante.

—La caída de este único castillo no supondrá necesariamente la derrota de Echizen. Con la captura de este único castillo, mi señor, vuestro poder militar no aumentará necesariamente.

—Pero ¿cómo podemos avanzar sin ocupar Kanegasaki? —replicó Nobunaga.

De repente Hideyoshi volvió la cabeza. Ieyasu acababa de entrar y se había detenido. Al verle, Hideyoshi se apresuró a hacer una reverencia y salir. Regresó poco después con unas esteras y ofreció al señor de Mikawa un asiento al lado de Nobunaga.

—¿Os interrumpo? —inquirió Ieyasu, y tomó asiento en las esteras proporcionadas por Hideyoshi, a quien sin embargo no hizo la menor señal de reconocimiento—. Parece como si estuvierais en medio de una discusión.

—No.

Nobunaga dirigió la barbilla hacia Hideyoshi y, suavizando un poco su tono, explicó a Ieyasu con exactitud lo que habían estado tratando.

Ieyasu asintió y miró fijamente a Hideyoshi. El primero era ocho años más joven que Nobunaga, pero a Hideyoshi le parecía que era al revés. Sometido al escrutinio de Ieyasu, a Hideyoshi le parecía imposible que los modales y la expresión de aquel hombre fuesen los de un veinteañero.

—Estoy de acuerdo con lo que ha dicho Hideyoshi. Perder más tiempo y sufrir más bajas con este

solo castillo no es una política acertada.

—¿Creéis que deberíamos suspender el ataque y proseguir el avance hacia la principal fortaleza del enemigo?

—Primero oigamos lo que dice Hideyoshi. Parece ser que ha pensado algo.

—Hideyoshi.

—Sí, mi señor.

—Cuéntanos tu plan.

—No tengo ningún plan.

—¿Cómo?

No sólo los ojos de Nobunaga mostraron sorpresa. La expresión del semblante de Ieyasu era también de cierta perplejidad.

—Hay tres mil soldados dentro de ese castillo, y sus muros están reforzados por su voluntad de resistir a un ejército de diez mil hombres y luchar hasta la muerte. Aunque sea pequeño, no hay ningún motivo para que el castillo caiga con facilidad. Dudo de que pudiéramos hacerles flaquear aunque tuviéramos un plan. Esos soldados también son hombres, e imagino que deben ser sensibles a las emociones humanas verdaderas y la sinceridad...

—Ya empezamos, ¿eh? —le interrumpió Nobunaga.

No quería que Hideyoshi hablara más de la cuenta. Ieyasu era su aliado más poderoso y le trataba con una extrema cortesía, pero, al fin y al cabo, aquel hombre era el señor de las dos provincias de Mikawa y Totomi y no formaba parte del círculo interno del clan Oda. Más aún, Nobunaga armonizaba tanto con la mentalidad de Hideyoshi que no tenía necesidad de escuchar con detalle sus pensamientos a fin de confiar en él.

—Está bien —dijo Nobunaga—. Te doy mi autorización para que hagas lo que creas conveniente. Adelante con tu idea.

—Gracias, mi señor.

Hideyoshi se retiró como si el asunto no fuese de especial importancia. Pero aquella noche entró a solas en el castillo enemigo y se entrevistó con su jefe, Asakura Kagetsune. Hideyoshi se sinceró absolutamente con el joven señor del castillo.

—Vos también procedéis de una familia de samurais, por lo que probablemente conocéis el resultado de esta batalla. Seguir resistiendo sólo servirá para que mueran más soldados valiosos. Por mi parte, no deseo veros morir en vano. En vez de sucumbir así, ¿por qué no abríis el castillo y os retiráis apropiadamente, unís vuestras fuerzas a las del señor Yoshikage y os enfrentáis de nuevo a nosotros en un campo de batalla distinto? Os garantizaré personalmente la seguridad de todos los tesoros y armas, así como las mujeres y niños que están en el interior del castillo, y no tendré inconveniente en enviároslos.

—Cambiar el campo de batalla y enfrentarnos a vosotros otro día sería interesante —replicó Kagetsune, y fue a preparar la retirada.

Haciendo gala de la cortesía de un samurai, Hideyoshi dio todas las facilidades al enemigo en retirada, y fue a despedirle a una legua del castillo.

Solucionar la cuestión de Kanegasaki había requerido un día y medio, pero cuando Hideyoshi informó a Nobunaga de lo que había hecho, su señor se limitó a responder: «¿Ah, sí?» y no añadió grandes elogios. Sin embargo, la expresión de su semblante indicaba lo que parecía estar pensando: «Lo

has hecho demasiado bien...», las hazañas meritorias tienen un límite». Pero el gran logro de Hideyoshi difícilmente podía negarse, al margen de quien juzgara el asunto.

Sin embargo, en el caso de que Nobunaga le hubiera puesto por los cielos, habría creado una situación en la que los generales Shonyu, Nobumori y Yoshinari se habrían sentido demasiado avergonzados para volver a mirar a su señor a la cara. Al fin y al cabo, habían enviado a la muerte a ochocientos soldados y no habían podido derrotar al enemigo no siquiera con un número de hombres aplastante. Hideyoshi era todavía más sensible a los sentimientos de esos generales, y cuando presentó su informe no atribuyó a su propia idea el origen de sus esfuerzos, sino que se limitó a decir que había seguido las órdenes de Nobunaga.

—Tenía la intención de hacerlo todo de acuerdo con las órdenes. Espero que paséis por alto mi desmañada actuación, así como su brusquedad y su carácter secreto.

Tras disculparse así, se retiró.

En esta ocasión Ieyasu estaba con los demás generales al lado de Nobunaga, y rezongó para sus adentros al ver alejarse a Hideyoshi. Se había dado cuenta de que existía un hombre formidable no mucho mayor que él que también había nacido en aquella época trascendental. Entretanto, tras haber abandonado Kanegasaki y ahora en plena retirada, Asakura Kagetsune avanzaba a toda prisa, pensando que uniría sus tropas con las que estaban en el castillo principal en Ichijogadani y mediría una vez más sus fuerzas contra el ejército de Nobunaga en otro lugar. Cuando aún estaba en camino, se encontró con los refuerzos de veinte mil hombres que Asakura Yoshikage había enviado para ayudar a Kanegasaki.

—¡Buena la he hecho! —exclamó Kagetsune, lamentando haber seguido el consejo del enemigo.

Pero ya era demasiado tarde.

—¿Por qué has abandonado el castillo sin luchar? —le gritó airado Yoshikage, pero se vio obligado a unir los dos ejércitos y regresar a Ichijogadani.

Los hombres de Nobunaga siguieron adelante hasta llegar al puerto de montaña de Kinome. Si conseguía atravesar esa posición estratégica, tendría ante sí el cuartel general del clan Asakura. Pero un mensaje urgente conmocionó a las tropas invasoras de Oda.

Un despacho les informó de que Asai Nagamasa de Omi, cuyo clan se había aliado con los Asakura durante varias generaciones, había trasladado su ejército desde el norte del lago Biwa, cortando la retirada de Nobunaga. Por otro lado, Sasaki Rokkaku, quien ya había saboreado la derrota infligida por Nobunaga, actuaba de común acuerdo con los Asai y se aproximaba desde la zona montañosa de Koga. Uno tras otro, habían dirigido sus ejércitos para golpear el flanco de Nobunaga.

Ahora el enemigo se encontraba delante y detrás del ejército invasor. Tal vez debido a este cambio de los acontecimientos, la moral de las fuerzas de Asakura era alta y estaban dispuestos a salir de Ichijogadani y efectuar un furioso contraataque.

—Hemos entrado en las fauces de la muerte —dijo Nobunaga, dándose cuenta de que era como si hubiesen cavado sus propias tumbas en territorio enemigo.

Lo que temía de súbito no era que Sasaki Rokkaku y Asai Nagamasa obstaculizaran su retirada; lo que Nobunaga temía hasta la médula de sus huesos era la probabilidad de que los monjes guerreros del Honganji, cuya fortaleza se hallaba en aquella zona, lanzaran un grito de guerra contra el invasor y desplegaran el estandarte de la oposición. El tiempo había cambiado de repente, y el ejército invasor era como un bote rumbo a la tormenta.

Ahora bien, ¿existía una abertura lo bastante amplia para la retirada de diez mil soldados? Los estrategas advertían de que, por su propia naturaleza, un avance es fácil y una retirada difícil. Si un general comete un error, puede sufrir la desgracia de la aniquilación de todo su ejército.

Hideyoshi hizo entonces un ofrecimiento.

—Por favor, permitidme que me encargue de la retaguardia. Entonces mi señor podrá tomar el atajo a través de Kuchikidani, sin el estorbo que supone un gran número de hombres y, a cubierto de la noche, escapar de esta tierra mortífera. Al amanecer el resto de las tropas podría retirarse directamente hacia la capital.

A cada momento que pasaba el peligro era mayor. Aquella noche, acompañado por unos pocos servidores y una fuerza de sólo trescientos hombres, Nobunaga siguió los valles sin senderos y los barrancos y cabalgó durante toda la noche hacia Kuchikidani. Fueron atacados innumerables veces por los monjes guerreros de la secta Ikko y los bandidos locales, y durante dos días y dos noches estuvieron sin alimento ni agua y sin dormir. Finalmente, al cabo del cuarto día llegaron a Kyoto, pero por entonces muchos de ellos estaban tan fatigados que apenas podían valerse por sí mismos. Sin embargo, podían considerarse afortunados. El más digno de compasión era el hombre que había cargado con la responsabilidad de la retaguardia y que, cuando el ejército principal había escapado, se quedó atrás con una minúscula fuerza en la solitaria fortaleza de Kanegasaki.

Ese hombre era Hideyoshi. Los demás generales, que hasta entonces habían envidiado sus éxitos y le habían llamado a sus espaldas sofista y advenedizo, se separaron de él alabándole sinceramente, llamándole «el sostén del clan Oda» y «un auténtico guerrero», y antes de marcharse llevaron a su campamento armas de fuego, pólvora y provisiones. Al dejar los suministros y partir, era como si depositaran guirnaldas funerarias en una tumba.

Entonces, desde el alba hasta mediada la mañana siguiente a la escapatoria nocturna de Nobunaga, los nueve mil soldados al mando de Katsuie, Nobumori y Shonyu lograron huir. Cuando las fuerzas de Asakura se dieron cuenta y los persiguieron para atacarles, Hideyoshi les golpeó por el flanco al tiempo que les amenazaba desde atrás. Y cuando la fuerza de Oda por fin se hubo librado del desastre, Hideyoshi y sus tropas se encerraron en el castillo de Kanegasaki y juraron que allí era donde abandonarían este mundo.

Para demostrar su voluntad de morir luchando, atrancaron las puertas del castillo, comieron lo que encontraron, durmieron cuando tenían algún momento para hacerlo y se despidieron de la vida. El jefe de las fuerzas de Asakura atacantes era el valiente general Keya Shichizaemon, el cual, en vez de correr el riesgo de sufrir muchas bajas lanzándose contra unas tropas que estaban dispuestas a morir, asedió la fortaleza y cortó la retirada a Hideyoshi.

\* \* \*

—¡Ataque nocturno!

Cuando resonó este grito en medio de la segunda noche, todos los preparativos efectuados de antemano fueron desplegados sin la menor confusión. El ejército de Keya avanzó a toda prisa contra el enemigo moviéndose en la oscuridad y derrotó por completo a la pequeña fuerza de Hideyoshi, la cual retrocedió precipitadamente al castillo.

—¡El enemigo está resignado a morir y lanza su grito de guerra! —exclamó Keya—. ¡Aprovechemos esta oportunidad y capturaremos el castillo al alba!

Corrieron al borde del foso, prepararon balsas y cruzaron la extensión de agua. En un abrir y cerrar de ojos, millares de soldados tomaron posesión de los muros de piedra.

Entonces, tal como Shichizaemon había prometido, Kanegasaki cayó al amanecer. Pero ¿qué encontraron sus fuerzas? En el castillo no había ni uno solo de los hombres de Hideyoshi. Sus estandartes ondeaban al viento, y el humo ya se alzaba hacia el cielo. Los caballos relinchaban. Pero Hideyoshi no estaba allí. El ataque de la noche anterior no había sido en realidad tal ataque.

El pequeño ejército mandado por Hideyoshi sólo había fingido retroceder al interior del castillo, mientras buscaban con la celeridad del viento una manera de huir de la muerte segura. Al amanecer, los hombres de Hideyoshi se encontraban ya al pie de las montañas que se extendían por la frontera provincial, y conseguían huir.

Naturalmente, Keya Shichizaemon y sus hombres no se quedaron pasmados contemplando su huida.

—¡Preparaos para la persecución! —ordenó—. ¡A por ellos!

Las tropas de Hideyoshi prosiguieron su retirada por la espesura de las montañas, huyendo durante la noche sin hacer una pausa para comer o beber.

—¡Todavía no estamos fuera de la guarida del tigre! —les advirtió Hideyoshi—. No aflojéis el paso, no descanséis. ¡Que no decaiga vuestra voluntad de vivir!

Siguieron adelante, azuzados por las exhortaciones de Hideyoshi. Tal como era de esperar, Keya empezó a darles alcance. Cuando oyeron los gritos de combate del enemigo a sus espaldas, Hideyoshi ordenó primero un breve descanso y luego habló a sus soldados.

—No os alarméis. Nuestros enemigos son idiotas, pues están lanzando sus gritos de guerra cuando suben por el valle, mientras que nosotros nos encontramos en un terreno alto. Todos estamos cansados, pero el enemigo nos persigue enfurecido, y muchos de ellos se van a extenuar. Cuando estén a tiro, sometedles a una lluvia de rocas y piedras y arrojadles las lanzas.

Sus hombres estaban fatigados, pero este claro razonamiento les hizo recuperar la confianza.

—¡Venid a por nosotros! —les gritaron mientras se preparaban para el ataque.

El castigo que Keya se proponía imponer a las tropas de Hideyoshi se convirtió en una desgraciada derrota de sus fuerzas. Innumerables cadáveres se amontonaron bajo las piedras y las lanzas.

—¡Retirada!

Las voces que gritaban la orden finalmente enronquecieron en los valles por los que se retiraban los hombres de Asakura.

—¡Ahora es nuestra ocasión! ¡Atrás! ¡Retirada!

Hideyoshi casi parecía imitar al enemigo, y sus hombres se volvieron y huyeron hacia las tierras bajas meridionales. Keya, al frente de los soldados que le quedaban, partió una vez más en su persecución. Los hombres de Keya eran realmente implacables, y aunque los restos de la fuerza punitiva ya estaban muy debilitados, los monjes guerreros del Honganji intervinieron en el ataque y bloquearon el camino cuando los hombres de Hideyoshi intentaban cruzar las montañas en cuya otra vertiente se extendía la provincia de Omi. Cuando los hombres intentaron desviarse del camino, flechas y piedras llovieron desde los pantanos y bosques a izquierda y derecha, entre gritos de «¡No les dejéis pasar!». Incluso Hideyoshi empezó a pensar que había llegado su hora, pero era el momento de reforzar la

voluntad de vivir y resistirse a la tentación de sucumbir.

—¡Que el cielo decida si nuestra suerte es buena o mala y si vamos a vivir o a morir! Corred a través del pantano hacia el oeste. Huid por los arroyos de montaña cuyas aguas fluyen en el lago Biwa. Corred tan rápido como la misma agua. ¡Sólo si sois veloces podréis burlar a la muerte!

No les pidió que lucharan. Aquél era el Hideyoshi que tan bien sabía cómo emplear a los hombres, pero ni siquiera él pensó en ordenar a sus tropas hambrientas, que llevaban dos días y dos noches sin dormir ni descansar, que repelieran una emboscada tendida por un número desconocido de monjes guerreros. Todo lo que quería era ayudar hasta al último soldado de su lastimosa fuerza a regresar a la capital. Y no existía nada más fuerte que la voluntad de vivir.

Bajo las órdenes de Hideyoshi, los soldados cansados y hambrientos avanzaron rápidamente cuesta abajo, atravesando el pantano con una energía casi sobrenatural. Era un movimiento temerario que no podría considerarse ni estrategia ni abandono de sí mismos, pues los monjes guerreros ocultos en las honduras del bosque eran como mosquitos. Sin embargo, prosiguieron su carrera entre el enemigo que les rodeaba, y fue esto lo que abrió una fisura en las filas enemigas que les permitió desbaratar por completo la emboscada que con tanto cuidado les habían tendido. Mientras corrían, el orden cedió el paso al caos y todos los hombres se encaminaron confusamente al sur, siguiendo los arroyos de montaña.

—¡El lago Biwa!

—¡Estamos salvados!

Todos lanzaron gritos de alegría. Al día siguiente entraron en Kyoto. Al verlos, Nobunaga exclamó:

—Gracias a los cielos habéis conseguido sobrevivir. Sois como dioses. Sois en verdad como dioses.

# LIBRO CUATRO

PRIMER AÑO DE GENKI

1570



# Personajes y lugares

Asai Nagamasa, señor de Omi y cuñado de Nobunaga

Asakura Yoshikage, señor de Echizen

Amakasu Sanpei, ninja del clan Takeda

Takeda Shingen, señor de Kai

Kaisen, monje Zen y consejero de Shingen

Sakuma Nobunori, servidor de alto rango de Oda

Takei Serian, servidor de alto rango de Oda

Mori Ranmaru, paje de Nobunaga

Fukikage Mikawa, servidor de alto rango de Asai

Oichi, esposa de Asai Nagamasa y hermana de Nobunaga

Chacha, hija mayor de Oichi y Nagamasa

Honganji, cuartel general de los monjes guerreros de la secta Ikko

Monte Hiei, montaña al este de Kyoto y sede de la secta Tendai

Kai, provincia del clan Takeda

Hamamatsu, castillo de Tokugawa Ieyasu Nuo, palacio del shogun en Kyoto

Omi, provincia del clan Asai

Odani, castillo principal del clan Asai

Echizen, provincia del clan Asakura

# Enemigo de Buda

La primera noche después de su regreso a Kyoto, los oficiales y soldados de la retaguardia, que por tan poco habían escapado con vida, sólo podían pensar en una cosa: dormir.

Tras informar a Nobunaga, Hideyoshi se retiró aturdido. El sueño le vencía.

A la mañana siguiente abrió los ojos sólo un momento y volvió a dormirse profundamente. Hacia mediodía le despertó un criado y comió unas gachas de arroz, pero se hallaba en un estado entre la vigilia y el sueño y tan sólo se enteró de que estaban sabrosas.

—¿Vais a dormiros de nuevo? —le preguntó el criado, asombrado.

Por fin Hideyoshi se despertó por completo al cabo de dos días, por la noche, sintiéndose totalmente desorientado.

—¿Qué día es hoy?

—Es el segundo —le respondió el samurai de guardia.

«El segundo», se dijo mientras salía de la habitación con pasos vacilantes. Pensó que el señor Nobunaga también debía de haberse recuperado.

Nobunaga había reconstruido el palacio imperial y levantado una nueva residencia para el shogun, pero él mismo carecía de una mansión en la capital. Cada vez que acudía a Kyoto se instalaba en un templo y sus servidores se repartían por los templos filiales vecinos.

Hideyoshi abandonó el templo en el que se alojaba y alzó la vista para contemplar las estrellas por primera vez en varios días. Pensó que ya era casi verano y entonces se dio cuenta de que aún estaba vivo, lo cual le hizo experimentar una alegría extraordinaria. A pesar de lo tardío de la hora solicitó una audiencia con Nobunaga, a cuya presencia le llevaron de inmediato, como si Nobunaga le hubiera estado esperando.

—Estás muy sonriente, Hideyoshi. Sin duda hay algo que te satisface.

—¿Cómo no habría de estar satisfecho? Antes no era consciente de la bendición que es la vida, pero ahora que me he librado por poco de la muerte, comprendo que todo lo que necesito es vivir. Me basta con mirar esta lámpara o vuestro rostro, mi señor, para saber que vivo y he sido bendecido con mucho más de lo que merezco. Pero ¿cómo os sentís vos, mi señor?

—Irremediablemente decepcionado. Ésta es la primera vez que siento la vergüenza y la amargura de la derrota.

—¿Ha conseguido jamás algún hombre grandes cosas sin experimentar la derrota?

—Vaya, ¿también puedes ver eso en mi rostro? Hay que fustigar una sola vez el vientre del caballo. Prepárate para emprender un viaje, Hideyoshi.

—¿Un viaje?

—Regresamos a Gifu.

Hideyoshi se estaba felicitando porque iba un paso por delante de Nobunaga, cuando éste se colocó resueltamente en cabeza. Tenía varias buenas razones para regresar a Gifu lo antes posible.

Aunque Nobunaga tenía fama de soñador, también se le conocía como un obstinado hombre de acción. Aquella noche Nobunaga, Hideyoshi y una escolta inferior a trescientos hombres salieron de la capital con la rapidez de una tormenta repentina. Pero incluso a esa velocidad su partida no pudo mantenerse en secreto.

Aún no había amanecido cuando el grupo llegó a Otsu. El estampido de un arma de fuego resonó en la oscuridad de las montañas. Los caballos se encabritaron frenéticamente. Los servidores emprendieron el galope, inquietos por Nobunaga, al tiempo que buscaban al francotirador.

Nobunaga no parecía haber oído el disparo y había seguido adelante. A unas cincuenta varas de sus servidores se volvió y gritó:

—¡No le hagáis caso!

Como Nobunaga estaba solo, bastante más adelantado que los otros, dejaron detrás al aspirante a asesino. Cuando Hideyoshi y los demás generales llegaron a la altura de su señor y le preguntaron si estaba herido, Nobunaga redujo la velocidad de su caballo y alzó la manga, mostrando un pequeño orificio en la holgada tela.

—Nuestro sino está decretado por el cielo —se limitó a comentar.

Más adelante se descubrió que el hombre que había disparado contra Nobunaga era un monje guerrero famoso por su puntería.

Nobunaga había dicho que el sino está decretado por el cielo, pero eso no significaba que aguardase pasivamente la voluntad del cielo. Sabía cómo le envidiaban los jefes guerreros rivales. El mundo no le había tenido muy en cuenta cuando extendió sus alas sobre Owari y Mino desde su pequeño dominio, que no cubría más que un par de distritos de Owari. Pero ahora que ocupaba el centro del escenario e impartía órdenes desde Kyoto, los poderosos clanes provinciales se sentían molestos de repente. Clanes con los que no tenía ninguna querrela, los Otomo y Shimazu de Kyushu, los Mori de las provincias occidentales, los Chosokabe de Shikoku e incluso los Uesugi y Date en el extremo norte, todos ellos contemplaban sus éxitos con hostilidad.

Pero el verdadero peligro lo planteaban sus propios parientes. Era evidente que ya no podía confiar en Takeda Shingen de Kai, como tampoco podía descuidarse con respecto a los Hojo, y Asai Nagamasa de Odani, que se había casado con su hermana Oichi, era una prueba viviente de la debilidad de las alianzas políticas basadas en el matrimonio. Cuando Nobunaga invadió el norte, su principal enemigo, el hombre que se había aliado de repente con los Asakura y amenazado su retirada, no fue otro que ese Asai Nagamasa, lo cual demostraba una vez más que las ambiciones de los hombres no pueden ser trabadas por los cabellos de una mujer.

Nobunaga estaba rodeado de enemigos. Los restos de los clanes Miyoshi y Matsunaga seguían siendo fastidiosos adversarios que permanecían emboscados, y los monjes guerreros del Honganji avivaban por doquier las llamas de la rebelión contra él. Parecía como si, al hacerse con el poder, el país entero estuviera en su contra, y por ello lo más prudente era regresar a Gifu. Si hubiera permanecido ocioso en Kyoto otro mes, quizá no habría habido ningún castillo ni clan al que regresar, pero lo cierto es que llegó al castillo de Gifu sin incidentes.

\*

\*

\*

—¡Guardia, guardia!

La corta noche aún no había terminado, pero Nobunaga llamaba desde su dormitorio. Era más o menos la hora en que la canción del cuco se oía en Inabayama, y no era nada insólito que Nobunaga se despertara a esa hora y diera órdenes inesperadamente. Su guardia nocturna estaba acostumbrada a ello,

pero parecía como si cada vez que se relajaban un poco Nobunaga les cogiera por sorpresa.

—¿Sí, mi señor?

Esta vez el guardián se presentó en seguida.

—Convoca un consejo de guerra —dijo Nobunaga mientras se disponía a salir del dormitorio—. Dile a Nobumori que llame de inmediato al estado mayor.

Los pajes y ayudantes corrieron tras él. Aún estaban medio dormidos y apenas podían saber si era medianoche o si amanecía. Desde luego aún estaba oscuro y las estrellas brillaban en el cielo nocturno.

—Voy a encender las lámparas —dijo un ayudante—. Por favor, mi señor, esperad un momento.

Pero Nobunaga ya se había desnudado. Entró en el baño y empezó a lavarse.

En la ciudadela exterior la confusión era incluso peor. Hombres como Nobumori, Tadatsugu y Hideyoshi estaban en el castillo, pero muchos de los demás generales se habían quedado en la ciudad fortificada. Mientras partían mensajeros en su busca, se procedió a la limpieza del salón y el encendido de las lámparas.

Por fin los generales estuvieron reunidos para el consejo de guerra. La blanca luz de una lámpara iluminaba el rostro de Nobunaga. Éste había decidido partir al alba y atacar a Asai Nagamasa de Odani. Aunque la reunión tenía por objeto celebrar un consejo de guerra, su propósito no era airear las diferentes opiniones ni discutir. Nobunaga tan sólo quería saber si alguien tenía sugerencias que hacer en cuanto a la táctica.

Cuando resultó evidente que la decisión de Nobunaga era irrevocable, los generales reunidos guardaron un silencio absoluto, como si algo les oprimiera el corazón. Todos ellos sabían que la relación de Nobunaga con Nagamasa era más que una alianza política. Nobunaga sentía realmente afecto por su cuñado, al que había invitado a Kyoto y acompañado personalmente en sus visitas a los lugares destacados.

Si Nobunaga no había informado a Nagamasa de su ataque contra el clan Asakura fue porque sabía que los Asai y los Asakura estaban vinculados por una alianza mucho más antigua que los lazos del clan Asai con los Oda. Pensando en la delicada posición de su cuñado, hizo cuanto pudo por mantenerle neutral.

Sin embargo, una vez Nagamasa supo que el ejército de Nobunaga se había internado en territorio enemigo, traicionó a su cuñado, le cortó la retirada y le obligó a sufrir una derrota inevitable.

Desde su regreso a Kyoto, Nobunaga había estado pensando en el castigo que impondría a su cuñado. En plena noche le habían entregado un informe secreto, según el cual Sasaki Rokkaku había fomentado una revuelta campesina con el apoyo del castillo de Kannonji y los monjes guerreros. Aprovechándose del caos y actuando conjuntamente con Asai, Rokkaku se proponía aplastar a Nobunaga de un solo golpe.

Una vez finalizado el consejo de guerra, Nobunaga salió al jardín con sus generales y señaló el cielo. A lo lejos las llamas de la insurrección lo teñían de un rojo brillante.

Al día siguiente, el vigésimo del mes, Nobunaga condujo su ejército a Omi. Derrotó a los monjes guerreros y atravesó las defensas de Asai Nagamasa y Sasaki Rokkaku. El ejército de Nobunaga se movió con la rapidez de una tormenta que barriera la llanura y atacó con la brusquedad del rayo.

El día veintiuno las tropas de Oda avanzaban hacia el castillo principal de los Asai en Odani. Ya habían sitiado el castillo de Yokoyama, que era filial del castillo de Odani. Para el enemigo la derrota fue total. No habían tenido tiempo de prepararse y su resistencia se desmoronó sin darles tiempo para

establecer nuevas posiciones.

El río Ane sólo tenía unos pocos pies de profundidad, por lo que, a pesar de su considerable anchura, era posible vadearlo a pie. Sin embargo, sus claras aguas, que fluían desde las montañas de Asai oriental, estaban tan frías que podían dejar a un hombre aterido incluso en verano.

Faltaba poco para que amaneciera. Nobunaga, al frente de un ejército de veintitrés mil hombres, más otros seis mil soldados de Tokugawa, desplegó sus fuerzas a lo largo de la orilla oriental.

Más o menos desde la medianoche del día anterior, las fuerzas combinadas de los Asai y los Asakura, que sumaban en total unos dieciocho mil hombres, habían avanzado gradualmente desde el monte Oyóse. Ocultos detrás de las casas a lo largo de la orilla occidental del río, aguardaban el momento oportuno para atacar. Todavía era de noche y sólo se oía el sonido del agua.

—Yasumasa —dijo Ieyasu a uno de sus comandantes—, el enemigo se acerca con rapidez a la orilla.

—Es difícil ver nada a través de esta niebla, pero oigo los caballos que relinchan a lo lejos.

—¿Alguna noticia de río abajo?

—Nada por ahora.

—¿A qué lado bendecirá el cielo? Antes de media jornada tendrá lugar el cambio decisivo.

—¿Media jornada? No sé si tardará tanto.

—No les subestimes —dijo Ieyasu mientras se internaba en el bosque que bordeaba el río.

Allí estaban sus tropas silenciosas, la flor y nata del ejército de Nobunaga. La atmósfera en el bosque era de total desolación. Los soldados se habían desplegado en una línea de fuego, agazapados en el sotobosque. Los lanceros aferraban sus armas y concentraban su atención más allá del río, donde aún no se movía nada.

¿Sobrevivirían o morirían en aquel día crucial?

Los ojos de los soldados brillaban. Insensibles a la vida o la muerte, imaginaban en silencio el resultado de la batalla. Ninguno parecía confiar en que vería el cielo de nuevo aquella noche.

Acompañado por Yasumasa, Ieyasu recorrió la línea. Al caminar, sus ropas sólo producían un leve crujido. No había ninguna luz, salvo el brillo de las mechas encendidas de los mosquetes. Un hombre estornudó, tal vez un soldado resfriado al que el humo de las mechas le irritaba la nariz. El ruido puso en tensión a los demás soldados.

La superficie del agua empezó a blanquearse y una línea de nubes rojas silueteó las ramas de los árboles en el monte Ibuki.

—¡El enemigo! —gritó un hombre.

Los oficiales que rodeaban a Ieyasu indicaron de inmediato a los soldados que no disparasen todavía. En la otra orilla, sólo un poco río abajo, un cuerpo mixto de samurais montados e infantes, en número de ciento veinte o treinta, vadeaba el río en diagonal. Levantaban espuma con los pies y parecían un vendaval blanco que cruzara el río.

La formidable vanguardia de los Asai hacía caso omiso de la vanguardia de los Oda e incluso de la segunda y tercera líneas de defensa, y se disponía a atacar el centro del campamento de los Oda.

Los hombres de Ieyasu tragaron saliva y exclamaron al unísono:

—¡Isono Tamba!

—¡El regimiento de Tamba!

El famoso Isono Tamba, el orgullo del clan Asai, era un digno adversario. Sus estandartes ondeaban

entre el chapoteo y la espuma.

¡Fuego de mosquete!

¿Era el fuego de cobertura del enemigo o se trataba de sus propias armas? No, el fuego se había iniciado en ambas orillas al mismo tiempo. El ruido resonaba por encima del agua y era ya ensordecedor. Las nubes empezaron a alejarse y el despejado cielo veraniego mostró su tonalidad. En aquel momento la segunda línea de los Oda, al mando de Sakai Tadatsugu, y la tercera línea de Shonyu iniciaron de repente su avance por el río.

—¡No permitáis que el enemigo ponga pie en nuestro lado! —gritaban los oficiales—. ¡No dejéis que uno solo de ellos regrese al suyo!

Los hombres de Sakai atacaron el flanco del enemigo. En un instante se entabló un combate cuerpo a cuerpo en medio del río. Lanzas y espadas entrechocaron. Los hombres luchaban a brazo partido y caían de los caballos; las aguas del río se teñían de rojo.

El regimiento de tropas selectas de Tamba hizo retroceder a la segunda línea de Sakai. Kyuzo, el hijo de Sakai, gritó: «¡Hemos sido deshonrados!», y se precipitó en medio de la refriega. Sucumbió gloriosamente en combate, con más de cien de sus hombres.

Con una fuerza imparable, los soldados de Tamba atravesaron la segunda línea de los Oda. Los lanceros de Ikeda prepararon sus lanzas e intentaron detener el asalto del enemigo, pero no pudieron hacer nada.

Ahora le tocaba a Hideyoshi el turno de asombrarse.

—¿Habías visto alguna vez unos hombres tan intimidantes? —le preguntó a Hanbei.

Pero ni siquiera Hanbei disponía de una táctica para enfrentarse a aquel ataque. Ésta no fue la única razón de la derrota de Hideyoshi. Entre sus tropas había un gran número de hombres que se habían rendido en castillos enemigos. Estos nuevos «aliados» habían sido puestos bajo las órdenes de Hideyoshi, pero en el pasado recibieron sus estipendios de los Asai y Asakura. Era muy natural que sus lanzas no solieran dar en el blanco, y cuando les ordenaban atacar al enemigo, era probable que obstaculizaran el avance a los propios hombres de Hideyoshi.

De este modo fue derrotada la línea de Hideyoshi, lo mismo que las líneas quinta y sexta de Oda. En total, Tamba derrotó a once de las trece líneas de Oda. En ese momento las fuerzas de Tokugawa que estaban río arriba lo vadearon, se adelantaron al enemigo en la orilla opuesta y avanzaron gradualmente río abajo. Pero al mirar atrás vieron que los soldados de Tamba ya se estaban aproximando al cuartel general de Nobunaga.

Al grito de «¡Ataquemos su flanco!» los soldados de Tokugawa saltaron de nuevo al río. Los soldados de Tamba creyeron que aquellos hombres eran sus propios aliados que entraban en el río por la orilla occidental, y no se percataron de su error ni siquiera cuando los tenían cerca. Los samurais de Tokugawa al mando de Kazumasa atacaron el regimiento de Tamba.

Súbitamente consciente de la presencia del enemigo, Tamba gritó hasta enronquecer, ordenando a sus hombres que se retirasen. Un guerrero que blandía una lanza goteante le golpeó desde un lado. Tamba cayó pesadamente al agua. Aferrando el asta de la lanza que le había atravesado el costado, intentó levantarse, pero el guerrero de Tokugawa no tenía intención de permitirselo. El acero de una espada destelló sobre la cabeza de Tamba y se estrelló contra su casco de hierro. La hoja se rompió en pedazos. Tamba se irguió en el agua que a sus pies se teñía de un rojo brillante. Rodeado por tres hombres,

sucumbió bajo las espadas que le traspasaban y despedazaban.

—¡El enemigo! —gritaron los servidores que rodeaban a Nobunaga, y echaron a correr desde el cuartel general hasta la orilla del río, con las lanzas a punto.

Takenaka Kyusaku, el hermano menor de Hanbei, estaba en el regimiento de Hideyoshi, pero en la confusión de la batalla se había separado de su unidad. Corrió en persecución del enemigo y ahora estaba cerca del cuartel general de Nobunaga.

Se preguntó asombrado cómo era posible que el enemigo ya estuviera allí. Al mirar a su alrededor vio a un samurai que salía de la parte trasera del cercado. El hombre, cuya armadura no era la de un soldado de infantería corriente, alzó la cortina y examinó sigilosamente el interior.

Kyusaku se abalanzó contra el hombre y le agarró una pierna, cubierta por la pieza correspondiente de su armadura y cota de malla. El guerrero podría ser uno de sus propios hombres, y Kyusaku no quería matar a un aliado por error. El samurai se volvió sin la menor expresión de sorpresa. Parecía un oficial del ejército de Asai.

—¿Amigo o enemigo? —le preguntó Kyusaku.

—¡Enemigo, por supuesto! —gritó el hombre, manejando la lanza para atacar.

—¿Quién eres? ¿Tienes un nombre digno de ser repetido?

—Soy Maenami Shinpachiro, de los Asai, y he venido a por la cabeza del señor Nobunaga. ¿Y tú quién eres, enano repugnante?

—Soy Takenaka Kyusaku, servidor de Kinoshita Hideyoshi. ¡Ven a medirte conmigo!

—Bien, bien, el hermanito de Takenaka Hanbei.

—¡Así es!

En el mismo instante en que decía esto, Kyusaku arrebató la lanza a Shinpachiro y la arrojó contra su pecho, pero antes de que hubiera podido desenvainar la espada, su contrario le agarró. Los dos hombres cayeron al suelo, Kyusaku debajo del otro. Pataleó hasta liberarse, pero su enemigo volvió a inmovilizarle. Entonces mordió un dedo a Shinpachiro, obligándole a aflojar un poco su presa.

¡Ahora era su oportunidad! Kyusaku dio un empujón a Shinpachiro y por fin pudo liberarse. En un instante su mano encontró la daga y golpeó la garganta de Shinpachiro. La punta del arma no alcanzó la garganta, pero cortó la cara de Shinpachiro desde el mentón a la nariz, atravesándole un ojo.

—¡Un enemigo de mi camarada! —gritó una voz desde atrás.

No había tiempo para decapitar al muerto. Kyusaku se levantó de un salto e inmediatamente intercambió golpes con un nuevo adversario.

Kyusaku sabía que varios integrantes del cuerpo suicida de Asai habían llegado a la zona, y ahora aquel hombre le dio la espalda y echó a correr. Kyusaku le persiguió y le alcanzó en una rodilla con su espada.

Poniéndose a horcajadas sobre el herido, le gritó:

—¿Tienes un nombre digno de ser pronunciado? ¿Sí o no?

—Soy Kobayashi Hashuken. No tengo nada que decir excepto que lamento haber caído en manos de un samurai de clase baja como tú antes de haberme acercado al señor Nobunaga.

—¿Dónde está Endo Kizaemon, el hombre más valiente de Asai? Eres de su clan y debes saberlo.

—No tengo ni idea.

—¡Habla! ¡Escúpelo!

—¡No lo sé!

—¡Entonces no me sirves para nada!

Kyusaku decapitó a Hashuken y echó a correr, con los ojos llameantes. Estaba decidido a impedir que la cabeza de Endo Kizaemon cayera en poder de cualquier otro. Antes de la batalla, Kyusaku se había jactado de que conseguiría la cabeza de Kizaemon. Entonces echó a correr en dirección a la orilla del río, donde innumerables cuerpos estaban tendidos entre la hierba y los guijarros. Era una orilla de muerte.

Allí, entre los demás cadáveres, había uno cuyo rostro ensangrentado estaba oculto por una maraña de cabello. Un enjambre de tábanos zumbaba a los pies de Kyusaku. Éste se volvió al pisar el pie del cuerpo cuyo rostro estaba oculto por el pelo. No había nada raro en eso, pero le produjo una sensación extraña. Miró a su alrededor con suspicacia, y en ese instante el cadáver se incorporó de un salto y echó a correr en dirección al cuartel general de Nobunaga.

—¡Proteged al señor Nobunaga! —gritó Kyusaku—. ¡Viene el enemigo!

Al ver a Nobunaga, el samurai enemigo se dispuso a saltar por encima de un terraplén bajo, pero tropezó con el cordón de una sandalia y cayó. Kyusaku se abalanzó sobre él y le inmovilizó en seguida. Mientras le arrastraba hacia el cuartel general de Nobunaga, el hombre gritaba:

—¡Córtame la cabeza ahora mismo! ¡No aumentes la vergüenza de un guerrero!

Cuando otro prisionero al que se llevaban vio al hombre que gritaba así, no pudo contenerse y dijo:

—¡Señor Kizaemon! ¿Incluso a vos os han cogido vivo?

Al principio el ejército de Oda había estado a punto de fracasar, pero cuando las fuerzas de Tokugawa al mando de Ieyasu atacaron el flanco enemigo, quedó desviado el ángulo agudo del ataque contrario. Sin embargo, el enemigo también había tenido una segunda y una tercera línea de ataque. Al avanzar y luego retroceder, chapoteando en las aguas del río Ane, tanto el enemigo como las tropas de Nobunaga rompían las guardas de sus espadas y astillaban sus lanzas. Era tal el caos de la batalla que nadie podía decir quién iba a vencer.

—¡No os aturdáis! ¡Atacad directamente el campamento de Nobunaga!

Desde el mismo principio, ése había sido el objetivo de la segunda línea de las tropas de Asai. Pero su avance les había llevado demasiado lejos, hasta la retaguardia de las tropas de Oda. Las fuerzas de Tokugawa también se habían abierto paso hasta la orilla contraria, al grito de «¡No os dejéis superar por las tropas de Oda!» y habían avanzado hacia el campamento de Asakura Kagetake.

Pero finalmente los Tokugawa se alejaron demasiado de sus aliados y fueron rodeados por el enemigo. El caos de la batalla era absoluto. De la misma manera que un pez no puede ver el río en cuyas aguas nada, nadie era capaz de comprender la situación en su globalidad. Cada soldado se limitaba a luchar por su vida. En cuanto un hombre derribaba a un enemigo, alzaba la vista al instante en busca de la cara de otro.

Visto desde arriba, parecería como si ambos ejércitos, obligados a entrar en las aguas del río Ane, hubieran penetrado en un gigantesco torbellino. Y, como era de esperar, Nobunaga observaba fríamente la situación de esa manera. También Hideyoshi presenciaba el desarrollo general de la batalla. Percibía que aquel mismo instante decidiría la victoria o la derrota. El punto decisivo era un momento muy sutil.

Nobunaga golpeaba el suelo con un bastón y gritaba:

—¡Los Tokugawa han penetrado a fondo! ¡No los dejéis solos! ¡Que alguien acuda en ayuda del señor



Ieyasu!

Pero a las tropas que estaban a derecha e izquierda no les quedaban suficientes fuerzas. Nobunaga gritaba en vano. Entonces, desde un grupo de árboles en la orilla norte, un solo cuerpo de soldados se dirigió directamente a través del caos a la orilla contraria, levantando una rociada de agua blanca.

Aunque Hideyoshi no había recibido órdenes de Nobunaga, también comprendía la situación. Nobunaga vio el estandarte con la calabaza dorada de Hideyoshi y suspiró aliviado, pensando que éste lo había conseguido.

Enjugándose el sudor de los párpados con el guantelete, Nobunaga dijo a sus pajes:

—No volverá a haber un momento como éste. Bajad al río y ved lo que podéis hacer.

Ranmaru y los demás, incluso los más jóvenes, corrieron contra el enemigo, cada uno compitiendo con los otros por ser el primero. Los Tokugawa, cuyo avance había sido tan profundo, estaban verdaderamente en apuros, pero en aquel juego de ajedrez bélico el astuto Ieyasu era la única pieza que había sido colocada en el punto vital.

Ieyasu pensaba que no era probable que Nobunaga permitiera la pérdida de esa pieza única. Los hombres de Ittetsu siguieron a los de Hideyoshi. Finalmente entraron en tropel los hombres de Ikeda Shonyu. De repente había cambiado la tendencia de la batalla y ganaban los Oda. Las fuerzas de Asakura Kagetake se retiraron más de tres leguas y las de Asai Nagamasa huyeron a toda prisa hacia el castillo de Odani.

A partir de entonces la lucha cedió el paso a la persecución. Los vencedores fueron en pos de los Asakura hasta el monte Oyóse, y Asai Nagamasa se retiró detrás de los muros del castillo de Odani. Nobunaga se ocupó en dos días de las condiciones resultantes del combate, y al tercero condujo a su ejército de regreso a Gifu. Se había movido con la celeridad de los cuclillos que volaban de noche sobre el río Ane, cuyas aguas empapaban ahora los cadáveres amontonados en sus orillas.

\* \* \*

Que un hombre sea grande no depende tan sólo de una capacidad innata, sino también de que las circunstancias le proporcionen una oportunidad. Esas circunstancias son a menudo las condiciones malévolas que le rodean y que actúan sobre su carácter casi como si intentaran torturarlo. Cuando sus enemigos han adoptado todas las formas posibles, tanto visibles como invisibles, y se alían para oponerse a él con todas las penalidades imaginables, se enfrenta a la prueba verdadera de su grandeza.

Inmediatamente después de la batalla del río Ane, Nobunaga regresó a casa con tal rapidez que los generales de sus diversas unidades se preguntaron si habría ocurrido algo en Gifu. Como es natural, la tropa no comprende las estrategias del estado mayor. Ahora circulaba entre los soldados el rumor de que Hideyoshi había recomendado enérgicamente la toma del castillo principal de los Asai en Odani, acabando con ellos de una vez por todas, pero el señor Nobunaga no había accedido y al día siguiente había nombrado a Hideyoshi comandante del castillo de Yokoyama, un castillo filial que el enemigo había abandonado, mientras él se retiraba a Gifu.

Los soldados no eran los únicos que no entendían los motivos del repentino regreso de Nobunaga a Gifu. Era muy probable que sus servidores más íntimos tampoco comprendieran las verdaderas intenciones de su señor. El único que podría haber tenido alguna idea era Ieyasu, cuya mirada imparcial

nunca se apartaba durante mucho tiempo de Nobunaga: no permanecía demasiado cerca de él, pero tampoco demasiado lejos; no mostraba excesiva emoción, pero tampoco demasiada frialdad.

El día de la partida de Nobunaga, Ieyasu regresó a Hamamatsu. Por el camino dijo a sus generales:

—En cuanto el señor Nobunaga se quite su armadura manchada de sangre, se pondrá ropas apropiadas para la capital y fustigará a su caballo directamente hacia Kyoto. Su mente es como un potrillo inquieto.

Al final, eso fue exactamente lo que sucedió, pero cuando Ieyasu llegó a Hamamatsu, Nobunaga ya estaba camino de Kyoto, lo cual no quiere decir que por entonces sucediera algo en la capital. Lo que Nobunaga temía era algo que no podía ver, un enemigo fantasma.

Nobunaga había revelado su inquietud a Hideyoshi.

—¿Cuál crees que es mi mayor preocupación? Supongo que lo sabes, ¿no es cierto?

Hideyoshi ladeó la cabeza.

—Vamos a ver. No son los Takeda de Kai, que siempre están al acecho en vuestra retaguardia, ni los Asai ni el clan Asakura. Con el señor Ieyasu hay que tener cuidado, pero es un hombre inteligente y no hay que temerle en absoluto. Los Matsunaga y Miyoshi son como moscas, y a su alrededor hay muchas cosas en putrefacción sobre las que pueden revolotear. Es propio de su naturaleza ir en pos de los moribundos. Vuestros únicos enemigos realmente molestos son los monjes guerreros del Honganji, pero no creo que todavía preocupen demasiado a mi señor. Así pues, queda una sola persona.

—¿Y quién es? Habla sin ambages.

—No es ni un enemigo ni un aliado. Tenéis que mostrarle respeto, pero si sólo hacéis eso, podríais veros muy pronto atrapado. Es una aparición de dos caras..., oh, lo siento, he hablado impropriamente.

¿No se trata del shogun?

—En efecto, pero no se lo digas a nadie.

Nobunaga se sentía inquieto por aquel hombre que no era, en efecto, ni verdadero amigo ni enemigo: Yoshiaki, el shogun.

Yoshiaki había vertido lágrimas de gratitud por los favores que Nobunaga le había hecho en el pasado e incluso había dicho que le consideraba como su propio padre. ¿Por qué, pues, era tan preocupante? La duplicidad se encuentra siempre oculta allí donde uno menos imaginaría que está. Los caracteres de Yoshiaki y Nobunaga no armonizaban en absoluto, su educación y, por lo tanto, sus creencias diferían. Mientras Nobunaga le prestó su ayuda, Yoshiaki le trató como a un benefactor. Pero una vez hubo calentado un poco el asiento del shogun, la gratitud de éste se transformó en odio.

—Ese patán es fastidioso —habían oído decir a Yoshiaki.

Empezó a evitar a Nobunaga e incluso le consideraba como un obstáculo cuya autoridad excedía a la suya propia. Sin embargo, no era lo bastante valiente para expresar abiertamente sus diferencias y enfrentarse a él. La naturaleza de Yoshiaki era totalmente negativa y, en contraste con la franqueza de Nobunaga, actuó en secreto hasta el mismo final.

En una habitación recóndita del palacio de Nijo, el shogun conversaba con un emisario de los monjes guerreros del Honganji.

—¿El abad Kennyō también está ofendido por él? No es sorprendente que la arrogancia y la arbitrariedad sin paralelo de Nobunaga encolericen al abad.

El mensajero concluyó antes de marcharse:

—Os ruego que mantengáis en secreto todo lo que os he dicho. Al mismo tiempo, quizá sería aconsejable enviar mensajes secretos a Kai y a los clanes de Asai y Asakura a fin de no perder esta oportunidad.

Ese mismo día, en otro lugar del palacio, Nobunaga aguardaba a Yoshiaki a fin de anunciarle su llegada a la capital. El shogun se tranquilizó, adoptó un aire de inocencia absoluta y fue a la sala de recepción.

—Tengo entendido que la batalla del río Ane terminó con una espléndida victoria para vos. Un ejemplo más de vuestra pericia militar. ¡Felicidades! Éste es un acontecimiento realmente satisfactorio.

Nobunaga no pudo evitar una sonrisa amarga ante tales halagos, y replicó con cierta ironía:

—No, no. Gracias a la virtud e influencia de Vuestra Excelencia pudimos luchar con tanta valentía, sabiendo que posteriormente no habría acontecimientos desdichados.

El rostro de Yoshiaki enrojeció ligeramente, sonrojándose como una mujer.

—No hay ningún motivo de inquietud. La capital está en paz, como podéis ver. Pero ¿tenéis noticia de algún acontecimiento funesto? Después de la batalla habéis venido aquí con una celeridad inquietante.

—No, he venido para presentar mis respetos por la terminación del palacio imperial, ocuparme de asuntos de estado y, naturalmente, informarme sobre la salud de Vuestra Excelencia.

—Ah, ¿de modo que se trata de eso? —Yoshiaki se sintió ligeramente aliviado—. Pues bien, podéis ver que gozo de buena salud y que el gobierno sigue adelante sin ningún problema, así que no deberíais inquietaros y venir aquí, tan a menudo. Pero permitidme que os dé un banquete para felicitaros oficialmente por vuestro regreso triunfal.

—Debo negarme, Vuestra Excelencia —replicó Nobunaga con un gesto de rechazo—. Todavía no he dirigido unas palabras de agradecimiento a mis oficiales y soldados. No me parecería del todo correcto aceptar la invitación a un fastuoso banquete en mi honor. Dejémoslo para la próxima vez que acuda al servicio de Vuestra Excelencia.

Dicho esto, Nobunaga se despidió del shogun. Cuando regresó a sus aposentos, Akechi Mitsuhide le estaba esperando para presentarle su informe.

—Ha sido visto un monje que parecía un mensajero del abad Kennyō del Honganji cuando abandonaba el palacio del shogun. Estas recientes idas y venidas entre los monjes guerreros y el shogun son bastante sospechosas, ¿no os parece?

Nobunaga había nombrado a Mitsuhide comandante de la guarnición de Kyoto, y en calidad de tal registraba minuciosamente todas las visitas al palacio de Nijo.

Nobunaga echó un vistazo rápido al informe y se limitó a decir:

—Muy bien.

Le disgustaba que aquel shogun fuese tan difícil de salvar, pero también creía que la conducta de Yoshiaki era una verdadera bendición. Aquella noche convocó a los oficiales encargados de la construcción del palacio imperial y, al escuchar los informes sobre los progresos de las obras, se animó.

A la mañana siguiente se levantó temprano e inspeccionó los edificios casi terminados. Luego, tras hacer una visita de cortesía al emperador en el antiguo palacio, regresó a sus aposentos cuando salía el sol, desayunó y anunció que abandonaba la capital.

Cuando Nobunaga llegó a Kyoto, vestía kimono. A su regreso, en cambio, llevaba armadura, porque no volvía a Gifu. Una vez más recorrió el campo de batalla del río Ane, se entrevistó con Hideyoshi,

destinado en el castillo de Yokoyama, recorrió rápidamente diversos lugares, dando órdenes a las unidades apostadas en ellos, y entonces sitió el castillo de Sawayama.

Tras haber hecho tabla rasa de sus enemigos, Nobunaga regresó a Gifu, pero ni él ni sus hombres disponían todavía de tiempo para reponerse de la fatiga causada por el calor del largo verano.

Una vez en Gifu, Nobunaga recibió cartas urgentes de Hosokawa Fujitaka, quien se hallaba en el castillo de Nakanoshima en Settsu, y de Akechi Mitsuhide desde Kyoto. Esas cartas le informaban de que en Noda, Fukushima y Nakanoshima en Settsu, los Miyoshi disponían de más de mil hombres que estaban construyendo fortalezas, a los que se habían unido los monjes guerreros del Honganji y sus seguidores. Tanto Mitsuhide como Fujitake hacían hincapié en que no había tiempo que perder y solicitaban las órdenes de Nobunaga.

El templo principal del Honganji había sido levantado durante un periodo de desorden civil y confusión, y estaba construido de modo que resistiera los disturbios de la época: al otro lado de sus muros de piedra había un foso profundo con un puente fortificado. Aunque el Honganji era un templo, su construcción no se diferenciaba de la de un castillo. Ser monje allí significaba ser guerrero, y aquel lugar no poseía menos monjes guerreros que Nara y el monte Hiei. Lo más probable era que ni uno solo de los sacerdotes que vivían en aquella antigua fortaleza budista no detestara al advenedizo Nobunaga, a quien acusaban de ser un enemigo del budismo que no hacía caso de la tradición, un destructor de la cultura y un demonio que no conocía límites..., una bestia entre los hombres.

Cuando, en vez de negociar, Nobunaga se enfrentó al Honganji y obligó a los monjes a cederle una parte de sus tierras, fue demasiado lejos. El orgullo de la fortaleza budista era grande, y los privilegios de los que gozaba antiguos. Poco a poco empezaron a llegar informes, procedentes del oeste y otras regiones, de que el Honganji se estaba armando. El templo había adquirido dos mil armas de fuego, el número de monjes guerreros se había multiplicado y se estaban cavando nuevos fosos defensivos alrededor de la fortaleza.

Nobunaga había previsto que los monjes se aliarían con el clan de Miyoshi y que seducirían al débil shogun para que se pusiera de su parte. También había esperado que se extendiera una propaganda maliciosa entre el pueblo y que muy probablemente esto provocaría una revuelta popular contra él.

Cuando recibió mensajes urgentes de Kyoto y Osaka, no se sorprendió gran cosa. Más bien tales mensajes aumentaron su resolución de aprovechar la oportunidad, y se dirigió rápidamente a Settsu, haciendo un alto en Kyoto.

—Solicito humildemente que Vuestra Excelencia acompañe a mi ejército —dijo al shogun—. Vuestra presencia será una inspiración para mis tropas y acelerará la sofocación de la revuelta.

Como es natural, Yoshiaki era reacio a aceptar tal cosa, pero no podía negarse, y aunque daba la impresión de que Nobunaga llevaba consigo a un parásito inútil, le resultaba beneficioso tener el escudo que representaba el nombre del shogun como una estratagema más para sembrar la disensión entre sus enemigos.

\* \* \*

La zona entre los ríos Kanzaki y Nakatsu, en Naniwa, era una amplia llanura pantanosa, salpicada por algunas parcelas de cultivos. Nakajima, como se llamaba esa llanura, estaba dividida en los distritos

norte y sur. La fortaleza del norte dependía de los Miyoshi, y el pequeño castillo que se levantaba al sur estaba al mando de Hosokawa Fujitaka. La batalla se centró en esa zona y prosiguió violentamente desde principios a mediados del noveno mes, con victorias y derrotas alternativas. Era una guerra abierta, en la que se usaba el nuevo estilo de las armas de fuego tanto pequeñas como grandes.

A mediados del noveno mes, los Asai y los Asakura, que se habían hecho fuertes en sus castillos de montaña, meditando sobre la amargura de la derrota y esperando que Nobunaga cometiera un error, tomaron las armas, cruzaron el lago Biwa y establecieron sus campamentos en las playas de Otsu y Karasaki. Una de las unidades se dirigió a la fortaleza budista del monte Hiei. Por primera vez, todos los monjes guerreros de las diversas sectas estaban unidos contra Nobunaga.

Todos ellos tenían la misma queja: «¡Nobunaga ha confiscado arbitrariamente nuestras tierras y pisoteado nuestro honor y la montaña que había permanecido inviolada desde los tiempos del santo Dengyo!».

Existían estrechos vínculos entre el monte Hiei y los clanes Asai y Asakura. Los tres convinieron en cortar la retirada a Nobunaga. El ejército de Asakura partió de las montañas al norte del lago, mientras que el ejército de Asai cruzaba el lago y desembarcaba en la otra orilla. La disposición de sus tropas indicaba que se proponían asir la garganta que era la localidad de Otsu y entrar en Kyoto. Entonces aguardarían junto al río Yodo y avanzarían conjuntamente con los monjes del Honganji para destruir a Nobunaga en una sola ofensiva.

Nobunaga llevaba luchando varios días, enfrentado a los monjes guerreros y el gran ejército de Miyoshi procedente de la fortaleza de Nakajima, en las marismas entre los ríos Kanzaki y Nakatsu. El día veintidós llegó a sus oídos la noticia alarmante pero críptica de que una calamidad se aproximaba desde la retaguardia.

Aún no se conocían los detalles, pero Nobunaga dedujo que cuando llegaran no serían agradables. Apretó los dientes, preguntándose cuál podría ser la calamidad, convocó a Katsuie y le ordenó que se encargara de la retaguardia.

—Yo retrocederé de inmediato y aplastaré a los Asai, los Asakura y los monjes del monte Hiei.

—¿No deberíamos esperar una noche más hasta disponer del próximo informe detallado? —le preguntó Katsuie, tratando de detenerle.

—¿Por qué? ¡Es ahora cuando el mundo va a cambiar!

Dicho esto, nada alteraría su decisión. Cabalgó velozmente hacia Kyoto, cambiando varias veces de montura.

—¡Mi señor!

—¡Qué tragedia!

Varios servidores se apiñaron ante su caballo, llorando amargamente.

—Vuestro hermano menor, el señor Nobuharu, y Mori Yoshinari han tenido una muerte heroica en Uji. Han caído al cabo de dos días y dos noches de lucha encarnizada.

El primer hombre no pudo continuar, por lo que lo hizo uno de sus compañeros con voz temblorosa.

—Los Asai, Asakura y sus aliados, los monjes, tenían un gran ejército de más de veinte mil hombres. Fue imposible resistir su fuerza.

Aparentemente impasible, Nobunaga replicó:

—No os limitéis a leer los nombres de los muertos que jamás volverán en unos momentos así... ¡Lo

que quiero saber es lo que ocurre ahora! ¿Hasta dónde ha llegado el avance enemigo? ¿Dónde está el frente? Supongo que ninguno de vosotros lo sabe. ¿Está aquí Mitsuhide? Si está en el frente, llámale en seguida. ¡Llamad a Mitsuhide!

\*

\*

\*

Un bosque de estandartes rodeaba el templo Mii, cuartel general de los Asai y Asakura. El día anterior, los generales habían inspeccionado las cabezas cortadas del hermano menor de Nobunaga, Nobuharu, ante una gran multitud. Luego habían examinado las cabezas de otros famosos guerreros del clan Oda, una tras otra, hasta que esa macabra actividad casi les aburría.

—Así queda vengada nuestra derrota en el río Ane —musitó un hombre—. Ahora me siento mucho mejor.

—¡No hasta que hayamos visto la cabeza de Nobunaga! —dijo otro.

Entonces alguien se rió y dijo en voz ronca y con el cerrado acento del norte:

—Es como si ya la hubiéramos visto. Nobunaga tiene delante a las fuerzas del Honganji y los Miyoshi, y a nosotros detrás. ¿Adonde podría ir? ¡Es un pez en la red!

Inspeccionaron las cabezas durante más de un día, hasta que se hartaron del olor de la sangre. Al anochecer, los recipientes de sake se prodigaron en el cuartel general y ayudaron a levantar el ánimo de los vencedores. Mientras bebían se pusieron a hablar de estrategia.

—¿Debemos entrar en Kyoto o apoderarnos del cuello de botella que es Otsu y cercar a Nobunaga gradualmente, atrayéndole como a un gran pez en una red? —sugirió un general.

—¡Lo que hemos de hacer es avanzar hacia la capital y aniquilarle en el río Yodo y en los campos de Kawachi! —replicó otro.

—Es una mala idea.

Si un hombre defendía una táctica, otro se le oponía de inmediato, pues aunque los Asai y los Asakura estaban unidos en sus objetivos, cuando se producía una discusión en el alto mando cada hombre se creía en el deber de demostrar su propio conocimiento, por superficial que fuese, y defender su reputación. El resultado fue que no se llegó a ninguna decisión hasta medianoche.

Cansado de la estéril discusión, uno de los generales de Asai salió al exterior. Contempló el cielo y comentó:

—El cielo se ha vuelto muy rojo, ¿no es cierto?

—Nuestros hombres han incendiado las casas de los campesinos desde Yamashina hasta Daigo —le respondió un centinela.

—¿Para qué? Incendiar esa zona es inútil, ¿no?

—En absoluto, tenemos que contener al enemigo —replicó el general de Asakura que había dado la orden—. La guarnición de Oda en Kyoto al mando de Akechi Mitsuhide está causando estragos como si sus miembros estuvieran ansiosos de morir. También nosotros tenemos que mostrar nuestra ferocidad.

Había amanecido. Otsu era el cruce de las rutas principales hacia la capital, pero allí no se veía un solo viajero ni caballo de carga. Entonces pasó un hombre a caballo, seguido poco después por otros tres jinetes. Eran mensajeros militares procedentes de la capital y galopaban hacia el templo de Mii como si sus vidas dependieran de ello.

—Nobunaga está casi en Keage. Las tropas de Akechi Mitsuhide avanzan en vanguardia y se están abriendo paso con una fuerza imparable.

Los generales apenas podían dar crédito a sus oídos.

—¡No puede tratarse de Nobunaga en persona! Es imposible que haya logrado retirarse con semejante rapidez del campo de batalla de Naniwa.

—Ya han caído doscientos o trescientos de los nuestros en Yamashina. El enemigo está rabioso y, como siempre, Nobunaga en persona es quien da las órdenes. ¡Cabalga como un demonio o un dios montado, y viene directamente hacia aquí!

Asai Nagamasa y Asakura Kagetake palidecieron. El primero estaba especialmente afectado, pues Nobunaga era el hermano de su esposa, un hombre que antes le había tratado con amabilidad. La demostración de furia de Nobunaga le hacía estremecerse.

—¡Retirada! —exclamó con impulsividad Nagamasa—. ¡Regresemos al monte Hiei!

Asakura Kagetake secundó el tono apremiante de su aliado.

—¡Regresemos al monte Hiei! —Entonces gritó unas órdenes a sus servidores—: ¡Prended fuego a las casas de los campesinos a lo largo del camino! No, esperad hasta que nuestra vanguardia haya pasado. ¡Entonces incendiad las casas! ¡Quemadlas todas!

El cálido viento abrasaba la frente de Nobunaga. Las chispas habían encendido las crines de su caballo y las borlas de la silla de montar. Desde Yamashina a Otsu, las vigas ardientes de las casas a lo largo del camino y las llamas que parecían girar en el aire no podrían impedir que llegara a su destino. Él mismo se había convertido en las llamas de una antorcha, y sus hombres avanzaban al galope como una horda de fuego.

—Esta batalla será un servicio fúnebre en honor del señor Nobuharu.

—¿Creían acaso que no vengaríamos a los espíritus de nuestros camaradas muertos?

Pero cuando llegaron al templo de Mii no había un solo soldado enemigo a la vista. Todos se habían apresurado a subir a lo alto del monte Hiei.

Examinaron la montaña y vieron que el enorme ejército enemigo, formado por más de veinte mil hombres, además de los monjes guerreros, se extendía hasta Suzugamine, Aoyamadake y Tsubogasadani. Sus estandartes ondeantes parecían decir: «No hemos huido. De ahora en adelante, esta disposición de combate hablará por sí sola».

Nobunaga contempló la imponente montaña y se dijo: «Aquí está. Mi enemigo no es el monte, sino los privilegios especiales del monte». Ahora lo veía bajo una nueva luz. Desde los tiempos antiguos, a través de los reinados de los emperadores sucesivos, ¿hasta qué punto la tradición y los privilegios especiales de la montaña habían afligido y disgustado a los dirigentes del país y al pueblo llano? ¿Había siquiera en la montaña el más leve destello del Buda auténtico?

Cuando la secta Tendai fue introducida en Japón desde China, el santo Dengyo, constructor del primer templo en el monte Hiei, entonó: «Que la luz del Buda misericordioso conceda su divina protección a las tablas que empleamos en este lugar». ¿Estaba encendida la lámpara de la Ley en aquella cima sagrada para que los monjes pudieran imponer sus peticiones al emperador en Kyoto? ¿Lo estaba para que pudieran estorbar al gobierno y aumentar todavía más el poder de sus privilegios especiales? ¿Lo estaba para que pudieran aliarse con los señores de la guerra, conspirar con laicos y sembrar la confusión en el país? ¿Estaba la lámpara encendida para que la Ley de Buda pudiera ser revestida con armadura y casco

y llenar la montaña de lanzas, armas de fuego y estandartes de guerra?

Nobunaga tenía los ojos arrasados en lágrimas de rabia. Veía con claridad que aquello era una pura blasfemia. El complejo sacro del monte Hiei había sido establecido para proteger a la nación, y por eso le habían sido concedidos privilegios especiales, pero ¿dónde estaba ahora el objetivo original de la montaña? El principal edificio del templo, los siete santuarios, los monasterios del este y las pagodas occidentales no eran más que los cuarteles de unos demonios armados y con hábitos de monje.

¡De acuerdo! Nobunaga se mordió el labio con tanta fuerza que los dientes se le mancharon de sangre. ¡Que le llamaran un rey demoníaco destructor del budismo! Las espléndidas bellezas de la montaña no eran más que los falsos encantos de una hechicera, y aquellos monjes armados eran unos necios. ¡Él los destruiría con las llamas de la guerra y dejaría que de las cenizas se alzara el Buda verdadero!

Aquel mismo día dio la orden de rodear toda la montaña. Naturalmente, su ejército tardó varias jornadas en cruzar el lago, atravesar las montañas y reunirse con él.

—La sangre de mi hermano y de Mori Yoshinari aún no se ha secado. Que sus almas totalmente leales descansen en paz. ¡Que su sangre sea como faroles que iluminen el mundo!

Nobunaga se arrodilló en la tierra y unió las manos para rezar. Había hecho de la montaña sagrada su enemigo y ordenado que sus tropas la rodearan. Ahora juntaba las manos para orar y lloraba. De repente vio que uno de sus pajes también lloraba, con las manos unidas de la misma manera. Era Ranmaru, que había perdido a su padre, Mori Yoshinari.

—¿Estás llorando, Ranmaru?

—Perdonadme, señor, os lo ruego.

—Te perdono, pero deja de llorar o el espíritu de tu padre se reirá de ti.

Pero los mismos ojos de Nobunaga estaban enrojecidos. Pidió que llevaran su escabel de campaña a lo alto de una colina y desde allí examinó la disposición de las tropas sitiadoras. Hasta donde alcanzaba la vista, el pie del monte Hiei estaba abarrotado de estandartes, los de sus propias tropas.

Transcurrió la mitad del mes. El asedio de la montaña, una estrategia inusual en Nobunaga, continuaba. Había interrumpido el suministro de provisiones del enemigo, a fin de intentar que se rindieran a causa del hambre. Su plan ya estaba empezando a dar resultado. Con un ejército que superaba los veinte mil hombres, los graneros de la montaña se habían vaciado en seguida. Los soldados habían empezado a comerse la corteza de los árboles.

Llegó el invierno y el intenso frío en la cima de la montaña aumentó el sufrimiento de los defensores.

—Éste es el momento propicio, ¿no os parece? —dijo Hideyoshi a su señor.

Nobunaga llamó a su servidor Ittetsu. Éste, tras recibir instrucciones y acompañado por cuatro o cinco ayudantes, subió a la cima del monte Hiei y se entrevistó con el abad Sonrin de la pagoda occidental. Su reunión tuvo lugar en el templo principal, el cuartel general de los monjes guerreros.

Sonrin e Ittetsu se conocían desde hacía bastante tiempo y, como deferencia a esa amistad, Ittetsu había ido allí para persuadirle de que se rindiera.

—No estoy seguro de cuál es tu objetivo al venir aquí pero, como amigo, te aconsejo que no lles esta broma demasiado lejos —replicó Sonrin, regocijado—. He accedido a verte porque creía que venías a pedir permiso para rendirte a nosotros. ¡Qué estupidez pedirnos que abandonemos la lucha y nos marchemos! ¿No te das cuenta de que estamos decididos a resistir hasta el final? ¡Debes de estar loco para presentarte aquí y decir semejantes necedades!



Los demás monjes guerreros miraban furibundos a Ittetsu. Sus ojos ardientes revelaban una enorme agitación interior.

Tras dejar que el abad expresara su parecer, Ittetsu empezó a hablar lentamente.

—El santo Dengyo estableció este templo para la paz y la preservación de la casa imperial y la tranquilidad de la nación. Supongo que la plegaria más ferviente de los monjes no consiste en ponerse armadura, empuñar espadas y lanzas, intervenir en la lucha política, aliarse con los ejércitos rebeldes y hacer que sufra el pueblo del imperio. ¡Los monjes han de volver a ser monjes! ¡Expulsad a los Asai y Asakura de la montaña, arrojad las armas y volved a vuestros papeles originales como discípulos del Buda! —Habló así desde lo más profundo de su ser, sin dar a los religiosos oportunidad de interrumpirle—. Además —siguió diciendo—, si no seguís sus órdenes, el señor Nobunaga ha decidido quemar el templo principal, los siete santuarios y los monasterios, y matar a cuantos estáis en la montaña. Por favor, pensadlo seriamente y dejad de lado vuestra testarudez. ¿Convertiréis esta montaña en un infierno o barreréis los viejos males y preservaréis la única lámpara de este suelo sagrado?

De repente los monjes que acompañaban a Sonrin empezaron a gritar.

—¡Esto no tiene sentido!

—¡Está perdiendo el tiempo!

—¡Silencio! —les ordenó Sonrin con una sonrisa sardónica—. Ha sido un sermón aburrido en extremo e inservible, pero voy a darle una respuesta cortés. El monte Hiei es por sí solo una autoridad y tiene sus propios principios. Te estás entrometiendo innecesariamente. Se está haciendo tarde, señor Ittetsu. Abandona la montaña ahora mismo.

—¿Puedes hablar así con tu sola autoridad, Sonrin? ¿Por qué no te reúnes con los sabios y los ancianos para discutir cuidadosamente el asunto?

—La montaña es una en cuerpo y mente. Mía es la voz de todos los templos del monte Hiei.

—Entonces, no importa lo que...

—¡Necio! Resistiremos la agresión militar hasta el final. ¡Protegeremos la libertad de nuestras tradiciones con nuestra propia sangre! ¡Fuera de aquí!

—Si así lo quieres... —dijo Ittetsu, sin hacer ademán de moverse—. Es una verdadera lástima. ¿Cómo vais a proteger la infinitud de la luz de Buda con vuestra sangre? ¿Qué es esa libertad que vais a proteger? ¿Cuáles son tales tradiciones? ¿Acaso no son más que engaños, convenientes para la prosperidad del templo? Pues bien, esos encantos no se cotizan en el mundo actual. Examinad bien la época. Es inevitable que los hombres codiciosos, que cierran los ojos y obstaculizan el avance de los tiempos con su egoísmo, sean quemados junto con las hojas caídas.

Dicho esto, Ittetsu regresó al campamento de Nobunaga.

El frío viento invernal arremolinaba las hojas secas alrededor de las cimas. Había escarcha por la mañana y la noche. De vez en cuando el viento soplaba cargado de nieve. Por entonces casi cada noche se declaraban incendios en la montaña. Una noche se quemó el almacén de combustible del pabellón Daijo; la noche anterior, el Takimido. Y aquella noche, aunque aún era temprano, surgieron llamas en los aposentos de los monjes en el templo principal y la campana sonó furiosamente. Como había muchos grandes templos en la zona, los monjes guerreros trabajaban con frenesí para evitar la extensión de las llamas.

Los profundos valles del monte Hiei estaban oscuros bajo el brillante cielo rojo.

—¡Qué confusión! —dijo un soldado de Oda, echándose a reír.

—Esto sucede todas las noches —añadió otro—. Así que nunca deben de tener ocasión de dormir.

El frío viento invernal silbaba entre las ramas de los árboles y los hombres batían palmas para entrar en calor. Tomaban su cena a base de arroz seco mientras contemplaban las conflagraciones nocturnas. Según los rumores, aquellos incendios habían sido planeados por Hideyoshi y eran obra de los servidores del antiguo clan Hachisuka.

Por la noche los incendios afligían a los monjes y durante el día estaban extenuados por los preparativos para la defensa. Por otro lado, se les estaban agotando los alimentos y el combustible, y carecían de protección contra el frío.

Finalmente llegó el invierno y cayeron copiosas nevadas. Los veinte mil defensores y los varios millares de monjes guerreros se marchitaban ahora como verduras afectadas por la helada.

A mediados del mes doceavo, un representante de la montaña sin armadura y vestido sólo con hábitos de monje, se acercó al campamento de Nobunaga acompañado de cuatro o cinco monjes guerreros.

—Quisiera hablar con el señor Nobunaga —dijo el emisario.

Cuando le llevaron a presencia de Nobunaga, éste vio que era Sonrin, el abad que anteriormente se había reunido con Ittetsu. Traía el mensaje de que, puesto que los puntos de vista en el templo habían cambiado, solicitaban la paz. Nobunaga se negó.

—¿Qué le dijisteis al mensajero que os envié antes? —preguntó al tiempo que desenvainaba su espada—. ¿No sabéis lo que es la vergüenza?

—¡Esto es un ultraje! —gritó el monje.

Se puso en pie, tambaleante, mientras la espada de Nobunaga se desplazaba como un rayo horizontal.

—Recoged su cabeza y marchaos. ¡Ésta es mi respuesta!

Los monjes palidecieron y regresaron apresuradamente a la montaña. La nieve y la cellisca que el viento abatía sobre el lago también caían con fuerza en el campamento de Nobunaga. Éste había enviado al monte Hiei un mensaje inequívoco acerca de sus intenciones, pero ahora tenía la mente abrumada por el dilema que le planteaba la solución de otra gran dificultad. El enemigo que aparecía ante él era sólo el reflejo de un incendio en un muro. Arrojar agua al muro no extinguiría el fuego, y entretanto las llamas auténticas arderían a su espalda. Ésta era una advertencia corriente en el arte de la guerra, pero el problema para Nobunaga consistía en su incapacidad de luchar contra el origen del fuego, aun cuando sabía cuál era. El día anterior había llegado un informe urgente desde Gifu, según el cual Takeda Shingen de Kai estaba movilizando a sus tropas y se disponía a atacar en ausencia de Nobunaga. Y eso no era todo: se había producido un levantamiento de decenas de millares de seguidores del Honganji en Nagashima, en su propia provincia de Owari, y uno de los parientes de Nobunaga, Nobuoki, había muerto y su castillo estaba en poder del enemigo. Finalmente, todos los rumores malignos posibles difamando a Nobunaga habían sido diseminados entre la gente.

Era comprensible que Takeda Shingen se hubiera hecho oír. Tras haber dispuesto una tregua con su tradicional enemigo durante muchos años, los Uesugi de Echigo, Shingen había dirigido su atención al oeste.

—¡Hideyoshi! ¡Hideyoshi! —llamó Nobunaga.

—¡Sí! ¡Aquí estoy!

—Busca a Mitsuhide y llevad los dos esta carta a Kyoto de inmediato.

—¿Para el shogun?

—Así es. Le pido que medie, pero sería mejor que también lo escuchara de tus labios.

—Pero en ese caso, ¿por qué habéis decapitado al mensajero del monte Hiei?

—¿Es que no lo comprendes? De no haberlo hecho, ¿crees que podríamos concluir una conferencia de paz? Aun cuando nos hubiéramos puesto de acuerdo, es evidente que romperían el tratado y vendrían a por nosotros.

—Tenéis razón, mi señor. Ahora lo comprendo.

—No importa el lado que elijas, no importa dónde estén las llamas... El incendio tiene una sola fuente, y está claro que esto es obra de ese shogun de dos caras, al que le encanta jugar con fuego. Necesitamos que el shogun sea explícitamente el mediador en los acuerdos de paz y retirarnos lo antes posible.

Se iniciaron las negociaciones de paz. Yoshiaki acudió al templo Mii e hizo un esfuerzo para apaciguar a Nobunaga y llegar a un acuerdo de paz. Encantados ante lo que les parecía una oportunidad feliz, los ejércitos de los Asai y Asakura partieron hacia sus territorios aquel mismo día.

El día dieciséis, todo el ejército de Nobunaga emprendió la ruta terrestre y, cruzando el puente flotante en Seta, se retiró a Gifu.

# Shingen, el de las piernas largas

Aunque Amakasu Sanpei estaba emparentado con uno de los generales de Kai, se había pasado diez años en una posición de baja categoría, debido a su habilidad característica, la de recorrer grandes distancias a una velocidad fuera de lo común.

Sanpei era el dirigente de los ninja del clan Takeda, los hombres cuyo trabajo consistía en espiar en las provincias enemigas, formar alianzas clandestinas y extender falsos rumores.

Las cualidades de Sanpei como andarín rápido y corredor habían asombrado a sus amigos desde su juventud. Era capaz de subir a la cima de una montaña y caminar de veinte a treinta leguas en un solo día. Pero ni siquiera él podía mantener esa velocidad un día tras otro. Cuando regresaba a toda prisa de algún lugar remoto, cabalgaba siempre que el terreno lo permitía, pero cuando se encontraba con senderos empinados, confiaba en su buen par de fuertes piernas. Por este motivo siempre tenía caballos estacionados en puntos esenciales a lo largo de las rutas que recorría, a menudo en las chozas de cazadores y leñadores.

—¡Eh, carbonero! ¿Estás en casa, viejo?

Sanpei llamó así mientras desmontaba ante la choza de un carbonero. Estaba empapado en sudor, pero no más que su caballo.

Comenzaba el verano. El color de las hojas de los árboles en las montañas era todavía de un verde pálido, mientras que en las tierras bajas ya había empezado a oírse el chirrido de las cigarras.

Sanpei pensó que el hombre no estaba allí. Abrió la puerta desvencijada de una patada, hizo entrar el caballo que se proponía dejar allí, lo ató a un poste, fue a la cocina y se sirvió arroz, verduras encurtidas y té.

En cuanto hubo llenado el estómago, sacó tinta y un pincel, redactó un mensaje en un trozo de papel y lo pegó con unos granos sobrantes en la tapa del recipiente de arroz.

Esto no ha sido obra de zorros y tejones. He sido yo, Sanpei, quien ha comido aquí. Te dejo mi caballo para que lo cuides durante mi ausencia. Aliméntalo bien y manténlo fuerte hasta que te haga otra visita.

Cuando Sanpei se marchaba, su caballo empezó a dar coces contra la pared, protestando por el abandono de que era objeto, pero su cruel dueño ni siquiera miró atrás y cerró la puerta con firmeza, apagando el sonido de los cascos.

Sería una exageración decir que utilizó sus excelentes piernas para volar, pero lo cierto es que se apresuró hacia la provincia montañosa de Kai a una velocidad que le hacía parecer realmente ágil. Desde el principio su destino había sido la ciudad de Kofu, capital de Kai, y la velocidad a la que viajaba sugería que era portador de un mensaje muy urgente.

A la mañana del día siguiente ya había cruzado varias sierras y contemplaba las aguas del río Fuji a sus pies. Los tejados visibles entre las paredes de la garganta eran los del pueblo de Kajikazawa.

Quería llegar a Kofu por la tarde, pero como tenía tiempo suficiente descansó un rato, contemplando el sol veraniego que bañaba la cuenca de Kai. Se dijo que, fuera cual fuese el destino de sus viajes, y a pesar de los inconvenientes y desventajas de una provincia montañosa, en ningún lugar se encontraba tan a gusto como en su región natal. Mientras así pensaba, abrazándose las rodillas, vio una larga hilera de

caballos cargados con cubos de laca que avanzaban desde el pie de la montaña cuesta arriba. ¿Adonde podrían dirigirse?

Amakasu Sanpei se levantó y empezó a bajar la cuesta. A medio camino se cruzó con la recua de caballos de carga, formada como mínimo por cien animales.

—¡Vaya!

El hombre que montaba el primer caballo era un viejo conocido.

—Menudo montón de laca —le dijo Sanpei—. ¿Adonde la llevas?

—A Gifu —respondió el hombre y, al ver la expresión dubitativa de Sanpei, le explicó—: Por fin hemos manufacturado la cantidad de laca que nos pidió el clan Oda hace dos años, así que ahora la llevo a Gifu.

—¡Cómo! ¿Para los Oda? —Sanpei frunció el ceño y pareció incluso incapaz de sonreír y desear al otro buen viaje—. Ten mucho cuidado. Los caminos son peligrosos.

—Tengo entendido que los monjes guerreros también están luchando. ¿Qué tal debe de irles a las tropas de Oda?

—No puedo decir nada sobre eso hasta que haya informado a Su Señoría.

—Ah, claro. Acabas de volver de allí, ¿no es cierto? Bueno, no debemos quedarnos aquí charlando. Me marcho.

El conductor de la recua y sus cien caballos cruzaron el puerto de montaña y prosiguieron su camino hacia el oeste.

Sanpei les vio alejarse, pensando que, al fin y al cabo, una provincia montañosa es exactamente eso. Las noticias del resto del mundo siempre llegaban allí con lentitud, y aunque sus tropas fuesen fuertes y los generales inteligentes, se hallaban en considerable desventaja. Percibió todavía más el peso de sus responsabilidades y bajó corriendo al pie de la montaña con la celeridad de una golondrina. En el pueblo de Kajikazawa tomó otro caballo y, fustigándolo, galopó hacia Kofu.

En la cálida y húmeda cuenca de Kai se alzaba el castillo fuertemente fortificado de Takeda Shingen. Rostros que no solían verse salvo en tiempos de graves problemas y miembros de los consejos de guerra cruzaban ahora las puertas del castillo uno tras otro, de modo que incluso los guardianes en la entrada sabían que ocurría algo. Dentro del castillo, envuelto en el verdor de las hojas tiernas, reinaba el silencio, sólo roto en ocasiones por los chirridos de las primeras cigarras del verano.

Desde la mañana, ninguno de los numerosos generales que habían acudido al castillo se había marchado. En aquel momento Sanpei llegó al portal. Desmontó más allá del foso y cruzó el puente a pie, sujetando las riendas del caballo.

—¿Quién está ahí?

Los ojos y las puntas de lanza de los guardianes destellaron en un ángulo del portal de hierro. Sanpei ató su caballo a un árbol.

—Soy yo —respondió, mostrando su cara a los soldados, y se adentró a paso vivo en el castillo.

A menudo entraba y salía por aquel portal, y por ello, aunque algunos no supieran exactamente quién era, no había un solo soldado en el portal que no conociera su rostro y la naturaleza de su trabajo.

En el interior del castillo había un templo budista llamado el Bishamondo, nombre del dios guardián del norte. Servía como sala de meditación de Shingen, lugar donde discutir los asuntos del gobierno y, de vez en cuando, cámara que cobijaba los consejos de guerra. Ahora Shingen estaba de pie en la terraza del

templo. Su cuerpo parecía oscilar bajo la brisa que soplabla en la sala desde las rocas y los arroyos del jardín. Llevaba sobre su armadura el hábito rojo de un sumo sacerdote, que parecía hecho con los pétalos llameantes de las peonias escarlata.

Era de estatura mediana, fornido y musculoso. No había duda de que aquel hombre tenía algo fuera de lo corriente, pero sí bien quienes nunca habían tratado con él observaban lo intimidante que debía de ser, en realidad su trato no era tan difícil. Por el contrario, era un hombre más bien amable. Bastaba mirarle para comprender que poseía una calma y una dignidad naturales, mientras que la espesa barba daba a su rostro cierto aspecto de inflexibilidad. Sin embargo, tales rasgos eran corrientes en los hombres de la provincia montañosa de Kai.

Uno tras otro, los generales se levantaron de sus asientos y se marcharon. Pronunciaron unas pocas palabras de despedida e hicieron reverencias a su señor que estaba en la terraza. El consejo de guerra se había prolongado desde la mañana y Shingen había llevado su armadura bajo la túnica escarlata, exactamente como lo hacía en el campo de batalla. Parecía un poco cansado del calor y las largas discusiones. Unos momentos después de que el consejo hubiera terminado, había salido a la terraza. Los generales se habían ido, dejándole solo, y en el Bishamondo no había más que las paredes doradas acariciadas por el viento y los apacibles chirridos de las cigarras.

¿Aquel verano? Shingen parecía mirar a lo lejos la silueta de las montañas que rodeaban su provincia. Desde su primera batalla, cuando tenía quince años, su carrera había estado llena de acontecimientos que habían ocurrido en el verano y el otoño. En una provincia montañosa, en invierno no se podía hacer más que mantenerse encerrado en casa y conservar las fuerzas. Naturalmente, cuando llegaban la primavera y el verano, la sangre de Shingen se despertaba y entonces se volvía hacia el mundo exterior, diciéndose: «Bien, salgamos a luchar». No sólo Shingen, sino todos los samurais de Kai compartían esa actitud. Incluso los campesinos y los habitantes de la ciudad tenían la sensación de que, con el sol del verano, había llegado el momento.

Aquel año Shingen cumpliría los cincuenta y tenía un profundo pesar, se sentía impaciente por las expectativas de su vida. Pensaba que había luchado demasiado tan sólo por luchar. Imaginaba que allá, en Echigo, Uesugi Kenshin se estaba percatando de lo mismo.

Cuando pensaba en el que desde hacía muchos años era su digno contrario, Shingen no podía contener una sonrisa amarga. Pero esa misma amargura le roía el pecho cuando pensaba en sus cincuenta años. ¿Cuánto más le quedaba por vivir?

Durante un tercio del año la provincia de Kai estaba cubierta de nieve, y aunque podía argumentarse que el centro del mundo estaba muy lejos y la obtención de las armas más modernas era difícil, tenía la sensación de que había desperdiciado los mejores años de su vida luchando con Kenshin en Echigo.

El sol era intenso, y la sombra bajo las hojas profunda.

Shingen había supuesto durante muchos años que era el mejor guerrero en el este de Japón. Desde luego, la eficacia de sus tropas y de la economía y administración de su provincia eran respetadas en todo el país.

Sin embargo, Kai había sido dejada de lado. Más o menos desde el año anterior, cuando Nobunaga se dirigió a Kyoto, Shingen había pensado en la posición de Kai y había vuelto a contemplarse a sí mismo desde una nueva perspectiva. Las ambiciones del clan Takeda habían sido demasiado modestas.

Shingen no quería pasarse el resto de su vida apoderándose de fragmentos de las provincias que le

rodeaban. Cuando Nobunaga e Ieyasu eran mocosos en brazos de sus nodrizas, Shingen soñaba ya con unir el país bajo su férreo dominio. Tenía la sensación de que su provincia montañosa era sólo una morada temporal, y tal era su ambición que incluso lo había expresado así a algunos enviados de la capital. Y ciertamente sus interminables batallas con la vecina Echigo no eran más que la primera de las muchas batallas futuras. Sin embargo, la mayor parte de las batallas libradas hasta entonces lo habían sido contra Uesugi Kenshin, habían consumido una gran porción de sus recursos provinciales y le habían exigido demasiado tiempo.

Cuando se dio cuenta de esa situación, el clan Takeda ya había sido superado por Nobunaga e Ieyasu. Shingen siempre había considerado a Nobunaga «el mocoso de Owari» y a Ieyasu «el chico de Okazaki».

Admitió amargamente que, si lo pensaba a fondo, había cometido un gran error. Cuando sólo había estado implicado en combates, casi nunca se había arrepentido de nada, pero hoy, al revisar su política diplomática, se daba cuenta de que había hecho las cosas con los pies. ¿Por qué no se había dirigido al sudeste cuando fue destruido el clan Imagawa? Y, tras haber tomado un rehén del clan de Ieyasu, ¿por qué había contemplado en silencio la expansión del territorio de Ieyasu por Suruga y Totomi?

Un error todavía mayor era el de haberse convertido en pariente de Nobunaga mediante un matrimonio a solicitud del último. Así Nobunaga había luchado con sus vecinos del oeste y el sur y, de un solo golpe, había avanzado hacia el centro del campo. Entretanto, el rehén de Ieyasu había esperado su oportunidad y huido, mientras que Ieyasu y Nobunaga estaban unidos por una alianza. Incluso ahora estaba claro para todo el mundo lo eficaz que había sido diplomáticamente esa política.

Shingen se dijo que, a pesar de todo, no se dejaría embaucar eternamente por las tretas de aquellos hombres. Iba a enseñarles que era Takeda Shingen de Kai. El rehén de Ieyasu había escapado y eso rompía su relación con aquél. ¿Qué otra excusa necesitaba?

Así había hablado aquel día en el consejo militar. Tras haber sabido que Nobunaga estaba acampado en Nagashima, al parecer enzarzado en una dura batalla, el astuto guerrero vio su oportunidad.

Amakasu Sanpei pidió a uno de los ayudantes más íntimos de Shingen que le anunciara su regreso. Sin embargo, como el señor no le llamaba, repitió su petición.

—No sé si Su Señoría ha sido informado de mi llegada. Te ruego que vuelvas a avisarle.

—Acaba de finalizar una conferencia y parece un poco cansado —replicó el ayudante—. Espera un poco más.

Sanpei no se dio por vencido.

—El mensaje que traigo es urgente precisamente debido a esa conferencia. Lo siento, pero debo insistir en que le informes de inmediato.

Pareció que esta vez Shingen fue debidamente informado, y llamó a Sanpei. Uno de los guardianes le acompañó hasta el portal central del Bishamondo. Desde allí, un guardián de la ciudadela interior le condujo a presencia de Shingen.

El señor de Kai estaba sentado en un escabel de campaña en la terraza del Bishamondo. Las hojas tiernas de un arce de tronco enorme vertían motas de luz sobre él.

—¿Qué nuevas te traen aquí, Sanpei? —le preguntó Shingen.

—En primer lugar, la información que os envié antes ha cambiado por completo. Así pues, pensando que podría suceder algo adverso, me he apresurado a venir aquí.

—¡Cómo! ¿Que ha cambiado la situación en Nagashima? ¿Cómo es eso?

—Los Oda han abandonado temporalmente Gifu y parece como si estuvieran haciendo un esfuerzo combinado en su ataque contra Nagashima, pero en cuanto Nobunaga llegó al campo de batalla, ordenó una retirada general. Sus tropas lo pagaron caro, pero retrocedió como la marea.

—Se han retirado. ¿Y luego?

—La retirada parecía inesperada, incluso para sus propias tropas. Sus hombres comentaban entre ellos que no podían entender lo que pensaba, y no pocos se mostraban confusos.

«¡Ese nombre es astuto! —pensó Shingen, chascando la lengua y mordiéndose el labio—. Yo tenía el plan de hacer salir a Ieyasu a campo abierto y destruirle mientras Nobunaga estaba atrapado por los monjes guerreros en Nagashima. Pero todo se ha quedado en nada y ahora habré de tener mucho cuidado.»

Entonces, volviéndose hacia el interior del templo, gritó:

—¡Nobufusa! ¡Nobufusa!

Rápidamente dio la orden de informar a sus generales de que las decisiones tomadas en el consejo de guerra aquel día y la partida hacia el frente quedaban inmediatamente canceladas.

Baba Nobufusa, su servidor de más alto rango, no tuvo tiempo de preguntarle por los motivos. Más aún, los generales que acababan de marcharse iban a ser presa de la confusión, pues creían que no había mejor oportunidad que la presente para aplastar al clan Tokugawa. Pero Shingen, como si hubiera tenido una súbita iluminación, supo que había perdido su oportunidad y que no podría atenerse a su plan anterior. Lo que debía hacer era buscar en seguida la próxima contramedida y la siguiente oportunidad.

Después de quitarse su armadura, volvió a reunirse con Sanpei. Despidió a sus servidores y escuchó atentamente los informes detallados de la situación en Gifu, Ise, Okazaki y Hamamatsu. Más tarde Shingen disipó una de las dudas de Sanpei.

—Cuando venía hacia aquí he visto el transporte de una gran cantidad de laca con destino al clan de los Oda, que son aliados de los Tokugawa. ¿Por qué enviáis esa laca a los Oda?

—Una promesa es una promesa. Además, era posible que los Oda no tuvieran cuidado y, cuando la recua de caballos pasara por el dominio de Tokugawa, sería una buena oportunidad para examinar las rutas de Mikawa, pero eso también ha resultado inútil. Bueno, inútil no. Es posible que mañana vuelva a darse la ocasión.

Musitando desdén hacia sí mismo, se desahogó en la soledad de aquel lugar.

La partida del eficaz y poderoso ejército de Kai se pospuso y los hombres pasaron el verano sin hacer nada. Pero cuando llegó el otoño volvieron a oírse rumores en las montañas occidentales y las colinas orientales.

\*

\*

\*

Un agradable día otoñal Shingen cabalgó hasta la orilla del río Fuefuki. Acompañado por unos pocos ayudantes, su briosa figura, bañada por el sol de otoño, parecía enorgullecerse de la perfecta administración de su provincia. Sus sentidos estaban en armonía con el amanecer de una nueva era. «¡Ahora es el momento!», se decía.

La placa en el portal del templo decía «Kentokuzan». Era allí donde vivía Kaisen, el hombre que había enseñado a Shingen los secretos del Zen. Shingen respondió a los saludos de los monjes y entró en



el jardín. Como sólo se proponía hacer una breve visita, no quiso entrar en el templo principal.

Cerca de allí había una pequeña casa de té con sólo dos habitaciones. Fluía el agua de un manantial, y las hojas amarillas de ginkgo habían caído en la tubería de agua tendida a través del musgo fragante de un jardín de rocas.

—He venido a despedirme, Vuestra Reverencia.

Kaisen asintió al oír estas palabras.

—Entonces ¿finalmente os habéis decidido?

—He tenido bastante paciencia al esperar que llegase esta oportunidad, y creo que este otoño la suerte ha cambiado de alguna manera en mi favor.

—Tengo entendido que los Oda van a llevar a cabo una ofensiva hacia el oeste —dijo Kaisen—. Nobunaga parece estar organizando un ejército incluso mayor que el del año pasado, a fin de destruir el monte Hiei.

—Todo les llega a quienes esperan —replicó Shingen—. He recibido varias cartas del shogun en las que dice que si atacara a los Oda por la retaguardia, los Asai y Asakura se levantarían al mismo tiempo y, con la ayuda añadida del monte Hiei y Nagashima, tan sólo dando una patada a Ieyasu, avanzaré rápidamente hacia la capital. Pero no importa lo que haga, Gifu seguirá siendo peligrosa. No quiero repetir la actuación de Imagawa Yoshimoto, por lo que he esperado la oportunidad adecuada. Tengo la intención de coger desprevenida a Gifu, pasar como una tronada por Mikawa, Totomi, Owari y Mino y luego ir a la capital. Si logro hacer eso, creo que recibiré el Año Nuevo en Kyoto. Espero que Vuestra Reverencia se mantenga con buena salud.

—Si así han de ser las cosas... —dijo Kaisen tristemente.

Shingen consultaba a Kaisen sobre casi todos los asuntos, desde temas militares hasta cuestiones del gobierno, y confiaba implícitamente en él. Fue muy sensible a la expresión que ahora percibía.

—Vuestra Reverencia parece tener ciertos recelos sobre mi plan.

Kaisen alzó la vista.

—No hay ningún motivo para que lo desaprobe. Al fin y al cabo, es la ambición de vuestra vida. Lo que me preocupa son las mezquinas intrigas del shogun Yoshiaki. No sois el único en recibir esas incesantes cartas secretas en las que os insta a que vayáis a la capital. Tengo entendido que también las ha recibido el señor Kenshin. Parece ser que solicitó la movilización del señor Mori Motonari, aunque éste ha muerto desde entonces.

—Estoy al corriente de eso, pero al margen de cualquier otra consideración, debo ir a Kyoto y llevar a cabo los grandes planes que tengo para este país.

—Ni siquiera yo, por desgracia, he podido resignarme al hecho de que un hombre de vuestra capacidad debería pasar el resto de su vida en Kai —dijo Kaisen—. Creo que vais a tener muchas dificultades por el camino, pero las tropas bajo vuestro mando nunca han sido derrotadas. Recordad tan sólo que el cuerpo es lo único que realmente os pertenece, de modo que usad con prudencia la duración natural de la existencia.

En aquel instante, el monje que había ido a recoger agua del cercano manantial dejó caer el cubo de madera y, gritando de una manera ininteligible, echó a correr entre los árboles. Algo parecido al sonido de un ciervo en huida resonó en el jardín. El monje que había partido en pos de las pisadas huidizas regresó por fin a la casa de té.

—¡Llamad en seguida a algunos hombres! —exclamó—. Un tipo de aspecto sospechoso acaba de escaparse.

No había ningún motivo para que alguien sospechoso estuviera dentro del templo, y cuando Kaisen interrogó al monje, éste lo reveló todo.

—Aún no había hablado de ello a Vuestra Reverencia, pero el caso es que anoche un hombre llamó a la puerta. Como vestía la túnica de un monje errante, le dejamos pasar aquí la noche. De haber sido un desconocido, no se lo habríamos permitido, desde luego, pero le reconocimos como Watanabe Tenzo, quien perteneció antiguamente al cuerpo de ninja de Su Señoría y solía visitar este templo muy a menudo con los servidores de Su Señoría. Creímos que no había ningún problema y le dejamos pernoctar.

—Espera un momento —dijo Kaisen—. ¿No es eso tanto más sospechoso? Un miembro del cuerpo de ninja desaparece en una provincia enemiga y no se sabe de él durante varios años. De repente llama a la puerta en plena noche..., vestido de monje, nada menos..., y pide que le dejemos dormir aquí. ¿Por qué no le interrogaste más a fondo?

—Ciertamente somos culpables, mi señor, pero nos dijo que había sido detenido cuando espiaba a los Oda. Afirmó haber pasado varios años en prisión, pero logró escapar y había regresado a Kai disfrazado. Desde luego, parecía decir la verdad. Esta mañana dijo que se iba a Kofu para reunirse con Amakasu Sanpei, el jefe de su grupo. Nos embaucó por completo, pero ahora mismo, cuando he ido a buscar agua al manantial, he visto a ese bastardo bajo la ventana de la sala de té, pegado a ella como un lagarto.

—¡Cómo! ¿Estaba escuchando mi conversación con Su Señoría?

—Cuando oyó mis pisadas y se volvió en mi dirección, pareció muy sorprendido. Entonces caminó a paso vivo hacia el jardín trasero, de modo que le llamé, ordenándole que se detuviese. Él no me hizo caso y se alejó con más rapidez. Le grité, llamándole espía, y él se volvió y me miró furibundo.

—¿Ha escapado?

—Grité a voz en cuello, pero todos los servidores de Su Señoría estaban corriendo. No encontré a nadie a mi alrededor y, por desgracia, ese hombre es mucho más rápido que yo.

Shingen ni siquiera había mirado al monje, limitándose a escucharle en silencio, pero cuando sus ojos se encontraron con los de Kaisen, habló pausadamente.

—Amakasu Sanpei está hoy entre mis ayudantes. Dejemos que persiga a ese hombre. Llamadle.

Sanpei se postró en el jardín y, mirando a Shingen, que seguía sentado en la casa de té, le preguntó cuál era su misión.

—Creo que hace varios años había un hombre a tus órdenes llamado Watanabe Tenzo.

Sanpei se quedó un momento pensativo antes de responder.

—Sí, lo recuerdo. Era natural de Hachikusa, de Owari. Su tío Koroku había encargado la fabricación de un arma de fuego, pero Tenzo la robó y, en su huida, llegó aquí. Os ofreció el arma y recibió un estipendio durante varios años.

—Recuerdo ese asunto del arma de fuego, pero parece que un hombre de Owari siempre será exactamente eso, un hombre de Owari, y ahora está trabajando para el clan Oda. Captúrale y córtale la cabeza.

—¿Que le capture?

—Ve a por él tras haber escuchado los detalles de ese monje. Vas a tener que perseguirle con rapidez para que no se te escape.

Al oeste de Nirasaki, un estrecho sendero sigue el pie de las montañas alrededor de Komagatake y Senjo, y cruza el río Takato en Ina.

—¡Eeeeh!

El sonido de una voz humana resultaba extraña en aquellos parajes. El monje solitario se detuvo y miró atrás, pero no había más que un eco, por lo que se apresuró a seguir camino arriba y llegó al puerto de montaña.

—¡Eeeeh! ¡Monje!

Ahora la voz estaba más cerca y, como era evidente que se dirigía a él, el monje se detuvo un momento, sujetándose el borde del sombrero. En seguida otro hombre subió hasta él, con la respiración entrecortada. Mientras se aproximaba, le sonreía irónicamente.

—Qué sorpresa, Tenzo. ¿Cuándo has llegado a Kai?

El monje pareció sorprendido, pero se serenó en seguida y soltó una risita.

—¡Sanpei! Me preguntaba quién podría ser. Bueno, ha pasado mucho tiempo. Pareces gozar de buena salud, como siempre.

El tono irónico del primero había recibido una réplica no menos irónica. Ambos eran hombres cuyos cometidos les habían llevado como espías a territorio enemigo. Sin esa clase de audacia y serenidad no habrían podido realizar su trabajo.

—Eso es todo un cumplido.

Sanpei también parecía muy relajado. Hacer aspavientos por haber descubierto a un espía enemigo en su terreno habría sido propio de un hombre corriente y descuidado. Pero si examinaba el asunto con los ojos de un ladrón, sabía que hay ladrones incluso a plena luz del día, por lo que el encuentro no era precisamente una sorpresa.

—Hace dos noches te detuviste en el templo de Eirin y ayer escuchaste clandestinamente una conversación secreta entre el abad Kaisen y el señor Shingen. Cuando te descubrió uno de los monjes, pusiste pies en polvorosa. Eso es lo que ha ocurrido, ¿no es cierto, Tenzo?

—Sí. ¿También estabas allí?

—Por desgracia.

—Eso era lo único que no sabía.

—Qué mala suerte para ti.

Tenzo fingió indiferencia, como si la cosa no fuese con él.

—Creía que Amakasu Sanpei, el ninja de Takeda, todavía espiaba para los Oda en Ise o Gifu, pero ya habías vuelto. Eres digno de alabanza, Sanpei, siempre tan rápido.

—No gastes saliva. Puedes halagarme tanto como quieras, pero ahora que te he encontrado no puedo permitir que regreses vivo. ¿Pretendías cruzar la frontera?

—No tengo la menor intención de morir. Pero, Sanpei, la sombra de la muerte se desplaza sobre tu cara. Supongo que no me has perseguido porque querías morir.

—He venido a por tu cabeza, siguiendo órdenes de mi señor. Y por mi vida que las cumpliré.

—¿La cabeza de quién?

—¡La tuya!

En el instante en que Sanpei desenvainó su larga espada, Watanabe Tenzo se colocó en posición de ataque, con su bastón preparado. Había cierta distancia entre los dos hombres. Mientras intercambiaban

feroces miradas, su respiración se apresuraba y sus semblantes adquirían la palidez de un moribundo. Entonces algo debió de cruzar por la mente de Sanpei, pues envainó su espada.

—Baja ese palo, Tenzo.

—¿Por qué? ¿Estás asustado?

—No, no estoy asustado, pero ¿no es cierto que ambos tenemos los mismos deberes? Está bien que un hombre muera por su misión, pero que nos matemos ahora no servirá de nada. ¿Por qué no te quitas ese hábito de monje y me lo das? Si lo haces, me lo llevaré y diré que te he matado.

Los ninja tenían una fe particular entre ellos mismos que no era corriente en otros guerreros. Era una visión de la vida diferente, debida de una manera natural a la singularidad de sus cometidos. Para el samurai ordinario no podía existir un deber más elevado que el de morir por su señor. En cambio los ninja pensaban de un modo totalmente distinto. Tenían un gran apego a la vida, debían regresar vivos, al margen de la vergüenza o las penalidades que hubieran de sufrir, pues aunque un hombre fuese capaz de entrar en territorio enemigo y obtener alguna información valiosa, eso no tendría ninguna utilidad si no regresaba vivo a su provincia natal. En consecuencia, si un ninja moría en territorio enemigo, era la suya una muerte de perro, al margen de lo gloriosas que fueran las circunstancias. Por muy embebido que estuviera el individuo en el código samurai, si su muerte no era valiosa para su señor, era una muerte de perro. Por ello, aunque al ninja se le podría llamar un samurai depravado cuyo único objetivo era conservar la vida, tenía la misión y la responsabilidad de hacerlo así a toda costa.

Ambos hombres sostenían estos principios con pleno convencimiento, y por ello cuando Sanpei razonó con su adversario que matándose mutuamente no ganarían nada y envainó su acero, Tenzo también retiró su arma en seguida.

—No me gustaba la idea de convertirme en tu adversario y jugar con mi cabeza. Si podemos poner fin a esto con un hábito de monje, hagámoslo.

Cortó un trozo de la túnica que llevaba y lo arrojó a los pies de Sanpei, el cual lo recogió.

—Con esto bastará. Si lo llevo como prueba y anuncio que he acabado con Watanabe Tenzo, el asunto quedará zanjado. Por supuesto, Su Señoría no exigirá ver la cabeza de un simple ninja.

—Los dos salimos beneficiados. Bueno, Sanpei, me voy. Quisiera decirte que me alegraré de volver a verte, pero será mejor que ruegue para que eso no suceda jamás, porque sé que sería la última vez.

Con estas palabras de despedida, Watanabe Tenzo se alejó rápidamente, como si de repente temiera a su contrario y se alegrara de haber salvado la piel.

Cuando Tenzo empezaba a bajar por la pendiente del puerto, Sanpei cogió el arma y la mecha que antes había ocultado en la hierba y le siguió.

El estampido del arma resonó entre las montañas. Sanpei arrojó en seguida el mosquete y bajó por la pendiente como un ciervo, con la intención de asestar el golpe definitivo a su enemigo caído.

Watanabe Tenzo estaba tendido boca arriba en unos matorrales al lado del camino, pero en el momento en que Sanpei llegó a su lado y le apuntó el pecho con la punta de su espada, Tenzo le agarró las piernas, tiró de ellas y, con una fuerza tremenda, le hizo caer al suelo.

La naturaleza salvaje de Tenzo se impuso. Mientras Sanpei yacía aturdido, saltó como un lobo, cogió con ambas manos una gran piedra que estaba cerca y la descargó sobre el rostro de Sanpei. El impacto produjo un sonido como el de una granada al abrirse.

Entonces Tenzo desapareció.

Hideyoshi, que ahora era comandante del castillo de Yokoyama, había pasado el verano en las frías montañas al norte de Omi. Dicen los soldados que, para un luchador, la inactividad es más dura que el campo de batalla. La disciplina no puede descuidarse ni un solo día. Las tropas de Hideyoshi llevaban descansando cien días,

Pero a principios del noveno mes se dio la orden de partir al frente y se abrieron las puertas del castillo de Yokoyama. Desde el momento en que salieron del castillo hasta que llegaron a orillas del lago Biwa, los soldados desconocieron por completo dónde iban a luchar.

Había tres grandes embarcaciones atracadas en el lago. Construidas a principios de año, olían a madera recién serrada. Hasta que hombres y caballos estuvieron a bordo, no se dijo a los soldados que su destino sería o bien el Honganji o bien el monte Hiei.

Tras haber cruzado la superficie otoñal del gran lago y arribado a Sakamoto, en la orilla contraria, los hombres de Hideyoshi se asombraron al ver que el ejército al mando de Nobunaga y sus generales había llegado antes que ellos. Al pie del monte Hiei, los estandartes del clan Oda llenaban todo el espacio que abarcaba la vista.

Después de que Nobunaga levantara el asedio del monte Hiei y se retirase a Gifu, el invierno anterior, ordenó la construcción de grandes barcos para transporte de tropas capaces de cruzar el lago en cualquier momento. Ahora los soldados comprendían por fin su previsión y las palabras que había dicho cuando abandonó el ataque contra Nagashima y regresó a Gifu.

Las llamas de la rebelión que habían ardido en todo el país eran meros reflejos del fuego verdadero, la raíz del mal, cuyo origen estaba en el monte Hiei. Nobunaga volvía a sitiar la montaña con un gran ejército. Su semblante mostraba una nueva resolución, y hablaba lo bastante fuerte para que le oyeran desde el recinto cerrado con cortinas de su cuartel general hasta los barracones de la tropa, casi como si se estuviera dirigiendo al enemigo.

—¡Cómo! ¿Me estáis diciendo que no prenderéis fuego porque las llamas podrían extenderse a los monasterios? ¿Qué es entonces la guerra? ¿Cada uno de vosotros es un general y ni siquiera comprende eso? ¿Cómo habéis conseguido vuestra graduación?

Tales palabras podían oírse desde el exterior. Dentro del recinto, Nobunaga estaba sentado en su escabel de campaña, rodeado por sus generales veteranos, todos ellos con la cabeza gacha. Nobunaga era exactamente como un padre que sermoneara a sus hijos. Aunque fuese su señor, esa clase de crítica resultaba excesiva. Por lo menos eso era lo que indicaba la expresión de disgusto en los rostros de los generales cuando alzaron la vista y se atrevieron a mirar a Nobunaga directamente a los ojos.

¿Por qué estaban luchando, en efecto? Si pensaban en ello o les preocupaba, arriesgaban sus reputaciones al censurar a Nobunaga.

—Sois cruel, mi señor —le dijo Sakuma Nobumori—. No es que no lo comprendamos, pero cuando nos dais una orden indignante, como lo es la de incendiar el monte Hiei, un lugar respetado durante siglos como suelo sagrado y dedicado a la paz y la preservación del país..., como vuestros servidores, y precisamente porque somos vuestros servidores, tenemos tanta más razón para no obedeceros.

Era evidente, por la expresión de su rostro, que había hablado así a sabiendas de que podría costarle la vida. De no haber estado dispuesto a morir allí y en aquel mismo instante no se habría atrevido a

dirigir tales palabras a Nobunaga. Aunque siempre era bastante difícil hablar sinceramente con su señor, aquel día Nobunaga parecía un demonio blandiendo una espada llameante.

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritó Nobunaga, acallando a Sekian y Akechi Mitsuhide, los cuales estaban a punto de apoyar a Nobumori—. ¿No os habéis indignado al contemplar las insurrecciones y este desgraciado estado de cosas? Los monjes transgreden las leyes de Buda, agitan al pueblo, almacenan riqueza y armas y propalan rumores. Bajo el manto de la religión, no son más que agitadores en busca de sus propios fines.

—No nos oponemos a castigar sus excesos, pero en un solo día es imposible reformar una religión en la que creen fervientemente todos los hombres y a la que ha sido concedida una autoridad especial —argumentó Nobumori.

—¿De qué sirve esa clase de sentido común? —replicó airado Nobunaga—. Porque llevamos ya ocho siglos de sentido común nadie ha sido capaz de cambiar la situación, a pesar de que la gente lamenta la corrupción y degeneración de la Iglesia. Incluso Su Majestad el emperador Shirakawa dijo que hay tres cosas sobre las que no ejerce control: los dados, las aguas del río Kamo y los monjes guerreros del monte Hiei. ¿Qué papel en la paz y la preservación del país representó esta montaña durante los años de la guerra civil? ¿Acaso ha proporcionado serenidad de espíritu o fortaleza al pueblo? —Nobunaga sacudió de repente su mano a la derecha—. Durante siglos, cuando han ocurrido desastres, los monjes no han hecho más que proteger sus privilegios. Con el dinero donado por las crédulas masas levantan muros de piedra y portales propios de una fortaleza y en su interior atesoran armas de fuego y lanzas. Y lo que es peor, los monjes se mofan abiertamente de sus votos comiendo carne y teniendo relaciones sexuales, por no mencionar siquiera la decadencia de la erudición budista. ¿Por qué ha de ser pecado poner fin con las llamas a semejante estado de cosas?

—Todo lo que decís es cierto —replicó Nobumori—, pero debemos deteneros, mi señor. No nos iremos de aquí hasta conseguirlo, aunque nos cueste la vida.

Los tres se postraron simultáneamente y permanecieron inmóviles ante Nobunaga.

El monte Hiei era el cuartel general de la secta Tendai, y el Honganji el principal baluarte de la secta Ikko. En los aspectos de doctrina eran distintas y se veían mutuamente como «la otra secta».

Lo único que las unía era su oposición a Nobunaga. Si éste no tenía un momento de descanso era debido a las maquinaciones de los hombres vestidos con hábitos de monje que habitaban en el monte Hiei, los cuales habían conspirado con los clanes Asai y Asakura y el shogun, ayudado a los enemigos derrotados por Nobunaga, enviado en secreto peticiones de ayuda a provincias tan lejanas como Echigo y Kai e incluso incitado a revueltas campesinas en Owari.

Los tres generales sabían que sin la destrucción de aquella fortaleza budista presuntamente inexpugnable, el ejército de Oda se vería obstaculizado una y otra vez y Nobunaga sería incapaz de realizar sus sueños.

En cuanto Nobunaga estableció su campamento, dio una orden increíble:

—Atacad la montaña y prended fuego a todo, empezando por los santuarios, el Gran Salón, los monasterios, todos los sutras y las reliquias sagradas. —Como si estas medidas no fuesen ya extremas, siguió diciendo—: No dejéis escapar a nadie que lleve hábito de monje. No hagáis ninguna distinción entre los prudentes y los necios, los monjes aristocráticos y los corrientes. No tengáis misericordia con las mujeres y los niños. Aunque alguno esté disfrazado de seglar, si se ha escondido en la montaña y huye

a causa del fuego, podéis considerarle también como parte de esta peste. ¡Matadlos a todos y quemad la montaña hasta que no quede en las ruinas rastro de vida humana!

Ni siquiera los Rakasa, los demonios caníbales sedientos de sangre de los infiernos budistas, habrían hecho semejante cosa. Los generales que oyeron esta orden estaban amilanados.

—¿Se ha vuelto loco? —murmuró Takei Sekian entre dientes, pero al alcance del oído de los demás generales.

Sin embargo, sólo Sakuma Nobumori, Takei Sekian y Akechi Mitsuhide se atrevieron a expresar sus opiniones ante Nobunaga.

Antes de enfrentarse a su señor, los tres se habían comprometido.

—Es posible que nos veamos obligados a cometer el seppuku uno detrás del otro por oponernos a las órdenes de Su Señoría, pero no podemos permitir que lleve a cabo ese ataque temerario, incendiándolo todo.

Nobunaga podía asediar y tomar el monte Hiei, pero ¿qué necesidad había de semejante matanza y destrucción con fuego? Si se atrevieran a cometer ese ultraje, temían que el sentimiento popular se volviera contra los Oda. Los enemigos de Nobunaga se alegrarían y utilizarían el ataque como propaganda para denigrar su nombre a cada oportunidad. No haría más que buscarse la clase de mala reputación que los hombres habían temido y evitado durante siglos.

—No vamos a librar una batalla que será vuestra ruina —dijeron los tres generales, hablando en nombre de todos los presentes.

Sus voces temblorosas traslucían la lealtad hacia su señor.

Sin embargo, Nobunaga estaba decidido y no dio ninguna indicación de que pensaría dos veces las palabras de los tres hombres. Por el contrario, su determinación fue todavía mayor.

—Podéis retiraros. No digáis nada más. Si os negáis a obedecer la orden, se la daré a otros. ¡Y si los demás generales y soldados no me obedecen, entonces lo haré yo solo!

—¿Qué necesidad hay de cometer semejante atrocidad? —preguntó de nuevo Nobumori—. Me parece que un verdadero general podría poner fin al poderío del monte Hiei sin derramar una sola gota de sangre.

—¡Basta de «sentido común»! Esas palabras obedecen a ocho siglos de «sentido común». Si no quemamos las raíces de lo antiguo, jamás brotarán las yemas de lo nuevo. Habláis una y otra vez de esta montaña, pero no me intereso tan sólo por el monte Hiei. Quemarlo salvará a la Iglesia en todos los demás lugares. Si matando a todos los hombres, mujeres y niños del monte Hiei puedo abrir los ojos de los imprudentes en las provincias restantes, entonces habré hecho algún bien. Los infiernos más ardientes y profundos no son nada para mis ojos y oídos. ¿Quién más puede hacer esto aparte de mí? Tengo el mandato del cielo para hacerlo.

Los tres hombres, convencidos de que ellos, más que cualesquiera otros, conocían el genio y los métodos de Nobunaga, se quedaron consternados por esta afirmación. ¿Estaba su señor poseído por los demonios?

—No, mi señor —le suplicó Takei Sekian—. Sean cuales fueren las órdenes que nos deis, no podemos hacer nada más que tratar de disuadirlos. No podéis incendiar un lugar sagrado desde los tiempos antiguos...

—¡Basta! ¡Callad! En lo más hondo de mi corazón he recibido el decreto imperial de arrasar con el

fuego ese lugar. Os doy la orden de esa matanza porque tengo en el corazón la misericordia del fundador, el santo Dengyo. ¿No lo entendéis?

—No, mi señor.

—¡Si no lo entendéis, marchaos! No os interpongáis en mi camino.

—Voy a oponerme hasta que me matéis con vuestras propias manos.

—¡Ya estás condenado! ¡Fuera!

—¿Por qué he de irme? Antes que contemplar la locura de mi señor y la destrucción de su clan, puedo tratar de impedirlo con mi muerte. Mirad los numerosos ejemplos de la antigüedad. Ningún hombre que convirtió en un infierno los templos y santuarios budistas, o que mató sacerdotes, ha tenido un buen fin.

—Yo soy diferente. No guerreo en beneficio propio. En esta batalla mi papel será el de destruir los males del pasado y construir un nuevo mundo. No sé si ésta es una orden de los dioses, el pueblo o los tiempos, lo único que sé es que voy a obedecer las órdenes que he recibido. Todos vosotros sois pusilánimes y vuestra visión de las cosas es limitada. Vuestros lamentos son los mismos que los de la gente de miras estrechas. El beneficio y la pérdida de que habláis sólo me conciernen en tanto que individuo. Si mi acción al convertir el monte Hiei en un infierno protege a muchas provincias y salva innumerables vidas, entonces será un gran logro.

Sekian no desistió.

—El pueblo verá esto como la obra de los demonios. Se alegrarán si mostráis un poco de humanidad. Pero sed demasiado severo y jamás os aceptarán..., ni siquiera aunque os motive un gran amor.

—Si retrocedemos a causa de la opinión popular, seremos totalmente incapaces de actuar. Los héroes de la antigüedad temían a la opinión popular y dejaron que este mal acosara a las generaciones futuras. Pero voy a mostraros cómo extirparlo de una vez por todas. Y si he de hacerlo, debe ser radicalmente. De lo contrario, no tiene sentido que empuñemos las armas y marchemos hacia el centro del campo.

Entre las olas rugientes se producen intervalos. La voz de Nobunaga se suavizó un poco. Sus tres servidores estaban cabizbajos, casi sin fuerzas para seguir protestando.

Hideyoshi había cruzado el lago alrededor del mediodía y acababa de llegar. Cuando se presentó en el cuartel general, el debate proseguía, por lo que aguardó en el exterior. Al cabo de un rato asomó la cabeza entre las cortinas y pidió disculpas por entrometerse.

Todos miraron bruscamente en su dirección. La expresión de Nobunaga era como un fuego violento, mientras que los semblantes de sus tres generales, que estaban resueltos a morir, estaban rígidos, como cubiertos por una capa de hielo.

—Acabo de llegar en barco —dijo Hideyoshi afablemente—. Qué bello es el lago Biwa en otoño. Hay lugares, como la isla de Chikubu, cubiertos de hojas rojas. No tenía la impresión de que me dirigía al campo de batalla, e incluso compuse unos malos versos a bordo. Tal vez os los leeré después de la batalla.

Entró en el recinto y siguió charlando de cuanto le pasaba por la cabeza. Su rostro carecía por completo de la severidad que había transfigurado al señor y sus servidores poco antes. Parecía no tener ninguna preocupación en el mundo.

—¿Qué sucede? —preguntó Hideyoshi mirando alternativamente a Nobunaga y sus servidores, sumidos en el silencio. Sus palabras eran como una nítida brisa primaveral—. Ah, he oído de qué hablabais antes de entrar. ¿Por eso estáis callados? Como tienen en tan alta estima a su señor, los



servidores han resuelto amonestarle y morir. En cuanto al señor, conoedor de los sentimientos más íntimos de sus servidores, no es tan violento como para castigarlos con la muerte. Sí, ya veo que hay un problema. Podríamos decir que ambas partes tienen sus razones buenas y malas.

Nobunaga le miró fijamente.

—Llegas en un buen momento, Hideyoshi. Si lo has oído casi todo, debes de comprender lo que anida en mi corazón y también lo que dicen estos tres hombres.

—Lo comprendo, mi señor.

—¿Obedecerías tú la orden? ¿Crees que es errónea?

—No creo nada en absoluto. No, esperad. Me parece que esta orden se basa en la recomendación que escribí y os entregué hace algún tiempo.

—¿Cómo! ¿Cuándo me hiciste semejante propuesta?

—Debéis de haberlo olvidado, mi señor. Creo que fue un día de primavera. —Entonces se volvió a los tres generales y les dijo—: Pero escuchad, casi me he echado a llorar cuando estaba ahí afuera oyendo vuestras leales amonestaciones. Tenéis la sinceridad de los auténticos servidores. Pero, en una palabra, creo que vuestro mayor temor es que si atacamos el monte Hiei y lo abrasamos el país entero se volverá contra Su Señoría.

—¡Eso es exactamente! —exclamó Sekian—. Si cometemos esa atrocidad, tanto los samurais como el pueblo se sentirán ofendidos. Nuestros enemigos lo aprovecharán para denigrar eternamente a Su Señoría.

—Pero fui yo quien recomendó que, si atacábamos el monte Hiei, debíamos hacerlo hasta sus últimas consecuencias, por lo que no fue idea de Su Señoría. Y, por lo tanto, en mí debería recaer la maldición o la mala reputación que resulten de ese acto.

—¡Qué presunción! —replicó Nobumori—. ¿Por qué habría de culpar el pueblo a alguien como vos? Lo que haga el ejército de Oda, sea lo que fuere, repercute en su comandante en jefe.

—Por supuesto. Pero ¿no me ayudaríais todos vosotros? ¿No proclamaríais al mundo que nosotros cuatro estábamos tan ansiosos por cumplir las órdenes de Su Señoría que fuimos demasiado lejos? Se dice que la mayor parte de la lealtad consiste en hacer las advertencias que uno considera oportunas aunque se vea obligado a morir por ello. Pero a mi modo de ver, ni siquiera hacer una advertencia y morir es suficiente prueba de lealtad por parte de un servidor realmente entregado a su señor. En mi opinión, mientras estamos vivos debemos responder, en el lugar de nuestro señor, de la mala reputación, los ultrajes, las persecuciones, los traspies y todo lo demás. ¿Estáis de acuerdo?

Nobunaga le escuchaba en silencio, sin denotar su acuerdo o discrepancia. Sekian fue el primero en responder a la sugerencia de Hideyoshi.

—Estoy de acuerdo con vos. —Miró a Mitsuhide y Nobumori, los cuales tampoco pusieron objeciones y juraron atacar el monte Hiei con fuego y hacer saber que sus acciones habían excedido las órdenes de Nobunaga—. Es un plan maestro.

En un tono que reflejaba su admiración, Sekian felicitó a Hideyoshi por su iniciativa, pero Nobunaga no parecía en absoluto satisfecho. Por el contrario, sin decir una sola palabra, su expresión mostraba claramente que aquello era algo que en modo alguno merecía tales alabanzas.

La misma expresión se veía claramente en el rostro de Mitsuhide. Éste comprendía bien lo que Hideyoshi había sugerido, pero también sentía que el mérito de la verdad de sus propias reconvenciones

leales les había sido arrebatado por las palabras del recién llegado. Estaba celoso, pero era un hombre inteligente y se avergonzó en seguida de su egoísmo, censurándose al reflexionar en que quien estaba dispuesto a morir oponiéndose a una orden de su señor no debería permitirse ni por un solo momento unos pensamientos tan superficiales.

Los tres generales aprobaron el plan de Hideyoshi, pero Nobunaga actuaba como si no se comprometiera y, desde luego, no parecía haber cambiado su plan inicial. Convocó a sus comandantes uno tras otro.

—¡Esta noche, cuando suene la caracola, atacaremos de frente la montaña!

Dicho esto, les dio personalmente las mismas órdenes que antes había dado a los tres generales. Parecía que eran muchos los oficiales que, junto con Sekian, Mitsuhide y Nobumori, estaban en contra de incendiar el monte, pero como los tres superiores ya habían aceptado la orden, todos hicieron lo mismo y se marcharon sin manifestar oposición.

Del cuartel general partieron mensajeros al galope hacia las unidades alejadas y llevaron las órdenes a las tropas que estaban en primera línea, al pie de la montaña.

Cuando el sol se ponía, las nubes se tiñeron de brillantes colores detrás de Shimeigadake. Anchos haces de luz rojiza se extendían por el lago como arcos iris, a medida que crecía el oleaje.

—¡Mirad! —Allá, en la colina, mirando las nubes alrededor del monte Hiei, Nobunaga se dirigía a quienes le rodeaban—. ¡El cielo está con nosotros! Se ha levantado un fuerte viento. ¡Tendremos las mejores condiciones atmosféricas para prender fuego!

Mientras les hablaba así, el viento nocturno, cada vez más frío, hacía crujir sus ropas. Sólo le acompañaban cinco o seis servidores, y en aquel momento un hombre asomó la cabeza por la abertura entre las ondulantes cortinas, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Qué quieres? —le gritó Sekian—. Su Señoría está aquí.

El samurai se aproximó rápidamente y se arrodilló.

—No, no tengo nada que informar a Su Señoría. ¿Está aquí el señor Hideyoshi?

Cuando Hideyoshi se separó del grupo, el mensajero le dijo:

—Acaba de llegar al campamento un hombre vestido con hábito de monje. Dice que es Watanabe Tenzo, uno de vuestros servidores, y que ha regresado de Kai. Su informe parece ser urgente en extremo, por lo que me he apresurado a venir.

Aunque Nobunaga estaba a cierta distancia de Hideyoshi, se volvió de súbito hacia él.

—Hideyoshi, ¿el hombre que acaba de regresar de Kai es uno de tus servidores?

—Creo que también le conocéis, mi señor. Es Watanabe Tenzo, el sobrino de Hikoemon.

—¿Tenzo? —dijo Nobunaga—. Bien, veamos si tiene alguna noticia. Que venga aquí. También deseo escuchar su informe.

Tenzo se arrodilló ante Hideyoshi y Nobunaga y les habló de la conversación que había escuchado a escondidas en el templo de Eirin.

Nobunaga soltó un gruñido. Aquello era una amenaza peligrosa para su retaguardia. Al igual que sucedió con su ataque contra el monte Hiei el año anterior, el peligro no había disminuido lo más mínimo. Al contrario, tanto su posición con respecto a los Takeda como las condiciones en la zona de Nagashima habían empeorado. Sin embargo, en la campaña del año anterior, los grandes ejércitos de los Asai y Asakura habían unido sus fuerzas y se habían retirado al monte Hiei. Esta vez no había dado a sus

enemigos tal oportunidad, por lo que las fuerzas que ahora se le enfrentaban no eran tan poderosas. El problema consistía en que siempre había peligro desde la retaguardia.

—Supongo que el clan Takeda ya ha enviado mensajeros al monte Hiei, a fin de que los monjes esperen con optimismo que nuestro ejército dé media vuelta y regrese a casa —dijo Nobunaga, tras despedir a Tenzo—. Esto es una ayuda del cielo —añadió, riendo satisfecho—. ¿Cuál será más rápido, el ejército de Takeda cuando cruce las montañas de Kai y avance sobre Owari y Mino, o el ejército de Oda cuando regrese tras haber destruido el monte Hiei y conquistado la capital y Settsu? Parece como si nos estuvieran dando un incentivo adicional para la competición, aumentando nuestra convicción temeraria. Que todo el mundo vuelva a sus puestos.

Nobunaga desapareció en el interior del recinto. El humo se alzaba de las fogatas utilizadas para cocinar en el enorme campamento que rodeaba el pie del monte Hiei. Al anochecer, el viento refrescó. La campana que solía oírse desde el templo Mii estaba en silencio.

El sonido de la caracola todavía reverberaba en lo alto de la colina, y los soldados respondieron lanzando sus gritos de combate. La carnicería se prolongó desde aquella noche hasta el amanecer del día siguiente. Los soldados del ejército de Oda se abrieron paso entre las barricadas que los monjes guerreros habían levantado en los puertos de montaña, camino de la cima.

Una negra humareda llenaba el valle y las llamas aullaban en la montaña. Quien alzase la vista desde el pie vería las enormes columnas de fuego en todos los lugares del monte Hiei. Incluso las aguas del lago tenían un brillante color rojo. El mayor de los incendios indicaba que el templo principal estaba ardiendo, así como los siete santuarios, el gran salón de conferencias, el campanario, la biblioteca, los monasterios, la pagoda del tesoro, la gran pagoda y todos los templos secundarios. Al amanecer del día siguiente no quedaba en pie un solo templo.

Los generales, que se estimulaban mutuamente cada vez que alzaban la vista para contemplar el pavoroso espectáculo, recordaban la afirmación de Nobunaga de que había recibido un mandato del cielo y la bendición del santo Dengyo y se animaban a seguir. La aparente convicción de los generales inspiraba a las tropas. Abriéndose paso entre las llamas y el humo negro, los soldados atacantes siguieron las órdenes de Nobunaga al pie de la letra. Ocho mil monjes guerreros perecieron en aquella réplica del infierno budista más horrible. Los monjes que se arrastraban a través de los valles, se ocultaban en cuevas o trepaban a los árboles tratando de escapar eran perseguidos y muertos como insectos en los arrozales.

Alrededor de medianoche, Nobunaga en persona subió a la montaña para ver lo que había forjado su férrea voluntad. Los monjes del monte Hiei habían cometido un error de cálculo. A pesar de que estaban rodeados por el ejército de Nobunaga, se habían tomado la situación a la ligera, pensando que la demostración de fuerza era un farol pretencioso. Habían jurado esperar hasta que las fuerzas de Oda empezaran a retirarse, con la intención de perseguirlas y destruirlas en ese momento. Así pues, habían permanecido ociosos, tranquilos gracias a las frecuentes cartas de estímulo que les llegaban de la cercana Kyoto y que, naturalmente, eran del shogun.

Para todos los monjes guerreros y sus seguidores a lo largo y ancho del país, el monte Hiei había sido el punto focal de la oposición a Nobunaga, pero el hombre que había proporcionado incesantemente provisiones y armas al monte Hiei y que había hecho cuanto podía para excitar a los monjes e instarles a luchar era el shogun Yoshiaki.

Un despacho enviado al shogun desde Kai prometía que Shingen estaba en camino. Yoshiaki se había aferrado a esa gran expectativa y había transmitido la noticia al monte Hiei.

Como es natural, los monjes guerreros confiaban en que el ejército procedente de Kai atacaría la retaguardia de Nobunaga. Cuando eso sucediera, Nobunaga tendría que retirarse tal como lo había hecho el año anterior en Nagashima. Y eso no era todo. Como habían vivido sin que les molestaran durante ochocientos años, los monjes subestimaban los cambios sufridos por el país en los últimos tiempos.

En tan sólo la mitad de una noche la montaña se transformó en un infierno. Alrededor de medianoche, demasiado tarde ya, cuando las llamas surgían por doquier, los representantes del monte Hiei, llenos de pánico, acudieron al campamento de Nobunaga para pedir la paz.

—Le daremos la cantidad de dinero que nos pida y aceptaremos sus condiciones, sean cuales fueren.

Nobunaga se limitó a sonreír y habló a quienes le rodeaban, como si arrojara cebo a un halcón.

—No hay necesidad de responderles. Matadlos en el acto.

De nuevo llegaron mensajeros de los monjes y esta vez suplicaron ante el mismo Nobunaga. Éste volvió la cabeza y ordenó que acabaran con ellos.

Al amanecer el monte Hiei estaba envuelto en la humareda, lleno de ceniza y árboles carbonizados, mientras por todas partes había cadáveres inmovilizados en las posturas que tenían al sobrevenirles la muerte. Mitsuhide pensó que entre ellos debía de haber hombres de profundos conocimientos y sabiduría, y los jóvenes monjes del futuro que habían estado en la vanguardia de la matanza la noche anterior. Aquella mañana permanecía en pie rodeado por los efluvios de humo, cubriéndose la cara y sintiendo un dolor en el pecho.

Esa misma mañana Mitsuhide había recibido la benévola orden de Nobunaga.

—Te pongo al frente del distrito de Shiga. A partir de ahora vivirás en el castillo de Sakamoto, al pie de la montaña.

Dos días después, Nobunaga bajó de la montaña y entró en Kyoto. El humo negro se alzaba todavía del monte Hiei. Al parecer, un número considerable de monjes guerreros habían huido a Kyoto para librarse de la matanza, y esos hombres hablaban ahora de él como si fuese la encarnación del mal.

—¡Es un rey de los demonios viviente!

—¡Un mensajero del infierno!

—¡Es un destructor atroz!

Los ciudadanos de Kyoto recibieron una vivida descripción del monte Hiei y de la triste situación de aquella noche. Ahora, cuando oyeron que Nobunaga estaba retirando sus tropas y bajaba de la montaña, fueron presa de una conmoción. Los rumores volaban.

—¡Es el turno de Kyoto!

—El palacio del shogun no podrá resistir jamás un ataque para incendiarlo.

La gente cerraba sus puertas aunque era pleno día, empaquetaba sus pertenencias y se disponía a huir. Sin embargo, los soldados de Nobunaga, a quienes habían prohibido entrar en la ciudad, vivaquearon a orillas del río Kamo. El hombre que les había dado esa orden era el rey de los demonios autor del ataque contra el monte Hiei. Éste, acompañado por un reducido número de generales, entró en un templo. Tras quitarse la armadura y el casco y tomar una comida caliente, se puso un elegante kimono cortesano con su correspondiente tocado y salió.

Montó un caballo rodado con una espléndida silla. Los generales permanecieron con sus armaduras y

cascos. En compañía de aquellos catorce o quince hombres, Nobunaga cabalgó con aplomo por las calles. El rey de los demonios irradiaba una paz extraordinaria y sonreía amablemente a la gente. Los ciudadanos salieron a la calle y se postraron mientras Nobunaga pasaba. Nada iba a suceder. Empezaron a lanzar vítores, y el alivio se extendió por la ciudad como una ola.

De repente un solo estampido de mosquete brotó entre la multitud vitoreante. La bala rozó a Nobunaga, pero él actuó como si nada hubiera sucedido y sólo se volvió para mirar en la dirección del estampido. Por supuesto, los generales que le rodeaban saltaron de sus caballos y corrieron para capturar al villano, pero los ciudadanos, incluso más que los generales, se habían encolerizado y gritaban: «¡Cogedle!». El autor del disparo, quien había creído que los habitantes de Kyoto estarían de su parte, había calculado mal y ahora no tenía donde esconderse. Era un monje guerrero, considerado como el más valiente, y siguió insultando a Nobunaga incluso después de que le inmovilizaran.

—¡Eres un enemigo del Buda! ¡El rey de los demonios!

La expresión de Nobunaga no cambió lo más mínimo. Cabalgó hacia el palacio imperial como había planeado y desmontó. Tras lavarse las manos, subió calmamente los escalones hasta el portal del palacio y se arrodilló.

—Los violentos incendios de hace dos noches deben de haber sorprendido un tanto a Vuestra Majestad. Espero que me perdonéis por haberos inquietado.

Permaneció arrodillado así largo tiempo, por lo que cualquiera habría pensado que se disculpaba con profunda sinceridad, pero entonces alzó la vista hacia el nuevo portal y los muros del palacio y luego miró con expresión satisfecha a los generales que le flanqueaban a derecha e izquierda.

1. Es ilegal abandonar la propia ocupación.
2. Quienes extiendan rumores o falsos informes serán castigados de inmediato con la muerte.
3. Todo debe continuar tal como estaba.

Por orden de Oda Nobunaga, Magistrado Jefe.

Después de que estos tres edictos hubieran sido fijados en todos los distritos de la ciudad, Nobunaga regresó a Gifu. Se marchó sin haberse entrevistado con el shogun, el cual llevaba cierto tiempo ahondando los fosos, comprando armas de fuego y preparándose contra un ataque e incendio. Aunque los residentes del palacio imperial suspiraron aliviados, se sentían inquietos mientras observaban la partida de Nobunaga.

# El portal sin puerta

El humo de los incendios causados por la guerra no sólo era espeso en el monte Hiei sino que ascendía, como si surgiera de las llamas de un incendio en la pradera, desde los distritos occidentales de Mikawa a los pueblos en la ribera del río Tenryu, y llegaba incluso a las fronteras de Mino. Las tropas de Takeda Shingen habían cruzado las montañas de Kai y avanzaban hacia el sur.

Los Tokugawa, que llamaban a su enemigo «Shingen, el de las piernas largas», juraron que detendrían su marcha hacia la capital, y no sólo por el bien de sus aliados, los Oda. Kai estaba demasiado cerca de las provincias de Mikawa y Totomi, y si las fuerzas de Takeda se abrían paso, ello significaría la aniquilación del clan Tokugawa.

Ieyasu tenía treinta y un años y estaba en la flor de la virilidad. En los últimos veinte años sus servidores habían sufrido toda clase de privaciones y penalidades. Pero por fin Ieyasu llegó a la mayoría de edad, su clan tenía relaciones amistosas con los Oda y poco a poco estaba invadiendo el territorio del clan Imagawa.

Tal era la atmósfera que reinaba en su provincia, con las esperanzas de prosperidad y el valor de la expansión, que los viejos servidores, los samurais, los campesinos y los ciudadanos parecían llenos de estímulo.

Mikawa no podía competir con Kai en armamento, recursos y determinación, pero no era en modo alguno inferior. Había una razón por la que los guerreros de Tokugawa habían apodado a Shingen «el de las piernas largas». Era una agudeza incluida cierta vez en una carta de Nobunaga a Ieyasu, y éste, al leerla, pensó que merecía la pena relatarla a sus servidores.

Era una apelación inteligente, pues si tan sólo ayer Shingen había estado luchando en la frontera norte de Kai contra el clan Uesugi, hoy se hallaba en Kozuke y Sagami y amenazaba al clan Hojo. O bien, volviéndose rápidamente, lanzaría los fuegos de la guerra contra Mikawa o Mino.

Además, Shingen en persona estaba siempre en el campo de operaciones, dando instrucciones. Por ello la gente decía que debía de tener maniqués que ocupaban su lugar, pero lo cierto era que, siempre que sus hombres luchaban, no parecía satisfecho si él no estaba presente en el campo de batalla. Pero si Shingen tenía las piernas largas, de Nobunaga podría decirse que tenía los pies ligeros.

El señor de Owari había escrito a Ieyasu:

Sería mejor que no os enfrentéis a toda la fuerza atacante de Kai en estos momentos. Aunque la situación llegue a ser apremiante y tengáis que retiraros desde Hamamatsu a Okazaki, confío en que perseveréis. Si nuestra ocasión debe esperar a otro día, dudo de que tarde mucho en llegar.

Nobunaga había enviado este mensaje a Ieyasu antes de incendiar el monte Hiei, pero Ieyasu se había vuelto hacia sus servidores principales y declarado, delante mismo del mensajero de Oda:

—¡Antes que abandonar el castillo de Hamamatsu, sería mejor romper nuestros arcos y abandonar la clase samurai!

Para Nobunaga, la provincia de Ieyasu era una de sus líneas de defensa, más para Ieyasu Mikawa era su hogar. No permitiría que enterraran sus huesos en ninguna otra provincia. Cuando recibió la respuesta del mensajero, Nobunaga rezongó algo sobre la excesiva impaciencia de aquel hombre y, en cuanto hubo

terminado su acción en el monte Hiei, regresó a Gifu. Sin duda Shingen debió de comentar algo acerca de esa celeridad. Como era de esperar, también él estaba sobre aviso, esperando su oportunidad.

Shingen había dejado claro que llegar un día tarde podría significar desastres para todo un año, y ahora sentía la necesidad de apresurarse mucho más para realizar su deseo, largamente acariciado, de entrar en la capital. Por este motivo aceleró todas sus maniobras diplomáticas. En consecuencia, su amistad con el clan Hojo dio entonces fruto, pero sus negociaciones con el clan Uesugi fueron tan insatisfactorias como antes y se vio obligado a esperar hasta el décimo mes para abandonar Kai.

La nieve pronto cerraría sus fronteras con Echigo y así se aliviaría su preocupación por Uesugi Kenshin. Su ejército de unos treinta mil hombres comprendía tropas reclutadas en sus dominios, que incluían Kai, Shinano, Suruga, la parte septentrional de Totomi, el este de Mikawa, el oeste de Kozuke, una parte de Hida y la zona meridional de Etchu, unas posesiones que sumaban casi un millón trescientas mil fanegas en total.

—Lo mejor que podríamos hacer es preparar la defensa —sostuvo un general.

—Por lo menos hasta que lleguen refuerzos del señor Nobunaga.

Una parte de los hombres que estaban en el castillo de Hamamatsu se decantaron por una campaña defensiva. Aun cuando fuese posible reunir a todos los samurais de la provincia, la fuerza militar del clan Tokugawa era apenas de catorce mil hombres, apenas la mitad del ejército de Takeda. No obstante, Ieyasu decidió ordenar una movilización de su ejército.

—¡Cómo! No vamos a perder el tiempo esperando que lleguen los refuerzos del señor Nobunaga.

Todos sus servidores esperaban que gran número de los soldados de Oda, movidos por un natural sentido del deber, o incluso de gratitud por el servicio prestado en el pasado por los Tokugawa en el río Ane, acudieran en su ayuda. Sin embargo, Ieyasu hacía lo posible por aparentar que no esperaba en absoluto refuerzos. Ahora era el momento exacto para que determinara si sus hombres se resignaban a una situación de vida o muerte y les hiciera comprender que sólo podían confiar en sus propias fuerzas.

—Si tanto la retirada como el avance significan destrucción —planteó serenamente—, ¿no deberíamos arriesgarlo todo en un ataque definitivo, establecer nuestra reputación como guerreros y tener una muerte gloriosa?

Aquel hombre había conocido la desgracia y las penalidades desde su juventud, pero se había convertido en un adulto que no se preocupaba por menudencias. Ahora la difícil situación en que se encontraban hacía que el castillo rebosara de furor, como el agua hirviendo de una tetera, pero mientras Ieyasu defendía más que nadie un enfrentamiento violento apenas cambiaba el tono de su voz. Por este motivo algunos de sus servidores recelaban de la diferencia entre sus palabras y su verdadero propósito, pero Ieyasu se apresuró a hacer los preparativos para partir hacia el campo de batalla, al tiempo que recibía los informes de sus exploradores.

Uno tras otro, como púas arrancadas de un peine, iban llegando los informes de cada derrota. Shingen había atacado Totomi, y por entonces era probable que los castillos de Tadaki e Iida no hubieran tenido más alternativa que rendirse. En los pueblos de Fukuroi, Kakegawa y Kihara no había ningún lugar que las fuerzas de Kai no hubieran pisoteado. Peor todavía, la vanguardia de Ieyasu, formada por tres mil hombres al mando de Honda, Okubo y Naito, había sido descubierta por las fuerzas de Takeda en las proximidades del río Tenryu. Los Tokugawa habían sido derrotados y obligados a retirarse a Hamamatsu.

Ese informe hizo que palidecieran cuantos formaban la guarnición del castillo, pero Ieyasu prosiguió

con sus preparativos militares, poniendo especial cuidado en asegurar sus líneas de comunicaciones, y se ocupó de la defensa de aquella zona hasta casi finales del décimo mes. A fin de asegurar el castillo de Futamata, junto al río Tenryu, había enviado refuerzos de tropas, armas y suministros.

El ejército salió del castillo de Hamamatsu, avanzó hasta el pueblo de Kanmashi, a orillas del río Tenryu, y encontró el campamento del ejército de Kai, cada posición unida al cuartel general de Shingen como los radios al eje de una rueda.

—Ah, tal como era de esperar —dijo Ieyasu, e incluso él permaneció un momento inmóvil en la colina, con los brazos cruzados, exhalando un suspiro de admiración.

Los estandartes que ondeaban en el campamento principal de Shingen eran visibles incluso desde aquella distancia considerable. Desde más cerca era posible leer la inscripción: unas palabras del famoso Sun Tzu, con quien estaban familiarizados enemigos y aliados por igual.

Rápido como el viento,  
silencioso como un bosque,  
ardiente como el fuego,  
sereno como una montaña.

Serenos como una montaña, ni Shingen ni Ieyasu realizaron ningún movimiento durante varios días. El río Tenryu dividía los campamentos contrarios. Así llegó el undécimo mes y se instaló el invierno.

Hay dos cosas  
que están por encima de Ieyasu:  
el yelmo con cuernos de Ieyasu  
y Honda Heihachiro.

Uno de los hombres de Takeda había fijado este pasquín en la colina de Hitokotozaka. Allí los hombres de Ieyasu habían sufrido una derrota total, o por lo menos tal era la opinión en las filas de Takeda, jubilosas por su victoria. Pero, como admitía el poema, los Tokugawa contaban con algunos hombres excelentes, y la retirada de Honda Heihachiro había sido admirable.

Ciertamente, Ieyasu no era indigno como enemigo, pero en la próxima batalla la totalidad de las fuerzas de los Takeda se enfrentarían a todo el ejército de los Tokugawa. Iban a librar una batalla que decidiría el resultado de la guerra.

La expectativa de la lucha no hacía más que levantar el ánimo de los hombres de Kai, tal era la serenidad que les caracterizaba. Shingen trasladó su campamento principal a Edaijima e hizo que su hijo, Katsuyori, y Anayama Baisetsu dirigieran sus fuerzas contra el castillo de Futamata, con órdenes estrictas de no demorarse.

Ieyasu respondió a estos movimientos enviando rápidamente refuerzos.

—El castillo de Futamata es una importante línea defensiva —comentó—. Si el enemigo lo captura, tendrán un lugar ventajoso desde donde efectuar su ataque.

El mismo Ieyasu dio órdenes a su retaguardia, pero el siempre variable ejército de Takeda experimentó una nueva transformación y empezó a presionar por todos los lados. Todo apuntaba a que si



Ieyasu efectuaba un movimiento en falso, quedaría incomunicado con su cuartel general en Hamamatsu.

El enemigo interrumpió el suministro de agua del castillo de Futamata, su punto más débil. Uno de los lados del castillo lindaba con el río Tenryu, y era preciso subir el agua que sostenía las vidas de la guarnición con un cubo que descolgaban desde una torre. A fin de desbaratar ese sistema, las fuerzas de Takeda bajaron con lanchas desde río arriba y socavaron la base de la torre. A partir de entonces los soldados del castillo padecieron la falta de agua, aun cuando el río fluía delante mismo de sus muros.

La guarnición se rindió la noche del día diecinueve. Cuando Shingen tuvo noticia de que el castillo había capitulado, dio nuevas órdenes:

—Nobumori ocupará el castillo. Sano, Toyoda e Iwata mantendrán las comunicaciones y se prepararán a lo largo de la ruta de retirada del enemigo.

Como un consumado jugador de go que observa cada movimiento de las piedras, Shingen se mostraba cauto con la formación y el avance de su ejército. Los veintisiete mil soldados de Kai avanzaron lenta y seguramente, como nubes negras sobre la tierra, mientras los redobles de tambor resonaban en el cielo. Luego la fuerza principal de Shingen cruzó la llanura de Iidani e inició su avance hacia el este de Mikawa.

Mediaba el día veintiuno y el frío era lo bastante intenso para cortar la nariz y las orejas de un hombre. Una polvareda roja se alzaba en Mikatagahara, ocultando el débil sol invernal. Hacía varios días que no caía una gota de lluvia y el aire estaba muy seco.

—¡Adelante, hacia Iidani!

Esta orden causó una divergencia de opiniones entre los generales de Shingen.

—Si vamos a Iidani, es que debe de haberse decidido a rodear el castillo de Hamamatsu. ¿No sería eso un error?

Algunos tenían recelos porque las tropas de Oda habían ido llegando a Hamamatsu y nadie sabía con seguridad cuántos soldados podría haber allí ahora. Tal era el informe secreto que se había ido filtrando desde la mañana. Por mucho que hubieran presionado al enemigo, no era posible calcular la situación real de éste. Los informes siempre eran los mismos: algo había de verdad en los rumores que circulaban por los pueblos a lo largo del camino, los cuales probablemente contenían buena parte de los falsos informes del enemigo: que una gran fuerza de los Oda se dirigía al sur para unirse a las tropas de Ieyasu en Hamamatsu.

Los generales de Shingen ofrecieron sus opiniones:

—Si Nobunaga llega con un gran ejército que sirva como retaguardia de Hamamatsu, probablemente deberíais reflexionar a fondo en la situación, mi señor.

—Si el ataque contra Hamamatsu se prolonga hasta el Año Nuevo, nuestros hombres tendrán que invernar en el campo. Con los continuos ataques por sorpresa del enemigo, nuestros suministros se agotarán y las tropas caerán víctimas de las enfermedades. En cualquier caso, los hombres sufrirán.

—Por otro lado, me temo que puedan cortarnos la retirada no sólo a lo largo de la costa sino en todas partes.

—Cuando se añadan refuerzos a la retaguardia de los Oda, nuestros hombres quedarán atrapados en una estrecha franja de territorio enemigo, una situación que no podrá ser fácilmente invertida. Si sucede tal cosa, el sueño de Vuestra Señoría de marchar hacia Kyoto quedará frustrado, y tendremos que abrir una sangrienta ruta de retirada. Puesto que ahora estamos movilizadas, ¿por qué no proseguimos con

vuestro objetivo principal y marchamos hacia la capital en vez de atacar el castillo de Hamamatsu?

Shingen estaba sentado en su escabel de campaña en medio de sus generales, y sus ojos eran estrechas ranuras, como agujas. Asintió a cada una de sus opiniones, y entonces dijo lentamente:

—Todas vuestras opiniones son razonables en extremo, pero estoy seguro de que los refuerzos de Oda no serán más que una pequeña fuerza de tres o cuatro mil hombres. Si la mayor parte del ejército de los Oda se dirigiera hacia Hamamatsu, los Asai y los Asakura, con quienes ya hemos entrado en contacto, atacarían a Nobunaga desde la retaguardia. Además, el shogun enviaría mensajes desde Kyoto a los monjes guerreros y sus aliados, instándoles a continuar. Los Oda no son una gran preocupación para nosotros.

Tras hacer una pausa, prosiguió lentamente:

—Entrar en Kyoto ha sido mi ferviente deseo desde el principio. Pero si ahora evitáramos a Ieyasu, cuando llegemos a Gifu Ieyasu acudirá en ayuda de los Oda y obstruirá nuestra retaguardia. ¿No es la mejor política destruir a Ieyasu en el castillo de Hamamatsu, antes de que los Oda puedan enviarle suficientes refuerzos?

No había nada que los generales pudieran hacer salvo aceptar su decisión, no sólo porque era su señor, sino también porque le consideraban un táctico superior y tenían fe en él.

Sin embargo, cuando regresaron a sus regimientos, uno de ellos, Yamagata Masakage, se dijo mientras contemplaba el sol frío y pálido de invierno: «Este hombre vive para la guerra y, como general, tiene un genio fuera de lo común, pero esta vez...».

Era la noche del veintiuno cuando llegó al castillo de Hamamatsu el informe del súbito cambio de dirección del ejército de Kai. Sólo tres mil hombres al mando de Takigawa Kazumasu y Sakuma Nobumori habían llegado al castillo como refuerzos de Nobunaga.

—Por desgracia, una cantidad muy pequeña —comentó decepcionado un servidor de Tokugawa, pero Ieyasu no mostró ni satisfacción ni desagrado.

Cuando llegaron los informes uno tras otro, dio comienzo un consejo de guerra, en el cual muchos generales del castillo y los comandantes de Oda recomendaron prudentemente una retirada temporal a Okazaki.

Solamente Ieyasu no se movió de su posición anterior, la de insistir en el combate.

—¿Vamos a retirarnos y no dejar que vuele una sola flecha como represalia mientras el enemigo insulta a mi provincia?

Al norte de Hamamatsu había una llanura elevada, que medía más de dos leguas de ancho por tres de longitud. Era Mikatagahara.

En las primeras horas del día veintidós, el ejército de Ieyasu abandonó Hamamatsu y tomó posiciones al norte de una escarpa. Allí aguardaron la aproximación de las fuerzas de Takeda.

Salió el sol y luego el cielo se nubló. La silueta de un ave solitaria cruzó apaciblemente el ancho cielo por encima de la llanura seca y agostada. De vez en cuando, los exploradores de ambos ejércitos, similares a las sombras de las aves, se arrastraban por la hierba seca y luego regresaban a toda prisa a sus líneas. Aquella mañana el ejército de Shingen, que anteriormente había acampado en la llanura, cruzó el río Tenryu, prosiguió su avance y llegó a Saigadani poco después del mediodía.

El ejército entero recibió la orden de detenerse. Oyamada Nobushige y los demás generales se reunieron al lado de Shingen para determinar las posiciones del enemigo que pronto estaría directamente

ante ellos. Tras una deliberación momentánea, Shingen ordenó que una compañía permaneciera en la retaguardia, mientras el ejército principal continuaba su avance planeado por la llanura de Mikatagahara.

El pueblo de Iwaibe se encontraba en las proximidades, y la vanguardia del ejército ya había entrado en él. Los hombres que iban en cabeza de aquel desfile ondulante formado por más de veinte mil hombres no podían ver a los que estaban en el final, aunque se irguieran en sus estribos.

Shingen se volvió a los servidores que le rodeaban.

—¡Algo ocurre en la retaguardia!

Los hombres forzaron la vista, tratando de atravesar la polvareda amarillenta que se alzaba a lo lejos. Parecía que la retaguardia estaba sometida a un ataque enemigo.

—Deben de haberles rodeado.

—¡Sólo son tres mil! Si les rodean, serán exterminados.

Los caballos habían agachado las cabezas y avanzaban con un fuerte chacoloteo, pero todos los generales simpatizaban con los hombres que estaban bajo el polvo. Sujetando las riendas, miraban hacia atrás, llenos de inquietud. Shingen permanecía en silencio, sin hablar con nadie. Aunque estaba sucediendo lo que habían esperado, sus hombres caían uno tras otro en aquella nube de polvo mientras ellos miraban.

Sin duda algunos tenían un padre, un hijo o un hermano en la retaguardia, y no sólo entre los servidores y generales que se habían reunido en torno a Shingen. El ejército entero, hasta los soldados de infantería, miraba ahora al lado mientras avanzaba.

Oyamada Nobushige galopó a lo largo de la columna hasta llegar a la altura de Shingen. Tenía la voz alterada, cosa rara en él, y quienes estaban cerca le oyeron claramente mientras hablaba desde la silla de montar.

—¡Mi señor! Jamás volveremos a tener una oportunidad como ésta de acabar con diez mil enemigos. Vengo de reconocer la formación enemiga que ataca nuestra retaguardia. Cada compañía está desplegada en formación de ala de cigüeña. A primera vista parece un ejército enorme, pero la segunda y la tercera filas no tienen grosor y el centro de Ieyasu está protegido por una pequeña fuerza que podrá hacer muy poco. Y no sólo eso, sino que las compañías están en un extremo desorden y es evidente que los refuerzos de Oda no tendrán voluntad de lucha. Si aprovecháis esta oportunidad y atacáis, mi señor, no hay duda de que ganaréis.

Cuando el impetuoso jinete terminó de hablar, Shingen miró atrás y ordenó a unos exploradores que verificasen el informe de Nobushige. Éste, al percibir el tono de Shingen, refrenó un poco a su caballo y él mismo se contuvo.

Los dos exploradores se alejaron al galope. Sabían que la fuerza del enemigo era mucho más pequeña que la suya propia, y Nobushige respetaba la negativa de Shingen a efectuar movimientos irreflexivos, pero él mismo poseía la impaciencia de un caballo revoltoso que piafa y es casi incapaz de dominarse.

¡Una oportunidad militar puede desaparecer en el instante que tarda un rayo en caer!

Los dos exploradores regresaron al galope y dieron su informe.

—Las observaciones de Oyamada Nobushige y nuestro propio reconocimiento concuerdan por completo. Ésta es una oportunidad enviada por el cielo.

Atronó la voz de Shingen. La blanca melena de su yelmo osciló adelante y atrás mientras él daba órdenes a los generales que le flanqueaban. Sonó la caracola y, cuando los veinte mil hombres oyeron su

sonido, que reverberaba desde la vanguardia a la retaguardia del ejército, la columna se disolvió haciendo resonar la tierra. Pero cuando parecía haberse disuelto por completo, se reorganizó en formación de escamas de pez y avanzó hacia el ejército de Tokugawa al ritmo de los tambores.

A Ieyasu le intimidó la celeridad con que se movía el ejército de Shingen y cómo respondía a las órdenes de éste.

—Si llegase a alcanzar la edad de Shingen, quisiera ser capaz por una sola vez de mover un gran ejército tan hábilmente como él lo hace —comentó—. Ahora que he visto su estilo de mando, no quisiera que lo matasen, aunque alguien se ofreciera a envenenarle en este mismo momento.

Hasta ese extremo impresionaba la capacidad de mando de Shingen a los generales enemigos. Las batallas eran su arte. Sus valientes generales e intrépidos guerreros decoraban sus caballos, armaduras y estandartes para lograr un paso más glorioso al otro mundo. Era como si el puño de Shingen hubiera liberado de pronto decenas de millares de halcones.

En un instante corrieron lo suficiente para poder ver las caras de los enemigos. Los Tokugawa giraron como una rueda enorme, manteniendo su formación en ala de cigüeña, y se enfrentaron al enemigo como un dique humano.

El polvo levantado por los dos ejércitos oscurecía el cielo. Sólo las lanzas, en cuyas puntas incidía el sol poniente, destellaban en la oscuridad. Los cuerpos de lanceros de Kai y Mikawa habían avanzado al frente y ahora permanecían inmóviles, mirándose uno al otro. Cuando de cualquiera de los bandos se alzaba un grito de guerra, el otro bando respondía casi como un eco. Cuando las nubes de polvo empezaron a desaparecer, los dos bandos pudieron verse claramente, pero la distancia que los separaba era todavía considerable. Nadie daría un paso fuera de las líneas gemelas de lanzas.

En un momento semejante, incluso los guerreros más valientes se estremecían de temor. Podría decirse que estaban «asustados», pero se trataba de un sentimiento totalmente distinto al temor ordinario. No es que su fuerza de voluntad se debilitara, y si temblaban era porque estaban efectuando el cambio de la vida ordinaria a la vida del combate, una transformación que sólo requería unos segundos, pero en ese instante a los nombres se les ponía carne de gallina y su piel se volvía tan violácea como la cresta de un gallo.

En una provincia en guerra la vida de un soldado no era diferente a la del campesino provisto de la hoz o la del tejedor en su telar. Cada una era igualmente valiosa, y si la provincia sucumbía, todos perecerían con ella. Aquellos que, sin embargo, hacían caso omiso del auge y la caída de su provincia y llevaban vidas de indolencia eran como la suciedad que se aferra al cuerpo humano, de menos valor que una sola pestaña.

Dejando eso de lado, se decía que el instante de enfrentarse cara a cara con el enemigo era aterrador. El cielo y la tierra estaban oscuros incluso a mediodía. Uno no podía ver lo que tenía ante sus mismos ojos, no podía ir adelante o retroceder, y tenía que sufrir los zarandeos y empujones en una línea de lanzas a punto de atacar.

El hombre lo bastante valiente para salir de esa línea antes que todos los demás recibía el título de Primera Lanza. Quien se convertía en Primera Lanza obtenía la gloria ante los millares de guerreros de ambos ejércitos. Sin embargo, dar ese primer paso no era nada fácil.

Entonces un solo hombre se adelantó.

—¡Kato Kuroji, del clan Tokugawa, es el Primera Lanza! —gritó un samurai.

La armadura de Kato era sencilla y su nombre desconocido. Lo más probable era que se tratase de un samurai corriente del clan Tokugawa.

Un segundo hombre salió corriendo de las filas de Tokugawa.

—¡Genjiro, el hermano menor de Kuroji, es el Segunda Lanza!

El hermano mayor fue engullido por el enemigo y desapareció en la confusión.

—¡Soy el Segunda Lanza! ¡Soy el hermano menor de Kato Kuroji! ¡Miradme bien, insectos de Takeda!

Genjiro blandió su lanza cuatro o cinco veces ante la masa de guerreros.

Un soldado de Kai se volvió para enfrentarse a él, gritó un insulto y saltó al ataque. Genjiro cayó hacia atrás, pero aferró la lanza que se había deslizado sobre el peto de su armadura y se puso en pie soltando una maldición.

Por entonces sus camaradas habían iniciado el avance, pero los hombres de Takeda también avanzaban hacia ellos. En aquel escenario de oleadas ondulantes de sangre, entrechocaban lanzas y armaduras. Pisoteado por sus propios camaradas y los cascos de los caballos, Genjiro llamaba a gritos a su hermano. Sin embargo, se abrió paso a gatas, agarró a un soldado de Kai por un pie y lo derribó. Al instante decapitó al hombre y arrojó su cabeza a un lado. Después de esa acción, nadie volvió a verle.

La confusión de la batalla era total, pero el choque entre el ala derecha de los Tokugawa y el ala izquierda de los Takeda no había alcanzado aquella cima de violencia.

Las líneas de combatientes se extendían sobre una amplia zona. Los monótonos redobles de los tambores y el sonido de las caracolas vibraban dentro de las nubes de polvo. De un modo u otro, los servidores de Shingen parecían estar situados en la retaguardia. Ninguno de los dos ejércitos había tenido tiempo de enviar al frente a sus mosqueteros, por lo que los Takeda enviaron al frente a los Mizumata, unos samurais con armadura ligera y armados con hondas. Las piedras que lanzaban caían como lluvia. Ante ellos estaban las fuerzas de Sakai Tadatsugu, y detrás los refuerzos del clan Oda. Tadatsugu, montado en su caballo, chascaba la lengua con irritación.

Las piedras que llovían sobre ellos desde la línea frontal del ejército de Kai alcanzaban a su caballo y lo espantaban. Y no sólo a su caballo. Las monturas de los jinetes que aguardaban su oportunidad detrás de los lanceros se encabritaron y sufrieron tal pánico que rompieron la formación.

Los lanceros esperaban órdenes de Tadatsugu, quien los había retenido con ásperos gritos.

—¡Todavía no! ¡Esperad mi aviso!

Los honderos en la línea frontal del enemigo habían jugado el papel de zapadores, abriendo una ruta de ataque a la fuerza principal. Así pues, aunque el cuerpo de Mizumata no era especialmente temible, las tropas escogidas situadas detrás de ellos esperaban su oportunidad. Allí estaban los estandartes de los cuerpos de Yamagata, Naito y Oyamada, famosos por su valor incluso dentro del ejército de Kai.

Tadatsugu pensó que parecía como si trataran de provocarles enviándoles a los Mizumata. Comprendía la estrategia del enemigo, pero el ala izquierda de las tropas de Tokugawa ya estaba trabada en un combate cuerpo a cuerpo, de modo que la segunda línea de los Oda estaba sola. Además, no podía estar seguro de cómo vería la situación Ieyasu desde su posición en el centro.

—¡A la carga! —gritó Tadatsugu, abriendo tanto la boca que parecía como si fuese a romper los cordones de su casco.

Sabía muy bien que estaba cayendo en la trampa tendida por el enemigo, pero no había logrado

hacerse con la ventaja desde el comienzo de la batalla. Ahí comenzó la derrota de los Tokugawa y sus aliados.

La lluvia de piedras cesó de repente. En el mismo momento los setecientos u ochocientos Mizumata se separaron a derecha e izquierda y se replegaron bruscamente.

—¡Estamos perdidos! —gritó Tadatsugu.

Cuando vio la segunda línea del enemigo ya era demasiado tarde. Escondida entre los honderos y la caballería había una línea más de hombres: los mosqueteros. Cada uno estaba tendido boca abajo en la alta hierba, con el arma a punto.

Se oyó la serie entrecortada de estampidos cuando los mosquetes dispararon una sola descarga, y una nube de humo se alzó de la hierba. Como el ángulo de fuego era bajo, muchos de los atacantes que integraban el cuerpo de Sakai fueron alcanzados en las piernas. Los caballos, sobresaltados, se encabritaron y recibieron impactos en el vientre. Los oficiales saltaron de las sillas antes de que sus caballos cayeran y corrieron con sus hombres, pisando los cadáveres de sus camaradas.

—¡Atrás! —ordenó el comandante de los mosqueteros de Takeda.

Los mosqueteros se retiraron de inmediato. De haberse quedado donde estaban, habrían sido arrollados por los lanceros de Oda. Con los hocicos de sus caballos alineados, el cuerpo de Yamagata, la flor y nata de Kai, galopó serena y dignamente, seguido de inmediato por el cuerpo de Obata. En cuestión de minutos aniquilaron la línea de Sakai Tadatsugu.

El ejército de Kai acababa de prorrumpir orgullosamente en gritos de victoria cuando de la misma manera repentina el cuerpo de Oyamada dio un rodeo y avanzó sobre el flanco de las fuerzas de Oda, la segunda línea defensiva de los Tokugawa. Sus caballos levantaban nubes de polvo. En un abrir y cerrar de ojos, los Tokugawa fueron rodeados por el enorme ejército de Kai como por una gigantesca rueda de hierro.

En lo alto de un risco, Ieyasu contemplaba las líneas de sus hombres, y se decía que la derrota era inevitable.

Torii Tadahiro, el general en jefe de los Tokugawa que miraba fijamente adelante, había advertido a su señor que no avanzara, sino que ordenase ataques incendiarios contra los lugares donde el enemigo vivaqueara aquella noche. Pero Shingen, taimado como siempre, había tendido a propósito el cebo de la pequeña retaguardia, estimulando así el ataque de Ieyasu.

—No podemos quedarnos aquí —le dijo Tadahiro—. Debéis retiraros a Hamamatsu, y cuanto antes mejor.

Ieyasu no replicó.

—¡Mi señor! ¡Mi señor!

Ieyasu no estaba mirando el rostro de Tadahiro. El sol se ponía, la blanca bruma nocturna y la oscuridad iban dividiéndose gradualmente en el borde de Mikatagahara. Cabalgando bajo el viento invernal, los mensajeros traían una y otra vez las tristes noticias.

—Sakuma Nobumori, del clan Oda, ha sido vencido. Takigawa Kazumasu ha retrocedido en desorden y Hirate Nagamasa ha muerto. Sólo Sakai Tadatsugu se mantiene firme y combate duramente.

—Takeda Katsuyori combinó su fuerza con el cuerpo de Yamagata y rodeó nuestra ala izquierda. Ishikawa Kazumasa ha sido herido. Nakane Masateru y Aoki Hirotsugu han muerto.

—Matsudaira Yasuzumi galopó en medio del enemigo y lo derribaron.

—Las fuerzas de Honda Tadamasu y Naruse Masayoshi tomaron como objetivo a los servidores de Shingen y penetraron profundamente en las filas enemigas, pero fueron rodeados por varios millares de hombres y ninguno ha regresado vivo.

De repente, Tadahiro cogió el brazo de Ieyasu y, con la ayuda de otros generales, le hizo montar en su caballo.

—¡Vete de aquí! —le gritó al caballo, dándole una palmada en la grupa.

Cuando Ieyasu se alejaba al galope, Tadahiro y los demás servidores montaron y fueron tras él.

Empezó a nevar, como si la nieve hubiera estado esperando la puesta del sol. El viento azotaba los estandartes, hombres y caballos del ejército derrotado, haciendo todavía más inseguro su avance.

Los hombres gritaban confusos.

—Su Señoría... ¿Dónde está Su Señoría?

—¿Por dónde se va al cuartel general?

—¿Dónde está mi regimiento?

Los mosqueteros de Kai apuntaban a los hombres en desbandada y disparaban contra ellos bajo la nieve arremolinada.

—¡Retirada! —gritó un soldado de Tokugawa—. ¡La caracola toca retirada!

—Ya deben de haber abandonado el cuartel general —comentó otro.

Una oleada de hombres derrotados avanzó en negra línea hacia el norte, se extravió hacia el este y las bajas fueron mucho mayores. Finalmente los hombres empezaron a huir en una sola dirección, hacia el sur.

La noche se aproximaba con rapidez y la intensidad de la nevada aumentaba. Los servidores de Ieyasu se reunieron en torno a él e hicieron sonar la caracola. Agitando los estandartes de los comandantes, convocaron a los hombres. Poco a poco los soldados del ejército derrotado se reunieron en torno a ellos. Todos estaban empapados en sangre.

Sin embargo, los cuerpos de Baba Nobufusa y Obata Kazusa sabían que el cuerpo principal de las tropas enemigas estaba allí, y en seguida empezaron a acosarles con arcos y flechas por un lado y armas de fuego por el otro. Parecía como si intentaran cortarles la retirada.

—Este lugar es peligroso, mi señor —dijo Mizuno Sakon a Ieyasu—. Sería mejor que os retiraseis lo antes posible. —Entonces, se dirigió a los soldados—: Proteged a Su Señoría. Yo atacaré al enemigo con algunos hombres. Quienes quieran sacrificar su vida por Su Señoría, que me sigan.

Sakon galopó directamente hacia la línea del enemigo, sin mirar atrás para ver si alguien le seguía. Treinta o cuarenta soldados cabalgaban tras él, hacia una muerte segura. Poco después los gemidos, los gritos y el entrecocar de espadas y lanzas se mezclaron con el sonido del viento cargado de nieve.

—¡Sakon no debe morir! —gritó Ieyasu.

Estaba fuera de sí. Sus servidores intentaron detenerle aferrando la brida de su caballo, pero él los derribó y, cuando se levantaron, cabalgaba ya hacia el remolino negro y blanco, con todo el aspecto de un demonio.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! —le gritaron.

\*

\*

\*

Cuando Natsume Jirozaemon, el oficial que se había quedado al mando del castillo de Hamamatsu, tuvo noticia de la derrota de sus camaradas, partió con una pequeña fuerza de treinta jinetes para proteger a Ieyasu. Cuando llegaron al lugar de la batalla y vieron a su señor luchando desesperadamente, Jirozaemon saltó del caballo y corrió hacia el tumulto.

—¿Qué..., qué es esto? Esta violencia no es propia de vos, mi señor. ¡Regresad a Hamamatsu! ¡Retiraos, mi señor!

Cogió la brida del caballo e hizo que diera la vuelta con dificultad.

—¿Jirozaemon? ¡Déjame! ¿Eres tan necio que te interpones en mi camino en medio del enemigo?

—¡Si soy un necio, mi señor, vos lo sois todavía más! Si os derriban en un sitio así, ¿de qué habrán servido todas vuestras penalidades hasta ahora? Seréis recordado como un general idiota. ¡Si queréis distingueros, haced algo importante para la nación otro día!

Con lágrimas en los ojos, Jirozaemon gritó de tal modo a Ieyasu que pareció como si las comisuras de su boca fuesen a rasgarse hasta las orejas, al mismo tiempo que golpeaba despiadadamente al caballo de Ieyasu con el asta de su lanza. Muchos de los servidores y ayudantes más íntimos que habían acompañado a Ieyasu la noche anterior ya no estaban presentes. Más de trescientos hombres de Ieyasu habían muerto en combate y nadie sabía cuántos eran los heridos.

Abrumados por la carga que suponía pertenecer a un ejército desastrosamente derrotado, los hombres regresaron en hilera a la ciudad fortificada cubierta de nieve. Sus semblantes reflejaban lo disgustados que estaban consigo mismos. La retirada se prolongó desde el crepúsculo hasta pasada la media noche.

El cielo se había vuelto rojo, tal vez debido a que había fogatas a ambos lados del portal del castillo. Pero el color rojo de la nieve caída se debía claramente a la sangre de los guerreros que regresaban.

—¿Qué le ha ocurrido a Su Señoría? —preguntaban los hombres llorosos.

Se habían retirado creyendo que Ieyasu ya había regresado al castillo, y ahora los guardianes les decían que no había vuelto. ¿Estaba aún rodeado por el enemigo o había muerto? Fuera como fuese, lo cierto era que habían huido ante su señor, y estaban tan avergonzados que se negaban a entrar en el castillo. Permanecieron en el exterior, golpeando el suelo con los pies para no congelarse.

La confusión reinante se intensificó cuando de repente sonaron unos disparos más allá del portal oeste. Era el enemigo. La muerte les acosaba. Y si los Takeda ya habían llegado hasta allí, el sino de Ieyasu era realmente dudoso.

Creyendo que había llegado el fin del clan Tokugawa, corrieron gritando hacia el lugar de donde habían partido los disparos, dispuestos a morir combatiendo, sus ojos carentes de toda esperanza. Cuando un grupo de ellos cruzaban en tropel el portal, casi chocaron con varios jinetes que llegaban al galope.

Por inesperado que fuese, los jinetes resultaron ser sus propios comandantes que regresaban de la batalla, y los soldados mudaron sus patéticos lamentos por gritos de bienvenida, agitaron espadas y lanzas y precedieron a los recién llegados al interior del castillo.

Un jinete, luego otro y otro más entraron al galope. El octavo de ellos era Ieyasu, con una manga de la armadura arrancada y el cuerpo cubierto de sangre y nieve.

—¡Es el señor Ieyasu! ¡El señor Ieyasu!

En cuanto le vieron, la noticia corrió de boca y boca, y los hombres dieron brincos, totalmente perdida la compostura.



Ieyasu entró a paso vivo en el torreón y gritó como si estuviera todavía en el campo de batalla:

—¡Hisano! ¡Hisano!

La camarera corrió hacia él y se postró.

La llama del farolillo que sujetaba chisporroteaba bajo el viento, lanzando una luz oscilante sobre el perfil de Ieyasu. Éste tenía una mejilla manchada de sangre y el cabello muy revuelto.

—Trae un peine —le pidió al tiempo que se sentaba pesadamente. Mientras Hisano le arreglaba el cabello, dio otra orden—: Estoy hambriento. Que me traigan algo para comer.

Cuando le trajeron la comida, en seguida tomó los palillos pero, en vez de comer, dijo:

—Abrid todas las puertas que dan a la terraza.

A pesar de las lámparas, la iluminación de la sala aumentó cuando abrieron las puertas, debido al resplandor de la nieve acumulada en el exterior. Oscuros grupos de guerreros estaban descansando en la terraza. En cuanto Ieyasu terminó de comer, salió del torreón y fue a examinar las defensas del castillo. Ordenó a Amano Yasukage y Uemura Masakatsu que tomaran precauciones contra un posible ataque y situó a los comandantes a lo largo del camino desde el portal principal hasta la entrada del torreón.

—Aunque el ejército entero de Kai ataque con todo su poderío, vamos a demostrarles nuestra propia fuerza —dijeron en tono jactancioso—. No van a tomar posesión ni siquiera de una pulgada de estos muros de piedra.

A pesar de la tensión evidente en sus voces, trataban de tranquilizar y estimular a Ieyasu.

Éste comprendió sus intenciones y asintió vigorosamente, pero cuando se disponían a ir corriendo a sus puestos, les hizo volver.

—No cerréis ninguno de los portales del castillo desde el principal hasta el torreón. Dejadlos todos abiertos. ¿Entendido?

—¡Cómo! ¿Qué estáis diciendo, mi señor?

Los comandantes titubeaban, pues esa orden entraba en conflicto con los dogmas básicos de la defensa. Las puertas de hierro de todos los portales habían sido cerradas. El ejército enemigo ya se estaba aproximando a la ciudad fortificada, dispuesto a destruirla. ¿Por qué les ordenaba abrir las compuertas del dique, precisamente cuando se acercaba una ola gigantesca?

Tadahiro expresó su opinión.

—No, no creo que la situación exija llegar tan lejos. Cuando lleguen nuestras tropas en retirada, podemos abrir los portales y dejarlas entrar. Ciertamente no es necesario que les dejemos las puertas del castillo abiertas de par en par.

Ieyasu se echó a reír y le amonestó por su incomprensión.

—No lo hago para los hombres que regresan tarde, sino con vistas a los Takeda que vienen como una marea arrogante, seguros de su victoria. Y no sólo quiero que estén abiertos los portales del castillo, sino que se enciendan cuatro o cinco grandes hogueras ante la entrada. También encenderéis varias dentro de los muros, pero aseguraos de que la defensa esté estrictamente organizada. Permaneced muy quietos y observad la aproximación del enemigo.

¿Qué clase de audaz estratagema contraria era aquélla? Pero, sin la menor vacilación, los hombres cumplieron las órdenes recibidas.

De acuerdo con los deseos de Ieyasu, las puertas del castillo se abrieron de par en par y las hogueras arrojaron sus reflejos en la nieve desde más allá del foso hasta la entrada del torreón. Tras contemplar la

escena un momento, Ieyasu entró de nuevo en el castillo.

Los generales parecían comprender la finalidad de todo aquello, pero la mayoría de los soldados que formaban la guarnición del castillo parecieron dar crédito al rumor, extendido por un oficial de Ieyasu, de que Shingen había muerto y que el enemigo que avanzaba hacia ellos había perdido a su general más importante.

—Estoy cansado, Hisano. Creo que voy a tomar una taza de sake. Sírvemela, por favor.

Ieyasu regresó al salón principal y, tras apurar la taza, se tendió. Se cubrió con las ropas de cama que Hisano le había preparado y no tardó en roncar.

No mucho después, las tropas de Baba Nobufusa y Yamagata Masakage se aproximaron al foso, preparadas para un ataque nocturno.

—¿Qué es esto? ¡Esperad!

Cuando Baba y Yamagata estuvieron ante el portal del castillo, tiraron de las riendas e impidieron que el ejército siguiera apresuradamente adelante.

—¿Qué os parece, general Baba? —preguntó Yamagata, acercando su caballo al de su colega.

Parecía totalmente perplejo. Baba también tenía dudas y miraba hacia el portal del enemigo. Allí, ardiendo a cierta distancia, estaban las higueras, delante del portal y más allá de la entrada. La situación planteaba un interrogante perturbador.

El agua del foso era negra, en contraste con la blanca nieve en el castillo con su guarnición al completo. No se oía un solo sonido. Si los hombres aguzaban el oído, percibían la crepitación de la leña encendida a lo lejos. Y si hubieran concentrado la mente y el oído, quizá habrían captado los ronquidos de Ieyasu, el general derrotado, que estaba durmiendo más allá de aquel portal sin puerta, dentro del torreón.

—Creo que les hemos perseguido con tal rapidez y están tan confusos que ni tiempo han tenido de cerrar el portal del castillo y están agazapados —dijo Yamagata—. Deberíamos atacar en seguida.

—No, esperad —replicó Baba, quien tenía la reputación de ser uno de los tácticos más inteligentes del ejército de Shingen.

Un hombre sabio que cultiva la sabiduría a veces puede ahogarse en ella. Explicó a Yamagata por qué motivos su plan era erróneo.

—Asegurar las puertas del castillo habría respondido a la natural psicología de la derrota en este caso, pero haber dejado el castillo abierto de par en par, tomándose el tiempo de encender hogueras, es una prueba de la intrepidez y serenidad de ese hombre. Si pensáis en ello, es indudable que está esperando un ataque temerario por nuestra parte. Se está concentrando en este castillo y confía plenamente en su victoria. Nuestro adversario es un general joven, pero se llama Tokugawa Ieyasu. No deberíamos entrar ahí a la ligera, sólo para deshonar la reputación marcial de los Takeda y ser más tarde objeto de burlas.

Habían avanzado hasta allí, pero al final los dos generales hicieron retroceder a sus hombres.

Dentro del castillo, cuando Ieyasu despertó al oír la voz de su asistente, se puso en pie sobresaltado.

—¡No estoy muerto! —gritó, y se puso a dar saltos de alegría.

De inmediato envió tropas en persecución del enemigo. Como era de esperar, Yamagata y Baba no perdieron la cabeza en la confusión, sino que opusieron resistencia, incendiaron la vecindad de Naguri y ejecutaron varias maniobras brillantes.

Los Tokugawa habían sufrido una seria derrota, pero podía decirse que habían demostrado su valía. Y no sólo eso, sino que, una vez más, habían obligado a Shingen a abandonar su marcha hacia la capital, dejándole sin más alternativa que retirarse a Kai. Muchos hombres habían sido sacrificados. En comparación con las cuatrocientas bajas de los Takeda, los muertos y heridos de los Tokugawa ascendían a mil ciento ochenta.

# Funeral por los vivos

Los pétalos rojos y blancos caían balanceándose desde el castillo de Gifu, erguido en la cima de su alta montaña, y se posaban en los tejados de las casas que se extendían al pie.

De año en año la confianza que el pueblo tenía en Nobunaga iba en aumento, una confianza que se basaba en la seguridad de sus vidas. Las leyes eran estrictas, pero las palabras de Nobunaga no estaban vacías. Las promesas que les hacía con respecto a su sustento siempre se cumplían, lo cual se reflejaba en su bienestar general.

Pensar que un hombre  
no tiene más que cincuenta años para vivir bajo el cielo.  
Sin duda este mundo  
no es más que un sueño vano...

Los habitantes de la provincia conocían los versos que a Nobunaga le gustaba cantar cuando bebía, pero él entendía esas palabras de una manera muy distinta a la de los monjes, la de que el mundo no era más que un sueño huidizo e impermanente. «¿Existe algo que no decaerá?» era su verso favorito, y cada vez que lo entonaba alzaba la voz. Su visión de la vida parecía contenida en ese único verso. Un hombre no aprovecharía al máximo su vida si no pensaba profundamente en ello. Nobunaga sabía una cosa cierta de la vida: que al final nos morimos. El futuro de un hombre de treinta y siete años no sería largo. Y su ambición era extraordinariamente grande para un espacio de tiempo tan reducido. Sus ideales eran ilimitados, y enfrentarse a esos ideales y superar los obstáculos le satisfacía por completo. Sin embargo, al hombre se le concede una vida de duración determinada e irrevocable, y no podía evitar los sentimientos de pesar.

—Toca el tambor, Ranmaru.

Aquel día iba a danzar. Horas antes había recibido a un mensajero procedente de Ise, al que agasajó con sake, y luego se había pasado bebiendo el resto de la tarde.

Ranmaru trajo el tambor de la habitación contigua, pero en vez de tocarlo le comunicó un mensaje:

—Acaba de llegar el señor Hideyoshi.

En cierto momento había parecido como si los Asai y Asakura se dispusieran a atacar Mikatagahara, pues habían empezado a ponerse en movimiento repetidas veces, pero tras la retirada de Shingen, se refugiaron en sus propias provincias e iniciaron el refuerzo de sus defensas.

Previendo la paz, Hideyoshi había abandonado en secreto el castillo de Yokoyama y recorrido la zona alrededor de la capital. Ningún comandante de cualquiera de los castillos, al margen de lo caóticas que fuesen las condiciones del país, permanecía encerrado en su fortaleza. A veces fingían haber salido pero en realidad estaban allí; en otras ocasiones fingían estar presentes cuando lo cierto era que se habían ido, pues el sistema de un soldado consistía en utilizar adecuadamente la verdad y la falsedad.

Por supuesto, Hideyoshi había realizado de incógnito aquel viaje, y muy probablemente ése era el motivo de su llegada tan repentina a Gifu.

—¿Hideyoshi?

Nobunaga le había hecho esperar en otra habitación, y no tardó en entrar y sentarse. Estaba de un buen

humor extraordinario.

Hideyoshi vestía con extrema sencillez y no se distinguía en nada de un viajero común y corriente. Vestido de esa guisa se postró, pero entonces alzó la vista y se echó a reír.

—Apuesto a que os he sorprendido.

Nobunaga pareció no entenderle.

—¿Por qué razón? —le preguntó.

—Por mi súbita llegada.

—¿Qué clase de tontería es ésta? Sé que has estado ausente de Yokoyama en las dos últimas semanas.

—Pero probablemente no esperabais que hoy me presentara aquí.

Nobunaga se rió.

—Crees que estoy ciego, ¿verdad? Seguramente te has cansado de tontear con las prostitutas de la capital, has recorrido el camino de Omi hasta llegar a la casa de un hombre de Nagahama, has visitado en secreto a Oyu y has venido aquí después de una cita.

Hideyoshi musitó una réplica.

—Tú eres probablemente el sorprendido —le dijo Nobunaga.

—Sí, estoy sorprendido, mi señor. Lo veis todo.

—Esta montaña es lo bastante alta para permitirme atalayar desde su cima diez provincias por lo menos. Pero hay alguien que conoce tu comportamiento incluso con más detalle que yo. ¿Tienes idea de quién puede ser?

—Debéis de tener un espía que me sigue.

—Tu esposa.

—¡Bromeáis! ¿No habéis bebido hoy un poco más de la cuenta, mi señor?

—Puede que esté borracho, pero no me equivoco un ápice en lo que digo. Tu esposa vive en Sunomata, pero si crees que está muy lejos de ti, cometes un grave error.

—Oh, no. En fin, creo que he venido en un mal momento. Con vuestro permiso, yo...

—No se te puede culpar por divertirte —dijo Nobunaga, riendo—. No hay nada malo en contemplar las flores de cerezo de vez en cuando. Pero ¿por qué no llamas a Nene y vivís juntos los dos?

—Sí, claro.

—Hace bastante tiempo que no la ves, ¿no es cierto?

—¿Acaso os ha molestado mi esposa con cartas o algo por el estilo?

—No te preocupes. No ha habido nada de eso, pero comprendo sus sentimientos. Y no sólo los de tu mujer. Cada esposa tiene que cuidar del hogar mientras su marido está ausente en la guerra. Por ello, aunque un hombre disponga tan sólo de un poco de tiempo, debería ver a su esposa antes que a nadie para demostrarle que está bien.

—Como deseéis, pero...

—¿Te niegas?

—Así es. No ha ocurrido nada desfavorable desde hace meses, pero mi mente no se ha desviado del campo de batalla ni siquiera la anchura de un cabello.

—¡Ah, el conversador inteligente de siempre! ¿Vas a empezar a mover de nuevo esa lengua inquieta? No es en absoluto necesario.

—Me retiraré, mi señor. Repliego aquí mis estandartes.

Señor y servidor se rieron al unísono. Al cabo de un rato empezaron a beber e incluso despidieron a Ranmaru. Entonces la conversación giró sobre un tema lo bastante serio para que bajaran sus voces.

Nobunaga le preguntó en tono expectante:

—Dime, ¿cómo están las cosas en la capital? Mis mensajeros van y vienen continuamente, pero quiero saber lo que tú has visto.

Lo que Hideyoshi estaba a punto de decirle parecía guardar relación con sus expectativas.

—Nuestros asientos están un poco separados. O bien mi señor o bien yo deberíamos acercarnos un poco más para hablar de esto.

—Me moveré yo. —Nobunaga cogió el recipiente de sake y la taza y bajó del sitio de honor—. Cierra también las puertas correderas de la habitación contigua —ordenó.

Hideyoshi se sentó ante Nobunaga y le dijo:

—Las condiciones son las mismas de siempre, excepto que, desde que Shingen no logró llegar a la capital, el shogun parece haberse vuelto más desesperanzado. Sus intrigas se han hecho más abiertamente hostiles a vos, mi señor.

—Bueno, es imaginable. Al fin y al cabo, Shingen llegó hasta Mikatagahara y entonces el shogun se enteró de su retirada.

—El shogun Yoshiaki es un político astuto. No se está quieto, concede favores a la gente y, de una manera indirecta, hace que os teman. Ha hecho una buena propaganda con el incendio del monte Hiei y parece estar incitando a otros grupos a la rebelión.

—No son unas circunstancias agradables.

—Pero no vale la pena preocuparse por ello. Los monjes guerreros han visto lo sucedido al monte Hiei y eso ha enfriado de un modo considerable su valor.

—Hosokawa está en la capital. ¿Le has visto?

—El señor Hosokawa ha perdido el favor del shogun y se ha retirado a su finca en el campo.

—¿Yoshiaki se lo ha quitado de encima? —inquirió Nobunaga.

—Parece ser que el señor Hosokawa pensaba que aliarse con vos sería la mejor manera de preservar el shogunado. Arriesgó su reputación y aconsejó al señor Yoshiaki en diversas ocasiones.

—Parece evidente que Yoshiaki no quiere escuchar a nadie.

—Más aún, tiene una visión bastante extravagante de los poderes que le quedan al shogunado. En un periodo de transición, un cataclismo separa el pasado y el futuro. Casi todos los que perecen son quienes, a causa de su ciega adhesión al pasado, no se dan cuenta de que el mundo ha cambiado.

—¿Estamos viviendo ahora semejante cataclismo?

—Lo cierto es que acaba de ocurrir un acontecimiento muy dramático. Me han informado hace poco, pero...

—¿Qué clase de acontecimiento dramático?

—Veréis, la noticia todavía no se ha filtrado al mundo, pero como la recogieron los agudos oídos de mi agente Watanabe Tenzo, creo que puede ser digna de crédito.

—¿De qué se trata?

—Es increíble, pero la estrella orientadora de Kai puede que por fin se haya apagado.

—¡Cómo! ¿Shingen?

—Durante el segundo mes atacó Mikawa, y una noche, cuando ponía sitio al castillo de Noda, recibió

un disparo. Eso es lo que ha oído Tenzo.

Nobunaga miró fijamente el rostro de Hideyoshi con los ojos muy abiertos. Si era cierto que Shingen había muerto, el rumbo de la nación cambiaría con mucha rapidez. Tenía la sensación de que el tigre que estaba a sus espaldas había desaparecido de repente, y estaba asombrado. Quería creer que era cierto, pero al mismo tiempo no podía creerlo. En cuanto conoció la noticia, experimentó un profundo alivio y una alegría indescriptible.

—De ser eso cierto, un general muy dotado ha abandonado este mundo —dijo Nobunaga—. Y a partir de ahora la historia nos ha sido confiada a nosotros.

Su expresión no era tan compleja como la de Hideyoshi, ni mucho menos. De hecho, parecía como si acabaran de servirle el plato principal de una comida.

—Le dispararon, pero todavía desconozco si murió de inmediato, cual fue la extensión de sus heridas, incluso si fue alcanzado. Pero he oído decir que levantó de súbito el sitio del castillo de Noda y se retiró a Kai, que sus tropas no mostraron el habitual espíritu de lucha de los Takeda.

—Supongo que no, pero no importa lo bravos que sean los samurais de Kai si han perdido a Shingen.

—Recibí en secreto ese informe de Tenzo cuando me dirigía aquí, por lo que le envié inmediatamente a Kai para obtener información.

—¿Todavía no se han enterado de esto en las demás provincias?

—No hay ninguna indicación de que así sea. El clan Takeda probablemente lo mantendrá en secreto y dará a entender que Shingen goza de buena salud. Así pues, si se promulga alguna declaración en nombre de Shingen, hay nueve de diez posibilidades de que Shingen haya muerto, o por lo menos de que esté gravemente herido.

Nobunaga asintió pensativo. Parecía deseoso de confirmar aquel informe. De repente tomó la taza de sake frío y suspiró. Pensar que un hombre no tiene más que cincuenta años... Pero no le apetecía danzar. Reflexionar en la muerte de otro hombre le conmovía mucho más que reflexionar en la suya propia.

—¿Cuándo regresará Tenzo?

—Debería estar de vuelta dentro de tres días.

—¿En el castillo de Yokoyama?

—No, le he dicho que viniera directamente aquí.

—Bien, entonces quédate hasta su llegada.

—Había pensado hacer eso pero, si fuese posible, quisiera aguardar vuestras órdenes en una posada del pueblo.

—¿Por qué?

—Oh, por ninguna razón en particular.

—Entonces ¿por qué no te quedas en el castillo? Hazme compañía durante algún tiempo.

—Es que...

—¡No seas estúpido! ¿Te sientes incómodo a mi lado?

—No, la verdad es que...

—¿Cuál es la verdad?

—He dejado a... alguien que me acompañaba en esa posada del pueblo, y como pensé que esa persona se sentiría ahí muy sola, le prometí que estaría de vuelta esta noche.

—¿Es esa persona una mujer?

Nobunaga estaba pasmado. Las emociones que había despertado en su interior el informe de la posible muerte de Shingen estaban muy alejadas de las preocupaciones de Hideyoshi.

—Ve a la posada esta noche, pero mañana regresa al castillo. Puedes traer a esa «compañía» contigo.

Éstas fueron las últimas palabras que le dijo Nobunaga antes de volverse y salir.

Camino de regreso a la posada, Hideyoshi pensó que Nobunaga había golpeado el clavo directamente en la cabeza. Tenía la sensación de haber recibido una reprimenda, pero eso, una vez más, se debía al don natural de Nobunaga, el cual envolvía la cabeza del clavo en una decoración artística sin que el clavo siquiera lo notara. Al día siguiente fue al castillo en compañía de Oyu, pero eso no le causó la menor turbación.

Nobunaga se había instalado en una habitación distinta y, al contrario que el día anterior, no estaba rodeado por el olor del sake. Sentado ante Hideyoshi y Oyu, les miraba desde lo alto del estrado.

—¿No eres tú la hija de Takenaka Hanbei? —le preguntó a la joven con familiaridad.

Era la primera vez que Oyu se entrevistaba con Nobunaga, y allí estaba ella al lado de Hideyoshi. Ocultó el rostro y habría querido que la tierra la tragase, pero respondió en la voz baja que era un rasgo de hermosura.

—Es un honor conoceros, mi señor. También habéis favorecido a mi otro hermano, Shigeharu.

Nobunaga la miró fijamente, impresionado. Había tenido ganas de bromear un poco con Hideyoshi, pero ahora se sentía culpable y se puso serio.

—¿Ha mejorado la salud de Hanbei?

—Hace algún tiempo que no veo a mi hermano, mi señor. Está ocupado con sus deberes militares, pero recibo sus cartas de vez en cuando.

—¿Dónde vives ahora?

—En el castillo Choteiken de Fuwa, donde tengo cierta relación.

—Me pregunto si Watanabe Tenzo ya habrá regresado —dijo Hideyoshi, tratando de cambiar de tema, pero Nobunaga era zorro viejo y no iba a dejarse embaucar.

—¿Qué estás diciendo? Me parece que te confundes. ¿No me dijiste tú mismo que Tenzo no regresaría hasta dentro de tres días?

Hideyoshi se ruborizó intensamente, y Nobunaga pareció darse por satisfecho con eso. Había deseado ponerle en evidencia y verle turbado durante un rato.

Nobunaga invitó a Oyu a la velada de aquella noche, y comentó:

—No me has visto bailar, aunque Hideyoshi sí lo ha hecho en varias ocasiones.

Por la noche, cuando Oyu pidió permiso para retirarse, Nobunaga no insistió en que se quedara, pero dijo bruscamente a Hideyoshi:

—Bueno, entonces vete tú también.

La pareja abandonó el castillo. Sin embargo, poco después Hideyoshi regresó solo y un tanto aturdido.

—¿Dónde está el señor Nobunaga? —preguntó a un paje.

—Acaba de retirarse a su dormitorio.

Al oír esto, Hideyoshi se dirigió a toda prisa a los aposentos privados con una inusitada falta de serenidad, y pidió al samurai de servicio que comunicara un mensaje.

—Debo tener una audiencia con Su Señoría esta misma noche.



Nobunaga aún no se había acostado, y en cuanto Hideyoshi estuvo en su presencia pidió a todo el mundo que abandonara la estancia, pero aunque los hombres de la guardia nocturna se retiraron, Hideyoshi siguió mirando con nerviosismo a su alrededor.

—¿Qué sucede, Hideyoshi?

—Veréis, parece que todavía hay alguien en la habitación contigua.

—No es nadie que deba preocuparte. Es sólo Ranmaru y no plantea ningún problema.

—También él es un problema. Siento pedíroslo, pero...

—¿También él debe irse?

—Sí.

Nobunaga se volvió y habló en dirección a la estancia contigua.

—Ranmaru, déjanos tú también.

Ranmaru hizo una reverencia en silencio, se levantó y salió.

—Ya no hay ningún impedimento. ¿De qué se trata?

—El caso es que hace un rato, cuando me marché y volví al pueblo, me tropecé con Tenzo.

—¡Cómo! ¿Tenzo ha vuelto?

—Ha dicho que se ha apresurado a través de las montañas para llegar aquí, sin distinguir apenas el día de la noche. La muerte de Shingen es cosa cierta.

—Entonces..., después de todo...

—No puedo daros muchos detalles, pero el círculo interno de Kai parece mostrar una fachada de normalidad, por debajo de la cual se detecta claramente un aire de melancolía.

—Apuesto a que el luto se mantiene en estricto secreto.

—Desde luego.

—¿Y las demás provincias no saben nada?

—Por ahora no.

—Entonces ahora es el momento. Supongo que le has prohibido a Tenzo decir una palabra de esto.

—No tenéis necesidad de preocuparos por ello.

—Pero hay entre los ninja algunos hombres sin escrúpulos. ¿Estás seguro de él?

—Es el sobrino de Hikoemon, y es leal.

—En cualquier caso, debemos ser extremadamente cautos. Dale una recompensa, pero que se quede en el castillo. Quizá lo mejor sería encarcelarle hasta que todo esto haya terminado.

—No, mi señor.

—¿Por qué no?

—Porque si tratamos así a un hombre, la próxima vez que se presente la oportunidad no estará dispuesto a arriesgar su vida como lo ha hecho en esta ocasión, y si no podéis confiar en un hombre, pero le dais una recompensa, algún día el enemigo podría tentarle con un montón de dinero.

—Bien, entonces, ¿dónde le has dejado?

—Hemos tenido la suerte de que Oyu estaba a punto de regresar a Fuwa, por lo que le he ordenado que la acompañe como uno de los guardianes de su palanquín.

—¿Ese hombre ha arriesgado su vida al regresar de Kai y tú le ordenas de inmediato que acompañe a tu querida? ¿No se lo tomará Tenzo a mal?

—Ha ido con ella la mar de contento. Puede que yo sea un patrono necio, pero me conoce muy bien.

—Parece ser que empleas a la gente de un modo un tanto diferente a como lo hago yo.

—Podéis estar doblemente tranquilo, mi señor. Aunque Oyu sea una mujer, si parece que Tenzo está a punto de revelar cualquier secreto a alguien, ella protegerá nuestros intereses, aun cuando tenga que matarle.

—Puedes dejar de lado las alabanzas a ti mismo.

—Perdonad, ya sabéis cómo soy.

—Eso es lo de menos —dijo Nobunaga—. El Tigre de Kai ha muerto, por lo que no podemos perder un momento. Es preciso que actuemos antes de que todo el mundo se entere de la muerte de Shingen. Hideyoshi, parte esta misma noche y regresa cuanto antes a Yokoyama.

—Tenía intención de hacer eso en seguida, por lo que envié a Oyu de vuelta a Fuwa y...

—Olvidate del resto. Apenas dispongo de tiempo para dormir. Vamos a movilizarnos al amanecer.

Los pensamientos de Nobunaga armonizaban perfectamente con los de Hideyoshi. La oportunidad que siempre habían buscado, el momento de poner fin a un antiguo problema, estaba ahora al alcance de su mano. El problema era, naturalmente, la liquidación del fastidioso shogun y el viejo orden.

Ni que decir tiene, como Nobunaga era un actor en la nueva era que estaba a punto de sustituir a la antigua, su avance tuvo lugar rápidamente. El día veintidós del tercer mes su ejército salió en masa de Gifu, y al llegar a la orilla del lago Biwa se dividió en dos. Una mitad del ejército estaba al mando de Nobunaga, el cual embarcó para cruzar el lago hacia el oeste. La otra mitad, formada por las tropas que dirigían Katsui, Mitsuhide y Hachiya, siguió la ruta terrestre y avanzó a lo largo del borde meridional del lago.

El ejército terrestre expulsó a las fuerzas contrarias a Nobunaga integradas por los monjes guerreros en la zona entre Katada e Ishiyama, y destruyó las fortificaciones que habían sido levantadas a lo largo del camino.

Los consejeros del shogun se apresuraron a celebrar una conferencia.

—¿Resistiremos?

—¿Pediremos la paz?

Aquellos hombres tenían un gran problema: aún no habían dado una respuesta clara al documento de diecisiete artículos que Nobunaga había enviado a Yoshiaki el día de Año Nuevo y en el que detallaba todos sus motivos de queja contra el shogun.

—¡Qué audacia! ¡Yo soy el shogun, al fin y al cabo! —había dicho enfurecido Yoshiaki, olvidando convenientemente que era Nobunaga quien le había protegido y posibilitado su regreso al palacio de Nijo—. ¿Por qué he de someterme a una nulidad como Nobunaga?

Uno tras otro habían llegado mensajeros de Nobunaga para discutir las condiciones de la paz, pero se habían retirado sin que se les hubiera concedido audiencia. Entonces, como una especie de respuesta, el shogun ordenó que se levantaran barricadas en las carreteras que conducían a la capital.

La oportunidad que Nobunaga había estado esperando, y sobre la que Hideyoshi había trazado sus planes, fue la llegada del momento apropiado para reprender a Yoshiaki por no haber respondido a los Diecisiete Artículos. Esa oportunidad había llegado antes de lo que ambos imaginaron..., precipitada por la muerte de Shingen.

En cualquier periodo de la historia, un hombre que se encamina hacia su ruina se aferra siempre a la ridícula ilusión de que él no es el único que va a caer. Yoshiaki cayó de lleno en esa trampa.

Nobunaga le veía además desde otra perspectiva: «También nosotros podemos utilizarle», decía. Y así lo trataba con una delicada falta de respeto. Pero los miembros del inútil shogunado de aquella época desconocían su propio valor y, desde un punto de vista intelectual, fuera cual fuese el tema de sus pensamientos, su entendimiento no iba más allá del pasado. Veían tan sólo la estrecha superficie de la cultura en la capital y creían que era la misma en todo Japón. Entregándose a las prácticas políticas entorpecedoras del pasado, confiaban en los monjes guerreros del Honganji y en los numerosos jefes samurais, los señores de la guerra que odiaban a Nobunaga y actuaban en las diversas provincias.

El shogun todavía no estaba enterado de la muerte de Shingen y se mostraba tenaz.

—Yo soy el shogun, el pilar de la clase samurai, distinto a los monjes del monte Hiei. Si Nobunaga dirigiera sus armas contra el palacio de Nijo, sería calificado de traidor.

Su actitud indicaba que no rechazaría la guerra si era necesario. Naturalmente, convocó a los clanes alrededor de la capital y envió mensajes urgentes a los lejanos Asai, Asakura, Uesugi y Takeda, presentando una ostentosa defensa.

Cuando Nobunaga lo supo, se volvió riendo hacia la capital y, sin detener su ejército un solo día, entró en Osaka. Quienes esta vez se conmocionaron fueron los monjes guerreros del Honganji. Enfrentados de súbito al ejército de Nobunaga, no tenían idea de lo que debían hacer. Nobunaga se contentó con alinear a sus hombres en posición de combate.

—Podemos atacar cuando nos parezca —declaró.

En aquellos momentos lo que más deseaba era evitar todo gasto necesario de fuerza militar. Y hasta entonces había enviado repetidas veces mensajeros a Kyoto pidiendo una respuesta a los Diecisiete Artículos. Así pues, aquello era una especie de ultimátum. Yoshiaki reaccionó con altanería: él era el shogun y, sencillamente, no le apetecía escuchar las opiniones de Nobunaga sobre su administración.

Dos de los Diecisiete Artículos presionaban en especial a Yoshiaki. El primero trataba del delito de deslealtad al emperador y el segundo se ocupaba de su conducta vergonzosa. Su deber era el de mantener la paz del imperio, y en cambio él mismo había incitado a las provincias a la rebelión.

—Es inútil —dijo Araki Murashige a Nobunaga—. Jamás se dejará convencer de esta manera... sólo con notas escritas y mensajeros.

Hosokawa Fujitaka, que también se había reunido con Nobunaga, añadió:

—Supongo que no podemos confiar en que el shogun despierte antes de su caída.

Nobunaga asintió. Parecía comprender muy bien la situación, pero no sería necesario emplear en este caso la violencia drástica que había empleado en el monte Hiei. Tampoco tenía una estrategia tan limitada que se viera obligado a usar dos veces el mismo método.

—¡Volvamos a Kyoto!

Nobunaga había dado esa orden el día cuatro del cuarto mes, pero aquel movimiento de tropas no había parecido más que un ejercicio para impresionar a las masas con el tamaño de su ejército.

—¡Mirad eso! —exclamó Yoshiaki, jubiloso—. No va a hacerles vivaquear durante mucho tiempo. Al igual que la vez anterior, Nobunaga está inquieto por lo que ocurre en Gifu y retira rápidamente sus soldados.

Sin embargo, a medida que le iban llegando informes, el color de su tez empezó a cambiar, pues al mismo tiempo que se felicitaba porque las tropas evitaban entrar en Kyoto, el ejército de Oda invadía la capital por la carretera de Osaka. Entonces, sin un solo grito de guerra y más pacíficamente que si

hubieran estado haciendo unas maniobras, los soldados rodearon la residencia de Yoshiaki.

—Estamos cerca del palacio imperial, por lo que tened cuidado de no molestar a Su Majestad —ordenó Nobunaga—. Bastará con censurar los delitos de este impúdico shogun.

No hubo intercambio de disparos y ni siquiera se oyó la vibración de un solo arco. Era algo extraordinario, mucho más que si se hubiera producido una gran conmoción.

Yoshiaki interrogó a su principal consejero, Mibuchi Yamato.

—¿Qué crees que deberíamos hacer, Yamato? ¿Qué se propone hacerme Nobunaga?

—Estáis lastimosamente desprevenido. A estas alturas, ¿todavía no entendéis lo que piensa Nobunaga? Es evidente que ha venido a atacaros.

—Pe..., pero... ¡yo soy el shogun!

—Vivimos tiempos turbulentos. ¿De qué va a servir un título? Parece que sólo tenéis dos alternativas: o decidís luchar o pedís la paz.

Mientras el servidor decía estas palabras, las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Junto con Hosokawa Fujitaka, aquel hombre honorable no había abandonado a Yoshiaki desde la época de su exilio.

En cierta ocasión Yamato había declarado: «No me quedo para proteger mi honor ni buscar fama. Tampoco sigo una estrategia para la supervivencia. Sé lo que sucederá mañana, pero por alguna razón no puedo abandonar a este shogun tan necio». Desde luego, sabía que Yoshiaki no merecía salvarse. Sabía que el mundo estaba cambiando, pero había decidido mantenerse en su puesto en el palacio de Nijo. Ya tenía más de cincuenta años, y era un general que había dejado atrás lo mejor de su vida.

—¿Pedir la paz? ¿Hay alguna buena razón por la que yo, el shogun, deba rogar la paz a un hombre como Nobunaga?

—Estáis tan obsesionado por el título de shogun que vuestra única línea de conducta es la propia destrucción.

—¿Crees que no venceremos si presentamos batalla?

—No hay ningún motivo para pensar en la posibilidad de la victoria. Sería absolutamente risible que defendierais este lugar creyendo que vais a ganar.

—En ese caso, ¿por..., por qué tú y los demás generales estáis vestidos con vuestras armaduras de un modo tan ostentoso?

—Creemos que por lo menos sería una bella manera de morir. Aun cuando la situación sea desesperada, resistir aquí por última vez será una manera apropiada de poner fin a catorce generaciones de shogunes. Al fin y al cabo, ése es el deber de un samurai. En realidad, no es más que arreglar las flores en un funeral.

—¡Espera! ¡No atacéis todavía! Bajad las armas.

Yoshiaki fue a otro lugar del palacio y consultó con Hino y Takaoka, dos cortesanos con quienes tenía relaciones amistosas. Pasado el mediodía, Hino hizo salir del palacio en secreto a un mensajero. Posteriormente llegó el gobernador de Kyoto, que estaba al lado de Oda, y, hacia el anochecer, se presentó Oda Nobuhiro como enviado formal de Nobunaga.

—De ahora en adelante, observaré minuciosamente cada uno de los artículos —aseguró Yoshiaki al enviado.

Con una expresión de amargura en su semblante, Yoshiaki prometió lo que no sentía. Aquel día

suplicó la paz. Los soldados de Nobunaga se retiraron y regresaron pacíficamente a Gifu.

\* \* \*

Sin embargo, sólo cien días después el ejército de Nobunaga volvió a rodear el palacio de Nijo, y lo hizo, naturalmente, porque Yoshiaki había vuelto a hacer de las suyas tras la primera paz.

El gran tejado del templo Myokaku en Nijo fue azotado violentamente por las lluvias del séptimo mes. El templo servía como cuartel general de Nobunaga. Desde el momento en que su flota empezó a cruzar el lago Biwa se desencadenaron tremendos temporales de lluvia y viento, pero esto no había hecho más que aumentar la determinación de sus tropas. Empapados por la lluvia y cubiertos de barro, los soldados habían rodeado el palacio del shogun y estaban aprestados para el ataque, esperando tan sólo la orden de hacerlo.

Nadie sabía si Yoshiaki sería ejecutado o hecho prisionero, pero el destino de aquel hombre estaba por entero en manos de Nobunaga, cuyas tropas tenían la sensación de contemplar la jaula de un fiero y noble animal al que estaban a punto de matar.

El viento hacía fluctuar las voces de Nobunaga e Hideyoshi.

—¿Qué vais a hacer? —le preguntó Hideyoshi.

—En estas circunstancias no hay ninguna alternativa —respondió con firmeza Nobunaga—. Esta vez no voy a perdonarle.

—Pero es el...

—No insistas en lo que es evidente.

—¿No hay ningún margen para un poco más de reflexión?

—¡Ninguno! ¡Absolutamente ninguno!

La sala del templo estaba en penumbra a causa de la lluvia que oscurecía el exterior. La combinación del prolongado calor del verano y las duraderas lluvias otoñales había dado como resultado un tiempo tan húmedo que incluso el pan de oro que recubría las estatuas de Buda y los dibujos monocromos a tinta que decoraban las puertas correderas parecían mohosos.

—Cuando os pido un poco de reflexión, no os estoy criticando por ser temerario —dijo Hideyoshi—. Pero la instancia que concede la posición de shogun es la Corte Imperial, por lo que no podemos tratar el asunto a la ligera. Y las fuerzas contrarias a Nobunaga tendrán una excusa para clamar justicia contra el hombre que mató a su señor legítimo, el shogun.

—Supongo que tienes razón —dijo Nobunaga.

—Afortunadamente, Yoshiaki es tan débil que, aun cuando esté atrapado, ni se suicidará ni saldrá a luchar. Se limitará a atrancar las puertas de su palacio y confiar en que el agua del foso siga subiendo gracias a estas lluvias interminables.

—¿Cuál es entonces tu plan? —le preguntó Nobunaga.

—Que abramos adrede una parte del cerco a fin de que el shogun tenga la posibilidad de huir.

—¿Y no será un fastidio en el futuro? Podrían utilizarle para reforzar las ambiciones de alguna otra provincia.

—No —dijo Hideyoshi—. Creo que el carácter de Yoshiaki ha ido disgustando gradualmente a todo el mundo. Supongo que incluso si Yoshiaki fuese expulsado de la capital, lo comprenderían, y se darían

por satisfechos, considerando vuestro castigo adecuado.

Aquella noche el ejército sitiador abrió una brecha y mostró claramente una disminución del número de soldados. En el interior del palacio, los hombres del shogun parecían sospechar que podría tratarse de una trampa y a medianoche aún no habían dado ninguna señal de que se disponían a salir. Pero cerca del amanecer, durante una pausa de la lluvia, un cuerpo de hombres montados cruzó de súbito el foso y huyó de la capital.

Cuando comunicaron a Nobunaga que la huida de Yoshiaki era cierta, se dirigió a sus tropas.

—¡La casa está vacía! Poco es el beneficio de atacar una casa vacía, pero el shogunado que ha durado catorce generaciones ha sido el causante de su propia caída. ¡Atacad y alzad vuestros gritos de victoria! Éste será el servicio fúnebre por el mal gobierno de los shogunes Ashikaga.

El palacio de Nijo fue destruido en un solo ataque. Casi todos los servidores del palacio se rindieron. Incluso los dos nobles, Hiño y Takaoka, salieron y se disculparon ante Nobunaga. Pero un hombre, Mibuchi Yamato, y más de sesenta de sus servidores lucharon hasta el final sin someterse. Ni uno solo de ellos huyó ni cedió. Todos cayeron en combate y tuvieron una muerte gloriosa como samurais.

Yoshiaki huyó de Kyoto y se atrincheró en Uji. Imprudente como de costumbre, sólo contaba con una pequeña fuerza derrotada. Cuando no mucho tiempo después las tropas de Nobunaga cercaron su cuartel general en el templo Byodoin, Yoshiaki se rindió sin lucha.

\* \* \*

—Que todo el mundo se marche —ordenó Nobunaga.

Entonces se irguió un poco y miró fijamente a Yoshiaki.

—Cierta vez dijisteis que me considerabais como vuestro padre. Supongo que no lo habréis olvidado. Era un día feliz y os hallabais en el palacio que mandé reconstruir para vos. —Yoshiaki guardaba silencio—. ¿Lo recordáis?

—No lo he olvidado, señor Nobunaga. ¿Por qué me habláis ahora de aquellos días?

—Sois un cobarde, mi señor. No estoy pensando en ejecutaros, ni siquiera después de que las cosas hayan llegado a este extremo. ¿Por qué seguís mintiendo?

—Perdonadme. Estaba equivocado.

—Me alegra oír eso, pero desde luego estáis en apuros a pesar de vuestra posición de shogun.

—Quiero morir. Señor Nobunaga..., yo..., ¿querréis... ayudarme a cometer el seppuku?

—¡Basta, por favor! —replicó Nobunaga, riendo—. Disculpad mi rudeza, pero sospecho que ni siquiera conocéis la manera apropiada de abriros el vientre. Nunca me he sentido inclinado a odiaros, pero vos no dejáis de jugar con fuego y las chispas vuelan continuamente a otras provincias.

—Ahora lo comprendo.

—Bien, creo que lo mejor será que os retiréis discretamente a algún lugar. Yo me quedaré con vuestro hijo y lo educaré, de modo que no habréis de preocuparos por su futuro.

Yoshiaki fue liberado tras decirle que estaba libre para ir... al exilio.

El hijo de Yoshiaki, bajo la custodia de Hideyoshi, fue llevado al castillo de Wakae. Este arreglo era en realidad un ejemplo de malevolencia pagado con un favor, pero Yoshiaki lo tomó con su displicencia

acostumbrada y consideró que su hijo había sido tomado cortésmente como rehén. Miyoshi Yoshitsugu era gobernador del castillo de Wakae, donde más adelante Yoshiaki también encontró refugio.

Sin embargo, como no deseaba ser anfitrión de un aristócrata molesto y derrotado, Yoshitsugu no tardó en causarle inquietud.

—Me temo que correréis peligro si seguís aquí mucho más tiempo —le dijo—. Nobunaga podría cambiar de idea a la más leve provocación y ordenar que os decapiten.

Yoshiaki se apresuró a marcharse y fue a Kii, donde trató de incitar a los monjes guerreros de Kumano y Saiga a la rebelión, prometiéndoles grandes favores a cambio de derribar a Nobunaga. Al utilizar el nombre y la dignidad de su cargo, lo único que conseguía era ser objeto de mofas y risas. Se rumoreaba que no había permanecido mucho tiempo en Kii, sino que pronto pasó a Bizen y dependió del clan Ukita.

Con estos acontecimientos dio comienzo una nueva era. Podría decirse que la destrucción del shogunado fue como un claro repentino entre las espesas nubes que habían cubierto el cielo, y ahora podía verse una pequeña porción azul. Nada es tan alarmante como un periodo de gobierno nacional sin rumbo, administrado por dirigentes que sólo lo son de nombre. Los samurais gobernaban en cada provincia, protegiendo sus privilegios, el clero acumulaba riquezas y reforzaba su autoridad, los nobles de la corte imperial se acobardaban, un día confiaban en los guerreros, al siguiente imploraban al clero y luego abusaban del gobierno en su propia defensa. Así pues, el imperio estaba dividido en cuatro naciones, la de los sacerdotes, la de los samurais, la de la corte y la del shogunado, cada una de las cuales libraba su guerra particular.

El pueblo contemplaba con los ojos muy abiertos las acciones de Nobunaga, pero aunque veían el azul intenso del cielo, las espesas nubes aún no se habían dispersado. Nadie podía conjeturar lo que sucedería a continuación. Durante los dos o tres últimos años habían fallecido varios hombres de importancia capital. Dos años antes habían desaparecido Mori Motonari, el señor del dominio más extenso en el oeste de Japón, y Hojo Ujiyasu, el dirigente principal en el este del país. Mas para Nobunaga estos acontecimientos tuvieron una trascendencia mucho menor que la muerte de Takeda Shingen y el exilio de Yoshiaki. Para Nobunaga fue sobre todo la muerte de Shingen, quien le había amenazado continuamente desde el norte, lo que le dio libertad para concentrar su fuerza en una sola dirección, una dirección que hacía casi inevitables una lucha y un caos renovados. No había ninguna duda de que, tras la defunción del shogunado, los clanes guerreros de cada provincia levantarían sus estandartes y competirían por ser los primeros en presentar batalla.

«¡Nobunaga ha incendiado el monte Hiei y derribado al shogun! ¡Semejante ilegalidad debe ser castigada!» Tal sería su grito de combate.

No se le ocultaba a Nobunaga que debía tomar la iniciativa y derrotar a sus rivales antes de que pudieran formar una alianza contra él.

—Regresa tú primero a toda prisa, Hideyoshi. Es probable que pronto te haga una visita en el castillo de Yokoyama.

—Os estaré esperando.

Hideyoshi parecía haber comprendido la dirección de los acontecimientos y, tras acompañar al hijo de Yoshiaki a Wakae, se apresuró a regresar a su castillo de Yokoyama.

A fines del séptimo mes Nobunaga regresó a Gifu. A comienzos del mes siguiente llegó desde

Yokoyama una carta escrita con la mala caligrafía de Hideyoshi: «La ocasión está madura. ¡Movámonos!».

Bajo el calor persistente del octavo mes, el ejército de Nobunaga abandonó Yanagase y se trasladó a Echizen. Tenía enfrente al ejército de Asakura Yoshikage de Ichijogadani. A fines del séptimo mes, Yoshikage había recibido un mensaje urgente de Asai Hisamasa y su hijo Nagamasa, sus aliados en el norte de Omi, desde Odani:

El ejército de Oda avanza hacia el norte. Enviad refuerzos en seguida. Si la ayuda tarda en llegar, estaremos perdidos.

Algunos miembros de los consejos de guerra dudaban de que eso pudiera ser cierto, pero los Asai eran aliados, por lo que fueron enviados rápidamente mil soldados. Y cuando esta vanguardia había llegado al monte Tagami, se dieron cuenta de que el ataque de Oda era un hecho. Una vez comprendida la realidad, fue enviada una retaguardia formada por más de veinte mil hombres. Asakura Yoshikage consideraba que la crisis era lo bastante grave para ponerse personalmente al frente del ejército. Con toda evidencia, cualquier conflicto en el norte de Omi era alarmante en extremo para los Asakura, porque los Asai formaban la primera línea defensiva de su propia provincia.

Los dos Asai, padre e hijo, estaban en el castillo de Odani. A unas tres leguas de distancia se alzaba el castillo de Yokoyama, en el que Hideyoshi se había atrincherado, vigilando desde allí a los Asai como un halcón de Nobunaga.

Con la llegada del otoño, Nobunaga atacaba ya a los Asai. Golpeó a Kinomoto en un ataque por sorpresa contra el ejército de Echizen. Las tropas de Oda cortaron más de dos mil ochocientas cabezas. Cayeron sobre el enemigo, que huía de Yanagase, y tiñeron de sangre la hierba seca de comienzos del otoño.

Los guerreros de Echizen lamentaron la debilidad de su ejército, pero los impetuosos generales y valientes guerreros que volvieron a la lucha cayeron en combate. ¿Por qué eran tan débiles? ¿Y por qué eran incapaces de atacar a los Oda? En la caída de cualquiera interviene una acumulación de factores, y el derrumbe natural se produce en un instante. Pero cuando llegó ese momento determinado, tanto los aliados como el enemigo se quedaron estupefactos ante su brusquedad y magnitud. Sin embargo, el auge y el declive de las provincias se basaba siempre en fenómenos naturales, y tampoco en este caso intervino nada milagroso o extraño. Para comprender los motivos de la debilidad de los Asakura bastaba con observar la conducta de su comandante en jefe, Yoshikage. Atrapado por la estampida de sus hombres que huían de Yanagase, Yoshikage ya había perdido la cabeza.

—¡Todo ha terminado! ¡Ni siquiera podemos huir! Yo y mi caballo estamos agotados. ¡A las montañas!

Ni tenía un plan para contraatacar ni le quedaba espíritu de lucha. Pensando sólo en sí mismo, se apresuró a abandonar su caballo e intentó encontrar un escondite.

—¿Qué estáis haciendo? —le reconvino con lágrimas en los ojos su servidor principal, Takuma Mimasaka, el cual le agarró por la faja, le obligó a montar de nuevo y dio una palmada al caballo para que partiera en dirección a Echizen.

Entonces Takuma se mantuvo firme en su posición a fin de dar tiempo a su señor para huir y, al frente



de un millar de soldados, luchó contra el ejército de Oda todo lo que pudo.

Ni que decir tiene, Takuma y todos sus hombres murieron, sufriendo una desdichada y completa aniquilación. Mientras unos servidores tan leales se sacrificaban, Yoshikage se encerró en su castillo principal de Ichijogadani, pero ni siquiera fue capaz de organizar una defensa tenaz de la tierra de sus antepasados.

Poco después de haber regresado al castillo, cogió a su esposa y sus hijos y huyó a un templo en el distrito de Ono. Su razonamiento fue que, de haberse quedado en el castillo, las cosas habrían sido todavía peores y no habría tenido ninguna ruta de escape. Ante un señor que demostraba tal falta de resolución, todos sus generales y soldados desertaron.

\* \* \*

En pleno otoño Nobunaga regresó a su campamento en el monte Toragoze, desde donde ya había rodeado Odani. Desde el día de su llegada mostró una tranquilidad extraordinaria, como si sólo estuviera esperando la caída del castillo. Tras el precipitado derrumbe de Echizen, había regresado de inmediato cuando aún ardían los rescoldos de Ichijogadani. Entonces dio órdenes a sus hombres.

A Maenami Yoshitsugu, el general que había entregado Echizen, le destinó al castillo de Toyohara. De manera similar, Asakura Kageaki recibió el encargo de defender el castillo de Ino, y Toda Yarokuro el de Fuchu. De este modo Nobunaga empleaba a un gran número de servidores de Asakura que estaban familiarizados con las condiciones de la provincia. Finalmente, pidió a Akechi Mitsuhide que los supervisara.

Sin duda no había nadie mejor preparado para esa responsabilidad que Mitsuhide, el cual durante su inestable época de hombre errante fue servidor del clan Asakura y vivió en la ciudad fortificada de Ichijogadani, donde tuvo que soportar las frías miradas de sus colegas. Ahora, en una situación completamente invertida, vigilaba a sus antiguos señores.

Un orgullo considerable y un torrente de otras emociones debieron de inundar el pecho de Mitsuhide. Además, la inteligencia y la capacidad de Mitsuhide habían sido reconocidas en diversas ocasiones, y en aquellos momentos era uno de los servidores favoritos de Nobunaga. Las dotes de observación de Mitsuhide eran superiores a las de la mayoría, y al cabo de varios años de batallas y servicio cotidiano, comprendía muy bien el carácter de Nobunaga. Conocía las expresiones de su señor, sus palabras y su aspecto, incluso desde lejos, tan bien como los suyos propios.

Mitsuhide enviaba jinetes desde Echizen muchas veces al día. No tomaba ninguna decisión por sí mismo y pedía instrucciones a Nobunaga en cada situación. Nobunaga tomaba las decisiones mientras examinaba esas notas y cartas en su campamento del monte Toragoze.

Las montañas cuajadas de vegetación con los colores del otoño se alineaban en el cielo sin nubes, el cual se reflejaba a su vez en el lago azul brillante. El piar de los pájaros aquí y allá era una invitación a bostezar.

Hideyoshi se apresuró a cruzar las montañas desde Yokoyama. Durante el camino bromeaba con sus hombres, y el sol de otoño hacía brillar sus blancos dientes cuando se reía. Mientras se aproximaba, iba saludando a cuantos le rodeaban. Aquél era el hombre que había construido el castillo de Sunomata y que más tarde había sido puesto al frente del castillo de Yokoyama. Sus responsabilidades y posición entre

los generales del ejército de Oda habían destacado con mucha rapidez, pero él seguía siendo el mismo de siempre.

Cuando otros generales comparaban la conducta de Hideyoshi con su propia actitud solemne, algunos le juzgaban demasiado frívolo e indiscreto, pero otros lo veían bajo una luz diferente.

—Es digno de su rango —decían—. No ha cambiado un ápice de como era antes, a pesar del aumento de su estipendio. Primero fue un sirviente, luego un samurai y, de repente, se encontró gobernando un castillo. Pero sigue siendo el mismo. Supongo que conseguirá incluso más competencias.

Poco antes de que tuvieran lugar estos comentarios, Hideyoshi se había paseado ociosamente por el campamento antes de intercambiar unas pocas palabras con Nobunaga, tras lo cual ambos se pusieron en marcha hacia las montañas.

—¡Qué impertinente! —exclamó Shibata Katsue cuando, en compañía de Sakuma Nobumori, se hallaba a cierta distancia del campamento.

—Por eso desagrada tanto, incluso cuando no hay motivos para ello. No hay nada más desagradable que escuchar a alguien que siempre parlotea acerca de su propia inteligencia.

Casi escupiendo las palabras, observaron la figura de Hideyoshi que se abría paso a través de la lejana marisma en compañía de Nobunaga.

—No nos dice nada, no nos consulta en absoluto.

—Para empezar, ¿no es demasiado peligroso lo que están haciendo? Es plena luz del día, pero el enemigo podría estar acechando en cualquier parte de esas montañas. ¿Qué ocurriría si empezaran a disparar contra él?

—En fin, ya sabes cómo es Su Señoría.

—No, la culpa es de Hideyoshi. Aunque una gran multitud acompañe a Su Señoría, Hideyoshi se le acerca y le adula hasta que consigue su atención.

Había otros comandantes además de Katsue y Nobumori a quienes desagradaba la situación. La mayoría de ellos suponían que Hideyoshi se había ido a las montañas con Nobunaga a fin de planear alguna estrategia de batalla, que expondría con su habitual elocuencia. Ése era el principal motivo de su malestar.

—Nos está haciendo caso omiso, a nosotros, el círculo interno de sus generales.

Tanto si Hideyoshi no comprendía que tal era el funcionamiento de la naturaleza humana, como si prefería ignorarlo, lo cierto es que se llevaba a Nobunaga a las montañas, en ocasiones riendo de una manera que habría sido más adecuada en una jira campestre. El conjunto de sus servidores y los de Nobunaga formaba una pequeña fuerza que no rebasaba los veinte o treinta hombres.

—Subir a esta montaña hace sudar de veras. ¿Os echo una mano, mi señor?

—No me insultes.

—Ya falta poco.

—Esta subida es insuficiente. ¿No hay alguna montaña más alta?

—En esta zona no, por desgracia. ¡Pero ésta es bastante alta!

Nobunaga se enjugó el sudor del rostro y contempló los valles vecinos. Vio que los soldados de Hideyoshi estaban ocultos entre los árboles, montando guardia.

—Los hombres que nos acompañan deberían quedarse aquí. No es conveniente que vayamos en grupo más allá de este punto.

Tras decir esto, Hideyoshi y Nobunaga dieron treinta o cuarenta pasos por la cima de la colina.

Ya no había ningún árbol. Tiernas espigas y hierbas que serían buen forraje se extendían a lo largo de la ladera. Las flores llamadas globos chinos se agitaban entre la hierba y los cadillos se aferraban a las vainas de sus espadas. Los dos avanzaron en silencio. Era como si estuvieran contemplando el mar, sin nada por delante de ellos.

—Agachaos, mi señor.

—¿Así?

—Ocultaos en la hierba.

Avanzaron arrastrándose hasta el borde del precipicio y bajo sus ojos apareció un castillo en el valle.

—Es Odani —dijo Hideyoshi en voz baja mientras señalaba el castillo.

Nobunaga asintió y siguió mirando en silencio. Una profunda emoción le empañaba los ojos. No se trataba tan sólo de que estaba contemplando el castillo principal del enemigo, sino que en el interior de aquella fortaleza, ahora asediada por su ejército, vivía su hermana menor, Oichi, que ya había tenido cuatro hijos desde que se casara con el señor del castillo.

Señor y servidor se sentaron. Las flores y las espigas de las hierbas otoñales les llegaban a los hombros. Nobunaga miraba sin parpadear el castillo a sus pies. Entonces se volvió hacia Hideyoshi.

—Me atrevería a decir que mi hermana está enfadada conmigo. Fui yo quien la casó con el clan Asai sin permitirle siquiera decir lo que pensaba. Se le dijo que debía sacrificarse por el bien del clan, y que el enlace era necesario para proteger la provincia. Es como si viera ahora mismo esa escena, Hideyoshi.

—También yo la recuerdo bien. Tenía una enorme cantidad de equipaje y un hermoso palanquín, y estaba rodeada de ayudantes y caballos decorados. El día que partió para casarse al norte del lago Biwa fue un acontecimiento espléndido.

—Oichi sólo era una inocente muchacha de catorce años.

—Era una novia tan pequeña y bonita.

—Hideyoshi.

—¿Sí?

—Lo comprendes, ¿verdad? Lo doloroso que esto es para mí...

—Por esa misma razón también es duro para mí.

Nobunaga señaló el castillo con el mentón.

—La decisión de destruir este castillo no es nada difícil, pero cuando pienso en tratar de sacar a Oichi de ahí sin que sufra daño...

—Cuando me ordenasteis que espicara la disposición del terreno alrededor del castillo de Odani, supuse que estabais planeando una campaña contra los Asakura y los Asai. Probablemente os parecerá que me estoy halagando de nuevo, pero si me permitís hablaros con franqueza, creo que sois un tanto reservado y no mostráis vuestros sentimientos naturales y, ciertamente, la causa de vuestra aflicción. Perdonad que os lo diga, mi señor, pero creo que he descubierto otra de vuestras mejores cualidades.

—Tú eres el único —dijo Nobunaga, y chasqueó la lengua—. Katsuie, Nobumori y los demás me miran como si hubiera perdido el tiempo durante los diez últimos años. Leo en sus caras que no entienden lo más mínimo. Katsuie, sobre todo, parece reírse de mí a mis espaldas.

—Eso se debe a que todavía no veis claramente la dirección a seguir, mi señor.

—Mi confusión es inevitable. Si pulverizáramos al enemigo poco a poco, no hay duda de que Asai

Nagamasa y su padre se arrojarían a las llamas y arrastrarían con ellos a Oichi.

—Probablemente sería así.

—Dices que desde el principio sientes lo mismo que yo, Hideyoshi, pero me escuchas con una serenidad extraordinaria. ¿No tienes algún plan?

—Lo tengo, en efecto.

—Entonces ¿por qué no te das prisa y me tranquilizas?

—Últimamente me estoy esforzando al máximo para no recomendar nada.

—¿Por qué?

—Porque hay muchos otros oficiales en el cuartel general.

—¿Teméis los celos de los demás? Eso también es irritante, pero lo principal es soy yo quien lo decide todo. Cuéntame tu plan ahora mismo.

—Mirad ahí, mi señor. —Hideyoshi señaló el castillo de Odani—. Esa fortaleza se distingue porque los tres recintos están más marcados y son más independientes que en la mayor parte de los castillos. El señor Hisamasa vive en el primer recinto. Su hijo Nagamasa, la señora Oichi y sus pequeños viven en el tercero.

—¿Allí?

—Sí, mi señor. Ahora bien, la zona que veis entre los recintos primero y tercero se llama Kyogoku, y es ahí donde residen los servidores principales, Asai Genba, Mitamura Uemondayu y Onogi Tosa. Para capturar Odani no debemos atacar la cola ni golpear la cabeza. Si logramos apoderarnos del recinto Kyogoku, los otros dos quedarán incomunicados.

—Comprendo. Estás diciendo que la siguiente maniobra debe ser el asalto del Kyogoku.

—No, porque si lo invadimos los recintos primero y tercero enviarán refuerzos, nuestros hombres serán atacados por ambos flancos y se librará una feroz batalla. En ese caso, ¿trataríamos de abrirnos paso o nos retiraríamos? Sea como fuere, no podemos estar seguros del destino de la señora Oichi dentro del castillo.

—Entonces ¿qué deberíamos hacer?

—Por supuesto, es evidente que la mejor estrategia sería enviar un mensajero a los Asai, explicarles claramente las ventajas y desventajas de la situación y tomar posesión del castillo y de Oichi sin incidentes.

—Deberías saber que ya he intentado en dos ocasiones enviar un mensajero al castillo e informarles de que, si se rinden, les permitiré quedarse con sus dominios. Les he puesto al corriente de la conquista de Echizen, pero ni Nagamasa ni su padre van a moverse. Tan sólo alardearán de lo fuertes que son, una «fuerza» que, naturalmente, consiste en usar la vida de Oichi como un escudo. Creen que jamás lanzaré un ataque temerario mientras tengan a mi hermana en el castillo.

—Pero eso no es todo. Durante los dos años que he pasado en Yokoyama, he observado atentamente a Nagamasa y sé que posee cierto talento y fuerza de voluntad. He pensado largamente en un plan para capturar este castillo, tratando de imaginar la mejor estrategia en caso de que nos viéramos obligados a atacarlo. He capturado el recinto Kyogoku sin perder un solo hombre.

—¿Cómo? —replicó Nobunaga, dudando de su oído—. ¿Qué estás diciendo?

—El segundo recinto que veis allí..., nuestros hombres ya lo controlan —repitió Hideyoshi—. Os digo, pues, que no tenéis que preocuparos más.

—¿Es eso cierto?

—¿Os mentiría en un momento así, mi señor?

—Pero... no puedo creerlo.

—Es comprensible, pero pronto podréis oírlo de labios de dos hombres a los que he llamado. ¿Los recibiréis?

—¿Quiénes son?

—Uno es un monje llamado Miyabe Zensho, y el otro Onogi Tosa, comandante del recinto.

La expresión sorprendida de Nobunaga se mantenía. Creía a Hideyoshi, pero no podía dejar de preguntarse cómo habría persuadido a un servidor de alto rango del clan Asai para que se pasara a su lado.

Hideyoshi le explicó la situación como si no hubiera en ella nada fuera de lo corriente.

—Poco después de que Vuestra Señoría me concediera el castillo de Yokoyama... —empezó a decir.

Nobunaga se sobresaltó un poco y miró a su interlocutor incapaz de dominar el parpadeo de sus ojos. El castillo de Yokoyama estaba situado en primera línea de aquella zona estratégica, y el cometido de las tropas de Hideyoshi era tener a raya a los Asai y Asakura. Había ordenado el destino temporal de Hideyoshi en aquel lugar, pero no recordaba haberle prometido la concesión del castillo. Sin embargo, Hideyoshi afirmaba que se lo había dado. Por el momento Nobunaga prefirió relegar este pensamiento al fondo de su mente.

—¿No fue eso poco después del ataque contra el monte Hiei, cuando viniste a Gifu en visita de Año Nuevo? —inquirió Nobunaga.

—Así es. Cuando regresábamos Takenaka Hanbei cayó enfermo y nos retrasamos. Llegamos al castillo de Yokoyama cuando ya había oscurecido.

—No tengo ganas de escuchar una larga historia. Ve al grano.

—El enemigo había descubierto mi ausencia del castillo y estaba efectuando un ataque nocturno. Los rechazamos, por supuesto, y entonces capturamos al monje Miyabe Zensho.

—¿Le cogisteis vivo?

—Sí. En vez de cortarle la cabeza, le tratamos con amabilidad, y más tarde, cuando tuve un momento, le aconsejé acerca de los tiempos venideros y le instruí sobre el verdadero significado de ser un samurai. Él, a su vez, habló con su antiguo señor, Onogi Tosa, y le persuadió para que se rindiera.

—¿De veras?

—El campo de batalla no es lugar para bromas —dijo Hideyoshi.

Lleno de admiración, incluso Nobunaga estaba asombrado de la astucia de Hideyoshi. ¡El campo de batalla no es lugar para bromas! Y tal como había alardeado Hideyoshi, uno de sus servidores acompañó a Miyabe Zensho y Onogi Tosa para que fuesen recibidos en audiencia por Nobunaga. Éste interrogó largamente a Tosa a fin de confirmar las palabras de Hideyoshi.

El general respondió con claridad:

—Esta rendición no se debe únicamente a mi actitud. Los otros dos servidores de alto rango destinados en el Kyogoku han comprendido que enfrentarse a vos no es sólo una necesidad, sino que también apresurará la caída del clan e impondrá un sufrimiento innecesario a los habitantes de la provincia.

Nagamasa aún no contaba treinta años, pero ya tenía cuatro hijos de la señora Oichi, una joven de

veintitrés. Ocupaba el tercer recinto del castillo de Odani, que en realidad era un conjunto de tres castillos.

Durante toda la noche se oyó el estruendo del fuego de artillería desde el barranco situado al sur. Los estampidos de los cañones sonaban de vez en cuando y en cada ocasión el techo calado se estremecía como si fuera a desprenderse.

Oichi alzó la vista instintivamente, el temor reflejado en sus ojos, y apretó más fuerte al bebé contra su seno. La pequeña aún no estaba destetada. No soplaba el viento, pero el hollín se deslizaba por doquier y la luz de la lámpara oscilaba bruscamente.

—¡Madre! ¡Tengo miedo!

La segunda hija, Hatsu, la cogía de la manga mientras la mayor, Chacha, se aferraba en silencio a su rodilla izquierda. El hijo, en cambio, a pesar de su corta edad, no se acercaba al regazo de su madre y blandía un astil de flecha con la que amenazaba a una doncella. Era Manjumaru, el heredero de Nagamasa.

—¡Déjame ver! ¡Déjame ver la batalla! —gritaba Manju con petulancia, golpeando a la doncella con la flecha sin punta.

—¿Por qué la golpeas, Manju? —le regañó su madre—. Tu padre está luchando. ¿Ya has olvidado lo que te dije, que te comportaras durante la lucha? Si los servidores se ríen de ti, no llegarás a ser un buen general ni siquiera cuando crezcas.

Manju era lo bastante mayor para comprender en parte el razonamiento de su madre. La escuchó un momento en silencio, pero de repente se echó a llorar de impaciencia.

—¡Quiero ver la batalla! ¡Quiero verla!

El ayo del niño tampoco sabía qué hacer y se limitaba a permanecer allí observando la escena. En aquel momento hubo una tregua en la lucha, pero seguía oyéndose el estruendo de la artillería. La niña mayor, Chacha, tenía ya siete años y de alguna manera parecía comprender las difíciles circunstancias en que se encontraba su padre, el pesar de su madre e incluso los sentimientos de los guerreros en el castillo.

—¡No digas cosas que enfadan a nuestra madre, Manju! —dijo la precoz chiquilla—. ¿No crees que esto es horrible para ella? Nuestro padre está luchando contra el enemigo. ¿No es verdad, madre?

Al verse reprendido, Manju se abalanzó sobre su hermana, todavía blandiendo el astil de flecha.

—¡Estúpida Chacha! —le gritó.

La niña se cubrió la cabeza con la ancha manga y se ocultó detrás de su madre.

—¡Anda, sé bueno!

Oichi intentó calmarle, cogiéndole el astil de flecha y hablando dulcemente.

De repente se oyó un sonido de fuertes pisadas en el vestíbulo.

—¡Cómo! ¿A los del jaez de Oda? No son más que samurais de poca monta que se han abierto paso desde las regiones remotas y silvestres de Owari. ¿Creéis que voy a rendirme a un hombre como Nobunaga? ¡El clan Asai es de una clase diferente!

Asai Nagamasa entró sin anunciarse, seguido por dos o tres generales.

Cuando vio que su esposa estaba a salvo en aquella sala cavernosa y mal iluminada, se sintió aliviado.

—Estoy cansado —dijo, al tiempo que tomaba asiento y se aflojaba los cordones de una sección de

su armadura. Entonces se dirigió a los generales que estaban detrás de él.

—Tal como van las cosas esta noche, es muy posible que el enemigo intente un ataque general alrededor de medianoche. Será mejor que descansemos ahora.

Cuando los jefes se levantaron para marcharse, Nagamasa exhaló un suspiro de alivio. Incluso en medio del combate podía recordar que era padre y marido.

—¿Os ha espantado el ruido de los cañones? —preguntó a su esposa, que estaba rodeada por sus hijos.

—No —respondió Oichi—. Aquí estamos seguros.

—¿No se han asustado Manju o Chacha y se han echado a llorar?

—Puedes estar orgulloso de ellos. Se han portado como adultos.

—¿De veras? —dijo él, forzando una sonrisa, y entonces siguió diciendo—: No te preocupes. El ataque de los Oda ha sido feroz, pero les hemos hecho retroceder con una andanada desde el castillo. Aunque sigan atacándonos durante veinte, treinta o incluso cien días, jamás nos rendiremos. ¡Somos el clan Asai! No vamos a ceder ante un hombre como Nobunaga.

Despotricó contra los Oda casi como si escupiera, pero se calló de repente.

Con la luz de la lámpara a su espalda, Oichi ocultaba el rostro en el bebé al que amamantaba. ¡Era la hermana pequeña de Nobunaga! Nagamasa se estremeció de emoción. Incluso se parecía a él, tenía el cutis delicado y el perfil de su hermano.

—¿Estás llorando?

—A veces el bebé se impacienta y me muerde el pezón cuando la leche no sale.

—¿No te sale la leche?

—No, ahora no.

—Éso es porque tienes alguna pena oculta y te estás adelgazando demasiado. Pero eres madre y ésta es una auténtica batalla de madre.

—Lo sé.

—Supongo que me consideras un marido muy duro.

Ella se le acercó, todavía sujetando al niño contra su pecho.

—¡No es cierto! ¿Por qué habría de guardarte rencor? Creo que todo esto es cosa del destino.

—Uno no puede resignarse diciendo que es cosa del destino. La vida de la esposa de un samurai es más dolorosa que tragar espadas. Si no estás resuelta del todo, no será una verdadera resolución.

—Estoy tratando de llegar a esa clase de raciocinio, pero lo único que puedo pensar es que soy madre.

—Mira, querida, incluso el día de nuestra boda no pensé que serías mía para siempre. Tampoco mi padre dio su permiso para que te convirtieras en una verdadera novia de los Asai.

—¡Cómo! ¿Qué estás diciendo?

—En un momento como éste, un hombre tiene que decir la verdad. Este momento nunca se repetirá, por lo que voy a abrirte mi corazón. Cuando Nobunaga te envió para que te casaras conmigo, en realidad no fue más que una estratagema política. Comprendí lo que se proponía desde el mismo principio. —Hizo una pausa antes de seguir—. Pero aunque sabía eso, nació entre nosotros un amor que nada podrá jamás detener. Entonces tuvimos cuatro hijos. En estas circunstancias ya no eres la hermana de Nobunaga, sino mi esposa y la madre de mis hijos. No permitiré que viertas lágrimas por nuestro enemigo. Así pues,

¿por qué estás tan delgada y retienes la leche que deberías darle a la criatura?

Ahora ella lo veía con claridad. Todo cuanto había sido un resultado del «destino» respondía a una estrategia política. Era una novia de la estrategia política: desde el principio Nagamasa había considerado a Nobunaga como un hombre al que era preciso vigilar. Pero Nobunaga había sentido un afecto sincero hacia su cuñado.

Nobunaga creía que el heredero del clan Asai tenía futuro y había confiado en él. Fomentó con entusiasmo el matrimonio, pero el enlace había sido dudoso desde el comienzo, debido a la alianza mucho más antigua entre los Asai y los Asakura de Echizen. Este pacto no era simplemente de defensa mutua, sino una relación compleja basada en la amistad y los favores mutuos. Los Asakura y los Oda eran enemigos desde hacía años. Cuando Nobunaga atacó a los Saito en Gifu, ¿hasta qué punto le estorbaron y acudieron en defensa de los Saito?

Nobunaga superó este obstáculo al enlace enviando a los Asakura la promesa por escrito de que no invadiría sus dominios.

Poco después de la boda, tanto el padre de Nagamasa como el clan Asakura, al que debía tantos favores, empezaron a presionar a Nagamasa para que sospechara de su esposa. Entretanto los Asai se habían unido a los Asakura, el shogun, Takeda Shingen de Kai y los monjes guerreros del monte Hiei en una alianza contra Nobunaga.

Al año siguiente Nobunaga invadió Echizen y de repente se vio atacado por la retaguardia. Nagamasa le había cortado la retirada y, actuando de común acuerdo con el clan Asakura, urdió la aniquilación total de Nobunaga. En aquel entonces Nagamasa le dejó bien claro que no permitiría que su esposa influyera en sus criterios, pero Nobunaga no le creyó. Las fuerzas de los Asai y el valor marcial del hombre en quien Nobunaga había confiado se convirtieron en un fuego a sus mismos pies. Realmente se habían convertido en unas cadenas. Sin embargo, tras la destrucción de Echizen el castillo de Odani ya no era ni un fuego ni unas cadenas constrictoras.

De todos modos, Nobunaga aún confiaba en que no se vería obligado a matar a Nagamasa. Por supuesto, respetaba su valor, pero lo que más le preocupaba era el afecto que sentía por Oichi. Esta preocupación extrañaba en su entorno, pues todos recordaban que, cuando destruyó con fuego el monte Hiei, a su señor le tuvo sin cuidado que le llamaran «el rey de los demonios».

\* \* \*

El tiempo otoñal era cada día más marcado. Al amanecer, la hierba alrededor del castillo estaba empapada por el frío rocío.

—Ha sucedido algo terrible, mi señor.

La voz de Fujikake Mikawa reflejaba una turbación desacostumbrada en él. Aquella noche Nagamasa había dormido cerca de la redcilla mosquitera que protegía a su esposa y sus hijos, pero no se había despojado de la armadura.

—¿Qué sucede, Mikawa?

Nagamasa se apresuró a salir de la habitación, con la respiración entrecortada. ¡Un ataque al amanecer! Tal fue su primer pensamiento. Pero el desastre del que le informaba Mikawa era mucho peor.

—Durante la noche los Oda han ocupado el recinto Kyogoku.



—¡Cómo!

—No hay duda. Podéis verlo desde el torreón, mi señor.

—No es posible.

Nagamasa subió rápidamente a la torre vigía, tropezando una y otra vez en las escaleras a oscuras. Aunque el Kyogoku estaba lejos de la torre vigía, el recinto parecía extenderse debajo de él. Allí, ondeando en lo alto del castillo, a lo lejos, había gran número de estandartes, pero ninguno de ellos pertenecía a los Asai. Uno de los estandartes de mando, brillante y orgulloso, agitado por el viento, evidenciaba claramente la presencia de Hideyoshi.

—¡Hemos sido traicionados! ¡Muy bien! Van a ver, sí, van a verlo Nobunaga y todos los samurais de este país. —Forzó una sonrisa—. ¡Van a ver cómo muere Asai Nagamasa!

Nagamasa bajó las oscuras escaleras de la torre vigía. Para los servidores que le seguían, era como acompañar a su señor a una gran profundidad bajo tierra.

—¿Qué..., qué sucede? —preguntó quejumbroso uno de los generales a mitad de la escalera.

—Onogi Tosa, Asai Genba y Mitamura Uemon se han pasado al enemigo —respondió un general.

—A pesar de que eran servidores de alto rango, han traicionado la confianza depositada en ellos cuando se les puso al frente del Kyogoku —dijo amargamente otro hombre.

—¡Son inhumanos!

Nagamasa se volvió hacia ellos.

—¡Basta de quejas! —les ordenó.

Estaban en la sala al pie de las escaleras, amplia y con el suelo de madera, iluminada por una luz débil. La sala fortificada parecía una enorme jaula o celda fortificada. Habían llevado allí a muchos de los heridos, y yacían sobre esteras de paja, lamentándose.

Cuando Nagamasa pasó entre ellos, incluso los samurais que estaban tendidos se esforzaron por arrodillarse.

—¡No los dejaré morir en vano! —dijo Nagamasa con lágrimas en los ojos—. ¡No los dejaré morir en vano!

Sin embargo, se volvió de nuevo hacia sus generales y les prohibió tajantemente que se quejaran.

—Insultar a los demás no sirve de nada. Cada uno de vosotros debe elegir su línea de conducta..., o se rinde al enemigo o muere conmigo. Ambos bandos tienen un deber moral. Nobunaga lucha para reconstruir la nación, yo lo hago en nombre del honor de la clase samurai. Si creéis que haréis mejor en someteros a Nobunaga, entonces id con él. ¡Podéis estar seguros de que no os detendré!

Dicho esto, salió a supervisar las defensas del castillo, pero apenas había recorrido cien pasos cuando le informaron de algo mucho más grave que la pérdida del Kyogoku.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! ¡Una noticia terrible!

Uno de sus oficiales, empapado en sangre, corrió hacia él y cayó de rodillas.

—¿Qué es, Kyutaro?

Nagamasa tuvo en seguida la premonición de que estaba ocurriendo algo muy grave. Wakui Kyutaro no era un samurai destinado al tercer recinto, sino que era un servidor del padre de Nagamasa.

—Vuestro reverenciado padre, el señor Hisamasa, acaba de cometer el seppuku. Me he abierto paso entre el enemigo para traeros esto.

Jadeando, el servidor depositó en manos de Nagamasa el moño de Hisamasa y el kimono de seda en

el que estaba envuelto.

—¡Cómo! ¿El primer recinto también ha caído?

—Poco antes del alba, un cuerpo de soldados avanzó por el camino secreto desde el Kyogoku hasta la puerta del castillo, haciendo ondear el estandarte de Onogi y diciendo que éste necesitaba ver con urgencia al señor Hisamasa. Los guardianes creyeron que Onogi encabezaba a sus hombres y abrieron la puerta del castillo. Entonces una gran fuerza de soldados entró precipitadamente y avanzó hasta la ciudadela interior.

—¿El enemigo?

—La mayoría eran servidores del señor Hideyoshi, pero los hombres que les mostraron el camino eran sin duda los servidores de Onogi, ese traidor.

—¿Y mi padre?

—Luchó con denuedo hasta el final. Él mismo prendió fuego a la ciudadela interior y luego se suicidó, pero el enemigo extinguió el fuego y ocupó el castillo.

—¡Ah! Por eso no hemos visto llamas ni humo.

—Si se hubieran alzado llamas del primer recinto, vos habríais enviado refuerzos, o podríais haber incendiado este castillo y cometido suicidio con vuestra esposa e hijos cuando pereciera vuestro padre. Creo que eso es lo que el enemigo temía y ha actuado en consecuencia.

De repente los dedos de Kyutaro se crisparon en el suelo.

—Mi señor..., me muero...

Sin alzar las palmas del suelo, en actitud de reverencia, su cabeza se desplomó. Había librado y ganado una batalla mucho más amarga que la de las armas.

—Otra alma valiente que desaparece —se lamentó alguien detrás de Nagamasa, y entonces entonó en voz baja una plegaria.

El sonido de las cuentas de un rosario rompía el silencio, Cuando Nagamasa se volvió, vio que allí estaba el jefe de los sacerdotes, Yuzan, otro refugiado de la guerra.

—Me apena saber que el señor Hisamasa ha encontrado su fin esta mañana temprano —dijo Yuzan.

—Tengo algo que pedir, Vuestra Reverencia —dijo Nagamasa con la voz serena, aunque sin ocultar un tono dolorido—. Mi turno será el siguiente. Quisiera reunir a todos mis servidores y celebrar un oficio fúnebre, en la medida de lo posible, mientras estoy con vida. En el valle detrás de Odani hay una piedra conmemorativa en la que está tallado el nombre budista para después de la muerte que vos me pusisteis. ¿Me haréis el favor de traer la piedra al castillo? Sois sacerdote y sin duda el enemigo os dejará pasar.

—Desde luego.

Yuzan se marchó en seguida. Cuando salía, uno de los generales de Nagamasa casi tropezó con él al entrar apresuradamente.

—Fuwa Mitsuharu ha llegado a las puertas del castillo.

—¿Quién es?

—Un servidor del señor Nobunaga.

—¿El enemigo? —dijo despectivamente Nagamasa—. Échale. No tengo nada que discutir con los servidores de Nobunaga. Si no quiere irse, arrojadle unas cuantas piedras desde el portal del castillo.

El samurai obedeció la orden de Nagamasa y se alejó de inmediato, pero pronto llegó otro de los

jefes militares.

—El mensajero del enemigo continúa ante el portal del castillo. No está dispuesto a marcharse al margen de lo que le digamos. Replica que una guerra es una guerra y las negociaciones son negociaciones, y nos pregunta por qué no mostramos la etiqueta apropiada hacia él como representante de su provincia.

Nagamasa no hizo caso de estas quejas y entonces reprendió al hombre que las había repetido.

—¿Por qué me explicas las protestas de un hombre a quien te he dicho que echaras?

En aquel momento se aproximó otro general.

—Mi señor, las reglas de la guerra exigen que le veáis, aunque sólo sea un momento. No quisiera que llegue a decirse de vos que estabais aturdido hasta el punto de perder la compostura y negaros a conceder una audiencia a un enviado del enemigo.

—Está bien, que entre. Por lo menos le veré. Allí —añadió, señalando la sala de guardia.

Más de la mitad de los soldados en el castillo de Asai confiaban en que la paz entraría por aquella puerta. No es que carecieran de admiración o entrega hacia Nagamasa, pero el «deber» que éste predicaba y las razones de aquella guerra se entrelazaban con la relación que tenían con Echizen y su resentimiento por las ambiciones y los logros de Nobunaga. Los soldados comprendían muy bien este contraste.

Y eso no era todo. Aunque el castillo de Odani había resistido tenazmente hasta entonces, tanto el primero como el segundo recintos ya habían caído. ¿Qué posibilidad de victoria tenían, atrincherados en un castillo aislado?

Así pues, la llegada del enviado de Oda fue como el cielo azul claro que habían aguardado. Fuwa entró en el castillo, fue a la sala donde Nagamasa le esperaba y se arrodilló ante él.

Los hombres que le rodeaban dirigían miradas hostiles a Fuwa. Tenían el cabello revuelto y presentaban heridas en manos y cabezas. Fuwa, de rodillas, habló con tal suavidad que uno podría haber dudado de que fuese un general.

—Tengo el honor de ser el enviado del señor Nobunaga.

—Las saluciones formales no son necesarias en el campo de batalla —dijo perentoriamente Nagamasa—. Vayamos al grano.

—El señor Nobunaga admira vuestra lealtad al clan Asakura, pero hoy los Asakura ya han caído y su aliado, el shogun, está en el exilio. Tanto favores como motivos de rencor pertenecen al pasado. Así pues, ¿por qué han de luchar los clanes Oda y Asai? Y no sólo eso, sino que el señor Nobunaga es vuestro cuñado, vos sois el amado marido de su hermana.

—Ya he oído todo eso en otras ocasiones. Si me estáis pidiendo un tratado de paz, me niego rotundamente. Por muy persuasivo que seáis, no lograréis nada.

—Con el debido respeto, no podéis hacer otra cosa más que capitular. Vuestra conducta ha sido hasta ahora ejemplar. ¿Por qué no entregáis el castillo como un hombre y trabajáis por el futuro del clan? Si accedéis, el señor Nobunaga está dispuesto a daros toda la provincia de Yamato.

Nagamasa soltó una risa desdeñosa y esperó hasta que el enviado terminó de hablar.

—Por favor, decidle al señor Nobunaga que esas palabras tan inteligentes no van a engañarme. Quien realmente le preocupa es su hermana, no yo.

—Ése es un punto de vista cínico.

—Decid lo que queráis —dijo entre dientes—, pero volved e informadle de que no pienso salvarme gracias a mi esposa. Y será mejor que se persuada de que Oichi es mi esposa y ya no es su hermana.

—¿Entiendo entonces que os proponéis compartir el destino de este castillo, pase lo que pase?

—Estoy resuelto a ello no sólo por mí sino también por mi esposa.

—En tal caso no hay nada más que decir.

La entrevista finalizó y Fuwa regresó directamente al campamento de Nobunaga.

Entonces la desesperanza, o más exactamente el vacío, llenó de tristeza el castillo. Los soldados que habían esperado la paz traída por el mensajero de Oda sólo pudieron suponer que las conversaciones se habían roto. Ahora estaban abiertamente abatidos, pues habían tenido la breve esperanza de que salvarían sus vidas.

Había otro motivo para que el desaliento se adueñara del castillo. A pesar de la batalla que se estaba librando, tenía lugar el funeral por el padre de Nagamasa, y las voces que entonaban los sutras surgieron del torreón hasta el día siguiente.

A partir de aquel día, Oichi y sus cuatro hijos vistieron prendas de seda blanca, el color del duelo. Los cordones con que recogían sus cabellos eran negros. Parecían poseer una pureza que no era de este mundo, aunque aún estaban vivos, e incluso los servidores que estaban resueltos a morir en el castillo sentían con toda naturalidad que su destino era demasiado penoso para expresarlo con palabras.

Yuzan regresó al castillo, acompañado por unos trabajadores que transportaban el monumento de piedra. Poco antes del alba, pusieron incienso y flores en la sala principal del castillo para el funeral por los vivos.

Yuzan se dirigió a los servidores del clan Asai allí reunidos.

—Valorando su nombre como miembro de la clase samurai, el señor Asai Nagamasa, señor de este castillo, se ha extinguido cual bella flor caída. Así pues, como servidores suyos que sois, es apropiado que le rindáis vuestro último homenaje.

Nagamasa estaba sentado detrás del monumento de piedra como si realmente hubiera muerto. Al principio, los samurais intercambiaban miradas, como si no comprendieran, se preguntaban si aquello era necesario y se agitaban nerviosamente en el extraño ambiente.

Pero Oichi, los niños y otros miembros de la familia se arrodillaron ante el monumento y pusieron incienso en el quemador.

Alguien empezó a llorar y pronto todos se sintieron afectados. Los hombres revestidos de armadura que llenaban la amplia sala inclinaron la cabeza y desviaron la mirada. Ninguno de ellos podía alzar la vista.

Una vez finalizada la ceremonia, Yuzan se puso al frente y varios samurais cargaron en hombros el monumento y lo llevaron fuera del castillo. Esta vez bajaron al lago Biwa, subieron a una pequeña embarcación y, en un lugar a unas cien varas de la isla de Chikubu, arrojaron la piedra al fondo.

Nagamasa habló sin miedo, frente a la muerte que le acosaba, y no pasó por alto el relajamiento del espíritu marcial de aquellos soldados que habían puesto sus esperanzas en las conversaciones de paz. Su «funeral por los vivos» ejerció un efecto saludable sobre la moral vacilante de los defensores. Si su señor estaba dispuesto a morir en combate, también ellos estaban dispuestos a seguirle. Era hora de morir. Así pues, la patética determinación de Nagamasa inspiró a sus servidores. Pero aunque era un general dotado, no era ningún genio. Nagamasa no sabía cómo lograr que sus hombres muriesen de buen

grado por él. Se mantenían a la expectativa, aguardando el asalto final.

# Tres princesas

Hacia mediodía los soldados que estaban en el portal del castillo empezaron a gritar.

—¡Ya vienen!

Los mosqueteros que estaban en los muros se empujaban unos a otros, buscando blancos, pero el único enemigo que se aproximaba era un jinete solitario, el cual avanzaba al paso hacia el portal con mucho aplomo. Si fuese un enviado, debería llegar con una escolta de jinetes. Llenos de dudas, los defensores observaban la aproximación de aquel hombre.

Cuando estuvo más cerca, uno de los comandantes se dirigió a un soldado armado con un mosquete.

—Tiene que ser un general enemigo. No parece un enviado y es muy audaz. Dispara una sola vez.

El comandante había pretendido que un solo hombre hiciera un disparo de advertencia, pero tres o cuatro soldados dispararon a la vez.

Al oír los estampidos, el hombre se detuvo, como sorprendido. Entonces alzó un abanico de guerra con un sol rojo sobre fondo dorado, lo agitó por encima de su cabeza y gritó:

—¡Eh, soldados! ¡Esperad un momento! ¿Queréis disparar contra Kinoshita Hideyoshi? Hacedlo después de que haya hablado con el señor Nagamasa.

Corría al tiempo que gritaba, hasta que estuvo casi bajo el portal del castillo.

—Sí, ciertamente es Kinoshita Hideyoshi, de los Oda. ¿Qué querrá?

El general de Asai que le miraba desde lo alto era escéptico con respecto al motivo de su llegada, pero no ordenó que disparasen contra él.

Hideyoshi alzó la vista a lo alto del portal.

—Deseo que transmitáis un mensaje a la ciudadela —volvió a gritar.

¿Qué estaba ocurriendo? Se oían voces que parecían deliberar ruidosamente. Pronto una risa burlona se mezcló con las voces, y un general de Asai asomó la cabeza por encima del parapeto.

—Olvídalo. Supongo que eres otro intercesor que viene como enviado del señor Nobunaga. Estás perdiendo el tiempo una vez más. ¡Vete!

Hideyoshi alzó la voz.

—¡Silencio! ¿Qué regla permite a un hombre con la categoría de servidor expulsar a un visitante de su señor sin preguntar a éste sus intenciones? Este castillo ya puede darse por ocupado, y no soy tan estúpido como para tomarme el tiempo y la molestia de venir aquí haciendo el papel de enviado para apresurar su destrucción. —Sus palabras no eran precisamente humildes—. Vengo como representante del señor Nobunaga, para ofrecer incienso ante la tablilla mortuoria del señor Nagamasa. Si no he oído mal, el señor Nagamasa está resuelto a morir y ha celebrado su propio funeral estando aún vivo. Han sido amigos en esta vida y, por lo tanto, ¿no debería permitirse al señor Nobunaga que también ofrezca incienso? ¿No queda aquí ya suficiente elegancia para que los hombres intercambien esa clase de cortesía y amistad? ¿Es la resolución del señor Nagamasa y sus servidores nada más que afectación? ¿Es un farol o el falso valor de un cobarde?

El rostro que estaba sobre el portal del castillo se retiró, tal vez a causa de la turbación. No hubo respuesta durante un rato, pero por fin la puerta se entreabrió.

—El general Fujikake Mikawa ha accedido a hablar con vos unos momentos —dijo el hombre mientras hacía una seña a Hideyoshi para que entrara, pero entonces añadió—: El señor Nagamasa se ha

negado a veros.

Hideyoshi asintió.

—Nada más natural. Considero que el señor Nagamasa ya ha fallecido y no voy a insistir.

Mientras hablaba, entró sin mirar a derecha o izquierda. ¿Cómo podía aquel hombre caminar en medio del enemigo con tanta calma?

Hideyoshi recorrió el largo camino en pendiente desde el primer portal al central, sin prestar la menor atención al hombre que le guiaba. Al llegar a la entrada de la ciudadela, Mikawa salió a recibirle.

—Cuánto tiempo sin vernos —dijo Hideyoshi, como si no fuera más que un saludo normal.

Se habían visto en otra ocasión, y Mikawa le devolvió el saludo con una sonrisa.

—Sí, desde luego ha pasado mucho tiempo. Encontraros en estas circunstancias es muy inesperado, señor Hideyoshi.

Todos los hombres del castillo tenían los ojos inyectados en sangre, pero a juzgar por su expresión, el viejo general no se sentía acosado.

—No os había visto desde el día de la boda de la señora Oichi, general Mikawa, ¿no es cierto? Hace mucho tiempo.

—En efecto.

—Aquél fue un día espléndido para nuestros dos clanes.

—Es difícil saber lo que nos reserva el destino, pero cuando uno contempla los disturbios y cataclismos del pasado, ni siquiera esta situación es tan insólita. Bueno, entrad. No puedo daros una gran recepción, pero sí ofrecer os por lo menos un cuenco de té.

Mikawa le condujo a una casa de té. Mirando la espalda del viejo y canoso general, Hideyoshi tuvo la certeza de que ya había trascendido la vida y la muerte.

La casa de té era pequeña y retirada, en el extremo de un sendero bordeado de árboles. Hideyoshi tomó asiento y tuvo la sensación de hallarse en un mundo completamente distinto. En el silencio de la casa de té anfitrión e invitado se purificaron temporalmente de la crueldad del mundo exterior.

El otoño tocaba a su fin. Las hojas de los árboles se movían ligeramente, pero no había ni una mota de polvo sobre el suelo de madera pulimentada.

—Tengo entendido que los servidores del señor Nobunaga han empezado recientemente a practicar el arte del té.

Mientras conversaba en tono amigable, Mikawa alzó el cucharón hacia la tetera de hierro.

Hideyoshi reparó en la corrección del hombre y se apresuró a disculparse.

—El señor Nobunaga y sus servidores están bien versados en la ceremonia del té, pero yo soy un zoquete por naturaleza y ni siquiera conozco lo más esencial. Sólo me gusta el sabor.

Mikawa dejó el cuenco en el suelo y agitó el té con el removedor. Sus elegantes movimientos eran casi de naturaleza femenina. Las manos y el cuerpo constreñidos por la armadura no parecían en absoluto entorpecidos. En aquella habitación sin más mobiliario que un cuenco de té y una sencilla tetera, la vistosidad de la armadura del viejo general parecía fuera de lugar.

Hideyoshi pensó que aquél era un buen hombre, y absorbió su carácter más que su té. Pero ¿cómo sacaría a Oichi del castillo? La aflicción de Nobunaga era la suya propia. Puesto que su plan había sido empleado hasta entonces, también se sentía responsable de la resolución de aquel problema.

El castillo caería probablemente en el momento que quisieran, pero ahora era necesario evitar una

chapuza y no tener que buscar la gema entre las cenizas. Además, Nagamasa había hecho saber a ambos bandos que estaba decidido a morir y que su esposa pensaba lo mismo.

La esperanza imposible de Nobunaga era la de ganar la batalla y recuperar a Oichi sana y salva.

—Os ruego que no os preocupéis por las formalidades —le dijo Mikawa, arrodillado ante el hoyo del hogar y ofreciéndole el cuenco de té.

Hideyoshi, sentado con las piernas cruzadas al estilo guerrero, recibió desmañadamente el té y lo apuró en tres tragos.

—Ah, qué bueno. No creía que el té pudiera saber tan bien. Y no estoy tratando de halagaros.

—¿Queréis otro cuenco?

—No, he saciado la sed. Por lo menos la sed está en la boca, pero no sé cómo apagar la sed de mi corazón. General Mikawa, parecéis una persona con quien se puede hablar. ¿Queréis escucharme?

—Soy un servidor de los Asai y vos un enviado de los Oda. Os escucharé desde ese punto de vista.

—Desearía que me consiguierais una entrevista con el señor Nagamasa.

—Eso os ha sido negado cuando estabais en el portal del castillo. Os hemos dejado entrar porque habéis dicho que no veníais a ver al señor Nagamasa. Llegar hasta aquí para retractaros de vuestra palabra es una estratagema deshonrosa. No puedo ponerme en esa posición y permitir os que le veáis.

—No, no. No me refiero a entrevistarme con el señor Nagamasa vivo. Como representante de Nobunaga, quisiera saludar al alma del señor Nagamasa.

—Dejad de jugar con las palabras. Aunque le transmitiera vuestras intenciones, no hay razón alguna para pensar que el señor Nagamasa accederá a veros. Había esperado participar en la etiqueta guerrera más elevada compartiendo un cuenco de té con vos. Si os queda algo de vergüenza, marchaos ahora cuando todavía no os habéis deshonrado.

«No te muevas. Niégate a marcharte.» Hideyoshi había resuelto quedarse donde estaba hasta lograr su objetivo. Era evidente que las meras palabras no serían una estrategia útil con aquel viejo y aguerrido general.

—Bueno, voy a acompañaros a la salida —le dijo Mikawa.

Hideyoshi miró ceñudo en la otra dirección y no dijo nada. Entretanto su anfitrión se había servido un cuenco de té. Tras tomarlo con gestos solemnes, guardó los utensilios.

—Sé que es una petición egoísta, pero os ruego que me permitáis quedarme aquí un poco más —dijo Hideyoshi, sin hacer el menor ademán de levantarse.

Su expresión indicaba que probablemente no habrían podido moverle ni siquiera con una palanca.

—Podéis quedaros aquí todo el tiempo que queráis, pero no os servirá de nada.

—No necesariamente.

—Lo que acabo de deciros es irrevocable. ¿Qué vais a hacer aquí?

—Estoy escuchando el sonido del agua que hierve en la tetera.

—¿La tetera? —Mikawa se echó a reír—. ¡Y habéis dicho que no sabíais nada del Camino del Té!

—Es cierto, ni siquiera conozco lo más elemental de la ceremonia, pero en cualquier caso es un sonido agradable. Quizá se deba a que durante esta larga campaña no oigo más que gritos de guerra y relinchos de caballos, pero es agradable en extremo. Permitid que me quede un momento aquí sentado y reflexione.

—Vuestras meditaciones no os servirán de nada —replicó Mikawa mientras se levantaba—. Podéis



estar seguro de que no os permitiré entrevistaros con el señor Nagamasa, ni siquiera dar un solo paso más hacia el torreón.

—El sonido de esta tetera es realmente grato —se limitó a decir Hideyoshi.

Se acercó un poco más al hogar y, lleno de admiración, contempló atentamente la tetera de hierro. Lo que de súbito le llamó la atención fue el dibujo en relieve sobre la antigua superficie metálica. Era difícil determinar si se trataba de un hombre o un mono, pero la minúscula criatura, que apoyaba brazos y piernas en las ramas de un árbol, permanecía con insolencia entre el cielo y la tierra.

«¡Se parece a mí!», pensó Hideyoshi, incapaz de contener una sonrisa espontánea. De improviso recordó aquella ocasión en que abandonó la mansión de Matsushita Kahei y vagó por las montañas y bosques sin nada que comer y sin un techo.

Hideyoshi no sabía si Mikawa estaba fuera, observándole furtivamente, o si se había marchado exasperado, pero en cualquier caso ya no estaba en la casa de té.

«Ah, esto es interesante. Sí, es realmente interesante», pensó Hideyoshi. Parecía como si estuviera hablando con la tetera. Sacudió la cabeza y pensó en su decisión de no moverse pasara lo que pasase.

Desde algún lugar del jardín le llegaron las voces inocentes de dos niños que contenían á duras penas la risa. Le estaban mirando a través de los boquetes en la valla que rodeaba la casa de té.

—Mira cómo se parece a un mono.

—¡Sí! Es igualito.

—¿De dónde vendrá?

—Debe de ser el mensajero del dios Mono.

Hideyoshi volvió la cabeza y reparó en los niños que se ocultaban tras la valla.

Mientras estaba absorto en el dibujo de la tetera, los dos niños le habían estado observando a escondidas.

Hideyoshi se sintió lleno de júbilo. Estaba seguro de que aquéllos eran dos de los cuatro hijos de Nagamasa; el chico, Manju, y su hermana mayor, Chacha. Los miró sonriente.

—¡Eh! ¡Está sonriendo!

—El señor Mono ha sonreído.

Los dos niños empezaron a intercambiar susurros. Hideyoshi fingió que les fruncía el ceño, lo cual surtió incluso más efecto que la sonrisa. Al ver que el desconocido con cara de mono se avenía tan rápidamente a participar en sus juegos, Manju y Chacha sacaron la lengua y le hicieron muecas.

Hideyoshi les dirigió una mirada feroz y los dos niños se la devolvieron, tratando de ver quién aguantaba más.

Hideyoshi se echó a reír, admitiendo la derrota.

Manju y Chacha se rieron excitados. Hideyoshi se rascó la cabeza y les hizo un gesto para que se acercaran a jugar otra clase de juego.

Su invitación intrigó a los niños, los cuales abrieron sigilosamente la puerta hecha con fragmentos de matorrales.

—¿De dónde venís, señor?

Hideyoshi bajó de la terraza y empezó a atarse los cordones de las sandalias de paja. Medio en broma, Manju le hizo cosquillas en la nuca con un tallo de hierba de afilados bordes. Hideyoshi aguantó la travesura y terminó de atarse los cordones.

Pero cuando se levantó y los niños vieron la expresión de su rostro, se asustaron y trataron de huir.

Esta reacción cogió por sorpresa a Hideyoshi. En cuanto el chico empezó a correr, le agarró por el cuello del kimono. Al mismo tiempo intentó coger a Chacha con la otra mano, pero la niña gritó a voz en cuello y huyó llorando. Manju estaba tan conmocionado al verse retenido que no emitía un solo gemido. Pero cayó al suelo, miró desde abajo a Hideyoshi y, al ver el rostro del hombre y todo el cielo invertidos, finalmente gritó.

Fujikake Mikawa había dejado a Hideyoshi solo en la casa de té y caminaba por el sendero del jardín. Fue el primero en oír el llanto de Chacha al huir y los gritos de Manju. Alarmado, regresó corriendo para ver qué ocurría.

—¡Cómo! ¡Canalla!

El general lanzó un grito de horror y se llevó instintivamente la mano a la empuñadura de la espada.

Hideyoshi, en pie y con las piernas a los lados de Manju, ordenó al anciano en voz imperiosa que se detuviera. El momento era difícil. Mikawa estaba a punto de golpear a Hideyoshi con su espada, pero se contuvo amedrentado al ver lo que Hideyoshi estaba dispuesto a hacer, pues tanto la expresión de sus ojos como la espada que sostenía revelaban que sería capaz de degollar a Manju sin la menor vacilación.

El anciano general, normalmente sereno, tenía la piel de gallina y el blanco cabello erizado.

—¡Ca..., canalla! ¿Qué vas a hacer con el chico?

La voz de Mikawa era casi quejumbrosa. Se acercó más, temblando de cólera y arrepentimiento. Cuando los servidores que habían acompañado al general comprendieron lo que estaba sucediendo, gritaron a pleno pulmón, agitando las manos e informando inmediatamente a todo el mundo de la situación.

Los guardianes del portal central y la ciudadela interior también habían oído los gritos de Chacha y corrían hacia el lugar de los hechos.

Los samurais formaron un círculo de armaduras alrededor de aquel extraño enemigo que les miraba echando fuego por los ojos mientras mantenía el filo de su espada en la garganta de Manju. Permanecieron a distancia, tal vez asustados por lo que veían en los ojos de Hideyoshi. No sabían qué hacer, aparte de armar un alboroto.

—¡General Mikawa! —gritó Hideyoshi—. ¿Cuál es vuestra respuesta? Este método es un poco violento, pero no veo de qué otra manera puedo sacar a mi señor del aprieto en que se encuentra. ¡Si no me dais una respuesta, mataré a Manju! —Deslizó una mirada feroz a su alrededor y siguió diciendo—: ¡General Mikawa, haced que se retiren estos guerreros! Entonces hablaremos. ¿Tanto os cuesta ver lo que debéis hacer? Sois lento de entendederas. Al fin y al cabo, os será difícil matarme y salvar al niño sin que sufra daño. Es exactamente la misma situación que la del señor Nobunaga al tomar este castillo y querer salvar a Oichi. ¿Cómo podríais salvar la vida de Manju? Aunque me disparéis con un mosquete, probablemente esta hoja le cortaría la garganta en ese mismo momento.

Durante algún tiempo sólo su lengua había estado animada, como un torrente impetuoso. Pero luego los ojos se movieron tanto como la lengua y, junto con su elocuencia, todas sus extremidades estaban aguda y constantemente atentas al enemigo que le rodeaba.

Nadie era capaz de moverse. Mikawa sentía la inmensidad de su error y parecía todo oídos a lo que Hideyoshi decía. Se había recobrado de su conmoción temporal y volvía a hacer gala de la calma que había mostrado en la casa de té. Por fin pudo moverse e hizo un gesto con la mano a los hombres que

rodeaban a Hideyoshi.

—Apartaos de él. Yo me encargaré de esto. Aunque tenga que ocupar su lugar, el joven señor no debe sufrir ningún daño. Que cada uno vuelva a su puesto. —Entonces se volvió a Hideyoshi y le dijo—: La multitud se ha dispersado, como deseabais. ¿Me hacéis ahora el favor de entregarme al joven Manju?

—¡De ninguna manera! —Hideyoshi sacudió vigorosamente la cabeza, pero entonces cambió el tono de su voz—. Devolveré al joven señor, pero quiero entregárselo al señor Nagamasa en persona. ¿Me haréis el favor de conseguirme una audiencia con el señor Nagamasa y la señora Oichi?

Nagamasa había estado entre la multitud que se había dispersado poco antes. Cuando oyó a Hideyoshi, perdió el dominio de sí mismo. Abrumado por el amor hacia su hijo, se adelantó gritando insultos a Hideyoshi.

—¿Qué clase de juego sucio es éste? ¡Tener en vuestras manos el destino de un niño inocente sólo para poder hablar! Si sois realmente el general Kinoshita Hideyoshi de Oda, deberíais avergonzaros de una maquinación tan siniestra. ¡Muy bien! Si me entregáis a Manju, hablaremos.

—¡Ah! ¿Estáis aquí, señor Nagamasa? —dijo Hideyoshi, inclinándose cortésmente a pesar de la expresión de aquel hombre. Pero seguía con una pierna a cada lado de Manju y mantenía la punta de su espada en la garganta del niño.

Fujikake Mikawa se dirigió a él con voz trémula.

—¡Señor Hideyoshi! ¡Soltadle, por favor! ¿No basta con la palabra de Su Señoría? Poned a Manju en mis manos.

Hideyoshi no le hizo el menor caso. Miró fijamente el rostro pálido y los ojos de Nagamasa, rebosantes de desesperación, y finalmente exhaló un profundo suspiro.

—Ah. Así pues, ¿conocéis el cariño hacia un familiar? ¿Comprendéis realmente los sentimientos hacia un ser querido? Creía que no los comprendíais en absoluto.

—¿No vas a dármelo, canalla? ¿Vas a asesinar a este chiquillo?

—No tengo la menor intención de hacer eso. Pero vos, que sois padre, no tenéis el menor respeto por los afectos familiares.

—¡No digas necedades! ¿No ama todo padre a sus hijos?

—Eso es cierto, incluso los pájaros y las bestias —convino Hideyoshi—. Y por ello supongo que no consideráis ridículo y necio el hecho de que el señor Nobunaga, debido a su deseo de salvar a Oichi, no puede destruir este castillo. ¿Y qué decir de vos? Al fin y al cabo sois el marido de Oichi. ¿No os estáis aprovechando de la debilidad del señor Nobunaga al someter las vidas de una madre y sus hijos al destino de vuestro castillo? Eso es exactamente lo mismo que lo que estoy haciendo ahora, al sujetar al pequeño Manju y ponerle mi espada en la garganta a fin de poder hablar con vos. Antes de tachar mi método de cobarde, os ruego que consideréis si vuestra propia estrategia no es igualmente cobarde y cruel.

Mientras hablaba, Hideyoshi levantó a Manju y le sostuvo en brazos. Al ver el alivio que se extendía por el semblante de Nagamasa, avanzó bruscamente hacia él, depositó a Manju en sus brazos y se postró a sus pies.

—Os ruego fervientemente que me perdonéis por este acto violento y brutal. En ningún momento me había propuesto actuar así, y lo he hecho, ante todo, con la intención de aliviar en lo posible la ingrata situación en que se encuentra el señor Nobunaga. Pero también he considerado lamentable que vos, un

samurai que ha mostrado una resolución tan admirable hasta el final, sea considerado en el futuro como un hombre que perdió el dominio de sí mismo en sus últimos momentos. No os equivoquéis, mi señor: he hecho esto en parte por vuestro propio bien. Os ruego que me concedáis la libertad de Oichi y sus hijos.

No tenía la sensación de estar apelando al jefe enemigo. Se enfrentaba al alma de aquel hombre y le expresaba sin reservas sus auténticas emociones. Tenía las palmas cruzadas sobre el pecho y se arrodillaba respetuosamente ante Nagamasa. Era evidente que este gesto surgía de una sinceridad absoluta.

Nagamasa le escuchó en silencio con los ojos cerrados. Cruzado de brazos y con los pies bien afianzados en el suelo, parecía una estatua revestida de armadura. Era como si Hideyoshi rezara una plegaria al alma de Nagamasa, el cual, tal como Hideyoshi había afirmado al entrar en el castillo, parecía haberse convertido en un cadáver viviente.

Los corazones de los dos hombres, uno absorto en la plegaria, el otro resuelto a morir, entraron en contacto un solo momento. Se alzó la barrera entre enemigos y las complejas emociones que Nagamasa sentía hacia Nobunaga se desprendieron súbitamente de su cuerpo como la superficie encalada de una pared que se descascara.

—Mikawa, lleva al señor Hideyoshi a alguna parte y agasájale durante un rato. Necesito tiempo para despedirme.

—¿Despediros?

—Me voy de este mundo y quiero decir adiós a mi esposa y mis hijos. Ya he previsto la muerte e incluso he celebrado un servicio fúnebre por mí mismo, pero... ¿puede la separación en vida ser peor que la separación en el momento de morir? Creo que el enviado del señor Nobunaga convendrá en que es peor.

Impresionado, Hideyoshi alzó el rostro y miró a aquel hombre.

—¿Estáis diciendo que Oichi y sus hijos pueden irse?

—Poner a mi mujer y mis hijos en brazos de la muerte y dejarles perecer con este castillo era innoble. Resolví que mi cuerpo ya había muerto y, sin embargo, no me libré de mis triviales prejuicios y malas pasiones. Vuestras palabras me han avergonzado. Os ruego encarecidamente que cuidéis de Oichi, todavía tan joven, y de mis hijos.

—Con mi vida, señor.

Hideyoshi inclinó la cabeza hasta tocar el suelo. En aquel momento imaginó el semblante feliz de Nobunaga.

—Bien, entonces os veré más tarde —dijo Nagamasa y, volviéndose, echó a andar con largas zancadas hacia el torreón.

Mikawa condujo a Hideyoshi a una habitación de invitados, esta vez como enviado formal de Nobunaga.

Los ojos de Hideyoshi reflejaban el alivio que sentía. Entonces se volvió hacia Mikawa.

—Perdonad, pero ¿queréis esperar un momento mientras hago una señal a los hombres que están fuera del castillo?

—¿Una señal? —preguntó Mikawa con una suspicacia comprensible.

Pero Hideyoshi habló como si su petición fuese natural.

—Así es. Prometí hacerlo cuando vine aquí por orden del señor Nobunaga. Si las cosas no salían

bien, tenía que comunicar mediante una señal de fuego el rechazo del señor Nagamasa, incluso a costa de mi vida. Entonces el señor Nobunaga atacaría el castillo de inmediato. En cambio, si todo salía bien y podía entrevistarme con el señor Nagamasa, tenía que alzar un estandarte. En cualquier caso, convinimos que las tropas se limitarían a esperar hasta que les diera una señal.

Mikawa pareció sorprendido por tales preparativos, pero lo que le sorprendió todavía más fue el cartucho de señales que Hideyoshi había escondido cerca del hogar en la casa de té.

Después de alzar el estandarte y regresar a la habitación de invitados, Hideyoshi se rió y dijo:

—Si hubiera visto que la situación era irremediable, tenía la intención de correr tan rápido como pudiera a la casa de té y arrojar el cartucho de señales al fuego del hogar. ¡Menuda ceremonia del té habría sido!

\* \* \*

Hideyoshi estaba a solas. Habían transcurrido más de tres horas desde que Mikawa le llevara a la habitación de invitados y le pidiera que esperase un momento.

Aburrido, Hideyoshi pensó que realmente aquel hombre se estaba tomando su tiempo. Las sombras del atardecer oscurecían ya el techo calado de la sala vacía. Ya estaba lo bastante oscuro para que encendieran lámparas, y cuando miró al exterior vio que el sol poniente del otoño tardío teñía de intenso color carmesí las montañas alrededor del castillo.

El plato colocado ante él estaba vacío. Por fin oyó el sonido de pisadas y un maestro del té entró en la estancia.

—Como el castillo está asediado, me temo que tengo poco que ofrecer, pero Su Señoría me ha pedido que os prepare la cena.

El maestro del té animó al invitado encendiendo un par de lámparas.

—Mirad, en estas circunstancias no tenéis que preocuparos por mi cena. En lugar de eso, me gustaría hablar con el general Mikawa. Perdonad que os moleste, pero ¿podrías llamarle?

Mikawa se presentó poco después. En poco menos de cuatro horas había envejecido diez años. Parecía haber perdido todo su vigor y sus ojos evidenciaban que había llorado.

—Perdonadme —le dijo—. He sido terriblemente descortés.

—No es éste el momento de pensar en la etiqueta normal —replicó Hideyoshi—, pero me pregunto qué está haciendo el señor Nagamasa. ¿Se ha despedido de Oichi y los niños? Se está haciendo tarde.

—Tenéis toda la razón, pero lo que el señor Nagamasa dijo con tal valentía al principio..., bien, ahora que está diciendo a su esposa e hijos que deben abandonarle para siempre..., creo que podéis imaginar... —El anciano general bajó los ojos y se enjugó las lágrimas con los dedos—. La señora Oichi dice que no quiere abandonar a su marido para volver con su hermano. No cesa de suplicarle, y por eso es difícil saber cuándo terminarán.

—Sí, claro...

—Ella incluso me ha suplicado, diciendo que cuando contrajo matrimonio resolvió que este castillo sería su tumba. Hasta la pequeña Chacha parece comprender lo que les sucede a sus padres y llora que da lástima, preguntando por qué tiene que abandonar a su padre y por qué él ha de morir. Perdonadme, general Hideyoshi..., soy descortés.

Hideyoshi simpatizaba con el sufriente Mikawa y entendía muy bien la aflicción de Nagamasa y Oichi. Se conmovía con más facilidad que otros hombres, y ahora las lágrimas se deslizaron rápidamente por sus mejillas. Aspiró por la nariz repetidas veces y miró el techo, pero no olvidaba su misión y se reprendió a sí mismo. No debía permitir que la mera emoción le extraviase. Se enjugó las lágrimas y apremió al anciano.

—He prometido esperar, pero no puedo hacerlo eternamente. Quisiera pedirlos que se establezca un tiempo límite para su despedida. Vos podríais decir hasta qué hora, por ejemplo.

—Naturalmente. Bien..., me responsabilizaré de ello, pero quisiera pedirlos que esperéis hasta la hora del jabalí. Puedo aseguraros que por entonces la madre y los niños habrán abandonado el castillo.

Hideyoshi no se negó, a pesar de que no quedaba tanto tiempo, pues Nobunaga estaba decidido a tomar Odani antes de la puesta del sol. Todo el ejército aguardaba expectante. Aunque Hideyoshi había hecho ondear el estandarte indicador de que el intento de rescate había tenido éxito, estaba transcurriendo demasiado tiempo. Nobunaga y sus generales no podían saber lo que ocurría dentro del castillo. Hideyoshi imaginaba su perplejidad, las diversas opiniones expresadas en el cuartel general, la indecisión y la confusión en el semblante de Nobunaga mientras escuchaba las voces de la duda.

—Sí, es razonable —convino Hideyoshi—. Así sea. Dejémosles despedirse sin prisas hasta la hora del jabalí.

Animado por el consentimiento de Hideyoshi, Mikawa se dirigió al torreón central. Por entonces los colores del atardecer ya se intensificaban. El maestro del té y sus ayudantes sirvieron a Hideyoshi exquisiteces y sake que de ordinario no se habrían encontrado en un castillo sometido a asedio.

Cuando los sirvientes se retiraron, Hideyoshi bebió a solas. Parecía como si su cuerpo absorbiera el otoño desde la taza lacada de fino borde. Era un sake con el que uno no podría emborracharse, frío y ligeramente amargo. Se dijo que también debía beberlo con entusiasmo y se preguntó: «¿Qué diferencia hay entre quienes van a la muerte y quienes se quedan atrás? Supongo que podría decirse un solo instante, desde el punto de vista filosófico a largo plazo, dado el flujo de los milenios». Intentó reírse, pero cada vez que bebía el sake le helaba el corazón. En aquel silencio opresivo tenía la sensación de que los sollozos pugnaban por exteriorizarse.

El llanto y la aflicción de Oichi, Nagamasa, los rostros inocentes de los niños... Imaginaba lo que estaba sucediendo en el torreón. Se preguntó lo que sentiría si estuviera en lugar de Asai Nagamasa. Al pensar así, sus emociones dieron un brusco giro y recordó sus últimas palabras a Nene:

—Soy un samurai y esta vez es posible que muera en alguna batalla. Si me matan, tienes que volver a casarte antes de cumplir los treinta años. Después de esa edad tu belleza se desvanecerá y la posibilidad de un matrimonio feliz será muy remota. Eres una persona discreta, y es mejor que el ser humano tenga discernimiento en esta vida. Así pues, si has pasado de los treinta, elige un buen camino según tu discernimiento. No voy a ordenarte que te cases de nuevo. Y una vez más, si tenemos un hijo, planea un futuro para que ese hijo sea tu sostén, tanto si eres joven como entrada en años. No te abandones a las quejas de las mujeres. Piensa como una madre y emplea tu discernimiento de madre en todo lo que hagas.

En algún momento se quedó dormido, lo cual no quiere decir que se hubiera tendido, sino que permaneció sentado e inmóvil como si estuviera practicando meditación. De vez en cuando cabeceaba. Tenía facilidad para dormir, una habilidad que había desarrollado durante las circunstancias desfavorables de su juventud, y era tan disciplinado que podía quedarse dormido cuando lo deseaba, al

margen de la hora o el lugar.

Le despertó el sonido de un tamboril. Los sirvientes se habían llevado las bandejas de comida y el sake. Sólo las lámparas brillaban todavía con una luz blanca. Su aturdimiento había desaparecido y ya no sentía fatiga. Se dio cuenta de que debía de haber dormido un buen rato. Al mismo tiempo sintió que le envolvía una sensación de alegría. Antes de que se durmiera, la atmósfera del castillo había sido de tristeza y melancolía, pero ahora había cambiado con los sonidos del tamboril, las voces y las risas, y, de un modo extraño, una efusión de afabilidad parecía llegar flotando desde alguna parte.

Sin que pudiera evitarlo, se sentía como si estuviera embrujado. Sin embargo, estaba claramente despierto y todo era real. Llegaba a sus oídos el sonido del tamboril y las palabras de un canto. Los sonidos procedían del torreón y eran lejanos e inconfundibles, pero estaba seguro de que alguien se había echado a reír.

De repente Hideyoshi quiso estar entre la gente y salió a la terraza. Vio gran número de lámparas así como personas en la residencia del señor, al otro lado del amplio jardín central. Una brisa ligera transportaba el olor del sake, y cuando el viento sopló en su dirección, oyó al samurai que marcaba el ritmo con el tamboril y entonaba:

Las flores son carmesíes,  
las ciruelas están perfumadas.  
Los sauces son verdes  
y el corazón de un hombre decide su valor.  
Hombres entre hombres,  
samurais que somos,  
flores entre flores,  
samurais que somos.  
Así pasa la vida humana.  
¿Qué es sin algún placer?,  
aunque no llegues a ver el mañana.

No, sobre todo si no llegas a ver el mañana. Tal era la teoría que Hideyoshi acariciaba. Él, que despreciaba la oscuridad y amaba la luz, había encontrado algo que era una bendición en este mundo. Casi de un modo inconsciente caminó sin prisa en dirección al jolgorio, atraído por las voces que cantaban. Los sirvientes pasaban corriendo por su lado, con grandes bandejas llenas de comida y un barril de sake.

Se apresuraban con el mismo afán que probablemente mostrarían en la defensa del castillo. La fiesta era ciertamente alegre y el vigor de la vida aparecía en todos los rostros. Era suficiente para que Hideyoshi se sintiera un poco dubitativo.

—¡Eh! ¿No sois el señor Hideyoshi?

—Ah, general Mikawa.

—No he podido hallaros en la habitación de invitados y os buscaba por todas partes.

Mikawa también tenía las mejillas enrojecidas por el sake y ya no parecía tan ojeroso.

—¿A qué viene este jaleo en el torreón? —le preguntó Hideyoshi.

—No os preocupéis. Tal como os he prometido, terminará a la hora del jabalí. Dicen que, puesto que todos hemos de morir, debemos hacerlo de una manera gloriosa. El señor Nagamasa y sus hombres están muy animados, por lo que ha hecho abrir todos los barriles de sake del castillo y convocado una asamblea de los samurais. Así van a despedirse unos de otros bebiendo antes de abandonar este mundo.

—¿Qué me decís de la despedida de su esposa e hijos?

—Nos hemos ocupado de ello.

A pesar de su embriaguez, las lágrimas volvieron a agolparse en los ojos de Mikawa. Una asamblea de los samurais... Era un acontecimiento habitual en todo clan, una ocasión en que las rígidas divisiones entre clases y entre señor y servidores se relajaban, y todo el mundo disfrutaba con las canciones y la exaltación de la bebida.

La reunión tenía un doble propósito: era la despedida de Nagamasa de sus servidores, que estaban a punto de morir, y de su esposa e hijos, los cuales vivirían.

—Pero voy a aburrirme si estoy ahí aislado hasta la hora del jabalí —dijo Hideyoshi—. Con vuestro permiso, me gustaría asistir al banquete.

—Precisamente por ello os estaba buscando. Eso es también lo que desea Su Señoría.

—¡Cómo! ¿El señor Nagamasa quiere que asista?

—Dice que si confía su esposa e hijos al clan Oda, debéis cuidar de ellos a partir de ahora, sobre todo de sus hijos pequeños.

—¡No debe preocuparse! Y quisiera decírselo en persona. ¿Me llevaréis a su lado?

Hideyoshi siguió a Mikawa hasta un gran salón de banquetes. Todos los rostros se volvieron hacia él. El olor del sake impregnaba la atmósfera. Naturalmente, todos vestían armadura completa y cada hombre estaba resuelto a morir. Morirían juntos. Como flores agitadas por el viento, estaban dispuestos a caer todos a la vez. Pero ahora, cuando se estaban divirtiendo lo mejor que podían, ¡de improviso allí estaba el enemigo! Muchos miraron furibundos a Hideyoshi, con los ojos inyectados en sangre, unos ojos que habrían hecho encogerse de miedo a la mayoría de los hombres.

—Disculpadme —dijo Hideyoshi sin dirigirse a nadie en particular.

Entró en la sala, caminando con pasos cortos, y avanzó hacia Nagamasa, ante el cual se postró.

—Heme aquí, agradecido porque habéis ordenado que incluso a mí me sirvan una taza de sake. Con respecto al futuro de vuestros hijos, podéis estar seguro de que los protegeré incluso a costa de mi propia vida.

Hideyoshi habló así de corrido. Si hubiera hecho una pausa o dado la menor impresión de temor, los samurai que le rodeaban, impulsados por la embriaguez y el odio, podrían haber emprendido alguna acción funesta.

—Ésa es mi petición, general Hideyoshi.

Nagamasa le ofreció una taza y, cuando Hideyoshi la tomó y se la llevó a los labios, el señor del castillo pareció satisfecho. El enviado de Oda no se había atrevido a mencionar los nombres de Oichi ni Nobunaga. La joven y bella esposa de Nagamasa estaba sentada con sus hijos en un lado de la sala, ocultos tras un biombo plateado. Se acurrucaban como lirios que florecieran en el borde de un estanque. Hideyoshi observó por el rabillo del ojo el parpadeo del farol plateado, pero no miró directamente al grupo. Devolvió respetuosamente la taza a Nagamasa.

—En estos momentos deberíamos olvidar que somos enemigos —dijo Hideyoshi—. Ya que he



aceptado este sake en vuestra asamblea, si me dais permiso me gustaría interpretar una breve danza.

—¿Queréis bailar? —inquirió Nagamasa, expresando la sorpresa de todos los hombres presentes.

Todos se sentían un poco intimidados por aquel hombre menudo.

Oichi atrajo a los niños a sus rodillas, como una gallina madre podría proteger a sus polluelos.

—No temáis —les susurró—. Aquí está vuestra madre.

Tras recibir el permiso de Nagamasa para danzar, Hideyoshi se levantó y fue al centro de la sala. Estaba a punto de empezar cuando Manju gritó:

—¡Es él!

Manju y Chacha se aferraron al regazo de su madre. Estaban mirando al hombre que antes les había asustado tanto.

Hideyoshi empezó a marcar el ritmo con el pie. Al mismo tiempo abrió un abanico con un círculo rojo sobre fondo dorado.

Como tengo tanto ocio,  
miro la calabaza en el portal.  
De vez en cuando, una brisa suave  
inesperadamente aquí, casualmente allí, inesperada, casual,  
la enredadera de la calabaza,  
¡qué divertida!

Cantó con voz recia y danzó como si no hubiera otra cosa en su mente. Pero antes de que hubiera terminado la danza, se oyeron disparos desde una sección de la muralla del castillo. Siguió el estrépito de una descarga desde una distancia más corta. Parecía como si las fuerzas tanto dentro como fuera del castillo hubieran empezado a disparar al mismo tiempo.

—¡Maldita sea! —exclamó Hideyoshi, arrojando al suelo el abanico.

Todavía no era la hora del jabalí. Sin embargo, los hombres que estaban fuera del castillo no habían sabido nada de ese convenio. Hideyoshi no les había dado una segunda señal. Creyendo que no atacarían, se habían sentido más o menos seguros. Pero ahora parecía que los estrategas del cuartel general habían perdido la paciencia y decidido apremiar a Nobunaga para que emprendiera la acción de inmediato.

«¡Maldita sea!» El abanico de Hideyoshi cayó a los pies de los generales del castillo, los cuales se habían levantado al mismo tiempo, y eso hizo que su atención se fijara en Hideyoshi, a quien hasta entonces no habían considerado como un enemigo.

—¡Un ataque! —gritó uno de los hombres.

—¡El muy cobarde! ¡Nos ha mentido!

Los samurais se dividieron. El grupo más numeroso corrió al exterior mientras los hombres restantes rodeaban a Hideyoshi, dispuestos a acabar con él.

—¿Quién ha ordenado esto? —gritó de repente Nagamasa a voz en cuello—. ¡No le toquéis! ¡Este hombre no debe morir!

—¡Pero el enemigo ha lanzado un ataque general! —replicaron sus hombres como si le desafiaran.

Nagamasa hizo caso omiso de sus quejas.

—¡Ogawa Denshiro y Nakajima Sakon! —llamó.

Los dos hombres eran tutores de sus hijos. Cuando se adelantaron y postraron ante él, Nagamasa llamó también a Fujikake Mikawa.

—Vosotros tres protegeréis a mi esposa y mis hijos y guiaréis a Hideyoshi fuera del castillo. ¡Marchaos ya!

Entonces miró severamente a Hideyoshi y, calmándose tanto como pudo, le dijo:

—Muy bien, os los confío.

La mujer y los niños se arrojaron a sus pies, pero él los apartó.

—Adiós —les gritó.

Tras decir esta sola palabra, Nagamasa empuñó una alabarda y salió a la oscuridad llena de clamores.

Uno de los lados del castillo estaba envuelto en llamas. Nagamasa se protegió instintivamente la cara con una mano mientras corría. Astillas ardientes, como alas de fuego, le rozaron la cara. Una espesa humareda negra se alzaba desde el suelo. Los dos primeros samurais de Oda que irrumpieron en el castillo ya habían gritado sus nombres. Las llamas habían alcanzado la residencia en el torreón y corrían por los canalones más rápidamente de lo que el agua jamás había bajado por ellos. Nagamasa observó a un grupo de hombres con cascos de hierro ocultos en aquella zona y de repente se abalanzó al lado.

—¡El enemigo!

Los servidores más íntimos y los familiares permanecieron a su alrededor y atacaron a las tropas invasoras. Por encima de sus cabezas crepitaban las llamas y les rodeaba el humo negro. Los sonidos metálicos de las armaduras, el entrechocar de lanzas y espadas llenaban el aire. El suelo quedó pronto cubierto por los cuerpos de muertos y heridos. La mayor parte de los soldados que estaban en el castillo siguieron a Nagamasa y lucharon durante tanto tiempo como pudieron, y cada uno de ellos tuvo una muerte gloriosa. Pocos fueron capturados o se rindieron. La caída del castillo de Odani no fue similar a la derrota de los Asakura en Echizen o del shogun en Kyoto. Así pues, podría decirse que el juicio de Nobunaga había sido acertado al elegir a Nagamasa por cuñado.

Los problemas de Hideyoshi, que había salvado a Oichi y a sus hijos de las llamas, y los de Fujikake Mikawa, no tenían que ver con la batalla. Si las tropas atacantes hubieran esperado tan sólo media hora más, Hideyoshi y las personas a su cargo habrían podido salir fácilmente del castillo, pero unos minutos después de que salieran del torreón el interior del castillo estaba en llamas y lleno de soldados que se batían, por lo que a Hideyoshi le resultaba muy difícil proteger a los cuatro niños y sacarlos de allí.

Fujikake Mikawa llevaba la niña más pequeña a la espalda, Nakajima Sakon cargaba con su hermana, Hatsu, mientras que Manju estaba atado a la espalda de su tutor, Ogawa Denshiro.

—Salta a mis hombros —dijo Hideyoshi a Chacha, pero la chiquilla se negó a separarse de su madre. Oichi la atrajo hacia sí, como si no estuviera dispuesta a soltarla. Hideyoshi las separó bruscamente y las reprendió—. Sólo faltaría que sufrierais algún daño. Os lo ruego, esto es lo que me ha pedido el señor Nagamasa.

No era aquél momento para tratarlas con simpatía, y aunque sus palabras eran corteses, su tono asustaba. Oichi le cargó a Chacha en la espalda.

—¿Todo el mundo está listo? No os apartéis de mi lado. Señora, dadme la mano, por favor.

Con Chacha sobre los hombros, Hideyoshi cogió la mano de Oichi y se puso en marcha. Oichi avanzó dando traspiés, apenas capaz de mantener el equilibrio. No tardó en liberar su mano de Hideyoshi sin

decir una sola palabra y le siguió como la madre que era, medio enloquecida de temor por la seguridad de los niños que estaban delante y detrás de ella en medio de la contienda.

Nobunaga contemplaba las llamas del castillo de Odani, que ahora casi estaban lo bastante cerca para quemarle la cara. Las montañas y valles en los tres lados eran de color rojo, y el castillo en llamas rugía como un enorme horno de fundición.

Cuando por fin las llamas se redujeron a cenizas humeantes y todo hubo terminado, Nobunaga no pudo contener las lágrimas por el destino de su hermana. «¡Ese idiota!», pensó, maldiciendo a Nagamasa.

Cuando todos los templos y monasterios del monte Hiei fueron entregados a las llamas junto con las vidas de cada monje y lego de la montaña, Nobunaga lo contempló sin conmoverse. Ahora aquellos mismos ojos estaban llenos de lágrimas. La carnicería del monte Hiei no podía compararse con la muerte de su hermana.

Los seres humanos poseen intelecto e instinto, y éstos a menudo se contradicen. Sin embargo, Nobunaga tenía una gran fe en su destrucción del monte Hiei; creía que al destruir una sola montaña podría prometer felicidad y prosperidad a innumerables seres humanos. La muerte de Nagamasa no tenía una importancia tan grande. Nagamasa había luchado con un sentido del deber y el honor estrecho de miras, y Nobunaga se había visto obligado a hacer lo mismo. Había pedido a su cuñado que abandonara su atrofiado sentido del deber y compartiera la visión más amplia que él tenía. Ciertamente había tratado a Nagamasa con mucha consideración y generosidad hasta el mismo final, pero esa generosidad debía tener un límite. Habría sido indulgente con su cuñado hasta aquella misma noche, pero sus generales no lo permitirían.

Aunque Takeda Shingen de Kai había muerto, sus generales y soldados seguían en perfectas condiciones, y se suponía que las capacidades del hijo superaban a las del padre. Los enemigos de Nobunaga sólo estaban esperando que diera un traspies. Sería una locura aguardar pasivamente durante largo tiempo en el norte de Omi después de que hubiera derrotado a Echizen de un solo golpe. Al escuchar esta clase de razonamiento y argumentación por parte de sus generales, incluso Nobunaga había sido incapaz de hablar en favor de su hermana. Pero entonces Hideyoshi solicitó permiso para ser el enviado de Nobunaga durante un solo día, y aunque había enviado una señal de buenas noticias mientras aún había luz, llegó el crepúsculo, luego la noche y no había enviado ninguna otra información.

Los generales de Nobunaga estaban indignados.

—¿Creéis que el enemigo le ha engañado?

—Probablemente ha muerto.

—El enemigo planea alguna treta mientras estamos desprevenidos.

Nobunaga se resignó y finalmente dio la orden de un ataque general. Pero tras haber tomado su decisión, se preguntó si no habría sacrificado la vida de Hideyoshi y su remordimiento fue casi insoportable.

De repente un joven samurai revestido de negra armadura llegó corriendo con tal precipitación que casi golpeó a Nobunaga con su lanza.

—¡Mi señor! —dijo jadeando.

—¡Arrodíllate! —le ordenó un general—. ¡Y ponte la lanza a la espalda!

El joven samurai cayó pesadamente de rodillas bajo las miradas de los servidores que rodeaban a Nobunaga.

—El señor Hideyoshi acaba de regresar. Ha podido salir del castillo sin contratiempo.

—¿Qué? ¿Hideyoshi ha vuelto? —exclamó Nobunaga—. ¿Sólo? —se apresuró a preguntar.

—Ha venido con tres hombres del clan Asai y con la señora Oichi y sus hijos.

Nobunaga estaba temblando.

—¿Estás seguro? ¿Los has visto?

—Formo parte de un grupo que les ha protegido durante el regreso, en cuanto salieron del castillo que era pasto de las llamas. Estaban exhaustos, así que los llevamos a un lugar seguro y les dimos agua. El señor Hideyoshi me ha ordenado que viniera corriendo para informaros.

—Eres un servidor de Hideyoshi —dijo Nobunaga—. ¿Cómo te llamas?

—Soy su paje principal, Horio Mosuke.

—Gracias por traer tan buena noticia. Ahora ve a descansar.

—Gracias, mi señor, pero la batalla continúa.

Dicho esto, Mosuke se apresuró a despedirse y corrió hacia el distante clamoreo de los guerreros.

—Ayuda divina... —musitó alguien con un suspiro.

Era Katsuie.

Los demás generales también felicitaron a Nobunaga.

—Ésta es una bendición que no preveíamos. Debéis de estar muy contento.

La emoción embargaba a aquellos hombres. Estaban celosos de los logros de Hideyoshi, y eran los mismos que se habían declarado partidarios de abandonarle y habían apresurado un ataque general contra el castillo.

Sin embargo, la alegría de Nobunaga era desbordante, y su excelente estado de ánimo influyó de inmediato en todos los miembros del cuartel general. Mientras los demás le felicitaban, el astuto Katsuie dijo en privado a Nobunaga:

—¿Voy a recibirle?

Tras recibir el permiso, se alejó con algunos servidores por la empinada pendiente hacia el castillo. Finalmente, bajo la protección de Hideyoshi, la tan esperada Oichi subió al cuartel general instalado en la altiplanicie. La precedía un pequeño grupo de soldados que portaban antorchas. Hideyoshi avanzaba jadeante detrás de los hombres, llevando todavía a Chacha a la espalda.

Lo primero que vio Nobunaga fue el sudor en la frente de Hideyoshi, brillante a la luz de las antorchas. Luego llegaron el viejo general, Fujikake Mikawa, y los dos tutores, cada uno con un niño a la espalda. Nobunaga miró a los niños en silencio y sin que su semblante reflejase la menor emoción. Entonces, a unos veinte pasos detrás, apareció Shibata Katsuie, con una mano blanca sujeta al hombro de su armadura. La mano pertenecía a Oichi, que estaba semiaturdida.

—Señora Oichi —dijo Katsuie—, vuestro hermano está aquí.

Katsuie la condujo rápidamente ante Nobunaga.

Cuando Oichi volvió del todo en sí, lo único que pudo hacer fue echarse a llorar. Por un instante los sollozos de la mujer se impusieron a todos los demás sonidos del campamento e incluso oprimieron los corazones de los generales veteranos que estaban presentes. Sin embargo, Nobunaga parecía disgustado. Allí estaba su amada hermana por quien había estado tan preocupado sólo unos momentos antes. ¿Por qué no la recibía con vehemente alegría? ¿Acaso algo había echado a perder su estado de ánimo? Los generales estaban consternados. La situación era incomprensible incluso para Hideyoshi. Los servidores

más íntimos de Nobunaga sufrían continuamente sus rápidos cambios de humor. Cuando veían la familiar expresión en su rostro, ninguno de ellos podía hacer más que mantenerse en silencio, y en medio del silencio al mismo Nobunaga le resultaba difícil cobrar ánimo.

No eran muchos los servidores de Nobunaga capaces de adivinar sus pensamientos profundos y separarlos de su carácter malhumorado e introvertido. En realidad, Hideyoshi y el ausente Akechi Mitsuhide eran los únicos que tenían esa habilidad.

Hideyoshi contempló la situación durante un momento y, como nadie parecía dispuesto a hacer nada, se dirigió a Oichi.

—Vamos, vamos, mi señora. Id a su lado y saludadle. No vais a quedaros aquí llorando de alegría. ¿Qué sucede? Sois hermanos, ¿no?

Oichi no se movió. Ni siquiera podía mirar a su hermano y sólo pensaba en Nagamasa. Para ella, Nobunaga no era más que el general enemigo que la había llevado allí tras matar a su marido. Era una cautiva avergonzada en el campamento enemigo.

Nobunaga conocía con exactitud los sentimientos de su hermana y por ello, junto con la satisfacción por su seguridad, sentía una repugnancia incontrolable hacia aquella mujer necia que no podía comprender el gran amor de su hermano.

—Déjala, Hideyoshi, no malgastes la saliva.

Nobunaga se levantó bruscamente de su escabel de campaña. Entonces alzó una sección de la cortina que rodeaba su cuartel general.

—Odani ha caído —susurró, contemplando las llamas.

Tanto los gritos de combate como los incendios del castillo se estaban extinguiendo, y la luna menguante arrojaba una luz blanca sobre las cumbres y los valles que aguardaban el alba.

En aquel momento un oficial y sus hombres subieron a toda prisa la cuesta, lanzando gritos de victoria. Cuando depositaron las cabezas de Asai Nagamasa y sus servidores ante Nobunaga, Oichi gritó y los niños aferrados a ella se echaron a llorar.

—¡Que cese ese ruido! —gritó Nobunaga—. ¡Katsuie! ¡Llévate a los pequeños de aquí! Los dejo a tu cuidado... A Oichi y los niños. Date prisa y llévalos a algún sitio donde nadie los vea.

Entonces llamó a Hideyoshi y le dijo:

—Tú estarás al frente de los que fueron dominios de Asai.

Había decidido regresar a Gifu en cuanto cayera el castillo.

Oichi necesitó ayuda para alejarse de allí. Más adelante se casaría con Katsuie. Pero una de las tres hijas que habían bajado de la montaña en llamas aquella noche tendría un destino aún más extraño que el de su madre. La mayor, Chacha, sería en el futuro la señora Yodogimi, querida de Hideyoshi.

\* \* \*

Comenzaba el tercer mes del año siguiente. Nene había recibido buenas noticias de su marido.

Aunque algunas paredes del castillo de Nagahama son todavía un poco ásperas, ha pasado tanto tiempo que apenas puedo esperar a veros. Por favor, dile a mi madre que inicie los preparativos para trasladaros pronto aquí.

Con una nota tan breve habría sido difícil imaginar lo que sucedía, pero en realidad desde el Año Nuevo marido y mujer habían intercambiado varias misivas. Hideyoshi no había tenido ni un momento de ocio. Había llevado a cabo una campaña de varios meses en las montañas al norte de Omi, y como era preciso librar batallas aquí y allá, incluso cuando tenía algún pequeño respiro pronto le enviaban corriendo a algún otro lugar.

Los servicios de Hideyoshi habían sido inmejorables durante la invasión de Odani. Nobunaga le recompensó concediéndole por primera vez su propio castillo y ciento ochenta mil fanegas del antiguo dominio de Asai. Hasta entonces sólo había sido un general, pero de un salto se unió a las filas de los señores provinciales. Al mismo tiempo Nobunaga le impuso un nuevo nombre: Hashiba.

Aquel otoño Hashiba Hideyoshi empezó a sobresalir y ahora estaba a la altura de los demás generales veteranos de Oda. Sin embargo, su nuevo castillo de Odani no le satisfacía, pues era del tipo defensivo, apropiado para retirarse en él y resistir un asedio, pero no como base para una ofensiva. A tres leguas al sur, en la orilla del lago Biwa, había encontrado un sitio mejor donde residir, una aldea llamada Nagahama. Tras recibir el permiso de Nobunaga, emprendió la construcción de inmediato. En primavera habían sido completados el torreón de blancas paredes, los gruesos muros y los portales de hierro.

Hachikusa Hikoemon había recibido el encargo de escoltar a la esposa y la madre de Hideyoshi desde Sunomata, y llegó de Nagahama pocos días después de que Nene hubiera recibido la carta de Hideyoshi. Transportaron a Nene y su suegra en palanquines lacados, con una escolta de cien hombres.

La madre de Hideyoshi había pedido a Nene que pasaran por Gifu y pidiera una audiencia con el señor Nobunaga para agradecerle los muchos favores que les había concedido. Esto le pareció a Nene una grave responsabilidad y lo consideró una experiencia penosa. Estaba segura de que si iba a Gifu y se presentaba sola ante el señor Nobunaga, no podría hacer más que permanecer sentada y temblando.

Sin embargo, llegó el día y, dejando a su suegra en la posada, se encaminó sola al castillo, llevando regalos de Sunomata. Una vez en el castillo pareció olvidar su inquietud, miró a su señor a la cara por primera vez y, al contrario de lo que había esperado, descubrió que estaba totalmente libre de prejuicios y era afable.

—Debes de haber hecho un gran esfuerzo, cuidando del castillo y de tu suegra durante tanto tiempo. Y lo que es más, debes de haberte sentido muy sola.

Nobunaga le habló con tal familiaridad que ella se dio cuenta de que su propia familia debía de estar relacionada de alguna manera con aquel hombre. Tuvo la sensación de que podía prescindir por completo de las reservas.

—Me siento indigna por vivir apaciblemente en casa mientras otros están combatiendo. El cielo podría castigarme si me quejara de soledad.

Nobunaga la interrumpió riendo.

—No, no. Un corazón de mujer es un corazón de mujer y no deberías ocultarlo. Al pensar en lo sola que estabas ocupándote de la casa llegarás a una comprensión más profunda de las buenas facetas de tu marido. Alguien escribió un poema al respecto. Dice más o menos así: «Al partir de viaje, el marido comprende el valor de su esposa en la posada cargada de nieve». Imagino que Hideyoshi apenas puede esperar, y no sólo eso, sino que el castillo de Nagahama es nuevo. Esperar a solas durante la campaña debe de haber sido penoso, pero cuando os reunáis, seréis otra vez como recién casados.

Llena de rubor, Nene se postró. Debía de haber recordado que era otra vez como una novia. Nobunaga supuso lo que estaba pensando y sonrió.

Trajeron comida y tazas lacadas de color bermellón para el sake. Nene recibió la taza que le ofrecía su anfitrión y sorbió el sake con elegancia.

—Nene —le dijo él, riendo. Por fin capaz de mirarle directamente, ella alzó los ojos, preguntándose qué iba a decirle—. Una sola cosa: no seas celosa.

—Sí, mi señor —respondió ella sin pensar, pero volvió a ruborizarse.

También había llegado a sus oídos el rumor de una visita de Hideyoshi al castillo de Gifu en compañía de una hermosa mujer.

—Hideyoshi es así. No es perfecto, pero piensa que un cuenco de té demasiado perfecto carece de encanto. Todo el mundo tiene defectos. Cuando una persona ordinaria tiene vicios, se convierte en una fuente de conflictos, pero son pocos los hombres con las capacidades de Hideyoshi. A menudo me he preguntado qué clase de mujer elegiría a un hombre como él. Ahora, después de conocerte, sé que Hideyoshi también debe amarte. No seas celosa y vivid en armonía.

¿Cómo podía Nobunaga haber comprendido tan bien el corazón de una mujer? Aunque le daba un poco de miedo, era un hombre en el que tanto su marido como ella misma podían confiar. No sabía si sentirse complacida o azorada.

Nene regresó a su alojamiento en la ciudad fortificada, pero de lo que habló más a su suegra, que la aguardaba inquieta, no fue de la recomendación que le había hecho Nobunaga respecto a los celos.

—Cuando alguien menciona el nombre de Nobunaga todo el mundo tiembla de miedo, y por eso me intrigaba qué clase de persona sería. Pero no creo que haya muchos señores en este país más afectuosos que él. No alcanzo a imaginar cómo un hombre tan refinado podría convertirse en el terrible demonio que dicen que es a lomo de un caballo. También sabía algo de ti, y ha dicho que tienes un hijo extraordinario y que debes ser la persona más feliz de Japón. Afirma que hay muy pocos hombres como Hideyoshi en todo el país y que he elegido un buen marido. Incluso me ha halagado diciéndome que soy muy perspicaz.

El viaje de las dos mujeres prosiguió apaciblemente. Cruzaron Fuwa y por fin vieron desde sus palanquines la superficie del lago Biwa en primavera.

# LIBRO CINCO

TERCER AÑO DE TENSHO  
1575



# Personajes y lugares

Takeda Katsuyori, hijo de Takeda Shingen y señor de Kai

Baba Nobufusa, servidor de alto rango de Takeda

Yamagata Masakage, servidor de alto rango de Takeda

Kuroda Kanbei, servidor de Odera

Myoko, nombre adoptado por la madre de Ranmaru cuando se hizo monja

Uesugi Kenshin, señor de Echigo

Yamanaka Shikanosuke, servidor de alto rango de Amako

Mori Terumoto, señor de las provincias occidentales

Kikkawa Motoharu, tío de Terumoto

Kobayakawa Takakage, tío de Terumoto

Oda Nabutada, hijo mayor de Nobunaga

Ukita Naoie, señor del castillo de Okayama

Araki Murashige, servidor de alto rango de Oda

Nakagawa Sebei, servidor de alto rango de Oda

Takayama Udon, servidor de alto rango de Oda

Shojumaru, hijo de Kuroda Kanbei

Sakuma Nobumori, servidor de alto rango de Oda

Nagahama, castillo de Hideyoshi

Kofu, capital de Kai

Azuchi, nuevo castillo de Nobunaga cerca de Kyoto

Himeji, base de Hideyoshi para la invasión del Oeste

Provincias Occidentales, dominio del clan Mori

Itami, castillo de Araki Murashige

# El ocaso de Kai

Takeda Katsuyori había visto la llegada de treinta primaveras. Era más alto y fornido que su padre, Takeda Shingen, y decían de él que era apuesto.

Corría el tercer año tras la muerte de Shingen. El cuarto mes sería el final del periodo oficial de duelo.

La última orden de Shingen, «Ocultad vuestro duelo durante tres años», había sido seguida al pie de la letra. Pero cada año, el día del aniversario de su muerte, las lámparas de todos los templos de Kai, y en particular las del templo Eirin, eran encendidas para celebrar servicios fúnebres. Durante tres días Katsuyori había abandonado todos los asuntos militares y, encerrado en el templo Bishamon, se había entregado a profundas meditaciones.

El tercer día Katsuyori ordenó que se abrieran las puertas del templo para que saliera el humo del incienso quemado durante el servicio fúnebre en memoria de Shingen. En cuanto Katsuyori se hubo cambiado de ropa, Atobe Oinosuke solicitó una audiencia privada y urgente.

—Mi señor —le dijo Oinosuke—, os ruego que leáis esta carta en seguida y me deis vuestra respuesta. Bastará con que sea verbal, yo escribiré la réplica por vos.

Katsuyori se apresuró a abrir la carta.

—Veamos..., de Okazaki.

Era evidente que llevaba algún tiempo esperando la carta, y la expresión de su semblante al leerla no era ordinaria. Por un momento pareció incapaz de tomar una decisión.

Entre la vegetación joven de la primavera tardía se alzaba el canto de una curruca. Katsuyori contempló el cielo a través de la ventana.

—Comprendo. Ésa es mi respuesta.

Oinosuke miró a su patrono.

—¿Será suficiente, mi señor? —le preguntó, sólo para asegurarse.

—Lo será —respondió Katsuyori—. No deberíamos perder esta oportunidad enviada por el cielo. El mensajero tiene que ser un hombre digno de confianza.

—Éste es un asunto de extrema importancia. No tenéis necesidad de preocuparos por eso.

Poco después de que Oinosuke hubiera abandonado el templo, la Oficina de Asuntos de Estado efectuó una llamada a las armas. Hubo movimiento de soldados durante toda la noche y una actividad constante tanto dentro como fuera del castillo. Cuando amaneció, entre catorce y quince mil soldados, humedecidos por el rocío de la mañana, aguardaban ya silenciosamente en la explanada de formación fuera del castillo, y seguían acudiendo más soldados. El sonido de la concha que indicaba la partida de las tropas sonó sobre las casas dormidas de Kofu varias veces antes de que saliera el sol.

Katsuyori sólo había dormido un poco durante la noche, pero ahora vestía armadura completa. No parecía soñoliento y su cuerpo exudaba una salud extraordinaria y sueños de grandeza, como el rocío sobre las hojas nuevas.

No había permanecido ocioso un solo día durante los tres años transcurridos desde la muerte de su padre. Montañas y ríos de fuerte corriente formaban poderosas defensas naturales alrededor de Kai, pero él no se contentaba con la provincia que había heredado. Al fin y al cabo, estaba dotado de más valor y recursos que su padre. De Katsuyori, al contrario que de los vástagos de tantos grandes clanes samurais,

no podía decirse que fuese un hijo indigno. En cambio, sí podría afirmarse que su orgullo, su sentido del deber y su destreza militar eran excesivos.

Por muy secreta que el clan hubiera intentado mantenerla, la noticia de la muerte de Shingen se había filtrado a las provincias enemigas, y muchos la habían considerado una oportunidad demasiado buena para perderla. Los Uesugi habían efectuado un ataque repentino, los Hojo también habían cambiado de actitud. Y era evidente que, si se presentaba la ocasión, los Oda y los Tokugawa llevarían a cabo incursiones desde sus respectivos territorios.

Como todo hijo de un gran hombre, Katsuyori se encontraba en una difícil posición. Sin embargo, jamás había deshonrado el nombre de su padre y en casi todos los combates que libraba se hacía con la victoria. Por este motivo se había extendido el rumor de que la muerte de Shingen no era más que una invención, pues parecía actuar cada vez que se presentaba una oportunidad.

—Los generales Baba y Yamagata han solicitado una audiencia antes de que comience la campaña —le anunció un servidor.

Cuando dieron este mensaje a Katsuyori el ejército estaba a punto de partir. Baba Nobufusa y Yamagata Masakage habían sido servidores de alto rango en la época de Shingen.

—¿Están los dos preparados para marchar? —preguntó Katsuyori.

—Sí, mi señor —replicó el mensajero.

Katsuyori hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces hazles pasar.

Poco después los dos generales se presentaron ante Katsuyori, el cual ya sabía lo que iban a decirle. Baba fue el primero en hablar.

—Como veis, hemos venido rápidamente al castillo sin la menor dilación tras la llamada a las armas de anoche. Pero esto es extraordinario. No ha habido ningún consejo de guerra y nos gustaría saber cuáles son las perspectivas de esta campaña. Nuestra situación actual no nos permite el lujo de movimientos de tropas frívolos.

Yamagata tomó entonces la palabra.

—Vuestro difunto padre, el señor Shingen, saboreó la amarga copa de la derrota demasiadas veces cuando atacó al oeste. Mikawa es pequeña, pero sus guerreros son valientes, y a estas alturas los Oda han tenido tiempo de proponer una serie de contramedidas. Si nos internamos demasiado, es posible que no seamos capaces de salir.

Hablando por turno, los dos hombres plantearon sus objeciones. Eran veteranos experimentados, adiestrados por el mismo Shingen, y no tenían en gran estima ni los recursos ni el valor de Katsuyori. Por el contrario, los consideraban como un peligro. Katsuyori se había dado cuenta de ello hacía algún tiempo, y su carácter no le permitía aceptar el consejo conservador de aquellos hombres, a saber, que lo mejor sería proteger las fronteras de Kai durante varios años.

—Sabéis bien que no emprendería una campaña temeraria. Pedid los detalles a Oinosuke. Pero esta vez vamos a tomar con toda certeza los castillos de Okazaki y Hamamatsu. Les enseñaré cómo hacer realidad un sueño largamente acariciado. Tenemos que mantener en secreto nuestra estrategia. No tengo intención de decir a nuestros hombres lo que estamos haciendo hasta que estemos encima del enemigo.

Katsuyori evitó diestramente las reconvenciones de sus dos generales, los cuales parecían desventurados.

El consejo de que pidieran detalles a Oinosuke no les había hecho gracia. No estaban acostumbrados a que les hablaran de aquella manera. Los dos compartían el mismo criterio, e intercambiaron miradas de profundo asombro. Las tropas se estaban moviendo sin que nadie les hubiera consultado, a ellos, los generales veteranos de Shingen, y quienes tomaban las decisiones eran los del jaez de Atobe Oinosuke.

Baba intentó hablar con Katsuyori una vez más.

—Más adelante escucharemos todo cuanto el señor Oinosuke tenga que decir, pero si primero nos dijerais una o dos palabras sobre este plan secreto, los viejos generales como nosotros estaríamos en condiciones de elegir el lugar donde vamos a morir.

—No voy a decir nada más —replicó Katsuyori, mirando a los hombres que le rodeaban. Entonces añadió severamente—: Me satisface vuestra preocupación, pero sé muy bien lo importante que es este asunto. Además, ahora no puedo abandonar el plan. Esta mañana he prestado juramento sobre las *Mihata Tatenashi*.

Cuando oyeron los nombres sagrados, los dos generales se postraron y rezaron en silencio. Las *Mihata Tatenashi* eran reliquias sagradas veneradas durante generaciones por el clan Takeda. La *Mihata* era la bandera del dios de la guerra, Hachiman, y la *Tatenashi*, la armadura del fundador del clan. El clan Takeda tenía la regla inquebrantable de que un juramento efectuado sobre esos objetos no podía romperse.

Al afirmar que actuaba bajo ese juramento sagrado, Katsuyori quería decir que los dos generales no tenían más motivos para presentar objeciones. En aquel momento el sonido de la concha indicó a las tropas que debían formar, obligando a los viejos generales a marcharse. Sin embargo, preocupados todavía por el sino del clan, cabalgaron hasta la posición de Oinosuke en las filas para hablar con él.

Oinosuke desalojó la zona y les informó orgullosamente del plan. En Okazaki, gobernada ahora por Nobuyasu, el hijo de Ieyasu, había un hombre encargado de las finanzas que se llamaba Oga Yashiro. Algún tiempo atrás Oga había cambiado su lealtad al clan Takeda y ahora era un aliado leal de Katsuyori.

El mensajero que llegó a Tsutsujigasaki dos días antes trajo consigo una carta secreta de Oga, informándole de que la ocasión estaba madura. Nobunaga se hallaba en la capital desde comienzos del año. Incluso antes, cuando Nobunaga intentó destruir a los monjes guerreros de Nagashima, Ieyasu no envió refuerzos, y se había producido cierta tensión en la alianza entre las dos provincias.

Cuando el ejército de Takeda atacara Mikawa con su celeridad legendaria, Oga encontraría el medio de sembrar la confusión en el castillo de Okazaki, abrir las puertas y dejar que entraran las fuerzas de Kai. Entonces Katsuyori mataría a Nobuyasu y retendría a la familia Tokugawa como rehenes. El castillo de Hamamatsu sería obligado a rendirse y su guarnición se uniría al ejército de Takeda, dejando a Ieyasu sin otra alternativa que la de huir a Ise o Mino.

—¿Qué os parece? ¿No creéis que son buenas noticias del cielo?

Oinosuke habló orgullosamente, como si él hubiera sido el autor del plan. Los dos generales no deseaban escuchar nada más. Dejaron a Oinosuke y regresaron a sus regimientos, mirándose en silencio.

—Baba, se dice que una provincia puede caer pero que las montañas y los ríos permanecen —dijo Yamagata con profunda emoción—. Ninguno de nosotros quiere vivir para ver las montañas y ríos de una provincia en ruinas.

Baba hizo un gesto de asentimiento y replicó entristecido:

—El fin de nuestras vidas se acerca rápidamente. Lo único que podemos hacer es encontrar un buen

lugar donde morir, seguir a nuestro antiguo señor y expiar el delito de ser consejeros indignos.

Las reputaciones de Baba y Yamagata como los generales más valientes de Shingen habían llegado mucho más allá de las fronteras de Kai. Ambos hombres tenían el cabello gris cuando Shingen vivía, pero después de su muerte habían encanecido rápidamente.

Las hojas en las montañas de Kai eran de un verde joven y tierno antes de que llegara el tórrido verano de aquel año, y las aguas del río Fuefuki murmuraban la canción de la vida eterna. Pero ¿cuántos soldados se preguntaban si volverían a ver de nuevo aquellas montañas?

El ejército ya no era lo que había sido en vida de Shingen. En el sonido de los estandartes que ondeaban al viento y de los pies en marcha había una nota quejumbrosa que afirmaba la incertidumbre de la vida. Pero los quince mil soldados tocaban sus tambores de guerra, despleaban sus banderas y cruzaban la frontera de Kai, y su esplendor se reflejaba en los ojos de la gente con tanta brillantez como en la época de Shingen.

De la misma manera que el color carmesí del sol poniente era similar al sol del amanecer, adondequiera que uno mirase, ya a los pintorescos estandartes y banderas de cada regimiento, ya a la nutrida caballería protegida con armadura que avanzaba apretadamente alrededor de Katsuyori, no veía señal alguna de declive. Katsuyori tenía una confianza suprema en sí mismo e imaginaba el castillo enemigo de Okazaki ya en sus manos. Con la taracea dorada de su visera reflejándose en sus mejillas, el futuro de aquel joven general parecía brillante. Y lo cierto era que ya había obtenido victorias capaces de fomentar el espíritu de lucha de Kai, incluso después de la muerte del gran Shingen.

Partieron de Kai el primer día del quinto mes y finalmente cruzaron el monte Hira desde Totomi y entraron en Mikawa. Por la noche vivaquearon en la orilla de un río.

Desde la orilla contraria dos samurais enemigos nadaron hacia ellos. Los guardianes los capturaron. Los dos hombres eran samurais de Tokugawa que habían sido expulsados de su propia provincia. Pidieron que les llevaran a presencia de Katsuyori.

—¿Qué? ¿Por qué han venido aquí en su huida?

Katsuyori sabía que eso sólo podía significar una cosa: la traición de Oga había sido descubierta.

El poderoso ejército de Katsuyori ya había entrado en Mikawa, y el dirigente se preguntaba una y otra vez si debía atacar o retirarse. Estaba muy confuso y desalentado. Su estrategia había dependido de la traición de Oga y la confusión que causaría en el castillo de Okazaki. El descubrimiento y la detención de Oga era un revés desastroso. Pero ya que había llegado hasta allí, no sería muy gallardo retroceder sin haber conseguido nada. Por otro lado, un avance imprudente sería un error. El carácter viril de Katsuyori estaba seriamente afectado por la angustia, su naturaleza obstinada sufría al recordar que, cuando el ejército salía de Kai, Baba y Yamagata le habían advertido que no hiciera nada temerario.

—Que tres mil soldados se dirijan a Nagashino —ordenó—. Yo mismo atacaré el castillo de Yoshida y ocuparé toda la zona.

Katsuyori levantó el campamento antes del alba y se puso en marcha hacia Yoshida. Falto de confianza en el éxito, prendió fuego a varias aldeas en una demostración de fuerza. No atacó el castillo de Yoshida, posiblemente porque Ieyasu y su hijo, Nobuyasu, habían eliminado por completo a los traidores y trasladado rápidamente sus tropas hasta Hajikamigahara.

Mientras que el ejército de Katsuyori, incapaz de avanzar o retirarse, sólo podía tratar de preservar su dignidad, las fuerzas de Tokugawa habían destrozado a los rebeldes y avanzado rápidamente con gran

impetu.

—¿Somos una provincia moribunda o en ascenso?

Tal era su grito de guerra. Su número era pequeño, pero su moral era totalmente distinta de la que tenían las tropas de Katsuyori.

Las vanguardias de los dos ejércitos tuvieron pequeños choques dos o tres veces en Hajikamigahara. Pero las fuerzas de Kai tampoco actuaban a la ligera y, comprendiendo que les sería difícil igualar el espíritu marcial del enemigo, se retiraron súbitamente.

—¡A Nagashino! ¡A Nagashino! —gritaron.

Invirtieron con rapidez la dirección de su marcha, dieron la espalda a las fuerzas de Tokugawa y se alejaron como si tuvieran asuntos importantes que resolver en otra parte.

Nagashino era un antiguo campo de batalla y se decía de su castillo que era inexpugnable. En la primera mitad del siglo había sido controlado por el clan Imagawa, y más tarde el clan Takeda lo reclamó como parte de Kai. Pero entonces, en el primer año de Tensho, Ieyasu tomó posesión de él y ahora lo gobernaba Okudaira Sadamasa, del clan Tokugawa, con una guarnición de quinientos hombres.

Debido a su valor estratégico, Nagashino era el centro de toda clase de intrigas, traiciones y efusiones de sangre, incluso en tiempo de paz.

Al atardecer del octavo día del quinto mes, el ejército de Kai había sitiado a la reducida guarnición del castillo.

El castillo de Nagashino se alzaba en la confluencia de los ríos Taki y Ono, en la región montañosa de Mikawa oriental. Detrás de él, al nordeste, no había más que montañas. Su foso, que obtenía el agua de las rápidas corrientes de ambos ríos, tenía una anchura que oscilaba entre ciento ochenta y trescientos pies. El talud tenía noventa pies de altura en el punto más bajo, mientras que el más alto era un precipicio de ciento cincuenta pies. La profundidad del agua no superaba los cinco o seis pies, pero la corriente era rápida, y había algunos lugares de respetable profundidad donde el agua se alzaba espumeante o se arremolinaba en furiosos rápidos.

—¡Qué ostentación! —dijo el gobernador del castillo de Nagashino mientras examinaba la meticulosa disposición de las tropas de Katsuyori desde la torre vigía.

Más o menos desde el décimo día, Ieyasu había empezado a enviar mensajeros a Nobunaga varias veces cada jornada, informando sobre la situación en Nagashino. Cualquier emergencia para los Tokugawa se consideraba una emergencia para los Oda, y en la atmósfera del castillo de Gifu había ya una tensión desacostumbrada.

Nobunaga respondió afirmativamente pero no parecía proceder a una movilización repentina. El consejo de guerra duró dos días.

—No hay ninguna esperanza de victoria —le previno Mori Kawachi—. Movilizar al ejército sería inútil.

—¡No! ¡Eso sería dar la espalda a nuestro deber! —arguyó alguien.

Otros, entre ellos Nobumori, adoptaron una posición intermedia.

—Como dice el general Mori, es evidente que las posibilidades de victoria contra Kai son mínimas, pero si no movilizamos nuestras tropas los Tokugawa pueden acusarnos de mala fe y, si no nos andamos con cuidado, no es imposible que cambien de bando, llegando a un acuerdo con el ejército de Kai, y se vuelvan contra nosotros. Creo que lo mejor será efectuar un despliegue pasivo de las tropas.

Entonces, de entre los asistentes al consejo de guerra se alzó una voz recia:

—¡No! ¡No!

Era Hideyoshi, quien había regresado apresuradamente de Nagahama, trayendo las tropas bajo su mando.

—Supongo que el castillo de Nagashino no parece muy importante en estos momentos —siguió diciendo—, pero después de que se convierta en un asidero para una invasión de Kai, las defensas de Tokugawa serán como un dique roto, y si eso sucede es evidente que los Tokugawa no retendrán Kai durante mucho tiempo. Si ahora damos esa clase de ventaja a Kai, ¿qué seguridad tendrá nuestro castillo de Gifu? —Hablabla a gritos y su voz vibraba de emoción. Cuantos le rodeaban no podían hacer otra cosa más que mirarle—. No existe, que yo sepa, ninguna estrategia militar que defienda un despliegue pasivo de tropas una vez se han movilizadas. En vez de eso, ¿no deberíamos avanzar de inmediato y confiadamente? ¿Caerán los Oda? ¿Ganarán los Takeda?

Todos los generales pensaron que Nobunaga enviaría seis o siete mil hombres, en todo caso no más de diez mil, pero al día siguiente dio la orden de efectuar los preparativos para un enorme ejército de treinta mil hombres.

Aunque Nobunaga no se había mostrado de acuerdo con Hideyoshi durante el consejo, ahora lo estaba demostrando con sus acciones. Su decisión iba en serio y él mismo se pondría al frente de sus tropas.

—Podemos considerar a estos hombres como refuerzos —dijo—, pero lo que pende de un hilo es el destino del clan Oda.

El ejército abandonó Gifu el décimo tercer día y llegó a Okazaki al día siguiente. Descansaron un solo día y, en la mañana del dieciséis de aquel mes, llegaron al frente.

Los caballos de todo el pueblo empezaron a relinchar cuando las nubes del amanecer se hicieron visibles. Los estandartes ondeaban en la brisa y la concha sonaba por todas partes. El número de soldados que partieron aquella mañana de la población fortificada de Okazaki era realmente enorme, y los habitantes de la pequeña provincia los contemplaban con un temor respetuoso. Al ver el volumen de las tropas y el equipo reunido por la poderosa provincia con la que estaban aliados, sentían una mezcla de alivio y envidia. Cuando los treinta mil soldados de Oda pasaron con sus diversas banderas, insignias y estandartes de mando, era difícil determinar el número de cuerpos en que estaban divididos.

—¡Mirad cuántas armas de fuego tienen! —exclamaba con sorpresa la gente alineada en el margen de la carretera.

Los soldados de Tokugawa no podían ocultar su envidia, pues de los treinta mil soldados de Nobunaga, cerca de diez mil eran mosqueteros y artilleros, y arrastraban enormes cañones de hierro colado. Pero lo más extraño de todo era que casi todos los soldados de infantería que no llevaban un arma de fuego al hombro estaban provistos de una estaca como las usadas para levantar una empalizada y un trozo de cuerda.

—¿Qué creéis que van a hacer con todas esas estacas? —preguntaban los espectadores.

El ejército de Tokugawa que había partido al frente aquella mañana estaba formado por menos de ocho mil hombres, y ése era el grueso del ejército. Lo único que no les faltaba era moral.

Para los Oda, aquél era un territorio ajeno, una zona a la que acudían como tropas de refuerzo, mas para los guerreros del clan Tokugawa era la tierra de sus antepasados, una tierra en la que el enemigo no debía dar un solo paso y en la que no había ningún lugar donde retirarse. Incluso los soldados de

infantería tenían esa firme creencia desde que se pusieron en marcha y compartían cierto sentimiento trágico. Al comparar su equipo con el del ejército de Oda se daban cuenta de su inferioridad, de que incluso no era posible la comparación. Pero ellos no se sentían inferiores. Cuando se hubieron distanciado varias leguas del pueblo fortificado, las tropas de Tokugawa apretaron el paso. Al acercarse al pueblo de Ushikubo cambiaron de dirección, alejándose apresuradamente de las tropas de Oda y encaminándose a Shidaragahara como nubes de tormenta.

El monte Gokurakuji se alzaba frente a la planicie de Shidaragahara, y desde su cima podían divisarse las posiciones de Takeda en Tobigasú, Kiyoida y Arumigahara.

Nobunaga estableció su cuartel general en el monte Gokurakuji, mientras que Ieyasu eligió el monte Danjo. Los treinta y ocho mil soldados que Tokugawa y Oda desplegaron en esas dos montañas ya habían terminado sus preparativos para la batalla inminente.

El cielo estaba cubierto de nubes, pero no había indicios de relámpagos ni viento.

Los generales de los dos clanes se reunieron en la cima del monte Gokurakuji para celebrar una conferencia militar conjunta. En medio de la conferencia, anunciaron a Ieyasu que los exploradores acababan de regresar. Al oír esto, Nobunaga dijo:

—Llegan en buen momento. Traedlos aquí para que todos escuchemos los informes sobre los movimientos del enemigo.

Los dos exploradores presentaron sus informes de una manera bastante pomposa. El primero empezó así:

—El señor Katsuyori ha instalado su cuartel general al oeste de Arumigahara. Sus servidores y caballeros son realmente robustos. Las tropas parecen llegar a cuatro mil hombres, cuyo aspecto es de total serenidad y seguridad en sí mismos.

—Obata Nobusada y su unidad de ataque están inspeccionando la batalla desde una colina baja un poco al sur de Kiyoida —siguió diciendo el otro—. He visto que el ejército principal de unos tres mil hombres al mando de Naito Shuri está acampado desde Kiyoida a Asai. El ala izquierda, que también consta de unos tres mil, está bajo las banderas de Yamagata Masakage y Oyamada Nobushige. Finalmente, el ala derecha se encuentra a las órdenes de Anayama Baisetsu y Baba Nobufusa. Parecen impresionantes en extremo.

—¿Qué nos decís de las tropas que sitian el castillo de Nagashino? —preguntó Ieyasu.

—Unos dos mil soldados han permanecido alrededor del castillo y lo controlan. También parece haber un cuerpo de vigilancia en una colina al oeste del castillo, y es posible que cerca de un millar de soldados estén ocultos en las fortalezas alrededor de Tobigasú.

Los informes de los dos hombres fueron, en general, bastante incompletos. Pero los generales de las unidades que habían mencionado eran famosos a más no poder por su valor y ferocidad, mientras que Baba y Obata eran estrategias de reputación inmensa. Los generales de Oda y Tokugawa palidecieron al escuchar el informe que daban los exploradores sobre las posiciones del enemigo, la vehemencia de su voluntad de lucha, su serenidad y confianza en sí mismos.

Permanecieron en silencio, como hombres embargados por el temor poco antes de una batalla. De repente Sakai Tadatsugu habló alzando tanto la voz que sorprendió a cuantos le rodeaban.

—El resultado ya está claro. No hay necesidad de más discusión. ¿Cómo un enemigo en número tan escaso podría resistir a nuestro enorme ejército?



—¡Ya hemos conferenciado bastante! —convino Nobunaga, dándose una palmada en la rodilla—. Tadatsugu ha hablado admirablemente. A los ojos de un cobarde, la grulla que vuela sobre los arrozales parece un estandarte enemigo y le hace temblar de miedo. —Se echó a reír—. Me siento muy aliviado por los informes de estos dos hombres. ¡Tenemos que celebrarlo, señor Ieyasu!

La alabanza que acababa de recibir hizo que Sakai Tadatsugu se entusiasmara demasiado.

—En mi opinión, la mayor debilidad del enemigo está en Tobigasu —afirmó—. Si seguimos una ruta indirecta y golpeamos su punto débil desde la retaguardia con algunos soldados armados ligeramente, la moral de todo su ejército será presa de la confusión y nuestros hombres...

—¡Tadatsugu! —dijo severamente Nobunaga—. ¿De qué sirve semejante táctica en esta gran batalla? No seas presuntuoso. ¡Creo que será mejor que se retire todo el mundo!

Utilizando la reprimenda como excusa, Nobunaga suspendió la conferencia. El avergonzado Tadatsugu se marchó con los demás.

Sin embargo, cuando todos hubieron salido, Nobunaga se dirigió a Ieyasu.

—Perdonadme por reprender tan severamente al valiente Tadatsugu delante de los demás. Creo que su plan es excelente, pero temía que pudiera filtrarse al enemigo. ¿Le consolaréis más tarde?

—No, es evidente que Tadatsugu ha cometido una indiscreción al revelar nuestros planes, aun cuando estuviera entre aliados. Ha sido una buena lección para él. Y también yo he aprendido algo.

—Le he reprendido con tal severidad que dudo de que nuestros propios hombres esperen que utilicemos el plan. Llamad a Tadatsugu y dadle permiso para lanzar un ataque por sorpresa sobre Tobigasu.

—Estoy seguro de que está deseando oír eso.

Ieyasu llamó a Tadatsugu y le puso al corriente de los deseos de Nobunaga.

—Partiré cuando se ponga el sol, mi señor —fueron las únicas palabras de Tadatsugu.

También Nobunaga habló muy poco. Sin embargo, asignó quinientos de sus mosqueteros a Tadatsugu. El total de la fuerza comprendía más de tres mil hombres.

Abandonaron el campamento al anoecer, en la oscuridad absoluta del quinto mes. Más o menos cuando se pusieron en marcha, una cortina de blanca lluvia cruzó en diagonal la oscuridad. El aguacero les empapó mientras avanzaban en silencio.

Antes de ascender al monte Matsu, la compañía se ocultó en el recinto de un templo al pie de la montaña. Los soldados se quitaron las armaduras, dejaron atrás los caballos y se echaron al hombro el equipo que podían llevar consigo.

La cuesta era demasiado empinada y estaba embarrada a causa de la lluvia torrencial. Cada vez que los hombres daban un paso, resbalaban hacia atrás. Aferrándose a las astas de las lanzas y las manos de sus camaradas que iban delante, escalaron las trescientas cincuenta varas hasta la cima.

Una pálida blancura empezaba a aparecer en el cielo nocturno, anunciando la inminencia del alba. Las nubes comenzaron a separarse, y el esplendor del sol matinal atravesó el espeso mar de niebla.

—¡Está aclarando!

—¡El cielo nos da suerte!

—¡Las condiciones son perfectas!

En lo alto de la montaña, los hombres se pusieron las armaduras y se dividieron en dos grupos. El primero lanzaría un ataque al amanecer contra la fortaleza del enemigo en la montaña, y el otro atacaría

Tobiguasu.

Los Takeda habían subestimado el peligro, y ahora despertaban gritando llenos de confusión. Los incendios provocados por las fuerzas de Tadatsugu hicieron elevarse una negra humareda desde la fortaleza en la montaña. Los Takeda emprendieron una fuga desordenada hacia Tobiguasu, pero por entonces la segunda división de Tadatsugu ya había abierto una brecha en los muros del castillo.

La noche anterior, poco después de la partida de Tadatsugu, todo el ejército de Nobunaga había recibido la orden de avanzar, pero no sería aquél el comienzo de la batalla.

El ejército desafió a la intensa lluvia y avanzó hacia las proximidades del monte Chausu. Desde ese momento hasta el amanecer, los soldados clavaron en el suelo las estacas que llevaban y las unieron con cuerdas para formar una empalizada que parecía un ciempiés serpenteante.

Cuando faltaba poco para el amanecer, Nobunaga inspeccionó las defensas a lomo de caballo. La lluvia había cesado y el tendido de la empalizada estaba completo.

Nobunaga se volvió hacia los generales de Tokugawa y, riendo, les gritó:

—¡Vais a ver! Hoy dejaremos que el ejército de Kai se aproxime y entonces los trataremos como alondras que mudan de pluma.

Los generales lo dudaban e imaginaban que sólo trataba de tranquilizarles. Pero lo que podían ver claramente era que los soldados de Gifu, las tropas que habían acarreado las estacas y cuerdas desde Okazaki, estaban ahora en el campo de batalla, y las treinta mil estacas se habían convertido en una larga y serpenteante empalizada.

—¡Dejemos que vengan las tropas selectas de Kai!

Sin embargo, la misma construcción no podía utilizarse para atacar al enemigo, y a fin de aniquilarlo como Nobunaga había descrito, tendrían que atraerlo hacia la empalizada. Para tentarle, enviaron fuera de la empalizada una de las unidades de Sakuma Nobumori y los mosqueteros de Okubo Tadayo que esperarían al enemigo.

De repente un coro de voces se alzó hacia el cielo. Los Takeda no se habían precavido lo suficiente y lanzaban gritos de consternación al ver la negra humareda que se alzaba por la dirección de Tobiguasu a su espalda.

—¡El enemigo también está detrás de nosotros!

—¡Intentan presionar por la retaguardia!

Cuando su agitación empezaba a transformarse en pánico, Katsuyori dio la orden de atacar.

—¡No os retraséis ni un momento! ¡Esperar al enemigo sólo servirá para darle la ventaja!

Su confianza en sí mismo, y la fe de las tropas basada en esa confianza, equivalían a su credo: «¡No me preguntéis siquiera! ¡Tened fe en un valor marcial que jamás ha conocido la derrota desde los tiempos del señor Shingen!».

Pero la civilización avanza como un caballo a todo galope. Los bárbaros del sur, los portugueses, habían revolucionado la guerra con la introducción de las armas de fuego. Era una lástima que Takeda Shingen no hubiera tenido la sagacidad de preverlo. Kai, protegida por sus montañas, barrancos y ríos, estaba separada del centro de la acción, donde los avances del progreso tenían una aplicación inmediata, y aislada de las influencias extranjeras. Además, sus samurais adolecían de una obstinación y un engreimiento propios de los naturales de una provincia montañosa. Sus deficiencias apenas les causaban temor y no deseaban estudiar los procedimientos de otras tierras. El resultado era que confiaban por

entero en su caballería y sus tropas de élite. Las fuerzas al mando de Yamagata atacaron con ferocidad a las tropas de Sakuma Nobumori fuera de la empalizada. En cambio, Nobunaga había planeado una estrategia plenamente científica, utilizando técnicas y armas modernas.

La lluvia había cesado y el terreno estaba lleno de barro.

El ala izquierda del ejército de Kai, es decir, los dos mil hombres al mando de Yamagata, recibieron la orden de éste de no atacar la empalizada y siguieron una ruta tortuosa para pasarla por alto. Pero el cenagal era horrible. El aguacero de la noche anterior había causado el desbordamiento del arroyo. Ni siquiera Yamagata, que había examinado detenidamente el terreno de antemano, había previsto esa calamidad natural. Los soldados se hundían en el barro hasta las espinillas. Los caballos eran incapaces de moverse.

Su penosa situación empeoró cuando los mosqueteros de Oda al mando de Okubo empezaron a disparar contra el flanco de Yamagata.

—¡Dad la vuelta!

Esta orden hizo que el ejército cubierto de barro volviera a cambiar de dirección y se abalanzara hacia los mosqueteros de Okubo. Pequeñas rociadas de barro parecían salpicar a los dos mil hombres enfundados en armaduras. Alcanzados por los proyectiles, caían dando alaridos y sangrando. Pisoteados por sus propios caballos, gritaban en patética confusión.

Finalmente los ejércitos chocaron. La guerra estaba cambiando desde hacía décadas. El antiguo estilo de lucha en el que cada samurai decía su nombre y declaraba que era descendiente de Fulano y su patrono era el señor de tal o cual provincia estaba desapareciendo con rapidez.

Así pues, una vez que empezó el combate cuerpo a cuerpo y los aceros se trabaron, el horror fue indescriptible.

Las mejores armas eran las de fuego seguidas por la lanza. Ésta no se utilizaba para clavarla, sino que se blandía y golpeaba con ella, y éstos eran los métodos enseñados para el campo de batalla. Por ello se creía que la principal ventaja estribaba en la longitud, y había lanzas con astas entre doce y dieciocho pies de largo.

Los soldados rasos carecían del adiestramiento y el valor que exigía la situación, y sólo eran realmente capaces de golpear con sus lanzas. Por ello en muchas ocasiones un guerrero hábil se abalanzaba entre ellos con una lanza corta, acometía en todas las direcciones y, casi con facilidad, conseguía la fama otorgada a un solo guerrero que había derribado a docenas de hombres.

Atacadas por enjambres de tales hombres, tanto las fuerzas de Tokugawa como las de Oda eran impotentes. La unidad de Okubo fue aniquilada casi al instante. Sin embargo, si la unidad de Okubo y las fuerzas de Sakuma estaban fuera de la empalizada era para atraer al enemigo al interior de ésta, no para vencer. Por esta razón habrían hecho bien en dar la vuelta y huir. Pero en cuanto vieron las caras de los soldados de Kai ante ellos, no pudieron evitar que los años de animosidad inflamaran sus corazones.

—¡Venid a por nosotros! —gritaron.

Tampoco iban a tolerar las burlas e insultos de los guerreros de Kai. Inevitablemente, los hombres de Oda dejaron la cautela de lado en medio de la sangría y sólo pensaron en su provincia y sus reputaciones.

Mientras ocurría todo esto, Katsuyori y sus generales debieron de pensar que era el momento adecuado, pues los batallones centrales del ejército de quince mil hombres de Kai iniciaron su avance como una nube gigantesca. Sus formaciones ordenadas se dividieron como una inmensa bandada de aves

que emprendiera el vuelo, y cuando por fin se aproximaron a la empalizada, cada unidad lanzaba simultáneamente sus gritos de guerra.

A los ojos de los Takeda, la empalizada de madera no parecía gran cosa. Creyeron que se abrirían paso con una sola carga, avanzando hacia el centro del ejército de Oda como un taladro.

Lanzando un grito de guerra, las fuerzas de Kai atacaron la empalizada. Estaban decididos..., algunos trataron de encaramarse, otros de derribar la valla con enormes mazos y barras de hierro, otros de serrar las estacas, y hubo quienes las rociaron de aceite y prendieron fuego.

Hasta entonces Nobunaga había dejado la lucha en manos de las unidades de Sakuma y Okubo fuera de la empalizada, y las tropas en el monte Chausu permanecían en silencio. Pero de repente...

—¡Ahora!

El dorado abanico de guerra de Nobunaga cortó el aire y los comandantes de los regimientos con armas de fuego compitieron entre ellos gritando la orden.

—¡Fuego!

—¡Fuego!

Las andanadas hicieron temblar el suelo. La montaña se hendió y las nubes se desgarraron. La humareda de la pólvora envolvía la empalizada, y los hombres y caballos del ejército de Kai cayeron como mosquitos y formaron montones de cadáveres.

—¡No os retiréis! —les ordenaron sus comandantes—. ¡Seguidme!

Los soldados atacaron temerariamente la empalizada, saltando sobre los cuerpos de sus camaradas, pero fueron incapaces de evitar la siguiente lluvia de balas. Lanzando gritos patéticos, acabaron también muertos.

Al final el ejército de Kai no pudo seguir manteniéndose firme.

—¡Retirada! —gritaron cuatro o cinco comandantes montados, haciendo retroceder sus caballos.

A pesar del pánico que sentían, de alguna manera lograron dar la orden. Uno de ellos cayó cubierto de sangre, mientras otro salió despedido de su caballo, que se derrumbó alcanzado por las balas.

Pero a pesar de la derrota que habían sufrido, su espíritu seguía incólume. Habían perdido casi un tercio de sus hombres en la primera carga, pero en el mismo instante que se retiraron, una nueva fuerza se apresuró hacia la empalizada. La sangre que había salpicado las treinta mil estacas aún no se había secado.

El fuego procedente de la empalizada respondió directamente a su carga, como si dijera: «Os estábamos esperando».

Lanzando iracundas miradas a la empalizada teñida de rojo por la sangre de sus camaradas, los fieros soldados de Kai atacaron gritando, alentándose unos a otros y jurando que jamás retrocederían una sola vara.

—¡Es hora de morir!

—¡A nuestra muerte!

—¡Hagamos un escudo de la muerte para que los otros puedan saltar por encima de nosotros!

El «escudo de la muerte» era una táctica desesperada en la que los soldados del frente se sacrificaban para proteger el avance de la fila siguiente. Entonces esa fila actuaba a su vez como un escudo para las tropas que les seguían, y de esta manera los soldados adelantaban paso a paso. Se trataba de una manera terrible de avanzar.

Eran, desde luego, unos hombres valientes, pero sin duda aquella carga no era más que una inútil exhibición de fuerza bruta. Y no obstante, entre los generales que dirigían el asalto había tácticos capacitados.

Por supuesto, Katsuyori estaba en la retaguardia, instando a sus hombres a que avanzaran, pero si sus comandantes hubieran sabido que la victoria era del todo imposible, no habría habido razón alguna para pedir un sacrificio tan inmenso y empujar repetidamente a las tropas demasiado lejos.

—¡Hay que derribar esa pared!

Debían de creer que podrían hacerlo. Una vez disparadas las armas de fuego de aquella época, cargar otro proyectil y añadir la pólvora requería tiempo. Así pues, tras el disparo de una andanada, los estampidos cesaban durante un rato. Los generales de Kai consideraban ese intervalo como una ventana de la que debían aprovecharse. Por eso no les repugnó emplear el «escudo de la muerte».

Sin embargo, Nobunaga había considerado ese punto débil e ideado nuevas tácticas para las nuevas armas. En este caso dividió sus tres mil mosqueteros en tres grupos. Cuando los primeros mil hombres hubieran disparado sus armas, cada uno se haría rápidamente a un lado y el segundo grupo avanzaría entre sus filas, disparando de inmediato su andanada. Entonces también ellos abrirían sus filas y serían sustituidos en seguida por el tercer grupo. De esta manera, el intervalo que el enemigo tanto esperaba no se le dio en toda la batalla.

Una vez más hubo aberturas en diversos lugares de la empalizada. Midiendo los intervalos entre uno y otro ataque, las unidades de lanceros de Oda y Tokugawa podían salir corriendo desde el interior de la empalizada y golpear rápidamente ambas alas del ejército de Kai.

Obstruidos por la empalizada protectora y las andanadas de disparos, los soldados de Kai eran incapaces de avanzar. Cuando intentaban retirarse, fueron hostigados por la persecución del enemigo y el ataque en pinza. Ahora los guerreros de Kai, que tanto se enorgullecían de su disciplina y adiestramiento, no tenían un solo momento para exhibir su valor.

La unidad de Yamagata se había retirado por completo, dejando detrás un gran número de hombres que habían sacrificado sus vidas. El único que no había caído en la trampa era Baba Nobufusa.

Baba se había enfrentado a las tropas de Sakuma Nobumori, pero como éste no había sido inicialmente más que un señuelo, las tropas de Oda fingieron una retirada. La unidad de Baba fue tras ellos y se apoderó del campamento en Maruyama, pero Baba había dado órdenes de no adentrarse más y no envió un solo soldado más allá de Maruyama.

—¿Por qué no avanzáis? —preguntaban repetidamente a Baba tanto el cuartel general de Katsuyori como sus propios oficiales.

Pero Baba no se movía.

—Tengo mis propias razones para meditar un momento, y peñero quedarme aquí y observar lo que está ocurriendo. Los demás podéis avanzar y conseguir la gloria.

Cada comandante que se acercaba lo suficiente para atacar la empalizada se encontraba con la misma derrota abrumadora. Entonces Katsui y Hideyoshi condujeron sus batallones a una distancia considerable alrededor de los pueblos, hacia el norte, y empezaron a aislar de la línea del frente al cuartel general del ejército de Kai.

Era casi mediodía y el sol estaba alto en un cielo que prometía el final de la estación lluviosa. Ahora abrasaba la tierra con un calor abrupto y un color que anunciaba un verano ardiente.

Las hostilidades se habían iniciado al amanecer, en la segunda mitad de la hora del tigre. Con el cambio continuo de nuevas tropas, los hombres del ejército de Kai estaban bañados en sudor y respiraban con dificultad. La sangre derramada por la mañana se había secado como cola sobre el cuero de las armaduras, los cabellos y la piel. Y ahora había sangre fresca dondequiera que uno mirase.

Detrás del ejército central, Katsuyori aullaba como un demonio. Finalmente había enviado a todos los batallones, incluida la unidad de reserva que solía retenerse para emergencias. Si Katsuyori hubiera comprendido la situación con mayor rapidez, podría haber zanjado el asunto sólo con una fracción de los daños sufridos por su ejército. Lo que hizo, en cambio, fue convertir a cada momento un pequeño error en uno monstruoso. En una palabra, lo que importaba en aquella batalla no era simplemente el espíritu marcial y el valor. Era lo mismo que si las fuerzas de Nobunaga e Ieyasu hubieran tendido trampas en los cazaderos y esperado a que acudieran patos silvestres o jabalíes. Los regimientos de Kai que atacaban con tal fiereza no hicieron más que perder sus valiosos soldados en un insensato «escudo de la muerte».

Se dijo que, desafortunadamente, incluso Yamagata Masakage, quien tan bien había luchado con el ala izquierda desde la mañana, había caído en combate. Otros generales famosos, hombres de gran valor, cayeron uno tras otro, hasta que muertos y heridos abarcaban más de la mitad de todo el ejército.

—Es evidente que el enemigo va a ser derrotado. ¿No es éste el momento apropiado?

El general que así decía era Sassa Narimasa, el cual había estado observando la batalla con Nobunaga.

Nobunaga encargó de inmediato a Narimasa que transmitiera sus órdenes a las tropas dentro de la empalizada.

—Abandonad la empalizada y atacad. ¡Destruidlos a todos!

Incluso el cuartel general de Katsuyori se vino abajo en el ataque. Las fuerzas de Tokugawa avanzaron por la izquierda. Las de Oda irrumpieron en la vanguardia de los Takeda y llevaron a cabo un feroz asalto del ejército central. Atrapados en el medio, las numerosas banderas de las unidades, estandartes de mando, banderas de señales, caballos que relinchaban despavoridos, relucientes armaduras, lanzas y espadas que centelleaban como constelaciones alrededor de Katsuyori estaban ahora envueltos en sangre y pánico.

Sólo las fuerzas de Baba Nobufusa, que habían permanecido en Maruyama, seguían intactas. Baba envió un samurai a Katsuyori con un mensaje solicitando la retirada.

Katsuyori, lleno de irritación, golpeó el suelo con un pie, pero no podía oponerse tercamente a la realidad. El cuerpo central del ejército se había retirado, derrotado y cubierto de sangre.

—Deberíamos retirarnos temporalmente, mi señor.

—Olvidad vuestra cólera y pensad en cuáles son nuestras perspectivas.

Dirigiendo desesperadamente a los hombres del campamento principal, los generales de Katsuyori lograron de alguna manera sacarle de la trampa en que había caído. El enemigo vio claramente que el ejército central de Kai se retiraba en desorden.

Tras acompañar a Katsuyori a un puente cercano, los generales volvieron atrás, formando una retaguardia para luchar con las tropas que les perseguían. Fueron heroicamente abatidos en combate. Baba también acompañó a Katsuyori y los patéticos restos de su ejército en huida hasta Miyawaki, pero finalmente el viejo general hizo girar su caballo hacia el oeste. Innumerables pensamientos cruzaban por su mente.

«He vivido una larga vida, aunque también podría decir que ha sido corta. Sea verdaderamente larga o corta, supongo que sólo este momento es eterno. El momento de la muerte... ¿Puede la vida eterna ser algo más que eso?»

Entonces, poco antes de internarse al galope entre el enemigo, juró: «Presentaré mis excusas al señor de Shingen en el otro mundo. He sido un consejero y general incompetente. ¡Adiós, montañas y ríos de Kai».

Dio media vuelta, vertió una sola lágrima por su provincia y, de repente, espoleó a su caballo.

—¡Muerte! ¡No deshonraré el nombre del señor Shingen!

Su voz se hundió en el mar del gran ejército enemigo. Ni que decir tiene, todos y cada uno de sus servidores le siguieron para morir gloriosamente.

Desde el mismo principio nadie había sido capaz de ver por anticipado el desenlace de aquella batalla como lo había hecho Baba.

Sin duda había percibido que a partir de entonces el clan Takeda caería e incluso sería destruido, y que ése era su destino. No obstante, ni siquiera con su previsión y lealtad pudo salvar al clan del desastre. Las enormes fuerzas del cambio eran completamente abrumadoras.

Junto con una docena más o menos de ayudantes montados, Katsuyori cruzó los bajíos de Komatsugase y finalmente buscó refugio en el castillo de Busetsu. Era un hombre valiente, pero estaba tan silencioso como un sordomudo.

Cuando el sol empezó a ponerse, toda la superficie de Shidaragahara se tiñó de un rojo intenso. La gran batalla de aquel día había comenzado alrededor del alba y terminado al caer la tarde. Ningún caballo relinchaba, ningún soldado gritaba. La amplia llanura quedó en seguida envuelta por la oscuridad, en una completa desolación.

El rocío de la noche se posó antes de que los cadáveres hubieran podido ser retirados. Se decía que sólo los muertos de Takeda se elevaban a más de diez mil.

# Las torres de Azuchi

No hacía mucho que el emperador había elevado a Nobunaga al cargo cortesano de consejero de Estado, y ahora le había nombrado General de la Derecha. La ceremonia de felicitación por su último ascenso tuvo lugar durante el undécimo mes con una pompa que excedía cuanto se había visto en eras anteriores.

El alojamiento de Nobunaga en la capital se hallaba en el antiguo palacio del shogun en Nijo. Todos los días había una multitud de invitados en el palacio: cortesanos, samurais, maestros del té, poetas y mercaderes de las cercanas ciudades comerciales de Naniwa y Sakai.

Mitsuhide tenía la intención de dejar a Nobunaga y regresar a su castillo de Tamba, y mientras aún era de día se había trasladado al palacio de Nijo para despedirse.

—Mitsuhide —le saludó Hideyoshi con una ancha sonrisa.

—¿Hideyoshi? —respondió Mitsuhide riendo.

—¿Qué te trae hoy por aquí? —le preguntó Hideyoshi, cogiéndole del brazo.

—Sólo he venido porque Su Señoría se marcha mañana.

—Así es. ¿Dónde crees que volveremos a encontrarnos?

—¿Estás borracho?

—Ni un solo día dejo de emborracharme cuando estoy en la capital. Su Señoría también bebe más cuando está aquí. La verdad es que si vas a verle ahora te hará beber una buena cantidad de sake.

—¿Otra vez está celebrando una fiesta? —preguntó Mitsuhide.

Desde luego, Nobunaga bebía más en los últimos tiempos, y un viejo servidor, que llevaba muchos años con Nobunaga, había observado que éste jamás había bebido tanto como ahora.

Hideyoshi siempre participaba en esas jaranas, pero no tenía la resistencia de Nobunaga. La constitución física de éste parecía más delicada, pero era con mucho el más fuerte de los dos. Si uno le observaba atentamente, podía ver su fuerza espiritual. Hideyoshi era todo lo contrario. Su aspecto externo era el de un campesino sano, pero carecía de verdadero vigor.

Su madre todavía le amonestaba por el descuido de su salud.

—Está bien que te diviertas, pero hazme el favor de cuidar tu salud. Fuiste enfermizo desde tu nacimiento, y hasta los cuatro o cinco años ninguno de los vecinos creía que vivirías hasta llegar a adulto.

La preocupación de su madre surtía efecto en Hideyoshi, porque conocía el motivo de su debilidad infantil. Cuando su madre estaba embarazada, la pobreza de la familia era tal que a veces no había ningún alimento en la mesa, y era indudable que ese estado de adversidad había afectado al crecimiento del feto.

El hecho de que hubiera sobrevivido se debía casi exclusivamente a los desvelos de su madre. Y así, aunque ciertamente no le desagradaba el sake, recordaba las palabras de su madre cada vez que tenía una taza en las manos. Por otro lado, no podía olvidar las ocasiones en que su madre había llorado tanto debido a las borracheras de su padre.

Sin embargo, nadie habría creído que se tomaba la bebida tan en serio. La gente decía de él: «No bebe mucho, pero le encantan las fiestas. Y cuando bebe, lo hace con toda libertad». De hecho, nadie era más prudente que Hideyoshi, mientras que Mitsuhide, con quien se había encontrado ahora en el corredor, ingería considerables cantidades de alcohol. Sin embargo, Mitsuhide parecía decepcionado, y era evidente que el hecho de que Nobunaga se entregara a la bebida, como acababa de confirmar Hideyoshi, inquietaba no poco a sus servidores.



Riéndose, Hideyoshi negó lo que acababa de decir.

—No, eso era una broma. —Divertido al ver a Mitsuhide tan dubitativo, sacudió la cabeza, con las mejillas enrojecidas—. La verdad es que te he tomado un poco el pelo. La fiesta ha terminado, y la prueba es que estoy aquí y me marchó ebrio. Y eso también es mentira. —Volvió a reírse.

—Ah, qué malo eres.

Mitsuhide forzó una sonrisa. Toleraba las bromas de Hideyoshi porque éste no le desagradaba. Tampoco Hideyoshi sentía ninguna hostilidad hacia Mitsuhide. Siempre bromeaba francamente con su serio colega, pero al mismo tiempo le respetaba cuando era preciso mostrar respeto.

Por su parte, Mitsuhide parecía reconocer la utilidad de Hideyoshi. Éste le superaba un poco en categoría y ocupaba un lugar más elevado en las reuniones de estado mayor, pero al igual que los demás generales veteranos, Mitsuhide estaba orgulloso del rango de su familia, de su linaje y educación. Ciertamente no tomaba a Hideyoshi a la ligera, pero de alguna manera manifestaba una actitud condescendiente hacia el hombre de más categoría, con comentarios como: «Eres un hombre simpático».

Esa condescendencia se debía, por supuesto, al carácter de Mitsuhide, pero incluso cuando Hideyoshi la notaba no le molestaba. Por el contrario, consideraba natural que un hombre de intelecto superior como Mitsuhide le tuviera a menos. No le incomodaba reconocer la gran superioridad de Mitsuhide en cuanto a su intelecto, educación y antecedentes.

—Ah, sí, olvidaba algo —le dijo Hideyoshi, como si se hubiera acordado de repente—. Tengo que felicitarte. Sin duda la concesión de la provincia de Tamba te llenará de contento durante algún tiempo. Pero creo que es natural después de tantos años de servicio abnegado. Ruego por que esto sea el comienzo de la mejor fortuna para ti y que prosperes por muchos años.

—No, todos los favores de Su Señoría son honores que están por encima de mi posición. —Mitsuhide siempre devolvía una cortesía por otra con gran seriedad, pero entonces siguió diciendo—: Aunque me ha sido concedida una provincia, estaba en posesión del shogun anterior, e incluso ahora hay buen número de poderosos clanes locales que se han encerrado detrás de sus muros y se niegan a someterse a mi autoridad. Así pues, las felicitaciones son un poco prematuras.

—No, no, eres demasiado modesto —protestó Hideyoshi—. En cuanto te trasladaste a Tamba con Hosokawa Fujitaka y su hijo, el clan Kameyama capituló, de modo que ya has obtenido resultados, ¿no es cierto? He observado con interés cómo tomaste Kameyama, e incluso Su Señoría te alabó por la habilidad con que sojuzgaste al enemigo y tomaste el castillo sin perder un solo hombre.

—Kameyama no fue más que el comienzo. Las verdaderas dificultades están todavía por llegar.

—Vivir sólo merece la pena cuando tenemos dificultades ante nosotros —dijo Hideyoshi—. De lo contrario no hay ningún incentivo. Y nada sería más dulce que devolver la paz a un nuevo dominio que te ha entregado Su Señoría y gobernarlo bien. Allí serás el dueño y podrás hacer lo que quieras.

De repente ambos hombres tuvieron la sensación de que aquel encuentro casual se había prolongado demasiado.

—Bueno, hasta que volvamos a vernos —le dijo Mitsuhide.

—Espera un momento —replicó Hideyoshi, y de improviso cambió de tema—. Eres un hombre instruido, por lo que quizás lo sepas. Entre los castillos que hay ahora en Japón, ¿cuántos tienen torre del homenaje y en qué provincias se encuentran?

—El castillo de Satomi Yoshihiro, en Tateyama, provincia de Awa, tiene una torre del homenaje de

tres pisos que puede verse desde el mar. También en Yamaguchi, provincia de Suo, Ouchi Yoshioki levantó una torre del homenaje de cuatro pisos en su castillo principal, que probablemente es el más imponente de todo Japón.

—¿Sólo esos dos?

—Que yo sepa, sí, pero ¿por qué me preguntas eso ahora?

—Verás, hoy estaba con Su Señoría, hablando de los diseños de diversos castillos, y Mori explicaba con vehemencia las ventajas de las torres del homenaje, declarándose firme partidario de que se incluyera uno en el diseño del castillo que el señor Nobunaga construirá en Azuchi.

—¿Quién es ese Mori?

—El paje de Su Señoría, Ranmaru.

Mitsuhide frunció el ceño unos instantes.

—¿Es que tienes alguna duda al respecto?

—No especialmente.

El semblante de Mitsuhide adoptó en seguida una expresión impasible. Cambió de tema y siguieron hablando durante unos minutos. Finalmente se excusó y se apresuró a adentrarse en el palacio.

—¡Señor Hideyoshi! ¡Señor Hideyoshi!

El gran corredor del palacio de Nijo estaba lleno de gente que iba y venía para visitar al señor Nobunaga. Alguien volvió a llamarle.

—Vaya, el reverendo Asayama —dijo Hideyoshi al volverse sonriendo.

Asayama Nichijo era un hombre de fealdad fuera de lo corriente. Araki Murashige, uno de los generales de Nobunaga, destacaba por su fealdad, pero por lo menos tenía cierto encanto. Asayama, por otro lado, no era más que un sacerdote de aspecto untuoso. Se acercó a Hideyoshi y en seguida bajó la voz como si estuviera enterado secretamente de algún asunto importante.

—Señor Hideyoshi.

—Sí, decidme.

—Parece que acabáis de tener una discusión confidencial con el señor Mitsuhide.

—¿Una discusión confidencial? —Hideyoshi se echó a reír—. ¿Es éste el lugar para una discusión confidencial?

—Cuando el señor Hideyoshi y el señor Mitsuhide susurran durante largo rato en los corredores del palacio de Nijo, la gente se sobresalta.

—No es posible.

—¡Podéis estar seguro!

—¿También Vuestra Reverencia está un poco bebido?

—Bastante. Bebo demasiado. Pero, desde luego, deberíais tener más cuidado.

—¿Os referís al sake?

—No seáis tonto. Os advierto para que tengáis más discreción y no mostréis tanta familiaridad con Mitsuhide.

—¿Por qué?

—Su inteligencia es un poco excesiva.

—Pero si todo el mundo dice que vos sois hoy el hombre más inteligente de Japón.

—¿Yo? No, soy demasiado torpe —objetó el sacerdote.

—De ninguna manera —le aseguró Hideyoshi—. Vuestra Reverencia sabe mucho de todo. Los puntos más débiles del samurai estriban en sus tratos con la nobleza o con mercaderes poderosos, pero nadie os supera en astucia entre los hombres del clan Oda. Vamos, hasta el señor Katsui está totalmente pasmado por vuestro talento.

—Pero, por otro lado, no he logrado ninguna hazaña militar.

—En la construcción del palacio imperial, en la administración de la capital, en diversos asuntos financieros, habéis mostrado un genio extraordinario.

—¿Me estáis alabando o denigrando?

—Veréis, sois a la vez un prodigio y un inútil en la clase samurai, y a fuer de sincero, os alabo y denigro al mismo tiempo.

—No puedo con vos —dijo Asayama, echándose a reír y mostrando los huecos correspondientes a dos o tres dientes perdidos.

Aunque Asayama era mucho mayor que Hideyoshi, lo bastante mayor para ser su padre, le consideraba superior a él. En cambio, no podía aceptar a Mitsuhide tan fácilmente. Reconocía la inteligencia de aquel hombre, pero le amilanaba la agudeza de su ingenio.

—Creía que sólo era cosa de mi imaginación —dijo Asayama—, pero recientemente una persona famosa por su discernimiento de la personalidad de un hombre a partir de sus rasgos ha expresado la misma opinión.

—¿Un fisonomista ha hecho alguna clase de juicio sobre Mitsuhide?

—No es un fisonomista. El abad Ekei es uno de los grandes eruditos de nuestro tiempo. Él me ha dicho esto con el mayor secreto.

—¿Qué os ha dicho?

—Que Mitsuhide tiene el aspecto de un hombre sabio que podría ahogarse en su propia sabiduría. Además, hay signos funestos de que suplantaré a su señor.

—Asayama.

—¿Qué?

—No vais a disfrutar de la vejez si permitís que esa clase de cosas salgan de vuestra boca —le dijo severamente Hideyoshi—. He oído decir que Vuestra Reverencia es un político astuto, pero creo que una afición política no debe llevarse al extremo de propagar semejantes habladurías sobre uno de los servidores de Su Señoría.

\*

\*

\*

Los pajes habían extendido un gran mapa de Omi en la amplia sala.

—¡Aquí está la sección interior del lago Biwa! —dijo uno de ellos.

—¡Aquí está el templo Sojitsu! —exclamó otro—. ¡Y el templo Joraku!

Los pajes estaban sentados juntos en un lado y estiraban los cuellos para mirar, como polluelos de golondrina. Ranmaru permanecía modestamente un poco separado del grupo. Aún no tenía veinte años, pero había dejado muy atrás la ceremonia de la mayoría de edad. Si le hubieran rasurado las guedejas, habría tenido el aspecto de un imponente samurai joven. Nobunaga le había pedido que siguiera como estaba, pues le quería en calidad de paje al margen de su edad. Ranmaru podía competir por su donaire

con otros muchachos, y su moño y prendas de seda eran los de un niño.

Nobunaga examinó minuciosamente el mapa.

—Está bien dibujado —dijo—. Incluso es más exacto que nuestros mapas militares. Dime, Ranmaru, ¿cómo has conseguido un mapa tan detallado en tan poco tiempo?

—Mi madre, que ha entrado en las órdenes sagradas, conocía la existencia de un mapa en el almacén secreto de cierto templo.

La madre de Ranmaru, que había tomado el nombre de Myoko al hacerse monja, era la viuda de Mori Yoshinari. Sus cinco hijos habían sido admitidos por Nobunaga como servidores. Los dos hermanos menores de Ranmaru, Bomaru y Rikimaru, también eran pajes. Todo el mundo decía que había muy pocas similitudes entre ellos. No es que sus hermanos fuesen unos niños torpes, sino que Ranmaru descollaba. Era evidente para cualquiera que le viese que la inteligencia de Ranmaru estaba muy por encima de las demás. Cuando frecuentaba a los generales del estado mayor o a los servidores de alto rango, nunca le trataban como a un niño a pesar de su atuendo.

—¿Qué? ¿Myoko te ha dado esto? —Nobunaga fijó en Ranmaru una mirada peculiar—. Como monja, es natural que recorra una serie de templos, pero no debe ser engañada por los espías de los monjes guerreros que siguen lanzando maldiciones contra mí. Quizá deberías buscar el momento adecuado y advertirla.

—Siempre tiene mucho cuidado, incluso más que yo, mi señor.

Nobunaga se inclinó y examinó atentamente el mapa de Azuchi. Era allí donde construiría un castillo que iba a ser su nueva residencia y sede del gobierno. El planteamiento del traslado era reciente, una decisión tomada porque la situación del castillo de Gifu ya no convenía a sus propósitos.

El terreno en el que Nobunaga había puesto realmente sus miras estaba en Osaka, pero allí se alzaba el Honganji, la fortaleza de sus enemigos más encarnizados, los monjes guerreros.

Tras reflexionar en la necesidad de los shogunes, Nobunaga ni siquiera tuvo en cuenta la posibilidad de establecer el gobierno en Kyoto, donde se había fraguado el lamentable estado de cosas anterior. Azuchi estaba más cerca de su ideal, pues desde allí podría precaverse de las provincias norteñas así como frenar los avances de Uesugi Kenshin desde el norte.

—El señor Mitsuhide está en la sala de espera y dice que quisiera hablar con vos antes de su partida —le anunció un samurai desde la puerta.

—¿Mitsuhide? —dijo jovialmente Nobunaga—. Que entre —ordenó, y siguió examinando el mapa de Azuchi.

Nada más entrar, Mitsuhide suspiró aliviado. En el aire no flotaba el menor efluvio de sake, y su primer pensamiento fue que Hideyoshi había vuelto a tomarle el pelo.

—Ven aquí, Mitsuhide.

Nobunaga no hizo caso de la cortés reverencia del hombre y le hizo una seña para que se aproximara al mapa. Mitsuhide se acercó en actitud respetuosa.

—He oído decir que sólo pensáis en los planes de un nuevo castillo, mi señor —le dijo afablemente.

Nobunaga podía ser un soñador, pero en capacidad ejecutiva no le aventajaba nadie.

—¿Qué te parece? ¿No es esta región montañosa frente al lago apropiada para un castillo?

Al parecer, Nobunaga ya había diseñado mentalmente la estructura y la escala del castillo. Trazó una línea con un dedo.

—Se extenderá de aquí hasta aquí. Construiremos una población alrededor del castillo, al pie de la montaña, con un barrio para los mercaderes que estará mejor organizado que en cualquier otra provincia de Japón. Voy a dedicar a este castillo todos los recursos de que dispongo. Tiene que ser lo bastante imponente para intimidar a todos los demás señores. No será extravagante, pero no tendrá igual en el imperio. Mi castillo combinará la belleza, el buen funcionamiento y la dignidad.

Mitsuhide reconoció que el proyecto no era un producto de la vanidad de Nobunaga ni tampoco una diversión exagerada, por lo que expresó sus sentimientos sinceramente. Pero su respuesta sería en exceso no bastó. Nobunaga estaba demasiado acostumbrado a las respuestas ostentosas en total acuerdo con él y a las afirmaciones ingeniosas que sólo eran un eco de las suyas propias.

—¿Qué opinas? —le preguntó Nobunaga, indeciso—. ¿No es acertado?

—Yo no diría eso.

—¿Crees que éste es el momento oportuno?

—Estoy seguro de ello.

Nobunaga intentaba reforzar la confianza en sí mismo. No había nadie que estimara más que él la inteligencia de Mitsuhide. Éste no sólo poseía una inteligencia moderna, sino que también se había enfrentado a problemas políticos muy difíciles de superar sólo con la convicción. Así pues, Nobunaga conocía el genio de Mitsuhide incluso más que Hideyoshi, el cual lo alababa tanto.

—Tengo entendido que estás muy versado en la ciencia de la construcción de castillos. ¿Podrías aceptar esta responsabilidad?

—No, no. Mi conocimiento es insuficiente para construir un castillo.

—¿Insuficiente?

—Construir un castillo es como librar una gran batalla. El hombre encargado debe saber utilizar con facilidad tanto los hombres como los materiales. Creo que deberíais asignar esta tarea a uno de vuestros generales veteranos.

—¿Y quién podría ser? —le preguntó Nobunaga.

—El señor Niwa sería el más adecuado, ya que se lleva tan bien con los demás.

—¿Niwa? Sí..., él lo haría bien. —Esta opinión parecía acorde con las propias intenciones de Nobunaga, el cual asintió vigorosamente—. Por cierto, Ranmaru me sugiere que construya una torre del homenaje. ¿Qué te parece la idea?

Mitsuhide no respondió directamente. Veía a Ranmaru por el rabillo del ojo.

—¿Me pedís los pros y los contras de construir una torre del homenaje, mi señor?

—En efecto. ¿Es mejor incorporar una de esas torres o no?

—Es mejor tenerla, desde luego, aun cuando sólo sea por la dignidad de la estructura.

—Debe de haber diversos estilos de torres. Tengo entendido que en tu juventud viajaste extensamente por el país y adquiriste un conocimiento detallado de la construcción de castillos.

—La verdad es que mi conocimiento en ese campo es muy superficial —dijo humildemente Mitsuhide—. Por otro lado, Ranmaru debe de estar muy versado en el tema. Cuando recorrí el país sólo vi dos o tres castillos con torres del homenaje, e incluso éstas eran de construcción ruda en extremo. Si esto es una sugerencia de Ranmaru, sin duda debe de tener alguna idea al respecto.

Mitsuhide parecía reacio a decir más. Sin embargo, Nobunaga no tuvo la menor consideración hacia las delicadas sensibilidades de ambos hombres y siguió diciendo con toda naturalidad:

—Ranmaru, no estás menos instruido que Mitsuhide y parece que has hecho ciertas investigaciones sobre la construcción de castillos. ¿Cuáles son tus ideas sobre la construcción de una torre del homenaje? ¿Y bien, Ranmaru? —Al ver que el paje mantenía un azorado silencio, le preguntó—: ¿Por qué no me respondes?

—Estoy demasiado confuso, mi señor.

—¿Por qué razón?

—Estoy desconcertado —replicó, y se postró con la cara sobre ambas manos, como si sintiera una profunda vergüenza—. El señor Mitsuhide es cruel. ¿Por qué habría de tener yo cualquier idea original sobre la construcción de torres del homenaje? A decir verdad, mi señor, todo lo que os he dicho, incluso el hecho de que los castillos de Ouchi y Satomi tienen esas torres, es algo de lo que me informó el mismo señor Mitsuhide una noche que estaba de guardia.

—En ese caso, no ha sido idea tuya en absoluto.

—Temí que os irritarais si os confesaba que todo eso ha sido idea de otra persona, por lo que seguí divagando y os sugerí la construcción de una torre del homenaje.

—¿De veras? —Nobunaga se rió—. ¿Es eso todo?

—Pero el señor Mitsuhide no lo ha tomado así —siguió diciendo Ranmaru—. Por la respuesta que acaba de dar parece como si yo hubiera robado las ideas ajenas. El mismo señor Mitsuhide me dijo que tiene unas valiosas ilustraciones de las torres del homenaje de Ouchi y Satomi, e incluso un excepcional libro de bocetos. Así pues, ¿por qué ha de ser tan reservado y cargar la responsabilidad a una persona inexperta como yo?

Aunque Ranmaru tenía el aspecto de un niño, no había duda de que era un hombre.

—¿Es eso cierto, Mitsuhide? —le preguntó Nobunaga.

Como su señor le miraba directamente, Mitsuhide no pudo mantener la calma.

—Sí —balbució.

Tampoco podía dominar su enojo con Ranmaru. Había retenido a propósito sus propias opiniones y hablado en favor de la erudición de Ranmaru porque conocía el afecto de Nobunaga por el joven y expresaba secretamente su propia buena voluntad hacia él. No sólo había permitido que Ranmaru entregara la flor a su señor sino que también había puesto especial cuidado en no azorarlo.

Mitsuhide le había contado a Ranmaru todo lo que sabía sobre las torres del homenaje y la construcción de castillos durante las horas de ocio de una guardia nocturna. Era absurdo que Ranmaru hubiese relatado todo aquello a Nobunaga como si fuese su propia idea. No obstante, si ahora lo decía claramente así, Ranmaru se sentiría más azorado todavía y Nobunaga se disgustaría de veras. Creyendo que evitar una situación tan incómoda también redundaría en su propio beneficio, había atribuido el mérito a Ranmaru. Pero el resultado había sido exactamente el contrario del que había planeado. No podía evitar que un escalofrío le recorriera la espalda ante la perversidad de aquel adulto vestido de niño.

Al ver su perplejidad, Nobunaga pareció comprender lo que pasaba por la mente de Mitsuhide. De repente se echó a reír.

—Incluso Mitsuhide puede pecar de un exceso de prudencia. Sea como fuere, ¿tienes a mano esas ilustraciones?

—Tengo algunas, pero no sé si bastarán.

—Bastarán. Préstamelas durante algún tiempo.

—Ahora mismo os las traeré.

Mitsuhide se culpó por haber dicho incluso la más leve mentira a Nobunaga, y aunque el asunto estaba zanjado, era él el único que había sufrido las consecuencias. Sin embargo, cuando el giro de la conversación pasó a los castillos de las diversas provincias y otros temas, el humor de Nobunaga seguía siendo bueno. Después de cenar, Mitsuhide se retiró sin ningún rencor.

A la mañana siguiente, cuando Nobunaga hubo salido de Nijo, Ranmaru fue a ver a su madre.

—Madre, oí decir a mi hermano menor y los demás sirvientes que el señor Mitsuhide le había dicho a Su Señoría que, como entras y sales de los templos, podrías filtrar secretos militares a los monjes guerreros. Así que ayer, cuando estaba en presencia de Su Señoría, le lancé una flecha de desquite. En cualquier caso, desde la muerte de mi padre nuestra familia ha recibido muchas más muestras de amabilidad por parte de Su Señoría que otros, por lo que me temo que la gente está celosa. Ten cuidado y no confíes en nadie.

\* \* \*

En cuanto terminaron las celebraciones de Año Nuevo del cuarto año de Tensho, comenzó la construcción del castillo de Azuchi, junto con un proyecto de ciudad fortificada de un tamaño sin precedentes. Los artesanos se reunieron en Azuchi con sus aprendices y obreros. Llegaron de la capital y de Osaka, desde las lejanas provincias occidentales e incluso del este y el norte: herreros, albañiles, yeseros, metalistas y hasta empapeladores, representantes de todos los oficios de la nación.

El famoso Kano Eitoku fue elegido para que decorase las puertas, los tabiques deslizantes y los techos. Para aquel proyecto Kano no contó simplemente con las tradiciones de su propia escuela, sino que consultó con los maestros de cada escuela y luego creó las obras maestras de su vida, enviando brillantes rayos de luz al mundo de las artes, que había estado en declive durante los largos años de guerra civil.

Los campos de moreras desaparecieron en una sola noche, convirtiéndose en un plano de calles bien trazadas, mientras que en lo alto de la montaña la estructura de la torre del homenaje apareció casi antes de que la gente se percatara de su construcción. La ciudadela principal, modelada según el mítico monte Meru, tenía cuatro torres, que representaban a los reyes de las Cuatro Direcciones, alrededor de la torre del homenaje central, con sus cinco pisos. Debajo había un enorme edificio de piedra, del que partían unos anexos. Por encima y debajo de ese edificio se extendían más de un centenar de estructuras relacionadas, y era difícil saber cuántos pisos tenía cada estructura.

En la Sala del Ciruelo, la Sala de las Ocho Escenas Famosas y la Sala de los Niños Chinos, el pintor aplicó su arte sin tiempo para dormir. El maestro lacador, que detestaba la mera mención del polvo, lacó las barandillas bermellones y las paredes negras. Un ceramista de origen chino recibió el encargo de fabricar las tejas y baldosas. El humo de su horno en la orilla del lago se alzaba en el aire día y noche.

Un sacerdote solitario musitó para sí mismo mientras miraba el castillo. No era más que un monje viajero, pero su amplia frente y su ancha boca le daban un aspecto peculiar.

—¿No sois Ekei? —le preguntó Hideyoshi, dándole unas suaves palmadas en el hombro para no sobresaltarle.

Hideyoshi se había separado de un grupo de generales que estaban a escasa distancia.

—¡Vaya, pero si es el señor Hideyoshi!

—No habría esperado encontraros aquí —le dijo Hideyoshi alegremente. Volvió a darle unas palmaditas en el hombro, sonriendo con afecto—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. Creo que fue en casa del señor Koroku en Hachikusa.

—Sí, es cierto. No hace mucho, creo que fue a fines de año en el palacio de Nijo, oí decir al señor Mitsuhide que habíais ido a la capital. Fui con un enviado del señor Mori Terumoto y me quedé algún tiempo en Kyoto. El enviado ya ha regresado a casa, pero como soy un sacerdote rural sin asuntos urgentes, he hecho un alto aquí y allá, en templos dentro y fuera de Kyoto. He pensado que el proyecto de construcción actual del señor Nobunaga sería un buen tema de conversación sobre este viaje cuando vuelva a casa, así que he venido a echar un vistazo. Debo deciros que estoy muy impresionado.

—Tengo entendido que Vuestra Reverencia también está empeñado en cierta construcción —observó Hideyoshi de súbito. Ekei pareció sobresaltado, pero Hideyoshi añadió riendo—: No, no se trata de un castillo. Creo que estáis construyendo un monasterio llamado Ankokuji.

—Ah, el monasterio. —Ekei recobró la calma y también se rió—. Ankokuji ya está terminado. Confío en que encontréis tiempo para visitarme allí, aunque me temo que, como señor del castillo de Nagahama, vuestras ocupaciones no os lo permitirán.

—Puede que sea el señor de un castillo, pero mi estipendio todavía es bajo, por lo que ni mi posición ni mis opiniones tienen mucho peso. No obstante, supongo que os parezco un poco más adulto que la última vez que me visteis en Hachisuka.

—No, no habéis cambiado lo más mínimo. Sois joven, señor Hideyoshi, pero casi todos los miembros del estado mayor del señor Nobunaga están en la flor de la vida. Desde el principio me ha impresionado la grandiosidad del plan de este castillo y el espíritu de sus generales. El señor Nobunaga parece tener la fuerza del sol naciente.

—La financiación de Ankokuji ha corrido a cargo del señor Terumoto de las provincias occidentales, ¿no es cierto? Su propia provincia es rica y fuerte, y supongo que incluso en lo que respecta a hombres de talento, el clan del señor Nobunaga está muy por debajo.

El derrotero que estaba tomando la conversación no parecía agradar a Ekei, el cual volvió a alabar la construcción de la torre del homenaje y el magnífico panorama de la zona.

—Nagahama está en la costa, a poca distancia de aquí hacia el norte —le fijó finalmente Hideyoshi—. Mi embarcación está atracada cerca... ¿Por qué no os venís a pasar una o dos noches? Me han concedido un permiso y he pensado en regresar a Nagahama.

Ekei aprovechó esta invitación para retirarse a toda prisa.

—No, tal vez os visitaré en otra ocasión. Os ruego que saludéis de mi parte al señor Koroku, o más bien al señor Hikoemon, ahora que es uno de vuestros servidores.

Tras decir esto, el sacerdote se marchó bruscamente.

Mientras Hideyoshi le veía alejarse, dos monjes, que parecían ser sus discípulos, salieron de una casa plebeya y corrieron tras él.

Acompañado sólo por Mosuke, Hideyoshi fue al solar en construcción, cuyo aspecto era el de un campo de batalla. Como no le habían asignado responsabilidades importantes en la obra, no tenía que quedarse de manera permanente en Azuchi, pero de todos modos realizaba frecuentes viajes en barco



desde Nagahama hasta Azuchi.

—¡Señor Hideyoshi! ¡Señor Hideyoshi!

Alguien le estaba llamando. Miró a su alrededor y vio a Ranmaru, que exhibía una hermosa línea de blancos dientes en su boca sonriente y corría hacia él.

—Hola, Ranmaru. ¿Dónde está Su Señoría?

—Se ha pasado toda la mañana en la torre del homenaje, pero ahora está descansando en el templo Sojitsu.

—Bien, vayamos allá.

—Señor Hideyoshi, ese monje con el que estabais hablando..., ¿no era Ekei, el famoso fisonomista?

—En efecto. He oído a otra persona llamarle así, pero no sé si un fisonomista puede ver realmente el verdadero carácter de un hombre.

Hideyoshi fingió que tenía escaso interés por el tema. Cada vez que Ranmaru hablaba con él, no medía sus palabras como lo hacía con Mitsuhide. Esto no significaba que Ranmaru considerase a Hideyoshi fácil de embaucar, pero había ocasiones en que el hombre mayor se hacía el tonto y a Ranmaru le resultaba fácil congeniar con él.

—¡Pues claro que un fisonomista puede verlo! —replicó Ranmaru—. Mi madre lo dice siempre. Poco antes de que mi padre muriese en combate, uno de ellos predijo su muerte, Y la cuestión es que..., bueno, me interesa algo que dijo Ekei.

—¿Le has pedido que estudiara tus rasgos?

—No, no. No se trata de mí. —Miró a uno y otro lado de la calle y dijo en tono confidencial—. Es sobre el señor Mitsuhide.

—¿El señor Mitsuhide?

—Ekei dijo que había ciertos signos funestos..., que tiene el aspecto de un hombre que se volverá contra su señor.

—Si buscas esa cualidad, la encontrarás, pero no sólo en el señor Mitsuhide.

—¡No, de veras! Ekei lo ha dicho.

Hideyoshi le escuchaba sonriente. Muchos habrían censurado a Ranmaru por ser un desaprensivo traficante de rumores, pero cuando hablaba así no parecía mucho más que un chiquillo recién destetado. Después de que Hideyoshi le hubiera seguido un rato la corriente, preguntó a Ranmaru más seriamente:

—¿A quién has oído decir esas cosas?

—Asayama Nichijo —se apresuró a confiarle Ranmaru.

Hideyoshi hizo un gesto de asentimiento, como dando a entender que lo había imaginado.

—Pero Asayama no te lo habrá dicho personalmente, ¿no es cierto? Tienes que haberlo sabido a través de otra persona. A ver si lo adivino.

—Adelante.

—¿Ha sido tu madre?

—¿Cómo lo habéis sabido?

Hideyoshi se echó a reír.

—No, de veras —insistió Ranmaru—. ¿Cómo lo habéis sabido?

—Myoko creería tales cosas desde el principio —dijo Hideyoshi—. No, sería mejor decir que es aficionada a tales cosas, y además tiene una relación de confianza con Asayama. Pero a mi modo de ver,

Ekei es más hábil en el estudio de la fisionomía de una provincia que la de un hombre.

—¿La fisionomía de una provincia?

—Si a juzgar el carácter de un hombre por la observación de sus rasgos puede llamarse fisionomía, entonces juzgar el carácter de una provincia por el mismo método debería llamarse igual. Me he dado cuenta de que Ekei ha dominado ese arte. No deberías acercarte demasiado a los hombres como él. Puede que no sea nada más que un monje, pero en realidad está a sueldo de Mori Terumoto, señor de las provincias occidentales. ¿Qué te parece, Ranmaru? —dijo riendo—. ¿No soy mucho más hábil que Ekei en el estudio de la fisionomía?

El portal del templo Sojitsu apareció a la vista. Los dos hombres seguían riendo al subir los escalones de piedra.

La construcción del castillo estaba progresando visiblemente. A finales del segundo mes de aquel año, Nobunaga ya se había trasladado allí desde Gifu. El castillo de Gifu fue cedido al hijo mayor de Nobunaga, un muchacho de diecinueve años llamado Nobutada.

Sin embargo, mientras que el castillo de Azuchi, de fortaleza incomparable y anunciador de toda una nueva época en la construcción de castillos, se alzaba orgullosamente en aquel cruce estratégico, había varios hombres muy preocupados por su valor militar, entre ellos los monjes guerreros del Honganji, Mori Terumoto, de las provincias occidentales, y Uesugi Kenshin de Echigo.

Azuchi se alzaba en la carretera que iba de Echigo a Kyoto. Kenshin, por supuesto, también tenía las miras puestas en la capital. Si se presentaba la oportunidad propicia, cruzaría las montañas, llegaría al norte del lago Biwa y, de un solo golpe, izaría sus banderas en Kyoto.

El shogun depuesto, Yoshiaki, de quien no se tenía noticias desde hacía algún tiempo, envió cartas a Kenshin, tratando de incitarle a la acción.

Sólo el exterior del castillo de Azuchi ha sido terminado. De un modo realista, el interior requerirá otros dos años y medio. Una vez construido el castillo, muy bien podréis decir que la carretera entre Echigo y Kyoto habrá dejado de existir. Ahora es el momento de atacar. Viajaré por las provincias y forjaré una alianza de todas las fuerzas contrarias a Nobunaga, que incluirá al señor Terumoto de las provincias occidentales, los Hojo, los Takeda y vuestro propio clan en Echigo. Sin embargo, si no tomáis primero una postura animosa como jefe de esta alianza, no preveo ningún éxito.

Kenshin forzó una sonrisa, preguntándose si aquel gorrioncillo tenía la intención de brincar hasta los cien años de edad. Él no era la clase de dirigente corto de luces que se dejaría engañar por semejante estratagema.

Desde el Año Nuevo hasta el verano, Kenshin trasladó a sus hombres a Kaga y Noto, y empezó a amenazar las fronteras de Oda. Un ejército de socorro fue enviado desde Omi con la velocidad del rayo. Con Shibata Katsue al frente, las fuerzas de Takigawa, Hideyoshi, Niwa, Sassa y Maeda persiguieron al enemigo e incendiaron los pueblos que usarían como protección hasta Kanatsu.

Llegó un mensajero desde el campamento de Kenshin y dijo a gritos que la carta que traía sólo debería leerla Nobunaga.

—Es indudable que es de puño y letra de Kenshin —dijo Nobunaga mientras rompía el sello de la misiva.

Hace mucho que oigo hablar de vuestra fama y lamento no haber tenido aún el placer de conocerlos. Ésta parece ser la mejor oportunidad. Si no lográramos encontrarnos en la lucha, ambos lo lamentaríamos durante muchos años. La batalla ha sido fijada para mañana a la hora de la liebre. Os veré en el río Kanatsu. Todo se arreglará cuando nos encontremos de hombre a hombre.

Era un desafío formal a combatir.

—¿Qué le ha ocurrido al enviado? —preguntó Nobunaga.

—Se ha marchado en seguida —respondió el servidor.

Nobunaga no pudo reprimir un escalofrío. Aquella noche anunció de repente que levantaría el campamento, y sus fuerzas se retiraron.

Más adelante esta retirada provocó la risa de Kenshin.

—¿No es precisamente eso lo que cabría esperar de Nobunaga? De haberse quedado donde estaba, al día siguiente lo habría dejado todo a los cascos de mis caballos y, además de conocerle, le habría hecho el favor de cortarle la cabeza allí mismo junto al río.

Pero Nobunaga regresó en seguida a Azuchi con un escuadrón de sus soldados. Al pensar en la anticuada carta de desafío de Kenshin, sonreía sin poder evitarlo.

—Probablemente fue así como atrajo a Shingen a Kawanakajima. Desde luego, es un hombre valeroso y se enorgullece mucho de esa larga espada suya forjada por Azuki Nagamitsu. Creo que no deseo verla con mis propios ojos. Es una lástima que Kenshin no naciera en los brillantes tiempos dorados, cuando llevaban armaduras trenzadas de escarlata con placas de oro. No sé qué pensará de Azuchi, con su mezcla de estilos japonés, chino y de los bárbaros del sur. Los avances en el armamento y la estrategia en la última década han cambiado el mundo. ¿Cómo puede alguien decir que el arte de la guerra no ha cambiado también? Supongo que se ríe de mi retirada, considerándola cobardía, pero yo no puedo evitar reírme porque su anticuada manera de pensar es inferior a la de mis artesanos.

Quienes le escucharon realmente decir esto aprendieron mucho. Sin embargo, había algunos a los que se les enseñaba pero que nunca aprendían.

Después del regreso de Nobunaga a Azuchi, le dijeron que había sucedido algo durante la campaña del norte entre el comandante en jefe, Shibata Katsuie, y Hideyoshi. La causa no estaba clara, pero se había estado cocinando una querrela entre los dos por cuestiones de estrategia. El resultado fue que Hideyoshi había reunido sus tropas y regresado a Nagahama mientras Katsuie se apresuraba a apelar ante Nobunaga.

—Hideyoshi ha considerado innecesario obedecer vuestras órdenes y ha regresado a su castillo. Su comportamiento es inexcusable y debería ser castigado.

Hideyoshi no envió ningún mensaje. Creyendo que tendría alguna explicación plausible de sus acciones, Nobunaga se propuso esperar a que todos los generales hubieran regresado de la campaña del norte. Sin embargo, los rumores llegaban uno tras otro.

—El señor Katsuie está enojado en extremo.

—El señor Hideyoshi es demasiado irascible. Retirar sus tropas durante una campaña no es algo que pueda hacer un gran general y mantener al mismo tiempo su honor.

Finalmente, Nobunaga pidió a un ayudante que examinara el asunto.

—¿Ha regresado Hideyoshi realmente a Nagahama? —le preguntó.

—Sí, parece estar definitivamente allí.

Nobunaga montó en cólera y envió un mensajero con una severa reprimenda: «Esta conducta es insolente. ¡Antes que nada, da alguna muestra de arrepentimiento!».

Cuando el mensajero estuvo de regreso, Nobunaga le preguntó:

—¿Qué clase de expresión tenía cuando oyó mi reprimenda?

—Parecía como si estuviera pensando: «Ya veo».

—¿Es eso todo?

—Entonces dijo que tenía necesidad de descansar un poco.

—Es audaz y se está volviendo presuntuoso.

La expresión de Nobunaga no mostraba un verdadero resentimiento hacia Hideyoshi, aun cuando le había censurado verbalmente. Sin embargo, cuando Katsui y los demás generales de la campaña del norte regresaron por fin, Nobunaga se enojó de veras.

En primer lugar, aun cuando Hideyoshi había recibido la orden de permanecer bajo arresto domiciliario en el castillo de Nagahama, en vez de manifestar su arrepentimiento, daba fiestas a diario. No había ninguna razón para que Nobunaga no estuviera irritado, y la gente conjeturaba que, en el peor de los casos, Hideyoshi recibiría la orden de hacerse el seppuku, y en el mejor probablemente sería convocado al castillo de Azuchi para enfrentarse a un consejo de guerra. Pero al cabo de un tiempo Nobunaga pareció olvidarlo todo y en lo sucesivo nunca mencionó siquiera el incidente.

\* \* \*

En el castillo de Nagahama, Hideyoshi había adquirido el hábito de levantarse tarde. Cada mañana, cuando Nene veía el rostro de su marido, el sol ya estaba alto en el cielo.

Incluso su madre estaba preocupada y comentaba a Nene:

—Estos días ese chico no es el mismo de siempre, ¿no te parece?

A Nene no le resultaba nada fácil responderle. La razón de que Hideyoshi se levantara tan tarde era que todas las noches bebía. Cuando lo hacía en casa, su rostro enrojecía vivamente después de cuatro o cinco tacitas, y cenaba a toda prisa. Entonces reunía a sus veteranos y, cuando todos estaban animados, bebían copiosamente sin preocuparse de la hora. La consecuencia era que el señor del castillo se quedaba dormido en la sala de los pajes. Una noche, cuando su esposa andaba por el corredor principal con sus doncellas, vio a un hombre que avanzaba lentamente hacia ella. Era Hideyoshi, pero ella dijo: «¿Quién es ese que viene por ahí?», y fingió no conocerle.

El sorprendido marido dio media vuelta e intentó ocultar su confusión, pero sólo consiguió dar la impresión de que estaba practicando alguna clase de danza.

—Estoy perdido —le dijo al tiempo que se le acercaba tambaleándose, y se apoyó en su hombro para mantener el equilibrio—. Ah, estoy borracho. ¡Llévame, Nene! ¡No puedo andar!

Cuando Nene vio sus intentos de ocultar el penoso estado en que se hallaba, se echó a reír y le dijo con fingido mal genio:

—Claro, claro, te llevaré. Por cierto, ¿adonde vas?

Hideyoshi se encaramó a su espalda, riendo entre dientes.

—A tu habitación. ¡Llévame a tu habitación! —le imploró, y agitó los talones en el aire como un niño.

Nene, con la espalda doblada bajo el peso, bromeó con las doncellas:

—Oídme todas, ¿dónde dejo a este mugriento viajero que he encontrado por el camino?

El regocijo de las doncellas era tan grande que se sujetaban los costados mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Entonces, como jaraneros alrededor de una carroza de festival, rodearon al hombre a quien Nene había recogido y se divertieron durante toda la noche en la habitación de su señora.

Tales incidentes no ocurrían con frecuencia. Por la mañana Nene tenía a menudo la sensación de que su papel consistía en mirar el rostro malhumorado de su esposo. ¿Qué ocultaba en su interior? Llevaban casados quince años. Ahora Nene tenía más de treinta y su marido cuarenta y uno. Ella no podía creer que la expresión disgustada de Hideyoshi se debiera tan sólo a su estado de ánimo. Temía el mal genio de su marido, pero rogaba fervientemente para poder comprender de alguna manera sus aflicciones, aunque sólo fuese un poco, a fin de mitigar su sufrimiento.

En esas ocasiones Nene consideraba a la madre de Hideyoshi como un modelo de fortaleza. Una mañana su suegra se levantó temprano y salió a la huerta del recinto norte cuando el suelo estaba todavía cubierto de rocío.

—Nene, el señor tardará un poco en levantarse —le dijo—. Vamos a recoger unas berenjenas mientras aún hay tiempo. ¡Trae un cesto!

La anciana empezó a recoger las berenjenas. Nene llenó un cesto y luego trajo otro.

—¡Eh, Nene! ¿Estáis ahí afuera tú y mi madre?

Era la voz de su marido, el cual últimamente no solía levantarse tan temprano.

—No sabía que te habías levantado —se disculpó Nene.

—No, me he despertado de repente. Hasta los pajes estaban aturridos. —Hideyoshi sonreía como ella no le había visto hacerlo en bastante tiempo—. Takenaka Hanbei me ha dicho que navega desde Azuchi un barco con la bandera de un enviado. Me he levantado de inmediato, he ido a presentar mis respetos al santuario del castillo y luego he venido aquí para disculparme por haberte desatendido en los últimos días.

—¡Aja! —exclamó su madre riendo—. ¡Has pedido disculpas a los dioses!

—Así es, y ahora he de pedir disculpas a mi madre e incluso a mi esposa —dijo con gran seriedad.

—¿Has venido hasta aquí para eso?

—Sí, y si comprendierais lo que siento, no tendría que volver a hacerlo nunca más.

—Ah, qué astuto es este chico —dijo su madre, riendo de buena gana.

Aunque probablemente la madre de Hideyoshi tenía ciertas sospechas sobre el talante repentinamente alegre de su hijo, no tardaría en comprender el motivo.

En aquel momento Mosuke anunció:

—Los señores Maeda y Nonomura acaban de llegar a las puertas del castillo como mensajeros oficiales de Azuchi. El señor Hikoemon ha salido de inmediato y los ha acompañado a la sala de recepción de invitados.

Hideyoshi despidió al paje y se puso a recoger berenjenas con su madre.

—Están madurando muy bien, ¿no es cierto? ¿Tú misma has colocado el estiércol a lo largo de los caballones, madre?

—¿No deberías ir en seguida al encuentro de los mensajeros de Su Señoría? —le preguntó ella.

—No. Sé muy bien a qué vienen, por lo que no tengo necesidad de aturullarme. Creo que voy a

recoger unas berenjenas. No estaría mal mostrarle al señor Nobunaga su color esmeralda brillante cubierto por el rocío de la mañana.

—¿Vas a dar esto a los enviados como regalos para el señor Nobunaga?

—No, no, yo mismo las llevaré esta mañana.

—¡Cómo!

Al fin y al cabo, Hideyoshi había causado el enojo de su señor y se suponía que estaba arrepentido. Aquella mañana su madre empezó a tener dudas sobre él y la preocupación perturbó su ánimo.

—¿Venís, mi señor? —le preguntó Hanbei.

Había acudido para apresurar a Hideyoshi, el cual finalmente dejó la parcela de berenjenas.

Una vez efectuados los preparativos para el viaje, Hideyoshi pidió a los enviados que le acompañaran a Azuchi. Entonces se detuvo de repente.

—¡Ah! ¡Me olvidaba de algo! El regalo de Su Señoría.

Envió un servidor en busca del cesto de berenjenas, las cuales estaban cubiertas con hojas y su superficie purpúrea retenía aún el rocío de la mañana. Hideyoshi cogió el cesto y subió a bordo del barco.

La población fortificada de Azuchi ni siquiera tenía un año de antigüedad, pero la tercera parte estaba terminada y hervía ya de próspera actividad. Todos los viajeros que se detenían allí quedaban sorprendidos por la animación de aquella ciudad nueva y deslumbrante, la carretera cubierta de arena plateada que conducía a las puertas del castillo, los escalones de mampostería hechos con enormes bloques de piedra, los muros enyesados y los bruñidos herrajes.

Y si la visión de conjunto era impresionante, la grandiosidad de la torre del homenaje con sus cinco pisos desafiaba la descripción, tanto vista desde el lago, como desde las calles de la ciudad o incluso desde los mismos terrenos del castillo.

—Has venido, Hideyoshi.

La voz de Nobunaga resonó desde detrás de la puerta corredera cerrada. La habitación, emplazada en medio de la laca dorada, roja y azul de Azuchi, estaba decorada con una sencilla pintura a tinta.

Hideyoshi permanecía inmóvil a cierta distancia, postrado en la habitación contigua.

—Supongo que te has enterado, Hideyoshi. He prescindido de tu castigo. Entra.

Hideyoshi avanzó poco a poco desde la otra habitación, con el cesto de berenjenas.

Nobunaga le miró con suspicacia.

—¿Qué es eso?

—Veréis, espero que sea de vuestra satisfacción, mi señor. —Hideyoshi se acercó más y depositó el cesto de berenjenas ante su patrono—. Mi madre y mi esposa cultivan estas berenjenas en la huerta del castillo.

—¿Berenjenas?

—Quizá lo consideréis un regalo estúpido y extraño, pero como viajaba en veloz barco, pensé que podríais verlas antes de que se evaporase el rocío que las cubría. Las he recogido esta mañana.

—Hideyoshi, supongo que lo que querías mostrarme no son ni berenjenas ni rocío evaporado. ¿Qué es exactamente lo que deseas que pruebe?

—Os ruego que lo imaginéis, mi señor. Soy un servidor indigno y mi mérito es despreciable, pero vos me habéis elevado desde la condición de simple campesino a la de un servidor con un dominio de

doscientas veinte mil fanegas. Y, no obstante, mi madre nunca deja de empuñar la hoz, regar las verduras y aplicar estiércol alrededor de las calabazas y berenjenas. Cada día doy gracias por las lecciones que me enseña. Sin necesidad de hablar, me dice: «No existe nada más peligroso que un campesino que prospera en el mundo, y tienes que acostumbrarte al hecho de que la envidia y las críticas de los demás se deben a su propia vanidad. No olvides tu pasado en Nakamura y ten siempre presentes los favores que tu señor te ha concedido».

Nobunaga asintió, e Hideyoshi siguió diciendo:

—¿Creéis, mi señor, que idearía cualquier estrategia de campaña que no fuese beneficiosa para vos cuando tengo una madre así? Considero sus lecciones como talismanes. Aunque me haya querellado abiertamente con el comandante en jefe, no existe la menor duplicidad en mi pecho.

En aquel momento, un invitado que estaba al lado de Nobunaga se dio una palmada en el muslo y dijo:

—Estas berenjenas son en verdad un magnífico regalo. Luego las probaremos.

Por primera vez Hideyoshi reparó en que había alguien más en la habitación: un samurai que aparentaba tener poco más de treinta años. La anchura de su boca era un indicio de su fuerza de voluntad. Tenía la frente prominente y el puente de la nariz era algo ancho. Sería difícil determinar si era de origen campesino o sencillamente tenía una constitución robusta, pero la luz de sus ojos y el brillo de su piel de tonalidad rojiza oscura mostraban que poseía una poderosa vitalidad interna.

—¿También te han agradado las berenjenas cultivadas en casa por la madre de Hideyoshi, Kanbei? Yo mismo estoy muy satisfecho. —Nobunaga se echó a reír y, poniéndose serio, presentó el invitado a Hideyoshi—. Éste es Kuroda Kanbei, el hijo de Kuroda Mototaka, principal servidor de Odera Masamoto de Harima.

—¡Cielos! De modo que sois Kuroda Kanbei.

—¿Y vos sois el señor Hideyoshi de quien tanto oigo hablar?

—Siempre por correo.

—Sí, pero no puedo considerar que éste es nuestro primer encuentro.

—Y ahora heme aquí, rogando vergonzosamente el perdón de mi señor. Me temo que vais a reiros de mí, pensando que éste es Hideyoshi, el hombre a quien siempre regaña su señor.

Se rió de tan buena gana que todos los motivos de conflicto parecieron eliminados. Nobunaga también se echó a reír. Sólo con Nobunaga era capaz de reírse alegremente de cosas que en realidad no eran muy divertidas.

Las berenjenas que Hideyoshi había traído fueron preparadas en seguida y muy pronto los tres hombres se pusieron a beber. Kanbei era nueve años más joven que Hideyoshi, pero no estaba en absoluto por debajo en su comprensión de la corriente de los tiempos o su intuición de quién se alzaría con el poder supremo en el país. No era más que el hijo de un servidor de un clan influyente en Harima, pero poseía un pequeño castillo en Himeji y, desde edad muy temprana, tenía una gran ambición. Además, entre todos cuantos vivían en las provincias occidentales, era el único que había aquilatado la tendencia de los tiempos con la claridad suficiente para visitar a Nobunaga y sugerirle en secreto la urgencia de la conquista de aquella zona.

La gran potencia en el oeste era el clan Mori, cuya esfera de influencia se extendía por una veintena de provincias. Kanbei vivía en medio de ellos, pero su poder no le intimidaba. Percibía que la historia

del país fluía en una dirección y, armado con esta revelación, había ido en busca de un hombre, Nobunaga. Eso bastaba para que no se le pudiera considerar como un hombre corriente.

Dice un proverbio que un gran hombre siempre reconocerá a otro. Durante su conversación de aquel día, Hideyoshi y Kanbei se sintieron tan unidos como si se hubieran conocido mutuamente toda su vida.



# El mono marcha al Oeste

Poco después de su encuentro con Kuroda Kanbei, Nobunaga encargó una misión especial a Hideyoshi.

—La verdad es que quisiera arriesgar a todo mi ejército en esta expedición —empezó diciendo Nobunaga—, pero la situación no lo permite todavía. Por ello te he elegido como el único en quien puedo depositar mi plena confianza. Te pondrás al frente de tres ejércitos, los conducirás a las provincias occidentales y persuadirás al clan Mori para que se me someta. Es una gran responsabilidad y sé que sólo tú puedes cargar con ella. ¿Lo harás?

Hideyoshi guardó silencio. Estaba tan entusiasmado y lleno de gratitud que no pudo responder de inmediato.

—Acepto —dijo finalmente con profunda emoción.

Ésta era tan sólo la segunda vez que Nobunaga movilizaba tres ejércitos y los ponía al mando de uno de sus servidores. La ocasión anterior fue cuando encargó a Katsui de la campaña en las provincias del norte. Pero debido a su enorme importancia y dificultad, una invasión de las provincias occidentales no podía compararse con la campaña del norte.

Hideyoshi tenía la sensación de que habían cargado un enorme peso sobre sus hombros. Al observar su expresión, de una cautela fuera de lo común, Nobunaga se sintió repentinamente inquieto, temeroso de que, al fin y al cabo, semejante responsabilidad fuese excesiva para Hideyoshi. ¿Tenía éste la confianza necesaria para aceptarla?

—¿Volverás al castillo de Nagahama antes de que movilices a las tropas, Hideyoshi? —le preguntó Nobunaga—. ¿O preferirías marchar desde Azuchi?

—Con vuestro permiso, mi señor, partiré de Azuchi hoy mismo.

—¿No lamentas abandonar Nagahama?

—En absoluto. Mi madre, mi esposa y mi hijo adoptivo están allí. ¿Por qué habría de entristecerme?

El hijo adoptivo era el cuarto hijo de Nobunaga, Tsugimaru, a quien Hideyoshi estaba criando.

Nobunaga se echó a reír y le preguntó:

—Si esta campaña se prolonga y tu provincia cae en manos de tu hijo adoptivo, ¿dónde establecerás tu propio territorio?

—Después de subyugar el oeste, os lo pediré.

—¿Y si no te lo concedo?

—Tal vez conquistaría Kyushu y viviría allí.

Nobunaga se rió de buena gana, olvidando sus recelos anteriores.

Hideyoshi regresó alborozado a sus aposentos y se apresuró a informar a Hanbei de las órdenes de Nobunaga. Hanbei envió de inmediato un correo a Hikoemon, el cual estaba al frente de Nagahama en ausencia de Hideyoshi. Hikoemon realizó la marcha durante la noche, al frente de un ejército que se uniría a su señor. Entretanto se hizo llegar un despacho urgente a todos los generales de Nobunaga, informándoles del nombramiento de Hideyoshi.

A la mañana siguiente, cuando llegó Hikoemon y fue a los aposentos de Hideyoshi, le encontró allí a solas, aplicándose moxa a las espinillas.

—Ésa es una buena precaución para una campaña —comentó Hikoemon.

—Aún tengo media docena de cicatrices en la espalda de la época en que me trataron con moxa en mi

infancia —respondió Hideyoshi, los dientes rechinándole a causa del intenso calor—. La moxa no me gusta porque quema, pero si no hiciera esto mi madre se preocuparía. Cuando envíes noticias a Nagahama, haz el favor de decir que me aplico moxa a diario.

En cuanto terminó el tratamiento con moxa, Hideyoshi partió hacia el frente. Las tropas que salieron aquel día de la población fortificada de Azuchi eran realmente impresionantes. Nobunaga contempló su partida desde la torre del homenaje. Pensó que el mono de Nakamura había llegado lejos, y un torrente de profundas emociones pasaron por su pecho mientras miraba el estandarte de Hideyoshi, con la calabaza dorada, que desaparecía a lo lejos.

La provincia de Harima era la perla de color verde jade en la lucha que libraban el dragón del oeste y el tigre del este. ¿Se aliaría con las fuerzas recientemente alzadas de los Oda? ¿Se alinearía con la antigua potencia de los Mori?

Pero el mayor y el más pequeño de los clanes de las provincias occidentales que se extendían desde Harima a Hoki se enfrentaban ahora a una decisión difícil.

—Los Mori son el principal sostén del oeste —decían algunos—. Es indudable que no decepcionarán.

Otros, no tan seguros, replicaban:

—No, no podemos pasar por alto el repentino ascenso de los Oda al poder.

La gente tomaba partido comparando la fuerza de los adversarios: los territorios de ambos bandos, el número de soldados y aliados. Sin embargo, en este caso, dada la inmensidad de la influencia de Mori y las vastas posesiones de los Oda, el poderío de ambos bandos parecía idéntico.

¿A cuál de ellos pertenecería el futuro?

Hacia esas provincias occidentales, perdidas entre la luz y la oscuridad e incapaces de seguir una línea de conducta, avanzaron las tropas de Hideyoshi el día veintitrés del décimo mes.

Al oeste. Al oeste.

La responsabilidad era enorme. Hideyoshi cabalgaba bajo su estandarte de la calabaza dorada, con una expresión preocupada en el rostro sombreado por la visera del casco. Tenía cuarenta y un años de edad. Fruncía la boca en una mueca mientras su caballo trotaba imperturbable. El polvo transportado por el viento cubría a todo el ejército.

De vez en cuando, Hideyoshi se recordaba que estaba avanzando hacia las provincias occidentales. Probablemente él no habría dado demasiada importancia a su posición, pero cuando partió de Azuchi los demás generales de Nobunaga le felicitaron.

—Por fin Su Señoría ha decidido aprovechar vuestra valía. No estáis por debajo de nadie, señor Hideyoshi. Tendréis que corresponder a Su Señoría por sus favores.

En cambio, Shibata Katsuie parecía muy enojado.

—¡Cómo! ¡Ése ha sido nombrado comandante en jefe de la campaña occidental!

La mera idea hacía reír despectivamente a Katsuie. Era fácil ver por qué pensaba así. Cuando Hideyoshi era todavía un criado que llevaba las sandalias de Nobunaga y vivía en los establos con los caballos, Katsuie era un general del clan Oda. Además, se había casado con la hermana menor de Nobunaga, y gobernaba una provincia con un rendimiento de más de trescientas mil fanegas. Finalmente, cuando Katsuie era comandante en jefe de la campaña del norte, Hideyoshi desobedeció sus órdenes y regresó a Nagahama sin previo aviso. Como servidor de alto rango, Katsuie hizo una serie de maniobras

políticas para que la invasión de las provincias occidentales estuviese fuera del candelera.

Montado en su caballo camino de las provincias occidentales, Hideyoshi se reía sin cesar para sus adentros.

Tales cosas cruzaban de improviso por su mente al tiempo que su atención se desviaba de la apacible carretera del oeste. En un momento determinado se echó a reír sonoramente. Hanbei, que cabalgaba a su lado, creyendo que quizá se le había escapado algo, le preguntó qué había dicho, a fin de asegurarse.

—No, nada —respondió Hideyoshi.

Aquel día el ejército había recorrido una buena distancia y ya se estaban aproximando a la frontera de Harima.

—Hanbei, te espera cierto placer cuando entremos en Harima.

—¿Ah, sí? ¿Qué puede ser?

—Creo que todavía no conoces a Kuroda Hanbei.

—Así es, pero oigo hablar de él desde hace largo tiempo.

—Es un hombre a la altura de los tiempos. Creo que cuando le conozcas os haréis en seguida amigos.

—He oído contar muchas anécdotas de él.

—Es hijo de un servidor de alto rango del clan Odera, y apenas tiene más de treinta años.

—¿Ha sido concebida esta campaña por el señor Kanbei?

—En efecto. Es un hombre inteligente y muy perspicaz.

—¿Le conocéis bien, mi señor?

—Le he conocido a través de cartas, pero le he visto por primera vez hace poco en el castillo de Azuchi. Tuvimos una conversación totalmente franca durante media jornada. Ah, me siento confiado. Con Takenaka Hanbei a mi izquierda y Kuroda Kanbei a mi derecha, dispongo de todo un estado mayor.

En aquel momento algo causó un ruidoso desorden entre las tropas detrás de ellos. Alguien en la unidad de pajes reía a mandíbula batiente.

Hikoemon se volvió y reconvino a Mosuke, el jefe de los pajes. Éste, a su vez, gritó a los pajes de la compañía:

—¡Silencio! ¡Un ejército avanza con dignidad!

Cuando Hideyoshi preguntó lo que había ocurrido, Hikoemon pareció azorado.

—Desde que he permitido cabalgar a los pajes, retozan en las filas como si estuvieran de excursión. Hacen mucho ruido y juegan entre ellos, e incluso Mosuke es incapaz de controlarlos. Tal vez, después de todo, sería mejor obligarles a caminar.

Hideyoshi soltó una risa forzada y miró atrás.

—Están muy animados porque son tan jóvenes, y probablemente su carácter juguetón sería difícil de dominar. Dejémoslos. Ninguno se ha caído todavía del caballo, ¿verdad?

—Parece que el más joven de ellos, Sakichi, no está acostumbrado a cabalgar, y alguien ha pensado que sería divertido hacerle caer.

—¿Sakichi se ha caído del caballo? Bueno, eso también es un buen adiestramiento.

El ejército prosiguió su avance. La carretera penetró en Harima y finalmente llegaron a Kasuya al atardecer, tal como habían planeado.

Al contrario que la adusta jefatura de Shibata Katsue, quien sólo respetaba las regulaciones y la forma, o la severidad y el rigor de Nobunaga, el estilo de mando de Hideyoshi se distinguía por una

jovialidad característica. Al margen de lo acosadas que estuvieran sus tropas por las penalidades o la lucha desesperada, seguían irradiando esa jovialidad y la armoniosa sensación de que el conjunto del ejército formaba una sola familia.

Por ello, aunque el grupo de pajes, compuesto por muchachos de once a dieciséis años, podía quebrantar fácilmente la disciplina militar, Hideyoshi, como el «cabeza de familia», se limitaba a hacer un guiño y decía que los dejaran en paz.

Empezó a oscurecer cuando la vanguardia entraba discretamente en Harima, una provincia aliada en medio de territorio enemigo. Los habitantes de la provincia, incapaces de decidir lo que debían hacer y muy presionados por sus vecinos, encendieron fogatas y dieron la bienvenida a las tropas de Hideyoshi.

Las fuerzas de Hideyoshi habían dado el primer paso en la invasión de las provincias occidentales. Cuando la larga columna de soldados en doble fila entró en el castillo, un estrépito continuo llenó la atmósfera crepuscular. La primera unidad estaba formada por los abanderados, la segunda por los portadores de armas de fuego, la tercera por los arqueros, la cuarta por los lanceros, la quinta por los hombres armados con espadas y alabardas. La unidad central estaba formada por jinetes, entre ellos los oficiales que rodeaban a Hideyoshi. Con los tambores, los portadores de estandartes, policía militar, inspectores, caballos de reserva y de carga y los exploradores, el número total de hombres ascendía a unos siete mil quinientos, y el espectador podía ver que se trataba de una fuerza realmente formidable.

Kuroda Kanbei estaba en el portal del castillo de Kasuya para darles la bienvenida. Cuando Hideyoshi le vio, se apresuró a desmontar y fue a su encuentro, sonriente. Kanbei también se adelantó, saludando a gritos y con las manos extendidas. Entraron en el castillo como amigos que no se veían desde hacía años, y Kanbei presentó a Hideyoshi a sus nuevos servidores. Cada uno de los hombres dijo su nombre e hizo un juramento de lealtad a Hideyoshi.

Entre ellos había un hombre que parecía de excelente carácter.

—Soy Yamanaka Shikanosuke —se presentó—, uno de los pocos servidores supervivientes del clan Amako. Hasta ahora hemos luchado juntos, pero en regimientos distintos, por lo que no nos habíamos visto. Pero me entusiasmé al oír que invadíais el oeste y pedí al señor Kanbei que hablara en mi favor.

Aunque Shikanosuke estaba arrodillado y con la cabeza inclinada, Hideyoshi pudo ver por la anchura de sus hombros que era mucho más alto y corpulento que la mayoría. Al levantarse reveló una altura de seis pies, y parecía tener unos treinta años de edad. Su piel era como el hierro, y sus ojos penetrantes como los de un halcón. Hideyoshi se le quedó mirando como si no recordara del todo quién era. Kanbei acudió en su ayuda.

—La lealtad de este hombre es infrecuente en los tiempos que corren. En el pasado sirvió a Amako Yoshihisa, un señor arruinado por los Mori. Durante muchos años ha demostrado una entrega y una fidelidad inquebrantables en las circunstancias más adversas. En los últimos diez años ha intervenido en diversas batallas y se ha desplazado de un lugar a otro, hostigando a los Mori con pequeñas fuerzas, en un intento de poner de nuevo a su antiguo señor al frente de sus dominios.

—Incluso yo he oído hablar del leal Yamanaka Shikanosuke, pero ¿qué habéis querido decir al mencionar que hemos estado en regimientos diferentes? —le preguntó Hideyoshi.

—Durante la campaña contra el clan Matsunaga, luché junto con las fuerzas del señor Mitsuhide en el monte Shigi.

—¿Estuvisteis en el monte Shigi?

Kanbei volvió a intervenir en la conversación.

—Los años de lealtad en medio de tantas adversidades quedaron en nada cuando Amako fue derrotado por los Mori. Más tarde pidió secretamente ayuda al señor Nobunaga a través de los buenos oficios del señor Katsue. En la batalla del monte Shigi Shikanosuke cortó la cabeza del feroz Kawai Hidetaka.

—Fuisteis vos quien acabó con Kawai —dijo Hideyoshi, como si sus dudas se hubieran despejado, y miró de nuevo al hombre, esta vez con una ancha sonrisa.

\*

\*

\*

Hideyoshi demostró muy pronto el poderío de sus tropas. Cayeron los dos castillos de Sayo y Kozuki, y aquel mismo mes derrotó al vecino clan Ukita, un aliado de los Mori. Takenaka Hanbei y Kuroda Kanbei estaban siempre al lado de Hideyoshi.

El campamento principal fue trasladado a Himeji. Durante esta época, Ukita Naoie solicitaba constantemente refuerzos al clan Mori. Al mismo tiempo Naoie confió a Makabe Harutsugu, el guerrero más valeroso de Bizen, una fuerza de ochocientos hombres con la que logró recuperar el castillo de Kozuki.

—Después de todo, ese Hideyoshi no es gran cosa —se jactó Makabe.

Se repusieron los suministros de pólvora y alimentos del castillo de Kozuki y se enviaron nuevas tropas de refuerzo.

—Supongo que no podemos consentirlo —sugirió Hanbei.

—Creo que no —dijo Hideyoshi pausadamente. Desde su llegada a Himeji, había estudiado con detalle la situación de las provincias occidentales—. ¿A quién te parece que debería enviar? Creo que esta batalla va a ser muy dura.

—Shikanosuke es la única alternativa.

—¿Shikanosuke? ¿Qué opinas, Kanbei?

Kanbei mostró su acuerdo de inmediato.

Shikanosuke recibió las órdenes de Hideyoshi, preparó sus tropas durante la noche y avanzó hacia el castillo de Kozuki. Finalizaba el año y el frío era intenso.

Los oficiales y soldados de Shikanosuke sentían el mismo entusiasmo que su jefe. Habían jurado derribar a los Mori y restaurar a Katsuhisa, el jefe del clan Amako, en el poder, y su valor y lealtad eran ilimitados.

Cuando los generales de Ukita fueron informados por sus exploradores de que el enemigo era el clan Amako, con Shikanosuke al frente, se amedrentaron. La mención del nombre de Shikanosuke les producía un terror similar al que podría sentir un pajarillo ante un tigre furioso.

Y era indudable que temían los informes sobre el avance de Shikanosuke mucho más de lo que habrían temido un ataque directo por parte de Hideyoshi.

Desde ese punto de vista, Shikanosuke era el hombre más adecuado para enviarlo contra el castillo de Kozuki. Al fin y al cabo, con su resolución y valor había hecho estragos e inspirado terror como un dios encolerizado. Incluso el general más valiente del clan Ukita, Makabe Harutsugu, abandonó el castillo de Kozuki sin luchar, temiendo sufrir excesivas bajas si se quedaba y enfrentaba a Shikanosuke.

Cuando Shikanosuke entró en el castillo e informó a Hideyoshi de que había logrado su captura sin derramamiento de sangre, Makabe ya había pedido refuerzos. Tras la unión de un ejército al mando de su hermano, con lo que las fuerzas combinadas sumaban mil quinientos o mil seiscientos hombres, Makabe avanzó para contraatacar y se detuvo en medio de una nube de polvo en una planicie a corta distancia del castillo.

Shikanosuke observaba desde la torre vigía.

—Hace más de dos semanas que no llueve —dijo riendo—. Vamos a darles una ardiente recepción.

Dividió a sus soldados en dos grupos, que abandonaron el castillo por la noche. Uno de los grupos prendió fuego en la hierba seca, allí donde el viento soplaba en la dirección del enemigo. Rodeadas por las llamas que consumían los matorrales, las fuerzas de Ukita fueron completamente derrotadas.

La segunda unidad de Shikanosuke entró entonces en acción y avanzó para aniquilarlos. Nadie sabía con certeza el número de enemigos que perecieron en la matanza, pero su jefe, Makabe Harutsugu, y su hermano quedaron sin vida en el suelo.

—Supongo que ahora se desanimarán.

—No, seguirán viniendo.

Las fuerzas de Shikanosuke emprendieron el regreso a Kozuki, entonando cantos de victoria. Sin embargo, un mensajero del campamento principal en Himeji llegó con la orden de Hideyoshi de que abandonaran el castillo y se retirasen a Himeji. Como era de esperar, de las filas alzaron gritos de protesta, desde Amako Katsuhisa, el jefe del clan, hasta el último hombre. ¿Por qué tenían que abandonar un castillo por el que habían luchado con tanto denuedo y que se hallaba en una situación estratégica?

—Sin embargo, es la orden de nuestro comandante en jefe... —dijo Shikanosuke, obligado a consolar al señor Katsuhisa y sus tropas y regresar a Himeji.

Al volver se entrevistó de inmediato con Hideyoshi.

—Si puedo hablaros sin reserva, todos mis oficiales y soldados han recibido con incredulidad vuestra orden. Yo también comparto sus sentimientos.

—A fin de mantener el secreto, no le dije al mensajero el motivo de la retirada, pero os lo diré ahora. El castillo de Kozuki ha sido un buen cebo para atraer a los Ukita. Si lo abandonamos, no hay duda de que los Ukita volverán a aprovisionarlo con alimentos, armas y pólvora. Incluso es probable que refuercen la guarnición. ¡Y será entonces cuando intervengamos! —Hideyoshi se echó a reír. Bajando la voz hasta convertirla en un susurro, se inclinó adelante en el escabel de campaña y señaló con su abanico de guerra en la dirección de Bizen—. Es evidente que Ukita Naoie prevé que volveré a atacar de nuevo el castillo de Kozuki. Esta vez él mismo irá al frente de un gran ejército, y nosotros vamos a superarle en táctica. No os enfadéis, Shikanosuke.

El año llegaba a su final. Los informes de los exploradores eran tal como se había esperado: grandes cantidades de suministros ya estaban siendo transportadas por los Ukita al castillo de Kozuki. El mando del castillo había sido entregado a Ukita Kagetoshi, y en las murallas del castillo se habían apostado tropas de élite.

Hideyoshi rodeó el castillo y ordenó a Shikanosuke y su fuerza de diez mil hombres que se ocultaran en las proximidades del río Kumami.

Entretanto, Ukita Naoie, que había planeado un ataque en pinza contra las tropas de Hideyoshi, actuando de común acuerdo con la guarnición del castillo, se puso personalmente al frente del ejército

desde Bizen.

El cebo estaba echado. Cuando Naoie atacó a Hideyoshi, Shikanosuke golpeó como un torbellino, despedazando a su ejército. Naoie escapó con vida por los pelos. Tras haberse ocupado de los Ukita, Shikanosuke se reunió con Hideyoshi para lanzar un ataque a gran escala contra el castillo.

Hideyoshi atacó el castillo con fuego. Fueron tantos los muertos abrasados que el lugar sería conocido por las generaciones posteriores como «el Valle del Infierno de Kozuki».

—Esta vez no os diré que abandonéis el castillo —dijo Hideyoshi a Amako Katsuhisa—. Protegedlo bien.

Cuando Hideyoshi terminó de limpiar Tajima y Harima, efectuó un regreso triunfal a Azuchi, donde estuvo menos de un mes antes de partir de nuevo al oeste, en el segundo mes del año.

Durante ese respiro, las provincias occidentales se apresuraron a prepararse para la guerra. Ukita Naoie envió un mensaje urgente a los Mori:

La situación es grave. Este asunto no implica solamente a la provincia de Harima. En la actualidad, Amako Katsuhisa y Yamanaka Shikanosuke ocupan el castillo de Kozuki con el apoyo de Hideyoshi. Ello tendrá graves repercusiones que el clan Mori no podrá pasar por alto. ¿Qué otra cosa puede ser esto sino un primer paso de los vengativos y vehementes Amako, que fueron destruidos por el clan Mori, hacia la recuperación de sus tierras perdidas? No deberíais manteneros al margen, sino enviar cuanto antes un gran ejército y aniquilarlos ahora. Nosotros, los Ukita, iremos en vanguardia y os recompensaremos por vuestros numerosos favores en el pasado.

Los generales en los que más confiaba Mori Terumoto eran los hijos de su abuelo, el gran Mori Motonari, conocidos como «los dos tíos de los Mori». Ambos habían heredado en buena medida las cualidades de Motonari. Kobayakawa Takakage era un hombre de amplios conocimientos, mientras que Kikkawa Motoharu tenía un gran dominio de sí mismo y poseía virtud y talento.

En vida, Motonari había aleccionado a sus hijos de la siguiente manera:

—En general, probablemente nadie causará tantos desastres al mundo como el hombre que aspira a gobernar la nación pero carece de la habilidad de gobernar. Cuando un hombre así, aprovechándose de los tiempos, intenta hacerse dueño del imperio, la destrucción será inevitable. Debéis reflexionar en vuestra propia condición y quedaros en las provincias occidentales. Bastará con que estéis resueltos a no quedar detrás de otros.

El consejo de Motonari siempre había sido respetado, y por ello los Mori carecían de la ambición que caracterizaba a los Oda, Uesugi, Takeda o Tokugawa. Así pues, aunque dieron refugio al shogun depuesto, Yoshiaki, se comunicaron con los monjes guerreros del Honganji e incluso entraron en alianza secreta con Uesugi Kenshin, su único motivo al obrar así fue la protección de las provincias occidentales. Ante los avances de Nobunaga, las fortalezas de las provincias bajo su control solamente se usaban como primera línea defensiva de su propio dominio.

Pero ahora el mismo occidente sufría un ataque violento. Una esquina de aquella línea defensiva ya se había desmoronado, demostrando que incluso las provincias occidentales eran incapaces de mantenerse fuera del torbellino de los tiempos.

—El ejército principal debería estar formado por las fuerzas combinadas de Terumoto y Takakage, y

tendrían que atacar juntos Kozuki. Yo dirigiré a los soldados de Inaba, Hoki, Izumo e Iwami, me uniré por el camino con los soldados de Tamba y Tajima y, de un solo golpe, avanzaré sobre la capital, actuaré de común acuerdo con el Honganji y golpearé directamente el cuartel general de Nobunaga en Azuchi.

Esta audaz estrategia fue propuesta por Kikkawa Motoharu, pero ni Mori Terumoto ni Kobayakawa Takakage la aprobaron, argumentando que el plan era demasiado ambicioso. Decidieron atacar primero el castillo de Kozuki.

En el tercer mes, un ejército de Mori formado por treinta y cinco mil hombres marchó hacia el norte. Poco antes Hideyoshi había ido al castillo de Kakogawa en Harima, pero su ejército no contaba más de siete mil quinientos hombres. Aunque incluyera a sus aliados en Harima, sus tropas no podían compararse con las de Mori.

Hideyoshi mantenía una calma externa y afirmaba que, en caso necesario, llegarían refuerzos. Sin embargo, tanto sus tropas como los aliados estaban muy inquietos por la pequeñez de su número en comparación con el de Mori. La primera señal de descontento no tardó en llegar: Bessho Nagaharu, el señor del castillo de Miki y principal aliado de Nobunaga en el este de Harima, se pasó al enemigo. Bessho difundió falsos rumores sobre Hideyoshi para justificar su traición, al tiempo que invitaba a los Mori a su castillo.

Por esa época, Hideyoshi recibió la inesperada noticia de la muerte de Uesugi Kenshin de Echigo. Todo el mundo sabía que Kenshin era bebedor empedernido, y se suponía que podía haber sido víctima de una apoplejía. Pero algunos propusieron la teoría de que lo habían asesinado. Aquella noche Hideyoshi permaneció en el monte Shosha, con la mirada perdida en las estrellas, reflexionando en el carácter y la vida extraordinarios de Uesugi Kenshin.

El castillo de Miki tenía una serie de castillos filiales en Ogo, Hataya, Noguchi, Shikata y Kanki, y cada uno de ellos había seguido la iniciativa de Miki y desplegado la bandera de la rebelión. Sus jefes se mofaban de Hideyoshi y su pequeño ejército.

Entonces Kanbei sugirió a Hideyoshi una nueva estrategia.

—Podríamos vernos obligados a aplastar esos pequeños castillos uno tras otro, pero creo que tomar el castillo de Miki eliminando las pequeñas piedras que lo rodean es la estrategia más cómoda.

Hideyoshi tomó primero el castillo de Noguchi, obligó a Kanki y Takasago a la rendición e incendió sistemáticamente los pueblos vecinos. Había subyugado a medias al clan Bessho cuando le llegó una carta urgente de Shikanosuke desde el asediado castillo de Kozuki.

Un gran ejército de Mori ha rodeado el castillo. Nuestra situación es desesperada. Enviad refuerzos, por favor. Los soldados de Kobayakawa son más de veinte mil, mientras que Kikkawa está al frente de unos dieciséis mil hombres. Además, el ejército de Ukita Naoie se les ha unido con unos quince mil hombres, de modo que el total de la fuerza no puede ser inferior a cincuenta mil soldados. A fin de cortar las comunicaciones entre Kozuki y sus aliados, el ejército enemigo está abriendo una larga frontera en el valle y levantando estacadas y barreras. También disponen de unos setecientos barcos de guerra que navegan por los mares de Harima y Settsu, y parecen preparados para enviar refuerzos y suministros a tierra.

Era inevitable que este informe detuviera la trayectoria que estaba siguiendo Hideyoshi. Se trataba de



un problema realmente grave y urgente, pero no fue una sorpresa completa, porque había considerado de antemano en sus planes la movilización de los Mori.

Hideyoshi tenía el ceño muy fruncido, una manifestación de sus sentimientos siempre que se encontraba en dificultades. Como había previsto la situación actual, ya había solicitado refuerzos a Nobunaga, pero aún no recibía noticias de la capital. No tenía la menor idea de si los refuerzos estaban ya en camino o si no llegarían.

El castillo de Kozuki, ahora defendido desesperadamente por Amako Katsuhisa y Shikanosuke, se encontraba en el lugar donde se unían las provincias de Bizen, Harima y Mimasaka. Aunque sólo era un pequeño castillo cerca de un pueblo de montaña, ocupaba una posición estratégica muy importante.

Para quien quisiera penetrar en la zona de Sanin, Kozuki era la primera barrera que debería controlar. Nada más natural que los Mori reflexionaran seriamente en ello, y a Hideyoshi le impresionó el astuto entendimiento que el enemigo tenía de la situación. Pero carecía de fuerzas suficientes para dividir a su ejército en dos.

Nobunaga no era tan estrecho de miras como para negarse a delegar tareas importantes en los hombres bajo su mando, pero la regla general era que todo debía estar en sus propias manos. El principio por el que se guiaba era que si alguien amenazaba con disputarle el control, esa persona no era en absoluto merecedora de confianza. Hideyoshi había aprendido bien esta lección, y aun cuando su señor le había dado la responsabilidad del comandante en jefe en la campaña, nunca tomaba por sí mismo las decisiones importantes.

Así pues, enviaba despachos con peticiones y siempre solicitaba el consejo de Nobunaga, aun cuando pudiera parecer que pedía a Azuchi instrucciones por cualquier bagatela. Enviaba a sus servidores como mensajeros para que efectuaran informes detallados de la situación, de modo que Nobunaga tuviera una comprensión clara de lo que estaba ocurriendo.

Tras haber tomado una decisión a su manera habitual, Nobunaga ordenó de inmediato los preparativos para su partida. Sin embargo, los demás generales le amonestaron a coro. Nobumori, Takigawa, Hachiya, Mitsuhide... todos eran de la misma opinión.

—Harima es un lugar con montañas y caminos difíciles, un campo de batalla sembrado de montañas y colinas. ¿No deberíais primero enviar refuerzos y esperar a ver lo que hace el enemigo?

Otro general continuó la argumentación.

—Y si la campaña de Su Señoría en el oeste se prolonga inesperadamente, el Honganji puede incomunicarnos con la retaguardia y amenazar a nuestros hombres por tierra y mar.

Estos argumentos persuadieron a Nobunaga, el cual pospuso su partida. Pero no hay que pasar por alto las emociones que los generales experimentaban hacia Hideyoshi cada vez que se convocaba un consejo de guerra. Sin decirlo así, parecían preguntar por qué Hideyoshi había sido nombrado comandante en jefe, dando a entender así que era una responsabilidad excesiva para él. Y mientras circulaban estas insinuaciones, había otra más en el fondo de todas ellas: si Nobunaga iba en persona, seguiría siendo Hideyoshi quien se llevara todo el mérito.

Al frente de unos refuerzos que sumaban aproximadamente veinte mil hombres, Nobumori, Takigawa, Niwa y Mitsuhide abandonaron la capital y llegaron a Harima a comienzos del quinto mes. Más adelante Nobunaga envió a su hijo, Nobutada, a reunirse con ellos.

Entretanto Hideyoshi, que había aumentado su ejército principal con el grupo avanzado de refuerzos

al mando de Araki Murashige, trasladó la totalidad de sus fuerzas al monte Takakura, situado al este del castillo de Kozuki. Desde aquella altura examinó la posición de Kozuki y comprobó que sería difícil en extremo establecer contacto con los hombres atrapados dentro del castillo.

El curso principal y los afluentes del río Ichi fluían alrededor de la montaña en la que se alzaba el castillo. Además, éste se hallaba cerrado al noroeste y el sudoeste por los riscos inaccesibles de los montes Okami y Taihei. Sencillamente, no existía ninguna ruta abierta para aproximarse.

La única carretera estaba bloqueada por los Mori. Más allá, en cada río, valle y montaña aparecían las fortificaciones y banderas del enemigo. Un castillo con semejantes defensas naturales podía ser defendido, pero la misma naturaleza de su posición dificultaba en extremo el acceso de los refuerzos.

—No podemos hacer nada —se lamentó Hideyoshi.

Eso era tanto como confesar que, pese a su rango de general, no tenía la menor idea de estrategia.

Finalmente, cuando anocheció, ordenó a sus hombres que encendieran hogueras de gran tamaño. Pronto unas llamas enormes pudieron verse desde el monte Takakura hasta las inmediaciones del monte Mikazuki, alzándose por encima de las cimas y los valles. Durante el día colgaron innumerables banderas y estandartes entre los árboles del terreno más elevado, lo cual por lo menos mostraba al enemigo que el ejército de Hideyoshi estaba presente al tiempo que animaba a la pequeña fuerza del castillo. Así continuaron hasta el quinto mes, cuando llegaron veinte mil soldados de refuerzo a las órdenes de Nobumori, Niwa, Takigawa y Mitsuhide.

Todos se reanimaron, pero los verdaderos resultados no justificaban el júbilo. El motivo era que ahora había demasiados generales ilustres en un solo lugar. Ahora que todos estaban al lado de Hideyoshi, ninguno quería verse en una posición subordinada. Niwa y Nobumori eran mayores que Hideyoshi, mientras que Mitsuhide y Takigawa eran tan inteligentes como él y gozaban de la misma popularidad.

Los generales provocaron una atmósfera de duda acerca de quién era en verdad el comandante en jefe. Las órdenes no pueden venir siquiera por dos conductos, y ahora eran varios los generales que las daban. El enemigo pudo husmear tales dificultades internas. Las fuerzas de Mori estaban lo bastante despiertas para percibir la ineficacia de la situación. Una noche las tropas de Kobayakawa rodearon la parte posterior del monte Takakura y lanzaron un ataque por sorpresa contra el campamento de los Oda.

Los hombres de Hideyoshi sufrieron cierto número de bajas. Entonces las tropas de Kikkawa avanzaron rápidamente desde las llanuras que se extendían por detrás hasta la zona de Shikama y atacaron por sorpresa a la unidad de suministros de los Oda, quemaron sus barcos e hicieron lo posible para crear un caos.

Una mañana, cuando Hideyoshi miraba en dirección a Kozuki, vio que la torre vigía del castillo había sido totalmente destruida durante la noche. Preguntó qué había sucedido y le informaron de que el ejército de Mori poseía uno de los cañones de los bárbaros del sur y probablemente habían pulverizado la torre con el impacto directo de un enorme proyectil. Impresionado por esta demostración de fuerza, Hideyoshi partió hacia la capital.

\*

\*

\*

Cuando Hideyoshi llegó a Kyoto, fue directamente al palacio de Nijo, sin cambiarse la ropa cubierta

por el polvo del camino y con el rostro ensombrecido por una barba de varios días.

—¿Hideyoshi?

Nobunaga tuvo que mirarle dos veces para asegurarse de que era él. Desde luego parecía un hombre diferente del que había marchado al frente de sus tropas. Tenía los ojos hundidos y una barba rala y rojiza le rodeaba la boca como un cepillo para restregar.

—Por tu aspecto pareces muy apremiado, Hideyoshi. ¿A qué has venido?

—No tengo un solo momento libre, mi señor.

—En ese caso, ¿qué te trae aquí?

—He venido a pedir instrucciones.

—¿Qué general tan fastidioso! Te nombré comandante en jefe, ¿no es cierto? Si sigues pidiéndome mi opinión sobre todas las cosas, no tendrás tiempo para poner tus tácticas en acción. ¿Por qué eres tan reservado en estas circunstancias? ¿Es que no puedes actuar por ti mismo?

—Vuestra irritación es totalmente razonable, mi señor, pero vuestras órdenes han de llegar a través de un solo canal.

—Cuando puse el bastón de mando en tus manos, te otorgué autoridad en todas las situaciones. Si comprendes lo que deseo, entonces tus instrucciones son las mías. ¿Por qué has de sentirte confuso?

—Con todo el debido respeto, ése es precisamente el punto en el que tengo dificultades. No quiero perder un solo soldado en vano.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Si la situación actual persiste, no podemos ganar.

—¿Por qué dices que ésta es una batalla perdida?

—Por indigno que sea, ahora que tengo el mando no pienso encaminar a mis hombres a una lamentable derrota. Pero la derrota es inevitable. Desde los ángulos del espíritu de lucha, el equipo y la ventaja geográfica, en estos momentos no estamos a la altura de los Mori.

—Lo primero que debes recordar —replicó Nobunaga— es que si el comandante en jefe prevé la derrota, no hay razón para que venza.

—Pero si cometemos un error de cálculo, creyendo que podemos ganar, nuestra derrota podría ser desastrosa. Si vuestras tropas sufren la mancha de una derrota en el oeste, los enemigos que están esperando aquí y en todas partes y, por supuesto, el Honganji, creerán que el señor de los Oda ha tropezado y que ahora es el momento propicio para su caída. Harán sonar sus gongs y entonarán sus ensalmos, e incluso el norte y el este se alzarán contra vos.

—Soy consciente de ello.

—Pero ¿no deberíais considerar que la invasión de las provincias occidentales, que es tan importante, podría ser fatal para el clan Oda?

—Lo tengo en cuenta, por supuesto.

—Entonces ¿por qué no habéis ido vos mismo a las provincias occidentales, después de que os lo solicitara tantas veces? El tiempo es vital. Si perdemos esta oportunidad, no tendremos ninguna posibilidad en la verdadera batalla. Es casi una necedad mencionarlo, pero sé que sois el primer general en toda la historia que ha percibido esta oportunidad, y no comprendo por qué no hicisteis nada cuando os envié una petición tras otra. Aunque he intentado hacer salir al enemigo, no se deja provocar tan fácilmente. Ahora los Mori han movilizado un ejército enorme y atacado Kozuki, utilizando el castillo de

Miki como base. ¿No es ésta una oportunidad enviada por el cielo? Con mucho gusto sería yo un señuelo para atraerlos más lejos. ¿No podríais entonces, mi señor, acudir personalmente y poner fin a este juego de un solo golpe?

Nobunaga estaba sumido en sus pensamientos. Como no era la clase de hombre que permanece indeciso en tales circunstancias, Hideyoshi comprendió que Nobunaga no estaba dispuesto a acceder a su petición.

—No —dijo finalmente Nobunaga—. Éste no es el momento de actuar temerariamente. Primero tenemos que determinar con exactitud la fuerza del clan de Mori. —Esta vez fue Hideyoshi quien pareció absorto en sus pensamientos. Como si le reprendiera, Nobunaga siguió diciendo—: ¿No será que te ha intimidado un poco el poderío de los Mori y esperas la derrota incluso antes de pelear razonablemente?

—Mi señor, no considero una prueba de lealtad hacia vos librar una batalla sabiendo que terminará en derrota.

—¿Tan fuertes son los efectivos de las provincias occidentales? ¿Tan elevada es su moral?

—Lo es. Están protegiendo las fronteras que han mantenido desde los tiempos de Motonari, y ponen todo su empeño en reforzar el interior de su dominio. Su riqueza no puede compararse siquiera con la de los Uesugi de Echigo o los Takeda de Kai.

—Es absurdo pensar que una provincia rica es siempre una provincia fuerte.

—La fuerza depende de la calidad que tenga la riqueza. Si los Mori fuesen extravagantes y arrogantes, no merecería la pena preocuparse por ellos, y es muy probable que incluso pudiéramos aprovecharnos de la situación. Pero los dos generales, Kikkawa y Kobayakawa, son una gran ayuda para Terumoto y mantienen las tradiciones de su antiguo señor. Sus comandantes y soldados actúan virtuosamente, siguiendo el Camino del Samurai. Los pocos soldados que hemos capturado vivos tienen un temple pasmoso y arden de hostilidad. Cuando veo todo esto, lamento sin poder evitarlo que esta invasión vaya a ser tan dif...

—Hideyoshi, Hideyoshi —le interrumpió Nobunaga con una expresión de disgusto en su semblante—. ¿Qué me dices del castillo de Miki? Nobutada se dirige allí.

—Dudo de que caiga fácilmente, a pesar de las habilidades de vuestro hijo.

—¿Qué clase de jefe es Bessho Nagaharu, el gobernador del castillo?

—Es un hombre de gran carácter.

—No haces más que alabar al enemigo, ¿sabes?

—La primera regla de un militar es conocer a su enemigo. Supongo que no es bueno alabar a los jefes y a sus soldados, pero os he hablado con franqueza porque me creo en el deber de haceros una evaluación correcta.

—Creo que tienes razón. —Por fin Nobunaga pareció reconocer la fuerza del enemigo, si bien a regañadientes. Sin embargo, la determinación de vencer seguía enconándose en su interior, y al cabo de un rato añadió—: Supongo que es así, Hideyoshi, pero que nuestras tropas carezcan de ánimo sigue siendo otra cosa.

—¡En efecto!

—El papel del comandante en jefe no es fácil. Takigawa, Nobumori, Niwa y Mitsuhide son todos ellos generales veteranos. No es que no sigan tus instrucciones, ¿verdad?

—Tenéis una percepción excelente, mi señor. —Hideyoshi inclinó la cabeza y su semblante marcado

por la fatiga del combate enrojeció—. Tal vez ha sido una responsabilidad excesiva para mí, que soy más joven que ellos.

Desde luego, se daba cuenta de las sutiles maquinaciones de los servidores de alto rango y de cómo habían impedido que Nobunaga acudiera a la batalla. Aunque el gran ejército de Mori no hubiera sido preocupante, habría tenido que precaverse del peligro que representaban sus propios aliados.

—Te diré lo que has de hacer, Hideyoshi. Abandona temporalmente el castillo de Kozuki, únete a las fuerzas de Nobutada, dirígete al castillo de Miki y derrotad a Bessho Nagaharu. Entonces observa lo que hace el enemigo durante algún tiempo.

La principal causa de la depresión que sufrían las tropas era el hecho de que el ejército había sido dividido en dos, una mitad para atacar el castillo de Miki y la otra para acudir en auxilio de Kozuki. Éste era el resultado de las opiniones divergentes en las conferencias militares de los Oda celebradas hasta entonces. Y el motivo de la división estaba claro. La pequeña fuerza de Amako, atrincherada en el castillo de Kozuki, dependía del clan Oda. Abandonarla para obtener una rápida ventaja estratégica haría que otros clanes occidentales se sintieran inquietos y se preguntaran qué clase de hombre era Nobunaga. Desde luego, los Oda conseguirían la reputación de ser unos aliados indignos de confianza.

El hombre que había situado a las tropas de Amako Katsuhisa y Shikanosuke en el castillo de Kozuki era Hideyoshi, y ahora la tristeza, la amistad y una compasión casi insoportable embargaban su corazón. Sabía que iba a verlos morir. Sin embargo, en cuanto recibió las nuevas órdenes de Nobunaga, respondió de inmediato: «Sí, mi señor», y se retiró.

Reprimiendo sus sentimientos, regresó a las provincias occidentales, sumido en sus pensamientos durante todo el camino. Se decía que evitar la batalla difícil y alzarse victorioso sobre aquello que era fácil constituía la ley natural de la estrategia militar. Parecía que tomar aquella medida tenía poco que ver con la buena fe, pero desde el mismo comienzo habían luchado por un objetivo más grande. Así pues, Hideyoshi tendría que soportar lo insoportable.

Cuando llegó a su base en el monte Takakura convocó a los demás generales y les informó de la decisión de Nobunaga exactamente como él se la había expresado. Acto seguido dio la orden de levantar el campamento y unirse al ejército de Nobutada. Dejando a las fuerzas de Niwa y Takigawa como retaguardia, el ejército principal de Hideyoshi y Araki Murashige inició la retirada.

—¿Aún no ha regresado Shigenori? —preguntó Hideyoshi varias veces antes de abandonar el monte Takakura.

Takenaka Hanbei, que sabía exactamente lo que pensaba Hideyoshi, volvió la vista hacia el castillo de Kozuki como si se sintiera reacio a marcharse.

—¿Todavía no ha vuelto? —preguntó una vez más Hideyoshi.

Shigenori era uno de sus servidores. Dos noches antes había recibido instrucciones de Hideyoshi para que fuese solo al castillo de Kozuki como mensajero. Ahora Hideyoshi estaba inquieto y se preguntaba si su mensajero habría podido deslizarse entre las líneas enemigas. ¿Qué haría Shikanosuke? El mensaje de Hideyoshi, entregado por Shigenori, consistía en informar a los hombres del castillo de que había cambiado la dirección de la batalla.

¿Podéis decidir os a buscar vida en medio de la muerte, salir del castillo y abrir os paso hasta reunir os con nuestras fuerzas? Os esperaremos hasta mañana.

Ya era mañana y aguardaban esperanzados, pero los soldados que estaban en el castillo no se movían, como tampoco el ejército de Mori que rodeaba el castillo efectuaba el menor cambio. Dándoles por perdidos, Hideyoshi y sus hombres abandonaron el monte Takakura.

Los soldados del castillo de Kozuki estaban sumidos en la desesperación. Defender el castillo significaba la muerte y abandonarlo también. Incluso el indomable Shikanosuke estaba aturdido y no sabía qué hacer.

—Nadie tiene la culpa —le había dicho Shikanosuke a Shigenori—. Sólo podemos guardar rencor al cielo.

Tras discutir el asunto con Amako Katsuhisa y los demás servidores, Shikanosuke dio a Shigenori su respuesta:

—A pesar del amable ofrecimiento del señor Hideyoshi, es inconcebible que esta fuerza pequeña y cansada pueda abrirse paso y reunirse con él. Tenemos que buscar algún otro plan.

Tras despedir al mensajero, Shikanosuke escribió en secreto una nota dirigida al jefe de las fuerzas atacantes, Mori Terumoto. Era una carta de rendición. También dirigió solicitudes de intervención por separado a Kikkawa y Kobayakawa. Se trataba, naturalmente, de peticiones para que respetaran la vida de su señor, Katsuhisa, y las de los setecientos soldados del castillo. Pero ninguno de los dos jefes quiso escuchar las repetidas súplicas de Shikanosuke. Sólo se darían por satisfechos de una manera: «Abre el castillo y entrégnos la cabeza de Katsuhisa».

Era una extravagancia implorar misericordia cuando uno se veía obligado a capitular. Tragándose las lágrimas de aflicción, Shikanosuke se postró ante Katsuhisa.

—Vuestro servidor no puede hacer nada más. Cuan lamentable es que os haya ocurrido la desgracia de tener un servidor indigno como yo. Es inevitable, mi señor, debéis prepararos a morir.

—No, Shikanosuke —replicó Katsuhisa, volviéndose—. Si la situación ha llegado a este momento crítico no es porque mis hombres carezcan de habilidad, pero tampoco podemos guardar rencor al señor Nobunaga. Más bien es una gran alegría para mí haberme granjeado la entrega de mis servidores y servido como jefe de un clan samurai. Fuiste tú quien me diste la voluntad de restaurar el nombre de nuestro clan y la oportunidad de hostigar a nuestros enemigos jurados. ¿De qué puedo arrepentirme, aunque ahora suframos una derrota? Creo que he hecho cuanto podía hacer como hombre. Ahora puedo descansar en paz.

Al alba del tercer día del séptimo mes, Katsuhisa se hizo el seppuku de una manera viril. El rencor entre los clanes Mori y Amako habían durado cincuenta y seis años.

Pero la sorpresa mayor estaba por llegar. Yamanaka Shikanosuke, el hombre que había luchado contra Mori a pesar de las mayores penalidades y sufrimientos y que acababa de pedir a su señor que cometiera el seppuku, decidió no seguirle en la muerte, sino que se rindió y fue al campamento de Kikkawa Motoharu como un soldado raso de infantería, convirtiéndose ignominiosamente en prisionero de guerra.

El corazón humano es insondable. Shikanosuke fue criticado por sus enemigos y aliados, los cuales dijeron de él que, por mucho que se revistiera de lealtad, cuando llegaba el punto sin retorno no podía dejar de mostrar su verdadera naturaleza.

Pero esos mismos críticos oírían algo aún más inesperado varios días después, una noticia que les dejaría asqueados e incrédulos. Yamanaka Shikanosuke se había convertido en servidor de los Mori, los cuales le habían concedido un castillo en Suo a cambio de su lealtad futura.

—¡Qué vileza la de ese perro!

—¡Este hombre es indigno de asociarse con samurais!

Pronto el nombre de Yamanaka Shikanosuke no merecería más que desprecio. Durante veinte años tanto los enemigos como los aliados le habían considerado un hombre de entrega y lealtad inquebrantables que no se había doblegado a pesar de numerosas dificultades. Pero ahora la gente se sentía avergonzada por haberse dejado embaucar tan fácilmente. Su odio estaba en proporción directa con la fama anterior de Shikanosuke.

En la parte más calurosa del séptimo mes, Shikanosuke, en quien no parecían hacer mella todos los insultos del mundo, su familia y sus servidores fueron conducidos a su nueva finca en Suo. Les escoltaron varios centenares de soldados de Mori, los cuales actuaban oficialmente como guías pero en realidad no eran más que guardianes. Shikanosuke era como un tigre capturado que aún podría volverse violento de un momento a otro. Antes de que estuviera enjaulado y acostumbrado a que le alimentaran, sus nuevos aliados no se sentían realmente cómodos con él. Al cabo de varios días de marcha llegaron al transbordador del río Abe, al pie del monte Matsu.

Shikanosuke desmontó y se sentó en una gran piedra de cara a la orilla.

Amano Kii, del clan Mori, también desmontó y se aproximó a él.

—A las mujeres y los niños les cuesta caminar, así que les dejaremos cruzar el río primero. Descansa aquí un rato.

Shikanosuke se limitó a asentir. Durante los últimos días se había vuelto muy reticente y no quería malgastar palabras. Kii caminó hacia el transbordador y gritó algo a los hombres que estaban en la orilla. Había sólo una o dos embarcaciones. La esposa, el hijo y los servidores de Shikanosuke subieron a bordo uno tras otro hasta que las navecillas parecieron cargadas con pequeñas montañas y empezaron a deslizarse hacia la orilla opuesta.

Mientras contemplaba la embarcación, Shikanosuke se enjugó el sudor de la frente y pidió a su ayudante que mojara un paño en la fría agua del río. El otro ayudante había llevado a su caballo río abajo para que abrevara.

Varios insectos de alas verdes zumbaban alrededor de Shikanosuke. La luna pálida flotaba en el cielo del atardecer. Unas enredaderas floridas se extendían por el suelo.

Motoaki, el hijo mayor de Kii, susurró a dos hombres que estaban a la sombra de un bosquecillo donde habían atado unos diez caballos.

—¡Shinza! ¡Hikoemon! ¡Ahora tenéis una oportunidad!

Shikanosuke no había reparado en ellos. La embarcación que transportaba a su familia ya estaba casi en el centro del río.

El viento del río llenaba su pecho y la escena deslumbraba sus ojos llenos de lágrimas. Pensó en lo lamentable de su situación. Como marido y como padre, estaba acongojado al pensar en el sino de su familia vagabunda.

Incluso el más valiente de los guerreros tiene sentimientos, y se decía de Shikanosuke que era más sentimental que la mayoría de los hombres. Su valor y su espíritu caballeroso ardían en sus ojos con más intensidad que el ardiente sol del verano. Nobunaga le había abandonado, mientras que él había cortado sus vínculos con Hideyoshi, entregado en castillo de Kozuki y, finalmente, presentado al enemigo la cabeza de su señor.

Y ahora seguía allí, aferrado obstinadamente a la vida. ¿Cuáles eran sus esperanzas? ¿Qué honor le quedaba todavía? Los insultos del mundo sonaban como los chirridos de los saltamontes que le rodeaban ahora. Pero al escucharlos mientras la fresca brisa acariciaba su pecho, no le importaban.

Una pena  
amontonada sobre otra  
pondrán a prueba mi fortaleza hasta sus límites.

Años atrás había escrito ese poema y ahora lo recitó en silencio. Recordó lo que había jurado a la madre que le estimulaba cuando era joven, a su antiguo señor, al cielo y a la luna nueva en el cielo antes de ir al combate: «¡Dadme todos los obstáculos!»

Remontándolos uno tras otro, había podido vencer cada obstáculo hasta entonces. Shikanosuke consideraba que ése era el mayor placer del ser humano y su satisfacción más grande.

Un centenar de obstáculos no son en sí mismos causa de aflicción. Al avanzar por la vida con esta creencia, Shikanosuke había experimentado una gran alegría en medio de sus penalidades. Había mantenido esta actitud incluso cuando el mensajero de Hideyoshi le dijo que Nobunaga había cambiado de estrategia. Era cierto que se había sentido temporalmente desalentado, pero no guardaba rencor a nadie. Tampoco se había acongojado. Nunca, ni siquiera ahora, se había hundido en la desesperación y pensado que aquél era el final. Al contrario, ardía de esperanza: «¡Todavía estoy vivo y seguiré estándolo mientras respire!». Sólo tenía una gran esperanza, la de acercarse a su enemigo mortal, Kikkawa Motoharu, y morir matándole. Tras haber arrebatado la vida de Kikkawa, le alegraría reunirse con sus antiguos señores en el otro mundo.

Aunque Shikanosuke se había rendido, Kikkawa no era tan necio como para enfrentarse a él cara a cara, sino que había tenido la cortesía de darle un castillo, hacia el que ahora se dirigía. Shikanosuke se sentía desafortunado y se preguntaba cuándo tendría su oportunidad en el futuro.

La embarcación que transportaba a su familia y sus servidores atracó en la orilla opuesta. Por un momento la imagen de su familia que desembarcaba en medio de una gran multitud ocupó su atención.

Sin un solo sonido, una hoja desnuda saltó por detrás de Shikanosuke y le golpeó un hombro. Al mismo tiempo, otra hoja alcanzó la piedra en la que estaba sentado, haciendo que volaran chispas en todas las direcciones. Incluso a un hombre como Shikanosuke podían cogerle desprevenido. A pesar de que la hoja le había producido un corte profundo, se levantó de un salto y agarró por el moño a su aspirante a asesino.

—¡Cobarde! —le gritó.

Había recibido una sola herida de espada, pero su atacante tenía un cómplice. Al ver a su compañero en apuros, el segundo hombre se abalanzó contra Shikanosuke, blandiendo su espada y gritando.

—¡Prepárate a morir! ¡Es orden de nuestro señor!

—¡Bastardo! —replicó colérico Shikanosuke.

Dio un empujón al primer atacante, el cual chocó con su compañero y le hizo caer. Al ver su oportunidad, Shikanosuke corrió al río y levantó una enorme rociada de espuma.

—¡No le dejéis escapar! —gritó un oficial de Mori al tiempo que echaba a correr.

Desde la orilla arrojó la lanza con todas sus fuerzas. Alcanzó en la espalda a Shikanosuke, el cual



cayó de bruces al agua. El asta de la lanza se alzó recto en el agua enrojecida, como un arpón clavado en una ballena.

—¡Mi señor!

—¡Señor Shikanosuke!

Los dos ayudantes de Shikanosuke echaron a correr hacia él, pero los Mori habían tenido en cuenta esa eventualidad. En cuanto empezaron a lanzar gritos, se vieron rodeados por una jaula de acero y no pudieron avanzar más. Cuando se dieron cuenta de que su patrono había muerto, se batieron con denuedo hasta que siguieron la suerte de Shikanosuke.

El cuerpo de un hombre no puede vivir eternamente. Sin embargo, una lealtad y un sentido del deber inquebrantables vivirán mucho tiempo en los anales de la guerra. Los guerreros de épocas posteriores dirían que cada vez que alzaban la vista y veían la luna nueva en un cielo añil crepuscular, pensaban en el carácter indómito de Yamanaka Shikanosuke y les embargaba un sentimiento de reverencia. Shikanosuke viviría eternamente en sus corazones.

La espada de Shikanosuke y el recipiente de té «Gran Océano» fueron enviados junto con su cabeza a Kikkawa Motoharu.

—Si no te hubiéramos abatido —dijo Kikkawa mientras contemplaba la cabeza—, un día habrías sostenido mi cabeza en tus manos. Éste es el Camino del Samurai. Después de tus logros, debes resignarte a encontrar la paz en el otro mundo.

\* \* \*

Cuando los siete mil quinientos hombres de Hideyoshi abandonaron Kozuki, pareció como si avanzaran hacia Tajima, pero de repente viraron en dirección a Kakogawa, en Harima, y unieron sus fuerzas a los treinta mil soldados de Nobutada. El verano tocaba ya a su fin.

Atacados por aquel gran ejército, los castillos de Kanki y Shikata cayeron rápidamente. El único castillo que quedaba era el de Miki, la fortaleza del clan Bessho. Las batallas libradas por los Oda en su avance hacia el castillo de Miki parecían haber sido bastante fáciles, pero la conquista de una fortaleza tras otra en la primera línea de las defensas de Mori había costado el sacrificio de gran número de vidas. Las fuerzas combinadas de los Oda sumaban treinta y ocho mil hombres, pero era evidente que el enemigo iba a oponer una resistencia considerable.

Una de las razones por la que aquella campaña requeriría tiempo era que, junto con los progresos en el armamento, se había producido una revolución en la táctica. En general, las armas de que disponían los ejércitos de las provincias occidentales eran más avanzadas que las de los enemigos de Oda en Echizen o Kai.

Era la primera vez que las tropas de Oda entraban en contacto con una pólvora y unos cañones tan poderosos. Para Hideyoshi, aquél era un enemigo del que podía aprender muchas cosas. Probablemente Kanbei efectuó la compra, pero el mismo Hideyoshi fue el primero en abandonar los viejos cañones chinos y equiparse con un cañón fabricado por los bárbaros del sur, el cual colocó en lo alto de una torre de reconocimiento. Cuando los demás generales de Oda lo vieron, también se apresuraron a adquirir la última novedad en cañones.

Al enterarse de la lucha que se libraba en las provincias occidentales, gran número de mercaderes de

armas llegaron desde Hirado y Hakata, en Kyushu, esquivando a la flota de Mori a riesgo de sus vidas mientras buscaban los puertos en la costa de Harima. Hideyoshi ayudó a esos hombres mediando con los demás generales, los cuales le pidieron que comprara las nuevas armas fuera cual fuese su coste.

La potencia de los nuevos cañones fue puesta a prueba por primera vez contra el castillo de Kinki. Los Oda construyeron una pequeña elevación frente al punto de ataque y sobre ella alzaron una torre de madera, como las usadas para reconocimiento. En lo alto de la torre instalaron un gran cañón y lo dispararon contra el castillo. El muro de tierra y el portal fueron destruidos con facilidad. Sin embargo, los blancos verdaderos eran las torres y la ciudadela interior.

Pero el enemigo también poseía artillería, así como las armas de pequeño calibre y la pólvora más nuevas. La torre de reconocimiento fue pulverizada o quemada por completo varias veces. Cada vez que la reconstruían era derribada de nuevo.

Durante esta dura lucha, los ingenieros de Hideyoshi rellenaron el foso y penetraron por debajo del muro de piedra, mientras los zapadores cavaban túneles para socavar los muros. Esta tarea continuó sin interrupción día y noche, sin dar nunca a la guarnición del castillo un solo momento para reparar los daños. Esa estrategia ocasionaba a la larga la caída de los castillos. Puesto que la victoria sobre los pequeños castillos de Shikata y Kanki había requerido grandes esfuerzos, parecía como si el ataque contra el castillo principal de Miki pudiera ser incluso más difícil. Había una zona elevada llamada monte Hirai, a una media legua del castillo de Miki. Hideyoshi estableció allí su campamento y emplazó ocho mil hombres en la zona circundante.

Un día Nobutada visitó el monte Hirai y los dos fueron a observar las posiciones enemigas. Al sur del enemigo estaban las montañas y colinas conectadas a las sierras del oeste de Harima. Por el norte corría el río Miki. Al este había bosques de bambú, tierras de labor y monte bajo. Finalmente, una serie de fortalezas levantadas en las colmas cercanas rodeaban los muros del castillo por tres lados. Éstos, a su vez, se centraban alrededor de la ciudadela principal, la segunda ciudadela e incluso un tercer recinto.

—Quién sabe si puede tomarse fácilmente, Hideyoshi —dijo Nobutada, mirando el castillo.

—Dudo mucho de que podamos tomarlo con facilidad. Es como un diente cariado con una raíz profunda.

—¿Un diente cariado?

La imagen mencionada por Hideyoshi hizo sonreír involuntariamente a Nobutada, el cual llevaba cuatro o cinco días con dolor de muelas. Debido a la hinchazón, tenía la cara distorsionada. Se llevó la mano a la mejilla y no pudo evitar reírse de la observación de Hideyoshi. La comparación del inexpugnable castillo de Miki con su diente cariado era a la vez divertida y dolorosa.

—Ya veo. Es como un diente cariado. Para arrancarlo necesitas paciencia.

—Puede que sólo sea un diente, pero molesta a la totalidad del cuerpo. Bessho Nagaharu hace sufrir a nuestros hombres. No basta con decir que es como un diente cariado. Pero si cedemos a la irritación e intentamos subyugar el castillo irreflexivamente, no sólo corremos el riesgo de perjudicar a las encías sino que podría ser fatal para el paciente.

—Bien, ¿qué haremos entonces? ¿En qué consiste tu estrategia?

—El destino del diente está claro. Lo único que debemos hacer es aflojar la raíz de un modo natural. ¿Y si bloqueamos las carreteras por donde llegan los suministros y luego agitamos el diente de vez en cuando?

—Mi padre, Nobunaga, me dijo que me retirase a Gifu si no había buenas perspectivas de un ataque rápido. Puedes encargarte de las tácticas de dilación y otros preparativos. Yo regreso a Gifu.

—Podéis iros tranquilo, mi señor.

Al día siguiente Nobutada se retiró del campo de batalla en compañía de los demás generales. Hideyoshi dispuso sus ocho mil soldados alrededor del castillo de Miki, colocando un jefe de unidad en cada posición y levantando empalizadas. Apostó centinelas y cortó todas las carreteras que conducían al castillo. Reforzó especialmente la unidad de observación que custodiaba la carretera al sur del castillo. Si uno seguía esa carretera cuatro leguas al oeste, llegaba a la costa. La armada de Mori a menudo enviaba grandes convoyes de navíos a ese lugar, y desde allí transportaban armas y provisiones al castillo.

—Qué refrescante es el octavo mes —dijo Hideyoshi mientras contemplaba la luna en el cielo crepuscular—. ¡Ichimatsu! ¡Eh, Ichimatsu!

Los pajes salieron corriendo del campamento, cada uno maniobrando para llegar el primero. Ichimatsu no estaba entre ellos. Mientras los demás pajes se colocaban en posición para eclipsarse mutuamente, Hideyoshi les dio sus instrucciones.

—Preparad una estera y un lugar en el monte Hirai que tenga una vista imponente. Esta noche vamos a celebrar una fiesta de contemplación de la luna. Ahora no es peleéis entre vosotros. Esto es una fiesta, no una batalla.

—Sí, mi señor.

—Toranosuke.

—¿Mi señor?

—Dile a Hanbei que venga aquí si se encuentra lo bastante bien para contemplar la luna.

Dos de los pajes regresaron en seguida y anunciaron que habían preparado la estera. Habían elegido un lugar cerca de la cima del monte Hirai, a corta distancia del campamento.

—Una vista realmente soberbia —comentó Hideyoshi. Entonces se volvió de nuevo a los pajes y les dijo—: Preguntadle también a Kanbei. Sería una lástima que no viese esta luna.

Un paje fue corriendo a la tienda de Kanbei.

\* \* \*

La plataforma para la contemplación de la luna había sido instalada bajo un pino enorme. Había sake frío en un recipiente con cuello de grulla y comida en una bandeja cuadrada de madera de ciprés. Aunque el marco no era precisamente lujoso, bastaba para un breve respiro durante una campaña militar, sobre todo con la brillante luna en lo alto. Los tres hombres se sentaron en línea sobre la estera, Hideyoshi en el centro, flanqueado por Hanbei y Kanbei.

Los tres contemplaban la misma luna, pero ésta evocaba en cada uno de ellos unos pensamientos del todo diferentes. Hideyoshi pensaba en los campos de Nakamura, Hanbei recordaba la luna mágica sobre el monte Bodai. Solamente Kanbei pensaba en el futuro.

—¿Tienes frío, Hanbei? —preguntó Kanbei a su amigo, y Hideyoshi, tal vez motivado por una preocupación repentina, también miró a Hanbei.

—No, estoy bien.

Hanbei sacudió la cabeza, pero en aquel momento su rostro parecía más pálido que la luna.

Hideyoshi suspiró, diciéndose que aquel hombre de talento tenía una salud frágil, y a él le preocupaba mucho más que al mismo Hanbei.

Cierta vez, en Nagahama, Hanbei vomitó sangre mientras cabalgaba, y durante la campaña del norte había caído enfermo con frecuencia. Antes de partir hacia el oeste, Hideyoshi trató de convencerle de que se quedara en casa, aduciendo que se estaba esforzando en exceso.

—¿De qué estáis hablando? —le replicó Hanbei jovialmente, y se unió a la campaña.

A Hideyoshi le tranquilizaba tener a Hanbei a su lado. Aquel hombre era una fuerza visible e invisible al mismo tiempo. Su relación era de señor y servidor, pero en su corazón Hideyoshi consideraba a Hanbei como un maestro, sobre todo ahora, cuando se enfrentaba a la difícil tarea de la campaña occidental, la guerra se prolongaba y muchos de sus colegas generales le tenían envidia. Se estaba aproximando a la cuesta más empinada de la vida, y su confianza en Hanbei era tanto más decisiva.

Pero Hanbei ya había enfermado dos veces desde que entraron en las provincias occidentales. Tan grande era la preocupación de Hideyoshi que ordenó a Hanbei que fuese a Kyoto y se hiciera examinar por un médico. Sin embargo, Hanbei regresó en seguida.

—He tenido una mala salud desde mi nacimiento, por lo que estoy acostumbrado a las enfermedades. El tratamiento médico sería inútil en mi caso. La vida de un guerrero está en el campo de batalla.

Entonces se puso a trabajar en su puesto del estado mayor con la misma diligencia que antes, sin el menor signo de fatiga. De todos modos, su débil constitución era un hecho inexorable, y no había manera de derrotar a la enfermedad, por muy fuerte que fuese el espíritu de Hanbei.

Cuando el ejército partió de Tajima había llovido intensamente. Tal vez debido a los excesos del viaje, Hanbei alegó encontrarse mal y no se presentó ante Hideyoshi durante dos días después de que hubieran acampado en el monte Hirai. Cuando Hanbei estaba muy enfermo era normal que no se presentase ante Hideyoshi durante varios días, pues no quería dar a su señor causa de preocupación. Pero como últimamente Hanbei parecía en buenas condiciones, Hideyoshi había pensado que podrían sentarse juntos bajo la luna y charlar como no lo hacían en mucho tiempo. Pero no era sólo la luz de la luna: como Hideyoshi temía, había algo anormal en el aspecto de Hanbei.

Al percibir la preocupación de Hideyoshi y Kanbei, Hanbei cambió a propósito el rumbo de la conversación.

—Kanbei, según las noticias que me dio ayer un servidor de mi provincia natal, tu hijo, Shojumaru, está perfectamente y por fin se ha acostumbrado a su nuevo entorno.

—Como Shojumaru se encuentra en tu provincia natal, Hanbei, no tengo ninguna preocupación. Casi nunca pienso en ello.

Los dos hablaron durante un rato sobre el hijo de Kanbei. Hideyoshi, que aún no tenía hijos propios, no podía evitar una ligera envidia al escuchar la charla entre padres. Shojumaru era el heredero de Kanbei, pero cuando éste comprendió lo que traería el futuro, confió su hijo a Nobunaga como una garantía de buena fe.

El joven rehén había sido puesto al cuidado de Hanbei, el cual le envió a su castillo de Fuwa y lo educaba como si fuese su propio hijo. Así pues, con Hideyoshi como el eje de su relación, Kanbei y Hanbei también estaban unidos por lazos de amistad, y aunque rivalizaban como generales, no existía el

menor atisbo de celos entre ellos. El refrán que asegura que «dos grandes hombres no pueden permanecer uno al lado del otro» era difícilmente aplicable en el estado mayor de Hideyoshi.

Mientras contemplaba la luna, tomaba sake y hablaba de los grandes hombres del pasado y el presente, del ascenso y la caída de provincias y clanes, parecía que Hanbei lograba olvidar su enfermedad.

Sin embargo, Kanbei abordó de nuevo el tema.

—Aunque un hombre dirija un gran ejército por la mañana, no sabe si estará vivo por la noche. Pero si tienes una gran ambición, al margen de lo grande que seas como hombre, debes vivir largamente para que fructifique. Ha habido muchos héroes gloriosos y servidores leales que dejaron sus nombres a la posteridad y cuyas vidas fueron breves, pero ¿y si hubieran vivido largo tiempo? Es natural que uno se sienta apesadumbrado por la brevedad de la vida. La destrucción inevitable al apartar a un lado lo viejo y atacar el mal no es la única obra de un gran hombre. Su tarea no se habrá completado hasta que haya reconstruido la nación.

Hideyoshi asintió vigorosamente. Entonces dijo al silencioso Hanbei:

—Por eso debemos proteger nuestra vida. Quisiera," Hanbei, que también cuides de tu salud por estas razones.

—Lo mismo siento yo —añadió Kanbei—. En vez de cometer excesos, ¿por qué no te retiras a un templo de Kyoto, buscas un buen médico y te cuidas? Te lo sugiero como amigo, y creo que tranquilizar a nuestro señor podría considerarse como un acto de lealtad.

Hanbei escuchaba, abrumado de gratitud hacia sus dos amigos.

—Seguiré vuestro consejo e iré una temporada a Kyoto. Pero en estos momentos estamos preparando nuestros planes, por lo que me gustaría partir después de verlos completados.

Hideyoshi asintió. Hasta entonces había basado su estrategia en las sugerencias de Hanbei, pero estaba por ver el éxito de la misma.

—¿Te preocupa Akashi Kagechika? —le preguntó Hideyoshi.

—En efecto —respondió Hanbei, asintiendo—. Si me concedéis cinco o seis días antes de mi permiso de convalecencia, iré al monte Hachiman y me entrevistaré con Akashi Kagechika. Intentaré persuadirle de que se una a nosotros. ¿Me dais vuestro permiso?

—Eso sería un gran logro, por supuesto. Pero ¿y si sucede algo? Sabes que las probabilidades de verte en apuros son de ocho o nueve entre diez. ¿Qué harás entonces?

—Entonces moriré —respondió Hanbei sin parpadear. Su manera de hablar dejaba claro que no era el farol de un fanfarrón.

Tras la caída del castillo de Miki, el siguiente enemigo de Hideyoshi sería Akashi Kagechika. Pero de momento Hideyoshi era incapaz de conquistar el castillo de Miki. Sin embargo, el asedio no le obsesionaba. Aquel castillo sólo era una parte de la campaña para someter a todo el oeste. Así pues, no tenía más alternativa que aceptar el plan de Hanbei para subvertir a Akashi.

—¿Irás entonces? —le preguntó Hideyoshi.

—Así es.

Hideyoshi seguía dudando, pese a la animosa resolución de Hanbei. Suponiendo que éste sorteara los numerosos peligros del camino y se entrevistara con Akashi, si las negociaciones terminaban en desacuerdo no existía la seguridad de que el enemigo le permitiera regresar vivo. Tampoco podía estar

seguro Hideyoshi de que Hanbei quisiera volver con las manos vacías. ¿Sería morir el verdadero motivo de Hanbei? Tanto si moría de enfermedad como si lo mataba el enemigo, sólo podía morir una vez.

Entonces Kanbei propuso otro plan. Tenía varios conocidos entre los servidores de Ukita Naoie. Mientras Hanbei abordaba al clan Akashi, él mismo podía entrevistarse con los servidores de alto rango del clan Ukita.

Al oír esta idea, Hideyoshi se sintió intuitivamente más tranquilo. Tal vez sería posible subvertir al clan Ukita. Desde que comenzara la invasión de las provincias occidentales, los Ukita parecían algo tibios, como si esperasen ver cuál de los bandos tenía la ventaja. Ukita Naoie había pedido ayuda a los Mori, pero si se le pudiera persuadir de que el futuro estaba en manos de Nobunaga... Y aún más, la alianza de Ukita con los Mori podría revelarse inútil si no recibían ningún apoyo militar. Podría significar la defunción del clan Ukita. Eso era algo que habían aprendido los Ukita tras la retirada del ejército de Mori una vez capturado de nuevo el castillo de Kozuki.

—Si los Ukita llegan a un acuerdo con nosotros, Akashi Kagechika no tendrá más remedio que hacerlo también —observó Hideyoshi—. Y si Kagechika se nos sometiera, los Ukita pedirían la paz de inmediato. Llevar a cabo ambas negociaciones al mismo tiempo es una excelente idea.

Al día siguiente, Hanbei solicitó públicamente permiso por enfermedad y anunció que pasaría su convalecencia en Kyoto. Bajo este pretexto, abandonó el campamento en el monte Hirai acompañado solamente por dos ayudantes. Al cabo de unos días, Kanbei también salió del campamento.

Hanbei visitó primero al hermano menor de Kagechika, Akashi Kanjiro. No era amigo suyo, pero le había visto un par de veces en el templo Nanzen de Kyoto, donde ambos habían practicado la meditación Zen. Kanjiro se sentía atraído por esa disciplina, y Hanbei razonó que, si apelaba a él desde el punto de vista del Camino, llegarían a un rápido entendimiento. Entonces podría ir a entrevistarse con su hermano mayor, Kagechika.

Hasta que se conocieron, tanto Akashi Kanjiro como su hermano mayor se habían mantenido a la espera, preguntándose qué clase de política defendería Hanbei y lo elocuente que sería. A fin y al cabo, era el maestro de Hideyoshi y un renombrado táctico militar. Pero cuando habló con él, y contrariamente a sus expectativas, descubrieron que era un hombre llano y parecía totalmente desprovisto de teatralidad y astucia.

La convicción y la sinceridad de Hanbei eran tan diferentes de las estratagemas que generalmente se empleaban en las negociaciones entre los clanes samurais que los Akashi quedaron convencidos y cortaron sus vínculos con el clan Ukita. Sólo cuando hubo cumplido con su misión Hanbei pidió por fin un breve periodo de permiso. Esta vez dejó realmente de lado sus responsabilidades militares y fue a Kyoto para recuperarse.

Hideyoshi habló con él antes de su partida y le pidió que visitara a Nobunaga, a quien informaría de que habían logrado persuadir a Akashi Kagechika para que se uniera a la alianza de los Oda.

Al enterarse de esta noticia, Nobunaga se alegró muchísimo.

—¿Cómo? ¿Habéis tomado el monte Hachiman sin derramar una sola gota de sangre? ¡Muy bien hecho!

Las fuerzas de Oda que habían ocupado la totalidad de Harima habían entrado ahora en Bizen por primera vez. Era un primer paso de gran importancia.

—Pareces haber adelgazado —le dijo Nobunaga, al ver el aspecto enfermizo de Hanbei—. Cuídate

bien y que tengas una pronta recuperación.

Y, como muestra de aprecio por su meritoria hazaña, le recompensó con veinte piezas de plata.

En cuanto a Hideyoshi, le escribió:

Has hecho gala de una sagacidad fuera de lo común en esta situación. Ya me contarás los detalles cuando nos veamos, pero de momento aquí tienes una muestra de mi gratitud.

Y le envió cien piezas de oro. Cuando Nobunaga estaba contento, lo estaba en exceso. Cogió su sello bermejo y nombró a Hideyoshi gobernador militar de Harima.

\* \* \*

La larga campaña en el monte Hirai, con el prolongado asedio del castillo de Miki, había llegado a un punto muerto. Pero con la desertión de los Akashi a su bando, las maniobras de los Oda triunfaban gradualmente. No obstante, como podía esperarse de un clan tan distinguido, los Ukita no se dejaban influir fácilmente por las negociaciones, aun cuando Kanbei puso en juego toda su perspicacia al tratar con ellos. Los Ukita, que poseían las provincias de Bizen y Mimasaka, estaban atrapados entre los Oda y los Mori. Así pues, no era exagerado decir que el futuro de las provincias occidentales dependía por entero de su actitud.

Ukita Naoie siguió el consejo de cuatro servidores de alto rango, Osafune Kii, Togawa Higo, Oka Echizen y Hanabusa Sukebei. Este último tenía una ligera relación con Kuroda Kanbei, el cual se dirigió a él en primer lugar. Kanbei habló durante toda la noche del presente y el futuro del país. Habló de las aspiraciones de Nobunaga y el carácter de Hideyoshi, y logró convencer a Hanabusa.

Entonces Hanabusa persuadió a Togawa Higo para que se uniera a ellos, y habiendo convencido a esos dos hombres, Kanbei pudo entrevistarse con Ukita Naoie.

Tras escuchar sus argumentos, Naoie dijo:

—Debemos considerar el hecho de que una gran fuerza nacional está surgiendo en el este. Si nos atacan los señores Nobunaga y Hideyoshi, todo el clan Ukita perecerá para defender a los Mori. A fin de salvar las vidas de millares de soldados y beneficiar a la nación, mis tres hijos morirían de buen grado como rehenes en territorio enemigo. Si puedo proteger este dominio y salvar millares de vidas, mis plegarias habrán sido escuchadas.

Estas palabras de Naoie pusieron fin a la discusión entre sus servidores. La conferencia finalizó y escribieron una carta en la que prometían la cooperación del clan Ukita. Hikoemon llevó la misiva al monte Hirai. De este modo Hideyoshi obtuvo una victoria en la retaguardia de su ejército sin lanzar una sola flecha. Las dos provincias de Bizen y Mimasaka se hicieron aliadas de los Oda sin derramamiento de sangre.

Naturalmente, Hideyoshi quería informar a su señor de este feliz acontecimiento, pero pensó que una carta podría ser peligrosa. El asunto requería el máximo secreto: hasta que se presentara la oportunidad apropiada, sería necesario ocultar la alianza al clan Mori.

Hideyoshi envió a Kanbei a Kyoto para que informara a Nobunaga.

Kanbei partió de inmediato a la capital, y al llegar solicitó una audiencia con Nobunaga.

Mientras escuchaba el informe de Kanbei, Nobunaga pareció disgustarse en sumo grado. En la ocasión anterior, cuando Takenaka Kanbei acudió al palacio de Nijo y le comunicó la sumisión de los Akashi, Nobunaga se mostró exultante y le alabó. Esta vez, sin embargo, su reacción fue totalmente distinta.

—¿Quién te dio la orden de hacer eso? ¡Si ha sido Hideyoshi, tendrá que responder a un interrogatorio intenso! Que llegue a un acuerdo con las dos provincias de Bizen y Mimasaka es la peor de las audacias. ¡Regresa y díselo así a Hideyoshi! —Entonces, como si pensara que esta brusca reprimenda no era suficiente, añadió—: Según la carta de Hideyoshi, vendrá a Azuchi dentro de unos días con Ukita Naoie. Dile que no veré a Naoie aunque venga. ¡Ni siquiera veré a Hideyoshi!

Estaba tan encolerizado que ni siquiera Kanbei pudo tratar con él. Tras haber acudido en vano, Kanbei regresó a Harima abrigando un profundo descontento.

Aun cuando le avergonzaba decirle exactamente a Hideyoshi lo que había sucedido en vista de todas las penalidades que su señor había sufrido, difícilmente podría mantener el asunto en secreto. Cuando Kanbei miró a hurtadillas el rostro de Hideyoshi, vio aparecer una sonrisa forzada en sus mejillas ojerosas.

—Sí, comprendo —le dijo Hideyoshi—. Se ha enfadado porque he hecho una alianza innecesaria utilizando mi propia autoridad. —No parecía tan desalentado como Kanbei—. Supongo que el señor Nobunaga quería que destruyéramos a los Ukita a fin de poder repartir sus tierras entre sus servidores. —Entonces, tratando de consolar al alicaído Kanbei, añadió—: Cuando las cosas no salen como uno las había planeado, es una auténtica batalla. Los planes que pensaste durante la noche cambian por la mañana, y los proyectos que tenías por la mañana cambian por la tarde.

Kanbei, por su parte, tuvo la súbita certeza de que su vida dependía de aquel hombre, y en lo más íntimo de su ser supo que, si llegaba a ser necesario, estaría dispuesto a morir por Hideyoshi.

Hideyoshi había interpretado los sentimientos de Nobunaga. Si sabía realmente servir a su señor, era evidente que comprendía su modo de pensar. Sin embargo, ahora Kanbei entendía perfectamente que Hideyoshi se había labrado la confianza y la categoría de que gozaba a través de veinte años de servicio con Nobunaga.

—¿Queréis decir entonces que establecisteis la alianza con el clan Ukita aun cuando sabíais que sería contraria a la voluntad del señor Nobunaga? —le preguntó Kanbei.

—Habida cuenta de las ambiciones del señor Nobunaga, no había ninguna duda de que se enfadaría. Cuando Takenaka Hanbei informó sobre la sumisión de Akashi Kagechika, Su Señoría estuvo tan contento que nos premió a Hanbei y a mí en exceso. Desde luego vio que la sumisión del clan Akashi facilitaría el ataque contra los Ukita, y un ataque con éxito le habría permitido dividir la provincia de los Ukita y ofrecerla como recompensa. Pero como he logrado que los Ukita se nos sometan, difícilmente podrá apoderarse de sus tierras, ¿verdad?

—Cuando lo explicáis así puedo entender los sentimientos del señor Nobunaga. Pero estaba tan enojado que no os será fácil tener ocasión de hablar francamente con él. Dijo que si Ukita Naoie acude a Azuchi, o incluso si vais vos para interceder por él, no concederá una audiencia a ninguno de los dos.

—Tendré que visitarle, por muy enojado que esté. Existen maneras de evitar una disputa cuando un marido y una esposa se enfadan, pero no es bueno evitar la cólera del propio señor. Nada le hará sentirse mejor que si me presento y le pido perdón, aunque me dé una paliza o me grite mientras me postro a sus



pies y parezco idiota.

Hideyoshi tenía en sus manos la garantía por escrito que le había dado Ukita Naoie, pero él era sólo el jefe de un ejército expedicionario. Si el tratado no recibía la aprobación de Nobunaga, sería papel mojado.

Además la etiqueta exigía, por razones de formalidad, que Ukita Naoie se personase en Azuchi, tributara homenaje a Nobunaga y le pidiera nuevas órdenes. En la fecha que habían convenido de antemano, Hideyoshi se dirigió a Azuchi en compañía de Naoie. Pero la cólera de Nobunaga aún no se había enfriado.

—No me reuniré con ellos.

Eso fue todo lo que dijo a Hideyoshi a través de su ayudante.

Hideyoshi estaba perplejo. Lo único que podía hacer era esperar. Regresó a la sala de invitados donde Naoie aguardaba y le informó del resultado.

—Hoy Su Señoría no está de muy buen humor. ¿Os importaría esperarme algún tiempo en vuestro alojamiento?

—¿Está indispuerto? —inquirió Naoie en un tono que reflejaba su desventura.

Al pedir la paz, no había buscado la conmiseración de Nobunaga. Aún podía contar con un ejército formidable. ¿Qué ocurría? ¿Cuál era el motivo de aquella fría recepción? Estas cosas no salieron de sus labios, pero no podía evitar pensarlas con indignación.

Naoie no soportaba más humillaciones. Empezaba a pensar que debería regresar a su provincia natal y, una vez más, enviar los saludos que eran apropiados para las provincias enemigas.

—No, no —le dijo Hideyoshi—. Ahora hay un problema, pero podremos verle más adelante. De momento, regresemos al pueblo.

Hideyoshi había dispuesto el alojamiento de Naoie en el templo Sojitsu. Los dos regresaron rápidamente al pueblo, donde Naoie se quitó su atuendo formal y habló con Hideyoshi.

—Abandonaré Azuchi antes de que anochezca y pasaré la noche en la capital. Creo que entonces sería mejor que regresara a Bizen.

—Vamos, vamos, ¿por qué habrías de hacer eso? ¿Por qué queréis marcharos antes de que visitemos de nuevo al señor Nobunaga?

—Ya no tengo ganas de verle. —Por primera vez, Naoie manifestó lo que sentía tanto en la expresión de su semblante como con sus palabras—. Y creo que el señor Nobunaga tampoco quiere verme. Además, ésta es una provincia enemiga con la que no tengo ninguna relación. Probablemente sería mejor para los dos que me marchara cuanto antes.

—Eso comprometerá mi honor.

—Regresaré otro día y os agradeceré como es debido el trato que me habéis dispensado, señor Hideyoshi. Y no olvidaré vuestra amabilidad.

—Os ruego que os quedéis una noche más. No soporto ver a los clanes que he conseguido reunir para que celebren una conferencia de paz convertidos de súbito nuevamente en enemigos. Hoy el señor Nobunaga se ha negado a concedernos una audiencia, y tiene sus razones. Reunámonos de nuevo esta noche y os las explicaré. Ahora voy a regresar a mis aposentos para cambiarme de ropa. Esperadme antes de cenar.

Naoie no podía hacer más que esperar hasta la noche. Hideyoshi se cambió y regresó al templo.

Hablaron y rieron mientras cenaban, y al terminar Hideyoshi observó:

—Ah, es cierto. He prometido deciros por qué el señor Nobunaga está tan disgustado conmigo.

Empezó a hablar como si acabara de acordarse del asunto. Deseoso de escuchar la explicación de Hideyoshi, Naoie había pospuesto su partida y ahora le prestaba toda su atención.

Con sencilla inocencia, Hideyoshi le explicó por qué su acuerdo arbitrario había ofendido a Nobunaga.

—Es una descortesía decirlo, pero las provincias de Mimasaka y Bizen se habrían convertido más tarde o más temprano en posesiones del clan Oda, de modo que establecer un tratado de paz con vos no era realmente necesario. Pero si el señor Nobunaga no aplastaba al clan Ukita, no habría podido dividir el territorio entre sus generales como recompensa por sus acciones meritorias. Además, era imperdonable por mi parte que ni siquiera hubiera solicitado permiso a Su Señoría. Por eso está tan enojado.

Se echó a reír mientras hablaba, pero como no había la menor invención en sus palabras, la verdad se manifestaba claramente incluso por detrás de su sonrisa.

Naoie estaba abrumado. Su rostro, enrojecido por el sake, palideció de repente. Pero no tenía ninguna duda de que así era como pensaba Nobunaga.

—Así que está de mal talante —siguió diciendo Hideyoshi—. No quiere darme audiencia y tampoco está dispuesto a veros. Cuando toma una resolución tan firme, no da su brazo a torcer. Estoy confuso y lo siento muchísimo por vos. La garantía que me confiasteis sigue sin autorización y, mientras no reciba el sello bermejo de Su Señoría, no hay nada que yo pueda hacer. Os la devolveré, de modo que podáis romper vuestras relaciones con nosotros, renunciar al tratado y regresar a Bizen mañana por la mañana.

Dicho esto, Hideyoshi extrajo la garantía de Naoie y se la tendió. Sin embargo, Naoie miró fijamente la luz que oscilaba en las altas lámparas y ni siquiera tocó el documento. Hideyoshi guardaba silencio.

—No —dijo Naoie, rompiendo de súbito el silencio, y juntó las manos con un gesto de cortesía—. Voy a rogaros que hagáis de nuevo cuanto os sea posible. Por favor, mediad por mí ante el señor Nobunaga.

Esta vez su actitud era la de un hombre que se ha rendido desde el fondo de su corazón. Hasta entonces había parecido rendirse debido tan sólo a los vigorosos argumentos de Kuroda Kanbei.

—De acuerdo, si tenéis tanta confianza en los Oda —dijo Hideyoshi, asintiendo con vehemencia, y consintió en ocuparse del asunto.

Naoie se alojó en el templo Sojitsu más de diez días, esperando el resultado. Hideyoshi se apresuró a enviar un mensajero a Gifu, confiando en que Nobutada apaciguaría un poco a Nobunaga. Nobutada, quien ya tenía asuntos que resolver en la capital, partió poco después hacia Kyoto.

Entonces Hideyoshi, acompañado por Naoie, fue recibido en audiencia por Nobutada. Finalmente, a través de la intercesión de éste, Nobunaga cedió. Aquel mismo día el sello bermejo fue estampado en la garantía y el clan Ukita cortó totalmente sus vínculos con los Mori y se alió con los Oda.

Sin embargo, apenas siete días después, ya fuese por coincidencia o por razones de oportunidad militar, uno de los generales de Nobunaga, Araki Murashige, traicionó a su señor y se pasó al campo enemigo, alzando la bandera de la rebelión a los mismos pies de los Oda.

# La traición de Murashige

—¡Es mentira! ¡Tiene que ser mentira!

Al principio Nobunaga no podía creerlo. Cuando la noticia de la revuelta de Murashige alcanzó a Nobunaga en Azuchi, su primera reacción fue la de desmentirla. Pero la gravedad de la situación se confirmó rápidamente cuando dos de los servidores de alto rango de Murashige, Takayama Ukon de Takatsuki y Nakagawa Sebei de Ibaragi, adujeron obligaciones morales y siguieron a Murashige desplegando la bandera de la rebelión.

La consternación de Nobunaga se intensificó. Lo más extraño era que no mostraba ni cólera ni su habitual genio vivo ante el inesperado giro de los acontecimientos. Sería un error juzgar que el carácter de Nobunaga era de fuego, pero también sería erróneo, al observar su frialdad, clasificarlo como agua. Cuando uno lo consideraba fuego, era agua, y cuando lo consideraba agua era fuego. Tanto el calor de las llamas como la frialdad del agua coexistían en su cuerpo.

—Llama a Hideyoshi —ordenó Nobunaga de repente.

—El señor Hideyoshi ha partido hacia Harima esta mañana temprano —replicó con nerviosismo Takigawa.

—¿Ya se ha ido?

—Probablemente no esté muy lejos. Con vuestro permiso, tomaré un caballo e iré en su busca.

Era extraño que alguien aprovechara la ocasión y rescatara a Nobunaga de su propia impaciencia. Cuando los servidores que estaban presentes se volvieron para ver quién era esa persona, descubrieron que se trataba de Ranmaru, el paje de Nobunaga.

Nobunaga accedió a su petición y le instó a que se apresurase.

Llegó el mediodía y Ranmaru aún no había regresado. Entretanto llegaban con frecuencia informes de los exploradores en las zonas de Itami y el castillo de Takatsuki. Uno de esos informes, que heló la sangre de Nobunaga, anunciaba otro nuevo hecho.

—Esta mañana, al amanecer, una gran flota de Mori se ha aproximado a la costa de Hyogo. Han desembarcado soldados y entrado en el castillo de Murashige en Hanakuma.

La carretera costera a través de Hyogo que pasaba por debajo del castillo de Hanakuma era la única ruta desde Azuchi a Harima.

—Hideyoshi no podrá pasar. —En cuanto Nobunaga comprendió esto, también se dio cuenta del peligro de que cortaran las comunicaciones entre el ejército expedicionario y Azuchi. Casi sentía las manos del enemigo en la garganta—. ¿Aún no ha regresado Ranmaru?

—No, mi señor.

Nobunaga volvió a sumirse en sus pensamientos. Los Hatano, los Bessho y Araki Murashige habían revelado de improviso sus vínculos con el enemigo, los Mori y los monjes del Honganji, y Nobunaga tenía la sensación de que estaba rodeado. Además, cuando miraba al este, veía que los Hojo y los Takeda habían llegado recientemente a un acuerdo.

Ranmaru fustigó a su caballo a través de Otsu y por fin dio alcance a Hideyoshi cerca del templo Mii. Hideyoshi estaba descansando allí, o más bien en aquel lugar le había llegado la noticia de la rebelión de Araki Murashige y había enviado a Horio Mosuke y otros dos o tres para que verificasen los informes y averiguaran los detalles.

Ranmaru se detuvo a su lado.

—Su Señoría me ha ordenado que viniera a buscaros. Desea hablar con vos de nuevo. ¿Regresaréis a Azuchi cuanto antes?

Hideyoshi dejó a sus hombres en el templo Mii y regresó a Azuchi, acompañado sólo por Ranmaru. Por el camino pensó a fondo en lo que probablemente ocurriría. Nobunaga estaría furioso por la rebelión de Murashige. Éste le sirvió por primera vez durante el ataque contra el palacio de Nijo, cuando expulsaron al shogun anterior. Nobunaga era la clase de hombre que favorecía a cualquiera que le agradara un poco, y había reconocido especialmente el valor de Murashige, le había estimado más que a la mayoría de los hombres. Y Murashige había traicionado la confianza de Nobunaga. Hideyoshi podía imaginar cuáles eran los sentimientos de su señor.

Al regresar apresuradamente a Azuchi, no sólo culpaba a Murashige sino también a sí mismo. Aquel hombre había sido su segundo en el mando, y había tenido con él una relación estrecha. Sin embargo, no había sido capaz de percibir que Murashige se disponía a cometer semejante necedad.

—¿Has oído algo, Ranmaru? —le preguntó Hideyoshi.

—¿Os referís a la traición del señor Murashige?

—¿Qué clase de insatisfacción puede haberle motivado para rebelarse contra el señor Nobunaga?

Quedaba un largo trecho hasta Azuchi, y si hubieran avanzado al galope los caballos se habrían extenuado. Mientras cabalgaba al trote, Hideyoshi se volvió para mirar a Ranmaru, cuyo caballo avanzaba unos pocos pasos detrás al mismo ritmo.

—Corrieron rumores sobre una cosa así con anterioridad —dijo Ranmaru—. Según dicen, uno de los servidores del señor Murashige vendía arroz a los monjes guerreros del Honganji. Ahora hay escasez de arroz en Osaka. La carretera está cortada en su mayor parte y las rutas marítimas han sido bloqueadas por nuestra flota, por lo que ni siquiera existe la perspectiva de transportar provisiones con los barcos de guerra de Mori. El precio del arroz ha subido mucho, y quien venda arroz allí puede obtener unos beneficios inmensos. Eso es precisamente lo que hizo el servidor del señor Murashige, y cuando se descubrió el asunto, éste tomó la iniciativa y desplegó la bandera de la rebelión, temiendo que de todos modos sería interrogado por el señor Nobunaga sobre ese delito.

—Eso parece un rumor sedicioso difundido por el enemigo. Sin duda es una mentira sin fundamento.

—Yo también creo que es falso. Por lo que he podido ver, la gente está celosa de las meritorias hazañas del señor Murashige. Creo que este desastre se ha debido a la difamación de cierta persona.

—¿Cierta persona?

—El señor Mitsuhide. Cuando empezó a correr ese rumor sobre el señor Murashige, el señor Mitsuhide no tuvo nada bueno que decir sobre él a Su Señoría. Yo siempre estoy al lado de Su Señoría, escuchando disimuladamente, y desde luego soy una de las personas entristecidas por este incidente.

Ranmaru se calló de repente. Pareció percatarse de que había hablado más de la cuenta, y lo lamentaba. Ranmaru ocultaba sus sentimientos hacia Mitsuhide como podría hacerlo una joven doncella. En tales ocasiones, Hideyoshi nunca parecía prestar atención a lo que le estaba diciendo. De hecho, daba la impresión de que era por completo indiferente.

—Ya veo Azuchi. ¡Démonos prisa!

En cuanto señaló a lo lejos, Hideyoshi fustigó su caballo y prescindió totalmente de las preocupaciones de su compañero.

Una multitud se agolpaba en la entrada principal del castillo. Eran los ayudantes de servidores que se habían enterado de la rebelión de Murashige y acudían al castillo, así como mensajeros llegados de las provincias vecinas. Hideyoshi y Ranmaru se abrieron paso entre el gentío y llegaron a la ciudadela interior, donde les dijeron que el señor Nobunaga estaba en medio de una conferencia. Ranmaru entró, habló con su señor y salió poco después.

—Os pide que le esperéis en la Sala del Bambú —informó a Hideyoshi, y le guió hasta una torre de tres pisos en la ciudadela interior.

La Sala del Bambú formaba parte de los aposentos privados de Nobunaga. Hideyoshi se sentó allí a solas y contempló el lago a través de la ventana. Nobunaga no tardó en aparecer, gritó jovialmente al ver a Hideyoshi y se sentó sin formalidad. Hideyoshi hizo una cortés reverencia y guardó silencio, un silencio que se prolongó algún tiempo. Ninguno de los dos dijo trivialidades a modo de preámbulo.

—¿Qué opinas de esto, Hideyoshi? —le preguntó de repente Nobunaga.

Estas palabras daban a entender que no había surgido ninguna resolución de las confusas opiniones expresadas en la conferencia.

—Araki Murashige es un hombre muy sincero —respondió Hideyoshi—. Si puedo decir tal cosa, es un necio que sobresale en valor marcial. La verdad es que no creía que su necedad llegara a ese extremo.

—No. —Nobunaga sacudió la cabeza—. No creo en absoluto que se trate de necedad. Ese hombre no es más que escoria. Sentía recelos acerca de mis perspectivas e inició contactos con los Mori, cegado por la idea de beneficiarse. Éste es el acto de un hombre con un talento moderado. Murashige se perdió en su propia superficialidad.

—No es más que un necio, de veras —insistió Hideyoshi—. Recibió unos favores excesivos y no tenía motivos para sentirse insatisfecho.

—Un hombre que va a rebelarse lo hará por muy favorable que sea el trato que haya recibido.

Nobunaga expresaba con franqueza sus emociones. Aquélla era la primera vez que Hideyoshi le oía emplear la palabra «escoria» para calificar a alguien. Por regla general, no habría hablado así movido por la malevolencia o la cólera. Si no se había decidido nada durante el consejo era porque él no había expresado abiertamente el enojo o el odio que experimentaba. Pero si hubiera preguntado a Hideyoshi, también éste se habría sentido perplejo. ¿Deberían atacar el castillo de Itami? ¿Tenían que llevar a cabo el intento de apaciguar a Murashige y conseguir que abandonara la idea de rebelarse? Ahora el problema consistía en escoger entre esas dos alternativas. Capturar el castillo de Itami no sería muy difícil. Pero la invasión del oeste acababa de empezar. Si daban un paso en falso en aquel asunto de importancia secundaria, con toda probabilidad tendrían que revisar sus planes.

—¿Por qué no voy como enviado y hablo con Murashige? —sugirió Hideyoshi.

—¿Crees entonces que también en este caso sería mejor no emplear la fuerza?

—No deberíamos emplearla si no es imprescindible —replicó Hideyoshi.

—Mitsuhide y dos o tres más han sido partidarios de no emplear la fuerza. Tú eres de la misma opinión, pero me parece que sería mejor que fuese otro como enviado.

—No, yo soy responsable en parte de lo ocurrido. Murashige era mi segundo en el mando y, por lo tanto, mi subordinado. Si hiciera alguna estupidez...

—¡No! —exclamó Nobunaga, sacudiendo vigorosamente la cabeza—. Un enviado con quien está muy familiarizado no le impresionaría. Enviaré a Matsui, Mitsuhide y Mami. En vez de apaciguarle, se

limitarán a verificar el rumor.

—Eso será muy acertado —convino Hideyoshi, en consideración a Murashige y Nobunaga—. Suele decirse que la mentira de un sacerdote budista recibe el nombre de conveniencia y a una revuelta dentro de un clan samurai se la denomina estrategia. No debéis dejaros arrastrar a la lucha, pues eso redundaría en beneficio de los Mori.

—Lo sé.

—Me gustaría esperar hasta que conozcamos los resultados de esa entrevista, pero estoy inquieto por los problemas de Harima. Creo que debería marcharme pronto.

—¿De veras? —Nobunaga parecía un poco reacio a dejar que se marchara—. La carretera está bloqueada y probablemente no podrás atravesar Hyogo.

—No os preocupéis, seguiré la ruta marítima.

—Bien, sea cual fuere el resultado, te mantendré informado. No descuides enviarme noticias.

Finalmente Hideyoshi se despidió. Aunque estaba exhausto, desde Azuchi cruzó el lago Biwa hasta Otsu, pasó la noche en el templo Mii y al día siguiente se encaminó a Kyoto. Envió dos pajes por delante con instrucciones para que un barco le esperase en Sakai, mientras él y sus servidores recorrían la carretera que conducía al templo Nanzen. Allí anunció que se detendrían brevemente para descansar.

En el templo había alguien a quien tenía muchas ganas de ver. Esa persona, naturalmente, era Takenaka Hanbei, el cual pasaba su convalecencia en una ermita situada en los terrenos del templo.

Los monjes se aturdieron ante la repentina llegada de un personaje tan importante, pero Hideyoshi hizo un aparte con uno de ellos y solicitó que prescindieran del tratamiento que de ordinario darían a un huésped de su rango.

—Todos mis servidores han traído provisiones, por lo que bastará con que calentéis agua para el té. Y como sólo he hecho un alto para visitar a Takenaka Hanbei, no será necesario que me agasajéis con sake o té. Después de conversar con Hanbei, os agradecería que me hicierais una comida ligera. — Finalmente preguntó—: ¿Ha mejorado el paciente desde su llegada?

—Parece haber progresado muy poco, mi señor —respondió el sacerdote, entristecido.

—¿Toma la medicina con regularidad?

—Por la mañana y la noche.

—¿Y le visita a menudo un médico?

—Sí, viene un médico desde la capital, y el médico personal del señor Nobunaga le visita regularmente.

—¿Está levantado?

—No, hace tres días que no se levanta.

—¿Dónde está?

—En una ermita, alejado del bullicio.

Cuando Hideyoshi salió al jardín, un ayudante que servía a Hanbei corrió a su encuentro.

—Está cambiándose para veros, mi señor —dijo el muchacho.

—No tiene que levantarse —le reprendió Hideyoshi, y se encaminó rápidamente a la ermita.

Cuando Hanbei tuvo noticia de la llegada de Hideyoshi, pidió a los sirvientes que recogiera la colchoneta en la que yacía y que limpiaran la habitación mientras él se cambiaba. Luego se puso unos zuecos, se agachó junto al arroyuelo que serpenteaba entre los crisantemos en el portal de bambú y se

lavó la boca y las manos. Se volvió al notar que alguien le daba unos golpecitos en el hombro.

—Oh, no sabía que estabais aquí. —Hanbei se apresuró a arrodillarse en el suelo—. Por aquí, mi señor —le dijo, invitándole a entrar en su habitación.

Hideyoshi tomó asiento con satisfacción en la estera. En la estancia no había más que una pintura a tinta de un maestro Zen colgada en una pared. El atuendo de Hideyoshi había sido completamente neutralizado por los colores de Azuchi, pero en aquella sencilla ermita tanto sus prendas como la armadura resultaban brillantes e imponentes.

Inclinándose al caminar, Hanbei salió a la terraza, donde introdujo un solo crisantemo blanco en un florero de bambú. Se sentó sumisamente al lado de Hideyoshi y depositó el florero en el lugar de honor de la estancia.

Hideyoshi comprendió por qué había hecho eso. Aun cuando habían retirado la colchoneta y las ropas de cama, Hanbei temía que el olor de la medicina y el olor a cerrado de la habitación siguieran aflorando en el ambiente y, en vez de incienso, había tratado de refrescar el aire con la fragancia de la flor.

—No me molesta en absoluto, no pienses siquiera en ello —le dijo Hideyoshi con consideración, y miró a su amigo preocupado—. Dime, Hanbei, ¿no te resulta penoso estar levantado?

Hanbei se retiró un poco y, una vez más, hizo una profunda reverencia. Pero a pesar de su formalidad, su semblante reflejaba la satisfacción que sentía por la visita de Hideyoshi.

—No os preocupéis, por favor —le dijo—. Estos últimos días ha hecho frío, por lo que he preferido no salir y permanecer en cama. Pero hoy el tiempo ha mejorado y he pensado que debería levantarme.

—Pronto llegará el invierno y dicen que en Kyoto es especialmente frío por la mañana y la noche. ¿No sería mejor que te trasladaras a un lugar más cálido durante los meses invernales?

—No, no. Empiezo a sentirme mejor cada día que pasa. Estaré repuesto del todo antes de que llegue el invierno.

—Si eso es cierto, tanto más motivo para que no salgas de la habitación este invierno. Esta vez deberías descansar hasta que te hayas curado del todo. Tu cuerpo no sólo te pertenece a ti, ¿sabes?

—Me tenéis en más estima de la que merezco.

Hanbei encorvó los hombros y bajó los ojos. Sus manos se alzaron de sus rodillas y, junto con sus lágrimas, tocaron el suelo mientras hacía una reverencia. Permaneció un momento en silencio.

Hideyoshi reparó en lo mucho que había adelgazado y suspiró. Las muñecas de aquellas manos apoyadas en la estera estaban descarnadas, las mejillas macilentas. ¿Era realmente incurable la enfermedad que le consumía? Mientras estos pensamientos cruzaban por su mente, Hideyoshi sentía un dolor lacerante en el pecho. Al fin y al cabo, ¿quién había empujado a aquel hombre enfermo al mundo caótico contra su voluntad? ¿En cuántos campos de batalla le había empapado la lluvia y enfriado el viento? ¿Y quién, incluso en tiempo de paz, le había hecho padecer las penalidades de los asuntos domésticos y las relaciones diplomáticas sin darle siquiera un día de descanso? Hanbei era un hombre al que debería haber considerado un maestro, pero le había tratado como si fuese un servidor.

Hideyoshi se sentía culpable del grave estado de Hanbei y finalmente, mientras miraba a un lado, sus propias lágrimas se deslizaron copiosamente. Delante de él, el crisantemo blanco en el florero de bambú se volvió más blanco y fragante al humedecerse.

Hanbei se culpó en silencio por las lágrimas de Hideyoshi. Era el causante de que su señor se hubiera descorazonado cuando sus responsabilidades militares eran tan grandes, y eso constituía un inexcusable

acto de deslealtad como servidor y una falta de resolución como guerrero.

—He pensado que estaríais exhausto por esta larga campaña, así que he cogido este crisantemo del jardín —le dijo.

Hideyoshi guardó silencio, pero la flor atrajo su mirada. Parecía aliviado por el cambio del tema de conversación.

—Qué olor tan delicioso. Supongo que los crisantemos florecían en el monte Hirai, pero no reparé en su aroma ni en su color. Probablemente los pisoteamos con nuestras sandalias ensangrentadas.

Se echó a reír, tratando de animar al afligido Hanbei. La sinceridad con que Hanbei intentaba acompañar los sentimientos de su señor era correspondida por los esfuerzos de Hideyoshi para animar a su servidor.

—Mientras estoy aquí sentado, percibo realmente la dificultad de vivir con el cuerpo y el pensamiento actuando claramente como un solo ser —confesó Hideyoshi—. El campo de batalla me absorbe y me vuelve brutal. En cambio aquí me siento sereno y feliz. De alguna manera me parece que ese contraste se ha hecho nítido y que he adquirido una espléndida resolución.

—Bien, es evidente que la gente valora el tiempo libre y la paz mental, pero convertirse en lo que se llama un hombre ocioso no comporta ningún beneficio real, es una vida vacía. Vos, mi señor, no tenéis un instante de paz entre una preocupación y la siguiente. Por ello supongo que es una excelente medicina disponer de este breve y repentino momento de paz. En cuanto a mí...

Probablemente Hanbei iba a culparse y pedir perdón de nuevo, por lo que Hideyoshi le interrumpió de repente.

—Por cierto, ¿has oído la noticia de la insurrección de Araki Murashige?

—Sí, anoche me dieron un informe detallado —dijo Hanbei sin alzar siquiera una ceja, como si el asunto fuese de escasa importancia.

—Quisiera hablar de ello —le dijo Hideyoshi, y avanzó un poco sobre las rodillas—. En el consejo del señor Nobunaga reunido en Azuchi se decidió más o menos escuchar las quejas de Murashige y luego hacer lo posible para apaciguarle y llegar a un acuerdo con él. Pero no sé si ésa es realmente una buena idea. ¿Qué haríamos si Murashige se rebelara en serio? Quisiera conocer tu sincera opinión. La verdad es que ése es otro de los motivos de mi venida.

Hideyoshi le pedía una estrategia para hacer frente a la situación, pero Hanbei le dio una respuesta breve.

—Creo que está bien, es una medida inteligente.

—Así pues, si parte un enviado de Azuchi con un mensaje tranquilizador, ¿se pacificará el castillo de Itami sin incidentes?

—No, claro que no —Hanbei sacudió la cabeza—. No será así. Creo que, una vez el castillo de Itami ha desplegado la bandera de la rebelión, definitivamente no la arriará para someterse a Azuchi.

—En tal caso, ¿no será un esfuerzo perdido enviar un mensajero?

—Puede que lo parezca, pero servirá para algo. Podríamos decir que actuar primero con humanidad y mostrar a un servidor su equivocación dará a conocer al mundo la virtud del señor Nobunaga. Durante ese tiempo, lo más probable es que el señor Murashige se sienta angustiado y confuso, y así el arco que se tensa de un modo injustificable y sin una convicción verdadera irá distendiéndose con el paso de los días.



—¿Cuál crees que debería ser nuestra estrategia al atacarle y qué previsiones tienes para las provincias occidentales?

—No considero probable que los Mori ni el Honganji actúen precipitadamente. Murashige ya se ha rebelado, por lo que es más probable que le dejen entablar una sangrienta lucha de resistencia. Entonces, si ven que nuestros hombres en Harima y el cuartel general de Su Señoría en Azuchi se están debilitando, saltarán al vacío y atacarán por todos los lados.

—Tienes razón, se aprovecharán de la estupidez de Murashige. No sé qué clase de quejas puede haber tenido, o qué clase de cebo han hecho oscilar ante sus ojos, pero básicamente lo están utilizando como un escudo de los Mori y el Honganji. Una vez termine ese papel de escudo, no le quedará más alternativa que destruirse a sí mismo. Desde el punto de vista del valor marcial, está por encima de los demás, pero es corto de ingenio. Si hubiera alguna manera de mantenerle vivo, quisiera intentarlo.

—La mejor estrategia sería impedir que le maten. Es conveniente conservar vivo a un hombre así y, además, mantenerle como aliado.

—Pero si crees que un enviado de Azuchi sería inútil, ¿quién podría, ir para que Murashige se someta?

—Primero procurad enviar a Kanbei. Si éste habla con él, es muy posible que le haga ver con claridad la situación, o por lo menos que le haga despertar de ese mal sueño.

—¿Y si se niega a entrevistarse con Kanbei?

—Entonces los Oda pueden recurrir a su último enviado.

—¿Su último enviado?

—Vos, mi señor.

—¿Yo? —Hideyoshi se quedó un momento pensativo—. En fin, si llegamos a eso será demasiado tarde.

—Enseñadle su deber e iluminadle con vuestra amistad. Si no acepta vuestras palabras, no podréis hacer más que atacarle con firmeza, citando el delito de la revuelta. Llegados a ese punto, sería absurdo atacar Itami de un solo golpe. Al señor Murashige no le ha envalentonado la potencia del castillo de Itami, sino más bien la cooperación de los dos hombres en los que confía como en sus manos derecha e izquierda.

—¿Te refieres a Nakagawa Sebei y Takayama Ukon?

—Si podéis alejar de él a esos dos hombres, será como un cuerpo sin brazos. Y si convencéis a Ukon o Sebei, separarlos de Murashige no será demasiado difícil.

En un momento determinado Hanbei pareció olvidarse de su enfermedad y abordó uno y otro tema, hasta que su palidez enfermiza casi desapareció.

—¿Cómo voy a convencer a Ukon? —le preguntó Hideyoshi ansiosamente, y Hanbei no le decepcionó.

—Takayama Ukon es un entusiasta seguidor del cristianismo. Si le facilitáis unas condiciones que permitan la propagación de su fe, abandonará a Murashige sin dudar.

—Sí, eso está claro —dijo Hideyoshi con admiración.

Si lograba que Ukon convenciera a Sebei, sería como matar dos pájaros de un tiro. No siguió preguntándole. Hanbei también parecía fatigado. Hideyoshi se levantó para marcharse.

—Esperad un momento —le pidió Hanbei.

Se levantó y salió de la habitación, posiblemente en dirección a la cocina.

Hideyoshi recordó que estaba hambriento. Sus ayudantes ya debían de haber almorzado. Pero antes de que hubiera pensado siquiera en regresar a los aposentos para invitados del templo y comer un poco de arroz, un muchacho, que parecía ayudante de Hanbei, entró con dos bandejas, una de ellas con un recipiente de sake.

—¿Qué le ha ocurrido a Hanbei? ¿Se ha fatigado después de nuestra larga conversación?

—No, mi señor. Hace un rato fue a la cocina y preparó las verduras para vuestra comida. Ahora está cocinando el arroz y vendrá en cuanto esté listo.

—¿Qué? ¿Hanbei está cocinando para mí?

—Sí, mi señor.

Hideyoshi tomó un bocado de taro que estaba todavía caliente y las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos. El sabor de la verdura parecía estar no sólo en su lengua sino en todo su cuerpo. Tenía la sensación de que el sabor era casi demasiado bueno para él. Aunque Hanbei era un servidor, había enseñado a Hideyoshi todos los principios secretos de la antigua ciencia militar china. Las cosas que Hideyoshi había aprendido mientras estaba con él a diario no eran cosas ordinarias: gobernar a la gente en tiempo de paz y la necesidad de autodisciplina.

—No debería hacer eso. —De repente Hideyoshi dejó su taza y, dejando al paje que le había servido, fue a la cocina, donde Hanbei estaba cocinando el arroz. Hideyoshi le cogió la mano—. Esto es demasiado, Hanbei. ¿Quieres venir a sentarte y charlar un rato conmigo en vez de cocinar?

Condujo a Hanbei de regreso a la habitación y le hizo tomar una taza de sake, pero, debido a su enfermedad, Hanbei sólo pudo tocarla con los labios. Los dos comieron juntos. Hacía mucho tiempo que señor y servidor no gozaban del placer de comer cada uno en compañía del otro.

—Tengo que irme ya, pero me siento vigorizado. Ahora puedo ir a luchar. Hanbei, cuídate bien, te lo ruego.

Cuando Hideyoshi salió del templo Nanzen, el día tocaba ya a su fin y el cielo sobre la capital se estaba volviendo carmesí.

\* \* \*

Reinaba la quietud, no se oía siquiera el estampido de un arma de fuego, el silencio era tal que uno podría dudar de que aquello fuese un campo de batalla, un silencio tan intenso que el sonido de una mantis religiosa que se deslizaba por la hierba seca llegaba al oído. Mediaba el otoño en las provincias occidentales. Durante los dos o tres últimos días los arces habían enrojecido en las laderas de las montañas, y su color destellaba en los ojos de Hideyoshi.

Había regresado al campamento en el monte Hirai y estaba sentado frente a Kanbei, bajo el pino en la colina donde habían contemplado la luna tiempo atrás. Tras hablar de diversos asuntos, habían llegado a una conclusión importante.

—Entonces, ¿irás en mi lugar?

—Llevaré a cabo esta misión con mucho gusto. Que tenga éxito o no es cosa del cielo.

—Cuento contigo.

—Haré cuanto esté en mi mano y dejaré el resto a la providencia. Mi viaje allí es la última

oportunidad. Si no regreso vivo, ya sabéis lo que ocurrirá entonces.

—Nada más que la fuerza.

Se levantaron. Los trinos agudos de los ruiseñores se oían desde el otro lado del valle, al oeste. El color rojo de las hojas en aquella dirección era asombroso. Los dos hombres bajaron en silencio de la colina y caminaron hacia el campamento. El espectro de la muerte, y la partida inminente, llenaron la atmósfera de la tarde apacible y envolvieron los pensamientos de los dos buenos amigos.

—Kanbei. —Hideyoshi miró atrás mientras bajaba por el estrecho y empinado sendero. La posibilidad de que su amigo no regresara le emocionaba profundamente, y pensó que quizá Kanbei tendría alguna última cosa que decir—. ¿Hay algo más?

—No.

—¿Nada para el castillo de Himeji?

—No.

—¿Un mensaje para tu padre?

—Tan sólo explicadle por qué he partido en esta misión.

—Muy bien.

La atmósfera se había aclarado y era posible ver el castillo enemigo de Miki a lo lejos. La carretera que conducía al castillo estaba cortada desde el verano, por lo que era fácil imaginar el hambre y la sed que sufría la guarnición. Sin embargo, como podría esperarse de los generales más animosos y los soldados más valientes de Harima, continuaron manifestando durante el asedio un espíritu marcial tan cortante como la escarcha de otoño.

El enemigo asediado se había visto obligado a efectuar salidas contra las tropas de Oda que les rodeaba. Sin embargo, Hideyoshi dio a sus hombres órdenes estrictas de no ceder a sus provocaciones y les previno severamente para que no cometieran ninguna acción impulsiva.

Una vez más, se tomaron rigurosas medidas para impedir que las noticias de la situación exterior llegaran al castillo. Si los hombres sitiados se enteraban de que Araki Murashige se había rebelado contra Nobunaga, su moral se reforzaría. Al fin y al cabo, la rebelión de Murashige no sólo había causado consternación en Azuchi, sino que amenazaba a toda la campaña occidental. De hecho, tan pronto como Odera Masamoto, el señor del castillo de Gochaku, se enteró de la rebelión de Murashige, efectuó una nítida declaración por la que se separaba de Nobunaga e incluso fue una noche al campamento del enemigo.

—Las provincias occidentales no sólo no deben ser transferidas al invasor —les dijo—. El clan Mori debe ser nuestro punto de reunión, para reorganizar las fuerzas y atacar a esos forasteros.

Odera Masamoto era el señor del padre de Kanbei y, por lo tanto, también señor de éste. Así pues, Kanbei se veía en un dilema: por un lado estaban Nobunaga y Hideyoshi, por el otro su padre y su señor supremo.

Araki Murashige era un hombre conocido por su valor, pero además se jactaba de él. La sensibilidad y una clara comprensión de los tiempos estaban muy por encima de sus alcances. Tenía la edad descrita por Confucio como «libre de vacilación», es decir, tenía unos cuarenta años, la edad en que un hombre debe ser maduro, pero el carácter de Murashige no parecía haber cambiado mucho en los diez últimos años. Como carecía del carácter reflexivo y el refinamiento que debería haber poseído por naturaleza, aunque era el señor de un castillo no había avanzado un solo paso más allá de lo que fue anteriormente,

un temible guerrero samurai.

Podría decirse que, al destinarle a Hideyoshi como segundo en el mando, Nobunaga había compensado las deficiencias de Hideyoshi. Sin embargo, Murashige no se consideraba así. Siempre había sido muy generoso con sus consejos, aunque ni Hideyoshi ni Nobutada jamás habían puesto en práctica sus ideas.

Hideyoshi le resultaba irritante, pero, dejando de lado sus casquivanos pensamientos, jamás había mostrado antipatía en presencia de Hideyoshi.

De vez en cuando exponía su resentimiento e incluso se reía sonoramente delante de sus servidores. En este mundo hay algunos hombres a los que uno no puede ofender, por mucho que se encolerice, y para Murashige, Hideyoshi era uno de ellos. En la época del ataque contra el castillo de Kozuki, Murashige había estado en la línea del frente. No obstante, cuando llegó el momento de la batalla y Hideyoshi le dio la orden de atacar, se quedó sentado donde estaba con los brazos cruzados.

—¿Por qué no fuiste a luchar? —le reprendió Hideyoshi más adelante,

—No participo en una batalla que no me interesa —replicó Murashige sin vacilación.

Puesto que Hideyoshi se rió afablemente, Murashige también forzó una sonrisa. El asunto estaba zanjado, pero los rumores que circularon entre los generales del campamento fueron muy poco halagüeños.

Mitsuhide censuró mucho la conducta de Murashige. Éste despreciaba a los generales como Akechi Mitsuhide y Hosokawa Fujitaka, que tenían un aura de hombres cultivados. A Murashige le gustaba caracterizarlos como afeminados. Este juicio se basaba en el aborrecimiento que le inspiraban las reuniones poéticas y las ceremonias del té celebradas en el campamento. Lo único que impresionaba a Murashige era que Hideyoshi no parecía haber informado de su comportamiento a Nobunaga ni a Nobutada.

Murashige menospreciaba a Hideyoshi, considerándole un guerrero más compasivo que él, y no obstante creía que Hideyoshi era un hombre difícil de tratar debido precisamente a esa circunstancia. En cualquier caso, quienes comprendían realmente su actitud cuando estaba en campaña eran sus enemigos, los Mori. A éstos les parecía que Murashige tenía algunas quejas, y creían que si pudieran hablar con él habría buenas probabilidades de hacerle cambiar de bando.

El hecho de que los mensajeros secretos de los Mori y el Honganji pudieran evitar la detección y deslizarse repetidas veces dentro y fuera del campamento indicaba que no eran unos huéspedes mal recibidos. El enemigo ya había sido estimulado por Murashige, y sus acciones habían sido una invitación silenciosa.

Cuando un hombre sin verdadera solidez ni recursos empieza a dársele de inteligente, está jugando con fuego. Sus servidores le advirtieron una y otra vez que semejante maquinación jamás podría tener éxito, pero Murashige hizo oídos sordos.

—¡No digáis tonterías! Sobre todo cuando el clan Mori me ha enviado una garantía por escrito.

Como tenía una fe absoluta en una garantía por escrito, demostró muy rápida y claramente su espíritu de rebelión contra Nobunaga. ¿Qué credibilidad merecía una garantía por escrito de los Mori, enemigos hasta ayer, en aquellos tiempos caóticos, cuando los hombres echaban a un lado un compromiso entre señor y servidor como un par de sandalias gastadas? Murashige ni podía pensar tan a fondo ni le parecía que una contradicción tan grande fuese una contradicción en absoluto.

—Es un necio, un hombre sincero con el que no merece la pena enfadarse —le había dicho Hideyoshi a Nobunaga para calmarle, y probablemente era lo más sensato que podría haberle dicho en aquel momento.

Sin embargo, Nobunaga no podía tomarse la situación a la ligera, y le previno:

—Pero es un hombre fuerte.

A esto se sumaban las importantes cuestiones de cómo afectaría la revuelta a los demás generales bajo su mando y cuál podría ser su influencia psicológica. Por estas razones, Nobunaga lo había intentado todo, incluso el envío de Akechi Mitsuhide para apaciguar a Murashige.

Al final, sin embargo, Murashige respondió con más suspicacias y, entretanto, reforzó sus preparativos para la guerra.

—Ya he demostrado mi hostilidad —dijo—, por lo que si creyera las dulces palabras de Nobunaga y acudiera a Azuchi, estoy seguro de que sería asesinado o encerrado en la prisión.

Nobunaga estaba indignado. Finalmente se anunció la decisión de combatir a Murashige y el noveno día del mes undécimo el mismo Nobunaga encabezó una fuerza que llegó hasta Yamazaki. El ejército de Azuchi estaba dividido en tres partes. El primer ejército, compuesto por las fuerzas de Takigawa Kazumasu, Akechi Mitsuhide y Niwa Nagahide, rodeó el castillo de Ibaragi. El segundo, formado por las fuerzas al mando de Fuwa, Maeda, Sassa y Kanamori, sitió el castillo de Takatsuki.

El cuartel general de Nobunaga se encontraba en el monte Amano. Mientras su resplandeciente alineación se desplegaba, él todavía abrigaba una leve esperanza de subyugar al ejército rebelde sin derramamiento de sangre. Esa esperanza se basaba en Hideyoshi, quien había regresado a Harima y cuyo mensaje acababa de llegar.

«Tengo otra idea», había escrito Hideyoshi. Detrás de sus palabras estaba la amistad de Hideyoshi hacia aquel hombre así como su creencia de que el valor de Murashige era demasiado importante para desperdiciarlo, y solicitaba con vehemencia a Nobunaga que esperase un poco más. Una noche, el hombre que era la mano derecha de Hideyoshi, Kuroda Kanbei, había salido súbitamente del campamento en el monte Hirai.

Al día siguiente, Kanbei se dirigió a toda prisa al castillo de Gochaku, donde se encontró con Odera Masamoto.

—Corre el rumor de que estáis apoyando la revuelta del señor Murashige y que este castillo se ha vuelto contra el clan Oda.

Habló sencilla y directamente, apelando primero al corazón de aquel hombre. Una leve sonrisa apareció en los labios de Masamoto mientras le escuchaba. Kanbei tenía la edad de su propio hijo, y en cuanto a categoría no era más que el hijo de un servidor de alto rango. Por ello no era sorprendente que su respuesta fuese arrogante en extremo.

—Pareces hablar en serio, Kanbei, pero piensa un momento. ¿Qué hemos recibido a cambio, desde que este clan se alió con Nobunaga? Nada.

—No creo que sea ya un problema de beneficio y pérdida.

—¿Pues qué es entonces?

—Es una cuestión de lealtad. Sois el jefe de un clan muy conocido y habéis sido aliado de los Oda en Harima. Vuestra unión repentina a la rebelión de Araki Murashige y la traición a vuestros antiguos aliados sería un golpe al ideal de la lealtad.

—¿Qué estás diciendo? —replicó Masamoto. Trataba a Kanbei como un negociador inexperto, y cuanto más vehemente se mostraba el emisario, con tanta más frialdad se conducía Masamoto—. Mi alianza con Nobunaga no ha sido nunca una cuestión de lealtad. Tú y tu padre parecéis creer que el futuro de este país está en manos de Nobunaga, y cuando tomó la capital fue conveniente confabularse con él. Por lo menos así es cómo se me presentó la situación, e incluso yo me dejé persuadir. Pero la verdad es que Nobunaga tendrá que enfrentarse a muchos peligros en lo sucesivo. Imagínate que es un gran barco en el mar. Desde la orilla parece seguro, y crees que si subieras a bordo no temerías navegar por aguas turbulentas. Pero entonces subes a bordo y unes tu destino al del barco. Ahora que te has puesto en sus manos, en vez de tranquilidad te sientes falto de confianza. Cada vez que se agita el oleaje, te inquietas y dudas de la resistencia del barco. Así es la naturaleza humana.

Kanbei se dio una palmada en la rodilla.

—Y una vez habéis subido a bordo, no podéis desembarcar a mitad de la travesía.

—¿Por qué no? Si ves que el barco no va a resistir el embate de las olas, quizá no tengas otro modo de salvar la vida que saltar al agua y nadar hacia la orilla antes de que el barco zozobre. A veces tienes que cerrar los ojos a tus sentimientos.

—Ésa es una manera de pensar vergonzosa, mi señor. Cuando la tempestad amaine y el barco que parecía correr tanto peligro ices las velas y por fin llegue a puerto, será precisamente el hombre que temblaba durante el vendaval, dudaba del barco al que se había confiado, traicionó a sus compañeros de viaje y saltó por la borda en medio de la confusión, el que parecerá un necio ridículo.

—No puedo competir contigo cuando se trata de hablar —dijo riendo Masamoto—. La verdad es que tu elocuencia no tiene límites. Primero dijiste que cuando Nobunaga se volviera hacia el oeste, lo conquistaría en seguida, pero las fuerzas que envió con Hideyoshi no pasaban de cinco o seis mil hombres. Y aunque el señor Nobutada y otros generales han acudido a menudo en su ayuda, hay inquietud en la capital y parece como si el ejército no fuese a estar allí mucho tiempo. Luego se me utiliza simplemente como vanguardia de Hideyoshi y me requisan soldados, caballos y provisiones, pero eso no servirá más que para colocarme como una barrera entre los Oda y sus enemigos. ¡Considera las perspectivas del clan Oda teniendo en cuenta tan sólo que Araki Murashige, quien fue promovido a un cargo de tanta responsabilidad por Nobunaga, trastornó por completo la situación en la capital al aliarse con el clan Mori! Creo que la razón por la que abandoné el clan Oda con Murashige está clara.

—Lo que acabo de oír es un plan realmente despreciable Sospecho que pronto lo lamentaréis.

—Aún eres joven. En el combate eres fuerte, pero no en los asuntos mundanos.

—Os ruego que cambiéis de parecer, mi señor.

—Eso no va a suceder. He expuesto claramente a mis servidores la promesa hecha a Murashige y mi postura de alianza con los Mori.

—Pero si consideraseis vuestra decisión una vez más...

—Antes de que digas nada más, habla con Araki Murashige. Si él reconsidera su deserción, yo lo haré también.

Eran como un adulto y un niño. La diferencia entre ellos no era simple sofistería. Podría decirse que incluso un hombre como Kanbei, considerado único en las provincias del oeste por su talento y sus ideas progresistas, no podía competir con un adversario como Odera Masamoto, al margen de que tuviera razón o no.

Masamoto habló de nuevo para recalcar su postura.

—En cualquier caso, llévate esto y ve a Itami. Entonces tráeme una respuesta rápidamente. Cuando sepa lo que piensa el señor Murashige, te daré una respuesta definitiva.

Masamoto escribió una nota a Araki Murashige. Kanbei se la guardó en el kimono y marchó de prisa a Itami. La situación era apremiante y sus propias acciones podrían tener grandes consecuencias. Al acercarse al castillo de Itami vio que los soldados estaban cavando trincheras y levantando una empalizada.

Indiferente, en apariencia, al hecho de que en seguida le rodeó un círculo de lanzas, habló como si no tuviera nada que temer.

—Soy Kuroda Kanbei, del castillo de Himeji. No estoy aliado ni con el señor Nobunaga ni con el señor Murashige. He venido solo para sostener una conversación urgente y privada con el señor Murashige.

Tras decir esto, se abrió paso entre los soldados. Cruzó varios portales fortificados, entró por fin en el castillo y muy pronto se reunió con Murashige. Su primera impresión al mirarle el rostro fue que aquel hombre no tenía una voluntad tan fuerte como había esperado. El semblante de Murashige no era muy impresionante. Kanbei percibió la falta de ánimo y confianza en sí mismo de su adversario, y se preguntó por qué había decidido enfrentarse a Nobunaga, a quien consideraba el hombre más sobresaliente de su generación.

—¡Vaya, cuánto tiempo sin vernos! —exclamó Murashige en un tono fuera de lugar.

Casi parecía un halago. Kanbei conjeturó que si un bravo general como Murashige le trataba así era porque seguía un tanto inseguro de sí mismo.

Kanbei respondió con algunas trivialidades, sin dejar de sonreír a Murashige. Éste, por su parte, era incapaz de ocultar su sinceridad innata, y parecía azorado en extremo bajo la mirada de Kanbei. Sintió que se ruborizaba.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó.

—He oído rumores.

—¿Sobre la movilización de mi ejército?

—Te has metido en un buen lío.

—¿Qué es lo que dice todo el mundo?

—Unos dicen cosas buenas y otros malas.

—Supongo que las opiniones están divididas, pero la gente debería esperar a que la lucha haya terminado para decidir quién tenía razón y quién estaba equivocado. La reputación de un hombre nunca se cimenta hasta después de su muerte.

—¿Has considerado lo que sucederá después de que mueras?

—Por supuesto.

—En ese caso, estoy seguro de que sabes que las consecuencias de tu decisión son irrevocables.

—¿Por qué razón?

—La mala fama que te labrarás por volverte contra un señor del que has recibido tantos favores no se extinguirá durante generaciones.

Murashige guardó silencio. Los latidos de sus sienes revelaban las emociones que sentía, pero carecía de elocuencia para refutar al otro.

—El sake está listo —anunció un servidor.

Murashige pareció aliviado y se levantó.

—Ven conmigo, Kanbei. Hacía mucho que no nos veíamos, al margen de todo lo demás. Bebamos juntos.

Murashige actuó como un anfitrión generoso. Habían dispuesto un banquete en la ciudadela interior. Naturalmente, los dos evitaron cualquier discusión mientras tomaban sake, y la expresión de Murashige se relajó de un modo considerable. Sin embargo, en un momento determinado Kanbei volvió a abordar el tema.

—¿Qué me dices, Murashige? ¿Por qué no pones fin a esto antes de que llegue demasiado lejos?

—¿Qué es lo que puede llegar demasiado lejos?

—Esta mezquina demostración de fuerza.

—Mi resolución en este grave asunto no tiene nada que ver con una demostración de fuerza.

—Puede que sea cierto, pero el mundo lo llama traición. ¿Qué sientes al respecto?

—Vamos, bebe un poco más de sake.

—No voy a engañarme. Hoy te has molestado mucho por mí, pero tu sake sabe un poco amargo.

—Hideyoshi te ha enviado aquí.

—Claro. Incluso el señor Hideyoshi está preocupado en extremo por ti, y no sólo eso, sino que te defiende contra viento y marea, sin hacer caso de lo que los demás digan de ti. Te considera «un hombre valioso» y «un bravo guerrero». Dice que no deberías cometer un error, y puedo asegurarte que nunca olvidará vuestra amistad.

A Murashige se le pasó un poco la embriaguez y, en cierta medida, habló con toda sinceridad.

—La verdad es que he recibido dos o tres cartas de Hideyoshi amonestándome y su amistad me conmueve. Pero Akechi Mitsuhide y otros servidores de Oda vinieron uno tras otro como enviados del señor Nobunaga y los desairé a todos. De ninguna manera puedo acceder ahora a la solicitud de Hideyoshi.

—No creo que eso sea cierto. Si dejas el asunto en manos del señor Hideyoshi, seguramente él encontrará alguna manera de interceder ante el señor Nobunaga.

—No lo creo así —replicó Murashige de mal humor—. Dicen que cuando Mitsuhide y Nobumori se enteraron de mi rebelión, aplaudieron y se regocijaron. Mitsuhide vino aquí para apaciguarme y me tranquilizó con bonitas palabras, pero quién sabe la clase de informe que hizo cuando regresó al lado de Nobunaga. Si abriera mi castillo y volviera para arrodillarme ante Nobunaga, al final sólo ordenaría a sus hombres que me agarrasen por el cogote y me cortaran la cabeza. Ninguno de mis servidores tiene deseos de volver con Nobunaga. A estas alturas creen que luchar hasta el final será lo mejor, por lo que no se trata únicamente de mi opinión. Cuando regreses a Harima, te ruego que le digas a Hideyoshi que no piense mal de mí.

Parecía que Kanbei no podría persuadir fácilmente a Murashige. Tras algunas tazas más de sake, sacó la carta de Odera Masamoto y se la entregó a su anfitrión.

Kanbei ya había examinado el meollo del contenido. Era simple, pero censuraba con vehemencia la conducta de Murashige. Éste se acercó a la lámpara y abrió la misiva, pero al terminar de leerla se excusó y salió de la habitación.

Un grupo de soldados entraron en tropel y rodearon a Kanbei, formando un muro de armaduras y



lanzas a su alrededor.

—¡Levántate! —le gritaron.

Kanbei dejó la taza y miró los agitados rostros que le rodeaban.

—¿Qué ocurre si lo hago? —les preguntó.

—Las órdenes del señor Murashige son que te escoltemos a la cárcel del castillo —respondió uno de los soldados.

—¿La cárcel? —dijo abruptamente Kanbei, y quiso reírse.

Pensó que todo había terminado para él y comprendió lo ridículo que debía parecer por haber caído en la trampa de Murashige.

Se levantó, con una sonrisa en los labios.

—En ese caso, vayamos allá. No puedo hacer más que seguiros sumisamente, si tal es la demostración de cortesía del señor Murashige.

Los guerreros escoltaron a Kanbei por el corredor principal. El sonido de las armaduras se mezclaba con sus pisadas. Avanzaron por una serie de oscuros corredores y escaleras. Kanbei se vio obligado a caminar por lugares tan oscuros que era como si tuviese los ojos vendados, y se preguntó si le matarían de un momento a otro. Estaba más o menos preparado para esa eventualidad, pero no parecía próxima. En cualquier caso, el lugar oscuro por donde caminaba parecía ser un complicado pasadizo que serpenteaba en las entrañas del castillo. Al cabo de un rato se abrió con estrépito una pesada puerta corredera.

—¡Adentro! —le ordenaron, y tras avanzar unos diez pasos, se encontró en medio de una celda.

La puerta se cerró tras él. Esta vez Kanbei se echó a reír sonoramente en la oscuridad. Entonces se volvió hacia la pared y habló con desdén hacia sí mismo, casi como si estuviera recitando un poema.

—Yo mismo he caído en la trampa de Murashige. Bien, bien..., ciertamente la moral pública se ha complicado, ¿no es cierto?

Supuso que estaba debajo de un arsenal. Por lo que podía notar palpando con los pies, el suelo era de tablas gruesas y nudosas. Caminó calmosamente, siguiendo las cuatro paredes, y juzgó que el área de la celda era de unos treinta metros cuadrados.

Pensó que el hombre digno de lástima era Murashige. ¿Qué creía que iba a lograr encarcelándole? Se sentó con las piernas cruzadas en lo que era con toda evidencia el centro de la celda. Sentía frío en las nalgas, pero allí no parecía haber nada donde sentarse. De repente se dio cuenta de que no había entregado su espada corta, y pensó: «Esto es algo de lo que debo estar agradecido. Si tengo esta arma..., en cualquier momento podría...».

Se dijo en silencio que por muy ateridas que estuvieran sus nalgas, su espíritu no lo estaría. La meditación Zen que había practicado tan a fondo en su juventud tal vez le serviría ahora. Tales cosas cruzaban por su mente mientras el tiempo transcurría. Entonces pensó que se alegraba de haber sido el enviado, pues si hubiera sido Hideyoshi aquel pequeño desastre habría sido sustituido por uno grande. Estaba agradecido porque las cosas habían salido de aquella manera.

Pronto una delgada franja de luz brilló en su rostro. Kanbei miró serenamente hacia la luz. Se había abierto una ventana. La cara de un hombre apareció al otro lado del enrejado. Era Araki Murashige.

—¿Hace frío ahí dentro, Kanbei? —le preguntó Murashige.

Kanbei miró en su dirección y finalmente le respondió con una calma absoluta:

—No, todavía estoy caliente gracias al sake, pero podría sentirme incómodo alrededor de

medianoche. Si el señor Hideyoshi se entera de que Kuroda Kanbei ha muerto congelado, probablemente llegará antes del alba y expondrá tu cabeza en el portal, bajo la escarcha. Eres un hombre inteligente, Murashige. ¿Qué esperas conseguir reteniéndome aquí?

Murashige no supo qué responder. Era consciente de que el otro le estaba avergonzando por sus acciones, pero al final soltó una risa desdeñosa.

—Deja de gruñir, Kanbei. Dices que no tengo cerebro, pero ¿no eres tú el que ha caído estúpidamente en esta trampa?

—El lenguaje insultante no te va a servir de nada. ¿Es que no puedes hablar de una manera lógica?

Murashige no respondió, y Kanbei siguió diciendo:

—Eres propenso a reprenderme como si fuera una especie de estrategia o demonio de la táctica, pero lo que me interesa es la política básica, no las estratagemas mezquinas. Nunca se me ha ocurrido maquinar contra un amigo y considerarlo un mérito. Sencillamente, pensaba en ti y en la aflicción del señor Hideyoshi. Por eso he venido aquí solo. ¿No puedes entenderlo? ¿Qué me dices de la amistad del señor Hideyoshi? ¿Y de tu lealtad?

Murashige no sabía qué responder. Guardó silencio durante un rato, pero finalmente encontró la manera de refutar las palabras de Kanbei.

—Hablas de amistad y principios morales, pero esas palabras sólo brillan en tiempo de paz. Ahora es diferente. El país está en guerra consigo mismo y el mundo sumido en el caos. Si no conspiras, conspiran contra ti; si no perjudicas, alguien te perjudicará. Este mundo es tan horrible que puedes verte obligado a matar o caer muerto en el tiempo que tardas en coger unos palillos. El aliado de ayer es el enemigo de hoy, y si un hombre es tu enemigo, aunque sea amigo tuyo, no puedes hacer más que encerrarlo en una mazmorra. Todo es cuestión de táctica. Podríamos decir que no te he matado todavía por piedad.

—Ya veo. Ahora comprendo tu visión del mundo, tus pensamientos cotidianos sobre la guerra y el alcance de tu moralidad. Sufres la penosa ceguera de los tiempos, y ya no deseo seguir discutiendo contigo. ¡Adelante, destrúyete!

—¿Cómo? ¿Dices que estoy ciego?

—Así es. No, aunque hayamos llegado a esto, parece ser que no puedo prescindir del todo de mi amistad hacia ti. Tengo una cosa más que enseñarte.

—¿Qué? ¿Acaso el clan Oda tiene alguna estrategia secreta?

—No es una cuestión de ventajas y desventajas. Eres un individuo lamentable. A pesar de la fama que tienes por tu valor, no sabes cómo vivir en este país caótico, y no sólo eso, sino que no tienes el menor deseo de salvar al mundo de ese caos. Eres inhumano, más bajo que un villano o un campesino. ¿Cómo puedes llamarte samurai?

—¿Cómo! ¿Estás diciendo que no soy humano?

—Exactamente. Eres una bestia.

—¿Qué has dicho?

—¡Adelante! Enfádate cuanto quieras, todo lo diriges contra ti mismo. Escucha, Murashige. Si los hombres pierden moralidad y lealtad, el mundo se convierte en un mundo de bestias. Luchamos una y otra vez, y el fuego infernal de la rivalidad humana nunca se extingue. Si sólo tienes en cuenta la batalla, la intriga y el poder, y te olvidas de la moralidad y los sentimientos humanos, no serás sólo enemigo del

señor Nobunaga sino de toda la humanidad y una peste para la tierra entera. Por lo que a mí respecta, si eres esa clase de persona, te arrancaría con gusto la cabeza.

Cuando guardó silencio tras decir lo que pensaba, Kanbei oyó un clamoreo creciente. Al otro lado de la ventana, Murashige estaba rodeado por sus servidores y ayudantes personales, y todos gritaban.

—¡Acabad con él!

—No, no podemos matarle.

—Es insoportable.

—¡Calmaos!

Probablemente Murashige vacilaba entre seguir a los que querían sacar a Kanbei y ejecutarlo en el acto y quienes afirmaban que matarlo tendría resultados adversos, y parecía incapaz de tomar una decisión.

Al final llegaron a la conclusión de que, aunque llegaran a matarle, no corría prisa. Entonces parecieron calmarse y las pisadas de Murashige y su séquito se alejaron.

Esta escena hizo comprender en seguida a Kanbei cuál era el estado de ánimo en todo el castillo.

Aunque la bandera de la rebelión había sido desplegada claramente, incluso ahora había quienes, llenos de indignación, querían luchar contra los Oda y otros que se inclinaban por cooperar con sus antiguos aliados. Aunque estaban bajo el mismo techo, se querellaban por casi todos los asuntos puntuales, y la situación podía interpretarse con facilidad.

Atrapado en medio de esa disputa, Murashige había despedido a los enviados de Nobunaga e incrementado los preparativos militares. Su último exceso había sido encarcelar a Kanbei.

Kanbei pensó entristecido que aquel hombre había llegado a su perdición. Sin que su propio destino le apesadumbrara, lamentaba la ignorancia de Murashige. Cuando las voces se perdieron a lo lejos, la abertura de la ventana fue cerrada de nuevo, pero Kanbei reparó de improviso en un papel que había caído por ella. Lo recogió, pero no pudo leerlo aquella noche. La celda estaba tan oscura que apenas podía ver sus propios dedos.

Al día siguiente, cuando se filtró la pálida luz de la mañana, recordó en seguida el papel y lo leyó. Era una carta de Odera Masamoto, de Harima, dirigida a Araki Murashige.

Este mismo personaje molesto del que hablamos ha estado aquí, aconsejándome que cambiara de idea. Le he engañado para que primero averigüe lo que vos pensáis, de modo que probablemente llegará al castillo al mismo tiempo que esta carta. Es un hombre de amplios recursos, y será una carga mientras viva. Os sugiero que, cuando llegue al castillo de Itami, aprovechéis la oportunidad y no volváis a dejarle libre en el mundo.

Kanbei se sintió conmocionado. Examinó la fecha de la carta y vio que era en efecto el mismo día que presentó sus objeciones a Masamoto y abandonó el castillo de Gochaku.

—Entonces ha debido de enviar esta carta inmediatamente después —musitó con asombro.

Se le ocurrió que hay gran número de personas inteligentes en el mundo y sin embargo éste le había puesto, a él, que se había esforzado tanto por abstenerse del pensamiento superficial y los ardides mezquinos, la etiqueta de táctico.

—Estar en el mundo es interesante, ¿verdad?

Habló sin darse cuenta, mirando el techo. El sonido de su voz resonó como si estuviera en una cueva. Qué interesante era estar en el mundo.

Como cabía esperar, había mentiras y verdades, había forma y vacío, había cólera y alegría, había fe y confusión. Eso era estar en el mundo. Pero durante unas semanas, por lo menos, Kanbei estaría muy lejos del mundo.

\* \* \*

Las fuerzas atacantes dispuestas alrededor de los castillos de Itami, Takatsuki e Ibaragi estaban dispuestas a atacar de un momento a otro. Sin embargo, la orden de atacar aún no había partido del cuartel general de Nobunaga en el monte Amano. En los diversos campamentos, los días transcurrían con tal lentitud que la paciencia de los soldados empezaba a agotarse.

—¿Todavía no hay noticias?

Aquel día Nobunaga ya había hecho esa pregunta dos veces. Sin embargo, lo que a él le impacientaba era exactamente lo contrario que a los soldados. En aquellos momentos, la posición de los Oda era compleja hasta un punto extraordinario y peligroso, no con respecto a las provincias occidentales u orientales, sino alrededor mismo de la capital. Por poco que pudiera, Nobunaga no quería librar una guerra en aquella zona y en las condiciones actuales. Y a medida que transcurrían los días, le preocupaba esa actitud de evitar la acción en su territorio doméstico a toda costa.

Siempre que estaba inquieto, Hideyoshi ocupaba sus pensamientos. Le quería constantemente a su lado. No hacía mucho que le había llegado un informe de ese general en el que tanto confiaba, diciéndole que Kanbei había expuesto su punto de vista a su antiguo señor, Odera Masamoto, y luego había ido inmediatamente al castillo de Itami, donde se proponía persuadir a Murashige para que negociara. Hideyoshi había dicho que Kanbei estaba incluso dispuesto a morir en esa misión y pedía a Nobunaga que esperase.

—Esto revela mucha confianza en sí mismo —dijo Nobunaga—, y Hideyoshi no es proclive a la negligencia.

Pero aunque Nobunaga se persuadió así de que debía ser paciente, la atmósfera en su cuartel general se estaba enrareciendo a causa de la irritación extrema de sus generales. Cada vez que Hideyoshi cometía algún error trivial, su resentimiento brotaba como si hubiera estado ardiendo a fuego lento bajo las cenizas durante largo tiempo.

—¿No comprendo por qué Hideyoshi envió a ese hombre! ¿Quién es Kanbei, al fin y al cabo? Si examinas sus antecedentes, resulta que es un servidor de Odera Masamoto, de quien también es su padre un servidor de alto rango. Masamoto, por su parte, conspira con Araki Murashige comunicándose con los Mori y traicionándonos. Está actuando de común acuerdo con Murashige mientras que ha alzado la bandera de la rebelión en las provincias occidentales. ¿Cómo ha podido Hideyoshi elegir a Kanbei para una misión tan importante?

Criticaban a Hideyoshi por su falta de previsión, y algunos llegaban incluso a sospechar que había negociado con los Mori.

Los informes que empezaron a llegar contenían todos la misma información: lejos de someterse a la argumentación de Kanbei, Odera Masamoto se había expresado claramente en contra del señor

Nobunaga, difundiendo patrañas sobre la debilidad de las fuerzas de Oda en la zona. Además, sus comunicaciones con los Mori se habían hecho cada vez más frecuentes.

Nobunaga tenía que admitir que eso era cierto.

—La acción de Kanbei no ha sido más que un engaño. Mientras esperamos buenas noticias de un hombre tan poco digno de confianza, el enemigo refuerza sus conexiones y perfecciona sus defensas, por lo que al final nuestras fuerzas no conseguirán nada, al margen de lo furioso que sea el ataque.

Entonces llegaron por fin noticias de Hideyoshi, pero no eran buenas. Kanbei aún no había regresado y no se disponía de una información clara. Además, el tono de la misiva era desesperanzado. Nobunaga chascó la lengua y arrojó a un lado el estuche que había contenido la carta.

—¡Es demasiado tarde! —Finalmente provocado, Nobunaga rugió de repente, lleno de ira—. ¡Secretario! Escribe de inmediato a Hideyoshi. Dile que venga aquí sin la menor tardanza. —Entonces miró a Sakuma Nobumori y le dijo—: Tengo entendido que Takenaka Hanbei está pasando su convalecencia en el templo Nanzen de Kyoto. ¿Sigue ahí?

—Creo que sí.

La respuesta de Nobunaga a la réplica de Nobumori fue rápida como un eco.

—Entonces ve allí y dile esto a Hanbei: hace algún tiempo Hideyoshi envió al hijo de Kuroda Kanbei, Shojumaru, como rehén a este castillo... Va a ser decapitado de inmediato y su cabeza será enviada a Itami, donde está su padre.

Nobumori hizo una reverencia. Todos cuantos rodeaban a Nobunaga se encogieron de temor ante su cólera repentina. Todos callaban y Nobunaga no se levantó. El estado de ánimo de Nobunaga podía cambiar en un instante, y su ira estalla sin mucha dificultad. La paciencia que había mostrado hasta entonces no formaba parte de su verdadera naturaleza, sino que había sido estrictamente la consecuencia de un razonamiento que le había costado un gran esfuerzo. Así pues, cuando prescindió el dominio de su mismo que tanto le desagradaba y alzó la voz, los lóbulos de sus orejas empezaron a enrojecer y su semblante adquirió de súbito un aspecto feroz.

—Mi señor, os lo ruego, esperad un momento.

—¿Qué ocurre, Kazumasu? ¿Me estás amonestando?

—Sería presuntuoso que un hombre como yo os amonestara, mi señor, pero ¿por qué habéis dado tan de improviso la orden de matar al hijo de Kuroda Kanbei? ¿No deberíais reflexionar en esto un poco más?

—No necesito reflexionar más para ver la traición de Kanbei. Ha fingido hablar con Odera Masamoto y luego ha vuelto a engañarme haciéndome creer que negociaba con Araki Murashige. Si me he abstenido de emprender una acción en los últimos diez días se ha debido exclusivamente a esas condenadas intrigas de Kanbei. Hideyoshi acaba de informarme del asunto. Kanbei le ha tomado el pelo hasta ahora, y ya está bien.

—Pero ¿por qué no llamáis al señor Hideyoshi para que os facilite un informe completo de la situación y comentáis con él vuestro propósito de castigar al hijo de Kanbei?

—En estos momentos no puedo tomar una decisión de tiempo de paz, y no ordeno a Hideyoshi que venga aquí para escuchar su opinión. Quiero que me explique cómo fomentó este desastre. Date prisa y lleva el mensaje, Nobumori.

—Sí, mi señor. Se lo transmitiré a Hanbei, como deseáis.

El talante de Nobunaga era cada vez más sombrío. Se volvió al escribano y le preguntó:

—¿Has redactado la citación de Hideyoshi, secretario?

—¿Queréis leerla, mi señor?

Entregó la carta a Nobunaga y éste la pasó de inmediato al jefe de los mensajeros, con la orden de llevarla a Harima.

Pero antes de que el mensajero se hubiera ido, un servidor anunció:

—El señor Hideyoshi acaba de llegar.

—¿Qué? ¿Hideyoshi?

La expresión de Nobunaga no se alteró, pero por un instante pareció que su cólera había remitido.

Pronto se oyó la voz de Hideyoshi, su tono tan jovial como siempre. En cuanto llegó a oídos de Nobunaga, éste tuvo que hacer un esfuerzo para mantener su expresión de enojo. La cólera se fundió en su pecho como el hielo se funde bajo el sol, sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Hideyoshi dirigió un saludo informal a los generales presentes y entró en el recinto, pasó junto a los mandos reunidos y se arrodilló cortésmente ante Nobunaga. Entonces alzó la vista hacia su señor.

Nobunaga no dijo nada. Se estaba esforzando por mostrar su cólera. No eran muchos los jefes que pudieran hacer algo más que postrarse embargados de temor cuando se encontraban con el silencio de Nobunaga. En realidad, ni siquiera en la familia de Nobunaga había uno solo que pudiera resistir ese trato. Si los generales veteranos como Katsuie y Nobumori eran objeto de la mirada colérica de Nobunaga, el color abandonaba por completo sus mejillas. Hombres curtidos como Niwa y Takigawa se sentían confusos y musitaban excusas. A pesar de su prudencia, Akechi Mitsuhide carecía de recursos ante la ira de su señor, y ni siquiera el afecto de Nobunaga por Ranmaru ayudaba a éste lo más mínimo. Pero Hideyoshi se desenvolvía en esas situaciones de un modo totalmente distinto. Cuando Nobunaga estaba airado y le miraba furibundo y ceñudo, Hideyoshi no manifestaba la menor reacción. No era que restase importancia al talante de su señor. Por el contrario, más que la mayoría de los hombres sentía un temor reverencial hacia Nobunaga. En general, le dirigía una mirada plácida, como si estuviera contemplando un cielo que amenazara tormenta, y desistía de hablar excepto de la manera más trivial.

Ahora pensaba que Su Señoría volvía a estar un poco enfadado. Aquella serenidad parecía formar parte de la naturaleza especial de Hideyoshi y, ciertamente, nadie parecía capaz de imitarle. Si Katsuie o Mitsuhide hubieran copiado el comportamiento de Hideyoshi, habría sido como si arrojaran aceite al fuego y Nobunaga habría montado en cólera. Su Señoría parecía estar perdiendo el juego de la paciencia, y por fin habló.

—¿Por qué has venido aquí, Hideyoshi?

—He venido para recibir vuestra reprimenda —respondió Hideyoshi con profundo respeto.

Nobunaga pensó que siempre tenía una buena respuesta. Cada vez le resultaba más difícil mantener su enfado. Tendría que haber despacio, como si hubiera masticado las palabras y las escupiera.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Has pensado que este asunto quedaría zanjado con una disculpa? Has cometido un gran error que no me afecta sólo a mí sino a todo el ejército.

—¿Ya habéis leído la carta que os envié?

—¡La he leído!

—El envío de Kanbei como intermediario ha terminado claramente en un fracaso. A ese respecto...

—¿Me estás dando una excusa?

—No, pero, a modo de disculpa, he cabalgado entre las líneas enemigas para ofrecerles un plan que podría convertir este desastre en buena suerte. Quisiera pedirles que despidáis a los presentes o que vayamos vos y yo a otro lugar. Después, si mi falta ha de tener un castigo, lo aceptaré respetuosamente.

Nobunaga reflexionó un momento y entonces accedió a la petición y ordenó a todos que salieran. Los demás generales se quedaron pasmados por la audacia de Hideyoshi, pero, intercambiando miradas entre ellos, no pudieron hacer más que retirarse. Algunos le acusaron de insolencia a pesar de la falta que él mismo reconocía. Otros chascaron la lengua y le llamaron egoísta. Hideyoshi no parecía prestarles atención, y esperó hasta que él y Nobunaga fueron los únicos que quedaron en el recinto. Cuando todos se hubieron ido, la expresión de Nobunaga se suavizó un poco.

—Bien, ¿qué clase de sugerencia tienes que hacerme para cabalgar hasta aquí desde Harima?

—Tengo una manera de atacar Itami. Tal como han ido las cosas, lo único que nos queda por hacer es golpear resueltamente a Araki Murashige.

—Eso es cierto desde el principio, No es que Itami sea tan importante, pero si el Honganji y Murashige actúan de común acuerdo con los Mori, las dificultades serán considerables.

—No tanto, a mi modo de ver. Si actuamos con excesiva rapidez nuestras tropas podrían resultar muy perjudicadas, y si se produce el más leve fracaso entre nuestros aliados, el dique que habéis construido con tanto cuidado hasta ahora se derrumbará de golpe.

—¿Qué harías entonces?

—No tengo un plan propio, pero Takenaka Hanbei, que está convaleciente en la capital, ha comprendido muy bien la situación actual.

Entonces Hideyoshi expuso el plan a Nobunaga exactamente tal como se lo había contado Hanbei. En esencia, el plan de ataque contra el castillo de Itami preveía el menor daño posible a sus propias tropas. Se tomarían todo el tiempo necesario y primero aplicarían toda su fuerza a aislar a Murashige cortándole las alas.

Nobunaga aceptó el plan sin la menor vacilación. Era, más o menos, lo que él mismo había pensado hacer. La ejecución del plan quedó decidida y Nobunaga se olvidó por completo de reprender a Hideyoshi. Todavía tenía que preguntarle a éste una serie de cosas con respecto a sus estrategias.

—Puesto que hemos tratado de los asuntos más urgentes, creo que debería partir hacia Harima hoy mismo —dijo Hideyoshi, mirando el cielo crepuscular.

Sin embargo, Nobunaga le dijo que las carreteras eran demasiado peligrosas y que debería regresar por barco aquella noche. Al ir por vía marítima disponía aún de mucho tiempo, y su señor no iba a dejarle marchar sin que antes bebieran.

Hideyoshi se enderezó un poco más y le preguntó:

—¿Vais a dejarme marchar sin castigarme?

Nobunaga forzó una sonrisa.

—¿Qué crees tú que debería hacer? —bromeó.

—Cuando me perdonáis pero no decís nada, de alguna manera el sake que recibo de vos no se desliza muy bien por mi gaxate.

Nobunaga se echó a reír por primera vez.

—Eso está bien, muy bien.

Hideyoshi habló entonces como si hubiera estado esperando el momento apropiado.

—En ese caso Kanbei tampoco tiene ninguna culpa, ¿no es cierto? Y creo que el mensajero con la orden de decapitar a su hijo ya ha partido.

—No, no puedes ser el fiador de los pensamientos de Kanbei. ¿Cómo puedes decir que carece de culpa? No voy a retirar la orden de cortar la cabeza de su hijo y enviarla al castillo de Itami. Es una cuestión de disciplina militar, y no te servirá de nada intervenir.

De esta manera despótica Nobunaga selló la boca de su servidor.

Hideyoshi regresó a Harima aquella noche, pero nada más llegar envió secretamente a un mensajero con una carta para Hanbei en la capital. El contenido de la carta se entenderá más adelante, pero en esencia se refería a su angustia por la suerte del hijo de su amigo y consejero, Kuroda Kanbei.

El mensajero de Nobunaga también se dirigió apresuradamente a Kyoto. Durante el camino de regreso, se detuvo brevemente en la iglesia de la Ascensión. Cuando regresó al campamento principal de Nobunaga en el monte Amano, le acompañaba un jesuita italiano, el padre Gnecci, un misionero que llevaba en Japón muchos años. Había gran número de misioneros cristianos en Sakai, Azuchi y Kyoto, pero entre todos ellos el padre Gnecci era el extranjero a quien Nobunaga más favorecía. No le desagradaban los cristianos y, aunque había combatido a los budistas e incendiado sus fortalezas, tampoco le desagradaba el budismo, pues reconocía el valor intrínseco de la religión.

No sólo el padre Gnecci sino todos los numerosos misioneros católicos que eran invitados a Azuchi de vez en cuando ponían todo su empeño en tratar de convertir a Nobunaga al cristianismo. Pero comprender el corazón de Nobunaga era lo mismo que tratar de sacar con un cucharón el reflejo de la luna en un cubo de agua.

Uno de los padres católicos había dado a Nobunaga un esclavo negro que trajo consigo de allende los mares, porque Nobunaga se había quedado mirando a aquel hombre con una curiosidad considerable. Siempre que Su Señoría salía del castillo, incluso cuando iba a Kyoto, incluía al esclavo negro en su séquito. Los misioneros estaban un poco celosos y cierta vez le preguntaron:

—Parecéis muy interesado en vuestro esclavo negro, mi señor. ¿Qué es exactamente lo que encontráis tan agradable en él?

—Me porto bien con todos vosotros, ¿no es cierto? —replicó en seguida Nobunaga.

Esto indicaba claramente los sentimientos de Nobunaga hacia los misioneros. No había ninguna diferencia esencial entre la consideración en que tenía a Gnecci y los demás padres y el afecto que sentía por su esclavo negro. Esto llama la atención sobre otro aspecto: cuando el padre Gnecci tuvo su primera audiencia con Nobunaga, le ofreció varios regalos de ultramar. En el conjunto había diez armas de fuego, ocho telescopios y cristales de aumento, cincuenta pieles de tigre, una red mosquitera y un centenar de piezas de aloe. Había también objetos tan peculiares como un reloj, un globo terráqueo, telas y porcelana.

Nobunaga contempló la exposición de aquellos objetos con la curiosidad de un niño. Lo que más le atrajo fueron las armas de fuego y el globo terráqueo. Con el globo ante ellos, escuchó atentamente una noche tras otra lo que el padre Gnecci le relataba de su hogar, Italia, las distancias a través de los mares, las diferencias entre la Europa del norte y la del sur y sus viajes por la India, Annam, Luzón y el sur de la China. Había otro hombre presente que escuchaba incluso con más atención y hacía numerosas preguntas. Era Hideyoshi.

Nobunaga recibió jovialmente al padre Gnecci en su campamento.



—Ah, cuánto me alegro de que hayáis venido.

—¿De qué se trata, mi señor? Vuestra cita era tan urgente...

—Bien, sentaos.

Nobunaga señaló un asiento usado por los abades Zen.

—Oh, gracias —dijo el padre Gnechi, sentándose.

Era como un peón de reserva en un tablero de ajedrez, preguntándose cuándo sería utilizado. Y Nobunaga le había invitado allí precisamente por esa razón.

—Padre, cierta vez me hicisteis una petición en nombre de los misioneros de Japón. Queríais permiso para levantar una iglesia y difundir el cristianismo.

—No sé desde cuántos años hace que aguardamos con anhelo el día en que aceptaréis nuestra súplica.

—Parece ser que ese día se aproxima.

—¿Qué? ¿Contamos con vuestro permiso?

—No de una manera incondicional. Los samurais no acostumbramos a conceder privilegios especiales a hombres que no han hecho ninguna hazaña meritoria.

—¿Qué queréis decir exactamente, mi señor?

—Tengo entendido que Takayama Ukon de Takatsuki se convirtió al cristianismo cuando tenía unos catorce años de edad e incluso ahora es un creyente fervoroso. Supongo que vuestras relaciones con él son muy amistosas.

—¿Takayama Ukon, mi señor?

—Como sabéis, ha secundado la rebelión de Araki Murashige y enviado a dos de sus hijos al castillo de Itami en calidad de rehenes.

—Ésa es una situación realmente triste, y nosotros, sus amigos en religión, estamos muy dolidos por ello. No sé cuántas plegarias hemos dirigido a Dios para que le conceda Su divina protección.

—¿De veras? Bien, padre Gnechi, en unos tiempos como los que corren, las plegarias que ofrecéis en la capilla de vuestro templo no parecen surtir ningún efecto. Si estáis realmente preocupado por Ukon, obedeceréis la orden que voy a daros. Quiero que vayáis al castillo de Takatsuki e ilustréis a Takayama Ukon sobre el asunto de su indiscreción.

—Si hay algo que yo pueda hacer, lo haré gustosamente cuando lo deseéis. Pero tengo entendido que su castillo ya está rodeado por las fuerzas del señor Nobutada así como las de los señores Fuwa, Maeda y Sassa. Es posible que no me dejen pasar.

—Os proporcionaré una escolta y os daré una garantía de paso. Si podéis explicar este asunto a los Takayama, padre e hijo, y convencerles de que se unan a mis filas, será una acción realmente meritoria para los misioneros. Entonces tendréis mi permiso para levantar una iglesia y la libertad de realizar la labor misionera. Os doy mi palabra.

—Oh, mi señor...

—Pero esperad —le interrumpió Nobunaga—. También debes entender muy claramente que si, por el contrario, Ukon rechaza vuestra propuesta y sigue desafiándome, consideraré a todos los cristianos de la misma manera que considero a los Takayama, y que, naturalmente, demoleré vuestro templo, exterminaré vuestra religión en Japón y ejecutaré hasta el último de vuestros misioneros y sus seguidores. Quiero que tengáis eso bien claro antes de marcharos.

El padre Gnechi palideció y por un momento fijó la mirada en el suelo. Ninguno de los hombres que

habían navegado rumbo a Oriente desde la lejana Europa tenía un corazón débil o cobarde, pero allí sentado ante Nobunaga, el cual le había hablado de aquella manera, el padre Gnechi sintió que el temor le encogía el cuerpo y le helaba el corazón. Nada en el semblante de Nobunaga le daba un aspecto diabólico, y lo cierto era que tanto sus rasgos como sus palabras eran muy elegantes. Sin embargo, los misioneros sabían perfectamente que aquel hombre no decía nada que no pusiera en práctica, como lo habían demostrado la destrucción del monte Hiei y la subyugación de Nagashima. Eso era algo que se cumplía en todas las maniobras políticas concebidas por Nobunaga.

—Iré allá, seré el enviado que me ordenáis que sea —le prometió el padre Gnechi—. Me entrevistaré con el señor Ukon.

Con una escolta formada por una docena de hombres armados, el jesuita partió por la carretera de Takatsuki. Tras despedir al padre Gnechi, Nobunaga tuvo la impresión de que todo había salido exactamente tal como deseaba. Pero el padre Gnechi, quien aparentemente había sido forzado a dirigirse al castillo de Takatsuki como si le tirasen de la nariz, también se congratulaba. Aquel extranjero no era tan fácil de manipular como Nobunaga creía. Los habitantes de Kyoto sabían bien que pocas personas eran tan astutas como los jesuitas. Antes de que Nobunaga le hubiera convocado, el padre Gnechi ya había intercambiado varias cartas con Takayama Ukon. El padre de éste había preguntado con frecuencia a su consejero espiritual cuál podría ser la voluntad del cielo en el asunto que ahora les ocupaba, y Gnechi le había dado la misma respuesta una y otra vez. La actitud correcta no era actuar contrariamente a los deseos del propio señor, y Nobunaga era tanto el señor de Murashige como el de Ukon.

Ukon le había escrito expresando sus sentimientos más profundos.

Hemos enviado a dos de nuestros hijos a los Araki como rehenes, por lo que mi esposa y mi madre se oponen con firmeza a que nos sometamos al señor Nobunaga. De no ser por eso, tampoco yo querría asociar mi nombre a la rebelión.

Así pues, para el padre Gnechi, el éxito de la misión y las recompensas posteriores eran un resultado inevitable. Tenía el convencimiento de que Ukon ya estaba de acuerdo con lo que él iba a sugerirle.

Poco después, Takayama Ukon anunció que no podía desviar los ojos mientras su religión era destruida, aun cuando su esposa e hijos le odieran por defenderla. Uno podía abandonar su castillo y su familia, pero no el único camino verdadero. Una noche abandonó secretamente el castillo y huyó a la iglesia de la Ascensión. Su padre, Hida, buscó refugio inmediatamente en Itami, con Araki Murashige, y le explicó amargamente la situación.

—Hemos sido traicionados por mi despreciable hijo.

Eran muchas las personas en el bando de Murashige que tenían relaciones estrechas y amistosas con el clan Takayama, por lo que no podía insistir en el castigo de los rehenes Takayama. Así pues, aunque Murashige era un hombre bastante insensible, tenía una conciencia difusa de lo complicada que era la situación.

—No puede hacerse nada. Si Ukon ha huido, los rehenes son inútiles.

Considerando a los dos pequeños tan sólo como unos parásitos, los devolvió al padre de Ukon. Cuando el padre Gnechi recibió esta información, se dirigió con Ukon al monte Amano para ser

recibidos en audiencia por Nobunaga.

—Lo habéis hecho muy bien —le dijo Nobunaga, encantado.

Entonces comunicó a Ukon que le concedería un dominio en Harima y le regaló kimonos de seda y un caballo.

—Quisiera recibir la tonsura y dedicar mi vida a Dios —alegó Ukon.

Pero Nobunaga no estuvo dispuesto a consentirlo y replicó:

—Eso es ridículo para un hombre tan joven.

Así pues, al final el asunto salió tal como Nobunaga había planeado y el padre Gnechi había previsto. Sin embargo, la manera en que Ukon se había conducido, con el resultado de la recuperación de sus hijos, había sido fruto de las inteligentes intrigas del padre Gnechi.

Las condiciones actuales difícilmente pueden servirnos para representarnos las de ayer, pues a cada momento el tiempo lleva a cabo sus transfiguraciones. Tampoco es irrazonable cambiar la propia línea de acción. Las razones por las que los hombres se han equivocado en sus ambiciones y han perdido sus vidas son tan abundantes como los hongos después de un aguacero.

Era hacia finales del undécimo mes. Nakagawa Sebei, el hombre de quien Araki Murashige dependía como de su brazo derecho, abandonó de repente el castillo y se sometió a Nobunaga.

—Éste es un momento importante para la nación y no debemos castigar los pequeños errores —dijo Nobunaga, y no sólo no interrogó a Sebei acerca de su delito sino que le regaló treinta monedas de oro.

También obsequió con oro y ropas a los tres servidores que le habían acompañado. Sebei se había rendido como respuesta a la solicitud de Takayama Ukon.

Los generales de Oda se preguntaban por qué aquellos hombres eran tratados con tanta amabilidad. Si bien Nobunaga era consciente de que existía cierta insatisfacción entre sus hombres, no podía hacer otra cosa si quería alcanzar sus objetivos militares.

La conciliación, la diplomacia y la paciencia no cuadraban con su naturaleza. Por ello continuamente llovían sobre el enemigo violentos y feroces ataques. Por ejemplo, Nobunaga atacó el castillo de Hanakuma en Hyogo y quemó sin piedad los templos y los pueblos vecinos. No perdonaba la acción hostil más leve, tanto si la cometían los mayores como los jóvenes, hombres o mujeres. Pero ahora su manipulación por un lado y sus intimidaciones por el otro estaban dando fruto.

Araki Murashige estaba aislado en el castillo de Itami, una fortaleza que tenía sus dos alas cortadas, pues en su orden de batalla ya no figuraban Takayama Ukon ni Nakagawa Sebei.

—Si atacamos ahora, caerá como un espantapájaros —dijo Nobunaga.

Creía que Itami podría caer en cualquier momento que quisiera. A principios del duodécimo mes se inició un ataque combinado. El primer día, el ataque empezó antes del anochecer y prosiguió durante la noche. Sin embargo, la resistencia fue inesperadamente tenaz. El jefe de una unidad de las tropas atacantes fue derribado y perdió la vida, y hubo centenares de muertos y heridos.

El segundo día el número de bajas siguió aumentando, pero no había sido tomada una sola pulgada de los muros del castillo. Al fin y al cabo, Murashige era famoso por su valor y había entre sus tropas muchos hombres diestros y valerosos. Más aún, cuando Murashige se mostró dispuesto a arriar la bandera de la rebelión, plegándose al deseo de apaciguarle expresado por Nobunaga, fueron los miembros de su familia y los oficiales quienes se lo impidieron, diciéndole:

—Rendirnos ahora sería lo mismo que presentarle nuestras cabezas.

La noticia del comienzo de estas hostilidades también se extendió rápidamente por Harima y desconcertó a los oficiales de Osaka. Las ondas de choque llegaron incluso a Tamba y el Sanin.

En primer lugar, en las provincias occidentales, Hideyoshi emprendió de inmediato el ataque contra el castillo de Miki, e hizo que las tropas auxiliares de Nobumori y Tsutsui hicieran retroceder a los Mori a las fronteras de Bizen. Había pensado que tan pronto como el clan Mori oyera los gritos lanzados desde la capital, su ejército marcharía sobre Kyoto. En Tamba, el clan Hatano consideró que ahora la corriente les era favorable y empezaron a rebelarse. Akechi Mitsuhide y Hosokawa Fujitaka habían gobernado en aquella zona, y acudieron a defenderla en el momento crítico.

El Honganji y las enormes fuerzas de los Mori se comunicaban mediante mensajeros que viajaban en barco, y los enemigos que ahora se enfrentaban a Nobunaga, Hideyoshi y Mitsuhide bailaban todos al ritmo de esas dos potencias.

—Probablemente hemos terminado aquí —dijo Nobunaga, mirando el castillo de Itami.

Quería decir que, a su modo de ver, todo estaba en orden. Aunque el castillo de Itami se hallaba completamente aislado, no se había rendido. Para Nobunaga, sin embargo, ya había caído. Dejó al ejército que lo rodeaba y regresó súbitamente a Azuchi.

Finalizaba el año. Nobunaga tenía intención de pasar el Año Nuevo en Azuchi. Aquel año había abundado en disturbios y campañas inesperados, pero al mirar las calles de la población fortificada, captó el aroma de una nueva y rica cultura que flotaba en el aire. Las tiendas grandes y pequeñas estaban alineadas de manera ordenada y hacían que fructificara la política económica de Nobunaga. Las posadas y postas estaban llenas de huéspedes, mientras que a orillas del lago los mástiles de los barcos anclados parecían un bosque.

Tanto la zona residencial de los samurais, cruzada por pequeños senderos, como las magníficas mansiones de los grandes generales, estaban terminadas en su mayor parte. También los templos se habían ampliado, y el padre Gnechi también había iniciado la construcción de una iglesia.

Eso que recibe el nombre de «cultura» es tan intangible como la bruma. Lo que había comenzado como un simple acto de destrucción estaba tomando de improviso la forma de una nueva cultura que marcaba una época a los pies de Nobunaga. En música, teatro, pintura, literatura, religión, la ceremonia del té, vestido, cocina y arquitectura, estaban siendo abandonados los viejos estilos y actitudes, al tiempo que se adoptaban los recientes. Incluso los nuevos diseños de los kimonos femeninos de seda rivalizaban en aquella floreciente cultura de Azuchi.

Nobunaga pensó que aquél era el Año Nuevo que había esperado, un Año Nuevo para la nación. Ni que decir tiene, construir es más agradable que destruir. Imaginaba que la nueva y dinámica cultura avanzaría como una marea, inundando las provincias occidentales, la capital e incluso el oeste y la isla de Kyushu, sin que hubiera un solo lugar al que no afectara.

Nobunaga estaba absorto en tales pensamientos cuando Sakuma Nobumori, el sol brillando en su espalda, le saludó y entró en la estancia. Al ver a Nobumori, Nobunaga recordó de repente.

—Ah, es cierto. ¿Qué tal fue luego ese asunto? —se apresuró a preguntarle, tendiendo la taza que tenía en la mano al paje que se la ofreció a Nobumori.

Nobumori se llevó la taza a la frente con gesto reverente y, mirando la frente de su señor, replicó:

—¿Qué asunto?

—Te hablé de Shojumaru, ¿no es cierto? El hijo de Kanbei..., el que está en el castillo de Takenaka

Hanbei como rehén.

—Ah, os referís al asunto del rehén.

—Te envié con una orden para que Hanbei cortara la cabeza de Shojumaru y la enviara a Itami, pero luego no ha habido ninguna respuesta aun cuando la cabeza debía de haber sido cortada y enviada. ¿Has oído algo?

—No, mi señor.

Nobumori sacudió la cabeza y, mientras hablaba, parecía recordar su misión del año anterior. Había cumplido con esa misión, pero Shojumaru había sido puesto al cuidado de Takenaka Hanbei en Mino, por lo que era improbable que la ejecución se hubiera llevado a cabo de inmediato. Nobumori repitió el diálogo que habían tenido:

—Si tal es la orden del señor Nobunaga, será cumplida, pero necesitaré algún tiempo más —había dicho Hanbei, aceptando la petición con normalidad, y Nobumori, por supuesto, había comprendido.

—Bien, en todo caso os he dado la orden de Su Señoría —había añadido Nobumori, el cual regresó en seguida para informar a Nobunaga.

Debido tal vez a sus propias responsabilidades, Nobunaga parecía haberse olvidado del asunto, pero lo cierto era que tampoco Nobumori se había vuelto a acordar del destino de Shojumaru, limitándose a suponer que Hanbei informaría directamente a Nobunaga de la ejecución del muchacho.

—¿No habéis oído nada más al respecto por parte de Hideyoshi o Hanbei, mi señor?

—No han dicho una sola palabra de ello.

—Eso es bastante sospechoso.

—¿Estás seguro de que hablaste con Hanbei?

—No tenéis necesidad de preguntarme tal cosa, pero lo cierto es que ese hombre ha mostrado últimamente una pereza extraordinaria —musitó Nobumori, contrariado, y entonces añadió—: Haber considerado esto simplemente como una medida que afecta al hijo de un traidor y no haber cumplido todavía con la importante orden de Vuestra Señoría, sería un delito de desobediencia que no podría pasarse por alto. Cuando regrese al frente, haré un alto en Kyoto e interrogaré a fondo a Hanbei.

—¿Lo harás?

La respuesta de Nobunaga no revelaba demasiado interés.

La severidad de la orden que había dado en aquella ocasión y la manera en que recordaba ahora el asunto reflejaban dos estados de ánimo totalmente dispares. Sin embargo, no le dijo a Nobumori que lo olvidara, pues ello habría significado un desprestigio completo del hombre al que había enviado con la misión.

¿Cómo se lo tomaría Nobumori? Tal vez pensaría que Nobunaga creía que había efectuado su misión de un modo incompetente, pues se apresuró a expresar sus felicitaciones de Año Nuevo, salió del castillo y, camino de regreso al asediado castillo de Itami, se detuvo en el templo Nanzen.

—Sé que el señor Hanbei está confinado debido a su enfermedad, pero vengo con una misión encargada por el señor Nobunaga —dijo al sacerdote que le recibió.

Expresó su solicitud de una entrevista en unos términos muy severos e imperativos. El monje se marchó, regresó poco después y le invitó a seguirle.

Nobumori replicó con un gesto de asentimiento y siguió al religioso. Las puertas correderas de papel del edificio con tejado de paja estaban cerradas, pero una tos incesante, debida probablemente a que

Hanbei había abandonado el lecho de enfermo para recibir a su visitante, llegaba desde el interior. Nobumori aguardó un momento antes de entrar. El aspecto del cielo parecía indicar que pronto nevaría. Aunque aún era mediodía, hacía frío a la sombra de las montañas que rodeaban el templo.

—Pasad —le invitó una voz desde dentro, y un ayudante abrió las puertas correderas que daban acceso a una pequeña sala de recepción. Su enjuto señor estaba sentado en el suelo.

—Sed bienvenido —le saludó Hanbei.

Nobumori entró y dijo sin preámbulo:

—El año pasado os traje la orden de Su Señoría de ejecutar a Kuroda Shojumaru, y esperaba que el asunto se hubiera llevado a cabo sin tardanza. Sin embargo, no ha habido ninguna respuesta positiva desde entonces, e incluso el señor Nobunaga está preocupado. ¿Qué decís al respecto?

—Bien, bien —empezó a decir Hanbei, inclinándose con las manos apoyadas en el suelo y revelando una espalda tan delgada como una tabla—. ¿He causado sin querer la preocupación de Su Señoría debido a mi descuido? Hago cuanto puedo para obedecer la voluntad de Su Señoría en cuanto mi salud mejore.

—¡Cómo! ¿Qué estáis diciendo?

Nobumori estaba perdiendo el dominio de sí mismo. O, mejor dicho, a juzgar por el color de su cara, estaba tan irritado por la respuesta de Hanbei que no podía reprimir su exasperación o soltar la lengua. Hanbei suspiró y observó fríamente la agitación de su visitante.

—Bien, entonces..., ¿no hay algo...? —Aparte de la voz que por fin logró articular, los ojos agitados de Nobumori se trababan con los serenos ojos del enfermo. Tosió sin poder contenerse y preguntó—: ¿No habéis enviado su cabeza a Kanbei, en el castillo de Itami?

—Es tal como decís.

—¿Tal como digo? Ésa es una respuesta muy peculiar. ¿Habéis desobedecido a propósito la orden de Su Señoría?

—No seáis absurdo.

—En ese caso, ¿por qué no habéis matado todavía al muchacho?

—Me fue confiado rigurosamente, y pensé que podría hacerlo en cualquier momento, sin demasiada prisa.

—Es una lenidad excesiva. Este ritmo calmoso tiene un límite, ¿sabéis? No recuerdo haber sido jamás tan inepto en una misión como lo he sido en ésta.

—No habéis cometido error alguno en el desempeño de vuestra misión. Está muy claro que he retrasado a propósito el asunto debido a mis opiniones al respecto.

—¿A propósito?

—Aunque sabía que era un encargo importante, estaba insensatamente preocupado por mi dolencia...

—¿No bastaría con que enviarais un correo con una nota?

—No, es un rehén de otro clan, pero nos ha sido confiado hace años. Las personas que rodean a un niño tan encantador sienten naturalmente simpatía por él y les sería difícil matarle. Temo que si ocurriera lo peor y algún servidor indiscreto enviara la cabeza de otro para que la inspeccione Su Señoría, no tendría ninguna excusa que ofrecerle al señor Nobunaga. Por eso creo que debo ir yo mismo y decapitarle. Es posible que mi estado de salud mejore pronto.

Mientras Hanbei hablaba, se puso a toser de un modo incontenible. Su aplicó un pañuelo de papel a la boca, pero parecía que no iba a poder detenerse.

Un ayudante que estaba cerca se le acercó por detrás y empezó a restregarle la espalda. Nobumori no pudo hacer más que callarse y aguardar hasta que Hanbei se calmara. Pero permanecer allí sentado ante un hombre que trataba de dominar su violento acceso de tos y al que masajeaban su cuerpo enfermo empezó a resultar penoso de por sí.

—¿Por qué no descansáis en vuestra habitación? —Por primera vez Nobumori musitó algo amable, pero en la expresión de su rostro no había el menor atisbo de simpatía—. En cualquier caso, en los próximos días tiene que llevarse a cabo alguna acción como resultado de la orden de Su Señoría. Vuestra negligencia me sorprende, pero no puedo hacer nada más después de lo que os he dicho. Enviaré una carta a Azuchi explicando la situación tal como es. Por muy enfermo que os encontréis, cualquier otro retraso sólo provocará la cólera de Su Señoría. ¡Resulta tedioso, pero tendré que informarle categóricamente de esto!

Haciendo caso omiso de la condición de Hanbei, que seguía atormentado por la tos, Nobumori dijo lo que quería, se despidió y partió. En la terraza se cruzó con una mujer que llevaba una bandeja de la que surgía el fuerte olor de alguna cocción medicinal.

La mujer se apresuró a dejar la bandeja en el suelo e hizo una reverencia al visitante. Nobumori la miró de arriba abajo, desde las manos blancas que tocaban el suelo de madera de la terraza hasta la nuca, y finalmente le dijo:

—Creo que te he visto antes. Ah, sí, es cierto. Fue cuando el señor Hideyoshi me invitó a Nagahama. Recuerdo que estabas esperándole en aquella ocasión.

—Sí. Me han dado permiso para cuidar de mi hermano.

—Así pues, ¿eres la hermana menor de Hanbei?

—Sí, me llamo Oyu.

—Eres Oyu —murmuró con rudeza—. Muy bonita.

Musitando para sus adentros, bajó a la piedra pasadera.

Oyu se limitó a inclinar la cabeza mientras él se marchaba. Oía la tos de su hermano que no cesaba, y parecía más preocupada porque la medicina se enfriaba que por los sentimientos del visitante. Sin embargo, cuando ella creía que se había marchado, Nobumori se volvió y le preguntó:

—¿Ha habido alguna noticia reciente del señor Hideyoshi desde Harima?

—No.

—Vuestro hermano ha sido negligente a propósito con las órdenes del señor Nobunaga, pero estoy seguro de que eso no puede haber sido el resultado de las instrucciones de Hideyoshi, ¿no es cierto? Me temo que nuestro señor podría abrigar alguna duda al respecto. Si Hideyoshi encoleriza al señor Nobunaga, puede encontrarse en serias dificultades. Voy a decir esto una vez más: considero muy conveniente que el hijo de Kuroda Kanbei sea ejecutado de inmediato.

Nobumori echó un vistazo al cielo y se apresuró a marcharse. Los copos de nieve caían oblicuamente, blanqueándolo todo y oscureciendo su figura que se alejaba y el tejado enorme del templo Nanzen.

—¡Mi señora!

La tos había cesado de repente detrás de las puertas correderas, y la agitada voz del servidor se oía ahora en su lugar. Con el corazón golpeándole en el pecho, Oyu abrió las puertas y miró dentro. Hanbei yacía de bruces en el suelo y el pañuelo de papel sobre su boca estaba cubierto de sangre roja y brillante.

# LIBRO SEIS

SÉPTIMO AÑO DE TENSHO  
1579



# Personajes y lugares

Shojumaru, hijo de Kuroda Kanbei

Kumataro, servidor de Takenaka Hanbei

Bessho Nagaharu, señor del castillo de Miki

Goto Motokuni, servidor de alto rango de Bessho

Ikeda Shonyu, servidor de alto rango de Oda

Anayama Baisetsu, servidor de alto rango de Takeda

Nishina Nobumori, hermano de Takeda Katsuyori

Saito Toshimitsu, servidor de alto rango de Akechi

Yusho, pintor

Miki, castillo de Bessho Nagaharu

Nirasaki, nueva capital de Kai

Takato, castillo de Nishina Nobumori

# El deber de un servidor

La campaña de Hideyoshi en las provincias occidentales, la de Mitsuhide en Tamba y el largo asedio del castillo de Itami constituyeron la auténtica obra de Nobunaga. La campaña en las provincias occidentales y el asedio de Itami seguían estancados, y sólo en Tamba se llevaban a cabo algunas pequeñas acciones. A diario llegaba gran número de cartas e informes procedentes de esas tres zonas. Los documentos eran seleccionados por oficiales del estado mayor y secretarios privados, de manera que Nobunaga sólo veía los más importantes.

Uno de tales documentos era una misiva de Sakuma Nobumori. Nobunaga la leyó y la arrojó a un lado con una expresión de disgusto extremo. La persona encargada de recoger las cartas rechazadas era el leal paje de Nobunaga, Ranmaru, el cual, pensando que las órdenes de su señor habían sido desobedecidas, leyó a hurtadillas la misiva. No contenía nada que debiera haber irritado a Nobunaga. Decía así:

He descubierto con sorpresa que Hanbei aún no ha emprendido ninguna acción para cumplir vuestras órdenes. Como mensajero vuestro, le he subrayado el error de su actitud, informándole de que si desobedecía la orden sería acusado de negligencia. Creo que vuestra orden será pronto cumplida. Esto ha sido en extremo molesto para mí, y solicito humildemente vuestra magnanimidad al respecto.

Detrás de las palabras de Nobumori se notaba que, por encima de todo, intentaba justificar sus propias faltas. De hecho, su intención no era realmente más que ésa. Ranmaru no pudo interpretar ningún otro significado de la carta.

La cólera de Nobunaga al leer la misiva y su percepción de que Nobumori había cambiado no se manifestarían hasta más adelante. De momento, cualquiera salvo el mismo Nobunaga habría tenido grandes dificultades para comprender sus verdaderos sentimientos. Los únicos indicios que presagiaban el futuro eran que Nobunaga no parecía irritado por la desobediencia y negligencia de Hanbei, incluso tras haber recibido la carta de Nobumori, y que tras este hecho hizo caso omiso del asunto. Desde luego, el mismo Nobunaga no insistió. No fue Hanbei, sin embargo, sino Oyu y los servidores que cuidaban de él, quienes creyeron que Hanbei debería hacer algo. Al parecer, éste no había decidido aún cómo iba a resolver el problema.

Transcurrió un mes. Los ciruelos florecían junto al portal principal del templo Nanzen y alrededor del refugio de Hanbei. A medida que pasaban los días el sol calentaba más, pero el estado de Hanbei no mejoraba.

No soportaba la suciedad, por lo que cada día barrían su habitación de enfermo, y él se sentaba en la terraza para tomar el sol de las brillantes mañanas.

Su hermana le preparaba té, y el único placer del enfermo era contemplar el vapor que se alzaba del cuenco de té bajo la brillante luz de la mañana.

—Hoy tienes mejor color, hermano —le dijo Oyu jovialmente.

Hanbei se restregó la mejilla con una mano delgada.

—Parece que la primavera también ha llegado para mí —respondió sonriente—. Ah, qué agradable es esto. Durante los dos o tres últimos días me he sentido bastante bien.

Tanto su estado de ánimo como su color habían mejorado notablemente en los últimos días, y Oyu

experimentó un intenso placer al mirarle aquella hermosa mañana, pero de pronto se sintió afligida al recordar las palabras del médico: «Hay pocas esperanzas de recuperación». De todos modos, ella no se abandonaría a ese sentimiento. ¿Cuántos pacientes se habían restablecido después de que sus médicos los hubieran dado por muertos? Se prometió que cuidaría de Hanbei hasta que recobrase la salud. Verle sano era un objetivo que compartía con Hideyoshi, el cual le había escrito el día anterior desde Harima para darle ánimos.

—Si sigues mejorando a este ritmo, podrás levantarte de la cama cuando florezcan los cerezos.

—No he causado más que molestias, Oyu, ¿no es cierto?

—¿Qué tonterías dices ahora?

Hanbei se rió levemente.

—No te he dado antes las gracias porque somos hermanos, pero esta mañana, por alguna razón, siento que debería decir algo. No sé si será porque me siento mucho mejor.

—Me alegra pensar que pueda ser así.

—Ya han pasado diez años desde que abandonamos el monte Bodai.

—El tiempo pasa con rapidez. Cuando miras atrás, te das cuenta de que la vida pasa como un sueño.

—Has estado a mi lado desde entonces..., y yo que sólo soy un ermitaño de montaña... haciéndome la comida por la mañana y la noche, cuidándome, incluso preparándome la medicina.

—No sólo ha sido un corto tiempo. Cuando estábamos allí decías que nunca mejorarías, pero en cuanto tu salud mejoró, te uniste al señor Hideyoshi, luchaste en el río Ane, Nagashino y Echizen... Entonces gozabas de muy buena salud, ¿no es cierto?

—Supongo que tienes razón. Este cuerpo enfermo se ha defendido muy bien.

—Por eso mismo, si te cuidas como es debido, también esta vez mejorarás. Nada deseo tanto como que vuelvas a estar en condiciones.

—No es que quiera morirme.

—¡No vas a morirte!

—Quiero seguir viviendo, quiero vivir para asegurarme de que este mundo violento encuentra de nuevo la paz. Ah, si estuviera sano podría ayudar a mi señor con la plenitud de mis capacidades. —De repente Hanbei bajó la voz—. Pero el hombre no puede controlar la duración de su vida. ¿Qué puedo hacer en estas circunstancias?

Oyu le miró a los ojos y se sintió embargada de dolor. ¿Había algo que su hermano le ocultaba?

La campana del templo Nanzen anunció el mediodía. Aunque el país seguía en un estado de guerra civil, había personas que contemplaban los ciruelos florecidos, y entre las flores caídas se oía la canción de los ruiseñores.

Aquella primavera se consideraba agradable, pero aún era sólo el segundo mes del año. Cuando anocheció y las llamas de las lámparas empezaron a parpadear difundiendo una luz fría, Hanbei fue presa nuevamente de un ataque de tos. Oyu tuvo que levantarse varias veces durante la noche para restregarle la espalda. Había otros servidores en las inmediaciones, pero Hanbei era reacio a que le prodigarán tales cuidados.

—Todos ellos son hombres que cabalgarán conmigo al combate —explicó a su hermana—. No sería correcto pedirles que restrieguen la espalda de un enfermo.

Aquella noche también se levantó para masajear la espalda de su hermano. Al entrar en la cocina

para prepararle la medicina, oyó de repente un ruido al otro lado de la puerta. Parecía como si alguien pasara rozando los viejos bambúes del seto. Oyu aguzó el oído y oyó susurros en el exterior.

—Veo una luz. Espera un momento, debe de haberse levantado alguien.

Las voces se acercaron gradualmente a la casa. Entonces alguien golpeó ligeramente la contraventana.

—¿Quién es? —preguntó Oyu.

—¿Sois vos, señora Oyu? Soy Kumataro de Kurihara. Acabo de volver de Itami.

—¡Es Kumataro! —gritó ella excitada en dirección a Hanbei.

Abrió la puerta corredera de la cocina y vio a tres hombres a la luz de las estrellas.

Kumataro cogió el cubo que Oyu le ofrecía y se dirigió al pozo con sus dos acompañantes.

Oyu se preguntó quiénes serían los otros dos. Kumataro era el servidor que estuvo con ellos cuando era niño en el monte Kurihara. En aquel entonces se llamaba Kokuma, pero ahora era un joven y apuesto samurai. Después de que Kumataro sacara el cubo del pozo y vertiera el agua en el que le había dado Oyu, los otros dos hombres se lavaron las manos y pies cubiertos de barro y limpiaron la sangre de sus mangas.

Hanbei pidió a su hermana que encendiera la lámpara en la pequeña habitación de invitados, a pesar de que era noche cerrada.

Cuando Hanbei le dijo que uno de los hombres que estaban con Kumataro debía de ser Kuroda Kanbei, ella no pudo ocultar su sorpresa. Kuroda era el hombre sobre el que habían corrido tantos rumores: o bien que había estado prisionero en el castillo de Itami desde el año anterior, o que había cambiado de bando y se alojaba en el castillo por su propia voluntad. De ordinario, Hanbei no hablaba en absoluto con sus servidores de asuntos oficiales, y mucho menos de secretos como aquél, por lo que ni siquiera Oyu tenía la menor idea de dónde había ido Kumataro antes del Año Nuevo, o por qué había permanecido ausente tanto tiempo.

—Oyu, por favor, tráeme el manto —dijo Hanbei.

Aunque estaba preocupada por él, Oyu sabía que su hermano insistiría en levantarse de la cama y recibir a los visitantes, por muy enfermo que estuviera. Le puso el manto alrededor de los hombros.

Tras peinarse y enjuagarse la boca, Hanbei fue a la sala de recepción donde Kumataro y los otros dos hombres ya estaban sentados y le esperaban en silencio.

Hanbei respondió al saludo de los recién llegados con honda emoción.

—¡Ah, estás a salvo! —Se sentó y cogió las manos de Kanbei—. Estaba preocupado.

—No te preocupes por mí —respondió Kanbei—. Como ves, estoy muy bien.

—Me alegro de que lo lograras.

—Creo que te he causado inquietud. Te pido disculpas.

—En cualquier caso, el cielo nos ha bendecido reuniéndonos de nuevo. Esto me llena de júbilo.

Pero ¿quién era el otro, el hombre mayor que les había estado observando en silencio, reacio a perturbar la emotiva reunión de los dos amigos? Finalmente Kanbei le pidió que se presentara.

—Creo que no es ésta la primera vez que nos vemos, mi señor. También estoy al servicio del señor Hideyoshi y os he visto desde lejos muchas veces. Soy miembro de la unidad de ninja, que no se mezcla mucho con los demás samurais, por lo que quizá no me recordéis. Soy Watanabe Tenzo, sobrino de Hachisuka Hikoemon. Me alegro de conoceros.

Hanbei se dio una palmada en la rodilla.

—¡Sois Watanabe Tenzo! He oído hablar mucho de vos. Y ahora que lo decís, creo que os he visto antes una o dos veces.

—Encontré a Tenzo por accidente en la prisión del castillo de Itami —dijo Kumataro—. Había penetrado allí con el mismo propósito que yo.

—No sé si ha ocurrido completamente por azar o si ha intervenido la divina providencia —dijo Tenzo sonriente—, pero si hemos conseguido la evasión del señor Kanbei ha sido porque nos encontramos los dos allí. Si cada uno hubiera actuado por su cuenta, probablemente habríamos muerto en el intento.

Tenzo había ido al castillo de Itami porque Hideyoshi también intentaba llevar a cabo el rescate de Kanbei. Primero Hideyoshi había enviado un mensajero para que rogara a Araki Murashige la liberación de Kanbei, y luego envió a un sacerdote budista en el que Murashige tenía fe para que solicitara lo mismo. Había empleado todos los medios a su disposición, pero Murashige se había negado testarudamente a liberar a Kanbei. Como último recurso, Hideyoshi ordenó a Tenzo que sacara a Kanbei de la cárcel.

Tenzo había penetrado en la fortaleza y le había presentado una oportunidad de rescatar a Hanbei. En el castillo tenía lugar alguna clase de celebración, y todos los familiares y servidores de Araki Murashige se encontraban en el salón principal, mientras que los soldados habían sido invitados a sake. Quiso la suerte que la noche fuese oscura, sin luna ni viento. Tenzo supo que era el momento de actuar decisivamente. Tras haber completado su reconocimiento del terreno, estaba examinando la zona bajo la torre del homenaje cuando vio que alguien espiaba el interior de la prisión, alguien que no parecía un guardián. Era evidente que aquel hombre había penetrado en el castillo de la misma manera que él. Fue a su encuentro y el otro se presentó como el servidor de Takenaka Hanbei, Kumataro.

—Soy un agente del señor Hideyoshi —replicó Tenzo.

Con este intercambio, los dos supieron que estaban allí con la misma misión. Actuando juntos, penetraron por la ventana de la prisión y ayudaron a Kanbei a escapar. Ocultos por la oscuridad, pasaron al otro lado de los muros del castillo, embarcaron en un bote que estaba junto a la compuerta del foso y huyeron.

Tras escuchar las circunstancias detalladas de las dificultades que habían tenido, Hanbei se volvió a Kumataro y le dijo:

—Me preocupaba haberte encargado una misión imposible, y comprendía que tus posibilidades de éxito sólo eran de una o dos entre diez. Esto tiene que ser sin duda obra del cielo. Pero ¿qué sucedió luego? ¿Y cómo pudisteis llegar hasta aquí?

Kumataro se arrodilló respetuosamente, al parecer sin el menor orgullo por haber hecho algo digno de alabanza.

—Salir del castillo no resultó difícil. Los verdaderos problemas empezaron después. Las fuerzas de Araki estaban apostadas en empalizadas aquí y allá, de modo que nos vimos rodeados varias veces, y en ocasiones nos vimos separados en medio de las espadas y lanzas del enemigo. Finalmente pudimos abrirnos paso, pero en uno de los encuentros el señor Kanbei sufrió una herida de espada en la rodilla izquierda, lo cual nos impidió ir muy lejos. Al final tuvimos que dormir en un granero. Viajamos de noche y dormimos en santuarios al lado de la carretera. Por fin pudimos llegar a Kyoto.

Kanbei reanudó el relato.

—Si hubiéramos podido refugiarnos entre las tropas de Oda que rodeaban el castillo, nuestra huida habría sido todavía más fácil. Pero, según lo que oí decir en el castillo, Araki Murashige hizo saber que el señor Nobunaga sospechaba mucho de mis acciones. Dijo a la gente que yo debería pasarme a su bando debido a la clase de persona que era Nobunaga, pero esa trapacería sólo me hizo sonreír.

Kanbei forzó una sonrisa triste y Hanbei asintió en silencio.

Cuando finalizaron el relato y las preguntas, el cielo nocturno había empezado a iluminarse con una pálida blancura. Oyu estaba preparando sopa en la cocina.

Los hombres estaban cansados tras haberse pasado toda la noche hablando, y después de terminar su desayuno, todos dormitaron un rato. Al despertarse, reanudaron la conversación.

—Por cierto —le dijo Hanbei a Kanbei—. Sé que es muy precipitado, pero he pensado en partir hoy hacia mi provincia natal de Mino y luego ir a Azuchi para ver al señor Nobunaga. Como le contaré lo que te ha sucedido a Su Señoría, te sugiero que vayas directamente a Harima.

—Por supuesto, no quiero permanecer ocioso un solo día —dijo Kanbei, pero entonces miró dubitativo el semblante de Hanbei—. Todavía estás enfermo... ¿Cómo afectará a tu salud un viaje repentino?

—De todos modos hoy tenía la intención de levantarme. Si permito que mi enfermedad me venza, nunca terminará. Además, desde hace algún tiempo me siento mucho mejor.

—Pero es importante que te cures del todo —replicó Kanbei—. No sé qué clase de asunto te apremia, pero ¿no podrías posponerlo un poco más y seguir aquí tu convalecencia?

—He rogado para mejorar rápidamente con la llegada del Año Nuevo, y me he cuidado bien. Ahora que estoy seguro de que estás sano y salvo, no tengo que preocuparme más por eso. Al mismo tiempo, he cometido una falta por la que debo ser castigado en Azuchi, y hoy es un buen día para levantarme de la cama y despedirme.

—¿Una falta por la que debes ser castigado en Azuchi?

Hanbei le contó a Kanbei por primera vez cómo había desobedecido las órdenes de Nobunaga durante más de un año.

Kanbei se quedó conmocionado. Una cosa era que Nobunaga abrigara dudas sobre él, pero que ordenara la decapitación de Shojumaru era algo que ni podía imaginar.

—¿A eso llegó? —dijo Kanbei en tono quejumbroso.

De repente sintió un frío rencor hacia Nobunaga. Era mucho lo que había arriesgado: fue solo al castillo de Itami, le encarcelaron y se había librado por poco de la muerte..., y al final, ¿para quién trabajaba? Al mismo tiempo, no podía retener las lágrimas por la desmesurada muestra de afecto de Hideyoshi y la amistad de Hanbei.

—Estoy muy agradecido, pero ¿por qué has de hacer esto por mi hijo? Si tal es la situación, yo debería ir a Azuchi y explicarme.

—No, yo he cometido el delito de desobediencia. Lo único que te pido es que te reúnas con el señor Hideyoshi en Harima. Dudo de que vaya a estar mucho más tiempo en el mundo, tanto si me declaran culpable como inocente. Quisiera que te dirijas a Harima lo antes posible.

Hanbei se postró ante su amigo como si le rogara. Tenía la determinación de un hombre enfermo. Más aún, era Hanbei, un hombre que no carecía de madura reflexión y, cuando había hablado, no se retractaba de sus decisiones.

Aquel día los dos amigos se separaron, uno de ellos hacia el este y el otro hacia el oeste. Kanbei, acompañado por Watanabe Tenzo, fue a incorporarse a la campaña en Harima. Hanbei se puso en marcha hacia Mino, sin más compañía que la de Kumataro.

Cuando Oyu despidió a su hermano en el portal del templo Nanzen, tenía lágrimas en los ojos, pues pensaba en la posibilidad de que no regresara jamás. Los sacerdotes intentaron consolarla diciéndole que su aflicción sería tan huidiza como todas las cosas, pero al final casi tuvieron que sostenerla para volver al interior del templo.

Probablemente Hanbei tenía los mismos pensamientos. No, era evidente que sentía una aflicción incluso más profunda. Su cuerpo oscilaba en la silla de montar, a medida que el caballo se aproximaba a una elevación.

De repente Hanbei tiró de las riendas como si acabara de recordar algo.

—Me he olvidado de decir una cosa, Kumataro. Voy a escribirla y quisiera que regreses corriendo y le des la nota a Oyu. —Sacó un trozo de papel, garabateó algo y lo entregó a Kumataro—. Yo seguiré adelante con lentitud para que puedas darme alcance.

Kumataro cogió la nota, hizo una respetuosa reverencia y regresó corriendo al templo.

Mientras contemplaba el templo Nanzen por última vez, Hanbei pensó que había cometido errores. No lamentaba en absoluto el camino que había seguido, pero sí la desdicha de su hermana. Dejó que el caballo caminara a su propio paso.

El camino de un samurai era recto, y desde que Hanbei bajó del monte Kurihara no se había desviado de él. Tampoco tendría ningún remordimiento aunque su vida terminara aquel mismo día. Lo que más le dolía era que Oyu se había convertido en la amante de Hideyoshi, y él, como su hermano, se sentía continuamente censurado por su conciencia. Se dijo que, al fin y al cabo, ella había estado a su lado en el momento crucial de elegir su propio camino. La falta era suya, no de su hermana. En el fondo le preocupaban los muchos años que Oyu tendría por delante después de que él muriese.

Era un infortunio que la felicidad de una mujer no durase siempre toda su vida. Lo que le resultaba a Hanbei especialmente doloroso era la sensación de que había manchado la pura blancura del Camino del Samurai, el camino que se basaba en la muerte. ¿Cuántas veces había refunfuñado para sus adentros sobre esa cuestión, pensando que debería pedir disculpas a Hideyoshi y rogarle que le despidiera, o que debería descargar su angustia hablando con su hermana y pidiéndole que viviera recluida? Pero nunca se le había presentado la línea de acción apropiada.

Había emprendido un viaje del que no regresaría y, naturalmente, le había parecido imprescindible decirle a Oyu algo al respecto. No había podido decírselo en el tierno momento de la despedida, pero ahora quizá podría escribir unos versos que su hermana apreciaría más fácilmente. Cuando Hanbei ya no estuviera en este mundo, ella, con el pretexto de llorarle, podría separarse de la multitud de mujeres que se arracimaban alrededor del dormitorio de Hideyoshi como enredaderas floridas en un portal.

Cuando llegó a su finca de Mino, Hanbei se pasó el día rezando ante la tumba de sus antepasados y luego hizo una breve visita al monte Bodai. No había estado allí en mucho tiempo, pero no cedería a su deseo de quedarse más.

A la mañana siguiente se levantó temprano, se arregló el cabello y preparó agua para un insólito baño.

—Llama a Ito Hanemon —ordenó.

El canto del ruiseñor se oía a menudo en las planicies alrededor del monte Bodai y en los árboles

dentro del recinto del castillo.

—Estoy a vuestro servicio, mi señor.

Con las puertas correderas a sus espaldas, un samurai entrado en años y de aspecto robusto hizo una profunda reverencia. Ito era el guardián de Shojumaru.

—Entra, Hanemon. Eres el único con quien he hablado de esto en detalle, pero por fin ha llegado el día en que Shojumaru debe ir a Azuchi. Partiremos hoy. Sé que es muy repentino, pero te ruego que informes a los ayudantes y que hagas en seguida los preparativos de viaje.

Hanemon comprendía muy bien la aflicción de su señor, y palideció de improviso.

—Entonces la vida de Shojumaru está...

Hanbei se dio cuenta de que el hombre temblaba y le tranquilizó sonriéndole.

—No, no va a ser decapitado. Voy a apaciguar la cólera del señor Nobunaga aunque sea a costa de mi propia vida. En cuanto lo liberaron de Itami, el padre de Shojumaru fue a la campaña de Harima, una declaración sin palabras de su inocencia. Lo único que queda ahora es mi delito por haber hecho caso omiso de las órdenes de mi señor.

Hanemon se retiró en silencio y fue a la habitación de Shojumaru. Al acercarse oyó la alegre voz del niño que estaba tocando un tamboril. El clan Takenaka trataba tan bien a Shojumaru que nadie habría creído que lo habían puesto a su cuidado como un rehén.

Así pues, cuando sus guardianes, que sabían poco de la verdadera situación del niño, supieron que tenían que hacer preparativos de viaje, temieron por la vida de Shojumaru.

Hanemon hizo cuanto pudo por tranquilizarlos.

—No tenéis nada que temer. Si Shojumaru va a Azuchi, tengo fe en el sentido de la justicia del señor Hanbei. Creo que debemos dejarlo todo en sus manos.

Shojumaru no sabía nada de lo que estaba ocurriendo y siguió jugando alegremente, tocando el tambor y bailando. Aunque era un rehén, tenía la fortaleza de su padre y estaba recibiendo el intenso adiestramiento de un samurai. No era en modo alguno un niño tímido.

—¿Qué ha dicho Hanemon? —preguntó Shojumaru, dejando el tambor. Al ver el semblante de su guardián, el niño pareció percatarse de que había ocurrido algo y se inquietó.

—No es nada que deba preocuparte —le dijo uno de los guardianes—, pero tenemos que hacer rápidos preparativos para viajar a Azuchi.

—¿Quién va a ir?

—Tú, Shojumaru.

—¿Yo también voy? ¿A Azuchi?

Los guardianes se volvieron para que no pudiera ver sus lágrimas. En cuanto Shojumaru oyó sus palabras, se puso a brincar y aplaudir.

—¿De veras? ¡Es estupendo! —exclamó, y regresó corriendo a su habitación—. ¡Me voy a Azuchi! ¡Dicen que me voy de viaje con el señor Hanbei! El baile y los toques de tambor han terminado. ¡Que pare todo el mundo! —Entonces preguntó a voz en grito—: ¿Están bien estas ropas?

Ito entró y le dijo:

—Su Señoría te recuerda que debes bañarte y arreglarte el cabello como es debido.

Los guardianes condujeron a Shojumaru al baño, le introdujeron en la bañera y le arreglaron el cabello. Pero cuando empezaron a vestirle para el viaje, vieron que tanto la ropa interior como el kimono



que le habían proporcionado para el viaje eran de la seda blanca más pura..., las ropas de la muerte.

Los ayudantes de Shojumaru pensaron de inmediato que Ito les había mentido para consolarlos y que la cabeza del niño sería cortada delante de Nobunaga. Se echaron a llorar de nuevo, pero Shojumaru no les prestó la menor atención y se puso la prenda superior blanca, un manto de brocado y una falda de seda china. Vestido con prendas tan lujosas y flanqueado por sus dos ayudantes, fue conducido a la habitación de Hanbei.

Shojumaru estaba tan animado que no se fijaba en los rostros llorosos de sus ayudantes.

—¡Bueno, vámonos ya! —instó a Hanbei de nuevo.

Hanbei se levantó por fin y dijo a sus servidores:

—Por favor, después cuidado de todo.

Más tarde, cuando pensó en lo que había dicho, le pareció que todo su propósito estaba resumido en una sola palabra, «después».

\*

\*

\*

Después de la batalla del río Ane, Nobunaga concedió una audiencia a Hanbei. En aquella ocasión le dijo:

—Hideyoshi me ha dicho que te considera no sólo un servidor sino también un maestro. Puedes estar seguro de que también yo te tengo en gran consideración.

En lo sucesivo, tanto si Hanbei solicitaba una audiencia como si iba simplemente de visita a Azuchi, Nobunaga siempre le trataba como si fuese uno de sus servidores directos.

Esta vez Hanbei subió al castillo de Azuchi llevando consigo al hijo de Kanbei, Shojumaru. Debido a su enfermedad, tenía el rostro marcado por la fatiga, pero vestido con sus mejores prendas subió con porte digno cada uno de los escalones hasta la torre donde se hallaba Nobunaga. Su Señoría había recibido la noticia de su llegada la noche anterior, y le estaba esperando.

—Cuánto tiempo sin vernos —dijo jovialmente Nobunaga en cuanto vio a Hanbei—. Me alegro de que hayas venido. Acércate. Tienes permiso para usar un cojín. Dad a Hanbei algo donde sentarse. —Mostrando una simpatía excepcional, siguió dirigiéndose a Hanbei, el cual seguía postrado a cierta distancia, en una actitud de profundo respeto—. ¿Estás ya mejor? Supongo que quedaste exhausto tanto mental como físicamente por la larga campaña de Harima. Según mi médico, sería peligroso enviarte ahora al campo de batalla. Dice que necesitas por lo menos uno o dos años más de completo descanso.

Durante los dos o tres últimos años había sido muy infrecuente que Nobunaga emplease un lenguaje tan amable al hablar con un servidor. En lo más profundo de su ser, Hanbei sentía una desorientación que no era ni dicha ni pesar.

—No merezco tanta simpatía, mi señor. Cuando voy al campo de batalla, caigo enfermo; cuando regreso, no hago más que recibir vuestros amables favores. No soy más que un enfermo que no os ha hecho ningún servicio.

—¡No, no! Voy a tener serias dificultades si no te cuidas. Lo primero en que debemos pensar es no desanimar a Hideyoshi.

—Por favor, no digáis tales cosas, mi señor, pues hacéis que me sonroje —dijo Hanbei—. En principio, la razón por la que me he atrevido a pedir una audiencia era que el año pasado Sakuma

Nobumori me comunicó vuestras órdenes relativas a la ejecución de Shojumaru, pero hasta ahora...

—Espera un momento —le interrumpió Nobunaga. Desvió su atención de Hanbei y miró al muchacho arrodillado a su lado—. ¿Es éste Shojumaru?

—Sí, mi señor.

—Hummm, ya veo. Se parece a su padre, y es un poco diferente de otros niños. Es un jovencito prometedor. Tienes que tratar bien a este muchacho, Hanbei.

—Bien, entonces, ¿qué me decís de enviaros su cabeza?

Hanbei se puso tenso y miró fijamente a Nobunaga. Si éste insistía en decapitar al niño, él estaba resuelto a arriesgar su propia vida amonestando a su señor. Pero desde el mismo principio de la audiencia, Hanbei empezó a comprender que Nobunaga no parecía tener esa intención.

Bajo la franca mirada de Hanbei, Nobunaga se echó a reír de repente y habló como si ya no pudiera seguir ocultando su propia necesidad.

—Olvida todo eso. Yo mismo lamenté esa orden casi en cuanto la di. Por alguna razón soy una persona muy suspicaz, y eso ha sido desagradable tanto para Hideyoshi como para Kanbei. Pero el prudente Hanbei incumplió mis órdenes y no mató al niño. De hecho, cuando supe cómo habías llevado este asunto, me sentí aliviado. ¿Cómo voy a culparte? La culpa es mía. Perdóname, no fue una decisión muy acertada.

Nobunaga no inclinó la cabeza ni hizo una reverencia hasta el suelo, pero pareció como si quisiera cambiar de tema cuanto antes.

Hanbei, empero, no se contentó tan fácilmente con el perdón de Nobunaga. Éste le había dicho que olvidara el asunto, que lo dejara flotar corriente abajo, pero la expresión de Hanbei no reflejaba la menor alegría.

—Mi desobediencia de vuestra orden puede afectar a vuestra autoridad en el futuro. Si habéis perdonado la vida de Shojumaru por la inocencia y el mérito de Kanbei, permitid que este joven demuestre que es digno de vuestra misericordia. Por otro lado, no podríais hacerme mejor favor, mi señor, que ordenarme hacer algún acto meritorio para expiar el delito de haber desobedecido vuestra orden.

Hanbei habló como si estuviera abriendo su corazón, postrándose una vez más y esperando la benevolencia de Nobunaga. Eso era lo que Su Señoría había esperado desde el principio.

Cuando Hanbei recibió una vez más el perdón de su señor, le susurró a Shojumaru que diera las gracias cortésmente a Nobunaga. Entonces se volvió de nuevo a éste.

—Es posible que sea la última vez que nos vemos en esta vida. Ruego para que la fortuna os sea todavía más propicia en el desarrollo de la guerra.

Nobunaga acudió a Hanbei para que le explicara lo que quería decir.

—Eso que acabas de decirme es extraño, ¿no crees? ¿Significa que vas a desobedecerme una vez más?

—Nunca. —Hanbei sacudió la cabeza mientras miraba a Shojumaru—. Os ruego que observéis cómo viste este niño. Se marcha de aquí para luchar en la campaña de Harima al lado de Kanbei; está resuelto a distinguirse no menos que su padre, gallardamente dispuesto a ponerlo todo en manos del destino.

—¿Cómo? ¿Quiere ir al campo de batalla?

—Kanbei es un guerrero famoso y Shojumaru es su hijo. Os pido que le animéis en su primera

campaña. Sería una gran bendición si le dijerais que se esfuerce de una manera viril.

—Pero ¿qué me dices de ti?

—Estoy enfermo y dudo de que pueda ser de gran ayuda a nuestros hombres, pero creo que es el momento apropiado para que acompañe a Shojumaru a la campaña.

—¿Estás bien para eso? ¿Y tu salud?

—He nacido samurai, y morir apaciblemente en mi lecho sería mortificante. Cuando es el momento de morir, uno no puede actuar de otra manera.

—En ese caso, ve con mi bendición, y también deseo a Shojumaru buena suerte en su primera campaña.

Con una mirada, Nobunaga indicó al muchacho que se acercara y le dio una espada corta forjada por un armero famoso. Entonces ordenó a un servidor que trajera sake, y bebieron juntos.

# El legado de Hanbei

Nadie podría haber predicho que Bessho Nagaharu resistiría tanto tiempo en el castillo de Miki. El asedio se inició tres largos años atrás, y desde hacía más de seis meses el castillo estaba completamente bloqueado por las tropas de Hideyoshi. ¿De qué se alimentaban sus ocupantes? ¿Cómo se las habían arreglado para sobrevivir?

Las tropas de Hideyoshi se sorprendían cada vez que observaban la actividad y oían las recias voces de la guarnición del castillo. ¿Estaba ocurriendo alguna clase de milagro? A veces creían que la supervivencia del enemigo era casi sobrenatural. Las fuerzas atacantes estaban perdiendo la batalla de resistencia. Parecía que por mucho que presionaran, golpearan o asfixiaran al enemigo, éste seguía moviéndose.

Los suministros de alimentos se encontraban interrumpidos y las rutas por donde habría de llegar el agua estaban bloqueadas. A mediados del primer mes la guarnición de tres mil hombres debería estar al borde de la inanición, pero a fines de mes el castillo aún no había caído. Ahora comenzaba el tercer mes.

Hideyoshi observaba el cansancio de sus tropas, pero se obligaba a ocultar su preocupación. La barba rala que le cubría el mentón y sus ojos hundidos eran claros síntomas de la inquietud y la fatiga causados por el largo asedio.

Se daba cuenta de que había calculado mal. Sabía que el enemigo resistiría, pero nunca imaginó que lo hiciera de una manera tan prolongada. Había aprendido la lección de que la guerra no es simplemente una cuestión de número y ventajas logísticas.

La moral de los hombres dentro del castillo se había reforzado y no había el menor atisbo de que pudieran capitular. Por supuesto, no podían disponer de alimento. Los soldados sitiados debían de haberse comido sus vacas y caballos, incluso raíces de árbol y hierba. Todas las cosas que Hideyoshi había pensado que decidirían la caída del castillo sólo estaban reforzando la moral y la unidad de los defensores.

En el quinto mes comenzó la estación lluviosa. Era aquélla una región montañosa de las provincias occidentales, por lo que, aumentando la incomodidad de la lluvia incesante, las carreteras se convirtieron en cascadas y los fosos vacíos rebosaron de agua enfangada. Ahora, cuando los hombres resbalaban en el barro al subir y bajar de la montaña, el asedio, que había parecido tener por fin algún efecto, volvía a estar estancado por el poder de la naturaleza.

Kuroda Kanbei, cuya rodilla, herida durante su huida del castillo de Itami, no se había curado del todo, inspeccionaba las líneas del frente desde una litera. Forzó una sonrisa al pensar que probablemente cojearía el resto de su vida.

Cuando Hanbei presenció los esfuerzos de su amigo, se olvidó de su propio sufrimiento y abordó su ardua tarea. El estado mayor de Hideyoshi era realmente extraño. Ninguno de sus dos generales más importantes, a los que valoraba como un par de joyas brillantes, gozaba de una salud perfecta. Uno era un enfermo crónico y el otro dirigía la lucha desde una litera.

Pero la ayuda considerable que los dos hombres prestaban a Hideyoshi iba más allá de sus recursos. Cada vez que miraba sus patéticas figuras, no podía evitar emocionarse hasta que las lágrimas le asomaban a los ojos. En aquellos momentos su estado mayor era como un solo cuerpo y una sola mente. Nada más que por ello la moral de las tropas no se tambaleaba. Había requerido como mínimo medio

año, pero ahora la resistencia del castillo de Miki empezaba a debilitarse. Si el estado mayor de las tropas atacantes no hubiera tenido aquel centro indestructible, tal vez el castillo de Miki nunca habría caído. Entonces la flota de Mori podría haberse abierto paso entre los sitiadores para llevar provisiones, o sus tropas podrían haber cruzado las montañas, combinadas con los soldados del castillo, y aplastado a los atacantes. En ese caso, el nombre de Hideyoshi podría haber encontrado allí su final. En tales circunstancias, había ocasiones en las que incluso Hideyoshi se sentía aventajado por el rápido ingenio y los recursos de Kanbei y, medio en broma, expresaba su admiración llamándole «ese maldito lisiado». Pero era evidente que en su corazón sentía un profundo respeto por aquel hombre en el que tanto confiaba.

La estación lluviosa había quedado muy atrás, el intenso calor del verano había pasado y la frescura del otoño había llegado con el inicio del octavo mes. La enfermedad de Hanbei empeoró de repente y esta vez parecía que nunca más podría vestir con la armadura su cuerpo enfermo.

«Ah, ¿al final también me abandona el cielo? —se lamentó Hideyoshi—. Hanbei es demasiado joven y está muy dotado para morir. ¿No puede el destino darle más tiempo?»

Se había encerrado en la choza donde yacía Hanbei, y había permanecido día y noche sentado con su amigo enfermo, pero aquella tarde, cuando le reclamaron para ocuparse de otros asuntos importantes, el estado de Hanbei pareció empeorar a cada hora que pasaba. Las fortalezas enemigas de Takano y el monte Hachiman estaban envueltas en la bruma del atardecer. Cuando se aproximaba la noche, los estampidos de las armas de fuego resonaban en las montañas.

«¡Debe de ser otra vez ese maldito lisiado! —pensó Hideyoshi—. No debería adentrarse tanto en las líneas enemigas.»

Hideyoshi estaba preocupado por Kanbei, que había avanzado contra el enemigo pero aún no regresaba. Se aproximaron unas pisadas apresuradas y se detuvieron a su lado. Cuando volvió la cabeza, vio a alguien postrado y con lágrimas en los ojos.

—¿Shojumaru?

Después de que Shojumaru se hubiera unido al campamento en el monte Hirai, había intervenido en la batalla varias veces. En poco tiempo se había transformado en un intrépido adulto. Más o menos una semana atrás, cuando el estado de Hanbei empezó a deteriorarse rápidamente, Hideyoshi ordenó al muchacho que vigilara al enfermo.

—Estoy seguro de que el paciente estará más contento contigo al lado de su cama que con cualquier otro. Me gustaría estar ahí y cuidar yo mismo de él, pero me temo que si se preocupa por las molestias que puede causarme, su estado empeorará.

Para Shojumaru, Hanbei era un maestro y un padre adoptivo. Ahora le cuidaba día y noche sin quitarse la armadura, poniendo toda su energía en la preparación de las medicinas y en ocuparse de sus necesidades. Aquél era el Shojumaru que había entrado corriendo, postrándose lloroso en el suelo. Intuitivamente, Hideyoshi sintió como si le hubieran golpeado en el pecho.

—¿Por qué lloras, Shojumaru? —le reconvino.

—Perdonadme, por favor —dijo el muchacho, enjugándose las lágrimas—. El señor Hanbei está casi demasiado débil para hablar. Es posible que no llegue a medianoche. Si podéis robar unos momentos a la batalla, venid conmigo, os lo ruego.

—¿Está a punto de morir?

—Me..., me temo que sí.

—¿Eso es lo que dice el médico?

—Sí. El señor Hanbei me ha ordenado estrictamente que no hablara, ni con vos ni con nadie más en el campamento, de su estado, pero el médico y los servidores del señor Hanbei han dicho que su partida de este mundo es inminente y que sería mejor que os informara.

Hideyoshi ya estaba resignado.

—¿Te quedarás un rato aquí en mi lugar, Shojumaru? Creo que tu padre se retirará pronto del campo de batalla en Takano.

—¿Mi padre está luchando en Takano?

—Lo dirige todo desde su litera, como de costumbre.

—Entonces ¿no podría ir yo a Takano, dirigir la lucha en lugar de mi padre y decirle que vaya al lado del señor Hanbei?

—¡Bien dicho! Ve, si eres tan valeroso.

—Mientras el señor Hanbei respire, mi padre querrá estar con él. Y aunque él no lo diga, estoy seguro de que el señor Hanbei también quiere ver a mi padre.

Tras estas nobles palabras, Shojumaru cogió una lanza que parecía demasiado larga para él y echó a correr hacia las estribaciones.

Hideyoshi caminó en la dirección contraria, alargando gradualmente sus pasos. La luz de una lámpara se filtraba por los intersticios de una de las chozas. Era allí donde yacía Takenaka Hanbei, y en aquel mismo momento la luna empezó a brillar tenuemente sobre el tejado. El médico enviado por Hideyoshi estaba al lado de la cama, junto con los servidores de Hanbei. La choza era poco más que un vallado de madera, pero sobre las esteras de juncos se extendían blancos cobertores y en un rincón había un biombo.

—¿Me oyes, Hanbei? Soy yo, Hideyoshi. ¿Cómo te encuentras?

Se sentó pausadamente al lado de su amigo, contemplando su rostro enmarcado por la almohada. Tal vez debido a la oscuridad, la cara de Hanbei tenía la luminiscencia de una joya. Uno no podía contemplar su extrema delgadez sin que las lágrimas acudieran a sus ojos. Era una estampa desgarradora para Hideyoshi. Tan sólo mirar al enfermo resultaba doloroso.

—¿Cómo está, doctor?

El médico no podía decir nada. Su silenciosa respuesta significaba que el desenlace sólo era cuestión de tiempo, pero Hideyoshi quería escuchar realmente que podría haber alguna esperanza.

El enfermo hizo un ligero movimiento con la mano. Parecía haber oído la voz de Hideyoshi, y, sin abrir apenas los ojos, intentó decir algo a uno de sus ayudantes, el cual replicó:

—Su Señoría ha tenido la amabilidad de venir a visitaros... para estar a vuestro lado...

Hanbei asintió, pero algo parecía inquietarle. Pareció ordenar al hombre que le ayudara a incorporarse.

—¿Qué os parece? —preguntó un ayudante, mirando al médico. Éste apenas podía responder. Hideyoshi comprendió lo que Hanbei quería.

—¿Qué? ¿Quieres incorporarte? ¿Por qué no sigues tendido?

Le habló en un tono suave, como si estuviera calmando a un niño. Hanbei sacudió ligeramente la cabeza y una vez más reprendió a sus ayudantes. Era incapaz de hablar en voz alta, pero sus ojos hundidos expresaban claramente su deseo. Levantaron poco a poco la mitad superior de aquel cuerpo

delgado como una tabla, pero cuando intentaron ayudarle a sentarse, Hanbei les apartó. Se mordió el labio y poco a poco se levantó de la cama. Aquel acto requería claramente un esfuerzo enorme por parte del enfermo, el cual respiraba ya con dificultad.

Totalmente pasmados por lo que estaban viendo, Hideyoshi, el médico y los servidores de Hanbei sólo pudieron retener el aliento y observar. Finalmente, cuando hubo dado unos pocos pasos, Hanbei se arrodilló formalmente sobre las esteras de juncos. Los ángulos agudos de sus hombros, las rodillas delgadas y las manos cetrinas le daban casi el aspecto de una muchacha. Apretó los labios con fuerza y pareció controlar su respiración. Finalmente hizo una reverencia, inclinándose tanto que pareció como si fuera a romperse.

—Esta noche se aproxima mi despedida. Una vez más debo mostraros mi gratitud por los muchos años en que me habéis dispensado vuestra gran benevolencia. —Hizo una pausa antes de proseguir—. Tanto si las hojas caen como si florecen, viven o mueren, cuando uno reflexiona profundamente en la cuestión se da cuenta de que los colores del otoño y la primavera llenan el universo. El mundo me ha parecido un lugar interesante. Mi señor, he estado unido a vos por el karma y he sido objeto de vuestro amable tratamiento. Cuando miro atrás, mi único pesar al partir es que no os he podido servir de nada.

Sólo le quedaba un hilo de voz, pero fluía suavemente de sus labios. Todos los presentes cambiaron de postura y permanecieron sentados en silencio ante aquel solemne milagro. Hideyoshi, en especial, enderezó la espalda, con la cabeza inclinada y ambas manos en el regazo, escuchando como si no soportara perderse una sola palabra. Pensó que la lámpara pronta a apagarse brilla intensamente poco antes de que la llama se extinga. La vida de Hanbei era ahora así, por un solo momento sublime. Siguió hablando, esforzándose con desesperación por decirle a Hideyoshi sus últimas palabras.

—Todos los acontecimientos..., todos los acontecimientos y cambios que se producirán en el mundo a partir de ahora..., estoy realmente a favor de ellos. Japón se encuentra ahora al borde de un gran cambio. Me gustaría ver qué le sucede a la nación. Eso es lo que anhelo, pero la duración de vida que me ha sido concedida no me permitirá realizar ese deseo.

Sus palabras eran gradualmente más claras, y parecía hablar con las últimas fuerzas que le quedaban. De vez en cuando boqueaba porque le faltaba el aire, pero dominaba la agitación de sus hombros y retenía el aliento para seguir hablando.

—Pero..., mi señor..., ¿no creéis vos mismo que habéis sido elegido para vivir en unos tiempos como éstos? Si os miro con detenimiento, no veo en vos la ambición de llegar a ser el dirigente del país. —Hizo otra pausa y siguió diciendo—: Hasta ahora eso ha sido un aspecto positivo de vuestro carácter. Perdonad que lo mencione, pero cuando erais el portador de sandalias del señor Nobunaga, poníais todo vuestro empeño en cumplir a la perfección los deberes de un portador de sandalias, y cuando alcanzasteis la categoría de samurai, pusisteis todas vuestras capacidades en el desempeño de las tareas de un samurai. Ni una sola vez tuvisteis la ocurrencia de mirar arriba e intentar lanzaros hacia más altura. Lo que más temo ahora es que, fiel a esa mentalidad, completéis vuestra tarea en las provincias occidentales, o cumpláis por entero el encargo del señor Nobunaga, o que os limitéis a someter el castillo de Miki y que, excepto por la profunda atención que prestéis a esas cosas, no penséis en los acontecimientos presentes o en las maneras de distinguiros.

El silencio era tal que parecía como si no hubiera nadie más en la estancia. Hideyoshi le escuchaba con una inmovilidad absoluta, como si no pudiera levantar la cabeza ni hacer el menor movimiento.

—Pero... la gran capacidad que un hombre necesita para obtener el dominio en tiempos como éstos sólo la otorga el cielo. Los señores rivales luchan por la hegemonía, cada uno jactándose de que sólo él será capaz de procurar un nuevo amanecer al mundo caótico y salvar a la gente de su aflicción. Pero Kenshin, que era un hombre tan excelente, ha muerto, lo mismo que Shingen de Kai; el gran Motonari de las provincias occidentales abandonó el mundo tras aconsejar a sus descendientes que protegieran su herencia mediante el conocimiento de sus capacidades. Y por otro lado, tanto los Asai como los Asakura causaron su propia destrucción. ¿Quién va a poner fin a este problema? ¿Quién tiene la fuerza de voluntad" necesaria para crear la cultura de la próxima era y ser aceptado por el pueblo? El número de tales hombres es menor que el de los dedos de una mano.

Hideyoshi alzó de repente la cabeza, y un rayo de luz pareció incidir directamente en él desde los ojos hundidos de Hanbei. Éste se hallaba próximo a su fin, y ni siquiera Hideyoshi podía estar seguro de la duración de su propia vida, pero por un momento los ojos de ambos hombres se trabaron en silencio.

—Sé que probablemente mis palabras os confunden, porque ahora servís al señor Nobunaga. Comprendo vuestros sentimientos, pero es evidente que la Providencia le ha puesto en escena para que lleve a cabo una difícil misión. Ni vos ni el señor Ieyasu tenéis la clase de temple necesario para romper la situación actual ni la fe para elevaros por encima de las muchas dificultades que se han presentado hasta ahora. ¿Quién si no es el señor Nobunaga habría sido capaz de llevar al país tan lejos a través del caos de los tiempos? Pero eso no quiere decir que sus acciones hayan renovado el mundo. El sometimiento de las provincias occidentales, el ataque contra Kyushu y la pacificación de Shikoku no traerán la paz necesariamente a la nación, las cuatro clases de personas no vivirán en paz y armonía, no se establecerá una nueva cultura ni se colocará la piedra angular de la prosperidad para las generaciones futuras.

Hanbei parecía haber reflexionado a fondo en estas cosas, adquiriendo nuevas percepciones gracias a la sabiduría de los clásicos chinos. Había comparado las transiciones de los tiempos modernos con los acontecimientos históricos y analizado las complejas corrientes subterráneas de la situación actual.

Durante sus años de servicio en el estado mayor de Hideyoshi, se había formado una visión general del desarrollo de Japón, manteniendo en secreto sus conclusiones. ¿No era Hideyoshi el «siguiente hombre»? Incluso entre sus servidores, que estaban cerca de él día y noche y que le veían discutir periódicamente con su esposa, regocijarse por cualquier asunto trivial, con aspecto abatido y diciendo necedades, o que comparaban su prestancia con la de los señores de otros clanes y no le encontraban en absoluto superior a ellos, no había uno entre diez que considerase a su señor dotado de un talento natural extraordinario. Pero Hanbei no lamentaba haber servido al lado de aquel hombre o haberle dedicado la mitad de su vida, sino que se alegraba mucho de que el cielo le hubiera unido a semejante señor y sentía que había merecido la pena vivir esa vida hasta el momento mismo de su muerte.

Hanbei pensaba que si aquel señor desempeñaba el papel al que él le creía destinado y llevaba a cabo la gran tarea del futuro, no habría vivido en vano. En el futuro muy probablemente sus propios ideales serían llevados a la práctica de alguna manera gracias a la energía de Hideyoshi. La gente diría de Hanbei que había muerto joven, pero lo había hecho bien.

—No me queda nada más que decir. Por favor, mi señor, cuidaos bien, pensad que sois insustituible y esforzaos todavía más después de que me haya ido.

Cuando Hanbei terminó de hablar, su pecho se desmoronó como un leño podrido. Ya no quedaba



fuerza en las delgadas manos que deberían haberle sostenido. Cayó de bruces en el suelo y un charco de sangre se extendió sobre las esteras como la floración de una peonia roja.

Hideyoshi se abalanzó adelante y sostuvo la cabeza de Hanbei. La sangre, que ahora salía a borbotones, le manchó el regazo y el pecho.

—¡Hanbei! ¡Hanbei! ¿Vas a dejarme solo? ¿Vas a marcharte así? ¿Qué haré sin ti en el campo de batalla de ahora en adelante?

Hideyoshi lloraba copiosamente, sin tener en cuenta su aspecto ni su reputación. La cabeza de Hanbei estaba apoyada en su regazo, el rostro inmóvil y muy blanco.

—No, de ahora en adelante no tendréis que preocuparos por nada.

Los que nacen por la mañana mueren antes del atardecer, y los nacidos al atardecer mueren antes del alba. Tales hechos no son necesariamente reveladores de la visión budista de la impermanencia, por lo que uno podría preguntarse por qué fue en concreto la muerte de Hanbei lo que sumió a Hideyoshi en los abismos de la desesperación. Al fin y al cabo, estaba en un campo de batalla, donde a diario los hombres caían como las hojas otoñales de las ramas. Pero fue tal la extensión de su dolor que quienes le acompañaban estaban pasmados, y cuando por fin se dominó, como un niño después de una rabieta, alzó con cuidado el frío cuerpo de Hanbei y, sin ayuda de nadie, lo depositó sobre las blancas ropas de cama, susurrándole como si aún estuviera vivo.

—Aunque hubieras vivido dos o tres veces la duración de una vida normal, la sublimidad de tus ideas era tal que tus esperanzas sólo se habrían realizado a medias. No querías morir. Yo, en tu lugar, tampoco habría querido, ¿no es cierto, Hanbei? Cómo debes lamentar la cantidad de cosas que has dejado sin hacer. Ah, cuando un genio como el tuyo nace en este mundo y menos de una centésima parte de su pensamiento fructifica, nada más natural que no quiera morir.

¡Cuánto había amado a aquel hombre! Una y otra vez dirigió sus quejas al cadáver de Hanbei. No juntó las manos y recitó una plegaria, pero sus súplicas al muerto fueron interminables.

Kanbei, a quien su hijo había informado del estado de Hanbei, acababa de llegar.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó Kanbei con ansiedad, avanzado con tanta rapidez como le permitía su cojera.

Allí estaba Hideyoshi, con los ojos enrojecidos y sentado al lado de la cama, y allí yacía el cuerpo frío y sin vida de Hanbei. Kanbei emitió un gemido desgarrador y se sentó, como si su cuerpo y su espíritu estuviesen abrumados. Los dos permanecieron en silencio, contemplando el cadáver de Hanbei.

La habitación estaba oscura como una caverna, pero no habían encendido ninguna lámpara. Las blancas ropas de cama sobre las que yacía el muerto semejaban nieve en el fondo de un barranco.

—Kanbei —dijo finalmente Hideyoshi, y por su tono parecía como si el dolor exudara de todo su cuerpo—. Es penoso. Había pensado que sería difícil, pero...

Kanbei, quien también parecía aturdido, no podía responderle gran cosa.

—Ah, no lo entiendo. Hace seis meses estaba bien... y ahora esto. —Tras una pausa siguió hablando como si de improviso hubiera podido dominarse—. Bien, basta ya. ¿Es que todos vais a quedaros sentados y llorando?

»Que alguien encienda una lámpara. Tenemos que limpiar su cuerpo, barrer la habitación y preparar la capilla ardiente. Hay que hacer todo lo necesario para un adecuado funeral en el campo de batalla.

Mientras Kanbei daba órdenes, Hideyoshi desapareció. A la luz oscilante de las lámparas, cuando los

hombres entorpecidos por la emoción se pusieron a trabajar, alguien descubrió una carta que Hanbei había dejado debajo de la almohada. Estaba dirigida a Kanbei y había sido escrita dos días antes.

Enterraron a Hanbei en el monte Hirai. El viento otoñal soplaba tristemente entre las banderas de luto.

Kanbei le mostró a Hideyoshi la última carta de Hanbei. No decía nada de sí mismo, sino que había escrito sobre Hideyoshi y los planes que había pensado para futuras operaciones. Decía entre otras cosas:

Aunque mi cuerpo muera y se reduzca a blancos huesos bajo tierra, si mi señor no olvida mi sinceridad y me recuerda en su corazón aun cuando sea accidentalmente, mi alma alentará en la presente existencia de mi señor y nunca dejará de servirle incluso desde la tumba.

Considerando que su servicio había sido insuficiente pero sin quejarse de su muerte temprana, Hanbei la había esperado plenamente convencido de que serviría a su señor incluso después de que se hubiera convertido en nada más que unos huesos blanquecinos. Ahora, cuando Hideyoshi pensó en los sentimientos más íntimos de Hanbei, lloró sin poder evitarlo. Por mucho que intentara dominar su llanto, no lo conseguía.

Finalmente Kanbei se dirigió a él en tono severo.

—No creo que debáis seguir afligiéndoos así, mi señor. Os ruego que leáis el resto de la carta y penséis a fondo. El señor Hanbei ha dejado por escrito un plan para tomar el castillo de Miki.

Kanbei siempre había mostrado una entrega total a Hideyoshi, pero en aquellas circunstancias su voz revelaba cierta impaciencia por la exhibición abierta que su señor estaba haciendo del lado emocional de su carácter.

En su carta Hanbei había predicho que el castillo de Miki caería al cabo de cien días, pero también advertía que no se lograría la victoria simplemente efectuando un ataque frontal que causaría numerosas bajas entre sus tropas, y trazaba un plan definitivo.

En el castillo de Miki no hay hombre con más discernimiento que el general Goto Motokuni. A mi modo de ver, no es la clase de soldado que no comprende la situación del país y demuestra su tenacidad yendo ciegamente al combate. Antes de esta campaña, hablé con él varias veces en el castillo de Himeji, por lo que podríais decir que existe una ligera amistad entre nosotros. Le he escrito una carta, instándole a explicar las ventajas y desventajas de la situación actual a su señor, Bessho Nagaharu. Si éste comprende todo lo que Goto le dice, será lo bastante inteligente para rendir el castillo y pedir la paz. Mas a fin de llevar este plan a la práctica es esencial juzgar el momento psicológico adecuado. Creo que la mejor época será a fines del otoño, cuando el suelo esté cubierto de hojas muertas y la luna solitaria y fría en el cielo, y los soldados añoren a sus padres, madres, hermanas y hermanos y tengan sentimientos de nostalgia a su pesar. La guarnición del castillo ya está acuciada por el hambre, y cuando noten la proximidad del invierno sin duda se darán cuenta de que la muerte está cerca y sentirán todavía más lástima de sí mismos y aflicción. Lanzar un gran ataque en ese momento no serviría más que para proporcionarles un buen lugar donde morir y compañeros de viaje para su escalada de la montaña de la muerte. Pero si en ese momento posponéis el ataque algún tiempo y, tras darles la ocasión de pensar

fríamente, enviáis una carta explicando el asunto al señor Nagaharu y sus servidores, no dudo de que obtendréis resultados este mismo año.

Kanbei vio que Hideyoshi dudaba de que el plan de Hanbei pudiera tener éxito, y entonces expresó su propio parecer.

—Lo cierto es que Hanbei habló dos o tres veces de este plan en vida, pero lo pospuso porque la ocasión no estaba madura. Si mi señor me da su permiso, iré en cualquier momento como enviado y me entrevistaré con Goto en el castillo de Miki.

—No, aguarda —le dijo Hideyoshi, sacudiendo la cabeza—. ¿No fue la primavera pasada cuando usamos este mismo plan, abordando a uno de los generales del castillo a través de las relaciones de los parientes de Asano Yahei? No hubo ninguna respuesta. Más tarde descubrimos que cuando nuestro hombre aconsejó a Bessho Nagaharu que capitulase, los generales y soldados se enfadaron y acabaron con él. El plan que Hanbei nos ha dejado se parece un poco a ése, ¿no es cierto? A fuer de sincero, me parece lo mismo. Si nos equivocamos, sólo lograremos que conozcan nuestra debilidad y no ganaremos nada.

—No, creo que por eso mismo Hanbei ha insistido en la importancia de juzgar el momento correcto, y supongo que ese momento ha llegado.

—¿Crees que es ahora cuando debemos hacerlo?

—Desde luego.

En aquel momento oyeron voces fuera del recinto. Junto con las voces de los generales y soldados a las que estaban acostumbrados, oyeron también una voz femenina. Era la de la hermana de Hanbei, Oyu, la cual, en cuanto recibió la noticia de que su hermano se encontraba en una situación crítica, abandonó Kyoto acompañada tan sólo por algunos ayudantes. Con la intención de ver su cara una vez más cuando aún estaba en este mundo, había ido apresuradamente al monte Hirai, pero a medida que se aproximaba a las líneas del frente, los obstáculos en la carretera habían aumentado, hasta el punto de que llegaba demasiado tarde.

Para Hideyoshi, la mujer que ahora le hacía una reverencia había cambiado por completo. Contempló sus ropas de viaje y su semblante demacrado, y cuando empezó a hablarle Kanbei y los pajes salieron para que estuvieran a solas. Al principio Oyu sólo pudo verter lágrimas, y durante largo tiempo fue incapaz de mirar a Hideyoshi. Durante su ausencia debida a la larga campaña, había anhelado verle, pero ahora que estaba ante él, apenas podía ir a su lado.

—¿Sabes que Hanbei ha muerto?

—Sí.

—Tienes que resignarte. No hemos podido hacer nada.

La entereza de Oyu se deshizo como nieve fundida y los sollozos convulsionaron su cuerpo.

—Deja de llorar; es indecoroso.

Hideyoshi perdió la serenidad y apenas supo lo que debía hacer. Aunque no había nadie más presente, los ayudantes estaban al otro lado del cercado y le cohibía la idea de lo que pudieran oír.

—Vayamos juntos a la tumba de Hanbei —le dijo Hideyoshi, y condujo a Oyu por el sendero de montaña que pasaba detrás del campamento hasta la cima de una pequeña colina.

El frío viento de finales de otoño gemía entre las ramas de un pino solitario, a cuyo pie había un

montículo de tierra fresca. Una sola piedra indicaba que aquello era una tumba. Tiempo atrás, durante las horas de asueto en el largo asedio, Kanbei, Hanbei e Hideyoshi habían extendido una estera de juncos al pie de aquel pino y se habían sentado juntos, charlando del pasado y el presente mientras contemplaban la luna.

Oyu separó los arbustos, buscando unas flores para depositarlas en la tumba. Luego se puso ante el montículo de tierra e hizo una reverencia al lado de Hideyoshi. Ya no lloraba. Allí, en lo alto de la colina, las hierbas y los árboles en el otoño tardío demostraban que semejante condición era un principio natural del universo. El otoño cede el paso al invierno y éste a la primavera... En la naturaleza no hay pesar ni lágrimas.

—Deseo pedirlos algo, mi señor, y quiero hacerlo ante la tumba de mi hermano.

—¿Qué es ello?

—Tal vez lo comprendéis... en vuestro corazón.

—Lo comprendo.

—Quisiera que me dejéis irme libremente. Si me lo concedéis, sé que mi hermano se sentirá aliviado, aunque esté bajo tierra.

—Hanbei murió diciendo que su espíritu me serviría incluso desde la tumba. ¿Cómo puedo volver la espalda a algo que le preocupaba en vida? Debes hacer lo que el corazón te dicte.

—Gracias. Con vuestro permiso, pondré todo mi empeño en honrar su deseo al morir.

—¿Adonde irás?

—A un templo en alguna aldea remota.

Una vez más, las lágrimas afloraron a los ojos de Oyu.

\*

\*

\*

Tras lograr que Hideyoshi le diera permiso para irse, Oyu recibió un mechón de cabello de su hermano y las ropas de éste. Era inapropiado que una mujer permaneciera largo tiempo en un campamento militar, y al día siguiente Oyu se presentó ante Hideyoshi y le dijo que había hecho los preparativos de viaje.

—He venido para despedirme —le dijo—. Cuidaos bien, por favor.

—¿No vas a quedarte dos o tres días más en el campamento? —le preguntó Hideyoshi.

Oyu permaneció unos pocos días en una choza aislada, rogando por el alma de su hermano. Los días transcurrieron sin que Hideyoshi se pusiera en contacto con ella. La helada había cubierto las montañas. Cada vez que llegaban las lluvias a principios del invierno, las hojas caían de los árboles. Entonces, la primera noche en que la luna apareció claramente, un paje visitó a Oyu y le dijo:

—Su Señoría quisiera veros. Ha pedido que hagáis los preparativos para marcharos esta noche y que vayáis a la tumba del señor Hanbei en la montaña.

Oyu tenía poco que preparar para el viaje. Partió hacia la tumba de su hermano con Kumataro y otros dos ayudantes. Los árboles habían perdido sus hojas y la hierba se había marchitado, por lo que la colina tenía un aspecto desolado. El suelo parecía blanco a la luz de la luna, como si estuviera helado.

Uno de los servidores que atendían a Hideyoshi anunció la llegada de Oyu.

—Gracias por venir, Oyu —le dijo dulcemente Hideyoshi—. Los asuntos militares me han tenido tan

ocupado que no he podido visitarte desde la última vez que nos vimos. Estos días hace mucho frío y debes de sentirte solitaria.

—Me he resignado a pasar el resto de mi vida en una aldea aislada, por lo que no siento la soledad.

—Espero que ruegues por el alma de Hanbei. No sé dónde decidirás vivir en lo sucesivo, pero supongo que nos volveremos a ver. —Se volvió hacia la tumba de Hanbei bajo el pino—. Oyu, ahí hay algo preparado para ti. Dudo de que jamás vuelva a escuchar el delicioso sonido de tu koto después de esta noche. Hace mucho tiempo, estuviste con Hanbei en el asedio del castillo de Choteiken en Mino. Entonces tocabas el koto y enterneías a los soldados que se habían vuelto como demonios, los cuales acabaron por rendirse. Creo que si tocaras ahora sería una ofrenda al espíritu de Hanbei y una rememoración para mí. Además, si el viento llevara las notas al castillo, tal vez los soldados enemigos pensarían en su humanidad y serían conscientes de que ahora su muerte carecería de sentido. Eso sería un gran logro y hasta Hanbei se regocijaría.

Entonces la acompañó al pino, donde había un koto sobre una estera de juncos.

\* \* \*

Tras haber resistido un asedio de tres años con todo su valor e integridad, los guerreros de las provincias occidentales, que consideraban a los demás hombres frívolos y vanos, no eran ahora más que sombras de lo que habían sido.

—No me importa morir luchando hoy o mañana —dijo uno de los defensores—. Lo único que no quiero es morirme de hambre.

Habían llegado a tal extremo que morir en combate era la única esperanza que les quedaba. Los defensores tenían aún aspecto humano, pero se habían visto reducidos a succionar los huesos de sus caballos muertos y comer ratones de campo, cortezas de árbol y raíces. Las previsiones para el invierno inminente eran que deberían hervir las esteras de tatami y comerse la arcilla de las paredes. Mientras se consolaban mutuamente, aquellos hombres de ojos hundidos tenían aún el ánimo suficiente para planear la mejor manera de pasar el invierno. Incluso en pequeñas escaramuzas, cuando el enemigo se aproximaba, podían olvidar de repente el hambre y la fatiga y salir a luchar.

Sin embargo, desde hacía más de medio mes las tropas atacantes no se habían acercado al castillo, y este abandono era más amargo para las tropas defensoras que una muerte desesperada. Cuando el sol se puso, todo el castillo quedó sumido en una oscuridad tan profunda, que era como si hubiese caído al fondo de un pantano. No había una sola lámpara encendida, pues todo el aceite de pescado y de colza había sido consumido como alimento. Muchos de los pequeños alcaudones y gorriones que acudían por la mañana y la noche a los árboles dentro del recinto fortificado habían sido cazados para comer, y recientemente los pocos que quedaban habían dejado de acudir al castillo, tal vez conocedores de lo que les aguardaba. Los hombres se habían comido tantos cuervos que ahora pocas veces tenían la oportunidad de capturar uno. En medio de la oscuridad, los centinelas se ponían ojo avizor al oír el ruido de algún animal, tal vez una comadreja, que se escabullía. Sus jugos gástricos empezaban a fluir de un modo automático, y se miraban unos a otros haciendo una mueca.

—Noto el estómago como si fuera un trapo húmedo escurrido.

Aquella noche brillaba una hermosa luna, pero los soldados sólo deseaban poder comérsela. Las

hojas muertas caían en profusión sobre los tejados de la fortaleza y alrededor del portal del castillo. Un soldado mordisqueaba una ávidamente.

—¿Saben bien? —le preguntó otro.

—Mejor que la paja —respondió, y cogió otra hoja.

De repente le entraron arcadas, tosió varias veces y vomitó las hojas que acababa de comerse.

—¡El general Goto! —anunció alguien en aquel momento, y todos se pusieron firmes.

Goto Motokuni, el principal servidor del clan Bessho, se encaminó hacia los soldados desde el oscuro torreón.

—¿Alguna novedad? —les preguntó.

—Ninguna, señor.

—¿De veras? —Goto les mostró una flecha—. En algún momento de esta noche, el enemigo ha lanzado esta flecha al castillo. Tenía atada una carta, pidiéndome que me reúna aquí esta noche con uno de los generales del señor Hideyoshi, Kuroda Kanbei.

—¡Kanbei viene aquí esta noche! Un hombre que traicionó a su señor pasándose a los Oda. No es digno de ser samurai. Cuando se presente, le torturaremos hasta la muerte.

—Es un enviado del señor Hideyoshi, y no sería admisible matar a alguien cuya llegada ha sido anunciada de antemano. Entre guerreros existe el acuerdo de no matar a los mensajeros.

—Eso estaría bien incluso para un general enemigo si fuese otro, pero tratándose de Kanbei, creo que ni siquiera me daría por satisfecho arrancándole la carne de los huesos para comérmela.

—No dejéis que el enemigo vea lo que hay en vuestros corazones. Reíos cuando le saludéis.

Cuando Goto y sus hombres miraban la oscuridad exterior, les pareció oír los sonidos intermitentes de un koto lejano. En aquel momento el castillo de Miki quedó envuelto en un extraño silencio. En una noche cuyo color era el de la tinta china, parecía como si nadie pudiera siquiera respirar mientras las hojas caídas se arremolinaban en el cielo misterioso.

—¿Un koto! —preguntó uno de los soldados, mirando el vacío.

Escucharon casi en éxtasis el nostálgico sonido. Los mismos pensamientos cruzaron por las mentes de los hombres que estaban en la torre de vigilancia, la sala de guardia y todas las secciones de la fortaleza. A pesar de las tormentas de flechas, proyectiles de armas de fuego y gritos de guerra desde el alba al anochecer y desde la oscuridad hasta el alba, los hombres que llevaban tres años en aquel castillo separados del mundo exterior se habían hecho fuertes tenazmente, sin ceder ni retirarse. Ahora el sonido del koto evocaba de súbito en ellos diversos pensamientos.

Mi hogar ancestral,  
¿esperarás  
a un hombre que no sabe  
si esta noche será  
la última para él?

Éste era el poema de muerte que Kikuchi Taketoki, leal general del emperador Godaigo, envió a su esposa cuando estaba rodeado por un ejército rebelde.

Al pensar en su situación personal, algunos hombres recitaron inconscientemente este poema para sus

adentros. Sin duda había soldados que estaban muy lejos de sus hogares y pensaban en sus madres, hijos, hermanos y hermanas de los que no tenían noticias. Tampoco los soldados a quienes nadie esperaba tenían el corazón de piedra, y los sentimientos evocados por el koto influían en su ánimo. Ninguno de ellos podía contener las lágrimas.

En el fondo de su corazón, Goto experimentaba lo mismo que sus hombres, pero al ver las expresiones de los soldados que le rodeaban, se sobrepuso en seguida.

—¿Cómo? ¿Llegan notas de koto desde el campamento enemigo? ¡Qué necios! ¿Para qué tienen ese instrumento? Eso demuestra lo blandos que son en realidad los guerreros enemigos. Probablemente se han cansado de la larga campaña, han atrapado a una joven cantante en algún pueblo y tratan de divertirse. Una mentalidad tan frívola es imperdonable. ¡Los espíritus duros como el acero y la roca de los auténticos guerreros no son tan débiles!

Mientras hablaba, los hombres fueron saliendo de su ensoñación.

—En vez de escuchar tales bufonadas, que cada hombre se mantenga en su puesto. Estos castillos son como un dique que contiene una inundación de agua sucia. El dique es sinuoso y largo, pero si una pequeña parte se desmorona, toda la estructura se vendrá abajo. Cada uno de vosotros debe mantenerse erguido al lado de los demás y no moverse aunque muera. En cuanto al castillo de Miki, si se dijera que alguien abandonó su puesto con el resultado de que todo el castillo se derrumbó, sus antepasados llorarían debajo de la tierra y sus descendientes cargarían con la deshonra de la provincia y serán el hazmerreír de la gente.

Goto instaba así a sus hombres cuando vio que dos o tres soldados corrían hacia el castillo. En seguida le informaron de que el general enemigo cuya visita había sido anunciada estaba en la empalizada al pie de la cuesta.

Habían llevado a Kanbei hasta allí en una litera, una estructura ligera de madera, paja y bambú. No tenía techo y los lados eran bajos. Había aprendido a blandir su espada larga desde la litera cuando luchaba con el enemigo en combate, pero aquella noche había acudido allí como enviado de paz.

Encima de una túnica amarillo claro, Kanbei llevaba una armadura con cordones verde pálido y un manto con bordado de plata sobre fondo blanco. Por suerte era un hombre menudo que no pasaba de cinco pies de altura y era de constitución más ligera que la mayoría, por lo que los portadores podían transportarle cómodamente y él mismo no se sentía apretado.

Pronto se oyeron pisadas al otro lado de la empalizada. Varios soldados del castillo habían bajado corriendo por la cuesta hasta la entrada.

—¡Puedes pasar, enviado! —le anunciaron.

Al mismo tiempo que oía ese grito severo, la puerta de la empalizada se abrió. El recién llegado creyó ver en la oscuridad como a un centenar de soldados allí apiñados. Cada vez que la oleada de hombres se movía, Kanbei veía los destellos de las hojas de sus lanzas.

—Siento molestaros —dijo al hombre que le había gritado—. Estoy cojo, por lo que entraré en una litera. Os ruego que perdonéis mi falta de modales. —Tras esta disculpa, se volvió hacia su hijo, Shojumaru, el único ayudante que le había acompañado, y le ordenó—: Camina delante de mí.

—Sí, señor.

Rodeando la litera de su padre, Shojumaru caminó en línea recta entre las lanzas enemigas.

Los cuatro soldados que llevaban la litera a hombros cruzaron la entrada de la empalizada detrás de

Shojumaru. Cuando vieron lo serenos que parecían el muchacho de trece años y el guerrero cojo al entrar en su campamento, los soldados famélicos y sedientos de sangre apenas se sintieron encolerizados, a pesar de que estaban contemplando al enemigo. Ahora podían comprender que éste libraba su batalla con una determinación y perseverancia iguales a las suyas, y por lo tanto podían simpatizar con los enviados como guerreros. Curiosamente, incluso sintieron cierta compasión hacia ellos.

Tras cruzar la empalizada y el portal del castillo, Kanbei y su hijo no tardaron en llegar a la entrada principal, donde Goto y sus tropas escogidas aguardaban con solemne indiferencia.

Al aproximarse al portal, Kanbei comprendió cómo aquellos hombres habían defendido el castillo, el cual no caería a pesar de la falta de alimentos. Era evidente que resistirían a toda costa. Se dio cuenta de que el valor de los soldados no había disminuido en absoluto, y sintió más todavía el peso de su propia responsabilidad. Este sentimiento se transformó de inmediato en una profunda preocupación por la grave situación a la que se enfrentaba ahora Hideyoshi. Kanbei renovó silenciosamente en su corazón la promesa que había hecho, diciéndose que la misión que le había sido encomendada tenía que llegar como fuese a buen puerto.

Goto y sus hombres se quedaron sorprendidos por el porte del enviado. Aquél era el general de las tropas atacantes, pero, en vez de mirarles con arrogancia, había acudido acompañado tan sólo por un muchacho encantador. Y no sólo eso, sino que cuando Kanbei saludó a Goto, se apresuró a ordenar que bajasen la litera al suelo e, irguiéndose, sonrió a su adversario.

—General Goto, soy Kuroda Kanbei, y vengo como enviado del señor Hideyoshi. Estoy muy agradecido porque todo el mundo ha salido a recibirme.

Kanbei no daba la menor muestra de afectación. Como enviado del enemigo, había causado una impresión excepcionalmente favorable. Esto quizá se debía a que los había abordado con el corazón, dejando de lado la preocupación por la victoria o la derrota, y había actuado de acuerdo con las costumbres y el entendimiento de que tanto él como su enemigo eran samurais. Sin embargo, esto no era motivo suficiente para que el enemigo aceptara el objetivo de su misión: persuadirles de que capitularan. Kanbei habló con Goto en una habitación del castillo a oscuras durante una hora más o menos, y entonces se levantó y dijo:

—Bien, ahora sólo me resta esperar vuestra respuesta.

—Os la daré después de conferenciar con el señor Nagaharu y los demás generales —replicó Goto, levantándose también.

Tal como se había desarrollado la entrevista, parecía que las negociaciones tendrían éxito más allá de las expectativas de Kanbei e Hideyoshi, pero transcurrieron cinco días, siete, diez, y seguía sin haber una respuesta del castillo. Llegó el mes duodécimo y pasó, y los ejércitos enfrentados saludaron el tercer Año Nuevo del asedio. En el campamento de Hideyoshi, por lo menos los hombres tenían pastelillos de arroz y sake, pero no podían olvidar que los hombres del castillo, aunque eran el enemigo, no tenían nada que comer y apenas podían conservar sus frágiles vidas. Desde la visita de Kanbei a fines del undécimo mes, el castillo de Miki se había hundido realmente en la desolación y el silencio. Era evidente que los soldados ni siquiera disponían de balas para disparar contra los atacantes, pero Hideyoshi seguía negándose a llevar a cabo una ofensiva total, diciendo que tal vez el castillo no resistiría mucho más tiempo.

Si el asedio no era más que una competición de resistencia, no podía decirse que la posición actual



de Hideyoshi fuese difícil o desfavorable. Pero lo cierto era que ni el campamento en el monte Hirai ni su posición tenían que ver con su batalla privada. Básicamente estaba golpeando un eslabón en la alianza enemiga constituida por los que se oponían a la supremacía de Nobunaga, y él no era más que uno de los miembros del cuerpo de Nobunaga empeñado en abrir una brecha en la cadena enemiga que le rodeaba. Así pues, poco a poco Nobunaga había empezado a inquietarse por la falta de acción en la prolongada campaña occidental.

Y los enemigos que Hideyoshi tenía en el estado mayor de Nobunaga se preguntaban por qué había elegido a semejante jefe, pues estaba claro que las responsabilidades de Hideyoshi habían sido demasiado grandes para él desde el mismo principio.

Sus rivales citaban como prueba su convencimiento de que, o bien Hideyoshi estaba derrochando recursos militares en una puja por hacerse popular entre la población local, o bien no era muy estricto con respecto a la prohibición de tomar sake en el campamento porque temía granjearse la antipatía de los soldados. Pero al margen de lo que sus rivales desearan poner en duda, resultaba fácil constatar que todos los asuntos de poca monta que no merecía la pena exponer a Nobunaga, se escuchaban en Azuchi y eran considerados material apropiado para la difamación. Pero Hideyoshi nunca prestaba mucha atención a esas habladurías. Era un ser humano, tenía sentimientos normales como todo el mundo y, por supuesto, reparaba en tales cosas, pero no le preocupaban.

—Los asuntos triviales no son más que eso —decía—. Cuando se investiguen quedarán aclarados.

Lo único que le disgustaba era la idea de que, a cada día que pasaba, la coalición contraria a Nobunaga se hacía más fuerte: el poderoso clan Mori estaba levantando sus defensas, haciendo planes con el Honganji, llamando a los lejanos Takeda y Hojo, en el este, e incitando a los clanes en la costa del mar de Japón. Para comprender el poderío de esas fuerzas, basta tener en cuenta que el castillo de Araki Murashige en Itami, que el ejército central sitiaba en aquellos momentos, aún no había caído.

¿De qué dependía Murashige y a qué se aferraban tenazmente los Bessho? No era sólo su fuerza y los muros de sus castillos. ¡Pronto llegaría el ejército de Mori en su ayuda! ¡Pronto Nobunaga sería derrotado! Eso era lo que les daba ánimos. En general, el peor estado de cosas no se encontraba en el enemigo al que Nobunaga se enfrentaba directamente, sino en el enemigo que esperaba en las sombras.

Las dos antiguas fuerzas del Honganji y los Mori eran naturalmente enemigos de Nobunaga, pero quienes luchaban directamente contra la ambición de Nobunaga eran Araki Murashige en Itami y Bessho Nagaharu en el castillo de Miki.

Aquella noche Hideyoshi decidió de improviso que encendieran una hoguera, y estaba manteniendo a raya el frío nocturno cuando se volvió para mirar a los jóvenes pajes libres de cuidados que se acercaban al fuego. Iban semidesnudos pese al frío del primer mes y armaban alboroto sobre algo que parecía divertirles.

—¡Sakichi! ¡Shojumaru! ¿A qué viene tanto jaleo? —les preguntó Hideyoshi, casi envidioso de su alegría.

—No es nada —respondió Shojumaru, que recientemente había sido nombrado paje, y se apresuró a vestirse y ajustarse la armadura.

—Mi señor —dijo Ishida Sakichi—. A Shojumaru le avergüenza hablar de ello porque es repugnante, pero yo os lo diré porque de lo contrario podríais tener sospechas.

—Muy bien. ¿Qué es esa cosa repugnante?

—Nos hemos estado quitando piojos el uno al otro.

—¿Piojos?

—Sí. Al principio alguien descubrió uno en el cuello de mi kimono, luego Toranosuke encontró uno en la manga de Sengoku. Finalmente, cada uno decía que todo el mundo estaba infestado, y en medio de todo eso, cuando vinimos aquí para calentarnos junto al fuego, descubrimos piojos pululando en todas las armaduras. Ahora han empezado a picar, así que vamos a exterminar a todo el ejército enemigo. ¡Vamos a purgar nuestra ropa interior igual que la quema del monte Hiei!

—¿De veras? —Hideyoshi se echó a reír—. Supongo que los piojos también están hartos del asedio a que se les ha sometido en esta larga campaña.

—Pero nuestra situación es diferente de la del castillo de Miki. Los piojos tienen muchas provisiones, por lo que si no los quemamos nunca cederán.

—Basta. También yo empiezo a sentir picor.

—Lleváis diez días sin bañaros, ¿no es cierto, mi señor? ¡Estoy seguro de que tenéis por todas partes enjambres del enemigo que resisten!

—¡Ya es suficiente, Sakichi!

Hideyoshi se abalanzó hacia ellos y sacudió su cuerpo como una prueba más de que no eran los únicos llenos de piojos. Los muchachos se rieron y bailaron a su alrededor.

En aquel momento un soldado se asomó al cercado de donde surgían las voces risueñas y el humo cálido y ondulante.

—¿Está Shojumaru aquí?

—Sí, aquí estoy —dijo Shojumaru.

El soldado era uno de los servidores de su padre.

—Si no estás ocupado con alguna tarea, tu padre quisiera verte.

El muchacho pidió permiso a Hideyoshi. Puesto que la petición no se hacía por el conducto ordinario, Hideyoshi pareció sorprendido, pero se apresuró a dar su consentimiento. Shojumaru echó a correr, acompañado por el servidor de su padre. Había fogatas por doquier y el estado de ánimo en todas las unidades era alegre. Ya habían dado cuenta de los pastelillos de arroz y el sake, pero aún conservaban buena parte del espíritu del Año Nuevo. Aquella noche correspondía al decimoquinto día del primer mes, y el padre de Shojumaru no se encontraba en el campamento. A pesar del frío, estaba sentado en un escabel de campaña colocado en la cima de una colina lejos de los improvisados barracones.

Allí no había refugio alguno contra el viento, que azotaba la carne y casi helaba la sangre, pero Kanbei contemplaba atentamente la oscura extensión, como si fuera la estatua de madera de un guerrero.

—Soy yo, padre.

Kanbei se movió ligeramente cuando Shojumaru se aproximó a él y se arrodilló.

—¿Has recibido el permiso de tu señor para venir?

—Sí, y he venido en seguida.

—Bien, entonces siéntate un momento en mi escabel de campaña.

—Sí, señor.

—Mira el castillo de Miki. No hay estrellas en el cielo ni una sola lámpara encendida en el castillo, por lo que probablemente no puedes ver nada. Pero cuando tus ojos se acostumbren a la oscuridad, la silueta de la fortaleza aparecerá vagamente en ese vacío.

—¿Para esto me habéis llamado, señor?

—Sí —dijo Kanbei, mientras cedía el escabel de campaña a su hijo—. Durante los dos o tres últimos días he estado observando el castillo, y tengo la sensación de que hay movimiento en su interior. No hemos visto ni rastro de humo a lo largo de medio año, pero ahora se eleva un poco, lo cual quizá demuestra que el bosque alrededor del castillo, y lo único que lo separa del exterior, está siendo talado a fin de hacer leña. Si uno escucha con mucha atención por la noche, le parece oír voces, pero sería difícil decir si lloran o ríen. Sea como fuere, lo cierto es que algo insólito ha ocurrido en el castillo durante el Año Nuevo.

—¿De veras lo creéis así?

—En realidad no he visto nada claramente, y si cometiera un error y hablara de esto a la ligera, podría hacer que nuestros hombres se pusieran tensos sin ninguna razón. Ésa sería una grave equivocación por mi parte y crearía un momento de descuido del que el enemigo podría aprovecharse. No, lo único que ocurre es que me he sentado aquí anoche y la noche anterior, intuyendo que algo ocurría. He estado observando no sólo con los ojos de la cara sino también con el ojo de la mente.

—Es una observación difícil.

—Desde luego, pero también podríamos decir que es fácil. Todo lo que hay que hacer es serenar la mente y librarse del engaño. Por eso no puedo decírselo a los demás soldados. Quiero que te sientes aquí un rato en mi lugar.

—Comprendo.

—No te duermas. Estás en medio de un viento helado, pero cuando te acostumbres a él, te entrará sueño.

—Estaré bien.

—Una cosa más. Informa a los demás generales en cuanto tengas el menor atisbo de algo nuevo en el castillo, por ejemplo una fogata. Y si ves soldados que abandonan el castillo por cualquier punto, enciende la mecha de la bengala de señales y luego corre a informar a Su Señoría.

—Sí, señor.

Shojumaru asintió mientras miraba serenamente la bengala clavada en el suelo, delante de él. Era una situación de combate natural, pero su padre no le preguntó una sola vez si la tarea era difícil o penosa ni trató de tranquilizar al muchacho. Sin embargo, Shojumaru comprendía muy bien que su padre siempre le enseñaba el sentido común de la ciencia militar, según el acontecimiento o el momento. Se sentía entusiasmado, a pesar de la seriedad de su padre, y se consideraba afortunado en extremo.

Kanbei empuñó su bastón y fue cojeando hacia los barracones, pero en vez de entrar en el campamento, siguió bajando solo por la ladera, y sus ayudantes le preguntaron nerviosos adonde iba.

—A las estribaciones —se limitó a responder Kanbei, y aunque tenía que apoyarse en el bastón, empezó a brincar casi con ligereza por el sendero de montaña.

Los hombres que le acompañaban, Mori Tahei y Kuriyama Zensuke, se apresuraron a bajar tras él.

—¡Mi señor! —gritó Mori—. ¡Esperad, por favor!

Kanbei se detuvo un momento, volvió la cabeza y les miró.

—¿Sois vosotros dos?

—Me sorprende vuestra rapidez —le dijo Mori, jadeando—. Con esa pierna lesionada, me temo que os hagáis daño.

—Me he acostumbrado a la cojera —replicó Kanbei riendo—. Sólo me caeré si pienso en ello cuando camino. Últimamente me desenvuelvo con bastante naturalidad, pero no quiero exhibirme.

—¿Podrías hacer esto en medio de una batalla?

—Creo que la litera es mejor en el campo de batalla. Incluso en el combate cuerpo a cuerpo, puedo empuñar la espada con ambas manos o arrebatarse la lanza al enemigo y entonces atacarle con ella. Lo único que no puedo hacer en mi estado es correr de un lado a otro. Cuando estoy en lo alto de la litera y contemplo el avance de las tropas enemigas, se apodera de mí una sensación irresistible, como si el enemigo fuera a retirarse nada más oír mi voz.

—Ah, pero eso es ahora peligroso. Todavía hay nieve en las zonas umbrías de estos alrededores, y podrías resbalar fácilmente.

—Por aquí debajo pasa un arroyo, ¿no es cierto?

—¿Queréis que os pase al otro lado? —le preguntó Mori, ofreciéndole su espalda.

Mori vadeó el arroyo con Kanbei encaramado a su espalda. ¿Adonde iban? Los dos servidores aún no lo sabían. Pocas horas antes habían visto un guerrero que bajó de la empalizada al pie de la montaña y entregó a Kanbei algo que parecía una carta, y poco después habían sido llamados bruscamente para que acompañaran a Kanbei a las estribaciones, pero no habían oído nada más.

Cuando hubieron recorrido una distancia considerable, Kuriyama abordó el tema.

—Mi señor, ¿os ha invitado esta noche el comandante del puesto al pie de la colina?

—¿Qué? ¿Crees que me ha llamado para cenar con él? —Kanbei se echó a reír—. ¿Cuánto crees que duran las celebraciones de Año Nuevo? Incluso han terminado las ceremonias del té del señor Hideyoshi.

—Entonces ¿adonde vamos?

—A la empalizada en el río Miki.

—¿La empalizada cerca del río? ¡Es un lugar peligroso!

—Claro que es peligroso, pero el enemigo también lo considera así. Está exactamente en el límite de los dos campamentos.

—¿No creéis que deberíamos ir con más hombres?

—No, no. El enemigo tampoco trae una multitud. Creo que sólo habrá un ayudante y un niño.

—¿Un niño?

—Así es.

—No comprendo.

—Mira, tú ven y no preguntes. No es que no pueda decírtelo, pero de momento será mejor seguir manteniéndolo en secreto. Creo que cuando el castillo haya caído, también informaré de ello al señor Hideyoshi.

—¿El castillo va a caer?

—¿Qué haremos si no cae? Ante todo, el castillo probablemente caerá en los dos o tres próximos días. Incluso es probable que sea mañana.

—¡Mañana!

Los dos servidores miraron fijamente a Kanbei. El reflejo del agua cristalina dotaba al rostro de Kanbei de un pálido brillo blanco. Las cañas secas susurraban en los bajíos. Mori y Kuriyama se detuvieron atemorizados. Habían visto una figura en pie entre las cañas de la otra orilla.

—¿Quién es?

Su siguiente sorpresa fue distinta a la primera. El hombre parecía ser un general enemigo importante, pero su único ayudante llevaba un niño pequeño a la espalda. No había ninguna indicación de que los tres hubieran acudido con intenciones hostiles. Sencillamente parecían estar esperando que se aproximara el grupo de Kanbei.

—Esperad aquí —ordenó Kanbei a sus hombres.

Los dos servidores le obedecieron y se quedaron mirándoles mientras se alejaba.

Cuando Kanbei se acercó, el enemigo que estaba entre las cañas también se adelantó uno o dos pasos. En cuanto se vieron claramente uno a otro, intercambiaron saludos como si fueran viejos amigos. Si alguien hubiera sido testigo de un encuentro secreto en semejante lugar entre enemigos, habría sospechado de inmediato una conspiración, pero los dos parecían totalmente indiferentes a tales preocupaciones.

—El niño a quien con tanto descaro os he pedido que ayudéis está ahí, a hombros de mi ayudante. Cuando caiga el castillo y mañana encuentre mi fin en el campo de batalla, espero que no os riáis de los apasionados sentimientos de un padre. El pequeño es todavía inocente e ingenuo.

Aquél era el general enemigo, el comandante del castillo de Miki, Goto Motokuni. Ahora él y Kanbei hablaban con familiaridad, pues hacía poco, a fines de otoño del año anterior, Kanbei había ido al castillo como enviado de Hideyoshi, aconsejando la capitulación, y en aquel entonces conversaron en unos términos muy amistosos.

—Así pues ¿le habéis traído? Quiero conocerle. Que venga aquí.

Kanbei hizo un suave gesto y el servidor, que estaba detrás de su señor, se movió indeciso, aflojó los cordones que sujetaban el niño a su espalda y lo dejó en el suelo.

—¿Qué edad tiene?

—Sólo siete años.

El servidor debía de haber cuidado del niño durante cierto tiempo. Respondió a Kanbei mientras se enjugaba las lágrimas, hizo una reverencia y se retiró.

—¿Su nombre? —preguntó Kanbei, y esta vez respondió el padre del chiquillo.

—Se llama Iwanosuke. Su madre ya ha fallecido y el padre no tardará en morir. Señor Kanbei, os ruego que veléis por el futuro del niño.

—No os preocupéis. También yo soy padre, comprendo muy bien vuestros sentimientos y me encargaré personalmente de su crianza. Cuando sea adulto, el apellido de la familia Goto no se extinguirá.

—Entonces puedo morir mañana sin pesar. —Goto se arrodilló y estrechó al pequeño contra el peto de su armadura—. Escucha bien lo que tu padre te dice ahora. Ya tienes siete años, y el hijo de un samurai nunca llora. Tu ceremonia de mayoría de edad aún está lejana, y estás en una edad en que te gustaría gozar del cariño de tu madre y permanecer al lado de tu padre. Pero ahora el mundo está lleno de batallas como ésta. No podemos evitar que te separes de mí, y es natural que yo muera con mi señor. Pero no eres realmente tan infortunado. Has tenido la suerte de estar conmigo hasta esta noche, y debes dar gracias a los dioses del cielo y la tierra por esa buena suerte. ¿De acuerdo? Así pues, a partir de esta noche estarás al lado de este hombre, Kuroda Kanbei. Será tu señor y el padre que te criará, de modo que sírvele bien. ¿Me has entendido?

Mientras su padre le hablaba dándole palmaditas en la cabeza, Iwanosuke asentía en silencio una y

otra vez, las lágrimas deslizándose por sus mejillas. Las horas del castillo de Miki estaban ya contadas. Los varios millares de hombres que componían su guarnición habían jurado con toda naturalidad que perecerían con su señor y estaban resueltos a morir valientemente. La voluntad de Goto era inquebrantable, y ahora no vaciló lo más mínimo. Pero tenía un hijo pequeño y no soportaba la idea de ver morir a un niño inocente.

En los días anteriores al encuentro, Goto había enviado una carta a Kanbei, a quien, aunque era su enemigo, consideraba un hombre digno de confianza. En la misiva le abría su corazón, pidiéndole que cuidara de su hijo.

Mientras hablaba a su hijito, sabía que aquél era el fin y no pudo evitar que se le escapara una lágrima. Finalmente se levantó y le ordenó con firmeza que se reuniera con Kanbei, casi como si empujara a la pobre criatura.

—Iwanosuke, también tú debes solicitar el favor del señor Kanbei.

—Podéis estar completamente tranquilo —le aseguró Kanbei al tiempo que cogía la mano del niño, y ordenó a sus servidores que lo llevaran al campamento.

Entonces, por primera vez aquella noche, los servidores de Kanbei comprendieron las intenciones de su señor. Mori subió a Iwanosuke a su espalda y partió con Kuriyama a su lado.

—Bien, ya está —dijo Kanbei.

—Sí, esto es una despedida —replicó Goto.

No era fácil separarse. Kanbei hizo cuanto pudo por endurecer su corazón y marcharse en seguida, pero aunque creía que eso sería lo menos penoso para los dos, titubeaba.

Finalmente Goto se dirigió a él con una sonrisa.

—Señor Kanbei, cuando mañana nos encontremos en el campo de batalla, si nos inmovilizan nuestros sentimientos personales y desaparece el filo de nuestras lanzas, quedaremos deshonorados hasta el fin de los tiempos. Si sucediera lo peor, estoy dispuesto a cortaros la cabeza. ¡No seáis tampoco remiso!

Pronunció estas últimas palabras como un pistoletazo de salida, e inmediatamente dio media vuelta y se alejó en dirección al castillo.

Kanbei regresó en seguida al monte Hirai, se presentó ante Hideyoshi y le mostró al hijo de Goto.

—Críale bien —le dijo Hideyoshi—. Será un acto de caridad. Parece un buen muchacho, ¿verdad?

A Hideyoshi le encantaban los niños, y miró cariñosamente la cara de Iwanosuke mientras le daba palmaditas en la cabeza.

Tal vez Iwanosuke no comprendía aún todo aquello, pues sólo tenía siete años. Hallándose en un campamento extraño con hombres desconocidos, se limitaba a mirar con los ojos muy abiertos cuanto le rodeaba. Muchos años después sería famoso como guerrero del clan Kuroda. Pero en aquellos momentos era un niño solitario, casi como un mono de montaña que se hubiera caído de su árbol.

Finalmente llegó el día: se anunció que el castillo de Miki había caído. Era el día decimoséptimo del primer mes del octavo año de Tensho. Nagaharu, su hermano menor Tomoyuki y sus servidores principales se hicieron el harakiri, el castillo fue abierto y Uno Uemon entregó una carta de rendición a Hideyoshi.

Hemos resistido dos años y hecho cuanto hemos podido como guerreros. Lo único que no podría soportar es la muerte de varios millares de valientes y leales guerreros y los miembros de mi familia. Ruego por

mis servidores y confío en que les mostréis misericordia.

Hideyoshi atendió esta viril solicitud y aceptó la rendición del castillo de Miki.

# Hombres de Dios

Aunque Hideyoshi y Nobunaga se encontraban estacionados a gran distancia uno del otro, el primero consideraba que una de sus responsabilidades militares consistía en enviar noticias a Azuchi con regularidad. De esta manera, Nobunaga estaba al corriente de la situación en el oeste, la dominaba a vista de pájaro, por así decirlo, y se sentía cómodo con la estrategia que se estaba empleando en la campaña.

Tras haberse despedido de Hideyoshi cuando éste partió hacia las provincias occidentales, Nobunaga saludó al Año Nuevo en Azuchi. Era el décimo año de la era Tensho. Aquel Año Nuevo fue incluso más ajetreado que el anterior, y las celebraciones no tuvieron lugar sin contratiempos. He aquí un incidente registrado en Las crónicas de Nobunaga:

Cuando los señores vecinos, parientes y otras personas llegaron a Azuchi para presentar sus respetos a Su Señoría en el Año Nuevo, la aglomeración fue tal que un muro se derrumbó y muchos murieron alcanzados por las piedras desprendidas. La confusión fue inmensa.

—Cobrad a cada visitante que llegue el primer día de Año Nuevo cien *mon*, sea quien fuere —ordenó Nobunaga la víspera de la festividad—. Un «impuesto de visita» no es pedir demasiado a un visitante a cambio del privilegio divino de ser recibido en audiencia por mí para que me exprese sus deseos de Año Nuevo.

Pero eso no fue todo. Como compensación por el «impuesto de visita», Nobunaga también dio permiso para que se abrieran al público determinadas zonas del castillo que normalmente estaban cerradas.

Todas las habitaciones de las posadas de Azuchi habían sido reservadas con mucha antelación por los ansiosos visitantes (señores, mercaderes, intelectuales, médicos, artistas, artesanos y samurais de todas las categorías) que aguardaban con impaciencia la oportunidad de ver el templo Sokenji, cruzar la Puerta Exterior y aproximarse a la Tercera Puerta, desde donde tendrían acceso a los aposentos residenciales y entrarían en el jardín de arena blanca para efectuar allí su salutación.

Los visitantes recorrieron el castillo examinando una habitación tras otra. Admiraron las puertas correderas decoradas por Kano Eitoku, contemplaron con gran interés las esteras del tatami con los bordes de brocado coreano y miraron asombrados las paredes pulimentadas y doradas.

Los guardianes acompañaron a la multitud a través de la puerta del establo, donde inesperadamente vieron cortado su paso por Nobunaga y varios ayudantes.

—¡No olvidéis vuestra contribución! —les gritó Nobunaga—. ¡Cien *mon* cada uno!

Cogía el dinero con sus propias manos y lo arrojaba por encima del hombro.

Rápidamente se formó a sus espaldas un montículo de monedas. Los soldados introdujeron el dinero en sacos que entregaron a los oficiales, los cuales lo distribuyeron entre los pobres de Azuchi. Así, Nobunaga imaginó inocentemente que aquel Año Nuevo no había un solo rostro hambriento en Azuchi.

Cuando habló con el oficial encargado de recaudar el impuesto, quien al principio se había mostrado preocupado por la implicación de Nobunaga en unas acciones tan plebeyas, el oficial se vio obligado a admitir:

—Realmente ha sido una buena idea, mi señor. Las personas que han venido a visitaros tendrán algo



que contar durante el resto de sus vidas, y los pobres que han recibido las «contribuciones» difundirán la noticia. Todo el mundo dice que ésas no son monedas ordinarias, sino que las ha tocado la mano del señor Nobunaga, y por ello gastarlas sería una burla. Dicen que las ahorrarán. Incluso los oficiales están satisfechos. Creo que esta clase de buena obra sería un perfecto precedente para el próximo Año Nuevo y los años venideros.

El oficial se llevó una sorpresa al ver que Nobunaga sacudía fríamente la cabeza, diciéndole:

—No volveré a hacerlo. El hombre al frente del gobierno cometería un error si permitiera que los pobres se acostumbren a la caridad.

\* \* \*

Había transcurrido la mitad del primer mes. Después de que retiraran de sus puertas los adornos de Año Nuevo, los ciudadanos de Azuchi se dieron cuenta de que sucedía algo. Eran muchos los barcos que cargaban en el puerto y zarpaban a diario.

Los barcos, sin excepción, navegaban desde la parte meridional del lago hacia el norte. Por otro lado, millares de sacos de arroz, transportados por las rutas terrestres en serpenteantes procesiones de caballos y carretas, también avanzaban costa arriba hacia el norte.

Como de costumbre, las calles de Azuchi rebosaban de gente, viajeros y diversos señores con sus séquitos. No pasaba un solo día sin que no se viera algún mensajero cabalgando por la carretera, o un enviado por la ruta costera hacia el norte.

—¿No te vienes? —le preguntó jovialmente Nobunaga a Nakagawa Sebei.

—¿Adonde, mi señor?

—¡De caza con los halcones!

—¡Ése es mi deporte favorito! ¿Puedo acompañaros, mi señor?

—Ven tú también, Sansuke.

Nobunaga partió de Azuchi una mañana a comienzos de la primavera. La elección de sus ayudantes había tenido lugar la noche anterior, pero Nakagawa Sebei, quien acababa de llegar al castillo, recibía ahora la invitación y Sansuke, el hijo de Shonyu, también había sido incluido en el grupo.

A Nobunaga le gustaba la equitación, los combates de sumo, la cetrería y la ceremonia del té, pero la caza era desde luego uno de sus pasatiempos preferidos.

Los ojeadores y los arqueros estarían exhaustos al final de la jornada. Tales intereses podrían ser considerados como pasatiempos, pero Nobunaga no hacía nada con poco entusiasmo. Por ejemplo, cuando se organizaban combates de sumo en Azuchi, reunía más de mil quinientos luchadores procedentes de Omi, Kyoto, Naniwa y otras provincias lejanas. Al final, los diversos señores se congregaban para contemplar los combates, formando con sus séquitos grandes muchedumbres, y Nobunaga nunca se cansaba del espectáculo, por muy tarde que se hiciera. Por el contrario, elegía hombres entre sus propios servidores y les ordenaba que subieran a la plataforma para librar un combate tras otro.

Sin embargo, el viaje durante el primer mes del año para cazar con halcón junto al río Echi era muy sencillo. Se trató tan sólo de una excursión y no llegaron a soltarse los halcones. Tras un breve descanso, Nobunaga ordenó que el grupo regresara a Azuchi.

Cuando entraron en la ciudad de Azuchi, Nobunaga tiró de las riendas de su caballo y se volvió hacia un edificio de aspecto extranjero en medio de una arboleda. De una de las ventanas surgía el sonido de un violín. El mandatario desmontó y cruzó la puerta en compañía de varios hombres.

Dos o tres jesuitas salieron corriendo a recibirle, pero Nobunaga se internaba ya a grandes zancadas en la casa.

—¡Vuestra Señoría! —exclamaron los padres, sorprendidos.

Aquella era la escuela construida al lado de la iglesia de la Ascensión. Nobunaga había sido uno de los benefactores de la escuela, pero todo, desde la madera de construcción al mobiliario, había sido donado por señores provinciales que se habían convertido al cristianismo.

—Quisiera ver cómo hacéis las clases —les dijo Nobunaga—. Supongo que los niños están todos aquí.

Al oír lo que Nobunaga deseaba, los padres se quedaron casi extáticos, y comentaron entre ellos el honor que representaba aquella visita. Nobunaga hizo caso omiso de sus palabras y subió rápidamente las escaleras.

Al borde del pánico, uno de los sacerdotes se le adelantó corriendo para informar a los alumnos de la imprevista inspección de un noble visitante.

El sonido del violín cesó de repente y los murmullos fueron silenciados. Nobunaga se detuvo un momento en la plataforma y contempló el aula, pensando en lo rara que era aquella escuela. Los pupitres y asientos eran de diseño extranjero, y encima de cada pupitre había un libro de texto. Como cabía esperar, los alumnos eran hijos de señores provinciales y vasallos, y todos hicieron solemnes reverencias a Nobunaga.

Los niños tenían entre diez y quince años de edad y todos ellos procedían de familias nobles. La escena, imbuida del exotismo de la cultura europea, era como un jardín floral con el que no podría rivalizar ninguna de las escuelas instaladas en los templos de Azuchi.

Pero, al parecer, Nobunaga ya había respondido en su fuero interno a la cuestión de qué clase de escuela, cristiana o budista, ofrecía una mejor educación y, por lo tanto, ni admiraba ni se sentía sorprendido por lo que estaba viendo. Cogió un libro de texto de una de las mesas próximas a él y pasó las páginas en silencio, pero en seguida lo devolvió a su dueño.

—¿Quién estaba tocando el violín hace un momento? —quiso saber.

Uno de los padres se dirigió a los alumnos repitiendo la pregunta de Nobunaga. Éste comprendió en seguida: los maestros habían estado fuera del aula, y los alumnos se habían aprovechado de su ausencia para tocar instrumentos musicales, chismorrear y retozar alegremente.

—Era Jerónimo —dijo el sacerdote.

Todos los alumnos miraron a un muchacho sentado entre ellos. Nobunaga siguió la dirección de sus miradas y sus ojos se posaron en un muchacho de catorce o quince años.

—Sí, ahí está. Era Jerónimo.

Cuando el padre le señaló, el rostro del joven se volvió de un rojo brillante y bajó la vista. Nobunaga no estaba seguro de si le conocía o no.

—¿Quién es este Jerónimo? —inquirió—. ¿De quién es hijo?

El sacerdote se dirigió severamente al muchacho.

—Levántate, Jerónimo, y responde a Su Señoría.

El chico se puso en pie e hizo una reverencia a Nobunaga.

—Era yo quien tocaba el violín hace un momento, mi señor.

Sus palabras eran claras y no había rastro de servilismo en la expresión de sus ojos. Era indudable que se trataba del vástago de una familia samurai.

Nobunaga le miró fijamente a los ojos, pero el chico no desvió la mirada.

—¿Qué era eso que tocabas? Supongo que era música de los bárbaros del sur.

—Sí, señor, era un salmo de David.

El chico parecía regocijado. Hablaba con tal soltura que era como si hubiera estado esperando el día en que pudiera responder a esa pregunta.

—¿Quién te lo enseñó?

—Lo aprendí del padre Valignani.

—Ah, Valignani.

—¿Le conocéis, mi señor? —le preguntó Jerónimo.

—Sí, le conozco. ¿Dónde está ahora?

—En Año Nuevo estaba en Japón, pero es posible que ya haya zarpado de Nagasaki y regresado a la India por Macao. Según una carta de mi primo, su barco tenía que hacerse a la mar el día doce.

—¿Tu primo?

—Se llama Ito Anzio.

—Jamás había oído el nombre de «Anzio». ¿Es que no tiene un nombre japonés?

—Es el sobrino de Ito Yoshimasu. Se llama Yoshikata.

—Ah, ¿de modo que es eso? Un pariente de Ito Yoshimasu, el señor del castillo de Obi. ¿Y tú quién eres?

—Soy el hijo de Yoshimasu.

Nobunaga estaba curiosamente divertido. Mientras miraba al muchacho impertinente y encantador, educado en el jardín floral de la cultura cristiana, evocaba en su mente la figura osada, de rostro bigotudo, de Ito Yoshimasu, su padre. Las ciudades fortificadas a lo largo de la costa de Kyushu, en el Japón occidental, estaban gobernadas por señores como Otomo, Omura, Arima e Ito, y recientemente estaban muy influidas por la cultura europea.

Nobunaga aceptaba con gratitud todo lo que llegaba de Europa: armas de fuego, pólvora, géneros textiles teñidos y tejidos y utensilios de uso doméstico. Sentía un entusiasmo especial por las innovaciones relacionadas con la medicina, la astronomía y la ciencia militar, e incluso las deseaba. Pero había dos cosas que no podía digerir de ninguna manera y las rechazaba por completo: el cristianismo y la educación cristiana. No obstante, si no se hubiera permitido esas dos cosas a los misioneros, éstos no habrían ido al Japón con sus armas, medicinas y otras maravillas.

Nobunaga era consciente de la importancia que tenía la promoción de diferentes culturas, y había autorizado el establecimiento de una iglesia y una escuela en Azuchi, pero ahora que los retoños que había dejado crecer empezaban a echar brotes se sentía preocupado por el futuro de aquellos alumnos. Comprendía que si cometía la imprudencia de ignorar la situación durante largo tiempo, los conflictos serían inevitables.

Nobunaga salió del aula y los sacerdotes le condujeron a una sala de espera bien amueblada, donde descansó en una pintoresca y lujosa silla reservada a los visitantes nobles. Entonces los padres sacaron

el té y el tabaco de su país, que tenían en tan alta estima, y los ofrecieron a su invitado, pero Nobunaga no tocó nada.

—El hijo de Ito Yoshimasu acaba de decirme que Valignani iba a zarpar de Japón este mes. ¿Ha partido ya?

—El padre Valignani acompaña a una misión japonesa —respondió uno de los sacerdotes.

—¿Una misión?

Nobunaga parecía suspicaz. Kyushu todavía no estaba bajo su control, por lo que la amistad y el comercio entre Europa y los señores provinciales de aquella isla le preocupaba en grado sumo.

—El padre Valignani cree que si los hijos de japoneses influyentes no ven con sus propios ojos la civilización europea por lo menos una vez, nunca comenzarán en serio el verdadero comercio y las relaciones diplomáticas. Se ha comunicado con los diversos soberanos de Europa y Su Santidad el Papa y les ha persuadido para que inviten a una misión japonesa. La persona de más edad entre los elegidos para esa misión tiene dieciséis años.

Entonces le dijeron los nombres de los muchachos, casi todos los cuales eran hijos de los grandes clanes de Kyushu.

—Son realmente muy valerosos —comentó Nobunaga.

Se regocijaba de que una misión de jóvenes, el mayor de cuyos miembros sólo contaba dieciséis años, hubiera viajado a la lejana Europa. Por otro lado, se decía para sus adentros que habría sido conveniente entrevistarse con ellos y, como regalo de despedida, hablarles un poco de sus propios valores y su fe.

¿Por qué los reyes europeos y una persona como Valignani querrían con tanto entusiasmo que los hijos de los señores provinciales japoneses visitaran Europa? Nobunaga comprendía sus intenciones, pero no se le escapaban sus motivos ocultos.

—Cuando partió de Kyoto con esta misión, Valignani expresó su pesar... con respecto a vos, señor.

—¿Pesar?

—Lamentaba regresar a Europa sin haberos bautizado.

—¿De veras? ¿Dijo eso? —Nobunaga se echó a reír. Se levantó de la silla y se volvió hacia su ayudante, el cual tenía un halcón posado en el puño—. Nos hemos entretenido demasiado. Vámonos.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando bajaba ya las escaleras a grandes zancadas. Cruzó la puerta y pidió en seguida su caballo. Ito Jerónimo, el alumno que había tocado el violín, y todos los demás estaban alineados en el patio de la escuela para despedirle.

\* \* \*

El castillo de Nirasaki, la nueva capital de Kai, estaba casi terminado y disponía ya de las cocinas y los aposentos de las damas de honor.

A pesar de que había sido el día veinticuatro del duodécimo mes, muy cerca del fin de año, Takeda Katsuyori se había trasladado desde Kofu, la antigua capital provincial de sus antepasados durante generaciones, a la nueva capital. La grandiosidad y la belleza del traslado era aún la comidilla de los campesinos que se desplazaban por la carretera, incluso ahora, durante el Año Nuevo.

Empezando por los palanquines de Katsuyori y su esposa, así como los de las numerosas damas que

los atendían, y continuando por los de sus tía e hija, las literas lacadas de los diversos nobles y damas debieron de contarse por centenares.

Samurais y vasallos, asistentes personales, funcionarios en sus sillas de montar de oro y plata, la taracea de madreperla, el brillo de la laca dorada, los paraguas abiertos, los arqueros con sus arcos y aljabas, el bosque de lanzas de asta roja... en medio de semejante desfile espectacular, lo que más llamaba la atención de todo el mundo eran los estandartes de los Takeda. Trece ideogramas chinos dorados destellaban en un paño rojo al lado de otro estandarte. Dos hileras de caracteres dorados aparecían en el largo estandarte de color azul intenso, y decían:

Rápido como el viento  
Silencioso como un bosque  
Ardiente como el fuego  
Inmóvil como una montaña

Todo el mundo sabía que la caligrafía de este poema era obra de Kaisen, el sacerdote jefe del templo Erin.

—¡Ah, cuán triste es que la misma alma de ese estandarte abandone hoy el castillo de Tsutsujigasaki y se traslade!

Todos los habitantes de la antigua capital parecían entristecidos. Cada vez que el estandarte con las palabras de Sun Tzu y el que tenía los trece caracteres chinos habían sido desplegados y llevados al combate, los valientes soldados habían regresado con ellos. En tales ocasiones, los soldados y los habitantes de la ciudad habían gritado juntos hasta desgañitarse, con expresiones profundamente sentidas de victoria compartida. Tales acontecimientos tuvieron lugar en la época de Shingen, y ahora todo el mundo añoraba aquellos tiempos.

Y aunque el estandarte engalanado con las palabras de Sun Tzu era físicamente el mismo, la gente no podía evitar la sensación de que era diferente en cierto modo del que vieron en el pasado.

Pero cuando las gentes de Kai contemplaron el enorme tesoro y las reservas de municiones que eran trasladadas a la nueva capital, junto con los palanquines y las sillas de montar doradas de todo el clan, así como el sinuoso desfile de carretas tiradas por bueyes que se extendía a lo largo de muchas leguas, estuvieron más tranquilos al comprobar que la suya seguía siendo una provincia potente. Los mismos sentimientos de orgullo que habían experimentado desde la época de Shingen seguían vivos en los soldados e incluso en la población en general.

No mucho después de que Katsuyori se trasladara al castillo en la nueva capital, los ciruelos del jardín mostraban sus flores rojas y blancas. Katsuyori y su tío, Takeda Shoyoken, indiferentes al melodioso piar de las currucas, paseaban por la huerta.

—Ni siquiera ha asistido a las celebraciones de Año Nuevo, diciendo que estaba enfermo —comentó Katsuyori, y preguntó a continuación—: ¿No te ha enviado ninguna noticia, tío?

Se refería a su primo, Anayama Baisetsu, el gobernador del castillo de Ejiri. Situado en la frontera con Suruga, los Takeda lo consideraban una zona estratégica importante hacia el sur. Baisetsu llevaba más de seis meses sin presentar sus respetos a Katsuyori, enviando siempre la excusa de que estaba enfermo, lo cual preocupaba a Katsuyori.

—Lo más probable es que esté realmente enfermo. Baisetsu es sacerdote y un hombre sincero. No creo que finja una enfermedad.

Shoyoken era un hombre de bondad excepcional, por lo que esta respuesta no tranquilizó a Katsuyori.

Los dos hombres quedaron en silencio y continuaron su paseo.

Entre la torre del homenaje y la ciudadela interior había un estrecho barranco con diferentes clases de árboles. Una curruca descendió casi como si se hubiera caído, aleteó y, sorprendida, reanudó el vuelo. Casi al mismo tiempo se oyó una voz repentina procedente de una hilera de ciruelos.

—¿Estáis ahí, mi señor? Tengo importantes noticias.

El rostro del servidor estaba muy pálido.

—Serénate —le reprendió Shoyoken—. Un samurai debe hablar con dominio de sí mismo sobre asuntos importantes.

Shoyoken no sólo disciplinaba al joven sino que también trataba de tranquilizar a su sobrino. Katsuyori era un hombre generalmente muy resuelto, pero ahora había palidecido y no podía ocultar su sorpresa.

—No es una cuestión trivial, mi señor, sino algo muy grave —replicó Genshiro al tiempo que se postraba—. ¡Kiso Yoshimasa de Fukushima nos ha traicionado!

—¿Kiso?

El tono sobresaltado de Shoyoken expresaba duda y rechazo a partes iguales. En cuanto a Katsuyori, probablemente ya había supuesto que iba a producirse el lamentable hecho. Se estaba mordiendo el labio mientras miraba al servidor postrado a sus pies.

El golpeteo en el pecho de Shoyoken no iba a calmarse con facilidad, y su falta de serenidad se reflejaba en su voz temblorosa.

—¡La carta! ¡Veamos la carta!

—El mensajero me ha pedido que le diga al señor Katsuyori que, dada la importancia del asunto, no hay momento que perder —dijo el servidor—, y que debemos esperar una carta del siguiente mensajero.

Caminando a grandes zancadas, Katsuyori pasó por delante del servidor todavía postrado y gritó a Shoyoken:

—No será necesario ver la carta de Goro. Han sido muchas las señales sospechosas por parte de Yoshimasa y Baisetsu en los años recientes. Sé que es muy problemático, tío, pero necesitaré que vuelvas a ponerte al frente de un ejército. Yo también iré.

Antes de que hubieran transcurrido dos horas, en lo alto de la torre del nuevo castillo redobló un gran tambor, y el sonido de la caracola se extendió por la ciudad fortificada, llamando a la movilización. Las flores de ciruelo eran casi blancas cuando la apacible primavera llegaba a su fin en la provincia montañosa. El ejército se puso en marcha antes de que finalizara la jornada. Apresurados por el sol poniente, cinco mil hombres se pusieron en marcha por la carretera de Fukushima, y al anochecer casi diez mil hombres habían salido de Nirasaki.

—¡Bien, esto nos viene de perlas! Así su rebelión está perfectamente clara. De no haber sucedido, quizá nunca habría llegado el momento de atacar al ingrato traidor. Esta vez tendremos que limpiar Fukushima de todos cuantos tengan sus lealtades divididas.

Katsuyori no pudo evitar el resentimiento y masculló para sus adentros mientras avanzaba a caballo por la carretera, pero las voces de indignación de sus acompañantes, los resentidos por la traición de

Kiso, eran pocas.

Como de costumbre, Katsuyori se mostraba confiado. Cuando cortó sus relaciones con los Hojo, abandonó un aliado sin mirar siquiera atrás, pese a la potencia de aquel clan que tanta ayuda le había prestado.

Siguiendo la sugerencia de su entorno, Katsuyori había devuelto a Azuchi al hijo de Nobunaga, que fue rehén de los Takeda durante muchos años, pero su corazón continuaba lleno de desprecio hacia el señor del clan Oda, e incluso más hacia Tokugawa Ieyasu, quien se hallaba en Hamamatsu. Esa actitud agresiva se había iniciado después de la batalla de Nagashino.

No había nada que objetar a su fortaleza de ánimo. Sabía perfectamente lo que quería. Desde luego, la fortaleza de ánimo es una sustancia que llena hasta los bordes el recipiente del corazón, y puede decirse del conjunto de la clase samurai que, durante aquel período de guerras entre provincias, poseía esa clase de espíritu. Pero en la situación en que se encontraba Katsuyori, tenía la necesidad absoluta de mostrar una fortaleza serena que, a primera vista, podría tomarse por debilidad. Una osada exhibición de fuerza no intimidaría al adversario. Por el contrario, no haría más que estimularle. Éste era el motivo de que tanto Nobunaga como Ieyasu hubieran desdeñado durante varios años la virilidad y el valor de Katsuyori.

Y no solamente aquellos hombres, que eran sus enemigos. Incluso en su propia provincia de Kai ciertas voces expresaban el deseo de que Shingen siguiera vivo.

Shingen había insistido en la necesidad de una fuerte administración militar de la provincia, y como había generado en sus servidores y los habitantes de Kai la sensación de que su seguridad sería absoluta mientras él estuviera al frente, dependían por completo de él.

Incluso durante la etapa de gobierno de Katsuyori, el servicio militar, el cobro de impuestos y los demás aspectos de la administración tenían lugar de acuerdo con las leyes de Shingen. Pero faltaba algo.

Katsuyori no sabía qué era ese algo. Por desgracia, ni siquiera se había enterado de que faltaba, pero lo cierto era que ni confiaba personalmente en la armonía ni tenía habilidad para inspirar confianza en su administración. Así pues, el poderoso gobierno de Shingen, falto ahora de esas dos cualidades, empezaba a causar conflictos en el clan.

En la época de Shingen existía un artículo de fe general, compartido por las clases superiores e inferiores y del que estaban muy orgullosos: a ningún enemigo se le había permitido jamás dar un solo paso dentro de los límites de Kai.

Pero ahora los recelos parecían surgir por doquier. Apenas es necesario mencionar lo que era evidente para todo el mundo, que con la gran derrota de Nagashino se había trazado una línea. Ese desastre no sólo había supuesto el fracaso del equipamiento y la estrategia militares de Kai, sino que fue consecuencia de las deficiencias de Katsuyori, y quienes le rodeaban, e incluso la población en general, que le consideraba como su principal apoyo, sentían una profunda decepción al darse cuenta de que Katsuyori no era Shingen.

Aun cuando Kiso Yoshimasa era el yerno de Shingen, maquinaba para traicionar a Katsuyori y no creía que éste pudiera sobrevivir. Estaba empezando a hacer recuento de las perspectivas de Kai en el futuro. Por medio de un intermediario en Mino, hacía ya dos años que estaba secretamente en contacto con Nobunaga.

El ejército de Kai se dividió en varias líneas que se dirigieron hacia Fukushima.

Los soldados marchaban llenos de confianza, y a menudo se oía decir a alguno de ellos cosas como: «Aplastaremos a las fuerzas de Kiso bajo nuestros pies».

Pero a medida que pasaban los días, las noticias transmitidas al cuartel general no hacían sonreír de satisfacción a Takeda Katsuyori. Por el contrario, todos los informes eran inquietantes.

—Kiso se muestra testaruda.

—El terreno es accidentado y tienen buenas defensas, por lo que la vanguardia tardará varios días en llegar.

Cada vez que Katsuyori oía tales cosas, se mordía el labio y musitaba:

—Si fuese allí en persona...

Era propio de su carácter que se enfadara y exasperase cuando una situación bélica iba por mal camino.

Pasó el mes y llegó el cuarto día del segundo mes.

Katsuyori recibió unas noticias terriblemente turbadoras: de repente Nobunaga había dado orden de movilización a las tropas de Oda en Azuchi, y él mismo había partido ya de Omi.

Otro espía trajo más malas noticias:

—Las fuerzas de Tokugawa Ieyasu han salido de Suruga y las de Hojo Ujimasa han abandonado el Kanto. Kanamori Hida ha salido de su castillo. Todos ellos marchan hacia Kai, y se dice que Nobunaga y Nobutada han dividido sus fuerzas y están a punto de invadirnos. He subido a una montaña alta para observar y he visto columnas de humo en todas las direcciones.

Katsuyori sintió como si le hubieran arrojado al suelo.

—¡Nobunaga! ¡Ieyasu! ¿E incluso Hojo Ujimasa?

Según los informes secretos, su situación estaba a punto de ser la misma que la de un ratón en una trampa.

Estaba oscureciendo. Llegaron nuevos informes de que las tropas de Shoyoken habían desertado durante la noche anterior.

—¡Eso no puede ser cierto! —exclamó Katsuyori.

Pero era innegable que tal cosa había sucedido por la noche, y los mensajes urgentes que llegaban uno tras otro constituían una prueba innegable.

—¡Shoyoken! ¿No es mi tío y uno de los ancianos del clan? ¿A qué viene eso de abandonar el campo de batalla y huir sin permiso? Y todos los demás... Hablar de deslealtad e ingratitud tales no hace más que ensuciar la boca.

Katsuyori denostó al cielo y la humanidad, pero debería haberse maldecido a sí mismo. En general no era tan pobre de espíritu, pero ni siquiera un hombre tan valeroso como él podía evitar que semejante giro de los acontecimientos le asustara.

—No hay nada que hacer. Debéis dar la orden de levantar el campamento.

Aconsejado así por Oyamada Nobushige y los demás, Katsuyori se retiró de repente. ¡Cuan afligido debía de sentirse! Aunque los veinte mil soldados con los que contaba al partir no habían intervenido en una sola batalla, los servidores y soldados que regresaban a Nirasaki con él no sumaban más de cuatro mil.

Tal vez con la intención de dar una salida a sentimientos a los que no sabía cómo tratar, ordenó que el monje Kaisen acudiera al castillo. Su mala suerte parecía ir en aumento, pues incluso después de su



regreso a Nirasaki recibió, uno tras otro, informes deprimentes. Tal vez lo peor fue la noticia de que su pariente Anayama Baisetsu le había abandonado y, por si eso fuese poco, no sólo había entregado su castillo de Ejiri al enemigo, sino que sus servicios habían sido requeridos para guiar a Tokugawa Ieyasu. Se decía que ahora estaba en la vanguardia de las tropas que invadían Kai.

Así pues su propio cuñado le había traicionado abiertamente e incluso trataba de destruirle. Esta certeza le obligaba a reflexionar un poco en sí mismo en medio de su desgracia. Se preguntó en qué se había equivocado. Mientras que, por un lado, su valor indomable se había afianzado cada vez más y había ordenado que levantaran más defensas en todas partes, por otro lado, cuando recibió a Kaisen en su nuevo castillo, mostró una disposición a hacer examen de conciencia que, en su caso, era una actitud dócil. Pero probablemente el cambio llegaba demasiado tarde.

—Han pasado diez años desde la muerte de mi padre, y ocho desde la batalla de Nagashino —le dijo al monje, y acto seguido le preguntó—: ¿Por qué los generales de Kai han perdido tan de improviso la fidelidad a sus principios?

Sin embargo, Kaisen permaneció sentado y mirándole en silencio, y Katsuyori siguió diciendo:

—Hace diez años, nuestros generales no eran así. Cada uno de ellos tenía vergüenza y se preocupaba por su reputación. Cuando mi padre estaba en este mundo, los hombres no solían traicionar a su señor, y mucho menos abandonar su propio clan.

Kaisen seguía guardando silencio, con los ojos cerrados. En comparación con el monje, que parecía un montón de cenizas frías, Katsuyori hablaba fogosamente.

—Pero incluso los hombres que estaban preparados para atacar a los traidores se han dispersado sin librar una sola batalla o aguardar las órdenes de su señor. ¿Es semejante conducta digna del clan Takeda y sus generales..., quienes ni siquiera permitieron al gran Uesugi Kenshin dar un solo paso en Kai? ¿Cómo es posible que exista semejante deterioro de la disciplina? ¿Hasta dónde puede llegar su degradación? Muchos de los generales a las órdenes de mi padre, como Baba, Yamagata, Oyamada y Amakasu, o son viejos o han fallecido. Los que quedan son unas personas del todo diferentes, o bien hijos de aquellos generales o bien guerreros que no tuvieron una relación directa con mi padre.

Kaisen no decía nada. El monje había sido más íntimo de Shingen que cualquier otro, y debía de tener más de setenta años. Sus ojos bajo las cejas blancas como la nieve habían observado minuciosamente al heredero de Shingen.

—Venerable maestro, tal vez creáis que es demasiado tarde porque las cosas han llegado a esta situación crítica, pero si mi manera de administrar el gobierno ha sido negligente, os ruego que me lo mostréis. Si mi mando o mi disciplina militar no han sido correctos, decidme alguna forma estricta de ejecución. Estoy deseoso de corregirme. Tengo entendido que le enseñasteis mucho a mi padre, el cual fue amigo vuestro en el Camino. ¿No podríais enseñar también algunas estrategias a su indigno hijo? Os ruego que no seáis cicatero con vuestras enseñanzas. Consideradme como el hijo de Shingen. Os ruego que me digáis sin reservas en qué me he equivocado y cómo puedo corregirme haciendo las cosas de una u otra manera. Dejadme, pues, decirlo. ¿Acaso he ofendido a la gente tras la muerte de mi padre al subir los aranceles en los cruces fluviales y las barreras a fin de reforzar las defensas de la provincia?

—No —respondió Kaisen, sacudiendo la cabeza.

Katsuyori parecía estar todavía más en ascuas.

—Entonces es que he cometido alguna falta en la aplicación de las recompensas y los castigos.

—Ninguna en absoluto —dijo el anciano, sacudiendo de nuevo la cabeza canosa.

Katsuyori se postró, al borde de las lágrimas. Delante de Kaisen, el fiero guerrero que tenía tanto amor propio sólo podía llorar de aflicción.

—No llores, Katsuyori —le dijo finalmente Kaisen—. Desde luego, no eres indigno, y tampoco eres un mal hijo. Tu único error ha sido la falta de conocimiento. Una época cruel te ha obligado a enfrentarte a Oda Nobunaga, de quien, al fin y al cabo, no eres enemigo. Las montañas de Kai están lejos del centro, y Nobunaga cuenta con la ventaja geográfica, pero tampoco es esa una de las grandes causas de tu problema. Aunque Nobunaga ha librado una batalla tras otra y administrado el gobierno, en el fondo nunca ha perdonado al emperador. La construcción del palacio imperial es un solo ejemplo de todo cuanto ha hecho.

Kaisen y Shingen se habían entendido muy bien, y la reverencia del señor de Kai por el viejo abad había sido extraordinariamente profunda. Pero también Kaisen había tenido una fe inquebrantable en aquel hombre, un auténtico dragón entre los hombres, un mítico caballo de fuego de los cielos. No obstante, aunque alabara tanto a Shingen, nunca lo comparaba con su hijo, Katsuyori, o consideraba a éste indigno por contraste.

Por el contrario, sentía simpatía hacia Katsuyori. Si alguien criticaba los errores de éste, Kaisen siempre respondía que era irrazonable esperar más, porque la grandeza de su padre había sido inmensa. Tal vez Kaisen se sentía insatisfecho en un único aspecto: era evidente que si Shingen estuviera todavía vivo, su influencia no se habría restringido a la provincia de Kai y habría empleado su gran habilidad y su genio en algo de mayor importancia. Y ahora Kaisen lamentaba que Shingen no hubiera sobrevivido. El hombre que había percibido algo de mayor importancia era Nobunaga. Era él quien había ampliado el papel provincial del samurai hasta darle importancia nacional. Y era Nobunaga quien se había revelado como un servidor modelo. Las expectativas de Kaisen con respecto a Katsuyori, quien carecía del carácter de su padre, habían desaparecido por completo. El abad percibía claramente que la larga guerra civil había terminado.

Así pues, prestar ayuda a Katsuyori para obligar a las fuerzas de Oda a arrodillarse ante él, o planear alguna solución segura era imposible. El clan Takeda había sido fundado siglos antes, y el nombre de Shingen había brillado con demasiada intensidad en el cielo, lo cual significaba que Katsuyori no iba a suplicar la capitulación a los pies de Nobunaga.

Takeda Katsuyori era un hombre de voluntad fuerte y poseía sentido de la honra. Entre el pueblo llano de la provincia se alzaban voces diciendo que el gobierno estaba en declive desde la época de Shingen, y la recaudación de elevados impuestos se consideraba como una de las principales causas de las quejas, pero Kaisen sabía que Katsuyori no recaudaba impuestos para darse lujos o por orgullo, y que todo el dinero recaudado había sido canalizado hacia los gastos militares. En los últimos años, la táctica y la tecnología militares habían avanzado con rápidos pasos en la capital e incluso en las provincias vecinas. Pero Katsuyori no podía permitirse invertir tanto dinero en nuevas armas como sus rivales.

—Cuidaos, os lo ruego —le dijo Kaisen a Katsuyori cuando se disponía a marcharse.

—¿Ya volvéis al templo? —Eran muchas las preguntas que Katsuyori deseaba hacerle, pero sabía que la respuesta a cualquier cosa que le preguntara sería la misma. Hizo una reverencia apoyando las palmas en el suelo—. Ésta es, quizá, la última vez que nos vemos.

Kaisen aplicó al suelo sus manos, en las que estaba enlazado su rosario budista, y se marchó sin decir

otra palabra.

# La caída de los Takeda

—Pasemos esta primavera en las montañas de Kai —dijo Nobunaga cuando salió de Azuchi al frente de su ejército—. Podemos contemplar las flores de cerezo, recoger algunas y luego hacer una excursión por los alrededores del monte Fuji cuando regresemos.

Esta vez el éxito de la expedición contra Kai parecía asegurado, y la partida del ejército era casi lenta. Hacia el décimo día del segundo mes el ejército había llegado a Shinano y completado la disposición de los hombres en las entradas de Ina, Kiso y Hida. El clan Hojo entraría por el este, mientras que el Tokugawa atacaría desde Suruga.

En comparación con las batallas del río Ane y Nagashino, Nobunaga invadía Kai tan serenamente como si hubiera ido a recoger verduras a una huerta. En medio de la provincia enemiga había fuerzas a las que ya no se consideraba en absoluto enemigas. Tanto Naegi Kyubei, del castillo de Naegi, como Kiso Yoshimasa de Fukushima eran hombres que anhelaban la llegada de Nobunaga, no la de Katsuyori, y las tropas que avanzaron desde Gifu a Iwamura lo hicieron sin encontrar ninguna resistencia. Las diversas fortalezas de los Takeda habían sido abandonadas a los vientos. Cuando amaneció, tanto el castillo de Matsuo como el de Iida no eran más que recintos vacíos.

—Hemos avanzado hasta Ina y apenas hemos encontrado un soldado enemigo que lo defendiera.

Tal fue el informe que Nobunaga recibió en la entrada de Kiso. Allí los soldados también bromeaban entre ellos, diciéndose que su avance era casi demasiado fácil para que fuese satisfactorio. ¿A qué se debía la fragilidad de los Takeda? La causa era complicada, pero la respuesta se podía expresar con sencillez. Esta vez los Takeda serían incapaces de preservar la provincia de Kai.

Todos cuantos se relacionaban con el clan Takeda estaban convencidos de su inevitable derrota. Tal vez algunos incluso habían esperado ese día con ilusión. Pero tradicionalmente los samurais, fuera cual fuese su clan, no mostraban una actitud impropia en tales ocasiones, incluso cuando sabían que la derrota era inevitable.

—Vamos a hacerles saber que estamos aquí —dijo Nishina Nobumori, jefe del castillo de Takato y hermano menor de Katsuyori.

El hijo de Nobunaga, Nobutada, cuyas fuerzas habían entrado a raudales en la región, estimaba que sus perspectivas eran generalmente buenas. Tras escribir una carta, llamó a un fuerte arquero y le pidió que lanzara al castillo una flecha con el mensaje atado al astil. Se trataba, por supuesto, de una invitación a rendirse.

Muy pronto les llegó la respuesta desde el castillo. «He leído detenidamente vuestra carta...» Desde la primera hasta la última línea, la carta había sido escrita en un estilo solemne.

Los hombres de este castillo compensarán algún día los favores del señor Katsuyori con la entrega de sus vidas, y no es probable que ninguno de ellos sea un cobarde. Debéis atacar con vuestros hombres de inmediato. Os demostraremos la templada destreza y el valor que nos han distinguido desde los tiempos del señor Shingen.

Nobumori había respondido con una resolución que casi perfumaba la tinta.

Nobunaga había nombrado a su hijo general, a pesar de que era todavía muy joven.

—Bien, si eso es lo que quieren... —dijo Nobutada, y ordenó el asalto.

Las fuerzas atacantes estaban dispuestas en dos divisiones, y asaltaron el castillo simultáneamente desde la montaña que se alzaba detrás y la zona que conducía al portal principal. Fue una batalla digna de tal nombre. El millar de defensores esperaban morir. Como cabía imaginar, el valor de los guerreros de Kai no había disminuido todavía. Desde comienzos del segundo mes a comienzos del tercero, los muros del castillo de Takato estuvieron empapados por la sangre de los ejércitos atacante y defensor. Tras atravesar las primeras empalizadas, que se alzaban a cincuenta varas del foso, las tropas atacantes llenaron éste de piedras, arbustos, árboles y tierra, y entonces cruzaron con mucha rapidez al pie de los muros.

—¡Venid! —gritaban los hombres desde los baluartes de arcilla y los muros de barro con tejado, mientras arrojaban lanzas, leños y rocas y vertían aceite hirviendo sobre los hombres que estaban debajo.

Los atacantes que habían trepado por el muro cayeron bajo las piedras, leños y rociadas de aceite. Pero por muy lejos que cayeran, su intrepidez aumentaba. Aunque cayeran al suelo, en cuanto recobraban la conciencia se ponían en pie de un salto y trepaban de nuevo.

Los soldados que subían detrás de esos hombres lanzaban gritos de admiración ante el resuelto valor de sus camaradas y trepaban a su vez los muros. No iban a quedar en menos. Mientras trepaban y caían, volvían a trepar y se aferraban a los muros, parecía como si nada pudiera oponerse a su furia. Pero los defensores del castillo no eran en modo alguno inferiores en sus propios esfuerzos aunados y desesperados. Quienes aceptaban el desafío, y a los que era posible atisbar sobre los baluartes de arcilla y los muros de barro con tejado, daban la impresión de que sólo los tenaces guerreros de Kai llenaban el castillo. Pero si las fuerzas atacantes hubieran podido ver la actividad en el interior, habrían sabido que todo el castillo participaba en una lucha patética pero entusiasta. Mientras el castillo sufría el asedio, sus numerosos moradores, viejos, jóvenes e incluso las mujeres embarazadas, trabajaban con desesperación junto con los soldados para contribuir a la defensa. Las mujeres jóvenes llevaban flechas, mientras que los ancianos limpiaban los desechos quemados de los cañones. Atendían a los heridos y cocinaban las comidas de la tropa. Nadie les había ordenado nada, pero trabajaban con un orden perfecto y sin una sola palabra de queja.

—El castillo caerá si les lanzamos todo cuanto tenemos.

Así hablaba Kawajiri, uno de los generales del ejército atacante, quien había ido a ver a Nobutada.

—Hemos tenido demasiados muertos y heridos —replicó Nobutada, el cual había estado reflexionando en el asunto—. ¿Se te ocurre alguna buena idea?

—Me parece que la fortaleza de los soldados del castillo depende de su creencia en que Katsuyori continúa en su nueva capital. Teniendo eso en cuenta, podríamos retirarnos de aquí y atacar Kofu y Nirasaki, mas para ello sería preciso un cambio completo de estrategia. Tal vez lo mejor sería convencer a los defensores de que el castillo de Nirasaki ha caído y Katsuyori ha muerto.

Nobutada se mostró de acuerdo. La mañana del primer día del tercer mes, ataron otro mensaje a una flecha que arrojaron al castillo.

Nobumori se echó a reír al leerlo.

—Esta carta es un engaño tan transparente que podría haberlo escrito un niño, y revela el desaliento que el asedio ha causado al enemigo.

El mensaje decía así:

El día veintiocho del último mes, Kai cayó y el señor Katsuyori se suicidó. En cuanto a los demás miembros del clan, unos se suicidaron con él y otros fueron hechos prisioneros.

Es insensato que este castillo siga demostrando su valor marcial, puesto que no es más que una sola fortaleza en un territorio conquistado. Deberíais rendir el castillo de inmediato y aplicar vuestros esfuerzos al socorro de la provincia.

Oda Nobutada

—Qué bonito. ¿Creen realmente que un truco tan claro y sencillo es propio del arte de la guerra?

Aquella noche Nobumori invitó a beber a sus servidores, y durante la fiesta les mostró la carta.

—Si esto conmueve a alguno de los presentes, puede abandonar el castillo sin vacilación antes del alba.

Tocaron el tambor, entonaron cantos del teatro Noh y pasaron una grata velada. Esa noche también fueron invitadas las esposas de todos los generales, a las que les ofrecieron sake. Todo el mundo comprendió en seguida cuáles eran las intenciones de Nobumori. A la mañana siguiente, tal como habían esperado, su jefe empuñó una gran alabarda para usarla como bastón, se ató una sandalia de paja en el pie izquierdo hinchado, que había resultado herido en la batalla para conquistar el castillo, y cruzó el portal cojeando.

Ordenó que los defensores se reunieran, subió al interior de la torre con tejado alzada sobre el portal y examinó sus fuerzas. Tenía menos de un millar de soldados, excluidos los muy jóvenes, los ancianos y las mujeres, pero no había ni uno menos que la noche anterior. Mantuvo la cabeza inclinada durante un rato, como si orase en silencio. De hecho, estaba rezando al alma de su padre, Shingen, diciéndole: «¡Mira! ¡Todavía tenemos en Kai hombres así!». Finalmente alzó la vista. Desde donde se encontraba, podía ver a todo su ejército.

Nobumori no tenía el rostro carnoso y las facciones vulgares de su hermano. Como durante cierto tiempo se había contentado con la sencillez de la vida rural, desconocía por completo las comidas extravagantes y los lujos. La naturaleza le había dotado con las facciones de un joven halcón criado bajo los vientos silbantes que barrían las montañas y llanuras de Kai. A los treinta y tres años de edad se parecía a su padre, Shingen, con el cabello espeso, las cejas pobladas y la boca ancha.

—Bien, había creído que hoy llovería, pero hace un tiempo espléndido. La blancura de las flores de cerezo cubre las montañas lejanas y la estación nos proporciona un hermoso día para morir. Desde luego no vamos a perder nuestras reputaciones confiando en la promesa de recompensas materiales. Como habéis visto, me hirieron en la lucha hace un par de días. Debido a lo limitado de mi movilidad, me quedaré aquí observando cómo libráis vuestra última batalla mientras espero tranquilamente al enemigo. Entonces podré terminar peleando a gusto. ¡Así que salid! ¡Abríos paso a la fuerza por las puertas delantera y trasera y mostradles valerosamente cómo caen las flores de cerezo de la montaña!

Los gritos de los feroces guerreros, proclamando que harían exactamente lo que su señor les ordenaba, eran como un torbellino. Todos ellos miraban a Nobumori, de pie en lo alto del portal, y durante un rato se oyó la misma proclamación una y otra vez:

—Ésta es nuestra despedida.

No era una cuestión de vida o muerte, sino una carrera desesperada hacia la muerte. Los hombres abrieron con gesto desafiante las puertas delantera y trasera desde el interior del castillo, y un millar de

guerreros salieron en tropel, lanzando ensordecedores gritos de guerra.

Las tropas atacantes fueron derrotadas. Por un momento la confusión fue tal que incluso el cuartel general de Nobutada estuvo amenazado.

—¡Atrás! ¡Reagrupaos!

El jefe de las fuerzas defensoras esperó el momento apropiado y ordenó la retirada al interior del castillo.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Los hombres se volvieron hacia el castillo, y cada guerrero mostró a Nobumori, el cual seguía sentado en el portal con tejado, las cabezas enemigas que había cortado.

—Tomaré un trago y saldré a luchar de nuevo —gritó uno de los soldados.

El combate continuó. Los hombres descansaban un momento en cualquiera de los portales, delantero o trasero, y entonces volvían a lanzarse contra el enemigo, repitiendo esta pauta de ataque violento y retirada seis veces, al término de las cuales habían reunido cuatrocientas treinta y siete cabezas. Cuando empezaba a oscurecer, el número de los defensores había disminuido de modo considerable, y los que quedaban estaban heridos en mayor o menor grado. Casi no había un solo guerrero indemne. Los árboles alrededor del castillo habían sido incendiados y las llamas rugían. El enemigo ya había entrado en la fortaleza desde todas las direcciones. Nobumori contemplaba sin parpadear los últimos momentos de cada uno de sus guerreros desde lo alto del portal.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! ¿Dónde estáis? —gritó un servidor que corría alrededor del portal.

—Estoy aquí arriba —respondió Nobumori, haciendo saber al vasallo que estaba sano y salvo—. Mi última hora está próxima. Déjame ver dónde estás.

Miró hacia abajo desde su asiento. El servidor alzó la vista y, a través del humo, vio la figura de su señor.

—Casi todos los hombres han sido muertos —dijo el hombre, y añadió jadeante—: ¿Habéis hecho los preparativos para suicidaros, mi señor?

—Sube aquí y ayúdame.

—Sí, mi señor.

El vasallo se dirigió tambaleándose a la escalera en el interior del portal, pero no pudo llegar al balcón. Las grandes llamas lamían la entrada de la escalera. Nobumori abrió los postigos de otra ventana y miró abajo. Los únicos soldados que veía eran enemigos. Entonces vio a una sola persona que luchaba con denuedo en medio de una muchedumbre de soldados enemigos. Sorprendentemente, era una mujer, la esposa de uno de sus servidores, y blandía una alabarda.

Aunque Nobumori estaba a punto de morir, hizo un esfuerzo para aceptar la inesperada emoción que le embargaba de súbito.

«Esa mujer es tan tímida que normalmente ni siquiera puede hablar delante de los hombres, y mucho menos atacarles con una alabarda», pensó. Pero ahora le apremiaba algo que debía hacer, y gritó al enemigo desde la estrecha ventana junto a la que se encontraba.

—¡Hombres que lucháis por Nobunaga y Nobutada! Escuchad la voz del vacío. Nobunaga se enorgullece ahora, en su único momento de triunfo, pero toda flor de cerezo cae y cada castillo arderá. Ahora voy a enseñaros algo que no caerá ni arderá durante toda la eternidad. ¡Yo, Nobumori, el quinto hijo de Shingen, os lo voy a mostrar!

Cuando por fin pudieron subir los soldados de Oda, encontraron un cadáver con el vientre abierto en forma de cruz. Pero le faltaba la cabeza. Un instante después el cielo primaveral quedó envuelto por rojas y negras columnas de llamas y humo.

\* \* \*

La confusión que reinaba en el castillo de Nirasaki, en la nueva capital, era tan grande como si se estuviera proclamando el fin del mundo.

—El castillo de Takato ha caído y todos, incluido vuestro hermano, han muerto.

Katsuyori escuchó a su servidor sin que, aparentemente, la noticia le conmoviera lo más mínimo. De todos modos, su expresión revelaba que percibía claramente que su propia fuerza ya no era suficiente. Poco después, llegó el siguiente informe:

«Los soldados de Oda Nobutada ya han irrumpido en Kai desde Suwa y nuestros hombres son muertos sin misericordia, tanto si luchan como si se rinden. Sus cabezas cortadas se exponen al lado de la carretera, y el enemigo avanza en esta dirección como la marea.»

No tardó en llegar otro mensaje urgente.

«El pariente de Shingen, el sacerdote ciego Ryuho, ha sido capturado y muerto por el enemigo.»

Esta vez Katsuyori alzó los ojos y se refirió al enemigo en tono insultante.

—Las fuerzas de Oda no tienen compasión. ¿Qué falta puede haber cometido un sacerdote ciego? ¿Cómo podía tener siquiera la posibilidad de resistirse?

Pero ahora era capaz de pensar más hondamente en su propia muerte. Se mordió el labio y reprimió el oleaje que se agitaba en el fondo de su corazón. Pensó que si daba rienda suelta a su cólera, sus hombres podrían pensar que estaba aturdido, e incluso los servidores que le rodeaban se sentirían avergonzados. Muchas personas que sólo veían el exterior viril de Katsuyori le consideraban descarado y hasta grosero, pero lo cierto era que ponía mucho cuidado en la relación con sus servidores. Además, se adhería estrictamente a sus propios principios, a su honor como señor y al resultado de su introspección. Había continuado la tradición de su padre y Kaisen le había enseñado los principios del Zen, pero a pesar de haber tenido el mismo maestro y una formación similar, era incapaz de aplicar las enseñanzas del Zen a la vida corriente, como hiciera Shingen.

¿Cómo era posible que hubiera caído el castillo de Takato? Katsuyori estaba seguro de que podría haber resistido entre dos semanas y un mes, lo cual demostraba que la situación se debía menos a un error de cálculo de la estrategia defensiva que a falta de madurez humana. Ahora, sin embargo, al margen de su temperamento natural, tenía que encararse con aquel revés de la fortuna.

Habían retirado los tabiques corredizos tanto de la amplia sala de conferencias como de las habitaciones periféricas de la ciudadela principal, y ahora todos los miembros del clan vivían juntos, como si fuesen refugiados de un gran cataclismo que continuara día y noche. Por supuesto, habían instalado cortinas incluso en el jardín, los escudos estaban colocados unos al lado de los otros, y por la noche los soldados no dormían y recorrían la zona provistos de grandes faroles de papel. A cada hora los mensajeros con informes de la situación eran acompañados directamente desde la entrada, a través del portal principal, al jardín, donde el mismo Katsuyori escuchaba los informes. Todo lo que el año anterior había formado parte de la construcción, el aroma de la madera nueva, la taracea de oro y plata, la belleza



del mobiliario y los utensilios, ahora tan sólo parecía un estorbo.

Una dama de honor, acompañada por una doncella y subiéndose la cola del kimono, abandonó la confusión del jardín, entró en la oscura sala y examinó sin arredrarse la multitud de hombres. Era portadora de un mensaje de la esposa de Katsuyori. En aquel momento la sala estaba llena de generales, jóvenes y mayores, y todos ellos expresaban ruidosamente sus opiniones sobre lo que deberían hacer a continuación.

Finalmente la mujer se acercó a Katsuyori y le suplicó:

—Todas las mujeres lloran y están confusas, y sus llantos no cesan por mucho que las consolemos. Vuestra esposa ha dicho que el último momento de la vida sólo llega una vez, y cree que quizá las mujeres tendrían un poco más de resolución si pudieran estar aquí con los samurais. Si le dais vuestro permiso, vendrá aquí ahora mismo. ¿Cuáles son los deseos de mi señor?

—Está bien —se apresuró a responder Katsuyori—. Que venga mi esposa y también las jóvenes.

En aquel momento Taro Nobukatsu, su hijo y heredero, un muchacho de quince años, se adelantó e intentó disuadirle.

—Eso no estaría muy bien, padre. ¿No os parece?

Katsuyori se volvió hacia su hijo, no tanto molesto como preocupado y nervioso.

—¿Por qué?

—Si las mujeres vienen aquí serán un estorbo, y si los hombres las ven llorar, es posible que hasta los samurais más valientes se descorazonen.

Taro era todavía un chiquillo, pero insistía en dar su opinión. Siguió diciendo que Kai era su tierra ancestral desde los tiempos de Shinra Saburo, y debería seguir siéndolo hasta el final, aun cuando tuvieran que morir en la lucha. Abandonar Nirasaki y huir, como acababa de recomendar uno de los generales, representaría la mayor deshonra para el clan de los Takeda.

Un general defendió la posición contraria.

—Sin embargo, el enemigo nos rodea por todas partes, y Kofu está situada en una cuenca. Una vez nos invada el enemigo, será como agua que se precipita a un lago. ¿No sería mejor huir a Agatsuma, en Joshu? Si vais a la sierra de Mikuni, podréis encontrar refugio en varias provincias. Una vez hayáis reunido a vuestros aliados, sin duda estaréis en condiciones de restablecer vuestro poder.

Nagasaka Chokan se mostró de acuerdo, y Katsuyori también se inclinaba en esa dirección. Miró a Taro y se quedó en silencio un momento. Entonces se volvió hacia la dama de honor y le dijo:

—Iremos.

Así pues, Katsuyori rechazó el consejo de su hijo. Taro volvió la cara e inclinó en silencio la cabeza. Quedaba por saber si huirían a Agatsuma o se atrincherarían en la zona del monte Iwadono, pero fuera cual fuese la ruta que eligieran, abandonar su nueva capital y huir era el destino inevitable al que Katsuyori y sus generales se habían resignado.

Era el tercer día del tercer mes. En cualquier otro año Katsuyori y su séquito habrían disfrutado del Festival de los Muñecos en la ciudadela interior, pero aquel día brillante el clan entero se veía empujado desde atrás por el negro humo mientras abandonaban Nirasaki. Por supuesto, Katsuyori también abandonó el castillo, con todos los samurais a su servicio, pero al volverse y contemplar a sus fuerzas, su expresión era de asombro.

—¿Esto es todo? —preguntó.

En algún momento numerosos vasallos de alto rango e incluso varios familiares habían desaparecido. Le dijeron que se habían aprovechado de la confusión durante la oscuridad poco antes del amanecer, y cada uno había huido a su propio castillo con sus servidores.

—¿Taro?

—Estoy aquí, padre.

Taro acercó su caballo a la solitaria figura de su padre. Todos los servidores, los samurais comunes y los soldados de infantería combinados sumaban menos de mil hombres. Sin embargo, había grandes cantidades de palanquines lacados y literas para su esposa y las damas de la corte, y las figuras patéticas de las mujeres cubiertas con velos, a pie y a caballo, llenaban la carretera.

—¡Oh! ¡Está ardiendo!

—¡Qué altas son las llamas!

Las mujeres estaban tan conmocionadas que les costaba decidirse a partir, y apenas habían recorrido una legua desde Nirasaki cuando se volvieron para contemplar la escena mientras caminaban. Las llamas y el humo negro se alzaban en el cielo de la mañana, bajo el que ardía la nueva capital. Habían causado los incendios al amanecer.

—No quiero tener una vida larga —dijo una de las mujeres—. ¿Qué clase de futuro vería? ¿Ha llegado el fin del clan del señor Shingen?

La monja que era tía de Katsuyori, la joven encantadora, nieta de Shingen, las esposas de los miembros del clan y sus sirvientas..., todas ellas se deshacían en lágrimas, abrazándose mientras lloraban o llamando a sus hijos. Horquillas de oro y otros adornos quedaron en la carretera y nadie se molestó en recogerlos. Los cosméticos y las joyas estaban manchados de barro, pero nadie los miraba con pesar.

—¡De prisa! ¿Por qué lloráis? Hemos nacido humanos y esta es nuestra suerte. ¡Esta actitud causará sonrojo a los campesinos!

Katsuyori cabalgaba entre los palanquines y las literas que avanzaban lentamente, acuciando a sus portadores, a fin de alejarse lo más posible hacia el este.

Con la esperanza de llegar al castillo de Oyamada Nobushige, se limitaron a mirar el antiguo castillo de Kofu cuando pasaron ante él, pero prosiguieron su avance hacia las montañas sin detenerse. Los portadores que sostenían sobre sus hombros las varas de los palanquines iban desapareciendo gradualmente, los criados que cargaban con el equipaje y llevaban las literas echaron a correr uno tras otro, y su número se reducía con rapidez. Cuando llegaron a las montañas de Katsunuma, toda la fuerza no sumaba más de doscientos hombres, y menos de veinte iban montados, contando a Katsuyori y su hijo. Cuando Katsuyori y sus seguidores, tras un penoso recorrido, llegaron a la aldea de montaña de Komagai, descubrieron que el único hombre en quien habían depositado su confianza había cambiado súbitamente de idea.

—¡Refugiaos en alguna otra parte!

Oyamada Nobushige obstruyó el paso en la cima e impidió el avance del grupo de Katsuyori. Éste, su hijo y sus seguidores se quedaron perplejos. No podían hacer nada más que cambiar de dirección, y entonces huyeron hacia Tago, una aldea al pie del monte Temmoku. La naturaleza estaba en plena floración primaveral, pero montañas y campos, hasta donde alcanzaba la vista, no ofrecían ningún consuelo ni esperanza. Así pues, el pequeño grupo que quedaba puso toda su confianza en Katsuyori, como podrían haberla puesto en un bastón o una columna. El mismo Katsuyori no sabía qué hacer.

Acurrucados en Tago, sus aturridos seguidores aguardaron, azotados por el viento de la montaña.

\*

\*

\*

Las fuerzas combinadas de los Oda y los Tokugawa entraron en Kai como olas embravecidas. El ejército de Ieyasu, dirigido por Anayama, marchó desde Minobu a Ichikawaguchi. Oda Nobutada atacó el alto Suwa e incendió el santuario de Suwa Myojin y una serie de templos budistas. Redujo a cenizas las casas del pueblo llano mientras perseguía soldados enemigos supervivientes y prosiguió su avance de día y de noche hacia Nirasaki y Kofu. Entonces llegó el final! Era la mañana del undécimo día del tercer mes.

La noche anterior uno de los ayudantes personales de Katsuyori había ido al pueblo y regresado tras reconocer las posiciones enemigas. Aquella mañana presentó, entre jadeos, el informe a su señor.

—La vanguardia de las fuerzas de Oda ha entrado en las aldeas vecinas y parece ser que los aldeanos les han dicho que vos y vuestra familia estáis aquí, mi señor. Sin duda los Oda han rodeado la zona y cortado todas las carreteras, iniciando por fin su avance definitivo en esta dirección.

El grupo sólo contaba ahora con noventa y una personas, los cuarenta y un samurais que permanecían con Katsuyori y su hijo, la esposa de Katsuyori y sus damas de honor. En los días anteriores se habían instalado en un lugar llamado Hirayashiki e incluso habían levantado una especie de empalizada, pero cuando oyeron el informe, todos supieron que había llegado el momento y se apresuraron a prepararse para morir. La esposa de Katsuyori parecía como si se hallara aún en la mansión de la ciudadela interior. Su rostro era como una flor blanca, con la mirada perdida, sumida en el aturdimiento. Las mujeres que la rodeaban se habían echado a llorar.

—Si teníamos que llegar a esto, habría sido mejor que nos quedásemos en el castillo nuevo de Nirasaki. Qué penoso... ¿Es éste el aspecto que ha de tener la esposa del señor de los Takeda?

Abandonadas a su suerte, las mujeres lloraban amargamente y se lamentaban sin cesar entre ellas.

Katsuyori se acercó a su esposa y la apremió para que se marchara.

—Acabo de pedirle a mi ayudante que te traiga un caballo. Aunque pudieras quedarte aquí largo tiempo, nuestro pesar no tendría fin, y ahora el enemigo se está aproximando a las estribaciones de las montañas. Tengo entendido que estamos cerca de Sagami, así que deberías ir allí lo antes posible. Cruza las montañas y regresa al clan Hojo.

Su esposa tenía los ojos arrasados en lágrimas, pero no hizo el menor ademán de marcharse. Más bien parecía como si las palabras de su marido le ofendieran.

—¡Tsuchiya! ¡Tsuchiya Uemon! —gritó Katsuyori, llamando a uno de sus servidores—. Sube a mi esposa a un caballo.

El ayudante se acercó resueltamente a la esposa de Katsuyori, pero ella se volvió de improviso hacia su marido y le habló así:

—Dicen que un samurai auténtico no puede tener dos señores. De la misma manera, cuando una mujer ha tomado marido no debe regresar para vivir de nuevo entre su familia. Aunque parezcas compasivo al enviarme sola de regreso a Odawara, esas palabras revelan una falta de comprensión tan grande... No voy a irme de aquí, estaré a tu lado hasta el mismo final. Entonces, quizá, me dejarás acompañarte al más allá.

En aquel momento llegaron corriendo dos servidores con la información de que el enemigo estaba

muy cerca.

—Han llegado al templo que está en el pie de la montaña.

La esposa de Katsuyori reprendió vivamente a sus sirvientas, las cuales se habían puesto a gemir de repente.

—No hay tiempo para la pesadumbre. Venid aquí y ayudad a los preparativos.

Aquella mujer aún no tenía veinte años, pero no perdía su sentido del decoro ni siquiera ante la inminencia de la muerte.

Sus sirvientas se marcharon pero no tardaron en regresar con una taza sin vidriar y un recipiente de sake, que depositaron ante Katsuyori y su hijo. Parecía como si la esposa hubiera pensado con suficiente antelación la manera de prepararse en aquellos momentos, y ofreció en silencio la taza a su marido. Katsuyori la cogió, tomó un sorbo y la pasó a su hijo. Entonces la compartió con su esposa.

—Mi señor, una taza para los hermanos Tsuchiya —dijo la esposa—. Tsuchiya, debes despedirte mientras todavía estamos todos en este mundo.

Tsuchiya Sozo, el ayudante personal de Katsuyori, y sus dos hermanos menores se habían entregado realmente a su señor. Sozo tenía veintiséis años, el hermano segundo veintiuno y el más joven sólo dieciocho. Juntos habían protegido fielmente y sin desfallecer a su malhadado señor, desde la caída de la nueva capital hasta que se refugiaron en el monte Temmoku.

—Con esto puedo marcharme sin pesar. —Sozo apuró la taza que había recibido y sonrió a sus hermanos menores. Entonces se volvió hacia Katsuyori y su esposa—. Esta vez vuestro infortunio se debe por entero a la deserción de vuestros parientes. Debe de ser terrible y perturbador tanto para vos, mi señor, como para vuestra esposa tener que pasar por esto sin saber lo que había en los corazones de la gente. Pero el mundo no está lleno sólo de personas como las que os han traicionado. Aquí, por lo menos en vuestros momentos finales, cuantos estamos con vos somos un mismo corazón y cuerpo. Ahora podéis creer en el hombre y el mundo, y cruzar los portales de la muerte con donaire y serenidad de ánimo.

Sozo se irguió y fue hacia su esposa, que estaba acompañada por sus damas.

De repente se oyó el chillido desgarrador de un niño y Katsuyori gritó frenéticamente:

—¡Sozo! ¿Qué has hecho?

Sozo había atravesado con su espada y muerto a su hijo de cuatro años ante los ojos de su esposa, la cual estaba llorando. Si dejar siquiera a un lado la hoja ensangrentada, Sozo se postró a cierta distancia de Katsuyori.

—Como prueba de lo que acabo de declararos, he enviado por delante a mi hijo en el camino de la muerte. De lo contrario, sin duda habría sido un estorbo. Mi señor, voy a acompañaros, y tanto si soy el primero como el último, será tan sólo un instante.

Qué triste es ver las flores  
cuya caída era segura  
partir antes que yo,  
sin que quede una sola  
hasta el fin de la primavera.

Cubriéndose el rostro con las mangas, la esposa de Katsuyori entonó estos versos y lloró

patéticamente. Una de sus damas de honor reprimió el llanto y continuó:

Cuando florecieron,  
su número era incontable,  
pero al final de la primavera  
cayeron sin que una sola quedara atrás.

Todavía no se había apagado el eco de su voz cuando varias mujeres desenvainaron sus dagas y se atravesaron los pechos o cortaron las gargantas; la sangre fluía a raudales empapando sus negras cabelleras. De repente se oyó el zumbido cercano de una flecha, y pronto otras flechas cayeron al suelo a su alrededor. A lo lejos se oían los ecos de las armas de fuego.

—¡Han llegado!

—¡Preparaos, mi señor!

Los guerreros se levantaron al mismo tiempo. Katsuyori miró a su hijo, indagando la resolución de Taro.

—¿Estás dispuesto?

Taro inclinó la cabeza y se levantó.

—Estoy dispuesto a morir aquí mismo a vuestro lado —respondió.

—Entonces esto es una despedida.

Padre e hijo parecían dispuestos a precipitarse contra el enemigo, pero la esposa de Katsuyori les gritó desde atrás.

—Partiré antes que vosotros.

Katsuyori se quedó inmóvil y miró fijamente a su mujer. Ésta, con una espada corta en la mano, alzó la cabeza y cerró los ojos. Su rostro era puro y blanco como la luna que se alzaba sobre el borde de la montaña. Entonó serenamente unos versos del sutra del Loto, que le había encantado recitar en el pasado.

—¡Tsuchiya! ¡Tsuchiya! —gritó Katsuyori.

—¿Mi señor?

—Ayúdala.

Pero la esposa de Katsuyori no aguardó a la hoja del hombre y empujó su propia daga dentro de la boca mientras recitaba el sutra.

En el instante en que la mujer cayó de bruces, una de sus servidoras empezó a alentar a las demás.

—Su Señoría ha partido antes que nosotras. Ninguna debe retrasarse en acompañarla por el camino de la muerte.

Tras decir esto, se abrió la garganta con su daga y cayó.

—Es la hora.

Llorando y llamándose unas a otras, las cincuenta mujeres restantes pronto estuvieron diseminadas como flores en un jardín azotado por una tormenta invernal. Unas yacían de costado, otras de bruces, algunas se atravesaban con sus aceros mientras estaban fundidas en un abrazo con una compañera. En medio de esta escena patética, se oían los lloros de los niños que aún no estaban destetados o eran demasiado pequeños para abandonar el regazo de su madre.

Desesperadamente, Sozo montó a cuatro mujeres y los niños que tenían en brazos a lomos de caballo

y las ató a las sillas.

—No consideraré una deslealtad que no muráis aquí. Si lográis salir con vida, criad a vuestros hijos y haced que celebren servicios fúnebres por el lastimoso clan de su antiguo señor.

Hablando así a las madres que lloraban desconsoladas, Sozo golpeó bruscamente a los caballos con el asta de su lanza y los animales partieron al galope. Los lloros y lamentos de mujeres y niños fueron extinguiéndose en la distancia hasta desaparecer.

Entonces Sozo se volvió hacia sus hermanos menores.

—Bien, vámonos.

Por entonces veían ya los rostros de los soldados de Oda que subían por la ladera. Katsuyori y su hijo estaban rodeados por el enemigo. Cuando Sozo corrió a su lado para ayudarles, vio que uno de los servidores de su señor huía corriendo en la dirección contraria.

—¡Traidor! —gritó Sozo, persiguiéndole—. ¿Adonde vas?

Atravesó al hombre por la espalda. Entonces, limpiando la sangre de su espada, se abalanzó contra el enemigo.

—¡Dame otro arco! ¡Sozo, dame otro arco!

Katsuyori ya había roto dos veces la cuerda de su arco, y se hizo con uno nuevo. Sozo permanecía junto a su señor, cubriéndole lo mejor que podía. Cuando Katsuyori hubo disparado todas sus flechas, arrojó el arco al suelo y cogió una alabarda, blandiéndola como si fuese una espada larga. Por entonces el enemigo estaba delante de él, y la lucha con hojas desnudas no duraría más que un momento.

—¡Esto es el fin!

—¡Señor Katsuyori! ¡Señor Taro! ¡Voy a precederos!

Los restantes hombres de Takeda se llamaban unos a otros mientras se daban muerte. La armadura de Katsuyori estaba cubierta de sangre.

—¡Taro! —gritó, pero su propia sangre le empañaba la visión. Todos los hombres que le rodeaban parecían el enemigo.

—¡Mi señor! ¡Todavía estoy aquí! ¡Sozo sigue a vuestro lado!

—Sozo, rápido..., voy a hacerme el seppuku.

Apoyándose en el hombro de su servidor, Katsuyori retrocedió unos cien pasos. Se arrodilló, pero como había recibido tantas heridas de lanza y flecha tenía las manos inutilizadas. Cuanto más se apresuraba, menos podía moverlas.

—¡Perdonadme!

Incapaz de seguir contemplando su sufrimiento, Sozo actuó rápidamente como asistente y cortó la cabeza de su señor. Katsuyori cayó hacia delante y Sozo cogió la cabeza y la alzó, gimiendo de dolor.

Sozo tendió la cabeza de Katsuyori a su hermano de dieciocho años y le ordenó que la cogiera y huyese, pero el joven, con el rostro cubierto por las lágrimas, declaró que moriría con su hermano pasara lo que pasase.

—¡Necio! ¡Vete ya!

Sozo le dio un empujón para que se alejara, pero ya era demasiado tarde. Los soldados enemigos eran como un anillo de hierro a su alrededor. Los hermanos Tsuchiya murieron gloriosamente bajo las numerosas espadas y lanzas que los herían.

El segundo hermano había permanecido con el hijo de Katsuyori desde el principio hasta el fin. El

joven señor y el servidor también fueron atacados y murieron al mismo tiempo. Taro era considerado un joven apuesto, e incluso el autor de Las crónicas de Nobunaga, que no mostró ninguna simpatía al describir la muerte del clan de los Takeda, alabó su muerte hermosa e incondicional.

Como sólo tenía quince años y procedía de una familia ilustre, el rostro de Taro era muy refinado y su piel blanca como la nieve. Había superado a otros en hombría, se había mostrado reacio a manchar el nombre de la familia y había mantenido el ánimo hasta la muerte de su padre. Nadie creía que sus acciones pudieran igualarse.

A la hora de la serpiente había terminado todo. De esta manera el clan de los Takeda llegó a su final.

\* \* \*

Los soldados de Oda que, tras atacar Kiso e Ina, se habían reunido en Suwa, ocuparon finalmente la ciudad. Los aposentos de Nobunaga estaban situados en el templo Hoyo, el cual se había convertido ahora en el cuartel general para toda la campaña. El día veintinueve de aquel mes se expuso en la puerta del templo la lista de recompensas que serían distribuidas a las tropas, y al día siguiente Nobunaga se reunió con sus generales y celebraron sus victorias con un banquete.

—Parece ser que hoy habéis bebido mucho, señor Mitsuhide —le dijo Takigawa Kazumasu a su vecino—. Creo que eso es muy raro en vos.

—Estoy borracho, pero ¿qué le voy a hacer?

Mitsuhide parecía completamente ebrio, algo que era del todo desacostumbrado en él. Su cara, que a Nobunaga le gustaba comparar con una naranja china, era de un rojo brillante hasta la misma línea en retroceso del cabello.

—¿Qué tal si tomamos otra taza? —Tras insistir a Kazumasu para que bebiera más, Mitsuhide siguió hablando con una jovialidad excesiva—. No solemos experimentar ocasiones felices como la de hoy, aunque vivamos largo tiempo. Pensad en ello. Hemos conseguido resultados al cabo de tantos años de penosos esfuerzos, no sólo al otro lado de estas paredes, ni siquiera en todo Suwa, sino que ahora Kai y Shinano están enterradas bajo las banderas y estandartes de nuestros aliados. El deseo que hemos acariciado durante tantos años se está realizando ante nuestros ojos.

Su tono no era muy alto, como de costumbre, pero todos los presentes podían oír con claridad sus palabras. Los que estaban hablando ruidosamente guardaban silencio y sus miradas iban y venían entre Nobunaga y Mitsuhide.

Nobunaga miraba fijamente la cabeza calva de Mitsuhide. Hay ocasiones en que los ojos demasiados perceptivos descubren un desdichado estado de cosas en el que habría sido mejor no reparar, lo cual provoca unos desastres innecesarios. Nobunaga percibía a Mitsuhide de esa manera desde hacía dos días. El hombre hacía lo posible por adoptar un talante animado y locuaz que no le cuadraba en absoluto, y Nobunaga no creía que tuviera ninguna buena razón para hacer tal cosa. Sin embargo, existía una razón que apoyaba el punto de vista de Nobunaga, y era la de que había excluido adrede a Mitsuhide de la distribución de recompensas.

Quedar al margen de la distribución de recompensas causaba al guerrero una profunda aflicción, y su vergüenza por ser un hombre sin mérito era peor que el mismo desaire. Mitsuhide no había mostrado en absoluto ese desaliento. Por el contrario, se mezclaba con los demás generales, hablaba alegremente y su

rostro era risueño.

Semejante actitud no podía ser sincera. Mitsuhide nunca se franqueaba y su carácter no inspiraba mucho afecto. ¿Por qué no gruñía aunque fuese una sola vez? Cuanto más le miraba Nobunaga, más severo se tornaba su semblante. Su estado de embriaguez probablemente intensificaba esa sensación, pero su reacción había sido inconsciente. Hideyoshi estaba ausente, pero si Nobunaga le hubiera estado mirando a él en lugar de a Mitsuhide, no habría habido ningún peligro de provocar tales emociones. Ni siquiera cuando miraba a Ieyasu se ponía de tan mal temple. Pero cuando sus ojos se posaron en la cabeza rala de Mitsuhide, sufrieron un cambio repentino. No siempre había sido así, y no sabía con certeza cuándo se había producido el cambio.

Sin embargo, no se trataba de un cambio repentino en un momento determinado o una ocasión concreta. En realidad, si uno indagaba en el tiempo, llegaba a un período en el que, debido a un exceso de gratitud, Nobunaga regaló a Mitsuhide el castillo de Sakamoto, le concedió el castillo de Kameyama, dispuso la boda de su hija y, finalmente, puso bajo su mando una provincia que rentaba quinientas mil fanegas de arroz.

Este tratamiento fue amable en exceso, pero poco después de haberse portado así, la percepción que Nobunaga tenía de Mitsuhide había empezado a cambiar. Y existía una sola causa clara: el hecho de que el porte y el carácter de Mitsuhide no mostraban la menor voluntad de cambio. Cuando Nobunaga miraba la despejada y brillante frente de aquella «cabeza de naranja china» que nunca, bajo ninguna circunstancia, se equivocaba, sus emociones se concentraban en lo que percibía como el aspecto hediondo del carácter de Mitsuhide, y surgían en él unos sentimientos perversos, casi abrasadores.

Así pues, no se trataba sencillamente de que Nobunaga mirase a alguien malhumorado, sino que el mismo Mitsuhide había instigado la situación. Uno podía ver que la perversidad de Nobunaga se manifestaba en sus palabras y su expresión en el mismo grado en que brillaba la capacidad razonadora de Mitsuhide. Para ser justos, sería como juzgar cuál de las dos manos aplaude primero, si la derecha o la izquierda. Sea como fuere, Mitsuhide estaba ahora charlando con Takigawa Kazumasu, y los ojos fijos en él no tenían precisamente una expresión risueña.

—¡Eh, cabeza de naranja china!

Mitsuhide se contuvo y postró a los pies de Nobunaga. Notó que las frías varillas de un abanico le golpeaban ligeramente dos o tres veces en la nuca.

—¿Sí, mi señor?

El color de Mitsuhide, su borrachera e incluso el brillo de su frente se desvanecieron de repente y adoptó el color de la arcilla.

—Sal de aquí.

El abanico de Nobunaga se alzó de su nuca, pero el abanico que señalaba el corredor parecía una espada.

—No sé qué he hecho, pero si os he ofendido, mi señor, así como a quienes os acompañan, no estoy seguro de dónde debo ir. Por favor, criticad sin reservas el error que haya podido cometer. No me importa que me reprendáis aquí.

Mientras se disculpaba humildemente permaneció postrado, y luego se deslizó con discreción por el suelo y salió a la ancha terraza.

Nobunaga le siguió. Los hombres que estaban en la sala, intrigados por lo que ocurría, recobraron en



seguida la sobriedad y notaron de repente sequedad en sus bocas. Al oír el eco de un ruido sordo en el suelo de madera de la terraza, incluso los generales que habían desviado la vista del lastimoso Mitsuhide miraron de nuevo sobresaltados lo que sucedía fuera de la sala.

Nobunaga había arrojado su abanico al suelo. Los generales vieron que tenía a Mitsuhide agarrado por el cogote, y cada vez que el pobre hombre trataba de alzar la cabeza para decir algo, su señor le daba un brusco empujón, golpeándola contra la balaustrada de la terraza.

—¿Qué has dicho? ¿Qué acabas de decir? Algo sobre los resultados que hemos obtenido después de nuestros esfuerzos y la dicha de este día, y que el ejército del clan Oda domina Kai. Decías algo así, ¿verdad?

—Sí..., es cierto.

—¡Necio! ¿Cuándo te has esforzado tú? ¿Qué clase de hazañas meritorias has hecho para lograr la invasión de Kai?

—Yo...

—¿Qué?

—Aunque estaba borracho, no debería haber dicho unas palabras tan arrogantes.

—Así es, en efecto. No tienes ningún motivo para ser arrogante. Has hablado más de la cuenta, diciendo lo que ocultabas en tu mente. Creías que estaba distraído por la bebida y escuchaba a otros, y que por fin podías quejarte.

—¡No lo quieran los cielos! ¡Que los dioses del cielo y la tierra sean mis testigos! Cómo iba a hacer eso, mi señor, habiendo recibido tantos favores de vos...; era un hombre vestido con harapos y que sólo tenía una espada y vos me elevasteis...

—Calla.

—Permitidme que me vaya, os lo ruego.

—¡Desde luego! —Nobunaga le dio un empujón—. ¡Ranmaru! ¡Agua!

Ranmaru llenó un recipiente de agua y se lo llevó. Cuando Nobunaga lo tuvo entre sus manos, los ojos parecían despedir llamas y los hombros le subían y bajaban al ritmo de la respiración.

Sin embargo, Mitsuhide se había alejado de los pies de su señor y ahora estaba en el pasillo, a dos o tres varas de distancia, arreglándose el cuello del kimono y alisándose el pelo. Estaba tan postrado que su pecho tocaba el suelo de madera. La figura de Mitsuhide tratando de parecer imperturbable, incluso en aquellos momentos, difícilmente sería vista bajo una luz favorable, y Nobunaga fue hacia él de nuevo.

Si Ranmaru no le hubiera detenido, cogiéndole de la manga, casi con toda probabilidad el suelo de la terraza habría vuelto a sonar. Ranmaru no se refirió directamente a la escena que tenía ante sus ojos, sino que se limitó a decir:

—Volved a vuestro asiento, mi señor, os lo ruego. Los señores Nobutada, Nobusumi, Niwa y todos los generales están esperando.

Nobunaga regresó dócilmente a la sala atestada, pero no tomó asiento, sino que permaneció en pie y miró a su alrededor.

—Perdonadme todos —les dijo a los presentes—. Supongo que os he agitado la fiesta. Que cada uno coma y beba cuanto le apetezca.

Dicho esto, se apresuró a salir y se encerró en sus aposentos privados.

Una bandada de golondrinas gorjeaban bajo los aleros del conjunto de almacenes. Aunque el sol se estaba poniendo, las aves adultas parecían llevar alimento a las pequeñas que estaban en los nidos.

—Podría ser el tema de una pintura, ¿no creéis?

En una sala de un edificio situada a cierta distancia del gran jardín, Saito Toshimitsu, un servidor de alto rango de Akechi, estaba en compañía de un invitado. Éste era el pintor Yusho, un hombre que no procedía de Suwa. Debía de tener unos cincuenta años de edad, y su robustez física no daba ninguna indicación de que pudiera ser pintor. Era muy parco en palabras. El crepúsculo oscurecía las blancas paredes de los almacenes donde se guardaba la pasta de legumbres.

—Debéis perdonarme por haberos visitado de repente en estos tiempos de guerra y hablaros tan sólo de los tediosos asuntos de un hombre que ya no tiene relación con el mundo. Estoy seguro de que tenéis muchas responsabilidades en la campaña.

Yusho pareció anunciar así que se marchaba y empezó a levantarse del cojín.

—No, por favor.

Saito Toshimitsu era un hombre muy sosegado y, sin moverse siquiera, detuvo a su invitado.

—Ya que habéis hecho el largo viaje hasta aquí, sería descortés que os marcharais sin haber hablado con el señor Mitsuhide. Si os vais y luego le digo a mi señor que Yusho le visitó durante su ausencia, me reñirá y preguntará por qué no os he retenido aquí.

Entonces se puso a hablar de un nuevo tema, haciendo lo posible por mantener entretenido al inesperado visitante. Yusho tenía por entonces una casa en Kyoto, pero procedía de Omi, la provincia de Mitsuhide. Y no sólo eso, sino que en cierta época Yusho había recibido un estipendio de guerrero del clan Saito de Mino. En aquella misma época Toshimitsu, mucho antes de convertirse en servidor del clan Akechi, servía al clan Saito.

Después de vivir como un ronin, Yusho se había convertido en artista y citaba la caída de Gifu como la razón de su proceder. Sin embargo, Toshimitsu había abandonado su antigua fidelidad a los Saito. La discordia existente entre Toshimitsu y sus señores de antaño se evidenciaba incluso ante Nobunaga, y sus disputas habían continuado casi como si pidieran un juicio. Pero todo el mundo había olvidado las anécdotas que tanto excitaron a la sociedad de entonces, y quienes contemplaban ahora sus cabellos blancos le consideraban un servidor sin el que el clan Akechi no podía pasar. Todo el mundo respetaba su carácter y su posición como anciano.

La distribución de alojamientos no había sido suficiente dentro del campamento principal de Nobunaga en el templo Hoyo, por lo que varios generales estaban acuartelados en diversas casas de Suwa.

Los Akechi se albergaban en los antiguos edificios de un vendedor al por mayor de pasta de legumbres, y tanto los soldados como sus oficiales se estaban relajando después de muchos días de dura lucha.

Un joven que parecía ser el hijo del señor de la casa se presentó ante Toshimitsu.

—¿Queréis tomar un baño, señor? Todos los samurai e incluso los soldados de infantería han terminado de cenar.

—No, esperaré hasta que regrese Su Señoría.

—Su Señoría tarda en regresar esta noche, ¿verdad?

—Hoy se ha celebrado un banquete de victoria en el campamento principal. Mi señor no suele tomar sake, pero tal vez ha bebido un poco y está algo achispado después de tanto brindis.

—¿Puedo servirlos la cena?

—No, no, también esperaré a cenar, hasta que él regrese. Pero lo siento por el invitado al que he detenido aquí. ¿Por qué no le acompañas al baño?

—¿Es el artista viajero que ha estado aquí toda la tarde?

—El mismo. El hombre que está ahí acucillado, contemplando las peonías del jardín. Parece un poco aburrido. ¿Por qué no le llamas?

El joven se retiró y echó un vistazo a la parte trasera del edificio. Delante de las oscuras y lujuriantes plantas de peonías, Yusho estaba sentado, abrazándose las rodillas, con la mirada perdida. Poco después, cuando Toshimitsu cruzó el portal, el joven y Yusho ya se habían ido.

Toshimitsu se sentía aprensivo y pensaba que Mitsuhide tardaba demasiado en regresar, aunque sabía bien que un banquete de victoria se prolongaría hasta muy entrada la noche.

El sendero cruzaba el antiguo portal con tejado de paja y se unía rápidamente al camino que bordeaba el lago. Los restos del cálido día todavía brillaban con luz trémula en el cielo occidental sobre el lago Suwa. Toshimitsu contempló el camino durante algún tiempo y por fin vio a su señor que venía hacia él. Caballos, lanceros y ayudantes le seguían en un grupo compacto, pero la preocupación que fruncía el ceño de Toshimitsu no disminuyó cuando se aproximaron. Algo estaba fuera de lugar. Nada en el aspecto de Mitsuhide sugería que regresaba de un banquete de victoria. Su señor debería cabalgar en brillante formación, balanceándose garbosamente en el lomo de su caballo, embriagado junto con sus ayudantes por el sake generosamente escanciado en la fiesta. Pero lo cierto era que Mitsuhide iba a pie y parecía alicaído.

Un servidor conducía su caballo, que avanzaba a paso largo con aspecto entristecido, mientras los ayudantes caminaban en silencio detrás, exactamente de la misma manera.

—He venido a recibirlos. Debéis de estar cansado.

Cuando Toshimitsu se inclinó ante él, Mitsuhide pareció sorprenderse.

—¿Toshimitsu? He sido desconsiderado. Eres tan bueno que te has preocupado al ver que me retrasaba. Perdóname. Hoy he bebido demasiado, por lo que he venido caminando a orillas del lago, tratando de despejarme. No te preocupes por mi aspecto. Ahora me siento mucho mejor.

Toshimitsu se daba cuenta de que su señor había sufrido alguna experiencia desagradable. Había sido el ayudante más íntimo de Mitsuhide durante muchos años, por lo que era difícil que dejara de reparar en una cosa así. Sin embargo no se atrevió a preguntar qué había ocurrido. El viejo servidor se apresuró a ocuparse de las necesidades de su señor, confiando en animarle.

—¿Qué os parece un cuenco de té y luego un baño?

La reputación de Toshimitsu bastaba para atemorizar al enemigo en el campo de batalla, pero mientras ayudaba a desvestirse a Mitsuhide, éste sólo podía considerarle como un pariente viejo y solícito.

—¿Un baño? Sí, un baño podría ser muy refrescante en estos momentos.

Siguió a Toshimitsu al cuarto de baño. Durante un rato Toshimitsu escuchó el chapoteo de Mitsuhide en el agua caliente.

—¿Os restriego la espalda, mi señor? —le preguntó.

—Envía al paje —replicó Mitsuhide—. No creo que esté bien hacer trabajar a tus viejos huesos.

—Nada de eso.

Toshimitsu entró en el baño, recogió agua caliente con un pequeño cubo de madera y se colocó detrás de su señor. Nunca hasta entonces lo había hecho, pero en aquel momento sólo deseaba levantar el ánimo de su señor, extrañamente decaído.

—¿Es decoroso que un general te limpie la suciedad de la espalda? —le preguntó Mitsuhide.

Era un hombre sumamente pudoroso y siempre se mostraba reservado, incluso con sus servidores. Que esta cualidad fuese buena o mala era algo discutible. Toshimitsu opinaba que no era especialmente buena.

—Vamos, vamos. Cuando este viejo guerrero lucha bajo vuestro respetado estandarte, es Saito Toshimitsu del clan Akechi. Pero el mismo Toshimitsu no es un Akechi. Siendo esto así, mientras viva y os sirva será un buen recuerdo para mí haberos lavado la suciedad de la espalda por una sola vez.

Toshimitsu se había arremangado y estaba restregando la espalda de su señor. Mitsuhide le dejaba hacer, con la cabeza inclinada, satisfecho y en silencio. Entretanto se sumió en una profunda reflexión sobre el interés que le evidenciaba Toshimitsu y luego sobre la relación entre él y Nobunaga.

Pensó que se había equivocado y se culpó en lo más hondo de su corazón. ¿Qué era lo que le desagradaba y hacía tan desdichado? Desde luego, Nobunaga era un buen señor, pero ¿era su propia lealtad igual que la del viejo servidor que ahora le restregaba la espalda? Se sentía avergonzado. Era como si Toshimitsu le estuviera lavando el corazón con el agua caliente que le vertía en la espalda.

Cuando salió del baño, tanto el aspecto como el tono de voz de Mitsuhide habían cambiado. Su mente se había refrescado por completo, y Toshimitsu sentía lo mismo.

—Ha sido agradable tomar un baño, tal como decías. Supongo que estaba bajo los efectos de la fatiga y el sake.

—¿Os sentís mejor?

—Ahora estoy bien, Toshimitsu. No te preocupes.

—Me preocupaba la extraordinaria inquietud que reflejaba vuestro rostro. Eso ha sido lo peor de todo. Bien, permitidme que os diga que durante vuestra ausencia ha venido un visitante y ha esperado vuestro regreso.

—¿Un visitante? ¿En este alojamiento de campaña?

—Yusho estaba viajando por Kai y ha dicho que antes de seguir adelante quería hacer un alto para veros.

—¿Dónde está?

—Le he alojado en mi habitación.

—¿De veras? Bien, vayamos allá.

—Probablemente se sentirá avergonzado si es el señor quien va a visitar al invitado. Os lo traeré aquí dentro de poco.

—No, no. Nuestro invitado es un hombre de gusto y no será necesario que seamos demasiado formales.

Su rostro se animó todavía más después de hablar un rato con Yusho, a quien preguntó por los estilos de pintura de las dinastías Sung al norte y sur de China. Luego comentaron los gustos artísticos del shogun

Ashikaga Yoshimasa y los méritos de la escuela Tosa de pintura y hablaron de todo, desde el estilo de Kano hasta la influencia de la pintura flamenca. Durante la conversación se evidenció que la educación de Mitsuhide no había sido superficial.

—He pensado que cuando envejezca podría dedicarme a actividades más tranquilas y a mis estudios juveniles, e incluso tratar de pintar. Tal vez, antes de que llegue ese momento, podríais dibujarme modelos en un cuaderno.

—Desde luego, mi señor.

Yusho había emulado el estilo del antiguo artista chino Liang K'ai. Recientemente había creado su propia escuela, independiente de las tradiciones de Kano o Tosa, y finalmente había logrado establecerse en el mundo del arte. Cuando Nobunaga le pidió que decorase los tabiques deslizantes de Azuchi, se negó a hacerlo aduciendo que estaba enfermo. Al fin y al cabo, había sido servidor del clan Saito, al que Nobunaga destruyó. Era comprensible que Yusho se sintiera demasiado orgulloso para rebajarse a decorar con sus propios pinceles los aposentos de Nobunaga.

Al carácter de Yusho le cuadraría muy bien la expresión «blando por fuera, fuerte en su interior». El pintor no podía confiar en la lógica que regía la vida de Mitsuhide. Si éste resbalara, aunque fuese una sola vez, rompería la presa que retenía sus emociones y se deslizaría hacia un derrotero fatal.

Aquella noche Mitsuhide durmió como un bendito, tal vez gracias al baño, o al inesperado y grato visitante.

Los soldados se habían levantado antes de la salida del sol. Tras dar de comer a los caballos, se habían puesto las armaduras y preparado las provisiones, y ahora aguardaban a su señor. Aquella mañana iban a reunirse en el templo Hoyo, desde donde partirían de Suwa en dirección a Kofu. Pasarían entonces por la carretera de la costa y efectuarían su regreso triunfal a Azuchi.

—Tenéis que prepararos en seguida, mi señor —le dijo Toshimitsu a Mitsuhide.

—¡Qué bien dormí anoche, Toshimitsu!

—Me alegro de ello.

—Cuando Yusho se marche, transmítele mis mejores deseos y dale algún dinero para el camino.

—Veréis, señor, esta mañana, cuando me levanté y fui a verle, descubrí que ya se había ido. Se levantó y partió con los soldados cuando salió el sol.

Mientras Mitsuhide contemplaba el sol matinal, se dijo que el pintor llevaba una vida envidiable.

Toshimitsu desenrolló un pergamino.

—Ha dejado esto. Pensé que podría habérselo olvidado, pero al mirarlo con atención, vi que la tinta aún no se había secado, y entonces recordé que le habíais pedido un cuaderno de dibujos. Creo que se ha pasado toda la noche trabajando en esto.

—¿Cómo? ¿No ha dormido?

Mitsuhide examinó el pergamino. El papel era más blanco bajo el sol de la mañana, y presentaba la pintura de una sola rama de peonías. Una inscripción en un ángulo de la pintura decía: Tranquilidad, esto es nobleza.

Mitsuhide recitó en silencio estas palabras mientras desenrollaba el pergamino y revelaba la ilustración de un gran nabo, al lado del cual decía: Tener un invitado es algo que da gusto.

El nabo había sido dibujado en tinta china aparentemente sin esfuerzo, y si uno lo miraba con atención, podía percibir la fragancia de la tierra. Aquel nabo era la raíz de una sola hoja, y parecía lleno

de vida. Su naturaleza campestre parecía reírse del racionalismo de Mitsuhide con una maravillosa naturalidad y despreocupación.

Siguió desenrollando el pergamino, pero no había nada más. En su mayor parte sólo era papel en blanco.

—Parece que se ha pasado toda la noche para hacer estas dos ilustraciones.

Toshimitsu también estaba impresionado por el pergamino, y se inclinó con Mitsuhide para apreciarlo. Titubeó, no quiso seguir mirándolo y le pidió a su servidor que lo enrollara.

En aquel momento, el sonido de la concha se oyó a lo lejos. Era una llamada desde el cuartel general en el templo Hoyo, y avisaba a los soldados alojados en el pueblo para que se preparasen. Cuando se oía en el terreno donde se libraba una guerra sangrienta, el sonido de la concha producía un temor indescriptible, con sus potentes y pesarasas reverberaciones. Pero oído en una mañana como aquella, el sonido era suave y casi serenamente consolador.

Mitsuhide no tardó en montar a caballo. Aquella mañana su frente, al igual que las montañas de Kai, no estaba en absoluto cubierta por nubes y no tenía ni un atisbo de sombra.

# LIBRO SIETE

DÉCIMO AÑO DE TENSHO

1582

PRIMAVERA

# Personajes y lugares

Shimizu Muneharu, gobernador del castillo de Takamatsu  
Akechi Mitsuharu, primo de Mitsuhide  
Akechi Mitsutada, primo de Mitsuhide  
Fujita Dengo, servidor de alto rango de Akechi  
Amano Genemon, servidor de alto rango de Akechi  
Yomoda Masataka, servidor de alto rango de Akechi  
Manase, médico de Kyoto  
Shoha y Soshitsu, poetas  
Oda Nobutada, hijo mayor de Nobunaga  
Sotan y Soshitsu, mercaderes de Kyushu  
Murai Nagato, gobernador de Kyoto  
Takamatsu, castillo de Shimizu Muneharu  
Sakamoto, castillo de Akechi Mitsuharu  
Tamba, provincia del clan Akechi  
Kameyama, castillo de Akechi Mitsuhide  
Templo Honno, residencia temporal de Nobunaga en Kyoto  
Templo Myokaku, residencia temporal de Nobutada en Kyoto



# Una fortaleza en un lago

Dos samurais entraron al galope por el portal en la muralla de Okayama y sus caballos alzaron una nube de polvo mientras avanzaban hacia el castillo. Nadie prestó mucha atención a los jinetes, los cuales, cuando llegaron a la entrada, anunciaron que venían de Kai con un despacho urgente del señor Nobunaga.

Hideyoshi se encontraba en la ciudadela cuando entró un servidor para anunciarle la llegada de los mensajeros.

—Que esperen en la sala de las garzas —ordenó.

Esa habitación estaba reservada para celebrar conversaciones de la naturaleza más secreta. Poco después de que hubieran entrado los dos mensajeros, apareció Hideyoshi y tomó asiento. Uñó de los hombres sacó la carta de entre los pliegues de su kimono y la depositó con ademán respetuoso ante Hideyoshi. Estaba envuelta en dos o tres hojas de papel aceitado. Hideyoshi quitó la envoltura externa y rompió el sello.

—¡Ah, hacía mucho tiempo que no veía la caligrafía de Su Señoría! —comentó.

Antes de abrir la carta se la llevó con gesto reverente a la frente, pues, al fin y al cabo, estaba escrita de puño y letra de su señor.

Cuando terminó de leer, Hideyoshi se guardó la misiva dentro del kimono y preguntó:

—¿Han logrado brillantes victorias nuestras tropas en Kai?

—El ejército de Su Señoría fue irresistible. Cuando nosotros salimos de Kai, el ejército del señor Nobunaga ya había llegado a Suwa.

—Eso es lo que cabría esperar del señor Nobunaga. Debe de haber ido en persona al combate. ¿Estaba animado?

—He oído decir a uno de los hombres que participaron en la campaña que el recorrido por las montañas fue como una salida para contemplar las flores en primavera. Parece ser que el señor Nobunaga regresará por la carretera de la costa y contemplará el monte Fuji por el camino.

Los mensajeros se retiraron. Hideyoshi se quedó donde estaba, mirando la pintura de las garzas blancas en las puertas corredizas. El pintor había aplicado pigmento amarillo a los ojos de las aves y parecía como si devolvieran la mirada al espectador.

Hideyoshi pensó que debería recurrir a Kanbei, el único a quien podía enviar en aquella misión. Llamó a un paje y le dijo:

—Kuroda Kanbei debe de encontrarse en la ciudadela exterior. Dile que venga aquí junto con Hachisuka Hikoemon.

Hideyoshi sacó la carta y volvió a leerla. En realidad no se trataba de una carta, sino de la garantía que había solicitado a Nobunaga. Hideyoshi podría haber movilizado fácilmente a sesenta mil soldados allí mismo, en Okayama. Sin embargo, no había cruzado la frontera de la provincia enemiga de Bitchu, la cual tenía que conquistar primero si quería derrotar al clan Mori. Quedaba un solo obstáculo en el camino de Hideyoshi hacia Bitchu y estaba decidido a eliminarlo, sin derramamiento de sangre si fuese posible. Ese obstáculo era el castillo principal de las siete fortalezas que formaban la línea defensiva enemiga en los límites de la provincia, el castillo de Takamatsu.

Kanbei y Hikoemon entraron en la pequeña habitación, y Hideyoshi se sintió en seguida más a gusto.

—Acaba de llegar la garantía de Su Señoría —les dijo—. Lo siento, pero voy a tener que pedirlos que

soportéis más penalidades. Quisiera que fueseis al castillo de Takamatsu.

—¿Os importaría que lea la garantía? —le preguntó Kanbei.

Kanbei la leyó con el mismo respeto que habría mostrado si hubiera estado ante al mismo Nobunaga.

La garantía estaba dirigida al gobernador del castillo de Takamatsu, Shimizu Muneharu. Nobunaga le prometía que, si capitulaba, sería recompensado con un dominio consistente en las provincias de Bitchu y Bingo. Nobunaga seguía diciendo que había hecho un juramento ante los dioses y nada podría inducirle a retractarse de su palabra.

—Deseo que vayas con Hikoemon al castillo de Takamatsu lo antes posible —le dijo a Kanbei—. Dudo de que haya ningún problema cuando veas al general Muneharu y hables con él, pero en caso de haberlo, no creo que permanezca impasible cuando vea este sello.

Hideyoshi parecía optimista, pero los otros dos hombres eran incapaces de compartir su confianza. ¿Creía en serio que Shimizu Muneharu traicionaría a sus señores, los Mori, sólo por aquella promesa, o acaso Hideyoshi planeaba otra cosa?

\* \* \*

El viaje desde Okayama hasta el castillo de Takamatsu duraba menos de un día, y los mensajeros, que iban a caballo, lo realizaron incluso antes. Al cruzar sus propias líneas del frente, miraron en dirección a las montañas Kibi y el rojo sol poniente. A partir de aquel punto, quienquiera que encontrasen sería enemigo. No había allí el ambiente primaveral que habían dejado en Okayama. Los campos y los pueblos estaban desiertos.

Un jinete galopó desde la línea del frente hasta la empalizada alrededor del castillo de Takamatsu y aguardó instrucciones. Finalmente, franquearon el paso a Kanbei y Hikoemon a través de la empalizada y los condujeron al portal del castillo. Takamatsu era un ejemplo típico de castillo construido en una llanura. El camino que conducía al portal principal discurría entre arrozales y campos. Los terraplenes y los muros exteriores se alzaban en medio de arrozales. A medida que uno subía las escaleras de piedra, las almenas y los angulosos muros de la ciudadela principal aparecían cada vez más cerca.

Una vez dentro de la ciudadela principal, los enviados vieron con claridad que aquella era la más recia de las siete fortalezas que se alzaban en la línea fronteriza. El espacio dentro del castillo era amplio, y aunque había allí estacionados más de dos mil soldados, reinaba el silencio. Muneharu había decidido resistir las oleadas del ejército enemigo tan sólo en aquel castillo.

Acompañaron a Kanbei y Hikoemon a una habitación vacía. Kanbei, sin la ayuda de su bastón, cojeaba penosamente.

—El señor Muneharu vendrá dentro de un momento —dijo el paje, el cual no parecía tener más de veinte años y, al retirarse, su actitud no fue distinta de lo que habría sido en tiempo de paz.

Entró el general y tomó asiento sin la menor presunción en su porte.

—Soy Shimizu Muneharu y tengo entendido que sois enviados del señor Hideyoshi. Bienvenidos.

Parecía tener unos cincuenta años, era modesto y vestía con sencillez. No le acompañaban servidores, y sólo un paje de once o doce años se arrodillaba detrás de él. Hasta tal punto carecía de ostentación, que de no haber sido por la espada y el paje, habría parecido un simple cacique de aldea.

Kanbei, por su parte, se mostró cortés en extremo con aquel general sin pretensiones.

—Es un placer conocerlos. Soy Kuroda Kanbei.

Mientras los dos hombres se presentaban, Muneharu hizo una afable reverencia. Los enviados se regocijaron, pensando que no les sería difícil convencerle.

—Hikoemon —dijo Kanbei—, ¿quieres decirle al general Muneharu el tenor del mensaje que le envía Su Señoría?

Aunque habría sido más adecuado que el hombre de categoría superior entre los dos enviados hiciera las observaciones iniciales, Kanbei pensó que Hikoemon, mayor que él y de carácter más maduro y tranquilo, sería más eficaz en la presentación de su propuesta.

—Permitidme que os explique nuestra misión, general. El señor Hideyoshi nos ha ordenado que os hablemos con franqueza, y así es como debo hacerlo. El señor Hideyoshi quisiera evitar una batalla inútil si fuese posible. Creo que sabéis perfectamente cómo están las cosas en el oeste. Desde el punto de vista numérico, podemos movilizar fácilmente ciento cincuenta mil hombres, mientras que los Mori sólo tienen cuarenta y cinco mil, tal vez cincuenta mil como máximo. Además, los aliados de Mori, los Uesugi de Echigo, los Takeda de Kai, los monjes guerreros del monte Hiei y los Honganji, así como el shogun..., todos han sido derrotados. ¿Qué clase de justicia moral puede aducir hoy el clan Mori para luchar y convertir el occidente en tierra calcinada?

»Por otro lado —siguió diciendo Hikoemon—, el señor Nobunaga ha obtenido el favor del emperador y el amor y respeto del pueblo. La nación emerge por fin de la oscuridad de la guerra civil y saluda un nuevo amanecer. Al señor Hideyoshi le duele la idea de que muráis, vos y los buenos soldados que os sirven, quiere saber si no hay algún medio de evitar ese sacrificio y os pide que reflexionéis en vuestra postura por última vez.

Kanbei sacó la garantía de Nobunaga y una carta de Hideyoshi y habló a continuación.

—No os hablaré de las ventajas y desventajas. En cambio, quisiera mostraros algo que demuestra las intenciones de los señores Hideyoshi y Nobunaga. Ambos valoran a los buenos guerreros. Ésta es, pues, una garantía firmada que os promete las provincias de Bitchu y Bingo.

Muneharu se inclinó respetuosamente ante el documento, pero no lo cogió.

—Vuestras palabras son excesivas y este documento me concede una recompensa inmerecida —le dijo a Kanbei—. No sé qué deciros ni cuál podría ser la etiqueta apropiada. El estipendio que he recibido del clan Mori es sólo de siete mil fanegas, y sin duda no soy más que un samurai rural que se acerca a la vejez.

Muneharu no había dicho nada de su posible acuerdo. Entonces se hizo el silencio y los dos enviados permanecieron sentados, en suspenso. Al margen de lo que le dijeran, aquel hombre sólo repetiría, afablemente y con gran respeto: «Esto es más que equitativo».

Ni la experiencia de Hikoemon ni el genio de Kanbei parecían servir de nada frente a Muneharu. Sin embargo, como enviados, estaban decididos a romper el muro, e hicieron un último esfuerzo.

—Ya hemos dicho todo lo que podemos decir —añadió Kanbei—, pero si tenéis unos deseos o condiciones particulares que quisierais añadir, nos gustaría escucharlos y transmitirlos a Sus Señorías. Hablad francamente, por favor.

—¿Me pedís que os sea franco? —replicó Muneharu, casi como si estuviera hablando consigo mismo. Entonces miró a los dos hombres—: En fin, no sé si me escucharéis. Tengo la esperanza de que, llegado ya al final de mi vida, no voy a desviarme del camino recto. Ése es mi principio esencial. El clan

Mori no es ni mejor ni peor que vuestro señor desde el punto de vista de la lealtad al emperador. A pesar de mi indignidad, soy un servidor del clan Mori, y aunque he llevado una vida ociosa, he recibido un estipendio del clan Mori durante muchos años. Mi clan entero ha sido favorecido por ellos, y ahora, en estos tiempos de cambio, me han ordenado que proteja la frontera. Aunque quisiera conseguir un pequeño beneficio, aceptara la amable oferta del señor Hideyoshi y me convirtiera en señor de dos provincias, no sería tan feliz como ahora. Si diera la espalda al clan de mi señor, ¿con qué cara podría enfrentarme al mundo? Como mínimo, a mi familia y a mis servidores les parecería un hipócrita redomado, y yo mismo violaría todos los preceptos que les he enseñado. —Se echó a reír y añadió—: Así pues, aunque aprecio la amabilidad que me habéis mostrado, os ruego que le digáis al señor Hideyoshi que se olvide de todo esto.

Kanbei sacudió la cabeza, como si lo lamentara profundamente, y habló rápida y claramente.

—No voy a poder persuadirlos. Tenemos que irnos, Hikoemon.

Hikoemon lamentaba que hubieran fracasado, pero había temido desde el principio que sucediera aquello. Ambos habían predicho que Muneharu no se dejaría sobornar.

—El camino será peligroso durante la noche. ¿Por qué no os quedáis en el castillo y partís mañana temprano?

Muneharu insistió en que se quedaran. No era una simple formalidad por su parte, y los enviados sabían que era un ser humano realmente afable. Aunque fuese su enemigo, era un hombre honesto.

—No, el señor Hideyoshi estará esperando ansiosamente vuestra respuesta —dijo Hikoemon.

Los enviados sólo pidieron antorchas y se pusieron en camino. Preocupado por la posibilidad de que les ocurriera algo, Muneharu ordenó a tres de sus servidores que les acompañaran hasta las líneas del frente.

Kanbei y Hikoemon hicieron el viaje de ida al castillo de Takamatsu y el regreso sin detenerse a descansar ni dormir. En cuanto llegaron a Okayama, fueron directamente a entrevistarse con Hideyoshi. Su informe fue breve y ceñido a los hechos:

—El general Muneharu se niega a capitular. Su resolución es firme, por lo que otro intento de negociación sería inútil.

Hideyoshi no pareció sorprendido. Dijo a los dos hombres que volvieran a verle una vez hubieran descansado. Más tarde, aquel mismo día, Hideyoshi convocó a los enviados y a varios de sus generales a una conferencia.

Ante un mapa de la zona, Kanbei revisó la posición de la línea defensiva de las siete fortalezas. Hideyoshi alzó la vista del mapa y se estiró como si estuviera cansado. Anteriormente había recibido noticias de la victoria de Nobunaga en Kai. Comparando la facilidad de los éxitos de su señor con sus propias dificultades, Hideyoshi confió en que sus perspectivas mejorasen en lo sucesivo. Se había apresurado a escribir una carta a Nobunaga, para darle su enhorabuena y explicarle las perspectivas de su propia campaña, al tiempo que le informaba de que había abandonado la idea de tratar de persuadir a Shimizu Muneharu para que se rindiera.

\*

\*

\*

Hacia mediados del tercer mes, los veinte mil soldados que habían estado dispuestos para el combate

en Himeji entraron en Okayama, y el clan Ukita envió otros diez mil hombres. Así, con una fuerza combinada de treinta mil, Hideyoshi avanzó cautamente por Bitchu. Tras recorrer una sola legua, se detuvo y esperó los informes de reconocimiento. Al cabo de otras dos leguas, volvió a detenerse para reconocer de nuevo el terreno. Todos los soldados habían oído los informes de las brillantes victorias en Kai, por lo que para muchos aquel avance prudente era frustrante. Algunos se apresuraron a afirmar que el castillo de Takamatsu y las fortalezas más pequeñas podrían ser capturadas en un solo avance rápido.

Sin embargo, cuando comprendieron las verdaderas condiciones de la batalla y las posiciones del enemigo, tuvieron que admitir que lograr una victoria rápida sería difícil.

Hideyoshi estableció el primer campamento en el monte Ryuo, un altiplano situado al norte del castillo de Takamatsu, desde donde podía ver directamente el castillo. De una sola mirada abarcaba la disposición del terreno y apreciaba la interdependencia de las fortalezas y el castillo principal. También podía examinar los movimientos de tropas desde el cuartel general del clan Mori y ser prevenido en caso de que enviaran refuerzos.

Hideyoshi inició la campaña tomando las pequeñas fortalezas que se alzaban en la línea fronteriza una tras otra, hasta que sólo quedó Takamatsu. Preocupado por aquel giro negativo de los acontecimientos, Muneharu envió repetidos mensajes a sus jefes supremos, los Mori, rogándoles que le enviaran refuerzos. Uno tras otro, los correos partieron con peticiones cada vez más desesperadas, pero las condiciones no permitían el contraataque de los Mori, y serían necesarias varias semanas antes de que pudieran reunir un ejército de cuarenta mil hombres para marchar contra el castillo de Takamatsu. Lo único que podían hacer los Mori era alentar a Muneharu para que resistiera y asegurarle que los refuerzos estaban en camino. Entonces quedaron cortadas todas las comunicaciones entre el castillo y sus aliados.

El día veintisiete del cuarto mes Hideyoshi sitió el castillo de Takamatsu, pero los quince mil hombres que se encontraban en el cuartel general del monte Ryuo no se movieron. Hideyoshi situó cinco mil hombres en las alturas de Hirayama y los diez mil del clan Ukita en el monte Hachiman.

Los generales de Hideyoshi se situaron en la vanguardia del contingente de Ukita. Parecía la primera disposición de las fichas en un tablero de *go*, y el posicionamiento de sus propios servidores en la retaguardia de los Ukita, que hasta entonces habían sido aliados de los Mori, era una cuestión de prudencia.

Hubo escaramuzas entre las vanguardias de los dos ejércitos desde el primer día del asedio. Kuroda Kanbei, quien acababa de regresar tras inspeccionar las líneas del frente, fue a ver a Hideyoshi y le describió el primer día del sangriento encuentro.

—Esta mañana los guerreros del señor Ukita han sufrido más de cinco mil bajas, mientras que el enemigo no ha perdido más de cien hombres. Ochenta enemigos han sido muertos y otros veinte hechos prisioneros, pero sólo porque estaban gravemente heridos.

—Era de esperar —replicó Hideyoshi—. Este castillo no caerá sin un baño de sangre. Pero parece que los Ukita han luchado bien.

En efecto, la lealtad de la vanguardia formada por los hombres de Ukita había sido puesta a prueba.

\* \* \*

Al llegar el quinto mes el tiempo se volvió soleado y seco. Los Ukita, que habían sufrido fuertes

bajas en el combate inicial, cavaron una trinchera frente a los muros del castillo. La tarea les ocupó cinco noches, y la hicieron al amparo de la oscuridad. Una vez terminada la trinchera, lanzaron un ataque contra el castillo.

Cuando los defensores vieron que los Ukita habían avanzado hasta el portal y los muros exteriores del castillo, les llenaron de improperios. Era fácil imaginar lo enojados que estaban contra aquellos hombres que fueron sus aliados pero que ahora luchaban como la vanguardia de Hideyoshi. En cuanto vieron su oportunidad, los defensores abrieron de par en par el portal principal y cargaron.

—¡Ataquemos a esos gusanos! —gritaban.

—¡Matémoslos a todos!

Samurais y soldados se enzarzaron en combate. Quien vencía cortaba la cabeza de su enemigo y la alzaba. Luchaban con una ferocidad vista pocas veces incluso en un campo de batalla.

—¡Retirada! —gritó de repente el general de los Ukita en medio de las nubes de polvo y humo—. ¡Retirada!

Mientras miraban furibundos a las tropas de Ukita en retirada, los defensores sentían deseos de aplastarlos bajo sus pies. Empezaron a perseguirlos con gritos de «¡Matadlos!» y «¡A por sus estandartes!»

Demasiado tarde, el jefe montado de la vanguardia del castillo reparó en la trinchera de los Ukita abierta ante ellos. Al ver la trampa, trató de detener a sus hombres, pero éstos se lanzaron adelante, incapaces de ver el peligro. Se oyó una andanada y el espeso humo de la pólvora se alzó entonces de la trinchera. Los atacantes se tambalearon y cayeron.

—¡Es una trampa! —gritó el comandante en jefe—. ¡No caigáis en la trampa del enemigo! ¡Al suelo! ¡Al suelo! ¡Dejarles disparar! ¡Esperad a que recarguen y entonces saltad sobre ellos!

Varios hombres se sacrificaron lanzando terribles gritos de guerra. Se abalanzaron para atraer el fuego del enemigo y fueron acribillados por las balas. Juzgando el intervalo antes de la siguiente andanada, otros corrieron hacia la trinchera y saltaron dentro. La lucha empapaba la tierra de sangre.

Aquella noche empezó a llover. Los estandartes y los recintos cerrados con cortinas en el monte Ryuo estaban completamente mojados. Hideyoshi se refugió en una choza y contempló las melancólicas nubes de la estación lluviosa. No parecía muy animado.

Miró a su alrededor y llamó a un ayudante.

—Toranosuke, ¿es eso el sonido de la lluvia o las pisadas de alguien? Ve a cerciorarte.

Toranosuke salió pero regresó en seguida e informó:

—El señor Kanbei acaba de regresar del campo de batalla. Durante el camino de regreso, uno de los portadores de su litera ha resbalado en el camino empinado, y el señor Kanbei ha caído al suelo, pero se ha reído, como si fuese divertido.

¿Qué hacía Kanbei en el frente bajo aquella lluvia? Como de costumbre, Hideyoshi estaba impresionado por el espíritu infatigable de Kanbei.

Toranosuke se retiró a la habitación contigua y puso leña en el hogar. La lluvia había hecho que los mosquitos eclosionaran y aquella noche eran especialmente molestos. El fuego calentaba la atmósfera ya de por sí bochornosa, pero por lo menos el humo también eliminaba a los mosquitos.

Nada más entrar, Kanbei se puso a toser.

—Cuánto humo —comentó al pasar cojeando entre los pajes, y entró sin anunciarse en la habitación

de Hideyoshi.

Los dos hombres no tardaron en conversar animadamente. Sus voces casi parecían competir entre ellas.

—Creo que será difícil —dijo Hideyoshi.

Ambos quedaron en silencio un momento y escucharon el monótono sonido de la lluvia estival que caía desde los aleros de la choza improvisada. Finalmente Kanbei rompió el silencio.

—Es sólo cuestión de tiempo. Una segunda ofensiva total sería una empresa arriesgada. Por otro lado, podríamos resignarnos a una larga campaña y sitiar el castillo cuando nos convenga, pero eso también comporta grandes peligros. Los cuarenta mil soldados de la provincia natal de los Mori podrían llegar y atacarnos por la retaguardia, y entonces nos veríamos atrapados entre ellos y los hombres del castillo de Takamatsu.

—Por eso me siento tan deprimido en esta estación lluviosa. ¿Tienes alguna buena idea, Kanbei?

—Durante los dos últimos días he recorrido las líneas del frente, examinando cuidadosamente la posición del castillo enemigo y los accidentes geográficos que lo rodean. En este momento tengo solamente un plan en el que podríamos arriesgarlo todo.

—No se trata simplemente de tomar un solo castillo enemigo —dijo Hideyoshi—. Si cae, el castillo Yoshida pronto será nuestro. Pero si tropezamos aquí, esa derrota nos costará cinco años de trabajo. Necesitamos un plan, Kanbei. He pedido a las personas que estaban en la habitación contigua que se retirasen para que podamos hablar sin reservas. Quiero saber qué piensas.

—Es descortés por mi parte decirlo, pero sospecho que también vos tenéis un plan, mi señor.

—No voy a negarlo.

—¿Puedo preguntaros primero cuál es el vuestro?

—Escribamos los dos nuestras ideas —sugirió Hideyoshi, sacando papel, pinceles y tinta.

Cuando hubieron terminado de escribir, los dos hombres intercambiaron las hojas de papel. Hideyoshi había escrito una sola palabra, «agua», y Kanbei dos: «ataque con agua».

Ambos se echaron a reír, arrugaron las hojas de papel y se las guardaron en las mangas.

—Es evidente que la sabiduría humana no sobrepasa ciertos límites —dijo Hideyoshi.

—Es cierto —convino Kanbei—. El castillo de Takamatsu se alza en una llanura convenientemente rodeada de montañas, y no sólo eso, sino que el Ashimori y otros siete ríos recorren la llanura. No será difícil desviar el agua de esos ríos e inundar el castillo. Es un plan audaz que no se les habría ocurrido siquiera a la mayoría de los generales. No puedo por menos que admirar la rapidez con que habéis comprendido la situación, mi señor, pero ¿por qué vaciláis en ponerlo en acción?

—Verás, desde los tiempos antiguos, ha habido muchos ejemplos de ataques con fuego que han tenido éxito, pero casi ninguno con agua.

—Creo que lo he visto mencionado en las crónicas militares de la dinastía Han tardía y el período de los Tres Reinos. En una de las crónicas he leído algo sobre nuestro propio país durante el reinado del emperador Tenchi. Cuando los chinos nos invadieron, nuestros soldados construyeron diques para almacenar agua, de modo que cuando los chinos atacaran, los soldados japoneses romperían los diques y los inundarían.

—Sí, pero no tuvieron necesidad de poner el plan en acción porque los chinos se retiraron. Si llevamos a cabo este plan, usaremos una estrategia que no tiene precedentes. Así pues, ordenaré a

algunos oficiales que tienen un conocimiento detallado de la geografía que determinen las necesidades de tiempo, gastos y hombres para los trabajos de ingeniería.

Lo que Hideyoshi quería no era sólo un cálculo aproximado, sino cifras concretas y un plan impecable.

—Por supuesto. Uno de mis servidores es muy ducho en esas lides, y si le pedís que venga aquí ahora mismo, creo que os podrá dar de inmediato una respuesta clara. De hecho, la estrategia que había ideado se basaba en las ideas de ese hombre.

—¿Quién es? —le preguntó Hideyoshi.

—Yoshida Rokuro —respondió Kanbei.

—Bien, llámale en seguida. —Entonces Hideyoshi añadió—: También dispongo de alguien que está familiarizado con la construcción y las condiciones del terreno. ¿Qué os parece si le hago venir al mismo tiempo para que hable con Rokuro?

—Eso estaría bien. ¿Quién es?

—No se trata de uno de mis servidores, sino de un samurai de Bitchu. Se llama Senbara Kyuemon. Ahora está en el campamento, trabajando exclusivamente en la confección de mapas de la zona.

Hideyoshi batió palmas, llamando a un paje, pero todos sus ayudantes personales, incluidos los pajes, se habían retirado a cierta distancia, y el sonido de sus palmas no les llegaba. El estrépito de la lluvia complicaba el problema. Hideyoshi se levantó y entró en la habitación contigua, gritando de un modo que habría sido más apropiado en el campo de batalla:

—¡Eh! ¿Es que no hay nadie aquí?

\*

\*

\*

Una vez tomada la decisión de efectuar el ataque acuático, se descubrió que el campamento principal en el monte Ryuo era un inconveniente. El séptimo día del quinto mes, Hideyoshi se trasladó al monte Ishii, elegido porque desde su cima se dominaba el castillo de Takamatsu.

—Empecemos a medir las distancias —dijo Hideyoshi al día siguiente.

Acompañado por media docena de generales, Hideyoshi cabalgó hacia el oeste del castillo de Takamatsu, a Monzen, en las orillas del río Ashimori. Durante todo el camino no dejó de observar el castillo, a su derecha. Enjugándose el sudor de la frente, Hideyoshi llamó a Kyuemon.

—¿Cuál es la distancia desde las estribaciones del monte Ishii hasta Monzen? —le preguntó.

—Menos de una legua, mi señor —respondió Kyuemon.

—Préstame tu mapa.

Hideyoshi tomó el mapa que le tendía Kyuemon y comparó la construcción del dique propuesto con la disposición del terreno. Se alzaban montañas en tres lados, las cuales creaban una formación natural que parecía una bahía, extendiéndose al oeste desde Kibi hasta la zona montañosa en la parte alta del río Ashimori; por el norte, desde el monte Ryuo a las montañas a lo largo de la frontera de Okayama, y por el este hasta el borde del monte Ishii y Kawazugahana. El castillo de Takamatsu estaba situado en medio de esta llanura abierta.

Hideyoshi ya veía anegados por las aguas los campos, arrozales, terrenos de equitación y aldeas de aquella llanura. Tal como él lo veía, las elevaciones en tres lados podían considerarse como una línea



ondulante de cabos y playas, y el castillo de Takamatsu como una solitaria isla artificial.

Hideyoshi le devolvió el mapa a Kyuemon, convencido de la viabilidad del proyecto, y montó de nuevo en su caballo.

—¡Vámonos! —gritó a sus ayudantes, y entonces se dirigió a Rokuro y Kyuemon—: Voy a cabalgar hasta el monte Ishii. Tomad las medidas del dique siguiendo las huellas de los cascos de mi caballo.

Hideyoshi hizo girar su montura hacia el este y partió al galope. Cabalgó directamente desde Monzen a Harakozai, y entonces describió un arco desde allí hasta el monte Ishii. Kyuemon y Rokuro fueron tras él, dejando un reguero de harina de arroz en el suelo. A continuación los trabajadores clavaron estacas para señalar la línea del dique.

Cuando la línea que habían trazado se convirtiera en un terraplén y las aguas de los siete ríos fueran desviadas para que fluyeran en él, toda la zona se transformaría en un lago enorme en forma de hoja de loto semiabierto. Cuando los hombres miraron con detenimiento la disposición del terreno que formaba el límite entre Bizen y Bitchu, comprendieron que en el remoto pasado debió de formar parte del mar. La batalla había comenzado. No iba a ser una batalla sangrienta, sino una guerra librada contra la tierra.

La longitud del dique sería de una legua, su anchura de treinta pies en lo alto y sesenta pies en la base. El problema estribaba en su altura, que debía ser proporcional a la altura de los muros del castillo de Takamatsu.

En realidad, el principal factor para asegurar el éxito del ataque con agua era el hecho de que los muros exteriores del castillo sólo tenían doce pies de altura. Así pues, la altura del dique de veinticuatro pies se calculó desde una base de doce pies. Si el nivel del agua subía hasta aquella altura, no sólo sumergiría los muros exteriores sino también el mismo castillo bajo seis pies de agua.

Sin embargo, no suele ocurrir que un proyecto se complete antes de la fecha programada, y el problema que tanto turbaba a Kanbei era el de los recursos humanos. En general, tendría que confiar en los campesinos locales, pero la población de las aldeas vecinas era bastante escasa, porque Muneharu había alojado a más de quinientas familias campesinas en el castillo antes del asedio, mientras que muchos otros habían huido a las montañas.

Los campesinos que se habían refugiado en el castillo estaban dispuestos a vivir o morir con su señor. Eran personas buenas y sencillas que habían servido a Muneharu durante años. Muchos de los que se quedaron en las aldeas eran gentes de mal carácter, o bien oportunistas dispuestos a trabajar en un campo de batalla.

Hideyoshi podía contar con la cooperación de Ukita Naoie, y Kanbei estaba en condiciones de reunir varios millares de hombres de Okayama, pero lo que le turbaba no era reunir ese número de gente, sino el problema de utilizar tales recursos humanos con la mayor eficacia.

Durante una gira de inspección, visitó a Rokuro y le pidió un informe de los progresos.

—Siento decir que no podremos cumplir con el programa de Su Señoría —replicó Rokuro con tristeza.

Ni siquiera el cerebro matemático de aquel hombre podía concebir la manera de hacer trabajar con ahínco al grupo de trabajadores y rufianes mezclados. Por este motivo, cada noventa varas a lo largo del dique se habían alzado casetas de guardia, y en esos puntos de vigilancia estaban estacionados soldados con la misión de estimular a los trabajadores. Sin embargo, debido a que los soldados estaban allí simplemente como observadores pasivos, los millares de hombres que manejaban los azadones y,

semejantes a hormigas, cargaban al hombro sacos de tierra, eran reacios a cualquier estímulo.

Por otro lado, el calendario impuesto por Hideyoshi era demasiado apretado. De noche y de día le llegaban mensajes urgentes. Los cuarenta mil soldados de los Mori se habían dividido en tres ejércitos a las órdenes de Kikkawa, Kobayakawa y Terumoto, y se aproximaban a la frontera provincial a cada hora que pasaba.

Kanbei observaba a los trabajadores. Algunos apenas se movían, exhaustos por trabajar sin descanso. Sólo disponían de dos semanas para completar el proyecto.

Dos días, tres días. Pasaron cinco días.

Kanbei pensó que el progreso era tan lento que no podrían completar el dique en cincuenta o ni siquiera en cien días, y mucho menos en dos semanas.

Rokuro y Kyuemon, dedicados a la supervisión de los trabajadores, no dormían. Pero por mucho que se esforzaran, los hombres estaban malhumorados y se mostraban insolentes. Para empeorar las cosas, algunos trabajadores sabotearon adrede el programa, al persuadir a sus compañeros relativamente sumisos para que obstaculizaran el proyecto por medio de una lentitud deliberada.

Kanbei no podía contemplar aquello con pasividad, y finalmente empezó a visitar en persona el lugar de la construcción, apoyándose en su bastón. De pie en un montículo de tierra fresca, en una sección del dique finalmente completa, miró abajo con los ojos encendidos, a los millares de trabajadores. Cuando reparaba en alguno que se mostraba perezoso, se dirigía hacia él con una rapidez inusitada para un lisiado y le golpeaba con el bastón.

—¡A trabajar! ¿A qué viene esa cachaza?

Los peones se echaban a temblar y trabajaban frenéticamente, pero sólo mientras Kanbei los vigilaba.

—¡El demonio lisiado está mirando!

Al final, Kanbei dirigió un informe a Hideyoshi: «Va a ser imposible terminar a tiempo. Sólo para asegurarme de que estamos preparados, quisiera pedirlos que decidáis de antemano alguna estrategia, por si llegan los refuerzos de Mori mientras la construcción está a medio hacer. Por los dioses, es más difícil conseguir que estos peones trabajen que hacer maniobrar a las tropas».

Hideyoshi, en un estado de nerviosismo que era muy infrecuente en él, contó en silencio con los dedos. A cada hora le informaban de la aproximación de un gran ejército de Mori, y recibía los despachos como si contemplara las nubes de una tormenta nocturna que se acercara a las montañas.

—No te desalientes, Kanbei. Todavía nos quedan siete días.

—Menos de un tercio de la construcción está terminado.

¿Cómo vamos a completar el dique en los pocos días que nos quedan?

—Podemos hacerlo. —Era la primera vez que Hideyoshi contradecía a Kanbei tan rotundamente—. Podemos terminarlo, pero no lo conseguiremos si nuestros tres mil trabajadores sólo aportan la fuerza de tres mil hombres. Ahora bien, si cada hombre trabaja como cuatro o cinco, nuestros tres mil trabajadores tendrán la fuerza de diez mil. Si los samurais que les supervisan actúan de la misma manera, un solo hombre podrá reunir el espíritu de diez, y seremos capaces de lograr lo que nos proponíamos. Kanbei, voy a ir personalmente al lugar de la construcción.

A la mañana siguiente, un mensajero enfundado en una túnica amarilla corrió alrededor de la obra, ordenando a los peones que interrumpieran el trabajo y se congregaran alrededor de un estandarte colocado en el dique.

Tanto los trabajadores del turno de noche que se dirigían a sus casas como los que acababan de llegar, siguieron a sus jefes. Una vez reunidos los tres mil trabajadores era difícil distinguir el color de la tierra del de los mismos hombres.

Incitados en parte por la inquietud, la oleada de hombres renegridos se adelantó, pero habían perdido su apariencia de valentía y seguían con sus bromas y burlas. De repente guardaron silencio cuando Hideyoshi se dirigió al taburete colocado junto al estandarte. Sus pajes y servidores se situaron solemnemente en pie, a derecha e izquierda, detrás de él. El demonio guerrero, Kuroda Kanbei, que era el blanco cotidiano de su malevolencia, estaba a un lado, apoyado en su bastón. Fue él quien se dirigió a los trabajadores desde lo alto del dique.

—Hoy el señor Hideyoshi desea que le contéis vuestros pensamientos. Como todos sabéis, el tiempo concedido para construir el dique ha sido consumido en más de su mitad, pero la construcción avanza lentamente. El señor Hideyoshi cree que uno de los motivos es que no habéis hecho un verdadero esfuerzo, y me ha encargado que os reúna aquí para que podáis explicar con franqueza por qué estáis insatisfechos o inquietos, y qué es lo que queréis.

Kanbei hizo una pausa y miró a los peones. Aquí y allá los hombres susurraban entre ellos.

—Los jefes de los diversos grupos deben de comprender bien los sentimientos de sus hombres. No perdáis esta oportunidad de decirle a Su Señoría qué es exactamente lo que queréis. Que suban aquí cinco o seis como representantes y expresen vuestras insatisfacciones y deseos. Si son legítimas, serán atendidas.

Entonces se adelantó un hombre alto, desnudo de cintura para arriba y con una expresión rebelde. Parecía como si quisiera ganarse la aprobación de aquel rebaño humano, y subió agresivamente a lo alto del dique. Cuando vieron esto, otros tres o cuatro peones fueron tras él con paso jactancioso.

—¿Son estos los únicos representantes? —preguntó Kanbei.

Al aproximarse al escabel de campaña de Hideyoshi, cada uno de ellos se arrodilló.

—No es necesario que os arrodilléis —les dijo Kanbei—. Hoy Su Señoría os ha pedido cordialmente que le expliquéis vuestro descontento. Habéis venido aquí en representación de todos los peones, de modo que hablad sin miedo. Que terminemos o no esta construcción a tiempo depende de vosotros. Queremos que nos digáis las razones del resentimiento y la insatisfacción que habéis ocultado en vuestro interior hasta ahora. Empecemos por el hombre que ha subido aquí primero. Ya puedes hablar.

—El tono de Kanbei era conciliador.

Cuando Kanbei les instó a hablar por segunda vez, uno de los cinco hombres que representaban a los peones se decidió.

—Bueno, entonces, acepto lo que decía y hablaré, pero no os enfadéis, ¿de acuerdo? En primer lugar..., en fin..., por favor, escuchad esto...

—Habla.

—Veréis, nos pagáis un *sho* de arroz y cien *mon* por cada saco de arena que levantamos, y lo cierto es que nosotros, un par de miles de pobres gentes, estamos muy contentos de tener trabajo. Pero, bueno, todos pensamos..., y yo también..., que podríais desdeciros porque, al fin y al cabo, sólo somos peones.

—Pero vamos a ver —dijo Kanbei—, ¿por qué razón un hombre con la reputación del señor Hideyoshi habría de incumplir su palabra? Cada vez que transportáis un saco de arena recibís una tira de bambú marcada que podéis cambiar por la paga al final de la jornada, ¿no es cierto?

—Sí, excelencia, nos dan tiras de bambú, pero sólo recibimos un *sho* de arroz moreno y cien *mon* aunque hayamos transportado diez o veinte sacos en un día. Lo demás son resguardos militares y billetes canjeables por arroz que sólo podremos cambiar más adelante.

—Así es.

—Eso es lo que nos preocupa, excelencia. Lo que hemos ganado estaría bien tanto en arroz como en dinero, pero sin el producto real, un pobre jornalero no puede alimentar a su mujer y sus hijos.

—¿Acaso un *sho* de arroz y cien *mon* no es una ganancia mucho mayor que la que obtenéis normalmente?

—No deberíais burlaros, excelencia. No somos caballos o vacas, y si trabajamos así durante todo el año, quedaremos inservibles. Pero, en fin, lo hemos aceptado, siguiendo las órdenes de Su Señoría, y hemos trabajado día y noche. Ahora bien, podemos hacer un trabajo razonable si ello nos permite satisfacer nuestras necesidades, pensando que luego podremos tomar sake, pagar nuestras deudas y comprar algo de ropa nueva para la mujer. Pero si nos pagáis con promesas, no podemos seguir trabajando de buena gana.

—La verdad es que resulta bastante difícil entenderos. El ejército del señor Hideyoshi tiene como principio mandar con benevolencia y hasta ahora no ha hecho nada despótico. ¿De qué podéis quejaros realmente?

Los cinco peones se rieron fríamente. Uno de ellos dijo:

—No nos quejamos, excelencia. Tan sólo pagadnos lo que hemos ganado. No podemos llenarnos el estómago con desperdicios de papel y billetes de canje. Y lo que es más importante de todo, ¿quién va a darnos auténtico dinero a cambio de esos desperdicios de papel el día que el señor Hideyoshi pierda?

—¡Si se trata de eso, no tenéis nada de que preocuparos!

—No, no, un momento. Decís que vais a ganar, y vos y todos estos generales habéis apostado vuestras vidas en este juego, pero yo no participaría en semejante apuesta. ¡En, todos vosotros! ¿No tengo razón?

Agitó los brazos desde lo alto del dique, pidiendo la conformidad de los millares de trabajadores, y al instante le respondió un griterío al tiempo que una oleada de cabezas humanas ondulaba de atrás adelante hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Es ésa vuestra única queja? —inquirió Kanbei.

—Sí, eso es lo que nos gustaría solucionar primero —replicó el hombre, mirando a la multitud en busca de apoyo pero sin mostrar el menor atisbo de temor.

—¡Pues de ninguna manera! —replicó Kanbei, usando su verdadera voz por primera vez.

En el mismo instante, arrojó su bastón al suelo, desenvainó la espada y cortó al hombre en dos. Volviéndose rápidamente hacia otro que había echado a correr, lo mató también. Al mismo tiempo, Rokuro y Kyuemon, que estaban en pie detrás de Kanbei, blandieron sus espadas y atacaron a los otros tres hombres, los cuales quedaron tendidos y sangrando a borbotones.

De esta manera Kanbei, Kyuemon y Rokuro dividieron su trabajo y mataron a cinco hombres en el instante en que tarda un rayo en caer.

Conmocionados por la celeridad y lo inesperado de la acción, los trabajadores quedaron tan silenciosos como la hierba en un cementerio. Las voces de insatisfacción se habían esfumado en un momento. Las expresiones desafiantes de las caras alzadas tan impudicamente hasta un momento antes, habían desaparecido. No quedaba nada salvo las innumerables caras que tenían el color de la tierra y

reflejaban pánico.

De pie entre los cinco cadáveres, los tres samurais miraron amenazantes a los peones, empuñando todavía las espadas empapadas de sangre.

Finalmente Kanbei gritó con toda su ferocidad:

—Estos cinco hombres que os representaban... Les hemos hecho subir aquí, hemos escuchado lo que tenían que decir y les hemos dado una respuesta muy clara. Sin embargo, es posible que alguien más tenga todavía algo que añadir. —Hizo una pausa, esperando que alguien hablara—. Sin duda alguno de vosotros quiere subir aquí. ¿Quién es el siguiente? ¡Si alguien quiere decir algo en nombre de los demás, ahora es el momento de hablar!

Kanbei permaneció un momento en silencio, dándoles tiempo para que reflexionaran en el asunto. Entre las innumerables cabezas, había varias cuyas expresiones cambiaban muy claramente del temor al arrepentimiento. Kanbei limpió la sangre de su espada y la envainó. Con una expresión suavizada, se dirigió a los peones y les habló en tono grave:

—Veo que nadie más va a subir después de esos cinco hombres, e imagino por ello que vuestras intenciones son distintas de las suyas. Si estoy en lo cierto, os voy a exponer mi punto de vista. ¿Alguna objeción?

Los varios millares de peones respondieron con las voces de hombres que se han salvado de la muerte. Ninguno de ellos tenía ninguna objeción que hacer. Nadie tenía la intención de quejarse. Los hombres que habían hablado eran claramente los cabecillas que habían instigado a los demás para que trabajaran más despacio. Los demás acatarían las órdenes y trabajarían. ¿Les perdonaría Hideyoshi?

Los tres mil hombres hablaban ruidosamente entre ellos, algunos en susurros, otros a gritos, de modo que era casi imposible entender lo que decían. Sin embargo, el sentimiento de todos ellos era unánime.

—¡Silencio! —exclamó Kanbei, agitando la mano para dominarlos—. Muy bien, así es como creo que deben ser las cosas. No voy a deciros nada complicado, pero básicamente sería mejor que todos trabajarais contentos y rápidamente, con vuestras mujeres e hijos, bajo la administración de Su Señoría. Si sois indolentes o codiciosos, no haréis más que retrasar la llegada del día que esperáis con ilusión. El ejército expedicionario enviado por el señor Nobunaga no será derrotado por los Mori. Por muy grande que sea la provincia que éstos dominan, es una provincia condenada a caer, y ello no se debe a que los Mori sean débiles, sino al gran movimiento de los tiempos. ¿Comprendéis?

—Sí —replicaron los peones.

—Bien, entonces ¿vais a trabajar?

—Sí, vamos a trabajar. ¡Realmente vamos a trabajar!

—¡De acuerdo! —Kanbei asintió vigorosamente y se volvió hacia Hideyoshi—. Mi señor, podéis oír cómo han hablado los trabajadores. Así pues, ¿no seréis generoso con ellos en esta ocasión?

Casi parecía estar suplicando en favor de la multitud.

Hideyoshi se levantó y dio una orden a Kanbei y los dos oficiales que estaban arrodillados ante él. Casi en el acto llegaron varios soldados de infantería cargados con lo que parecían pesados sacos de dinero..., una montaña de sacos de paja llenos de dinero.

Kanbei se dirigió a los peones, que seguían presa de sus temores y remordimientos.

—Vosotros no sois realmente culpables. Todos estáis en una situación penosa, y dos o tres malos elementos os han desencaminado. Eso es lo que el señor Hideyoshi ha declarado, y a fin de que trabajéis

sin otros pensamientos en vuestras mentes, ha ordenado que se os dé una prima para estimularos un poco. Recibidla, expresad vuestro agradecimiento y volved cuanto antes al trabajo.

Cuando los soldados de infantería recibieron la orden, abrieron los sacos de paja y vertieron la montaña de monedas, las cuales casi cubrieron por completo lo alto del dique.

—Coged todo lo que podáis y marcharos. Pero sólo un puñado cada hombre.

Aunque había dicho esto con toda claridad, los peones seguían dudando, sin atreverse a avanzar. Susurraban entre ellos e intercambiaban miradas, pero la montaña de monedas seguía inalterable.

—¡El hombre más rápido será el ganador! No os quejéis cuando todo haya desaparecido. Cada hombre debe coger un puñado, por lo que los hombres nacidos con manos grandes pueden considerarse afortunados, y los que tengan las manos pequeñas deben procurar que no se les escape ninguna moneda de entre los dedos. No fracaséis debido a la excitación. Luego volver al trabajo.

Los peones ya no tenían ninguna duda. Comprendían que Kanbei, con su semblante sonriente y sus jocosas palabras, había hablado en serio. Los que estaban delante de la multitud se abalanzaron hacia la montaña de monedas. Titubearon un poco, Como asustados al ver tanto dinero junto, pero en cuanto el primer hombre cogió un puñado y se retiró, se alzó de repente un coro de voces felices. Casi parecía un canto de victoria.

Un instante después se desencadenó tal confusión que monedas, hombres y terrones del suelo eran apenas distinguibles. Sin embargo, ninguno de los hombres intentó engañar, pues en algún momento todos ellos se habían desprendido de su astucia e insatisfacción. Aferrándose a sus puñados de monedas, parecían haberse transformado, y cada uno corrió a su puesto de trabajo.

Los ecos de azadas y palas utilizadas con verdadero brío llenaron la atmósfera. Lanzando gritos animosos, los hombres volcaban tierra, insertaban palos a través de los cestos para acarrear paja y se cargaban al hombro sacos de arena. Por primera vez hacían acopio de verdadero ánimo. El sudor que ahora vertían les alegraba y refrescaba cada vez más, y empezaron a gritarse con entusiasmo unos a otros.

—¿Quién dice que no podemos terminar este dique en cinco días? Eh, muchachos..., ¿os acordáis de la gran inundación?

—Es cierto. Esto no es nada comparado con el intento de mantener las aguas a raya.

—¡Hagámoslo! ¡Pongamos en ello toda nuestra valía!

—¡Yo no voy a abandonar!

En sólo medio día se realizó más trabajo que en los cinco anteriores.

Los látigos de los supervisores y el bastón de Kanbei ya no fueron necesarios. Se encendieron hogueras por la noche, el polvo de la tierra oscureció el día y, finalmente, la obra estuvo casi terminada.

A medida que las obras del dique se aproximaban a su final, el trabajo de desviar los siete ríos alrededor del castillo de Takamatsu también avanzaba. Casi veinte mil hombres trabajaban en ese proyecto. Represar y vaciar las aguas de los ríos Ashimori y Naruya eran los proyectos de construcción considerados más difíciles.

El oficial encargado de represar el Ashimori solía quejarse a Hideyoshi.

—El nivel del agua crece a diario debido a las lluvias intensas en las montañas. No parece haber ninguna manera de repesarlo.

El día anterior Kanbei había ido a inspeccionar el sitio con Rokuro y comprendía la extrema dificultad de la situación.

—La corriente es tan fuerte que cuando introdujimos rocas que sólo podían moverlas veinte o treinta hombres, desaparecieron en seguida corriente abajo.

Como incluso Kanbei sólo podía dar excusas, Hideyoshi fue personalmente al río para ver la situación. Pero una vez allí, ante la potencia de la impetuosa corriente, su propio conocimiento humano quedó obnubilado.

Rokuro se acercó a él y le ofreció una sugerencia.

—Si cortamos árboles en la parte alta del río y, sin quitarles el follaje, los arrojamos al agua, es posible que reduzcan un poco la velocidad de la corriente.

Pusieron en práctica este plan y, durante media jornada, más de mil trabajadores talaron árboles y los arrojaron al río, pero tampoco esto sirvió para aminorar la rapidez de la corriente.

Entonces Rokuro sugirió que hundieran treinta grandes barcas cargadas con enormes rocas en el lugar donde se proponían construir la presa.

Sin embargo, tirar de las grandes embarcaciones contra corriente se reveló imposible, por lo que extendieron tablas en el suelo sobre las que vertieron aceite y, con gran esfuerzo, las arrastraron y hundieron con sus cargas de rocas en la desembocadura del río.

Entretanto el gran dique, que se extendía a lo largo de una legua, había sido terminado, y la impetuosa corriente del Ashimori se transformaba en espuma y rocío y se desviaba hacia la llanura alrededor del castillo de Takamatsu.

Más o menos por la misma época las aguas de los otros seis ríos fueron canalizadas dentro de la zona. Sólo la canalización del río Naruya fue demasiado difícil para que los trabajadores pudieran completarla a tiempo.

Habían transcurrido catorce días desde el siete del quinto mes, el día en que comenzaron los trabajos. La obra se había completado en dos semanas.

El veintiuno del quinto mes, los cuarenta mil soldados de Mori al mando de Kikkawa y Kobayakawa llegaron a la frontera... un día después de que los alrededores del castillo de Takamatsu hubieran sido transformados en un lago fangoso.

La mañana del veintiuno, Hideyoshi estaba con sus generales en el cuartel general del monte Ishii y contemplaba su obra.

Tanto si a uno le parecía un espectáculo grandioso como una desgracia, lo cierto era que las aguas crecidas, ayudadas por la lluvia caída durante la noche, habían dejado al castillo de Takamatsu completamente aislado en medio de un lago. Los muros externos, el bosque, el puente levadizo, los tejados de las casas, los pueblos, los campos, los arrozales y las carreteras estaban todos sumergidos y el nivel del agua crecía a cada hora que pasaba.

—¿Dónde está el Ashimori?

Kanbei respondió a la pregunta de Hideyoshi señalando un grupo de pinos que se veía vagamente al oeste.

—Como podéis ver, hay una abertura en el dique de unas cuatrocientas cincuenta varas en esa zona, y por ahí hacemos pasar las aguas represadas del Ashimori.

Hideyoshi siguió la línea de las montañas distantes de oeste a sur. Bajo el cielo, directamente al sur, vio el monte Hizashi en el borde. Al amanecer, los innumerables estandartes de la vanguardia de Mori habían aparecido en la montaña.

—Son el enemigo, pero uno no puede dejar de solidarizarse con lo que Kikkawa y Kobayakawa deben de haber sentido esta mañana cuando han llegado y visto el lago —comentó Kanbei—. Seguro que se han puesto a patlear, llenos de contrariedad.

En aquel momento, el hijo del oficial encargado de las obras en el río Naruya se postró ante Hideyoshi. Estaba llorando.

—¿Qué sucede? —le preguntó Hideyoshi.

—Esta mañana mi padre se ha declarado culpable de negligencia inexcusable —replicó el joven—. Os ha escrito esta carta de disculpa y se ha hecho el seppuku.

El oficial había estado al frente del difícil proyecto de abrir paso a lo largo de novecientas varas en una montaña. Aquella mañana quedaban noventa varas, por lo que el hombre no había cumplido con el plazo fijado. Responsabilizándose del fracaso, se había quitado la vida.

Hideyoshi miró al muchacho, cuyas manos, pies y cabello estaban todavía cubiertos de barro, y le hizo un gesto para que acudiera a su lado.

—Tú no vas a hacerte también el seppuku, ¿de acuerdo? Que tu acción en el campo de batalla sea una oración por el alma de tu padre.

Dicho esto, le dio unas palmaditas en la espalda.

El joven lloraba sin poder contenerse. Empezó a llover, y la blanca cortina de lluvia que caía de las espesas nubes que descendían lentamente se vertió en el lago enfangado.

\* \* \*

Era la noche del día veintidós del quinto mes, la víspera de la llegada de las tropas de Mori a la frontera.

Al amparo de la oscuridad, dos hombres nadaron como extraños peces por las turbias aguas del lago y subieron al dique, haciendo sonar una serie de badajos y campanas que colgaban de una cuerda tendida a lo largo del borde del agua, atada a los bambúes enanos y la maleza y camuflada de tal manera que parecía las zarzas de un rosal silvestre.

En la caseta de cada guardián a lo largo del dique ardía una brillante fogata. Los guardianes salieron apresuradamente y capturaron a uno de los hombres, mientras que el otro pudo escapar.

—No importa que sea uno de los soldados del castillo o un enviado de los Mori. El señor Hideyoshi interrogará minuciosamente a este hombre.

El comandante de los guardianes envió al cautivo al monte Ishii.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Hideyoshi en cuanto salió a la terraza.

Sus servidores sostenían faroles a cada lado, y a su luz contempló al soldado enemigo, el cual estaba arrodillado bajo los aleros empapados de lluvia. Su expresión era orgullosa, a pesar de que tenía ambos brazos atados con una cuerda.

—Este hombre no es un soldado del castillo. Apuesto a que es un mensajero de los Mori. ¿No llevaba nada encima? —preguntó al servidor encargado del prisionero.

Durante su investigación preliminar, el servidor había encontrado entre las ropas del hombre un recipiente de sake que contenía una carta, la cual depositó ahora ante Hideyoshi.

—Humm..., parece una réplica de Muneharu, dirigida a Kikkawa y Kobayakawa. Acerca un poco más



la lámpara.

Los refuerzos de los Mori se habían descorazonado al ver que el lago se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Habían ido al castillo con la mayor rapidez, pero no tenían idea de cómo podrían ayudar a los sitiados ahora que estaban rodeados de agua. Aconsejaron a Muneharu que se rindiera a Hideyoshi y salvara las vidas de los miles de personas que se encontraban en el recinto de la fortaleza.

La carta que Hideyoshi tenía ahora en la mano era la respuesta de Muneharu a esa sugerencia.

Habéis pensado solidariamente en los que estamos aquí, y vuestras palabras están llenas de benevolencia. Pero ahora el castillo de Takamatsu es el eje de las provincias occidentales, y su caída significaría sin duda el final del clan Mori.

Desde los tiempos del señor Motonari, todos hemos recibido favores del clan Mori, y no hay aquí una sola persona que desee extender su vida ni siquiera un solo día vendiendo la canción de la victoria al enemigo. Estamos firmemente preparados para el asedio y resueltos a morir con el castillo.

En su carta, Muneharu animaba a los refuerzos. El mensajero de Mori capturado respondió a las preguntas de Hideyoshi con inesperada franqueza. Puesto que el enemigo ya había leído la carta de Muneharu, parecía resignado al hecho de que sería inútil ocultar nada. Pero Hideyoshi no realizó una investigación completa, pues no tenía ningún deseo de humillar a un samurai. Valoró como tal lo que era sencillamente inútil, y volvió sus pensamientos en otra dirección.

—Creo que ya es suficiente. Desatad a este guerrero y dejadle en libertad.

—¿Que le dejemos en libertad?

—Ha cruzado a nado este lago enfangado y parece que tiene frío. Dadle de comer y procuradle un pase de modo que no vuelva a ser detenido por el camino.

—Sí, mi señor.

El servidor desató al mensajero. Naturalmente, el hombre había resuelto morir, y ahora estaba confuso. Hizo una silenciosa reverencia a Hideyoshi y empezó a levantarse.

—Confío en que el señor Kikkawa goce de buena salud —dijo Hideyoshi—. Dale los más cariñosos recuerdos de mi parte.

El mensajero de los Mori se arrodilló de la manera apropiada. Percibía la hondura de la amabilidad de Hideyoshi, y se inclinó ante él con el mayor respeto.

—También creo que hay un monje llamado Ekei en el estado mayor del señor Terumoto. Ekei de Ankokuji.

—Así es, mi señor.

—Hace mucho tiempo que no le veo. Por favor, dale también recuerdos míos.

En cuanto el mensajero se hubo ido, Hideyoshi se volvió y preguntó a un servidor:

—¿Tienes la carta que te di antes?

—Está a buen recaudo, mi señor.

—Contiene un mensaje secreto de gran importancia. Llévelo directamente al señor Nobunaga.

—Se la entregaré sin falta.

—Sin duda ese servidor de Mori partió para cumplir con su cometido tan resuelto como tú, pero ha sido capturado, y una carta que contenía las intenciones de Muneharu y Kikkawa ha caído en mis manos.

Ten muchísimo cuidado.

Hideyoshi estaba sentado de cara al farol. La carta que había confiado al mensajero para que la llevase a Azuchi solicitaba a Nobunaga que dirigiera un ejército hacia el oeste.

El destino del solitario castillo de Takamatsu era como el de un pez ya en la red. Los ejércitos combinados de Mori Terumoto, Kobayakawa Takakage y Kikkawa Motoharu habían llegado. ¡Era el momento! La conquista del oeste se completaría de un solo golpe. Hideyoshi quería mostrar aquel grandioso espectáculo a Nobunaga, y creía que la asistencia personal de su señor garantizaría una victoria decisiva.

## «¡Cabeza de naranja china!»

La ciudad fortificada de Azuchi se había convertido en el bullicioso centro de una nueva cultura. Sus enérgicos ciudadanos, vestidos con trajes multicolores, llenaban sus calles y los brillantes dorados y azules de la torre del homenaje del castillo parecían bordados con el verde de las tiernas hojas primaverales.

Las condiciones no podían ser más diferentes de las que imperaban en el oeste. En el quinto mes, mientras Hideyoshi y sus hombres habían trabajado duramente en el barro, día y noche, para atacar el castillo de Takamatsu, en las calles de Azuchi colgaban adornos y la ciudad estaba tan animada que parecía como si los ciudadanos estuvieran celebrando el Año Nuevo y el festival de mediados del verano al mismo tiempo.

Nobunaga se preparaba para recibir a un invitado de cierta importancia. Pero la gente se preguntaba quién podía ser tan importante. El hombre que llegó a Azuchi el día quince del quinto mes no era otro que el señor Tokugawa Ieyasu de Mikawa.

Hacía menos de un mes que Nobunaga había efectuado su regreso triunfal desde Kai a través de Mikawa, por lo que era posible que se limitara a devolver la cortesía. Pero la visita redundaba claramente en interés de Ieyasu. Era aquella una era de cambios profundos y no se debía descuidar el futuro. Así, aunque era raro que Ieyasu realizara visitas formales a otras provincias, llegaba a Azuchi acompañado por un brillante séquito.

Dispusieron para él los mejores aposentos de la ciudad, y Akechi Mitsuhide fue nombrado responsable de su recepción. Además, Nobunaga había ordenado a su hijo Nobutada, quien estaba a punto de partir hacia las provincias occidentales, que ayudara en los preparativos de un espléndido banquete que se prolongaría durante tres días.

Algunos no ocultaban su extrañeza por el hecho de que Nobunaga diera un recibimiento tan espléndido a Ieyasu, un hombre ocho años más joven que él y señor de una provincia que, hasta fecha reciente, había sido pequeña y débil. Otros replicaban que eso no tenía nada de extraño, pues la alianza entre los Oda y los Tokugawa duraba más de veinte años sin que en todo ese tiempo se hubieran producido sospechas, sin acuerdos incumplidos y sin ningún enfrentamiento, lo cual era un milagro en aquella época de traiciones y luchas por el poder feudal.

Un tercer grupo opinaba que el motivo del acontecimiento no era algo tan trivial como corresponder a Nobunaga por su hospitalidad, y argumentaban que en el futuro el señor de los Oda realizaría grandes cosas. El oeste era un trampolín para llegar a Kyushu, la isla más meridional de Japón, y desde allí a las ricas tierras de los mares del Sur. Para poder realizar con éxito su conquista, Nobunaga debería poner el norte de Japón en manos de un aliado en quien pudiera confiar.

Desde hacía algún tiempo, Nobunaga planeaba ir en persona a las provincias occidentales y establecer allí su dominio, tal como había hecho en Kai. En aquellos momentos efectuaba los preparativos para partir hacia el frente, pero dejó de lado esa importante tarea a fin de recibir a Ieyasu.

Como es natural, Ieyasu recibió lo mejor que Azuchi podía proporcionar en cuanto a alojamiento, mobiliario, utensilios, sake y alimentos. Pero lo que Nobunaga quería proporcionar por encima de todo a su invitado eran cosas que se encontraban en las viviendas más humildes de los ciudadanos y alrededor de los hogares en las casas de campo: amistad y confianza.

Eran estas dos cosas las que habían asegurado la supervivencia de su alianza. Y, por su parte, Ieyasu se había revelado como un aliado digno de confianza una y otra vez. Ieyasu sabía muy bien que sus intereses estaban fuertemente vinculados a los de Nobunaga, a pesar del egoísmo y la testarudez que éste evidenciaba en ocasiones. Así pues, aunque a veces hubiera bebido de una taza muy amarga, había apoyado a Nobunaga y jurado seguirle hasta el final.

Si un tercero desinteresado contemplara la alianza de veinte años entre los dos hombres y juzgara quién había salido ganando y quién perdiendo, con toda probabilidad habría dicho que ambos se habían beneficiado. Sin la amistad de Ieyasu cuando era joven y empezaba a establecer la dirección de su vida, Nobunaga no habría estado en Azuchi. Y si Ieyasu nunca hubiera recibido la ayuda de Nobunaga, la débil y pequeña provincia de Mikawa muy probablemente no habría podido resistir las presiones de sus vecinos.

Aparte de los vínculos de amistad e interés propio, los caracteres de ambos hombres eran claramente complementarios. Nobunaga tenía ambiciones así como la voluntad de realizarlas, unas ambiciones que un hombre prudente como Ieyasu ni siquiera podía imaginar. Nobunaga era el primero en admitir que Ieyasu poseía virtudes de las que él carecía: paciencia, modestia y frugalidad. Tampoco Ieyasu parecía ambicioso por sí mismo. Tenía en cuenta los intereses de su provincia, pero nunca daba a su aliado causa alguna de preocupación. Siempre defendía su terreno contra sus enemigos comunes y era una fortaleza silenciosa en la retaguardia de Nobunaga.

En otras palabras, Mikawa era un aliado ideal e Ieyasu un amigo digno de confianza. Al recordar las penalidades y los peligros a los que habían tenido que enfrentarse en los últimos veinte años, Nobunaga se sentía inclinado a llamar a Ieyasu su «viejo y buen amigo», y le alababa como el hombre que más había hecho para que Azuchi fuese una realidad.

Durante el banquete, Ieyasu expresó su sincera gratitud por el tratamiento que recibía de Nobunaga, pero de vez en cuando notaba que faltaba algo y finalmente le preguntó a Nobunaga:

—¿No estaba el señor Mitsuhide encargado del banquete? ¿Qué le ha ocurrido? No le he visto en todo el día ni tampoco ayer, en la función de teatro Noh.

—Ah, Mitsuhide —respondió Nobunaga—. Ha regresado al castillo de Sakamoto. Tanta era su prisa que ni tiempo ha tenido de presentaros sus respetos.

Su voz era clara y placentera, y no mostraba al hablar ninguna emoción particular, pero Ieyasu estaba un poco preocupado, pues se estaban difundiendo por la ciudad unos rumores inquietantes. Sin embargo, la respuesta de Nobunaga, breve y serena, parecía desmentir los rumores, e Ieyasu dejó correr el asunto.

Sin embargo, aquella noche Ieyasu regresó a su alojamiento y escuchó lo que sus servidores habían oído decir acerca de la partida de Mitsuhide. Entonces comprendió que la situación era lo bastante complicada para que no fuese posible pasarla por alto. Escuchó las diversas versiones de lo sucedido,ató cabos y fue comprendiendo la que parecía haber sido la principal razón de la súbita partida de Mitsuhide.

Sucedió el mismo día de la llegada de Ieyasu. Sin previo aviso, Nobunaga había efectuado una inspección de las cocinas. Corría la estación de las lluvias y la atmósfera en Azuchi era cálida y bochornosa. El olor del pescado crudo y las verduras en conserva ofendía los sentidos. Y no sólo eso, sino que los alimentos llegados en grandes cantidades de Sakai y Kyoto habían sido desempaquetados y amontonados en un desorden terrible. Las moscas revoloteaban alrededor de la comida y la cara de

Nobunaga.

—¡Este sitio apesta! —gruñó airado. Entonces, mientras se dirigía a la sala de preparativos, siguió hablando sin dirigirse a nadie en particular—: ¿Qué es esto? ¡Toda esta suciedad! ¡Tanto desperdicio! ¿Vais a cocinar para nuestro honorable huésped en este lugar inmundo? ¿Vais a servirle pescado podrido? ¡Tirad en seguida esta porquería!

La cólera de Nobunaga fue completamente inesperada, y los encargados de la cocina se arrojaron a sus pies. Era una escena penosa. Mitsuhide se había esforzado para comprar los mejores ingredientes y preparar platos exquisitos, se había pasado varios días sin dormir, supervisando a sus servidores y a los cocineros. Ahora apenas podía dar crédito a sus oídos. Corrió a postrarse ante su señor y le explicó que con toda seguridad el olor ofensivo no estaba causado por pescado podrido.

—¡No me des más excusas! —le interrumpió Nobunaga—. ¡Tíralo todo! ¡Busca otra cosa para el banquete de esta noche!

Haciendo oídos sordos a las protestas de su servidor, Nobunaga dio media vuelta y se marchó.

Mitsuhide se quedó sentado y en silencio durante un rato, casi como si hubiera perdido la capacidad de mover las piernas. En aquel momento llegó un mensajero y le entregó una carta ordenándole que reuniera sus tropas y partiera de inmediato hacia las provincias occidentales.

Los servidores de Akechi recogieron las muchas exquisiteces que habían preparado para Ieyasu y, a través del portal trasero, las arrojaron al foso, exactamente como habrían tirado basura o un animal doméstico muerto. Silenciosamente, reprimiendo las lágrimas, vertieron sus sentimientos en las negras aguas.

\* \* \*

Por la noche las ranas croaban ruidosamente en las charcas cercanas a los aposentos de Mitsuhide, y parecían preguntarle en qué estaba meditando. ¿Eran gritos de solidaridad con él o acaso se reían de su estupidez? Dependía de cómo uno las escuchara.

Mitsuhide había ordenado que no entrara nadie y ahora estaba sentado a solas en una habitación grande y vacía.

Aunque el verano estaba en sus comienzos, una brisa fresca y delicada soplaba silente en la penumbra. La palidez de Mitsuhide era terrible. Parecía que el cabello a ambos lados de la cabeza se le erizaba cada vez que vacilaba la llama de la vela. Su angustia era patente en el desorden del cabello y el mal color de su rostro.

Finalmente alzó lentamente la que Nobunaga había apodado «cabeza de naranja china» y miró el jardín a oscuras. A lo lejos vio un gran número de faroles que brillaban entre los árboles. Era la primera noche del banquete en el castillo.

Mitsuhide se preguntó si debería irse sin más, tal como le había ordenado, o si sería mejor que fuese al castillo y presentase sus respetos antes de partir. Estas cosas siempre le habían confundido. Su mente, de ordinario despejada, estaba tan fatigada en aquellos momentos que debía hacer un enorme esfuerzo para pensar claramente y no cometer un error.

Tras haber dado tanta importancia a esa cuestión, por más que pensara en ello no sabía en absoluto qué hacer. Sin darse cuenta exhaló un suspiro de pesar que contenía la mayor parte del dolor que le

causaba enfrentarse a sus dificultades, y se preguntó si existían en el mundo otros hombres tan difíciles de entender como Nobunaga. ¿Qué podía hacer uno para adaptarse al temperamento de su señor? No había nada tan trabajoso como lograr satisfacerle.

Si hubiera podido dejar de lado la naturaleza absoluta de la relación entre señor y servidor y hablar sinceramente, habría criticado a Nobunaga. Mitsuhide estaba dotado de unas facultades críticas muy por encima de las del hombre corriente, y sólo por el hecho de que Nobunaga era su señor tenía cautela e incluso temía sus propias críticas.

—¡Tsumaki! ¡Tsumaki! —llamó Mitsuhide, mirando de improviso las puertas corredizas a cada uno de sus lados—. ¡Dengo! ¿Estás ahí, Dengo?

Pero el hombre que finalmente abrió la puerta y se inclinó ante él no era Dengo ni Tsumaki, sino uno de sus ayudantes personales, Yomoda Masataka.

—Los dos están ocupados, deshaciéndose de la comida que íbamos a usar para el banquete y con los preparativos de vuestra súbita partida.

—Acompáñame al castillo.

—¿Al castillo? ¿Vais a ir al castillo?

—Creo que es apropiado que presente mis respetos al señor Nobunaga antes de que partamos. Haz los preparativos.

Mitsuhide se levantó para vestirse. Parecía espolearse a sí mismo antes de que se desvaneciera su resolución.

Masataka estaba un tanto aturdido.

—Esta tarde, cuando os pregunté qué queríais hacer, creí que desearíais ir al castillo, precisamente por esa razón. Pero no teníamos tiempo, dada la orden repentina de Su Señoría. Y entonces dijisteis que nos iríamos sin presentar nuestros respetos ni al señor Nobunaga ni al señor Ieyasu. Ahora todos los ayudantes y servidores están ocupados en la limpieza. ¿Puedo pedir que esperéis un poco?

—No, no. No necesito muchos ayudantes. Bastará contigo. Trae mi caballo.

Mitsuhide se dirigió a la salida. No había ningún servidor en las habitaciones ante las que pasaba. Sólo dos o tres pajes le seguían. Pero cuando salió, reparó en los grupitos de vasallos con las cabezas juntas, hablando bajo las sombras de los árboles y en los establos. Como era natural, los servidores de Akechi estaban preocupados por su repentino despido como encargados del banquete y la orden de que aquel mismo día partieran al oeste.

Unos y otros expresaban su resentimiento, con lágrimas de aflicción en los ojos. El último incidente había encendido su antagonismo y enojo hacia Nobunaga, que se habían intensificado desde la campaña de Kai, como aceite vertido sobre leña.

En el campamento de Suwa, durante la campaña de Kai, Mitsuhide había sufrido ya una humillación pública insoportable, algo que no había ocultado a sus servidores. ¿Por qué recientemente Nobunaga atormentaba tanto a su señor?

Pero lo sucedido aquel día era con mucho lo peor, porque todos los invitados al banquete se enterarían del incidente: el señor Ieyasu y sus servidores, la nobleza de Kyoto y los generales de Oda camaradas de Mitsuhide. Haber sufrido un insulto allí era lo mismo que haber sido avergonzado ante toda la nación.

Semejante humillación pública era insoportable para todo samurai auténtico.

—Vuestro caballo, mi señor —le dijo Masataka.

Los servidores aún no se habían fijado en el ayudante que conducía el caballo de Mitsuhide. Distráidos por los acontecimientos de la jornada, seguían reunidos en grupitos y hablaban del asunto.

Cuanto Mitsuhide estaba a punto de marcharse, alguien desmontó delante del portal. Era un mensajero de Nobunaga.

—¿Os marcháis, señor Mitsuhide? —inquirió el hombre.

—Todavía no. He pensado en ir al castillo una vez más, presentar mis respetos a Su Señoría y al señor Ieyasu y partir.

—Al señor Nobunaga le preocupaba que decidierais hacer tal cosa, y me ha enviado para que no tengáis que acudir al castillo en medio de vuestros apresurados preparativos para partir.

—¿Cómo? ¿Otro mensaje?

Mitsuhide regresó de inmediato al interior de la casa, se sentó y escuchó respetuosamente los deseos de su señor.

Sigue en pie la orden de que ceses en tus funciones de hoy y partas, pero hay más instrucciones relativas a tu partida como vanguardia hacia las provincias occidentales. Las fuerzas de Akechi marcharán desde Tajima a Inaba. Puedes entrar a voluntad en las provincias de Mori Terumoto.

No seas negligente y no dejes que pase el tiempo. Debes regresar a Tamba en seguida, preparar a tus tropas y proteger el flanco de Hideyoshi a lo largo de la ruta de Sanin. Yo mismo me dirigiré pronto hacia el oeste como retaguardia.

No pierdas tiempo, no vaya a ser que perdamos esta oportunidad estratégica.

Mitsuhide se postró y respondió que seguiría las instrucciones al pie de la letra. Entonces, pensando que tal vez había mostrado un servilismo excesivo, se irguió, miró fijamente al mensajero y le dijo:

—Por favor, habla a Su Señoría como lo creas oportuno.

Mitsuhide se dirigió a la puerta para despedir al hombre. A cada paso que daba, el viento que soplaba a través del edificio casi vacío irritaba sus sentidos.

Hasta hacía pocos años, cuando su señor le daba permiso para regresar a casa, siempre quería verle antes de que partiera, aunque fuese en plena noche. Infinidad de veces Nobunaga le había dicho: «Ven a tomar un cuenco de té o, si te marchas por la mañana, ven antes del alba». ¿Por qué había llegado a despreciarle de aquella manera? Incluso enviaba un mensajero para que él no tuviera que verle en persona.

Se dijo que no debía pensar en ello, pero cuanto más se esforzaba por no hacerlo, tanto más refunfuñaba y un monólogo silencioso inundaba su corazón. Las palabras eran como burbujas que subían a la superficie de un agua fétida.

—¿Acaso ve alguien estas flores? ¡También son inútiles!

Mitsuhide tendió a mano hacia el gran jarrón colocado en el lugar de honor de la estancia y sacudió las flores que habían sido bellamente arregladas. Mientras llevaba el jarrón a la terraza, el agua se derramó ruidosamente al suelo.

—¡Salgamos de aquí! —gritó a sus servidores—. ¡Es hora de partir! ¿Estáis preparados?

Mitsuhide alzó el jarrón por encima de su cabeza, apuntó a una ancha piedra pasadera y lo arrojó con

todas sus fuerzas. El recipiente se rompió en medio de una rociada de agua con un sonido consolador, y el agua salpicó la cara y el pecho de Mitsuhide. Éste alzó la cara mojada hacia el cielo y se echó a reír. Reía completamente a solas.

Era noche cerrada y, al tiempo que se instalaba la niebla, el aire se volvía caliente y húmedo. Sus servidores habían terminado de cargar el equipaje y formaban en filas delante del portal. Los caballos relinchaban bajo las nubes de lluvia que se deslizaban por el cielo a escasa altura.

—¿Habéis preparado prendas para la lluvia? —preguntó un servidor, mirando de nuevo hacia el interior del portal.

—Hoy no hay una sola estrella en el cielo, y si empieza a llover tendremos dificultades para avanzar por los caminos —dijo otro—. Será mejor que llevemos una buena provisión de antorchas.

Los rostros de todos los samurais eran tan sombríos como el cielo nocturno. Sus ojos llorosos reflejaban cólera, amargura o un hosco descontento. Muy pronto se oyó la voz de Mitsuhide mientras se alejaba de la entrada con un grupo de hombres montados.

—Sakamoto casi puede verse desde aquí —decía—. Llegaremos pronto aunque llueva.

Al oír el tono de su señor, de una jovialidad poco corriente en él, sus servidores sintieron más sorpresa que cualquier otra cosa.

Aquella misma noche Mitsuhide se había quejado de una fiebre ligera y tomó un medicamento. Ahora sus servidores estaban inquietos por la posibilidad de que lloviera. Él respondió a sus preocupaciones en una voz lo bastante alta como para que la oyeran los hombres que estaban tanto dentro como fuera del portal.

Cuando anunciaron la presencia de Mitsuhide, los hombres se pasaron el fuego de antorcha en antorcha, hasta que el número de luces casi pareció multiplicarse hasta el infinito. Entonces, con las llamas en alto, los servidores caminaron uno tras otro, siguiendo a la vanguardia.

Cuando habían recorrido una media legua, empezó a llover y las gotas rociaron las llamas de las antorchas.

—Parece que los invitados del castillo aún no se han ido a dormir. Tal vez se quedarán en vela toda la noche.

Mitsuhide no reparó en la lluvia. Al volverse en su silla de montar y mirar atrás hacia el lago, la enorme torre del homenaje del castillo de Azuchi parecía alzarse en un cielo que era negro como la tinta. Imaginó que los delfines dorados que adornaban el tejado brillaban más en aquella noche lluviosa, deslumbrantes en la oscuridad. Reflejado en el lago, el mar de luces del edificio de numerosos pisos parecía temblar de frío.

—¡Mi señor, mi señor, no debéis coger frío! —exclamó el preocupado Fujita Dengo, acercando su caballo al de Mitsuhide, y le puso un impermeable de paja sobre los hombros.

\* \* \*

Aquella mañana la orilla del lago Biwa volvía a estar oculta por la niebla, tal vez debido a que el cielo aún no se había aclarado tras las lluvias de comienzos del verano. Con el oleaje y la niebla que era indistinguible de la lluvia, el mundo parecía ser de un blanco puro.

El camino estaba lleno de barro que salpicaba continuamente a los caballos hasta las orejas.



Desafiando en silencio la lluvia de la noche anterior y el estado del camino, el ejército proseguía su penoso avance hacia Sakamoto. A la derecha estaba la orilla del lago y a la izquierda se alzaba el monte Hiei. El viento que soplaba desde la montaña atiesaba los impermeables de paja que llevaban los hombres y les daba el aspecto de erizos.

—Ah, mirad ahí, mi señor —le dijo Masataka a Mitsuhide—. El señor Mitsuharu ha venido a saludaros.

El castillo que se alzaba en la orilla, el de Sakamoto, estaba delante de ellos. Mitsuhide asintió levemente, como si ya lo hubiera visto. Aunque Sakamoto estaba casi lo bastante cerca de Azuchi para verlo con sólo volver la cabeza, Mitsuhide parecía haber recorrido mil leguas. Ante el castillo que estaba bajo el mando de su primo, Akechi Mitsuharu, se sentía exactamente como si hubiera huido de la guarida del tigre.

Sin embargo, sus ayudantes estaban mucho más preocupados por las toses periódicas de Mitsuhide que por lo que éste pudiera pensar, y expresaron su preocupación.

—Habéis viajado toda la noche bajo la lluvia con este frío y debéis de estar exhausto. Una vez en el castillo, deberíais calentaros e ir a la cama sin pérdida de tiempo.

—Sí, probablemente debería hacerlo.

Mitsuhide era un señor realmente gentil. Escuchaba atentamente los consejos de sus servidores y comprendía su ansiedad. Cuando llegaron al pinar delante del portal, Dengo cogió las riendas del caballo de Mitsuhide y permaneció al lado de la silla, listo para ayudar a su señor a desmontar.

En el puente, al otro lado del foso, había formado una hilera de servidores. Uno de estos abrió un paraguas y lo ofreció con deferencia. Masataka cogió el paraguas y lo sostuvo sobre la cabeza de Mitsuhide.

Mitsuhide cruzó el puente. Desde la barandilla veía las blancas aves acuáticas que nadaban alrededor de los pilotes, como flores diseminadas sobre el agua verde azulada.

Mitsuharu, que había salido a recibir a su primo, avanzó unos pasos desde la línea de soldados y le hizo una respetuosa reverencia.

—Te estábamos esperando desde el amanecer —le dijo, precediendo a Mitsuhide a través del portal.

La decena de servidores principales de Mitsuhide se lavaron las manos y pies cubiertos de barro, amontonaron sus impermeables de paja y entraron en la ciudadela.

Los demás servidores se quedaron al otro lado del foso, lavando los caballos y cuidando del equipaje, mientras aguardaban que les indicaran sus alojamientos. A lo lejos se oía los relinchos de los caballos y el estrépito de las voces humanas.

Mitsuhide se había cambiado por otras sus ropas de viaje. Se sentía tan relajado en los aposentos de Mitsuharu como si fuesen los suyos. Desde todas las habitaciones veía un panorama del lago y el monte Hiei. La ciudadela interior estaba situada en una zona que tuvo en otro tiempo las vistas más pintorescas, pero ahora nadie podía apreciar aquel escenario. Desde que Nobunaga ordenó que el monte Hiei fuese destruido con fuego, los monasterios y templos se habían convertido en montículos de cenizas. Sólo recientemente habían empezado a reconstruir las casas del pueblo al pie de la montaña.

También estaban cerca las ruinas del castillo en el monte Usa, donde el padre de Mori Ranmaru encontró su fin, así como el campo de batalla donde los clanes Asai y Asakura lucharon con los Oda, fueron derrotados y sus cadáveres quedaron amontonados. Cuando uno pensaba en estas ruinas y pasadas

batallas, se daba cuenta de que en el hermoso escenario resonaban los lamentos de los espectros. Mitsuhide se sentó a escuchar el sonido de las lluvias de principios del verano y recordar.

Entretanto, Mitsuharu se encontraba en una pequeña sala de té, contemplando el fuego del hogar y escuchando el grato sonido del agua que ardía en una tetera confeccionada por el maestro fundidor Yojiro. En aquel momento estaba totalmente inmerso en el arte del té.

Desde la época de su adolescencia, Mitsuharu y Mitsuhide se habían criado como hermanos, compartiendo las penalidades del campo de batalla y la felicidad de la vida hogareña. Y en lugar de alejarse, como suelen hacer los hermanos cuando crecen, su relación siguió siendo íntima.

Sin embargo, sus caracteres jamás serían iguales, y por ello aquella mañana los dos hombres se apresuraron a ir a distintos lugares del castillo y cada uno adoptó el estilo de vida más grato a su corazón.

Mitsuharu supuso que su primo ya se había cambiado de ropa. Se levantó de su lugar ante la tetera, cruzó la húmeda terraza y el corredor que, como un puente, conducía a las habitaciones asignadas a Mitsuhide. Oyó a los ayudantes más íntimos de éste en otra habitación, pero su primo estaba a solas, sentado con la espalda recta y mirando fijamente el lago.

—Quería ofrecerte té —le dijo Mitsuharu.

Mitsuhide se volvió hacia su primo y musitó: «Té...», como si estuviera despertando de un sueño.

—Recientemente me han entregado una pieza que encargué a Yojiro de Kyoto. No tiene los adornos elegantes de una tetera de Ashiya, pero sí un encanto rústico grato a la vista. Dicen que las teteras nuevas no son buenas, pero como podrías esperar de Yojiro, el agua que sale de sus teteras sabe tan bien como la que sale de las viejas. Tenía intención de servirte té la próxima vez que vinieras, y cuando me informaron esta mañana de que habías regresado súbitamente de Azuchi, encendí el hogar de inmediato.

—Eres muy amable, Mitsuharu, pero no quiero tomar té.

—Bueno, ¿qué te parece después del baño?

—Tampoco es necesario que me prepares un baño. Por favor, sólo te pido que me dejes dormir un poco. Eso es todo lo que quiero.

Últimamente Mitsuharu había oído muchos comentarios, por lo que no era del todo ciego a los pensamientos de Mitsuhide. Sin embargo, tenía ciertas dudas sobre los motivos por los que su primo había regresado a Sakamoto tan de repente. No era precisamente un secreto que Mitsuhide había recibido la responsabilidad de organizar el banquete que Nobunaga celebraba para dar la bienvenida a Ieyasu. ¿Por qué Mitsuhide había sido despedido tan de súbito poco antes del banquete? Ieyasu estaba ciertamente en Azuchi. Sin embargo, el puesto de Mitsuhide había sido dado a otro, mientras que él recibía la orden de partir.

Mitsuharu no había oído todavía ningún detalle, pero desde que le contaron los acontecimientos de Azuchi hasta el momento en que vio el rostro de Mitsuhide, tuvo tiempo de comprender que algo había contrariado al señor Nobunaga. Mitsuharu se dolía en secreto por la situación de su primo.

Y tal como Mitsuharu había temido, desde que le recibió en el castillo por la mañana, el aspecto de Mitsuhide no había sido alentador. Sin embargo, ver una sombra de preocupación en la frente de su primo no era una gran sorpresa para Mitsuharu, el cual creía que nadie comprendía el carácter de Mitsuhide mejor que él, gracias a su pasado compartido.

—Sí, eso tiene sentido. Te has pasado la noche entera cabalgando desde Azuchi. Ahora somos

cincuentones y no podemos tratar nuestros cuerpos como cuando éramos jóvenes. Bueno, será mejor que duermas cuanto necesites. Todo está preparado.

Mitsuharu no forzó una decisión ni trató de oponerse a la voluntad de su primo. Mitsuhide se levantó y fue a deslizarse bajo la mosquitera, en cuyos hilos rielaba todavía la luz de la mañana.

\* \* \*

Amano Genemon, Fujita Dengo y Yomoda Masataka aguardaban a Mitsuharu cuando éste salió de la habitación de Mitsuhide. Los tres hombres hicieron sendas reverencias.

—Dispensad, mi señor —le dijo Dengo—. Sentimos mucho molestaros, pero quisiéramos conversar con vos. Es un asunto de cierta importancia.

Dengo no hablaba con su tono de voz ordinario. Mitsuharu le respondió como si hubiera estado esperándoles.

—¿Por qué no vamos todos a la casa de té? El señor Mitsuhide ha ido a acostarse, y pensaba en que sería una lástima desperdiciar el fuego bajo la tetera.

—Si vamos a la casa de té no tendremos que mantener a la gente a distancia. Es una excelente idea.

—Permitidme que os muestre el camino.

—Me temo que los tres somos provincianos y no entendemos mucho de té. Ciertamente no estamos preparados para recibir semejante honor de vos.

—No lo consideréis así. Entiendo hasta cierto punto el motivo de vuestra preocupación y por eso mismo la casa de té será un buen sitio para hablar.

Tomaron asiento bajo la fina luz que penetraba por las puertas de papel translúcido de la pequeña casa de té. El agua de la tetera llevaba cierto tiempo hirviendo, y ahora burbujeaba con un sonido incluso más grato que el de antes. Mitsuharu había mostrado muchas veces su espíritu marcial en el campo de batalla, pero allí, delante del hogar, parecía ser una persona completamente distinta.

—Bien, no nos preocupemos por el té. ¿Qué queríais decirme?

Alentados de esta manera, los tres hombres intercambiaron resueltas miradas. Finalmente Dengo, que parecía el más valeroso de todos, dijo:

—Señor Mitsuharu, esto es mortificante... Apenas me resulta posible hablar de ello...

Alzó la manga derecha para ocultar sus lágrimas.

Los otros dos no lloraban, pero no podían ocultar sus párpados hinchados.

—¿Ha ocurrido algo?

La calma de Mitsuharu era absoluta, y los tres hombres se recuperaron en seguida. Era como si hubieran esperado enfrentarse al fuego pero sólo vieran agua. Mitsuharu reparó en sus ojos hinchados, pero no permaneció impasible.

—El caso es —siguió diciendo Mitsuharu— que también yo temo que este regreso inesperado significa que el señor Nobunaga ha sido ofendido de alguna manera. ¿Por qué despidió al señor Mitsuhide de sus funciones en el banquete?

El primero en responder fue Dengo.

—El señor Mitsuhide es nuestro dueño, pero no somos ciegos al delito y nuestro razonamiento carece de prejuicios, por lo que no vamos a airear sin causa nuestro resentimiento contra el señor Nobunaga.

Esta vez hemos hecho todo lo posible por comprender sus motivos, teniendo en cuenta tanto las circunstancias del despido del señor Mitsuhide como aquello de lo que le culpa. El caso es sumamente extraño.

Dengo tenía la garganta tan seca que no podía seguir hablando. Yomoda Masataka acudió en su ayuda y prosiguió el relato.

—Incluso hemos tratado de hallar alivio especulando con que debe de haber algún motivo político, pero por más que examinemos el asunto no podemos llegar a ninguna conclusión. El señor Nobunaga debía de tener claro su plan desde hacía tiempo. ¿Por qué despide entonces al hombre a quien dio la responsabilidad de organizar el banquete y concede ese honor a otra persona el mismo día en que se celebra el banquete? Casi parece ser una muestra de desunión expuesta a propósito ante su invitado, el señor Ieyasu.

Genemon habló entonces.

—Cuando contemplo la situación que mis compañeros ya han descrito, sólo se me ocurre una razón, que en realidad no es ninguna razón en absoluto. Durante los últimos años, la persistente enemistad del señor Nobunaga le ha hecho ver con hostilidad todo lo que hace el señor Mitsuhide. Su desagrado se ha hecho finalmente franco y las cosas han llegado a este punto.

Los tres hombres dejaron de hablar. Había una montaña de incidentes que les habría gustado describir. Por ejemplo, en el campamento de Suwa durante la invasión de Kai, Nobunaga había empujado el rostro de Mitsuhide contra el suelo de madera, llamándole «cabeza de naranja china» y ordenándole que se marchara. Así había sido insultado delante de todo el mundo, y en Azuchi le había azorado de la misma manera en numerosas ocasiones. Estos incidentes, cuya enumeración sería demasiado prolija, demostraban la hostilidad de Nobunaga hacia Mitsuhide y se habían convertido en tema de chismorreos entre los servidores de otros clanes. Mitsuharu era de la misma carne y sangre que Mitsuhide, y debido al parentesco íntimo sabía naturalmente que esos acontecimientos habían ocurrido.

Mitsuharu lo había escuchado todo sin el menor cambio de expresión.

—¿Así pues el señor Mitsuhide ha sido despedido sin ninguna razón en particular? Me alivia saberlo. Otros clanes se han ganado el favor o la desaprobación del señor Nobunaga, según su estado de ánimo.

Las expresiones de los tres hombres cambiaron de repente. Los músculos alrededor de los labios de Dengo se movieron espasmódicamente, y de repente se acercó más a Mitsuharu.

—¿Que queréis decir con eso de que os sentís aliviado?

—¿Es que tengo que repetirme? El señor Mitsuhide no tiene la culpa, de modo que si ha ocurrido esto porque el señor Nobunaga estaba molesto por algo, el señor Mitsuhide podrá reparar la desdichada situación cuando el señor Nobunaga esté de mejor talante.

Dengo fue excitándose cada vez más mientras hablaba.

—¿Creéis que el señor Mitsuhide es como un actor que debe hacerse simpático según el estado de ánimo de su señor? ¿Es así como debemos considerarle? ¿No os parece que el señor Akechi Mitsuhide ha sido humillado, insultado y presionado hasta encontrarse en el borde de la propia destrucción?

—Se te están hinchando las venas de las sienes, Dengo. Serénate.

—Llevo dos noches sin poder dormir. No puedo mantenerme en calma como vos, mi señor. Mi patrono y sus servidores han sido quemados en un caldero hirviente de injusticia, ridículo, insultos y toda clase de vejaciones.

—Por eso mismo te pido que te serenes y trates de dormir dos o tres noches.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Dengo—. Se dice de los samurais que la vergüenza de ser manchados con barro una sola vez es difícil de borrar. ¿Cuántas veces han soportado mi señor y sus servidores semejante vergüenza a causa de ese cruel señor de Azuchi? Y lo que ocurrió ayer no fue tan sólo que retirase al señor Mitsuhide su misión en el banquete. La orden que llegó inmediatamente después hizo que todo el clan de Akechi pareciera una jauría de perros persiguiendo jabalíes o ciervos. Tal vez sepáis que vamos a movilizarnos en seguida para partir hacia el oeste. Tenemos que atacar las provincias de los Mori en el Sanin para proteger el flanco del señor Hideyoshi. ¿Cómo podemos ir al campo de batalla sintiéndonos así? ¡Esta situación es otro ejemplo de las intrigas de ese señor que es un perro perverso!

—¡Domínate! ¿A quién te refieres como un perro perverso?

—Al señor Nobunaga, el mismo que siempre llama a nuestro señor «cabeza de naranja china» delante de todo el mundo. Mirad a hombres como Hayashi Sado o Sakuma Nobumori y su hijo. Durante años ayudaron a Nobunaga para que llegara a ser tan grande como lo es hoy. Entonces, poco después de que fueran recompensados con cargos y un castillo, se les detuvo por alguna falta trivial y se les condenó a muerte o al exilio. El último acto de ese perverso señor siempre consiste en perseguir a alguien.

—¡Silencio! ¡No te consiento que hables así del señor Nobunaga! ¡Semejante falta de respeto es intolerable! ¡Fuera de aquí!

Al mismo tiempo que Mitsuharu se enojaba y reprendía al hombre, algo se oyó débilmente en el jardín. Era difícil saber si se trataba de un hombre que se acercaba o sólo de la caída de las hojas otoñales.

Tanto de día como de noche se tomaban precauciones extremas contra los posibles espías, incluso en lugares donde la presencia del enemigo era improbable en extremo. Así pues, incluso en el jardín de la casa de té había samurais que montaban guardia. Uno de los guardianes se había acercado a la casa de té y hacía una reverencia ante la puerta. Tras entregar una carta a Mitsuharu, retrocedió un poco y aguardó, inmóvil como una piedra.

Pronto se oyó la voz de Mitsuharu desde el interior.

—Esto requerirá una respuesta, y la escribiré luego. Dile al monje que espere.

El guardián hizo otra cortés reverencia y regresó a su puesto. Sus sandalias de paja apenas hacían ruido alguno en el sendero, como si andará furtivamente.

Mitsuharu y los otros tres hombres permanecieron sentados en completo silencio, envueltos en una gélida atmósfera. De vez en cuando una ciruela madura caía al suelo con un sonido como el de un martillo de madera que golpeará la tierra. Ese sonido era lo único que aliviaba el silencio. De repente un brillante rayo de sol incidió en los paneles de papel de la puerta corrediza.

—Bueno, tenemos que despedirnos —dijo Masataka, aprovechando la oportunidad para retirarse—. Tenéis asuntos urgentes que atender.

Pero Mitsuharu, que había desenrollado la carta y la había leído ante los tres hombres, se puso ahora a enrollarla.

—¿Por qué no os quedáis un poco más? —les preguntó, sonriendo.

—No, nos vamos ya. No queremos molestaros más.

Después de que los tres hombres hubieran cerrado la puerta corrediza detrás de ellos, el sonido de sus pisadas retrocedió en dirección al corredor en forma de puente, y pareció como si caminaran sobre

una delgada capa de hielo.

Poco después Mitsuharu salió también y se encaminó a los aposentos de los samurais, donde pidió papel para escribir y deslizó fluidamente el pincel sobre éste como si ya tuviera del todo claro lo que iba a escribir.

—Lleva esto al mensajero del abad de Yokawa y despídele.

Entregó la carta a uno de sus ayudantes y, dando la impresión de que no tenía más interés por el asunto, llamó a un paje.

—¿Está durmiendo todavía el señor Mitsuhide? —le preguntó.

—Hace un rato su habitación estaba muy silenciosa.

Al oír esto los ojos de Mitsuharu se abrieron como si también él estuviera realmente en paz por primera vez en todo el día.

\* \* \*

Transcurrieron los días. Mitsuhide pasaba el tiempo en el castillo de Sakamoto sin hacer nada. Ya había recibido de Nobunaga la orden de partir hacia las provincias occidentales, y debería haber vuelto lo antes posible a su propio castillo para movilizar a sus servidores. A Mitsuharu le habría gustado decirle que pasar tanto tiempo ociosamente perjudicaría su reputación en Azuchi. Sin embargo, cuando pensaba en los sentimientos de Mitsuhide, era incapaz de hablarle con franqueza. Era natural que el descontento que Dengo y Masataka habían expresado tan amargamente anidara también en el corazón de Mitsuhide.

En ese caso, se decía Mitsuharu, unos pocos días de paz y tranquilidad serían la mejor preparación para la campaña inminente. Mitsuharu tenía una fe absoluta en la inteligencia y el sentido común de su primo. Deseoso de saber cómo pasaba éste el tiempo, le visitó en su habitación y le encontró pintando, copiando de un libro abierto.

—A ver, ¿qué estás haciendo?

Mitsuharu se puso a su lado y contempló su obra, complacido por la serenidad de Mitsuhide y satisfecho porque podían compartir algo.

—Ah, Mitsuharu. No mires, por favor. No puedo pintar delante de otros.

Mitsuhide dejó el pincel y exhibió una timidez poco corriente en hombres que han rebasado los cincuenta años. Estaba tan azorado que escondió los esbozos que había desechado.

—¿Te molesto? —Mitsuharu se echó a reír—. ¿Quién ilustró el libro que usas como modelo?

—Es de Yusho.

—¿Yusho? ¿Qué hace últimamente? Aquí no nos llega ninguna noticia suya.

—Una noche visitó inesperadamente mi campamento en Kai. Se marchó a la mañana siguiente, antes del amanecer.

—Es un tipo extraño.

—No, no creo que sea posible resumirle diciendo que es extraño. Es un hombre leal y tiene un corazón tan recto como una caña de bambú. Puede que haya dejado de ser un samurai, pero sigue pareciéndome un guerrero.

—Tengo entendido que fue servidor de Saito Tatsuoki. ¿Le alabas porque sigue siendo fiel a su

antiguo señor incluso hoy?

—Durante la construcción de Azuchi, fue el único que se negó a participar, aun cuando el mismo señor Nobunaga le invitó a hacerlo. No está dispuesto a cambiar de actitud aunque ello le reportara fama y poder. Su amor propio le impide pintar para el enemigo de su antiguo señor.

En aquel momento llegó uno de los servidores de Mitsuharu y se arrodilló detrás de ellos. Los dos hombres dejaron de hablar. Mitsuharu se volvió y preguntó al servidor qué quería.

El samurai pareció azorado. Tenía en la mano una carta escrita en papel grueso que parecía ser una petición. Mientras hablaba, estaba claramente preocupado por la reacción de Mitsuharu.

—Otro mensajero del abad de Yokawa ha llegado al portal y me ha acuciado para que entregue una vez más una carta al señor del castillo. Me he negado, pero dice que tiene órdenes y no se marchará. ¿Qué debo hacer?

—¿Cómo? ¿Otra vez? —Mitsuharu chascó ligeramente la lengua—. Hace algún tiempo envié una carta al abad de Yokawa, explicándole minuciosamente que no podía acceder al contenido de su petición, por lo que era inútil que insistiera. Pero él ha persistido, y desde entonces me ha enviado dos o tres cartas. Desde luego es testarudo. Niégate a cogerla y despídele.

—Sí, mi señor.

El mensajero salió apresuradamente con la petición todavía en la mano. Parecía como si él mismo hubiera recibido una reprimenda.

En cuanto el hombre se marchó, Mitsuhide habló con su primo.

—¿Se trata del abad de Yokawa en el monte Hiei?

—El mismo.

Hace años recibí la orden de participar en el incendio del monte Hiei. Entonces luchamos no sólo contra los monjes guerreros sino también contra los religiosos, las mujeres y los niños sin distinción..., los matamos y arrojamos sus cuerpos a las llamas. La destrucción de la montaña fue tan completa que no es posible esperar que los árboles medren allí de nuevo, y mucho menos los hombres. Y ahora parece que los sacerdotes supervivientes a la matanza han regresado y tratan de reanudar su vida en ese lugar.

—Es cierto. Por lo que he oído, la cima de la montaña está tan desolada y en ruinas como antes, pero hombres de gran sabiduría están reuniendo los restos diseminados de los creyentes y emplean todos los medios posibles para que la montaña vuelva a ser un lugar de culto.

—Eso será difícil mientras viva el señor Nobunaga.

—Y ellos son conscientes de ello. Han dirigido gran parte de su energía hacia la corte, tratando de conseguir un edicto del emperador para persuadir a Nobunaga, pero las perspectivas son poco favorables, por lo que recientemente han buscado el apoyo del pueblo. Se desplazan por todas las provincias en busca de contribuciones, llaman a las puertas y tengo entendido que incluso están construyendo santuarios provisionales en los solares donde se levantaron los viejos templos.

—¿Entonces el encargo del mensajero enviado dos o tres veces por el abad de Yokawa tiene algo que ver con esa petición?

—No. —Mitsuharu contempló apaciblemente el rostro de su primo—. He pensado que no merecía la pena que te molestara con ello, por lo que yo mismo despedí al mensajero. Pero ya que me lo preguntas, quizá deba explicártelo. El abad de Yokawa sabía que estabas aquí y quería que le recibieras en audiencia por lo menos una vez.

—¿El abad ha dicho que quería verme?

—Sí, y también ha solicitado en su petición que el respetado nombre del señor Mitsuhide figure en la lista de suscriptores para la restauración del monte Hiei. Le he dicho que ambas solicitudes son absolutamente imposibles.

—¿Y a pesar de que le has comunicado esa imposibilidad y has rechazado su petición una y otra vez, ha seguido enviando mensajeros al castillo tres o cuatro veces más? Mitsuharu, no querría añadir mi nombre a la lista de suscriptores por deferencia al señor Nobunaga, pero no creo que deba dudar en verle.

—Considero totalmente innecesario que le veas —replicó Mitsuharu—. ¿De qué serviría hoy que tú, un general que intervino en la destrucción del monte Hiei, se entrevistara con un sacerdote que sobrevivió a esa destrucción?

—En aquel entonces era un enemigo —respondió Mitsuhide—, pero hoy el monte Hiei es del todo impotente, y quienes poblaban sus santuarios se han postrado y jurado fidelidad a Azuchi.

—Es cierto que lo han hecho... formalmente, pero ¿crees que los compañeros y parientes de quienes murieron, así como los monjes cuyos antiguos templos y monasterios fueron incendiados, olvidarán el resentimiento que ha seguido vivo en sus corazones durante tantos años? Los muertos debieron de superar los diez mil, y los edificios estaban allí desde los tiempos del santo Dengyo.

Mitsuhide exhaló un largo suspiro.

—No podía evitar de ninguna manera las órdenes de Nobunaga, y también yo me convertí en uno de aquellos demenciales incendiarios del monte Hiei. Maté con mi espada tanto a los monjes guerreros como a innumerables monjes y laicos desdichados, jóvenes y viejos. Hoy, cuando pienso en ello, el pecho me arde de dolor como si fuera la misma montaña en llamas.

—Pero siempre has dicho que debemos contemplar las cosas desde la perspectiva más amplia, y no me parece que estés haciéndolo así ahora. Destruyes a uno para salvar a muchos. Si quemamos una montaña para que la ley budista brille en otras cinco sierras y un centenar de cumbres, entonces creo que las matanzas que llevamos a cabo los samurais no pueden considerarse asesinatos.

—Por supuesto que no, pero siento compasión y no puedo reprimir una lágrima por el monte Hiei. En público debo contenerme, Mitsuharu, pero, como hombre ordinario, creo que no puede haber daño alguno en rezar una plegaria por la montaña, ¿no te parece? Mañana iré allí de incógnito. Regresaré en seguida después de haberme entrevistado con el abad.

Aquella noche Mitsuharu permaneció despierto y preocupado incluso después de haberse acostado. ¿Por qué Mitsuhide se mostraba tan deseoso de ir al monte Hiei? ¿No debería él, Mitsuharu, tratar de detenerle, o sería mejor dejarle hacer lo que quisiera? Considerando la posición que Mitsuhide tenía ahora, sería mejor para él no tener ninguna relación con la restauración del monte Hiei, y tampoco sería aconsejable que se entrevistara con el abad. Mitsuharu veía todo esto con claridad, pero ¿por qué Mitsuhide parecía molesto por su arbitrario rechazo del mensajero del abad y su negativa a aceptar la petición? Básicamente, no parecía muy contento por la manera en que Mitsuharu había manejado la situación.

¿Qué clase de plan estaba concibiendo Mitsuhide, con el monte Hiei como su centro? Era evidente que su visita proporcionaría buen material para hacer afirmaciones calumniosas de que estaba maquinando contra Nobunaga. Además era una pérdida de tiempo, poco antes de su partida para una



campaña en las provincias occidentales.

«Voy a detenerle. Voy a detenerle sin que me importe lo que diga.» Tras haber tomado esta decisión, Mitsuharu cerró finalmente los ojos. Si se enfrentaba a Mitsuhide, probablemente recibiría una desagradable reprimenda o le enojaría mucho, pero haría cuanto pudiera para detener a su primo. Una vez tomada esta resolución, se fue a dormir.

A la mañana siguiente se levantó más pronto que de costumbre, pero mientras se estaba lavando, oyó el ritmo de unas pisadas que se apresuraban por el corredor hacia la puerta principal. Mitsuharu llamó y detuvo a uno de los samurais.

—¿Quién se marcha?

—El señor Mitsuhide.

—¡Cómo!

—Sí, mi señor. Se ha vestido con un traje ligero para la montaña y le acompaña tan sólo Amano Genemon. Tienen la intención de ir a caballo hasta Hiyoshi, o eso es lo que el señor Mitsuhide ha dicho hace un momento, mientras se ponía las sandalias de paja en la entrada.

Mitsuharu nunca prescindía de sus plegarias matinales en el santuario del castillo y el altar familiar, pero aquella mañana no fue a ninguno de los dos lugares. Se ciñó una espada larga y otra corta y corrió a la entrada, pero Mitsuhide y su servidor ya se habían ido y sólo estaban allí los ayudantes que les habían despedido, mirando hacia las blancas nubes sobre Shimeigatake.

\* \* \*

—Parece que la estación de las lluvias también termina aquí.

La niebla matinal en el pinar más allá del castillo aún no se había disipado y casi convertía a la zona circundante en una escena del fondo marino. Los dos hombres cabalgaban avanzando por la arboleda a buen paso. Una gran ave voló por encima de ellos, batiendo las alas majestuosamente.

—Hace buen tiempo, ¿no te parece, Genemon?

—Si sigue así, la montaña estará despejada.

—No me sentía tan bien desde hacía largo tiempo —dijo Mitsuhide.

—Tan sólo eso hace que este viaje merezca la pena.

—Deseo ver al abad de Yokawa más que cualquier otra cosa. Ése es mi único cometido aquí.

—Me atrevería a decir que se sorprenderá al veros.

—La gente habría sospechado si le hubiera invitado al castillo de Sakamoto. Tengo que verle en privado. Prepáralo todo, Genemon.

—Es más probable que la gente os vea al pie de la montaña que en la montaña misma. Sería muy desagradable que corriera la voz entre los aldeanos de que el señor Mitsuhide ha salido de excursión. Deberíais cubriros con la capucha, por lo menos hasta Hiyoshi.

Mitsuhide se puso la capucha, dejando sólo la boca visible.

—Vuestras ropas son sencillas y la silla de montar es la de un guerrero corriente. No creo que nadie piense que sois el señor Akechi Mitsuhide.

—Si me tratas con demasiada cortesía, la gente sospechará en seguida.

—No había pensado en eso —dijo Genemon, riendo—. A partir de ahora tendré un poco más de

cuidado, pero no me culpéis por ser rudo.

Desde hacía dos o tres años se llevaba a cabo la reconstrucción de los edificios destruidos al pie del monte Hiei, y las calles de Sakamoto estaban tomando poco a poco su antiguo aspecto. Cuando los dos jinetes pasaron por el pueblo y giraron por el sendero que conducía al templo Enryaku, el sol matinal empezó por fin a centellear en las aguas del lago.

—¿Qué haremos con los caballos una vez que desmontemos en el camino de subida? —preguntó Genemon.

—Han construido un nuevo santuario en el solar del antiguo. Cerca debe de haber granjas. De lo contrario, podemos dejarlos al cuidado de algún miembro del santuario.

Un jinete solitario azuzaba a su caballo para darles alcance.

—Creo que alguien nos llama desde atrás —dijo Genemon un tanto preocupado.

—Si alguien nos persigue sólo puede ser Mitsuharu. Ayer parecía querer impedirme que hiciera este viaje.

—Posee una finura y una sinceridad que son infrecuentes en estos tiempos. Casi es demasiado gentil para ser un samurai.

—Es Mitsuharu, tal como creía.

—Ciertamente parece decidido a deteneros, mi señor.

—Pues no voy a dar la vuelta, diga lo que diga. Tal vez no tratará de detenerme. Si quisiera hacer eso, habría cogido la brida de mi caballo en el portal del castillo. Mira, también se ha vestido como para hacer una excursión por la montaña.

Al final Mitsuharu había pensado a fondo en su postura antes de partir. Creía que lo mejor sería no oponerse a Mitsuhide, sino acompañarle para asegurarse de que no cometía errores.

Cuando colocó su caballo paralelo al de su primo, le dirigió una sonrisa radiante.

—Eres demasiado rápido para mí. Esta mañana me has cogido por sorpresa, y me he quedado no poco desconcertado. No creía que te marcharías a una hora tan temprana.

—Tampoco yo creía que tuvieras la intención de venir conmigo. No habrías tenido que perseguirnos así si hubieras hecho los preparativos anoche.

—He sido negligente. Aunque viajes disfrazado, creí que te acompañarían por lo menos diez hombres montados y cargados con provisiones, y que viajarías más despacio.

—Así lo habría hecho de haber sido una excursión normal —replicó Mitsuhide—, pero el único objetivo de mi viaje de hoy es rezar por quienes sufrieron un infierno años atrás y celebrar por lo menos un servicio religioso en su memoria. No he pensado en traer conmigo buen sake y exquisiteces.

—Puede que ayer te dijera algo ofensivo, pero soy prudente por naturaleza. En realidad sólo quería evitar que hicieras algo que pudiera ser malinterpretado en Azuchi. Tal como vistes, y puesto que tu intención es rezar por los muertos, estoy seguro de que el señor Nobunaga no te culparía aunque se enterase. El caso es que, aunque resido en un castillo próximo a Sakamoto, nunca he subido a la montaña. Así pues, he pensado que hoy sería una buena oportunidad para visitar el lugar. Bueno, Genemon, condúcenos allá.

Espoleando a su caballo, Mitsuharu cabalgó al lado de su primo conversando como si temiera que Mitsuhide pudiera aburrirse. Le hablaba de las plantas y flores que veían por el camino, le explicaba los hábitos de las distintas aves a las que distinguía por sus cantos y se comportaba, en general, con la

solicitud de una mujer amable que tratara de animar a un enfermo.

Mitsuhide no podía rechazar semejante exhibición de verdaderos sentimientos, pero Mitsuharu hablaba casi exclusivamente de la naturaleza, mientras que Mitsuhide estaba inmerso en preocupaciones humanas tanto si dormía como si estaba despierto e incluso cuando sostenía un pincel sobre una pintura. Vivía en la sociedad humana, en medio de demonios que luchaban entre sí y envuelto por las llamas de la ira y la malevolencia. Aun cuando la canción del cuclillo llenaba el aire de la montaña, la sangre caliente que había subido a sus sienes durante su retirada de Azuchi aún no se había retirado.

Durante la subida al monte Hiei, el corazón de Mitsuhide no estaba en paz ni un solo momento. ¡Qué desolado era aquel lugar en contraste con su prosperidad pasada! Siguiendo el río Gongen hacia la Pagoda Oriental, el grupo no vio signos de vida humana. Sólo los cantos de las aves se habían mantenido inmutables. La montaña había sido famosa como refugio de especies raras desde los tiempos antiguos.

—No veo un solo monje —dijo Mitsuhide ante un templo en ruinas. Parecía sorprendido por la minuciosidad de la destrucción llevada a cabo por Nobunaga—. ¿Es que no hay una sola alma viviente en la montaña? Examinemos el templo principal.

Parecía sumamente decepcionado. Tal vez había creído que vería revivir el poder latente de los monjes guerreros en la montaña, a pesar de la supremacía de Nobunaga. Pero cuando por fin llegaron al emplazamiento del templo principal y el salón de conferencias, no quedaba allí nada más que montículos de cenizas. Sólo en la zona del monasterio habían levantado varias chozas. El aroma del incienso procedía de esa dirección, por lo que Genemon fue a investigar. Encontró cuatro o cinco ermitaños sentados alrededor de un puchero de gachas de arroz sobre una fogata.

—Dicen que el abad de Yokawa no está aquí —les dijo Genemon.

—Si el abad no está aquí, ¿no hay quizás un erudito o anciano de los tiempos pasados?

Genemon preguntó por segunda vez, pero la respuesta no fue alentadora.

—Parece ser que no queda ninguna de tales personas en la montaña. No les permiten venir aquí sin el permiso de Azuchi o del gobernador de Kyoto. Además, incluso ahora la ley no reconoce ninguna residencia permanente en la montaña, salvo para un número limitado de monjes.

—La ley es la ley —dijo Mitsuhide—, pero el fervor religioso no es como un fuego que se puede extinguir con agua de modo que desaparezca para siempre. Es posible que los ancianos creyeran que somos guerreros de Azuchi y se hayan escondido. El abad y los ancianos que sobrevivieron probablemente se encuentran ahora mismo en algún lugar de la montaña. Genemon, explica a estos hombres que no deben preocuparse por eso y vuelve a preguntarles.

Genemon partió de nuevo, pero Mitsuharu dijo a su primo:

—Iré yo mismo. No es probable que nos digan nada con la manera tan terminante que tiene Genemon de interrogar.

Sin embargo, mientras esperaba a Mitsuharu, inesperadamente Mitsuhide se encontró con alguien a quien no había tenido ninguna intención de ver.

El hombre vestía hábito de monje de color pardo verdoso y capucha del mismo color, y calzaba sandalias de paja y polainas blancas. Tenía más de setenta años, pero sus labios eran de un color rojo juvenil. Con las cejas de un blanco immaculado, parecía una grulla vestida con ropas de monje. Le acompañaban dos sirvientes y un niño.

—¿Señor Mitsuhide? Bien, bien, nunca pensé que os encontraría aquí, mi señor. Tenía entendido que

estabais en Azuchi. ¿Qué os trae hoy a esta montaña abandonada?

Apenas hablaba como un anciano. Su voz tenía una resonancia excepcional, y sus labios formaban una sonrisa constante y tranquila. En cambio, Mitsuhide parecía confuso. Aturdido por la aguda mirada bajo la clara frente del viejo, su respuesta fue vacilante.

—Sois el doctor Manase, ¿verdad? He pasado unos días en el castillo de Sakamoto, y he pensado que un paseo por las montañas podría aliviarme de la melancolía de la estación lluviosa.

—No hay mejor medicina para el cuerpo y la mente que una limpieza ocasional del *ch'i* caminando por las colinas y entrando en contacto con la naturaleza. A primera vista, diría que estáis fatigado desde hace cierto tiempo. ¿Acaso volvéis a vuestra provincia natal con permiso por enfermedad?

Al formular esta pregunta, el doctor entrecerró los ojos hasta que tuvieron el tamaño de agujas. Por alguna razón, a Mitsuhide le resultó imposible engañar a un hombre con aquellos ojos. Manase había practicado la medicina en la época en que Yoshiteru, el padre de Yoshiaki, era el shogun. Hacía mucho que no se veían, pero en el castillo de Azuchi Mitsuhide se había sentado numerosas veces en compañía del gran doctor. Con frecuencia Nobunaga había invitado a Manase a ser su invitado en las ceremonias del té, y cada vez que estaba enfermo, le llamaba de inmediato. Tenía más confianza en él que en sus propios médicos.

Sin embargo, por su mismo carácter, a Manase no le gustaba estar al servicio de los poderosos y, como vivía en Kyoto, viajar a Azuchi era una tarea pesada, a pesar de su buena salud.

En aquel momento Mitsuharu regresó sin haber ido a la choza, pues Genemon se había apresurado a llamarle.

—Hemos tropezado con alguien y la situación es embarazosa —le susurró Genemon mientras volvían.

Pero cuando Mitsuharu vio que se trataba de Manase, se unió alegremente a la conversación, lo cual indicaba que había tenido una relación amistosa con el médico.

—¿Pero si es el doctor Manase! Siempre parecéis más sano que un joven. ¿Venís de Kyoto? ¿Estáis haciendo una excursión por la montaña?

Manase gozaba de la conversación y le encantaba encontrarse con amigos en la montaña.

—Subo al monte Hiei todos los años en primavera o comienzos del verano y de nuevo en otoño. Pero, ¿sabéis?, debe de haber aquí muchas clases de hierbas que todavía no hemos descubierto.

Mientras Manase hablaba, no parecía prestar una atención particular a Mitsuhide, aunque de vez en cuando le miraba con una expresión de profesional. Finalmente abordó el tema de la salud de Mitsuhide.

—El señor Mitsuharu me ha dicho que pronto partiréis para intervenir en la campaña del oeste. Cuidad bien de vuestra salud. Cuando un hombre rebasa los cincuenta, no puede hacer caso omiso de su edad, por muy fuerte que sea.

Había en su consejo una preocupación que iba más allá de las palabras.

—¿De veras? —Mitsuhide sonrió y respondió al consejo de Manase como si estuvieran hablando de la salud de otro—. Creo que últimamente me he resfriado un poco, pero tengo una constitución fuerte y no me he considerado realmente enfermo.

—Pues yo no estaría tan seguro. Está bien que un enfermo sea consciente de su propia dolencia y tome las precauciones apropiadas. Pero cuando un hombre tiene un exceso de confianza, como vos mismo, puede cometer fácilmente un grave error.

—¿Creéis entonces que sufro alguna dolencia crónica?

—Con sólo veros el cutis y escuchar vuestra voz, me doy cuenta de que vuestro estado de salud no es normal. Más que padecer una dolencia crónica, yo diría que vuestros órganos internos pueden estar fatigados y que las sutiles energías asociadas a ellos están desequilibradas.

—Si me decís que estoy fatigado, os doy desde luego la razón. Al intervenir en diversas batallas en los últimos años y servir a mi señor, he forzado los límites de mi cuerpo una y otra vez.

—Hablar así a una persona tan entendida probablemente es como enseñarle el dharma a Buda, pero en verdad deberíais cuidar de vuestra salud. Los cinco órganos internos, hígado, corazón, bazo, pulmones y riñones, se manifiestan en las cinco aspiraciones, las cinco energías y los cinco sonidos. Por ejemplo, si el hígado está enfermo, uno tiene abundantes lágrimas; si el corazón está lesionado, le asedian temores, por muy valiente que sea de ordinario; si el bazo sufre, se enoja con facilidad, y si los pulmones no funcionan como es debido, sufre congoja mental y carece de la fuerza psicológica para comprender el motivo. Si uno tiene los riñones débiles, sufre grandes variaciones en su estado de ánimo.

Manase miraba fijamente el cutis de Mitsuhide. Éste, por su parte, confiaba en su salud y no tenía intención de escuchar lo que le decía Manase. Procuraba ocultar sus sentimientos bajo una sonrisa forzada, pero estaba empezando a sentirse malhumorado e inquieto. Finalmente, con la paciencia casi agotada, parecía esperar una oportunidad para alejarse del anciano.

Sin embargo, Manase no estaba dispuesto a interrumpirse a mitad de lo que tenía que decir. Comprendiendo perfectamente lo que significaba la expresión de los ojos de Mitsuhide, continuó sermoneándole:

—Nada más veros he observado el color de vuestra piel. Parecéis muy temeroso o preocupado por algo. Reprimís la cólera que evidencian vuestros ojos, pero veo que no sólo los llena la cólera de un hombre sino también las lágrimas de una mujer. ¿No habéis sentido recientemente un escalofrío hasta las puntas de los dedos de manos y pies? ¿Qué me decís de un zumbido en los oídos? ¿O saliva seca y un sabor en la boca como si hubierais estado masticando espinas? ¿Tenéis alguno de esos síntomas?

—Ha habido noches en las que no he podido dormir, pero anoche dormí bien. Aprecio de veras vuestra preocupación, doctor, y os prometo que durante la campaña cuidaré de mi salud, tomaré medicinas y seré prudente con los alimentos.

Aprovechando esta oportunidad, Mitsuhide hizo una seña a Genemon y Mitsuharu, indicándoles que era hora de marcharse.

\*

\*

\*

Aquel día Shinshi Sakuzemon, servidor de Akechi, partió con retraso de Azuchi hacia el castillo de Sakamoto, acompañado por un pequeño grupo de hombres. Su señor, Mitsuhide, se había marchado con tal apresuramiento que Shinshi se había quedado detrás para ocuparse de los asuntos inacabados.

En cuando se quitó las ropas de viaje, varios hombres se reunieron en su habitación y le interrogaron.

—¿Cómo ha evolucionado la situación?

—¿Qué clase de rumores se han extendido por Azuchi cuando se marchó Su Señoría?

Shinshi apretó los dientes y respondió:

—Sólo han pasado ocho días desde la marcha de Su Señoría, mas para los hombres que reciben sus

estipendios del clan Akechi, ha sido como estar sentados en una cama de clavos durante tres años. Todos los vasallos y plebeyos de Azuchi han pasado por la sala del banquete vacía y gritado insultos. «¿Es ésta la mansión vacía del señor Mitsuhide? No es de extrañar que huelga a pescado podrido. Con esta clase de mala suerte y deshonra, la luz que brilla sobre esa cabeza de naranja china se va a desvanecer en seguida.»

—¿Nadie ha criticado las acciones del señor Nobunaga como irrazonables o injustas?

—Debe de haber algunos servidores comprensivos. ¿Qué dicen?

—Durante los primeros días tras la partida de Su Señoría, se celebró el banquete para el señor Ieyasu, y todo el castillo de Azuchi estuvo volcado exclusivamente en eso. Tal vez al señor Ieyasu le pareció extraño que el oficial encargado del banquete hubiera sido cambiado de súbito, y tengo entendido que le preguntó al señor Nobunaga por qué motivo el señor Mitsuhide había desaparecido de repente. El señor Nobunaga se limitó a replicar con despreocupación que le había hecho volver a su provincia natal.

Todos cuantos habían oído este informe se mordieron el labio. Shinshi siguió diciéndoles que la mayoría de los servidores de alto rango de Oda parecían creer que la adversidad de Mitsuhide significaba buena suerte para ellos. Además, existía la posibilidad de que Nobunaga considerase el traslado del clan Akechi a algún lugar apartado. Eso no era más que un rumor, pero no suele haber humo sin fuego. Ranmaru, el paje favorito de Nobunaga, era hijo de Mori Yoshinari, el servidor de Oda que murió en combate años atrás, en Sakamoto. Por esta razón Ranmaru codiciaba en secreto el castillo de Sakamoto. Corría el rumor de que ya había recibido una promesa tácita por parte de Nobunaga.

Y eso no era todo. Muchos opinaban que la orden de avanzar hacia el Sanin dada a Mitsuhide había sido, con toda probabilidad, calculada de modo que cuando ocupara la zona sería nombrado gobernador en el acto. El castillo de Sakamoto, tan próximo a Azuchi, sería entonces entregado a Mori Ranmaru.

Como prueba de lo que decía, Shinshi citó el mando militar que Nobunaga otorgó a Mitsuhide el día diecinueve de aquel mes, y entonces volvió la cara enfurecido. No tenía necesidad de dar explicaciones. La orden había encolerizado a Mitsuhide y a cada uno de sus servidores. Decía así:

A fin de que actúes como retaguardia en Bitchu, partirás de tu propia provincia en los próximos días y así me precederás al campo de batalla. Allí esperarás las instrucciones de Hideyoshi.

Esta carta, que circuló entre todos los generales y servidores del clan Oda, había sido escrita claramente bajo la dirección de Nobunaga, por lo que cuando la leyeron los guerreros del clan Akechi vertieron lágrimas de cólera. Había sido costumbre considerar al clan Akechi superior a los clanes Ikeda y Hori, y en el mismo nivel que el Hashiba de Hideyoshi y el Shibata. Sin embargo, el nombre de su señor había sido indicado bajo los nombres de esos jefes militares, además de haberle puesto bajo el mando de Hideyoshi.

La falta de respeto hacia el rango era el mayor insulto que se le podía hacer a un samurai. La deshonra por el incidente del banquete se había complicado con una humillación militar. Los hombres volvían a sentirse ultrajados. Por entonces atardecía y el sol poniente rielaba en las paredes. Nadie hablaba, pero las lágrimas humedecían las mejillas de los hombres. Entonces se oyeron las pisadas de varios samurais en el corredor. Suponiendo que su señor regresaba, todos los hombres se apresuraron a salir para recibirle.

Sólo Shinshi se quedó donde estaba, esperando que le llamaran. Mitsuhide, que acababa de regresar del monte Hiei, no le llamó hasta después de haber tomado un baño y cenado.

A solas con su señor, Shinshi le dio un informe que había ocultado a los demás servidores, a saber, que Nobunaga había tomado una decisión y se disponía a partir de Azuchi el día veintinueve. Pasaría una noche en Kyoto y entonces iría de inmediato al oeste.

Mitsuhide le escuchaba atentamente. Sus ojos reflejaban un intelecto claro y observador. Asentía a cada palabra que decía Shinshi.

—¿Cuántos le acompañarán? —preguntó.

—Iré acompañado por unos pocos servidores y treinta o cuarenta pajes.

—¡Cómo! ¿Iré a Kyoto con un séquito tan reducido?

Mitsuharu había permanecido silencioso al fondo, pero ahora que también Mitsuhide se había sumido en el silencio, despidió a Shinshi.

Después de que Shinshi se marchara, los dos primos se quedaron a solas. Parecía como si Mitsuhide quisiera abrir su corazón a Mitsuharu, pero al final éste no le dio ocasión, pues se puso a hablar de la lealtad debida a Nobunaga e instó a Mitsuhide a que se apresurase a partir hacia las provincias occidentales para no ofender a su señor.

El recto carácter que mostraba su primo se caracterizaba por una fuerte y afectuosa cualidad en la que Mitsuhide había confiado durante cuarenta años, y ahora tenía fe en él como el hombre más serio de su clan. Así pues, aun cuando la actitud de Mitsuharu no armonizaba con los sentimientos más profundos de Mitsuhide, era incapaz de enfadarse con él o intentar presionarle.

Al cabo de unos momentos de profundo silencio, Mitsuhide dijo de repente:

—Enviemos esta noche un grupo de avanzada a mis servidores de Kameyama y preparémosles para la campaña lo antes posible. ¿Te encargarás de eso, Mitsuharu?

Mitsuharu se puso en pie, satisfecho.

Aquella noche, un pequeño grupo de hombres se apresuraron hacia el castillo de Kameyama.

Alrededor de la cuarta guardia, Mitsuhide se incorporó de súbito. ¿Había estado soñando? ¿O tal vez había reflexionado y decidido en contra de sus planes? Poco después volvió a arrebujarse bajo el cobertor, hundió el rostro en la almohada e intentó dormirse de nuevo.

¿Era niebla o lluvia? ¿El sonido de las olas en el lago o el viento que soplaba desde el monte Hiei? El viento de la montaña no dejaba de soplar durante toda la noche entre los aleros de la mansión, y aunque no penetraba, la llama de la vela junto a la almohada de Mitsuhide oscilaba como si la agitara un espíritu maligno.

Mitsuhide se dio la vuelta. Aunque era la estación de las noches cortas, a él le parecía que la mañana tardaba en llegar. Finalmente, cuando su respiración se había hecho profunda y nivelada, volvió a apartar de súbito las ropas de cama y se incorporó sobresaltado.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó en dirección a los aposentos de los pajes.

A lo lejos se abrieron las puertas corredizas. El paje de guardia entró silenciosamente y se postró.

—Dile a Matabei que venga ahora mismo —le ordenó Mitsuhide.

Todos dormían en los aposentos de los samurais, pero como varios de los servidores de Mitsuhide habían partido hacia Kameyama la noche anterior, los que se habían quedado atrás estaban tensos, sin saber que su señor, Mitsuhide, también podría partir. Cada hombre se había acostado aquella noche

depositando sus ropas de viaje al lado de la almohada.

—¿Me habéis llamado, mi señor?

Yomoda Matabei se había presentado con rapidez. Era un joven robusto que había llamado la atención de Mitsuhide. Éste le hizo una seña para que se acercara más a él y le susurró una orden.

Al recibir las órdenes secretas de Mitsuhide, el rostro del joven evidenció una profunda emoción.

—¡Iré en seguida! —respondió, reaccionando con todo su ser a la confianza que depositaba en él su señor.

—Te reconocerán como un samurai de Akechi, por lo que debes ir en seguida, antes de que amanezca. Sé prudente y no te equivoques.

Después de que Matabei se retirase, quedaba todavía cierto tiempo hasta el alba y Mitsuhide pudo dormir profundamente. Rompiendo con su práctica habitual, no abandonó su habitación hasta que era pleno día. Muchos de sus servidores habían supuesto que la partida hacia Kameyama tendría lugar aquel día y habían esperado que el anuncio se hiciera temprano, por lo que se llevaron una sorpresa al descubrir que su señor hacía algo tan inhabitual como dormir hasta muy tarde.

A mediodía se oyó en el salón la voz relajada de Mitsuhide.

—Ayer me pasé el día entero andando por la montaña y anoche dormí como no lo había hecho en mucho tiempo. Tal vez por eso hoy me siento tan bien. Parece que me he recuperado por completo de mi resfriado.

Una expresión de enhorabuena que también podría haberse reflejado en su salud mejorada circuló entre los servidores. Poco después Mitsuhide dio una orden a sus ayudantes.

—Esta noche, en la segunda mitad de la hora del gallo, partiremos de Sakamoto, cruzaremos el río Shirakawa, pasaremos por el norte de Kyoto y regresaremos a Kameyama. Asegúrate de que se completen los preparativos.

Más de tres mil guerreros le acompañarían a Kameyama. Próxima ya la noche, Mitsuhide se vistió con sus ropas de viaje y fue en busca de Mitsuharu.

—Puesto que iré a las provincias occidentales, no tengo ni idea de cuándo regresaré. Esta noche quisiera cenar contigo y tu familia.

Y así se reunieron de nuevo en un círculo familiar hasta que Mitsuhide partiera.

El mayor de los asistentes al banquete era el excéntrico tío de Mitsuhide, Chokansai, un hombre que había tomado las órdenes sagradas. Tenía sesenta y seis años, estaba libre de cualquier enfermedad y era aficionado a contar chistes y bromear. Se sentaba al lado del hijo de Mitsuharu, que tenía siete años de edad, y bromeaba con él afablemente.

Pero aquel viejo sociable fue el único que sonrió desde el comienzo hasta el final. Ignorante de los escollos ocultos que ahora amenazaban al clan Akechi, se limitaba a confiar los años que le quedaban de vida al barco que navegaba por el mar primaveral y que parecía tan apacible como siempre.

—Hay aquí tanta animación que me siento como si hubiera vuelto a casa. Anciano, dale esta taza a Mitsutada.

Mitsuhide ya había tomado dos o tres tazas y ahora pasó la taza a Chokansai, el cual, a su vez, se la ofreció a Mitsutada.

Mitsutada era el jefe militar del castillo de Hachijo y había llegado aquel mismo día. Era el más joven de los tres primos.



Mitsutada tomó el sake y, moviéndose a un lado ante Mitsuhide, le devolvió la taza. La esposa de Mitsuharu alzó el recipiente de sake y vertió el líquido, y justo en aquel momento la mano de Mitsuhide empezó a temblar de un modo alarmante. De ordinario no era la clase de hombre a quien sorprendiera un sonido, pero ahora, al tiempo que un guerrero empezaba a tocar un tambor delante del castillo, pareció palidecer un poco.

Chokansai se volvió hacia Mitsuhide y le dijo:

—Pronto será la hora del gallo, por lo que ese tambor debe de convocar a vuestras tropas al terreno de reunión.

El estado de ánimo de Mitsuhide pareció incluso más abatido.

—Lo sé —dijo en un tono de voz que parecía amargo, y apuró la última taza.

Antes de que transcurriera la hora ya estaba montado en su caballo. Bajo un cielo de pálidas estrellas, tres mil hombres provistos de antorchas salieron del castillo en la orilla del lago, formando una línea sinuosa que desapareció en las laderas de Shimeigatake. Era la noche del día veintiséis.

Desde lo alto del castillo, Mitsuharu contempló su marcha. Él formaría un regimiento sólo con servidores de Sakamoto y más tarde se uniría al ejército principal en Kameyama.

El ejército al mando de Mitsuhide avanzó sin detenerse. Era exactamente medianoche cuando los hombres, desde el sur de Shimeigatake, avistaron la dormida ciudad de Kyoto.

Para cruzar el río Shirakawa bajarían por la estribación del monte Uriyu y saldrían a la carretera al sur del templo Ichijo. Habían subido sin parar, pero desde aquel punto todo el camino sería cuesta abajo.

—¡Descansad!

Mitsutada comunicó a las tropas la orden de Mitsuhide.

Mitsuhide también desmontó y descansó un rato. De haber sido de día, habría podido ver desde allí las calles de la capital, pero ahora los contornos de la ciudad estaban sumidos en la oscuridad, y sólo se apreciaban los rasgos distintivos de los tejados de los templos, las pagodas y el gran río.

—¿No nos ha alcanzado Yomoda Matabei?

—No le he visto desde anoche. ¿Le habéis enviado en alguna misión, señor?

—Así es.

—¿Adonde ha ido?

—Pronto lo sabréis. Si regresa, que venga a verme aunque estemos en marcha.

—Sí, mi señor.

En cuanto guardó silencio, Mitsuhide volvió a examinar ansiosamente los negros tejados de la capital. Tal vez debido a que la niebla nocturna se espesaba y luego se aclaraba, o a que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad de la noche, lo cierto era que gradualmente podía distinguir los edificios de la capital. Los muros blancos del palacio de Nijo eran más brillantes que cualesquiera otros.

Naturalmente, aquel único punto blanco atrajo la mirada de Mitsuhide. Era allí donde se alojaba Nobutada, el hijo de Nobunaga. También se encontraba allí Tokugawa Ieyasu, el cual había salido de Azuchi unos días antes y se había dirigido a la capital.

Mitsuhide pensó que probablemente el señor Ieyasu ya había abandonado la capital. Finalmente se levantó con una brusquedad que sobresaltó a sus generales.

—Vámonos. Mi caballo.

La consternación de sus subordinados era como una ola que ondulaba a partir de las espasmódicas

acciones de su mente aislada. Durante los últimos días se había apartado periódicamente de sus servidores y se había comportado más como un huérfano que como el dirigente de un clan samurai.

Aunque los soldados que seguían a Mitsuhide tenían dificultades para encontrar su camino en la oscuridad, rodeándole y gritándose advertencias unos a otros, descendieron poco a poco y se aproximaron a las afueras de la capital.

Cuando la línea de tres mil hombres y caballos llegó al río Kamo y se detuvo momentáneamente, los soldados se volvieron y miraron hacia la retaguardia, y Mitsuhide hizo lo mismo: habían visto las aguas rojizas del río y sabían que el sol matinal se estaba alzando sobre las montañas a sus espaldas.

El oficial a cargo de la intendencia se acercó a Mitsutada y le preguntó por el desayuno.

—¿Hacemos los preparativos aquí o en Nishijin?

Mitsutada iba a preguntar a Mitsuhide cuáles eran sus intenciones, pero en aquel momento Yomoda Masataka llegó en su caballo al lado de Mitsuhide y los dos hombres miraron fijamente el río Shirakawa, que acababan de cruzar. Mitsutada se quedó allí un momento.

—Masataka, ¿no es ese Matabei?

—Creo que sí.

Mitsuhide y Masataka contemplaban a un jinete que se acercaba apresuradamente a través de la niebla matinal.

—Matabei... —Mientras Mitsuhide aguardaba al hombre a quien había estado esperando, se volvió y dirigió a los jefes que le rodeaban—. Id adelante y cruzad el río. Yo os seguiré dentro de un momento.

La guardia de avanzada ya había vadeado los bajíos del Kamo hasta la orilla opuesta. Los demás jefes abandonaron el lado de Mitsuhide y sus caballos alzaron una rociada de espuma blanca en medio del agua clara. Uno tras otro cruzaron la corriente.

Mitsutada aprovechó la oportunidad para preguntar:

—¿Dónde vamos a comer? ¿Sería conveniente hacerlo en Nishijin?

—Todo el mundo debe de tener el estómago vacío, pero no debemos detenernos en los límites de la ciudad —replicó Mitsuhide—. Vamos hasta Kitano.

A una distancia de unas veinte varas, Yomoda Matabei desmontó y ató las riendas de su caballo a un pilote en el lecho del río.

—Mitsutada y Masataka, los dos cruzaréis el río y me esperaréis en el otro lado. Yo os seguiré pronto.

Después de que los dos hombres hubieran recorrido cierta distancia, Mitsuhide se volvió por primera vez hacia Matabei y, con una mirada, le indicó que se acercara.

—¡Sí, mi señor!

—¿Qué ocurre en Azuchi?

—El informe que habéis recibido previamente de Amano Genemon parece ser cierto del todo.

—El motivo de que te enviara por segunda vez fue conseguir una información positiva sobre la partida del señor Nobunaga hacia la capital el día veintinueve y qué clase de fuerza llevará consigo. Darme una respuesta vaga sobre la falta de errores en un informe anterior no sirve de nada. Habla claramente: ¿era una información digna de confianza o no?

—Es cierto que saldrá de Azuchi el veintinueve. No he podido conseguir los nombres de los principales generales que le acompañarán, y se ha anunciado que irán con él cuarenta o cincuenta pajes.

—¿Qué me dices de su alojamiento en la capital?

—Será en el templo Honno.

—¿Cómo! ¿El templo Honno?

—Sí, mi señor.

—¿No será el palacio de Nijo?

—Según todos los informes se alojará en el templo Honno —respondió Matabei con claridad, procurando evitar que le regañara de nuevo.

# El santuario del dios del fuego

Había un portal enorme en el mismo centro del muro de barro, y cada uno de los templos secundarios tenía su propio recinto y su portal. El pinar parecía haber sido barrido y daba la impresión de un jardín Zen. Los cantos de los pájaros y la luz del sol que se filtraba a través de las copas de los árboles contribuían a la paz del escenario.

Después de atar sus caballos, Mitsuhide y sus servidores abrieron los paquetes de comida que habían preparado para el desayuno y el almuerzo. Aunque se habían propuesto desayunar cerca del río Kamo, habían esperado hasta llegar a Kitano.

Los soldados llevaban provisiones para un día: una comida sencilla a base de pasta de judías, ciruelas encurtidas y arroz moreno. No habían comido nada desde la noche anterior y desayunaron con fruición.

Tres o cuatro monjes del cercano templo Myoshin, que habían reconocido a los hombres como miembros del clan Akechi, les invitaron a entrar en el recinto del templo.

Mitsuhide estaba sentado en un escabel de campaña, a la sombra de la cortina que habían instalado sus ayudantes. Había terminado de comer y estaba dictando una carta a su secretario.

—Los sacerdotes del templo Myoshin... ¡serán unos mensajeros perfectos! ¡Diles que vuelvan! —ordenó a un paje.

Cuando los sacerdotes regresaron, Mitsuhide les confió la carta que su secretario acababa de escribir.

—¿Queréis llevar esta carta cuanto antes a la residencia del poeta Shoha?

Un instante después se levantó y fue hacia su caballo, diciendo a los monjes:

—Me temo que no nos queda tiempo libre en este viaje. Tendré que dejar para otra ocasión la visita al abad. Por favor, saludadle de mi parte.

La tarde era calurosa. La carretera de Saga estaba extremadamente seca y los cascos de los caballos alzaban en el aire nubes de polvo. Mitsuhide cabalgaba en silencio, pensando un plan con la minuciosidad que le caracterizaba, sopesando su viabilidad, la probable reacción pública y la posibilidad de fracasar. Como un tábano que siempre regresa por mucho que uno lo espante, el plan se había convertido en una obsesión que Mitsuhide no podía apartar de su mente. Una pesadilla se había deslizado en su interior llenando su cuerpo de veneno. Ya había perdido la capacidad de razonar.

A lo largo de sus cincuenta y cuatro años de vida, Mitsuhide nunca había confiado en su propio juicio como lo estaba haciendo ahora. Aunque objetivamente había tenido todos los motivos para dudar de su juicio, subjetivamente sentía todo lo contrario y se decía que no había cometido el menor error. Nadie podía sospechar lo que pensaba.

Durante su estancia en Sakamoto había vacilado. ¿Debería seguir adelante con el plan u olvidarlo? Pero aquella mañana, cuando oyó el segundo informe, el cabello se le erizó de repente. Había resuelto en su corazón que ahora era el momento y que el cielo le había enviado aquella oportunidad. Nobunaga, acompañado tan sólo por cuarenta o cincuenta hombres ligeramente armados, se alojaba en el templo Honno de Kyoto. El demonio que poseía a Mitsuhide le susurró que se trataba de una oportunidad única.

Su decisión no era un acto positivo de su propio albedrío, sino más bien una reacción a las circunstancias externas. A los hombres les gusta creer que viven y actúan de acuerdo con su libre

albedrío, pero la triste verdad es que son los acontecimientos exteriores los que realmente les ponen en acción. Así pues, aunque Mitsuhide creía que el cielo era su aliado en la oportunidad actual, mientras cabalgaba por la carretera de Saga se sentía también asediado por el temor de que el cielo juzgaba realmente cada una de sus acciones.

Mitsuhide cruzó el río Katsura y llegó al castillo de Kameyama por la tarde, cuando el sol descendía por debajo del horizonte. Habiendo sido informados del regreso de su señor, los lugareños de Kameyama le recibieron con hogueras que iluminaron el cielo nocturno. Era un dirigente popular que se había ganado el afecto de la gente como resultado de una administración juiciosa.

El número de días al año que Mitsuhide pasaba con su familia podía contarse con los dedos de una mano. Durante las largas campañas, a veces no regresaba a casa durante dos o tres años. Por ese motivo, los pocos días en los que estaba en su hogar experimentaba el placer de ver a su esposa e hijos y de ejercer como marido y padre.

Mitsuhide había sido bendecido con una familia excepcionalmente numerosa, formada por siete hijas y doce hijos. Dos terceras partes de ellos estaban casados o habían sido adoptados por otras familias, pero varios de los más jóvenes, así como los hijos de sus parientes y sus nietos, seguían viviendo en el castillo.

Su esposa, Teruko, siempre decía: «Cuando ya no deba ocuparme de los niños seré demasiado anciana». Aceptaba en el castillo a los hijos de los miembros del clan muertos en combate, e incluso criaba a los hijos que su marido había tenido con otras mujeres. Aquella mujer gentil y prudente se contentaba con su suerte, y aunque ya tenía cincuenta años mostraba una gran paciencia con los niños y sus diabluras.

Desde su partida de Azuchi, Mitsuhide no había hallado un consuelo semejante al de estar en casa, y aquella noche durmió apaciblemente. Incluso al día siguiente la animación de sus hijos y su fiel esposa le aligeró el corazón.

Podría suponerse que pasar una noche así le haría cambiar de idea, pero lo cierto es que no vaciló lo más mínimo, sino que, por el contrario, ahora tenía el valor para admitir una ambición, incluso más secreta, alojada en su pecho.

Teruko estaba con él desde la época en que no tenía señor al que servir. Feliz con su estado actual, la mujer no tenía otros pensamientos que prodigar cuidados maternales a sus hijos. Ahora, al mirarla, Mitsuhide formó silenciosas palabras en lo más profundo de su ser: «Tu marido no va a ser así indefinidamente. Todo el mundo te considerará pronto como la esposa del próximo shogun». Y al mirar a los niños y a los demás miembros de su extensa familia, por un momento quedó atrapado en su propia fantasía. «Te haré salir de este castillo provinciano para instalarte en un palacio más elevado que Azuchi. ¡Cuánto más feliz serás entonces!»

Más tarde, aquel mismo día, Mitsuhide abandonó el castillo acompañado por unos pocos seguidores. Vestía de un modo ligero y no le atendían sus servidores habituales. Aunque no había habido ningún anuncio oficial, incluso los soldados en el portal del castillo sabían que su señor iba a pasar la noche en el santuario Atago.

Antes de partir hacia el oeste, Mitsuhide se dirigió al santuario a fin de rezar para tener buena suerte en el combate. Acompañado por unos pocos amigos íntimos, permanecería en el templo, donde tendría lugar una fiesta poética, y regresaría al día siguiente.

Cuando dijo que iba a un santuario a rezar por la victoria en el combate y que invitaba a unos amigos de la capital a una fiesta, nadie sospechaba realmente lo que se proponía.

Los veinte sirvientes y media docena de vasallos montados vestían más ligeramente de lo que habrían vestido para una salida de cetrería. El día anterior, los monjes del templo Itokuin y los sacerdotes del santuario Atago habían sido informados de la visita, por lo que aguardaban para dar la bienvenida a su señor. En cuanto desmontó, Mitsuhide preguntó por un monje llamado Gyoyu.

—¿Va a venir Shoha? —preguntó Mitsuhide al monje. Cuando Gyoyu replicó que el famoso poeta ya estaba allí esperándole, Mitsuhide exclamó—: ¿Cómo? ¿Ya está aquí? Bien, eso es perfecto. ¿Ha traído a otros poetas de la capital?

—Parece ser que el maestro Shoha ha tenido muy poco tiempo para prepararse. Ayer por la noche recibió vuestra invitación y todos aquellos a los que intentó invitar no podían acudir con tanto apremio. Junto con su hijo, Shinzen, sólo ha podido venir con otros dos: un discípulo llamado Kennyu y un pariente que se llama Shoshitsu.

—¿De veras? —Mitsuhide se echó a reír—. ¿Se ha quejado? Sabía que era una petición irracional, pero tras haberle honrado una y otra vez enviándole palanquines y escoltas, esta vez me ha parecido que sería mucho más elegante, y también más grato, que fuese él quien se tomara la molestia de venir a mi encuentro. Por eso le he invitado aquí tan de repente. Pero tal como cabía esperar, Shoha no ha fingido enfermedad y se ha encaminado en seguida montaña arriba.

Con los dos monjes caminando delante y sus ayudantes detrás, Mitsuhide subió un tramo de altos escalones de piedra. Cuando parecía que habría un trecho de terreno llano para caminar un rato, las escaleras aparecían de nuevo. Mientras subían, el color verde oscuro de los cipreses se intensificaba más, y el violeta oscuro del cielo veraniego avanzaba hacia la oscuridad nocturna. Notaban que la noche se aproximaba con rapidez. A cada escalón que subían su piel percibía el súbito descenso de la temperatura. En la cima hacía mucho más frío que al pie de la montaña.

—El maestro Shoha os envía sus disculpas —le dijo Gyoyu a Mitsuhide cuando llegaron a la sala de invitados del templo—. Habría venido a recibirlos, pero como creía que probablemente rezaríais primero en los templos y santuarios del camino, ha dicho que os saludaría después de vuestras devociones.

Mitsuhide asintió en silencio. Entonces, tras beber una taza de agua, pidió un guía.

—Antes que nada quisiera ofrecer una plegaria a la deidad patrona y luego, mientras quede luz, visitaré el santuario Atago.

El sacerdote del santuario le precedió por un sendero pulcramente barrido. Subió los escalones del santuario exterior y encendió las velas sagradas. Mitsuhide hizo una reverencia y oró durante algún tiempo. Por tres veces el sacerdote agitó una rama del árbol sagrado sobre la cabeza de Mitsuhide, y entonces le ofreció una taza de barro que contenía sake sagrado.

—Tengo entendido que este santuario está dedicado al dios del fuego. ¿Es eso cierto? —preguntó luego Mitsuhide.

—Es cierto, mi señor —replicó el sacerdote.

—Y también he oído decir que si uno reza a este dios y se abstiene de usar fuego, sus plegarias serán atendidas.

—Así ha sido desde los tiempos antiguos. —El sacerdote evitaba dar una respuesta clara a la pregunta, y se la devolvió a Mitsuhide—: ¿Cuándo se originaría esa tradición?

Entonces, cambiando de tema, se puso a hablar de la historia del santuario.

Aburrido por el monólogo del sacerdote, Mitsuhide contempló las lámparas sagradas en el templo exterior. Finalmente se levantó en silencio y bajó las escaleras. Ya era de noche cuando llegaron al santuario Atago. Dejando a los sacerdotes, se dirigió solo al cercano templo del shogun Jizo. Allí comprobó la fortuna que le reservaba el futuro. La primera varilla que extrajo predecía mala suerte. Probó de nuevo y en la siguiente varilla también decía «mala suerte». Mitsuhide permaneció un momento inmóvil, silencioso como una piedra. Cogió la caja que contenía las varillas, se la llevó con reverencia a la frente y extrajo una tercera varilla. Esta vez la respuesta decía: «Grande y buena suerte».

Mitsuhide dio la vuelta y regresó junto a los ayudantes que le esperaban. Le habían observado desde lejos mientras sacaba las varillas de la suerte, imaginando que sólo se entregaba a un capricho. Al fin y al cabo, Mitsuhide se enorgullecía de su intelecto por encima de todo, era un hombre racional, no la clase de persona que usaría la adivinación para decidir algo.

\*

\*

\*

Las llamas oscilantes de los farolillos en la sala de invitados brillaban a través de las hojas tiernas. Shoha y sus compañeros poetas se pasarían la noche moliendo el polvo de tinta en las piedras mientras escribían sus versos.

La velada comenzó con un banquete cuyo invitado de honor era Mitsuhide. Los invitados bromearon, rieron y tomaron muchas rondas de sake, y su conversación les absorbió tanto que parecían haberse olvidado por completo de la poesía.

—Las noches de verano son cortas —anunció su anfitrión, el abad—. Se está haciendo tarde y me temo que será de día antes de que terminemos nuestro centenar de versos eslabonados.

En otra habitación habían dispuesto esterillas. Delante de cada cojín había papel y un tintero, como para estimular a los participantes a escribir versos elegantes.

Tanto Shoha como Shoshitsu eran buenos poetas. El primero contaba con el afecto de Nobunaga y tenía amistosas relaciones con Hideyoshi y el principal maestro del té de la época. Era un hombre con un gran círculo de conocidos.

—Bien, mi señor, podéis darnos el primer verso —solicitó Shoha.

Sin embargo, Mitsuhide no tocó el papel que tenía ante él. Su codo seguía en el apoyabrazos, y parecía contemplar la oscuridad del jardín donde se agitaban las hojas.

—Parece que os estáis devanando los sesos en busca del primer verso, mi señor —bromeó Shoha.

Mitsuhide tomó el pincel y escribió:

Todo el país sabe  
que ahora es el momento,  
en el quinto mes.

En una fiesta como aquella, una vez compuesto el primer verso, los participantes añadían versos por turno, hasta haber compuesto entre cincuenta a cien estrofas. La fiesta había comenzado con un verso de Mitsuhide. El verso final que unía la obra también fue compuesto por Mitsuhide:

Es hora de que las provincias estén en paz.

Después de que los monjes extinguieran las llamas de los farolillos y se retirasen, Mitsuhide pareció dormirse en seguida. Cuando apoyó la cabeza en la almohada, el viento de la montaña agitaba los árboles y aullaba entre los aleros de los tejados, de un modo tan extraño como si aquel monstruo mítico de larga nariz, Tengu, lanzara un grito terrible. De improviso Mitsuhide recordó lo que le había oído contar al sacerdote en el santuario del dios del fuego, e imaginó a Tengu desmandado por el cielo negro como el azabache.

Tengu come fuego y luego vuela al cielo. En su imaginación, un Tengu enorme e innumerables Tengus más pequeños se convirtieron en fuego y montaron el negro viento. Cuando los fuegos cayeron a la tierra, el santuario del dios del fuego quedó reducido de inmediato a una masa de tizones.

Mitsuhide quería dormir, lo deseaba sobre todas las cosas, pero no soñaba sino que estaba pensando y era incapaz de detener la ilusión que anidaba en su mente. Se dio la vuelta y empezó a pensar en el día que se acercaba. Sabía que al día siguiente Nobunaga saldría de Azuchi en dirección a Kyoto.

Entonces la frontera entre la vigilia y el sueño empezó a difuminarse, y en ese estado desapareció la diferencia entre él y Tengu. El monstruo estaba encaramado a las nubes y desde allí contemplaba la nación entera. Todo cuanto veía redundaba en su beneficio. Al oeste, Hideyoshi estaba inmovilizado en el castillo de Takamatsu, luchando a brazo partido con los ejércitos de los Mori. Si lograba confabularse con los Mori y aprovechar la ventaja, el ejército a las órdenes de Hideyoshi, que había pasado tantos años fatigosos en campaña, quedaría enterrado en el oeste y nunca más volvería a ver la capital.

Tokugawa Ieyasu, que se encontraba en Osaka, era un superviviente inteligente. Cuando viera que Nobunaga había muerto, su actitud dependería por completo de lo que Mitsuhide le ofreciera. Hosokawa Fujitaka estaría sin duda momentáneamente indignado, pero su hijo se había casado con la hija de Mitsuhide, del que había sido buen amigo durante largos años. No sería reacio a cooperar.

A Mitsuhide le hormigueaban los músculos y la sangre. Las orejas le ardían con tal intensidad que se sentía joven de nuevo. Tengu se volvió. Mitsuhide emitió un gemido.

—¿Mi señor? —Shosha, en la habitación contigua, se incorporó un poco y le preguntó—: ¿Qué os ocurre, mi señor?

Mitsuhide era vagamente consciente de la pregunta que le había hecho, pero no respondió a propósito. Shoha volvió a dormirse en seguida.

La corta noche terminó pronto. Nada más levantarse, Mitsuhide se despidió de los demás y bajó la ladera de la montaña, envuelta todavía por una espesa niebla matinal.

\* \* \*

El día trece de aquel mes, Mitsuharu llegó a Kameyama y unió sus fuerzas a las de Mitsuhide. Habían llegado de toda la provincia miembros del clan Akechi, incrementando los efectivos ya importantes de Sakamoto. Así pues, la ciudad fortificada estaba atestada de caballos y hombres, las carreteras de suministros militares atascaban todos los cruces y las calles se habían vuelto casi intransitables. El sol brillaba intensamente y, de repente, parecía mediar ya el verano: los porteadores llenaban las tiendas y



discutían con la boca llena de comida. En el exterior, los soldados de infantería, apretados entre las carretas tiradas por bueyes, se gritaban unos a otros. A lo largo de las calles las moscas zumbaban y revoloteaban sobre los excrementos dejados por caballos y bueyes.

—¿Has conservado la salud? —preguntó Mitsuharu a su primo.

—Ya lo ves.

Mitsuhide sonrió. Estaba mucho más afable de lo que había estado en Sakamoto, y su rostro había recuperado el color.

—¿Cuándo piensas partir?

—He decidido esperar hasta el primer día del sexto mes.

—Bien, ¿qué me dices de Azuchi?

—Les he informado, pero creo que el señor Nobunaga se encuentra ya en Kyoto.

—Tenemos informes de que anoche llegó allí sin novedad. El señor Nobutada se aloja en el templo Myokaku, mientras que el señor Nobunaga está en el templo Honno.

—Sí, eso he oído —dijo Mitsuhide, y su voz se desvaneció poco a poco en el silencio.

Mitsuharu se levantó de súbito.

—No he visto a tu esposa e hijos desde hace largo tiempo. Quizás iré a presentarles mis respetos.

Mitsuharu contempló a su primo que se alejaba. Un momento después parecía como si tuviera el pecho tan congestionado que ni pudiera escupir ni tragar.

A dos habitaciones de distancia, Saito Toshimitsu, el servidor de Mitsuhide; conferenciaba con otros generales, estudiando los mapas militares y hablando de táctica. Salió de la habitación para hablar con Mitsuhide.

—¿Vais a enviar la recua de suministros por delante de nosotros?

—¿La recua de suministros? Humm..., bueno, no es necesario que la enviemos por delante.

De improviso el tío de Mitsuhide, Chokansai, que acababa de llegar con Mitsuharu, se asomó a la estancia.

—Vaya, no está aquí. ¿Adonde ha ido el señor de Sakamoto? ¿Lo sabe alguien?

Miró a su alrededor con los ojos desorbitados. Aunque anciano, era tan risueño y alegre que volvía locos a los demás. Incluso a pesar de que los generales estaban a punto de partir en campaña, Chokansai parecía tan alegre como de costumbre. Se volvió en otra dirección. Sin embargo, cuando apareció casualmente en los aposentos de las damas en la ciudadela, las mujeres y sus muchos hijos corrieron a su encuentro.

—¡Oh, ha venido el señor Bufón! —gritaron los niños.

—¡Señor Bufón! ¿Cuándo habéis llegado?

Tanto si permanecía en pie como sentado, las voces felices a su alrededor no cesaban.

—¿Vais a pasar la noche aquí, señor Bufón?

—¿Ya habéis comido, señor Bufón?

—¡Levántame, señor Bufón!

—¡Cántanos una canción!

—¡Enséñanos una danza!

Saltaban a su regazo, jugaban con él, se le aferraban, le miraban el interior de las orejas.

—¡Señor Bufón! ¡Te están saliendo pelos en las orejas!

—Uno, dos.

—Tres, cuatro.

Cantando los números, las chiquillas le tiraban de los pelos mientras un muchacho, montado a horcajadas en su espalda, empujaba hacia abajo su vieja cabeza.

—¡Haz el caballo! ¡Haz el caballo y relincha!

Chokansai se desplazó a gatas sumisamente, y cuando estornudó de repente, el chiquillo cayó de su espalda. Las damas de honor y los ayudantes se rieron tanto que tenían que sujetarse los costados.

Las risas y la barahúnda no cesaron ni siquiera cuando llegó la noche. La atmósfera de los aposentos de las damas era tan diferente de la que imperaba en la habitación de Mitsuhide en la ciudadela principal, como un prado primaveral puede serlo de un páramo cubierto de nieve.

Mitsuharu conversaba con Chokansai.

—Tío, ahora que te estás haciendo mayor, te agradecería que te quedaras aquí y cuidaras de la familia en vez de ir a la campaña con nosotros. Creo que debería hablarle de ello a nuestro señor.

Chokansai miró a su sobrino y se echó a reír.

—Mi último papel puede que sea algo parecido. Estos pequeños no me dejarán en paz.

Había anochecido, y le estaban acosando para que les contara uno de sus famosos relatos.

Era el día anterior al de la partida hacia la campaña. Mitsuharu había esperado que aquella noche habría una conferencia general, pero como la quietud reinaba en la ciudadela principal, fue a la segunda ciudadela y se echó a dormir.

Al día siguiente Mitsuharu aguardó expectante todo el día, pero no llegaban órdenes. Incluso cuando anocheció no había movimiento alguno en la ciudadela principal. Cuando envió a uno de sus servidores a preguntar por la situación, le respondieron que Mitsuhide ya se había acostado y estaba dormido. Mitsuharu tenía sospechas, pero no podía hacer más que acostarse también.

\*

\*

\*

Alrededor de medianoche despertó a Mitsuharu el sonido de un susurro procedente de la sala de guardia, a dos puertas corredor abajo. Se aproximaron pisadas y la puerta de su habitación se deslizó silenciosamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mitsuharu.

El guardián que debía creer que Mitsuharu estaba dormido, vaciló un momento. Entonces se apresuró a postrarse y dijo:

—El señor Mitsuhide os está esperando en la ciudadela principal.

Mitsuharu se levantó y empezó a vestirse. Preguntó qué hora era.

—La primera media de la hora de la rata —respondió el guardián.

Mitsuharu salió al corredor negro como la tinta. Cuando vio que Saito Toshimitsu estaba arrodillado en el umbral, esperándole, Mitsuharu se preguntó cuál podría ser el motivo de aquella llamada inesperada en plena noche.

Toshimitsu le precedió, sosteniendo una vela. No encontraron a nadie durante el largo camino por el sinuoso corredor. Casi todo el mundo dormía apaciblemente en la ciudadela principal, pero una atmósfera fuera de lo corriente flotaba en aquella parte del edificio, y parecía haber hombres levantados

y moviéndose en dos o tres habitaciones.

—¿Dónde está Su Señoría?

—En su dormitorio.

Toshimitsu apagó la vela en la entrada del corredor que conducía al dormitorio de Mitsuhide. Con una mirada invitó a Mitsuharu a entrar y abrió la pesada puerta. Tan pronto como Mitsuharu hubo entrado, Toshimitsu cerró la puerta tras él. Sólo desde la habitación más alejada en el corredor, el dormitorio de Mitsuhide, se filtraba la débil luz.

Cuando Mitsuharu se asomó a la habitación, no vio ayudantes ni pajes. Mitsuhide estaba solo, vestido con un kimono veraniego de gasa blanca, la espada larga a su lado y una mano sobre un apoyabrazos.

La luz de la lámpara era especialmente pálida porque se filtraba a través de la gasa verde de la mosquitera que pendía alrededor de Mitsuhide. Cuando dormía, esa red le rodeaba por los cuatro lados, pero ahora la parte delantera estaba sujeta por una tira de bambú.

—Entra Mitsuharu —le dijo Mitsuhide.

—¿A qué viene todo esto? —le preguntó su primo, tras arrodillarse ante Mitsuhide.

—Dime Mitsuharu, ¿arriesgarías tu vida por mí?

Mitsuharu se arrodilló en silencio y pareció como si se hubiera olvidado de hablar. Una luz extraña brillaba en los ojos de Mitsuhide. Su pregunta había sido sencilla y directa, las mismas palabras que Mitsuharu había temido escuchar desde Sakamoto. Ahora Mitsuhide había hablado finalmente, y aunque Mitsuharu no estaba sorprendido, la sangre de sus venas parecía haberse convertido en hielo.

—¿Estás contra mí, Mitsuharu?

Siguió sin responder, y también Mitsuhide guardó silencio. Su rostro tenía cierta palidez que no se debía a la mosquitera verde ni al chisporroteo de la lámpara, sino que era reflejo de alguna emoción profunda.

Mitsuharu sabía, casi por intuición, que Mitsuhide había preparado un plan de contingencia para usarlo si se le oponía. Más allá de la mosquitera, en el ángulo de un gran hueco en la pared, había una cámara secreta que podía ocultar a un hombre armado. Los puntos dorados en la superficie de la puerta oculta tenían un brillo siniestro, como si destellaran con el propósito sangriento del asesino agazapado allí.

A la derecha de Mitsuharu había una gran puerta corrediza, desde el otro lado de la cual no llegaba sonido alguno, pero percibía la presencia de Saito Toshimitsu y varios hombres más con las armas desenvainadas, esperando una palabra de Mitsuhide. Mitsuharu no podía ofenderse por la conducta cruel y solapada de Mitsuhide, pues ante todo sentía conmiseración. ¿Había desaparecido el hombre inteligente al que conocía desde su juventud? Ahora tenía la sensación de que se hallaba ante la ruina de aquel hombre.

—¿Qué me respondes, Mitsuharu? —le preguntó Mitsuhide, inclinándose hacia él.

Mitsuharu notaba el cálido aliento de su primo que ardía como la fiebre de un enfermo.

—¿Por qué quieres que arriesgue mi vida? —le preguntó finalmente.

Sabía muy bien lo que Mitsuhide planeaba, por lo que fingía deliberadamente ignorancia, aferrándose a la esperanza de que de alguna manera pudiera apartar a su primo del borde del abismo.

Al oír las palabras de Mitsuharu, las venas en las sienes de Mitsuhide sobresalieron todavía más. Su voz se hizo extrañamente ronca.

—Mitsuharu, ¿no sabes que algo ha estado royéndome desde que abandoné Azuchi?

—Es evidente.

—En ese caso, ¿por qué son necesarias todas estas palabras? Bastará con un sí o un no.

—¿Por qué eres tú el que se niega a hablar, mi señor? No es sólo el destino del clan Akechi el que depende de lo que digas ahora, sino el futuro de la nación.

—¿Qué estás diciendo, Mitsuharu?

—Pensar que precisamente tú has pensado en cometer esta ignominia... —Con las lágrimas deslizándose por sus mejillas, Mitsuharu se acercó más a Mitsuhide y apoyó ambas manos en el suelo, en actitud de súplica—. Jamás he comprendido el carácter humano menos que esta noche. ¿Qué leíamos cuando éramos jóvenes y estudiábamos juntos en casa de mi padre? ¿Había una sola palabra en los libros de los sabios antiguos que aprobara el hecho de dar muerte al propio señor?

—No levantes la voz, Mitsuharu.

—¿Quién va a oírme? Todo lo que tienes aquí son asesinos detrás de puertas secretas, esperando tu orden. Mi señor..., nunca, ni una sola vez, he dudado de tu prudencia, pero el hombre al que conocía parece haber cambiado mucho.

—Es demasiado tarde, Mitsuharu.

—Debo hablar.

—Es inútil.

—Tengo que hacerlo aunque sea inútil.

Lágrimas amargas caían sobre las manos de Mitsuharu.

En aquel momento algo se movió detrás de la puerta oculta. Tal vez el asesino había percibido la situación y estaba tenso y ansioso de actuar. Pero Mitsuhide seguía sin hacer ninguna señal. Desvió la vista de la figura llorosa de su primo.

—Has estudiado mucho más que otros, tus poderes intelectuales son mucho mayores que los de la mayoría de la gente y has llegado a la edad del juicio maduro —le dijo Mitsuharu en tono suplicante—. ¿Hay algo que no comprendes? Soy tan ignorante que carezco de palabras. Pero incluso una persona como yo puede leer la palabra «lealtad» y meditar sobre ella hasta que llega a formar parte de mí. Aunque hayas leído diez mil libros, no te servirá de nada si ahora pierdes de vista esa palabra. ¿Me estás escuchando, mi señor? Nuestra sangre procede de una estirpe de antiguos guerreros. ¿Mancharías el honor de nuestros antepasados? ¿Y qué me dices de tus propios hijos y sus descendientes? Piensa en la vergüenza que acumularás sobre infinitas generaciones.

—Podrías enumerar esa clase de cosas sin cesar —replicó Mitsuhide—. Lo que me propongo las trasciende a todas. No sigas intentando hacerme cambiar de idea. He considerado el buen sentido del que acabas de hablarme una noche tras otra, dándole vueltas y más vueltas en mi cerebro. Cuando miro atrás y veo el camino que he recorrido durante cincuenta y cinco años, sé que no estaría tan turbado de no haber nacido samurai ni tampoco intentaría semejante cosa.

—Y es precisamente porque has nacido samurai por lo que no deberías atentar contra tu señor, por mucho que hayas tenido que soportar.

—Nobunaga se levantó contra el shogun, y todo el mundo sabe cuánto karma acumuló al incendiar el monte Hiei. Mira lo que les ocurrió a sus vasallos principales... Hayashi, Sakuma, Araki. No puedo pensar en sus trágicos destinos como si fueran asuntos ajenos.

—Has recibido una provincia, mi señor. Al clan no le falta nada. Piensa en los favores que nos ha concedido.

Entonces Mitsuhide perdió el dominio de sí mismo y sus palabras fluyeron como un río desbordado.

—¿Es un favor recibir una provincia insignificante como esta? Probablemente la poseería aunque careciera de talento. Una vez Nobunaga tenga todo lo que necesita de mí, no seré más que un perrillo faldero al que alimentará en Azuchi, o tal vez me considerará un lujo inútil. Incluso me ha puesto bajo las órdenes de Hideyoshi, ordenándome que vaya al Sanin. Si eso no es una declaración del destino del clan Akechi, no sé qué es. Fui educado como samurai, he heredado la sangre de generaciones de guerreros. ¿Crees que voy a terminar mis días doblegándome servilmente mientras los demás me dan órdenes? ¿No puedes ver lo que hay en el negro corazón de Nobunaga?

Mitsuharu permanecía sentado en silencio, pasmado.

—¿A quién has revelado tus intenciones?

—Aparte de ti, a una docena de mis vasallos de más confianza.

Mitsuhide aspiró hondo y pronunció los nombres de sus servidores. Mitsuharu alzó la vista al techo y exhaló un largo suspiro.

—¿Qué puedo decir ahora que se lo has dicho?

De repente Mitsuhide se movió adelante y cogió el cuello del kimono de su primo con la mano izquierda.

—¿Dices que no? —le preguntó. Su mano derecha se cerró sobre el mango de su daga, mientras la izquierda sacudía a Mitsuharu con una tremenda fuerza—. ¿O dices que sí?

Cada vez que Mitsuhide sacudía a Mitsuharu, la cabeza de éste se movía atrás y adelante como si su cuello no contuviera huesos. Las lágrimas se deslizaban por su rostro.

—A estas alturas ya no se trata de decir sí o no, pero no sé qué habría pasado si me hubieras informado antes que a los demás, mi señor.

—¿Estás de acuerdo entonces? ¿Actuarás conmigo?

—Tú y yo, mi señor, somos dos hombres, pero es como si fuésemos uno solo. Si murieses, yo no querría vivir. Técnicamente somos señor y vasallo, pero tenemos las mismas raíces e idéntico nacimiento. Hemos vivido juntos hasta ahora y estoy naturalmente resuelto a compartir lo que nos reserve el destino.

—No te preocupes, Mitsuharu, que no va a ser todo o nada, pues siento que nuestra victoria es segura. Si tenemos éxito, no estarás al frente de un castillo de poca monta como el de Sakamoto. Te lo prometo. ¡Como mínimo tendrás tu título al lado del mío y serás el señor de un gran número de provincias!

—¡Cómo! Ésa no es la cuestión. —Apartando la mano que retenía a su primo por el cuello, Mitsuhide le empujó atrás—. Quisiera llorar..., mi señor, por favor, permíteme que lllore.

—¿Qué es lo que tanto te entristece, necio?

—¡Tú eres el necio! —¡Idiota!

Ambos se dirigieron otros insultos y luego se abrazaron, las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

\*

\*

\*

El tiempo era como de pleno verano. El primer día del sexto mes fue más cálido de lo que había sido

en muchos años. Por la tarde, columnas de nubes cubrían una parte del cielo por el norte, pero el sol que se ponía lentamente siguió caldeando las montañas y los ríos de Tamba hasta que oscureció.

La ciudad de Kameyama estaba ahora totalmente desierta. Los soldados y las carretas que habían abarrotado sus calles ya no estaban allí. Los soldados, con armas de fuego, lanzas y estandartes, se alejaban de la ciudad en una larga columna, sus cabezas cociéndose bajo los cascos de hierro. Los habitantes de la ciudad se amontonaban a los lados de la carretera para ver la partida del ejército. Buscaban a los benefactores que habían favorecido sus tiendas en el pasado, les deseaban buena suerte en voz tan alta como podían y les instaban a realizar grandes hazañas.

Pero ni los soldados que marchaban ni las multitudes que los saludaban sabían que aquella partida no era el comienzo de una campaña en el oeste, sino el primer paso hacia Kyoto. Con excepción de Mitsuhide y una docena de hombres de su estado mayor, nadie lo sabía.

\* \* \*

Pronto sería la hora del mono. En la atmósfera, teñida al oeste por el color rojo como la sangre del sol poniente, resonaban las caracolas altas y bajas, una tras otra. Los soldados, que habían hecho poco más que apiñarse en varios campamentos, se levantaron de inmediato para integrarse en sus columnas. Se dividieron en tres líneas y formaron en filas, con los estandartes alzados.

El intenso verdor de las montañas circundantes y el follaje verde claro de la vegetación más próxima despedían su fragancia mientras la ligera brisa de la tarde acariciaba los innumerables rostros. Una vez más sonó la caracola, en esta ocasión desde el bosque lejano.

Mitsuhide y sus generales, que estaban en el recinto del santuario del dios de la guerra, Hachiman, avanzaron en brillante formación bajo los rayos oblicuos del sol poniente. Mitsuhide pasó revista a sus tropas, las cuales, una vez formadas, parecían un muro de hierro. Cada soldado alzaba la vista cuando Mitsuhide pasaba ante él, e incluso los soldados rasos se sentía orgullosos de estar bajo las órdenes de tan grande general.

Mitsuhide vestía armadura negra con cordones verde claro bajo un manto de brocado blanco y plateado. Su espada larga y la silla de montar de su caballo eran obras de artesanía excepcional. Aquel día parecía mucho más joven que de ordinario, pero no era esa una característica exclusiva de Mitsuhide, pues cuando un hombre se ponía la armadura desaparecía su edad. Incluso al lado de un guerrero de dieciséis años en su primera campaña, un hombre viejo no mostraba ni experimentaba su edad.

Aquel día las plegarias de Mitsuhide habían sido más suplicantes que las de cualquier otro hombre de su ejército, y por esa razón, al pasar ante cada soldado, sus ojos parecían fatigados por la intensidad de su resolución. El aspecto del comandante en jefe no dejaba de reflejarse en el espíritu marcial de sus hombres. Los Akechi habían ido a la guerra en veintisiete ocasiones. Pero aquel día los hombres estaban febriles de tensión, como si intuyeran que la batalla inminente estaba fuera de lo ordinario.

Cada uno tenía la sensación de que partía para no regresar jamás. Esa intuición generalizada llenaba el lugar como una fría niebla, de modo que los nueve estandartes con sus blasones de campanillas que ondeaban por encima de cada división parecían golpear contra un montón de nubes.

Mitsuhide tiró de las riendas de su caballo, se volvió hacia Saito Toshimitsu, que cabalgaba a su lado, y le preguntó:

—¿Cuántos hombres tenemos en total?

—Diez mil. Si incluimos a los diversos porteadores, debe de haber más de trece mil hombres.

Mitsuhide hizo un gesto de asentimiento.

—Decid a los jefes de unidad que vengan aquí —pidió tras una pausa.

Cuando los jefes estuvieron reunidos ante Mitsuhide, éste hizo retroceder un poco a su montura y su primo, Mitsutada, se adelantó flanqueado por generales a derecha e izquierda.

—He aquí una carta de Mori Ranmaru, quien ahora se halla en Kyoto, y que nos llegó anoche. Voy a leerla para que todo el mundo la entienda.

Abrió la carta y leyó:

—«Por orden del señor Oda Nobunaga tenéis que acudir a la capital, de modo que Su Señoría pueda pasar revista a las tropas antes de que partan hacia el oeste.» Nos marcharemos a la hora del gallo. Hasta entonces que los soldados preparen las provisiones, alimenten a los caballos y descansen.

La visión de los trece mil hombres que preparaban sus provisiones en el campo de maniobras era todo un espectáculo. Entretanto, los jefes de unidad fueron llamados de nuevo, esta vez para que acudieran al bosque que rodeaba el santuario de Hachiman, donde el aire fresco, en la penumbra animada por el canto de las cigarras, parecía casi líquido.

Un momento antes se había oído, procedente del santuario, el sonido de manos que batían palmas, parte del ritual para orar a los dioses, por lo que parecía como si Mitsuhide y sus generales hubieran estado rezando. Mitsuhide se había persuadido a sí mismo de que no actuaba puramente motivado por la enemistad y el resentimiento que sentía hacia Nobunaga. El temor de que pudiera acabar como Araki o Sakuma le había permitido la racionalización que era un mecanismo de autodefensa. Mitsuhide era como un animal acorralado que se ve obligado a atacar el primero a fin de conservar la vida.

La distancia desde el santuario hasta el templo Honno, donde se encontraba su enemigo ligeramente protegido, era sólo de cinco leguas. Aquella era una oportunidad como sólo puede darse una vez en la vida. Consciente de que su traición parecía oportunismo, no podía concentrarse en las plegarias, pero no le resultaba difícil justificar sus acciones: le bastaba con enumerar las fechorías de Nobunaga en las dos últimas décadas. A la postre, aunque había servido a Nobunaga durante muchos años, Mitsuhide sentía nostalgia del antiguo shogunado con todo su anquilosamiento.

Los comandantes aguardaban, apiñados, y el escabel de Mitsuhide seguía desocupado. Sus pajes decían que continuaba orando en el santuario y que no tardaría en regresar. Poco después se separó la cortina y los vasallos más íntimos de Mitsuhide entraron uno tras otro, saludando a los hombres reunidos allí. Mitsuhide, Toshimitsu, Mitsuharu, Mitsutada y Mitsuaki fueron los últimos en presentarse.

—¿Son éstos todos los jefes de unidad? —preguntó Mitsuhide.

Con una celeridad alarmante, la zona circundante fue rodeada de inmediato por soldados. El semblante de Mitsuhide expresaba advertencia, una advertencia sin palabras que se concentraba muy claramente en los ojos de los generales.

—Quizá os parezca una muestra de excesiva frialdad por mi parte que tome esta clase de precauciones cuando hablo con mis vasallos —les dijo Mitsuhide—, y sobre todo tratándose de personas que tienen mi confianza. No malinterpretéis esta medida, que tomo tan sólo para revelaros un acontecimiento de gran importancia y aguardado desde hacía largo tiempo..., un acontecimiento que afectará a toda la nación y que significará nuestro ascenso o nuestra caída.

Así dio comienzo a la revelación de sus intenciones. Enumeró sus motivos de queja contra Nobunaga, las humillaciones en Suwa y Azuchi y, el ultraje definitivo, la orden de intervenir en la campaña del oeste que implicaba la subordinación a Hideyoshi. Siguió relacionando los nombres de quienes habían servido a Nobunaga durante años sin que ello les hubiera valido más que para la destrucción de sí mismos. Era Nobunaga el enemigo de la rectitud, el destructor de la cultura y el conspirador que había derribado las instituciones y abocado la nación al caos. Terminó su discurso recitando un poema que había escrito.

Dejad que una persona sin comprensión  
diga lo que le venga en gana;  
no tendré dolor de conciencia  
ni por la posición ni por la fama.

Mientras recitaba este poema, Mitsuhide empezó a experimentar el patetismo de su propia situación y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. También sus vasallos de alto rango se echaron a llorar. Algunos incluso se mordieron las mangas de sus armaduras o cayeron de bruces en la tierra. Sólo uno de los hombres no lloraba, el veterano Saito Toshimitsu.

Entonces intervino Toshimitsu, dispuesto a hacer de sus lágrimas un compromiso de sangre.

—Creo que Su Señoría nos ha abierto su corazón porque nos considera hombres en los que puede confiar. Si un señor sufre deshonra, sus vasallos mueren. ¿Es sólo nuestro señor el único ofendido? A mis viejos huesos les queda poco tiempo de vida, pero si puedo ser testigo de la caída del señor Nobunaga y ver a mi señor convertido en el dirigente de la nación, podré morir sin ningún pesar.

Mitsuharu habló a continuación.

—Cada uno de nosotros se considera como la mano derecha de Su Señoría, por lo que después de que él ha hablado, sólo queda un camino a seguir. No debemos retrasarnos en ir al encuentro de nuestra muerte.

Todos los jefes de unidad respondieron al unísono. El brillo de la emoción en sus ojos y sus bocas abiertas parecían decir que no conocían más palabra que sí. Cuando Mitsuhide se levantó, los intensos sentimientos que los hombres experimentaban les hacían temblar, y le felicitaron con vehemencia, de acuerdo con la costumbre tradicional cuando partían hacia el frente.

Yomoda Masataka alzó la vista al cielo e instó a los hombres a que se preparasen mentalmente.

—Pronto será la hora del gallo. La distancia hasta la capital es de unas cinco leguas. Si avanzamos a campo traviesa, podremos rodear el templo Honno al amanecer. Si logramos tomar el templo antes de la hora del dragón y luego destruir el templo Myokaku, todo estará resuelto antes del desayuno.

Se había vuelto hacia Mitsuhide y Mitsuharu y hablado con una convicción absoluta. Por supuesto, este discurso no era ni una recomendación ni un consejo, y su único propósito era permitir que los jefes principales supieran que el país ya estaba en sus manos y exhortarles a calentar su sangre.

Era la segunda mitad de la hora del gallo y la carretera estaba ya oscura a la sombra de la montaña. Los hombres cubiertos de armadura avanzaron en una negra columna a través del pueblo de Oji y finalmente llegaron a la colina de Oinosaka. El cielo nocturno estaba cuajado de estrellas, y abajo la capital parecía como su reflejo.



## «Cincuenta años bajo el cielo»

Los rojizos rayos del sol poniente incidían en el foso vacío del templo Honno. Era el primer día del sexto mes. El sol había caído implacable sobre la capital durante toda la jornada y ahora aparecían nuevos trechos de barro seco incluso en el foso relativamente profundo.

Los muros de barro rematados por un tejadillo se extendían a lo largo de más de cien varas por el este y el oeste y doscientas varas de norte a sur. El foso superaba los doce pies de anchura y era más profundo de lo habitual para un templo. Los transeúntes podían ver los tejados del templo principal y aproximadamente la decena de edificios del monasterio, pero nada más podía verse realmente desde el exterior. Tan sólo se distinguía la famosa acacia negra en un ángulo del recinto. Era tan grande que la gente la llamaba el bosque de Honno o el bosquecillo de la acacia.

El árbol era un hito tan famoso como la pagoda del templo oriental. Cuando el sol de la tarde incidía en sus ramas altas, en seguida una multitud de cuervos armaban jaleo. Y por muy exigentes y elegantes que intentaran ser los ciudadanos de Kyoto, había tres cosas que no podían evitar: los perros extraviados de noche, el estiércol de las vacas por la mañana y los cuervos por la tarde.

Dentro del recinto del templo había aún varios solares vacíos. Era necesario un enorme trabajo de construcción para completar la restauración de los aproximadamente veinte edificios que habían sido destruidos por el fuego durante las guerras civiles en la capital. Si un visitante caminara en dirección a la calle Cuarta desde el portal principal del templo, vería la mansión del gobernador de Kyoto, el barrio de los samurais y las calles de una ciudad bien reglamentada. Pero en la parte norte de la ciudad los barrios pobres permanecían como islas, tal como estuvieron durante el shogunado, y un estrecho callejón aún se merecía plenamente su antiguo nombre de calle del Albañal.

Los callejones del barrio, entre los ásperos muros que serpenteaban bajo los aleros torcidos de las casas con sus tejados uniformes, estaban que bullían de niños, los cuales, llenos de diviesos y sarpullidos, las narices moqueantes, correteaban por las calles como gigantescos insectos alados.

—¡Han llegado los misioneros! —gritaban.

—¡Los sacerdotes del templo Namban están pasando por aquí con una bonita jaula!

Los tres misioneros se rieron al oír las voces infantiles y aflojaron el paso, como si esperasen a unos amigos.

El templo Namban, como era conocida popularmente la iglesia de los misioneros, estaba en la calle Cuarta. Por la mañana, en los barrios pobres, se oían los cánticos de los servicios religiosos en el templo Honno, y por la noche la campana de la iglesia resonaba en los callejones. El portal del templo Honno era muy imponente, y los monjes que vivían allí caminaban por las calles con expresiones altivas, pero la actitud de los misioneros, cuando llegaban a la zona, era diferente: se mostraban humildes y amistosos con los habitantes del lugar. Cuando veían un niño con un furúnculo en la cara le daban palmaditas en la cabeza y le indicaban la manera de tratarlo. Si se enteraban de que alguna persona estaba enferma, la visitaban. Se decía que nadie debía intervenir en una querrela entre marido y mujer, pero si los misioneros pasaban por allí en tales ocasiones, entraban en la casa y trataban de apaciguar a los cónyuges. De este modo se hacían con la reputación de que eran amables y comprensivos. «Trabajan realmente por el bien de la sociedad», decía la gente, que llevaba cierto tiempo llena de admiración hacia ellos. «Talvez son mensajeros de los dioses.» Sus buenas obras se extendían a los pobres, los

enfermos y los sin hogar. La iglesia tenía incluso una especie de hospital de beneficencia y un asilo de ancianos. Y, por si esto fuese poco, a los misioneros les gustaban los niños.

Pero cuando esos mismos misioneros se tropezaban con sacerdotes budistas en las calles, no los trataban con la misma humildad que mostraban con los niños, sino que los miraban como si fuesen enemigos encarnizados. Por esta razón daban un largo rodeo a través de la calle del Albañal, evitando en la medida de lo posible la proximidad del templo Honno. Sin embargo, aquel día, lo mismo que el anterior, se veían obligados a visitar el templo porque se había convertido en el cuartel general del señor Nobunaga, lo cual significaba que el hombre más poderoso de Japón era ahora su vecino.

Los tres misioneros llevaban una pequeña ave tropical en una jaula dorada y unos pasteles confeccionados por el cocinero que habían traído de su país, y parecían estar en camino para ofrecer sus regalos al señor Nobunaga.

—¡Misioneros! ¡Eh, misioneros!

—¿Qué clase de pájaro es ése?

—¿Qué hay en la caja?

—¡Si es un pastel, danos un poco!

—¡Danos un poco, misionero!

Los niños de la calle del Albañal les cortaban el paso. Los tres misioneros no parecían en modo alguno enojados, pero sin dejar de sonreír les reprendieron en un japonés chapurreado y prosiguieron su camino.

—Esto es para el señor Nobunaga —les dijo uno de los sacerdotes—. No seáis irrespetuosos. Os daremos todos los pasteles que queráis cuando vengáis a la iglesia con vuestras madres.

Los niños les siguieron de cerca y algunos corrieron para adelantarles. Cuando estaban así rodeados, uno de los niños se acercó demasiado al borde del foso y cayó, produciendo un sonido como el croar de una rana. El foso estaba vacío, por lo que no había peligro de que el chiquillo se ahogara, pero su fondo estaba tan lleno de barro como un pantano. El pequeño se revolvía allí como una locha. Los lados del foso eran de piedra, por lo que incluso un adulto habría tenido dificultades para trepar por ellos y salir de allí. A veces algún pobre borracho se caía y se ahogaba en una noche en que la lluvia lo había llenado de agua a rebosar.

Alguien informó de inmediato a la familia del chiquillo. Los curiosos vecinos de la calle del Albañal salieron vociferando de sus casas como el agua hirviendo de un puchero, y los padres llegaron corriendo y descalzos. Había sucedido una desgracia, pero cuando llegaron al foso el pequeño ya había sido rescatado. Parecía una raíz de loto arrancada del barro y lloraba ruidosamente.

El niño y dos de los misioneros tenían las manos y las ropas salpicados de barro. El tercer misionero había saltado al foso detrás del niño y estaba completamente cubierto de barro.

Cuando los niños vieron a los misioneros, correataron entusiasmados a su alrededor, batiendo palmas y gritando:

—¡El misionero se ha convertido en un barbo! ¡Su barba roja está llena de barro!

Los padres del muchacho les dieron las gracias y alabaron a su Dios, aun cuando no eran cristianos. Se inclinaron a los pies de los sacerdotes y vertieron lágrimas de agradecimiento con las manos unidas en actitud de plegaria. En la negra montaña de gente que se había formado detrás de ellos, las palabras de alabanza a los misioneros corrían de boca en boca.

Los misioneros no mostraron gran pesar por haber llegado hasta allí sólo para tener que dar la vuelta con sus regalos ahora inservibles. Para ellos no existía ninguna diferencia entre Nobunaga y el muchacho del barrio pobre. Además, aquel incidente sería comentado en todas las casas, y los misioneros sabían muy bien que podría crecer y convertirse en una ola grande e inspiradora.

—¿Has visto eso, Sotan?

—Sí, me ha impresionado.

—Esa religión es aterradora.

—Es cierto. Realmente te hace pensar.

Uno de los que hablaban era un hombre de unos treinta años, mientras que el otro era mucho mayor. Parecían padre e hijo. Había algo en su porte que los diferenciaba de los mercaderes importantes de Sakai, quizá ciertos rasgos de su carácter que reflejaban un talante liberal y buena crianza. Sin embargo, bastaba con mirarles para saber que eran mercaderes.

Desde que Nobunaga residía en él, el templo Honno ya no era un simple templo. A partir de la noche del día veintinueve, en el portal principal del templo había una tumultuosa congregación de carretas y palanquines, y el bullicio de la gente que entraba y salía. Las audiencias que ahora concedía Nobunaga parecían asuntos de gran trascendencia para toda la nación. Así, un hombre podía retirarse tras haber obtenido por lo menos una palabra o una sonrisa de Nobunaga e irse a casa con la sensación dichosa de que había conseguido algo que valía cien o mil veces lo que los excepcionales utensilios, buenos vinos, exquisiteces y otros regalos que había ofrecido.

—Esperemos aquí un momento. Parece que un cortesano está cruzando el portal.

—Debe de ser el gobernador. Ésos parecen sus ayudantes.

El gobernador, Murai Nagato, y sus ayudantes se habían detenido en el portal principal y parecían estar esperando discretamente a que saliera el palanquín de un aristócrata. Instantes después; algunos samurais condujeron a dos o tres caballos bayos y moteados tras un pequeño desfile de palanquines y literas. Cuando los samurais reconocieron a Nagato, hicieron reverencias al pasar, sujetando con una mano las riendas de los caballos.

Una vez despejado el camino, Nagato cruzó el portal, y cuando los dos mercaderes se aseguraron de que estaba dentro, encaminaron sus pasos en la misma dirección.

Naturalmente, los guardianes que estaban en el portal principal se mostraron excepcionalmente severos. La gente que entraba y salía no estaba acostumbrada a ver los destellos de las lanzas, alabardas e incluso los ojos de los guerreros estacionados allí. Todos los guardianes vestían armadura, y si alguna persona parecía sospechosa la detenían a gritos.

—¡Esperad un momento! ¿Adonde vais? —preguntó un guardián a los dos mercaderes.

—Soy Soshitsu de Hakata —dijo cortésmente el hombre de más edad.

Cuando inclinó la cabeza, el hombre más joven le imitó.

—Yo soy Sotan, también de Hakata.

Estas presentaciones no parecían decir nada a los guardianes, pero su capitán, que estaba delante de la caseta de guardia al otro lado del portal, sonrió y les hizo una seña.

—Pasad, por favor.

\*

\*

\*

El pabellón Omotemido era el edificio principal del recinto del templo, pero el verdadero centro eran los aposentos de Nobunaga. En el exterior de la habitación desde la que se oía la voz de Nobunaga, murmuraba un arroyuelo alimentado por una fuente en el jardín, y desde los edificios algo más alejados se oía en ocasiones la risa de las mujeres transportada por la brisa.

Nobunaga estaba hablando con un mensajero de su tercer hijo, Nobutaka, y Niwa Nagahide.

—Eso ayudará un poco a mi viejo ayudante, Nagahide. Infórmale de que todo está asegurado. Dentro de unos días yo mismo iré a las provincias occidentales, por lo que pronto nos reuniremos allí.

El ejército de Nobutaka y Niwa zarparía hacia Awa a la mañana siguiente. El mensajero había llegado para informar de ello, así como de que Tokugawa Ieyasu había viajado de Osaka a Sakai.

Nobunaga contempló el color del cielo como si acabara de reparar en él, y se dirigió a un paje:

—Está oscuro. Sube los postigos en el lado occidental. —Entonces le preguntó a Nobutada—: ¿También hace calor en el lugar donde te hospedas?

Nobutada había acudido a la capital poco antes que su padre y se había alojado en el cercano templo Myokaku. Estaba allí desde la tarde anterior, cuando su padre entró en la capital, y parecía un poco fatigado. Había pensado anunciar que se marchaba, pero su padre le dijo:

—¿Por qué no te quedas esta noche a tomar el té en privado? Las dos últimas noches he tenido invitados, y me entristece no tener suficiente tiempo libre. Invitaré a algunas personas interesantes para ti.

Nobunaga quería distraer a su hijo y no aceptaría un no por respuesta.

Si le hubiera dejado expresar lo que pensaba realmente, Nobutada podría haber dicho que sólo tenía veinticinco años de edad y no entendía la ceremonia del té como lo hacía su padre. Sentía una aversión especialmente intensa hacia los maestros del té que desperdiciaban sus horas de asueto en tiempo de guerra. Si iba a disfrutar de la compañía de su madre, la presencia de un maestro de la ceremonia del té sería inconveniente. A fuer de sincero, deseaba partir cuanto antes a la campaña y no quedarse rezagado con respecto a su hermano menor, Nobutaka, ni siquiera una hora.

Al parecer, Nobunaga había invitado también a Murai Nagato no en su rango oficial de gobernador de Kyoto sino como amigo, pero Nagato era incapaz de olvidar la rígida formalidad que era habitual entre señor y vasallo, y la conversación resultaba incómoda. La incomodidad era una de las cosas que Nobunaga detestaba. Con los acontecimientos diarios, las presiones de la administración del gobierno, los invitados que entraban y salían y la falta de sueño, cuando tenía un momento para alejarse de los deberes públicos no soportaba tener que enfrentarse a esa formalidad. Estas situaciones siempre le hacían pensar afectuosamente en Hideyoshi.

—Nagato —dijo Nobunaga.

—¿Mi señor?

—¿No está tu hijo aquí?

—Ha venido conmigo, pero es un tanto ignorante y le he hecho esperar afuera.

—Esa clase de reserva es realmente aburrida —murmuró Nobunaga.

Cuando pidió al hombre que acudiera con su hijo, sin duda lo había hecho para charlar alegremente, no para celebrar una entrevista formal entre señor y vasallo. Sin embargo, no ordenó a Nagato que llamara a su hijo.

—No sé qué les habrá ocurrido a nuestros invitados de Hakata —dijo Nobunaga.

Se levantó y fue al templo, dejando a Nobutada y Nagato donde estaban.

En la sala de los pajes se oía la voz de Bomaru. Su hermano mayor, Ranmaru, parecía reñirle por una u otra cosa. Todos los hijos de Mori Yoshinari eran ya adultos. Recientemente se había rumoreado que Ranmaru confiaba en recibir Sakamoto, que era un castillo de los Akechi y que había estado bajo el dominio de su padre. La noticia circulaba por todas partes y escandalizaba incluso a Nobunaga. Así pues, a fin de disipar el rumor público, reconsideró su política más bien indecorosa de hacer que Ranmaru vistiera como un paje y tenerle constantemente a su lado. Corregir esto también sería beneficioso para él.

—¿Saldréis al jardín? —le preguntó Ranmaru.

Nobunaga estaba en la terraza y Ranmaru se apresuró a salir de la sala de pajes para depositar unas sandalias en la piedra pasadera. Nobunaga pensó que era agradable tener a su servicio a un joven tan gentil y perspicaz. Se había acostumbrado a esa clase de cuidados en los últimos diez años más o menos.

—No, no voy a salir al jardín. Qué calor ha hecho hoy, ¿verdad?

—Sí, nos hemos achicharrado.

—¿Están sanos todos los caballos del establo?

—Parecen un poco desanimados.

Nobunaga alzó la vista y miró el lucero de la tarde, tal vez pensando de repente en las lejanas provincias occidentales. Ranmaru se quedó mirando sin comprender el perfil de su señor. Nobutada también había salido a la terraza y estaba detrás de los dos hombres, pero la mirada de Ranmaru mostraba que se había olvidado por completo de la existencia del hombre más joven. Era casi como si estuviera mirando a su señor por última vez. De no haber estado tan absorto quizá habría sido más consciente de la extraña intuición que tenía en aquel momento y de que se le había puesto la piel de gallina. Más o menos por entonces Akechi Mitsuhide estaba llegando a Oinosaka.

El humo de los fogones en la enorme cocina empezó a expandirse dentro del templo. Habían encendido la leña no sólo en los fogones sino también en los baños, y no sólo en el templo Honno, pues poco antes de que anoheciera el humo de los fuegos encendidos para cocinar se desvanecía poco a poco en el cielo tanto dentro como fuera de la capital.

Nobunaga se metió en el baño. A través de la celosía de bambú en una ventana alta se veía una sola flor blanca en una enredadera. Después de que le arreglaran el cabello y de ponerse ropa nueva, Nobunaga regresó caminando por el corredor en forma de puente.

Llegó Ranmaru y anunció que Sotan y Soshitsu de Hakata le estaban aguardando en la sala de té.

—Están aquí desde antes de que oscureciera, y los dos han barrido el sendero entre la sala de té y la entrada y han pulimentado la terraza. Entonces el maestro Soshitsu regó el sendero e hizo un arreglo floral, mientras el maestro Sotan iba a la cocina y daba instrucciones sobre los platos que van a presentaros.

—¿Por qué no he sido informado antes?

—Veréis, mi señor, han dicho que, como son los anfitriones, debemos esperar hasta que todo esté dispuesto.

—Parece ser que tienen alguna clase de plan. ¿Están enterados de esto Nobutada y Nagato?

—Los invitaré ahora mismo.

Cuando salió Ranmaru, Nobunaga fue a sus aposentos pero desvió en seguida sus pasos hacia la sala de té.

El edificio no tenía el aspecto de una sala de té, sino que había sido diseñado como un salón, creando

un espacio más pequeño para realizar la ceremonia del té por medio de biombos.

Los invitados eran Nobunaga, Nobutada, Nagato y su hijo. Los farolillos aumentaban la calidez de la atmósfera en la estancia. Después de que concluyera la ceremonia del té, los anfitriones y sus invitados pasaron a una sala más amplia, donde charlaron hasta bien entrada la noche.

Nobunaga aún tenía mucho apetito. Devoró los platos colocados ante él, tomó vino, que parecía hecho de rubíes fundidos, y de vez en cuando comía un pastelillo europeo de la fuente bien provista, todo ello sin que la conversación cesara.

—Me gustaría hacer una gira por las tierras meridionales, contigo y Sotan como guías. Seguramente habéis viajado por esos lugares numerosas veces.

—Pienso en ello continuamente, pero no he podido ir —respondió Soshitsu.

—Eres joven y fuerte, Sotan. ¿Has estado allí?

—Todavía no, mi señor.

—¿Ninguno de vosotros ha estado allí?

—No, aunque nuestros empleados van y vienen constantemente.

—Pues yo diría que es una desventaja en vuestro oficio. Aunque alguien como yo tuviera tales esperanzas, nunca encontraría un buen momento para abandonar Japón, por lo que no hay nada que hacer. Pero vosotros poseéis barcos y sucursales y siempre tenéis libertad para viajar. ¿Por qué no habéis ido todavía?

—El trabajo que os dan los asuntos del país es de una naturaleza distinta al nuestro, pero nuestras tareas domésticas nos han impedido partir de un modo u otro y no podremos hacerlo hasta dentro de un año más o menos. Sin embargo, el día en que Su Señoría haya resuelto los muchos asuntos a los que debe atender, quisiera acompañaros, a vos y a Sotan, en una gran gira.

—¡Hagámoslo así! Ése ha sido uno de mis deseos desde hace largo tiempo. Pero dime, Soshitsu, ¿vas a vivir tanto?

Mientras el paje servía vino, Nobunaga bromeó con el anciano, pero Soshitsu no iba a dejarse aventajar.

—Decidme, señor, antes de preocuparos por eso, ¿podéis asegurarme que vais a ponerlo todo en orden antes de que me muera? Si sois vos el demasiado lento, puede que no sea capaz de esperar.

—Será pronto —replicó Nobunaga, encantado por la zumba del anciano.

Soshitsu podía decir lo que pensaba de una manera que les estaba vedada a los generales de Nobunaga. De vez en cuando, durante la conversación, Nobutada y Nagato se sentían inquietos por ello y se preguntaban si realmente estaba bien que aquellos mercaderes hablaran con tanta franqueza como lo estaban haciendo. Al mismo tiempo se preguntaban por qué unos plebeyos gozaban del favor de Nobunaga. Era muy improbable que éste los tolerase como amigos sólo porque eran maestros de la ceremonia del té.

La conversación aburría a Nobutada. Sólo cuando la charla entre su padre y los dos mercaderes abordó el tema de las tierras meridionales Nobutada se sintió interesado. Aquellas cosas eran nuevas para sus oídos y le inspiraban sueños y ambiciones juveniles.

Al margen de que su comprensión de las tierras meridionales fuese profunda o no, lo cierto era que los intelectuales de la época se interesaban por ellas. La misma esencia de la cultura japonesa estaba siendo agitada por una oleada de innovaciones procedentes del extranjero, y las principales eran las

armas de fuego.

Mucho de lo que se sabía sobre el sur había sido aportado por misioneros de España y Portugal, pero los hombres como Soshitsu y Sotan habían iniciado su comercio sin aguardar a los misioneros. Sus barcos navegaban a Corea y comerciaban con China, Amoy y Camboya. Los hombres que les habían informado sobre las riquezas que existían al otro lado del mar no eran los misioneros, sino piratas japoneses que tenían su guarida cerca de Hakata, en Kyushu.

Sotan había heredado el negocio de su padre y había establecido sucursales en Luzón, Siam y Camboya. Se decía de él que era quien había importado los frutos del árbol de la cera del sur de China y había desarrollado un método para fabricar cera, produciendo así el combustible para las lámparas que habían iluminado con mucha más brillantez las noches de Japón. También tenía en su haber la mejoría de las técnicas metalúrgicas traídas de ultramar para llevar a cabo el refinamiento del hierro fundido.

Soshitsu también se dedicaba al comercio con ultramar y estaba emparentado con Sotan. No había un solo señor en la isla de Kyushu que no le hubiera pedido préstamos. Poseía diez o más grandes buques que navegaban por el océano y un centenar de barcos más pequeños.

No sería exagerado decir que Nobunaga había adquirido casi todo el conocimiento que poseía sobre el mundo que se extendía más allá de Japón mientras tomaba el té con aquellos dos hombres. Ahora Nobunaga estaba absorto en la conversación y cogía un pastelillo europeo tras otro. Soshitsu reparó en que estaba comiendo demasiados y observó:

—Estos pasteles están hechos con una sustancia que se llama azúcar, por lo que deberíais procurar no comer demasiados antes de acostaros.

—¿Es que el azúcar es venenoso? —inquirió Nobunaga.

—Si no es un veneno, desde luego tampoco es saludable —respondió Soshitsu—. Los alimentos de las tierras bárbaras son espesos y succulentos, mientras que nuestros alimentos japoneses tienen un sabor más suave. Estos pastelillos son mucho más dulces que nuestros caquis secos o nuestros pastelillos de arroz. Si os acostumbráis a tomar azúcar, ya nunca estaréis satisfecho con nuestros dulces.

—¿Se ha importado ya en Kyushu grandes cantidades de este azúcar?

—No tanto, porque con una tasa de intercambio de una medida de azúcar por una medida de oro, no tenemos mucho porcentaje. Estoy pensando en importar plantas de azúcar y tratar de trasplantarlas en una región cálida, pero, como sucede con el tabaco, me pregunto si sería bueno popularizar el azúcar en Japón.

Nobunaga se echó a reír.

—Eso es impropio de ti. No seas tan estrecho de miras. Que esas sustancias sean buenas o malas es lo de menos. Reúnelas, tráelas aquí y aportarán una cualidad especial a la cultura. En estos momentos se está trayendo toda clase de cosas desde los mares del oeste y el sur. Su penetración en el este es imparable.

—Aplaudo vuestra tolerancia, mi señor, y adoptar esa manera de pensar sería ciertamente una gran ayuda en nuestro negocio, pero me pregunto si debemos permitir esa invasión de cosas foráneas.

—Debemos, sin duda alguna. Trae todo lo nuevo tan rápido como puedas.

—Como deseéis, mi señor.

—O si eso no es posible, máscalo todo y luego escúpelo —añadió Nobunaga.

—¿Que lo escupa?

—Máscalo bien, mete lo que sea de buena calidad en tu estómago y escupe las heces. Si los guerreros, campesinos, artesanos y mercaderes de Japón comprenden este principio, entonces no habrá problemas para importar nada.

—No, mi señor, eso no es conveniente. —Soshitsu agitó la mano con gesto vehemente. Estaba totalmente en contra de aquella postura y se apresuraba a dar sus opiniones sobre la dirección del gobierno—. Vos, mi señor, el dirigente de este país, puede sentirlo así, pero recientemente he visto algunos signos preocupantes y, en este caso, no puedo estar de acuerdo con vos.

—¿Qué quieres decir?

—La diseminación de religiones falsas.

—¿Te refieres a los misioneros? ¿Acaso los budistas también te han ido con exigencias, Soshitsu?

—Sois demasiado desdeñoso. Este problema aflige realmente a la nación.

Soshitsu contó entonces el incidente del niño que había caído al foso unas horas antes y cómo el sacrificio de los misioneros había impresionado a la gente.

—En menos de diez años, millares de personas han abandonado los altares de sus antepasados y se han convertido al cristianismo. Y esto no sólo ha ocurrido en Omura y Nagasaki sino también en todo Kyushu, en zonas remotas de Shikoku e incluso en Osaka, Kyoto y Sakai. Vuestra Señoría acaba de decir que estaría bien mascar todo cuanto llegue a Japón y escupir lo que no sea bueno, pero la religión es especial y no es posible tratarla de esa manera. Por mucho que la gente mas que, sus almas serán atraídas hacia la herejía y no cederán, aunque les crucifiquéis o les cortéis la cabeza.

Nobunaga se quedó completamente en silencio. Su expresión indicaba que aquel era un problema que no se podía tratar con unas pocas palabras. Había incendiado el monte Hiei y, empleando una violencia que había estado mucho más allá del alcance de los dirigentes anteriores, había puesto de rodillas al budismo. Se había enfrentado al clero con una lluvia de fuego y acero, pero sabía mejor que nadie que, adondequiera que fuese, era improbable que se disipara el resentimiento contra él.

Por otro lado, había permitido que los misioneros levantaran una iglesia, había reconocido públicamente su obra y, de vez en cuando, incluso los había invitado a sus banquetes. Los monjes budistas pusieron el grito en el cielo y plantearon la cuestión de a quiénes Nobunaga consideraba extranjeros, a los cristianos o a ellos mismos.

Nobunaga detestaba las explicaciones, odiaba que le explicaran las cosas con detalle, pero respetaba una intuición directa entre las personas, e incluso le exaltaba. Se volvió para hablar con el otro hombre.

—Dime, Sotan, ¿qué opinas de esto? Eres joven, por lo que imagino que, naturalmente, ves las cosas de manera distinta a Soshitsu.

Sotan se quedó un momento examinando la lámpara, cauteloso, pero luego respondió con toda claridad.

—Convengo con vos, mi señor, en que estaría muy bien masticar este asunto de la religión extranjera y luego escupirlo.

Nobunaga se volvió y miró a Soshitsu como quien acaba de ver sus opiniones confirmadas.

—No te preocupes. Tienes que comprender la complejidad del asunto. Hace siglos, el señor Michizane abogó por la combinación del alma japonesa con la pericia china. Tanto si importamos las costumbres de China como los artefactos del occidente, los colores del otoño y las flores de cerezo no cambiarán. Piensa que cuando cae la lluvia en un estanque el agua se renueva. Cometes el error de medir



el océano mediante el foso del templo Honno. ¿No es cierto, Soshitsu?

—Sí, mi señor, uno debe medir un foso con las medidas propias de un foso.

—Y lo mismo sucede con la cultura procedente de ultramar.

—Al envejecer, incluso yo me he convertido en una rana de pozo —dijo Soshitsu.

—Creo que eres más bien una ballena.

—Sí —convino Soshitsu—, pero una ballena estrecha de miras.

—Eh, trae agua —ordenó Nobunaga a un paje que dormía detrás de él.

Aún no había terminado la velada. Aunque llevaban un rato sin comer ni beber, la animada conversación no había decaído.

Nobutada se aproximó a Nobunaga.

—Padre, se está haciendo muy tarde. Voy a retirarme.

—Quédate un poco más —replicó Nobunaga, reteniéndole más de lo que habría hecho de ordinario—. Te alojas en Nijo, ¿no? Aunque sea tarde, casi estás al lado. Nagato vive delante del portal y nuestros invitados de Hakata difícilmente volverán allá esta noche.

—No, en cuanto a mí... —Soshitsu parecía como si se estuviera preparando para marcharse—. Tengo una cita mañana por la mañana.

—¿Entonces la única persona que se queda es Sotan?

—Estaré de servicio nocturno. He de ocuparme de la tarea de limpiar la sala de té.

—Comprendo. No vas a quedarte por mí. Llevas contigo ese costoso equipo para el té y debes quedarte aquí esta noche para vigilarlo.

—No os contradeciré, mi señor.

Nobunaga se rió. De repente miró atrás y se quedó contemplando el pergamino que colgaba de la pared.

—Francamente, Mu Ch'i es muy bueno, ¿no es cierto? Pocas veces se ve hoy semejante habilidad. Tengo entendido que Sotan posee una pintura de Mu Ch'i titulada Barcos que regresan de puertos lejanos. Me pregunto si alguien es digno de poseer una pintura tan famosa.

Sotan se echó a reír de improviso, como si Nobunaga no estuviera allí.

—¿De qué te ríes, Sotan?

Sotan miró a las personas que le rodeaban.

—Al señor Nobunaga le gustaría quedarse con mi pintura de Mu Ch'i utilizando una de sus astutas estratagemas: «¿Hay alguien digno de poseer semejante pintura?». Esto es como enviar agentes provocadores a una provincia enemiga. ¡Será mejor que vigiles tu preciosa caja de té de madera de roble!

Dicho esto, se echó a reír sin poder detenerse.

Había dado en el clavo. Desde hacía tiempo Nobunaga deseaba poseer aquella pintura. Sin embargo, tanto la caja de té como la pintura eran reliquias de familia, y por esa razón ni siquiera Nobunaga se había atrevido a expresar libremente su pensamiento.

Pero ahora el propietario había sido tan amable de sacar el asunto a colación, y Nobunaga pensó que eso era tanto como prometerle que le daría el objeto. Ciertamente, tras reírse de él con tanta audacia, Sotan no tendría el valor de resistirse a darle lo que quería.

Así pues, Nobunaga también se echó a reír.

—Vaya, Sotan, no se te escapa ni una. Cuando uno llega a mi edad puede convertirse en un verdadero discípulo de la ceremonia del té.

Así revelaba la verdad con una broma.

—Dentro de unos días me reuniré con el maestro Sokyū de Sakai —replicó Soshitsu—. Entonces deliberaremos juntos sobre la propiedad de la pintura. Por supuesto, habría sido mejor preguntárselo al mismo Mu Ch'i.

El estado de ánimo de Nobunaga iba mejorando. Y aunque los sirvientes entraron varias veces para despabilar las velas, él se limitó a tomar sorbos de agua y seguir hablando, ajeno al paso del tiempo.

Era una noche de verano y todos los postigos y puertas del templo estaban abiertos. Tal vez por esa razón las llamas de las lámparas oscilaban continuamente y estaban rodeadas por halos de bruma nocturna.

Si uno hubiera podido leer el futuro a la luz de las lámparas aquella noche, podría haber adivinado un mal presagio en los halos de bruma o en las tonalidades de la luz.

Alguien llamó al portal delantero del templo. Al cabo de un rato un ayudante anunció que acababa de llegar un despacho de las provincias occidentales. Aprovechando el momento, Nobutada se levantó y Soshitsu rogó también permiso para retirarse. Finalmente Nobunaga se levantó y les acompañó hasta el corredor en forma de puente.

—Que duermas bien —dijo Nobutada, volviéndose una vez más a mirar la figura de su padre desde el corredor.

Nagato y su hijo estaban al lado de Nobutada, sosteniendo farolillos. Los pabellones en el recinto del templo Honno volvieron a sumirse en una oscuridad negra como la tinta. Era la segunda mitad de la hora de la rata.

\*

\*

\*

Mitsuhide se encontraba en un cruce de caminos: si giraba a la derecha avanzaría hacia el oeste; si lo hacía a la izquierda, pasaría por el pueblo de Kutsukake, cruzaría el río Katsura y llegaría a la capital. Había llegado a la cumbre de la colina que había estado escalando durante toda su vida. Los dos caminos que tenía delante representaban una coyuntura crítica y un acto decisivo. Pero el panorama que aparecía ante sus ojos aquella noche no le forzaba a ninguna clase de reflexión, y el ancho cielo que le mostraba el centelleo de apacibles estrellas parecía prometer un gran cambio en el mundo que daría comienzo con el nuevo día.

No se había dado ninguna orden de descansar, pero Mitsuhide había detenido su caballo y permanecía sentado en la silla, siluetado contra el cielo estrellado. Los generales que le rodeaban, vestidos con brillantes armaduras, y la larga columna de soldados con estandartes y caballos que estaban detrás, se dieron cuenta de que no iba a moverse de momento y aguardaron inquietos en la oscuridad.

—Por allí hay un arroyo. Creo oír el murmullo del agua.

—Sí, ahí está. ¡Agua!

Uno de los hombres buscó entre la maleza a lo largo del precipicio que bordeaba el camino y finalmente descubrió un arroyuelo entre las rocas. Uno tras otro, los soldados avanzaron para llenar sus cantimploras de agua clara.

—Esto nos llevará hasta Tenjin.

—Tal vez comeremos en Yamazaki.

—No, la noche es muy corta y probablemente será de día cuando llegemos al templo Kaiin.

—Los caballos se cansarán si marchamos durante el día, por lo que Su Señoría probablemente piensa que deberíamos avanzar tanto como podamos de noche y por la mañana.

—Eso sería lo mejor hasta que llegemos a las provincias occidentales.

Naturalmente, los soldados de infantería, e incluso los samurais que los mandaban, aún no sabían nada. Los susurros y las voces risueñas, que no llegaban del todo a los oídos de los comandantes, manifestaban su suposición de que el campo de batalla estaba todavía lejos.

La columna empezó a moverse. A partir de allí, los comandantes empuñaron lanzas y avanzaron al lado de sus tropas con miradas vigilantes y apretando el paso.

A la izquierda, a la izquierda... Los hombres empezaron a bajar la divisoria de Oinosaka al este. Ni un solo soldado giró por el camino hacia el oeste. La duda se reflejaba en todos los rostros, pero incluso los desconfiados se apresuraban. Los hombres que iban detrás se limitaban a mirar los estandartes que ondeaban delante de ellos. No había ningún error: aquel era el camino por el que avanzaban los portaestandartes. Los cascos de los caballos chacoloteaban en las cuestas empinadas. De vez en cuando el ruido de las piedras desprendidas era casi ensordecedor. El ejército parecía una catarata que no permitiría que nada se interpusiera en su camino.

Hombres y caballos estaban empapados de sudor y respiraban con dificultad. Descendieron de nuevo serpenteando por las profundas gargantas entre las montañas. Giraron deprisa hacia el burbujeante arroyo, avanzando en dirección a las paredes cortadas a pico del monte Matsuo.

—Descansad.

—Abrid las provisiones.

—No encendáis ningún fuego.

Las órdenes fueron transmitidas una tras otra. Todavía se encontraban en Kutsukake, una aldea en la ladera de la montaña formada tan sólo por unas diez casas de leñadores. Sin embargo, la advertencia del mando central había sido estricta y se enviaron rápidamente patrullas en la zona del camino que descendía hacia el pie de la montaña.

—¿Adonde vais?

—Al valle, a buscar agua.

—No tenéis permiso para separaros de las filas. Que alguien os dé agua.

Los soldados abrieron sus provisiones y se pusieron a comer en silencio. Mientras lo hacían, hablaban en susurros. Aunque se sentían perplejos, suponían aún que se dirigían a las provincias occidentales, pues la carretera de Bitchu no era la única que conducía a su destino. Si giraban a la derecha en Kutsukake, podían pasar por Oharano y seguir en dirección a Yamazaki y Takatsuki.

Pero cuando volvieron a ponerse en camino, el ejército entero bajó directamente a Tsukahara sin virar a ninguno de los lados, y siguieron su avance hasta el pueblo de Kawashima. A la hora de la cuarta guardia, la mayor parte del ejército se encontraba ante la vista inesperada del río Katsura bajo el cielo nocturno.

La inquietud se apoderó súbitamente del ejército. En cuanto notaron la fresca brisa del río, el ejército entero se detuvo, atemorizado.

—¡Tranquilizaros! —ordenaron los oficiales.

—¡No hagáis tanto ruido! ¡Y no charléis sin necesidad!

El agua clara del río rielaba y la brisa balanceaba los nueve estandartes con su diseño de campanillas azules.

Mitsuhide llamó a Amano Genemon, que mandaba al ala derecha del ejército. Saltó del caballo y corrió hacia su señor.

Mitsuhide se encontraba en una zona seca en el lecho del río. Todos los ojos penetrantes de los generales se volvieron hacia Genemon. Allí estaban Saito Toshimitsu, con una ligera barba blanca como la escarcha, y Mitsuharu, cuyo rostro de expresión trágica parecía ahora una máscara. Junto a esos dos hombres, los numerosos miembros del estado mayor, vestidos con armadura, rodeaban a Mitsuhide como un tonel de hierro.

—Pronto habrá luz, Gengo —dijo Mitsuhide—. Tú cruzarás primero el río con una compañía. Por el camino matarás a todo aquel que pudiera correr a través de nuestras líneas para advertir al enemigo. Es posible que haya mercaderes y otros viajeros que crucen la capital al amanecer, y será necesario que te encargues de esa gente. Esto es de la mayor importancia.

—Comprendo.

—Espera —le dijo Mitsuhide cuando ya se disponía a marcharse—. Como precaución, he enviado varios hombres para que protejan el camino a través de las montañas desde Hozu, la zona situada debajo del norte de Saga y a lo largo de la carretera de Nishijin desde el Jizoin. No atacéis a nuestros propios hombres por error.

La voz de Mitsuhide era cortante. Se veía fácilmente que su mente funcionaba ahora con toda celeridad y que sus vasos sanguíneos estaban tan tensos que amenazaban con estallar.

Mientras contemplaban a las tropas de Genemon que cruzaban el río Katsura, los hombres restantes se sentían cada vez más inquietos. Mitsuhide montó de nuevo y, uno tras otro, los hombres bajo su mando siguieron su ejemplo.

—Da las órdenes y asegúrate de que nadie se pierda una sola palabra.

Uno de los comandantes que estaban al lado de Mitsuhide ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Quitad las herraduras de los caballos y tiradlas! —La orden, gritada con voz estridente desde las primeras filas, fue oída con claridad—. Los soldados de a pie que se pongan sandalias de paja nuevas. No llevéis sandalias con cordones que se aflojen al caminar por los senderos de montaña. Si los cordones se han aflojado, atadlos fuertemente de manera que, si se mojan, no os rocen los pies. Fusileros, cortad las mechas en trozos de un pie y atadlas en manojos de a cinco. Arrojad al río las cosas innecesarias, como las envolturas de provisiones y los efectos personales, así como todo cuanto pueda obstaculizar el libre movimiento de brazos y piernas. No llevéis nada encima salvo las armas.

Los soldados estaban pasmados. Al mismo tiempo, una especie de mar de fondo empezó a burbujear entre los hombres, un rumor que no estaba relacionado ni con el sonido de voces ni con la apariencia de movimiento. Los hombres miraron a izquierda y derecha, pero como les habían prohibido hablar entre ellos su inquietud era una voz callada. No obstante, se pusieron en acción casi al instante, y actuaron con tal rapidez que, por lo menos superficialmente, cualquier duda, inquietud o alarma no era evidente por ninguna parte.

Cuando todo estuvo preparado y los hombres hubieron formado de nuevo sus filas, el anciano guerrero, Saito Toshimitsu, alzó una voz que se había templado en un centenar de batallas y se dirigió a las tropas casi como si estuviera leyendo.

—Alegraos. En el día de hoy vuestro patrono, el señor Akechi Mitsuhide, se convertirá en el dirigente del país. No tengáis la menor duda de ello.

Su voz llegó hasta los soldados de infantería más alejados y los mozos de sandalias. Todos sofocaron un grito, pero en aquella exclamación ahogada no había rastro de alegría ni aclamación, sino que era más bien la expresión de un estremecimiento colectivo. Toshimitsu cerró los ojos y alzó su voz casi como si estuviera riñendo a las tropas. ¿Acaso trataba de estimularse a sí mismo?

—Ningún día brillará tanto como hoy. Confiamos especialmente en los samurais para realizar meritorias hazañas. Aunque hoy caigáis en combate, vuestros familiares serán recompensados de acuerdo con vuestras acciones.

La voz de Toshimitsu no varió mucho durante su arenga. Mitsuhide le había indicado lo que debía decir, y probablemente no armonizaba con su propio pensamiento.

—¡Crucemos el río!

El cielo seguía oscuro. La corriente del río Katsura refrenó momentáneamente a los caballos que trataban de vadearlo. El oleaje espumoso era muy intenso, y los hombres se estremecían de frío al chapotear en el agua con sus sandalias de paja. Aunque estaban empapados, ningún fusilero permitió que se le mojaran las mechas. El agua clara les llegaba hasta más arriba de las rodillas y estaba fría como el hielo. Sin duda todos los oficiales y soldados estaban absortos en sus pensamientos mientras cruzaban la corriente. Cada hombre reflexionaba sobre las palabras que había dicho Toshimitsu y los jefes de las unidades antes de iniciar el vadeo del río.

Creían que estaban a punto de atacar al señor Tokugawa Ieyasu, pues aparte de él no había nadie suficientemente cerca para atacar. Pero ¿qué había querido decir Toshimitsu cuando afirmó que su señor se convertiría a partir de entonces en el dirigente del país?

Hasta ahí llegaban los pensamientos de los soldados. En su mayoría, los guerreros del clan eran hombres llenos de moralidad y sentido de la justicia, y todavía no se les había ocurrido que el enemigo era Nobunaga. El serio y tenaz espíritu de Akechi, entregado a la justicia, había sido transmitido a los soldados por los comandantes de las compañías, hasta el último soldado raso y mozo de sandalias.

—Eh, empieza a haber luz.

—No tardará en amanecer.

Se hallaban en la zona entre Nyoigadake y la sierra que delimitaba el borde oriental de Kyoto. El extremo de una masa nubosa tenía un brillo rojizo.

Los hombres forzaron la vista y distinguieron la ciudad de Kyoto, apenas visible en la oscuridad del alba. Sin embargo, a sus espaldas, hacia Oinosaka o el límite de la provincia de Tamba, las estrellas eran tan claras y brillantes que habría sido posible contarlas.

—¡Un cadáver!

—Allí también hay otro.

—¡Eh, aquí también!

El ejército se aproximaba ahora a las afueras del este de Kyoto. Con excepción de las arboledas y las chozas con tejado de paja, sólo había tierras de labor cubiertas de rocío hasta la pagoda del Templo

Oriental.

Había cadáveres esparcidos bajo los pinos a lo largo del camino, en medio de éste y casi en cualquier lugar al que dirigieran su vista los soldados. Todos los muertos parecían haber sido campesinos de la zona. Tendida de bruces como si durmiera en un campo lleno de flores de berenjena, una muchacha yacía muerta, todavía aferrando su cesto, derribada por un solo tajo de espada.

Era evidente que la sangre seguía fluyendo, pues era más fresca que el rocío de la mañana. Indudablemente, las tropas de Amano Genemon, que partieron antes que el ejército principal, habían visto a aquellos campesinos muy madrugadores en los campos, y los habían perseguido y muerto. Debieron de sentir lástima por su inocencia, pero tenían órdenes de no arriesgar el éxito de la gran acción inminente.

Mitsuhide miró la sangre fresca en la tierra, alzó la vista hacia las nubes rojizas, se irguió en los estribos, levantó bruscamente la fusta y gritó:

—¡Al templo Honno! ¡Destruídlo completamente! Mis enemigos están en el templo Honno. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Mataré a todo el que se rezague!

Había llegado el momento de la batalla, y los nueve estandartes adornados con las flores azules se dividieron en tres compañías de tres estandartes cada una. Cayeron sobre la entrada de la calle Séptima y cruzaron todas las puertas de la ciudad. El ejército de Akechi penetró por los portales de las calles Quinta, Cuarta y Tercera y se extendió por la ciudad.

La niebla era todavía densa, pero el amanecer rojo brillante había empezado a teñir el cielo sobre las montañas y, como de costumbre, se estaban abriendo los postigos de las grandes puertas a la circulación de los ciudadanos.

Los hombres se agolpaban para entrar, y las lanzas y armas de fuego pululaban en confusión. Sólo mantenían bajos los estandartes mientras los hombres entraban en tropel.

—¡No empujéis! ¡No os aturdáis! La unidad de retaguardia debe esperar un momento al otro lado del portal.

Al ver la confusión, uno de los comandantes hizo lo que pudo para refrenar a los hombres. Deslizó la barra de la gran puerta y abrió el portal de par en par.

—¡Vamos, entrad! —les gritó, azuzándoles.

Tenían órdenes de entrar en silencio, sin lanzar un solo grito de combate, mantener los estandartes bajos e incluso impedir que los caballos relincharan, pero en cuanto irrumpieron a través de los portales y asaltaron la ciudad, las tropas de Akechi ya casi eran presa de un frenesí.

—¡Al templo Honno!

En medio del desorden general, aquí y allí se oía el sonido de puertas que se abrían, y en cuanto los residentes miraban al exterior, volvían a meter las cabezas en sus casas y atrancaban las puertas.

Entre las numerosas unidades que avanzaban hacia el templo Honno, las fuerzas que parecían más rápidas eran las dirigidas por Akechi Mitsuharu y Saito Toshimitsu, a quienes se veía en la vanguardia.

—Es difícil ver algo en estas calles estrechas llenas de niebla. Nos os perdáis tratando de llegar allí antes que los demás. ¡Debéis guiaros por la acacia negra en la arboleda del templo Honno! Buscad el gran bosque de bambúes entre la niebla. ¡Allí está! ¡Ésa es la acacia negra del templo Honno!

Toshimitsu se adelantó al galope, agitando furiosamente las manos mientras daba instrucciones. A pesar de sus años, parecía haberse comprometido a emplear su atronadora voz de guerrero en aquella

mañana especial de su vida.

El segundo ejército, dirigido por Akechi Mitsutada, también estaba en movimiento. Estas fuerzas inundaron el distrito alrededor de la calle Tercera, pasaron por el sector interior como humo y avanzaron para rodear el templo Myokaku en Nijo. Naturalmente, esta acción estuvo coordinada con las fuerzas que atacaban el templo Honno y calculada para acabar con Nobutada, el hijo de Nobunaga.

Desde aquel lugar, la distancia hasta el templo Honno era mínima. Los ejércitos estaban separados por la oscuridad que precedía al alba, pero ya en aquel punto empezaba a alzarse un ruido indescriptible desde la dirección del templo Honno. Se oía el sonido vibrante de la caracola y el estruendo de gongs y tambores. No sería exagerado decir que el sonido estremecía el cielo y la tierra y que no era habitual oírlo en este mundo. Aquella mañana no hubo nadie en la capital que no se despertara sorprendido o saltara de la cama al oír los gritos de su familia.

Ruidos y voces clamorosas no tardaron en alzarse también en la zona ordinariamente apacible de las mansiones nobles que rodeaban el palacio imperial. Con todo aquel estrépito y el eco de los cascos de los caballos, el cielo de Kyoto parecía vibrar.

Sin embargo, la confusión de los ciudadanos sólo fue momentánea, y en cuanto la nobleza y el pueblo llano comprendieron la situación, sus hogares quedaron tan silenciosos como lo habían estado poco antes, cuando dormían apaciblemente. Nadie se aventuró a salir a las calles.

Todavía estaba tan oscuro que los soldados no podían distinguir los rostros de quienes estaban delante, y en su avance hacia el templo Myokaku, el segundo ejército confundió a algunos de sus propios hombres, que habían dado un rodeo por otra calle estrecha, con el enemigo. Aunque su comandante les había advertido estrictamente que no disparasen hasta recibir la orden, cuando los excitados soldados llegaron al cruce, empezaron a disparar ciegamente a través de la niebla.

Al oler el humo de la pólvora, sus ánimos se excitaron más sin que pudieran evitarlo. Incluso los soldados veteranos podían pasar por una situación así antes de lograr dominarse por completo.

—¡Eh! Las caracolas y los gongs suenan por allí. Ha empezado el combate en el templo Honno.

—¡Están luchando!

—¡El ataque está en marcha!

No podían saber si sus pies tocaban el suelo o no. Corrían adelante, pero aún no podían determinar de quiénes eran las voces que oían, aun cuando no había ninguna resistencia ante ellos. No obstante, los poros de sus cuerpos empezaban a hincharse, y ni siquiera eran conscientes de la fría bruma que provocaba piel de gallina en sus rostros y manos. Se estremecían de tal manera que todo lo que podían hacer era gritar.

Y así lanzaron su grito de combate incluso antes de que vieran los muros con tejadillo del templo Myokaku. Inesperadamente se alzó un grito desde la cabeza de la unidad, al tiempo que gongs y tambores también sonaban con impaciencia.

Mitsuhide estaba con el tercer ejército. Sería apropiado decir que el cuartel general estaba situado allí donde él estuviera, y esta vez se había detenido en Horikawa. Le rodeaban miembros de su clan, y habían dispuesto para él un escabel de campaña, pero no se sentó ni siquiera un momento. Todo su ser estaba concentrado en las voces de las nubes y los gritos de la niebla, y miraba sin cesar al cielo en dirección a Nijo. De vez en cuando sus ojos se llenaban del color rojizo de las nubes matinales, pero todavía no se alzaban hacia el cielo llamas ni humo.

Nobunaga se despertó bruscamente, pero no por ninguna razón en particular. Después de haber dormido bien, se despertaba de modo natural muy temprano. Desde su juventud siempre se levantaba al amanecer, por muy tarde que se hubiera acostado. Se despertaba, o más bien, cuando aún no estaba consciente del todo y su cabeza seguía en la almohada, experimentaba un fenómeno particular. Era una transición del sueño al despertar que duraba sólo una fracción de segundo, pero en ese tiempo infinitesimal pasaba por su cabeza una serie de pensamientos con la velocidad de un relámpago.

Eran recuerdos de experiencias vividas entre la época de su juventud y el presente, o reflexiones sobre su vida actual, o metas para el futuro. Fueran lo que fuesen, esos pensamientos pasaban por su mente en aquel momento entre el sueño y la realidad.

Tal vez esa experiencia no era tanto un hábito como una capacidad innata. En su infancia siempre había soñado de una manera extraordinaria. Sin embargo, las zarzas y espinas de la realidad, debido sobre todo a su nacimiento y crianza, no le permitían vivir solamente en un mundo de sueños. El mundo real había acumulado dificultades y le había enseñado el placer de abrirse paso entre ellas.

Durante este período de crecimiento fue sometido a muchas pruebas, de las que salía victorioso para enfrentarse a nuevas pruebas, y así supo que, en última instancia, no le satisfacían las dificultades que le presentaban. Descubrió que el mayor placer de la vida consistía en buscar por sí mismo dificultades, lanzarse contra ellas y luego volver la cabeza para ver que habían quedado atrás. Había reforzado sus convicciones la confianza en sí mismo obtenida de tales experiencias, lo cual le había proporcionado un estado de ánimo que estaba mucho más allá del sentido común de los hombres ordinarios. Después de Azuchi, la idea de lo imposible era desconocida para él, debido a que lo llevado a cabo hasta aquel momento no había seguido el camino del sentido común de los hombres ordinarios, sino más bien el camino que consiste en hacer posible lo imposible.

Y aquella mañana, en la frontera entre el mundo de los sueños y su cuerpo mortal, en el que la embriaguez de la noche anterior quizá corría aún fragante por sus venas, las imágenes se sucedían en su mente: convoyes de enormes barcos que navegaban rumbo a las islas meridionales, a la costa de Corea e incluso al gran país de los Ming. Él mismo estaba en el castillo de un barco junto con Sotan y Soshitsu. Pensó que otra persona debería acompañarle... Hideyoshi. Tenía la sensación de que el día en que ese sueño pudiera convertirse en realidad no estaba lejano.

A su modo de ver, un pequeño logro como el dominio de las provincias occidentales y Kyushu no era suficiente para colmar toda una vida.

«Ya ha amanecido», musitó, y se levantó y salió de su dormitorio.

La pesada puerta de cedro que daba al corredor había sido trabajada de una manera tan exquisita que al abrirla y cerrarla producía naturalmente un ruido casi como si gritara. Cuando los pajes oían ese sonido en su alejado aposento, se incorporaban sobresaltados. Las gruesas columnas y los maderos de la terraza, que brillaban como si hubieran sido pulimentados con aceite, reflejaban la luz oscilante del farolillo de papel.

Sabedores de que su señor se había despertado, los pajes se dirigieron rápidamente al baño situado junto a la cocina. Por el camino oyeron un ruido procedente del corredor al norte, como si hubieran abierto con rapidez el postigo de una ventana.



Creyendo que podría tratarse de Nobunaga, se detuvieron y miraron atrás, hacia el corredor sin salida, pero la única persona que vieron era una mujer de larga cabellera que llevaba un fresco kimono y encima una prenda decorada con pinos y flores de cerezo.

Cuando la mujer abrió los postigos, un cielo matinal del color de las campanillas apareció enmarcado en la ventana, casi con el aspecto de un recorte de papel. La brisa revolvió la negra cabellera de la mujer y llevó la fragancia del áloe hasta el lugar donde estaban los pajes.

—Ah, es allí.

Los pajes oyeron el sonido de agua en movimiento y corrieron en dirección a la cocina. Los sacerdotes del templo aún no habían salido de sus aposentos, por lo que las ventanas y el gran portal principal seguían cerrados. En la gran cocina con suelo de tierra y en la plataforma de madera continuaba el zumbido de los mosquitos y la oscuridad de la noche, pero ya se notaba la vaporosa humedad de la mañana estival.

A Nobunaga le desagradaba sobre todo ese momento del día. Cuando los pajes se dieron cuenta de que había salido de sus aposentos y corrieron a su encuentro, ya se había enjuagado la boca y lavado las manos. Se acercó a un enorme recipiente en el que vertía agua una cañería de bambú, cogió un pequeño cubo y lo sumergió en una bañera lacada. Salpicando a su alrededor como una lavandera, se apresuró a lavarse la cara.

—Os estáis mojando la manga, mi señor.

—Dejadme cambiaros el agua.

Los pajes estaban asustados. Uno de ellos alzó temerosamente la blanca manga de Nobunaga por detrás, mientras otro recogía agua fresca. Otro más ofreció una toalla al tiempo que se arrodillaba a los pies de su señor. En aquellos momentos, los hombres en los aposentos de los samurais salieron de la sala de guardia nocturna y empezaron a abrir las puertas que daban al patio. Fue entonces cuando percibieron un ruido extraordinario procedente del templo principal en el recinto exterior, y luego la reverberación de fuertes pisadas que corrían hacia el patio interior.

Nobunaga se volvió, con el cabello todavía húmedo, y dijo impaciente:

—Ve a ver qué es, Bomaru.

Tras dar la orden, siguió restregándose vigorosamente el rostro con un paño.

—Tal vez los guardianes en el templo exterior se han metido en una pelea o algo por el estilo — comentó un paje.

Nobunaga no hizo caso de la observación. Por un momento sus ojos parecieron las aguas de un abismo, centelleando como si estuvieran buscando algo, no en el mundo exterior sino dentro de sí mismo.

Pero fue sólo un momento. El alboroto no se producía únicamente fuera del templo principal. Allí, en la mansión de invitados, y de una cumbra a otra de la decena aproximada de edificios del monasterio, algo tan intenso como un terremoto sacudía la corteza de la tierra, transmitido por un ruido indefinible y una aterradora corriente de energía.

Cualquier hombre, por fuerte que sea, no puede dejar de sentirse confuso en semejante momento. La sangre se retiró del rostro de Nobunaga, y los pajes que le atendían palidecieron, pero probablemente sólo estuvieron inmóviles un par de segundos. En seguida llegó alguien corriendo a toda prisa por el pasillo.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! —gritó un hombre.

—¡El señor Ranmaru! —corearon los pajes—. ¡Estamos aquí!

El mismo Nobunaga salió y llamó al hombre.

—¡Ranmaru! ¿Adonde vas?

—Ah, estáis aquí, mi señor.

Ranmaru se arrodilló y casi cayó al suelo. A primera vista, Nobunaga comprendió que lo que estaba sucediendo no era una pelea con intervención de los samurais o un altercado entre los mozos del establo.

—¿Qué ha ocurrido, Ranmaru? —se apresuró a preguntar—. ¿A qué viene esta conmoción?

Ranmaru le respondió con la misma celeridad.

—Los Akechi han cometido una atrocidad. Afuera hay guerreros sublevados que agitan estandartes con el inequívoco blasón de los Akechi.

—¡Cómo! ¿Los Akechi?

Su tono era de asombro, y su sorpresa demostraba claramente que jamás había esperado ni había llegado a pasar por su imaginación que aquello pudiera suceder. Pero contuvo la singular conmoción física y la excitación emocional que experimentaba. Hablando casi con la misma calma que siempre poseía, las palabras que pronunció entonces sonaron casi como un gruñido.

—Los Akechi..., era inevitable.

Nobunaga se apresuró a regresar a su habitación. Ranmaru empezó a seguirle, pero tras avanzar cinco o seis pasos dio media vuelta y reprendió a los pajes temblorosos.

—Poneos todos a trabajar en seguida. Acabo de ordenar a Bomaru que se cierren portales y puertas. Bloquead todas las entradas y no permitáis que el enemigo se acerque a Su Señoría.

Antes de que hubiera podido finalizar sus palabras, balas y flechas empezaron a golpear la puerta de la cocina y las ventanas cercanas como un aguacero. Innumerables flechas se clavaron profundamente en las puertas de madera, y el brillante acero de sus agudas puntas proclamó claramente a quienes estaban dentro que se libraba una batalla.

Desde el sur de Rokkaku, el norte de Nishikikoji, el oeste de Toin y el este de Aburakoji, los cuatro lados del templo Honno estaban rodeados por las fuerzas de Akechi y sus gritos de guerra. Era fácil ver los muros con tejadillo, pero escalarlos no era tan fácil.

El bosque de lanzas, estandartes, armas de fuego y alabardas no hacía más que oscilar adelante y atrás.

Algunos de los hombres saltaron temerariamente a la base del muro, pero otros no podían saltar tan lejos. Muchos de los que lo intentaron cayeron al fondo del foso, y debido a la pesadez de su armadura, los que caían quedaban enterrados hasta la cintura en el fango bajo el agua hedionda y estancada, negra como la tinta. Aun cuando hubieran podido levantarse y gritar, sus compañeros no habrían mirado abajo.

Las tropas de Akechi que estaban en Nishikikoji demolieron las viviendas del barrio, mientras mujeres con bebés, ancianos y niños huían de entre las ruinas, como cangrejos ermitaños que se escabulleran fuera de conchas vacías. De esta manera los soldados llenaron el foso con puertas y tablas de tejado.

En seguida todos los hombres treparon el muro. Los fusileros alinearon sus armas y, apuntando desde lo alto del muro al recinto, dispararon la primera andanada.

Por entonces los edificios dentro del recinto del templo estaban envueltos en un silencio misterioso. Todas las puertas del templo principal estaban cerradas, y habría sido difícil saber si dentro había o no

un enemigo al que disparar. En la calle del Albañal empezaron a alzarse llamas y humo. El calor del fuego, que ardía sin llama bajo las casas en ruinas, prendía fácilmente una estructura tras otra. Pronto todas las pobres gentes que habitaban la manzana salieron en desbandada, atrepellándose. Llorando y gritando, entraron en el lecho del río Kamo y corrieron al centro de la ciudad, sin llevar consigo ninguna pertenencia.

Visto desde la zona del portal principal en la parte contraria del templo, debía de parecer como si los hombres que ya habían penetrado por el portal trasero hubieran empezado a prender fuego a la cocina. La fuerza principal que se apiñaba en el portal principal no estaba dispuesta a dejarse aventajar por sus camaradas. Enfurecidos, los soldados gritaron a un titubeante grupo de oficiales que parecían estar perdiendo el tiempo en la zona del puente levadizo.

—¡Embestid!

—¡Seguid adelante! ¿Qué estáis haciendo?

Uno de los oficiales se dirigió al guardián que estaba al otro lado de la puerta.

—Somos las fuerzas de Akechi en camino hacia las provincias occidentales. Hemos venido aquí en formación para saludar respetuosamente al señor Oda Nobunaga.

Era un intento poco hábil de engañar a los defensores para que abrieran el portal principal, y sólo sirvió para retrasar un poco más las cosas. Naturalmente, el guardián sospechaba y no tenía ninguna razón para abrir la puerta sin pedir órdenes a Nobunaga.

Les dijo que esperasen. El silencio que se hizo entonces significaba que estaban informando de la emergencia al templo principal y que los hombres acudirían de inmediato a ocupar las posiciones de defensa.

Los guerreros que estaban detrás se impacientaban por tener que usar una estratagema para cruzar aquel trozo de foso, y empezaron a empujar a los hombres que tenían delante.

—¡Atacad! ¡Atacad! ¿A qué estáis esperando?

—¡Tomad los muros!

Compitiendo temerariamente por ser los primeros en tomar la entrada, empujaban a un lado a los que titubeaban e incluso los derribaban.

Varios de los hombres que estaban delante cayeron al foso, y tanto los que estaban en lo alto como los que habían caído lanzaban gritos de combate. Entonces, aparentemente adrede, unos grupos que estaban detrás, todavía más alejados, empezaron a empujar y más hombres cayeron al foso. En un instante una sección del foso quedó llena de guerreros cubiertos de barro.

Un joven guerrero pisoteó la masa de seres humanos y saltó a la base del muro. Otro hombre siguió su ejemplo.

—¡Vamos a saltar al otro lado!

Los hombres, gritando y agitando las lanzas, cruzaron rápidamente el foso y subieron a lo alto del muro. Los guerreros caídos en el foso forcejeaban y empujaban como lochas que intentaran saltar fuera de un estanque. Los que estaban por encima de ellos pisoteaban las espaldas, hombros y cabezas de sus compañeros. Un hombre tras otro fueron sacrificados horriblemente en aquella atroz acometida entre el fango. Pero gracias al servicio que prestaron, invisible y distinguido, pronto sonaron voces orgullosas desde lo alto de los muros del templo Honno.

—¡Soy el primero!

Los demás alcanzaron el muro con tal rapidez que era difícil distinguir quién había sido el primero en llegar y quién el segundo.

Al otro lado de los muros, los samurais de Oda que corrían ya desde el puesto de guardia en el otro lado del portal y la zona alrededor de los establos, cogieron cualquier arma a mano e intentaron represar la inundación de aquel río impetuoso, pero era como si trataran de sostener una presa rota tan sólo con sus manos. La vanguardia de los Akechi, haciendo caso omiso de las espadas y lanzas de los defensores, avanzó a saltos, pasando sobre los cadáveres de los hombres que habían presentado batalla y se manchó con la sangre de sus enemigos.

Como si quisieran decir que tan sólo deseaban visitar la residencia del señor Nobunaga, corrieron directamente al templo principal y a la casa de invitados. Pero allí les recibió un zumbido de flechas que era como un viento rugiente desde la ancha terraza del templo principal y la balaustrada de la casa de huéspedes. La distancia era ventajosa para tirar con arco, pero muchas de las flechas no alcanzaron a los guerreros que avanzaban y se clavaron en el suelo. Muchas otras se deslizaron a ras de suelo o rebotaron en los muros del fondo.

Entre los defensores, una serie de hombres valientes vestidos tan sólo con prendas de dormir, semidesnudos o incluso desarmados, luchaban a brazo partido con los hombres enfundados en armaduras. Los guardianes de permiso habían dormido cómodamente durante la calurosa noche de verano. Ahora, tal vez avergonzados por intervenir tarde en la lucha, salieron corriendo para refrenar a los guerreros de Akechi, aunque sólo fuese un poco, sin nada más que su fiereza y sus esfuerzos desesperados.

Pero las ondulantes oleadas de armaduras eran imparables y acometían ya bajo los aleros del templo. Nobunaga regresó corriendo a su habitación, se puso unos calzones sobre una prenda de seda blanca y se ató los cordones mientras apretaba los dientes.

—¡Un arco! —gritó—. ¡Traedme un arco!

Después de que hubiera gritado esta orden dos o tres veces, por fin alguien se arrodilló y le tendió un arco. Nobunaga lo cogió y se apresuró a cruzar la puerta, volviendo la cabeza para gritar:

—Dejad escapar a las mujeres. Es perfectamente lícito que se vayan. No permitáis que se conviertan en un estorbo.

Se oía por doquier el estrépito de puertas y biombos golpeados a patadas, y los gritos de las mujeres aumentaban la atmósfera de desconcierto bajo los tejados. Las mujeres huían confusas de una habitación a otra, se apresuraban por los corredores y saltaban por encima de las barandillas. Las colas y las mangas de sus kimonos resaltaban en la penumbra como llamas blancas, rojas y violetas. Pero las balas y flechas volaban por todas partes y se incrustaban en postigos, columnas y barandillas. Nobunaga ya había salido a un ángulo de la terraza y disparaba sus flechas contra el enemigo. A su alrededor estaban clavadas las flechas que habían sido concentradas en su figura.

Al verle luchar así, incluso las mujeres, que habían perdido por completo el dominio de sí mismas, no podían apartarse de su lado y no hacían más que gritar.

«Cincuenta años un ser humano bajo el cielo...» Éste era un verso de la obra teatral que tanto agradaba a Nobunaga y que había caracterizado su visión de la vida durante su juventud. No pensaba en lo que estaba sucediendo como algo que sacudiría el mundo y, ciertamente, no le abatía la idea de que aquello pudiera ser el fin, sino que luchaba con un espíritu impetuoso y ardiente que no se limitaría a abandonar y morir. El ideal que abrigaba en su pecho como la gran obra de su vida ni siquiera estaba

realizado en su mitad, y sería mortificante una derrota en medio del viaje. Había mucho que lamentar si moría aquella mañana. Así pues, cogió otra flecha y encajó el extremo del astil en la cuerda del arco. Escuchó el zumbido de la cuerda una y otra vez, y a cada flecha que disparaba parecía soltar su cólera. Finalmente la cuerda se deshilachó y el arco amenazó con romperse de un momento a otro.

—¡Flechas! ¡No tengo ninguna flecha! ¡Traedme más!

Mientras seguía dando voces a sus espaldas, incluso recogió y disparó las flechas lanzadas por el enemigo y que habían caído en el corredor. En aquel momento, una mujer con una cinta roja en la cabeza y atándose una manga del kimono llegó provista de un haz de flechas y le puso una en la mano. Nobunaga miró a la mujer.

—¿Año? Lo que has hecho aquí es suficiente. Ahora procura escapar.

Le hizo un gesto vigoroso con el mentón para que se marchara, pero la dama cortesana siguió poniéndole una flecha tras otra en la mano y no quería marcharse por mucho que él la reprendiera.

Nobunaga disparaba con nobleza y elegancia más que con habilidad, más con espíritu que con gran fuerza. El magnífico zumbido de sus flechas parecía indicar que los mismos proyectiles eran demasiado buenos para aquellos lacayos, que las puntas de flecha eran regalos del hombre que dirigiría a la nación. Sin embargo, las flechas traídas por Año se agotaron en seguida.

Aquí y allá, en el jardín del templo, yacían enemigos alcanzados por sus flechas. Pero sin amilanarse ante sus disparos, varios soldados protegidos con armaduras avanzaron gritando bajo la balastrada y, finalmente, empezaron a subir al corredor en forma de puente.

—¡Os vemos, señor Nobunaga! ¡Ya no podéis huir! ¡Entregad vuestra cabeza como un hombre!

El enemigo era tan denso como los cuervos en la acacia negra por la mañana y la noche. Los asistentes personales y los pajes se colocaron alrededor de Nobunaga en la parte trasera y los corredores laterales, en postura protectora, sus espadas brillando con un fuego nacido de la desesperación. No iban a permitir que el enemigo se acercara. Los hermanos Mori estaban entre ellos. Varios de los hombres que se habían negado a abandonar a su señor y habían luchado para protegerle yacían ahora encima de sus enemigos, enzarzados con ellos, y cada uno parecía haber muerto a manos del otro.

El cuerpo de la guardia en el templo exterior había convertido el templo principal en su campo de batalla y ahora libraba una fiera y sangrienta pelea para evitar que el enemigo se aproximara al patio, pero como las fuerzas enemigas parecían a punto de apoderarse de la entrada al corredor en forma de puente, todo el cuerpo, formado por menos de veinte hombres, constituía una sola unidad que se abalanzó hacia el interior.

Así los guerreros de Akechi que ahora trepaban al corredor fueron sorprendidos por ambos lados. Sus cadáveres, atravesados y cortados a tajos, cayeron unos encima de otros. Cuando los hombres que estaban en el templo exterior vieron que Nobunaga seguía con vida, gritaron jubilosos:

—¡Ahora hay tiempo! ¡Ahora! ¡Retirémonos lo antes posible!

—¡Idiotas! —les espetó Nobunaga, arrojando su arco inservible, pues la cuerda estaba rota y carecía de flechas—. ¡Éste no es momento de retirarse! ¡Dame tu lanza!

Reprendiéndoles así, arrebató el arma de un vasallo y echó a correr por el pasillo como un león. Al ver un guerrero enemigo con una mano en la balastrada y a punto de subir, le atravesó con la lanza.

En aquel momento, un guerrero de Akechi que estaba a la sombra de un pino negro chino sacó un arco pequeño y disparó. La flecha alcanzó a Nobunaga en un codo. Retrocedió tambaleándose y se apoyó

pesadamente contra el postigo a sus espaldas.

Una acción secundaria tenía lugar al otro lado del muro occidental. Una fuerza formada por vasallos y soldados de infantería a las órdenes de Murai Nagato y su hijo había salido de la mansión del gobernador, que estaba situada en las proximidades del templo Honno. Atacaron a las fuerzas de Akechi por la espalda y trataron de entrar en el recinto por el portal principal.

La noche anterior, Nagato y su hijo se habían quedado levantados hasta muy tarde, hablando con Nobunaga y Nobutada, y habían regresado a dormir a su mansión más o menos a la hora de la tercera guardia. Como parte de sus deberes, debería haber conocido por lo menos la situación cuando las fuerzas de Akechi entraron en la capital, en cuyo momento debería haber enviado de inmediato una advertencia al cercano templo Honno, aun cuando hubiera sido muy poco antes de la llegada de las tropas hostiles.

Su negligencia había sido total y absoluta, pero la falta no era sólo de Nagato. Ciertamente, la negligencia podía atribuirse a todos cuantos estaban en la capital o tenían mansiones allí.

—Parece que hay ciertos disturbios en la vecindad —dijeron a Nagato cuando le despertaron, pero el hombre no tenía idea de la magnitud del conflicto.

—Tal vez sea una pelea o algo por el estilo —le dijo a un servidor—. Ve a echar un vistazo.

Entonces, mientras se levantaba sin prisas de la cama, oyó que uno de sus ayudantes le llamaba desde el tejado del portal en el muro de barro.

—¡Se alza humo de Nishikikoji!

Nagato chascó la lengua y musitó:

—Probablemente se ha producido otro incendio en la calle del Albañal.

Tan confundido estaba sobre la paz que reinaba en el mundo que se había olvidado por completo de que aquél era un día más de la guerra civil.

—¡Cómo! ¿Las fuerzas de Akechi? —Su asombro sólo duró un momento—. ¡Maldita sea!

Nagato salió de la mansión sin llevar apenas más que las ropas a la espalda. En cuanto vio la densa muchedumbre de hombres enfundados en armaduras y montados, armados con espadas y lanzas entre la oscura bruma matinal, se apresuró a entrar de nuevo en la mansión, se puso la armadura y empuñó la espada.

Con una fuerza de sólo treinta o cuarenta hombres, corrió a luchar al lado de Nobunaga. Las diversas unidades de Akechi habían bloqueado todas las calles que conducían al templo Honno. El encuentro con las fuerzas de Nagato comenzó en una esquina del muro occidental del recinto y se convirtió en una lucha cuerpo a cuerpo. El grupo de Nagato logró abrirse paso entre una pequeña patrulla y se acercó bastante al portal principal, pero cuando un destacamento de las fuerzas de Akechi vieron aquella acción impertinente, pusieron sus lanzas en ristre y cargaron. La minúscula fuerza de Nagato no estaba en condiciones de hacerles frente, y tanto él como su hijo resultaron heridos. Con su número reducido a la mitad, se vieron obligados a retirarse.

—¡Tratad de llegar al templo Myokaku! ¡Nos uniremos al señor Nobutada!

Por encima del enorme tejado del templo Honno, el humo negro ascendía ondulante como nubes de tormenta. ¿Eran las fuerzas de Akechi, los vasallos de Nobunaga o éste mismo quien había prendido fuego dentro del templo? La situación era tan caótica que nadie podía saberlo.

El humo empezó a salir del templo exterior, de una habitación que daba al patio y de la cocina casi al mismo tiempo.

Un paje y otros dos hombres peleaban en la cocina como demonios. Parecía que los monjes del templo se habían levantado temprano, aunque no se veía a ninguno de ellos, porque estaba encendido el fuego de leña bajo los grandes calderos.

El paje, junto a la puerta de la cocina, atravesó por lo menos a dos de los hombres de Akechi que habían irrumpido. Finalmente le quitaron la lanza y, enfrentado a tantos enemigos, saltó al suelo de madera y mantuvo a los hombres a raya arrojándoles utensilios de cocina y cualquier otra cosa que tuviera a mano.

Un maestro de la ceremonia del té y otro hombre que también estaban allí blandieron sus espadas y lucharon valientemente al lado del paje, y aunque el enemigo desdeñaba a aquellos adversarios mal armados, un grupo de samurais no podía subir al suelo de madera a causa de ellos.

—¿Por qué tardamos tanto?

Un guerrero que parecía el jefe, se asomó a la cocina, cogió un tizón de un horno y lo arrojó a las caras de los tres hombres. Entonces lanzó un tizón al almacén y otro hacia el techo.

—¡Adentro!

—¡Debe de estar dentro!

Su objetivo era Nobunaga.

En aquel instante penetraron en tropel y diseminaron a puntapiés la leña ardiente con sus sandalias de paja mientras se dividían dentro del edificio. Las llamas prendieron rápidamente en las puertas corredizas y las columnas, ascendiendo por ellas como una hiedra de hojas rojizas. Las figuras del paje y el maestro de la ceremonia del té permanecieron inmóviles mientras las llamas también les envolvían.

En los establos se había armado un tumulto espantoso. Diez o más caballos, presa del pánico, la habían emprendido a coces contra las paredes de sus casillas, derribando las tablas. Dos de ellos por fin habían roto los travesaños y salido al exterior corcoveando violentamente. Enloquecidos, habían galopado hacia el centro de las fuerzas de Akechi, mientras los demás caballos relinchaban cada vez con más violencia al ver las llamas. Los samurais de guardia en los establos habían abandonado sus puestos para ir a defender la escalera del patio donde se había visto a Nobunaga por última vez. Allí lucharon por última vez antes de sucumbir. Incluso los mozos de establo, que podrían haber huido, se quedaron y lucharon hasta que murieron sin excepción. Todos ellos eran unos hombres que de ordinario pasaban desapercibidos, pero aquel día demostraron en silencio con el sacrificio de sus vidas que no eran inferiores a los hombres con grandes estipendios o un alto rango.

Un guerrero de Akechi, empuñando una lanza empapada en sangre, corría de una habitación a otra y se detuvo al ver a un camarada a través del humo.

—¿Minoura?

—¡Eh!

—¿Has conseguido algo?

—Todavía no.

Juntos buscaron a Nobunaga o, más exactamente, compitieron por encontrarle. Pronto se separaron y cada uno desapareció entre el humo.

El fuego parecía haberse extendido bajo el tejado, y el interior del templo crepitaba. Incluso las guarniciones de cuero y metal de las armaduras estaban calientes al tacto. En un instante, las únicas formas humanas que se veían eran cadáveres o los guerreros de Akechi, e incluso varios hombres de

Akechi salieron corriendo mientras el fuego avanzaba por los tejados.

En cuanto a los hombres que estaban en el interior y seguían defendiendo su terreno, algunos se asfixiaban a causa del humo mientras que otros estaban cubiertos de cenizas. Habían derribado a patadas las puertas y paneles corredizos del pabellón, y ahora el brocado de oro llameante y los fragmentos de madera encendida giraban velozmente, ardiendo con tanta brillantez como un campo incendiado, pero en el interior de las pequeñas habitaciones y huecos estaba oscuro y las formas no se distinguían, como tampoco los diversos corredores llenos de humo.

Ranmaru se apoyó en la puerta de cedro que daba a la habitación que protegía, y luego se irguió silenciosamente. Tenía una lanza ensangrentada en la mano, y miró a derecha e izquierda. Oyó ruido de pisadas y preparó su lanza para atacar.

Concentrando todo su ser en el sentido del oído, escuchó para percibir alguna señal procedente de la habitación. La figura blanca que acababa de entrar era la del general de la derecha, Oda Nobunaga. Había luchado hasta el mismo final, cuando vio que las llamas rodeaban el templo y que cuantos hombres le rodeaban habían caído muertos. Había luchado cuerpo a cuerpo junto a los soldados rasos, como si fuese uno de ellos. No obstante, había tomado la decisión de hacerse el seppuku no sólo porque había considerado su reputación y le parecía lamentable dejar su cabeza a una nulidad. La muerte de un hombre estaba determinada de antemano, por lo que ni siquiera lamentaba morir. Lo que lamentaba era perder la gran obra de su vida.

El templo Myokaku estaba cerca y la mansión del gobernador también se encontraba en la vecindad. Además, había samurais alojados en la ciudad. Nobunaga pensó que, si por casualidad se estableciera contacto con el exterior, la huida podría ser posible. Por otro lado, aquella conspiración había sido planeada por el cabeza de naranja china, Mitsuhide, y, dado el carácter de éste, si decidía emprender una acción semejante la llevaría a cabo con tal cuidado que ni siquiera el agua podría filtrarse al exterior. Así pues, era hora de tomar una resolución.

La mente de Nobunaga se debatía entre estos dos pensamientos.

Miró los cadáveres de los ayudantes que habían muerto en combate y supo que sus momentos finales estaban cerca. Abandonó la batalla, se retiró a una habitación y ordenó a Ranmaru que vigilara la puerta, diciéndole:

—Si oyes mi voz desde aquí, sabrás que me estoy suicidando. Coloca mi cuerpo bajo unos paneles corredizos y préndeles fuego. Hasta entonces, no permitas que el enemigo llegue aquí.

Mientras le daba estas instrucciones, miraba fijamente los ojos de Ranmaru.

La puerta de madera era resistente. Nobunaga contempló un momento las pinturas todavía intactas que colgaban de las paredes. Había empezado a fluir una ligera espiral de humo procedente del exterior, pero parecía que pasaría algún tiempo antes de que las llamas se extendieran por el interior.

Nobunaga pensó que no tenía necesidad de apresurar su partida. Sintió como si alguien le hablara. Nada más entrar en la habitación había sentido, incluso más que el calor que le rodeaba por los cuatro costados, una sed ardiente. Estuvo a punto de sentarse en el centro de la estancia, pero lo pensó mejor y se acomodó en un hueco ligeramente elevado. Al fin y al cabo, la zona que se extendía por debajo de él estaba reservada de ordinario a sus vasallos. Imaginó una taza de agua que corría por su garganta, e hizo un esfuerzo para asentar con seguridad su espíritu por debajo del ombligo. A tal fin, se arrodilló formalmente, sentado sobre las piernas, enderezó su postura y sus ropas e intentó comportarse como si



sus servidores estuvieran sentados ante él, tal como ocurría en tiempos ordinarios.

Poco después su pesada respiración se hizo apacible.

¿Era aquello morir?

Se sentía tan en paz que dudaba de sí mismo. Incluso era consciente de un deseo de reír.

«De modo que también yo me he equivocado.»

Ni siquiera al imaginar la calva y reluciente cabeza de Mitsuhide sintió el menor odio. También él era humano, y Nobunaga suponía que había hecho aquello motivado por el rencor. Su propia negligencia era el error de toda una vida, y lamentaba que la cólera de Mitsuhide se hubiera transformado tan sólo en necia violencia. «Ah, Mitsuhide, ¿no me seguirás dentro de unos días?», preguntó.

Su mano izquierda sostenía la vaina de la espada corta. La mano derecha extrajo la hoja.

No tenía necesidad de apresurarse.

Así, Nobunaga se daba instrucciones a sí mismo. Las llamas habían empezado a extenderse hasta aquella habitación. Cerró los ojos, y al hacerlo, todo cuanto podía recordar desde su primera juventud hasta el presente cruzó su mente como una exhalación, igual que si cabalgara al galope. Cuando abrió los ojos, el polvo de oro y las ilustraciones en las cuatro paredes irradiaban un rojo brillante. Las pinturas de las peonías en el techo artesonado empezaban a ser pasto de las llamas. Realmente no tardó más en morir de lo que se tarda en exhalar el aliento una sola vez. En el instante de su muerte, alguna función extraordinaria dentro de su cuerpo pareció despedirse de los recuerdos ordinarios de la vida que había vivido.

—¡Sin remordimientos! —exclamó Nobunaga.

Ranmaru oyó el grito y entró corriendo. Su señor, enfundado en el kimono de seda blanca, yacía de bruces en el suelo, rodeándose el vientre del que brotaba la sangre fresca. Ranmaru arrancó las puertas del armario bajo y las colocó sobre el cadáver de Nobunaga como si hiciera un ataúd. Volvió a cerrar la puerta tranquilamente y retrocedió del hueco en la pared. Aferró la empuñadura de la espada corta con la que también él podría cometer el seppuku, pero sus ojos brillantes se posaron en el cadáver de Nobunaga hasta que las llamas consumieron la habitación.

\*

\*

\*

Los tres primeros días del sexto mes, el cielo sobre Kyoto estuvo claro y el sol brilló con fuerza. Sin embargo, el tiempo en las montañosas provincias occidentales alternó entre cielos claros y nubes. Las fuertes lluvias no habían cesado hasta finales del quinto mes. Entonces, cuando faltaban dos o tres días para que comenzara el sexto, un violento viento del sudoeste arrastró las nubes rasgadas de sur a norte, y el cielo siguió cambiando de brillante y claro a nuboso.

La mayoría de la gente, cansada de la lluvia y el moho, confiaba en que la estación lluviosa terminara pronto, pero el ejército de Hideyoshi, entregado al largo asedio del castillo de Takamatsu, rogaba a los ocho reyes dragones que enviaran lluvia y más lluvia, la cual era su arma principal en aquel campo de batalla. El solitario castillo seguía completamente aislado en medio del lago pantanoso. Aquí y allá, como pelos en la cabeza de alguien con una enfermedad del cuero cabelludo, se veían los árboles de unos pocos bosques y arboledas sumergidos.

En la ciudad fortificada, sólo los tejados de las casas plebeyas se mantenían por encima del agua. Las

casas de campo en las zonas bajas ya habían desaparecido. Innumerables fragmentos de madera en descomposición giraban en la fangosa corriente o flotaban en los bordes del lago.

A primera vista, el agua amarillenta parecía estancada, pero los soldados que vigilaban la orilla se daban cuenta de que el agua invadía poco a poco la tierra seca.

—¡Hoy tenemos aquí a unos sujetos libres de cuidados! Miradlos. Están tan despreocupados como siempre.

Hideyoshi, montado en su caballo, hablaba con los pajes que iban detrás.

—¿Dónde?

Todos los pajes miraron con expresiones inquisitivas en la dirección que señalaba su señor. Y en efecto, sobre los maderos a la deriva había varias garzas blancas como la nieve. Los pajes, todavía adolescentes, se encogieron de hombros y rieron. Mientras escuchaba su conversación infantil, Hideyoshi fustigó con suavidad a su montura y regresó al campamento.

Esta escena tenía lugar al atardecer del tercer día del sexto mes. Todavía era imposible que Hideyoshi pudiera tener noticia de lo que había ocurrido en Kyoto.

Hideyoshi tenía por costumbre hacer la ronda diaria del campamento con un séquito de cincuenta a cien hombres, y en ocasiones le acompañaban pajes, los cuales llevaban un gran paraguas de largo mango y desfilaban con el estandarte de brillantes colores del comandante en jefe. Los soldados que veían este «paso real» alzaban la vista y pensaban: «Ahí va nuestro señor». Los días que no le veían sentían de alguna manera que algo les faltaba.

Al pasar por su lado, Hideyoshi miraba a los soldados a derecha e izquierda, las tropas sudorosas y cubiertas de barro que encontraban sabrosa la comida apenas comestible, los soldados siempre sonrientes y que apenas sabían lo que era el hastío.

Hideyoshi añoraba los días en que formaba parte de aquella exuberante multitud de jóvenes. Cinco años atrás le había sido confiado el mando de la campaña. Las batallas y las luchas atroces que habían tenido lugar en los castillos de Kozuki, Miki y otros lugares le habían ocasionado sufrimientos indecibles, pero más allá de las penalidades del combate, en su condición de general también había padecido crisis espirituales muchas veces.

Nobunaga era un hombre difícil de satisfacer, y no había sido fácil servirle a distancia y mantenerle tranquilo. Naturalmente, los generales que rodeaban a Nobunaga no estaban precisamente entusiasmados por el ascenso de Hideyoshi. Aun así, Hideyoshi se sentía agradecido, y por las mañanas, cuando rezaba a la diosa del sol, le agradecía sinceramente todas las pruebas que se había visto obligado a superar en aquellos cinco años.

Nadie habría ido por sí mismo en busca de semejantes experiencias penosas, y pensaba que, al margen de cuáles fuesen realmente las intenciones del cielo, había seguido enviándole una dificultad tras otra. Había días en que se sentía agradecido por las dificultades y los trastornos de su juventud, porque le habían proporcionado la voluntad de sobrevivir a su debilidad física.

Por entonces había llevado a cabo la estrategia del ataque con agua contra el castillo de Takamatsu, y sólo esperaba que Nobunaga llegara del este. En el monte Hizashi, los treinta mil soldados de Mori a las órdenes de Kikkawa y Kobayakawa aguardaban el rescate del castillo aislado. Durante los intervalos de tiempo claro, el enemigo podía ver claramente el quitasol de Hideyoshi y el estandarte de mando.

Aquella noche, cuando Hideyoshi regresaba a sus aposentos, llegó un mensajero por la carretera de

Okayama y los guardianes le rodearon de inmediato. El camino conducía al campamento de Hideyoshi en el monte Ishii, pero el viajero también podía cruzar por Hibata y seguir hacia el campamento de Kobayakawa Takakage en el monte Hizashi por la misma ruta. Naturalmente, el camino estaba muy vigilado.

El mensajero, fustigando sin cesar a su montura, había cabalgado desde el día anterior sin detenerse a comer o beber. Cuando los guardianes llegaron con él al campamento, había perdido el conocimiento.

Era la hora del jabalí y Hideyoshi aún estaba levantado. Cuando regresó Hikoemon, se unió a Hideyoshi y Hori Kyutaro y los tres se encaminaron al edificio que servía de aposento privado de Hideyoshi. Allí los tres permanecieron sentados largo tiempo.

Esta conferencia era tan secreta que incluso los pajes se habían retirado. Sólo al poeta Yuko se le permitió quedarse, y se sentó detrás de las puertas corredizas de papel, removiendo el té.

En aquel momento se oyeron pisadas apresuradas que se aproximaban al edificio. Se había dado la orden estricta de mantener la zona despejada de gente, por lo que cuando la persona que producía el ruido de pisadas se aproximó a la puerta de cedro, fue interceptada con un rápido reproche por los pajes que montaban guardia.

Los pajes parecían sumamente excitados, mientras que la persona a la que se enfrentaban era impertinente e impetuosa.

—¿Qué sucede, Yuko? —preguntó Hideyoshi.

—No estoy seguro. Puede que sea un altercado con uno de los guardianes.

—Ve a echar un vistazo.

—En seguida.

Yuko se puso en pie y salió, dejando los utensilios de té exactamente como estaban.

Miró al exterior y descubrió que quien había desafiado a los pajes no era ningún guardián sino Asano Nagamasa.

Los jóvenes pajes no estaban dispuestos a anunciar a nadie porque tenían órdenes de mantener a todo el mundo a distancia y no importaba de quién se tratara, Asano o cualquier otro. Asano había respondido que, si no le dejaban entregar el mensaje, se abriría paso a empujones. Los pajes replicaron que si quería pasar que lo intentara. No eran más que pajes, pero les habían dado una orden e iban a demostrar que no estaban allí como un mero elemento decorativo.

Yuko serenó primero a los jóvenes y testarudos guardianes.

—¿Qué sucede, señor Asano? —preguntó entonces.

Asano le mostró la carta que tenía en la mano y le habló del mensajero que acababa de llegar de Kyoto. Tenía entendido que la reunión era privada, pero pensó que el mensaje no era ningún asunto trivial y por ello quería hablar un momento con su señor.

—Esperad un instante, por favor.

Yuko regresó al interior pero en seguida salió de nuevo e invitó a Asano a entrar.

Asano entró y miró de soslayo la habitación contigua. Los pajes que estaban dentro permanecían en silencio. Desviaron la vista y le ignoraron por completo.

Hideyoshi movió a un lado una corta lámpara de pie y se volvió hacia Asano, el cual había entrado en la habitación.

—Lamento molestaros durante una conferencia.

—No te preocupes. Parece que ha llegado un despacho. ¿De quién es?

—Me han dicho que es de Hasegawa Sojin, mi señor.

Asano le tendió el estuche que contenía el mensaje. La laca roja sobre el cuero brillaba bajo la luz de la lámpara.

—¿Un despacho de Sojin? —dijo Hideyoshi, cogiendo el estuche.

Hasegawa Sojin era compañero de Nobunaga en la ceremonia del té. No tenía una relación especialmente íntima con Hideyoshi, por lo que era extraño que el maestro de la ceremonia del té enviara de repente un mensaje urgente a su campamento. Además, según Nagamasa, el mensajero había salido de Kyoto a mediodía del día anterior y acababa de llegar, a la hora del jabalí. Eso significaba que había tardado un día y media noche en recorrer las setenta leguas desde la capital hasta el campamento, una rapidez excesiva, incluso para un correo. Era indudable que no había comido ni bebido por el camino y que se había pasado toda la noche cabalgando.

—Acerca un poco más la lámpara, Hikoemon.

Hideyoshi se inclinó y desenrolló la carta de Sojin. Era breve y con toda evidencia había sido escrita rápidamente. Pero tras su lectura, a Hideyoshi se le erizó el vello de la nuca.

Los demás hombres habían estado sentados detrás de Hideyoshi, a corta distancia, pero cuando su rostro mudó de color, Kyutaro, Asano y Hikoemon se inclinaron hacia él sin poder evitarlo.

—Mi señor..., ¿qué ha sucedido? —preguntó Asano.

En el instante en que el otro le preguntaba, Hideyoshi volvió en sí. Casi como si dudara de las palabras que contenía la carta, se obligó a leerla una vez más. Entonces sus lágrimas empezaron a caer sobre la carta de cuyo contenido no podía haber ninguna duda.

—¿Por qué lloráis, mi señor? —le preguntó Hikoemon.

—Esto es muy extraño en vos, mi señor.

—¿Son malas noticias?

Los tres hombres suponían que el mensaje tenía algo que ver con la madre de Hideyoshi, a la que había dejado en Nagahama.

Durante la campaña, los hombres hablaban poco de sus provincias natales, pero cuando lo hacían, Hideyoshi siempre hablaba de su madre, por lo que ahora imaginaron que estaba gravemente enferma o que había muerto.

Finalmente Hideyoshi se enjugó las lágrimas y se enderezó un poco. Al hacerlo adoptó una expresión grave, y su intenso pesar pareció atravesado por una aguda cólera. Nadie sentía normalmente una rabia tan profunda por la muerte de un familiar.

—Me siento incapaz de decirlo con palabras. Mirad esto los tres.

Les tendió la carta y desvió la vista, ocultando sus lágrimas con el brazo.

Tras leer la carta, los tres hombres parecieron alcanzados por un rayo. Nobunaga y Nobutada habían muerto. ¿Podía ser cierto? ¿Tan misterioso era el mundo? Kyutaro, en particular, se había reunido con Nobunaga poco antes de trasladarse al monte Ishii. Al fin y al cabo, había ido allí por orden de Nobunaga, y ahora miraba la carta una y otra vez, incapaz de creer lo que decía. Kyutaro y Hikoemon vertían lágrimas, unas lágrimas que habrían bastado para extinguir la llama de la lámpara que oscilaba en la penumbra. Hideyoshi se removió impaciente en su asiento. Se había dominado y apretaba con fuerza los labios.

—¡Eh, que venga alguien! —gritó hacia la habitación de los pajes.

Era un grito lo bastante fuerte para perforar el techo. Hikoemon y Asano, ambos hombres de gran valor, se sorprendieron tanto que casi se incorporaron de un salto. Al fin y al cabo, Hideyoshi había llorado de tal manera que su ánimo parecía totalmente abatido.

—¡Sí, mi señor! —replicó un paje.

Unas pisadas vigorosas acompañaron a la respuesta. Al oír las pisadas y la voz de Hideyoshi, Kyutaro y Hikoemon superaron de improviso su aflicción.

—¿Mi señor?

—¿Quién eres? —le preguntó Hideyoshi.

—Ishida Sakichi, mi señor.

El bajo Sakichi avanzó desde la sombra de la puerta corrediza a la habitación contigua. Se colocó en el centro del tatami, se volvió hacia la lámpara de la sala de conferencias e hizo una reverencia con las manos apoyadas en el suelo.

—Sakichi, ve corriendo al campamento de Kanbei y dile que necesito hablar con él ahora mismo. ¡De prisa!

Si la situación lo hubiera permitido, a Hideyoshi le habría gustado dar rienda suelta a su llanto. Había servido a Nobunaga desde los diecisiete años de edad. Las manos de su señor le habían dado palmaditas en la cabeza y él le había llevado las sandalias de paja en sus manos. Y ahora aquel señor ya no estaba en el mundo. La relación entre Nobunaga y él no había sido ordinaria en ningún sentido, sino que había sido una relación de una sola sangre, una sola fe, una vida y muerte. Inesperadamente, el señor había partido primero, y Hideyoshi era consciente de que, en lo sucesivo, sólo él sería dueño de su propia vida.

Pensó que nadie le había conocido tan bien como Nobunaga. En sus últimos momentos entre las llamas del templo Honno debió de llamarle en su corazón y renovarle su confianza. Se dijo que, por insignificante que fuera, no daría la espalda a su señor y la confianza que había depositado en él. Así Hideyoshi se hizo una promesa. No era una lamentación vana. Su creencia era sencilla: poco antes de que Nobunaga muriese, había dejado a Hideyoshi sus instrucciones.

Comprendía cuan profundo debía de haber sido el resentimiento de su señor. A juzgar por la actitud de Nobunaga, Hideyoshi podía imaginar el pesar que anidaba en el pecho de Nobunaga al abandonar el mundo con su obra a medio hacer. Cuando consideraba el asunto desde este punto de vista, Hideyoshi ya no podía apesadumbrarse. Tampoco era el momento de pensar en planes para el futuro. Su cuerpo estaba en el oeste, pero su mente se enfrentaba ya al enemigo, Akechi Mitsuhide.

Pero también debía resolver una cuestión inminente: ¿qué hacer con el enemigo que tenía ante sí en el castillo de Takamatsu? ¿Y cómo resolvería el enfrentamiento con el ejército de treinta mil hombres de los Mori? ¿Cómo podía cambiar su posición e ir a Kyoto lo más rápidamente posible desde un campo de batalla en las provincias occidentales? Cómo aplastar a Mitsuhide... Los problemas que tenía ante sí se extendían como una cadena montañosa.

Parecía haber llegado a una decisión. Tenía una oportunidad entre mil, y su resolución a arriesgar su vida en una sola posibilidad se revelaba en su rostro.

—¿Dónde está ahora el mensajero? —le preguntó a Asano en cuanto el paje se marchó.

—Ordené a los samurais que le hicieran esperar junto al templo principal —respondió Asano.

Hideyoshi hizo una seña a Hikoemon.

—Llévale a la cocina y dale algo de comer —le ordenó—, pero tenle encerrado en una habitación y no le dejes hablar con nadie.

Al ver que Hikoemon se levantaba y hacía un gesto de complicidad, Asano preguntó si debería ir también.

Hideyoshi sacudió la cabeza.

—No, tengo otra orden para ti, así que espera un momento. Asano, quiero que selecciones a varios de los samurais a tus órdenes, que tengan buen oído y pies veloces, y los estaciones en todas las carreteras desde Kyoto hasta el dominio de los Mori. No quiero que se filtre ni siquiera el agua. Que detengan a cualquiera que parezca sospechoso, y aunque no lo parezcan, que investiguen su identidad y examinen lo que llevan. Esto es sumamente importante. Ve rápido y ten cuidado.

Asano partió de inmediato. Los únicos que quedaban ahora eran Kyutaro y Yuko.

—¿Qué hora es, Yuko?

—¿Es la segunda hora del jabalí?

—Hoy es el tercer día del mes, ¿verdad?

—En efecto.

—Mañana estaremos a cuatro —musitó para sí mismo—. Luego a cinco.

Entrecerró los ojos y movió los dedos sobre la rodilla, como si estuviera contando.

—Me resulta difícil quedarme aquí sentado —le dijo Kyutaro—. ¿Por qué no me dais alguna orden?

—No, quiero que te quedes aquí un poco más —le dijo Hideyoshi, procurando aliviar su impaciencia—. Kanbei no tardará en llegar. Sé que Hikoemon ha ido a ocuparse del correo, pero mientras tenemos unos momentos libres, ¿por qué no vas a comprobarlo?

Kyutaro se levantó en seguida y fue a la cocina del templo. El correo estaba en una pequeña habitación, comiendo ávidamente lo que le habían servido. El hombre no había comido ni bebido nada desde el mediodía del día anterior, y se dio un atracón hasta saciarse.

Cuando Hikoemon vio que el hombre había terminado, le hizo una seña y le acompañó a una habitación en los aposentos de los sacerdotes, el almacén de los sutras. Le deseó que durmiera bien y, tras dejarle dentro, dejó bien cerrada la puerta desde el exterior. En aquel momento Kyutaro se acercó sigilosamente a Hikoemon y le susurró al oído.

—A Su Señoría le preocupa que la noticia del incidente de Kyoto pueda filtrarse a los hombres.

Los ojos de Kyutaro revelaban su intención de matar al mensajero, pero Hikoemon sacudió la cabeza. Tras caminar unos pasos, dijo a su compañero:

—Probablemente morirá donde está a causa de un exceso de comida. Dejémosle morir inocentemente.

Mirando hacia la sala de los sutras, Hikoemon extendió una palma ante su pecho, en actitud de plegaria.

# LIBRO OCHO

DÉCIMO AÑO DE TENSHO

1582

VERANO

# Personajes y lugares

Hori Kyutaro, servidor de alto rango de Oda

Oda Nobutaka, tercer hijo de Nobunaga

Oda Nobuo, segundo hijo de Nobunaga

Niwa Nagahide, servidor de alto rango de Oda

Tsutsui Junkei, servidor de alto rango de Oda

Matsuda Tarozaemon, servidor de alto rango de Akechi

Ishida Sakichi, servidor de Hideyoshi

Samboshi, nieto y heredero de Nobunaga

Takigawa Kazumasu, servidor de alto rango de Oda

Maeda Geni, servidor de alto rango de Oda

Sakuma Genba, sobrino de Shibata Katsuie

Shibata Katsutoyo, hijo adoptivo de Katsuie



# Un mensajero malhadado

Hideyoshi no se había movido. Tenues partículas de ceniza caían alrededor de la base de la lámpara, probablemente los restos de la carta de Hasegawa.

Kanbei entró renqueando y Hideyoshi le saludó con un gesto de cabeza. Kanbei dobló su pierna lisiada y se sentó en el suelo. Durante su cautividad en el castillo de Itami había contraído una afección crónica del cuero cabelludo que nunca había desaparecido por completo. Cuando se sentó cerca de la lámpara, su cabello ralo parecía casi transparente y le daba un aspecto grotesco.

—He recibido vuestra llamada, mi señor. ¿Qué puede ser tan urgente a esta hora de la noche?

—Hikoemon te lo dirá —le dijo Hideyoshi. Entonces se cruzó de brazos e inclinó la cabeza, exhalando un largo suspiro.

—Esto va a ser muy fuerte, Kanbei —empezó a decir Hikoemon.

Kanbei era famoso por su valor, pero mientras escuchaba fue palideciendo. Sin decir nada, suspiró hondamente, se cruzó de brazos y miró con fijeza a Hideyoshi.

Kyutaro se le acercó entonces de rodillas.

—No hay tiempo para pensar en lo que ya pertenece al pasado. El viento del cambio sopla en el mundo y es un buen viento para ti. Es hora de que alces tus velas y partas.

Kanbei se dio una palmada en la rodilla.

—¡Bien dicho! El cielo y la tierra son eternos, pero la vida sólo progresa porque todas las cosas cambian con las estaciones. Desde una perspectiva más amplia, este acontecimiento es favorable.

Las opiniones de los dos hombres hicieron sonreír de satisfacción a Hideyoshi, porque reflejaban sus propios pensamientos. Sin embargo, no podría admitir tales sentimientos en público sin correr el riesgo de ser malinterpretado. Para un vasallo, la muerte de su señor era una tragedia que debía ser vengada.

—Kanbei, Kyutaro, me habéis dado un gran estímulo, y ahora hay una sola cosa que podemos hacer —dijo Hideyoshi con convicción—. Llegar a un acuerdo de paz con los Mori lo más rápida y secretamente posible.

El monje Ekei había llegado al campamento de Hideyoshi como el enviado de los Mori para negociar un tratado de paz. Ekei había entrado en contacto primero con Hikoemon, porque se conocían desde hacía mucho tiempo, y luego se había reunido con Kanbei. Hasta entonces Hideyoshi se había negado a reconciliarse con los Mori, al margen de lo que ofrecieran. Aquel mismo día, tras celebrar una reunión, Ekei y Hikoemon se habían separado sin llegar a un acuerdo.

Hideyoshi se volvió hacia Hikoemon.

—Hoy te has reunido con Ekei. ¿Qué planean hacer los Mori?

—Podríamos concertar un tratado con rapidez, si accedemos a sus condiciones —replicó Hikoemon.

—¡De ninguna manera! —dijo tajantemente Hideyoshi—. Si mantienen su postura no podemos acceder en absoluto. ¿Y qué te ha ofrecido, Kanbei?

—Las cinco provincias de Bitchu, Bingo, Mimasaka, Inaba y Hoki si levantamos el cerco del castillo de Takamatsu y respetamos las vidas del general Muneharu y sus hombres.

—Una oferta tentadora, superficialmente. Pero, aparte de Bingo, las otras cuatro provincias que nos ofrecen los Mori ya no están bajo su dominio. Ahora no podemos aceptar esas condiciones sin despertar sus sospechas, pero si los Mori han descubierto lo sucedido en Kyoto, nunca accederán a la paz. Con

suerte, todavía no saben nada. El cielo me ha concedido unas horas de plazo, pero serán escasas.

—Todavía estamos a día tres —dijo Hikoemon, y sugirió—: Si mañana solicitamos una conferencia de paz, se podría celebrar dentro de dos o tres días.

—No, eso es demasiado lento —replicó Hideyoshi—. Tenemos que empezar de inmediato, sin esperar siquiera al alba. Hikoemon, dile a Ekei que vuelva aquí.

—¿Envío un mensajero ahora mismo? —le preguntó Hikoemon.

—No, espera un poco. Un mensajero que llegara en plena noche le haría entrar en sospechas. Debemos pensar minuciosamente lo que vamos a decir.

\* \* \*

Siguiendo las órdenes de Hideyoshi, los hombres de Asano Yahei iniciaron una inspección rigurosa de todos los viajeros que iban y venían por la zona. Alrededor de medianoche, los guardianes detuvieron a un hombre ciego que caminaba valiéndose de un pesado bastón de bambú y le preguntaron adonde iba.

Rodeado por los soldados, el hombre se apoyó en el bastón.

—Voy a casa de un pariente en la aldea de Niwase —dijo con extrema humildad.

—Si vas a Niwase, ¿qué estás haciendo en esta trocha de montaña en plena noche? —le preguntó el oficial.

—No he podido encontrar una posada, así que he seguido andando —replicó el ciego, bajando la cabeza para que los soldados se compadecieran—. A lo mejor seréis tan amable de decirme dónde puedo encontrar un pueblo con una posada.

—¡Es un impostor! —gritó de repente el oficial—. ¡Atadle!

—¡No soy un impostor! —protestó el hombre—. Soy un músico ciego con licencia, procedente de Kyoto, donde he vivido muchos años. Pero ahora mi anciana tía de Niwase se está muriendo.

Juntó las palmas en actitud de súplica.

—¡Estás mintiendo! —dijo el oficial—. ¡Puede que tengas los ojos cerrados, pero dudo de que necesites esto!

El oficial arrebató bruscamente al hombre el bastón de bambú y lo cortó por la mitad con su espada. Una carta muy enrollada cayó del interior hueco.

El hombre miró entonces a los soldados, con los ojos destellantes como espejos. Buscó el punto más débil en el círculo que le rodeaba e intentó echar a correr, pero eran más de veinte soldados a su alrededor y ni siquiera aquel hombre listo como un zorro podía escapar. Los soldados le tumbaron en el suelo, le ataron de manera que apenas podía moverse y lo pusieron sobre un caballo como una pieza de equipaje.

El hombre lanzaba insultos y maldiciones a sus captores. El oficial le metió un puñado de tierra en la boca. Fustigando el vientre del caballo, los soldados se dirigieron velozmente al campamento de Hideyoshi con su prisionero.

Aquella misma noche un asceta de montaña fue sorprendido por otra patrulla. En contraste con los modales rastreros del falso músico ciego, el monje se mostraba altivo.

—Soy un discípulo del templo Shogo —anunció con arrogancia—. Nosotros, los ascetas de montaña, a menudo caminamos durante toda la noche sin descansar. Deambulo por donde me place, tanto si hay

sendero como si no. ¿Por qué me hacéis una pregunta trivial como la de mi destino? Quien tiene un cuerpo como las nubes viajeras y los arroyos no necesita un destino.

El asceta siguió hablando así durante un rato, y entonces trató de huir. Un soldado le alcanzó en las espinillas con el asta de su lanza y el hombre cayó gritando al suelo.

Los soldados le desvistieron hasta dejarle semidesnudo y descubrieron que no era un asceta de montaña sino un monje guerrero del Honganji, el cual trasladaba un informe secreto a los Mori acerca de los acontecimientos en el templo Honno. También le enviaron de inmediato como una pieza de equipaje al campamento de Hideyoshi.

Aquella noche hubo sólo dos cautivos, pero si cualquiera de ellos hubiera conseguido deslizarse a través del cordón de vigilancia y llevar a cabo su misión, a la mañana siguiente los Mori habrían conocido la muerte de Nobunaga.

El falso asceta no había sido enviado por Mitsuhide, pero el hombre que se hacía pasar por músico ciego era un samurai de Akechi con una carta de Mitsuhide para Mori Terumoto. Había salido de Kyoto por la mañana del segundo día. Mitsuhide había enviado otro mensajero aquella misma mañana, por mar desde Osaka, pero las tormentas le habían retrasado y llegó a los Mori demasiado tarde.

\*

\*

\*

—Creía que nos reuniríamos por la mañana —dijo Ekei después de saludar a Hikoemon—, pero tu carta decía que viniera aquí lo antes posible, así que he venido de inmediato.

—Siento haberte sacado de la cama —replicó Hikoemon con aplomo—. Mañana habría estado bien, y lamento que mi carta tan mal redactada te haya privado del sueño.

Kanbei condujo a Ekei a un lugar aislado conocido vulgarmente como el Morro de la Rana, y desde allí a la casa de campo vacía donde habían celebrado sus reuniones anteriores.

Sentado frente a Ekei, Hikoemon dijo con profundo sentimiento:

—Cuando pienso en ello, me parece que los dos estamos unidos por un karma común.

Ekei asintió con solemnidad. Los dos hombres recordaron en silencio su encuentro en Hachisuka unos veinte años antes, cuando Hikoemon era el dirigente de una banda de ronin y se llamaba Koroku. Durante su estancia en la mansión de Hikoemon, Ekei oyó hablar por primera vez de un joven samurai llamado Kinoshita Tokichiro, el cual había entrado reciente mente al servicio de Nobunaga en el castillo de Kiyosu. En aquellos tiempos, cuando la categoría de Hideyoshi estaba todavía muy por debajo de los generales de Nobunaga, Ekei había escrito a Kikkawa Motoharu: «El dominio de Nobunaga durará unos cuantos años más. Cuando él caiga, Kinoshita Tokichiro será el siguiente hombre a tener en cuenta».

Las predicciones de Ekei fueron asombrosamente precisas: Veinte años antes había percibido la capacidad de Hideyoshi; diez años atrás había previsto la caída de Nobunaga. Sin embargo, aquella noche no podía saber de ninguna manera hasta qué punto había acertado.

Ekei no era un monje ordinario. Cuando era todavía un joven acólito que estudiaba en un templo, Motonari, el antiguo señor de los Mori, le ordenó que entrara a su servicio. En vida de Motonari, su «pequeño monje», como llamaba afectuosamente a Ekei, le había acompañado en todas sus campañas militares.

Después de la muerte de Motonari, Ekei había abandonado a los Mori y viajado por todo el imperio.

A su regreso fue nombrado abad del templo Ankokuji y sirvió a Terumoto, el nuevo señor de los Mori, como leal consejero.

Durante la guerra con Hideyoshi, Ekei había argumentado constantemente en favor de la paz. Conocía bien a Hideyoshi y no creía que el oeste pudiera resistir su ataque. Otro factor que le influía era su larga amistad con Hikoemon.

Ekei y Hikoemon se habían reunido ya numerosas veces, pero en cada ocasión se habían separado estancados en el mismo punto muerto: el destino de Muneharu. Hikoemon se dirigió así a Ekei:

—Anteriormente, cuando hablé con el señor Kanbei, me dijo que el señor Hideyoshi es mucho más generoso de lo que él cree. Sugirió que si los Mori hacían una sola concesión más, sin duda la paz estaría asegurada. El señor Kanbei dijo que si levantábamos el asedio y respetábamos la vida del señor Muneharu, la gente lo interpretaría como si el ejército de Oda se hubiera visto obligado a firmar un tratado de paz. El señor Hideyoshi no podría presentar tales condiciones al señor Nobunaga. Nuestra única condición es la cabeza de Muneharu. No creo que tengas dificultades para llevar este asunto a su desenlace.

Las condiciones de Hikoemon no habían cambiado, pero él mismo parecía un hombre diferente desde su último encuentro.

—No puedo hacer más que reafirmar mi posición —replicó Ekei—. Si el clan Mori cede cinco de sus diez provincias y no se respeta la vida de Muneharu, no habrán obrado de acuerdo con el Camino del Samurai.

—De todos modos, ¿has verificado sus intenciones después de nuestro último encuentro?

—No había necesidad de hacerlo. Los Mori nunca aceptarán la muerte de Muneharu. Valoran la lealtad por encima de todo lo demás, y nadie, desde el señor Terumoto hasta su vasallo de menor categoría, lamentaría el sacrificio, aun cuando suponga la pérdida de todas las provincias occidentales.

El cielo estaba empezando a palidecer. Se oyó el canto de un gallo a lo lejos. La noche cedía el paso al cuarto día del mes.

Ekei no accedía y Hikoemon no estaba dispuesto a ceder. Volvían a estar en un punto muerto.

—Bien, no hay nada más que decir —concluyó Ekei en tono fatalista.

Hikoemon se disculpó.

—A causa de mi limitada capacidad no he sido capaz de encontrar un terreno común contigo. Con tu permiso, quisiera pedirle al señor Kanbei que ocupe mi lugar.

—Será una satisfacción para mí hablar con quien sea —replicó Kanbei.

Hikoemon envió a su hijo en busca de Kanbei, el cual no tardó en llegar en su litera. Bajó y tomó asiento pesadamente con los otros dos hombres.

—He sido yo quien ha animado a Hikoemon a que te molestara una vez más, discutiendo contigo este asunto por última vez —dijo Kanbei—. Bien, ¿cuál es el resultado? ¿Habéis llegado a un compromiso? Os habéis pasado la mitad de la noche hablando.

La franqueza de Kanbei les animó. El rostro de Ekei se brillantó a la luz matinal.

—Lo hemos intentado —dijo riendo.

Hikoemon, con la excusa de que tenía que preparar la llegada de Nobunaga, se despidió.

—El señor Nobunaga se quedará dos o tres días —dijo Kanbei—. A partir de este momento, va a ser difícil que nos reunamos de nuevo para celebrar conversaciones de paz.

La diplomacia de Kanbei era sencilla y directa. También era despótica en extremo: si los Mori querían discutir las condiciones, no era posible más resultado que la guerra.

—Si hoy puedes ayudar al clan Oda, sin duda tendrás garantizado un gran futuro —le dijo Kanbei.

Con este cambio de adversario, Ekei perdió su elocuencia anterior. Sin embargo, su expresión parecía mucho más animada que cuando estaba negociando con Hikoemon.

—Si hay una promesa definitiva de que Muneharu cometerá el seppuku, hablaré con Su Señoría sobre la condición de ceder las cinco provincias, y estoy seguro de que accederá a un compromiso. En cualquier caso, ¿querrás pedir a los señores Kikkawa y Kobayakawa que reconsideren el asunto una vez más esta mañana? Sospecho que ahí radicará la diferencia entre la paz y la guerra.

Cuando Kanbei planteó la cuestión en estos términos, Ekei se sintió impulsado a actuar. El campamento de Kikkawa en el monte Iwasaki estaba tan sólo a una legua de distancia, mientras que el campamento de Kobayakawa en el monte Hizashi estaba poco menos de dos leguas. Poco después, Ekei fustigó a su caballo para que emprendiera el galope.

Tras despedirse del monje, Kanbei fue al templo Jihoin. Se asomó a la habitación de Hideyoshi y vio que estaba durmiendo. La llama de la lámpara se había extinguido después de quemar todo el aceite. Sacudió al durmiente y le dijo:

—Mi señor, está amaneciendo.

—¿Amanece? —preguntó Hideyoshi, incorporándose aturdido.

Kanbei le habló de su encuentro con Ekei. Hideyoshi frunció el ceño pero se apresuró a levantarse.

Los pajes le aguardaban a la entrada del baño provistos de agua para sus abluciones matinales.

—En cuanto hayamos desayunado, haré una ronda por el campamento. Traedme mi caballo como de costumbre y que mis ayudantes estén preparados —ordenó mientras se secaba la cara.

Hideyoshi cabalgó bajo un gran quitasol rojo, precedido por su estandarte. Balanceándose ligeramente en la silla de montar, cabalgó bajo las hojas tiernas de los cerezos floridos que crecían a lo largo del camino desde el portal del templo al pie de la montaña.

La ronda diaria de Hideyoshi por el campamento nunca comenzaba a una hora determinada, pero nunca solía ser tan temprano. Aquel día parecía de mejor humor, y de vez en cuando bromeaba con sus ayudantes como si todo fuese perfectamente normal. No había ningún indicio de que la noticia del incidente en Kyoto se hubiera filtrado incluso entre sus propios hombres. Tras confirmarlo personalmente, Hideyoshi regresó sin prisas a su cuartel general.

Kanbei le estaba esperando ante el portal del templo. Sus ojos indicaron a Hideyoshi que la misión de Ekei había terminado en fracaso. El monje había regresado a caballo desde el campamento de los Mori poco antes de la vuelta de Hideyoshi, pero la respuesta que traía no había cambiado:

Si permitimos que Muneharu muera, no seguimos el Camino del Samurai. No aceptaremos una paz que no respete la vida de Muneharu.

—Que Ekei venga aquí de todos modos —ordenó Hideyoshi.

No parecía en modo alguno desanimado, incluso daba la impresión de que a cada momento se sentía más optimista.

Invitó al monje a una habitación soleada y le pidió que se acomodara. Después de charlar sobre los

viejos tiempos y contarse chismes de la capital, Hideyoshi abordó el tema principal.

—Parece ser que las conversaciones de paz se han estancado porque ambos lados no pueden ponerse de acuerdo sobre el destino de Muneharu. ¿No podrías hablar en privado con el general Muneharu, explicarle las circunstancias y recomendarle que ceda? Los Mori jamás ordenarán a un vasallo leal que se haga el seppuku, pero si le explicas el apuro en que se encuentra el clan Mori, Muneharu entregará de buen grado su vida. Al fin y al cabo, su muerte servirá para salvar las vidas de los hombres que están en el castillo y a los Mori de la destrucción.

Tras decir esto, Hideyoshi se levantó bruscamente y salió.

\* \* \*

En el interior del castillo de Takamatsu, el destino de más de cinco mil soldados y civiles pendía de un hilo.

Los generales de Hideyoshi habían transportado tres grandes embarcaciones equipadas con cañones, a través de las montañas, y empezaron a disparar contra el castillo. Una de las torres casi se había derrumbado, y había numerosos muertos y heridos como resultado del bombardeo. A ello se añadía que era todavía la estación lluviosa, cada vez había más enfermos y los suministros de alimentos se estropeaban con la humedad.

Los defensores habían recogido puertas y maderos y construido embarcaciones ligeras con las que atacar las naves de guerra de Hideyoshi. Dos o tres botes improvisados habían sido hundidos, pero los supervivientes regresaron a nado al castillo para preparar un segundo ataque.

Cuando llegó el ejército de los Mori y sus estandartes y banderas fueron avistados desde el castillo, los defensores creyeron que estaban salvados. Pero poco después comprendieron que su situación era insostenible. La distancia entre sus rescatadores y ellos mismos, y las consiguientes dificultades de operación, no permitirían el rescate. Aunque estaban desalentados, no perdieron en ningún momento la voluntad de lucha. Por el contrario, tras comprender claramente su situación, estaban dispuestos a morir.

Cuando llegó al castillo un mensaje secreto de los Mori dando a Muneharu permiso para capitular a fin de salvar las vidas de la guarnición y los civiles, el comandante en jefe dio una respuesta indignada: «Todavía no sabemos lo que es la rendición. En unos momentos como estos, estamos dispuestos a morir».

La mañana del cuarto día del sexto mes, los guardianes en los muros del castillo divisaron un botecillo de remos que avanzaba hacia ellos desde la costa enemiga. Un samurai remaba, y su único pasajero era un monje.

Ekei acudía para pedir a Muneharu que cometiera el seppuku. Muneharu escuchó en silencio los argumentos del monje. Cuando Ekei hubo terminado y todo su cuerpo estaba empapado en sudor, Muneharu habló por primera vez.

—Bien, hoy es realmente mi día de suerte. Al mirarte a la cara, sé que tus palabras no son fraudulentas.

No dijo si estaba de acuerdo o no. La mente de Muneharu ya estaba mucho más allá del consentimiento y el rechazo.

—Desde hace algún tiempo, los señores Kobayakawa y Kikkawa están preocupados por mí, a pesar de lo indigno que soy, e incluso me han aconsejado que capitule. Pero no he considerado mi rendición

sólo para salvar mi vida, por lo que me he negado. Ahora bien, si puedo creer lo que me has dicho, el clan Mori no deberá temer por su seguridad y las personas del castillo estarán a salvo. En ese caso, no hay razón para que me niegue. Por el contrario, será una gran alegría para mí. ¡Una gran alegría! —repitió con vehemencia.

Ekei estaba temblando. No había creído que pudiera ser tan fácil, que Muneharu se enfrentara a la muerte tan alegremente. Al mismo tiempo, se sentía avergonzado. Él era un monje, pero ¿tendría el valor de trascender la vida y la muerte de esa manera cuando le llegase su hora?

—¿Entonces estáis de acuerdo?

—Sí.

—¿No tenéis que discutir el asunto con vuestra familia?

—Les informaré de mi decisión más tarde. Todos se regocijarán conmigo.

—Y... me resulta difícil decirlo, pero es un asunto de cierta urgencia..., se dice que el señor Nobunaga llegará pronto.

—Me da lo mismo hacerlo antes o después. ¿Cuándo ha de ser?

—Hoy. El señor Hideyoshi ha dicho a la hora del caballo, y sólo quedan cinco horas.

—Si ése es todo el tiempo que queda, podré prepararme con comodidad para la muerte —dijo Muneharu.

\* \* \*

Ekei informó primero del acuerdo de Muneharu al señor Hideyoshi y luego cabalgó a todo galope hacia el campamento de los Mori en el monte Iwasaki.

Tanto a Kikkawa como a Kobayakawa les preocupó el motivo de su regreso repentino.

—¿Han roto las conversaciones? —le preguntó Kobayakawa.

—No —replicó Ekei—. Hay perspectivas de éxito.

—¿Entonces Hideyoshi ha cedido? —inquirió Kobayakawa, al parecer un tanto sorprendido, pero Ekei sacudió la cabeza.

—La persona que ha rogado más que nadie por una reconciliación pacífica ha ofrecido sacrificar su vida por la paz.

—¿A quién te refieres?

—Al general Muneharu. Ha dicho que compensaría con su vida la protección del señor Terumoto durante todos estos años.

—Ekei, ¿le has hablado a petición de Hideyoshi?

—Sabéis que no habría ido al castillo sin su permiso.

—¿Entonces le explicaste la situación a Muneharu y él ofreció cometer el seppuku por su libre voluntad?

—Sí. Se suicidará a la hora del caballo, a bordo de una embarcación y a la vista de los dos ejércitos. En ese momento se firmará el tratado de paz, se salvarán las vidas de los defensores y el clan Mori podrá contar con una seguridad indefinida.

Lleno de emoción, Kobayakawa le preguntó:

—¿Cuáles son las intenciones de Hideyoshi?

—Cuando oyó el ofrecimiento del general Muneharu, el señor Hideyoshi se conmovió profundamente y dijo que sería inhumano no recompensar semejante lealtad sin parangón. En consecuencia, aunque habéis prometido ceder cinco provincias, sólo tomará tres y os dejará las dos restantes, en consideración al sacrificio de Muneharu. Si no hay desacuerdo, enviará de inmediato una garantía por escrito, tras presenciar el seppuku de Muneharu.

Poco después de que Ekei se hubiera marchado, Muneharu anunció su decisión. Uno tras otro, los samurais del castillo de Takamatsu se presentaron ante su señor para rogarle que le dejaran acompañarle en la muerte. Muneharu discutió, halagó y reprendió, pero ellos no se calmaron. No sabía qué hacer, pero al final no aceptó la solicitud de nadie.

Ordenó a un ayudante que preparase una embarcación. El castillo estaba lleno de amargos lamentos. Cuando todos sus vasallos se hubieron retirado y Muneharu pareció tener un pequeño respiro, se le acercó su hermano mayor, Gessho, para hablarle.

—He oído todo lo que has dicho —dijo Gessho—. Pero no hay necesidad de que mueras. Déjame que ocupe tu lugar.

—Eres un monje, hermano, mientras que yo soy un general. Aprecio tu ofrecimiento, pero no puedo permitir que nadie ocupe mi lugar.

—Yo era el hijo mayor y debería haber continuado el linaje familiar, pero preferí tomar las órdenes sagradas, poniéndote en la situación que debería haber sido la mía. De modo que hoy, cuando tienes que cometer el seppuku, no hay ningún motivo por el que deba prolongar lo que me queda de vida.

—Puedes decir lo que quieras —replicó Muneharu—, pero no permitiré que ni tú ni nadie se suicide en mi lugar.

Muneharu rechazó el ofrecimiento de Gessho, pero le permitió que le acompañara en la embarcación. Muneharu se sentía en paz. Llamó a sus pajes y les ordenó que sacaran un kimono de ceremonia azul claro, que sería la prenda con la que iba a morir.

—Y tráeme un pincel y tinta —ordenó, recordando que debía escribir un carta a su esposa e hijo.

La hora del caballo se aproximaba con rapidez. Hasta la última gota de agua había sido considerada esencial para las vidas de los habitantes del castillo, pero aquel día ordenó que le trajeran un cubo de agua, a fin de limpiar la suciedad que se había acumulado en su cuerpo durante los cuarenta días de asedio.

¡Qué apacible era aquella pausa en la lucha! El sol parecía subir inocentemente hacia el centro del cielo. No soplaba viento y el color del agua enfangada en todos los lados del castillo era tan turbio como siempre.

Las pequeñas olas que lamían suavemente los muros del castillo brillaban bajo el sol, y de vez en cuando el canto del niveo airón rompía el silencio.

En el Morro de la Rana, la elevación en la orilla contraria, se alzó un pequeño estandarte rojo, indicador de que había llegado la hora. Muneharu se levantó bruscamente y sus ayudantes no pudieron retener un sollozo. Caminó con paso vivo hacia los muros del castillo, como si se hubiera vuelto sordo de repente.

El remo trazaba un ancho surco en el agua. La embarcación transportaba cinco hombres: Muneharu, Gessho y tres servidores. Todos los hombres, mujeres y niños del castillo estaban encaramados en los muros y tejados. No gritaban mientras veían alejarse a Muneharu, pero unos juntaban las manos en actitud



de plegaria y otros se enjugaban las lágrimas de los ojos.

La embarcación se deslizó apaciblemente por la superficie del lago. Gessho se volvió y vio que el castillo de Takamatsu había quedado muy atrás y que el bote estaba a medio camino entre el castillo y el Morro de la Rana.

—Aquí está bien—instruyó Muneharu al remero.

El hombre extrajo el remo sin decir palabra. No tuvieron que esperar mucho tiempo.

Cuando el bote zarpó del castillo, otro bote había salido del Morro de la Rana, y en él viajaba el testigo de Hideyoshi, Horio Mosuke. Un pequeño estandarte rojo había sido fijado en la proa y una alfombra roja extendida sobre el suelo de madera.

La pequeña embarcación en la que iba Muneharu vestido con su prenda mortuoria se mecía suavemente mientras aguardaba a que la embarcación de Mosuke, con su ondeante estandarte rojo, se detuviera a su lado. El agua estaba en calma y las montañas circundantes en paz. El único sonido que se oía era el remo del bote que se aproximaba.

Muneharu miró hacia el campamento de los Mori en el monte Iwasaki e hizo una reverencia, agradeciendo en su corazón los muchos años de protección que le habían dispensado.

Al contemplar los estandartes de su señor, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Es éste el bote que transporta al general defensor del castillo de Takamatsu, Shimizu Muneharu?—preguntó Mosuke.

—Lo es, en efecto—respondió cortésmente Muneharu—.

Yo soy Shimizu Muneharu y he venido a cometer el seppuku como condición del tratado de paz.

—Tengo algo más que deciros, por lo que os ruego que esperéis un momento—dijo Mosuke—.

Acerca el bote un poco más—instruyó al servidor que manejaba el remo de la embarcación de Muneharu.

Las bordas de ambos botes se rozaron ligeramente. Entonces Mosuke dijo en tono solemne:

—Tengo un mensaje del señor Hideyoshi. La paz habría sido imposible sin vuestro consentimiento en este asunto. El largo asedio debe de haber sido muy fatigoso para vos, y quisiera que aceptéis esta ofrenda como un pequeño símbolo de sus sentimientos. No debéis preocuparos si el sol sube demasiado. Por favor, tomad todo el tiempo que deseéis para despediros.

Un barril del mejor sake y varias exquisiteces fueron transferidas de un bote al otro.

El júbilo llenaba el semblante de Muneharu.

—Esto es inesperado. Y, si es un deseo del señor Hideyoshi, lo probaré gustoso.—Muneharu se sirvió y llenó tazas para sus compañeros—. Tal vez se deba a que no había probado un sake tan bueno desde hacía largo tiempo, pero me siento un poco bebido. Por favor, general Horio, disculpad mi torpeza, pero quisiera llevar a cabo una danza final.—Entonces se volvió hacia sus compañeros y les dijo—: No tenemos tambor, pero os ruego que llevéis el ritmo batiendo palmas y cantéis.

Muneharu se levantó en el pequeño bote y abrió un abanico blanco. Mientras se movía al ritmo de las palmas, el bote se bamboleaba ligeramente, produciendo pequeñas olas. Mosuke no pudo mirarle y bajó la cabeza.

En cuanto cesó el cántico, Muneharu volvió a hablar claramente.

—General Mosuke, os ruego que contempléis esto atentamente.

Mosuke alzó los ojos y vio que Muneharu se había arrodillado y abierto el estómago en línea recta

con su espada. Mientras hablaba, la sangre había teñido de rojo el interior del bote.

—¡Yo voy también, hermano! —gritó Gessho, abriéndose a su vez el vientre.

Después de que los vasallos de Muneharu hubieran entregado la caja que contenía su cabeza cortada a Mosuke y regresado al castillo, siguieron a su señor en la muerte.

Cuando Mosuke llegó al templo Jihoin, informó del seppuku de Muneharu y depositó la cabeza ante el escabel de campaña de Hideyoshi.

—Qué lástima —se lamentó Hideyoshi—. Muneharu era un excelente samurai.

Nunca había parecido más conmovido, pero poco después llamó a Ekei. Cuando llegó el monje, Hideyoshi le mostró de inmediato un documento.

—Lo único que queda por hacer ahora es intercambiar las garantías. Mira lo que he escrito, y luego enviaré a un mensajero en busca de la garantía de los Mori.

Ekei examinó el documento y lo devolvió respetuosamente a Hideyoshi. Éste pidió un pincel y lo firmó. Entonces se hizo un corte en el dedo meñique y añadió un sello de sangre al lado de su firma. El tratado de paz estaba firmado.

Pocas horas después, la noticia de la muerte de Nobunaga sacudió el campamento de los Mori como un torbellino. La indignación y una sensación de pérdida se apoderó de todos ellos. En el cuartel general de Terumoto, la facción que se había opuesto a la firma del tratado de paz desde el principio, hablaba ahora a voz en grito, clamando por un ataque inmediato contra Hideyoshi.

—¡Hemos sido engañados!

—¡Ese bastardo nos ha embaucado por completo!

—¡Es preciso romper el tratado de paz!

—No hemos sido engañados —dijo con firmeza Kobayakawa—. Fuimos nosotros quienes iniciamos las conversaciones, no Hideyoshi, y él no podía haber previsto de ninguna manera el desastre de Kyoto.

Su hermano Kikkawa, quien hablaba en nombre de quienes se decantaban por la reanudación de las hostilidades, instó a Terumoto:

—La muerte de Nobunaga significa la desintegración de las fuerzas de Oda. Ahora no estarán a nuestra altura. Hideyoshi es el primero a quien nombrarías como sucesor de Nobunaga, y ha de ser fácil atacarle aquí y ahora, sobre todo si consideramos la debilidad de su retaguardia. Si lo hiciéramos así, nos convertiríamos en los dirigentes del imperio.

—No, no, no estoy de acuerdo —dijo Kobayakawa—. Hideyoshi es el único que puede restaurar la paz y el orden. Y como dice un proverbio samurai, uno no ataca al enemigo que está de luto. Aunque rompiéramos el tratado de paz y le atacáramos, en caso de que sobreviviera volvería para vengarse.

—No podemos dejar que esta oportunidad pase de largo —insistió Kikkawa.

Como último recurso, Kobayakawa mencionó las instrucciones del que fuera su señor al morir: «El clan debe defender sus fronteras. Por muy fuertes o ricos que lleguemos a ser, nunca debemos extendernos más allá de las provincias occidentales».

Era hora de que el señor de los Mori tomara su decisión.

—Estoy de acuerdo con mi tío Kobayakawa. No romperemos el tratado y convertiremos a Hideyoshi en nuestro enemigo por segunda vez.

Cuando finalizó la conferencia secreta, era la noche del día cuatro. Los dos generales regresaron a su campamento y se reunieron con un grupo de exploradores. El oficial que los mandaba señaló excitado la

oscuridad y dijo:

—Los Ukita han empezado a retirar sus tropas.

Al oír este informe, Kikkawa chascó la lengua, pues la oportunidad ya había pasado. Kobayakawa leyó los pensamientos de su hermano mayor.

—¿Todavía sientes remordimientos? —le preguntó.

—Naturalmente.

—Pero supón que nos hubiéramos apoderado del país —siguió diciendo Kobayakawa—. ¿Crees que serías tú el dirigente? —Hubo una pausa—. A juzgar por tu silencio, supongo que no lo crees así. Cuando alguien que carece de la habilidad necesaria dirige el país, es inevitable cierto caos. No se detendría con la caída del clan Mori.

—No es necesario que digas más, lo comprendo —dijo Kikkawa, desviando la vista.

Alzó los ojos y, mientras contemplaba entristecido el cielo nocturno sobre las provincias occidentales, se esforzó por reprimir las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

# Réquiem de sangre

La necesidad de la retirada inmediata de las tropas de Oda había sido la razón subyacente del tratado de paz, y los aliados de Hideyoshi, los Ukita, empezaron a retirarse aquella misma noche. Sin embargo, ni un solo soldado se retiró del campamento principal de Hideyoshi, el cual aún no había efectuado ningún movimiento la mañana del día cinco. Aunque estaba ansioso de dirigirse a la capital, no mostraba el menor indicio de que planeaba levantar el campamento.

—¿Cuánto ha bajado el nivel del agua, Hikoemon?

—Unos tres pies.

—No dejéis que baje demasiado rápido.

Hideyoshi salió al jardín del templo. Aunque habían cortado el dique y el agua empezaba a bajar poco a poco, el castillo de Takamatsu seguía varado en medio del agua. Uno de los servidores de Hideyoshi ya había ido al castillo la noche anterior para aceptar su capitulación, y ahora estaban traspasando a los defensores.

Cuando llegó la noche, Hideyoshi envió a un hombre para que espicara a los Mori. Entonces consultó con Kanbei y sus demás generales y rápidamente hizo los preparativos para levantar el campamento.

—Que abran el dique ahora mismo —ordenó a Kanbei.

El dique fue abierto en diez lugares y el agua empezó a agitarse de inmediato. Aparecieron innumerables remolinos mientras las aguas se abalanzaban a través de las aberturas con un rugido que parecía el de un maremoto.

¿Quién sería más rápido, el agua o Hideyoshi, el cual fustigaba ahora a su caballo hacia el este? El terreno elevado que rodeaba al castillo se había transformado casi al instante en una llanura seca, mientras que las tierras bajas eran marismas surcadas de ríos. Por ello aunque los Mori hubieran decidido perseguirles, no habrían podido cruzar el terreno hasta dos o tres días después.

El día siete Hideyoshi llegó al río Fukuoka, cuyas aguas estaban crecidas. Los soldados confeccionaron una cubierta protectora con sus morrales atados para los caballos y entonces cruzaron el río, formando una cadena humana. Los hombres se cogían de la mano o sujetaban el asta de la lanza del hombre que iba delante.

Hideyoshi había cruzado el primero y se sentó en la orilla en su escabel de campaña.

—¡Que no cunda el pánico! —gritó—. ¡Cruza sin prisas! —El viento y la lluvia no parecían molestarle lo más mínimo—. Si un hombre se ahoga, el enemigo dirá que hemos perdido quinientos. Si perdéis una pieza de equipaje, dirán que eran cien. No perdáis aquí la vida o las armas en vano.

La retaguardia se reunió entonces con el ejército principal, las unidades avanzaron penosamente una tras otra y ambas orillas del río estaban llenas de soldados. El comandante de la retaguardia se presentó ante Hideyoshi para informarle de la situación en Takamatsu. La retirada se había completado y aún no había ninguna señal de los Mori. Una expresión de alivio apareció en el semblante de Hideyoshi, el cual pareció como si por fin se sintiera seguro. Ahora podía canalizar toda su fuerza en una sola dirección.

El ejército regresó a Himeji la mañana del día ocho. Cubiertos de barro y luego empapados por la lluvia, los soldados habían recorrido veinte leguas en un día.

—Lo primero que quiero hacer es tomar un baño —dijo Hideyoshi a sus ayudantes.

El gobernador del castillo se postró ante Hideyoshi. Después de felicitarle por su regreso, le informó

de que habían llegado dos mensajeros, uno de ellos de Nagahama, con noticias urgentes.

—Me ocuparé de ello después de bañarme. Quiero mucha agua caliente. La lluvia ha penetrado a través de mi armadura hasta la ropa interior.

Hideyoshi se sumergió hasta los hombros en el agua caliente. El sol de la mañana estaba enmarcado por la ventana del baño, penetraba a través de la celosía y le daba en el rostro rodeado de vapor. La piel de la cara parecía hervir y adquiriría un color rojo oscuro, mientras grandes gotas de sudor le perlaban la frente. Centenares de minúsculos arcos iris aparecían en el vapor.

Salió de la bañera, haciendo un ruido como el de una cascada.

—¡Eh! —gritó—. ¡Que venga alguien a frotarme la espalda!

Los dos pajes que aguardaban en el exterior entraron corriendo. Aplicando toda su fuerza a la tarea, le restregaron desde la nuca hasta los dedos de los pies. De repente Hideyoshi se echó a reír.

—¡Salta de una manera extraña! —comentó, mirando alrededor de sus pies.

La suciedad que los pajes habían raspado de su cuerpo parecía excrementos de aves.

¿Cómo era posible que aquel hombre tuviera un aspecto tan digno en el campo de batalla? Su cuerpo desnudo era realmente endeble y flaco. Desde luego se había esforzado demasiado durante los cinco años de la campaña occidental, pero de todos modos su cuerpo de cuarenta y seis años apenas contenía grasa. Incluso ahora presentaba vestigios del pobre y flaco muchacho campesino de Nakamura. Su cuerpo parecía un pino agostado que hubiera crecido en una roca, o un ciruelo enano desgastado por el viento y la nieve, fuerte pero mostrando signos de la edad.

Sin embargo, no sería apropiado comparar su edad y su físico con los de un hombre ordinario, pues tanto su piel como su figura estaban llenas de vitalidad. Cuando se sentía feliz o enojado, incluso había ocasiones en que parecía un joven.

Mientras Hideyoshi se relajaba después del baño y se secaba, llamó a un paje.

—Hay que anunciar esto de inmediato —le dijo—. Al primer toque de la caracola, todo el ejército tomará sus raciones. Al segundo, la unidad de intendencia se preparará. Al tercero, todo el ejército se reunirá ante el castillo.

Entonces Hideyoshi llamó a los oficiales encargados del tesoro y los trojes.

—¿Cuánto tenemos en el tesoro? —les preguntó.

—Unas setecientas cincuenta pesas de plata y más de ochocientas piezas de oro —respondió un oficial.

Hideyoshi se volvió hacia Hikoemon y le ordenó:

—Distribuyelo entre los hombres, a cada uno de acuerdo con su paga. —Entonces preguntó cuánto arroz quedaba en los trojes, y observó—: Aquí no nos van a sitiar, por lo que no necesitamos almacenar arroz. Paga a los vasallos cinco veces su estipendio de arroz.

Salió del baño y fue a reunirse con el mensajero de Nagahama. Había dejado allí a su madre y su esposa, y estaba constantemente inquieto por ellas.

En cuanto vio al mensajero arrodillado ante él, le preguntó:

—¿Están bien? ¿Ha ocurrido algo?

—Vuestras honorables madre y esposa se encuentran perfectamente.

—Muy bien. ¿Se trata entonces del castillo de Nagahama? ¿Lo están atacando?

—Partí de Nagahama la mañana del día cuatro, cuando una pequeña fuerza enemiga inició el ataque.

—¿Los Akechi?

—No, eran ronin de Asai aliados de los Akechi, pero según un rumor que oí por el camino, una gran fuerza de Akechi se dirige ahora hacia Nagahama.

—¿Qué iban a hacer los hombres a Nagahama?

—No hay suficientes hombres para resistir un asedio, por lo que en caso de emergencia tienen la intención de trasladar a vuestra familia a un lugar oculto en las montañas.

El mensajero depositó una carta ante Hideyoshi. Era de Nene. Como esposa del señor, tenía el deber de ocuparse de todo mientras su marido estaba ausente. Aunque debía de haber escrito la misiva en medio de una tormenta de confusión y dudas, su caligrafía era serena. Sin embargo, el contenido indicaba claramente que aquella carta podría ser la última.

Si ocurriera lo peor, os aseguro, mi señor, que vuestra esposa no hará nada que pudiera deshonar vuestro nombre. La única preocupación de vuestra madre y mía es que superéis vuestras dificultades en estos tiempos importantes.

El primer toque de la caracola resonó a través del castillo y el pueblo.

Hideyoshi dio sus instrucciones finales a sus servidores en el castillo de Himeji:

—La victoria y la derrota están en manos del destino, pero si Mitsuhide me derrota, incendiad el castillo y aseguraos de que no queda nada. Tenemos que actuar con valentía, siguiendo el ejemplo del hombre que pereció en el templo Honno.

La caracola sonó por segunda vez y la unidad de intendencia se puso en marcha. Cuando el sol empezaba a ponerse en el oeste, Hideyoshi pidió que sacaran del castillo su escabel de campaña y ordenó que la caracola sonara por tercera vez. La noche envolvía los anchos campos y los pinares alineados a lo largo de la carretera costera. Desde el atardecer hasta bien pasada la medianoche, la tierra tembló mientras diez mil hombres formaban sus divisiones en el exterior del castillo de Himeji.

Amaneció y, una tras otra, las siluetas de los pinos a lo largo de la carretera se hicieron visibles. Por el este, el sol matinal de un rojo perfecto se alzó sobre el horizonte del mar de Harima entre las nubes del amanecer, como si instara a los hombres a ponerse en camino.

—¡Mirad! —exclamó Hideyoshi—. Tenemos un buen viento. Nuestros estandartes y pendones soplan hacia el este. Sé que el sino de un hombre es incierto. Ignoramos si viviremos para ver el amanecer de mañana, pero el cielo nos muestra el camino hacia adelante. Lancemos un potente grito de guerra que informe al cielo de nuestra partida.

\*

\*

\*

En los diez días transcurridos desde la muerte de Nobunaga, la situación nacional había cambiado de una manera dramática. Los habitantes de Kyoto estaban inquietos desde el incidente en el templo Honno. Los dos generales principales de Nobunaga, Shibata Katsue y Takigawa Kazumasu, estaban muy lejos. Tokugawa Ieyasu se había retirado a su provincia natal. Los compromisos de Hosokawa Fujitaka y Tsutsui Junkei no estaban claros, mientras que Niwa Nagahide se encontraba en Osaka.

El rumor de que el ejército de Hideyoshi había llegado a Amagasaki, cerca de Kyoto, se extendió

como el viento la mañana del día once. Muchos no podían creerlo, y corrían otros rumores: que el señor Ieyasu avanzaba hacia el oeste, que el hijo mayor superviviente de Nobunaga, Nobuo, estaba organizando un contraataque, que los Akechi luchaban aquí o allá. El rumor más creíble era que el ejército de Hideyoshi estaba inmovilizado por los Mori en Takamatsu. Sólo quienes conocían bien a Hideyoshi no caían en ese error.

Las habilidades que Hideyoshi había mostrado en la invasión de las provincias occidentales durante los últimos cinco años habían demostrado su verdadero valor a muchos de los demás generales de Nobunaga. Entre ellos figuraban Niwa Nagahide, Nakagawa Sebei, Takayama Ukon e Ikeda Shonyu, los cuales percibían la lealtad de Hideyoshi a pesar de tan prolongadas adversidades como una entrega inquebrantable a su antiguo señor. Cuando supieron que Hideyoshi había firmado la paz con los Mori y avanzaba a toda velocidad hacia la capital, se alegraron porque sus expectativas no habían terminado en decepción. Mientras Hideyoshi avanzaba hacia el este, le enviaron mensajes urgentes, apremiándole para que se diera prisa e informándole de los últimos movimientos de las tropas de Akechi.

Cuando Hideyoshi llegó a Amagasaki, Nakagawa Sebei y Takayama Ukon, con partes de sus fuerzas, visitaron el campamento.

El samurai de guardia en la entrada no pareció demasiado complacido por la presencia de los dos generales ni se apresuró a anunciar su llegada.

—En estos momentos Su Señoría está descansando —les informó.

Los dos hombres se quedaron desconcertados. Sebei y Ukon conocían bien su valor como aliados. La fuerza militar del hombre a cuyo lado estaban se duplicaría. Además, sus castillos cercanos controlaban la entrada de Kyoto. Ciertamente esos dos castillos, que estaban casi en el centro del territorio enemigo, proporcionarían a Hideyoshi grandes ventajas estratégicas y logísticas.

Así pues, cuando llegaron al campamento de Hideyoshi daban por supuesto que les recibiría Su Señoría en persona. Todo lo que podían hacer los dos generales era esperar, y durante ese tiempo, observaron la llegada de rezagados. Continuamente llegaban y se iban mensajeros en todas direcciones. Entre ellos había un samurai a quien reconoció Nakagawa Sebei.

—¿No es ese un samurai de Hosokawa? —musitó.

Era bien sabido que la relación entre Mitsuhide y Hosokawa Fujitaka era muy estrecha. Los dos hombres eran amigos íntimos desde hacía muchos años y sus familias estaban unidas por vínculos matrimoniales.

Sebei se preguntó qué estaría haciendo allí un mensajero de los Hosokawa. Era un asunto que concernía no sólo a los dos generales que aguardaban para ver a Hideyoshi sino a toda la nación.

—Ha dicho que el señor Hideyoshi dormía, pero creo que está bien despierto —se quejó Ukon—. Se muestra bastante descortés, al margen de lo que esté haciendo.

Estaban a punto de marcharse cuando se les acercó corriendo uno de los pajes de Hideyoshi y les invitó a ir al templo que servía de cuartel general. Hideyoshi no estaba en la habitación a la que les llevaron, pero era evidente que llevaba cierto tiempo despierto, pues se oían fuertes risas procedentes de los aposentos del abad. Aquella no era la clase de recepción que los dos generales habían previsto. Habían ido allí a toda prisa para aliarse con Hideyoshi y atacar a Mitsuhide. Ukon parecía irritado y tenía una vaga expresión de amargura en el semblante. Sebei estaba malhumorado.

El opresivo verano había agravado su insatisfacción. La estación de las lluvias ya debería haber

pasado, pero el aire seguía húmedo. Las nubes se movían en el cielo de un modo variable, como si reflejaran el estado de la nación. De vez en cuando el sol brillaba entre las nubes con un resplandor lo bastante intenso como para que uno se sintiera febril.

—Hace calor, Sebei —comentó Ukon.

—Sí, y no hay ni un soplo de viento.

Naturalmente, los dos hombres vestían armadura completa. Aunque las armaduras modernas eran más ligeras y flexibles, no había duda de que bajo los petos de cuero corrían riachuelos de sudor.

Sebei abrió su abanico y se refrescó. Entonces, para demostrar que su categoría no era inferior a la de Hideyoshi, Sebei y Ukon se acomodaron en los asientos reservados a los hombres de más alto rango.

En aquel momento les llegó un grito de salutación junto con la brisa. Era Hideyoshi, y en cuanto tomó asiento ante ellos, se disculpó con efusión.

—Siento de veras haber sido tan descortés. Cuando me levanté, fui al templo principal y, mientras me afeitaban la cabeza —se dio unas palmaditas en la cabeza calva— llegó un mensajero de Hosokawa Fujitaka con un despacho urgente, así que tuve que hablar con él primero y haceros esperar.

Se sentaba como de costumbre, sin hacer caso de las distinciones de rango. Los dos hombres olvidaron sus saludos formales y se quedaron mirando la cabeza recién afeitada de Hideyoshi, que reflejaba el verdor de los árboles del jardín vecino.

—Por lo menos tengo la cabeza fresca a pesar de este calor —añadió Hideyoshi con una sonrisa—. La tonsura es muy refrescante.

Un poco cohibido al parecer, Hideyoshi se restregó vigorosamente el cuero cabelludo. Cuando Sebei y Ukon vieron que Hideyoshi había llegado incluso a afeitarse la cabeza como un tributo a su antiguo señor, olvidaron su desagrado anterior y se sintieron avergonzados por su propia mezquindad.

El único problema era que cada vez que miraban a Hideyoshi sentían deseos de reír. Aunque ya nadie le llamaba Mono a la cara, su antiguo apodo y su aspecto actual provocaban cierto regocijo.

Vuestra celeridad nos ha sorprendido —empezó a decir Sebei—. No debéis de haber dormido nada desde Takamatsu hasta aquí. Nos alivia ver que gozáis de buena salud —siguió diciendo, esforzándose por contener la risa.

El tono en que les habló Hideyoshi indicaba su deseo de congraciarse con ellos.

—¿Sabéis? He apreciado mucho los informes que me habéis enviado. Gracias a ellos he podido conocer los movimientos de los Akechi y, lo que es más importante, que vosotros dos erais mis aliados.

Ni Sebei ni Ukon eran tan bobos que pudieran dejarse engatusar por los halagos. Casi ignorando la última observación de Hideyoshi, empezaron a darle consejos.

—¿Cuándo partiréis hacia Osaka? El señor Nobutaka está allí con el señor Niwa.

—Ahora no tengo tiempo para ir a Osaka. No es ahí donde se encuentra mi enemigo. Esta mañana he enviado un mensajero a Osaka.

—El señor Nobutaka es el tercer hijo del señor Nobunaga. ¿No deberíais reuniros vos con él primero?

—No le pido que venga aquí, sino que intervenga en la batalla inminente, que será el servicio fúnebre por el señor Nobunaga. Está con Niwa, por lo que no me ha parecido necesario atenerme a las formalidades. Con toda seguridad mañana llegará a nuestro campamento.

—¿Qué nos decís de Ikeda Shonyu?



—Le recibiremos también. Todavía no le he visto, pero le he enviado un mensajero con una petición de apoyo.

Hideyoshi confiaba en sus aliados. Incluso Hosokawa Fujitaka había rechazado la invitación de Mitsuhide y, en cambio, había enviado un vasallo a Hideyoshi para decirle que no uniría sus fuerzas a las de un rebelde. En tono triunfante, Hideyoshi recalcó a los dos generales que esta muestra de lealtad no era sólo la tendencia natural del mundo sino también un gran principio moral de la clase guerrera.

Finalmente, tras hablar de algunas otras cuestiones, Sebei y Ukon entregaron formalmente a Hideyoshi los rehenes que habían traído consigo como garantías de su buena fe.

Hideyoshi se rió y rechazó la oferta.

—Eso no será necesario, pues os conozco bien a los dos. Devolved estos niños a vuestros castillos en seguida.

Ese mismo día, Ikeda Shonyu, que conocía a Hideyoshi desde sus primeros días juntos en el castillo de Kiyosu, se unió a su ejército. Aquella mañana, poco antes de partir, Shonyu también se había sometido a la tonsura.

—¡Cómo! ¿También tú te has afeitado la cabeza? —dijo Hideyoshi al ver a su amigo.

—Hemos hecho lo mismo por casualidad.

—Pensamos de la misma manera.

Ni Hideyoshi ni Shonyu necesitaban decir nada más. Shonyu añadió sus cuatro mil hombres al ejército de Hideyoshi. Éste había comenzado con un ejército de unos diez mil hombres, pero con la adición de los dos mil hombres de Ukon, los dos mil quinientos de Sebei, el millar de Hachiya y el cuerpo de Ikeda, formado por cuatro mil, el ejército sumaba ahora más de veinte mil soldados.

En la primera conferencia de guerra, Sebei y Ukon se pusieron a discutir inesperadamente, sin que ninguno de ellos pareciera dispuesto a ceder.

—Es una cuestión de etiqueta samurai desde los tiempos antiguos que el señor del castillo más próximo al enemigo dirija la vanguardia —dijo Ukon—. Así pues, no hay ningún motivo por el que mis tropas no deban seguir a las de Sebei.

Sebei se negaba a dar su brazo a torcer.

—La división entre retaguardia y vanguardia no debería tener nada que ver con lo cerca o lo lejos que esté un castillo del campo de batalla. Lo que cuenta es el valor de las tropas y el comandante en jefe.

—Así pues, ¿estás diciendo que soy indigno de dirigir la vanguardia contra el enemigo?

—No sé qué harás tú, pero yo estoy seguro de que no voy a ceder ante nadie. No vacilaré ante nadie en mi deseo de dirigir la vanguardia en esta batalla. Soy yo, Nakagawa Sebei, quien debe recibir la orden.

Sebei presionó a Hideyoshi para que le concediera el honor, pero Ukon también hizo una reverencia y le miró con la esperanza de recibir la orden. Hideyoshi, sentado en su escabel de campaña, tomó la decisión con el porte de un comandante en jefe.

—Ambos habéis hablado bien, por lo que es razonable que Sebei se ponga al frente de una línea de la primera formación de batalla y Ukon de la otra. Espero que los dos realicéis hazañas dignas de vuestras palabras.

Durante todo el consejo llegaron exploradores para dar sus informes.

—El señor Mitsuhide se ha retirado de Horagamine y ha concentrado su fuerza en la zona alrededor

de Yamazaki y Enmyoji. También parecía retroceder hacia el castillo de Sakamoto, pero esta mañana ha empezado a demostrar de súbito una clara disposición ofensiva, y una división de su ejército marcha hacia el castillo de Shoryuji.

Al recibir este informe, una expresión tensa apareció bruscamente en los rostros de los generales. La distancia entre su campamento en Amagasaki y Yamazaki era muy corta y ya percibían la presencia del enemigo en aquella zona.

En Sebei y Ukon había recaído la responsabilidad de dirigir la vanguardia.

—¿No deberíamos avanzar hacia Yamazaki en seguida? —preguntó.

Hideyoshi, impasible ante la agitación de los hombres y la presión del momento, respondió con extrema prudencia.

—Creo que deberíamos esperar aquí un día más la llegada del señor Nobutaka. Es evidente que durante la noche entera y la mitad de una jornada que aguardemos, esta gran oportunidad irá alejándose a cada momento, pero quisiera que uno de los hijos de nuestro difunto señor participe en la batalla. No quiero poner al señor Nobutaka en una situación que lamentaría durante el resto de su vida, que le incapacitaría para enfrentarse al mundo.

—Pero ¿y si entretanto el enemigo es capaz de conseguir una posición ventajosa?

—Por supuesto, incluso la espera del señor Nobutaka tiene sus límites. Mañana tendremos que partir hacia Yamazaki, pase lo que pase. Una vez todo el ejército se haya reunido en Yamazaki, estaremos en contacto de nuevo, por lo que vosotros dos deberéis precedernos y avanzar de inmediato.

Sebei y Ukon salieron. El orden de partida de la vanguardia era como sigue: primero, el cuerpo de Takayama, a continuación, el cuerpo de Nakagawa y, en tercer lugar, el cuerpo de Ikeda.

En cuanto salieron de Tonda, los dos mil hombres que formaban el cuerpo de Takayama avanzaron precipitadamente como si ya hubieran visto al ejército enemigo. Al contemplar el polvo que levantaban sus caballos, Sebei y todo el mundo en el segundo cuerpo se preguntaron si las fuerzas de Akechi ya habrían llegado a Yamazaki.

«Van demasiado rápido incluso para eso», pensó alguno con suspicacia.

En cuanto entraron en el pueblo de Yamazaki, los hombres de Ukon cerraron todos los portales de acceso e incluso interceptaron a los viajeros en los caminos secundarios de la zona.

El cuerpo de Nakagawa que llegó más tarde se encontró, naturalmente, con esos bloqueos y comprendió de repente el motivo de la prisa de Ukon: no soportaba estar en la segunda línea de ataque. Sebei abandonó aquella posición estratégica y partió de inmediato hacia una colina llamada Tennozan.

Finalmente, aquella noche Hideyoshi acuarteló sus tropas en Tonda, pero al día siguiente recibió finalmente el informe de que Nobutaka y Niwa habían llegado al río Yodo.

En cuanto conoció la noticia, Hideyoshi se incorporó jubiloso y casi derribó su escabel de campaña.

—¡Un caballo! —ordenó—. ¡Traedme un caballo!

Una vez montado, se volvió hacia los hombres que estaban en el portal y gritó:

—¡Voy a saludar al señor Nobutaka!

Fustigó su caballo en dirección al río Yodo, cuyas aguas casi estaban rebosando del ancho cauce. En la orilla, las fuerzas de Nobutaka estaban divididas en dos cuerpos de cuatro mil y tres mil hombres respectivamente.

—¿Dónde está el señor Nobutaka? —gritó Hideyoshi al desmontar entre los soldados sudorosos que

le miraban. Nadie se daba cuenta de que era Hideyoshi.

—Soy yo, Hideyoshi —anunció.

Los soldados se quedaron boquiabiertos.

Hideyoshi no esperó una bienvenida formal. Abriéndose paso entre la multitud de hombres, se dirigió al árbol bajo el que Nobutaka había colocado su estandarte.

Rodeado por su estado mayor, Nobutaka descansaba en su escabel de campaña, con una mano sobre los ojos a modo de visera para protegerlos del resplandor del agua. Se volvió de repente y vio a Hideyoshi que corría hacia él gritando. En cuanto le vio, Nobutaka se sintió inundado por un sentimiento de gratitud. Era un vasallo a quien su padre había adiestrado durante muchos años, y lo que estaba haciendo ahora iba mucho más allá de los vínculos normales que unían a señor y vasallo. Los ojos le brillaban con una luz reveladora de que sentía una emoción generalmente reservada a los vínculos de sangre.

—¡Hideyoshi! —gritó Nobutaka.

Sin esperar a que Nobutaka extendiera la mano, Hideyoshi se acercó a él y se la estrechó con fuerza.

—¡Señor Nobutaka! —fue todo lo que dijo.

Ninguno de los dos dijo nada más, pero sus ojos lo decían todo. Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de ambos. Con aquellas lágrimas, Nobutaka podía expresar todos sus sentimientos por la muerte de su padre a un vasallo de su clan. Y Hideyoshi comprendió lo que albergaba el corazón del joven. Finalmente le soltó la mano que había estrechado con tanta firmeza y se arrodilló.

—Cuánto me alegro de que hayáis venido. No hay tiempo para decir nada más, como tampoco hay nada más en mi corazón. Tan sólo estoy agradecido de hallarme aquí con vos ahora y creo firmemente que en el cielo el alma de vuestro padre estará complacida por esta acción. Siento que por fin he podido presentaros mis respetos y he cumplido con mi deber de vasallo. Soy feliz por primera vez desde que abandoné el asedio del castillo de Takamatsu.

Más tarde Hideyoshi invitó a Nobutaka a acompañarle a su campamento de Tonda, y juntos se encaminaron a Yamazaki.

Llegaron a Yamazaki a la hora del mono. Los diez mil hombres de su ejército de reserva se habían añadido a los ocho mil de los tres cuerpos de vanguardia. Ahora no había lugar en las montañas o pueblo donde no se vieran caballos y soldados.

—Acabamos de recibir un informe de que el ejército de Akechi ha atacado al cuerpo de Nakagawa en las estribaciones al este de Tennozan.

Era el momento de atacar, y Hideyoshi dio la orden a todo el ejército.

\*

\*

\*

La mañana del día nueve, cuando Hideyoshi abandonaba Himeji, Mitsuhide regresó a Kyoto. Había transcurrido menos de una semana desde la muerte de Nobunaga.

El segundo día, a la hora del carnero, cuando todavía humeaban las ruinas del templo Honno, Mitsuhide había abandonado Kyoto para atacar Azuchi, pero nada más salir de la capital, Mitsuhide tropezó con un obstáculo en el lugar donde podría cruzar el río, en Seta. Aquella mañana había enviado una carta exigiendo la rendición del castillo de Seta, pero el gobernador había matado al mensajero e

incendiado el castillo y el puente de Seta.

Así pues, las tropas de Akechi fueron incapaces de cruzar el río. A Mitsuhide le ardían los ojos de indignación. El puente consumido por el fuego casi parecía burlarse de él. El mundo no te ve como tú ves al mundo.

Mitsuhide, obligado a regresar al castillo de Sakamoto, pasó dos o tres días infructuosos esperando a que reparasen el puente. Cuando llegó a Azuchi, se encontró con la ciudad vacía y su enorme castillo no albergaba a nadie. En la ciudad no había géneros de ninguna clase y ni siquiera se veía el letrero de una tienda. La familia de Nobunaga había huido, pero en su apresuramiento se habían visto obligados a abandonar el tesoro de oro y plata de Nobunaga, así como su colección de obras de arte.

Después de que sus tropas entraran en el castillo, mostraron todas esas cosas a Mitsuhide, pero éste no se sintió más rico por ello. De alguna manera se sentía empobrecido. Pensó que no era aquello lo que había buscado, y le mortificaba que la gente creyera lo contrario.

Hizo distribuir todo el oro y la plata del tesoro entre sus hombres, como recompensa. Los soldados rasos recibieron varios centenares de piezas de oro, mientras que los generales de más alta graduación recibían entre tres y cinco mil piezas de oro.

Una y otra vez se preguntaba cuáles eran sus deseos. ¡Gobernar la nación!, respondía, pero esa respuesta sonaba a falsa. Debía admitir que nunca había acariciado unas esperanzas tan encumbradas, pues no tenía ni la ambición ni la habilidad para ello. Desde el principio sólo había tenido un motivo: matar a Nobunaga. El incendio del templo Honno había saciado los deseos de Mitsuhide, y todo lo que quedaba ahora era una pasión tan vacía de convicción que sólo parecía un frenesí.

Circulaba por entonces el rumor de que Mitsuhide había intentado suicidarse en cuanto se enteró de que Nobunaga estaba muerto, y sus vasallos se lo impidieron a la fuerza. En el instante en que Nobunaga se convirtió en cenizas, el odio que había paralizado el corazón de Mitsuhide se disolvió como nieve fundida. Sin embargo, los diez mil soldados que le servían no compartían la misma actitud. Por el contrario, confiaban en que su verdadera recompensa estaba todavía por llegar.

—A partir de ahora, el señor Mitsuhide es el dirigente del país —anunciaron los generales de Akechi con una convicción de la que Mitsuhide carecía.

Pero el señor al que admiraban no era más que un mero simulacro del que había sido. Difería en aspecto y disposición, incluso en intelecto.

Mitsuhide permaneció en Azuchi desde el cinco hasta la mañana del ocho, y durante ese tiempo tomó el castillo de Hideyoshi en Nagahama así como en el Niwa Nagahide en Sawayama. Una vez hubo ocupado por completo la provincia de Omi, pertrechó de nuevo a su ejército y una vez más partió hacia la capital.

Fue entonces cuando Mitsuhide recibió la noticia de que el clan de Hosokawa se había negado a unírsele. Había estado convencido de que Hosokawa Tadaoki, su cuñado, le seguiría sin vacilación cuando Nobunaga hubiera sido derrocado, pero la respuesta recibida del clan Hosokawa había sido un airado rechazo. Hasta entonces la cuestión de quiénes serían sus aliados había absorbido a Mitsuhide, de modo que había pensado poco en quién sería su enemigo más poderoso.

Sólo entonces Mitsuhide comprendió plenamente lo que significaba la existencia de Hideyoshi. Fue como si recibiera un tremendo golpe en el pecho. No es que hubiera subestimado la capacidad de Hideyoshi y su poderío militar en el oeste. Por el contrario, sabía que aquel hombre constituía una

enorme amenaza. Lo que había tranquilizado un poco a Mitsuhide era la creencia de que Hideyoshi estaba inmobilizado por los Mori y sería incapaz de regresar rápidamente. Pensó que por lo menos uno de los dos mensajeros que envió a los Mori habría cumplido con su misión. Y sin duda, la respuesta de Mori llegaría pronto, informándole de que había atacado y destruido a Hideyoshi. Pero no recibía ninguna noticia de los Mori, como tampoco había la menor reacción por parte de Nakagawa Sebei, Ikeda Shonyu y Takayama Ukon. En cambio, las noticias que llegaban a Mitsuhide cada mañana parecían un juicio del cielo.

Para Mitsuhide, el castillo de Sakamoto contenía vividos recuerdos de acontecimientos recientes: la humillación a que le había sometido Nobunaga, su partida de Azuchi, lleno de cólera, su estancia en Sakamoto donde se encontró en la encrucijada de la duda. Ahora no había más dudas ni más resentimiento. Y en el mismo momento había perdido por completo su facultad de introspección. Había intercambiado su verdadera inteligencia por el título vacío de dirigente de la nación.

La noche del día nueve, Mitsuhide aún no tenía idea de dónde se encontraba Hideyoshi, pero las actitudes de los señores locales le hicieron sentirse inquieto. A la mañana siguiente abandono su campamento en Shimo Toba y subió al puerto de Horagamine en Yamashiro, donde había convenido en reunirse con el ejército de Tsutsui Junkei.

—¿Aún no ha sido avistado Tsutsui Junkei? —preguntó Mitsuhide a sus vigías a intervalos regulares durante la jornada.

Puesto que Mitsuhide había estado confabulado con Tsutsui Junkei antes del ataque contra el templo Honno, nunca había tenido motivos para dudar de la lealtad de su aliado..., hasta aquel momento. Al anochecer, aún no había ninguna señal de las fuerzas de Tsutsui, y no sólo eso, sino que los tres vasallos de Oda a los que había esperado ganar para su causa, Nakagawa Sebei, Takayama Ukon e Ikeda Shonyu, no habían respondido a sus urgentes convocatorias, aun cuando estaban nominalmente bajo su mando.

La inquietud de Mitsuhide no era injustificada, y consultó con Saito Toshimitsu.

—¿Crees que se ha producido algún error?

Mitsuhide quería creer que algo les había sucedido a los mensajeros que había enviado, o que Junkei y los demás sólo se retrasaban, pero Saito Toshimitsu ya se había enfrentado a la verdad.

—No, mi señor —replicó el anciano—. Sospecho que el señor Tsutsui no tiene intención de venir. No hay ningún motivo para que tarde tanto viajando por los caminos nivelados desde Koriyama.

—No, tiene que haber alguna razón —insistió Mitsuhide. Llamó a Fujita Dengo, escribió rápidamente una carta y le envió a Koriyama—. Coge los mejores caballos. Si cabalgas a toda velocidad, podrás estar de regreso por la mañana.

—Si el señor Tsutsui habla conmigo, estaré de regreso al amanecer —dijo Dengo.

—No hay ningún motivo para que no hable contigo. Consigue una respuesta aunque sea muy entrada la noche.

—Sí, mi señor.

Dengo partió de inmediato hacia Koriyama, pero antes de que pudiera regresar, llegaron exploradores con informes de que las fuerzas de Hideyoshi avanzaban hacia el este y que la vanguardia ya había llegado a la provincia vecina de Hyogo.

—¡Imposible! ¡Debe de ser un error! —exclamó Mitsuhide al oír la noticia.

No podía creer que Hideyoshi hubiera sido capaz de hacer las paces con los Mori y, aunque así fuese,

que hubiera podido mover su gran ejército con tal rapidez.

—No creo que esto sea un informe falso, mi señor —dijo Toshimitsu, que una vez más intuía la verdad—. En cualquier caso, creo que deberíamos determinar en seguida una contraestrategia.

Al darse cuenta de que Mitsuhide vacilaba, Toshimitsu le presentó una propuesta concreta.

—Si yo me quedara aquí esperando al señor Tsutsui, vos, mi señor, podríais apresuraros para impedir que Hideyoshi entre en la capital.

—No hay muchas esperanzas de que venga Tsutsui, ¿verdad? —admitió finalmente Mitsuhide.

—Creo que sólo hay una o dos posibilidades entre diez de que se pase a nuestro lado, mi señor.

—¿Qué estrategia sugieres para detener a Hideyoshi?

—Sólo nos cabe pensar que Ukin, Sebei y Shonyu ya están aliados con Hideyoshi. Si Tsutsui Junkei también se le ha unido, nuestra fuerza militar será insuficiente para tomar la iniciativa y atacarle. Sin embargo, calculo que Hideyoshi tardará otros cinco o seis días en traer aquí a todo su ejército. Durante ese tiempo, si reforzamos los dos castillos de Yodo y Shoryuji, construimos fuertes a lo largo de la carretera que lleva a Kyoto de norte a sur y reunimos a todas las fuerzas en Omi y las demás zonas, podríamos mantenerle a raya temporalmente.

—¿Qué? ¿Lo único que podemos hacer es detenerle temporalmente?

—A continuación nos hará falta una estrategia mucho más amplia..., que vaya bastante más allá de las pequeñas batallas locales. Pero en estos momentos nos encontramos en una situación crítica. Deberíais partir de inmediato.

Toshimitsu aguardó a que Fujita Dengo regresara de su misión en Koriyama.

El mensajero llegó con una expresión de cólera estampada en su semblante.

—No hay nada que hacer —le dijo a Toshimitsu—. Ese bastardo de Junkei también nos ha traicionado. Ha dado alguna excusa para no venir aquí, pero en el camino de regreso me he enterado de que ha estado en contacto con Hideyoshi. ¡Pensar que un hombre que estuvo tan próximo al clan de Akechi haya sido capaz de esto!

Los insultos de Dengo eran interminables, pero el rostro arrugado de Toshimitsu no mostraba ninguna emoción.

Mitsuhide se marchó alrededor de mediodía, sin haber conseguido nada. Llegó a Shimo Toba más o menos a la misma hora en que Hideyoshi disfrutaba de una breve siesta en Amagasaki. El calor de la jornada era el mismo en el templo Zen de Amagasaki que en el campamento de Shimo Toba. En cuanto Mitsuhide estuvo de regreso en el campamento, se reunió con sus generales en el cuartel general y discutió la estrategia de combate. Aún no se daba cuenta de que Hideyoshi estaba tan cerca que si hubiera gritado desde Amagasaki le habría oído. Aunque la vanguardia de Hideyoshi estaba ya colocándose en posición, Mitsuhide juzgó que pasarían varios días más hasta la llegada de Hideyoshi. No sería acertado atribuir este error a su intelecto. Simplemente, había hecho un juicio basado en el sentido común, utilizando su propia inteligencia que no era común. Además, este juicio en particular estaba en armonía con lo que todos los demás también juzgaban lógico.

La conferencia se completó sin la menor pérdida de tiempo, y Akechi Shigetomo fue el primero en marcharse. De inmediato cabalgó hasta Yodo para iniciar las obras de emergencia destinadas al reforzamiento del castillo. La estrecha carretera de montaña que conducía a la capital sería seguramente uno de los objetivos del enemigo. El castillo de Yodo estaba a la derecha y el de Shoryuji a la izquierda.

Mitsuhide dio una orden a las divisiones que habían sido desplegadas a lo largo de las orillas del río Yodo:

—Regresad a Shoryuji y ocupad posiciones defensivas. Preparaos para un ataque enemigo.

Mitsuhide hizo sus preparativos, pero cuando calculó el tamaño del ejército enemigo, no pudo evitar por completo la percepción de su propia debilidad. Un número considerable de soldados procedentes de la capital y la zona circundante se habían concentrado allí a lo largo del día, poniéndose bajo sus órdenes. Pero todos eran samurais de baja categoría o ronin, poco más que mercenarios que buscaban una manera rápida de ascender en el mundo. Ninguno de ellos poseía ni la capacidad militar ni los recursos necesarios para dirigir tropas.

—¿Cuántos hombres tenemos en total? —preguntó Mitsuhide a sus generales.

Contando las tropas de Azuchi, Sakamoto, Shoryuji, Horagamine y Yodo, las fuerzas de Mitsuhide sumaban unos dieciséis mil hombres.

—Si Hosokawa y Tsutsui se me unieran —musitó Mitsuhide—, nadie podría desalojarme de la capital.

Incluso después de haberse decidido por esta estrategia, le turbaba la diferencia considerable en el número de las tropas. Mitsuhide se guiaba únicamente por los cálculos, y ahora no había la menor esperanza de que pudiera tener la ventaja. Además, el temor empezaba a instalarse en su conciencia. Eso habría bastado para establecer la diferencia entre victoria y derrota. Empezaba a hundirse bajo las olas que él mismo había creado.

Mitsuhide estaba en la colina frente al campamento, contemplando las nubes.

—Parece que va a llover —musitó de cara a un viento que no mostraba ninguna señal de lluvia.

Era esencial para un general que no tardaría en entablar combate, conocer bien el tiempo. Mitsuhide se quedó allí, preocupado por el movimiento de las nubes y la dirección del viento durante largo rato.

Finalmente miró el río Yodo. Las lucecillas que oscilaban al viento debían de ser las de sus propias embarcaciones de patrulla. La línea ondulante del gran río parecía blanca, en contraste con el negro intenso de las montañas que se alzaban más allá.

El amplio cielo se extendía sobre el río y el lejano estuario del mar en Amagasaki. Mientras los ojos de Mitsuhide miraban en aquella dirección, casi como si enviaran rayos de luz, se preguntó qué sería capaz de hacer Mitsuhide. Entonces llamó en un tono áspero que no solía emplear:

—¡Sakuza! ¡Sakuza! ¿Dónde está Sakuzaemon?

Se volvió rápidamente y regresó al campamento a grandes zancadas. Un viento oscuro y violento sacudía las tiendas como una enorme ola.

—¡Sí, mi señor! ¡Yojiro está aquí! —respondió un ayudante mientras corría a su encuentro.

—Yojiro, la llamada a las armas. Nos marchamos ahora mismo.

Mientras el ejército levantaba el campamento, Mitsuhide envió despachos urgentes a todos sus jefes, incluido su primo Mitsuharu en el castillo de Sakamoto, informándoles de su decisión. No iba a retirarse y luchar en una campaña defensiva. Había resuelto atacar a Hideyoshi con toda su fuerza.

Era la segunda guardia de la noche. En el cielo no se veía una sola estrella. Una unidad de combate fue el primer grupo que bajó la colina, con el propósito de montar guardia en el curso superior e inferior del río Katsura. El cuerpo de intendencia, las unidades principales y la retaguardia llegaron tras ellos. Empezó a caer un súbito aguacero. Cuando los soldados habían cruzado la mitad del río, una blanca

cortina de lluvia se abatió sobre ellos.

El viento se alzó también, un viento frío del noroeste. Los soldados de infantería musitaron entre ellos mientras contemplaban la oscura superficie del río.

—Tanto la corriente como el viento vienen hacia nosotros desde las montañas de Tamba.

Durante el día habrían podido ver. Oinosaka no estaba lejos, y sólo diez días antes habían cruzado esa población y abandonado la base de Akechi en el castillo de Kameyama. Sin embargo, los hombres tenían la sensación de que eso había ocurrido varios años antes.

—¡No caigáis! ¡Que no se os mojen las mechas! —gritaban los oficiales.

La fuerza de la corriente en el río Katsura era mucho más violenta que de ordinario, debido probablemente a las fuertes lluvias en las montañas.

Cruzó el cuerpo de lanceros, cada hombre sujetando la lanza del hombre que iba delante, seguidos por los fusileros, los cuales sujetaban las culatas y bocas de los cañones. Los jinetes que rodeaban a Mitsuhide galoparon a la orilla opuesta, dejando un reguero de espuma y burbujas. Desde algún lugar por delante de ellos se oía el sonido apagado de disparos esporádicos, mientras a lo lejos el cielo estaba lleno de chispas, probablemente debidas a los incendios de casas de campo. Sin embargo, en cuanto cesaron los disparos, los incendios también desaparecieron y regresó la oscuridad.

Pronto llegó corriendo un hombre con un informe.

—Nuestros hombres han hecho retroceder a un grupo de reconocimiento enemigo. Al retirarse han incendiado varias casas de campo.

Mitsuhide hizo caso omiso de este informe, avanzó a través de Kuga Nawate, pasó ante el castillo de Shoryuji, ocupado por sus propios hombres, y estableció resueltamente su campamento en Onbozuka, a unas quinientas o seiscientas varas más lejos, hacia el sudoeste. La lluvia que les había acosado durante los dos o tres últimos días cesó y las estrellas empezaron a brillar en un cielo que antes sólo había mostrado diferentes tonalidades de negrura.

Allí, en Onbozuka, mientras contemplaba la oscuridad en dirección a Yamazaki, Mitsuhide pensó que el enemigo también estaba silencioso. Se sentía profundamente emocionado y tenso al pensar que el ejército de Hideyoshi estaba ante él a una distancia de apenas media legua. Convirtió Onbozuka en el punto focal de toda su fuerza y, utilizando el castillo de Shoryuji como base de suministros, desplegó sus tropas en una línea desde el río Yodo, en el sudoeste, hasta el río Enmyoji, como si abriera un abanico. Cuando todas las unidades de avanzada se hubieron colocado en posición, casi había amanecido y el trazado del largo y ondeante río Yodo empezaba a hacerse visible.

De repente se oyó el eco de violentas andanadas en la dirección de Tennozan. El sol no se había levantado todavía y las nubes eran espesas y oscuras. Era el día trece del sexto mes, y tan temprano que no se oía ni siquiera el relincho de un solo caballo en la carretera de Yamazaki.

Desde el campamento principal de Mitsuhide en Onbozuka, los soldados vieron Tennozan a una media legua en dirección sudoeste. Ceñida a su lado izquierdo discurría la carretera a Yamazaki y un gran río, el Yodo.

\*

\*

\*

Tennozan era una colina empinada, de unos novecientos pies en su punto más alto. El día anterior,



cuando el ejército principal de Hideyoshi avanzó hasta Tonda, todos sus oficiales habían mirado directamente adelante y contemplado la montaña.

—¿Qué montaña es esa? —habían preguntado varios de ellos al guía local.

—¿Es eso Yamazaki, en las estribaciones orientales?

—El enemigo está en Shoryuji. ¿Dónde queda eso con relación a Tennozan?

Cada cuerpo debía ser acompañado por alguien que estuviera familiarizado con la disposición del terreno. Todo entendido en estrategia sabía que el bando que dominara el terreno alto se alzaría con la victoria.

Y todo general era también consciente de que el primer hombre que pusiera su estandarte en Tennozan lograría más gloria que el primero que consiguiese la primera cabeza en la llanura. Cada general había jurado que él sería ese hombre. La víspera del día trece, varios de los generales de Hideyoshi le habían pedido que adoptara su plan de ataque y confiaban en que recibirían la orden de atacar la montaña.

—Mañana tendrá lugar el combate decisivo —dijo Hideyoshi—. Yodo, Yamazaki y Tennozan serán los principales campos de batalla. Demostrad que sois dignos de que os llamen hombres. No compitáis entre vosotros ni penséis sólo en vuestra gloria. Recordad que el señor Nobunaga y el dios de la guerra os estarán mirando desde el cielo.

Pero en cuanto recibieron permiso de Hideyoshi, los fusileros corrieron hacia Tennozan, entusiasmados y en tumulto, en plena noche. Aquel lugar estratégico que había atraído las miradas de todos los generales de Hideyoshi también había llamado la atención de Mitsuhide, el cual había decidido marchar a toda velocidad, cruzar el río Katsura y llegar rápidamente a Onbozuka para tomar Tennozan.

Mitsuhide conocía la topografía de la zona tan bien como los generales de la vanguardia enemiga, Nakagawa Sebei y Takayama Ukon. Y, aunque contemplaban las montañas y ríos de la misma zona, la mente de Mitsuhide iba naturalmente más allá de los pensamientos que tenían los demás hombres.

Después de que Mitsuhide hubiera cruzado el río Katsura y marchado a través de Kuga Nawate, destacó una división de su ejército y la envió por otra ruta.

—Subid por el lado norte de Tennozan y tomad la cima de la montaña —les instruyó—. Si el enemigo ataca, defended vuestra posición y no cedáis ese punto estratégico.

Debe decirse que fue rápido. Las órdenes de Mitsuhide y sus acciones siempre eran oportunas, jamás perdía una ocasión de atacar. Sin embargo, esta vez las fuerzas de Hideyoshi, que ya habían llegado a Hirose en la vertiente meridional, también estaban en la montaña.

La oscuridad era completa y muchos de los soldados no estaban en absoluto familiarizados con el terreno.

—Aquí hay un sendero hacia arriba.

—No puedes ir por ahí.

—Sí, creo que podemos.

—Es un camino erróneo. Hay un peñasco por encima de nosotros.

Serpenteando alrededor del pie de la montaña, se apresuraron a buscar un camino que condujera a la cima.

Cuando dieron con él, era un sendero empinado y aún estaba oscuro. Como sabían que se encontraban entre aliados, los hombres avanzaban en fila sin saber con qué unidad o cuerpo estaban. Se limitaban a subir a toda prisa, resoplando, hacia la cima. Entonces, cuando creían que estaban cerca, les sorprendió

una andanada de disparos.

El ataque procedía de los fusileros de Akechi a las órdenes de Matsuda Tarozaemon. Más tarde estuvo claro que los setecientos hombres del cuerpo de Matsuda habían sido divididos en dos unidades. Los soldados de Horio Mosuke, Nakagawa Sebei, Takayama Ukon e Ikeda Shonyu habían competido por ser los primeros en llegar a lo alto de Tennozan, pero fue sólo Hori Kyutaro quien ordenó a sus tropas que tomaran el cruce en el lado norte de las estribaciones. Rodeando rápidamente la base de la montaña, intentaron una acción del todo diferente: cortar la retirada al enemigo.

Como era de esperar, el ataque lateral interceptó al cuerpo de Matsuda y situó a su general, Matsuda Tarozaemon, ante sus mismos ojos. La colisión fue mucho más violenta que el choque en lo alto de la montaña. Se luchó cuerpo a cuerpo entre los pinos y las rocas diseminadas a lo largo de la cuesta. Las armas de fuego eran demasiado engorrosas, por lo que se luchó sobre todo con lanzas, espadas largas y alabardas.

Algunos cayeron de los riscos mientras luchaban a brazo partido con el enemigo. Algunos que inmovilizaban en el suelo a soldados enemigos fueron atravesados por la espalda. También había cuerpos de arqueros, y el zumbido de las flechas junto con las detonaciones de las armas de fuego eran incesantes, pero mucho más fuertes eran los gritos de guerra de los quinientos o seiscientos hombres, unos gritos que no parecían proceder de sus gargantas sino de todo su ser, incluso de sus cabellos y poros.

Los hombres avanzaban y se veían obligados a retroceder, y por fin el sol empezó a alzarse. Por primera vez en largas horas se hizo visible el cielo azul surcado de nubes blancas. Parecía que la escasez de sol en los últimos días había dejado mudas a las cigarras, y en lugar de sus chirridos, los gritos de guerra de los soldados sacudían la montaña. Muy pronto las laderas estuvieron cubiertas de cuerpos ensangrentados, amontonados unos sobre otros. Un cuerpo estaba tendido patéticamente en un lugar, mientras que otros dos o tres parecían haber caído unos encima de los otros a corta distancia. La visión de los cadáveres espoleaba a los guerreros, y los soldados que pasaban por encima de los cuerpos de sus camaradas entraban en un espacio más allá de la vida y la muerte. Esto era tan cierto para los soldados del cuerpo de Hori como para los hombres de Akechi.

La situación en la cima de la montaña no estaba clara, pero también allí una victoria podría ir seguida rápidamente por una derrota. Durante la lucha, los gritos lanzados por los hombres de Matsuda cambiaron de improviso y parecieron los sonidos que produce entre sollozos un niño que llora. El optimismo se había mudado en desesperación.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué estamos retrocediendo? ¡No os retiréis!

Desconfiando de la confusión de sus camaradas, algunos de los hombres que formaban el cuerpo de Matsuda gritaron coléricos. Pero también aquellos hombres corrieron rápidamente hacia el pie de la montaña como si se los llevara por delante una avalancha. Su general, Matsuda Tarozaemon, había sido alcanzado por una bala y sus ayudantes se lo llevaban a hombros a la vista de sus tropas.

—¡Atacad! ¡Matadlos!

La mayor parte del cuerpo de Hori ya había emprendido la persecución, pero Kyutaro gritaba a voz en cuello, tratando de detener a sus hombres.

—¡No los persigáis!

Sin embargo, en el ímpetu de aquellos momentos la orden de refrenarse surtió poco efecto. Como era

de esperar, la vanguardia del cuerpo de Matsuda bajó en cascada por la montaña como un arroyo fangoso. No habían llegado refuerzos y su general había sido herido. No tenían más alternativa que huir.

El número de soldados que formaban el cuerpo de Hori había sido muy inferior a las fuerzas de Akechi. Ahora, sin una batalla real y sin nada que los retuviera, eran arrojados montaña abajo y aplastados bajo los pies de un cuerpo enemigo que bajaba corriendo por la empinada ladera. La sección del cuerpo de Hori que había perseguido al enemigo montaña abajo se vio ahora atrapada en un movimiento de tenaza, tal como Kyutaro había temido, y se produjo un combate atroz.

En aquel momento, las fuerzas combinadas de los cuerpos de Horio, Nakagawa, Takayama e Ikeda estaban llegando a lo alto de la montaña.

—¡Hemos ganado!

—¡Tennozan es nuestro!

Se alzó el primer grito de victoria de la batalla. Hideyoshi había estado esperando la llegada de Nobutaka al río Yodo, y por ello no había llegado aún a la línea del frente. Atardecía, era aproximadamente la hora del carnero, cuando añadió las fuerzas de Nobutaka y Niwa Nagahide a su propio ejército y avanzó al campamento central. La humedad dejada por la lluvia matinal se había secado bajo el cálido cielo, tanto hombres como caballos estaban cubiertos de sudor y polvo y las brillantes armaduras y túnicas se habían vuelto blancas. El único objeto que brillaba en aquel día caluroso y polvoriento era el estandarte con las calabazas doradas de Hideyoshi.

Mientras todavía había ecos de disparos en Tennozan, todas las casas del pueblo parecían vacías. Sin embargo, cuando las fuerzas de Akechi se retiraron y la nueva oleada de armaduras inundó las calles, aparecieron de súbito en los umbrales cubos de agua, montones de sandías y recipientes de té de cebada. Mientras las tropas de Hideyoshi avanzaban por las calles, incluso las mujeres aparecían entre la multitud de aldeanos y les deseaban suerte.

—¿No queda ahí un solo soldado enemigo?

Hideyoshi no desmontó, sino que se limitó a mirar los estandartes de sus soldados, ahora visibles en la montaña cercana.

—Ni uno solo —replicó Hikoemon, el cual había coordinado todos los informes sobre las condiciones de la batalla procedentes de los diversos cuerpos y juzgado la situación general, sobre la que ahora estaba informando a Hideyoshi—. El cuerpo de Matsuda ha perdido a su comandante en el mismo comienzo del ataque. Varios de sus hombres huyeron hacia las estribaciones del norte, mientras que otros se unieron a sus aliados en la vecindad de Tomooka.

—Me intriga por qué motivo un hombre como Mitsuhide abandonaría con tanta rapidez este terreno elevado.

—Probablemente no pensó que llegaríamos tan pronto. Se ha equivocado al calcular el tiempo.

—¿Qué me dices de su fuerza principal?

—Parecen haber acampado en la zona desde el río Yodo a Shimoueno, con Shoryuji detrás y el río Enmyoji delante de ellos.

En aquel momento se oyeron gritos de guerra y disparos en la dirección del río Enmyoji. Era la hora del mono.

El río Enmyoji, al este del pueblo de Yamazaki, era un afluente del Yodo. La zona donde se encontraban los dos ríos era un pantano cubierto de juncos y cañas, donde normalmente se oía el canto de

las currucas, pero aquel día no se oía ningún canto de aves.

Durante la mañana los ejércitos enemigos, el ala izquierda del ejército de Mitsuhide y el ala derecha de Hideyoshi, se habían alineado en ambas orillas. De vez en cuando el viento agitaba las cañas. Sólo los extremos de los estandartes eran visibles, y desde cada orilla no se distinguían los hombres y caballos de la otra. Sin embargo, en la orilla norte, los cinco mil hombres al mando de Saito Toshimitsu, Abe Sadaaki y Akechi Shigetomo estaban preparados para avanzar. En la orilla sur, ocho mil quinientos hombres a las órdenes de Takayama Ukon, Nakagawa Sebei e Ikeda Shonyu estaban dispuestos en una hilera tras otra. Sudorosos en aquel lugar cálido y húmedo, aguardaban el momento de atacar.

Esperaban a que llegara Hideyoshi y les diera órdenes.

—¿Qué está haciendo el ejército principal?

Maldijeron al ejército de Hideyoshi por haber llegado tarde, pero lo único que podían hacer era apretar los dientes.

Akechi Mitsuhide, que se encontraba aún en su campamento principal de Onbozuka, se había enterado pronto de la muerte de Matsuda Tarozaemon en Tennozan y la completa derrota de sus tropas, y se culpó por haber juzgado mal el momento adecuado para dar su orden. Sabía muy bien que, desde el punto de vista estratégico, había una gran diferencia entre luchar con Tennozan bajo el control de sus propios hombres y hacer frente a una batalla decisiva tras haber abandonado el terreno elevado al enemigo.

Sin embargo, antes de avanzar hacia Tennozan, tres cosas habían aturcido a Mitsuhide: la traición de Tsutsui Junkei, su orden de reforzar el castillo de Yodo, juzgando mal la rapidez del ataque de Mitsuhide, y un defecto de su carácter, la indecisión. ¿Debía tomar la ofensiva o ponerse a la defensiva? No había decidido que iba hacer hasta su avance sobre Onbozuka.

El combate comenzó casi por accidente. Ambos ejércitos se habían pasado la mañana entre los juncos y las cañas, martirizados por los mosquitos. Durante todo ese tiempo estuvieron enfrentados y a la espera de las órdenes de sus generales. Pero en un momento determinado, un caballo con una hermosa silla de montar saltó de repente del lado de Hideyoshi hacia la orilla del río Enmyoji, posiblemente para apagar su sed.

Cuatro o cinco soldados, probablemente servidores del propietario del caballo, persiguieron al animal. Bruscamente dispararon desde la orilla opuesta, y a los primeros disparos siguieron una andanada tras otra.

Las tropas de Hideyoshi respondieron disparando a su vez hacia la orilla norte para ayudar a los soldados, que se habían puesto a cubierto entre las cañas. Ya no había tiempo de aguardar órdenes.

—¡Al ataque!

La orden de asalto general dada por Hideyoshi llegó realmente después del intercambio de disparos. Las tropas de Akechi reaccionaron naturalmente al movimiento del enemigo y también ellas empezaron a vadear el río.

El lugar donde el río Enmyoji se juntaba con el Yodo era muy ancho, pero no lejos de la convergencia el Enmyoji era poco más que un arroyo.

Sin embargo, la corriente era intensa después de varios días de lluvia. Mientras los fusileros del cuerpo de Akechi aparecían entre las cañas en la orilla norte y disparaban contra las fuerzas de Hideyoshi que estaban en la orilla sur, los cuerpos de hombres armados —los soldados del cuerpo de lanceros, las tropas selectas de Akechi— alzaban rociadas de agua mientras avanzaban al otro lado.

—¡Enviad al cuerpo de lanceros! —gritó un oficial del cuerpo de Takayama al tiempo que saltaba a la orilla.

Como el río era tan estrecho, la eficacia de los fusileros era limitada. Cuando las filas de atrás avanzaran para dejar que las delanteras recargaran, existía la posibilidad de que el enemigo invadiera de repente la orilla y saltara entre los fusileros.

—¡Fusileros, haceos a un lado! ¡No obstruyáis el paso a los hombres de las filas delanteras!

Los lanceros de Nakagawa tenían ya las puntas de sus lanzas alineadas y dispuestas. Ahora la mayoría las blandían y saltaban desde la orilla al agua.

Naturalmente, su objetivo era el enemigo, pero en vez de echar las lanzas atrás y embestir, era más rápido sostenerlas en alto y golpear, esforzándose así por impedir incluso que el enemigo avanzara desde la orilla. El tremendo choque se produjo en medio del río, donde se trabaron las lanzas y las espadas largas. Unos ensartaban a otros y eran atravesados a su vez. Los soldados gritaban y luchaban a brazo partido, algunos caían muertos al agua y alzaban una rociada. La fangosa corriente se arremolinaba a su alrededor. Sangre y entrañas flotaban en la superficie del agua y eran arrastradas por la corriente.

Por entonces el primer cuerpo a las órdenes de Nakagawa Sebei habían sido sustituidos en la lucha río abajo por los soldados de Takayama Ukon. Como las hileras de jóvenes que transportan a hombros un palanquín sagrado durante un festival, gritando al unísono, se abrieron paso hasta el frente de la batalla.

Pasaron rápidamente pisoteando las cañas de la orilla oriental del río y se abalanzaron furiosos en medio del enemigo. El sol empezaba a ponerse. Las nubes rojas que indicaban la proximidad de la noche reflejaban sus colores en los negros grupos de hombres que gritaban bajo el cielo desolado.

La violenta batalla prosiguió durante otra hora. La tenacidad del cuerpo de Saito era sorprendente. Cuando parecía que podían desmoronarse, se rehacían una vez más. Se hicieron fuertes en una ciénaga y resistieron un ataque tras otro. Y no fueron los únicos, pues la inmensa mayoría de los hombres de Akechi lucharon con una resignación extraordinaria y la voz desesperada del ejército derrotado resonó con una amargura que cada hombre podía imaginar en el pecho de Mitsuhide.

—¡Retiraos antes de que nos rodeen! ¡Atrás! ¡Atrás!

Las tropas coreaban estas palabras patéticas en rápida sucesión, y la triste noticia se extendió como el viento a los otros dos cuerpos de Akechi.

En el corazón del ejército central, que actuaba como un cuerpo de reserva, estaban los cinco mil hombres bajo las órdenes directas de Mitsuhide en Onbozuka. A su derecha estaban los otros cuatro mil, incluidos dos mil al mando de Fujita Dengo.

Dengo hizo que sonara el gran tambor y los hombres se desplegaron en línea de batalla. Los miembros del cuerpo de arqueros soltaron al unísono su mortífera lluvia de flechas, y el enemigo respondió de inmediato a su acción con una granizada de balas.

A una orden de Dengo, los arqueros se dispersaron y los fusileros ocuparon su lugar. Sin aguardar un instante a que se aclarase la nube de humo de pólvora, los guerreros armados con lanzas de hierro aparecieron ante el enemigo y empezaron a abrirse paso. Dengo y sus tropas selectas derrotaron al cuerpo de Hachiya.

Ocupando el lugar de ese cuerpo, los soldados al mando de Nobutaka reanudaron el ataque y atacaron a las fuerzas de Akechi, pero Dengo también los derrotó y obligó a retroceder. Por el momento, parecía como si las tropas de Dengo no tuvieran ningún adversario a su altura.

Resonó el tambor de los Fujita, que parecía expresar el orgullo del clan por no tener rival y amenazaba a los samurais montados que habían formado un anillo protector alrededor de Nobutaka, haciéndoles pulular confusos de un lado a otro.

En aquel momento, un cuerpo de quinientos soldados atacó el flanco del cuerpo de Fujita, lanzando gritos de guerra como si fuesen un gran ejército.

Las nubes eran todavía vagamente rojizas, pero la oscuridad ya se había instalado en el suelo. Dengo pensó que había ido demasiado lejos y cambió sus instrucciones.

—¡Variación a la derecha! —ordenó—. ¡Girad! ¡Girad todo lo que podáis a la derecha!

Su intención consistía en que toda la fuerza trazara un círculo para reunirse con el ejército central y entonces seguir luchando con firmeza.

Pero de repente una unidad al mando de Hori Kyutaro atacó fieramente por la izquierda. Para Dengo fue como si los soldados enemigos hubieran surgido súbitamente de la tierra.

Dengo comprendió en seguida que no había posibilidad de retirada, pero tampoco tenía tiempo para corregir su formación. Los guerreros de Hori se abalanzaron sobre sus hombres con la velocidad del viento y empezaron a rodearlos.

El estandarte de Nobutaka parecía ondear cada vez más cerca de Dengo.

Precisamente en aquel momento, un grupo de quinientos hombres, entre ellos el hijo de Dengo y su hermano menor, se apresuraron a montar a caballo y, como una gran nube negra, galoparon sin temor hacia el enemigo. La oscuridad de la noche se había intensificado. El viento acarreaba los gritos de las luchas a muerte y llenaba el cielo con el olor de la sangre.

El cuerpo de Nobutaka era respetado por ser el más fuerte entre las divisiones del ejército de Hideyoshi, y ahora estaba reforzado por los tres mil hombres al mando de Niwa Nagahide. Por valientes y animosos que fuesen Dengo y sus hombres, no podían atravesar la línea enemiga.

Dengo recibió seis heridas. Finalmente, tras luchar y montar su caballo durante tanto tiempo, empezó a perder la conciencia. De repente le llegó una voz desde la oscuridad a sus espaldas.

Creyendo que era la voz de su hijo, alzó la cabeza que había apoyado en el cuello de su montura. En aquel momento algo le golpeó por encima del ojo derecho. Tuvo la sensación de que era una estrella caída del cielo que le había alcanzado en la frente.

—¡Sigue en la silla! ¡Aférrate fuerte a la silla! Una flecha te ha rozado y tienes una ligera herida en la frente.

—¿Quién es? ¿Quién me sujeta?

—Soy yo, Tozo.

—Ah, hermano. ¿Qué le ha pasado a Ise Yosaburo?

—Ya ha caído en combate.

—¿Y Suwa?

—Suwa también ha muerto.

—¿Y Denbei?

—Aún está rodeado por el enemigo. Ahora déjame que te acompañe. Apóyate en el aro delantero de la silla.

Sin hablar más sobre la suerte de Denbei, Tozo cogió el hocico del caballo de su hermano y huyó a toda velocidad a través del caos.

# Los dos portales

El viento que soplaba entre los pinos alrededor del campamento de Mitsuhide, en Onbozuka, producía un sonido triste e hinchaba la cortina del recinto hasta tal punto que parecía una gran criatura blanca y viva. Aleteaba sin cesar, entonando una fantástica e inquietante canción fúnebre.

—¡Yoji, Yoji! —gritó Mitsuhide.

—¡Sí, mi señor!

—¿Era ese hombre un mensajero?

—Sí, mi señor.

—¿Por qué no se ha presentado directamente ante mí?

—El informe aún no ha sido confirmado.

—¿Existe una regla sobre lo que puede o no puede llegar a mis oídos? —inquirió Mitsuhide, irritado.

—Lo siento, mi señor.

—¡Ten valor! ¿Acaso los malos augurios te hacen perder la serenidad?

—No, mi señor, pero estoy seguro de que voy a morir.

—¿De veras?

De súbito Mitsuhide se dio cuenta de la agudeza de su tono y bajó la voz. Entonces consideró que tal vez él mismo debería escuchar las palabras con las que acababa de reprender a Yojiro. El sonido del viento era mucho más triste que durante el día. Más allá de la suave cuesta se extendían huertas y campos. Al este se encontraba Kuga Nawate, al norte las montañas, y al oeste el río Enmyoji. Pero en la oscuridad, sólo se veía el pálido centelleo de las estrellas sobre el campo de batalla.

Sólo habían pasado tres horas desde la hora del mono y la segunda mitad de la hora del gallo. Los estandartes de Mitsuhide habían abandonado el campo. ¿Dónde estaban ahora? Todos habían sido derribados. Y Mitsuhide había escuchado los nombres de los muertos hasta que ya no fue capaz de llevar la cuenta.

Sólo habían sido necesarias tres horas. No había duda de que Yojiro acababa de recibir otra mala noticia y no tenía valor para decírsela a Mitsuhide. Reprendido por su señor, Yojiro bajó de nuevo la colina. Miró a su alrededor, se apoyó contra el tronco de un pino y contempló las estrellas.

Un jinete cabalgó hacia Yojiro y se detuvo ante él.

—¡Amigo o enemigo! —gritó Yojiro, desafiando al desconocido con la lanza que había usado a modo de bastón.

—Amigo —respondió el jinete mientras desmontaba.

A juzgar por su manera de arrastrar los pies, Yojiro comprendió que estaba gravemente herido. Se acercó a él y le ofreció su brazo.

—¡Gyobu! —exclamó al reconocer a su camarada—. Agárrate bien. Apóyate en mí.

—¿Eres Yojiro? ¿Dónde está el señor Mitsuhide?

—En lo alto de la colina.

—¿Sigue ahí? Ahora es un lugar peligroso para él. Debe marcharse en seguida.

Gyobu fue al encuentro de Mitsuhide y se postró ante él, casi cayendo de bruces.

—Todo el ejército ha sido derrotado. Los moribundos yacen encima de los muertos. Son tantos los que han tenido una muerte gloriosa en combate que no puedo recordar sus nombres.

Alzó la vista y sólo pudo ver el rostro blanco de Mitsuhide, que parecía aflorar bajo las oscuras formas de los pinos. No decía nada, como si no le hubiera escuchado.

Gyobu siguió hablando.

—En un momento determinado nos acercamos al centro de las fuerzas de Hideyoshi, pero al anochecer nos bloquearon la retirada y ya no pudimos encontrar al señor Dengo. La división del general Sanzaemon fue rodeada por el enemigo y se produjo una lucha enconada en extremo. Pudo escapar con sólo doscientos hombres. Sus últimas palabras fueron: «Ve de inmediato a Onbozuka y dile a Su Señoría que se retire al castillo de Shoryuji tan rápido como pueda, y que se prepare para defender el castillo o se retire hacia Omi durante la noche. Yo actuaré hasta entonces como su retaguardia. Después de recibir noticias de la retirada de Su Señoría, galoparemos directamente al campamento de Hideyoshi y lucharemos hasta morir».

Mitsuhide seguía silencioso. Cuando Gyobu terminó de dar su informe, se derrumbó y exhaló su último aliento.

Mitsuhide le contempló desde su asiento y entonces miró inexpresivamente a Yojiro.

—¿Eran graves las heridas de Gyobu? —le preguntó.

—Sí, mi señor —respondió Yojiro, con los ojos arrasados en lágrimas.

—Parece haber muerto.

—Sí, mi señor.

—Yojiro —dijo de repente Mitsuhide en un tono del todo distinto—. ¿Cuál fue el informe del mensajero anterior?

—No os ocultaré nada, mi señor. El ejército de Tsutsui Junkei apareció en el campo y atacó nuestra ala izquierda. Saito Toshimitsu y todo su cuerpo no tuvieron fuerzas para rechazarlos y fueron completamente derrotados.

—¿Cómo! ¿De modo que era eso?

—Sabía que si os lo decía ahora, sería difícil de aceptar. Confiaba sinceramente en poder decíroslo cuando no aumentara vuestra desdicha.

—Éste es el mundo de los hombres —dijo Mitsuhide, y añadió—: Da lo mismo.

Se echó a reír, o por lo menos emitió un sonido parecido a la risa. Entonces se encaminó bruscamente a la parte trasera del campamento y pidió con impaciencia su caballo.

Mitsuhide había enviado al frente a la mayor parte de sus tropas, pero en el campamento debía de haber por lo menos dos mil hombres con sus principales vasallos. Al frente de esta fuerza, Mitsuhide estaba dispuesto a reunirse con lo que quedaba del cuerpo de Sanzaemon y librar una última batalla. Montado en su caballo, gritó las órdenes de ataque en una voz que resonó en todo Onbozuka. Entonces, sin aguardar a que los soldados se reunieran, hizo girar a su caballo y cabalgó colina abajo, acompañado por unos pocos samurais montados.

—¿Quién eres? —preguntó Mitsuhide, deteniendo su caballo.

Alguien había salido corriendo del campamento y, tras bajar la cuesta, estaba en medio del camino, cerrando el paso con los brazos abiertos de par en par.

—¿Por qué me detienes, Tatewaki? —inquirió Mitsuhide severamente.

Era uno de sus vasallos de alto rango, Hida Tatewaki, el cual se apresuró a coger la brida del caballo de Mitsuhide. El indócil animal piafó, incapaz de dominarse.



—¡Yojiro! ¡Sanjuro! ¿Por qué no se lo habéis impedido? —dijo Hida Tatewaki, riñendo a los ayudantes de Mitsuhide—. Bajad del caballo, mi señor. —Tras hacer una inclinación de cabeza, siguió diciendo—: El hombre que está ante mí no es el señor Mitsuhide a quien sirvo. La guerra no se pierde tras una sola derrota. No es propio de vos pensar en perder la vida después de una batalla. El enemigo os ridiculizará por no haberos dominado. Aunque os hayan derrotado aquí, tenéis una familia en Sakamoto y varios generales dispersos en las provincias esperando una palabra vuestra. Sin duda debéis tener un plan para el futuro. Primero retiraos al castillo de Shoryuji.

—¿Qué estás diciendo, Tatewaki? —Mitsuhide sacudió la cabeza casi al mismo tiempo que el caballo agitaba sus crines—. ¿Acaso vas a resucitar todos los hombres que hemos perdido y recuperar su ánimo? No puedo abandonar mis hombres al enemigo y permitir que los maten. Voy a asestar un buen golpe a Hideyoshi y a castigar la traición de Tsutsui Junkei. No busco un lugar para morir en vano. Voy a demostrarles quién es Mitsuhide. ¡Ahora déjame pasar!

—¿Por qué hay ese frenesí en los ojos prudentes de mi señor? Hoy nuestro ejército ha recibido un golpe, como mínimo han muerto tres mil hombres y muchos otros han sido heridos. Nuestros generales han caído y los nuevos reclutas se han diseminado. ¿Cuántos soldados creéis que quedan ahora en este campamento?

—¡Déjame en paz! ¡Hago exactamente lo que me place! ¡Apártate!

—Esta manera de hablar irresponsable demuestra que sólo os precipitáis hacia la muerte, y voy a hacer lo que pueda por impedirlo. Sería distinto que todavía hubiera aquí tres o cuatro mil hombres obstinados, pero me temo que sólo serán cuatrocientos o quinientos los que irán detrás de vos. Todos los demás se han escabullido del campamento desde que oscureció y han huido.

Tatewaki había hablado en un tono estremecido por la emoción.

¿Tan frágil es el intelecto de un hombre? Y cuando ese intelecto falla, ¿se convierte sencillamente en un loco? Tatewaki contemplaba el frenesí de Mitsuhide y se preguntaba cómo podía haber cambiado tanto. Llorando amargamente, recordaba sin poder evitarlo lo prudente e inteligente que Mitsuhide había sido.

Otros generales se habían colocado ahora ante el caballo de Mitsuhide. Dos de ellos ya habían estado en el frente pero, preocupados por la seguridad de su señor, habían regresado al campamento.

—Todos estamos de acuerdo con el señor Hida —dijo uno de ellos—. Shoryuji está cerca y, desde luego, no es demasiado tarde para ir allí primero y estudiar una estrategia para nuestra próxima acción.

Mientras estemos aquí, las fuerzas enemigas se acercarán cada vez más y todo podría terminar aquí mismo. Tenemos que fustigar a nuestros caballos e ir a Shoryuji lo antes posible.

Tatewaki ya no preguntó cuáles eran las intenciones de su señor. Hizo que sonara la caracola y ordenó rápidamente la retirada al norte. Yojiro y otro servidor abandonaron sus caballos y caminaron, cada uno cogiendo la brida del caballo de su señor y conduciéndolo hacia el norte. Les seguían los demás soldados y comandantes que estaban en la colina, pero, tal como había dicho Tatewaki, su número no superaba los quinientos hombres.

Miyake Tobei era el jefe del castillo de Shoryuji. Allí tampoco había más que presagios de derrota y la desolación reinaba en el castillo. Rodeados de lámparas cuyas llamas oscilaban levemente, todos los presentes deliberaron sobre cómo podrían salvarse. Mientras buscaban alguna conclusión racional, incluso Mitsuhide comprendió que no había nada que hacer.

Los centinelas en el exterior del castillo habían informado repetidas veces de la aproximación del enemigo, y el mismo castillo no era lo bastante fuerte para resistir el ímpetu aplastante del ejército de Hideyoshi. Incluso el castillo de Yodo había estado en la misma condición cuando ordenó que lo reparasen unos días atrás. Era como empezar a levantar un dique sólo después de haber oído el sonido de las olas.

Tal vez lo único que Mitsuhide no lamentaba en aquel momento era que una parte de sus generales y soldados hubieran permanecido fieles y librado una furiosa batalla, demostrando patéticamente su lealtad. En cierto sentido, resultaba paradójico que hubiera hombres en el clan de Akechi, el clan que había derribado a su propio señor, que todavía no rompieran el vínculo entre señor y vasallo. Mitsuhide era sin duda un hombre virtuoso, y aquellos hombres manifestaban la férrea ley del samurai.

Por este motivo el número de muertos y heridos era mucho más alto de lo que cabría esperar después de tres horas de batalla. Más tarde se calculó que los Akechi habían sufrido más de tres mil bajas, mientras que las fuerzas de Hideyoshi habían perdido más de tres mil trescientos hombres. El número de heridos era incalculable. Así se comprendía el gran espíritu de las fuerzas de Akechi, que en modo alguno eran inferiores al de su general. Si se considera el pequeño tamaño de la fuerza de Mitsuhide y el terreno desventajoso en el que lucharon, su derrota no podía ser ridiculizada.

\* \* \*

Delgadas nubes difuminaban la luna del decimotercer día del sexto mes. Uno o dos guerreros montados cabalgaban por separado, mientras los demás les seguían algo rezagados. Trece hombres montados cabalgaban en grupos dispersos desde el norte del río Yodo hacia Fushimi.

Cuando por fin tomaron una oscura trocha en las profundidades de la montaña, Mitsuhide se volvió y preguntó a Tatewaki:

—¿Dónde estamos?

—Éste es el valle de Okame, mi señor.

Motas de luz lunar que se filtraban a través de las ramas caían sobre Tatewaki y los hombres que le seguían.

—¿Tenéis la intención de cruzar al norte de Momoyama y luego salir a la carretera del templo Kanshu desde Ogurusu? —preguntó Mitsuhide.

—Así es. Si seguimos esta ruta y nos acercamos a Yamashina y Otsu antes de que sea de día, no tendremos que preocuparnos.

De repente Shinshi Sakuzaemon detuvo su caballo delante del de Mitsuhide y les hizo una seña para que guardaran silencio. Mitsuhide y los jinetes que le seguían también se detuvieron. Sin siquiera un susurro observaron a Akechi Shigetomo y Murakoshi Sanjuro que avanzaban para explorar. Los dos jinetes habían detenido sus caballos al lado de un arroyo e indicaban a los hombres detrás de ellos que esperasen. Permanecieron allí algún tiempo, esperando.

¿Era una emboscada del enemigo?

Finalmente, una expresión de alivio apareció en sus rostros. Siguiendo las señales de los dos hombres que se habían adelantado, volvieron a ponerse silenciosamente en marcha. La luna y las nubes parecían colgar en medio del cielo nocturno, pero por grande que fuera el sigilo con que avanzaban,

cuando los caballos empezaron a subir la cuesta, levantaban piedras o pisoteaban madera podrida, e incluso los ecos de tan nimios sonidos despertaban a las aves dormidas. Cada vez que sucedía tal cosa, Mitsuhide y sus seguidores se apresuraban a refrenar a sus caballos.

Después de su horrible derrota, habían huido al castillo de Shoryuji, donde descansaron. Más tarde discutieron lo que debían hacer, pero al final el único plan posible era el de retirarse a Sakamoto. Todos sus servidores habían persuadido a Mitsuhide para que tuviera paciencia. Dejando a Miyake Tobei al frente del castillo, Mitsuhide partió al anochecer.

La fuerza que le seguía hasta que abandonó Shoryuji era todavía de unos cuatrocientos o quinientos hombres, pero cuando entraron en el pueblo de Fushimi la mayoría habían desertado. Los pocos que quedaban allí eran sus vasallos de más confianza, tan sólo trece hombres.

—Si fuéramos un gran número sólo llamaríamos la atención del enemigo, y todo aquel que no haya decidido acompañar a nuestro señor tanto en la vida como en la muerte sólo sería un estorbo. El señor Mitsuharu está en Sakamoto junto con tres mil soldados. Lo único que me preocupa es que lleguemos allí sanos y salvos. Ruego a los dioses para que ayuden a nuestro pobre señor.

Los vasallos leales que quedaban se consolaban unos a otros de esta manera.

Aunque la zona era montuosa, no había lugares muy empinados. La luna era visible, pero a causa de la lluvia el terreno bajo los árboles estaba enfangado y el camino lleno de charcos.

Además, Mitsuhide y sus servidores estaban extenuados. Ya se encontraban cerca de Yamashina, y si pudieran llegar a Otsu estarían a salvo. Así se daban ánimos mutuamente, pero a los hombres fatigados les parecía como si la distancia fuese de cien leguas.

—Hemos entrado en un pueblo.

—Esto debe de ser Ogurusu. No hagáis ruido.

Aquí y allá se veían chozas de montaña con gruesos tejados de paja. Los seguidores de Mitsuhide habrían preferido evitar las casas en la medida de lo posible, pero la carretera discurría entre ella. Por suerte no se veía una sola luz. Las casas estaban rodeadas por grandes espesuras de bambú bajo una luna blanca, y todo indicaba que la gente estaba profundamente dormida, ajena por completo a la confusión del mundo.

Con ojos entrecerrados que atravesaban la oscuridad, Akechi Shigetomo y Murakoshi Sanjuro escudriñaban el terreno que tenían delante, y recorrieron la estrecha carretera convertida en calle del pueblo sin ningún percance. Hicieron un alto en el lugar donde la carretera se curvaba alrededor de un bosquecillo de bambú y aguardaron a Mitsuhide y su grupo.

Las figuras de los dos hombres y el reflejo de sus lanzas se veían claramente desde las sombras de los árboles que se alzaban cincuenta varas adelante.

El sonido de bambú pisoteado y el gruñido de un animal silvestre rompieron de improviso el silencio en la oscuridad.

Tatewaki, que cabalgaba delante de Mitsuhide, miró hacia atrás instintivamente. En la oscuridad se distinguía el seto de ramas secas de una choza rodeada de bambúes. A unas veinte varas detrás, la silueta de Mitsuhide destacaba como si la hubieran clavado en aquel lugar.

—Mi señor —le llamó Tatewaki.

No obtuvo respuesta. Los bambúes jóvenes oscilaban en un cielo sin viento.

Tatewaki estaba a punto de volverse cuando Mitsuhide espoleó de repente a su caballo y le adelantó

sin decir palabra. Estaba inclinado sobre el cuello del caballo. A Tatewaki le pareció extraño, pero de todos modos le siguió, así como los demás.

De esta manera galoparon por la carretera sin incidentes a lo largo de unas trescientas varas. Tras reunirse de nuevo con los dos exploradores, los trece hombres prosiguieron su avance. Mitsuhide cabalgaba en sexto lugar desde la cabeza.

De repente, el caballo de Murakoshi se encabritó. En aquel instante, su espada desenvainada se movió con celeridad por la izquierda.

Se oyó un fuerte chasquido cuando la hoja cortó la punta afilada de una lanza de bambú. Las manos que sujetaban la lanza desaparecieron en seguida en la espesura, pero los demás habían visto claramente lo sucedido.

—¿Qué ha sido eso? ¿Bandidos?

—Deben de serlo. Tened cuidado, parecen estar escondidos en este gran bosque de bambú.

—¿Estás bien, Murakoshi?

—¿Crees que me va a herir la lanza de bambú de algún ladrón errante?

—¡No os distraigáis! Seguid adelante. Las distracciones sólo ocasionarán problemas.

—¿Y Su Señoría?

Todos ellos se volvieron.

—¡Mirad, allí!

De repente todos palidecieron. A unos cien pasos por delante de ellos, Mitsuhide se había caído del caballo. Peor aún, se estaba retorciendo en el suelo, gimiendo de dolor, y parecía como si fuera incapaz de levantarse.

—¡Mi señor!

Shigetomo y Tatewaki desmontaron, corrieron hacia él e intentaron montarle de nuevo en la silla. Mitsuhide ya no parecía tener la voluntad de cabalgar. Se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Qué os ha ocurrido, mi señor?

Olvidándose por completo de sí mismos, los demás hombres se apiñaron a su alrededor en la oscuridad. Los gemidos del sufriente Mitsuhide y los suspiros de los hombres llenaban el aire. En aquel momento la luna brilló con más claridad.

De improviso las pisadas sin disimular y los gritos de los bandidos se oyeron desde la oscuridad de la espesura.

—Parece que los cómplices del hombre que nos ha atacado con la lanza de bambú se nos acercan por detrás. Es propio de estos merodeadores tratar de aprovecharse de cualquier muestra de debilidad. Sanjuro y Yojiro, ocupaos de ellos.

Al oír estas palabras de Shigetomo, los hombres se dividieron. Rápidamente colocaron en posición una lanza y desenvainaron las espadas.

—¡Malditos seáis!

Lanzando un grito atronador, alguien saltó a la espesura de bambú. Un sonido como una lluvia de hojas, o quizás un grupo de monos, rompió el silencio de la noche.

—Shigetomo..., Shigetomo —susurró Mitsuhide.

—Estoy aquí, mi señor.

—Ah..., Shigetomo —volvió a decir Mitsuhide, y tanteó a su alrededor como si buscara los brazos

que le sostenían.

Le brotaba sangre de un costado, su visión se desvanecía y le resultaba difícil hablar.

—Voy a vendaros y os daré una medicina. Tened un poco de paciencia, os lo ruego.

Mitsuhide sacudió la cabeza para indicar que el vendaje sería innecesario. Entonces movió las manos como si buscara algo.

—¿Qué queréis, mi señor?

—Un pincel...

Shigetomo se apresuró a sacar papel, tinta y un pincel. Mitsuhide cogió el pincel con dedos temblorosos y contempló el papel blanco. Shigetomo sabía que iba a escribir su poema de muerte y empezó a sentir en el pecho una sensación opresiva. No soportaba la idea de ver que su señor hacía tal cosa en aquel lugar, y seguía creyendo que aún tenía que cumplir con su grandioso destino.

—No toméis ahora el pincel, mi señor. Otsu está a tiro de piedra, y si podemos llegar allí os recibirá el señor Mitsuharu. Dejarme que os vende la herida.

Shigetomo dejó el papel en el suelo y empezó a desatarse la faja, pero Mitsuhide agitó de improviso su mano con un vigor sorprendente, cogió el pincel casi con la misma fuerza y empezó a escribir:

No hay dos portales, el de la lealtad y el de la traición.

Pero la mano le temblaba tanto que parecía incapaz de escribir el verso siguiente. Le tendió el pincel a Shigetomo.

—Escribe tú el resto.

Apoyándose en el regazo de Shigetomo, Mitsuhide volvió la cabeza al cielo y se quedó un rato contemplando la luna. Cuando su rostro tenía el color de la muerte, incluso más pálido que el de la luna, habló con una voz sorprendentemente libre de confusión y terminó el poema.

El Gran Camino penetra por la fuente del corazón.

Tras despertar del sueño de cincuenta y cinco años,  
regreso al Uno.

Shigetomo dejó el pincel en el suelo y se echó a llorar. En aquel preciso momento, Mitsuhide desenvainó su espada corta y se cortó la garganta. Sakuzemon y Tatewaki regresaron corriendo y vieron lo sucedido. Acercándose al cuerpo muerto de su señor, cada uno de ellos se atravesó con su propia hoja. Otros cuatro hombres, luego seis y más tarde ocho rodearon el cuerpo de Mitsuhide de la misma manera y le siguieron en la muerte. Al cabo de poco tiempo sus cuerpos sin vida formaban los pétalos y el centro de una flor de sangre en el suelo.

Yojiro se había internado en la espesura de bambúes para luchar con los bandidos. Murakoshi le llamó en la oscuridad, temeroso de que ya le hubieran matado.

—¡Vuelve, Yojiro! ¡Yojiro! ¡Yojiro!

Pero por mucho que le llamara, Yojiro no regresaba. Murakoshi también había sufrido varias heridas. Cuando pudo salir a rastras del bosquecillo de bambúes, vio la silueta de un hombre que pasaba por su lado.

—¡Ah! Señor Shigetomo.

—¿Sanjuro?

—¿Cómo está Su Señoría?

—Ha exhalado su último suspiro.

—¡No! —exclamó Sanjuro, sorprendido—. ¿Dónde?

—Está aquí mismo, Sanjuro. —Shigetomo le indicó la cabeza de Mitsuhide, que había envuelto en un paño y atado a la silla de montar. Desvió la mirada, compungido.

Sanjuro saltó con una fuerza violenta hacia el caballo. Mientras cogía la cabeza de Mitsuhide, lanzó un grito largo y quejumbroso.

—¿Cuáles han sido sus últimas palabras? —preguntó por fin.

—Recitó un poema que empezaba así: «No hay dos portales, el de la lealtad y el de la traición».

—¿Dijo eso?

—Aunque atacó a Nobunaga, su acto no puede considerarse como una cuestión de lealtad o traición. Tanto él como Nobunaga eran samurais y servían al mismo emperador. Cuando finalmente despertó de sus cincuenta y cinco años de sueño, descubrió que tampoco él podía rehuir la culpa y la alabanza del mundo. Tras decir esas palabras, se mató.

—Comprendo. —Murakoshi sollozaba convulsamente y se enjugaba con el puño las lágrimas del rostro—. No escuchó las advertencias del señor Toshimitsu ni se negó a librar una batalla decisiva en Yamazaki, en terreno desventajoso y con un pequeño ejército, porque confiaba en el Gran Camino, y a esa luz retirarse de Yamazaki habría sido tanto como abandonar Kyoto. Cuando veo lo que encerraba su corazón, no puedo dejar de llorar.

—No, aunque fue derrotado, nunca abandonó el Camino, y es indudable que murió con esa ambición acariciada durante tanto tiempo. Mostró al cielo su último poema. Pero, mira, si perdemos tiempo aquí, lo más probable es que regresen esos bandidos y nos ataquen.

—Tienes razón.

—No he podido ocuparme de todo yo solo. He dejado el cadáver de nuestro señor sin cabeza. ¿Querrás enterrarlo para que nadie lo encuentre?

—¿Y los demás?

—Todos ellos se reunieron alrededor de su cuerpo y murieron valerosamente.

—Después de llevar a cabo tus órdenes, también yo buscaré un lugar donde morir.

—Llevo su cabeza al señor Mitsutada, que está en el templo Chionin. Después, pensaré en suicidarme. Así pues, adiós.

—Adiós.

Los dos hombres siguieron caminos separados por el estrecho sendero a través de la espesura de bambú. Era hermoso contemplar las motas de luz diseminadas por la luna.

\*

\*

\*

El castillo de Shoryuji cayó aquella noche. Sucedió precisamente mientras Mitsuhide moría en Ogurusu. Los generales Nakagawa Sebei, Takayama Ukon, Ikeda Shonyu y Hori Kyutaro trasladaron allí sus puestos de mando. Encendieron una gran hoguera, alinearon sus escabeles de campaña ante el portal

del castillo y aguardaron la llegada de Nobutaka y Hideyoshi. Nobutaka no tardó en aparecer.

Haber tomado el castillo era una victoria espléndida. Soldados y oficiales erguían sus estandartes y miraban a Nobutaka con gran reverencia. Cuando el joven desmontó y pasó entre las filas del ejército, fue saludando a los hombres con una expresión amistosa. Casi se mostró demasiado cortés con los generales, a los que saludó respetuosamente y mostró su gratitud.

Tomando la mano de Sebei, le dijo con especial afecto:

—Gracias a tu lealtad y valor, los Akechi han sido aplastados en un solo día de lucha. El alma de mi padre ha sido apaciguada, y yo no olvidaré esto.

Alabó de la misma manera a Takayama Ukon e Ikeda Shonyu. En cambio Hideyoshi, que llegó con cierto retraso, no les dijo nada. Cuando pasó por su lado en su palanquín, incluso pareció mirarlos con desprecio.

Sebei era un hombre de ferocidad sin igual, incluso entre rudos guerreros, y es posible que se sintiera ofendido por la conducta de Hideyoshi. Se aclaró la garganta, haciendo suficiente ruido para que le oyera. Hideyoshi le miró desde el interior del palanquín y siguió adelante, diciéndole:

—Buen trabajo, Sebei.

Sebei golpeó el suelo con un pie, enojado.

—Incluso el señor Nobutaka ha tenido la cortesía de desmontar por nosotros, pero este hombre es tan arrogante que pasa sin detenerse en su palanquín. Tal vez el Mono cree que ya está dirigiendo el país.

Habló así lo bastante alto para que pudieran oírle cuantos le rodeaban, pero eso era todo lo que podía hacer.

Ikeda Shonyu, Takayama Ukon y los demás tenían el mismo rango que Hideyoshi, pero en algún momento éste había empezado a tratarles como si fuesen sus subordinados. También ellos habían llegado a sentir que, de alguna manera, estaban bajo las órdenes de Hideyoshi. Desde luego, eso era algo que les desagradaba a todos, pero ninguno había protestado.

Al entrar en el castillo, Hideyoshi se limitó a mirar las ruinas del edificio ennegrecidas por el fuego y no quiso descansar. Ordenó que levantaran un recinto con cortinas en el jardín, colocó su escabel de campaña al lado del de Nobutaka, llamó en seguida a los generales y se puso a dar órdenes.

—Kyutaro, dirige un ejército hacia el pueblo de Yamashina y sigue adelante en dirección a Awadaguchi. Tu objetivo es salir en Otsu y bloquear el camino entre Azuchi y Sakamoto. —Entonces se volvió a Sebei y Ukon—. Vosotros iréis a la carretera de Tamba lo antes posible. Parece ser que gran parte del enemigo ha huido hacia Tamba, y no queremos que tengan tiempo de ir al castillo de Kameyama y hacer preparativos. Si ahora somos lentos, es probable que perdamos incluso más tiempo. Si podéis llegar a Kameyama mañana a mediodía, el castillo caerá sin demasiada dificultad.

Algunos fueron enviados a toda prisa a Toba y la zona de Shichijo, mientras otros debían avanzar hasta la proximidad de Yoshida y Shirakawa. Las instrucciones eran muy explícitas, y Nobutaka se limitó a permanecer sentado mientras Hideyoshi las daba. Para todos los generales, la actitud de Hideyoshi era absolutamente presuntuosa.

Sin embargo, incluso Sebei, el primero que había abierto la boca lleno de cólera, aceptó dócilmente las órdenes como los demás. Finalmente distribuyeron provisiones a los soldados por primera vez desde la mañana, se sirvió sake, llenaron los estómagos y partieron de nuevo hacia el campo de batalla.

Hideyoshi comprendía que había un momento y un lugar para hacer que la gente se sometiera a su

control, y esta vez su estratagema había consistido en esperar el momento en que cada uno de los generales hubiera conseguido una victoria. Pero Hideyoshi sabía que sus colegas eran hombres de valor sin igual y arrojo ingobernable, y no era tan imprudente como para arriesgarse a dirigirse a ellos como subordinados usando tan sólo esa estratagema.

Un ejército debía tener un dirigente. Aunque Nobutaka debería haber sido, por su rango, el comandante en jefe, sólo había intervenido recientemente en la campaña y todos los generales reconocían que le faltaba autoridad y resolución. Por esa razón no había nadie que pudiera asumir el liderazgo excepto Hideyoshi.

Aunque ninguno de los generales se sentía inclinado a someterse, todos sabían que no había nadie más aceptable en todo el grupo. Hideyoshi había planeado que aquella batalla fuese el réquiem por Nobunaga y los había concentrado. Así pues, si ahora se quejaban de su manera de tratarlos como subordinados, no harían más que exponerse a la acusación de egoísmo.

Los generales no tuvieron tiempo para descansar, pues debían partir en seguida hacia los nuevos campos de batalla que les habían destinado. Mientras permanecían juntos para partir, Hideyoshi permanecía en su puesto de mando y señalaba a cada hombre con el mentón.

Hideyoshi se alojó en el templo Mii, y la noche del día catorce hubo otra gran tormenta. Los rescoldos del castillo de Sakamoto se apagaron y, a lo largo de la noche, pálidos relámpagos blancos destellaron sobre el lago color de tinta y Shimeigatake.

A la mañana siguiente, el cielo apareció despejado e hizo de nuevo un cálido día de verano. Desde el campamento principal en el templo Mii, una espesa nube de color amarillo se alzaba desde la orilla oriental del lago en dirección a Azuchi.

—¡Azuchi está ardiendo!

Los generales salieron a la terraza. Hideyoshi y los demás se pusieron una mano sobre los ojos a modo de visera. Entonces llegó un mensajero.

—El señor Nobuo, que estaba acampado en Tsuchiyama, en Omi, y el señor Gamo han unido sus fuerzas y están atacando Azuchi desde esta mañana. Han incendiado la ciudad y el castillo, y el viento del lago ha extendido las llamas por todo Azuchi. Pero allí no quedaban soldados enemigos y no ha habido ninguna batalla.

Hideyoshi imaginaba lo que estaba sucediendo.

—No había ningún motivo para causar ese incendio —musitó malhumorado—. Por mucha autoridad que tenga, el señor Nobuo ha actuado precipitadamente, y Gamo también.

Pero no tardó en calmarse. Nobunaga había empleado la sangre y los recursos de media vida en levantar una cultura que sería profundamente llorada, pero Hideyoshi confiaba en que muy pronto, y con sus propias fuerzas, él levantaría un castillo y una cultura incluso más grandes.

En aquel momento, otra patrulla de soldados llegaron desde el portal del templo principal. Estaban apiñados alrededor de un hombre y le llevaban a presencia de Hideyoshi.

—Un campesino de Ogurusu llamado Chobei dice que ha encontrado la cabeza del señor Mitsuhide.

Era costumbre examinar la cabeza de un general enemigo con solemne decoro y etiqueta, y Hideyoshi ordenó que colocaran su escabel de campaña ante el templo principal. Poco después tomó asiento con los demás generales y contempló en silencio la cabeza de Mitsuhide.

Después la cabeza fue expuesta en las ruinas del templo Honno. Sólo había pasado medio mes desde



la mañana en que el estandarte con las campanillas fue alzado en medio de los gritos de guerra del ejército de Akechi.

La cabeza de Mitsuhide fue expuesta para que pudieran verla los ciudadanos de la capital, los cuales se congregaron en el lugar desde la mañana hasta la noche. Incluso quienes habían denunciado la traición de Mitsuhide rezaron ahora una plegaria, mientras otros arrojaban flores bajo el cráneo putrefacto.

Las órdenes militares de Hideyoshi fueron sencillas y claras. Sus leyes se reducían a tres: sed diligentes en vuestro trabajo, no cometáis malas acciones, y los elementos perturbadores serán ejecutados.

Hideyoshi aún no había organizado unos funerales formales por Nobunaga. La grandiosa ceremonia que imaginaba no podía realizarse sólo con el poder militar, y no sería correcto que sólo estuviera bajo sus auspicios. El fuego de la capital se había extinguido, pero las chispas se habían extendido a todas las provincias.

Nobunaga y Mitsuhide estaban muertos, y existía la posibilidad de que el país volviera a verse dividido en tres esferas de influencia, como ocurría antes. Peor todavía, las rencillas familiares y los señores de la guerra rivales que defendían sus intereses locales podrían sumir el país en el caos de los últimos años del shogunado.

Desde el templo Mii, Hideyoshi trasladó todo su ejército a una flota de naves de guerra, a bordo de las cuales subieron desde los caballos hasta los biombos dorados. Era el día dieciocho, y el objetivo consistía en trasladarse a Azuchi. Otra fuerza militar también avanzó serpenteando hacia el oeste, por la ruta terrestre. Los barcos en hilera que avanzaban por el lago eran impulsados por la brisa que hinchaba los estandartes, y reflejaba al ejército de tierra que avanzaba por la costa.

Pero Azuchi ya no era más que tierra quemada, y en cuanto llegaron los soldados se sintieron descorazonados. Los muros dorados y azules de Azuchi ya no existían. Todas las puertas del muro exterior y los elevados aleros del templo Soken se habían convertido en cenizas. El estado de la ciudad fortificada era incluso peor. No había nada que ni siquiera los perros extraviados pudieran comer, y los sacerdotes de la iglesia cristiana deambulaban con expresiones vacías.

Nobuo debería encontrarse allí, pero estaba luchando contra los rebeldes en Ise e Iga. No había duda de que Nobuo no había ordenado el incendio de Azuchi. Ciertamente los fuegos habían sido prendidos por sus hombres, pero parecía plausible que hubiera sido el resultado de un malentendido o tal vez de falsos rumores propagados por el enemigo.

Hideyoshi y Nobutaka habían viajado juntos a Azuchi y lamentaban profundamente su destrucción. Sin embargo, tras comprender que Nobuo no había ordenado el incendio, su indignación pareció remitir un poco. Sólo se quedaron en Azuchi otros dos días. El convoy de barcos volvió a hacerse a la vela, esta vez hacia el norte. Ahora Hideyoshi se dirigía con su ejército principal hacia su castillo de Nagahama.

El castillo se había salvado. No había ninguna señal del enemigo y las tropas aliadas entraban ya en el recinto. Cuando alzaron la insignia de mando con la calabaza dorada, la alegría inundó a los habitantes del castillo, los cuales atestaban las calles por donde pasaba Hideyoshi desde el barco al castillo. Mujeres, niños y ancianos se postraban en el suelo para saludarle. Algunos lloraban y otros ni siquiera podían alzar la cara. Los había que gritaban y agitaban las manos, mientras otros incluso perdían la compostura y bailaban de alegría. El señor del castillo avanzaba resueltamente a caballo para responder a la entusiasta bienvenida de los suyos.

Sin embargo, Hideyoshi tenía aún una profunda inquietud, que iba en aumento después de su entrada en el castillo de Nagahama. Tal era su impaciencia y anhelo que no podía permanecer quieto ni siquiera un momento. ¿Estarían sanas y salvas su madre y su esposa?

Una vez sentado en la ciudadela interior, planteó la pregunta una y otra vez a los generales que iban y venían. De repente estaba muy preocupado por la situación de su familia.

—Las hemos buscado por todas partes, pero aún no nos ha llegado ningún informe claro —le dijeron los generales.

—¿Nadie conocía su paradero?

—Creíamos que lo sabrían —respondió un general—, pero ninguna de estas personas parece haberlas visto. Cuando huyeron del castillo, su destino se mantuvo en secreto absoluto.

—Comprendo. Debe de ser cierto. Si la gente hubiera conocido su paradero, las habrían perseguido y habrían corrido peligro.

Hideyoshi recibió a otro general con quien habló de un tema totalmente distinto. Aquel día las tropas enemigas que estaban en el castillo de Sawayama habían abandonado la fortaleza y huido en dirección a Wakasa. El general informó de que el castillo había sido devuelto a su anterior comandante, Niwa Nagahide.

Ishida Sakichi y otros cuatro o cinco miembros del grupo de pajes regresaron apresuradamente de un destino desconocido. Antes de que llegaran a la habitación de Hideyoshi, se oyeron alegres voces en el corredor y la sala de los pajes, y Hideyoshi preguntó a quienes le rodeaban:

—¿Ha regresado Sakichi? ¿Por qué tarda tanto en venir aquí?

Envió a un hombre para que le reprendiera.

Ishida Sakichi había nacido en Nagahama y conocía la geografía de la zona mejor que nadie, por lo que había pensado que era el momento de utilizar su conocimiento. A mediodía había salido por su cuenta, buscando el lugar donde podrían estar escondidas la madre y la esposa de su señor.

Sakichi se arrodilló respetuosamente ante Hideyoshi. De acuerdo con su informe, la madre, la esposa y sus servidores se habían refugiado en las montañas a poco más de diez leguas de Nagahama. Sus condiciones de vida parecían ser precarias.

Hideyoshi se levantó.

—Bien, preparémonos para partir en seguida —ordenó—. Si nos vamos ahora, deberíamos llegar allí mañana por la noche.

Tan grande era su impaciencia que apenas podía retenerse.

—Encárgate de todo durante mi ausencia —le dijo a Kyutaro—. Hikoemon se encuentra estacionado en Otsu y el señor Nobutaka sigue todavía en Azuchi.

Cuando Hideyoshi cruzó el portal del castillo, vio seiscientos o setecientos hombres alineados y esperándole. Habían librado batallas sucesivas en Yamazaki y Sakamoto, y no habían tenido tiempo de descansar ni siquiera en Azuchi. Los guerreros habían llegado aquella misma mañana y sus rostros estaban todavía fatigados y sucios de barro.

—Bastará con que me acompañen cincuenta hombres a caballo —dijo Hideyoshi, sólo después de que los hombres montados provistos de antorchas hubieran iniciado el desfile.

Así pues, la mayoría de los soldados se quedarían atrás.

—Eso es peligroso —dijo Kyutaro—. Cincuenta jinetes son muy pocos. El camino pasa cerca del

monte Ibuki y las fuerzas enemigas puede que sigan escondidas allí.

Tanto Kyutaro como Shonyu le precavieron con vehemencia, pero Hideyoshi estaba convencido de que no había necesidad de preocuparse. Lo dijo así y ordenó a los hombres provistos de antorchas que le precedieran. Cruzaron el portal del castillo y avanzaron por la carretera bordeada de árboles en dirección al nordeste.

Cabalgando de noche hasta alrededor de la cuarta guardia, Hideyoshi avanzó cinco leguas sin apresurarse demasiado.

El grupo llegó al templo Sanjuin a medianoche. Hideyoshi había pensado que los monjes se llevarían una completa sorpresa, pero su asombro fue mayúsculo cuando abrieron el portal principal y vio que el interior del templo estaba brillantemente iluminado con faroles, habían regado el recinto y toda la zona había sido minuciosamente barrida.

—Alguien debe de haberse adelantado para anunciar mi llegada.

—He sido yo —anunció Sakichi.

—¿Tú?

—Sí, mi señor. Pensé que probablemente haríais un alto aquí para descansar, por lo que pedí a un joven de pies ligeros que se adelantara y pidiera que preparasen comida para cincuenta hombres.

Sakichi había sido un acólito del templo Sanjuin, pero a la edad de doce años Hideyoshi le aceptó como paje en el castillo de Nagahama. Hacía de ello ocho años, y desde entonces se había convertido en un samurai veinteañero. Sakichi tenía un excelente sentido común y era más perspicaz que la mayoría de la gente.

Al amanecer se veía el contorno del monte Ibuki contra las tonalidades rosa y azul claro del cielo, y no se oía más que el piar de las aves. El camino estaba húmedo de rocío y la oscuridad reinaba bajo los árboles.

Hideyoshi parecía contento. Sabía que cada paso le acercaba a su madre y su esposa, y no parecía importarle ni la empinada cuesta del camino ni la fatiga. Ahora, cuanto más se acercaba a Nishitani mientras la luz aumentaba en el monte Ibuki, mayor era su sensación de estar apoyado contra el seno materno.

Por mucho que avanzaran corriente arriba a lo largo del río Azusa, nunca parecían llegar a su fuente. Por el contrario, el cauce se ensanchaba y llegaron a un valle tan ancho que podrían haberse olvidado de que estaban en medio de las montañas.

—Ése es el monte Kanakuso —dijo el monje que les servía de guía, y señaló un alto pico directamente frente a ellos.

El monje se enjugó el sudor de la frente, pues el sol había subido al centro del cielo y el calor de mediados del verano iba en aumento. Siguió caminando por el estrecho sendero, el cual poco después se estrechó tanto que Hideyoshi y sus ayudantes tuvieron que desmontar. En aquel momento los hombres que rodeaban a Hideyoshi se detuvieron.

—Parece el enemigo —dijeron alarmados.

Hideyoshi y su pequeña fuerza acababan de rodear el pico. A lo lejos, estacionados en la ladera de la montaña, se distinguía un grupo de soldados que también parecían sorprendidos y permanecían agrupados. A una orden dada, al parecer, por uno de ellos, los soldados se dispersaron en desorden.

—Podrían ser restos del ejército enemigo —comentó alguien—. Tengo entendido que en su huida han

llegado hasta Ibuki.

Ésa era una posibilidad, desde luego, y los fusileros se adelantaron de inmediato. Se dio en seguida la orden de apretarse para el combate, pero los dos monjes que actuaban como guías llamaron a los hombres.

—No es el enemigo. Son vigías del templo. ¡No disparéis!

Entonces se volvieron hacia la montaña y se hicieron entender por medio de gestos y gritando a voz en cuello.

Entonces los soldados empezaron a bajar por la ladera como piedras desprendidas y muy pronto un oficial con un pequeño estandarte sujeto a la espalda corrió hacia ellos. Hideyoshi le reconoció como un vasallo de Nagahama.

\* \* \*

El templo Daikichi no era más que un pequeño templo de montaña. Cuando llovía el agua se filtraba a través del tejado. Cuando soplaba el viento, los muros y las vigas se movían. Nene vivía y cuidaba de su suegra en el templo principal, mientras las damas de honor ocupaban los aposentos de los sacerdotes. Los servidores que llegaron más tarde de Nagahama construyeron pequeñas chozas en la zona o se alojaron en casas de la aldea. En tan precarias condiciones una gran familia formada por más de doscientos miembros había vivido durante más de dos semanas.

Cuando les llegó la noticia de la muerte de Nobunaga, la avanzada del ejército de Akechi se encontraba ya a la vista del castillo y apenas había tiempo para decidir lo que se podía hacer. Nene había escrito una carta a su marido, que estaba en las lejanas provincias occidentales, pero lo hizo realmente en el último momento. Huyó del castillo, llevando consigo a su suegra y abandonando casi todas sus posesiones. Tan sólo pudo cargar un caballo con una muda de ropa para su suegra y los regalos que su marido había recibido de Nobunaga.

En aquella trágica situación Nene, una mujer sola, tuvo que actuar resueltamente y con un gran sentido de la responsabilidad. Estaba al frente del castillo en ausencia de Hideyoshi, tenía que atender a su anciana suegra y dirigir a la servidumbre del castillo. Sin duda deseaba con todo su corazón oírle decir a su marido que había hecho bien las cosas. Pero él se encontraba en un campo de batalla lejano. Hasta poco tiempo antes había vivido en la seguridad del castillo mientras él estaba ausente, pero ahora, de repente, no había ninguna distinción entre ellos.

Durante una guerra, semejante situación no tenía por qué ser desesperante, pero lo que afligía a Nene era la protección de la madre de Hideyoshi. Aunque abandonaran el castillo al enemigo, estaba segura de que Hideyoshi no tardaría en tomarlo de nuevo. Pero si, como esposa, permitía que su suegra sufriera lesiones, nunca podría volver a enfrentarse a él.

—Por favor, preocupaos tan sólo de proteger a mi suegra, no penséis en mí. Y por mucho que lamentéis dejar algo atrás, no os dejéis distraer por las posesiones.

De esta manera Nene alentaba a las mujeres y los demás miembros de la servidumbre mientras avanzaban desesperadamente por la carretera hacia el este.

Nagahama estaba bordeado al oeste por el lago Biwa, mientras que al norte lo tenían en jaque clanes hostiles, y la actividad en dirección a la carretera de Mino no estaba clara. Así pues, no quedaba más

alternativa que huir hacia el monte Ibuki.

Cuando su clan vencía, la vida del guerrero estaba llena de felicidad. Pero cuando su marido era el perdedor, o tenían que huir de su castillo como fugitivos, la patética esposa debía de experimentar una desdicha inimaginable para un hombre que trabajaba los campos o vendía sus géneros en la ciudad.

A partir de aquel día, los miembros de la servidumbre de Hideyoshi pasaron hambre, se tendieron a dormir al aire libre y sintieron el temor a tropezarse con patrullas enemigas. Por la noche era difícil evitar el rocío. De día avanzaban a toda prisa, forzando sus pies desacostumbrados a tales caminatas, blancos y ensangrentados.

En medio de estas dificultades, pensaban en una sola cosa: si el enemigo los capturaba, demostrarían cómo eran. Ésa era la promesa secreta de casi todos. Las mujeres pensaban de la misma manera. Si ese día la fragancia de su maquillaje y el encanto de sus negras cabelleras no se proyectaban desde sus corazones, deberían ser desdeñadas y condenadas como impostoras para ocultar su fealdad.

La aldea era un refugio excelente. Habían apostado centinelas a distancia, por lo que no existía el temor de un ataque por sorpresa. Como estaban a mediados del verano, hacían durar las ropas de cama y las provisiones. Su mayor inquietud era el aislamiento en que se hallaban. Como estaban tan lejos de cualquier lugar habitado, no tenían idea de lo que estaba ocurriendo.

El mensajero no tardaría en regresar. Nene dejó que sus pensamientos corrieran hacia el cielo occidental. La noche anterior a su huida de Nagahama había escrito apresuradamente una carta a su marido. Desde entonces no tenía noticias del mensajero. Tal vez había caído por el camino en manos de los Akechi, o no había podido encontrar el lugar donde se ocultaban. Nene había pensado en esas posibilidades día y noche.

Más recientemente se había enterado de la batalla librada en Yamazaki. Cuando le hablaron de ese acontecimiento, la sangre arreboló su cutis.

—Eso es muy probable —dijo la madre de Hideyoshi—. Es propio de ese muchacho.

El cabello de la anciana se había vuelto completamente blanco, y ahora permanecía sentada en el pabellón principal del templo Daikichi desde que se levantaba hasta la hora de acostarse, sin moverse en absoluto y rezando devotamente por la victoria de su hijo. Por muy caótico que se volviera el mundo, no tenía la menor duda de que el hijo que ella había parido no se apartaría del Gran Camino. Incluso ahora, cuando chismorreaba con Nene, seguía cayendo en su antiguo hábito de referirse a Hideyoshi como «ese chico».

—Que regrese victorioso, aunque sea a cambio de este viejo cuerpo.

Ésta era la plegaria que rezaba continuamente. De vez en cuando alzaba la vista a la estatua de la diosa Kannon y exhalaba un suspiro de alivio.

—Madre, tengo la sensación de que pronto recibiremos buenas noticias —le dijo Nene un día.

—Yo he sentido lo mismo, pero no sé por qué —replicó la madre de Hideyoshi.

—Lo sentí de repente al mirar la cara de Kannon. Ayer más que anteayer, hoy más que ayer..., parece sonreímos.

Las dos mujeres habían estado conversando así la mañana de la llegada de Hideyoshi.

El sol poniente tendía la sombra del valle sobre la aldea y los muros del templo estaban ya coloreados por el crepúsculo. Nene golpeaba el pedernal para encender las lámparas en el santuario interior, donde la anciana oraba ante la estatua de Kannon.

De repente oyeron el ruido de guerreros apresurados en el exterior. La madre de Hideyoshi se volvió sorprendida, y Nene salió a la terraza.

—¡Llega Su Señoría!

Los gritos de los centinelas resonaron en todo el recinto. A diario los centinelas recorrían unas dos leguas río abajo para montar guardia. Todos parecían como si se hubieran caído de bruces después de correr al portal principal, pero cuando vieron a Nene en la terraza empezaron a gritarle desde donde estaban, como si no tuvieran suficiente tiempo para acercarse más.

—¡Madre! —gritó Nene.

—¡Nene!

La anciana y su nuera se abrazaron con lágrimas en los ojos, apenas conscientes de que sus voces felices se habían convertido en una sola. La anciana se postró ante la imagen de Kannon. Nene se arrodilló a su lado e hizo una profunda reverencia.

—El chico no te ha visto desde hace largo tiempo y pareces un poco cansada. Ve a cepillarte el cabello.

—Sí, madre.

Nene se apresuró a retirarse a su habitación. Se cepilló el cabello, ahuecó las manos bajo la cañería de bambú para recoger agua con la que se lavó la cara y se aplicó rápidamente maquillaje.

Todos los miembros de la servidumbre y los samurais estaban ante el portal, alineados según su edad y rango para saludar a Hideyoshi. Viejos y jóvenes, muchos de los cuales eran aldeanos, miraban entre los árboles, llenos de curiosidad por lo que sucedería a continuación. Al cabo de un rato, varios guerreros se adelantaron corriendo a los demás, llegaron al portal y anunciaron que su señor y el grupo que le acompañaba no tardarían en llegar. Cuando finalizó su informe a Nene, se incorporaron a la hilera de hombres y todos permanecieron en silencio, esperando que Hideyoshi apareciera a lo lejos. Mientras aguardaba junto a los hombres expectantes, los ojos de Nene parecían extrañamente opacos.

Poco después llegó un grupo de hombres y caballos y el aire se llenó de olor a sudor y polvo, junto con el estrépito y bullicio de quienes habían acudido para saludar a su señor. El portal delantero del templo quedó temporalmente oculto por la hilera de caballos y personas que felicitaban a los hombres por haber llegado a salvo.

Hideyoshi estaba entre ellos. Había recorrido a caballo la corta distancia desde la aldea, pero desmontó ante el portal del templo. Entregó las riendas de su montura a un ayudante y miró a un grupo de niños que estaban en el extremo de la hilera de personas a su derecha.

—Debe de haber muchos sitios para jugar en las montañas —les dijo.

Entonces dio unas palmadas en los hombros de los pequeños que estaban cerca. Todos eran hijos de sus servidores, y sus madres y abuelos también estaban allí. Hideyoshi sonrió a cada uno de ellos mientras caminaba hacia las piedras pasaderas del portal.

—Bien, bien. Me alegro de ver que todo el mundo está sano y salvo. Qué alivio. —Entonces se volvió a la izquierda, donde permanecían en silencio los guerreros de su clan, y alzó un poco la voz—. He vuelto. Comprendo que habéis sufrido muchas penalidades en mi ausencia. Habéis tenido que trabajar duramente.

Los guerreros alineados hicieron una profunda reverencia. Bajo el portal del templo, en lo alto de los escalones, sus servidores principales y los miembros jóvenes y viejos de su familia le esperaban para

saludarle. Hideyoshi se limitó a mirar a derecha e izquierda, demostrando con una sonrisa que gozaba de buena salud. A su esposa, Nene, le dirigió una sola mirada, y cruzó el portal del templo sin hablarle.

Pero a partir de entonces el marido estuvo acompañado por su modesta esposa. La multitud de pajes que les seguían y los miembros de su familia o bien se retiraron a descansar, tal como Nene les había instruido, o le saludaron desde la terraza y cada uno desapareció en sus aposentos.

En el templo principal, de alto techo, la llama de una lámpara solitaria oscilaba en una mesita baja. A su lado se sentaba una mujer de cabello tan blanco como un capullo de gusano de seda, vestida con un kimono de color bermejo.

Llegaba a sus oídos la voz de su hijo, a quien su esposa acompañaba por la terraza. Sin hacer ruido alguno, la madre se levantó y fue al extremo de la estancia. Hideyoshi se detuvo bajo el postigo y se sacudió el polvo de sus ropas. Seguía cubriéndose con una capucha la cabeza, que se había afeitado en Amagasaki.

Nene, que iba detrás de él, se adelantó y le dijo en voz baja: —Tu madre ha salido a saludarte.

Hideyoshi se acercó en seguida a su madre y se postró.

—Te he causado muchas dificultades, madre, y te ruego que me perdones —fue todo lo que pudo decir.

La anciana retrocedió un poco, sin dejar de arrodillarse, y se postró ante su hijo.

La etiqueta de la ocasión requería saludar formalmente al señor del clan a su regreso triunfal. Era la tradición de la clase guerrera, y no algo propio de la relación cotidiana entre padres e hijos. Pero en cuanto Hideyoshi vio a su madre sana y salva, sus sentimientos sólo fueron de afecto hacia aquella persona de su misma carne y sangre. Se acercó silenciosamente a su anciana madre, pero ella, con ademanes modestos, impidió su avance.

—Has regresado sin novedad, pero antes de que me preguntes por mis penalidades o mi bienestar, ¿por qué no hablas de la muerte del señor Nobunaga y me dices si has destruido a nuestro odioso enemigo, Mitsuhide?

Hideyoshi se enderezó inconscientemente el cuello del kimono. Su madre siguió diciendo:

—No sé si sabes que a tu madre le preocupaba día y noche no que estuvieras vivo o muerto, sino si actuarías como el gran general Hideyoshi, un vasallo del señor Nobunaga. Mientras me preguntaba cómo te las arreglarías después de la muerte de nuestro señor, me enteré de tu marcha hacia Amagasaki y Yamazaki, pero luego no hemos tenido más noticias.

—No me apresuré a ponerme en contacto contigo.

Las palabras de la anciana parecían reservadas y nada afectuosas, pero Hideyoshi temblaba de dicha, como si la sangre corriera impetuosa por todo su cuerpo. No le consolaba un amor natural materno, pero sentía que la reconvención de su madre evidenciaba un amor mucho mayor y le daba estímulo para el futuro.

Entonces les contó con detalle los acontecimientos ocurridos desde la muerte de Nobunaga y las grandes hazañas que deseaba llevar a cabo. Habló de todo ello con sencillez, de modo que su anciana madre las comprendiera bien.

La anciana vertió lágrimas por primera vez, y entonces alabó a su hijo.

—Has hecho bien al destruir al clan Akechi en tan sólo unos días. El alma del señor Nobunaga debe de sentirse satisfecha, y no se arrepentirá de haberte otorgado su afecto. A decir verdad, estaba decidida

a no dejarte pasar una sola noche aquí si venías sin haber visto la cabeza cortada de Mitsuhide.

—Y yo habría sido incapaz de verte antes de haber terminado ese asunto, por lo que no he podido hacer otra cosa que luchar tenazmente hasta hace dos o tres días.

—Que pueda verte aquí sano y salvo debe significar que el camino que has elegido está en armonía con las intenciones de los dioses y Budas. Bien..., Nene, ven aquí también. Debemos dar las gracias juntas.

Dicho esto, la anciana se volvió de nuevo hacia la estatua de Kannon. Hasta entonces Nene había permanecido modestamente apartada de Hideyoshi y su madre, pero cuando su suegra solicitó su presencia, se apresuró a levantarse y fue al santuario principal.

Tras encender la lámpara en el santuario budista, regresó y, por primera vez, se sentó al lado de su marido. Los tres se inclinaron en dirección a la débil luz. Después de que Hideyoshi alzara la cabeza y mirase la imagen, los tres volvieron a inclinarse. En el santuario habían colocado una tablilla funeraria que tenía inscrito el nombre de Nobunaga.

Cuando terminaron, la madre de Hideyoshi parecía haberse quitado un gran peso del corazón.

—Nene —llamó en voz baja la anciana—. A este chico le gustará darse un baño. ¿Está preparado?

—Sí, he pensado que sería más relajante para él que cualquier otra cosa, por lo que he dado orden de que lo preparen.

—Estará bien que por lo menos se quite el sudor y el polvo. Entretanto iré a la cocina y les pediré que le hagan algo de su gusto.

La anciana salió de la habitación y los dejó a solas.

—Nene.

—Dime.

—Supongo que esta vez también habrás sufrido muchas penalidades, pero aunque hayas tenido que ocuparte de todo lo demás, has cuidado bien de mi madre. Ésa era también mi única preocupación.

—La esposa de un guerrero siempre está preparada para hacer frente a esta clase de dificultades, por lo que no me pareció tan duro.

—¿De veras? Entonces has comprendido que no existe nada más satisfactorio que mirar a tu alrededor y ver que has dejado las dificultades atrás.

—Cuando veo que mi marido ha regresado a casa sano y salvo, sé muy bien lo que quieres decir.

Al día siguiente regresaron a Nagahama. El sol matinal se reflejaba en la niebla blanca. Siguiendo el río Azusa, la carretera se estrechaba progresivamente, y los guerreros desmontaron y guiaron a sus caballos.

A mitad del camino se encontraron con los oficiales del estado mayor de Nagahama que acudían a informar de la situación de guerra.

—Vuestra carta relativa al castigo de los Akechi ha sido enviada a los demás clanes y, tal vez debido a la rapidez con que ha sido notificado, el ejército del señor Ieyasu ha regresado a Hamamatsu desde Narumi. Por otro lado, el ejército del señor Katsuie, que había llegado hasta la frontera de Omi, parece haberse detenido ahora en su avance.

Hideyoshi sonrió en silencio y entonces musitó, casi para sus adentros:

—Parece ser que esta vez el señor Ieyasu también se siente un poco confuso. Por supuesto, sólo ha sido un resultado indirecto, pero se diría que refrenar a Ieyasu ha dispersado la fuerza militar de



Mitsuhide. Qué decepcionados deben de estar los guerreros Tokugawa por haber regresado sin luchar.

Así, el día veinticinco de aquel mes, un día después de que acompañara a su madre a Nagahama, partió hacia Mino.

Había existido agitación en Mino, pero en cuanto su ejército avanzó, la zona fue sojuzgada. En primer lugar, Hideyoshi ofreció a Nobutaka el castillo de Inabayama, demostrando así lealtad hacia el clan de su antiguo señor. Entonces aguardó tranquilamente la conferencia de Kiyosu, que daría comienzo el día veintisiete del mismo mes.

# Guerra de palabras

Aquel año Shibata Katsuie contaba cincuenta y dos. Como jefe militar, era veterano de muchas batallas, y como hombre había experimentado muchas vicisitudes en el camino de la vida. Era de alto linaje y tenía una carrera distinguida. Mandaba a un ejército poderoso y estaba dotado de una constitución física robusta. Nadie dudaba de que había sido elegido por los tiempos, y él mismo creía sin sombra de duda que así era en efecto. El cuarto día del sexto mes estaba acampado en Uozaki, provincia de Etchu. En cuanto tuvo noticia de los sucesos en el templo Honno, se dijo a sí mismo que lo que estaba haciendo en aquellos momentos era de la mayor importancia, y debía hacerlo bien.

Por este motivo retrasó sus acciones. A tal extremo llevaba su circunspección. Sin embargo, su mente corrió a Kyoto como una tempestad.

Era el vasallo de Oda de mayor rango y gobernador militar de las provincias del norte. Ahora, equipado con la sabiduría y la fuerza de toda una vida, arriesgaba su carrera en una sola jugada. Había abandonado el campo de batalla en el norte y se apresuraba hacia la capital. Aunque puede decirse que se apresuraba, lo cierto es que tardó varios días en abandonar Etchu y pasó varios más en su castillo de Kitanosho, en Echizen. Personalmente no consideraba lento su avance. Cuando un hombre como Katsuie partía en una misión tan importante, todo tenía que hacerse de acuerdo con las reglas, lo cual requería una prudencia apropiada y elegir el momento más propicio.

A Katsuie le parecía notable la velocidad con que trasladaba sus tropas, pero cuando la fuerza principal llegó a la frontera entre Echizen y Omi, mediaba ya el mes. A mediodía del día dieciséis le dio alcance la retaguardia procedente de Kitanosho, y los caballos del ejército descansaron en el puerto de montaña. Mirando abajo, a la llanura, los soldados veían que las nubes de verano ya estaban altas en el cielo.

Habían pasado doce días desde que Katsuie se enteró de la muerte de Nobunaga. Era cierto que Hideyoshi, que combatía a los Mori en las provincias occidentales, había recibido el informe de Kyoto un día antes que Katsuie, pero el día cuatro Hideyoshi había hecho las paces con los Mori, el día cinco había partido, el siete llegó a Himeji, el nueve se dirigió a Amagasaki, el trece derrotó a Mitsuhide en la batalla de Yamazaki, y cuando Katsuie llegó a los límites de Omi, ya había limpiado la capital de las restantes tropas enemigas.

Ciertamente, la carretera que conducía a la capital desde Echizen era más larga y difícil de transitar que la de Takamatsu, pero las dificultades a las que se enfrentaba Hideyoshi y las que tenía Katsuie no eran del mismo orden. La ventaja estaba claramente de parte de Katsuie. Para dirigir los movimientos de sus tropas y retirarse del campo de batalla, sus circunstancias eran mucho más fáciles que las de Hideyoshi. En tal caso, ¿por qué se retrasaba tanto? Sencillamente, porque Katsuie ponía la prudencia y el respeto de las reglas por delante de la velocidad.

La experiencia que había obtenido al participar en tantas batallas y la consiguiente confianza en sí mismo habían formado una cubierta exterior alrededor de su pensamiento y su capacidad de discernimiento. Estas cualidades eran realmente un obstáculo para la acción rápida cuando los asuntos nacionales estaban en una coyuntura crítica, y contribuían a la incapacidad de Katsuie para ir más allá de las tácticas y estrategias convencionales.

La aldea montañesa de Yanagase estaba llena de hombres y caballos. Al oeste se extendía la ruta de

la capital. Si el ejército avanzaba hacia el este, pasarían ante el lago Yogo y entrarían en la carretera secundaria que conducía al castillo de Nagahama. Katsuie había establecido su cuartel general provisional en el recinto de un pequeño santuario de montaña.

Katsuie era sensible en extremo a la temperatura, y aquel día en particular el intenso calor y el esfuerzo de la subida parecían afectarle demasiado. Cuando instalaron su escabel de campaña a la sombra de unos árboles, pidió que extendieran una cortina de un árbol a otro y se despojó de la armadura detrás de ella. Entonces se volvió de espaldas a su hijo adoptivo, Katsutoshi.

—Límpiame la espalda, Katsutoshi —le pidió.

Dos pajes provistos de grandes abanicos refrescaron los costados de Katsuie. Cuando se secó el sudor, empezó a picarle todo el cuerpo.

—Frota más fuerte, Katsutoshi, mucho más fuerte —dijo con impaciencia.

El muchacho sólo tenía quince años, y era conmovedor verle actuar con semejante piedad filial en medio de una marcha.

Algo similar a un sarpullido cubría la piel de Katsuie, y no era el único que padecía así aquel verano. Muchos de los soldados que llevaban armadura de cuero y metal presentaban una afección que podría denominarse sarpullido de armadura, pero el caso de Katsuie era especialmente grave.

Se dijo a sí mismo que la debilidad que sufría en verano era consecuencia de haber pasado la mayor parte de los últimos tres años en su puesto de las provincias septentrionales. Pero la verdad innegable era que cuanto mayor se hacía, más débil parecía volverse. Katsutoshi restregó con más fuerza, tal como él le había pedido, hasta que brotó la sangre grasa y roja de la piel de Katsuie.

Llegaron dos mensajeros. Uno era servidor de Hideyoshi y el otro de Nobutaka. Cada uno traía una carta de su señor, y juntos presentaron sus misivas a Katsuie.

Hideyoshi y Nobutaka, ambos acampados en el templo Mii de Otsu, habían escrito las cartas de su puño y letra. La fecha de ambas era el día catorce de aquel mes. La de Hideyoshi decía:

Hoy he inspeccionado la cabeza del general rebelde, Akechi Mitsuhide. Así, el réquiem por nuestro difunto señor ha terminado con los resultados apropiados. Deseamos anunciarlo cuanto antes a todos los servidores de Oda que residen en las provincias del norte y enviar un resumen de inmediato. Ni que decir tiene, aunque el fallecimiento de Su Señoría ha sido causa de aflicción insoportable para todos nosotros, la cabeza del general rebelde ha sido expuesta y las tropas rebeldes exterminadas hasta el último hombre, antes de que hubieran transcurrido once días desde la muerte de nuestro señor. No nos enorgullecemos de ello, pero creo que aplacará a su alma en el otro mundo, aunque sólo sea un poco.

Hideyoshi concluía su carta diciendo que el resultado de la tragedia debería ser causa de gran regocijo, pero Katsuie no se regocijó lo más mínimo. Por el contrario, incluso antes de que terminara de leer, apareció en su semblante la expresión totalmente contraria. Pero, por supuesto, en su respuesta escribió que nada podría haberle hecho tan feliz como las noticias de Hideyoshi. También hizo hincapié en que su ejército había avanzado hasta llegar a Yanagase.

Al pensar en lo que ahora sabía por los informes de los mensajeros y el contenido de las cartas, Katsuie se sintió inseguro sobre lo que debería hacer a continuación. Cuando los mensajeros se marcharon, seleccionó a varios jóvenes de piernas robustas y los envió desde Otsu a Kyoto para

investigar las condiciones reales de la zona. Parecía resuelto a seguir acampado donde estaba hasta que conociera con detalle lo sucedido.

—¿Existe alguna razón para pensar que este informe podría ser falso? —preguntó Katsuie.

Incluso se había sorprendido más que cuando recibió el trágico informe sobre Nobunaga unos días antes.

Si alguien tenía que haberse enfrentado al ejército de Mitsuhide en una «batalla de réquiem», adelantándose al mismo Katsuie, sin duda deberían haber sido Nobutaka o Niwa Nagahide, o incluso alguno de los servidores de Oda en la capital, los cuales podrían haber unido sus fuerzas a las de Tokugawa Ieyasu, quien, al fin y al cabo, se encontraba por entonces en Sakai. Y en ese caso la victoria no se habría conseguido en un día y una noche. Nadie en el clan de Oda tenía una categoría superior a la de Katsuie, y éste sabía muy bien que, de haber estado allí, todo el mundo le habría considerado el comandante en jefe en la batalla contra los Akechi. De eso no había ninguna duda.

Katsuie nunca había considerado a Hideyoshi tan insignificante como parecía. Por el contrario, le conocía muy bien y nunca se había tomado a la ligera sus habilidades. Sin embargo, que Hideyoshi hubiera podido abandonar con tanta rapidez las provincias occidentales era un misterio para Katsuie.

Al día siguiente Katsuie ordenó la fortificación del campamento. Se bloquearon las carreteras y los centinelas detenían a los viajeros procedentes de la capital y los interrogaban a fondo.

Los diversos oficiales transmitían de inmediato cualquier información al cuartel general en el campamento principal. A juzgar por lo que se decía en las calles, ya no cabía dudar de la completa destrucción de los Akechi y la caída del castillo de Sakamoto. Además, según algunos viajeros, aquel día y el anterior se habían elevado llamas y negro humo en la zona de Azuchi, y alguien informó de que el señor Hideyoshi iba al frente de una sección de su ejército hacia Nagahama.

Al día siguiente la mente de Katsuie no tuvo más reposo que antes. Le afligía un sentimiento de vergüenza. Había traído hasta allí a su ejército desde el norte, y no soportaba quedarse quieto a un lado mientras Hideyoshi se ponía en acción de un salto.

¿Qué debía hacer? La responsabilidad natural del principal vasallo del clan Oda habría sido atacar a los Akechi, pero Hideyoshi se había ocupado de esa tarea. Así pues, en las circunstancias actuales, ¿cuál sería su acción más importante y urgente? ¿Y qué estrategia emplearía ante el dominio actual de Hideyoshi?

Katsuie estaba obsesionado por Hideyoshi. Además, dominaba sus pensamientos un desagrado que estaba próximo al odio. Convocó a sus consejeros principales y deliberaron sobre la cuestión hasta altas horas de la noche. Al día siguiente, correos y mensajeros secretos partieron del cuartel general en todas las direcciones. Al mismo tiempo Katsuie dirigió una carta especialmente amistosa a Takigawa Kazumasu.

Aunque ya había enviado de regreso al mensajero de Nobutaka con una respuesta especial, escribió y envió otra carta al hijo de Nobunaga. Seleccionó a uno de sus servidores de alto rango como enviado y ordenó a otros dos inteligentes servidores que le acompañaran, indicándoles la importancia de su misión.

En cuanto al contacto con los demás servidores de su círculo interno, dos escribanos anotaron las palabras de Katsuie y se pasaron media jornada escribiendo más de veinte cartas, las cuales decían en esencia que el primer día del séptimo mes deberían reunirse en Kiyosu para discutir problemas de tanta importancia como la designación del sucesor de Nobunaga y de qué manera se dividiría el que fuera el

dominio de los Akechi.

Como iniciador de la conferencia, Katsuie recuperaría parte de su dignidad como vasallo de alto rango. Ciertamente todos reconocían que sin él no podrían resolverse unos problemas tan cruciales. Con esta ventaja a modo de «llave», Katsuie cambió de dirección y se volvió hacia el castillo de Kiyosu en Owari.

Por el camino, y gracias a los informes de sus exploradores, descubrió que muchos de los servidores de Oda supervivientes se habían dirigido a Kiyosu incluso antes de que les hubieran entregado las cartas. Samboshi, el hijo del heredero de Nobunaga, Nobutada, ya estaba allí y, naturalmente, la opinión generalizada era que el centro del clan Oda también se trasladaría allí. Sin embargo, Katsuie sospechaba que Hideyoshi había tomado una iniciativa presuntuosa y también había orquestado aquello.

\* \* \*

El castillo de Kiyosu presentaba a diario el espectáculo extraordinario de las magníficas comitivas de jinetes que subían la cuesta hasta la entrada del castillo.

Las tierras desde donde Nobunaga había iniciado la obra de su vida se consideraban ahora como el emplazamiento de la conferencia donde se discutirían los asuntos del clan.

Los vasallos supervivientes del clan Oda que se habían reunido allí afirmaban haber acudido para presentar sus respetos a Samboshi. Ninguno mencionaba que había recibido las cartas de Katsuie o que estaba allí a invitación de Hideyoshi.

Pero todo el mundo sabía que pronto daría comienzo una conferencia en el castillo. El tema de la conferencia también era de conocimiento general. Sólo hacía falta fijar el cartel que anunciara públicamente el día y la hora. Una vez los servidores hubieran presentado sus respetos a Samboshi, ninguno de ellos regresaría a su provincia. Cada uno de ellos tenía un buen número de soldados esperándole en sus alojamientos de la ciudad fortificada.

La población del castillo había aumentado enormemente, lo cual, combinado con el calor de mediados del verano y el pequeño tamaño de la ciudad, creaba una atmósfera de confusión y ruido. Los caballos corrían al galope por las calles, se producían peleas entre sirvientes y los incendios eran frecuentes, por lo que no había tiempo de aburrirse.

Hacia fin de mes llegaron los dos hijos supervivientes de Nobunaga, Nobutaka y Nobuo, y los que fueron sus generales, entre ellos Katsuie y Hideyoshi.

Sólo Takigawa Kazumasu no se había presentado todavía, y debido a su ausencia era objeto de críticas francas y desfavorables en las calles.

—Takigawa aceptó gustoso los puestos que le concedió el señor Nobunaga, e incluso fue nombrado para el importante cargo de gobernador general de Japón oriental. Así pues, ¿por qué tarda tanto en llegar ahora que estamos en crisis? Es un comportamiento vergonzoso por su parte.

Otros eran incluso más desvergonzados en sus críticas.

—Es un político inteligente y no es un hombre de lealtad inquebrantable. Probablemente por eso aún no se ha movido.

Esta clase de conversación tenía lugar en todas las tabernas.

Poco después, también se oyeron aquí y allá críticas por la lentitud de Katsuie en atacar a Mitsuhide.

Naturalmente, esas críticas también llegaron a oídos de los diversos clanes que residían en Kiyosu, y los servidores de Hideyoshi se apresuraron a decírselo.

—¿De veras? ¿Así que eso también ha comenzado? Es una crítica de Katsuie, por lo que nadie creerá que el mismo Katsuie propaga los rumores, pero me parece un intento por su parte de causar disensión entre nosotros..., una batalla de maquinaciones antes de la gran conferencia. Bien, dejémosles que sigan con sus ardides. De todos modos, Katsuie ya se ha ganado la voluntad de Takigawa. Pues que así sea.

Antes de la conferencia, cada hombre conjeturaba sobre su futuro y trataba de averiguar lo que pensaban los demás. Entretanto, tenían lugar los habituales entendimientos y antagonismos tácitos, se difundían rumores falsos, unos trataban de convencer a los otros, se dividía a la oposición y se usaban todas las estratagemas imaginables.

La comunicación entre Shibata Katsuie y Nobutaka resaltaba especialmente. El primero era un hombre del máximo rango entre los ancianos del clan, mientras que el otro era el tercer hijo de Nobunaga. Su intimidad iba más allá de los asuntos oficiales y no podía mantenerse en secreto.

Según la opinión general, Katsuie se proponía prescindir del segundo hijo de Nobunaga, Nobuo, y establecer a Nobutaka como heredero. Sin embargo, todos daban por sentado que Nobuo se opondría a Nobutaka.

Pocos eran los motivos para dudar de que el sucesor de Nobunaga sería naturalmente Nobutaka o Nobuo, los hermanos menores de Nobutada, el cual había muerto en el castillo de Nijo al mismo tiempo que moría su padre, pero todo el mundo estaba confuso, sin saber a cuál de los dos debería apoyar.

Nobuo y Nobutaka nacieron el primer mes del primer año de Eiroku y ahora tenían veinticuatro años. Aunque parezca extraño que, a pesar de haber nacido en el mismo año les llamaran hermano mayor y menor, la explicación es que tenían madres diferentes. A pesar de que Nobuo era considerado el hermano mayor y Nobutaka el menor, lo cierto era que Nobutaka nació veinte días antes que Nobuo. Así pues, habría sido natural que considerasen a Nobutaka el hermano mayor, pero su madre procedía de un clan pequeño y oscuro, y por eso fue designado como tercer hijo de Nobunaga mientras que Nobuo quedaba en segundo lugar.

Por ello, aunque aquellos hombres se llamaban hermanos, no existía entre ellos la intimidad de los verdaderos parientes. El carácter de Nobuo era letárgico y negativo, y el único sentimiento positivo que mostraba era su constante oposición a Nobutaka, a quien miraba por encima del hombro y consideraba su «hermano menor».

Cuando se les comparaba con imparcialidad, todo el mundo reconocía que Nobutaka tenía mucho más carácter para ser el sucesor de Nobunaga. En el campo de batalla mostraba más condiciones como general que Nobuo, exhibía un espíritu ambicioso en sus palabras y acciones cotidianas y, sobre todo, no era reservado como su hermano.

Así pues, era natural que de repente empezara a mostrar una actitud agresiva después de ir a Yamazaki, mientras que en el campamento de Hideyoshi hacía gala de una actitud dominante. Su disposición a aceptar las responsabilidades como heredero de Oda se manifestaba claramente en sus recientes palabras y su conducta, y como prueba llamativa de la ambición que abrigaba, después de la batalla de Yamazaki empezó a detestar a Hideyoshi.

Nobutaka tuvo palabras duras para Nobuo, quien había sido presa del pánico cuando atacaron los Akechi y cuyo propio ejército incendió el castillo de Azuchi.

—Si se imponen claramente castigos, tendrán que preguntarle por su responsabilidad. Nobuo es un necio.

Aunque estos sentimientos no se expresaban públicamente, la atmósfera en Kiyosu era tensa, y con toda certeza alguien debía de haber repetido esas palabras a Nobuo. Era una situación en la que las maquinaciones ocultas hacían surgir los aspectos más repugnantes de la naturaleza humana.

La conferencia tenía que dar comienzo el día veintisiete de aquel mes, pero como la llegada de Takigawa Kazumasu se retrasaba, se fue posponiendo un día tras otro, hasta que finalmente, el primer día del séptimo mes, se envió un aviso a todos los servidores importantes que se alojaban en Kiyosu: «Mañana, a la segunda mitad de la hora del dragón, todo el mundo deberá dirigirse al castillo, a fin de determinar allí quién va a ser el dirigente de la nación. El presidente de esta gran conferencia será Shibata Katsuie».

Nobutaka prestigiaba a Katsuie, el cual aportaba influencia a Nobutaka, y se jactaban de que se saldrían con la suya en aquella conferencia. Además, cuando por fin se inauguró, parecía que un gran número de hombres se inclinaban ya en su dirección.

Aquel día se habían abierto en su totalidad los numerosos tabiques corredizos del castillo de Kiyosu, sin duda porque el sol seguía brillando y ésa era la única manera de soportar el calor y la falta de aire. Sin embargo, esa acción también requería una vigilancia especial para impedir las conversaciones privadas. Casi todos los guardianes que estaban en el interior del castillo eran servidores de Shibata Katsuie.

A la hora de la serpiente, todos los señores estaban sentados en la gran sala. Katsuie y Takigawa se sentaban a la derecha, frente a Hideyoshi, y Niwa a la izquierda. Los vasallos de menor rango, como Shonyu, Hosokawa, Tsutsui, Gamo y Hachiya se sentaban detrás. Delante, en los asientos del rango más alto, estaban Nobutaka y Nobuo. Pero lateralmente también se veía a Hasegawa Tamba con un niño pequeño en brazos.

El niño, naturalmente, era Samboshi.

Junto a ellos, y en actitud modesta, aguardaba Maeda Geni, el vasallo que recibió la última orden de Nobutada poco antes de que éste muriese en la batalla del castillo de Nijo. Al parecer, no consideraba un honor ser el único superviviente presente.

Samboshi sólo tenía dos años, y apenas podía estarse quieto en el regazo de su tutor ante los señores reunidos.

Para ayudar al perplejo Tamba, Geni trataba de sosegar al niño susurrándole algo desde atrás. En aquel momento, Samboshi extendió la mano por encima del hombro de Tamba y tiró de una oreja de Geni. Éste, sorprendido, no protestó, y una vez más la nodriza que estaba arrodillada a su lado puso una grulla de papel doblado en la mano de Samboshi, salvando así la oreja de Geni.

Los ojos de todos los generales reunidos estaban fijos en la inocente criatura. Algunos sonreían levemente, mientras otros vertían lágrimas en silencio. Sólo Katsuie contempló la escena desde el otro lado de la gran sala con una expresión malhumorada. La presencia del niño parecía molestarle.

Como presidente de la conferencia a la vez que digno y solemne portavoz, debería haber iniciado la sesión tomando la palabra en primer lugar. Sin embargo, ahora todos los presentes estaban distraídos y él había perdido la oportunidad de hablar. La inutilidad de sus esfuerzos parecía irritarle en grado sumo. Finalmente se decidió a hablar.

—Señor Hideyoshi —dijo.

Hideyoshi le miró a los ojos y Katsue forzó una sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó, exactamente como si estuviera iniciando las negociaciones—.

El señor Samboshi es un niño inocente. Verse confinado en las rodillas de su tutor debe de ser duro para él.

—Es posible —replicó Hideyoshi en un tono evasivo.

Katsue debió de pensar que Hideyoshi se mostraba conciliador, y se apresuró a adoptar una actitud de enfrentamiento. La mezcla de antipatía y dignidad le ponía rígido, y ahora la expresión de su semblante reflejaba su desagrado extremo.

—Bien, señor Hideyoshi. ¿No sois vos quien requirió la presencia del señor Samboshi? No lo sé realmente, pero...

—No os equivocáis. Soy yo quien ha solicitado su presencia, porque es necesaria.

—¿Necesaria?

Katsue alisó las arrugas de su kimono. Faltaba cierto tiempo para el mediodía, por lo que el calor no era demasiado opresivo, pero debido al grosor de sus prendas de vestir y el estado de su piel, parecía sentirse muy incómodo. Una cosa así podría parecer trivial, pero influía en el tono de su voz y le daba una expresión severa.

La opinión que Katsue tenía de Hideyoshi había variado después de Yanagase. Hasta entonces había considerado a Hideyoshi por debajo de él, y creía que su relación no había sido especialmente buena. Pero la batalla de Yamazaki había sido un momento crucial. Ahora mencionaban a diario el nombre de Hideyoshi con creciente autoridad en relación con la obra dejada sin finalizar a la muerte de Nobunaga. A Katsue le resultaba insoportable observar este fenómeno pasivamente, y le afectaba en lo más hondo el hecho de que Hideyoshi hubiera librado la batalla de réquiem por Nobunaga.

Que considerasen a Hideyoshi a la misma altura que él causaba a Katsue la mayor aflicción. No soportaba que pasaran por alto sus muchos años como uno de los vasallos más importantes del clan Oda tan sólo por las pocas hazañas meritorias de aquel hombre. ¿Por qué razón Shibata Katsue debía ocupar una posición inferior a la de quien ahora vestía kimono y se cubría la cabeza, tan orgullosamente, pero que en los viejos tiempos de Kiyosu no fue más que un criado que ascendió desde su posición de limpiador de fosos y barrendero? Aquel día el pecho de Katsue era como un arco muy tensado por innumerables emociones y estrategias.

—No sé qué pensáis de la conferencia de hoy, señor Hideyoshi, pero la mayoría de los señores aquí presentes saben perfectamente que ésta es la primera vez que el clan Oda celebra una reunión así para discutir de unos asuntos tan importantes: ¿Por qué ha de estar entre nosotros un niños de dos años?

Katsue había hecho la pregunta abruptamente. Tanto sus palabras como su conducta parecían pedir una respuesta comprensiva tanto por parte de Hideyoshi como de todos los grandes señores allí reunidos. Cuando se dio cuenta de que no iba a obtener una respuesta clara de Hideyoshi, siguió hablando en el mismo tono de voz.

—No tenemos tiempo que perder. ¿Por qué no le pedimos al joven señor que se retire antes de que comience la conferencia? ¿Estáis de acuerdo, señor Hideyoshi?

Hideyoshi carecía de distinción, incluso vestido con un kimono formal. Sus orígenes humildes eran inequívocos cuando estaba entre los demás.



En cuanto a rango, Nobunaga le había concedido una serie de títulos importantes. Había demostrado plenamente su verdadera fortaleza durante la campaña occidental y con su victoria en Yamazaki.

Pero cuando uno se veía cara a cara con Hideyoshi, podía dudar de si se pondría a su lado en aquellos tiempos peligrosos y arriesgaría su vida por él.

Había hombres que, a primera vista, parecían muy impresionantes. Takigawa Kazumasu, por ejemplo, tenía un porte majestuoso que sin duda alguna correspondía a un general de primera clase. Niwa Nagahide poseía una elegante sencillez y, con su escaso cabello, tenía el aspecto de un valiente guerrero.

Gamo Ujisato era el más joven, pero con la respetabilidad de su linaje y la nobleza de su carácter parecía poseer una gran firmeza moral. En compostura y dignidad, Ikeda Shonyu era incluso menos imponente que Hideyoshi, pero en sus ojos brillaba cierta luz. Y estaba también Hosokawa Fujitaka, el cual parecía tan recto y gentil, pero cuya madurez le hacía inescrutable.

Así pues, aunque el aspecto de Hideyoshi era ordinario, parecía completamente desastrado cuando se sentaba entre aquellos hombres. Los reunidos para la conferencia en Kiyosu tenían el rango más alto entre sus coetáneos. Maeda Inuchiyo y Sassa Narimasa no habían asistido porque todavía luchaban en la campaña del norte. Y aunque se trataba de un caso especial, si se añadía el nombre de Tokugawa Ieyasu, podía decirse que los hombres de Kiyosu eran los dirigentes del país. E Hideyoshi estaba entre ellos, al margen de su apariencia.

El mismo Hideyoshi era consciente de la grandeza de rango de sus colegas, y se mostraba discreto y humilde. No quedaban rastros de su arrogancia tras la victoria en la batalla de Yamazaki. Desde el principio se mostró serio en extremo. Incluso en su respuesta a las palabras de Katsuie fue respetuosamente reservado, pero ahora parecía inevitable que respondiera a la insistente solicitud de Katsuie.

—Lo que decís es del todo razonable. Hay una razón por la que el señor Samboshi está presente en esta conferencia, pero como tiene todavía una edad tan inocente y la conferencia promete ser larga, sin duda se sentirá incómodo. Si lo deseáis, señor, pidámosle que se retire ahora mismo.

El hombre asintió y, alzando a Samboshi de su regazo, lo puso en manos de la nodriza que estaba detrás de él. Samboshi parecía muy satisfecho entre la gran multitud de hombres con vistosos atavíos y rechazó vivamente la mano de la nodriza. Cuando ésta le cogió de todos modos y se levantó para irse, el pequeño agitó brazos y piernas y rompió a llorar. Entonces arrojó la grulla de papel doblado en medio de los señores sentados.

Las lágrimas acudieron de súbito a los ojos de todos los hombres.

El reloj dio la hora del mediodía. La tensión en la sala era tangible.

Katsuie pronunció las palabras iniciales.

—La trágica muerte del señor Nobunaga nos ha causado gran tristeza, pero ahora debemos elegir un digno sucesor que continúe su obra. Debemos servirle en la muerte como lo hicimos en vida. Tal es el Camino del Samurai.

Katsuie interrogó a los hombres acerca de la sucesión. Una y otra vez trató de obtener propuestas de ellos, pero nadie era el primero en adelantarse y expresar su opinión particular. Incluso si alguno hubiera sido lo bastante temerario para expresar sus propios pensamientos en aquella ocasión, si por azar el hombre al que apoyaba como el sucesor de Oda no era elegido en la selección final, su vida correría cierto peligro.

Nadie iba a abrir la boca de una manera indiscreta, y todos permanecían sentados en completo silencio. Katsuie, pacientemente, dejó que el silencio del grupo pasara por modestia. Tal vez había previsto que las cosas irían por aquel derrotero, y habló en un tono expresamente digno.

—Si ninguno de vosotros tiene una opinión particular, por ahora os ofreceré mi humilde opinión como vasallo de alto rango.

En aquel momento el rostro de Nobutaka, que estaba sentado en el lugar de honor, cambió repentinamente de expresión. Katsuie miró a Hideyoshi, el cual, a su vez, deslizaba su mirada entre Takigawa y Nobutaka.

Estos sutiles movimientos provocaron ondas invisibles de una mente a otra durante un instante. En el castillo de Kiyosu reinaba una tensión silenciosa, casi como si no hubiera seres humanos.

Finalmente habló Shibata Katsuie.

—Opino que el señor Nobutaka tiene la edad apropiada, así como la capacidad natural y el linaje para ser el sucesor de nuestro señor. Elijo al señor Nobutaka.

Era una manifestación muy bien expuesta que se acercaba a una proclamación. Katsuie pensó que ya dominaba la situación, pero entonces alguien alzó la voz. Era Hideyoshi.

—No, eso no es aceptable. Desde el punto de vista del linaje, la sucesión correcta es la que pasa del hijo mayor de Nobunaga, el señor Nobutada, al hijo de éste, el señor Samboshi. La provincia tiene sus leyes y el clan tiene sus regulaciones domésticas.

El rostro de Katsuie enrojeció y adoptó una expresión sombría.

—Ah, esperad un momento, señor Hideyoshi...

—No, sé lo que vais a decir, que el señor Samboshi es todavía un niño, pero si todo el clan..., empezando por vos, mi señor, y todos los demás vasallos y servidores, estáis dispuestos a protegerle, no ha de haber descontento. Nuestra lealtad no debería depender de los pocos años. Por mi parte, creo que si la sucesión ha de seguirse correctamente, el señor Samboshi debe ser el heredero.

Katsuie, desconcertado, se sacó un pañuelo del kimono y se enjugó el sudor que le empapaba el cuello. Lo que Hideyoshi afirmaba era realmente la ley del clan Oda, y no podía tomarse simplemente como una oposición por el gusto de oponerse.

El otro hombre cuyo semblante reflejaba consternación era Nobuo. Como principal rival de Nobutaka, había sido proclamado formalmente hermano mayor, y su madre era de excelente linaje. No había duda de que también él tenía expectativas secretas de ser nombrado sucesor de su padre.

Puesto que sus esperanzas habían sido negadas implícitamente, su espíritu mezquino se puso en seguida de manifiesto, y pareció como si no pudiera seguir allí presente un momento más.

Nobutaka, por otro lado, miraba furibundo a Hideyoshi.

Katsuie no podía decir nada positivo ni negativo, y se limitaba a musitar para sus adentros. Nadie más expresaba una opinión aprobadora o desaprobadora.

Katsuie se había expresado sin tapujos y Hideyoshi había hablado con la misma franqueza. Las opiniones de los dos hombres eran completamente opuestas y, tras haberlo afirmado con tanta claridad, ponerse al lado de uno o el otro era una cuestión muy espinosa. El silencio parecía una gruesa costra que los cubriera a todos.

—En cuanto a la sucesión..., bien, es como decís, pero estamos en una situación distinta a la que habría en tiempo de paz. La obra del señor Nobunaga está todavía a medio hacer y quedan muchas

dificultades por resolver, incluso más que cuando él vivía.

Katsuie pidió repetidamente a sus colegas que hablaran, y cada vez que abría la boca, casi gimiendo, Takigawa asentía. Pero aún parecía difícil penetrar en las mentes de los demás.

Hideyoshi habló de nuevo.

—Si ahora la esposa del señor Nobutada estuviera embarazada y aguardáramos a que fuese cortado el cordón umbilical para comprobar si el hijo era varón o hembra, una conferencia como ésta sería necesaria, pero tenemos un heredero apropiado. ¿Cuál es, pues, la necesidad de disentir o discutir? Creo que deberíamos decidirnos en seguida por el señor Samboshi.

Insistió en esta postura, sin mirar siquiera los rostros de los demás hombres. Su objeción se dirigía principalmente a Katsuie.

Aunque los demás generales no expresaban claramente sus posturas, parecían influidos por las opiniones de Hideyoshi y estar de acuerdo con él en lo más hondo. Poco antes de la conferencia, los generales habían visto al hijo huérfano de Nobutada, aquella criatura impotente, y todos ellos tenían hijos en sus casas. Eran samurais, una vocación en la que un hombre estaba hoy vivo pero no sabía si lo estaría mañana. Mientras cada uno de ellos contemplaba la patética figura de Samboshi, no podía evitar sentirse profundamente conmovido.

Este sentimiento estaba reforzado por un noble y firme argumento. Aun cuando los generales guardasen silencio, era natural que les afectasen las palabras de Hideyoshi.

En cambio, mientras que el argumento de Katsuie parecía razonable hasta cierto punto, sus fundamentos eran débiles. Se basaba realmente en la conveniencia y despojaba a Nobuo de su categoría. Era bastante más probable que Nobuo permaneciera al margen para apoyar a Samboshi, en vez de apoyar la sucesión de Nobutaka.

Katsuie trataba de encontrar un argumento contra Hideyoshi. No había pensado que éste accedería fácilmente a su proposición en la conferencia, pero no había calculado el vigor con que aquel hombre insistiría en abogar por Samboshi. Tampoco había previsto que tantos generales se inclinarían por apoyar al niño.

—Humm, vamos a ver. Vuestras palabras pueden parecer lógicas por la fuerza de la argumentación, pero hay una gran diferencia entre hacernos cargo de un señor de dos años y respetar a un hombre que tiene la edad apropiada y capacidad militar. Recordad que los vasallos que quedamos debemos cargar con la responsabilidad tanto de la moral de la administración como de la política general futura. También los Mori y los Uesugi nos plantean una serie de dificultades. ¿Qué sucederá si tenemos un señor que es un niño? La obra de nuestro señor anterior podría detenerse a medio hacer, y si se queda como está, el dominio del clan Oda podría llegar a reducirse. No, si elegimos una actitud defensiva, nuestros enemigos por los cuatro costados creerán que ha llegado su oportunidad y nos invadirán. Entonces el país volverá a sumirse en el caos. No, creo que vuestra idea es peligrosa. ¿Qué pensáis todos vosotros?

Miró a su alrededor, y sus ojos buscaron partidarios entre los hombres allí sentados. No sólo ninguno le dio una respuesta clara, sino que de repente otros ojos se trabaron con los suyos.

—Katsuie.

Una voz le llamó por su nombre, con una fuerza opositora que era como una estocada en su costado.

—Sí, Nagahide, ¿qué quieres? —replicó Katsuie con disgusto, casi como una acción refleja.

—Llevo algún tiempo escuchando tus prudentes reflexiones, pero no puedo evitar sentirme

persuadido por el argumento de Hideyoshi. Estoy realmente de acuerdo con lo que él dice.

Niwa era uno de los veteranos de mayor rango. Al romper el silencio y ponerse claramente al lado de Hideyoshi, Katsuie y todos los asistentes a la conferencia se sintieron agitados de repente.

—¿Por qué dices eso, Niwa?

Niwa conocía a Katsuie desde hacía muchos años, y le conocía bien. Así pues, le habló en tono suave.

—No te enojés, Katsuie —le dijo, mirándole con una expresión amable—. Al margen de lo que pueda decirse, ¿no era acaso Hideyoshi quien más satisfacía a nuestro señor? Y cuando el señor Nobunaga murió en el momento más inoportuno, fue Hideyoshi quien regresó del oeste para atacar al inmoral Mitsuhide.

El semblante de Katsuie no podía ocultar su desdicha, pero no estaba dispuesto a ceder, y su obstinación se manifestaba en su mismo físico.

Niwa Nagahide siguió diciendo:

—En esa época estabas ocupado en la campaña del norte.

Aunque las tropas a tus órdenes no hubieran estado dispuestas, pero hubieras espoleado a tus caballos hacia la capital en cuanto tuviste noticia de la muerte del señor Nobunaga, podrías haber aplastado sobre el terreno a los Akechi..., al fin y al cabo, tu categoría es muy superior a la de Hideyoshi. Pero, debido a tu negligencia, llegaste tarde, y eso fue ciertamente lamentable.

Ésta era una opinión compartida por todos los presentes, y las palabras de Niwa expresaban sus sentimientos más íntimos. Esa negligencia era el punto más débil de Katsuie. El hecho de haber llegado tarde y no haber participado en la batalla por su difunto señor no tenía ninguna excusa. Después de que Niwa lo sacara a la luz, dio su aprobación sin reservas a la propuesta de Hideyoshi, diciendo que era justa y apropiada.

Cuando Niwa terminó de hablar, la atmósfera en la gran sala había cambiado y ahora era sombría.

Como para ayudar a Katsuie en aquella crisis, Takigawa se apresuró a aprovechar la oportunidad para susurrarle algo al hombre que estaba a su lado, y pronto suspiros y voces bajas llenaron la sala.

Iba a ser difícil llegar a una resolución. Podría ser un momento decisivo para el clan Oda. Superficialmente, no había más que el sonido de las voces individuales, pero por debajo del murmullo existía una gran inquietud por el resultado de la confrontación entre Katsuie y Hideyoshi.

En medio de la atmósfera opresiva, entró un maestro de la ceremonia del té e informó discretamente a Katsuie de que era más de mediodía. Katsuie hizo un gesto de asentimiento y le ordenó que trajera algo con que enjugarse el sudor. Cuando uno de los ayudantes le dio un paño blanco y húmedo, lo cogió con su manaza y se enjugó el sudor del cuello.

En aquel momento, Hideyoshi se llevó la mano izquierda al costado. Haciendo una mueca, con las cejas juntas, se volvió a Katsuie y le dijo:

—Tendréis que disculparme un momento, señor Katsuie. Al parecer, sufro de indigestión repentina.

Se levantó de súbito y se retiró a varias habitaciones de distancia de la sala de conferencias.

—Me duele —se quejó, desconcertando a los hombres que le rodeaban.

Tendido en el suelo, su aspecto era el de un verdadero enfermo. Sin embargo, parecía dominarse a la perfección, pues colocó el cojín de cara a la fresca brisa que llegaba del jardín, dio la espalda a los demás y se aflojó él mismo el cuello del kimono empapado en sudor.

Pero el médico y los asistentes estaban alarmados. Sus servidores también acudieron inquietos, uno tras otro, para ver cómo estaba. Hideyoshi no miró a su alrededor. Seguía de espaldas a ellos, agitando una mano para que le dejaran en paz, como podría ahuyentar a una mosca.

—Es algo que me ocurre continuamente. Dejarme en paz y pronto estaré bien.

Los asistentes prepararon en seguida una decocción de olor dulzón que Hideyoshi se tomó de un solo trago. Entonces volvió a tenderse y pareció quedarse dormido, por lo que los asistentes y los samurais se retiraron a otra habitación.

La sala de conferencias estaba a cierta distancia y por ello Hideyoshi no sabía lo que había sucedido después de que se excusara. Sin embargo, se había marchado cuando los asistentes anunciaban el mediodía, por lo que su salida probablemente había dado a los generales la oportunidad de hacer un alto para comer.

Pasaron dos horas. Durante ese tiempo, el sol de la tarde del séptimo mes brilló implacable. El castillo estaba tan apacible como si no ocurriera nada.

Niwa entró en la habitación.

—¿Cómo os sentís, Hideyoshi? —le preguntó—. ¿Os ha pasado el dolor de estómago?

Hideyoshi se volvió hacia él y se irguió apoyándose en un codo. Al ver el rostro de Niwa, pareció volver rápidamente en sí y se enderezó.

—¡Disculpadme, os lo ruego!

—Katsuie me ha pedido que venga a buscaros.

—¿Y la conferencia?

—No se puede reanudar sin vos. Katsuie ha dicho que continuaremos cuando volváis.

—He dicho todo lo que tenía que decir.

—Tras descansar una hora en sus habitaciones, el estado de ánimo de los vasallos parece haber cambiado. Incluso Katsuie se lo ha pensado mejor.

—Vamos.

Hideyoshi se puso en pie. Niwa sonrió, pero Hideyoshi, completamente serio, salía ya de la estancia.

Katsuie le saludó mirándole directamente a los ojos, mientras los hombres reunidos parecían un tanto aliviados. La atmósfera de la sala de conferencias había cambiado. Katsuie declaró definitivamente que había cedido y aceptaba la proposición de Hideyoshi. Se había llegado al acuerdo de nombrar a Samboshi heredero de Nobunaga. Con la conciliación de Katsuie, las nubes de mal agüero desaparecieron en seguida de la sala de conferencias. Empezaba a alzarse un armonioso espíritu de paz.

—Todo el mundo ha acordado que el señor Samboshi debe ser considerado como el jefe del clan Oda, y yo no pongo objeciones —repitió Katsuie.

Al ver que su opinión había sido rechazada por todos, Katsuie se había apresurado a retirar sus observaciones anteriores, pero apenas había superado su decepción.

Sin embargo, todavía se aferraba a una esperanza, relacionada con el siguiente asunto a discutir en la conferencia: el destino del antiguo territorio de Akechi, o, en otras palabras, el problema de cómo se dividiría el dominio entre los servidores de Oda supervivientes.

Puesto que se trataba de un problema importante, que afectaba directamente a los intereses de todos los generales, era una dificultad, incluso todavía más que el problema de la sucesión, que nadie esperaba poder evitar.

—Este asunto deberá ser decidido por los vasallos veteranos.

Hideyoshi, que había obtenido la primera victoria, expresó así su modesta opinión, con lo cual suavizó en gran manera el ambiente de la conferencia.

—Bien, ¿qué opina nuestro principal vasallo veterano?

Niwa, Takigawa y los demás salvaron ahora al abrumado Katsuie del descrédito, dándole la posición central en la conferencia.

Sin embargo, era difícil pasar por alto la presencia de Hideyoshi, y finalmente le entregaron también el borrador de la propuesta. Al parecer, no podía concluirse sin preguntarle primero su opinión.

—Dadme un pincel —ordenó.

Mojó el pincel en la tinta, trazó una tosca línea sobre dos o tres cláusulas y escribió sus propias opiniones. Tras hacer esta revisión, devolvió el borrador.

Cuando Katsuie lo recibió y leyó, pareció disgustado. Reflexionó en silencio unos instantes. La cláusula que contenía sus esperanzas estaba aún humedecida por la tinta con que había sido tachada. Sin embargo, Hideyoshi también había tachado la sección que le concedía el castillo de Sakamoto, el cual había sustituido por la provincia de Tamba.

Al mostrar esa falta de egoísmo, proponía que Katsuie exhibiera la misma cualidad. Finalmente, una porción considerable del dominio de los Akechi fue asignada a Nobuo y Nobutaka, y el resto fue asignado a los hombres de acuerdo con sus méritos en la batalla de Yamazaki.

—Mañana habrá más asuntos a discutir —dijo Katsuie—, y tras esta larga conferencia con semejante calor, estoy seguro de que todos estáis cansados. Yo, desde luego, lo estoy. ¿Levantamos la sesión, señores?

Al final Katsuie se negó a responder con rapidez a las nuevas propuestas de Hideyoshi. No había ninguna objeción a ello. El sol de la tarde brillaba intensamente y el calor era cada vez más severo. La primera jornada había concluido.

Al día siguiente Katsuie presentó un compromiso a los servidores de alto rango. La noche anterior había reunido a sus propios servidores en sus aposentos y entre todos discutieron las modificaciones. Sin embargo, Hideyoshi también rechazó la nueva propuesta.

Aquel día, una vez más, la cláusula que contenía la distribución del territorio se interpuso entre los dos hombres, y la oposición entre ellos pareció intensificarse, pero la tendencia general apoyaba ya a Hideyoshi. Por mucho que Katsuie perseverase, al final se aceptaban las condiciones de Hideyoshi.

A mediodía hubo una pausa, y a la hora del carnero las decisiones fueron presentadas a todos los generales.

El territorio distribuido era la tierra confiscada a los Akechi así como el dominio personal de Nobunaga.

El primero en la lista para la división de las provincias de Oda era el señor Nobuo, el cual recibió toda la provincia de Owari, seguido por el señor Nobutaka, a quien dieron la de Mino. Una era la cuna del clan Oda; la otra, el segundo hogar de Nobunaga.

Sin embargo, había dos cláusulas que aumentaban considerablemente la propuesta original: Ikeda Shonyu recibía Osaka, Amagasaki y Hyogo, que valían ciento veinte mil fanegas. Niwa Nagahide recibía Wakasa y dos distritos de Omi, mientras que Hideyoshi recibía la provincia de Tamba.

La única concesión de Katsuie era el castillo de Hideyoshi en Nagahama, el cuello de botella

estratégico en el camino que conducía desde la provincia natal de Katsuie, Echizen, a Kyoto. Katsuie había solicitado la provincia enérgicamente, y había confiado en otros tres o cuatro distritos, pero Hideyoshi había tachado todas las demás concesiones. La única condición de Hideyoshi era que Nagahama fuese concedido a Katsutoyo, hijo adoptivo de Katsuie.

La noche anterior, los servidores del clan Shibata rodearon a Katsuie y le pidieron que protestara por una distribución tan humillante. Incluso le alentaron para que rechazara las condiciones y se marchara, y Katsuie era de la misma opinión hasta que dio comienzo la segunda jornada de la conferencia. Sin embargo, cuando se enfrentó a los hombres sentados allí, resultó evidente que la tendencia general era no aceptar que sólo él fuese exigente.

—No sería correcto que me humillara, pero tampoco debo ser considerado un egoísta. De todos modos, la mayoría aprobará estos artículos, por lo que si me muestro reacio a ellos, las cosas podrían empeorar más adelante.

En vista de las opiniones de los asistentes a la conferencia, no podía hacer más que refrenarse.

«Si pudiera quitarle a Hideyoshi la zona estratégica de Nagahama...», pensaba. Al final, confió en llevar a cabo sus intenciones secretas otro día, y aceptó las condiciones tal como estaban.

En contraste con la vacilación de Katsuie, la actitud de Hideyoshi parecía ser despreocupada. Desde la época de la campaña en las provincias occidentales hasta la victoria de Yamazaki, Hideyoshi había tomado la iniciativa en las políticas militar y administrativa, y la gente pensaba naturalmente que esperaría recibir más que los otros. Pese a todo, lo único que recibió fue la provincia de Tamba. Cedió su dominio de Nagahama y entregó Sakamoto a Niwa, aunque todo el mundo habría considerado lógico que se lo quedase.

Y Sakamoto era la llave de Kyoto. ¿No quiso Sakamoto a propósito, confiando en que así indicaría que no deseaba en absoluto tomar las riendas del gobierno? ¿O simplemente sentía que debía dejar unos asuntos tan pequeños a las opiniones del grupo, porque caerían en manos de la persona adecuada? Nadie comprendía aún lo que guardaba en su corazón.

# Advertencia nocturna

La conferencia acordó finalmente asignar trescientas mil fanegas a Samboshi, el heredero de Nobunaga, en la provincia de Omi. Los protectores del joven señor serían Hasegawa Tamba y Maeda Geni, pero les ayudaría Hideyoshi. Azuchi había sido destruido por las llamas, y hasta que se levantara un nuevo castillo, la residencia de Samboshi sería el castillo de Gifu.

Los dos tíos de Samboshi, Nobuo y Nobutaka, actuarían como sus tutores. Además de redactar estos artículos, la conferencia estableció la estructura de la administración. Katsuie, Hideyoshi, Niwa y Shonyu tendrían la responsabilidad de enviar generales a Kyoto como representantes de los Oda.

La aceptación de las proposiciones fue rápida. En una ceremonia final, se firmaron y juraron compromisos de lealtad ante el altar en honor de Nobunaga.

Era el tercer día del séptimo mes. La ceremonia que señalaba el primer aniversario de la muerte de Nobunaga debería haberse celebrado el día anterior. Si la conferencia se hubiera desarrollado sin tropiezos, la ceremonia podría haber tenido lugar el mismo día, pero debido a las reservas de Katsuie, había pasado la noche y el servicio fúnebre se había pospuesto hasta el día siguiente.

Los generales se enjugaron el sudor, se vistieron prendas de luto y aguardaron la hora señalada para el servicio religioso en el pequeño templo del castillo.

Nubes de mosquitos zumbaban alrededor de los aleros y la luna nueva pendía del cielo. Los generales cruzaron en silencio a la segunda ciudadela. Las puertas correderas del templo estaban decoradas con flores de loto rojas y blancas. Los hombres entraron uno tras otro y tomaron asiento.

Sólo Hideyoshi no aparecía y su ausencia hacía que los hombres estuvieran tensos y dubitativos, pero al mirar hacia el altar en el otro extremo de la sala, entre los austeros objetos tales como el santuario, la tablilla mortuoria, el biombo dorado, las flores del ofertorio y el incensario, distinguieron a Hideyoshi sentado con aplomo y afectación bajo el altar, sosteniendo en brazos al pequeño Samboshi.

Todos ellos se preguntaron qué estaba haciendo. Sin embargo, cuando lo pensaron detenidamente, recordaron que aquella tarde, en la conferencia, la mayoría había acordado que Hideyoshi fuese reconocido como ayudante del joven señor, junto con sus dos tutores, por lo que no se le podía acusar de presuntuoso.

Y por el mero hecho de no encontrar ninguna razón para censurar a Hideyoshi, Katsuie parecía disgustado en extremo.

—Por favor, id al altar en el orden apropiado —dijo Katsuie en voz ronca a Nobuo y Nobutaka, con el gesto torcido.

El tono de su voz era bajo pero hervía de indignación.

—Discúlpame, por favor —dijo Nobuo a Nobutaka, y se levantó primero.

Ahora le tocaba a Nobutaka parecer disgustado, como si creyera que estar colocado detrás de Nobuo ante los generales reunidos le situaría en una posición subordinada en el futuro.

Nobuo contempló la tableta mortuoria de su padre, cerró los ojos y juntó las manos en actitud de plegaria. Ofreció incienso, rezó una vez más ante el santuario y se retiró.

Al ver que el hombre estaba a punto de regresar directamente a su asiento, Hideyoshi se aclaró la garganta como si quisiera llamar la atención del niño, Samboshi, que estaba sentado en su regazo. Sin que llegara a decir: «¡Vuestro nuevo señor está aquí!», atrajo la atención de Nobuo, Nobuo pareció casi



sobresaltado por el gesto premeditado de Hideyoshi y se apresuró a ir hacia ellos de rodillas. Era un hombre débil por naturaleza, y su alarma casi resultaba digna de compasión.

Mirando a Samboshi, Nobuo hizo una reverencia. Incluso se mostró demasiado cortés.

No fue el joven señor quien expresó su aprobación con un gesto de la cabeza, sino Hideyoshi. Samboshi era un niño inquieto y mimado, pero por alguna razón, se mantenía quieto como un muñeco en el regazo de Hideyoshi.

Cuando Nobutaka se levantó, rogó de igual manera por el alma de su padre, pero tras haber presenciado la actuación de Nobuo y, al parecer, reacio a que los demás generales se rieran de él, hizo una reverencia hacia Samboshi con porte realmente correcto y se retiró a su asiento.

A continuación le tocó el turno a Shibata Katsuie. Cuando se arrodilló ante el santuario, casi ocultándolo con su corpulencia, los lotos rojos y blancos de las puertas correderas y las llamas vacilantes de las lámparas parecieron teñirle con rojas llamaradas de cólera. Tal vez estaba dando al alma de Nobunaga un prolijo informe de la conferencia y rogando su apoyo para el nuevo señor. Pero al ofrecer el incienso, Katsuie permaneció largo tiempo orando en silencio con las palmas juntas en actitud solemne. Luego retrocedió unos siete pasos, enderezó la espalda y se volvió hacia Samboshi.

Puesto que Nobuo y Nobutaka ya se habían inclinado reverentemente ante Samboshi, Katsuie no podía mostrarse negligente en ese aspecto. Sin duda con el convencimiento de que era inevitable, se tragó su orgullo e hizo una reverencia.

Hideyoshi también pareció hacer un gesto de aprobación a Katsuie. Éste volvió bruscamente a un lado su cuello corto y grueso y regresó con rapidez a su sitio. Parecía lo bastante enojado como para escupir.

Niwa, Takigawa, Shonyu, Hachiya, Hosokawa, Gamo, Tsutsui y los demás generales presentaron sus respetos. Entonces pasaron a la sala de banquetes utilizada en tales ocasiones y, a invitación de la viuda de Nobutada, se sentaron a comer. Había mesas para acomodar a más de cuarenta invitados. Se sirvieron las tazas, y las lámparas oscilaban bajo la fresca brisa nocturna. Cuando los hombres se pusieron cómodos e intercambiaron palabras agradables por primera vez en dos días, cada uno se sentía un poco bebido.

Aquél era un banquete fuera de lo corriente, puesto que se daba tras un servicio fúnebre, por lo que nadie se emborrachaba demasiado. Sin embargo, a medida que el sake empezaba a surtir efecto, los generales dejaron sus asientos para hablar con otros, y aquí y allí se oían risas y conversaciones animadas.

Delante de Hideyoshi había un grupo de bebedores especialmente nutrido, a los que se unió otro hombre.

—¿Me dais una taza? —preguntó Sakuma Genba.

El valor incomparable de Genba en las batallas del norte había sido muy alabado, y se decía que ningún enemigo se había enfrentado a él dos veces. El afecto que Katsuie tenía a aquel hombre era extraordinario y le gustaba llamarle «mi Genba» o «mi sobrino». Tan orgulloso estaba de él que hablaba pública y libremente de sus virtudes marciales.

Katsuie tenía gran número de sobrinos, pero cuando decía «mi sobrino» sólo se refería a Genba.

Aunque Genba sólo tenía veintiocho años, era señor del castillo de Oyama como general del clan Shibata y había recibido una provincia y un rango apenas inferiores a los de los grandes generales

reunidos en la sala del banquete.

—Por favor, Hideyoshi, dadle una taza también a ese sobrino mío —dijo Katsuie.

Hideyoshi miró a su alrededor como si acabara de reparar en Genba.

—¿Sobrino? —replicó, examinando al joven—. Ah, vos.

Ciertamente parecía el héroe del que todo el mundo hablaba, y su robustez eclipsaba a Hideyoshi, de corta estatura y aspecto frágil.

Sin embargo, Genba no tenía el rostro picado de viruelas como el de su tío. Su piel era tersa y blanca, y parecía tener la frente de un tigre y el cuerpo de un leopardo.

Hideyoshi le ofreció una taza.

—Es comprensible que el señor Katsuie cuente con jóvenes tan excelentes en su clan —comentó—. Aquí tenéis.

Pero Genba sacudió la cabeza.

—Si vais a darme una taza, me gustaría esa grande de ahí.

La taza en cuestión aún contenía un poco de sake. Hideyoshi la vació con naturalidad y dijo:

—Que alguien le sirva.

La boca del recipiente lacado en oro tocó el borde de la taza bermeja, y aunque se vació en seguida, la taza aún no estaba llena. Alguien trajo otro recipiente y por fin la taza estuvo llena a rebosar.

El apuesto y joven héroe entrecerró los ojos, se llevó la taza a los labios y la apuró de un solo trago.

—Y bien, ¿vos no bebéis?

—No tengo esa clase de talento —dijo Hideyoshi, sonriendo.

Ante esta negativa, Genba se mostró insistente.

—¿Por qué no queréis beber?

—No soy un buen bebedor.

—¡Cómo! Sólo este poco.

—Bebo, pero no mucho.

Genba soltó una carcajada, y entonces habló en voz lo bastante alta para que le oyeran todos los presentes.

—Los rumores que uno oye son ciertos. El señor Hideyoshi es muy hábil en la presentación de excusas, y es ciertamente modesto. Hace mucho tiempo, más de veinte años, era un subalterno que barría los excrementos de caballo y llevaba las sandalias del señor Nobunaga. Es admirable que no haya olvidado aquellos días.

El joven se rió de su propia insolencia. Los demás debieron de sobresaltarse. La charla cesó de pronto y todas las miradas iban de Hideyoshi, que seguía sentado frente a Genba, a Katsuie.

En un instante todos olvidaron sus tazas y recobraron la sobriedad. Hideyoshi se limitaba a sonreír mientras miraba a Genba. Tenía cuarenta y cinco años y el otro veintiocho. Su disparidad no se debía tan sólo a la diferencia de edad. La vida que Hideyoshi había llevado durante los primeros veintiocho años después de su nacimiento y el camino que Genba había seguido en esos mismos años de su propia vida diferían en extremo, tanto por el ambiente como por la experiencia. Genba podría haber sido considerado un muchacho que no sabía nada de las penalidades del mundo real, y por este motivo tenía una reputación de arrogancia así como de valentía. Y al parecer era un hombre que no empleaba la cautela en un lugar que era más peligroso que cualquier campo de batalla, una sala en la que se habían reunido los

principales dirigentes de la época.

—Pero hay una sola cosa que no puedo soportar, Hideyoshi. No, escuchadme. ¿Tenéis oídos para escuchar?

Estaba gritando a Hideyoshi sin el menor respeto, y no parecía comportarse así porque estuviera borracho, sino por algo que le carcomía. Sin embargo, Hideyoshi contemplaba su estado de embriaguez y, al hablarle, lo hizo casi con afecto.

—Estáis bebido —le dijo.

—¿Qué decís! —Genba sacudió la cabeza bruscamente y enderezó su postura—. No se trata de un pequeño problema que quepa atribuirlo a la embriaguez. Escuchad. Hace poco, en el templo, cuando los señores Nobuo y Nobutaka y todos los demás generales acudieron para reverenciar al alma del señor Nobunaga, ¿no estabais sentado en el lugar de honor con el señor Samboshi en vuestro regazo, obligándoles a inclinarse en vuestra dirección uno tras otro?

—Bueno, bueno... —dijo Hideyoshi, riendo.

—¿De qué os reís? ¿Acaso es divertido, Hideyoshi? No dudo de que vuestro astuto propósito ha sido sostener al señor Samboshi como un adorno de vuestra insignificancia, de modo que pudierais recibir las reverencias de la familia Oda y sus generales. Sí, eso es. Y de haber estado yo presente, habría tenido el placer de separaros la cabeza del cuerpo. El señor Katsuie y los hombres distinguidos aquí sentados son tan bondadosos que me impaciento y...

En aquel momento Katsuie, situado a dos asientos de distancia de Hideyoshi,apuró su taza y miró a los hombres que le rodeaban.

—¿Qué pretendes al hablar así de otro hombre, Genba? No, señor Hideyoshi, no es la malevolencia lo que guía la lengua de mi sobrino. —Se echó a reír—. No le hagáis caso.

Hideyoshi no podía exteriorizar su enojo ni reír. Se veía en un apuro en el que sólo podía forzar una sonrisa sutil, pero su mismo aspecto personal era apropiado para tales situaciones.

—No os preocupéis por esto, señor Katsuie —dijo Hideyoshi ambiguamente, fingiendo claramente que estaba bebido—. No tiene importancia.

—No finjáis, Mono. ¡Eh, Mono! —Aquella noche Genba actuaba incluso con más arrogancia que de costumbre—. ¡Mono! Bueno, eso ha sido un lapsus, pero no es tan fácil cambiar un nombre que ha sido usado corrientemente durante veinte años. Es cierto, ese «Mono» es lo que acude a la mente. Hace mucho tiempo, era el subalterno simiesco a quien hacían correr de aquí para allá, de una tarea a otra, en el castillo de Kiyosu. En aquel tiempo, mi tío tenía en ocasiones servicio nocturno. He oído decir que una noche en que estaba aburrido, invitó al Mono y le dio sake, y cuando mi tío se cansó de beber, se tendió. Entonces le pidió al Mono que se acercase y le masajeara las piernas, y el discreto Mono lo hizo sin rechistar.

Todos los reunidos habían perdido sus agradables sensaciones de embriaguez, estaban pálidos y tenían un sabor amargo en la boca. La situación era mucho más complicada de lo que podía parecer. Era muy probable que más allá de los muros no tan alejados de la sala del banquete, a las sombras de los árboles y bajo los suelos, hubiera espadas, lanzas y arcos ocultos por los hombres de Shibata. ¿No estaban tratando insistentemente de provocar a Hideyoshi? Una extraña sensación, compartida por todos, empezó a brotar de la desconfianza, una sensación que se extendía con la brisa nocturna y las sombras de las lámparas oscilantes en las paredes de la sala. A pesar de que estaban en pleno verano, todos los

hombres experimentaban escalofríos en la espina dorsal.

Hideyoshi esperó a que Genba hubiese terminado y entonces se echó a reír.

—No, señor sobrino, me pregunto de dónde habréis sacado eso. Me habéis traído a la memoria un recuerdo agradable. Hace veinte años este viejo mono tenía la reputación de ser un buen masajista, y todos los miembros del clan Oda querían que los masajeara. Las piernas del señor Katsuie no fueron las únicas de las que me ocupé. Y entonces, cuando me daban unos dulces como recompensa, ¡qué sabrosos eran! Eso hace que ahora me sienta nostálgico, el sabor de aquellos dulces.

Hideyoshi se rió de nuevo.

—¿Habéis oído eso, tío? —preguntó Genba pomposamente—. Dadle algo bueno a Hideyoshi. Si ahora le pedís que os masajee las piernas, puede que también lo haga.

—No vayas demasiado lejos en este juego, sobrino. Escuchad, señor Hideyoshi, sólo está de broma.

—No tiene importancia. Vamos, si incluso ahora masajeo las piernas de cierta persona.

—¿Y de quién se trata? —preguntó burlonamente Genba.

—De mi madre. Este año ha cumplido los setenta, y masajearle las piernas es un placer especial para mí. Pero como me he pasado tantos años en el campo de batalla, no he disfrutado de ese placer recientemente. Bueno, voy a marcharme ya, pero los demás podéis quedaros tanto tiempo como gustéis.

Hideyoshi fue el primero en abandonar el banquete. Mientras se alejaba por el corredor principal, nadie se levantó para detenerle. Por el contrario, los demás señores pensaron que marcharse había sido juicioso por su parte, y se aliviaron al perder la sensación de intenso peligro que habían tenido.

Dos pajes se apresuraron a salir de la habitación donde habían estado aguardando y le siguieron. Incluso en aquel lugar habían podido percibir el ambiente que imperaba en el castillo desde hacía un par de días. Pero Hideyoshi no había permitido que un gran número de sus servidores entrara en el castillo, por lo que cuando los dos pajes vieron que su señor estaba a salvo, se tranquilizaron.

Ya habían salido al exterior y estaban llamando a los ayudantes y los caballos, cuando se oyó una voz desde atrás.

—¡Señor Hideyoshi! ¡Señor Hideyoshi!

Alguien le buscaba en el campo abierto y oscuro. La luna creciente flotaba en el cielo.

—Estoy aquí.

Hideyoshi ya había montado. Takigawa Kazumasu reconoció el sonido de una palmada contra la silla de montar y corrió hacia él.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Hideyoshi con la misma clase de mirada que un señor podría dirigir a su servidor.

—Esta noche debéis de haberos enfadado mucho —le dijo Takigawa—, pero sólo ha sido a causa del sake, y el sobrino del señor Katsuie todavía es joven, como podéis ver. Confío en que le perdonéis. —Entonces añadió—: Esto es algo que ha sido convenido de antemano y es posible que lo hayáis olvidado, pero el día cuatro, mañana, tendrá lugar la celebración para anunciar la sucesión del señor Samboshi y no debéis perdéroslo. El señor Katsuie se ha preocupado mucho por ello cuando os habéis marchado.

—¿Ah, sí? Bueno...

—No dejéis de asistir.

—Comprendo.

—Y en cuanto a esta noche, una vez más, olvidadlo, por favor. Le he dicho al señor Katsuie que sois

una persona de gran corazón y no es probable que os ofendáis por las bromas de un joven borracho en una sola ocasión.

El caballo de Hideyoshi había empezado a moverse.

—¡Vámonos! —gritó a los pajes, casi derribando a Takigawa al suelo.

Los aposentos de Hideyoshi se encontraban en la sección occidental de la ciudad. Consistían en un pequeño templo Zen y la casa alquilada a una familia rica. Había alojado a los hombres y caballos en el templo, mientras que él ocupaba una planta de la casa.

A la familia no le había resultado difícil acomodarle, pero estaba acompañado por setecientos u ochocientos servidores. Sin embargo, no se trataba de un gran número de hombres, pues corría el rumor de que el clan Shibata había acuartelado aproximadamente diez mil hombres en Kiyosu.

En cuanto Hideyoshi estuvo de regreso en su alojamiento, se quejó de que había humo en el interior. Ordenó que abrieran las ventanas y se despojó bruscamente del traje ceremonial con el blasón de la paulonia. Mientras terminaba de desvestirse, pidió que le preparasen el baño.

Creyendo que su señor estaba malhumorado, el paje le vertió cautelosamente un cubo de agua caliente sobre la espalda. Sin embargo, Hideyoshi bostezó al sumergirse en la bañera. Entonces emitió un gruñido, como si estuviera estirando los brazos y las piernas.

—Me estoy desentumeciendo un poco —observó, y rezongó acerca de la rigidez de los dos últimos días—: ¿Está instalada la mosquitera?

—Ya la hemos colocado, mi señor —respondieron los pajes que sostenían su kimono de dormir.

—Bien, bien. —Una vez bajo la mosquitera, les dijo—: Todos debéis retiraros pronto, y decídselo también a los hombres que están de guardia.

La puerta estaba cerrada, pero las ventanas permanecían abiertas para que penetrara la brisa, y la luz de la luna casi parecía temblar. Hideyoshi empezó a sentirse amodorrado.

—¿Mi señor? —le llamó una voz desde el exterior.

—¿Qué ocurre? ¿Eres Mosuke?

—Sí, mi señor. El abad Arima está aquí y dice que quisiera veros en privado.

—¿Qué? ¿Arima?

—Le he dicho que os habíais retirado a descansar temprano, pero él ha insistido.

Por un momento no hubo ninguna respuesta desde la mosquitera. Finalmente Hideyoshi dijo:

—Hazle pasar, pero preséntale mis excusas por no levantarme. Dile que en el castillo me he sentido indispuerto y he tomado una medicina.

Mosuke bajó rápidamente los escalones desde el entresuelo. Entonces se oyeron los pasos de alguien que subía, y pronto un hombre estuvo arrodillado ante Hideyoshi.

—Vuestros ayudantes me han dicho que dormíais, pero...

—Decidme, vuestra reverencia.

—Tengo algo muy urgente que deciros, por lo que me he aventurado a venir aquí en plena noche.

—Tras dos días de conferencias estoy tanto mental como físicamente exhausto. Pero ¿qué os trae por aquí a estas horas?

El abad habló en voz baja.

—¿Tenéis intención de asistir mañana al banquete en honor del señor Samboshi en el castillo?

—Creo que podría ir si tomo unos medicamentos. Es posible que sufra tan sólo los efectos de un

golpe de calor, y la gente se enojará si no asisto.

—Tal vez el hecho de que estéis indispuerto sea una premonición.

—¿Por qué decís tal cosa?

—Os habéis retirado hace unas horas, en pleno banquete. Poco después sólo quedaban los Shibata y sus aliados, los cuales se pusieron a discutir algo en secreto. No entendía de qué trataban, pero la situación también inquietaba a Maeda Geni, así que les escuchamos discretamente.

El abad se quedó de repente silencioso y echó un vistazo al interior de la mosquitera, como si quisiera asegurarse de que Hideyoshi le escuchaba.

Un insecto de color azul pálido chirriaba en un extremo de la red, y Hideyoshi estaba tendido como antes, mirando el techo.

—Hablad.

—No sabemos con detalle qué se proponen hacer, pero estamos seguros de que no van a dejaros vivir. Mañana, cuando vayáis al castillo, quieren llevaros a una habitación, exponeros una lista de vuestros delitos y obligaros a cometer el seppuku. Si os negáis, planean mataros a sangre fría. Además, tienen la intención de apostar soldados en el castillo e incluso de controlar la ciudad fortificada.

—Vaya, eso es bastante intimidante.

—La verdad es que Geni deseaba venir a informaros personalmente, pero temimos que notaran su salida del castillo, y por eso he venido yo. Si ahora estáis enfermo, debe de ser una protección del cielo. Quizá deberíais pensarlo a fondo antes de asistir a la ceremonia de mañana.

—No sé qué debo hacer.

—Espero que no asistáis. ¡Dé ninguna manera!

—Es una fiesta por la investidura del joven señor, y todos tenemos que asistir. Os agradezco vuestras buenas intenciones, reverencia. Muchísimas gracias.

Bajo la mosquitera, Hideyoshi unió las palmas en actitud de plegaria mientras el abad se retiraba.

Una de las características de Hideyoshi era que dormía muy bien. Dormirse de inmediato, cuando uno lo desea, puede parecer una habilidad fácil de adquirir, pero en realidad es muy difícil.

Por necesidad había adquirido esa habilidad misteriosa, cercana a la iluminación, y la había formulado como una especie de lema a seguir, tanto para aliviar la presión del campo de batalla como para preservar su salud.

La objetividad. Para Hideyoshi, esta palabra era un talismán.

Quizá la objetividad no parecía una cualidad muy impresionante, pero era el componente esencial de su don de conciliar el sueño sin el menor problema. La impaciencia, las ilusiones, los apegos, las dudas, las urgencias... Sus párpados, al cerrarse, cortaban todos los vínculos en un instante, y dormía con la mente tan vacía como una hoja de papel en blanco. Y, a la inversa, podía despertarse en un momento, completamente alerta.

Pero la objetividad no sólo le servía cuando luchaba de un modo inteligente y sus planes salían como él deseaba. En el transcurso de los años había cometido muchos errores, pero nunca había rumiado amargamente en sus fracasos y batallas perdidas. En tales ocasiones recordaba esa única palabra: objetividad.

La clase de diligencia de la que hablaba la gente a menudo —determinación sostenida y perseverancia, o una firme concentración— no era una cualidad especial en él, sino más bien una parte

natural de la vida cotidiana. Así pues, le resultaba más esencial proponerse esa objetividad que le permitiría prescindir de esas cualidades, aunque sólo fuese un momento, y dejar que su espíritu respirase. A su vez, sometía con toda naturalidad los problemas de la vida y la muerte a ese único concepto: la objetividad.

Llevaba poco tiempo tendido. ¿Habría dormido una hora?

Se levantó y bajó los escalones hacia el lavabo. De inmediato, uno de los hombres que estaban de servicio se arrodilló en las tablas de la terraza, sosteniendo un farolillo de papel. Poco después, cuando salió del lavabo, otro hombre, provisto de un pequeño cazo, se le acercó y vertió el agua en sus manos.

Mientras se lavaba las manos, Hideyoshi contempló la posición de la luna sobre los aleros y se volvió hacia sus dos pajes.

—¿Está Gonbei ahí? —les preguntó.

Cuando se presentó el hombre por el que había preguntado, Hideyoshi echó a andar hacia los escalones, con la cabeza vuelta hacia Gonbei mientras caminaba.

—Ve al templo y diles a los hombres que nos marchamos. La división de los soldados y las calles por donde avanzaremos las hemos anotado esta noche al abandonar el castillo y el escrito está en poder de Asano Yahei, así que él os dará las instrucciones.

—Sí, mi señor.

—Espera un momento. Me olvidaba de algo. Dile a Kumohachi que venga a verme.

Las pisadas de Gonbei se retiraron desde el grupo de árboles detrás de la casa en dirección al templo. Cuando dejaron de oírse, Hideyoshi se apresuró a vestirse con la armadura y salió.

Los aposentos de Hideyoshi estaban cerca del cruce de los caminos de Ise y Mino. Pasó por el ángulo del almacén y se encaminó al cruce.

En aquel momento, Kumohachi, que acababa de recibir el aviso de su señor, llegó corriendo por detrás con pasos vacilantes. Rebasó a Hideyoshi, se dio la vuelta y se arrodilló ante él.

—¡Aquí me tenéis a vuestro servicio!

Kumohachi era un viejo guerrero de setenta y cinco años, pero no le superaban fácilmente ni los hombres más jóvenes, y Hideyoshi vio que había acudido con la armadura ya puesta.

—Para lo que voy a pedirte no hace falta armadura. Me gustaría que hicieras algo por la mañana, y por lo tanto quiero que te quedes aquí.

—¿Por la mañana? ¿Queréis decir en el castillo?

—Así es. Has comprendido bien, como es propio de tus años de servicio. Quiero que lleves un mensaje al castillo. Dirás que he enfermado por la noche y de repente me he visto obligado a regresar a Nagahama. Dirás también que lamento profundamente no poder asistir a la ceremonia, pero que confío en que todo salga bien. Imagino que Katsuie y Takigawa insistirán en el asunto durante largo rato, por lo que quiero que esperes allí, dando la impresión de que estás senil y duro de oído. No reacciones a nada de lo que oigas, y luego marcharte como si nada hubiera ocurrido.

—Comprendo, mi señor.

El viejo guerrero estaba doblado por la cintura como una gamba, pero no soltaba la lanza. Se inclinó una vez más antes de incorporarse, dio media vuelta con rigidez, como si la armadura le pesara demasiado, y se alejó arrastrando los pies.

Casi todos los hombres que se alojaban en el templo se habían alineado ya en la carretera, delante del

portal. Cada cuerpo, identificado por su estandarte, se dividía a su vez en compañías. Los comandantes aprestaban sus caballos a la cabeza de cada unidad.

Los extremos encendidos de las mechas brillaban al oscilar atrás y adelante, pero no encendieron una sola antorcha.

En el cielo sólo había una esbelta media luna. Los setecientos hombres permanecían en silencio en la oscuridad, a lo largo de la hilera de árboles, como olas en la orilla.

—¡Eh, Yahei! —llamó Hideyoshi, que caminaba al lado de la línea de oficiales y soldados.

Los hombres no eran fácilmente distinguibles bajo las sombras de los árboles, y uno de ellos, de baja estatura, avanzó golpeando el suelo con un bastón de bambú y seguido por otros seis o siete hombres. La mayoría de los soldados probablemente pensaron que era el jefe de un grupo de portadores, pero cuando se dieron cuenta de que se trataba de Hideyoshi, guardaron todavía más silencio, apartando a sus caballos para que no le estorbaran el paso.

—¡Aquí estoy! ¡Aquí!

Asano Yahei había estado al pie de los escalones de piedra, dando instrucciones a un grupo de hombres. Al oír la voz de Hideyoshi, terminó rápidamente y corrió hacia él.

—¿Estás preparado? —le preguntó Hideyoshi con impaciencia, sin darle apenas tiempo para arrodillarse—. Si ya está todo listo, adelante.

—Sí, mi señor, estamos preparados.

Se hizo cargo del estandarte de mando con las calabazas doradas, que había estado apoyado en una esquina del portal, lo llevó al centro de la columna y rápidamente montó su caballo para reunirse con las tropas.

Hideyoshi cabalgó acompañado por sus pajes y unos treinta jinetes. Aquél habría sido el momento para hacer sonar la caracola, pero las circunstancias impedían su uso, así como las antorchas. Hideyoshi había entregado a Yahei el abanico dorado de mando, y lo agitó hasta tres veces en su nombre. Obedeciendo a la señal, los setecientos hombres del ejército iniciaron gradualmente su avance.

Entonces la cabeza de la columna cambió de dirección y, girando en la carretera, pasó por el lado de Hideyoshi. La posición del jefe de cuerpo estaba ocupada exclusivamente por servidores de confianza. Que no se viera casi ninguna de las caras de los viejos y expertos veteranos se debía con toda probabilidad a que muchos de ellos se habían quedado en los castillos de Hideyoshi en Nagahama y Himeji, así como en sus fincas restantes.

A medianoche, los soldados de Hideyoshi abandonaron el castillo de Kiyosu, dando la impresión de que eran la fuerza principal que acompañaba a su señor. Tomaron la carretera de Mino en dirección a Nagahama.

En cuanto a Hideyoshi, partió poco después con sólo treinta o cuarenta hombres. Tomó una ruta totalmente distinta y avanzó a toda prisa por carreteras secundarias donde nadie repararía en él. Por fin llegó a Nagahama al amanecer del día siguiente.

\* \* \*

—Hemos fallado, Genba —dijo Katsuie.

—No, era un plan sin posibilidad de errores.



—¿Crees de veras que existe semejante plan? En algún lugar ha habido un descuido, y por eso el pez se ha escapado de la red con tanta facilidad.

—Bueno, ya lo advertí en su momento. ¡Si quieres golpear, golpea! Si hubiéramos atacado los aposentos de esa escoria, en estos momentos podríamos contemplar la cabeza cortada de Hideyoshi. Pero tú estabas empeñado en hacerlo secretamente. Ahora todos nuestros esfuerzos se han quedado en nada porque no quisiste escucharme.

—Ah, todavía eres joven. Me pedías que emplease un plan defectuoso, y el que yo había ideado era superior. La mejor estrategia era esperar a que Hideyoshi viniera al castillo y obligarle a abrirse el vientre. Nada habría sido mejor que eso. Pero según los informes de anoche, Hideyoshi levantó de repente el campamento. Al principio creí que habíamos tenido mala suerte, pero entonces lo pensé mejor. Si ese bastardo abandonaba Kiyosu de noche, era un don del cielo... Como se marchaba sin anunciarlo, yo podría haber denunciado sus delitos. Te di instrucciones para que le tendieras una emboscada y le atacaras por el camino, de modo que se hiciera justicia.

—Ése fue un error negligente por tu parte, tío, desde el mismo principio.

—¿Error mío? ¿Por qué?

—Tu primer error fue creer que el Mono se pondría en nuestras manos asistiendo a la ceremonia de hoy. Luego, aunque me diste instrucciones para que fuese con algunos hombres a tenderle una emboscada, tu segundo error fue olvidar la precaución de ordenar que los hombres vigilaran las carreteras secundarias.

—¡Necio! Te di las órdenes e hice que los demás generales siguieran tus instrucciones tan sólo porque confiaba en que no pasarías por alto esa clase de cosas. ¡Y tienes la desfachatez de decir que ocultar soldados sólo en la carretera principal y permitir que Hideyoshi se escabulla es culpa mía! ¡Deberías reflexionar un poco en tu propia inexperiencia!

—Está bien, tío, esta vez pido disculpas por mi error, pero te ruego que en lo sucesivo te abstengas de ese artificio excesivo. Una persona que se entusiasma tanto con sus propios planes inteligentes algún día se ahogará en ellos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Crees que empleo demasiada astucia?

—Ése es tu hábito constante.

—¡Eres..., eres un idiota!

—No soy sólo yo, tío. Todo el mundo lo dice: «El señor Katsui vuelve cauta a la gente, porque nadie puede decir jamás lo que está maquinando».

Katsui guardó silencio, juntas sus cejas negras y pobladas.

Durante largo tiempo, la relación de tío y sobrino había sido mucho más afectuosa que entre señor y vasallo. Pero el exceso de familiaridad había erosionado la autoridad y el respeto en la relación, y ahora faltaban esas cualidades. Aquella mañana Katsui apenas podía contener la expresión hosca de su semblante.

Las causas de su malestar eran complejas. No había pegado ojo en toda la noche. Tras haber ordenado a Genba que atacara al huido Hideyoshi, Katsui había esperado hasta el alba el informe que eliminaría el abatimiento de su corazón.

Pero cuando Genba regresó, no dio a Katsui el informe que había esperado con tanta tensión.

—Los únicos que pasaron eran servidores de Hideyoshi, al cual no se veía por ninguna parte. Pensé

que sería desventajoso atacarlos, así que vuelvo sin nada que mostrar por mis esfuerzos.

Ese informe, unido a la fatiga que Katsuie arrastraba desde la noche anterior, le puso en un estado de profundo desánimo. Por ello, cuando incluso Genba le culpó de lo ocurrido, no era de extrañar que aquella mañana se sintiera deprimido.

Sin embargo, no podía seguir con semejante estado anímico, pues aquel día iba a tener lugar el anuncio de la sucesión de Samboshi. Después del desayuno, Katsuie hizo una siesta, se bañó y una vez más se vistió con sus espléndidas ropas y tocado ceremoniales.

Katsuie no era hombre que, cuando estaba deprimido, lo evidenciara. Aquel día el cielo estaba cubierto de nubes y era incluso más húmedo que el día anterior, pero el porte de Katsuie en la carretera que conducía al castillo de Kiyosu era más majestuoso que el de cualquier otra persona de la ciudad fortificada, y el sudor brillaba en su rostro.

Los fieros hombres que sólo la noche anterior se habían atado los cordones de sus cascos, arrastrándose por la hierba y entre los arbustos con sus lanzas y armas de fuego, dispuestos a arrebatarse la vida de Hideyoshi cuando pasara por la carretera, estaban ahora ataviados con sombreros cortesanos y kimonos de ceremonia. Sus arcos estaban guardados en los estuches y sus espadas y alabardas enfundadas, y ahora, con ese aspecto inocente, se encaminaban al castillo.

Los hombres que subían al castillo no eran sólo del clan Shibata, desde luego, sino que también pertenecían a los Niwa, Takigawa y otros clanes. Los únicos hombres que habían estado allí el día anterior pero ya no estaban presentes eran los de Hideyoshi.

Takigawa Kazumasu informó a Katsuie que Kumohachi, el representante de Hideyoshi, le esperaba en el castillo desde la mañana.

—Ha dicho que Hideyoshi no podrá asistir hoy porque está enfermo y envía sus disculpas al señor Samboshi. También espera que le concedáis audiencia, mi señor. Lleva algún tiempo esperando.

Katsuie asintió sin ocultar su expresión adusta. Le enojaba que Hideyoshi pusiera tanto escrúpulo en fingirse desconocedor del asunto, pero también había fingido no saber nada, y concedió una audiencia a Kumohachi. Cuando el anciano estuvo en su presencia, le sometió en actitud desabrida a una pregunta tras otra. ¿Qué clase de enfermedad tenía Hideyoshi? Si había decidido regresar a casa de modo tan repentino la noche anterior, ¿por qué no había informado a Katsuie? De haberlo hecho, él personalmente habría ido a visitarle y tomado todas las disposiciones. Pero el viejo Kumohachi parecía estar muy sordo y sólo oía la mitad de lo que Katsuie estaba diciendo.

Y al margen de lo que dijera, el viejo parecía no comprenderle y repetía la misma respuesta una y otra vez. Con la sensación de que la entrevista era tan inútil como golpear el aire, Katsuie no podía evitar sentirse irritado por los motivos ocultos de Hideyoshi al enviarle a un viejo guerrero tan senil como representante formal. Por mucho que increpara al anciano, no conseguía nada. Su irritación se transformó en cólera e hizo a Kumohachi una pregunta más para poner fin a la entrevista.

—Dime, enviado, ¿qué edad tienes?

—Exactamente..., sí, eso es.

—Te estoy preguntando por tu edad... ¿Cuántos años tienes?

—Sí, es precisamente como vos decís.

—¿Qué?

Con la sensación de que su interlocutor le estaba tomando el pelo, Katsuie acercó su encolerizado

rostro a la oreja de Kumohachi y gritó tan fuerte que habría podido resquebrajar un espejo.

—¿Qué edad tienes este año?

Entonces Kumohachi asintió vigorosamente y respondió con una calma perfecta.

—Ah, ya veo. Me preguntáis por mi edad. Me avergüenza decir que no he hecho nada meritorio de lo que el mundo tenga noticia, pero este año cumpliré setenta y cinco.

Katsuie se quedó pasmado.

Pensó en lo ridículo que era perder los estribos con aquel viejo, cuando le esperaba el apremiante trabajo y era probable que no pudiera relajarse en todo el día. Junto con una sensación de desdén hacia sí mismo, su hostilidad hacia Hideyoshi le impulsaba a prometer que pronto los dos no existirían bajo el mismo cielo.

—Vete a casa. Es suficiente.

Haciendo un gesto con el mentón, ordenó al anciano que se marchara, pero las nalgas de Kumohachi parecían pegadas en el suelo con pasta de arroz.

—¿Qué? ¿Y no hay una respuesta? —preguntó, mirando serenamente a Katsuie.

—¡No hay ninguna! ¡Ninguna respuesta! Dile tan sólo a Hideyoshi que nos encontraremos dondequiera que tengamos ocasión de encontrarnos.

Tras esta última observación, Katsuie se volvió y se alejó por el estrecho corredor hacia la ciudadela interior. Kumohachi también se alejó despacio por el corredor. Con una mano en la cadera, se volvió para contemplar la figura de Katsuie que se retiraba. Riéndose para sus adentros, finalmente se encaminó al portal del castillo.

La celebración por la investidura de Samboshi se completó aquel día, y siguió una fiesta que superó incluso a la de la noche anterior. Se abrieron tres salones del castillo para el anuncio de la instalación del nuevo señor, y la gente asistió en número muy superior al del día anterior. El principal tema de conversación entre los invitados era el comportamiento insultante de Hideyoshi. Fingir una enfermedad y ausentarse el día de tan importante acontecimiento era escandaloso, y algunos decían que la insinceridad y deslealtad de Hideyoshi eran patentes.

Katsuie sabía muy bien que las críticas contra Hideyoshi eran generadas artificialmente por los seguidores de Takigawa Kazumasu y Sakuma Genba, pero en su fuero interno se regocijaba al pensar que la ventaja estaba de su parte.

Después de la conferencia, la observación del aniversario de la muerte de Nobunaga y el día de la celebración, Kiyosu se vio inundado por lluvias intensas que caían a diario.

Algunos de los señores regresaron a sus provincias al día siguiente de la celebración. En cambio hubo otros que se vieron retenidos por la crecida del río Kiso. Estos últimos esperaron a que el tiempo aclarase, creyendo que podría suceder al día siguiente o al otro, pero se vieron reducidos a pasar un día tras otro confinados en sus alojamientos sin hacer nada.

Para Katsuie, sin embargo, no fue un tiempo necesariamente desperdiciado.

Las idas y venidas de Katsuie y Nobutaka entre sus alojamientos respectivos eran muy evidentes. Debe recordarse que Oichi, la esposa de Katsuie, era hermana menor de Nobunaga y, por lo tanto, tía de Nobutaka. Además, era éste quien había persuadido a Oichi para que volviera a casarse y se convirtiera en esposa de Katsuie. Precisamente desde la época de la boda la relación entre Nobutaka y Katsuie se había vuelto íntima. Desde luego, eran algo más que simples parientes.

Takigawa Kazumasu asistía también a aquellas reuniones, y su presencia parecía tener alguna importancia.

El décimo día del mes Takigawa envió una invitación para asistir a una ceremonia del té matinal a todos los señores que quedaban. El meollo de la invitación era como sigue:

Las lluvias recientes están terminando y cada uno de vosotros piensa en regresar a su provincia. Sin embargo, es una máxima entre los guerreros que la incertidumbre rige la época de su próxima reunión. Mientras recordamos a nuestro antiguo señor, quisiera ofreceros un cuenco de té sencillo cuando el rocío refresque la mañana. Sé que estáis ansiosos por regresar a casa tras esta larga estancia, pero cuento con vuestra presencia.

Eso era todo lo que decía, ni más ni menos lo que podría haberse esperado, pero los habitantes de Kiyosu miraban boquiabiertos a los hombres que iban y venían aquella mañana.

¿Qué ocurría? ¿Un consejo de guerra secreto? Hombres como Hachiya, Tsutsui, Kanamori y Kawajiri asistieron aquella mañana a la ceremonia del té, mientras que Nobutaka y Katsuie eran probablemente los invitados de honor. Pero si la reunión era la ceremonia del té que aparentaba ser o algún asunto secreto, sólo podían saberlo el anfitrión y sus invitados.

Aquella misma tarde los generales regresaron por fin a sus provincias respectivas. La noche del día catorce Katsuie anunció que partía hacia Echizen, y el día quince abandonó Kiyosu.

Pero en cuanto hubo cruzado el río Kiso y entrado en Mino, le llegaron inquietantes rumores de que el ejército de Hideyoshi había cerrado todos los puertos de montaña entre Tarui y Fuwa y le cerraba el camino de regreso a casa.

Katsuie había decidido atacar a Hideyoshi, pero ahora la situación se había invertido, y el camino hacia su provincia era tan peligroso como una delgada capa de hielo. Para ir a Echizen, Katsuie tenía que pasar por Nagahama, donde ya se encontraba su antagonista. ¿Le permitiría pasar Hideyoshi sin desafiarle?

Cuando Katsuie salió de Kiyosu, sus generales le aconsejaron que siguiera una ruta más indirecta, a través de la provincia de Takigawa Kazumasu en Ise. Pero de haber hecho tal cosa, el mundo ciertamente habría creído que temía a Hideyoshi; sería una pérdida de prestigio que Katsuie no habría podido soportar. Sin embargo, al entrar en Mino la cuestión esencial persistía a cada paso.

Los informes de movimientos de tropas en las montañas que se alzaban delante obligaron a detener el avance de su ejército y disponer a sus unidades en formación de combate hasta que fuese posible verificar tales informes.

Le llegó entonces el rumor de que unidades al mando de Hideyoshi habían sido avistadas en la zona de Fuwa, cosa que erizó el cabello de Katsuie y los miembros de su estado mayor montados a caballo. Mientras trataban de imaginar el número y la estrategia del enemigo que aguardaba en su camino, su estado de ánimo era tan negro como la tinta.

Ordenaron el súbito alto de las tropas delante del río Ibi, mientras Katsuie y sus generales discutían rápidamente el asunto en el bosque del santuario de la aldea. ¿Debían seguir adelante o retirarse? Una posible estrategia sería retirarse de momento y tomar posesión de Kiyosu y Samboshi. Entonces podrían denunciar los delitos de Hideyoshi, unir a los demás señores y partir de nuevo con un ejército más

imponente. Por otro lado, disponían de una fuerza considerable, y sus tropas tendrían la satisfacción del samurai si se abrían paso luchando y derrotaban al enemigo con una rápida victoria.

Mientras sopesaban los posibles resultados de cada alternativa, comprendieron que el primer plan significaría una guerra prolongada, mientras que el último aportaría una decisión inmediata. Pero en este caso existía la posibilidad de que no pudieran aplastar a Hideyoshi con un golpe rápido y fuesen ellos los derrotados.

Ciertamente, el terreno montañoso al norte de Sekigahara era muy ventajoso para los hombres que tendieran una emboscada. Además, las tropas que Hideyoshi había retirado a Nagahama ya no serían la pequeña fuerza del reciente pasado. Desde el sur de Omi a las zonas de Fuwa y Yoro, un gran número de hombres de pequeños castillos, poderosas familias provinciales y residencias de samurais diseminadas tenían relaciones con Hideyoshi, mientras que eran pocos los relacionados con los Shibata.

Katsuie se hizo eco del consejo de sus generales:

—Por mucho que lo piense, no parece que enfrentarnos aquí a Hideyoshi sea una buena estrategia. Debe de haber planeado su rápido regreso a casa para tener precisamente esta clase de ventaja. Creo que no debemos arriesgarnos a librar la batalla que él quiere bajo estas condiciones.

Sin embargo, Genba se rió desdeñosamente.

—Sin duda eso es lo que debes hacer si deseas convertirte en el hazmerreír de todos por tener tanto miedo de Hideyoshi.

En todo consejo de guerra, la sugerencia de retirarse es la débil, mientras que el consejo de avanzar se considera más vigoroso. La opinión de Genba en particular ejercía una fuerte influencia en los miembros del estado mayor. Su valor sin par, su rango dentro del clan y el afecto que le tenía Katsuie eran factores a tener en cuenta.

—Huir a la vista del enemigo, sin intercambiar una sola flecha, arruinaría la reputación del clan Shibata —dijo un general.

—Sería distinto si hubiéramos tomado tal decisión antes de salir de Kiyosu.

—Es como dice el señor Genba. Si la gente se entera de que hemos llegado hasta aquí y nos hemos retirado, seremos el hazmerreír de las generaciones futuras.

—¿Y si nos retiramos tras haber librado un combate?

—Al fin y al cabo, sólo son soldados del Mono.

Todos los guerreros jóvenes manifestaron a gritos su apoyo a Genba. El único hombre que permanecía en silencio era Menju Shosuke.

—¿Qué opinas, Shosuke?

Katsuie no solía pedir su opinión a Shosuke. El primero le había retirado recientemente su favor, y el hombre normalmente se abstenía de hablar. Ahora respondió dócilmente.

—Creo que la opinión de Genba es del todo correcta.

Entre los demás, todos ellos ardientes y dispuestos a la lucha, Shosuke parecía frío como el agua y falto de valor a pesar de su juventud. Pero había respondido como si no hubiera ninguna alternativa.

—Si incluso Shosuke puede hablar así, seguiremos el consejo de Genba y avanzaremos directamente, como hasta ahora. Pero tenemos que enviar exploradores en cuanto crucemos el río y no apresurarnos con negligencia por la carretera. Primero que avance un buen número de soldados de a pie, a los que seguirá de inmediato un cuerpo de lanceros. Los hombres provistos de armas de fuego irán delante de la

retaguardia, pues cuando hay soldados ocultos para tender una emboscada, las armas de fuego no son muy útiles en cabeza. Si el enemigo está ahí y los exploradores nos dan la señal, que suene el tambor de inmediato, pero no les mostréis la menor confusión. Todos los jefes de unidad esperarán mis órdenes.

Una vez dadas las instrucciones, el ejército cruzó el río Ibi. No sucedió nada. Cuando iniciaron el avance hacia Akasaka, no había ninguna señal del enemigo.

Las unidades de reconocimiento estaban muy adelantadas y se aproximaban a la vecindad del pueblo de Tarui. Tampoco allí se discernía nada fuera de lo corriente.

Un viajero solitario se acercó a ellos. Parecía sospechoso, y uno de los soldados de la unidad de reconocimiento corrió a su encuentro y le tomó en custodia. Amenazado e interrogado por los exploradores, el hombre se apresuró a hablar, pero quienes se quedaron consternados fueron quienes le amenazaban.

—Si me preguntáis si he visto a los hombres del señor Hideyoshi en la carretera, debo decir que sí, ciertamente los he visto. A primera hora de esta mañana, en la zona de Fuwa, y ahora mismo, al pasar por Tarui.

—¿Cuántos hombres había ahí?

—No estoy seguro, pero desde luego era una fuerza de varios centenares.

—¿Varios centenares?

Los exploradores intercambiaron miradas. Dejaron que el hombre se marchara e informaron de inmediato a Katsuie.

La noticia era bastante inesperada. La fuerza del enemigo era tan pequeña que ahora Katsuie y sus generales sentían más recelos. No obstante, dieron la orden de avanzar y el ejército se puso en marcha. En aquel momento les informaron que un enviado de Hideyoshi cabalgaba hacia ellos. Cuando por fin apareció el hombre, vieron que no era un guerrero vestido con armadura, sino un joven apuesto que vestía una casaca de fina seda sobre un kimono de color glicina. Incluso las riendas de su caballo estaban vistosamente decoradas.

—Me llamo Iki Hanshichiro —anunció el joven—, el paje del señor Hidekatsu. He venido para ofrecer mis servicios como guía del señor Katsuie.

Hanshichiro pasó al trote por el lado de los exploradores, los cuales se quedaron desconcertados. Gritando confusamente, su jefe fue tras él, casi cayéndose del caballo en su persecución.

Katsuie y su estado mayor miraron al joven con suspicacia. Habían previsto una batalla, y la excitación ante la pelea inminente había ido en aumento. Entonces, en medio de sus lanzas y las mechas encendidas de los mosquetes, aquel joven elegante desmontó con elegancia e hizo una cortés reverencia.

—¿El paje del señor Hidekatsu? —dijo Katsuie—. No tengo idea de qué significa su presencia, pero traedle aquí. Hablaremos con él.

Katsuie había hollado la hierba al lado de la carretera y estaba en pie a la sombra de unos árboles. Mientras instalaban su escabel de campaña, logró ocultar la rígida tensión de sus subordinados, así como la suya propia. Invitó al enviado a sentarse.

—¿Traes un mensaje?

—Debéis de estar muy cansado del largo viaje a casa con este calor —dijo Hanshichiro formalmente.

Resultaba extraño, pero sus palabras sonaban exactamente como las de un saludo en tiempo de paz. Cogió una caja de cartas que le pendía del hombro sujeta a un cordón rojo.

—El señor Hideyoshi os envía sus saludos —añadió, al tiempo que entregaba la misiva a Katsuie. Katsuie recibió la carta con suspicacia y no la abrió de inmediato. Miró a Hanshichiro, parpadeando.

—¿Dices que eres el paje del señor Hidekatsu?

—Sí, mi señor.

—¿Goza el señor Hidekatsu de buena salud?

—Sí, mi señor.

—Supongo que ha crecido.

—Este año cumplirá diecisiete años, mi señor.

—Vaya, ¿ya es tan mayor? Qué rápido pasa el tiempo, ¿verdad? No le veo desde hace mucho.

—Hoy su padre le ha ordenado que vaya a Tarui para dar la bienvenida.

—¿Cómo? —dijo Katsuie, sorprendido.

El peso de su fornido cuerpo, que igualaba a la sorpresa de su corazón, aplastó una piedra bajo una de las patas del escabel. Hidekatsu, que era hijo de Nobunaga, había sido adoptado por Hideyoshi.

—¿Bienvenida? ¿A quién?

—A Vuestra Señoría, por supuesto.

Hanshichiro se cubrió el rostro con su abanico y se rió. Los párpados y la boca de su adversario se movían sin que pudiera controlarlos, y el muchacho apenas pudo contener su sonrisa.

—¿A mí? —musitó Katsuie—. ¿Ha venido a darme la bienvenida a mí?

—Primero echad un vistazo a la carta, mi señor —le pidió Hanshichiro.

Katsuie estaba tan aturdido que se había olvidado por completo de la carta que tenía en la mano. Asintió repetidas veces sin ninguna razón en particular. Mientras sus ojos seguían las palabras escritas, toda una gama de emociones se reflejó en su rostro. La carta no era de Hidekatsu, sino que se debía inequívocamente al pincel de Hideyoshi, y expresaba una total generosidad. Habéis recorrido muchas veces la ruta entre el norte de Omi y Echizen, por lo que supongo que conocéis el camino. De todos modos, os envío a mi hijo adoptivo, Hidekatsu, para que os guíe. Corre el rumor infundado, indigno de que reparéis en él, según el cual Nagahama sería un lugar ventajoso desde donde obstaculizar vuestro regreso a casa. A fin de contradecir unos informes tan malévolos, he enviado a mi hijo adoptivo para que os salude, y podéis tomarle como rehén hasta que hayáis pasado por estas tierras sin percance. Me habría gustado agasajaros en Nagahama, pero estoy enfermo desde que abandoné Kiyosu...

Tranquilizado por las palabras del enviado y la carta, Katsuie no pudo dejar de reflexionar en su propio apocamiento. Le había atemorizado lo que pudiera albergar el corazón de Hideyoshi, y ahora se sentía aliviado. Desde hacía tiempo tenía una reputación de estratega inteligente, y le consideraban tan lleno de intrigas que cada vez que hacía algo la gente se apresuraba a decir que Katsuie volvía a emplear sus viejas mañas. Sin embargo, en momentos como aquéllos, ni siquiera iba a molestarse en ocultar sus emociones con una indiferencia fingida. Ésa era la parte de su carácter que el difunto Nobunaga había comprendido bien, considerando que el valor de Katsuie, su naturaleza conspiradora y su sinceridad eran rasgos característicos que podrían serle de gran utilidad. Por ello había dado a Katsuie la gran responsabilidad de ser el comandante en jefe de la campaña del norte, había puesto bajo su mando a numerosos guerreros y una gran provincia y había confiado plenamente en él. Ahora, cuando Katsuie pensaba en el señor que le había conocido mejor que nadie más en el mundo y que ya no estaba entre los vivos, tenía la sensación de que no había nadie más en quien pudiera depositar su confianza.

Pero ahora, de improviso, la carta de Hideyoshi le conmovía, y las emociones que abrigaba hacia su rival se invirtieron por completo en un instante. Reflexionó francamente en el hecho de que su enemistad se había basado del todo en sus propias sospechas y su apocamiento.

Así pues, Katsuie consideró de nuevo la situación.

«Ahora que nuestro señor ha desaparecido, Hideyoshi será el hombre en quien depositar nuestra confianza.»

Aquella noche conversó afectuosamente con Hidekatsu. Al día siguiente cruzó Fuwa en compañía del joven y entró en Nagahama, embargado todavía por sus nuevas y cálidas impresiones.

Pero en Nagahama, después de que, junto con sus servidores de alto rango, hubiera acompañado a Hidekatsu hasta el portal del castillo, volvió a sentirse conmovido al descubrir que Hideyoshi llevaba cierto tiempo ausente. Había ido a Kyoto para intervenir en unos importantes asuntos de estado.

—¡Hideyoshi ha vuelto a embaucarme! —exclamó Katsuie, recobrando rápidamente la irritación, y se apresuró a ponerse en marcha por la carretera que conducía a su provincia.

\* \* \*

Era a fines del séptimo mes. Hideyoshi cumplió la promesa que había hecho y entregó el castillo y las tierras de Nagahama a Katsuie, el cual, a su vez, las entregó a su hijo adoptivo, Katsutoyo.

Katsuie aún no sabía por qué Hideyoshi había insistido en la conferencia de Kiyosu para que el castillo fuese entregado a Katsutoyo, y tampoco los asistentes a la conferencia y el público en general sospechaba de esa condición ni siquiera se detenía a considerar qué se proponía Hideyoshi.

Katsuie tenía otro hijo adoptivo, Katsutoshi, un muchacho que aquel año cumpliría los quince. Los miembros del clan Shibata cuyos sentimientos se veían afectados, se lamentaban diciendo que si la relación entre Katsuie y Katsutoyo era tan fría, sólo podían temer por el futuro del clan.

—Katsutoyo es tan indeciso —se quejaba Katsuie—. Nunca hace nada con auténtica claridad y decisión. Ni siquiera tiene la propensión adecuada a ser mi hijo. Katsutoshi, por otro lado, carece por completo de malicia y realmente me considera su padre.

Pero si Katsuie prefería Katsutoshi a Katsutoyo, favorecía aún más a su sobrino Genba. Su afecto por Genba iba más allá del que se siente naturalmente por un sobrino o un hijo, y tendía a abandonarse a esa emoción. Así pues Katsuie velaba por los hermanos menores de Genba, Yasumasa y Katsumasa, a los que había instalado en castillos estratégicos cuando todavía sólo eran veinteañeros.

En medio de ese profundo afecto entre miembros de la familia y servidores, solamente Katsutoyo se sentía insatisfecho con su padre adoptivo y los hermanos Sakuma.

Cierta vez, por ejemplo, durante las celebraciones de Año Nuevo, cuando la familia y los servidores de Katsuie habían acudido para felicitarle en Año Nuevo, Katsuie ofreció el primer brindis. Katsutoyo había supuesto con naturalidad que se lo ofrecería a él, y había avanzado respetuosamente de rodillas.

—No es para ti, Katsutoyo, es para Genba —dijo Katsuie, retirando la taza.

Llegó a saberse en otros lugares que este desaire había causado el descontento de Katsutoyo, y sin duda el incidente fue recogido por espías de otras provincias. Desde luego esa información llegó a oídos de Hideyoshi.

Antes de entregar Nagahama a Katsutoyo, era necesario que Hideyoshi trasladase a su familia a un



nuevo hogar.

—Nos trasladaremos a Himeji dentro de poco. Allí la temperatura es agradable en invierno, y abunda el pescado del mar Interior.

Con estas órdenes, la madre y la esposa de Hideyoshi, así como toda la servidumbre, se trasladaron a su castillo de Harima. Pero el mismo Hideyoshi no los acompañó.

No había tiempo que perder. El castillo de Takaradera, cerca de Kyoto, había sido completamente renovado. Aquélla fue la fortaleza de Mitsuhide en la época de la batalla de Yamazaki, y existía una razón por la que Hideyoshi no envió a su madre y esposa a vivir allí. Él se trasladaba del castillo de Takaradera a la capital en días alternos y, al regresar, supervisaba la construcción. En los días de ausencia trabajaba para el gobierno de la nación.

Ahora tenía la responsabilidad de salvaguardar el palacio imperial y ocuparse de la administración de la ciudad, así como de supervisar las diversas provincias. De acuerdo con la decisión original tomada en la conferencia de Kiyosu, todas las fases del gobierno de Kyoto serían administradas igualmente por los cuatro regentes, Katsuie, Niwa, Shonyu y Hideyoshi, y nunca existió la intención de que sólo fuesen responsabilidad de Hideyoshi. Pero Katsuie estaba lejos, en Echizen, llevando a cabo ciertas maniobras secretas con Nobutaka y otros en Gifu e Ise. Niwa, aunque se encontraba cerca, en Sakamoto, parecía haber pasado ya toda su responsabilidad a Hideyoshi. Y Shonyu había declarado noblemente que, aunque le había sido concedido un título, los problemas de tratar con la administración y la nobleza rebasaban sus capacidades y no quería ocuparse más de una y la otra.

Era en estos aspectos en los que Hideyoshi tenía una verdadera habilidad. Su talento era mucho más administrativo que cualquier otra cosa. Sabía que su talento principal no tenía que ver con el campo de batalla, pero comprendía claramente que si un hombre tenía elevados ideales pero era derrotado en el campo de batalla, no podría llevar a la práctica grandes obras administrativas. Por eso lo arriesgaba todo en una batalla y, una vez había comenzado una campaña, luchaba hasta vencer o morir.

Como recompensa por sus hazañas marciales, la corte imperial informó a Hideyoshi que se le concedía el cargo de teniente general de la guardia imperial. Hideyoshi rehusó, aduciendo que no tenía méritos para recibir semejante honor, pero la corte insistió benignamente y al final Hideyoshi aceptó un título menor.

¡Cuántos se apresuran a encontrar defectos en aquellos que triunfan en el mundo! ¡Cuántas personas de espíritu mezquino hablan contra quienes trabajan honestamente!

Esto es siempre cierto, y cada vez que se produce un cambio, es probable que el torrente de los chismorreos sea especialmente violento.

—Hideyoshi se apresura a exponer su arrogancia. Incluso sus subordinados están adquiriendo autoridad.

—Dejan de lado al señor Katsuie. Es como si no hubiera nadie más a quien servir.

—Cuando uno observa la influencia que ha obtenido recientemente, es como si proclamaran que el señor Hideyoshi es el sucesor del señor Nobunaga.

Las críticas que le dirigían eran ciertamente ruidosas, pero, como sucede siempre en tales casos, las identidades de los acusadores permanecían desconocidas.

Tanto si oía los rumores como si no, Hideyoshi no se preocupaba. No tenía tiempo para escuchar los chismorreos. Nobunaga murió el sexto mes, y a mediados del mismo mes tuvo lugar la batalla de

Yamazaki. El séptimo mes se celebró la conferencia de Kiyosu. A fines de ese mes Hideyoshi se retiró de Nagahama, trasladando su familia a Himeji, y en el octavo dio comienzo la construcción del castillo de Takaradera. Ahora continuaba sus viajes de ida y vuelta entre Kyoto y Yamazaki. Si estaba en Kyoto, por la mañana presentaba sus respetos en el palacio imperial, por la tarde inspeccionaba la ciudad, por la noche examinaba asuntos de gobierno, contestaba cartas y saludaba a invitados. A medianoche revisaba cartas de provincias distantes y al amanecer tomaba decisiones relativas a las peticiones de sus subordinados. Cada día fustigaba a su caballo en dirección a algún lugar, masticando todavía el alimento de su última comida.

Frecuentaba una serie de lugares (la mansión de un noble cortesano, reuniones, inspecciones), y recientemente se había dirigido en varias ocasiones hacia la zona norte de Kyoto. Era allí donde había ordenado que comenzara un enorme proyecto de construcción. Dentro de los terrenos del templo Daitoku, había empezado a levantar otro templo, el Sokenin.

—Debe estar terminado el séptimo día del décimo mes. Terminad de limpiar la zona el octavo día y completad los preparativos para todas las ceremonias el noveno. No debe quedar nada pendiente por hacer el décimo día.

Dio estas órdenes con mucha firmeza a Hikoemon y a su cuñado, Hidenaga. Fuera cual fuese el proyecto de construcción emprendido por Hideyoshi, no cambiaría la fecha límite.

El servicio fúnebre tuvo lugar en un santuario iluminado por lámparas que medía ciento ochenta y cuatro varas de anchura. El dosel de brillantes colores centelleaba, los millares de faroles parecían estrellas y el humo del incienso se deslizaba entre los estandartes ondeantes, creando nubes purpúreas sobre las cabezas de los asistentes.

Sólo entre los sacerdotes, asistieron venerables sabios de los cinco templos Zen principales, así como sacerdotes de las ocho sectas budistas. Los coetáneos que contemplaron la ceremonia la describieron como si los quinientos *arhats* y los tres mil discípulos del Buda estuvieran reunidos ante sus ojos.

Tras las ceremonias de lectura de sutras y diseminación de flores delante del Buda, los abades de los templos Zen presentaron sus respetos. Finalmente el abad Soken recitó la *gatha* de despedida y gritó: «*Kwatz!*» con todas sus fuerzas. Por un instante se hizo un silencio absoluto. Luego, cuando sonó de nuevo la música solemne, cayeron las flores de loto y, uno tras otro, los participantes ofrecieron incienso en el altar.

Sin embargo, cerca de la mitad de los familiares de Oda que indudablemente deberían haber asistido no se presentaron. Samboshi no había aparecido, como tampoco Nobutaka, Katsuie o Takigawa.

Pero quizá lo más insondable de todo eran las intenciones de Tokugawa Ieyasu, el cual, tras el incidente en el templo Honno, se encontraba en una posición extraordinaria. Nadie era capaz de juzgar cuáles eran sus pensamientos o cómo sus fríos ojos contemplaban los acontecimientos presentes.

# LIBRO NUEVE

DÉCIMO AÑO DE TENSHO

1582

INVIERNO

# Personajes y lugares

Fuwa Hikoza, servidor de alto rango de Shibata

Kanamori Gorohachi, servidor de alto rango de Shibata Katsuie

Sassa Narimasa, servidor de alto rango de Oda y aliado de Shibata Katsuie

Sakuma Yasumasa, hermano de Genba

Menju Shosuke, paje de Shibata Katsuie

Yamaji Shogen, servidor de Shibata Katsutoyo

Maeda Toshinaga, hijo de Inuchiyo

Echizen, provincia del clan Shibata

Kitanosho, castillo principal del clan Shibata

Fuchu, castillo de Maeda Toshinaga

Ise, provincia de Oda Nobuo

# Las nieves de Echizen

Nevaba día y noche en la fría Echizen, sin dejar resquicio alguno a través del cual uno pudiera liberar su corazón. Pero aquel año, tras los muros del castillo de Kitanosho, hacía más calor que de costumbre. Esta circunstancia insólita se debía a la presencia de la señora Oichi y sus tres hijas. Pocas veces se veía a la dama, pero las hijas no soportaban el encierro en sus aposentos. La mayor, Chacha, tenía quince años, la mediana once y la más pequeña sólo nueve. Para ellas incluso la caída de las hojas era causa de asombro, y sus risas resonaban por los corredores de la ciudadela.

Sus voces atraían a Katsuie a los aposentos femeninos, donde confiaba en olvidar sus muchas preocupaciones entre las alegres risas, pero cada vez que él se presentaba los semblantes de las niñas se oscurecían y ni reían ni sonreían. Incluso la señora Oichi se mostraba solemne y callada, bella y fría.

—Pasad, mi señor, por favor —le decía, invitándole a sentarse junto al pequeño brasero de hierro colado.

Incluso después de su matrimonio, se hablaban entre ellos con la formalidad de un servidor que se dirige a un miembro de la familia de su señor.

—Vuestra soledad debe de ser mayor al ver la nieve y sentir el frío de este lugar por primera vez, mi señora —le dijo Katsuie, solidarizándose con ella.

—No tanto, mi señor, no tanto —replicó Oichi, pero era evidente que anhelaba un clima más cálido—. ¿Cuándo empiezan a fundirse las nieves de Echizen?

—Esto no es Gifu o Kiyosu. Cuando allí florecen las flores de colza y empiezan a caer las de cerezo, estas montañas siguen cubiertas de nieve en fusión.

—¿Y hasta entonces?

—Es así a diario.

—¿Queréis decir que nunca se funde?

—¡Hay demasiada nieve acumulada! —respondió Katsuie bruscamente.

Al recordar el largo tiempo en que la nieve cubriría Echizen, su corazón se llenaba de pesar. Y así era incapaz de pasar siquiera un momento de ocio con su familia.

Katsuie regresó a la ciudadela con tanta celeridad como la había abandonado. Acompañado por sus pajes, caminó a grandes zancadas a lo largo del corredor cubierto por un tejado a través del cual soplaba el viento cargado de nieve. En cuanto se hubo marchado, las tres niñas salieron a la terraza para cantar canciones, no de Echizen sino de su Owari natal.

Katsuie no miró atrás. Antes de entrar en la ciudadela principal, ordenó a uno de sus pajes:

—Diles a Gozaemon y Gohei que vayan a mi habitación en seguida.

Ambos hombres eran servidores importantes del clan Shibata, veteranos en los que Katsuie confiaba.

—¿Has enviado un mensajero a Maeda Inuchiyo? —preguntó Katsuie a Gozaemon.

—Sí, mi señor, partió hace poco —replicó el hombre—. ¿Queríais añadir algo al mensaje, mi señor?

Katsuie asintió en silencio, sumido en sus pensamientos. La noche anterior un consejo de todo el clan había discutido un asunto importante que se resumía en una sola palabra: Hideyoshi, y su decisión no había sido pasiva. Takigawa Kazumasu conseguiría la adhesión de Ise. Nobutaka persuadiría a Gamo Ujisato para que se uniera a ellos y solicitara la ayuda de Niwa Nagahide. El mismo Katsuie escribiría a Tokugawa Ieyasu para sondear sus intenciones, y ya había sido enviado un mensajero al viejo e intrigante

shogun, Yoshiaki. Finalmente, confiaban en que, cuando llegara el momento, los Mori atacaran a Hideyoshi desde la retaguardia.

Ése era el plan, pero la actitud de Ieyasu no estaba nada clara. Y aunque era fácil tentar la inconstancia de Yoshiaki, las esperanzas de persuadir a los Mori para que se unieran a su causa parecían muy escasas. No sólo eso, sino que Gamo Ujisato, el hombre a quien debía atraer Nobutaka, ya era aliado de Hideyoshi, mientras que Niwa se mantenía discretamente en el centro, declarando que no podía tomar partido por ninguno de los antiguos servidores de su señor y que sólo defendería al heredero legítimo, el señor Samboshi.

Por entonces Hideyoshi estaba celebrando en Kyoto el magnífico servicio fúnebre en honor de Nobunaga, que había atraído la atención del país entero. La creciente fama de Hideyoshi hacía pensar al orgulloso Katsuie en si debía actuar y con qué rapidez, pero las montañas de Echizen respondían a sus planes con nieve. Planeaba grandes campañas, pero no podía mover a su ejército para librarlas.

Durante la conferencia había llegado una carta de Kazumasu en la que sugería a Katsuie que la mejor estrategia sería esperar hasta la primavera y completar su gran empresa en una sola campaña. Hasta entonces, decía Kazumasu, Katsuie tendría que hacer las paces con Hideyoshi. Katsuie reflexionó en este consejo y decidió que era la manera correcta de enfrentarse a la situación.

—Si queréis decir algo más al señor Inuchiyo, enviaré otro mensajero —repitió Gozaemon, al observar la expresión preocupada de Katsuie.

Katsuie confió sus dudas a aquellos hombres.

—En la conferencia accedí a enviar dos servidores de confianza junto con Inuchiyo para que negociaran la paz con Hideyoshi, pero ahora no sé...

—¿Qué queréis decir, mi señor? —le preguntó uno de los servidores.

—No sé qué pensar de Inuchiyo.

—¿Os preocupan sus habilidades como enviado?

—Conozco bien sus habilidades, pero cuando Hideyoshi era todavía un soldado de a pie, eran amigos íntimos.

—No creo que debáis preocuparos por eso.

—¿Estás seguro?

—Desde luego —afirmó Gozaemon—. Tanto la provincia de Inuchiyo en Noto como la de su hijo en Fuchu están rodeadas por vuestras tierras y los castillos de vuestros servidores. Así pues, no sólo está geográficamente aislada de Hideyoshi, sino que tendrá que dejar a su esposa e hijos como rehenes.

Gohei era de la misma opinión.

—Nunca ha habido ninguna discordia entre los dos, mi señor, y el señor Inuchiyo os ha servido fielmente en toda la larga campaña del norte. Hace muchos años, cuando era un joven samurai en Kiyosu, el señor Inuchiyo tenía una reputación de alocado, pero ya no es el mismo y ahora su nombre se asocia con integridad y honestidad, la gente reconoce en seguida la fe que tiene en él. Así pues, en vez de preocuparos, me pregunto si no es el hombre más apropiado que podríamos enviar.

Katsuie empezó a creer que tenían razón. Ahora podía reír, sabiendo que sus sospechas eran infundadas. Pero si por alguna razón el plan salía mal, toda la situación se volvería con rapidez contra Katsuie. Además, estaba inquieto porque su ejército no podría moverse hasta la primavera. El aislamiento de Nobutaka en Gifu y el de Takigawa en Ise le turbaban todavía más. En consecuencia, la

misión del enviado era esencial para el éxito de su estrategia.

Pocos días después Inuchiyo llegó a Kitanosho. Aquel año cumpliría cuarenta y cuatro años, uno menos que Hideyoshi. Su larga experiencia en el campo de batalla le había atemperado, y a pesar de la pérdida de un ojo conservaba su aplomo y seguridad en sí mismo.

La recepción de que fue objeto por parte de Katsuie, excesivamente cálida, le hizo sonreír. La señora Oichi también estaba presente para saludarle, pero Inuchiyo le dijo con galantería:

—Debe de seros desagradable permanecer en esta fría habitación con un grupo de ásperos samurais, mi señora.

Ante la insistencia para que se retirase, la señora Oichi regresó a sus aposentos. Katsuie lo tomó por deferencia, pero Inuchiyo lo había hecho como un gesto de simpatía hacia Oichi, en quien veía a Nobunaga, el hermano muerto de la dama.

—Veo que respondéis a vuestra antigua reputación —le dijo Katsuie—. Tenía entendido que erais experto en esto.

—¿Os referís al sake?

—Me refiero a grandes cantidades de sake.

Inuchiyo se rió de buena gana. Su único ojo brillaba a la luz de las velas. Era todavía el hombre apuesto a quien Hideyoshi conociera en su juventud.

—Hideyoshi nunca ha sido muy bebedor —comentó Katsuie.

—Es cierto. En seguida se le enrojecía la cara.

—Pero recuerdo que, cuando erais jóvenes, a menudo los dos os pasabais la noche entera bebiendo juntos.

—Sí, el libertinaje nunca fatigaba a aquel joven Mono. Era un experto. En cuanto a mí, cuando bebía más de la cuenta me tendía a dormir en cualquier parte.

—Supongo que seguís siendo amigos íntimos.

—La verdad es que no. Nadie es menos digno de confianza que un antiguo compañero de bebida.

—¿De veras?

—Sin duda os acordáis, señor Katsuie, de aquellos días dedicados a comer, beber y cantar hasta el amanecer. Los amigos se rodeaban mutuamente los hombros con sus brazos y revelaban cosas de las que ni siquiera hablarían con sus propios hermanos. En tales momentos uno cree que esa persona es el mejor amigo que ha tenido jamás, pero luego ambos intervenís en el mundo real y tenéis un señor o una esposa e hijos. Al mirar atrás y examinar los sentimientos que teníais cuando estabais juntos en el cuartel, descubres que han cambiado mucho. La manera de ver el mundo, los ojos con los que miras a los demás... Has evolucionado, tu amigo no es el mismo y tú tampoco. Los amigos realmente fieles, puros y abnegados son los hombres que conocemos en medio de la adversidad.

—En ese caso, tenía una impresión errónea.

—¿Qué queréis decir, mi señor?

—Creía que vos y Hideyoshi teníais una relación más profunda, y estaba a punto de pedir os que me hicierais un favor.

—Si vais a pedirme que luche con Hideyoshi, no alzaré mi lanza contra él, pero si vais a celebrar conversaciones de paz, me gustaría estar en la vanguardia. ¿O se trata de algo diferente?

Inuchiyo había dado en el clavo. Sin decir nada más, sonrió y alzó su taza.

¿Cómo se había filtrado el plan hasta llegar a sus oídos? En los ojos de Katsue se revelaba su confusión. Pero tras reflexionar un momento, se dio cuenta de que él mismo había puesto a prueba a Inuchiyo sobre la cuestión de Hideyoshi desde el mismo principio.

Aunque viviera en las provincias, Inuchiyo no era la clase de hombre que vive en un rincón. Sabía ciertamente lo que sucedía en Kyoto y comprendía con claridad el problema existente entre Katsue y Hideyoshi. Además, Inuchiyo había recibido la llamada urgente de Katsue y acudido con presteza, a pesar de la nieve.

Al reflexionar en el asunto, Katsue tenía que revisar su opinión de Inuchiyo a fin de saber cómo dominarlo. Inuchiyo era un hombre cuyo poder iría en aumento con los años. Al igual que Sassa Narimasa, estaba bajo el mando de Katsue por orden de Nobunaga. Durante los cinco años de la campaña del norte, Katsue había tratado a Inuchiyo como uno de sus propios servidores, e Inuchiyo había obedecido a Katsue. Pero ahora que Nobunaga estaba muerto, Katsue se preguntaba si la relación seguiría inmutable. Todo se reducía a que la autoridad de Katsue había dependido de Nobunaga. Tras el fallecimiento de éste, Katsue no era más que un general entre otros muchos.

—No tengo ningún deseo de luchar con Hideyoshi —dijo Katsue riendo—, pero me temo que los rumores digan otra cosa.

Cuando un hombre madura, se vuelve experto en una manera de reír que corre un velo sobre sus verdaderos sentimientos. Katsue siguió diciendo:

—Sé que parece extraño el despacho de un enviado a Hideyoshi cuando no estamos en guerra, pero he recibido varias cartas del señor Nobutaka y Takigawa instándome a enviar a alguien. Han pasado menos de seis meses desde la muerte del señor Nobunaga, y ya corren rumores de que sus servidores supervivientes están luchando entre ellos. Es un estado de cosas ignominioso. Además, no creo que debamos dar a los Uesugi, los Hojo y los Mori la oportunidad que están esperando.

—Comprendo, mi señor —dijo Inuchiyo.

Katsue nunca había sido muy ducho en dar explicaciones, e Inuchiyo aceptó el encargo con pocas palabras, como si fuese innecesario escuchar los detalles tediosos. Al día siguiente Inuchiyo salió de Kitanosho acompañado por dos hombres, Fuwa Hikoza y Kanamori Gorohachi. Ambos eran fieles servidores del clan Shibata y, aunque tenían la misión de enviados, su verdadero papel era el de vigilar a Inuchiyo.

El día veintisiete del décimo mes, los tres hombres llegaron a Nagahama para recoger a Katsutoyo. Lamentablemente, el joven estaba enfermo. Los enviados le aconsejaron que se quedara, pero Katsutoyo insistió en ir con ellos, y el grupo viajó desde Nagahama a Otsu en barco. Pasaron una noche en la capital y llegaron al castillo de Takaradera al día siguiente.

Aquél era el campo de batalla donde Mitsuhide fue derrotado el verano anterior. Donde antes no había más que una pobre aldea con una ruinoso casa de postas, se estaba alzando ahora una próspera ciudad fortificada. Después de que los enviados cruzaran el río Yodo, vieron los andamios que cubrían el castillo. El suelo de la carretera presentaba hondos surcos producidos por el paso de bueyes y caballos, y todo cuanto veían revelaba los enérgicos planes de Hideyoshi.

Incluso Inuchiyo empezaba a cuestionar las intenciones de Hideyoshi. Katsue, Takigawa y Nobutaka acusaban a éste de descuidar al señor Samboshi y trabajar en su propio beneficio. Estaba construyendo en Kyoto la base de su poder, mientras invertía sumas enormes en la construcción de castillos fuera de la



capital. Tales proyectos no tenían nada que ver con los clanes enemigos en el oeste o el norte, por lo que cabía hacerse la inquietante pregunta: ¿contra quién preparaba a su ejército en el mismo corazón de la nación?

¿Qué había dicho Hideyoshi en su defensa? También él tenía varias quejas. La promesa efectuada en la conferencia de Kiyosu de trasladar a Samboshi a Azuchi no se había cumplido, y además Nobunaga y Katsuie no habían asistido al servicio fúnebre en memoria de Nobunaga.

El encuentro entre Hideyoshi y los enviados tuvo lugar en la ciudadela principal parcialmente reconstruida. Les sirvieron comida y té antes de que comenzaran las negociaciones. Era la primera vez que Hideyoshi e Inuchiyo se reunían desde la muerte de Nobunaga.

—¿Qué edad tienes, Inuchiyo? —le preguntó Hideyoshi.

—Pronto cumpliré cuarenta y cuatro.

—Los dos nos estamos haciendo viejos.

—¿Qué quieres decir? Sigo siendo un año más joven que tú, ¿no es cierto?

—Sí, eso es cierto. Como un hermano menor..., un año más joven. Pero tú eres el que parece más maduro de los dos.

—Eres tú quien parece viejo para tu edad.

Hideyoshi se encogió de hombros.

—En mi juventud también parecía viejo, pero hablando francamente, por mucho que envejezca, no me siento precisamente como una persona adulta, y eso me preocupa.

—Alguien dijo que un hombre no debería vacilar después de los cuarenta.

—Eso es mentira.

—¿Tú crees?

—Un caballero no vacila..., eso es lo que dice el proverbio. En nuestro caso sería más cierto decir que los cuarenta es la edad de nuestra primera vacilación. ¿No es eso lo que te ha ocurrido, Inuchiyo?

—Sigues bromeando, señor Mono. ¿No estáis de acuerdo, caballeros?

Inuchiyo sonrió a sus compañeros, los cuales no habían dejado de observar que tenía una relación con Hideyoshi lo bastante íntima para llamarle «señor Mono» a la cara.

—Por alguna razón no puedo estar de acuerdo ni con la opinión del señor Inuchiyo ni con la vuestra, mi señor —dijo Kanamori, que era el mayor del grupo.

—¿Cómo es eso? —le preguntó Hideyoshi, el cual estaba disfrutando claramente de la conversación.

—Según mi experiencia, yo diría que un hombre no vacila a partir de los quince años.

—Es una edad bastante temprana, ¿no?

—No tenéis más que mirar a los hombres en su primera campaña.

—En eso tienes razón. Firme y constante a los quince, y todavía más a los diecinueve o a los veinte, pero a los cuarenta empiezas a perder lentamente esa firmeza. ¿Qué ocurre entonces cuando uno llega a una edad respetable?

—A los cincuenta o sesenta estás realmente confuso.

—¿Y a los setenta u ochenta?

—Entonces empiezas a olvidar que estás confuso.

Todos se echaron a reír.

Parecía que el jolgorio duraría hasta la noche, pero el estado de Katsutoyo se estaba deteriorando.

Cambió el contenido de la conversación y Hideyoshi sugirió que pasaran a otra sala. Llamaron a un médico, el cual dio unas medicinas a Katsutoyo, y se hizo lo posible para calentar la sala en la que tendrían lugar las conversaciones.

Una vez acomodados los cuatro hombres, Inuchiyo abordó el tema.

—Creo que has recibido una carta del señor Nobutaka, el cual también te aconseja la paz con el señor Katsuie.

Hideyoshi asintió, al parecer muy deseoso de escucharle. Inuchiyo le recordó su deber común como servidores de Nobunaga, y entonces admitió francamente que era Hideyoshi quien había cumplido por completo ese deber. Pero tras haberlo hecho así, parecía no armonizar con los servidores veteranos, descuidaba al señor Samboshi y trabajaba en su propio beneficio. Aunque esto no fuese cierto, Inuchiyo consideraba lamentable que las acciones de Hideyoshi se prestaran a semejante interpretación.

Le sugirió que contemplara la situación desde los puntos de vista de Nobutaka y Katsuie. Uno de ellos estaba decepcionado mientras que el otro ahora se sentía incómodo. Katsuie, a quien habían llamado «Rompejarros» y «el Demonio», había avanzado con lentitud y estaba un paso por detrás de Hideyoshi. Incluso en la conferencia de Kiyosu le había dejado a él la iniciativa.

—Así pues, ¿no pondréis fin a esta querrela? —le preguntó Inuchiyo finalmente—. En realidad no se trata de un problema para una persona como yo, pero sigue afectando gravemente a la familia del señor Nobunaga. Es indecoroso que los servidores supervivientes compartan la misma cama y tengan sueños diferentes.

La expresión de los ojos de Hideyoshi pareció cambiar con las palabras de Inuchiyo. Éste había puesto la culpa de la pelea en la puerta de Hideyoshi, y se preparó para encajar una refutación violenta.

Hideyoshi asintió de una manera vigorosa e inesperada.

—Tienes toda la razón —dijo con un suspiro—. En realidad no soy culpable, y si relacionara mis excusas formarían una montaña, pero cuando contemplo la situación tal como la has explicado, parece que he ido demasiado lejos. Y en ese sentido me he equivocado. Lo dejo en tus manos, Inuchiyo.

Las negociaciones concluyeron en seguida. Hideyoshi había hablado con tanta franqueza que los enviados se sentían un tanto perplejos, pero Inuchiyo conocía bien a Hideyoshi.

—Te estoy muy agradecido —le dijo muy satisfecho—. Tan sólo oír esas palabras hace que haya valido la pena mi viaje desde el norte.

Sin embargo, Fuwa y Kanamori no mostraban una alegría sin reservas. Inuchiyo comprendió la razón de su reticencia y fue un paso más allá.

—Pero si tienes algún motivo de descontento que quisieras expresar acerca del señor Katsuie, exprésalo con franqueza. Me temo que estos acuerdos de paz no serán duraderos si ocultas algo. No ahorraré esfuerzos para solucionar cualquier problema, sea cual fuere.

—Eso es innecesario —dijo Hideyoshi, riendo—. ¿Soy la clase de persona que reprime algo en su interior y guarda silencio? He dicho todo lo que quería decir, tanto al señor Nobutaka como al señor Katsuie. Ya les he enviado una larga carta explicándolo todo con detalle.

—Sí, hemos visto esa carta en Kitanosho. Al señor Katsuie le pareció que cuanto decías en ella era razonable y no habría que volver a mencionarlo durante estas conversaciones de paz.

—Entiendo que el señor Nobutaka sugirió la celebración de conversaciones tras leer mi carta. ¿Sabes, Inuchiyo? Puse un cuidado especial en no molestar al señor Katsuie antes de que vinieras aquí.

—Pues mira, sé muy bien que a un viejo hombre de estado hay que respetarle en cualquier situación, pero lo cierto es que he hecho resonar los cuernos del Demonio Shibata de vez en cuando.

—Es difícil hacer nada sin que resuenen esos cuernos. Incluso cuando los dos éramos jóvenes, esos cuernos nos intimidaban de un modo extraño..., sobre todo a mí. La verdad es que los cuernos del Demonio eran incluso más pavorosos que los estados de ánimo de Nobunaga.

—¿Habéis oído eso? —dijo Inuchiyo, riendo—. ¿Habéis oído eso, caballeros?

La risa se contagió a los dos hombres. Decir tales cosas delante de ellos no podía considerarse como hablar mal a espaldas de su señor, sino que más bien se trataba de un sentimiento compartido que no podían negar.

La mente humana es sutil. Después de aquel momento, Kanamori y Fuwa se sintieron más cómodos con Hideyoshi y relajaron su vigilancia de Inuchiyo.

—Éste es realmente un acontecimiento dichoso —dijo Kanamori.

—En verdad no podríamos sentirnos más felices —añadió Fuwa—. Más aún, debo agradeceros vuestra generosidad. Hemos completado la misión y salvado nuestro honor.

Sin embargo, al día siguiente Kanamori seguía recelando y le dijo a Fuwa:

—Si regresamos a Echizen e informamos a nuestro señor sin que el señor Hideyoshi haya firmado un escrito, ¿no parecerá este acuerdo como fiable?

Aquel día, antes de partir, los enviados regresaron al castillo para ver a Hideyoshi y presentarle sus respetos.

Varios ayudantes y caballos aguardaban ante el portal principal, y los enviados pensaron que Hideyoshi debía de tener invitados. Pero en realidad era Hideyoshi quien se marchaba. En aquel momento salió de la ciudadela principal.

—Me alegro de que hayáis venido —les dijo—. Bien, pasemos adentro. —Dio media vuelta y condujo a sus visitantes a una sala—. Anoche lo pasé muy bien. Gracias a vosotros, esta mañana he dormido hasta bastante tarde.

Y, en efecto, parecía como si se acabara de levantar y lavar la cara. Sin embargo, aquella mañana cada uno de los enviados parecía un tanto diferente..., como si se hubiera despertado dentro de una envoltura distinta.

—Habéis sido muy hospitalario a pesar del mucho trabajo que tenéis, pero hoy regresamos —le dijo Kanamori.

Hideyoshi asintió.

—En ese caso, os ruego que deis recuerdos de mi parte al señor Katsuie.

—Estoy seguro de que el señor Katsuie estará muy satisfecho por el resultado de las conversaciones de paz.

—Vuestra visita en calidad de enviados me ha dado muchos ánimos. Ahora todos esos que quisieran vernos luchar se llevarán una decepción.

—Pero ¿no nos haríais el favor de coger el pincel y firmar una promesa solemne, tan sólo para cerrar las bocas de esa gente? —le suplicó Kanamori.

Ésa era la cuestión. Eso era lo que de repente se había convertido en esencial para los enviados aquella mañana. Las conversaciones de paz se habían desarrollado con demasiada suavidad, y los hombres, que sólo habían recibido palabras, se sentían inquietos. Aunque informaran a Katsuie de lo que

había acontecido, sin alguna clase de documento no era más que una promesa verbal.

—Muy bien —replicó Hideyoshi, evidenciando con su expresión que estaba totalmente de acuerdo—. Firmaré un documento y esperaré recibir uno del señor Katsuie. Pero esta promesa no se limita a nosotros dos, y si no se añaden también los nombres de los demás generales veteranos, el documento carecerá de sentido. Hablaré con Niwa e Ikeda de inmediato. No hay ningún inconveniente, ¿verdad?

Los ojos de Hideyoshi se encontraron con los de Inuchiyo.

—No, ninguno —respondió Inuchiyo con claridad.

Sus ojos habían leído el corazón de Hideyoshi. Había visto el futuro incluso antes de salir de Kitanosho. Si a Inuchiyo se le podía llamar bribón, era un bribón agradable.

Hideyoshi se levantó.

—También yo estaba a punto de irme. Os acompañaré hasta el pueblo.

Salieron juntos de la ciudadela.

—Hoy no he visto al señor Katsutoyo —dijo Hideyoshi—. ¿Ya se ha ido?

—Todavía no se encuentra bien —respondió Fuwa—. Le hemos dejado en su aposento.

Montaron a caballo y cabalgaron hasta el cruce de caminos en el pueblo fortificado.

—¿Adonde vas hoy, Hideyoshi? —quiso saber Inuchiyo.

—Voy a Kyoto, como de costumbre.

—Bien, entonces nos separaremos aquí. Aún hemos de regresar a nuestro alojamiento y hacer los preparativos para el viaje.

—Me gustaría visitar al señor Katsutoyo para ver si mejora —dijo Hideyoshi.

\* \* \*

Inuchiyo, Kanamori y Fuwa regresaron a Kitanosho el día diez del mismo mes e informaron de inmediato a Katsuie. Éste se alegró mucho de que su plan para establecer una paz fingida se hubiera desarrollado con más suavidad de lo que él había previsto.

Poco después Katsuie tuvo una reunión secreta con sus servidores de más confianza y les dijo:

—Mantendremos la paz durante el invierno. En cuanto las nieves se fundan, acabaremos con nuestro enemigo de un solo golpe.

En cuanto Katsuie hubo completado la primera etapa de su estrategia haciendo las paces con Hideyoshi, despachó otro enviado, esta vez a Tokugawa Ieyasu. Era a fines del mes undécimo.

Durante el último medio año, desde el sexto mes, Ieyasu había estado ausente del centro de actividad. Tras el incidente en el templo Honno, la atención del país entero se había concentrado en llenar el vacío creado cuando el centro se derrumbó tan de repente. Durante ese tiempo, en el que nadie había tenido un momento para mirar a otra parte. Ieyasu había seguido su propio camino independiente.

Cuando Nobunaga fue asesinado, Ieyasu se encontraba de visita en Sakai y apenas había podido regresar con vida a su provincia. Ordenó de inmediato preparativos militares y llegó hasta Narumi, pero el motivo que subyacía en esa acción era muy diferente del que tuvo Katsuie para cruzar a Yanagase desde Echizen.

Cuando Ieyasu se enteró de que Hideyoshi había llegado a Yamazaki, comentó:

—Nuestra provincia está totalmente en paz.

Entonces retiró su ejército a Hamamatsu.

Ieyasu nunca se había considerado en la misma categoría que los servidores supervivientes de Nobunaga. Era un aliado del clan Oda, mientras que Katsuie y Hideyoshi eran generales de Nobunaga. Se preguntaba por qué debía intervenir en la lucha entre los servidores supervivientes, por qué debía luchar para hurgar en las cenizas. Y ahora había algo mucho más importante para él. Durante cierto tiempo había esperado ansiosamente una oportunidad de expansión territorial por Kai y Shinano, las dos provincias que bordeaban la suya. No había podido actuar en su propio interés mientras Nobunaga vivía, y probablemente no tendría una oportunidad mejor que la de ahora.

El hombre que abrió neciamente un camino hacia esa meta y que dio a Ieyasu una oportunidad espléndida fue Hojo Ujinao, el señor de Sagami, otro de los hombres que se aprovecharon del incidente en el templo Honno. Creyendo que la ocasión estaba madura, un enorme ejército de Hojo formado por cincuenta mil hombres penetró en el antiguo dominio de los Takeda en Kai. Era una invasión a gran escala, ejecutada casi como si Ujinao se hubiera limitado a coger un pincel y trazar una línea en un mapa, apoderándose de lo que creía a su alcance.

Esa acción dio a Ieyasu un magnífico motivo para despachar tropas. Sin embargo, sus fuerzas eran sólo de ocho mil hombres. La vanguardia de tres mil hombres detuvo a una fuerza de Hojo formada por más de diez mil antes de reunirse con la fuerza principal de Ieyasu. La guerra duró más de diez días. Finalmente, el ejército de Hojo no tuvo más alternativa que luchar hasta las últimas consecuencias o, como Ieyasu había esperado que hiciera y acabó por hacer, pedir la paz.

—Joshu será entregada a los Hojo, mientras que las dos provincias de Kai y Shinano serán concedidas al clan Tokugawa.

Tal fue el acuerdo al que llegaron, exactamente lo que Ieyasu había deseado.

\* \* \*

Los enviados de Shibata Katsuie, con sus caballos de carga y equipos de viaje cubiertos por la nieve de las provincias septentrionales, llegaron a Kai el día once del mes duodécimo. Primero les pidieron que descansaran en los aposentos para invitados de Kofu. El grupo era numeroso y estaba al mando de dos servidores de alto rango de Shibata, Shukuya Shichizaemon y Asami Dosei.

Durante dos días tuvieron con ellos ciertas atenciones, pero por lo demás parecía como si los hubieran dejado de lado.

Ishikawa Kazumasa se disculpó con efusión, diciéndoles que Ieyasu todavía estaba ocupado por los asuntos militares.

Los enviados refunfuñaron por la frialdad de su recepción. Ante los numerosos regalos de amistad enviados por el clan Shibata, los servidores de Tokugawa se habían limitado a recibir una lista de tales regalos sin ninguna otra clase de reconocimiento. Al tercer día les concedieron una audiencia con Ieyasu.

Era a mediados de un invierno riguroso. Sin embargo, Ieyasu estaba sentado en una gran sala sin un solo fuego que la caldeara. No parecía un hombre afligido por penalidades e infortunios desde su juventud. Tenía las mejillas rollizas y sus orejas, de grandes lóbulos, daban cierto peso a todo su cuerpo, como los aros de una tetera de hierro. Extrañaba a los visitantes que aquél pudiera ser un gran general que sólo tenía aún cuarenta años.

Si Kanamori hubiese acudido como enviado, habría visto en seguida que la frase «sin vacilar a la edad de cuarenta años» era absolutamente aplicable a aquel hombre.

—Gracias por venir desde tan lejos con tantas prendas de amistad. ¿Goza el señor Katsuie de buena salud?

Hablaba de una manera muy solemne y su voz, aunque suave, abrumaba a los demás. Sus servidores miraban a los dos enviados, los cuales se sentían como representantes de un clan dependiente que acudieran a entregar tributos. Transmitir el mensaje de su señor sería ahora mortificante, pero no podían evitarlo.

—El señor Katsuie os felicita por vuestra conquista de las provincias de Kai y Shinano, y como un símbolo de su felicitación os da estos regalos.

—¿El señor Katsuie os envía para que me felicitéis cuando hace tanto tiempo que no estamos en contacto? Es una muestra de cortesía asombrosa.

Así pues los enviados emprendieron el camino de regreso a casa con un sabor amargo en la boca. Ieyasu no les había dado ningún mensaje para Katsuie. Iba a ser difícil informar a éste de que Ieyasu no había dicho una sola palabra amable sobre él, aparte de comunicarle el frío tratamiento que ellos mismos habían recibido.

Era especialmente exasperante el hecho de que Ieyasu no hubiera escrito ninguna respuesta a la carta afectuosa enviada por Katsuie. En una palabra, no se trataba tan sólo de que su misión hubiera terminado en un rotundo fracaso, sino que Katsuie parecía haberse humillado ante Ieyasu mucho más de lo necesario para sus propios fines.

Los dos enviados comentaron la situación con cierta inquietud. Por supuesto, su enemigo, Hideyoshi, destacaba en sus pensamientos más sombríos, pero lo mismo sucedía con sus viejos adversarios, los Uesugi. Si a estos peligros se añadía la amenaza de discordia entre los clanes Shibata y Tokugawa... Sólo podían rezar para que eso no llegase a suceder.

Pero la velocidad del cambio siempre deja atrás los temores imaginarios de personas tan timoratas. Más o menos por la época en que los enviados regresaron a Kitanosho, las promesas realizadas el mes anterior se incumplieron, y poco antes de que terminara el año Hideyoshi empezó a avanzar contra el norte de Omi. Al mismo tiempo, y por razones desconocidas, Ieyasu se retiró de improviso a Hamamatsu.

Habían transcurrido unos diez días desde el regreso de Inuchiyo a Kitanosho. El hijo adoptivo de Katsuie, Katsutoyo, que se había visto obligado a quedarse en el castillo de Takaradera por enfermedad, por fin se había recuperado y fue a despedirse de su anfitrión.

—Nunca olvidaré vuestra amabilidad —le dijo Katsutoyo a Hideyoshi.

Hideyoshi acompañó a Katsutoyo hasta Kyoto y se afanó para asegurar que su viaje de regreso al castillo de Nagahama fuese cómodo.

Katsutoyo tenía la posición más elevada en el clan Shibata, pero Katsuie le evitaba y los restantes miembros del clan le miraban por encima del hombro. El trato amable que le había dispensado Hideyoshi había causado un cambio en la actitud de Katsutoyo hacia el enemigo de su padre adoptivo.

Tras despedir a Inuchiyo y luego a Katsutoyo, transcurrieron casi dos semanas durante las que Hideyoshi no pareció ocuparse de la construcción del castillo ni los acontecimientos de Kyoto, sino que más bien dirigió su atención a asuntos que pasaban desapercibidos para los observadores.

A principios del duodécimo mes, Hikoemon, que había sido enviado a Kiyosu, regresó al cuartel

general de Hideyoshi, el cual salió entonces del periodo pasivo y paciente de descanso en el que había entrado después de la conferencia de Kiyosu, y por primera vez golpeó con la ficha el tablero de go de la política nacional, señalando así el regreso a la actividad.

Hikoemon había ido a Kiyosu para persuadir a Nobuo de que las maniobras secretas de su hermano Nobutaka eran cada vez más amenazadoras, y que los preparativos militares de Katsuie estaban actualmente muy claros. Nobutaka no había trasladado a Azuchi al señor Samboshi, incumpliendo así el tratado firmado tras la conferencia de Kiyosu, sino que le había internado en su propio castillo de Gifu. Eso equivalía a raptar al legítimo heredero del clan Oda.

Hideyoshi explicaba en su solicitud que, para poner fin al asunto, sería necesario atacar a Katsuie, el cabecilla de la conspiración y causante de la inestabilidad, mientras los Shibata no podían moverse a causa de la nieve.

Nobuo había estado descontento desde el mismo principio, y era evidente que Katsuie le desagradaba. Desde luego no creía poder confiar en Hideyoshi para solucionar su futuro, pero este último era una mejor elección que Katsuie. Por lo tanto, no había ningún motivo para que rechazara la petición de Hideyoshi.

—El señor Nobuo se mostró realmente entusiasmado —le informó Hikoemon—. Dijo que si vos, mi señor, participarais personalmente en una campaña contra Gifu, él se os uniría. Más que acceder a la petición, parecía alentarnos.

—¿Estaba entusiasmado? Casi puedo verle, de veras.

Hideyoshi se representó la penosa escena. Aquél era el noble señor de una ilustre casa, pero también un hombre cuyo carácter dificultaba su salvación.

Sin embargo, había tenido buena suerte. Antes de la muerte de Nobunaga, Hideyoshi nunca había tendido a proclamar sus aspiraciones o ideas grandiosas, pero tras la desaparición de Nobunaga, y sobre todo después de la batalla de Yamazaki, era consciente de la posibilidad real de que estuviera destinado a dirigir la nación. Ya no ocultaba ni su confianza en sí mismo ni su orgullo.

Y había ocurrido otro cambio notable. A un hombre que se propone ser el dirigente de la nación se le suele acusar de que quiere extender su poder, pero recientemente la gente empezaba a tratar a Hideyoshi como el sucesor natural de Nobunaga.

De la manera más repentina, un pequeño ejército se reunió ante el portal del templo Sokoku. Los soldados llegaron del oeste, el sur y el norte para congregarse bajo el estandarte de las calabazas doradas, hasta que una fuerza considerable se concentró en el centro de Kyoto.

Era el día séptimo del mes duodécimo. Brillaba el sol de la mañana y un viento seco barría las calles.

La gente no tenía idea de lo que ocurría. El gran servicio fúnebre celebrado durante el décimo mes se había distinguido por su pompa y magnificencia, y era fácil que la gente cayera en la trampa de sus propios juicios mezquinos. Sus expresiones mostraban que se habían engañado creyendo que de momento no habría otra guerra.

—El mismo señor Hideyoshi cabalga en cabeza. Las fuerzas de Tsutsui están aquí, así como el ejército del señor Niwa.

Pero los hombres que estaban al lado de la carretera se mostraban perplejos por el destino de la expedición. La serpenteante columna de armaduras y cascos pasó con mucha rapidez a través de Keage y se unió a las fuerzas que aguardaban en Yabase. Los barcos de guerra que transbordaban a las tropas

partieron las blancas olas en formación cerrada, rumbo al nordeste, mientras el ejército que seguía la ruta terrestre acampó tres noches en Azuchi y llegó al castillo de Sawayama el día diez.

El día trece Hosokawa Fujitaka y su hijo, Tadaoki, llegaron desde Tamba y solicitaron de inmediato una audiencia con Hideyoshi.

—Me alegro de que hayáis venido —les dijo afectuosamente Hideyoshi—. Supongo que la nieve os habrá incomodado un poco.

Habida cuenta de la situación en que se encontraban, Fujitaka y su hijo debían de haber pasado los últimos seis meses con la sensación de que caminaban sobre una delgada capa de hielo. Mitsuhide y Fujitaka habían sido buenos amigos mucho antes de que sirvieran a Nobunaga. La esposa de Tadaoki era hija de Mitsuhide. Además, existían muchos otros vínculos entre los servidores de los dos clanes. Tan sólo por estos motivos, Mitsuhide había estado seguro de que Fujitaka y su hijo le apoyarían en su rebelión.

Pero Fujitaka no se unió a él. Si se hubiera dejado dominar por sus sentimientos personales, probablemente su clan habría sido destruido con los Akechi. Desde luego él se habría sentido como si estuviera poniendo en equilibrio un huevo encima de otro. Haber actuado con prudencia de cara al exterior y evitado el peligro en el interior debía de haber sido doloroso en extremo. Había salvado la vida de la esposa de Tadaoki, pero su clemencia había creado una querrela interna en su clan.

Por entonces Hideyoshi le había absuelto y reconocido la lealtad mostrada por los Hosokawa. Así pues, recibían la hospitalidad de Hideyoshi, y éste, al mirar a Fujitaka, veía que sus patillas habían adquirido el color de la escarcha en el último medio año. Pensó que aquel hombre era un maestro, reconociendo al mismo tiempo que, para resistir la corriente de los tiempos sin cometer errores, habría tenido que sacrificar poco a poco su salud y perder la negrura de su cabello. Sin poder evitarlo, cada vez que miraba a Fujitaka sentía lástima de él.

—Están tocando el tambor en el otro lado del lago y también en la ciudad fortificada, y parecéis preparado para atacar —le dijo Fujitaka—. Confío en que nos haréis el honor de colocar a mi hijo en la vanguardia.

—¿Os referís al asedio de Nagahama? —replicó Hideyoshi. Parecía hablar fuera de propósito, pero entonces respondió en un tono distinto—: Atacamos por mar y tierra, pero el verdadero objetivo del ataque está dentro y no fuera del castillo. Estoy seguro de que los servidores de Katsutoyo vendrán aquí esta noche.

Mientras Fujitaka reflexionaba en las palabras de Hideyoshi, recordó de nuevo el antiguo proverbio «Quien hace descansar bien a sus hombres podrá pedirles que hagan esfuerzos desesperados».

El hijo de Fujitaka, que miraba a Hideyoshi, también recordó algo. Cuando el destino del clan Hosokawa se encontraba en una gran encrucijada y todos sus servidores se reunieron para determinar su línea de acción, Fujitaka habló y les indicó exactamente la posición a tomar: «En esta generación sólo he visto dos hombres que realmente se apartan de lo común. Uno es el señor Tokugawa Ieyasu, el otro es sin lugar a dudas el señor Hideyoshi».

Al recordar ahora estas palabras, el joven sólo podía preguntarse si serían ciertas. ¿Era aquel hombre el que su padre consideraba fuera de lo corriente? ¿Era en verdad Hideyoshi uno de los dos generales auténticamente grandes de su generación?

Cuando se retiraron a sus aposentos, Tadaoki expresó sus dudas.



—Supongo que no comprendes —musitó Fujitaka—. Todavía te falta experiencia. —Consciente de la insatisfacción de Tadaoki, supuso lo que pensaba su hijo y añadió—: Cuanto más te acercas a una gran montaña, menos puedes percibir su enorme tamaño. Cuando empiezas a subirla, no te haces cargo en absoluto de su tamaño. Al escuchar y luego comparar los comentarios de todo el mundo, comprendes que la mayoría hablan sin haber visto la totalidad de la montaña y, tras haber visto sólo un pico o un valle, imaginan que lo han visto todo. Pero lo cierto es que están juzgando el conjunto cuando sólo han visto una parte.

Tadaoki se quedó con las dudas que tenía, pese a la lección recibida. Sin embargo, sabía que su padre tenía mucha más experiencia del mundo que él, y no le quedaba más remedio que aceptar lo que le decía.

Entonces ocurrió algo sorprendente. Dos días después de su llegada, el castillo de Nagahama pasó a manos de Hideyoshi sin que un solo soldado resultara herido. Sucedió exactamente lo que Hideyoshi había predicho a Fujitaka y su hijo: «El castillo será capturado desde el exterior».

Los enviados eran tres servidores de alto rango de Shibata Katsutoyo, los cuales traían una promesa escrita en la que Katsutoyo y todos sus servidores juraban obedecer y servir a Hideyoshi.

—Han actuado con discernimiento —dijo Hideyoshi, aparentemente satisfecho.

Según las condiciones de la promesa, el territorio del castillo seguiría siendo el mismo de antes y a Katsutoyo se le permitiría continuar como su poseedor.

Cuando Hideyoshi entregó el castillo, la gente comentó la rapidez con que se había resignado a la pérdida de una posesión tan estratégica. Recuperar el castillo había sido tan fácil como pasar algo de la mano izquierda a la derecha.

Pero aunque Katsutoyo hubiera pedido refuerzos a Echizen, no habrían podido acudir debido a las densas nevadas. Además, Katsue le habría tratado con dureza, lo mismo que antes. Cuando Katsutoyo enfermó durante su misión ante Hideyoshi, Katsue expresó su enojo a todo el clan.

—Beneficiarse de la hospitalidad de Hideyoshi fingiendo enfermedad, y entonces regresar tras haber pasado varios días como su invitado... La necedad de ese hombre no tiene límites.

Finalmente llegaron a oídos de Katsutoyo informes sobre las ásperas palabras de Katsue.

Ahora, rodeado por el ejército de Hideyoshi, el castillo de Nagahama estaba aislado, y Katsutoyo no tenía ningún lugar al que dirigirse.

Sus servidores veteranos, los cuales ya habían adivinado sus intenciones, anunciaron:

—Los servidores que tienen familia en Echizen deben volver. Los que deseen seguir aquí con el señor Katsutoyo y alinearse con el señor Hideyoshi pueden quedarse. Sin embargo, Su Señoría comprende que a muchos os será difícil manteneros fieles al Camino del Samurai si abandonáis el clan Shibata y dais la espalda al señor Katsue. Quienes se sientan así, pueden retirarse sin vacilación.

Por un momento la atmósfera se llenó de tensión. Los hombres inclinaron la cabeza con amargura, y hubo pocas objeciones. Aquella noche se alzaron tazas de sake en una honorable separación entre señor y servidores, pero menos de uno entre cada diez regresaron a Echizen.

De esta manera Katsutoyo cortó sus vínculos con su padre adoptivo y se alió con Hideyoshi. A partir de entonces estaba oficialmente bajo las órdenes de Hideyoshi, pero había sido un mero formulismo. Mucho antes de esos acontecimientos, el corazón de Katsutoyo ya había sido como un pajarillo alimentado en la jaula de Hideyoshi.

Sea como fuere, la toma de Nagahama se había completado. Sin embargo, para Hideyoshi sólo había sido un hecho pasajero camino de Gifu, hacia el castillo principal de Nobutaka.

El puerto de montaña de Fuwa era famoso por su dificultad de cruzarlo en invierno, y las condiciones en la llanura de Sekigahara eran especialmente rigurosas.

Desde el día dieciocho al veintiocho del duodécimo mes, el ejército de Hideyoshi marchó a través de Sekigahara. El ejército estaba dividido en cuerpos, cada uno de los cuales estaba formado por divisiones: caballos de carga, hombres con armas de fuego, lanceros, guerreros montados y soldados de a pie. Avanzaban desafiando la nieve y el barro. Los aproximadamente treinta mil soldados de Hideyoshi tardaron dos días en cruzar a Mino.

El campamento principal se estableció en Ogaki. Desde allí, Hideyoshi atacó y tomó todos los castillos más pequeños de la zona. Al ser informado de lo ocurrido, Nobutaka pasó varios días sumido en una confusión absoluta. No sabía qué estrategia seguir, y mucho menos cómo librar una batalla defensiva.

Nobutaka sólo había pensado en proyectos grandiosos, pero sin tener idea de cómo llevarlos a cabo. Hasta entonces se había aliado con hombres como Katsui y Takigawa y había presentado planes para atacar a Hideyoshi, pero nunca había esperado que éste le atacara.

Desesperado, Nobutaka confió su destino a la discreción de sus servidores veteranos. Pero después de llegar a aquella situación, no les quedaba nada que pudiera llamarse «discreción».

Lo único que podían hacer sus vasallos era ir al campamento de Hideyoshi, arrodillarse y tocar el suelo con la frente, como lo habían hecho los vasallos de Katsutoyo. La madre de Nobutaka fue enviada como rehén, y los servidores de alto rango también tuvieron que enviar a sus madres.

Niwa rogó a Hideyoshi que perdonara la vida a Nobutaka, y Hideyoshi, como era de esperar, así lo hizo. Garantizó la paz por el momento a los servidores de Nobutaka.

—¿Ha recuperado su buen juicio el señor Nobutaka? —les preguntó sonriente—. Será una bendición que así fuera.

Los rehenes fueron enviados a Azuchi de inmediato, y a continuación Samboshi, que había sido retenido en Gifu, fue devuelto a Hideyoshi y también trasladado a Azuchi.

Nobuo se encargó de la tutela del joven señor. Tras haber depositado en él su confianza, Hideyoshi regresó triunfalmente al castillo de Takaradera. Dos días después de su regreso se celebró la vigilia de Año Nuevo. Entonces llegó el primer día del undécimo año de Tensho. Desde la mañana, el sol brillaba en la nieve que había caído recientemente sobre los árboles recién plantados en los terrenos del castillo renovado.

La fragancia de los pastelillos de arroz de Año Nuevo se extendía por el ámbito del castillo, y el sonido del tambor reverberó a través de los corredores durante más de media jornada. Pero a mediodía se oyó un anuncio desde la ciudadela principal: «¡El señor Hideyoshi se marcha a Himeji!».

\* \* \*

Hideyoshi llegó a Himeji alrededor de medianoche del día de Año Nuevo. Saludado por las llamas de las hogueras, se apresuró a entrar en el castillo. Sin embargo, la mayor alegría no fue la de Hideyoshi, sino la de su gente que contemplaba el magnífico espectáculo: todos los servidores y sus familiares se habían reunido en el portal principal del castillo para darle la bienvenida.

Desmontó, dio las riendas a un ayudante y contempló un momento el torreón. El sexto mes del verano anterior, poco antes de su marcha forzada a Yamazaki y su gran victoria para vengar a Nobunaga, estuvo en el mismo portal preguntándose si regresaría con vida.

Las últimas órdenes que dio a sus servidores habían sido claras: «Si oís que he sido derrotado, matad a toda mi familia e incendiad el castillo».

Ahora, a medianoche del día de Año Nuevo, volvía a estar en el castillo de Himeji. Si hubiera titubeado un solo momento y perdido tiempo pensando en su esposa y su madre en Nagahama, habría sido incapaz de luchar con la desesperación de un hombre que espera morir en combate. Se habría visto presionado por el poder de los Mori en el oeste y contemplado cómo crecía el poder de los Akechi en el este.

Tanto en el caso del individuo como en el de todo el país, la frontera entre el ascenso y la caída es siempre una apuesta basada en la vida o la muerte..., vida en medio de la muerte, muerte en medio de la vida.

Pero Hideyoshi no había regresado para descansar. En cuanto entró en la ciudadela principal, e incluso antes de que se cambiara el atuendo de viaje, se reunió con los oficiales del castillo y escuchó atentamente el informe sobre los acontecimientos posteriores en el oeste y la situación en sus diversos dominios.

Era la segunda mitad de la hora de la rata, la medianoche. Aunque los servidores de Hideyoshi hacían caso omiso de su propia fatiga; les preocupaba la posibilidad de que la tensión empezara a afectar la salud de su señor.

—Vuestra honorable madre y la señora Nene os han estado esperando desde que anocheció. ¿Por qué no entráis y les hacéis ver que estáis bien? —le sugirió Miyoshi, el cuñado de Hideyoshi.

Al entrar encontró a su madre, esposa, sobrinas y cuñada esperándole. Aunque no habían dormido un solo momento, le saludaron en hilera, arrodillándose y aplicando las manos al suelo. Hideyoshi pasó ante cada una de sus cabezas inclinadas con los ojos brillantes y sonriente. Finalmente se detuvo ante su anciana madre.

—Tengo algún tiempo libre este Año Nuevo y he venido para compartirlo con vosotros —le dijo.

Mientras presentaba sus respetos a su madre, Hideyoshi era la viva imagen de lo que ella solía llamarle, «ese chico».

Desde el interior de una gran capucha de seda blanca, el rostro de su madre brillaba con una alegría indescriptible.

—El camino que has elegido está lleno de penalidades extraordinarias —le dijo—. Y el año pasado en particular no ha sido fácil, pero lo has soportado todo.

—Este invierno ha sido más frío que cualquier otro que pueda recordar, pero tienes muy buen aspecto, madre.

—Dicen que la edad es algo que se desliza por ti, y yo ya he cumplido los setenta. He vivido una larga vida..., mucho más larga de lo que esperaba. Nunca creí que llegara a vivir tanto.

—No, no. Tienes que seguir viviendo hasta los cien años. Como puedes ver, todavía soy un muchacho.

—Vas a cumplir cuarenta y seis este nuevo año —replicó la anciana, riendo—. ¿Cómo puedes decir que eres todavía un muchacho?

—Pero ¿no eres tú, madre, quien me llama «ese chico» desde la mañana a la noche?

—Es sólo una costumbre, ya lo sabes.

—Pues espero que siempre me llames así. A decir verdad, aunque me voy haciendo mayor, el desarrollo de mi mente no corre parejo con los años. Más aún, madre, si no estuvieras aquí, perdería mi mayor motivación y quizá dejaría de madurar.

Miyoshi, que había aparecido detrás de él, vio que Hideyoshi estaba todavía allí, conversando con su madre.

—Todavía no os habéis quitado las prendas de viaje, mi señor —le dijo sorprendido.

—Ah, Miyoshi. ¿Por qué no te sientas?

—Me gustaría hacerlo, pero ¿no tomaríais primero un baño?

—Sí, tienes razón. Condúcenos, Nene.

\* \* \*

El canto del gallo sorprendió a Hideyoshi. Se había pasado la mayor parte de la noche hablando y sólo había dormido unos breves momentos. Al amanecer, se puso un sombrero y un kimono de ceremonia y fue a rezar al santuario del castillo. Luego comió pastelillos de arroz y sopa en la habitación de Nene, antes de ir a la ciudadela principal. Aquel día, el segundo del año, la hilera de personas que habían ido al castillo para saludarle con motivo del Año Nuevo parecía interminable.

Hideyoshi saludó a cada uno de ellos, ofreciéndole una taza de sake. Luego los visitantes pasaban por el lado de los numerosos grupos de visitantes anteriores, sus caras brillantes y alegres. Al cruzar la ciudadela principal y la del oeste, se veía que todas las salas estaban llenas de invitados. Aquí había un grupo que entonaba versículos de teatro Noh, allí otro que recitaba poesías. Incluso después del mediodía se presentaron más visitantes ante Hideyoshi.

Hideyoshi se ocupó de todos los asuntos en Himeji hasta el quinto día, y aquella noche sorprendió a sus servidores al anunciar que al día siguiente partiría hacia Kyoto. Sus ayudantes se apresuraron a hacer los preparativos. Habían creído que su señor se quedaría en Himeji hasta mediados de mes, y realmente hasta mediodía Hideyoshi no había mostrado la menor intención de marcharse.

Sólo mucho más adelante la gente comprendió los motivos de sus acciones. Hideyoshi se movía rápidamente y nunca perdía una oportunidad.

Seki Morinobu estaba al frente del castillo de Kameyama en Ise. Aunque era nominalmente uno de los servidores de Nobutaka, ahora tenía relaciones amistosas con Hideyoshi. Durante las fiestas, Seki acudió en secreto a Himeji para felicitarle con ocasión del Año Nuevo.

Mientras estaba felicitando a Hideyoshi, llegó un mensajero desde Ise. El castillo de Seki había sido tomado por el principal partidario de Nobutaka, Takigawa Kazumasu.

Hideyoshi salió de Himeji sin tardanza. Aquella noche llegó al castillo de Takaradera y el séptimo día entró en Kyoto. Al día siguiente llegó a Azuchi y el día nueve tuvo una audiencia con Samboshi, el pequeño de tres años.

—Acabo de pedir permiso al señor Samboshi para someter a Takigawa Kazumasu —dijo Hideyoshi a Seki y los demás señores al entrar en el salón, casi como si les lanzara una pelota de un puntapié—. Katsue está detrás de esto. Por ello lo que debemos hacer es conquistar Ise antes de que los soldados de

Katsuie puedan moverse.

Hideyoshi emitió una proclama desde Azuchi, que circuló ampliamente por sus dominios y llegó a los generales en las regiones amigas. Pedía que todos los guerreros justos se reunieran en Azuchi. ¡Cuan lamentable era para el creador de la ciega estrategia que había inspirado aquella proclama! Allí, en Kitanosho, casado con la hermosa señora Oichi y rodeado de profunda nieve, Shibata Katsuie aguardaba en vano que la naturaleza siguiera su curso.

Si saliera el sol primaveral y fundiera la nieve... Pero los muros de nieve que le habían parecido una defensa impenetrable se estaban desmoronando incluso antes de que llegara la primavera.

Katsuie sufría un golpe tras otro: la caída del castillo de Gifu, la revuelta de Nagahama, la rendición de Nobutaka. Y ahora Hideyoshi iba a atacar Ise. Tenía la sensación de que no podía partir ni quedarse quieto. Pero la nieve en sus fronteras era tan profunda como en los puertos de montaña de Szechuan. Ni los soldados ni los suministros militares podrían cruzarlas.

No tenía necesidad de preocuparse por un ataque de Hideyoshi. Se pondría en marcha el día que la nieve se fundiera, pero ¿quién podía saber cuándo sería? La nieve parecía haberse convertido en un muro protector para el enemigo.

Katsuie pensó que Kazumasu también era un veterano, pero tomar los pequeños castillos de Kameyama y Mine era un movimiento de tropas imprudente, efectuado sin tener en cuenta la oportunidad. Era una estupidez y Katsuie estaba furioso.

Aunque su propia estrategia estaba llena de defectos, criticaba las acciones de Takigawa Kazumasu, el cual había atacado demasiado pronto.

Pero aunque Kazumasu se hubiera guiado por los planes de Katsuie, esperando que se fundieran las nieves, Hideyoshi, que ya había comprendido las intenciones del enemigo, no les habría dado tiempo. En una palabra, Hideyoshi había sido más listo que Katsuie. Había visto el interior del corazón de Katsuie desde que éste envió representantes para celebrar conversaciones de paz.

Katsuie no iba a quedarse sentado sin hacer nada. En dos ocasiones envió mensajeros: primero, al ex shogun Yoshiaki, pidiéndole que alentara a los Mori para que atacaran desde las provincias occidentales, y luego a Tokugawa Ieyasu.

Pero el día dieciocho del primer mes, Ieyasu, por razones desconocidas, se reunió en secreto con el hijo mayor de Nobunaga, Nobuo. Ieyasu había manifestado una neutralidad estricta. Así pues, ¿cuál era ahora su plan? ¿Y por qué un hombre tan astuto se reunía con otro que carecía por completo de esa cualidad?

Ieyasu había invitado a Nobuo, que se veía arrastrado por la violenta marea de los tiempos, a sus aposentos privados. Allí agasajó a aquel hombre frágil y sostuvo con él conversaciones secretas. Ieyasu trató a Nobuo exactamente como un adulto trataría a un niño, y las conclusiones a las que llegaron los dos permanecieron en secreto. En cualquier caso, Nobuo regresó encantado a Kiyosu. Su aspecto era el de un plebeyo muy satisfecho de sí mismo, pero tenía también una especie de conciencia de culpa. Apenas podía mirar a Hideyoshi a los ojos.

¿Y dónde estaba Hideyoshi el día dieciocho del primer mes? ¿Qué estaba haciendo? Acompañado por unos pocos servidores de confianza, había rodeado la parte superior del lago Biwa, atravesando sigilosamente la zona montañosa en la frontera entre Omi y Echizen.

Al pasar por los pueblos de montaña y las elevaciones todavía cubiertas de nieve, señalaba lugares

estratégicos con su bastón de bambú y daba órdenes mientras caminaba.

—¿No es ése el monte Tenjin? Levantad también ahí unas murallas. Y construidlas también en aquella montaña.

El día séptimo del segundo mes, Hideyoshi envió una carta desde Kyoto, dirigida a los Uesugi, proponiéndoles una alianza.

La razón no era complicada. Los Shibata y los Uesugi habían librado continuas y sangrientas batallas durante años. En ocasiones uno le arrebatava tierras al otro, otras veces las perdía. Era probable que ahora Katsuie pensara en reparar esos viejos agravios de modo que pudiera concentrar toda su fuerza en el enfrentamiento con Hideyoshi, pero su testarudez y su orgullo hacían improbable que lograra llevar a cabo una estrategia tan sutil.

Dos días después de que hubiera enviado la carta a los Uesugi del norte, Hideyoshi anunció la partida de su ejército hacia Ise. Dividió a sus fuerzas en tres cuerpos, los cuales avanzaron por tres rutas diferentes.

Con gritos de guerra, bajo nubes de estandartes y tambores, su marcha resonaba en montañas y lomas. Los tres ejércitos cruzaron la cadena montañosa central de Omi e Ise y se reagruparon en las zonas de Kuwana y Nagashima. Era allí donde encontrarían a Takigawa Kazumasu.

—Veamos primero qué formación de batalla elige Hideyoshi —dijo Kazumasu cuando supo que el enemigo se aproximaba. Tenía plena confianza en su habilidad.

Todo dependía de la elección del momento oportuno, y había juzgado mal el momento de iniciar las hostilidades. El tratado entre Katsuie, Nobutaka y Kazumasu era un secreto que desconocían incluso sus propios consejeros, pero ahora la mecha había sido encendida a ciegas debido a lo ansioso que estaba Kazumasu de tener una oportunidad. Envío despachos a Gifu y Echizen. Dejó dos mil soldados en el castillo de Nagashima y se dirigió al castillo de Kuwana.

El castillo estaba protegido en un lado por el mar y en el otro por las colinas que rodeaban el pueblo fortificado, y era más fácil de defender que Nagashima. Aun así, la estrategia de Kazumasu no consistía simplemente en retirarse a aquella estrecha franja de tierra. Hideyoshi tendría que dividir su ejército de sesenta mil hombres para atacar Gifu, Nagashima y Kuwana, así como los diversos castillos de la zona, por lo que aunque atacara su ejército principal, no lo haría con una fuerza abrumadora.

Por un lado, tenía noticia de que el número del ejército enemigo era impresionante, pero por otro sabía que sus soldados seguirían los caminos por las montañas de la cordillera de Owari y Kai. Era evidente que la columna transportadora de las municiones y provisiones sería muy larga.

Pensando de esa manera, Kazumasu creía que destruir a Hideyoshi no sería nada difícil. Tenía que atraerle, atacarle sin piedad y esperar la oportunidad de que Nobutaka se levantara de nuevo, se uniera a los soldados en Gifu y destruyera Nagahama.

Contrariamente a las expectativas de Kazumasu, Hideyoshi no se había molestado en tomar los castillos pequeños, sino que había decidido atacar la fortaleza principal del enemigo. En aquel momento, Hideyoshi empezó a recibir mensajes urgentes desde Nagahama, Sawayama y Azuchi. La situación no era fácil. Las nubes y las mareas que cubrían el mundo cambiaban de un día a otro.

El primer despacho decía: «La vanguardia de Echizen ha pasado por Yanagase, y una parte de la misma pronto invadirá el norte de Omi».

El siguiente correo trajo un mensaje similar: «La paciencia de Katsuie finalmente se ha agotado. En

vez de esperar el deshielo, ha reunido veinte o treinta mil peones para limpiar de nieve la carretera».

Un tercer mensaje informaba de lo crítica que era la situación: «Es probable que las fuerzas de Shibata abandonaran Kitanosho alrededor del segundo día del tercer mes. El día cinco la vanguardia llegó a Yanagase, en Omi. El siete una división amenazaba nuestras posiciones en el monte Tenjin, mientras que otras divisiones incendiaban los pueblos de Imaichi, Yogo y Sakaguchi. El ejército principal de veinte mil hombres al mando de Shibata Katsuie y Maeda Inuchiyo avanza resueltamente hacia el sur».

—Levantad el campamento de inmediato —ordenó Hideyoshi, y añadió—: En marcha hacia el norte de Omi.

Dejando la campaña de Ise a cargo de Nobuo y Ujisato, Hideyoshi dirigió su ejército hacia Omi. El día dieciséis llegó a Nagahama y el diecisiete sus tropas avanzaban por la serpenteante carretera junto a la orilla del lago que conducía al norte de Omi. La brisa primaveral acariciaba el rostro de Hideyoshi, que cabalgaba bajo el estandarte de mando de las calabazas doradas.

La nieve fresca cubría el escarpado terreno en la frontera de Omi, en la zona montañosa de Yanagase. El viento del norte que soplaba allí y se abatía sobre el lago era aún lo bastante frío para enrojecer las narices de los guerreros. Al oscurecer el ejército se dividió para tomar posiciones. Los soldados casi podían oler al enemigo, y sin embargo no se veía una sola columna de humo procedente de una hoguera o un solo soldado enemigo.

Pero los oficiales señalaron las posiciones enemigas a sus hombres.

—Hay unidades de Shibata a lo largo de la falda del monte Tenjin y en la zona de Tsubakizaka. También hay una gran división enemiga estacionada en las zonas de Kinomoto, Imaichi y Sakaguchi, de modo que manteneos alerta incluso cuando durmáis.

Pero la blanca niebla se esparció por el campamento, anunciando una noche tan apacible que uno apenas podía imaginar que el mundo estaba en guerra.

De repente se oyeron a lo lejos disparos esporádicos..., todos ellos desde el lado de Hideyoshi. No respondió un solo disparo en toda la noche. ¿Acaso dormía el enemigo?

Al amanecer, los mosqueteros que habían sido enviados para poner a prueba la línea del frente enemiga se retiraron. Hideyoshi ordenó a los jefes del cuerpo de mosquetes que acudieran a su cuartel general, y allí escuchó los informes sobre las posiciones enemigas.

—¿Habéis visto algún rastro de las tropas de Sassa Narimasa? —preguntó Hideyoshi.

Hideyoshi quería estar seguro, pero los tres jefes respondieron de la misma manera.

—Los estandartes de Sassa Narimasa no se ven por ninguna parte.

Hideyoshi asintió, reconociendo que podría ser cierto. Aunque Katsuie hubiera acudido, no podría haberlo hecho sin inquietud porque tenía detrás a los Uesugi. Hideyoshi imaginaba que Sassa se había quedado atrás precisamente por ese motivo.

Se dio la orden de desayunar. Las raciones de campaña eran toscas bolas de arroz mezclado con pasta de judías y envueltas en hojas de roble. Hideyoshi hablaba con sus pajes mientras masticaba ruidosamente el arroz. Antes de que hubiera comido la mitad de su ración, los demás ya habían terminado.

—¿Es que no masticáis la comida? —les preguntó.

—¿No sois muy lento comiendo, mi señor? —respondieron los pajes—. Tenemos la costumbre de comer y cagar rápidamente.

—Eso está muy bien —replicó Hideyoshi—. Supongo que cagar con rapidez es bueno, pero todos deberíais tratar de comer como lo hace Sakichi.

Los pajes miraron a Sakichi. Al igual que Hideyoshi, sólo había comido la mitad de su arroz y masticaba con tanto cuidado como una anciana.

—Os diré por qué —siguió diciendo Hideyoshi—. Está muy bien comer rápidamente los días en que va a haber una batalla, pero es diferente cuando estás sitiado en un castillo y hay unas provisiones limitadas que has de hacer durar durante toda la jornada. En esa ocasión podréis ver la sabiduría de comer con lentitud, tanto para el bienestar del castillo como para vuestra salud. Por otro lado, cuando estáis en las montañas y pensáis resistir largo tiempo sin alimentos, es posible que debáis mascar cualquier cosa, raíces u hojas, sólo para satisfacer al estómago. Masticar bien es tarea de todos los días, y si no adquirís el hábito, no podréis hacerlo voluntariamente cuando llegue el momento. —De improviso, se levantó de su escabel de campaña y les hizo una seña para que le siguieran—. Vamos. Subiremos al monte Fumuro.

El monte Fumuro es una de las montañas que se concentran en el borde septentrional de dos lagos, el Biwa y otro mucho más pequeño, el Yogo. Su altura es de casi ochocientas varas, y la distancia a pie desde el pueblo de Fumuro rebasa las dos leguas. Para subir la empinada cuesta, el viajero tendría que invertir como mínimo media jornada.

—¡Se marcha!

—¿Adonde va tan de repente?

Los guerreros que protegían a Hideyoshi vieron que los pajes se alejaban y corrieron tras ellos. Veían a Hideyoshi en cabeza, caminando con pasos briosos, su bastón de bambú en la mano. Cualquiera habría dicho que intervenía en una expedición de cetrería.

—¿Váis a subir la montaña, mi señor?

—Exacto. Más o menos hasta ahí.

Cuando habían subido alrededor de un tercio de la montaña, llegaron a una pequeña zona de terreno llano. Desde allí Hideyoshi miró a su alrededor, mientras el viento enfriaba el sudor de su frente. Desde su posición, la zona desde Yanagase a la parte inferior del Yogo se extendía a vista de pájaro. La carretera hacia las provincias del norte, que serpenteaba a través de las montañas y conectaba varios pueblos, parecía una sola cinta.

—¿Cuál es el monte Nakao?

—Aquel de allí.

Hideyoshi miró en la dirección que señalaba el guerrero. Era el principal campamento enemigo. Gran número de estandartes seguían las líneas de la montaña y continuaban hasta su base, donde era reconocible un solo cuerpo de ejército. Pero si uno miraba más allá, veía que los estandartes pertenecientes a las fuerzas del norte llenaban las montañas a lo lejos y ocupaban las zonas estratégicas en las cimas más próximas y a lo largo de la carretera. Era como si algún experto militar hubiera convertido en su base aquel trozo de cielo y tierra y tratara de llevar a cabo una expansión enorme de su formación. No había ninguna brecha o espacio en la sutil disposición ni en la estrategia de colocación de las tropas. La grandiosidad con que se mostraban dispuestos a engullir al enemigo era indecible.

Hideyoshi examinó en silencio la escena. Luego volvió a contemplar el campamento principal de Katsuie en el monte Nakao y se quedó mirándolo fijamente largo tiempo. Distinguía un grupo de hombres



que trabajaban como hormigas en la cara sur de la zona del campamento principal en el monte Nakao, y no sólo en uno o dos lugares, sino que había actividad en todos los puntos ligeramente elevados.

—Bueno, parece que Katsui se propone que la batalla sea larga.

Hideyoshi tenía la respuesta. El enemigo estaba construyendo fortificaciones en el extremo sur del campamento principal. Toda la formación de batalla, que se desplegaba como un abanico desde el ejército central, había sido colocada con gran cuidado. Su avance sería constante y muy controlado. No había señales de preparativos para un ataque por sorpresa.

Hideyoshi podía leer el plan del enemigo. En una palabra, Katsui se proponía tenerle inmobilizado allí a fin de dar a sus aliados de Ise y Mino el tiempo suficiente para preparar una ofensiva combinada desde el frente y la retaguardia.

—Regresemos —dijo Hideyoshi, echando a andar—. ¿No hay otro camino para bajar?

—Sí, mi señor —respondió orgullosamente un paje.

Llegaron a un campamento aliado entre el monte Tenjin e Ikenohara. Por los estandartes supieron que era el puesto de Hosokawa Tadaoki.

—Tengo sed —dijo Hideyoshi tras presentarse en la entrada.

Tadaoki y sus servidores pensaron que Hideyoshi estaba realizando una inspección por sorpresa.

—No —les explicó Hideyoshi—. Tan sólo regreso del monte Fumuro, pero ya que estoy aquí... —Tomó un poco de agua e impartió órdenes—: Levantad el campamento de inmediato y volved a casa. Entonces, con todos los barcos de guerra atracados en Miyazu de Tango, atacad la costa enemiga.

Hideyoshi había concebido la idea de una armada cuando subía la montaña. El plan no tenía nada que ver con lo que estaba haciendo en aquellos momentos, pero quizá esa clase de discrepancia era característica de su manera de pensar. Sus procesos de pensamiento no se limitaban a lo que veía delante de él.

Tras media jornada de observaciones militares, Hideyoshi había determinado su estrategia casi por completo. Aquella noche convocó a todos los generales en su cuartel general y les dijo lo que iba a hacer: como el enemigo se preparaba para unas hostilidades prolongadas, las fuerzas de Hideyoshi también construirían una serie de murallas y se prepararían para largas hostilidades.

Se inició la construcción de una cadena de fortalezas, una obra de ingeniería en gran escala que reforzaría la moral de las tropas. La decisión de Hideyoshi de construirla ante el enemigo, en un momento en que parecía inminente una batalla decisiva, podría considerarse tanto temeraria como valiente. Fácilmente podría haberle hecho perder la guerra. Pero estaba decidido a correr el riesgo a fin de asociarse con las gentes de la provincia.

El estilo de lucha de Nobunaga se había caracterizado por una fuerza irresistible. Se decía que «cuando Nobunaga avanza, la hierba y los árboles se agostan». Pero el estilo de lucha de Hideyoshi era diferente. Allí por donde avanzaba, donde levantaba su campamento, atraía naturalmente a la gente. Ganar para su causa a los habitantes de la región era importante antes del intento de derrotar al enemigo.

La disciplina militar estricta es vital, pero incluso en los días más rigurosos parecía soplar una brisa primaveral dondequiera que Hideyoshi instalara su escabel de campaña. Alguien llegó a escribir: «Donde vive Hideyoshi, soplan los vientos de primavera».

Las líneas de las fortalezas se extenderían por dos zonas. La primera iba desde Kitayama, en Nakanogo, a lo largo de la ruta hacia las provincias del norte, a través de los montes Higashino, Dangi y

Shinmei. La segunda iba a lo largo de los montes Iwasaki y Okami, y luego Shizugatake, el monte Tagami y Kinomoto. Una empresa tan enorme requeriría decenas de millares de trabajadores.

Hideyoshi reclutó a los hombres de la provincia de Nagahama. Fijó carteles anunciando el trabajo que había en las zonas especialmente devastadas por la guerra. Las montañas estaban llenas de refugiados. Talaron árboles, abrieron caminos y construyeron fortificaciones por todas partes, y resultaba fácil creer que una línea de fortalezas surgiría de la noche a la mañana. Pero el trabajo de construcción no era tan fácil. Un solo fuerte requería una torre de vigilancia y cuarteles, así como fosos y murallas. Se alzaron tres empalizadas de madera, al tiempo que se almacenaban rocas enormes y árboles directamente encima del camino que con más probabilidad tomaría el enemigo para atacar.

Una trinchera y una empalizada conectaban la zona entre el monte Higashino y el monte Dangi, que era la zona que con más probabilidad sería utilizada como campo de batalla. La excavación necesaria para esta obra era amedrentadora, pero los trabajos necesarios se completaron en sólo veinte días. Las mujeres y los niños participaron en el esfuerzo.

Los Shibata lanzaron ataques nocturnos, hicieron jugarretas mezquinas y fueron incapaces de impedir el avance de las obras. Finalmente, tal vez al darse cuenta de que no tenían ningún éxito contra unos hombres que estaban constantemente preparados, se quedaron tan quietos como la misma montaña.

El efecto era casi misterioso. ¿Por qué no se movían? Pero Hideyoshi lo comprendía. Su constante pensamiento, el de que su adversario era un fuerte y viejo veterano y no un blanco fácil, se reflejaba también en la mente de Katsuie. Pero había otras razones importantes.

Los preparativos militares de Katsuie ya estaban casi completados, pero le parecía que aún no era el momento de movilizar a los aliados que tenía en reserva.

Esos aliados eran, por supuesto, las fuerzas de Nobutaka en Gifu. Una vez Nobutaka pudiera moverse, Takigawa Kazumasu también podría atacar desde el castillo de Kuwana. Entonces, por primera vez, los planes de Katsuie podrían transformarse en una estrategia eficaz.

Katsuie sabía que, si no hacía las cosas de esa manera, la victoria no se conseguiría fácilmente. Desde el mismo comienzo había calculado la situación en secreto y con mucha inquietud desde el comienzo. El cálculo se basaba en la fortaleza comparativa de las provincias de Hideyoshi y la suya propia.

En aquel entonces, dada la repentina popularidad de Hideyoshi tras la batalla de Yamazaki, las provincias con las que podía contar como aliadas eran las de Harima, Tajima, Settsu, Tango, Yamato y pocas más, para una fuerza militar total de sesenta y siete mil soldados. Si se les añadían los soldados de Owari, Ise, Iga y Bizen, el número total sería de unos cien mil.

Katsuie podía reunir la fuerza principal de Echizen, Noto, Oyama, Ono, Matsuto y Toyama. Eso significaría una fuerza que quizá no pasaría de cuarenta y cinco mil hombres. Sin embargo, si añadía la Mino de Nobutaka, Ise y la fuerza provincial de Kazumasu, contaría con una fuerza militar cercana a los sesenta y dos mil hombres, un número con el que casi podría competir con el enemigo.

# Un cuenco de té

El hombre parecía ser un monje itinerante, pero caminaba con el paso de un luchador. En aquellos momentos estaba subiendo por la carretera de Shufukuji.

—¿Adonde vas? —le desafió el guardián de Shibata.

—Soy yo —replicó el religioso, echando atrás su capucha de monje.

Los centinelas señalaron la empalizada a sus espaldas. En el portal de madera había un grupo de hombres. El monje se acercó al oficial y dijo unas pocas palabras. Por un momento parecieron confusos, pero entonces el mismo oficial cogió un caballo y entregó las riendas al religioso.

El monte Yukiichi era el campamento de Sakuma Genba y su hermano menor, Yasumasa. El hombre con hábito religioso era Mizuno Shinroku, un servidor de Yasumasa. Le había sido confiado un mensaje secreto y ahora estaba arrodillado ante su señor, en el cuartel general.

—¿Qué tal ha ido? ¿Buenas o malas noticias? —le preguntó Yasumasa con impaciencia.

—Todo está arreglado —replicó Shinroku.

—¿Has podido reunirte con él? ¿Ha ido todo bien?

—El enemigo ha establecido ya una vigilancia estricta, pero he podido reunirme con el señor Shogen.

—¿Cuáles son sus intenciones?

—Las traigo escritas en una carta.

Miró en el interior de su sombrero de mimbre y arrancó la juntura del cordón. Una carta que había estado colocada en la superficie interior del sombrero cayó sobre su regazo. Shinroku alisó las arrugas y depositó la carta en la mano de su señor.

Yasumasa examinó la cubierta durante cierto tiempo.

—Sí, no hay duda de que ésta es la caligrafía de Shogen, pero la carta está dirigida a mi hermano. Acompáñame. Iremos a ver a mi hermano e informaremos al campamento principal en el monte Nakao.

Señor y servidor cruzaron la empalizada y subieron a la cima del monte Yukiichi. La disposición de hombres y caballos, las entradas de la empalizada y los barracones de la tropa estaban cada vez más apretados y sometidos a un mayor control a medida que se acercaban a la cima. Finalmente apareció ante ellos la ciudadela principal, que parecía un castillo, y vieron innumerables recintos con cortinas extendidos en la cima.

—Dile a mi hermano que estoy aquí.

Mientras Yasumasa hablaba al guardián, llegó corriendo uno de los servidores de Genba.

—Me temo que el señor Genba no está en su aposento, mi señor.

—¿Ha ido al monte Nakao?

—No, está allí.

Miró en la dirección que señalaba el servidor y vio a su hermano, Genba, sentado con cinco o seis guerreros y pajes en la hierba más allá de la ciudadela principal. Era difícil ver lo que estaban haciendo. Al aproximarse, vio que uno de los pajes sujetaba un espejo mientras otro tenía una jofaina entre las manos. Allí, bajo el cielo azul, Genba se estaba afeitando como si no tuviera ninguna otra preocupación en el mundo. Era el día doce del cuarto mes.

Ya había llegado el verano, y en las poblaciones fortificadas de las llanuras se notaba el calor. Pero en las montañas la primavera estaba en su apogeo.

Yasumasa se acercó al grupo y se arrodilló en la hierba.

—¿Y bien, hermano?

Genba le miró por el rabillo del ojo, pero siguió extendiendo el mentón ante el espejo hasta que terminó de afeitarse. Sólo después de dejar la navaja y de eliminar de su cara el pelo cortado con el agua de la jofaina, se volvió del todo para mirar a su hermano menor.

—¿De qué se trata, Yasumasa?

—¿Quieres ordenar a los pajes que se retiren, por favor?

—¿Por qué no vamos a mi aposento?

—No, no. Éste es el mejor lugar para una conversación secreta.

—¿Lo crees así? De acuerdo.

Volviéndose hacia sus pajes, Genba les ordenó que se retirasen a cierta distancia.

Los pajes cogieron el espejo y la jofaina y se marcharon. Los samurais también se retiraron. Los hermanos Sakuma se quedaron uno frente al otro en la cima de la montaña. Había otro hombre presente, Mizuno Shinroku, que había acompañado a Yasumasa.

De acuerdo con su posición, Shinroku estaba todavía un tanto apartado, postrado ante sus dos superiores. Entonces Genba reparó en él.

—Veo que Shinroku ha regresado.

—Así es, e informa de que todo ha ido muy bien. Su misión parece haber tenido éxito.

—Estoy seguro de que no era fácil. Bien, ¿cuál es la respuesta de Shogen?

—Aquí está su carta.

Genba se apresuró a abrir la carta. La satisfacción brilló en sus ojos y sus labios trazaron una sonrisa. ¿Qué clase de éxito secreto podía alegrarle tanto? Sus hombros se agitaban de una manera casi incontenible.

—Acércate un poco más, Shinroku. Estás demasiado lejos.

—Sí, mi señor.

—Según la carta de Shogen, parece ser que te ha confiado los auténticos detalles. Dime todo lo que Shogen tenía que decir.

—El señor Shogen ha dicho que tanto él como el señor Ogane han tenido diferencias de opinión con su señor, Katsutoyo, antes incluso de que Nagahama cambiara de bando. Hideyoshi lo sabía, y aunque les han puesto al frente de las fortalezas en los montes Dangi y Shinmei, están vigilados por Kimura Hayato, fiel servidor de Hideyoshi, y apenas pueden moverse.

—Pero los dos se proponen escapar y venir aquí.

—Planean matar a Kimura Hayato mañana por la mañana y entonces traer a sus hombres a nuestro lado.

—Si va a suceder tal cosa mañana por la mañana, no hay tiempo que perder. Envíales una fuerza. — Tras dar esta orden a Yasumasa, interrogó de nuevo a Shinroku—. Según ciertos informes, Hideyoshi se encuentra en su campamento principal, mientras otros afirman que está en Nagahama. ¿Sabes dónde está?

Shinroku admitió que no lo sabía.

Para los Shibata, la cuestión de si Hideyoshi estaba en el frente o en Nagahama tenía una importancia extrema. Sin conocer su paradero, no sabían cómo proceder exactamente. La estrategia de Katsue no era la de un solo ataque frontal. Había esperado largo tiempo la oportunidad de que el ejército que Nobutaka

tenía en Gifu entrara en acción. Entonces las fuerzas de Takigawa Kazumasu podrían iniciar su ataque, y los dos ejércitos de Mino e Ise amenazarían juntos la retaguardia de Hideyoshi. En ese momento, la fuerza principal de Katsuie, formada por veinte mil hombres, podría precipitarse sobre Hideyoshi y acorralarlo en Nagahama.

Katsuie ya había recibido una carta de Nobutaka a tal efecto. Si Hideyoshi estaba en Nagahama, se enteraría en seguida de tales operaciones y procuraría que tanto Gifu como Yanagase estuvieran preparados. Si Hideyoshi se hallaba ahora en el frente, Katsuie tendría que estar totalmente preparado, pues ya había llegado el momento de la sublevación de Nobutaka.

Pero antes de poder llevar a cabo esos planes, los Shibata tenían que inmovilizar a Hideyoshi a fin de crear las circunstancias apropiadas para la intervención de Nobutaka.

—Ese único extremo sigue sin estar claro —repitió Genba. No había duda de que durante el largo período de espera, que había durado más de un mes, se había deprimido cada vez más—. En fin, hemos logrado atraer a Shogen, y eso tan sólo debería alegrarnos. Hay que informar de inmediato al señor Katsuie. Mañana aguardaremos la señal de Shogen.

Yasumasa y Shinroku se marcharon primero y regresaron a su campamento. Genba pidió a un paje que le trajera su caballo favorito y, acompañado por diez guerreros, partió en seguida hacia el campamento principal en el monte Nakao.

El camino recién abierto entre el monte Yukiichi y el campamento principal en Nakao tenía unas cuatro varas de anchura y serpenteaba unas dos leguas a lo largo de las montañas. La vegetación primaveral se ofrecía a los ojos de los guerreros, e incluso Genba, mientras fustigaba a su caballo, se sentía embargado por un sentimiento poético.

El campamento principal en el monte Nakao estaba rodeado por varias empalizadas. Cada vez que Genba se acercaba a una entrada, se limitaba a dar su nombre y seguía adelante, mirando a los guardianes altivamente desde su silla de montar.

Pero cuando se disponía a cruzar el portal de la ciudadela principal, el jefe de los guardianes le llamó bruscamente.

—¡Espera! ¿Adonde vas?

Genba se volvió y miró fijamente al hombre.

—Ah, ¿eres tú, Menju? He venido a ver a mi tío. ¿Está en su aposento o con el estado mayor?

Menju frunció el ceño, dio unos pasos hasta quedar frente a Genba y le dijo, irritado:

—Primero desmontad, por favor.

—¿Qué?

—Este portal está muy cerca del cuartel general del señor Katsuie. No importa quién seáis ni la prisa que tengáis, no está permitido entrar a caballo.

—¿Te atreves a decirme eso, Menju? —replicó Genba encolerizado, pero de acuerdo con la disciplina militar no podía negarse. Desmontó como Menju le había pedido y gruñó—: ¿Dónde está mi tío?

—Está en medio de una conferencia militar.

—¿Quiénes asisten?

—Los señores Haigo, Osa, Hará, Asami y Katsutoshi.

—En ese caso, puedo reunirme perfectamente con ellos.

—No, yo os anunciaré.

—Eso no será necesario.

Genba se abrió paso y Menju le observó mientras se alejaba, su semblante nublado por la tristeza. El reto que acababa de lanzar, a riesgo de su reputación, no era solamente en nombre de la ley militar. Desde hacía algún tiempo, intentaba en secreto que Genba reflexionara en su actitud.

La actitud mostrada por los modales orgullosos que Genba solía exhibir se relacionaba con el favoritismo de su tío. Cuando observaba cómo el señor de Kitanosho actuaba con parcial amor ciego hacia su sobrino, Menju no podía evitar sentirse inquieto por el futuro. Como mínimo, le parecía que no era correcto que Genba llamara «tío» al comandante en jefe.

Pero Genba no prestaba atención a cosas como los sombríos pensamientos de Menju. Se dirigió en línea recta al lugar donde estaba el cuartel general de su tío, hizo caso omiso de los demás servidores y susurró al oído de Katsuie: «Cuando hayas terminado, tengo que hablar contigo de un asunto privado».

Katsuie se apresuró a poner fin a la conferencia. Después de que los generales se hubieran retirado, se inclinó en su escabel de campaña y charló animadamente con su sobrino. Tras soltar una risa de complacencia, Genba le mostró en silencio la respuesta de Shogen como si supiera que iba a causarle un gran placer.

Katsuie se sintió inmensamente satisfecho. La intriga que había concebido y que, a instancias suyas, Genba había puesto en vigor, surtía efecto. Tan sólo por eso la satisfacción de ver que todo salía de acuerdo con el plan era mayor para él que para los demás. Él, en particular, tenía la reputación de amar la intriga, y mientras leía la respuesta de Shogen se sentía tan feliz que casi le caía la baba.

El objetivo del plan era debilitar al enemigo desde el interior. Desde el punto de vista de Katsuie, la presencia de hombres como Shogen y Ogane en el ejército de Hideyoshi ofrecía oportunidades para incubar una maquinación tras otra.

En cuanto a Shogen, creía que la victoria sería para los Shibata, una convicción sorprendentemente insensata. Es cierto que más adelante también él se sentiría angustiado y sin duda le interrogaría su propia conciencia, pero la carta de consentimiento había sido enviada y ya no había nada que deliberar. Para bien o para mal, la traición de Shogen tendría definitivamente lugar a la mañana siguiente, y aguardaba para invitar al ejército de Shibata a su fortaleza.

\*

\*

\*

Era la medianoche del día doce. Las hogueras ardían en rescoldo y el único sonido que se oía en el campamento de la montaña envuelto en la niebla era el susurro del ramaje de los pinos.

—¡Abrid! —pidió alguien en voz baja, al tiempo que golpeaba repetidas veces la puerta de la empalizada.

El pequeño fuerte de Motoyama había sido anteriormente el cuartel general de Shogen, pero Hideyoshi le había sustituido por Kimura Hayato.

—¿Quién es? —preguntó el centinela, mirando entre las rendijas de la empalizada.

Al otro lado había una figura solitaria envuelta en la oscuridad.

—Llama al comandante Osaki.

—Primero dime quién eres y de dónde vienes.

El hombre que estaba en el exterior permaneció un momento en silencio. Caía una lluvia brumosa y el cielo tenía el color de la tinta china.

—Eso no puedo decírtelo. Tengo que hablar con Osaki Uemon, aquí en la empalizada. Díselo así.

—¿Amigo o enemigo?

—¿Amigo, naturalmente! ¿Crees que un enemigo habría llegado hasta aquí tan fácilmente? ¿Es que los guardianes son tan descuidados? Si esto fuese un complot del enemigo, ¿llamaría acaso a la puerta?

La explicación del hombre parecía razonable. El guardián asintió y fue en busca de Osaki.

—¿Qué ocurre? —preguntó el oficial.

—¿Sois el comandante Osaki?

—Sí, lo soy. ¿Qué queréis?

—Me llamo Nomura Shojiro y soy servidor del señor Katsutoyo, actualmente al servicio del señor Shogen.

—¿Qué asunto os trae aquí en plena noche?

—Tengo que hablar en seguida con el señor Hayato. Sé que esto puede parecer sospechoso, pero hay algo de suma importancia que debo comunicarle de inmediato.

—¿No podéis decírmelo para que le transmita el mensaje?

—No, debo hablar con él en persona. Como señal de buena fe, os confiaré esto.

Nomura se quitó las espadas y las entregó a Osaki a través de la empalizada.

Osaki comprendió que Nomura era sincero. Abrió la puerta y le condujo a los aposentos de Hayato. Era un campamento en tiempo de guerra y no había ninguna diferencia en las medidas de seguridad diurnas y nocturnas.

El lugar adonde condujeron a Nomura era conocido como la ciudadela principal, pero en realidad no era más que una choza, y el aposento de Hayato apenas era más que un tabique de tablas.

Entró Hayato y tomó asiento.

—¿Qué queréis decirme? —preguntó, mirando directamente a Nomura.

Tal vez debido a que la lámpara brillaba desde un lado, el rostro de Hayato parecía pálido en extremo.

—Tengo entendido que habéis sido invitado a asistir mañana por la mañana a una ceremonia del té en el campamento del señor Shogen en el monte Shinmei.

Los ojos de Nomura tenían una expresión inquisitiva, y la profunda quietud de la noche producía un leve temblor en su voz. Tanto Hayato como Osaki experimentaron una sensación extraña.

—Eso es cierto —respondió Hayato.

—¿Ya habéis accedido a ir, mi señor?

—Sí. Ya que se ha tomado la molestia de invitarme, he enviado un mensajero para comunicarle mi aceptación.

—¿Cuándo enviasteis al mensajero, mi señor?

—Hoy hacia mediodía.

—¡Entonces ésa tiene que ser exactamente la trampa que había imaginado!

—¿Trampa?

—Mañana no debéis ir ahí bajo ninguna circunstancia. La ceremonia del té es una artimaña. Shogen planea asesinaros. Ya se ha reunido con un mensajero secreto de los Shibata, a quienes ha enviado una

promesa por escrito. Podéis creerme, su plan consiste en mataros primero y luego alzar el estandarte de la rebelión.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Anteayer Shogen citó a tres sacerdotes budistas del cercano templo Shufuku para que dirigieran un servicio fúnebre en memoria de sus antepasados. A uno de esos hombres le había visto antes, y le reconocí sin ninguna duda como un samurai de Shibata. Me llevé una sorpresa, y entonces, después del servicio religioso, se quejó de que le dolía el estómago y se quedó en el campamento después de que los otros dos se hubieran marchado. Se fue por la mañana, diciendo que regresaba al templo Shufuku, pero a fin de asegurarme hice que le siguiera uno de mis servidores. Tal como había pensado, no regresó al templo Shufuku, sino que fue directamente al campamento de Sakuma Genba.

Hayato asintió como si no tuviera necesidad de oír nada más.

—Agradezco vuestra advertencia. El señor Hideyoshi no confiaba en Shogen ni Ogane, y dijo que debíamos tener cuidado con ellos. Su traición ha quedado clara. ¿Qué creéis que debemos hacer, Osaki?

Osaki se le acercó más y le dijo lo que pensaba. Nomura aportó también sus ideas, y concibieron un plan allí mismo. Osaki envió mensajeros a Nagahama.

Entretanto, Hayato escribió una carta y la confió a Osaki. Era una breve nota dirigida a Shogen, explicándole que no podía asistir a la ceremonia del té porque se encontraba mal.

Cuando amaneció, Osaki cogió la carta y fue a visitar a Shogen en el monte Shinmei.

Era costumbre de la época celebrar frecuentes ceremonias del té en el campamento. Por supuesto, todo se preparaba con sencillez: la sala de té no era más que un refugio temporal de ásperas paredes de yeso, con esterillas de juncos y un jarrón que contenía flores silvestres. El propósito de la ceremonia del té era cultivar la fuerza interior necesaria para soportar la fatiga de una larga campaña.

A primera hora de la mañana Shogen había barrido el suelo cubierto de rocío y puesto los carbones en el hogar. Pronto llegaron Ogane y Kinoshita, ambos servidores de Shibata Katsutoyo. Shogen había depositado en ellos su confianza, y ellos habían hecho el juramento solemne de actuar con él.

—Hayato se retrasa, ¿no es cierto? —comentó Ogane.

En algún lugar cacareó un gallo, y los dos invitados parecieron nerviosos. Sin embargo, Shogen actuó como debía hacerlo el anfitrión y se mantuvo en perfecta calma.

—No tardará en venir —dijo con confianza.

Por supuesto, el hombre que esperaban no se presentó. En cambio llegó un paje con la carta que Hayato había confiado a Osaki.

Los tres hombres intercambiaron miradas.

—¿Y el mensajero? —preguntó Shogen.

El paje replicó que el hombre se había marchado en cuanto entregó la carta.

La misma expresión inquieta oscurecía los semblantes de los tres hombres. Por muy valientes que fuesen, no podían sentirse tranquilos sabiendo que su traición podría haber sido descubierta.

—¿Cómo se habrá filtrado? —preguntó Ogane.

Incluso sus susurros parecían quejas. Ahora que el complot había sido descubierto, olvidaron la ceremonia del té y concentraron sus pensamientos en la manera de huir. Tanto Ogane como Kinoshita parecía incapaces de aguantar allí un momento más.

—Después de esto no podemos hacer nada más.



Mientras ese lamento escapaba de los labios de Shogen, los otros dos hombres sintieron como si les hubieran golpeado en el pecho. Pero Shogen los miraba furibundo, como diciéndoles que mantuvieran la cabeza fría.

—Vosotros dos tenéis que reunir a vuestros hombres e ir lo más rápidamente posible a Ikenohara. Esperad allí cerca del gran pino. Yo voy a enviar una carta a Nagahama. Luego os seguiré.

—¿A Nagahama? ¿Qué clase de carta?

—Mi madre, mi esposa y mis hijos están todavía en el castillo. Yo puedo escapar, pero si esperamos demasiado con toda seguridad mi madre y los demás serán hechos rehenes en el castillo.

—Sospecho que es demasiado tarde. ¿Crees realmente que todavía queda tiempo?

—¿Qué voy a hacer? ¿Abandonarlos ahí? Ogane, pásame esa piedra de tinta.

Shogen empezó a deslizar rápidamente el pincel por la hoja de papel. En aquel momento llegó uno de sus servidores para informarle de que Nomura Shojiro había desaparecido.

Shogen arrojó su pincel, disgustado.

—Entonces ha sido él. Durante cierto tiempo he sido negligente con respecto a ese necio. Pagaré por esto.

Por la intensidad de su mirada parecía como si estuviera enviando a alguien el mal de ojo, y la mano que sostenía la carta dirigida a su esposa empezó a temblarle.

—¡Ippeita! —gritó.

El hombre se presentó en seguida.

—Coge un caballo y corre a Nagahama —le ordenó—. Busca a mi familia y embárcalos a todos. Que no piensen siquiera en recoger sus posesiones. Que crucen en seguida el lago hasta el campamento del señor Katsuie. Ve inmediatamente, sin desperdiciar un solo momento.

Casi antes de que hubiera terminado de hablar, Shogen se había atado las correas de su armadura. Empuñó una lanza larga y salió del edificio. Ogane y Kinoshita se apresuraron a reunir a sus hombres y bajaron de la montaña.

Por entonces empezaba a clarear, y Hayato había enviado sus fuerzas. Cuando los hombres al mando de Ogane y Kinoshita llegaron al pie de la montaña, Osaki les tendió una emboscada. Los que sobrevivieron al ataque trataron de huir al gran pino de Ikenohara, donde esperarían a Shogen, pero los hombres de Hayato habían rodeado el extremo norte del monte Dangi y bloquearon su huida por aquel camino. Rodeados de esta manera, casi todos los hombres fueron aniquilados.

Shogen estaba a un solo paso detrás de ellos. También él huyó en aquella dirección con pocos hombres. Llevaba su yelmo decorado con astas de ciervo y su armadura de cuero negro, y sujetaba la larga lanza bajo el brazo al cabalgar. Parecía realmente un guerrero dispuesto a avanzar a través del viento y los más valientes servidores de Katsutoyo, pero ya se había desviado del Camino del Samurai, y en el galope de su caballo estaban ausentes los sonidos de la rectitud y los altos ideales.

De repente se vio rodeado por las tropas de Hayato.

—¡No dejéis escapar al traidor!

Le sometieron a una lluvia de insultos, pero él luchó como si no temiera morir. Abriendo a su paso un camino de sangre, finalmente logró librarse de la jaula de hierro. Fustigó a su caballo y cabalgó a todo galope unas dos leguas, hasta que pronto se reunió con el ejército de Yasumasa, que había estado esperando desde la noche anterior. Si el intento de asesinato por parte de Hayato hubiera tenido éxito, las

dos fortalezas de Motoyama habrían sido atacadas y tomadas cuando aparecieran las señales luminosas de Shogen. Pero el plan no había salido como esperaban, y Shogen había estado en un tris de perder la vida.

Mientras su hermano Yasumasa le contaba el desarrollo de los acontecimientos, Genba parecía disgustado.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que Hayato pudo hacer el primer movimiento porque el complot ha sido desvelado esta mañana? Entonces el plan de Shogen debía de estar mal concebido. Diles a los tres que vengan aquí.

Hasta entonces Genba había hecho todo lo posible para inducir a Shogen a que traicionara a su señor, pero ahora que el plan no había salido según sus expectativas, hablaba de él como si no fuese más que una molestia.

Shogen y los otros dos esperaban ser bien recibidos, pero la actitud de Genba iba a causarles una gran decepción. Shogen solicitó entrevistarse con Katsuie para darle cierta información altamente secreta que compensaría su fracaso.

—Eso parece esperanzador, ¿verdad? —El talante de Genba parecía haber mejorado un poco, mas con Ogane y Kinoshita se mostró tan brusco como antes—. Vosotros dos quedaros aquí. Sólo Shogen vendrá conmigo al campamento principal.

Dicho esto, partió de inmediato hacia el monte Nakao.

El incidente de aquella mañana, con todas sus complicaciones, había sido comunicado detalladamente a Katsuie.

Poco después, cuando Genba acompañó a Shogen al campamento de Katsuie, éste les aguardaba sentado en su escabel de campaña, con una expresión altiva. Katsuie siempre tenía un porte digno fuera cual fuese la situación. En seguida se le concedió a Shogen una audiencia.

—Habéis fallado esta vez, Shogen —le dijo Katsuie.

La expresión de su rostro mientras expresaba sus verdaderos sentimientos era compleja. Solía decirse que los Shibata, tanto el tío como el sobrino, tenían una naturaleza calculadora y egoísta, y ahora Katsuie y Genba aguardaban con frías expresiones a que Shogen hablara.

—El descuido ha sido mío —dijo Shogen, consciente de que no podía hacer nada más que disculparse.

En aquel momento debía de arrepentirse amargamente de su decisión, pero ahora no era posible volverse atrás. Abrumado por la carga de una vergüenza tras otra y ahogando su ira, sólo podía inclinar la cabeza hasta el suelo ante aquel señor arrogante y egoísta.

Y no podía hacer más que suplicar la misericordia de Katsuie. Sin embargo, tenía otro plan con el que podría tratar de congraciarse con Katsuie, y se relacionaba con la cuestión del paradero de Hideyoshi. Eso era algo que interesaba profundamente a Katsuie y Genba, y cuando Shogen mencionó el tema, le escucharon con ansia.

—¿Dónde está ahora Hideyoshi?

—El paradero de Hideyoshi se mantiene en secreto, hasta el punto de que hasta sus mismos hombres lo desconocen —les explicó Shogen—. Aunque ha sido visto durante la construcción de las fortalezas, lleva algún tiempo fuera del campamento. Es probable que se encuentre en Nagahama, tal vez haciendo preparativos para atacar desde Gifu, al tiempo que observa la situación aquí. Es posible que se sitúe en

una posición que le permita reaccionar a las condiciones en cualquiera de los dos lugares.

Katsuie asintió gravemente e intercambió una mirada con Genba.

—Sí, eso debe de ser. Tiene que estar en Nagahama.

—Pero ¿qué clase de prueba tenéis?

—No tengo ninguna prueba fehaciente —replicó Shogen—, pero si me dais unos pocos días comprobaré los detalles del paradero de Hideyoshi. Hay varios hombres en Nagahama amablemente interesados por mí, y estoy seguro de que cuando sepan que os apoyo, mi señor, saldrán discretamente de Nagahama y preguntarán aquí por mí. Además, los informes de los espías que envié han de llegar pronto. Por otro lado, quisiera ofrecer una estrategia que derrotará a Hideyoshi —concluyó, con una expresión que insinuaba la profundidad de la fe que tenía en su plan.

—Deberíais tener muchísimo cuidado, ¿no os parece? Pero oigamos lo que tenéis que decirnos.

Al amanecer del día diecinueve, Shogen y Genba visitaron el cuartel general de Katsuie por segunda vez. Lo que Shogen traía consigo aquella mañana era ciertamente valioso. Genba ya había escuchado la información de Shogen, pero cuando la oyó Katsuie por primera vez abrió unos ojos como platos y se le erizaron todos los pelos del cuerpo.

Shogen habló con gran excitación.

—En los últimos días Hideyoshi ha sido visto en Nagahama. Hace dos días, el diecisiete, se puso al frente de una fuerza de veinte mil hombres que salieron del castillo y se dirigieron a marchas forzadas a Ogaki, donde acamparon. Ni que decir tiene, si aplastara al señor Nobutaka en Gifu de un solo golpe, acabaría por completo con las inquietudes de un ataque por la retaguardia. Así pues, podemos conjeturar que está resuelto a poner en pie a todas sus fuerzas, girar en esa dirección y ponerse en marcha para librar una batalla decisiva en la que lo arriesgará todo. Dicen que antes de abandonar Nagahama Hideyoshi ha hecho matar a todos los rehenes de la familia del señor Nobutaka, por lo que podéis entender la resolución con que el bastardo ha avanzado hacia Gifu. Y eso no es todo. Ayer su vanguardia prendió fuego en diversos lugares y se está preparando para asediar el castillo de Gifu.

Casi lamiéndose los labios, Katsuie pensó que el día que habían estado esperando se aproximaba.

Genba era de la misma opinión. Ardía con los mismos pensamientos, pero incluso con mayor intensidad. Aquélla era una oportunidad..., una oportunidad irrepetible. Sin embargo, ¿cómo podrían aprovecharla plenamente?

Aquí y allá, durante las hostilidades, se producían oleadas de pequeñas oportunidades formadas por decenas de millares, pero una oportunidad verdaderamente grande, aquella en la que un único golpe decidía el ascenso o la caída de un hombre, sólo se presentaba una vez. Ahora Katsuie podía aprovechar o perder esa clase de oportunidad. Casi se le caía la baba al pensar a fondo en las posibilidades, y el semblante de Genba estaba enrojecido.

—Shogen —dijo por fin Katsuie—, si tenéis alguna estrategia que ofrecer, os ruego que habléis con franqueza.

—Mi humilde opinión es que no debemos perder esta oportunidad, sino atacar las dos fortalezas enemigas en los montes Iwasaki y Oiwa. Podríamos actuar de acuerdo con el señor Nobutaka, aunque Gifu esté lejos, y hacerlo con tanta rapidez como Hideyoshi. Al mismo tiempo, vuestros aliados podrían atacar y destruir las fortalezas de Hideyoshi.

—Ah, eso es exactamente lo que quisiera hacer, pero tales cosas son más fáciles de decir que de

hacer, Shogen. El enemigo tampoco carece de hombres y también están construyendo fortalezas, ¿no es cierto?

—Si se examina la formación de combate de Hideyoshi desde dentro, se observa una brecha muy grande —replicó Shogen—. Reflexionad en ello. Las dos fortalezas enemigas de Iwasaki y Oiwa están lejos de vuestro campamento, pero seguís considerándolas como los reductos centrales. Sin embargo, la construcción de esas dos fortalezas es mucho más endeble y basta que cualquiera de las otras. Añadid a ello que tanto los jefes como los soldados que protegen esos lugares tienen la impresión de que el enemigo nunca los atacará. Parece ser que han descuidado en extremo los preparativos. Si lanzamos un ataque por sorpresa, debe ser ahí. Además, una vez hayamos destruido el centro mismo del enemigo, ¿con cuánta más facilidad caerán los demás castillos!

Katsuie y Genba aceptaron con entusiasmo el plan de Shogen.

—Shogen ha visto a fondo la estratagema del enemigo —dijo Katsuie—. Éste es el mejor plan que podríamos haber ideado para confundir a Hideyoshi.

Era la primera vez que Katsuie alababa tanto a Shogen. Éste llevaba varios días abatido por su descrédito, pero ahora su expresión cambió de repente.

—Echad un vistazo a esto —dijo al tiempo que extendía un mapa.

Las fortalezas de Dangi, Shinmei y los montes Iwasaki y Oiwa se alzaban en la orilla oriental del lago Yogo. Había también una serie de fortalezas desde la zona meridional de Shizugatake hasta el monte Tagami, la cadena de campamentos que se extendían a lo largo de la carretera que conducía a las provincias del norte y varias otras posiciones militares. Todo aparecía claramente, y la topografía de la zona, con sus lagos, montañas, campos y valles, estaba delineada con detalle.

Lo imposible se había hecho posible. Katsuie se relamió ante la clara desventaja que representaba para Hideyoshi el hecho de que un mapa secreto como aquél hubiera sido extendido en el cuartel general del enemigo antes de la batalla.

Podría decirse que el mero hecho causaba una gran alegría a Katsuie. Tras examinar el mapa de cerca, alabó a Shogen una vez más.

—Esto es un regalo maravilloso, Shogen.

Genba estaba a un lado, examinando también el mapa. De improviso habló con convicción.

—Este plan de Shogen, tío..., penetrar profundamente en las líneas enemigas y tomar las dos fortalezas de Iwasaki y Oiwa... ¡Quiero que me envíes como vanguardia! Estoy seguro de que sólo yo puedo llevar a cabo un ataque por sorpresa con la resolución y la velocidad necesarias.

—No sé, tengo que pensar en ello...

Katsuie cerró los ojos y reflexionó, como si el ardor del joven le causara aprensión. Genba, lleno de confianza en sí mismo y entusiasmo, en seguida opuso resistencia a esa vacilación.

—¿En qué otros planes piensas para aprovechar esta oportunidad? No es posible que haya espacio en tu pensamiento para alguien más, ¿no es cierto?

—¿Qué? No, no lo creo.

—Las oportunidades concedidas por el cielo, no esperan, ¿sabes? Mientras discutimos así, la ocasión se nos puede deslizar de un momento a otro.

—No te apresures tanto, Genba.

—No, cuanto más reflexionas, más tiempo pasa. ¿No eres capaz de tomar una decisión cuando tienes

ante los ojos una victoria de tal magnitud? Ah, eso me hace pensar que el Demonio Shibata se está haciendo viejo.

—No digas tonterías. Lo que ocurre es que todavía eres joven. Tienes valor para el combate, pero careces de experiencia en estrategia.

—¿Por qué dices eso?

El rostro de Genba empezó a enrojecer, pero Katsui no se alteró. Era un veterano de innumerables batallas y no iba a perder su compostura.

—Piensa un momento, Genba. No hay nada más peligroso que adentrarte detrás de las líneas enemigas. ¿Merece la pena correr el riesgo? ¿No debemos pensar en esto a fondo para que luego no tengamos que arrepentimos?

Genba soltó una carcajada, negando así valor a la inquietud de su tío, pero por detrás de esa sugerencia su juvenil voluntad de hierro se reía también del discernimiento y el titubeo propios de la edad madura.

Sin embargo, Katsui no reprochó la risa burlona de su sobrino. Parecía mostrar afecto por la falta de inhibición del joven, y realmente tenía en gran estima el vigoroso ánimo de Genba.

Desde hacía algún tiempo Genba se había acostumbrado al favor de su tío. Podía interpretar con rapidez las emociones de aquel hombre y adaptarse a ellas. Ahora siguió insistiendo.

—Es cierto que soy joven, pero comprendo perfectamente el peligro que encierra penetrar en las líneas enemigas. En esta situación confiaría tan sólo en la estrategia, sin impacientarme por el mérito. Me atreveré a hacerlo sólo porque comporta peligro.

Katsui seguía reacio a dar su aprobación sin reservas y, como antes, estaba sumido en sus reflexiones. Genba dejó de acosar a su tío y de repente se volvió hacia Shogen.

—Dejadme ver el mapa.

Sin moverse del escabel de campaña, Genba desenrolló el mapa, se acarició el mentón con una mano y permaneció en silencio.

Transcurrió casi una hora.

Katsui se había preocupado cuando su sobrino habló con tanto entusiasmo, pero al observar que Genba examinaba en silencio el mapa tuvo la súbita seguridad de que el joven era digno de confianza.

—De acuerdo. —Puso fin a sus deliberaciones y se dirigió a su sobrino—: No cometas ningún error, Genba. Te ordeno que esta noche te internes detrás de las líneas enemigas.

Genba alzó la vista y, al mismo tiempo, se levantó del escabel de campaña. Desbordaba de alegría e hizo una profunda reverencia, pero si bien Katsui admiraba a aquel sobrino tan feliz porque se veía al mando de la vanguardia, sabía que era una posición que fácilmente podía significar la muerte de un hombre si cometía un error.

—Te lo repito... Una vez hayas cumplido con tu objetivo de destruir Iwasaki y Oiwa, retírate con la velocidad del viento.

—Sí, tío.

—No es necesario que lo diga, pero una retirada segura tiene una importancia extrema en la guerra..., sobre todo en una lucha que implica la penetración en territorio enemigo. Si no logras retirarte con seguridad, es como olvidarte del último cubo de tierra cuando cavas un pozo de cien brazas de profundidad. Ve con la velocidad del viento y regresa de la misma manera.

—Comprendo muy bien tu advertencia.

Una vez que su esperanza se había realizado, Genba mostraba una docilidad perfecta. Katsuie reunió de inmediato a sus generales. Al anochecer las órdenes habían llegado a cada uno de los campamentos y los preparativos de cada cuerpo de ejército parecían completados.

Era la noche del día diecinueve del cuarto mes. El ejército de dieciocho mil hombres abandonó el campamento en secreto, exactamente en la segunda mitad de la hora de la rata. La fuerza atacante estaba dividida en dos cuerpos de cuatro mil hombres cada uno. Avanzaron montaña abajo hacia Shiotsudani, cruzaron el puerto de Tarumi y continuaron su avance hacia el este, a lo largo de la orilla occidental del lago Yogo.

Los doce mil hombres que formaban el ejército principal de Katsuie siguieron una ruta diferente, en una maniobra de diversión. Avanzaron a lo largo de la carretera que conducía a las provincias del norte y giraron gradualmente al sudeste. Su acción tenía el objetivo de contribuir al éxito del cuerpo que efectuaría el ataque por sorpresa, a cuyo frente estaba Sakuma Genba y, al mismo tiempo, controlaría cualquier movimiento desde las fortalezas enemigas.

Entre las fuerzas principales del ejército de diversión, el único cuerpo de tres mil hombres de Shibata Katsuie se dirigió al sudeste de la pendiente, en Iiura, ocultaron sus estandartes y armaduras y observaron sigilosamente cualesquiera movimientos enemigos en la dirección de Shizugatake.

Maeda Inuchiyo tenía el encargo de defender una línea que se extendía desde Shiotsu hasta los montes Dangi y Shinmei.

Shibata Katsuie se alejó del campamento principal en el monte Nakao con un ejército de siete mil hombres y avanzó hasta Kitsunezaka por la carretera que conducía a las provincias del norte. A fin de atraer e incapacitar a los cinco mil hombres de Hidemasa estacionados en el monte Higashino, el ejército de Katsuie desplegó ahora orgullosamente sus estandartes y prosiguió su avance.

El cielo nocturno empezó a brillantarse con la proximidad del alba. Era el vigésimo día del cuarto mes del calendario lunar, muy cerca del solsticio de verano, y las noches eran cortas.

Más o menos por entonces los generales de la vanguardia empezaron a reunirse en la orilla blanca del lago Yogo. Siguiendo a la vanguardia de cuatro mil hombres, un segundo cuerpo llegó rápidamente detrás de ellos. Ésa era la fuerza que se internaría detrás de las líneas enemigas, y Sakuma Genba estaba en su centro.

La niebla era espesa.

De improviso una luminosidad de arco iris apareció en medio del lago. El fenómeno podría haber hecho pensar a los hombres que pronto amanecería, pero apenas podían ver las colas de los caballos delante de ellos, y el sendero a través de la planicie herbosa aún estaba oscuro.

Mientras la niebla se arremolinaba alrededor de estandartes, armaduras y lanzas, parecía como si los hombres caminaran sobre el agua. Los pensamientos que cruzaban por sus mentes les llenaban de tensión. La fría niebla les humedecía las cejas y el vello de las fosas nasales.

Llegaba desde la orilla del lago ruido de chapoteo, risas y voces animadas. Los exploradores de las tropas atacantes pronto se arrodillaron y avanzaron con sigilo para investigar quién podría estar en medio de la niebla. Resultaron ser dos samurais y unos diez mozos de caballos de la fortaleza del monte Iwasaki. Se habían adentrado en los bajíos del lago y estaban lavando sus caballos.

Los exploradores esperaron a que avanzaran las tropas de la vanguardia y les hicieron señales en

silencio, agitando las manos. Entonces, cuando estuvieron seguros de que el enemigo estaba atrapado, gritaron de repente:

—¡Prendedlos vivos!

Cogidos por sorpresa, los guerreros y mozos de caballos chapotearon por el trecho de agua y corrieron a lo largo de la orilla.

—¡El enemigo! ¡Es el enemigo!

Cinco o seis hombres escaparon, pero los restantes fueron capturados.

—Bien, bien, la primera caza de la temporada.

Los guerreros de Shibata cogieron a los prisioneros por el cuello y los llevaron ante su comandante, Fuwa Hikoza, el cual los interrogó sin desmontar.

Enviaron un mensaje a Sakuma Genba, preguntándole qué debían hacer con los prisioneros. La respuesta los espoleó a emprender una acción rápida: «Que esos hombres no os retrasen. Matadlos en seguida y proseguid el avance hacia el monte Oiwa».

Fuwa Hikoza desmontó, desenvainó su espada y decapitó personalmente a un hombre. Entonces gritó una orden a todos los miembros de la vanguardia.

—¡Venid y daos un festín de sangre! Decapitad a todos los demás y presentad sus cabezas como una ofrenda al dios de la guerra. ¡Entonces lanzad gritos de guerra y seguid adelante para atacar la fortaleza de Oiwa!

Los soldados que rodeaban a Hikoza casi se pelearon por la oportunidad de cortar las cabezas a los mozos de caballos. Alzando sus espadas ensangrentadas en el cielo matinal, ofrecieron las vidas de sus prisioneros y gritaron a los demonios. Todo el ejército respondió lanzando gritos de guerra.

Oleadas de armaduras se estremecían a través de la niebla matinal mientras cada hombre competía por ser el primero. Los caballos sudorosos se rozaban en un esfuerzo por tomar la delantera, y un cuerpo de lanceros tras otro avanzaba con una confusión de hojas de lanza brillantes.

Se oían ya los estampidos de las armas de fuego, lanzas y espadas largas destellaban bajo la luz matinal y un sonido extraño procedía de la primera empalizada en el monte Oiwa.

¡Qué profundos son los sueños prolongados de la corta noche de verano! Las cuevas del monte Oiwa, defendido por Nakagawa Sebei, y el monte Iwasaki, en posesión de Takayama Ukon, el centro de las fortificaciones de Hideyoshi, estaban envueltos por la niebla y tan serenos como si nadie conociera todavía que se aproximaba una oleada de hombres.

La construcción de la fortaleza en el monte Oiwa había sido rápida y sencilla. Nakagawa Sebei dormía en una choza al lado de la muralla que se extendía mediada la altura del monte.

Todavía adormilado, alzó la cabeza y musitó:

—¿Qué ocurre ahí?

En la frontera entre el sueño y la realidad, y sin saber por qué, se levantó bruscamente y se puso la armadura que habían colocado cerca de su cama.

Estaba terminando cuando alguien llamó a la puerta de la cabaña y entonces pareció empujarla también con el cuerpo. La puerta cayó hacia dentro y tres o cuatro servidores entraron tambaleándose.

—¡Los Shibata! —gritaron.

—¡Calmaos! —les reprendió Sebei.

Por los informes incoherentes de los mozos de caballos supervivientes, Sebei no pudo averiguar por

dónde había penetrado el enemigo ni quién iba al frente.

—Sería una hazaña extraordinaria incluso para un enemigo extraordinario abrirse paso a esta altura de las líneas. No va a ser nada fácil librarnos de esos hombres. No sé quién los dirige, pero sospecho que, entre todos los jefes de las fuerzas de Shibata, lo más probable es que sea Sakuma Genba.

Sebei había comprendido rápidamente la situación, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. No podía negar que aquel hombre era un poderoso enemigo, pero esa sensación abrumadora no tardó en tener su contrapartida en la fortaleza que brotaba en su interior, y se sobrepuso.

—¡Vamos a luchar! —gritó, empuñando su lanza.

Se oían a lo lejos disparos esporádicos, desde el pie de la montaña. Entonces se oyeron inesperadamente cerca, desde una zona boscosa en la ladera del sudoeste.

—También han tomado los atajos.

Debido a la densidad de la niebla, los estandartes enemigos no se veían claramente, lo cual inquietaba todavía más a las tropas de Nakagawa.

Sebei volvió a dar voces, que resonaron en el corazón de la montaña.

Los mil hombres del cuerpo de Nakagawa que defendían la montaña estaban ya despiertos por el ataque que se les venía encima y que les había cogido totalmente por sorpresa. Por lo que ellos sabían, la posición principal de los Shibata estaba a gran distancia, y esa creencia les había hecho bajar la guardia. ¡No es posible que el enemigo atacara un lugar tan seguro! Pero incluso antes de que reparasen en lo erróneo de su creencia, el enemigo ya se había abatido sobre ellos como uña tormenta.

Sebei dio una patada en el suelo y reprendió a sus hombres por su falso sentimiento de seguridad y su negligencia. Uno tras otro sus oficiales le buscaron y, bien avistando el estandarte de mando o bien reconociendo su voz, corrieron con los soldados para reunirse a su alrededor y formar un verdadero ejército.

—¿Está Genba al mando?

—Sí, mi señor —respondió un servidor.

—¿Cuántos hombres tiene?

—Menos de diez mil.

—¿Una línea de ataque o dos?

—Parece haber dos ejércitos. Genba ataca desde Niwatonohama y Fuwa Hikoza ha tomado el camino desde el monte Onoji.

Incluso cuando todos los hombres estuvieron reunidos, no sumaban más de un millar los defensores de la fortaleza. Según los informes, las fuerzas atacantes del enemigo se aproximaban a los diez mil.

Tanto los atajos como las puertas de la barrera al pie de la montaña eran inadecuados. Era fácil ver que sólo sería cuestión de tiempo antes de que fuesen aniquilados.

—¡Enfrentaos al enemigo en el atajo! —Sebei envió primero al hombre que era su mano derecha con trescientos soldados, y entonces alentó a sus propios hombres—: Los demás venid conmigo. Las fuerzas de Nakagawa nunca han sido vencidas desde que salimos de Ibaraki en Settsu. ¡No retrocedáis un solo paso ante el enemigo que tenemos delante!

Nakagawa Sebei se puso en cabeza, junto con el estandarte de mando y las banderas, fustigó a su caballo y avanzó velozmente hacia el pie de la montaña.



La mañana de aquel mismo día, seis o siete barcos de guerra navegaron por el lago B́iwa como una bandada de aves acuáticas. En la cortina que envolvía el puente de uno de los barcos, el blasón, un gran lirio, ondeaba al viento.

Niwa Nagahide estaba en pie en el puente del barco cuando de repente vio que se alzaba humo negro de una montaña en el lado norte del lago, y gritó a los hombres que le rodeaban:

—¿Eso está cerca de Oiwa o de Shizugatake?

—Parece Shizugatake —respondió uno de los miembros de su estado mayor.

En realidad, al mirar en aquella dirección, las montañas parecían amontonadas una encima de la otra, de modo que las llamas del monte Oiwa daban la impresión convincente de que se alzaban de Shizugatake.

—Es difícil de entender.

Niwa frunció el ceño y siguió mirando a lo lejos. Era sorprendente la exactitud de su premonición. Aquel mismo día, el vigésimo del mes, había recibido al amanecer un mensaje de su hijo, Nabemaru:

Durante la noche ha habido movimientos sospechosos en los campamentos de Katsuie y Genba.

En aquel momento había supuesto que debía tratarse de un ataque enemigo. Hideyoshi estaba ocupado atacando Gifu y, si sus enemigos lo sabían, pensarían que era el momento de atacar la posición desprotegida de Hideyoshi.

Niwa se sintió aprensivo en cuanto recibió el informe de su hijo. Embarcó su pequeña fuerza de un millar de hombres en cinco o seis barcos y cruzó el lago hasta las proximidades de Kuzuo.

Tal como había temido, había llamaradas en la dirección de Shizugatake, y cuando por fin llegaron a Kuzuo, oyeron estampidos de armas de fuego.

—El enemigo parece haber invadido la fortaleza de Motoyama. Shizugatake también corre peligro, y dudo de que podamos resistir en el monte Iwasaki.

Niwa pidió la opinión de dos de sus oficiales.

—Desde luego la situación no parece buena —respondió uno de los hombres—. El enemigo ha enviado una gran fuerza y tengo la impresión de que nuestro número será insuficiente para ayudar a nuestros aliados en esta emergencia. El mejor plan sería regresar a Sakamoto y hacernos fuertes en el castillo.

—Estás diciendo tonterías —replicó Niwa, rechazando la sugerencia—. Que el ejército desembarque de inmediato. Luego llevad los barcos a Kaitsu y traed un tercio de las fuerzas de Nagamaru.

—¿Habrá tiempo, mi señor?

—Los cálculos cotidianos carecen por completo de valor cuando se trata de la guerra. Nuestra mera presencia surtirá efecto, pues tardarán algún tiempo en darse cuenta de lo escaso que es nuestro número y eso les retrasará. Encárgate de que desembarquen las tropas y corre de regreso a Kaitsu.

El ejército desembarcó en Ozaki y los barcos se hicieron a la vela en seguida. Niwa detuvo a su caballo en un pueblo para interrogar a los lugareños. Éstos le dijeron que la batalla había comenzado al amanecer y era totalmente inesperada. Al mismo tiempo que vieron las llamas en el monte Oiwa, oyeron

gritos de guerra que eran como el ruido de grandes olas. Entonces, unos guerreros de las fuerzas de Sakuma, tal vez un grupo de reconocimiento, fustigaron a sus caballos a través del pueblo desde la dirección de Yogo. Corría el rumor de que las fuerzas de Nakagawa Sebei defendieron la fortaleza pero fueron abatidos hasta el último hombre.

Cuando les preguntaron si sabían algo de los hombres de Kuwayama en la zona de Shizugatake, los aldeanos respondieron que poco tiempo antes el señor Kuwayama Shigeharu se había puesto al frente de sus tropas y, tras salir de la fortaleza de Shizugatake, se apresuraba ahora por la carretera de montaña en dirección a Kinomoto.

Esta información dejó a Niwa boquiabierto de sorpresa. Había llegado con refuerzos, dispuesto a atrincherarse allí con sus aliados, pero las fuerzas de Nakagawa habían sido aniquiladas y las de Kuwayama habían abandonado sus puestos y huían tan rápido como podían. ¡Qué conducta tan vergonzosa! ¿En qué habían estado pensando? Niwa lamentaba la confusión de Kuwayama.

—¿Y eso acaba de suceder? —preguntó a los aldeanos.

—No pueden haberse alejado mucho más de media legua —respondió un campesino.

—¡Inosuke! —llamó Niwa. Cuando llegó el servidor le ordenó—: Corre tras el cuerpo de Kuwayama y habla con el señor Shigeharu. Dile que he venido y que defenderemos juntos Shizugatake. ¡Dile que vuelva de inmediato!

—¡Sí, mi señor!

El hombre fustigó a su caballo y corrió en dirección a Kinomoto.

Aquella mañana Kuwayama había intentado en dos o tres ocasiones persuadir a Nakagawa para que se retirase, pero no le había ofrecido ninguna ayuda y, cuando se produjo el asalto por parte de las fuerzas de Sakuma, perdió por completo la cabeza. Entonces, ante la derrota del grupo central de sus aliados, abandonó Shizugatake sin disparar una sola bala o blandir una lanza para resistir, huyendo a toda velocidad al frente de sus tropas desordenadas.

Tenía intención de reunirse con sus aliados en Kinomoto y entonces esperar las órdenes de Hidenaga. Pero ahora, cuando estaba en camino, se le presentaba un hombre del clan Niwa que le informaba sobre los refuerzos de éste. La noticia le hizo recuperar el valor de repente. Reorganizó sus tropas, se apresuró a dar la vuelta y regresó a Shizugatake.

Entretanto Niwa había tranquilizado a los lugareños. Subió a Shizugatake y por fin se reunió con Kuwayama Shigeharu.

En seguida escribió una carta y la envió mediante un mensajero al campamento de Hideyoshi en Mino. Le informaba de lo apurada que era la situación.

Las fuerzas de Sakuma en el monte Oiwa levantaron allí un campamento provisional y, convencidos de su triunfo, descansaron tranquilamente unas dos horas, más o menos desde la hora del caballo. Los guerreros estaban cansados tras la intensa batalla y la larga marcha que había comenzado la noche anterior. Sin embargo, tras haber dado cuenta de sus provisiones, se enorgullecieron de sus manos y pies empapados en sangre. Aquí y allá brotaban alegres conversaciones, y se olvidaron de su fatiga.

Se impartieron órdenes que los oficiales transmitieron de uno a otro cuerpo.

—¡Dormid! ¡Dormid! Cerrad los ojos un rato. ¡Nadie sabe lo que va a ocurrir esta noche!

Las nubes que cubrían el cielo parecían de verano y en los árboles chirriaban las primeras cigarras de la temporada. El viento soplaba suavemente sobre las montañas de un lago a otro, y los soldados, tras

haber satisfecho al estómago vacío, finalmente se amodorraron sin soltar sus armas de fuego y lanzas.

Los caballos también cerraron los ojos bajo los árboles, e incluso el grupo de oficiales se apoyaron contra los troncos y se quedaron dormidos.

Reinaba una tranquilidad total, pero era la clase de silencio que se produce tras una lucha intensa. El campamento de sus enemigos, que había estado envuelto en sueños hasta poco antes del alba, había sido reducido a cenizas, y todos sus soldados eran cadáveres abandonados en la hierba. Ahora era pleno día, pero la muerte flotaba en el aire. Con excepción de los centinelas, todo estaba aletargado e incluso en el lugar donde se reunía el estado mayor la atmósfera era apacible.

Los sonoros ronquidos del comandante en jefe, Genba, se filtraban alegremente a través de las cortinas. De repente, cinco o seis caballos se detuvieron en alguna parte, y un grupo de hombres con yelmo y armadura corrieron en dirección al estado mayor de campaña, cuyos miembros, que habían estado adormilados alrededor de Genba, se apresuraron a mirar al exterior.

—¿Qué ocurre? —gritaron.

—Es Matsumura Tomojuro, Kobayashi Zusho y los demás exploradores.

—Entrad.

El hombre que los había invitado a entrar era Genba. Se había despertado bruscamente y en sus ojos, todavía enrojecidos por la falta de sueño, se reflejaba la sorpresa. Parecía que poco antes de hacer la siesta había engullido una buena cantidad de sake. Una gran taza roja vacía estaba al lado de su asiento.

Matsumura se arrodilló en un ángulo del recinto formado por las cortinas e informó de lo que había observado.

—Ya no hay un solo soldado enemigo en el monte Iwasaki. Creíamos que existía la posibilidad de que hubieran ocultado sus estandartes y se propusieran esperarnos escondidos, por lo que miramos por todas partes para asegurarnos, pero el general Takayama Ukon y todos los hombres bajo su mando se han ido al monte Tagami.

Genba batió palmas.

—¿Han huido? —Se echó a reír y miró a sus oficiales de estado mayor—. ¡Dice que Ukon ha huido! Sin duda es rápido, ¿verdad?

Un acceso de risa sacudió todo su cuerpo sin que pudiera contenerse. Parecía que aún no se habían disipado los efectos del sake de la victoria.

En aquel momento, el mensajero que había sido enviado al campamento principal de Katsui para informar sobre la situación bélica regresó con las instrucciones de su señor.

—¿No hay ningún movimiento enemigo en la zona de Kitsunozaka? —preguntó Genba.

—Ninguno en particular. El señor Katsui parece estar muy animado.

—Imagino que estaba satisfecho.

—Sí, en efecto. —El mensajero siguió respondiendo a las repetidas preguntas de Genba sin tener siquiera ocasión de enjugarse el sudor de la frente—. Cuando le describí los detalles del combate de esta mañana, comentó: «Así es como actúa ese sobrino mío».

—Bien, ¿qué me dices de la cabeza de Sebei?

—La examinó en seguida y dijo que no había ninguna duda de que era la de Sebei. Miró a los hombres que le acompañaban y afirmó que era un buen augurio. Su estado de ánimo pareció incluso mejorar más.

También Genba estaba de muy buen humor. Mientras oía hablar de la felicidad de Katsuie, se regocijaba de su propio triunfo y ardía en deseos de sorprender a su tío con una alegría aún mayor.

—Supongo que el señor de Kitanosho todavía no sabe que la fortaleza del monte Iwasaki también ha caído en mis manos —comentó riendo—. Se da por satisfecho con demasiada rapidez.

—No, le informaron de la captura de Iwasaki cuando yo me disponía a marcharme.

—Bien, en ese caso no hay necesidad de enviar otro mensajero.

—No, si sólo hay que darle esa noticia.

—En cualquier caso, mañana Shizugatake será mío.

—Bueno, en cuanto a eso...

—¿Qué quieres decir?

—El señor Katsuie ha dicho que esta victoria os podría entusiasmar demasiado, que quizá consideraríais al enemigo demasiado fácil de vencer y que esto podría haceros bajar la guardia.

—Estás diciendo tonterías —dijo Genba, riendo—. No voy a embriagarme con esta única victoria.

—Pero antes de que os marcharais, el señor Katsuie os hizo una advertencia, la de que os retiraseis tras adentraros en territorio enemigo. Es peligroso permanecer aquí demasiado tiempo. Hoy ha vuelto a pedirme que os diga que regreséis en seguida.

—¿Ha dicho que me retire de inmediato?

—Sus palabras exactas han sido que debéis retiraros con rapidez y unir vuestras fuerzas a las de los aliados en la retaguardia.

—¡Qué indecisión! —rezongó Genba, con una sonrisa despectiva—. Bien, de acuerdo.

En aquel momento llegaron varios exploradores con sus informes. Los tres mil hombres de Niwa habían unido sus fuerzas al cuerpo de Kuwayama y juntos estaban reforzando las defensas en Shizugatake.

Esta noticia fue como arrojar aceite al fuego del afán de atacar que tenía Genba. Semejantes informes redoblaban los deseos de luchar de un general realmente valeroso.

—Esto será interesante.

Genba apartó a un lado la cortina del recinto y salió. Mirando por encima de la vegetación renovada de las montañas, distinguía Shizugatake a lo lejos, a unas dos leguas en dirección sur. Más cerca y por debajo de donde estaba, un general subía desde el pie de la montaña, acompañado por varios ayudantes. El oficial encargado de la entrada en la barrera de madera se apresuraba delante de él para mostrarle el camino.

Genba chascó la lengua y musitó:

—Ése debe de ser Dosei.

En cuanto reconoció a un general que siempre estaba al lado de su tío, conjeturó el recado que traía antes de que se encontraran.

—Ah, estáis aquí.

Dosei se enjugó el sudor de la frente. Genba permaneció en pie sin invitarle a entrar en el recinto cerrado con cortinas.

—¿Qué estáis haciendo aquí, señor Dosei? —le preguntó sin preámbulos.

A juzgar por su expresión, Dosei no deseaba discutir todavía, pero Genba habló primero.

—Acamparemos aquí esta noche y nos retiraremos mañana. Ya he informado a mi tío.

Parecía como si no quisiera oír nada más del asunto.

—He sido informado.

Dosei encabezó cortésmente sus observaciones con una salutación y luego felicitó a Genba por su gran victoria en el monte Oiwa, pero Genba no tenía paciencia para aguantar tales rodeos.

—¿Os ha enviado mi tío porque todavía espera que surjan dificultades?

—Como habéis conjeturado, le inquieta mucho vuestro plan de acampar aquí. Desea que os retiréis del territorio enemigo esta noche como máximo y regreséis al campamento principal.

—No te preocupes, Dosei. Cuando mis tropas selectas avanzan, tienen un poder explosivo. Cuando defienden un lugar, son como muros de hierro. Todavía no hemos sufrido la vergüenza de la derrota.

—El señor Katsuie ha tenido fe en vos desde el mismo comienzo, pero cuando lo consideráis desde el punto de vista militar, retrasaros cuando os habéis internado en territorio enemigo no es la manera correcta de llevar a cabo vuestra estrategia.

—Espera un momento, Dosei. ¿Me estás diciendo que no entiendo el arte de la guerra? ¿Y esas palabras son tuyas o de mi tío?

Al llegar a ese punto incluso Dosei se estaba poniendo nervioso, y no podía hacer más que guardar silencio. Empezaba a notar que su papel de mensajero le estaba poniendo en peligro.

—Si así lo decís, mi señor..., informaré al señor Katsuie sobre el alcance de vuestra convicción.

Dosei se apresuró a marcharse, y cuando Genba volvió a su asiento envió rápidamente sus órdenes. Despachó a un grupo de hombres al monte Iwasaki y también dirigió una serie de pequeños grupos de reconocimiento a Minegamine y las proximidades de Kannonzaka, entre Shizugatake y el monte Oiwa.

Poco después se oyó otra voz que efectuaba un anuncio.

—Acaba de llegar el señor Joemon con órdenes del campamento principal en Kitsune.

Esta vez el mensajero no acudía para sostener una simple conversación o transmitir los pensamientos de Katsuie, sino que le hizo entrega de órdenes militares cuyo contenido era, una vez más, otra petición de retirada. Genba le escuchó dócilmente, pero su respuesta, como antes, fue el firme mantenimiento de su punto de vista y no se mostró dispuesto a ceder.

—Me ha dado ya la responsabilidad de supervisar una incursión en territorio enemigo. Obedecer lo que ahora me pide sería omitir el toque final de una operación militar que hasta ahora ha tenido éxito. Quisiera que me confiara el bastón de mando para dar un solo paso más.

Así pues, Genba ni hizo caso de lo que le había dicho el enviado ni acató las órdenes tan explícitas de su comandante en jefe. Había utilizado su amor propio como un escudo. Ahora ni siquiera Joemon, que había sido elegido para aquel cometido por el mismo Katsuie, era capaz de imponerse a la rigidez del joven.

Joemon no quiso seguir conversando y se apresuró a regresar. Naturalmente, fustigó a su caballo para que avanzara lo más rápido posible, tal como había hecho a la ida.

Así regresó el tercer mensajero, y cuando llegó el cuarto el sol descendía ya en el oeste. El viejo guerrero, Ota Kuranosuke, un servidor veterano y ayudante personal de Katsuie, habló largo y tendido. Sin embargo, habló más de la relación entre tío y sobrino que de la orden en sí, e hizo cuanto pudo por suavizar la rígida postura del joven Genba.

—Vamos, vamos, comprendo vuestra resolución, pero sois el miembro de vuestra familia a quien el señor Katsuie tiene en más alta estima, y por eso está tan preocupado. En particular, ahora que habéis destruido una sección del enemigo, podremos consolidar nuestra posición, seguir obteniendo una victoria

tras otra y destruir paso a paso los puntos débiles del enemigo. Ésa es nuestra estrategia de conjunto, y es la que se ha decidido para dominar el país. Escuchad, señor Genba, debéis deteneros aquí.

—El camino será peligroso cuando el sol se ponga, anciano. Vete.

—No lo haréis, ¿verdad?

—¿De qué me estás hablando?

—¿Cuál es vuestra decisión?

—No pensaba en tomar esa decisión desde el mismo comienzo.

El viejo servidor se retiró, fatigado. Entonces llegó el quinto mensajero.

Genba se había vuelto incluso más rígido. Había llegado hasta allí y no estaba dispuesto a retroceder. Se negó a ver al mensajero, pero el hombre no era un servidor de bajo rango. Todos los mensajeros que habían acudido aquel día eran hombres distinguidos, pero el quinto era un miembro especialmente poderoso del entorno de Katsuié.

—Sé que nuestros enviados no han sido tal vez satisfactorios, pero ahora el mismo señor Katsuié habla de venir aquí en persona. Nosotros, sus ayudantes más íntimos, le hemos instado a que se quede en el campamento y, pese a lo indigno que soy, he venido en su lugar. Os imploro que penséis a fondo en esto y luego levantéis el campamento y abandonéis el monte Oiwa lo antes posible.

Hizo esta súplica mientras permanecía postrado fuera del recinto rodeado de cortinas.

Sin embargo, Genba había juzgado la situación de la siguiente manera. Aun cuando Hideyoshi hubiera sido informado del incidente y hubiera partido de Ogaki cuanto antes, la distancia que les separaba era de trece leguas, y el aviso no le habría llegado hasta el anochecer. Tampoco le habría sido fácil alejarse de Gifu. Por consiguiente, el cambio en las posiciones militares no estaría completado, como más pronto, hasta el día siguiente por la noche o incluso un día después.

—Ese sobrino mío no va a escucharme, sin que importe a quién le envíe —se quejó Katsuié—. Tendré que ir ahí personalmente y obligarle a retirarse por la noche.

Aquel día, en el campamento principal de Kitsune se había recibido la noticia del éxito que había tenido el ataque, y durante algún tiempo reinó la alegría. Pero la orden de una retirada rápida no había sido obedecida. De hecho, Genba había despedido a todos los enviados distinguidos con la negativa a obedecer y ademanes despectivos.

—Ah, ese sobrino acabará conmigo —se lamentó Katsuié, apenas capaz de contenerse.

Cuando se filtró la noticia de la discordia interna dentro del estado mayor, que Katsuié criticaba la testarudez de Genba, de alguna manera se perdió la alegría que impregnaba al espíritu marcial en el campamento.

—Otro enviado ha salido del campamento.

—¡Cómo! ¿Otro?

Las idas y venidas repetidas entre el campamento principal y el monte Oiwa consternaban a los guerreros.

Katsuié se pasó media jornada con la sensación de que su vida se acortaría. Durante el tiempo que aguardó el regreso del quinto enviado, apenas podía permanecer sentado en su escabel de campaña. El campamento estaba situado en un templo de Kitsunezaka, y Katsuié deambulaba ahora en silencio a lo largo de los corredores del edificio, mirando en dirección al portal del templo.

—¿Aún no ha vuelto Shichiza? —preguntó a sus ayudantes innumerables veces—. Ya se está haciendo

de noche.

Cuando oscureció, le invadió la irritación. El sol poniente iluminaba ahora el campanario.

—¡El señor Yadoya ha regresado!

Tal era el mensaje transmitido por el guerrero apostado junto al portal del templo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Katsuie con ansiedad.

El hombre le informó con franqueza. Al principio Genba se había negado a verle, pero Yadoya insistió. Le expuso con detalle la opinión de su señor, pero fue en vano. Genba insistió en que incluso en el caso de que Hideyoshi se dirigiera velozmente al monte Oiwa desde Ogaki, tardaría por lo menos uno o dos días. Así pues, Genba podría destruir a las tropas de Hideyoshi con facilidad, debido a lo fatigados que los hombres estarían tras el largo viaje. Por ese motivo manifestó su resolución de permanecer en el monte Oiwa, y no parecía dispuesto de ninguna manera a cambiar de idea.

La cólera brillaba en los ojos de Katsuie.

—¿Ese necio! —exclamó, casi como si escupiera sangre. Entonces, tras un fuerte gemido que estremeció todo su cuerpo, musitó—: La conducta de Genba es indignante.

Miró a su alrededor y en la sala contigua, donde aguardaban los guerreros.

—¡Yaso! ¡Yaso! —gritó a voz en grito.

—¿Buscáis a Yoshida Yaso? —le preguntó Menju Shosuke.

—¡Naturalmente! —replicó Katsuie con brusquedad, volcando su cólera en Shosuke—. ¡Dile que venga aquí ahora mismo!

El ruido de pisadas a la carrera resonó en el templo. Yoshida Yaso recibió las órdenes de Katsuie y fustigó de inmediato a su caballo hacia el monte Oiwa.

El largo día se oscureció por fin del todo y las fogatas empezaron a arder bajo las hojas tiernas de los árboles. Las llamas reflejaban lo que ahora anidaba en el pecho de Katsuie.

Un caballo rápido podía efectuar el viaje de regreso de dos leguas en un abrir y cerrar de ojos, y Yaso volvió en seguida.

—Le he dicho que ésta era vuestra última palabra y le he amonestado como es debido, pero el señor Genba no consiente en retirarse.

El sexto informe era del mismo tenor. A Katsuie ya no le quedaba energía para enfadarse y habría vertido lágrimas de no encontrarse en el campo de batalla, pero se limitó a sumirse en su aflicción y se culpó a sí mismo, arrepintiéndose del cariño ciego que había sentido por Genba hasta entonces.

—Soy yo quien estaba equivocado —se lamentó.

En el campo de batalla, donde un hombre debe actuar estrictamente de acuerdo con la disciplina militar, Genba se había aprovechado de los estrechos vínculos con su tío. Había tomado una decisión que podría afectar al ascenso o la caída de todo el clan y había insistido en salirse con la suya sin un solo instante de reflexión.

Pero ¿quién había permitido que el joven se acostumbrara a esa clase de acción? ¿Era aquel estado de confusión el resultado de su amor desmesurado por su sobrino? Por él había perdido primero a su hijo adoptivo, Katsutoyo, y el castillo de Nagahama. Ahora estaba a punto de perder una oportunidad inmensa e irrepetible de la que dependía el destino de todo el clan Shibata.

Cuando tales pensamientos cruzaron por su mente, Katsuie experimentó un remordimiento por el que no había absolutamente nadie más a quien culpar.

Yaso tenía algo más que informar, las palabras que Genba había pronunciado. Como respuesta al consejo de Yaso, Genba se echó a reír e incluso ridiculizó a su tío:

—Hace mucho tiempo, cuando la gente mencionaba el nombre del señor Katsuie, le llamaban el Demonio Shibata, y decían que era un general de tretas diabólicas y ardidés misteriosos, al menos por lo que he oído. Hoy, sin embargo, sus tácticas son fruto de una vieja cabeza que ha perdido el contacto con los tiempos. Hoy no es posible hacer la guerra con estrategias anticuadas. Basta con ver nuestra penetración esta vez en territorio enemigo. Al principio, mi tío ni siquiera quería dar su permiso para poner el plan en práctica. Debería haberlo dejado todo a mi cargo y contemplar los acontecimientos durante uno o dos días.

La tristeza y el abatimiento de Katsuie eran patéticos. Él, más que nadie, conocía el verdadero valor de Hideyoshi como general. Los comentarios que había hecho a Genba y sus demás servidores nunca habían sido más que observaciones estratégicas con la finalidad de hacerles perder el miedo al enemigo. Katsuie sabía en sus mismas entrañas que Hideyoshi era un adversario formidable, sobre todo después de su retirada de las provincias occidentales y su actuación en la batalla de Yamazaki y la conferencia de Kiyosu. Ahora aquel poderoso enemigo estaba ante él, y al mismo comienzo de las hostilidades en las que lo arriesgaba todo, veía que su propio aliado era un obstáculo.

—La conducta de Genba es escandalosa. Jamás he sufrido una derrota o dado la espalda al enemigo. Ah, esto era inevitable.

Era ya noche cerrada cuando la angustia de Katsuie se convirtió en resignación.

No envió a ningún otro mensajero.



# La estratagema de Genba

Aquel mismo día, el vigésimo del mes, a la hora del caballo, Hidenaga envió su primer informe al campamento de Hideyoshi en Ogaki.

Esta mañana una fuerza de Sakuma formada por ocho mil hombres ha avanzado por los senderos de montaña y se ha adentrado en nuestro territorio.

La distancia entre Kinomoto y Ogaki era de trece leguas, y aunque el correo se desplazara a caballo había sido asombrosamente rápido.

Hideyoshi acababa de regresar de la orilla del río Roku, adonde había ido para observar el nivel en ascenso del agua. En los últimos días había llovido intensamente en Mino, y los ríos Goto y Roku, que fluían entre Ogaki y Gifu, se estaban desbordando.

El plan original había sido un ataque general contra el castillo de Gifu el día diecinueve, pero las intensas lluvias y las inundaciones provocadas por el río Roku habían bloqueado a Hideyoshi, y no había ninguna perspectiva de volver a cruzar el río aquel día. Llevaba dos días esperando una oportunidad para proseguir su avance.

Hideyoshi recibió la carta urgente del mensajero fuera del campamento y la leyó sin desmontar. Tras expresar su agradecimiento al correo, regresó a su aposento sin una emoción visible en el semblante.

—¿Te importaría prepararme un cuenco de té, Yuko? —pidió a su ayudante.

Más o menos cuando estaba terminando el té, llegó un segundo mensajero:

El ejército principal de doce mil hombres al mando del señor Katsuie ha tomado sus posiciones. Está abandonando Kitsunezaka en dirección al monte Higashino.

Hideyoshi se había sentado en su escabel de campaña, en el recinto rodeado de cortinas donde estaba su cuartel general, varios miembros del cual le comunicaron que acababa de llegar un mensaje urgente de Hidenaga.

Hideyoshi leyó la carta en voz alta y con aplomo. Los generales parecían alarmados mientras le escuchaban. El tercer despacho era de Horii Kyutaro, quien detallaba claramente la valerosa lucha, la muerte de Nakagawa y la pérdida del monte Iwasaki debido a la retirada de Takayama. Hideyoshi cerró un momento los ojos al enterarse de la muerte de Nakagawa. Una expresión desolada apareció en los rostros de los generales y balbucieron preguntas patéticas. Todos miraban fijamente a Hideyoshi, como si trataran de leer en su semblante cómo iba a resolver aquella situación peligrosa.

—La muerte de Sebei es una gran pérdida —dijo Hideyoshi—, pero no ha muerto en vano. —Alzó un poco más la voz—. No perdáis el ánimo, y así rendiréis tributo al espíritu de Sebei. Cada vez más el cielo profetiza que obtendremos una gran victoria. Katsuie estaba atrincherado en su castillo de montaña, retirado del mundo e incapaz de encontrar su camino. Ahora ha abandonado la fortaleza que era una prisión para él y desplegado con arrogancia a su formación. Eso demuestra que se le ha terminado la suerte. Tenemos que destruir a ese bastardo por completo antes incluso de que acuartele a sus tropas. ¡Ha

llegado el momento de realizar nuestro gran deseo y librar esta batalla decisiva por la nación! ¡Ha llegado el momento y ninguno de vosotros debe quedarse atrás!

Estas breves palabras de Hideyoshi transformaron de pronto la atroz noticia en una ocasión de júbilo.

—¡La victoria es nuestra! —exclamó, y entonces, sin perder un instante, se puso a dar órdenes.

Los generales, tras recibir sus órdenes, se marcharon en seguida y cada uno regresó velozmente a su campamento.

Aquellos hombres, que habían estado oprimidos por la alarmante sensación de que corrían un grave peligro, se sentían ahora impacientes y tensos, esperando que Hideyoshi los llamara por su nombre para darles órdenes.

Con excepción de los ayudantes y pajes de Hideyoshi, prácticamente todos los generales se habían retirado para hacer sus preparativos. Pero dos hombres de la región, Ujiie Hiroyuki e Inaba Ittetsu, así como Horio Mosuke, que estaba bajo el mando directo de Hideyoshi, no habían recibido ninguna orden.

Como si apenas pudiera contenerse, Ujiie se adelantó y dijo:

—Tengo un favor que pidiros, mi señor. También quisiera preparar a mis fuerzas para acompañaros.

—No, quiero que te quedes en Ogaki. Necesito que tengas a Gifu bajo control. —Entonces se volvió hacia Mosuke—: Quiero que también te quedes aquí.

Tras dar estas últimas órdenes, Hideyoshi salió del recinto. Llamó a su paje y le preguntó:

—¿Y los correos que he pedido antes? ¿Están listos?

—¡Sí, mi señor! Están esperando vuestras instrucciones.

El paje echó a correr y volvió al cabo con cincuenta corredores.

Hideyoshi les habló personalmente.

—Hoy es un día como ningún otro en vuestras vidas. Es una gran bendición para vosotros haber sido elegidos como los heraldos de este día. —Entonces les dio órdenes individuales—. Veinte de vosotros anunciarán por los pueblos en la carretera entre Tarui y Nagahama que cuando anochezca deberán colocar antorchas a lo largo de la calzada. Asimismo, no deberá haber obstrucciones como carretillas, ganado o leña. Los niños estarán en sus casas y los puentes serán reforzados.

Los veinte hombres que estaban a su derecha asintieron simultáneamente. A los treinta restantes les dio las siguientes instrucciones:

—Los demás iréis a Nagahama a toda velocidad. Haced que la guarnición se prepare y decid a los ancianos de pueblos y aldeas que deben dejar provisiones militares a lo largo de los caminos por los que pasaremos.

Los cincuenta hombres se alejaron corriendo.

Hideyoshi dio una orden a los servidores que le rodeaban y montó su caballo negro.

En aquel momento Ujiie corrió hacia él.

—¡Mi señor! ¡Esperad un momento!

El guerrero se aferró a la silla de Hideyoshi y lloró en silencio.

Dejar a Ujiie solo en Gifu, con la posibilidad de que pudiera comunicarse con Nobutaka y rebelarse había sido una fuente de inquietud para Hideyoshi. A fin de impedir la traición, había ordenado a Horio Mosuke que se quedara con Ujiie.

A Ujiie le mortificaba no sólo la idea de que su señor había dudado de él, sino también el hecho de que Mosuke se vería privado de la batalla más importante de su vida por su culpa.

Ujiie había reaccionado a esas profundas emociones aferrando la brida del caballo de Hideyoshi.

—Aun cuando no tenga derecho a acompañaros, os ruego que por lo menos permitáis al general Mosuke estar a vuestro lado. ¡De buen grado me abriré el vientre aquí mismo para libraros de vuestra inquietud!

Dicho esto, se llevó la mano a su daga.

—¡No pierdas la cabeza, Ujiie! —le gritó Hideyoshi, golpeándole la mano con la fusta—. Mosuke puede seguirme si tanto lo desea, pero deberá hacerlo después de que el ejército haya partido. Y en ese caso, no podemos dejarte. Tú también deberás venir.

Casi loco de alegría, Ujiie se volvió hacia el cuartel general y gritó:

—¡Señor Mosuke! ¡Señor Mosuke! ¡Hemos recibido permiso para ir! Salid y mostrad vuestra gratitud.

Los dos hombres se postraron en el suelo, pero todo lo que quedaba era el sonido de una fusta en el aire. El caballo de Hideyoshi ya se alejaba galopando.

Tal celeridad cogió desprevenidos incluso a sus ayudantes, los cuales tuvieron que echar a correr para darle alcance.

Tanto los hombres a pie como los que se apresuraron a montar, se lanzaron en seguida en pos de su señor sin orden ni formación.

Era la hora del carnero. Ni siquiera habían pasado dos horas entre la llegada del primer correo y la partida de Hideyoshi. Durante ese tiempo, Hideyoshi había convertido una derrota en el norte de Omi en una oportunidad de victoria. Había creado sobre la marcha una nueva estrategia para todo su ejército, había dado instrucciones a los correos, enviándoles con órdenes a Kinomoto, que estaba a trece leguas de distancia, por aquella carretera que sería su camino hacia todo o nada.

Había tomado su resolución en cuerpo y alma.

Con el ímpetu de esa resolución, avanzó al frente de una fuerza de quince mil hombres, mientras otros cinco mil quedaban atrás.

Aquella tarde, a la hora del mono, Hideyoshi y su avanzada entraron en Nagahama. Un cuerpo de ejército siguió a otro, y los últimos hombres y caballos que abandonaron Ogaki debieron de haber partido más o menos al mismo tiempo que la avanzada entraba en Nagahama.

Hideyoshi no se descuidó cuando llegó a Nagahama, sino que en seguida hizo preparativos para tomar la iniciativa contra el enemigo. Ni siquiera desmontó. Tras comer unas bolas de arroz y apagar la sed con un cazo de agua, partió rápidamente de Nagahama y avanzó través de Soné y Hayami. Llegó a Kinomoto a la hora del perro.

Sólo habían tardado cinco horas en viajar desde Ogaki, porque habían recorrido todo el camino sin detenerse.

Los quince mil hombres de Hidenaga estaban en el monte Tagami. Kinomoto era en realidad una casa de postas en la carretera que rodeaba la vertiente oriental de la montaña. En la cima estaba estacionada una división del ejército. En las afueras de la aldea de Jizo los hombres habían levantado una torre de observación.

—¿Dónde estamos? ¿Cómo se llama este lugar? —preguntó Hideyoshi, deteniendo bruscamente a su caballo.

—Esto es Jizo.

—Estamos cerca del campamento de Kinomoto.

Algunos de los servidores que le rodeaban le dieron estas respuestas. Hideyoshi permaneció en la silla.

—Dadme un poco de agua —ordenó.

Cogió el cazo que le ofrecían, tomó el agua de un solo trago y se estiró por primera vez desde que saliera de Ogaki. Entonces desmontó, se dirigió rápidamente a la base de la torre de vigilancia y contempló el cielo. La torre carecía de tejado y escalera. Los soldados la escalaban utilizando unos asideros de madera irregularmente espaciados.

De repente Hideyoshi pareció recordar la época en que era un joven soldado de infantería. Ató el cordón de su abanico de mando a la espada y emprendió la escalada hasta lo alto de la torre. Sus pajes le empujaban por detrás, y formaron una especie de escala humana.

—Esto es peligroso, mi señor.

—¿No necesitáis una escala?

Los hombres que estaban abajo le llamaban, pero Hideyoshi ya estaba a más de seis metros por encima del suelo.

La violenta tormenta que descargó sobre las llanuras de Mino y Owari había remitido. El cielo estaba despejado y lleno de estrellas, y los lagos Biwa y Yogo eran como dos espejos arrojados a la llanura.

Cuando Hideyoshi, que había parecido cansado del viaje, estuvo en lo alto de la torre, su resuelta figura silueteada contra el cielo nocturno, se sentía más feliz que fatigado. Cuanto más peligrosa era la situación y más profundas sus penalidades, más dichoso se sentía. Era la felicidad resultante de remontar las adversidades y ser capaz de volverse y verlas detrás, algo que había experimentado en mayor o menor grado desde la época de su juventud. Él mismo afirmaba que la mayor felicidad de la vida era permanecer en el difícil límite entre el éxito y el fracaso.

Pero ahora, mientras contemplaba el cercano Shizugatake y el monte Oiwa, parecía confiado en la victoria.

Sin embargo, Hideyoshi era mucho más cauto que la mayoría de los hombres. Ahora, como tenía por costumbre, cerró apaciblemente los ojos y se colocó en una posición en la que el mundo no era ni enemigo ni aliado. Librándose de las incongruencias terrenas, él mismo se convirtió en el corazón del universo y escuchó la declaración de la voluntad celeste.

—Ya casi está terminado —musitó, sonriendo por fin—. Ese Sakuma Genba apareció con un aspecto tan fresco y bisoño... ¿En qué estaría soñando?

Al bajar de la torre, subió en seguida hasta la mitad del monte Tagami, donde le saludó Hidenaga. En cuanto terminó de darle órdenes, Hideyoshi bajó del monte, pasó por Kuroda, cruzó Kannonzaka, avanzó por el este de Yogo y llegó al monte Chausu, donde descansó por primera vez desde que saliera de Ogaki.

Le acompañaban dos mil soldados. Su armadura de seda con el color del fruto del caqui estaba cubierta por el sudor y el polvo de la jornada. Pero vestido con aquella sucia indumentaria, y con los movimientos constantes de su abanico militar, impartió las instrucciones para la batalla.

Era ya noche cerrada, entre la segunda mitad de la hora del jabalí y la primera mitad de la hora de la rata.

Hachigamine se encontraba al oeste de Shizugatake. Durante la noche Genba había llevado allí un solo cuerpo de ejército. Su plan para el ataque contra Shizugatake a la mañana siguiente consistía en

actuar de acuerdo con la vanguardia en Iurazaka y Shimizudani, en el noroeste, y aislar la fortaleza enemiga.

El cielo estaba cuajado de estrellas, pero las montañas, cubiertas de árboles y arbustos, eran negras como la tinta, y el camino que serpenteaba entre ellas no era más que un estrecho sendero de leñadores.

Uno de los centinelas soltó un gruñido.

—¿Qué ocurre? —preguntó otro hombre.

—Ven aquí y echa un vistazo —dijo un tercero que estaba un poco más lejos.

Se oyó el sonido de los hombres que se movían por el sotobosque, y entonces aparecieron las figuras de los centinelas en la loma.

—Parece que hay una especie de resplandor en el cielo —dijo uno de ellos, señalando hacia el sudeste.

—¿Dónde?

—Desde la derecha de aquel gran ciprés hacia el sur.

—¿Qué crees que es?

Todos se echaron a reír.

—Deben de ser los campesinos cerca de Otsu o Kuroda que queman algo.

—No deberían quedar campesinos en los pueblos. Todos han huido a las montañas.

—Entonces tal vez se trate de las fogatas del enemigo estacionado en Kinomoto.

—No lo creo. Sería distinto una noche con las nubes bajas, pero es raro ver esa coloración en el cielo en una noche clara. Aquí hay demasiados árboles que nos impiden ver, pero podríamos subir a ese risco.

—¡Espera! ¡Eso es peligroso!

—¡Si resbalas, caerás al fondo del valle!

Trataron de detenerle, pero él subió a la superficie rocosa, aferrándose a las plantas trepadoras. Su silueta parecía la de un mono en lo alto de la elevación.

—¡Oh, no! ¡Esto es horrible! —gritó de repente.

—¿Qué es? ¿Qué ves?

El hombre que estaba en lo alto del risco guardaba silencio, casi como si estuviera conmocionado. Uno tras otro, los hombres que estaban debajo subieron a su encuentro. Cuando llegaron arriba, todos se echaron a temblar. Desde el risco no sólo veían los lagos Yogo y Biwa sino también la carretera que conducía a las provincias del norte y que serpenteaba por el sur a lo largo del lago. Incluso era visible el pie del monte Ibuki.

Había anochecido, por lo que era difícil ver con claridad, pero parecía haber una sola línea de llamas que fluía como un río desde Nagahama a Kinomoto, cerca del pie de la montaña en la que estaban. Las llamas se extendían de un extremo a otro hasta donde alcanzaba la vista, un arroyo continuo de fuego con círculos de luz.

—¿Qué es eso?

Los hombres se quedaron un momento aturdidos, pero en seguida volvieron en sí.

—¡Vamos! ¡Rápido!

Los centinelas bajaron del risco casi como si rodaran por la ladera, y corrieron para informar al campamento principal.

Genba se había retirado a descansar temprano, con gloriosas expectativas para el día siguiente. También sus soldados ya estaban dormidos.

Era cerca de la hora del jabalí cuando Genba despertó de su sueño ligero y se irguió.

—¡Tsushima! —gritó.

Osaki Tsushima dormía cerca, y cuando se levantó Genba ya estaba ante él, con una lanza que había cogido de la mano de un paje.

—Acabo de oír el relincho de un caballo. Ve a echar un vistazo.

—¡En seguida!

Cuando Tsushima alzó la cortina, tropezó con un hombre que gritaba a voz en grito.

—¡Esto es una emergencia! —decía, presa del pánico.

—¿Qué tienes que decir? —le preguntó Genba, alzando la voz.

En su estado de agitación, el hombre era incapaz de informar concisamente sobre la situación urgente.

—Hay gran número de antorchas y hogueras a lo largo de la carretera entre Mino y Kinomoto, y avanzan en una alarmante línea roja. El señor Katsumasa cree que debe de ser un movimiento del enemigo.

—¡Cómo! ¿Una línea de fuego en la carretera de Mino?

Genba no parecía comprender la situación, pero poco después de aquel informe urgente desde Shimizudani llegó un despacho similar de Hara Fusachika, que estaba acampado en Hachigamine.

La conmoción en la oscuridad empezó a despertar a los soldados del campamento. Las ondas se extendieron de inmediato.

Curiosamente, Hideyoshi regresaba de Mino, pero Genba no podía creerlo y seguía teniendo el aspecto resuelto de quien persiste en sus propias convicciones.

—¡Tsushima! ¡Ve a comprobarlo!

Tras dar esa orden, pidió su escabel de campaña y adoptó conscientemente un aire de serenidad. Desde luego, comprendía los sutiles sentimientos de sus servidores que leían con inquietud lo que estaba escrito en su rostro.

Osaki regresó en seguida. Había cabalgado a Shimizudani, luego a Hachigamine y, desde el monte Chausu, a Kannonzaka, a fin de comprobar los hechos.

—No sólo se ven las antorchas y hogueras, sino que, si uno escucha con atención, puede oír los relinchos de los caballos y el sonido de sus cascos. No es cosa de broma. Tendréis que planear una contraestrategia lo antes posible.

—Bien, ¿y qué hay de Hideyoshi?

—Se cree que Hideyoshi va en la vanguardia.

Genba se quedó tan desconcertado que apenas encontró las palabras para hablar. Se mordió el labio y permaneció en silencio, con el semblante pálido.

—Nos retiraremos —dijo al cabo de un rato—. No podemos hacer otra cosa, ¿no es cierto? Se acerca un gran ejército y nuestras tropas están aquí aisladas.

Genba se había negado testarudamente a obedecer las órdenes de Katsui la noche anterior. Ahora él mismo ordenaba a sus tropas presas del pánico que hicieran los preparativos para levantar el campamento y apresuraba a sus servidores y pajes.

—¿Aún está aquí el mensajero de Hachigamine? —preguntó Genba a los servidores que le rodeaban

mientras montaba.

La respuesta fue afirmativa, y llamó al mensajero.

—Regresa de inmediato y dile a Hikojiro que nuestro cuerpo principal empieza ahora a retirarse, pasando por Shimizudani, Iiurazaka, Kawanami y Moyama. Las fuerzas de Hikojiro nos seguirán como retaguardia.

En cuanto terminó de dar la orden, Genba reunió a sus servidores y echó a andar por el sendero de montaña envuelto en la más profunda oscuridad.

De esta manera el ejército principal de Sakuma inició su retirada general durante la segunda mitad de la hora del jabalí. La luna no había salido cuando emprendieron el camino. Durante una media hora no encendieron antorchas, a fin de impedir que el enemigo descubriera su paradero. Bajaron precariamente por los estrechos senderos, a la luz de sus mechas y de las estrellas.

Comparando los tiempos empleados en sus movimientos, Genba debía de haber empezado a levantar su campamento cuando Hideyoshi había subido al monte Chausu desde la aldea de Kuroda y estaba descansando.

Era allí donde Hideyoshi habló con Niwa Nagahide, quien había llegado a toda prisa desde Shizugatake para entrevistarse con él. Nagahide era un invitado de honor, y Hideyoshi le daba un trato muy cortés.

—Apenas sé qué decirnos ahora —le dijo—. Habéis sufrido grandes molestias desde esta mañana.

Dicho esto, compartió el asiento de mando con Nagahide, y más tarde le preguntó sobre cuestiones como la situación del enemigo y la disposición del terreno. De vez en cuando el viento que soplabá en la cima de la montaña acarreaba las voces risueñas de los dos hombres.

Durante ese tiempo, los soldados que seguían a Hideyoshi iban acudiendo al campamento en grupos de doscientos y trescientos.

—Las fuerzas de Genba ya han empezado a retirarse hacia Shimizudani y han dejado una retaguardia en la zona de Hachigamine —le informó un explorador.

Entonces Hideyoshi ordenó a Nagahide que transmitiera las órdenes y la información siguientes a todas las fortalezas de sus aliados:

A la hora del buey, emprenderé un ataque por sorpresa contra Genba. Reunid a los habitantes de la zona al alba y pedidles que lancen gritos de guerra. En cuanto amanezca, oiréis disparos, lo cual indicará que ha llegado la ocasión de tener al enemigo a nuestra merced. Deberéis saber sin que os lo digan que los disparos antes del amanecer procederán de los mosquetes del enemigo. El sonido de la caracola será la señal del ataque general. No hay que perder esta oportunidad.

En cuanto Nagahide se marchó, Hideyoshi pidió que retirasen su escabel de campaña.

—Dicen que Genba huye. Seguid su ruta de retirada y perseguidle sin descanso. —Ordenó a los guerreros que le rodeaban que transmitieran esa orden a todo el ejército—. Y evitad disparar los mosquetes hasta que el cielo empiece a clarear.

No estaban en una carretera nivelada, sino en un simple sendero de montaña con infinidad de lugares peligrosos. El ataque dio comienzo con el avance de un cuerpo de ejército tras otro, pero no podían avanzar con tanta rapidez como habrían deseado.

A lo largo del camino, los hombres desmontaban y conducían a sus caballos a través de ciénagas o a lo largo de las superficies de riscos verticales donde el camino desaparecía.

Pasada la medianoche, la luna se alzó en medio del cielo y ayudó a las fuerzas de Sakuma en su camino de retirada. Sin embargo, su luz iba a ser también una bendición para los hombres de Hideyoshi que les perseguían.

Los dos ejércitos sólo estaban a tres horas de distancia. Hideyoshi había enviado un enorme ejército para librar aquella batalla, y la moral de sus guerreros era alta. El probable resultado estaba claro antes de que comenzara la lucha.

\* \* \*

El sol estaba alto. Era casi la hora del dragón. Se había luchado en la orilla del lago Yogo, pero los Shibata habían vuelto a huir, reuniéndose en la zona de Moyama y el puerto de montaña de Sokkai.

Allí estaban acampados Maeda Inuchiyo y su hijo, cuyos estandartes ondeaban apaciblemente, quizá con una placidez excesiva. Sentado en su escabel de campaña, Inuchiyo había observado sin duda los disparos y las chispas que se habían extendido sobre Shizugatake, Oiwa y Shimizudani desde el amanecer.

Estaba al mando de un ala del ejército de Katsuie, lo cual le colocaba en una posición realmente delicada, pues sus sentimientos personales y su deber hacia Katsuie estaban en conflicto. Un solo error y su provincia y toda su familia perecerían. La situación estaba muy clara. Si se oponía a Katsuie, sería destruido, pero si abandonaba su larga amistad con Hideyoshi, traicionaría a sus emociones.

Katsuie... Hideyoshi...

Si comparaba a los dos hombres, muy probablemente Inuchiyo no cometería un error al elegir entre ellos. Cuando dejó su castillo en Fuchu para dirigirse al campo de batalla, a su esposa le preocuparon las intenciones de su marido y le interrogó a fondo.

—Si no peleas contra el señor Hideyoshi, no cumplirás con tu deber de guerrero —le dijo.

—¿Tú crees?

—Pero no creo que necesites mantener la palabra que le diste al señor Katsuie.

—No seas necia. ¿Me crees capaz de incumplir mi palabra de guerrero cuando la he dado?

—Bien, entonces ¿a cuál de ellos vas a apoyar?

—Eso lo dejo a la voluntad del cielo. No sé qué más puedo hacer. La sabiduría del hombre es demasiado limitada para una cosa así.

\* \* \*

Los hombres de Sakuma, ensangrentados y lanzando gritos, huían hacia las posiciones de Maeda.

—¡No cedáis al pánico! ¡No actuéis de una manera deshonrosa!

Genba, que también huía en aquella dirección acompañado por un grupo de hombres montados, saltó de su silla carmesí y rechazó a sus tropas con ásperos gritos.

—¿Qué os pasa? ¿Vais a correr después de haber luchado tan poco?

Al mismo tiempo que increpaba a los guerreros, trataba de darse ánimos a sí mismo. Se sentó



pesadamente en una roca. Tenía los hombros convulsos y casi parecía respirar fuego. Un sabor amargo le llenaba la boca. El esfuerzo que había hecho para no perder la dignidad como general en medio de aquella confusión era extraordinario, habida cuenta de su juventud.

Entonces le comunicaron que su hermano menor había muerto. Con patente incredulidad, escuchó los demás informes sobre la muerte de muchos de sus oficiales.

—¿Y mis demás hermanos?

Uno de los servidores respondió a esa abrupta pregunta señalando a sus espaldas.

—Dos de vuestros hermanos están ahí, mi señor.

Con los ojos inyectados en sangre, Genba distinguió a los dos hombres. Yasumasa se había tendido en el suelo y contemplaba el cielo con la mirada perdida. El menor de los hermanos dormía con la cabeza vuelta a un lado, mientras la sangre que manaba de una herida le caía en el regazo.

Genba tenía afecto a sus hermanos y le alivió verlos aún con vida, pero la misma visión de aquellos hermanos, su propia carne y sangre, también pareció encolerizarle.

—¡Levántate, Yasumasa! —gritó—. ¡Y tú dominate, Shichiroemon! Es demasiado pronto para estar tendido en el suelo. ¿Qué estáis haciendo?

Haciendo acopio de valor, Genba se levantó con cierta dificultad. También él parecía haber sufrido una herida.

—¿Dónde está el campamento del señor Inuchiyo? ¿En lo alto de esa colina?

Empezó a alejarse, arrastrando uno de los pies, pero se volvió y miró a sus hermanos menores, los cuales parecían dispuestos a seguirle.

—No es necesario que vengáis. Debéis reunir unos cuantos hombres y preparaos para la llegada del enemigo. Hideyoshi no va a perder tiempo.

Genba tomó asiento en el escabel de mando dentro del recinto y esperó. Inuchiyo no tardó en presentarse.

—Siento mucho lo sucedido —le dijo.

—No lo sintáis. —Genba forzó una amarga sonrisa—. Con un pensamiento tan mediocre, estaba condenado a perder.

Era una respuesta tan contenida que Inuchiyo miró de nuevo a Genba, el cual parecía considerarse el único culpable de la derrota. No se quejó de que Inuchiyo no hubiera enviado sus tropas al combate.

—¿Nos ayudaréis de momento refrenando a las fuerzas atacantes de Hideyoshi con vuestras tropas frescas?

—Desde luego, pero ¿queréis el cuerpo de lanceros o el de mosqueteros?

—Quisiera que el cuerpo de mosqueteros esperase escondido en el frente. Podrían disparar contra la confusión del avance enemigo y entonces nosotros actuaríamos como una segunda fuerza, blandiendo nuestras lanzas ensangrentadas y luchando a muerte. ¡Id rápido! ¡Os lo ruego!

En cualquier otra ocasión Genba no habría suplicado a Inuchiyo por nada del mundo. Incluso Inuchiyo no podía evitar compadecerse de él. Comprendía que la postura humilde de Genba se debía muy probablemente a la debilidad causada por la derrota, pero también podía deberse a que Genba comprendía ya las verdaderas intenciones de Inuchiyo.

—El enemigo parece aproximarse —dijo Genba, sin relajarse ni siquiera un instante. Mientras musitaba estas palabras, se levantó—. Bien, entonces nos veremos luego. —Alzó la cortina y salió, pero

entonces se volvió hacia Inuchiyo, que salía detrás de él para despedirle—. Es posible que no volvamos a encontrarnos en este mundo, pero no tengo intención de morir ignominiosamente.

Inuchiyo le acompañó hasta el lugar donde había estado descansando poco antes. Genba se despidió de él y bajó la pendiente a paso vivo. La escena que se extendía abajo y llenaba su campo de visión había cambiado por completo en unos pocos minutos.

El número de las fuerzas de Sakuma había sido de ocho mil hombres, pero parecía que sólo quedaba un tercio de ellos. Los demás estaban muertos o heridos o habían desertado. Los que quedaban eran soldados derrotados y oficiales afligidos, y sus gritos de confusión hacían que la situación pareciera incluso peor de lo que era.

Estaba claro que los hermanos menores eran incapaces de organizar el caos. La mayoría de los oficiales veteranos habían muerto. Los diversos cuerpos de ejército carecían de comandante y los soldados no sabían con seguridad a quién le correspondía el mando, mientras que el ejército de Hideyoshi era ya visible a lo lejos. Aun cuando los hermanos Sakuma hubieran podido impedir la fuga desordenada, poco podrían haber hecho para superar la vacilación del ejército.

Pero los mosqueteros del ejército de Maeda corrían silenciosos como el agua entre aquel griterío y, desplegándose con rapidez a cierta distancia fuera del campamento, se tendieron en el suelo. Cuando observó esa acción, Genba gritó una orden con voz imperiosa y la confusión remitió un poco.

Saber que tropas frescas de Maeda habían entrado en el campo de batalla fue una fuente extraordinaria de ánimo para los soldados de Genba, así como para éste y sus restantes oficiales.

—¡No os retiréis hasta que veamos esa condenada cabeza de mono en el extremo de una de nuestras lanzas! ¡No permitáis que Maeda se ría de nosotros! ¡No os deshonréis!

Genba deambulaba entre sus oficiales y soldados, espoleándolos. Como era de esperar, los soldados que le habían seguido hasta entonces conservaban vivo el sentido del honor. La sangre secada por un sol que brillaba intensamente desde las primeras horas del día manchaba las armaduras y lanzas de muchos. El polvo y los fragmentos de hierba se mezclaban con la suciedad.

Cada rostro reflejaba el anhelo de beber agua, aunque sólo fuese un pequeño trago, pero no había tiempo para eso. Grandes nubes de polvo amarillo y los sonidos de los caballos del enemigo se aproximaban ya desde la distancia.

Pero Hideyoshi, que había avanzado hasta allí desde Shizugatake con una fuerza que lo había barrido todo, se detuvo poco antes de llegar a Moyama.

—Este campamento está al mando de Maeda Inuchiyo y su hijo, Toshinaga —anunció Hideyoshi.

Con esta observación, hizo que se detuviera bruscamente el impetuoso avance de la vanguardia. Entonces reorganizó su orden de batalla y colocó a sus hombres en formación.

En aquel momento los dos ejércitos estaban fuera del alcance de tiro. Genba ordenó a los mosqueteros de Maeda que tomaran posiciones en la ruta del avance enemigo, pero el polvo cubría al ejército de Hideyoshi, el cual se negaba a avanzar y ponerse a tiro.

Tras haberse separado de Genba, Inuchiyo se quedó en el borde de la montaña y contempló la situación desde lejos. Sus intenciones eran un enigma incluso para los generales que le rodeaban. Sin embargo, dos de sus samurais conducían su caballo.

«Por fin está decidido a luchar.» Eso era lo que sus soldados parecían esperar en el fondo de sus corazones. Pero al tiempo que Inuchiyo ponía el pie en el estribo, susurraba algo a un mensajero que

acababa de llegar con una respuesta desde el campamento de Toshinaga. Inuchiyo montó, pero no parecía dispuesto a moverse.

Se oyó un estrépito en la dirección del pie de la montaña. Cuando Inuchiyo y todos los demás miraron hacia allí, vieron que un caballo asustado en la retaguardia de su formación había roto su atadura y corría enloquecido por el campamento.

Ésa no habría sido una situación difícil en tiempos normales, pero en aquellas circunstancias la confusión creó más confusión y se armó un tumulto.

Inuchiyo se volvió para mirar a los dos samurais y les hizo una señal con los ojos.

—Seguid todos adelante —dijo a los servidores que le rodeaban, y azuzó a su caballo.

En aquel momento los disparos de mosquete resonaron en la llanura. El fuego procedía sin duda de su propio cuerpo de mosqueteros, y las fuerzas de Hideyoshi debían de haber lanzado su asalto simultáneamente. Con estos pensamientos, Inuchiyo bajó con rapidez la pendiente, mirando las nubes de polvo y pólvora que se alzaban a un lado.

—¡Ahora! ¡Ahora! —musitó, golpeando la silla de montar una y otra vez.

Los gongs y los grandes tambores de guerra que sonaban en una sección del campamento de Moyama aumentaban la confusión. Parecía que las fuerzas irresistibles de Hideyoshi habían pasado por encima de sus propias bajas en la línea defensiva de los mosqueteros y ya penetraban profundamente en el centro de las fuerzas de Sakuma y Maeda. Y con la misma facilidad con que habían causado la confusión del ejército central, atacaban ahora con tal furia que nada podría detenerlos.

Al observar la lucha violenta, Inuchiyo evitó el camino, unió sus fuerzas a las de su hijo, Toshinaga, y se apresuró a retirarse.

Algunos de sus oficiales se mostraron enojados y suspicaces, mas para Inuchiyo no era más que la acción decidida con anterioridad. En el fondo de su corazón, Inuchiyo siempre había sido independiente y deseado la neutralidad. Debido a la posición de su provincia, Katsue había acudido a él y se había visto obligado a tomar el partido de aquel hombre. Pero ahora, debido a su amistad con Hideyoshi, se retiraba en silencio.

Pero las tropas de avanzada de Hideyoshi atacaron implacables al ejército de Maeda y cayeron varios hombres de la retaguardia.

Entretanto, Inuchiyo y su hijo condujeron a sus tropas casi del todo indemnes fuera del campamento. Desde Shiotsu siguieron una ruta indirecta a través de Hikida e Imajo, y finalmente se retiraron al castillo de Fuchu. Durante la violenta batalla, que duró dos días, el campamento de Maeda fue como un bosque solitario que se alzaba apaciblemente en medio de las nubes del caos.

\*

\*

\*

¿Cuáles habían sido las condiciones en el campamento de Katsue desde la noche anterior?

Katsue había enviado seis mensajeros a Genba, cada uno de los cuales había regresado tras un completo fracaso. Finalmente Katsue se lamentó de que no era posible hacer nada más y se retiró a descansar lleno de amarga resignación. No pudo conciliar el sueño, pues estaba cosechando lo que él mismo había sembrado: su favoritismo hacia Genba había producido el veneno del amor ciego. Había cometido un grave error al dejar que sus emociones le hicieran confundir los vínculos carnales de un tío y

su sobrino con los vínculos solemnes existentes entre un jefe y su subordinado.

Ahora Katsuie lo comprendía perfectamente. Genba también había sido el causante de la rebelión de su hijo adoptivo, Katsutoyo, en Nagahama. Y tenía noticia del desagradable comportamiento altivo de Genba con Inuchiyo, nada menos, en el campo de batalla de Noto.

Aunque reconocía tales defectos en aquel hombre, Katsuie seguía teniendo la seguridad de que la valía de Genba estaba muy por encima de la media.

—Ah, pero ahora esas mismas cualidades pueden revelarse fatales —musitó, revolviéndose en su estera.

En el momento en que las llamas de las lámparas empezaban a parpadear, varios guerreros llegaron a toda prisa por el corredor. En las dos habitaciones contiguas, Menju Shosuke y otros despertaron de su sueño.

Al oír voces que respondían a esas pisadas, los hombres que habían protegido el aposento de Katsuie se apresuraron a salir al corredor.

—¿Qué ha ocurrido?

El aspecto del guerrero que acababa de entrar como portavoz no era normal. Habló con tal rapidez que sus palabras se atropellaban.

—El cielo sobre Kinomoto está rojo desde hace algún tiempo. Nuestros exploradores acaban de regresar del monte Higashino...

—¡No seas tan prolijo! —le reconvino bruscamente Menju—. ¡Limítate a darnos los datos esenciales!

—Hideyoshi ha llegado desde Ogaki y su ejército está causando gran alboroto en la vecindad de Kinomoto —dijo el guerrero sin hacer una pausa para respirar.

—¿Qué? ¿Hideyoshi?

Los hombres agitados habían acudido con la mayor rapidez posible a los aposentos de Katsuie para informarle de la situación, pero Katsuie ya les había oído y salió al corredor.

—¿Habéis oído lo que acaban de decir, mi señor?

—Así es —replicó Katsuie, con el rostro más pálido aún que antes—. Hideyoshi actuó de la misma manera durante la campaña en las provincias occidentales.

Como era de esperar, Katsuie permaneció sereno y trató de calmar a quienes le rodeaban, pero no podía ocultar sus propias emociones residuales. Había advertido a Genba, y a juzgar por lo que decía ahora, parecía casi como si estuviera orgulloso de lo acertado de su advertencia. Sin embargo, aquella era también la voz del valiente general a quien en otro tiempo habían llamado Rompejarros o Demonio Shibata. Quienes la oían ahora sólo podían sentir lástima.

—Ya no puedo confiar en Genba. A partir de ahora, tomaré la iniciativa para que podamos luchar como es debido. No vaciléis ni os sintáis alarmados. Debemos alegrarnos de que por fin haya venido Hideyoshi.

Katsuie reunió a sus generales, se sentó en su escabel de campaña y dio órdenes para la disposición de las tropas. Actuaba con el vigor de un hombre joven. Había previsto la llegada de Hideyoshi sólo como una ligera posibilidad. En cuanto la posibilidad se convirtió en una amenaza real, la confusión reinó en su campamento. No fueron pocos los hombres que abandonaron sus puestos con la excusa de que estaban enfermos, otros desobedecieron las órdenes y muchos soldados desertaron llenos de confusión y

pánico. Era un triste estado de cosas: de siete mil soldados, ahora ni siquiera quedaban tres mil.

Éste era el ejército que había partido de Echizen con la firme voluntad de luchar contra Hideyoshi. Aquellos hombres no deberían haber huido cuando se presentaba la primera amenaza real.

¿Qué había llevado a semejante extremo a un ejército de más de siete mil hombres? Una sola cosa: la falta de un mando con autoridad. Por otro lado, las acciones de Hideyoshi habían sido inesperadamente rápidas, algo que les pasmaba todavía más. Los rumores y los informes falsos se propagaban sin cesar, lo cual estimulaba la cobardía.

Cuando Katsuie observó la peligrosa confusión de sus tropas, no sólo se sintió descorazonado sino también colérico. Apretó los dientes y pareció incapaz de volcar su indignación en los oficiales que le rodeaban. Primero sentados, luego en pie, después caminando de un lado a otro, los guerreros que estaban a su alrededor habían sido incapaces de tranquilizarse. Las órdenes de Katsuie se transmitieron dos o tres veces, pero las respuestas no habían sido claras.

—¿Por qué estáis todos tan nerviosos? —les reprendió—. ¡Calmaos! Abandonar los puestos de mando y propagar rumores y chismorreos sólo sirve para que nuestros hombres se sientan más confusos. Cualquiera que cometa tales actos será severamente castigado.

Así les hablaba, añadiendo una reprimenda a otra. Varios de sus subordinados salieron corriendo por segunda vez para anunciar sus órdenes estrictas, pero aun así se oyó a Katsuie gritar con voz alterada:

—¡No os excitéis! ¡No cedáis a la confusión!

Sin embargo, sus intenciones de reprimir el desorden no servían más que para añadir otra voz a la tremenda conmoción.

Casi había amanecido.

Los gritos de guerra y el fuego de mosquete, que habían pasado desde la zona de Shizugatake a la orilla occidental del lago Yogo, resonaban a través del agua.

—¡Tal como van las cosas, Hideyoshi llegará aquí muy pronto!

—A mediodía como mínimo.

—¿Qué? ¿Crees que van a esperar hasta entonces?

La cobardía engendraba más cobardía, y finalmente el miedo envolvió a todo el campamento.

—¡Las fuerzas enemigas deben de sumar diez mil hombres!

—¡No, creo que debe de haber veinte mil!

—¿Cómo? ¿Con semejante poderío tienen que ser treinta mil!

Los soldados estaban atrapados en sus propios temores y ninguno se sentía cómodo sin el acuerdo de sus compañeros. Entonces empezó a circular un rumor que parecía cierto.

—¡Maeda Inuchiyo se ha pasado al bando de Hideyoshi!

En ese momento, los oficiales de Shibata ya no pudieron seguir controlando a sus tropas. Finalmente Katsuie montó su caballo y, cabalgando por la zona de Kitsunezaka, reprendió en persona a los soldados de los distintos campamentos. Al parecer, había llegado a la conclusión de que sería ineficaz permitir que sus propios generales transmitieran las órdenes estrictas que procedían del cuartel general.

—¡Todo aquel que abandone el campamento sin motivo, será ejecutado en el acto! —gritó—. ¡Perseguid y matad a los desertores cobardes! ¡Quien propague rumores o enfríe el espíritu marcial de los hombres lo pagará con la vida!

Pero la situación había llegado demasiado lejos, y el resurgimiento del espíritu marcial de Katsuie

era en vano. Más de la mitad de sus siete mil hombres ya habían desertado y los restantes apenas tenían los pies en el suelo. Además, ya habían perdido su confianza en el comandante en jefe. Reducido a una posición carente de respeto, incluso las órdenes del Demonio Shibata parecían vacías.

Emprendió el galope de regreso al campamento principal, el cual ya estaba siendo atacado.

Pensó que el fin había llegado también para él. Al ver a su ejército desanimado, Katsuie comprendió la futilidad de la situación. Sin embargo, su espíritu orgulloso le hacía avanzar desesperadamente hacia la muerte. Cuando empezó a amanecer, los hombres y caballos restantes estaban diseminados por el campamento.

—Por aquí, mi señor. Venid sólo un momento.

Dos guerreros sujetaban cada lado de la armadura de Katsuie, como si apoyaran su fornido cuerpo.

—No es propio de vos mostraros tan irascible. —Acompañándole a la fuerza a través del torbellino de caballos y hombres y a través de la puerta del templo, gritaron desesperadamente a los demás—: ¡De prisa, traed su caballo! ¿Dónde está el caballo de nuestro señor?

Entretanto el mismo Katsuie gritaba:

—¡No me retiraré! ¿Quién creéis que soy? ¡No voy a huir de este lugar!

Sus orgullosas palabras tenían una vehemencia creciente. Una vez más miró furibundo y gritó a los oficiales de estado mayor, que no se apartaban de su lado:

—¿Por qué hacéis esto? ¿Por qué me impedís que me lance al ataque? ¿Por qué no atacáis al enemigo en vez de retenerme así?

Trajeron una montura. Un soldado portador del bello estandarte con el emblema dorado se colocó a su lado.

—Aquí no podemos detener la oleada, mi señor. Si morís en este lugar, será en vano. ¿Por qué no regresáis a Kitanosho y pensáis en un plan para intentarlo de nuevo?

Katsuie sacudió la cabeza y gritó, pero los hombres que le rodeaban le sentaron a la fuerza en la silla de montar. La situación era urgente. De repente, el capitán de los pajes, Menju Shosuke, un hombre que nunca se había distinguido en combate, corrió y se postró ante el caballo de Katsuie.

—¡Por favor, mi señor! Permitidme que lleve vuestro estandarte de mando.

Pedir permiso para tal cosa significaba que uno se ofrecía voluntario para resistir en lugar del comandante en jefe mientras éste se ponía a salvo.

Shosuke no dijo nada más, pero permaneció arrodillado ante Katsuie. No mostraba ninguna preparación especial para la muerte, como tampoco desesperación ni ferocidad. Tenía su aspecto de costumbre, cuando se presentaba ante Katsuie como capitán de los pajes.

—¿Qué? ¿Quieres que te dé el estandarte de mando?

Montado en su caballo, Katsuie contempló asombrado a Shosuke. Los generales que le rodeaban también le miraban sorprendidos. Entre los numerosos ayudantes personales de Katsuie, pocos habían sido tratados con más frialdad que Shosuke.

Katsuie, quien tenía esa clase de prejuicio contra Shosuke, debía saber mejor que nadie cuáles serían sus efectos. Y no obstante, ¿no era aquel mismo Shosuke que ahora estaba ante Katsuie quien se ofrecía para hacerse pasar por él?

El viento de la derrota soplaba desoladamente en el campamento, y a Katsuie le había resultado insoportable contemplar las vacilaciones de sus hombres. No eran pocos los cobardes que habían

arrojado sus armas y desertado. Katsuie había tenido en gran estima a muchos de ellos y les había concedido sus favores durante largos años. Ahora, al pensar en ello, no podía retener las lágrimas.

Pero dejando de lado sus pensamientos, golpeó los flancos del caballo con los talones de los estribos y su áspero grito hizo desaparecer la expresión dolorida de su semblante.

—¿De qué me estás hablando, Shosuke? ¡Cuando mueras, será el momento de que muera yo también! ¡Vamos, apártate!

Shosuke se apartó del caballo que se encabritaba, pero cogió las riendas.

—Entonces permitidme que os acompañe.

Contra la voluntad de Katsuie, Menju dio la espalda al campo de batalla y corrió en dirección a Yanagase. Tanto el hombre que defendía el estandarte de mando como los servidores de Katsuie rodearon el caballo de éste, de modo que quedara en medio del grupo, y partieron velozmente.

Pero la vanguardia de Hideyoshi ya había penetrado en Kitsunezaka y, haciendo caso omiso de los guerreros de Shibata que defendían el lugar, pusieron los ojos en el estandarte dorado que se alejaba.

—¡Ése es Katsuie! ¡No le dejéis escapar!

Una multitud de ágiles lanceros se agruparon y corrieron en persecución de Katsuie.

—¡Aquí nos despedimos, mi señor!

Tras decir estas palabras de despedida, los generales que huían con Katsuie se apartaron súbitamente de su lado, dieron la vuelta y se lanzaron sobre las lanzas de las fieras tropas que les perseguían. Sus cadáveres pronto cayeron al suelo.

Menju Shosuke también se había vuelto para contemplar la embestida del enemigo, pero entonces echó a correr de nuevo tras el caballo de su señor y gritó a Katsuie desde atrás:

—El estandarte de mando... por favor..., ¡dejadme que lo lleve!

Estaban en las proximidades de Yanagase.

Katsuie detuvo a su caballo y cogió el estandarte de mando que sostenía un hombre a su lado. Tenía numerosos recuerdos para él..., lo había alzado en sus campamentos cuando se labraba la reputación de Demonio Shibata.

—Toma, Shosuke. ¡Llévalo entre mis guerreros!

Con estas palabras, arrojó el estandarte a Shosuke. Éste se inclinó adelante y lo cogió ágilmente por el asta.

Lleno de alegría, el hombre agitó un par de veces el estandarte y envió sus últimas palabras en dirección a Katsuie.

—¡Adiós, mi señor!

Katsuie se volvió, pero su caballo siguió galopando hacia la zona montañosa de Yanagase. Sólo le acompañaban diez hombres montados.

El estandarte de mando había sido puesto en manos de Shosuke tal como él había rogado, pero en aquel momento Katsuie también le había dicho, a modo de palabras finales, que lo llevara entre sus guerreros. Tal había sido su solicitud, efectuada sin duda por consideración a los hombres que morirían allí junto con Shosuke.

Unos treinta hombres se reunieron en seguida bajo el estandarte. Eran los únicos hombres que respetaban verdaderamente su honor y estaban dispuestos a morir por su señor.

Mirando satisfecho las caras que le rodeaban, Shosuke pensó que quedaban todavía algunos hombres

de Shibata honorables.

—¡Vamos! ¡Demostrémosles que sabemos morir alegremente!

Puso el estandarte en manos de un guerrero y corrió delante de los demás, desde el oeste del pueblo de Yanagase hacia la estribación septentrional del monte Tochinoki. Cuando la pequeña fuerza que ni siquiera llegaba a cuarenta hombres resolvió avanzar, manifestaron un espíritu mucho más profundo que los millares de hombres que habían estado en Kitsunezaka aquella mañana.

—¡Katsuie ha retrocedido hacia las montañas!

—Parece que ha tomado su resolución final y está dispuesto a morir.

Como era de esperar, los soldados de Hideyoshi que perseguían al grupo se exhortaban unos a otros para seguir adelante.

—¡Conseguiremos la cabeza de Katsuie!

Cada uno se esforzaba por tomar la delantera mientras empezaban a subir el monte Tochinoki. Los guerreros de Shibata desplegaron el estandarte en la cima del monte y, reteniendo la respiración, contemplaron cómo aumentaba de un momento a otro el número de guerreros enemigos, los cuales trepaban incluso por lugares donde no había sendero alguno.

—Aún hay tiempo para despedirnos bebiendo una taza de agua —dijo Shosuke.

En aquellos breves momentos, Shosuke y sus camaradas recogieron y compartieron el agua que brotaba entre las grietas en lo alto de la montaña, y se prepararon serenamente para la muerte. Shosuke se volvió de improviso hacia sus hermanos Mozaemon y Shobei.

—Hermanos, debéis huir y regresar a nuestro pueblo. Si los tres morimos en combate, nadie podrá transmitir el apellido familiar ni cuidar de nuestra madre. Mozaemon, el hermano mayor es quien debe transmitir el apellido. ¿Por qué no te marchas ya?

—Si el enemigo mata a los hermanos menores —replicó Mozaemon—, ¿cómo se enfrentará el hermano mayor a su madre con las palabras «He vuelto a casa»? No, me quedaré aquí. Debes ir tú, Shobei.

—¡Eso sería horrible!

—¿Por qué?

—Que regrese vivo a casa en una ocasión así no será precisamente agradable para nuestra madre, y nuestro difunto padre también debe de contemplar hoy a sus hijos desde el otro mundo. No serán mis pies los que hoy caminen de regreso a Echizen.

—¡Entonces moriremos juntos!

Unidas sus almas por una promesa de muerte, los tres hombres permanecieron firmes bajo el estandarte de mando.

Shosuke no volvió a mencionar a sus hermanos su deseo de que regresaran a casa.

Los tres hermanos tomaron un trago de agua cristalina de manantial a modo de bebida de despedida y se volvieron en dirección al hogar de su madre.

Uno puede imaginar las plegarias que elevaron en aquellos momentos. El enemigo se aproximaba por todos los lados y estaban lo bastante cerca para que percibieran las voces individuales de los soldados.

—Defiende el estandarte de mando, Shobei —le dijo Shosuke a su hermano menor mientras se cubría la cara con la guarda del yelmo. Fingía ser Katsuie y no quería que el enemigo le reconociera.

Cinco o seis balas de mosquete pasaron silbando cerca de su cabeza. Tomándolo como señal, los



treinta hombres invocaron a Hachiman, el dios de la guerra, y se pusieron en marcha hacia el enemigo.

Se dividieron en tres unidades y atacaron al enemigo que avanzaba. Los hombres que subían respiraban con dificultad y no pudieron resistir la embestida desesperada del adversario. Las espadas largas cayeron sobre los yelmos de los hombres de Hideyoshi, las lanzas atravesaron sus pechos y sus cadáveres caían por doquier.

—¡Que nadie esté demasiado ansioso de morir! —gritó de repente Shosuke mientras se retiraba dentro de una empalizada.

El hombre que sujetaba el estandarte de mando le siguió, junto con los guerreros restantes.

—Una bofetada con los cinco dedos no es tan fuerte como un solo puñetazo. Si nuestra pequeña fuerza se dispersa, sus efectos se debilitarán. Permaneced bajo el estandarte tanto si avanzamos como si retrocedemos.

Tras acordar esta cautela, volvieron a ponerse en acción. Girando rápidamente en una sola dirección, se abalanzaron furiosamente contra el enemigo; giraron en otra dirección y los atravesaron con sus lanzas. Entonces, con la rapidez del viento, se retiraron detrás de la empalizada.

De esta manera salieron seis o siete veces para luchar.

Los atacantes ya habían perdido más de doscientos hombres. Era cerca de mediodía y un sol intenso lucía en lo alto. La sangre fresca sobre armaduras y cascos se secaba con rapidez y emitía un brillo negro como el de la laca.

Quedaban menos de diez hombres bajo el estandarte de mando, y los fieros ojos de cada uno apenas parecían ver a los demás. No había ni un solo hombre sin lesiones.

Una flecha se clavó en el hombro de Shosuke. Mientras miraba la sangre fresca que fluía por la manga, se arrancó la flecha con su propia mano. Entonces se volvió en la dirección de donde había partido la flecha. Las partes superiores de gran número de yelmos se aproximaban haciendo crujir los bambúes como cerdos silvestres.

Shosuke empleó el tiempo que le quedaba en hablar serenamente a sus camaradas.

—Hemos luchado de todas las maneras posibles y no tenemos nada de lo que arrepentimos. Que cada uno elija un enemigo respetable y se gane un nombre espléndido. Dejadme que sea el primero en morir en lugar de nuestro señor. No dejéis que caiga el estandarte de mando. ¡Llevallo alto, un hombre detrás de otro!

Así preparados para morir, los guerreros manchados de sangre alzaron el estandarte hacia el enemigo que se acercaba entre los bambúes. Éstos debían de ser unos hombres de ferocidad fuera de lo corriente. Avanzaban impávidos, demostrando su fidelidad a los juramentos que habían hecho con sus lanzas. Shosuke se enfrentó a ellos y les gritó para reducir su arrojo.

—¡Qué falta de cortesía! ¡Siervos de baja estofa! ¿Estáis pensando en atravesar con vuestras lanzas a Shibata Katsuie?

Shosuke parecía un demonio, y ciertamente nadie podía hacerle frente. Varios hombres cayeron alanceados casi a sus pies.

Al observar su ferocidad y luchar desesperadamente con hombres que estaban dispuestos a defender su estandarte de mando hasta la muerte, incluso los fanfarrones más violentos de las tropas atacantes rompieron su cerco y abrieron un sendero hasta el pie de la montaña.

—¡Aquí estoy! ¡Viene Katsuie en persona! ¡Si Hideyoshi está ahí, que se enfrente conmigo montado y

solo! ¡Vamos, sal, cara de mono!

Shosuke bajó gritando el camino en pendiente.

Infligió a un guerrero con armadura una herida mortal. Su hermano mayor, Mozaemon, ya había sido abatido. El hermano menor, Shobei, había cruzado su espada larga con la de un guerrero enemigo y los dos se habían matado. Shobei había caído al pie de un peñasco cercano.

A su lado, el dorado estandarte de mando yacía abandonado, ahora completamente rojo.

Desde lo alto y el pie de la ladera, innumerables lanzas se aproximaban ahora a Shosuke. Cada guerrero quería apoderarse del estandarte de mando y la cabeza de quien creían que era Katsuie.

Cada hombre competía con los demás por la presa. Bajo la confusión de lanzas, Menju Shosuke encontró la muerte en combate.

Era un apuesto y joven guerrero de sólo veinticinco años. Hombres como Katsuie y Genba le habían tenido en baja estima debido a su reticencia, finura, elegancia y amor al estudio. Los inocentes rasgos de Shosuke aún estaban ocultos por la guarda del yelmo.

—¡He matado a Shibata Katsuie! —gritó un samurai.

—¡Estas manos han cogido su estandarte de mando! —gritó otro.

Entonces se alzaron todas las voces, un hombre afirmando esto, otro reclamando aquello, hasta que la montaña entera se estremeció.

Y todavía los hombres de Hideyoshi ignoraban que la cabeza no pertenecía a Shibata Katsuie, sino a Menju Shosuke, el capitán de sus pajes.

—¡Hemos matado a Katsuie!

—¡He alzado la cabeza del señor de Kitanosho!

Se empujaban unos a otros y sus gritos reverberaban en el aire.

—¡El estandarte! ¡El estandarte dorado! ¡Y su cabeza! ¡Tenemos su cabeza!

# Un verdadero amigo

Katsuie había escapado por poco con vida, pero su ejército había sido aniquilado. Hasta aquella mañana, el estandarte de Shibata con su emblema dorado había ondeado en las proximidades de Yanagase, pero ahora sólo se veía el estandarte de Hideyoshi, que brillaba al sol e impresionaba a cuantos lo veían, simbolizando una realidad que trascendía la sabiduría y la fuerza ordinarias.

Las banderas y los estandartes del ejército de Hideyoshi, que se extendían a lo largo de los caminos y cubrían los campos, ofrecían un espléndido espectáculo de victoria. Estaban tan prietos que parecían una espesa niebla dorada.

Los soldados se detuvieron para comer sus provisiones. Aquella mañana las hostilidades se habían iniciado temprano y durado unas ocho horas. Cuando terminaron de comer, todo el ejército recibió la orden de avanzar de inmediato.

Cuando los hombres se aproximaban al puerto de montaña de Tochinoki, vieron el mar de Tsuruga al oeste, mientras que las montañas de Echizen se alzaban al norte como si estuvieran bajo los cascos de sus caballos.

El sol ya comenzaba a ocultarse, y el cielo y la tierra ardían con un brillo crepuscular que englobaba todos los colores del arco iris.

Hideyoshi tenía la cara muy enrojecida, pero ya no parecía un hombre que llevaba varios días sin dormir. Era como si hubiera olvidado la necesidad del sueño. Su avance había sido constante y aún no había ordenado un alto. En aquella época del año las noches eran las más cortas. Mientras todavía había luz, el ejército principal vivaqueó en la localidad de Imajo, en Echizen, pero la vanguardia siguió avanzando, tras recibir la orden de llegar a Wakimoto, a más de dos leguas de distancia. Entretanto la retaguardia se detuvo en Itadori, más o menos a la misma distancia detrás del ejército central. Así pues, aquella noche el campamento se extendía cuatro leguas desde vanguardia a retaguardia.

Aquella noche Hideyoshi se sumió en un sueño agradable, un sueño que ni siquiera podía turbar el canto del cuclillo.

Antes de dormirse pensó que al día siguiente llegarían al castillo de Fuchu, pero ¿cómo les recibiría Inuchiyo?

¿Qué estaba haciendo Inuchiyo por entonces? Aquella misma jornada, a mediodía, había pasado por la zona y, mientras el sol aún estaba alto en el cielo, había retirado su ejército a Fuchu, el castillo de su hijo.

—Gracias a los dioses estás a salvo —le dijo su esposa cuando salió a saludarle.

—Cuida de los heridos. Más tarde te ocuparás de mí.

Inuchiyo ni siquiera se quitó las sandalias ni se desató la armadura, y permaneció ante el castillo. Sus pajes también estaban allí, alineados detrás de él, aguardando con solemnidad.

Finalmente, un cuerpo tras otro de guerreros cruzaron a paso vivo el portal, transportando los cuerpos de sus camaradas caídos, sobre los cuales habían depositado sus estandartes. Siguieron los heridos, unos llevados en parihuelas y otros andando por su propio pie, apoyándose en los hombros de sus compañeros.

Las treinta y tantas bajas sufridas por los Maeda en la retirada no podían compararse con las pérdidas de los Shibata y Sakuma. Sonó la campana del templo, y mientras el sol descendía en el cielo, el

humo de las fogatas para cocinar empezó a elevarse por doquier en el castillo. Los soldados recibieron la orden de comer sus raciones. Sin embargo, las tropas no se dispersaron sino que permanecieron en sus unidades, como si aún estuvieran en el campo de batalla.

Un guardián del portal principal gritó:

—Acaba de llegar el señor de Kitanosho.

—¡Cómo! ¡Katsuie aquí! —musitó Inuchiyo, asombrado.

Era una situación inesperada, e Inuchiyo parecía incapaz de enfrentarse a aquel hombre que ahora era un fugitivo. Por un momento permaneció sumido en sus pensamientos, pero al cabo dijo:

—Salgamos a saludarle.

Inuchiyo salió del torreón detrás de su hijo. Bajó el último tramo de escaleras y caminó por el oscuro corredor de enlace. Uno de sus ayudantes, Murai Nagayori, le seguía.

—Mi señor —susurró Murai.

Inuchiyo le dirigió una mirada inquisitiva.

El vasallo susurró al oído de su señor:

—La llegada del señor Katsuie es una oportunidad incomparable y feliz. Si le matáis y enviáis su cabeza al señor Hideyoshi, vuestra relación con éste se enmendará sin dificultades.

De improviso Inuchiyo golpeó al hombre en el pecho.

—¡Calla! —replicó, encolerizado.

Murai se tambaleó hasta la barandilla de madera y estuvo en un tris de caer al vacío. Palideció pero tuvo la presencia de ánimo necesaria para no incorporarse ni quedar del todo sentado.

Inuchiyo le miró furibundo y le habló sin disimular su ira.

—Es escandaloso susurrar al oído de tu señor un plan cobarde e inmoral del que un hombre debería avergonzarse por completo. ¿Te consideras un samurai, pero no sabes nada del Camino del Samurai! ¿Qué clase de hombre vendería la cabeza de un general que acude a llamar a su puerta, sólo en provecho de su propio clan? ¡Y mucho menos cuando ha pasado tantos años de campaña con ese general como me ocurre a mí!

Dejando atrás al tembloroso Murai, Inuchiyo se dirigió a la entrada principal para saludar a Katsuie. Éste había llegado al castillo a caballo, sujetaba con una mano el asta de una lanza rota y no parecía herido, pero su aspecto era de desolación.

Toshinaga, que había salido a recibirle, sostenía las riendas del caballo. Los ocho hombres que le acompañaban se habían quedado fuera del portal. Así pues, Katsuie estaba solo.

—Te estoy muy agradecido. —Tras decir estas palabras corteses a Toshinaga, Katsuie desmontó. Miró a Inuchiyo a la cara y habló en un tono llenó de desdén hacia sí mismo—: ¡Hemos perdido! ¡Hemos perdido!

Mostraba un ánimo sorprendente. Era posible que fingiera, pero parecía mucho más relajado de lo que Inuchiyo había imaginado que estaría. Inuchiyo fue más amable de lo habitual al saludar a un general derrotado. Toshinaga no estaba menos preocupado que su padre y ayudó al fugitivo a quitarse las sandalias empapadas en sangre.

—Me siento como si hubiera llegado a mi propia casa.

La amabilidad causa una profunda impresión en un hombre que se encuentra ante el abismo de la destrucción y le hace abandonar las sospechas y la amargura. Es la única cosa que le hará pensar que

todavía hay luz en el mundo.

Así pues, con un talante en apariencia alegre, Katsuie siguió felicitando a padre e hijo por su huida.

—Esta derrota se ha debido por completo a mis errores. También os he causado trastornos y espero que me perdonéis. Me retiraré a Kitanosho y pondré mis asuntos en orden y sin lamentaciones. Tal vez no os importaría darme un cuenco de arroz y té.

El Demonio Shibata parecía haberse convertido en el Buda Shibata. Incluso Inuchiyo era incapaz de retener las lágrimas.

—Traed en seguida té, arroz y sake —ordenó Inuchiyo. Poco era lo que se le ocurría para consolar a aquel hombre, pero se sentía obligado a decir algo—. A menudo se dice que la victoria y la derrota son la sustancia de la vida de un guerrero. Si consideráis el desastre de hoy desde el ángulo del destino humano, sabréis que enorgullecerse de la victoria es el primer paso hacia el día de la destrucción, y que ser completamente derrotado es el primer paso hacia el día de la victoria. El ciclo eterno del ascenso y la caída del hombre no es una simple cuestión de alegría y pesar temporales.

—En consecuencia, lo que lamento no es ni mi destrucción personal ni el perpetuo ciclo de cambio —dijo Katsuie—. Lo único que siento es la pérdida de mi reputación. Pero ten la seguridad, Inuchiyo, de que todo está predestinado.

Al decir tales cosas, Katsuie se desviaba por completo de sus convicciones de antaño, pero no parecía ni atormentado ni confuso.

Cuando llegó el sake, Katsuie tomó alegremente una taza y, suponiendo que sería su despedida, sirvió también a padre e hijo. Comió de buena gana el sencillo condumio que Inuchiyo había encargado.

—Nunca había probado nada tan sabroso como el arroz que he comido hoy. Jamás olvidaré vuestra amabilidad.

Dicho esto, se levantó para marcharse.

Inuchiyo, que le acompañó al exterior, observó en seguida que su montura estaba exhausta. Ordenó a un paje que trajera su querido caballo gris moteado y se lo ofreció a Katsuie.

—No os preocupéis —le dijo Inuchiyo—. Defenderemos este lugar hasta que lleguéis a Kitanosho.

Katsuie empezó a marcharse, pero hizo dar la vuelta al caballo y se aproximó a Inuchiyo como si de repente hubiera recordado algo.

—Inuchiyo, tú y Hideyoshi habéis sido amigos íntimos desde la juventud. Puesto que la batalla ha tenido este resultado, te libero de tu deber hacia mí como vasallo.

Éstas serían sus últimas palabras a Inuchiyo, y las pronunció desde lo alto del caballo con una expresión vacía de toda falsedad. Enfrentado a aquel sentimiento, Inuchiyo hizo una reverencia con profunda emoción. La figura de Katsuie al abandonar el castillo se recortaba negra contra el rojo del sol poniente. El pequeño grupo de ocho hombres montados y unos diez soldados de a pie emprendió entonces la huida hacia Kitanosho.

\*

\*

\*

Dos o tres jinetes llegaron galopando al castillo de Fuchu. Las noticias que traían en seguida fueron de conocimiento general en toda la fortaleza.

—El enemigo está acampado en Wakimoto. El señor Hideyoshi ha levantado su campamento en

Imajo, por lo que las perspectivas de que esta noche se produzca un ataque son escasas.

Hideyoshi pasó la noche, o más bien la mitad de la noche, durmiendo tranquilamente en Imajo, y al día siguiente abandonó temprano el campamento y cabalgó a Wakimoto.

Kyutaro salió a saludarle e izó el estandarte de mando, lo cual indicaba la presencia de un comandante en jefe.

—¿Qué ocurrió anoche en el castillo de Fuchu? —preguntó Hideyoshi.

—Parecía haber mucha actividad.

—¿Lo están fortificando? Tal vez Maeda quiera luchar.

Mientras respondía a su propia pregunta, miró hacia Fuchu. De repente se volvió hacia Kyutaro y le ordenó que preparase a sus tropas.

—¿Iréis a luchar en persona? —le preguntó Kyutaro.

—Naturalmente.

Hideyoshi asintió como si estuviera contemplando un gran camino nivelado. Kyutaro se apresuró a comunicar las palabras de Hideyoshi a los diversos generales e hizo sonar la caracola para reunir a la vanguardia. Muy pronto los hombres formaron filas y estuvieron dispuestos para la marcha.

La distancia hasta Fuchu se podía recorrer en menos de dos horas. Kyutaro cabalgaba delante y Hideyoshi lo hacía en medio de la vanguardia. Pronto avistaron las murallas del castillo, cuyos moradores se sentían naturalmente tensos en extremo. Vistos desde lo alto del torreón, las columnas y el estandarte de las calabazas doradas parecían lo bastante cerca para poder tocarlos.

Todavía no se había dado la orden de detenerse y, como Hideyoshi estaba en el centro, los soldados de la vanguardia estaban seguros de que rodearían el castillo de inmediato.

En su avance hacia el portal principal del castillo de Fuchu, los hombres de Hideyoshi, que ahora eran como un río impetuoso, desplegaron la formación en «ala de grulla». Por un momento, lo único que no se movió fue el estandarte de mando.

En aquel instante toda la estructura del castillo vomitó humo de pólvora.

—Retrocede un poco, Kyutaro, ¡retrocede! —ordenó Hideyoshi—. No despliegues a los soldados en orden de combate. Ordénales que se reagrupen y permanezcan fuera de formación.

Los soldados de la vanguardia se retiraron y los mosquetes en el interior del castillo quedaron en silencio. Sin embargo, el espíritu de lucha de ambos bandos podría haber estallado en un instante.

—Que alguien coja el estandarte de mando y avance veinte varas por delante de mí —ordenó Hideyoshi—. No necesitaré que nadie conduzca mi caballo. Iré solo al castillo.

No había informado a nadie previamente de sus intenciones, y habló de súbito desde la silla de montar. Haciendo caso omiso de las expresiones consternadas de sus generales, avanzó con su caballo a medio galope hacia el portal principal del castillo.

—¡Un momento! ¡Esperad sólo un momento para que pueda ir delante de vos!

Un samurai corrió tambaleándose tras él, pero cuando apenas estaba diez varas por delante de Hideyoshi, empuñando el estandarte de mando como le habían ordenado, se oyeron varios disparos, el fuego dirigido hacia las calabazas doradas.

—¡No disparéis! ¡No disparéis!

Gritando a voz en cuello, Hideyoshi galopó en dirección al fuego de mosquete como una flecha disparada por un arco.

—¡Soy yo! ¡Hideyoshi! ¿Es que no me reconocéis? —Mientras se aproximaba al castillo, se sacó el bastón de mando dorado del cinto y lo agitó para que lo vieran los soldados del castillo—. ¡Soy yo, Hideyoshi! ¡No disparéis!

Asombrados, dos hombres saltaron desde el arsenal al lado del portal principal y abrieron las puertas.

—¿Señor Hideyoshi?

Este giro de los acontecimientos parecía del todo inesperado, y le saludaron con cierto embarazo. Hideyoshi reconoció a los dos hombres. Ya había desmontado y caminaba hacia ellos.

—¿Ha regresado el señor Inuchiyo? —les preguntó, y añadió—: ¿Están bien él y su hijo?

—Sí, mi señor —replicó uno de los hombres—. Ambos han regresado sin percance.

—Bien, bien, me alivia saberlo. Coged mi caballo, ¿queréis?

Dio la brida del caballo a los dos hombres y entró en el castillo exactamente como si lo hiciera en su propia casa, acompañado por sus ayudantes.

Los guerreros que llenaban el castillo como un bosque estaban intimidados y, casi aturridos, observaban la conducta de aquel hombre. Entonces Inuchiyo y su hijo salieron corriendo en dirección a Hideyoshi. Mientras se aproximaban, los dos hombres hablaron a la vez, como los viejos amigos que eran.

—¡Vaya, quién está aquí!

—¡Inuchiyo! ¿Qué te propones? —le preguntó Hideyoshi.

—Nada en absoluto —replicó Inuchiyo, riendo—. Ven y siéntate.

Inuchiyo y su hijo precedieron a Hideyoshi hacia la ciudadela principal. Evitando expresamente la entrada formal, abrieron la puerta que daba a la zona ajardinada y condujeron a su huésped a los aposentos internos, deteniéndose por el camino para contemplar los lirios violetas y las azaleas blancas del jardín.

Era el mismo tratamiento que recibiría un amigo íntimo de la familia, e Inuchiyo actuaba como lo hiciera cuando él y Hideyoshi vivían en casas separadas por un seto.

Finalmente, Inuchiyo invitó a Hideyoshi a pasar, pero él se quedó donde estaba, mirando a su alrededor, sin desatarse siquiera las sandalias de paja.

—¿Ese edificio de ahí es la cocina? —preguntó. Cuando Inuchiyo le respondió afirmativamente, Hideyoshi se encaminó al lugar—. Quiero ver a tu esposa. ¿Está aquí?

Inuchiyo se quedó totalmente desconcertado. Estaba a punto de decir a Hideyoshi que si quería ver a su esposa la llamaría en seguida, pero no tenía tiempo para ello, por lo que se apresuró a pedir a Toshinaga que acompañara al huésped a la cocina.

Tras haber enviado a su hijo en pos de Hideyoshi, él mismo avanzó por el corredor para advertir a su esposa.

Los más sorprendidos fueron los cocineros y las doncellas al ver a un samurai de baja estatura, a todas luces un general, vestido con una armadura con el color del fruto del caqui, que entraba tranquilamente en la cocina y gritaba como si fuese un miembro de la familia del señor.

—¡Eh! ¿Está aquí la señora Maeda? ¿Dónde está?

Nadie sabía quién era. Todos tenían un aspecto de perplejidad, pero al ver su bastón de mando dorado y su espada formal, se apresuraron a ponerse de rodillas e inclinarse. Aquel hombre tenía que ser

un general de alto rango, pero nadie le había visto antes entre los Maeda.

—¡Eh, señora Maeda! ¿Dónde estáis? Soy yo, Hideyoshi. ¡Vamos, salid, que os vea la cara!

La esposa de Inuchiyo estaba preparando la comida con varios criados cuando oyó la conmoción. Salió con un delantal y las mangas atadas detrás de los brazos. Permaneció un momento inmóvil, mirando fijamente al recién llegado.

—Debo de estar soñando —murmuró.

—Ha pasado largo tiempo, mi señora. Me alegro de veros tan bien como siempre.

Cuando Hideyoshi empezó a avanzar, ella superó su sorpresa inicial, aflojó en seguida los cordones que retenían las mangas y se postró en el suelo de madera.

Hideyoshi tomó asiento con toda naturalidad.

—Lo primero que quiero deciros, mi señora, es que vuestra hija y las damas que están en Himeji se han hecho buenas amigas. Hacedme el favor de no preocuparos por eso. Por otro lado, aunque vuestro marido ha vivido algunos momentos difíciles en esta última campaña, la conveniencia de avanzar o retirarse no le sumió en la confusión, y podemos decir que las fuerzas de Maeda salieron del campo de batalla sin haber sido derrotadas.

La esposa de Inuchiyo juntó las palmas bajo su frente inclinada.

En aquel momento entró Inuchiyo en busca de su esposa y vio a Hideyoshi.

—Éste no es lugar para recibirte como es debido. Ante todo, por favor, quítate las sandalias y levántate del suelo de tierra.

Marido y mujer se esforzaron por persuadirle de que subiera al suelo de madera, pero Hideyoshi no quiso moverse de allí y les habló con tanta naturalidad como antes, dejando de lado cualquier formalismo.

—Tengo prisa por llegar a Kitanosho y la verdad es que ahora no dispongo de tiempo, pero ¿podría abusar de vuestra amabilidad pidiéndoos un cuenco de arroz?

—Es una petición fácil de satisfacer, pero ¿no querrás entrar aunque sólo sea un momento?

Hideyoshi no hizo el menor gesto de desatarse las sandalias y relajarse.

—Lo haré otro día. Hoy tengo que darme prisa.

Marido y mujer conocían los aspectos buenos y malos del carácter de Hideyoshi. La suya nunca había sido una amistad que diera gran valor a las obligaciones o el fingimiento. La esposa de Inuchiyo volvió a anudar los cordones que retenían sus mangas y se colocó ante la plancha para cortar.

Era la cocina de todo el castillo y gran número de sirvientas, cocineros e incluso oficiales trabajaban allí. Pero la señora Maeda no era mujer que no supiera preparar rápidamente una comida sabrosa.

Aquel día y el anterior se había ocupado de los heridos y había ayudado a prepararles la comida. Pero incluso en los días normales solía acudir a la cocina a fin de preparar algo para su marido. Ahora el clan de Maeda gobernaba una gran provincia. Pero en su época de pobreza en Kiyosu, cuando su vecino Tokichiro no estaba en mejores condiciones que ellos, se visitaban con frecuencia para pedir una medida de arroz, un puñado de sal o incluso el aceite para encender la lámpara. En aquellos tiempos podían ver hasta qué punto era boyante la situación de sus vecinos por la luz que brillaba de noche en sus ventanas.

Hideyoshi se dijo que aquella mujer era tan buena esposa como su Nene. Sin embargo, en aquel breve interludio de reflexión, la esposa de Inuchiyo había terminado de preparar dos o tres platos. Salió de la cocina llevando ella misma la bandeja.



En el terreno ondulante que se extendía hacia la ciudadela occidental, se alzaba un pequeño pabellón en un pinar, al lado del cual los ayudantes extendieron una estera sobre la hierba y depositaron las bandejas de comida y recipientes de sake.

—¿No puedo servirlos por lo menos algo mejor aunque tengáis prisa? —le preguntó la esposa de Inuchiyo.

—No, no es necesario. ¿Se reunirán conmigo vuestro esposo e hijo?

Inuchiyo se sentó ante Hideyoshi y Toshinaga alzó el recipiente de sake. Aunque allí había un edificio, el huésped y sus anfitriones no lo usaron. Soplaban el viento entre los pinos, pero ellos apenas lo oían.

Hideyoshi no bebió más que una taza de sake, pero comió apresuradamente los dos cuencos de arroz que le había preparado la esposa de Inuchiyo.

—Ah, estoy repleto. No quisiera abusar, pero ¿podría pedirlos un cuenco de té?

Ya se habían hecho los preparativos en el pabellón. La esposa de Inuchiyo entró rápidamente y sirvió a Hideyoshi un cuenco de té.

—Bien, mi señora —dijo Hideyoshi mientras bebía, mirándola como si estuviera a punto de pedirle consejo—. Os he causado muchas molestias, pero ahora, además, quisiera que me prestarais a vuestro marido algún tiempo.

La esposa de Inuchiyo se rió alegremente.

—¿Prestaros a mi marido? Hace largo tiempo que no usabais esa frase.

Hideyoshi e Inuchiyo se echaron a reír.

—¿Oyes eso, Inuchiyo? —dijo Hideyoshi—. Parece que las mujeres no olvidan fácilmente los viejos motivos de rencor. Todavía recuerda cómo te tomaba «prestado» para ir a beber. —Devolvió el cuenco de té y se rió de nuevo—. Pero hoy es un poco distinto del pasado, y si mi señora no se muestra en desacuerdo, estoy seguro de que vuestro marido tampoco. Me gustaría mucho que viniera conmigo a Kitanosho. Vuestro hijo podría quedarse aquí para cuidar de vos.

Al ver que, entre la charla y las risas, la cuestión ya estaba resuelta, Hideyoshi se apresuró a tomar personalmente la decisión.

—Así pues, quisiera que vuestro hijo se quede aquí y vuestro marido cabalgue conmigo. La habilidad de Inuchiyo en el combate no tiene igual. Entonces, el día feliz en que regresemos de la campaña, quisiera detenerme de nuevo aquí y abusar de vuestra amabilidad durante unos pocos días. Partiremos mañana por la mañana. Hoy ya voy a retirarme.

La familia entera le acompañó a la salida de la cocina. Por el camino, la esposa de Inuchiyo le dijo:

—Señor Hideyoshi, habéis dicho que Toshinaga debe quedarse aquí para cuidar de su madre, pero no creo que todavía sea tan vieja o que esté tan sola. Habrá suficientes guerreros para proteger el castillo y no hay que inquietarse por su defensa.

Inuchiyo era de la misma opinión. Mientras avanzaban apresuradamente hacia la entrada, Hideyoshi y la familia Maeda determinaron la hora de la salida al día siguiente y resolvieron otros detalles.

—Aguardaré la próxima vez que vengáis aquí —le dijo la esposa de Inuchiyo al despedirse a la entrada de la cocina.

Su marido e hijo acompañaron a Hideyoshi hasta el portal principal del castillo.

La misma noche en que Hideyoshi se despidió de la familia Maeda y regresó a su campamento,

trajeron a dos prisioneros, hombres muy importantes del bando de Shibata. Uno de ellos era Sakuma Genba y el otro el hijo adoptivo de Katsuie, Katsutoshi. Ambos habían sido capturados cuando huían a través de las montañas hacia Kitanosho. Genba estaba herido. Con el calor del verano, la herida se había infectado y pronto empezó a enconarse. El tratamiento de emergencia utilizado con frecuencia por los guerreros era la combustión con moxa, y Genba había hecho un alto en una granja de las montañas para pedir el remedio y aplicarlo alrededor de los labios de la herida.

Mientras Genba estaba atareado aplicando la moxa, los granjeros celebraron un cónclave secreto en el que decidieron que probablemente recibirían una buena recompensa si entregaban aquellos dos hombres a Hideyoshi. Aquella noche rodearon la choza donde dormían Katsutoshi y Genba, los ataron como cerdos y los llevaron al campamento de Hideyoshi.

Cuando Hideyoshi se enteró de lo que habían hecho, no pareció muy contento. Contrariamente a las expectativas de los granjeros, los castigó con severidad.

Al día siguiente, acompañado por Inuchiyo y su hijo, espoleó a su caballo hacia el castillo de Katsuie en Kitanosho. Por la tarde, las tropas de Hideyoshi llenaban la capital de Echizen.

A lo largo del camino, los clanes de Tokuyama y Fuwa habían visto ya lo que flotaba en el aire, y muchos hombres se habían rendido a la entrada del campamento de Hideyoshi.

Hideyoshi acampó en el monte Ashiba y rodeó de tal manera el castillo de Kitanosho que no podría haberse filtrado una sola gota de agua a través de sus muros. Completado este cerco, la unidad de Kyutaro recibió la orden de atravesar una sección de la empalizada. Entonces acercaron a Genba y Katsutoshi a los muros del castillo.

Tocando el tambor de ataque, los soldados se dirigieron a gritos a Katsuie, el cual estaba dentro del castillo.

—¡Si queréis hablar por última vez a vuestro hijo adoptivo y Genba, será mejor que salgáis para hablarles ahora!

Repitieron el mensaje dos o tres veces, pero el castillo permaneció en silencio. Katsuie no apareció, y quizá pensaba que le resultaría insoportable ver a los dos hombres. Naturalmente, la estrategia de Hideyoshi consistía en destruir la moral de los habitantes del castillo.

Durante la noche habían llegado rezagados del ejército de Katsuie, y ahora el castillo albergaba unas tres mil almas, incluidos los no combatientes.

Además, el enemigo había prendido vivos a Genba y Katsutoshi, y ni siquiera Katsuie podía dejar de pensar que había llegado su fin. Los redobles de los tambores enemigos no cesaban. Al anochecer, todas las empalizadas circundantes habían sido abiertas y las fuerzas de Hideyoshi ocupaban la zona a treinta o cuarenta varas de los muros del castillo.

Sin embargo, en el interior del castillo la situación seguía siendo apacible. Al cabo de algún tiempo cesaron los redobles de tambor. Se aproximaba la noche, y unos generales que parecían enviados entraban y salían del castillo. Tal vez se estaba preparando un intento de salvar la vida de Katsuie, o quizá los generales eran enviados que acudían a pedir la capitulación. Tales rumores se extendían, pero la atmósfera en el interior del castillo no parecía corroborar esas teorías.

La ciudadela principal, que desde el comienzo de la noche había estado envuelta en una oscuridad total, se iluminó alegremente con las luces de múltiples faroles. También se iluminaron el recinto norte y la ciudadela occidental. Incluso a intervalos brillaban las lámparas en el torreón, donde vigilaban los

soldados desesperados, en espera de la lucha.

Las tropas atacantes se preguntaban que ocurría, pero el misterio no tardó en resolverse. Ahora podían oír el redoble de los tambores junto con el sonido fluido de las flautas, y les llegaban las canciones populares con el acento de las provincias del norte.

—Los habitantes del castillo saben que ésta es su última noche y probablemente están celebrando un banquete de despedida. Qué triste.

Las tropas atacantes que estaban fuera del castillo simpatizaban con sus moradores. Tanto éstos como los que estaban fuera habían sido soldados bajo el mando de los Oda, y no había uno solo de ellos que no conociera el pasado de Katsuie. Tan sólo por ese motivo la situación era profundamente emotiva.

Un último banquete tenía lugar en el castillo de Kitanosho. Asistían más de ochenta personas, es decir, todo el clan y sus servidores de alto rango. La esposa de Katsuie y sus hijas se sentaban bajo las brillantes lámparas en medio del grupo mientras el ejército enemigo esperaba en el exterior, a corta distancia.

—¡Ni siquiera nos reunimos así para celebrar el primer día del nuevo año! —comentó alguien, y toda la familia se echó a reír—. Al amanecer comenzará el primer día de nuestra vida en el otro mundo. Esta noche será nuestra víspera de Año Nuevo en este mundo.

Los numerosos farolillos y la multitud de voces risueñas daban la impresión de que la fiesta no se diferenciaba de un banquete ordinario. Solamente la presencia de guerreros armados hacía que flotara una nube sombría en el salón.

El maquillaje y el atuendo de Oichi y sus tres hijas prestaba un aire increíblemente fresco e incluso elegante a la reunión. La hermana más pequeña sólo tenía diez años, y cuando vieron a la niña que se divertía entre las bandejas de comida y la gente ruidosa, engullendo la comida y bromeando con sus hermanas mayores, incluso los viejos guerreros a quienes no impresionaba su propia muerte inminente tenían que mirar en otra dirección.

Katsuie había bebido demasiado. Una y otra vez, cuando ofrecía una taza a alguien, revelaba su soledad al expresar el deseo de que Genba estuviera allí. Cuando oyó que alguien expresaba disgusto por el fracaso de Genba, Katsuie protestó:

—Dejad de culpar a Genba. Este desastre se debe únicamente a mis errores. Cuando os oigo culpar a Genba, me siento peor que si me atacaran.

Se ocupaba personalmente de servir a todos y distribuyó el mejor sake del almacén entre los guerreros de servicio en las torres. Con el sake les transmitió este mensaje: «Despedíos a vuestra satisfacción. Recitar poemas sería muy oportuno».

Se oían canciones procedentes de las torres, y voces rientes llenaban la estancia. Los tambores tocaban delante de Katsuie y los abanicos plateados de los danzarines trazaban líneas elegantes en el aire.

—Hace mucho tiempo, el señor Nobunaga se levantaba para bailar a la menor provocación e intentaba obligarme a hacer lo mismo, pero siempre me avergonzaba mi torpeza —recordó Katsuie—. ¡Qué penoso! Debería haber aprendido por lo menos una danza para esta noche.

En el fondo de su corazón debía de haber añorado realmente a su antiguo señor. Y había algo más. Aunque un simple soldado con cara de mono le había llevado a aquella situación desesperada, era cierto que confiaba secretamente en que por lo menos su muerte sería gloriosa.

Sólo tenía cincuenta y tres años. Como general, debería tener su futuro por delante, pero ahora su única esperanza era una muerte noble.

El sake circulaba, los hombres consumían taza tras taza y en el transcurso de la noche se vaciaron numerosos barriles. Entonaban canciones con el acompañamiento de tambores y se sucedían las danzas con abanicos plateados, los gritos alegres y las voces rientes, pero nada de lo que hacían podía disipar por completo la atmósfera de pesar.

De vez en cuando, un silencio glacial y el humo negro que vertían en la noche las lámparas de llama vacilante exponían en las caras de los ochenta hombres bebidos un color pálido que no tenía nada que ver con el sake. Las lámparas mostraban que era medianoche, pero el banquete continuaba. Las hijas de Oichi se apoyaron en su regazo y empezaron a dormir. Al parecer, el banquete se había vuelto demasiado aburrido para ellas.

En algún momento la hija más pequeña había utilizado el regazo materno como almohada y ahora dormía apaciblemente. Mientras Oichi acariciaba el cabello de su hija, se esforzaba por contener las lágrimas. La hija mediana también empezó a amodorrarse. Sólo la mayor, Chacha, parecía comprender lo que pensaba su madre. Sabía cuál era el motivo del banquete nocturno y, no obstante, se las arreglaba para parecer serena.

Las niñas eran hermosas y las tres se parecían a su madre, pero Chacha estaba especialmente dotada con el porte aristocrático propio de los Oda. La combinación de su juventud y su belleza natural sólo podía entristecer al espectador.

—Es tan inocente —dijo Katsuie de repente, mirando el rostro dormido de la niña más pequeña. Entonces habló con la señora Oichi sobre el destino de las niñas—. Tu categoría es la de hermana del señor Nobunaga y todavía no ha transcurrido un año desde que te convertiste en mi esposa. Sería mejor que cogieras a las niñas y salieras del castillo antes del amanecer. Haré que Tominaga os acompañe al campamento de Hideyoshi. —Oichi le respondió con lágrimas en los ojos.

—¡No! —exclamó en voz trémula—. Cuando una mujer entra a formar parte de la familia de un guerrero, está resuelta a aceptar su propio karma. Decirme que abandone ahora el castillo es demasiado frío, y es impensable que vaya a implorar al campamento de Hideyoshi, pidiéndole que me perdone la vida.

Miraba a Katsuie, sacudiendo la cabeza detrás de la manga alzada, pero él lo intentó de nuevo.

—No, no. Es un placer pensar que me eres tan fiel cuando nuestra relación es aún tan reciente, pero las tres niñas son hijas del señor Asai. Más aun, Hideyoshi no será cruel con la hermana del señor Nobunaga y sus hijas. Así pues, debes marcharte, y hacerlo en seguida. Ve a prepararte.

Katsuie llamó a uno de sus servidores y le dio instrucciones. Pero Oichi sacudía la cabeza y se negaba a moverse.

—Pero aunque estéis tan decidida —le dijo finalmente el servidor—, ¿pueden abandonar el castillo estas niñas inocentes por lo menos, como desea mi señor?

Oichi pareció estar de acuerdo. Despertó a la menor, que dormía en su regazo, y dijo a las tres que iban a enviarlas fuera del castillo.

Chacha se aferró a su madre.

—No quiero ir, no quiero ir. ¡Quiero quedarme contigo, madre!

Katsuie le habló y su madre intentó persuadirla, pero no podían detener sus lágrimas de

desesperación. Finalmente se la llevaron y la obligaron a salir del castillo contra su voluntad. Los sollozos de las tres niñas eran audibles mientras se alejaban. Ya estaba cerca la cuarta guardia de la noche y la triste fiesta había terminado. Los guerreros se apresuraron a atarse de nuevo las correas de cuero de sus armaduras, empuñaron sus armas y empezaron a dispersarse hacia sus puestos finales, aquellos que serían los lugares de su muerte.

Katsuie, su esposa y los demás miembros del clan pasaron juntos al interior de la ciudadela principal.

Oichi pidió que le trajeran un pequeño escritorio y empezó a moler la tinta para escribir su poema de muerte. Katsuie también dejó un poema.

Mientras que la noche era la misma en todas partes, no era igual para todo el mundo. El alba era totalmente distinta para los vencedores y los vencidos.

—Aseguraos de que hemos tomado las murallas circundantes cuando el cielo se vuelva blanco —ordenó Hideyoshi, y entonces esperó pacientemente a que amaneciera.

La ciudad también estaba relativamente en calma. Dos o tres lugares eran pasto de las llamas, incendios que no se debían a los soldados de Hideyoshi, sino que con toda probabilidad habían sido causados accidentalmente por los confusos habitantes del pueblo, y, puesto que servían como hogueras que iluminarían los ataques por sorpresa de los soldados del castillo, se les dejó arder toda la noche.

Varios generales habían entrado y salido del aposento de Hideyoshi desde el crepúsculo hasta medianoche, y por ello se comentaba que, o bien estaban preparando un movimiento para salvar la vida de Katsuie, o bien el castillo no tardaría en capitular. Sin embargo, incluso después de medianoche, no se produjo cambio alguno en la estrategia original de la batalla.

La rápida actividad en todos los campamentos significaba que el amanecer estaba próximo y pronto sonaría la caracola. Los redobles de tambor empezaron a hendir la niebla y reverberaron con estrépito en todo el campamento.

El asalto dio comienzo precisamente a la hora del tigre, tal como se había planeado, con una andanada disparada por las tropas que estaban frente al castillo.

La reverberación de los estampidos en la niebla producía una sensación de misterio, pero de repente cesaron tanto los disparos como los gritos de guerra de la vanguardia.

En aquel momento, un jinete solitario se abrió paso entre la niebla, fustigando a su caballo desde la posición de Kyutaro hacia el escabel de campaña de Hideyoshi. Detrás de él corría un solo samurai enemigo y tres muchachas.

—¡No disparéis! ¡Detened el ataque! —gritaba el jinete.

Las fugitivas eran, por supuesto, las sobrinas de Nobunaga. Los soldados, que ignoraban quiénes eran, contemplaron las seis anchas y elegantes mangas que se deslizaban entre la niebla. La hermana mayor sujetaba la mano de la mediana y ésta, a su vez, cogía la de la pequeña. Avanzaban de puntillas por el camino pedregoso. Se consideraba como la etiqueta apropiada de los fugitivos que se protegieran muy poco los pies, y las princesitas no eran ninguna excepción y caminaban sin más que unos gruesos calcetines de seda.

La más pequeña se detuvo y dijo que quería regresar al castillo. El samurai que las había acompañado desde el castillo la tranquilizó cargándosela a la espalda.

—¿Adonde vamos? —preguntó la chiquilla, estremecida.

—Vamos a reunimos con un hombre simpático —respondió Shinroku.

—¡No! ¡No quiero ir! —gritó ella.

Sus hermanas mayores hicieron lo posible por tranquilizarla.

—Nuestra madre vendrá más tarde. ¿No es cierto, Shinroku?

—Sí, claro que sí.

Charlando de esta guisa, por fin llegaron al pinar donde Hideyoshi había instalado su campamento.

Hideyoshi salió del cercado con cortinas y se quedó bajo un pino, viéndolas acercarse. Entonces fue a su encuentro.

—Todas tienen el parecido familiar —dijo cuando estuvo cerca.

¿Evocaba la figura de Nobunaga o la de Oichi? Fuera cual fuese, estaba del todo encantado y sólo podía musitar que eran buenas niñas. Una elegante borla colgaba de la manga color ciruela de Chacha. Una faja roja resaltaba contra la manga de la hermana mediana, bordada con un audaz diseño. La niña más pequeña iba vestida con no menos elegancia que sus hermanas. Cada una tenía una pequeña bolsa perfumada con palo de áloe y una campanilla dorada.

—¿Qué edad tenéis? —les preguntó Hideyoshi.

Ninguna de las tres le respondió, y sus labios se volvieron tan blancos que parecía como si estuvieran a punto de echarse a llorar.

Hideyoshi, tras reírse un poco, se dirigió a ellas sonriendo.

—No tenéis nada que temer, mis pequeñas princesas. A partir de ahora podéis jugar conmigo.

Al decir esto último se señaló la nariz. La hermana mediana se rió un poco, quizá porque era la única a quien Hideyoshi le recordaba un mono.

Pero de repente los disparos y los gritos de guerra estremecieron la zona incluso con más fuerza que antes y abarcaron todo el perímetro del castillo. Había empezado a salir el sol.

Las princesitas vieron el humo que se alzaba de las murallas del castillo y empezaron a gritar y llorar llenas de confusión.

Los dos fosos a lo largo de los muros exteriores, que recibían las aguas del río Kuzuryu, no permitían a las tropas atacantes una fácil aproximación.

Sin embargo, cuando por fin pudieron cruzar el foso exterior, los soldados del castillo habían prendido fuego al puente en el portal principal. Las llamas saltaron a la torre por encima del portal y se extendieron a la zona de los cuarteles. La resistencia de los defensores era más denodada de lo que habían previsto los atacantes.

A mediodía cayó la parte externa del castillo. Los atacantes fluían a la ciudadela principal desde todos los portales.

Katsue y sus vasallos de alto rango habían ido al torreón, donde resistirían hasta el final. El imponente torreón era un edificio de nueve plantas con puertas de hierro y columnas de piedra.

Al cabo de dos horas de lucha en el torreón, los soldados atacantes habían sufrido muchas más bajas que durante toda la mañana. El patio y la torre eran un mar de llamas. Hideyoshi ordenó una retirada temporal. Tal vez porque veía que su avance era escaso, retiró a todos los cuerpos de ejército.

Durante ese tiempo seleccionó a varios centenares de valientes guerreros. Ninguno llevaría armas de fuego, sino sólo espadas y lanzas.

—¡Ahora vamos a conseguirlo! ¡Abríos camino en la torre!

El cuerpo de lanceros especialmente seleccionado envolvió de inmediato la torre como un enjambre

de avispas y pronto lograron penetrar.

Humo negro como el azabache surgió de la tercera planta, luego de la cuarta y a continuación de la quinta.

—¡Bien! —exclamó Hideyoshi cuando un enorme paraguas de llamas brotó de los aleros multifacetados de la torre.

Ese instante señaló el final de Katsuie. Éste y los ochenta miembros de su casa resistieron a los atacantes en las plantas tercera y cuarta del torreón y lucharon hasta el mismo final, resbalando en la sangre derramada. Pero entonces le llamaron tres miembros de su familia.

—¡Preparaos en seguida, mi señor!

Katsuie subió corriendo a la quinta planta, donde se reunió con la señora Oichi. Tras ser testigo de la muerte de ésta, Shibata Katsuie puso fin a su vida abriéndose el abdomen.

Era la hora del mono, El torreón ardió durante toda la noche. Los magníficos edificios que se habían alzado en las orillas del río Kuzuryu desde los tiempos de Nobunaga ardieron como una pira fúnebre de innumerable sueños pasados y un millar de almas. Sin embargo, no se encontraron entre las cenizas restos que pudieran atribuirse a Katsuie.

Dijeron que había colocado hierba seca en el torreón con un cuidado minucioso, de modo que su cuerpo ardiera completamente, y por esa razón no fue posible ofrecer la cabeza de Katsuie como prueba de su muerte. Durante cierto tiempo algunos sostuvieron que Katsuie había escapado, pero Hideyoshi reaccionó con una indiferencia casi completa a tales rumores. Al día siguiente ya se había puesto camino de Kaga.

\* \* \*

El castillo de Oyama en Kaga había sido hasta el día anterior el cuartel general de Sakuma Genba. Cuando llegó la noticia de la caída de Kitanosho, los habitantes de la zona comprendieron el cariz que habían tomado las cosas y se rindieron a Hideyoshi. Éste entró en el castillo de Oyama sin lucha. Pero cuantas más batallas ganaban sus ejércitos, tanto más les advertía él sobre la gravedad de la situación y les prevenía contra la relajación de la disciplina militar. Su propósito era el de intimidar de una vez por todas a los excelentes guerreros de Shibata y sus aliados.

Sassa Narimasa, perteneciente al castillo de Toyama, era uno de esos guerreros. Era un firme defensor de los Shibata y despreciaba por completo a Hideyoshi. Desde el punto de vista del linaje, Sassa estaba muy por encima de Hideyoshi. Durante la campaña del norte, había sido el segundo en el mando después de Katsuie, y en la campaña contra Hideyoshi su señor le pidió que no interviniera, no sólo con el fin de contener al clan Uesugi, sino también para ocuparse de los asuntos internos en el norte.

«Sassa está aquí.» Ésa era la postura que adoptaba al mirar furibunda desde el castillo, firme en su custodia de las provincias del norte. Aun cuando Katsuie ya hubiera perecido y Kitanosho caído, existía una posibilidad de que, dada su ferocidad natural y el manifiesto desagrado que sentía por Hideyoshi, Sassa hiciera un esfuerzo desesperado para sustituir a Katsuie y prolongar la guerra por todos los medios posibles. Y ciertamente pensaba hacer tal cosa, combinando sus tropas frescas con las restantes de Shibata.

Hideyoshi no se le enfrentó expresamente. El mismo volumen de su ejército era una demostración de

su poder, y decidió dejar que la presencia de sus soldados persuadiera a Sassa de que debía reconsiderar su posición. Entretanto abordó al clan Uesugi con una invitación para formar una alianza. Uesugi Kagekatsu envió a un servidor para que felicitara a Hideyoshi por su victoria y respondiera afirmativamente a su oferta.

Habida cuenta de la relación en apariencia amistosa entre Hideyoshi y el clan Uesugi, a Sassa Narimasa le resultaba imposible planear una batalla de resistencia. Así pues, disimuló sus intenciones y finalmente declaró su sumisión a Hideyoshi. Entonces casó a su hija con el segundo hijo de Inuchiyo, Toshimasa, y se instaló aliviado en su propia provincia. De esta manera la zona al norte de Kitanosho quedó pacificada sin que apenas hubiera sido necesario luchar.

Tras haber asegurado el norte, el ejército victorioso de Hideyoshi regresó al castillo de Nagahama el día del Festival de los Muchachos, el cinco del quinto mes.

En Nagahama Hideyoshi escuchó los informes de la situación en Gifu. Después de Kitanosho, el castillo de Gifu era el principal origen de los ataques contra Hideyoshi, pero tras la gran derrota de los Shibata el espíritu marcial de Nobutaka y sus soldados se había achicado notablemente. Para empeorar las cosas, el castillo de Nagahama cobijaba a muchos servidores de Gifu que habían abandonado a Nobutaka para pasarse al bando de Hideyoshi. Al final la situación había llegado a ser tan extrema que sólo veintisiete hombres permanecían con Nobutaka.

Debido a que Nobutaka había confiado especialmente en los Shibata, para él su destrucción era afín a cortar las raíces de una planta. Todos sus hombres, excepto sus favoritos, le abandonaron. Nobuo reunió a sus fuerzas y rodeó el castillo de Nobutaka. Envío un mensaje diciendo que su hermano debería ir a Owari.

Nobutaka abandonó el castillo de Gifu, abordó un barco y desembarcó en Utsumi, localidad de Owari. Uno de los ayudantes de Nobuo se presentó ante Nobutaka con la orden de que se hiciera el seppuku, y, pensando que había llegado su hora, escribió serenamente sus últimas palabras y se quitó la vida. Así fue su propio hermano el causante de la muerte de Nobutaka, pero el hombre que estaba detrás de su muerte era Hideyoshi. Ni que decir tiene, Hideyoshi era reacio a atacar con su propio ejército a Nobutaka, tan íntimamente relacionado con Nobunaga, y por eso recurrió a Nobuo.

En cualquier caso, no podemos dudar de la mediocridad de Nobuo y Nobutaka. Si se hubieran entendido como hermanos, o si cualquiera de ellos se hubiera distinguido por su valentía y hubiese sido capaz de percibir la corriente de los tiempos, no habrían experimentado al final semejante derrumbe. Comparado con Nobuo, que mostraba una estupidez bonachona, Nobutaka era un poco más valeroso. Pero en el fondo no era mucho más que un farolero incompetente.

Aquel séptimo día Hideyoshi partió hacia Azuchi, y el día once se detuvo en el castillo de Sakamoto. Takigawa Kazumasu también se rindió en Ise. Hideyoshi le concedió una provincia en Omi que rentaba cinco mil fanegas. No osó interrogar a Kazumasu acerca de sus pasados delitos.



# LIBRO DIEZ

ONCEAVO AÑO DE TENSHO  
1583

# Personajes y lugares

Gamo Ujisato, servidor de alto rango de Oda  
Nakagawa Kanemon, comandante del castillo de Inuyama  
Ikeda Yukisuke, hijo de Shonyu  
Bitō Jinemon, servidor de Hideyoshi  
Mori Nagayoshi, cuñado de Ikeda Shonyu  
Sakai Tadatsugu, servidor de alto rango de Tokugawa  
Honda Heihachiro, servidor de alto rango de Tokugawa  
Ii Hyobu, servidor de alto rango de Tokugawa  
Miyoshi Hidetsugu, sobrino de Hideyoshi  
Oda Nobuteru, tío de Nobuo  
Ise, provincia de Oda Nobuo  
Nagashima, castillo principal de Oda Nobuo  
Ogaki, castillo de Ikeda Shonyu  
Monte Komaki, posición fortificada mantenida por Ieyasu  
Gakuden, campamento principal de Hideyoshi  
Okazaki, castillo de Tokugawa Ieyasu  
Osaka, nuevo castillo de Hideyoshi

# Los pecados del padre

Tan sólo en un año Hideyoshi había llegado con tal rapidez a una posición tan elevada que incluso él estaba sorprendido. Había derrotado a los Akechi y los Shibata, Takigawa y Sassa se arrodillaban ante él, gozaba de la confianza de Niwa e Inuchiyo había demostrado que era leal a su antigua amistad.

Ahora Hideyoshi controlaba casi todas las provincias que Nobunaga había conquistado. Incluso su relación con provincias situadas fuera de la esfera de influencia de Nobunaga había sufrido un cambio completo. Los Mori, que durante dos años se resistieron obstinadamente a los planes de hegemonía de Nobunaga, habían firmado un tratado de alianza y enviado rehenes.

Sin embargo, había un hombre que seguía siendo una incógnita: Tokugawa Ieyasu. No se producía ninguna comunicación entre ellos desde hacía algún tiempo. Permanecían en silencio, como malos jugadores de ajedrez cada uno de los cuales esperase que su adversario hiciera una buena jugada.

Finalmente una iniciativa diplomática de Ieyasu rompió el silencio, poco después del regreso de Hideyoshi a Kyoto el día veintiuno del quinto mes. El general más veterano de Ieyasu, Ishikawa Kazumasa, visitó a Hideyoshi en el castillo de Takaradera.

—He venido para transmitir las felicitaciones del señor Ieyasu. Vuestra gran victoria ha traído la paz a la nación.

Con este anuncio solemne, Kazumasa ofreció a Hideyoshi un valioso recipiente antiguo de té llamado *hatsuhana*.

Hideyoshi se había convertido en un incondicional de la ceremonia del té, y le encantó recibir el precioso regalo, pero también era evidente que le satisfacía incluso más haber recibido semejante muestra de cortesía de Ieyasu. Kazumasa tenía la intención de regresar a Hamamatsu aquel mismo día, pero Hideyoshi le retuvo.

—No tenéis que apresuraros —le dijo—. Quedaos dos o tres días. Le diré al señor Ieyasu que he insistido, en especial porque mañana tenemos una pequeña celebración familiar.

Lo que Hideyoshi llamaba «una pequeña celebración familiar» era el banquete para celebrar su investidura con un nuevo título cortesano, que era el sello de la aprobación imperial de su política doméstica y sus éxitos militares. También anunciaría la construcción de un nuevo y gran castillo en Osaka.

El banquete duró tres días. Una columna de invitados que parecía interminable se encaminó al castillo, y las estrechas calles del pueblo estaban atascadas por los carruajes de los cortesanos, sus sirvientes y caballos.

Kazumasa se vio obligado a admitir que el manto de Nobunaga había llegado a descansar en los hombros de Hideyoshi. Hasta aquel día había creído firmemente que sería su señor, Ieyasu, quien sucedería a Nobunaga, pero el tiempo que pasó en compañía de Hideyoshi le hizo cambiar de idea. Cuando comparaba las provincias de Hideyoshi e Ieyasu y reflexionaba en las diferencias entre sus tropas, llegaba a la triste conclusión de que el dominio de los Tokugawa era todavía un pequeño puesto de avanzada provincial en el este de Japón.

Al cabo de unos días, Kazumasa anunció su intención de marcharse, y Hideyoshi le acompañó hasta Kyoto. Cuando cabalgaban, Hideyoshi se volvió en la silla de montar y miró atrás. Hizo una seña a Kazumasa, que cabalgaba a cierta distancia detrás de él, para que se acercara. Como vasallo de otro

clan, Kazumasa había sido recibido con la cortesía debida a un invitado, pero cabalgaba con toda naturalidad detrás de Hideyoshi.

—Hemos decidido viajar juntos, y eso no significa que debemos cabalgar por separado —le dijo cordialmente Hideyoshi—. El camino de Kyoto es especialmente aburrido, así que hablemos mientras cabalgamos.

Kazumasa titubeó un momento, pero al final se colocó al lado de Hideyoshi.

—Las idas y venidas de Kyoto son un inconveniente —siguió diciendo Hideyoshi—. Así pues, este mismo año voy a trasladarme a Osaka, que está cerca de la capital.

Entonces le describió sus planes para construir un castillo.

—Habéis elegido un buen lugar en Osaka —observó Kazumasa—. Dicen que el señor Nobunaga puso sus miras en Osaka durante varios años.

—Sí, pero los monjes guerreros del Honganji estaban atrincherados allí en su templo-fortaleza, por lo que se vio obligado a instalarse en Azuchi.

No tardaron mucho en llegar a la ciudad de Kyoto, pero cuando Kazumasa estaba a punto de despedirse, Hideyoshi le detuvo de nuevo.

—No es aconsejable tomar la ruta terrestre con este calor —le dijo—. Harías mejor en cruzar el lago en barco desde Otsu. Almorcemos con Maeda Geni mientras preparan la embarcación.

Se refería al hombre que había sido nombrado recientemente gobernador de Kyoto. Sin dar a Kazumasa ocasión de negarse, Hideyoshi le condujo a la mansión del gobernador. El patio había sido barrido, como si hubieran esperado al visitante, y la recepción que Geni dio a Kazumasa fue cortés en extremo.

Hideyoshi instaba continuamente a Kazumasa a que se relajara, y durante el almuerzo no hablaron más que del castillo que iba a construir.

Geni fue en busca de una gran hoja de papel y la extendió en el suelo. Estaban mostrando el plano para la construcción de un castillo a un enviado de otra provincia, y tanto el hombre que lo mostraba como el que lo examinaba parecían aprensivos de los motivos que tendría Hideyoshi para hacer gala de semejante franqueza. La única explicación aparente era que Hideyoshi se había olvidado de que Kazumasa era vasallo del clan Tokugawa, así como de cuál era su propia relación con aquel clan.

—Tengo entendido que sois todo un experto en castillos —le dijo Hideyoshi a Kazumasa—, de modo que si tenéis alguna sugerencia os ruego que me la hagáis sin dudar.

Tal como Hideyoshi había dicho, Kazumasa era un hombre muy versado en la construcción de castillos. Normalmente unos planos como aquéllos se mantendrían en secreto, pues no eran algo que se mostrara a un vasallo de una provincia rival, pero Kazumasa dejó de lado sus dudas sobre las intenciones de Hideyoshi y examinó los planos.

No se le ocultaba a Kazumasa que era poco probable que Hideyoshi hiciera algo de tamaño discreto, pero la escala del proyecto le impuso respeto. Cuando Osaka era la sede de los monjes guerreros del Honganji, su fortaleza había ocupado una extensión de mil varas cuadradas. En el plano de Hideyoshi, éstos serían los cimientos de la ciudadela principal. Se había tomado en consideración la topografía de la zona, ríos, montañas y costa marítima, se habían sopesado sus ventajas y desventajas y estudiado a fondo las dificultades relativas del ataque, la defensa y otros problemas logísticos. La ciudadela principal, así como la segunda y la tercera, estaban rodeadas por muros de tierra. El perímetro de los muros exteriores

abarcaría más de seis leguas. El edificio más elevado dentro de los muros era un torreón de cinco pisos, al que podía dotarse de aberturas desde donde disparar flechas. Las tejas del tejado serían de hoja de oro.

El asombrado Kazumasa sólo podía maravillarse en silencio de lo que tenía ante sí. Pero lo que estaba mirando no era más que una parte del proyecto. El foso que rodeaba al castillo tomaba sus aguas del río Yodo. Como la próspera ciudad mercantil de Sakai estaba muy cerca, Osaka conectaba con numerosas rutas mercantiles hacia China, Corea y el sudeste asiático. Las cercanas cadenas montañosas de Yamato y Kawachi formaban una muralla natural defensiva. Las carreteras de Sanin y Sanyo conectaban Osaka con las rutas marítimas y terrestres de Shikoku y Kyushu y la convertían en el portal de acceso a todas las regiones distantes. Como sede del castillo más importante del país y lugar desde donde gobernar a la nación, Osaka era muy superior al Azuchi de Nobunaga. Kazumasa no detectó ninguna carencia en el proyecto.

—¿Qué os parece? —preguntó Hideyoshi.

—Absolutamente perfecto —replicó Kazumasa—. Es un plan en gran escala.

Honestamente, no podía decir otra cosa.

—¿Creéis que será suficiente?

—El día que esté terminado, será la ciudad fortificada más grande de todo el país —dijo Kazumasa.

—Eso es lo que propongo.

—¿Cuándo pensáis terminarlo?

—Quisiera mudarme antes de que finalice este año.

Kazumasa parpadeó, incrédulo.

—¿Cómo! ¿A fines de año?

—Bueno, más o menos.

—Un proyecto de construcción de esta envergadura podría requerir diez años.

—Dentro de diez años el mundo habrá cambiado y yo seré un viejo —replicó Hideyoshi, riendo—.

He ordenado a los supervisores que completen el interior del castillo, incluida la decoración, en tres años.

—Me temo que no les será fácil a los artesanos y peones trabajar a ese ritmo. Y las cantidades de piedra y madera que necesitaréis serán inmensas.

—Voy a traer madera de veintiocho provincias.

—¿Cuántos peones necesitaréis?

—De eso no estoy seguro. Supongo que harán falta más de cien mil. Según mis oficiales, serán necesarios unos sesenta mil hombres que trabajarán a diario durante tres meses sólo para excavar los fosos interior y exterior.

Kazumasa guardó silencio. Le deprimía reflexionar en la gran diferencia entre aquel proyecto y los castillos de Okazaki y Hamamatsu en su propia provincia. Pero ¿sería Hideyoshi realmente capaz de traer las enormes piedras que necesitaba a Osaka, una región que carecía por completo de canteras? ¿Y dónde, en aquellos tiempos difíciles, creía que iba a encontrar las sumas enormes para costear el proyecto? Se preguntó si los grandes planes de Hideyoshi no eran en realidad más que jactancia.

En aquel momento algo importante pareció ocurrírsele a Hideyoshi, pues llamó a su secretario y empezó a dictarle una carta. Olvidándose por completo de que Kazumasa estaba allí, examinó lo escrito,

asintió y empezó a dictar otra carta. Aun cuando Kazumasa no hubiera querido escuchar lo que decía, Hideyoshi estaba delante de él y no podía evitar oír sus palabras. Parecía dictar una carta en extremo importante para el clan Mori.

Una vez más Kazumasa se sintió azorado y apenas sabía qué hacer.

—Vuestros asuntos oficiales parecen ser bastante urgentes —le dijo—. ¿Me retiro?

—No, no, eso no será necesario. En seguida termino.

Hideyoshi siguió dictando. Había recibido una carta de un miembro del clan Mori felicitándole por su victoria contra los Shibata. Ahora, con el pretexto de informar sobre la batalla de Yanagase, exigía que su corresponsal definiera su propia actitud con respecto al futuro de su clan. Era una carta personal, y de extrema importancia.

Kazumasa se sentaba a su lado, contemplando en silencio los bosquecillos de bambú, mientras Hideyoshi dictaba:

—Si hubiera dado a Katsue un momento de descanso, habría necesitado mucho más tiempo para derrotarle. Pero el destino de Japón estaba en la balanza, por lo que tuve que resignarme a la pérdida de mis hombres. Ataqué el castillo principal de Katsue en la segunda mitad de la hora del tigre, y a la hora del caballo tomé la ciudadela.

Cuando dictó las palabras «el destino de Japón» le brillaban los ojos como lo habían hecho cuando cayó el castillo. Entonces la carta tomó un giro que llamaría fuertemente la atención del clan Mori sobre las palabras de Hideyoshi: «Sería infructuoso que movilizáramos nuestras tropas, pero si es necesario visitaré personalmente vuestra provincia para determinar la cuestión de las fronteras. Así pues, es importante que seáis discretos y decidáis no provocarme».

Sin darse cuenta, Kazumasa miró a Hideyoshi y se maravilló de la audacia de aquel hombre. Allí estaba Hideyoshi, dictando unas palabras muy francas, casi como si estuviera sentado con las piernas cruzadas ante su corresponsal y charlando amistosamente con él. ¿Era arrogante o tan sólo ingenuo?

—Pero los Hojo en el este y los Uesugi en el norte me han confiado asuntos para que los resuelva. Si también vosotros estáis dispuestos a dejarme actuar libremente, el gobierno de Japón será mejor de lo que ha sido desde los tiempos antiguos. Pensad a fondo en ello, dedicándole vuestra atención personal. Si tenéis alguna objeción, os ruego que me la hagáis saber antes del séptimo mes. Es esencial que transmitáis todo esto en detalle al señor Mori Terumoto.

Kazumasa contemplaba los bambúes agitados por la brisa, pero estaba absolutamente fascinado por las palabras de Hideyoshi. Su corazón se estremecía como las hojas de bambú sacudidas por el viento. Parecía que, para aquel hombre, incluso la tarea titánica de construir el castillo de Osaka era algo que hacía en su tiempo libre. Y declaraba, incluso al clan Mori, que si tenían objeciones deberían informarle antes del séptimo mes..., antes de que partiera de nuevo a la guerra.

Lo que sentía Kazumasa rebasaba la admiración. Estaba exhausto.

En aquel momento, un ayudante anunció que la embarcación de Kazumasa estaba preparada para hacerse a la vela. Hideyoshi se quitó una de las espadas que llevaba al cinto y la ofreció a Kazumasa.

—Puede que sea un poco vieja, pero dicen que la hoja es buena. Por favor, aceptadla como una pequeña muestra de mi aprecio.

Kazumasa la tomó y se la llevó con gesto reverencial a la frente.

Cuando salieron, la guardia personal de Hideyoshi aguardaba para escoltar a Kazumasa al puerto de

Una montaña de problemas aguardaba a Hideyoshi tanto dentro como fuera de Kyoto. Después de la batalla de Yanagase, la lucha había terminado, pero incluso aunque Takigawa se había sometido, algunos rebeldes se negaban obstinadamente a rendirse. Los restos del ejército de Ise se habían hecho fuertes en Nagashima y Kobe, y Oda Nobuo había recibido el encargo de limpiar las últimas bolsas de resistencia.

Cuando supo que Hideyoshi había regresado de Echizen, Nobuo abandonó el frente, se encaminó a Kyoto y se entrevistó con Hideyoshi aquel mismo día.

—Cuando Ise se someta, podéis ocupar el castillo de Nagashima —le dijo Hideyoshi.

Aquel príncipe tan mediocre salió de Kyoto en dirección a Ise muy animado.

Era el momento del día en que se encendían las lámparas. Los cortesanos visitantes, así como todos los demás invitados, se habían ido. Hideyoshi se bañó y poco después, cuando se había reunido para cenar con Hidekatsu y Maeda Geni, un ayudante le informó de que Hikoemon acababa de llegar.

El viento agitaba los postigos de rota y las fuertes risas de mujeres jóvenes se propagaban por el aire. Hikoemon no entró de inmediato, sino que primero se enjuagó la boca y alisó el cabello. Acababa de llegar de Uji y estaba cubierto de polvo.

Su misión había sido la de entrevistarse con Sakuma Genba, que estaba prisionero en Uji. Había parecido una misión fácil, pero en realidad era bastante difícil, como Hideyoshi sabía muy bien. Había tenido un motivo para elegir a Hikoemon.

Genba había sido capturado, pero no le habían ejecutado, y estaba encarcelado en Uji. Hideyoshi había ordenado que no le trataran rudamente ni le humillaran. Sabía que Genba era un hombre de valor sin par y que, si lo liberaban, se convertiría en un tigre furioso. Por ello le tenían constantemente bajo una estricta vigilancia.

Aun cuando Genba fuese un general enemigo cautivo, Hideyoshi se compadecía de él. Apreciaba el talento natural del joven, como le sucediera a Katsue, y creía que sería lamentable condenarle a muerte. Así pues, poco después de que regresara a Kyoto, Hideyoshi envió un mensajero para que le expresara sus sentimientos e intentara razonar con Genba.

—Ahora Katsue ya no está —empezó a decirle el mensajero—, y en lo sucesivo debéis pensar que Hideyoshi ocupa su lugar. Si así lo hacéis, seréis libre para regresar a vuestra provincia natal y vuestro castillo.

Genba se echó a reír.

—Katsue era Katsue. Es imposible que Hideyoshi le sustituya. Katsue ya se ha suicidado, y yo no pienso seguir en este mundo. Jamás serviré a Hideyoshi, aunque me diera el dominio de toda la nación.

Hikoemon fue el segundo mensajero. Había emprendido su misión sabiendo que sería difícil, y, en efecto, no había logrado que Genba cambiara de idea.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Hideyoshi.

Estaba sentado, envuelto en el humo denso contra los mosquitos que se alzaba de un incensario de plata.

—No estaba interesado —replicó Hikoemon—. Sólo me imploró que le cortara la cabeza.

—Si tal ha sido su única respuesta, no sería compasivo seguir insistiendo.

Hideyoshi pareció abandonar la idea de persuadir a Genba, y los surcos de su rostro desaparecieron de repente.

—Sé lo que estabais esperando, mi señor, pero me temo que no he sido un mensajero muy competente.

—No es necesario que te disculpes —le consoló Hideyoshi—. Aunque Genba sea un prisionero, no se inclinará ante mí para salvar su vida. Su sentido del honor es sobresaliente. Lamento perder a un hombre con esa clase de fortaleza y determinación. Si le hubieras persuadido y hubiera venido para cambiar de lealtad, es posible que tan sólo eso me hubiera hecho perder mi respeto por él. —Entonces añadió—: Eres un samurai y lo sabes bien en el fondo de tu corazón. Así pues, es comprensible que no hayas podido hacerle cambiar de idea.

—Perdonadme.

—Siento haberte causado esta molestia. Pero ¿no dijo Genba nada más?

—Le pregunté por qué no había preferido morir en el campo de batalla, en vez de huir a las montañas y ser capturado por unos campesinos. También le pregunté por qué permanece en cautividad, esperando ser decapitado, en vez de suicidarse.

—¿Y qué te respondió?

—Me preguntó si creía que el seppuku o morir en combate son los actos de valor más grandes de un samurai, y entonces me dijo que él tenía una opinión diferente: creía que un guerrero debe hacer cuanto pueda por sobrevivir.

—¿Y qué más?

—Cuando huyó de la batalla en Yanagase, no sabía si Katsue estaba vivo o muerto, por lo que trataba de regresar a Kitanosho para participar en la planificación de un contraataque. Sin embargo, por el camino el dolor de sus heridas se hizo insoportable y se detuvo en una granja para pedir moxa.

—Es triste..., muy triste.

—También dijo con mucha calma que había soportado la vergüenza de ser capturado vivo y encarcelado, de modo que si los guardianes se descuidaban, podría haber escapado, acecharos y quitaros la vida. De esa manera habría mitigado la cólera de Katsue y pedirle perdón por el error que cometió al penetrar en las líneas enemigas en Shizugatake.

—Ah, qué vergüenza... —Lágrimas de compasión afloraron a los ojos de Hideyoshi—. Haber utilizado mal a un hombre, enviándole a la muerte..., ése fue el error de Katsue. Bien, aceptaremos sus deseos y le permitiremos morir con dignidad. Ocúpate de ello, Hikoemon.

—Comprendo, mi señor. ¿Mañana, entonces?

—Cuanto antes mejor.

—¿Y el lugar?

—Uji.

—¿Habrá que exhibirlo primero?

Hideyoshi reflexionó un momento.

—Supongo que tal sería el deseo de Genba. Ejecutadlo en un campo de Uji tras haberle exhibido por la capital.

Al día siguiente Hideyoshi dio dos kimonos de seda a Hikoemon, poco antes de que éste partiera



hacia Uji.

—Supongo que las ropas de Genba estarán sucias. Dale estas ropas como prendas para la muerte.

Aquel día Hikoemon cabalgó de nuevo a Uji para entrevistarse con Genba, quien estaba ahora en confinamiento solitario.

—El señor Hideyoshi ha ordenado que seáis paseado por Kyoto y luego decapitado en un campo de Uji, tal como habéis deseado —le dijo.

Genba no pareció afligido en modo alguno.

—Se lo agradezco —replicó cortésmente.

—El señor Hideyoshi también os proporciona estas ropas.

Genba miró los kimonos y dijo:

—Agradezco sinceramente la amabilidad del señor Hideyoshi, pero no creo que el blasón y el corte me convengan. Devolvédseles, por favor.

—¿No os convienen?

—Éstas son prendas que se pondría un soldado de a pie.

Para mí, el sobrino del señor Katsuie, que la gente de la capital me viera vestido así sólo deshonraría a mi difunto tío. Las ropas que llevo puede que sean harapos, pero aunque estén todavía sucias del combate, preferiría que me exhibierais vestido con ellas. No obstante, si el señor Hideyoshi me permite llevar un nuevo kimono, quisiera algo un poco más adecuado.

—Se lo pediré. ¿Cuál es vuestro deseo?

—Una chaqueta roja de amplias mangas con un diseño atrevido. Debajo un kimono de seda roja con bordado de plata. —Genba no se mordía la lengua—. No es ningún secreto que me capturaron unos campesinos, los cuales me ataron y enviaron aquí. Sufro la vergüenza de haber sido capturado vivo. Mi propósito era el de cortarle la cabeza al señor Hideyoshi, para tampoco pude conseguir eso. Cuando me lleven al lugar de la ejecución, supongo que causaré cierta excitación en la capital. Lamento llevar un mísero atuendo de seda como éste, pero si he de llevar uno mejor, quiero que sea como las vistosas ropas que llevaba en el campo de batalla, con un estandarte a la espalda. Además, y como prueba de que no siento rencor porque me aten, quisiera que me ataran delante de todo el mundo cuando suba a la carreta.

La franqueza de Genba era realmente uno de sus rasgos más simpáticos. Cuando Hikoemon contó cuáles eran los deseos de Genba a Hideyoshi, éste ordenó que le enviaran las prendas de inmediato.

Llegó el día de la ejecución de Genba. El prisionero se bañó y ató la cabellera. Entonces se puso el kimono rojo y, encima, el manto de anchas mangas con un diseño de grandes trazos. Tendió las manos para que se las ataran y subió a la carreta. Aquel año había cumplido los treinta, y era un hombre tan apuesto que todo el mundo lamentaba su muerte.

La carreta recorrió las calles de Kyoto y luego regresó a Uji, donde extendieron una piel de animal en el suelo.

—Vos mismo podéis abriros el vientre —le ofreció a Genba el verdugo.

Le tendieron una espada corta, pero Genba sólo se rió.

—No es necesario que me hagáis concesiones.

No le desataron las manos y fue decapitado.

\*

\*

\*

El sexto mes estaba próximo a su fin.

—La construcción del castillo de Osaka debe de estar avanzada —dijo Hideyoshi—. Vamos a echar un vistazo.

Cuando llegó, los hombres encargados del proyecto le explicaron lo que habían hecho hasta entonces. Estaban llenando la marisma en Naniwa, y ya habían excavado canales a lo largo y ancho de aquella extensión. En el lugar que ocuparía la ciudad fortificada empezaban a aparecer las tiendas improvisadas de los mercaderes. Mirando en la dirección del mar, en el puerto de Sakai y la desembocadura del río Yasuji, se veían centenares de barcos que transportaban piedras, y sus velas hinchadas casi se tocaban. Hideyoshi se detuvo en el lugar donde se construiría la ciudadela principal y, mirando hacia tierra, vio los millares de peones y artesanos de todos los oficios. Aquellos hombres trabajaban día y noche por turno, de modo que la construcción no cesara nunca.

Habían reclutado peones de todos los clanes. Cuando un señor se mostraba negligente en el envío de la cuota asignada, era severamente castigado al margen de su categoría. Había una línea de mando de subcontratistas, capataces y subcapataces para cada oficio en cada puesto de trabajo. Los encargados tenían claramente definidas sus responsabilidades. Si alguien fallaba, era decapitado de inmediato. Los samurais de cada clan que servían como inspectores no aguardaban el castigo sino que cometían el seppuku sobre la marcha.

Pero la mayor preocupación que Hideyoshi tenía ahora era Ieyasu. Durante toda su vida había pensado en secreto que el hombre más formidable de la época, aparte del señor Nobunaga, era Ieyasu. Y dada su ostentosa ascensión al poder, imaginaba que sería casi imposible evitar un enfrentamiento con él.

Durante el octavo mes, ordenó a Tsuda Nobukatsu que llevara a Ieyasu el regalo de una famosa espada obra de Fudo Kuniyuki.

—Dile al señor Ieyasu que me satisfizo enormemente la famosa e incomparable pieza de cerámica que me ofreció cuando le envié a Ishikawa Kazumasa.

Hacia comienzos de mes, Nobukatsu partió hacia Hamamatsu y regresó alrededor del día diez.

—La hospitalidad del clan Tokugawa ha sido tal que casi me sentía incómodo —informó—. Me han colmado de atenciones.

—¿Parecía el señor Ieyasu gozar de buena salud?

—Sí, parecía estar perfectamente.

—¿Y qué me dices de la disciplina de sus servidores?

—Tenían una cualidad que no se ve en otros clanes... Daban la impresión de ser indomables.

—Tengo entendido que emplea también a gran número de recién llegados.

—Muchos de ellos parecen ser antiguos servidores de los Takeda.

Durante esta conversación con Nobukatsu, Hideyoshi reparó de repente en el contraste entre su propia edad y la de Ieyasu. Ciertamente era mayor que este último. Ieyasu tenía cuarenta y un años y él cuarenta y seis..., una diferencia de cinco años. Pero Ieyasu, que era más joven, le hacía reflexionar mucho más de lo que le hiciera Shibata Katsue, varios años mayor que él.

No obstante, todo esto permanecía oculto en su corazón. Exteriormente no había la menor señal de que, poco después de las hostilidades con los Shibata, previese una batalla más. Y esto es tanto como decir que la relación entre los dos hombres parecía ser totalmente satisfactoria. El décimo mes Hideyoshi solicitó al emperador que concediera a Ieyasu un grado cortesano superior.

El señor Samboshi, que vivía en Azuchi, sólo tenía cuatro años. Varios señores provinciales acudieron a felicitarle en el Año Nuevo, presentarle sus respetos y rogar por el mantenimiento de su salud.

—Perdonadme, señor Shonyu...

—Vaya, señor Gamo, qué casualidad.

Los dos hombres se habían encontrado imprevistamente ante el gran salón de la ciudadela principal. Uno de ellos era Ikeda Shonyu, el cual había sido trasladado desde Osaka al castillo de Ogaki a fin de hacer sitio para Hideyoshi. El otro era Gamo Ujisato.

—Cada vez que os veo parecéis más saludable —comentó Gamo—. Eso es lo mejor que uno puede desear.

—No creáis, mi salud corre pareja con los años, pero en fin, hemos estado ocupados. Llevo varias noches sin poder dormir, ni siquiera en Ogaki.

—Tenéis la carga adicional de hallaros al frente de la construcción del castillo de Osaka, señor Shonyu.

—Esa clase de trabajo es apropiada para hombres como Matsuda e Ishida, pero no para los militares como nosotros.

—No estoy de acuerdo. El señor Hideyoshi no le encargaría a un hombre una tarea para la que no está capacitado. Podéis estar seguro de que tiene necesidad de vos en alguna parte entre los oficiales.

—Me irrita de veras que veáis en mí esa clase de recurso —replicó Shonyu, riendo—. Por cierto, ¿qué tal vuestra salutación de Año Nuevo al joven señor?

—Acabo de salir.

—También yo me iba, por lo que es un buen momento, y hay un asunto particular del que me gustaría mucho hablaros.

—A decir verdad, nada más veros supe que también hay un asunto sobre el que me gustaría consultaros.

—Debemos de haber tenido los mismos pensamientos. ¿Dónde hablamos?

Shonyu le indicó una pequeña habitación a un lado del gran corredor.

Los dos hombres tomaron asiento en la habitación vacía. No había brasero, pero el sol de Año Nuevo que se filtraba a través de las puertas de papel correderas era cálido.

—¿Habéis oído los rumores? —preguntó Shonyu.

—Así es. Dicen que han matado al señor Nobuo, y parece ser verdad.

Shonyu frunció el ceño y suspiró. Parecía muy inquieto.

—Estamos viendo ya los signos de que este año habrá alguna clase de disturbio, cuya importancia dependerá de quiénes sean los antagonistas, pero los recientes presagios son turbadores. Sois más joven que yo, señor Gamo, pero me parece que tenéis mejor juicio. ¿No se os ocurrirá una buena idea antes de que suceda algo lamentable?

Gamo le respondió con otra pregunta.

—¿De dónde pueden proceder esos rumores?

—Eso no os lo puedo decir, pero donde hay humo hay fuego.

—¿Creéis que hay algo que desconocemos?

—No, en absoluto, pero el orden de los hechos es erróneo.

Para empezar, el señor Nobuo fue al castillo de Takaradera para visitar al señor Hideyoshi el mes undécimo del año pasado. Dicen que el señor Hideyoshi en persona se hizo cargo de la recepción y dio las gracias al señor Nobuo por haber sojuzgado a Ise. Su hospitalidad fue tan grande que el señor Nobuo se quedó allí cuatro días.

—¿Tanto?

—Los servidores del señor Nobuo habían esperado que abandonara el castillo al día siguiente, pero al segundo día no había noticias de él, ni tampoco el tercero, ni siquiera el cuarto. En fin, parece ser que imaginaron lo peor e incluso los sirvientes que estaban en el exterior del castillo empezaron a farfullar una serie de suposiciones temerarias.

—De modo que es eso —le interrumpió Gamo, riendo—. Cuando uno pone al descubierto las raíces de esas historias, resulta que en su mayor parte son invenciones, ¿no es cierto?

Pero el aspecto de preocupación de Shonyu no desaparecía, y se apresuró a añadir:

—Entonces hubo más comentarios públicos sobre el asunto y varios rumores competían entre ellos e iban y venían entre Ise, Nagashima, Osaka y la capital. Según el primero de esos rumores, el origen del falso informe de la muerte de Nobuo no procedía de los ayudantes del señor Nobuo sino de los servidores de Hideyoshi, cosa que niegan los hombres del castillo de Takaradera y aseguran que el rumor surgió de las sospechas y el espíritu oscuro de los servidores del señor Nobuo. Mientras que cada lado denuncia ruidosamente al otro, el rumor del asesinato del señor Nobuo se extiende como el viento.

—¿Lo cree la gente?

—Es difícil sondear la mente del hombre corriente, pero tras haber sido testigo del fin del señor Nobutaka inmediatamente después de la caída de los Shibata, es verdad que cierto número de parientes y servidores del señor Nobuo pueden haber tenido pesadillas y se han preguntado a quién le tocaría el turno.

Entonces Gamo habló francamente de sus propios temores. Se aproximó más al lugar donde Shonyu estaba arrodillado y le dijo:

—Debería existir un firme entendimiento entre Hideyoshi y Nobuo al margen de la clase de rumores que corran por ahí. Pero también es posible que haya entre ellos una considerable discordia.

Gamo miró con fijeza a Shonyu, el cual asintió vigorosamente.

—Fijaos en la situación desde la muerte del señor Nobunaga —dijo Gamo—. La mayoría de la gente cree que cuando volvió la paz el señor Hideyoshi debió de entregar toda la autoridad al heredero de su antiguo señor. Pero al margen de cualquier razonamiento, está claro que el señor Samboshi es demasiado joven y que el sucesor debería ser el señor Nobuo. Si Hideyoshi no se somete al señor Nobuo, será acusado de deslealtad y de olvidar los muchos favores que le concedió el clan Oda.

—Todo esto es un poco desagradable, ¿verdad? Las intenciones de Nobuo son transparentes y, sin embargo, no parece comprender que lo que está a punto de suceder es precisamente lo contrario de lo que a él le gustaría.

—Pero ¿creéis realmente posible que tenga unos pensamientos tan optimistas?

—Es posible. Al fin y al cabo, ¿qué clase de cálculos puede realizar la mente de un necio mimado?

—Es cierto que tales rumores se extienden por Osaka y que van a aumentar los malentendidos.

—Es una situación violenta, desde luego —dijo Shonyu, suspirando.

Como generales de Hideyoshi, Shonyu y Gamo estaban unidos a él con el vínculo absoluto que existía entre señor y servidor. Pero también estaban unidos por una serie de condiciones que ahora tal vez no se podrían resolver con tanta facilidad.

En primer lugar, en la época en que Gamo recibía los favores de Nobunaga, se casó con la hija menor de éste. Además, Shonyu y Nobunaga habían tenido la misma nodriza, y la relación de Shonyu con su antiguo señor como hermanastro había sido especialmente íntima. En consecuencia, incluso en la conferencia de Kiyosu, los dos hombres habían tenido la categoría de parientes. Era, pues, natural, que no pudieran ser indiferentes a los problemas que el clan Oda tenía enfrente, y, con excepción del pequeño Samboshi, la única persona que descendía directamente de Nobunaga era Nobuo.

Los dos hombres no habrían estado tan perplejos de haber podido descubrir algo meritorio en el carácter de Nobuo, pero estaba claro que no era más que una mediocridad. Antes y después de la conferencia de Kiyosu nadie dudaba de que no era el hombre adecuado para coger las riendas que habían caído de las manos de Nobunaga.

Pero por desgracia nadie le decía la verdad a Nobuo. El afable y joven aristócrata, que siempre se había apoyado en la fortaleza de sus vasallos, que se había inclinado continuamente ante los aduladores, dándoles su aprobación, y que había sido engañado por otros que le habían manipulado en su beneficio, había dejado pasar un gran momento de la historia sin percatarse siquiera.

Nobuo se había reunido secretamente con Ieyasu antes y después de la batalla de Yanagase y había forzado a su hermano a suicidarse, siguiendo el consejo de Hideyoshi. En fecha más reciente había sido recompensado con las provincias de Ise, Iga y Owari por su victoria en Ise y, creyendo tal vez que no tardaría en llegar su día de gloria, esperaba que a continuación Hideyoshi le transfiriese la autoridad del gobierno central.

—Pero no podemos permitir que la situación siga así y contemplarla como espectadores. ¿No tenéis alguna buena idea, señor Shonyu?

—No, esperaba que vos la tuvierais. Tenéis que pensar en algo, señor Gamo.

—Creo que lo mejor sería preparar una entrevista del señor Nobuo con el señor Hideyoshi. Así podría hablar francamente.

—Es una excelente idea. Pero desde hace algún tiempo ha adoptado un aire de importancia... ¿Cómo se lo plantearíamos?

—Inventaré algún pretexto.

Para Nobuo, algo que ayer podía haber sido interesante hoy no lo era. En el fondo de su corazón siempre estaba descontento. Además, no tenía ninguna disposición a reflexionar en los motivos. El verano anterior se había trasladado al castillo de Nagashima en su nueva provincia de Ise y le había sido concedido un nuevo rango cortesano. Cuando salía las multitudes se inclinaban ante él, y cuando regresaba le saludaban con flautas e instrumentos de cuerda. Podía satisfacer todos sus deseos, y aquella primavera sólo contaba todavía veintiséis años. La tragedia de Nobuo consistía en que vivir en unas condiciones tan envidiables no hacía más que aumentar su insatisfacción.

—Ise es demasiado provinciana —se quejaba—. ¿Por qué construye Hideyoshi ese castillo absurdamente grande en Osaka? ¿Tiene la intención de vivir allí o se propone invitar a hacerlo al legítimo heredero?

Cuando hablaba así, era Nobunaga quien hablaba en su cabeza. Era como si hubiera recibido la forma de su padre pero no su sustancia.

—Ese Hideyoshi es un descarado. Ha olvidado que fue vasallo de mi padre, y ahora no sólo cobra impuestos a los servidores que quedan y se apresura a levantar un castillo gigantesco, sino que me amenaza como si fuese un estorbo. Últimamente no me consulta sobre nada.

El silencio entre los dos hombres se remontaba al mes undécimo del año anterior. Los recientes rumores de que Hideyoshi estaba haciendo planes en los que le postergaban bastaban para provocar sus sospechas.

Al mismo tiempo, Nobuo hizo ciertas afirmaciones imprudentes entre sus servidores, las cuales llegaron al conocimiento público, de manera que sus pensamientos más íntimos aumentaron la irritación de Hideyoshi. La consecuencia fue que transcurrió el Año Nuevo sin que intercambiaran saludos.

En Año Nuevo, cuando Nobuo jugaba a pelota en el jardín trasero con sus damas de honor y pajes, un samurai anunció la llegada de un visitante. Era Gamo. Tenía dos años más que Nobuo y estaba casado con la hermana de éste.

—¿Gamo? Acaba de llegar en el momento adecuado —dijo Nobuo, dando un airoso puntapié a la pelota—. Es un buen contrincante. Traedlo en seguida al jardín.

El mensajero salió, pero volvió en seguida.

—El señor Gamo tiene prisa y os está esperando en la habitación de invitados.

—¿No quiere jugar a pelota?

—Me ha encargado decirnos que no tiene habilidad en este juego.

—¡Qué campesino! —exclamó Nobuo, y se rió, mostrando una hilera de dientes elegantemente ennegrecidos.

\*

\*

\*

Varios días después de la visita de Gamo, llegó una carta de Gamo y Shonyu. Nobuo había estado de muy buen humor, y se apresuró a convocar a sus servidores de alto rango para comunicarles la información.

—Mañana nos vamos a Otsu. Dicen que Hideyoshi me espera en el templo Onjo.

—¿No correréis peligro, mi señor? —le preguntó uno de los cuatro vasallos.

Nobuo sonrió, mostrando claramente sus dientes ennegrecidos.

—Hideyoshi debe de estar preocupado por los rumores públicos de nuestro distanciamiento. Estoy seguro de que se trata de eso. No ha sido respetuoso hacia la persona más cercana a mi padre.

—Pero ¿qué clase de arreglos se han hecho para esta reunión?

Nobuo respondió como si tuviera una total seguridad.

—Os lo diré. Hace algún tiempo se presentó aquí Gamo y dijo que corrían rumores de que había algo impropio entre Hideyoshi y yo, pero Gamo me aseguró que Hideyoshi no tiene nada contra mí. Me pidió que fuera al templo Onjo de Otsu en Año Nuevo y tuviera una entrevista con él. Me pareció que no había ningún motivo para mostrar animosidad hacia Hideyoshi y accedí a ir. Tanto el señor Shonyu como el señor Gamo me aseguraron que no correría el menor peligro.

Podría decirse que la tendencia de Nobuo a aceptar sin reservas cualquier cosa escrita o hablada era

el resultado de su educación. Por ello sus servidores veteranos se sentían tanto más inclinados a la prudencia y no podían ocultar sus recelos.

Todos se reunieron para examinar la carta de Gamo.

—No hay ningún error —dijo uno—. Sin duda se trata de su caligrafía.

—No se puede hacer nada más —replicó otro—. Si los señores Shonyu y Gamo se han tomado la molestia de llevar el asunto tan lejos, no podemos ser negligentes.

Y así decidieron que los cuatro servidores veteranos acompañarían a Nobuo hasta Otsu.

Al día siguiente Nobuo partió hacia Otsu. Cuando llegaron al templo de Onjo, Gamo le llamó de inmediato e Ikeda apareció algo más tarde.

—El señor Hideyoshi llegó ayer —dijo Shonyu—. Os está esperando.

El lugar del encuentro había sido preparado en los aposentos de Hideyoshi, en el templo principal, pero al preguntarle cortésmente cuándo le convendría ver a Hideyoshi, Nobuo replicó con una pequeña exhibición de testarudez:

—Estoy cansado del viaje y mañana quisiera descansar durante todo el día.

—Bien, entonces tomaremos disposiciones para pasado mañana.

Los dos hombres regresaron para informar a Hideyoshi.

Nadie estaba en condiciones de pasarse un día entero sin hacer nada, pero como Nobuo había dicho que quería descansar, todos pasaron la jornada sumidos en un tedio inútil.

A su llegada, Nobuo se molestó al observar que Hideyoshi y sus vasallos habían ocupado los edificios principales, mientras que los más pequeños habían sido destinados a su grupo. Al establecer el día del encuentro, Nobuo había tratado de ser un poco agresivo y actuado a su antojo, pero al día siguiente él mismo parecía no poco afligido por su propio hastío, y empezó a quejarse.

—Ni siquiera están aquí mis servidores veteranos.

Durante la jornada le había mostrado los libros de poesía que se guardaban en el templo como un tesoro, y la interminable charla de los viejos sacerdotes le había aburrido hasta hacerle saltar las lágrimas. Cuando por fin oscureció, llegaron a su aposento sus cuatro servidores.

—¿Habéis descansado bien, mi señor? —le preguntó uno de ellos.

¡Los muy idiotas! Nobuo estaba enojado. Deseaba gritar que estaba aburrido y no tenía nada que hacer, pero en vez de hacer tal cosa, replicó:

—Sí, gracias. ¿Estáis vosotros cómodos en vuestro alojamiento?

—No hemos tenido tiempo de acomodarnos.

—¿Por qué razón?

—Los mensajeros de los demás clanes no cesaban de llegar.

—¿Han llegado tantos visitantes? ¿Por qué no habéis venido a decírmelo?

—Dijisteis que queríais descansar durante todo el día y no quisimos molestaros, mi señor.

Nobuo trazaba círculos con los dedos y tamborileaba en las rodillas, mirándoles con altivo desinterés.

—Está bien, pero los cuatro cenaréis esta noche conmigo. También tomaremos un poco de sake. — Los servidores intercambiaron miradas y parecieron azorados—. ¿Hay algo más que os impida hacer eso? —inquirió Nobuo.

Uno de los servidores le respondió en un tono de disculpa.

—Lo cierto es que hace un momento ha llegado un mensajero con una invitación del señor Hideyoshi, y hemos venido a pedirnos vuestro permiso.

—¡Qué! —exclamó Nobuo con el ceño fruncido—. ¡Hideyoshi os ha invitado! ¿Qué es esto? ¿Otra ceremonia del té?

—No, no creo que se trate de eso. Dudo de que invitara a unos servidores como nosotros, especialmente a té, dejando a nuestro señor al margen, cuando hay aquí otros señores a los que podría haber invitado. Ha dicho que quería hablarnos de algo.

—Qué raro —dijo Nobuo, y entonces se encogió de hombros—. Bueno, si os ha invitado, a lo mejor planteará su decisión de ponerme por fin al frente del clan Oda. Puede que sea eso. Sería impropio que Hideyoshi hiciera una exhibición de autoridad ante el heredero legítimo. La gente nunca lo consentiría.

\* \* \*

La sala del templo principal estaba vacía y con las lámparas encendidas. Llegaron los invitados. Era a mediados del primer mes y hacía un frío intenso. Entonces se aproximó alguien más, aclarándose la garganta. Como le acompañaba un ayudante, los cuatro servidores supusieron que debía de ser Hideyoshi. Parecía dar órdenes, alzando la voz, mientras caminaba.

—Siento haberos hecho esperar —les dijo al entrar en la sala. Tosió y se llevó la mano a la boca. Cuando alzaron la vista, vieron que ahora estaba a solas. No había un solo paje a sus espaldas. Los cuatro hombres se sentían incómodos. Mientras cada uno de ellos le saludaba, Hideyoshi se sonó la nariz.

—Parece que estáis resfriado, mi señor —le dijo afablemente uno de los servidores de Nobuo. —Sí, no hay manera de quitármelo de encima —respondió Hideyoshi en un tono no menos amistoso. La entrevista tuvo lugar en unas condiciones de sencillez extrema. No hubo ofrecimiento de comida y bebida, y tampoco Hideyoshi comenzó hablando de menudencias.

—¿No os preocupa el comportamiento reciente del señor Nobuo? —les preguntó sin ambages. Los cuatro hombres estaban llenos de aprensión. Aquellas palabras que parecían una reprimenda les turbaron, y creían que Hideyoshi les culpaba porque eran los asesores de alto rango de Nobuo.

—Supongo que hacéis todo lo posible —les dijo entonces, y el color volvió a sus rostros—. Todos vosotros sois inteligentes, pero me temo que poco es lo que podéis hacer a las órdenes del señor Nobuo. Lo comprendo. Yo mismo me he esforzado al máximo por corregirle, pero por desgracia siempre tropiezo con algún revés.

Hizo hincapié en estas últimas palabras, y los cuatro hombres se sintieron muy tensos. Hideyoshi siguió expresando sus sentimientos más profundos, dejando muy clara la insatisfacción que le producía Nobuo.

—He tomado mi decisión —les dijo—. Lamento que vosotros cuatro hayáis pasado tantos años sirviendo a ese hombre. En pocas palabras, podemos zanjar este asunto con la menor conmoción posible si vosotros lográis persuadir al señor Nobuo de que o bien se haga el seppuku o bien se dedique al sacerdocio. Como recompensa os daré tierras en Ise e Iga.

No era sólo el frío lo que helaba a los hombres hasta la médula de los huesos. Las cuatro paredes de la sala parecían espadas o lanzas silenciosas. Hideyoshi los miraba fijamente con sus ojillos brillantes.



Aquellos ojos exigían a los servidores que dijeran sí o no.

No les daría tiempo para reflexionar en su oferta ni les permitiría marcharse sin escuchar su respuesta. Se encontraban en una situación desesperada. Los cuatro hombres inclinaron las cabezas, compungidos. Pero finalmente expresaron su aceptación y escribieron y firmaron compromisos.

—Mis servidores están tomando sake en la Sala de los Sauces —les dijo Hideyoshi—. Id a reunirlos con ellos. Me gustaría acompañaros, pero voy a acostarme temprano debido a este resfriado.

Recogió los compromisos escritos y se retiró a sus aposentos en el templo.

Aquella noche Nobuo no podía tranquilizarse. Había cenado con sus servidores y ayudantes, los sacerdotes e incluso las sacerdotisas vírgenes del templo vecino. Durante la cena se había mostrado animado y locuaz, pero cuando todos se marcharon y volvió a quedarse a solas, no dejaba de preguntar a sus pajes y a los samurais de guardia:

—¿Qué hora es? ¿Aún no han vuelto mis servidores del templo principal?

Al cabo de un rato sólo regresó uno de los hombres.

—¿Eres el único en volver, Saburobei? —preguntó Nobuo al servidor con suspicacia.

La expresión del hombre no era normal, e incluso Nobuo se sintió aprensivo. El anciano se postró y aplicó las palmas al suelo. Ni siquiera podía alzar los ojos. Nobuo le oyó sollozar.

—¿Qué significa esto, Saburobei? ¿Ha ocurrido algo mientras estabais hablando con Hideyoshi?

—Ha sido una reunión penosa.

—¿Cómo! ¿Os ha llamado para reprenderos?

—De haber sido así, no habría sido en absoluto doloroso. Ha sucedido algo del todo inesperado y nos hemos visto obligados a firmar compromisos. También vos debéis estar resuelto, mi señor. —Le reveló en su totalidad la orden de Hideyoshi—. Sabíamos que si nos negábamos nos mataría en aquel mismo momento, por lo que no pudimos hacer más que obedecer. Luego vi mi oportunidad, cuando estábamos bebiendo con sus servidores, y corrí para informaros. Cuando descubran que me he ido habrá un alboroto. Aquí no estáis seguro, mi señor. Debéis marcharos cuanto antes.

Los labios de Nobuo habían perdido su color. Los movimientos de sus ojos parecían mostrar que sólo había oído la mitad de lo que aquel hombre le había dicho. El corazón le latía con el frenesí de una campana anunciadora de incendios, y apenas podía permanecer sentado y quieto.

—Pero... entonces..., ¿y los demás?

—He venido aquí solo. No sé nada de los demás.

—¿Firmaron también ese compromiso?

—Así es.

—¿Entonces aún están bebiendo con los servidores de Hideyoshi? Los he juzgado mal. ¡Son más viles que las bestias!

Sin dejar de insultar a los ausentes, se puso en pie y arrebató la espada larga al paje que estaba a sus espaldas. Salió de la estancia apresuradamente, seguido por el confuso Saburobei, el cual le rogaba que le dijera adonde iba. Nobuo se volvió y, bajando la voz, pidió que le trajeran un caballo.

—Esperad un momento, mi señor.

Saburobei comprendió las intenciones de su señor y corrió a los establos.

Le trajo una buena montura, un bayo llamado Almádena. En cuanto Nobuo estuvo afianzado en la silla, partió al galope a través del portal trasero y se perdió en la noche. Nadie supo que se había ido.

hasta el día siguiente. Naturalmente, el encuentro con Hideyoshi fue cancelado con la excusa de que Nobuo estaba enfermo, y Hideyoshi regresó tranquilamente a Osaka como si eso fuese exactamente lo que había esperado.

Nobuo volvió a Nagashima, se encerró en su castillo y, todavía con el pretexto de que estaba enfermo, no quiso ver ni siquiera a sus servidores. Pero la enfermedad no era del todo una excusa para su encierro, pues realmente estaba mal. Sólo el médico entraba y salía de los aposentos, y aunque los ciruelos florecían detrás del castillo, la música había cesado y el jardín estaba silencioso y desierto.

Por otro lado, en la población fortificada, así como en Ise e Iga, los rumores se extendían y multiplicaban de un día a otro. La huida de Nobuo del templo Onjo había alimentado las sospechas de todo el mundo.

\* \* \*

Los servidores de alto rango de Nobuo se encerraron en sus castillos, casi como si lo hubieran acordado previamente, y no acudieron a Nagashima. Eso no hizo más que alentar los rumores y empeorar el malestar en toda la provincia.

La verdad siempre era difícil de descubrir, pero era cierto que una vez más había surgido la discordia entre Nobuo y Hideyoshi. Naturalmente, la categoría de Nobuo era el centro de la tormenta, y parecía haber alguien en quien podía confiar. Nobuo era conservador por naturaleza y creía en la eficacia de los complotos y las estratagemas. Aunque siempre había estado de acuerdo con sus aliados, también se apresuraba a señalar que tenía otros amigos que podrían cubrirle la retaguardia en caso de que la situación no evolucionara como él quería. A menos que tuviera un aliado secreto en reserva, nunca podía estar tranquilo.

Nobuo recordó entonces al único gran jugador que había permanecido en las sombras. Ese hombre era, naturalmente, el dragón dormido de Hamamatsu, el señor Tokugawa Ieyasu.

Pero los resultados del juego estratégico dependían de los demás jugadores. El hecho de que Nobuo considerase a Ieyasu como su medio para frenar a Hideyoshi sólo demostraba su falta de comprensión de las demás partes implicadas. El hombre de mente desviada jamás conoce de verdad a su adversario. Es como el cazador que persigue al ciervo y no ve las montañas.

La conclusión natural de esa clase de pensamiento era que Nobuo podía empujar a Ieyasu para que pasara a primer plano y tratara de impedir el ascenso de Hideyoshi al poder. Una noche, a comienzos del segundo mes, Nobuo envió un mensajero a Ieyasu. Los dos hombres se comprometieron a una alianza militar secreta basada en el mutuo entendimiento de que ambos aguardaban el momento en que podrían atacar a Hideyoshi,

Entonces, el sexto día del tercer mes, los tres servidores veteranos que no habían sido vistos en el castillo desde aquella noche en el templo Onjo se presentaron de improviso. Habían sido invitados especialmente por Nobuo a un banquete. Desde el incidente en el templo, Nobuo estaba convencido de que los hombres eran traidores que maquinaban con Hideyoshi, y nada más verlos se sintió lleno de rencor.

Nobuo les agasajó con toda naturalidad, y después de que hubieran comido, dijo de repente:

—Ah, Nagato, me gustaría que vieras una nueva arma de fuego que acaba de enviarme un forjador de

Sakai.

Pasaron a otra habitación y, mientras Nagato examinaba el mosquete, el servidor de Nobuo le agarró por detrás y gritó de improviso:

—¡Por orden de mi señor!

—¡Esto es una vileza! —dijo Nagato con la voz entrecortada, tratando de desenvainar su espada.

Su atacante, más fuerte, le derribó al suelo y Nagato sólo podía debatirse, esforzándose por liberarse.

Nobuo corría de un lado a otro de la habitación, gritando:

—¡Suéltalo! ¡Suéltalo! —Pero la violenta pelea continuaba. Con la espada alzada por encima de su cabeza, Nobuo volvió a gritar—: ¡Si no le sueltas no podré matar a este bastardo! ¡Suéltalo!

El asesino agarraba a Nagato por la garganta, pero al ver su oportunidad, le apartó de un empujón y en el mismo instante, sin esperar a que Nobuo golpease, atravesó a Nagato con su espada corta.

Un grupo de samurais, ahora arrodillados fuera de la habitación, anunciaron que habían matado a los otros dos servidores. Nobuo hizo un gesto de aprobación, pero entonces exhaló un largo suspiro. A pesar de los delitos que aquellos hombres habían cometido, ejecutar a tres consejeros veteranos que habían estado a su lado durante tantos años era un acto despiadado. Ciertamente que Nobunaga también había llevado en la sangre semejante brutalidad, pero en su caso nacía de la pasión y estaba imbuida de gran significado. La maldad y violencia de Nobunaga se consideraban unos remedios drásticos pero necesarios contra las dolencias de la época. En cambio, las acciones de Nobuo sólo surgían de sus propias emociones mezquinas.

La matanza en el castillo de Nagashima podría haber producido olas encrespadas que habrían conducido a disturbios en todos los bandos, iniciados aquella misma noche. Pero el asesinato de los tres servidores veteranos se había efectuado en secreto, y al día siguiente soldados de Nagashima partieron para atacar los castillos de cada uno de los servidores.

No era irrazonable que la gente imaginara inminente la siguiente gran batalla. Algo llevaba ardiendo a fuego lento desde el año anterior, y la llama que había saltado allí podría ser la que finalmente incendiase el mundo entero. Ya no se trataba de especulaciones ociosas, sino que parecía una certeza.

# El guerrero encapuchado

Ikedada Shonyu era famoso por tres cosas: su corta estatura, su valor y su habilidad en el baile con la lanza. Tenía cuarenta y ocho años, la misma edad que Hideyoshi.

Hideyoshi no tenía ningún hijo. En cambio, Shonyu tenía tres de los que podía enorgullecerse y que ya habían llegado a la edad viril. El mayor, Yukisuke, contaba veinticinco años y estaba al mando del castillo de Gifu; el segundo, Terumasa, tenía veinte años y estaba al frente del castillo de Ikejiri. El hijo menor, de catorce años, continuaba al lado de su padre.

La relación de Shonyu con Hideyoshi se remontaba a la época en que éste se llamaba aún Tokichiro. Desde entonces, sin embargo, se había abierto una gran brecha entre los dos, pero en el avance de los tiempos Shonyu no se había quedado rezagado. Tras la muerte de Nobunaga, fue uno de los cuatro hombres, junto con Katsue, Niwa y Hideyoshi, a quienes se confió la administración del gobierno de Kyoto, y aunque la posición fuese temporal, era prestigiosa. Además, allí, en Mino, el padre y los hijos poseían tres castillos, mientras que su yerno, Nagayoshi, era el jefe del castillo de Kaneyama.

No podía decirse que le hubieran ido mal las cosas, y tampoco tenía ningún motivo para sentirse inquieto. Hideyoshi siempre hacía gala de tacto y a menudo prestaba atención a su viejo amigo. Intervino incluso para que su sobrino, Hidetsugu, se prometiera con la hija de Shonyu.

Así pues, en tiempo de paz Hideyoshi había reforzado astutamente los vínculos entre ellos, previendo el día en que habría una emergencia, pero aquel año, cuando la batalla decisiva parecía cada vez más inevitable, se apoyaba todavía más en Shonyu como su principal aliado. Y ahora, de repente, envió un mensajero a Ogaki para ofrecerle la adopción de su yerno, Nagayoshi, y las provincias de Owari, Mino y Mikawa.

En dos ocasiones le envió Hideyoshi cartas escritas de su puño y letra. El hecho de que Shonyu no enviara una respuesta rápida no significaba que fuese envidioso o mezquino. Sabía bien que servir a Hideyoshi sería más ventajoso que servir a cualquier otro, y comprendía que, aunque Hideyoshi tenía grandes ambiciones, él también gozaría de grandes beneficios.

Lo que impedía a Shonyu dar una pronta respuesta era sencillamente el problema de la tan discutida justificación moral de una guerra entre los ejércitos oriental y occidental. Los Tokugawa acusaban a Hideyoshi de ser un traidor que ya había eliminado a uno de los hijos de su antiguo señor y que ahora estaba dispuesto a atacar a su heredero, Nobuo.

Shonyu pensaba que, si se aliaba con Hideyoshi, daría un mal paso desde el punto de vista del deber moral, mientras que, si ayudaba a Nobuo, cumpliría con el deber moral, pero sus esperanzas de futuro serían escasas.

Tenía además otra preocupación. Sus vínculos con Nobunaga eran muy estrechos, y debido a esa profunda relación no podía cortar fácilmente sus lazos con Nobuo, incluso después de la muerte de Nobunaga. Para empeorar las cosas, su hijo mayor se encontraba en Ise como rehén, y Shonyu no estaba dispuesto a abandonarlo y ocasionar su muerte. Así pues, cada vez que recibía una carta de Hideyoshi, se sentía confuso. Cuando habló del asunto con sus servidores, escuchó el consejo de dos facciones. Unos hacían hincapié en la importancia de la justicia y le aconsejaban que no abandonara el deber moral, mientras que otros argumentaban que ahora era el momento en que se obtendría una gran ventaja para la prosperidad del clan.

¿Qué haría Shonyu? Cuando su confusión era más profunda, inesperadamente llegó su hijo mayor, liberado de Nagashima. Nobuo había pensado que Shonyu le estaría agradecido y nunca le traicionaría. Una artimaña tan evidente podría haber tenido el efecto deseado en otra persona, pero Shonyu era un hombre de cierta perspicacia y comprendió lo que era aquel acto, una mera táctica de venta de buena voluntad, infantil y provocada por la fuerte presión, y un cálculo político transparente.

—He tomado mi decisión —anunció a sus servidores—. Buda me ha dicho en un sueño que me una al ejército del Oeste.

Aquel mismo día envió una carta a Hideyoshi en la que se declaraba su aliado.

Desde luego, lo del sueño de Buda era falso, pero poco después de que hubiera tomado su decisión, una charla fortuita sostenida con su hijo mayor espoleó la ambición innata del general.

Lo que Yukisuke había mencionado era que el comandante del castillo de Inuyama, Nakagawa Kanemon, había recibido órdenes de regresar a Inuyama poco después de que a él le hubieran liberado de Nagashima.

Hasta aquel día, Shonyu no había podido decidir si el castillo de Inuyama sería su aliado a su enemigo, pero tras el envío de un mensajero a Hideyoshi informándole de su apoyo, aquel castillo sería un vecino enemigo. Además, el castillo se encontraba en una zona estratégica con defensas naturales, y era evidente que Ieyasu y Nobuo consideraban a Nakagawa Kanemon lo bastante capacitado para confiarle las defensas de primera línea de sus provincias. De ser así, sin duda había sido desvinculado repentinamente del ejército de Ise con ese propósito y se le había ordenado regresar a su castillo.

—Convoca al jefe de los Garzas Azules —ordenó Shonyu a un ayudante.

En un valle que se extendía más allá de la entrada posterior del castillo había varias chozas pertenecientes a los empleados externos del clan, a quienes se conocía como el Cuerpo de los Garzas Azules. Desde aquel campamento, el ayudante de Shonyu llamó a un joven de baja estatura y fornido, de unos veinticinco años. Era Sanzo, el capitán de los Garzas Azules, el cual, tras recibir las instrucciones del ayudante, cruzó el portal posterior y entró en el jardín.

Shonyu estaba a la sombra de un árbol, y le hizo una seña con el mentón para que se acercara. Entonces, cuando Sanzo se postró a los pies de su señor, Shonyu le dio personalmente sus órdenes.

El nombre de Cuerpo de los Garzas Azules derivaba del color de sus uniformes de algodón azul. Cada vez que ocurría un incidente, corrían hacia destinos desconocidos, como una bandada de garzas azules que emprendieran el vuelo.

Al cabo de tres días, Sanzo regresó de algún lugar mantenido en secreto. Cruzó en seguida el portal posterior del castillo y, al igual que antes, se inclinó ante Shonyu en el jardín. Entonces Shonyu recibió de manos de Sanzo una espada manchada de sangre fresca, envuelta en papel aceitado, y la inspeccionó minuciosamente.

—Ésta es, ciertamente —dijo Shonyu, asintiendo, y entonces añadió—: Lo has hecho bien.

Entregó a Sanzo varias monedas de oro como recompensa.

No había duda de que la espada pertenecía a Nakagawa Kanemon, el comandante del castillo de Inuyama. Su blasón familiar estaba lacado en la funda.

—Os agradezco vuestra generosidad, señor —dijo Sanzo, y empezó a retirarse, pero Shonyu le dijo que esperase.

Llamó de nuevo a un ayudante e hizo que pusieran tanto dinero ante Sanzo que necesitaría un caballo

para transportarlo. Un oficial y varios ayudantes envolvieron las monedas en esterillas de juncos, formando fardos, mientras Sanzo contemplaba la escena boquiabierto.

—Quiero que hagas otro trabajo, Sanzo.

—Sí, mi señor.

—He dado los detalles con mucha minuciosidad a tres de mis hombres de más confianza. Quiero que te disfraces de conductor de un caballo de carga, cargues en su lomo este dinero y sigas a esos tres hombres.

—¿Y cuál es nuestro destino?

—No lo preguntes.

—Sí, mi señor.

—Si todo sale como ha sido planeado, te ascenderé a la categoría de samurai.

—Gracias, mi señor.

Sanzo era un hombre audaz que no conocía el miedo, pero la visión de la gran cantidad de dinero le inquietaba más que la de un charco de sangre. Volvió a postrarse, aplicando la cabeza al suelo casi con exceso. Al levantarla, vio que un anciano, que parecía un samurai rural, y dos jóvenes fornidos estaban cargando los fardos de dinero en la silla de un caballo.

\* \* \*

Aquella mañana Shonyu y Yukisuke habían hablado en la sala de té. Su encuentro parecía ser el de un padre y un hijo que habían estado mucho tiempo separados y desayunaban juntos, pero en realidad estaban celebrando una conversación secreta.

—Partiré hacia Gifu en seguida —dijo finalmente Yukisuke.

Cuando abandonó de la sala de té, Yukisuke se apresuró a ordenar a sus servidores que le preparasen su caballo. Había tenido la intención de regresar de inmediato a su propio castillo de Gifu, pero ahora pospuso esos planes dos o tres días.

—No cometas ningún error mañana por la noche —le advirtió Shonyu en voz baja.

Yukisuke asintió con una expresión de complicidad, pero su padre aún veía al ardiente joven como un niño.

La noche del día siguiente, el trece de aquel mes, todo el mundo en el castillo de Ogaki conocía los pensamientos de Shonyu y sabía por qué había enviado a Yukisuke a Gifu.

De repente llegó un aviso de movilización, y fue una gran sorpresa, incluso para los servidores de Shonyu.

En medio de toda aquella confusión, un jefe entró en la sala de los guerreros ayudantes, donde había varios jóvenes samurais muy excitados. El recién llegado estaba pálido. Se ató las correas de cuero de sus guantes con movimientos lentos y estudiados, miró a los guerreros y les dijo:

—Vamos a ir al castillo de Inuyama antes de que haya terminado la noche.

Como era de esperar, el único lugar donde reinaba la calma en medio de la conmoción era la habitación privada del general en jefe, Shonyu. Éste y su hijo, Terumasa, intercambiaban brindis con sake mientras aguardaban, sentados en sus escabeles de campaña, la hora de partir.

Normalmente, cuando se anunciaba la partida de tropas, sonaban las caracolas y los tambores, se

desplegaban los estandartes y las tropas avanzaban marcialmente a través de la población fortificada. Pero en aquella ocasión los hombres montados iban en grupitos de dos o tres, los soldados de a pie avanzaban al frente y en la retaguardia, los estandartes estaban plegados y las armas de fuego ocultas. Aquella nebulosa noche primaveral del tercer mes, si los habitantes del pueblo hubieran visto el movimiento de tropas, intrigados por lo que sucedía, a nadie se le habría ocurrido que se trataba de un avance hacia el frente.

A tres leguas de Ogaki, cuando las tropas volvieron a reunirse, Shonyu se dirigió a los hombres:

—Vamos a terminar esta batalla al amanecer y estaremos de regreso antes de que finalice el día.

Debéis viajar con la mayor rapidez posible.

\* \* \*

La población y el castillo de Inuyama se encontraban en la otra orilla del curso superior del río Kiso. Los ecos del agua que golpeaba los cantos rodados o chapoteaba en los bajíos reverberaban en el aire. Envueltos en los densos vapores, la luna, la montaña y el agua parecían revestidos de mica. Desde allí sólo era visible la débil luz de las lámparas en la otra orilla.

—Desmontad.

Shonyu también desmontó y colocó su escabel de campaña en la orilla del río.

—El señor Yukisuke llega a tiempo —dijo uno de los servidores de Shonyu—. Allí están sus tropas.

Shonyu se puso en pie y miró río arriba.

—¡Explorador! —llamó de inmediato—. ¡Explorador!

Uno de los exploradores se acercó corriendo y confirmó el informe. Instantes después, una fuerza de cuatrocientos o quinientos hombres se unió a los casi seiscientos al mando de Ikeda Shonyu, y las siluetas de un millar de hombres avanzaron juntas como bancos de peces que se mezclaran.

Finalmente Sanzo avanzó tras los hombres de Yukisuke. Los centinelas que estaban de guardia y vigilaban la retaguardia le rodearon con sus lanzas y le llevaron a presencia de Shonyu. Éste no le dio la oportunidad de decir nada innecesario mientras le interrogaba sobre los aspectos esenciales de su misión.

Por entonces una serie de embarcaciones de pesca de fondo plano que habían estado diseminadas a lo largo de la orilla empezaron a cruzar la corriente. Docenas de soldados vestidos con armadura ligera se inclinaron adelante y saltaron, uno tras otro, a la orilla contraria. Entonces colocaron las pértigas para ir en busca de otro grupo que cruzaría el río.

En un abrir y cerrar de ojos, el único hombre que quedaba en la orilla era Sanzo. Finalmente los gritos de los guerreros agitaron la húmeda atmósfera nocturna, desde la orilla contraria hasta la zona por debajo del castillo. En aquel instante un ángulo del cielo se volvió rojo, y las chispas danzaron y destellaron por encima de la población fortificada.

El inteligente plan de Shonyu había salido a la perfección. El castillo de Inuyama cayó en sólo una hora. La sorpresa de sus defensores fue más completa debido a la traición en el interior del castillo y el pueblo. La traición era ciertamente una de las razones de que unas defensas naturales tan buenas cayeran en tan poco tiempo. Pero había otra razón. Shonyu había sido en el pasado jefe del castillo de Inuyama, y los habitantes del pueblo, los caciques de los pueblos vecinos e incluso los campesinos todavía

recordaban a su antiguo señor. Aunque Shonyu había enviado servidores para que comprasen con dinero a aquellos hombres antes del ataque, el éxito del plan se debió más a su antigua posición que al soborno.

\* \* \*

Un hombre perteneciente a una familia ilustre en declive tiende a atraer a una compleja gama de caracteres. Los previsores, los frívolos, los hombres que deploran los males presentes pero son incapaces de decir lo que piensan u ofrecer un consejo leal, todos ellos abandonan rápidamente el escenario. Y aquellos que son sensibles a las tendencias pero carecen de la fuerza y el talento para frenar el declive también se marchan en algún momento.

Los únicos hombres que quedan son de dos clases: los que carecen de habilidades sobresalientes que les permitirían mantenerse en cualquier otra parte si se marcharan y los realmente fieles que son vasallos hasta el mismo final, en la pobreza y el declive, en la vida y la muerte, la felicidad y la tristeza.

Pero ¿quiénes son los auténticos samurais? ¿Los que se adaptan a una manera de vivir conveniente o los que se quedan tan sólo por oportunismo? Esto no resulta fácil de entender, porque todos ellos utilizan a fondo su ingenio a fin de engañar a sus señores para que sobrevaloren su talento.

Aunque era un oportunista, Ieyasu era un jugador de temperamento completamente distinto al del infantil Nobuo, el cual no sabía nada del mundo. Ieyasu tenía a Nobuo en la palma de su mano como un peón de reserva.

—Desde luego, os habéis extremado, señor Nobuo —le dijo Ieyasu—. Sólo tomaré un poco más de arroz. Crecí en una vivienda modesta, por lo que el lujo de esta cena abruma a mi paladar y mi estómago.

Era la noche del día trece. Cuando Ieyasu llegó a Kiyosu aquella tarde, Nobuo le llevó a un templo donde los dos celebraron conversaciones secretas durante varias horas. Aquella noche tuvo lugar un banquete en la sala de invitados del castillo.

Ieyasu no se había trasladado al centro ni siquiera durante el incidente del templo Honno. Ahora, sin embargo, arriesgaba toda la potencia del clan Tokugawa, una potencia que había tardado muchos años en labrar, y había ido personalmente a Kiyosu. Nobuo consideraba a Ieyasu como su salvador. Iba a agasajarle lo mejor que pudiera, y ahora depositaba exquisiteces delante de él.

Mas para Ieyasu, la hospitalidad de Nobuo no era realmente más que una inmadura exhibición infantil, y aquel hombre sólo le daba lástima. En el pasado, Ieyasu agasajó a Nobunaga durante siete días, cuando el último efectuaba su regreso triunfal desde Kai con el pretexto de que quería ver el monte Fuji. Cuando recordaba la escala de aquel acontecimiento, a Ieyasu le apenaba la pobreza de la velada.

Un ser humano sólo podía compadecerse ante la situación, e Ieyasu sentía no poca compasión. Sabía, sin embargo, que el cambio está en la misma naturaleza del universo. Así pues, a pesar de la conmiseración que experimentaba en medio del banquete, la conciencia no le remordía a causa de su segunda intención, que era sencillamente la de usar a aquel aristocrático y frágil lechuguino como una marioneta. La razón era evidente: no hay nadie más proclive a ocasionar un desastre que el estúpido heredero de una ilustre familia a quien le ha sido legada una herencia y una reputación. Y cuanto mayor es la facilidad con que pueden utilizarle, tanto más peligroso resulta.

Probablemente Hideyoshi pensaba lo mismo que Ieyasu, pero mientras que el primero consideraba a Nobuo un estorbo para sus objetivos e ideaba maneras de librarse de él, Ieyasu encontraba modos de



utilizarlo. Estos puntos de vista opuestos se basaban en el mismo objetivo fundamental tanto para Hideyoshi como para Ieyasu. Y al margen de quien de los dos ganara, el destino de Nobuo sería el mismo sencillamente porque era incapaz de abandonar la idea de que era el heredero de Nobunaga.

—¿Qué queréis decir? —replicó Nobuo—. La fiesta acaba de empezar. Hace una buena noche de primavera y sería una lástima que os retiraseis tan temprano a descansar.

Nobuo hacía lo posible por agasajar a Ieyasu, pero lo cierto es que éste tenía cosas que hacer.

—No, señor Nobuo, Su Señoría no debe tomar más sake, por lo menos a juzgar por el color de su rostro. Enviad la taza en nuestra dirección.

Pero Nobuo no había reparado en el embarazoso hastío del invitado de honor, y ahora sus esfuerzos estaban dirigidos por una mala interpretación de los ojos soñolientos de su invitado. Susurró algo a sus servidores, y en seguida descorrieron las puertas de papel en el extremo de la sala, revelando una orquesta y bailarines. Para Ieyasu era el artificio habitual, pero se armó de paciencia, mostró interés en ciertos momentos, se rió de vez en cuando y aplaudió cuando terminó la representación.

Aprovechando esta oportunidad, sus servidores tiraron de la manga de Ieyasu y le indicaron discretamente que era hora de acostarse, pero en aquel mismo instante apareció un comediante con un floreo de instrumentos musicales.

—Para el honorable invitado de esta noche, vamos ahora a ofrecer una representación de Kabuki, llegada recientemente a la capital...

La locuacidad de aquel hombre era increíble. Entonces cantó una introducción de la obra. Luego otro actor entonó una estrofa de un coro y varios cantos de la misa cristiana, que en los últimos tiempos había sido favorablemente acogida entre los señores de las provincias occidentales. Tocaba un instrumento parecido a la viola usada en las iglesias, y sus ropas estaban bordadas con un diseño de estilo occidental y adornadas con encaje, en asombrosa armonía con un kimono tradicional japonés.

El público estaba impresionado y fascinado. Era evidente que lo que agradaba al hombre corriente también era placentero para los grandes señores y los samurais.

—Señor Nobuo, el señor Ieyasu dice que tiene sueño —le dijo Okudaira a Nobuo, el cual estaba totalmente absorto en la representación.

Nobuo se apresuró a levantarse para despedirse de Ieyasu, y él mismo le acompañó a sus aposentos. La representación de Kabuki aún no había finalizado, y todavía se oían los sonos de la viola, las flautas y los tambores.

A la mañana siguiente, Nobuo se levantó a una hora que para él era excepcionalmente temprana y fue a los aposentos de Ieyasu. Le encontró vestido y ya atareado, tratando de algún asunto con sus servidores.

—¿Va a desayunar el señor Ieyasu? —preguntó Nobuo.

Cuando un servidor le dijo que ya habían servido el desayuno, Nobuo pareció un poco azorado.

En aquel momento, un samurai que estaba de guardia en el jardín y un soldado en la torre de reconocimiento dijeron a gritos que veían algo a lo lejos. Esto llamó la atención tanto de Ieyasu como de Nobuo y, mientras permanecían sentados en silencio, llegó un samurai para dar un informe.

—Desde hace algún tiempo se ve humo negro en el cielo, hacia el noroeste. Al principio pensamos que era un incendio forestal, pero el humo cambió gradualmente de lugar, y entonces empezaron a alzarse otras nubes de humo en el cielo.

Nobuo se encogió de hombros. De haber ocurrido en el sudeste, podría haber pensado en los campos

de batalla de Ise u otros lugares, pero su expresión indicaba que no entendía de qué se trataba.

Ieyasu, que se había enterado de la muerte de Nakagawa dos días antes, preguntó:

—¿No es ésa la dirección de Inuyama? —Sin esperar respuesta, dio órdenes a los hombres que le rodeaban—. Echa un vistazo, Okudaira.

Okudaira corrió por el pasillo con los servidores de Nobuo y subió a la torre de reconocimiento.

Las pisadas de los hombres que se apresuraban a bajar de la torre indicaban claramente que ya había ocurrido un desastre.

—Podría ser Haguro, Gakuden o Inuyama, pero sea cual fuere, está con toda seguridad en esa zona —informó Okudaira.

El castillo se había agitado tanto como una tetera de agua hirviendo. En el exterior se oía el sonido de la caracola, pero la mayoría de los guerreros que se pusieron de inmediato en movimiento y empuñaron sus armas no repararon en que Ieyasu ya estaba allí.

Cuando informaron a Hideyoshi de que las llamas procedían con seguridad de la dirección de Inuyama, gritó: «¡La hemos fastidiado!» y partió con una prisa que era muy rara en él.

Fustigó a su caballo al galope y cabalgó hacia el humo que se alzaba en el noroeste. Sus servidores, que no querían quedarse rezagados, cabalgaban a su derecha e izquierda. La distancia desde Kiyosu a Komaki no era muy grande, como tampoco desde Komaki a Gakuden. De Gakuden a Haguro había otra legua y, finalmente, de Haguro a Inuyama, la misma distancia. Cuando llegaron a Komaki, sabían todo lo que había ocurrido. El castillo de Inuyama había caído durante las primeras horas de la mañana. Ieyasu tiró de las riendas de su caballo y contempló con fijeza el humo que se alzaba de diversos lugares entre Haguro y la vecindad de Inuyama.

—Llego demasiado tarde —musitó amargamente—. No debería cometer esta clase de errores.

Ieyasu casi podía ver la cara de Shonyu en el humo negro que se alzaba al cielo. Cuando oyó el rumor de que Nobuo había devuelto el hijo de Shonyu a su padre, sintió recelos por las consecuencias de un acto tan magnánimo. Sin embargo, no había pensado que Shonyu podría haber ocultado su verdadera postura y cometido una acción tan solapada con tanto cinismo y rapidez.

Desde luego, no desconocía que Shonyu era un zorro viejo y artero. No había necesidad de considerar una vez más la importancia estratégica de la fortaleza de Inuyama, pues estaba muy cercana a Kiyosu y su importancia en la guerra contra el ejército de Hideyoshi no haría más que aumentar. Inuyama controlaba el curso superior del río Kiso, la frontera entre Mino y Owari y el importantísimo cruce de Unuma. Estaba en una posición que valía por un centenar de murallas, y ahora el enemigo la había tomado.

—Regresemos —dijo Ieyasu—. Por la manera en que se alzan esas llamas, no hay duda de que Shonyu y su hijo ya se han retirado a Gifu.

Ieyasu hizo dar la vuelta a su caballo, y en aquel momento la expresión de su rostro volvió a la normalidad. La sensación que transmitía a los servidores que le rodeaban era de confianza, y estaba seguro de que compensaría con creces aquella pérdida. Mientras los demás hablaban con vehemencia de la ingratitud de Shonyu, deploraban la cobardía de su ataque por sorpresa y amenazaban con darle una lección en el siguiente campo de batalla, Ieyasu no parecía oírlos. Sonriendo en silencio, encaminó su caballo de regreso a Kiyosu.

Por el camino se encontraron con Nobuo, quien había salido de Kiyosu bastante más tarde al frente de

su ejército. Nobuo se quedó mirando a Ieyasu como si su regreso fuese algo por completo inesperado.

—¿Todo estaba bien en Inuyama? —le preguntó.

Antes de que Ieyasu pudiera responderle, se oyeron voces y risas entre los servidores que estaban detrás de él. Ieyasu le explicó la situación con sincera amabilidad y cortesía. Nobuo se quedó cabizbajo. Ieyasu colocó su caballo paralelo al de Nobuo y le consoló.

—No os preocupéis. Aunque hayamos sufrido aquí una derrota, la de Hideyoshi será incluso mayor. Mirad ahí.

Le indicó con los ojos la colina de Komaki.

Muchos años antes, Hideyoshi había hecho la observación agudamente estratégica de que Nobunaga debería trasladarse desde Kiyosu a Komaki. En realidad, no era más que una colina redondeada de doscientos ochenta pies de altura, pero dominaba la llanura en la que se alzaba y sería una base conveniente desde donde organizar un ataque en cualquier dirección. Si Komaki estuviera fortificada, en una batalla librada en la llanura de Owari-Mino el ejército occidental vería obstaculizado su avance. Era, pues, una situación excelente para las estrategias tanto de ataque como de defensa.

No había tiempo para explicarle todo eso a Nobuo, e Ieyasu se volvió y señaló, esta vez dirigiéndose a sus propios servidores.

—Empezad a levantar sin tardanza fortificaciones en el monte Komaki.

En cuanto hubo dado las órdenes, empezó a trotar al lado de Nobuo, con quien intercambió una agradable conversación mientras regresaban a Kiyosu.

\* \* \*

Por entonces todo el mundo creía que Hideyoshi estaba en el castillo de Osaka, pero lo cierto era que se encontraba en el castillo de Sakamoto desde el día trece del tercer mes, el mismo día en que Ieyasu hablaba con Nobuo en Kiyosu. Semejante dilación no era propia de él.

Ieyasu ya se había puesto en acción. Completó sus planes y avanzó sin interrupción, tal como había previsto, desde Hamamatsu a Okazaki y luego a Kiyosu. Pero Hideyoshi, que a menudo había asombrado al mundo con su celeridad, esta vez se mostraba lento. O así lo parecía.

—¡Que venga alguien! ¿No están mis pajes ahí?

Era la voz del señor y, como de costumbre, en tono alto.

Los jóvenes pajes, que se habían retirado intencionadamente a la alejada habitación de los pajes, abandonaron a toda prisa el juego de *suguroku* al que habían estado jugando a escondidas para acudir a la llamada. Entre ellos, Nabemaru, de trece años, corrió tan rápido como pudo hacia la estancia donde su señor batía palmas una y otra vez.

Hideyoshi había salido a la terraza. A través del portal principal del castillo veía la diminuta figura de Sakichi, que subía la cuesta desde el pueblo y, sin volverse a mirar en la dirección de las pisadas que se acercaban, gritó una orden para que le dejaran pasar.

Sakichi entró y se arrodilló ante Hideyoshi.

Tras escuchar el informe de Sakichi sobre la situación del castillo de Osaka, Hideyoshi le preguntó:

—¿Y Chacha? ¿Están bien Chacha y sus hermanas?

Por un momento la expresión de Sakichi pareció indicar que no lo recordaba. Responder como si

hubiera esperado esa pregunta habría provocado las sospechas de Hideyoshi («Este condenado Sakichi lo ha descubierto»), y sin duda más adelante le habría hecho sentirse incómodo. La prueba era que en el instante en que preguntó torpemente por Chacha, la autoritaria expresión de Hideyoshi se había desmoronado y el rubor cubría su rostro. Parecía presa de una timidez extrema. El despierto Sakichi se dio cuenta de su incomodidad e, inevitablemente, le hizo gracia.

Después de la caída de Kitanosho, Hideyoshi había cuidado de las tres hijas de Oichi como si fueran suyas. Cuando construyó el castillo de Osaka, encargó un pequeño y alegre recinto exclusivamente para ellas. De vez en cuando las visitaba y jugaba con ellas como si cuidara de unas aves peculiares en una jaula de oro.

—¿De qué te ríes, Sakichi? —le retó Hideyoshi, pero él mismo se sentía un tanto divertido. Era evidente que Sakichi ya había comprendido.

—No, no es nada. Estaba tan ocupado por mis demás responsabilidades que he regresado sin visitar los aposentos de las tres princesas.

—¿Ah, sí? Está bien. —Entonces Hideyoshi cambió en seguida de tema y se refirió a otros chismorreos—. ¿Qué rumores has oído en los alrededores del río Yodo y Kyoto por el camino?

Hideyoshi tenía la costumbre de hacer esa pregunta cada vez que enviaba a un mensajero a un lugar lejano.

—Por todas partes la guerra era el único tema de conversación.

Cuando interrogó más a Sakichi sobre las condiciones en Kyoto y Osaka, descubrió que todo el mundo pensaba que la batalla provocada por Nobuo no sería entre Hideyoshi y el heredero de Osa, sino entre Hideyoshi e Ieyasu. Tras la muerte de Nobunaga, se pensó que Hideyoshi por fin establecería la paz, pero una vez más la nación estaba dividida en dos bandos y el pueblo sentía una profunda inquietud ante el espectro de un gran conflicto que probablemente se extendería a cada provincia.

Cuando Sakichi se retiraba, llegaron dos generales de Niwa Nagahide, Kanamori Kingo y Hachiya Yoritaka. Hideyoshi había hecho grandes esfuerzos para lograr que Niwa se aliase con él, porque sabía que si se pasaba al campo enemigo, él se encontraría en seria desventaja. Aparte de la pérdida de fuerza militar, la defección de Niwa convencería al mundo de que Nobuo e Ieyasu tenían la razón y el derecho de su parte. Después de Katsuie, Niwa había sido el servidor más importante de Nobunaga, y era un hombre noble y sincero por quien todos sentían gran respeto.

Era cierto que Ieyasu y Nobuo también ofrecían a Niwa todos los alicientes para que se uniera a ellos. Pero finalmente, tal vez conmovido por el entusiasmo de Hideyoshi, Niwa había enviado a Kanamori y Hachiya como el primer refuerzo del norte. Hideyoshi se sentía satisfecho pero no estaba del todo tranquilo.

Antes de que anocheciera llegaron mensajeros en tres ocasiones con informes sobre la situación en Ise. Hideyoshi leyó los despachos e interrogó personalmente a los mensajeros, les confió respuestas verbales y, mientras cenaba, dictó cartas.

Un gran biombo plegable se alzaba en un extremo de la estancia, y en sus dos paneles habían pintado un mapa de Japón dorado. Hideyoshi miró el mapa y preguntó:

—¿No hemos tenido noticias de Echizen? ¿Y el mensajero que envié a los Uesugi?

Mientras sus servidores daban alguna excusa sobre las distancias, Hideyoshi contó con los dedos. Había enviado mensajes a los Kiso y los Satake. La red de su diplomacia había sido cuidadosamente

lanzada a lo largo y ancho del país pintado en el biombo. Por su misma naturaleza, Hideyoshi consideraba que la guerra era el último recurso. Que la diplomacia era una batalla constituía para él un artículo de fe, pero no se trataba de la diplomacia por sí misma, como tampoco tenía su fuente en la debilidad militar. Su diplomacia siempre estaba respaldada por la fuerza militar y la empleaba después de haber proporcionado los medios necesarios a sus autoridades militares y sus tropas. Pero la diplomacia no había surtido efecto en el caso de Ieyasu. Hideyoshi no había dicho nada a nadie, pero mucho antes de que la situación hubiera llegado a aquel aprieto, había enviado un hombre a Hamamatsu con el siguiente mensaje:

Si tomáis en consideración la solicitud que presenté al emperador el año pasado para vuestra promoción, comprenderéis mis afectuosos sentimientos hacia vos. ¿Hay alguna razón por la que debemos enfrentarnos? En toda la nación se acepta generalmente que el señor Nobuo es un hombre sin carácter. Por mucho que hagáis ondear la bandera del deber moral y os adheráis a los restos del clan Oda, el mundo no admirará vuestros esfuerzos como los de un hombre virtuoso al mando de un ejército justo. En última instancia, la lucha entre nosotros dos carece de valor. Sois un hombre inteligente, y si llegáis a un acuerdo conmigo, añadiré las provincias de Owari y Mino a vuestro dominio.

Sin embargo, el resultado de tales propuestas depende del otro bando, y la respuesta que recibió Hideyoshi había sido claramente negativa. Pero incluso después de que hubiera cortado sus relaciones con Nobuo, Hideyoshi siguió enviando mensajeros que le presentaban mejores condiciones que antes, tratando de persuadir a Ieyasu. No obstante, los enviados sólo lograron indignarle y regresaron profundamente desconcertados.

—El señor Ieyasu replica que es el señor Hideyoshi quien no le comprende —informó el enviado.

Hideyoshi forzó una sonrisa y replicó:

—Ieyasu tampoco comprende mis verdaderos sentimientos.

El trabajo consumía por entero el tiempo que pasaba en Sakamoto, que era el cuartel general militar para Ise y Owari meridional y el centro de una red diplomática y de inteligencia que se extendía desde el norte a las provincias occidentales. Como centro para operaciones secretas, Sakamoto era mucho más conveniente que Osaka. Además, los mensajeros podían ir y venir de Sakamoto sin atraer una atención indebida.

Superficialmente, las dos esferas de influencia parecían trazadas con claridad: Ieyasu del este al nordeste y Hideyoshi de la capital al oeste. Pero incluso en la fortaleza de Hideyoshi en Osaka, eran innumerables las personas confabuladas con los Tokugawa. Tampoco podía decirse que no había nadie en la corte que apoyara a Ieyasu y esperase la caída de Hideyoshi.

Incluso entre los clanes de samurais, había padres y madres al servicio de los señores provinciales en Osaka y Kyoto cuyos hijos servían a los generales del ejército oriental. Los hermanos luchaban en bandos distintos. Así estaba preparado el trágico escenario para que surgieran dentro de las familias conflictos sangrientos.

Hideyoshi conocía las amargas penalidades causadas por la guerra. El mundo estaba en guerra cuando él era un niño que crecía en la ruinoso casa de su madre en Nakamura, y lo mismo había sucedido durante los muchos años de su vida errante. Con la aparición en escena de Nobunaga, el sufrimiento de la

sociedad se había hecho incluso más severo durante cierto tiempo, pero el pueblo llano se sentía esperanzado. La gente creía que Nobunaga traería una época de paz duradera, pero murió cuando sólo había realizado la mitad de su tarea.

Hideyoshi había jurado que superaría el revés de la muerte de Hideyoshi, y el esfuerzo que había hecho, casi sin dormir ni descansar, le había llevado a un paso de su objetivo. Ahora ese paso final que necesitaba dar para lograr su ambición estaba cerca. Podría decirse que había recorrido novecientas leguas de un viaje de mil. Pero esas últimas cien leguas eran las más difíciles. Había supuesto que en algún momento se vería enfrentado inevitablemente con el último obstáculo, Ieyasu, y tendría que apartarlo de su camino o destruirlo. Pero al aproximarse descubrió que iba a ser un obstáculo más inmovible de lo que había imaginado.

Durante los diez días que Hideyoshi pasó en Sakamoto, Ieyasu trasladó su ejército hasta Kiyosu. Era evidente que Ieyasu se proponía agitar el avispero de Iga, Ise y Kishu y avanzar hacia el oeste, entrar en Kyoto y amenazar Osaka de un solo golpe, como un tifón.

Pero Hideyoshi no creía que el camino iba a ser fácil. Preveía un gran combate en su avance hacia Osaka, y Hideyoshi esperaba lo mismo. Pero ¿dónde sería? El único lugar de tamaño suficiente para ser el escenario de una batalla definitiva entre el este y el oeste era la ancha llanura de Nobi que bordeaba el río Kiso.

Un hombre de iniciativa se haría con la ventaja construyendo fortificaciones y apoderándose de los lugares elevados. Ieyasu ya lo había hecho y estaba totalmente preparado, pero de Hideyoshi podría decirse que había empezado con retraso. En la tarde del día trece de aquel mes, aún no se había movido de Sakamoto.

Pero a pesar de las apariencias, su tardanza no era el resultado de su negligencia. Hideyoshi sabía que Ieyasu no podía compararse con Mitsuhide o Katsuei. Tenía que retrasarse a fin de completar sus preparativos. Esperaba para convencer a Niwa Nagahide, esperaba para asegurarse de que los Mori no podrían hacer nada en las provincias occidentales, esperaba para destruir los restos peligrosos de los monjes guerreros de Shikoku y Kishu. Finalmente, esperaba para dividir la oposición de los generales en las cercanas Mino y Owari.

El torrente de mensajeros era interminable, y Hideyoshi los recibía mientras almorzaba. Acababa de dejar los palillos después de comer cuando llegó un despacho. Sin levantarse, tendió la mano para coger la caja de cartas.

Era algo que había estado esperando, la respuesta de Bito Jinemon, al que había enviado como segundo mensajero al castillo de Ikeda Shonyu en Ogaki. ¿Serían buenas o malas noticias? No tenía ninguna noticia de los enviados a los que mandó para que otros castillos se inclinaran por su causa. Abrió la carta, con la sensación de que estaba cortando el sobre de un oráculo, y la leyó.

—Muy bien —se limitó a decir.

Aquella noche, después de haberse acostado, se levantó de repente como si se le hubiera ocurrido algo y llamó a los samurais de la guardia nocturna.

—¿Volverá mañana por la mañana el mensajero de Bito?

—No —replicó el guardián—, tenía mucha prisa y, tras un breve descanso, regresó a Mino, cabalgando de noche.

Hideyoshi se sentó en la cama, cogió su pincel y escribió una carta a Bito.

Gracias a vuestros grandes esfuerzos, Shonyu y su hijo me han prometido solidarizarse conmigo, y nada podría darme mayor alegría. Pero hay algo que debo decir de inmediato: si Nobuo e Ieyasu saben que Shonyu va a ayudarme, sin duda me amenazarán de todas las maneras concebibles. No reaccionéis. No hagáis nada temerario. Ikeda Shonyu y Mori Nagayoshi han sido siempre hombres valientes y orgullosos con un gran desprecio hacia el enemigo.

En cuanto dejó el pincel, envió la nota a Ogaki.

Sin embargo, dos días después, la noche del quince, fue enviado otro mensaje desde Ogaki.

El castillo de Inuyama había caído. Al mismo tiempo Shonyu y su hijo habían tomado su decisión: habían capturado la fortaleza más estratégica junto al río Kiso, ofreciéndola como prueba de su apoyo a Hideyoshi. Era una buena noticia.

Hideyoshi estaba satisfecho, pero también había algo que le turbaba.

Al día siguiente Hideyoshi se encontraba en el castillo de Osaka. Durante los próximos días se multiplicaron los augurios de fracaso. Tras la feliz victoria en Inuyama, Hideyoshi se enteró de que el yerno de Shonyu, Nagayoshi, deseoso de realizar una gran hazaña militar por sí solo, había planeado un ataque por sorpresa contra las fortificaciones de los Tokugawa en el monte Komaki. Su ejército había sido interceptado por el enemigo cerca de Haguro, y se rumoreaba que había perecido con gran parte de sus tropas.

—Hemos perdido a este hombre debido a su espíritu de lucha. ¡Semejante necedad es imperdonable!

Hideyoshi se dirigía a sí mismo este amargo lamento.

\*\*\*

El día diecinueve, cuando Hideyoshi estaba preparado para abandonar Osaka, llegó otra mala noticia de Kishu. Hatakeyama Sadamasa se había rebelado y estaba avanzando hacia Osaka por tierra y mar. Lo más probable era que Nobuo e Ieyasu hubieran sido los incitadores, pero aunque no lo fuesen, los supervivientes descontentos de los monjes guerreros del Honganji siempre estaban esperando una oportunidad de atacar. Hideyoshi se vio obligado a posponer el día de su partida, a fin de completar las defensas de Osaka.

Eran las primeras horas de la mañana del día veintiuno del tercer mes. Los abadejos entonaban sus agudos cantos en los cañaverales de Osaka. Caían las flores de cerezo y en las calles las flores caídas revoloteaban alrededor de la larga comitiva de hombres con armadura y caballos. Parecía como si la naturaleza los despidiera. Los espectadores formaban una hilera compacta e interminable al lado de la carretera.

Aquel día el ejército que seguía a Hideyoshi sumaba más de treinta mil hombres. Todo el mundo intentaba tener un atisbo de Hideyoshi, que cabalgaba en medio de ellos, pero era tan menudo y de aspecto ordinario que, rodeado por sus generales montados, pasaba fácilmente desapercibido.

Pero Hideyoshi miraba a la multitud y sonreía confiadamente. Pensaba que Osaka iba a prosperar. Ya parecía florecer, y aquél era el mejor de todos los augurios. Vestían ropas de brillantes colores y atrevido diseño, y no había ninguna indicación de una ciudad en declive. ¿Sería porque tenían fe en el nuevo castillo que se alzaba en su mismo centro?

«Ganaremos. Esta vez podemos ganar.» Así era como Hideyoshi adivinaba el futuro.

Aquella noche el ejército acampó en Hirakata, y a primera hora de la mañana siguiente, los treinta mil

hombres prosiguieron su avance hacia el este, siguiendo un camino serpenteante a lo largo del río Yodo.

Cuando llegaron a Fushimi, unos cien hombres se adelantaron a recibirles en el cruce del río.

—¿De quién son esos estandartes? —preguntó Hideyoshi.

Los suspicaces generales entrecerraron los ojos. Nadie podía identificar los enormes estandartes con negros caracteres chinos sobre fondo rojo. Había también cinco pendones dorados y un estandarte de mando con insignias de ocho círculos más pequeños dentro de uno grande y central en un abanico dorado. Bajo esos estandartes, treinta guerreros montados, treinta lanceros, treinta mosqueteros, veinte arqueros y un cuerpo de infantería aguardaban en formación, sus brillantes atuendos agitados por la brisa del río.

—Ve a averiguar quiénes son —ordenó Hideyoshi a un servidor.

El hombre regresó en seguida.

—Es Ishida Sakichi.

Hideyoshi dio una ligera palmada a su silla de montar.

—¿Sakichi? Bien, bien, él tenía que ser —dijo alegremente, como si se le acabara de ocurrir algo.

Ishida Sakichi se acercó al caballo de Hideyoshi y saludó a su señor.

—Antes os hice una promesa y hoy he preparado para vuestro uso una fuerza financiada con el dinero obtenido tras despejar las tierras no utilizadas de esta zona.

—Bien, Sakichi, venid con nosotros. Sumáos a la columna de suministros en la retaguardia.

Hombres y caballos por un valor que superaba las diez mil fanegas de arroz... Hideyoshi estaba impresionado por el ingenio de Sakichi.

Aquel día la mayoría de las tropas pasaron por Kyoto y tomaron la carretera de Omi. Cada árbol y cada brizna de hierba rememoraba a Hideyoshi los reveses de su juventud.

—Ahí está el monte Bodai —musitó Hideyoshi.

Contempló la montaña y recordó a su señor, Takenaka Hanbei, el ermitaño del monte Kurihara. Al reflexionar ahora en ello, agradecía no haber pasado un solo día ocioso en aquella breve primavera de la vida. Los infortunios de su juventud y los esfuerzos de aquel entonces le habían convertido en lo que era ahora, y tenía la sensación de haber sido bendecido por aquel mundo oscuro y la humedad fangosa de sus calles.

Hanbei, que llamaba señor a Hideyoshi, había sido un verdadero amigo al que no había podido olvidar. Incluso después de la muerte de Hanbei, cada vez que Hideyoshi tenía dificultades se decía: «Ojalá Hanbei estuviera aquí...». No obstante, permitió que aquel hombre muriese sin ninguna recompensa. De repente, las cálidas lágrimas acumuladas bajo los párpados de Hideyoshi empañaron su visión de la cumbre del monte Bodai.

Y pensó en Oyu, la hermana de Hanbei...

En aquel momento reparó en la capucha blanca de una monja budista que estaba a la sombra de los pinos al lado de la carretera. La mirada de la monja se cruzó un momento con la de Hideyoshi. Éste tiró de las riendas de su caballo y pareció a punto de dar una orden, pero la mujer que estaba bajo los pinos ya había desaparecido.

Aquella noche, en el campamento, Hideyoshi recibió un plato de pastelillos de arroz. El hombre que los entregó dijo que los había traído una monja que no dio su nombre.

—Son deliciosos —dijo Hideyoshi, y se comió un par de pastelillos aunque ya había cenado.

Mientras comentaba lo buenos que eran, tenía lágrimas en los ojos.



Más tarde, el avisado paje mencionó el extraño talante de Hideyoshi a los generales que le atendían. Todos ellos parecieron sorprendidos, como si no pudieran conjeturar siquiera el motivo del comportamiento de su señor. Estaban preocupados por su expresión de tristeza, pero en cuanto puso la cabeza sobre la almohada, los fuertes ronquidos de Hideyoshi fueron tan ruidosos como de costumbre. Durmió tranquilamente durante cuatro horas. Por la mañana, cuando el cielo estaba todavía oscuro, se levantó y partió. Durante aquel día llegaron a Gifu los destacamentos primero y segundo. Shonyu y su hijo saludaron a Hideyoshi, y pronto el enorme ejército llenaba el castillo, tanto dentro como fuera.

Antorchas y hogueras iluminaban el cielo nocturno sobre el río Nagara. A lo lejos, las unidades tercera y cuarta estuvieron la noche entera avanzando hacia el este.

—¡Cuánto tiempo ha pasado!

Sus voces sonaron al unísono en el momento en que Hideyoshi y Shonyu se encontraron.

—Me satisface realmente que vos y vuestro hijo os hayáis unido a mí en estos momentos, y ni siquiera puedo expresar lo que habéis hecho por mí con el regalo del castillo de Inuyama. Me quedé muy impresionado por vuestra rapidez y la pericia con que aprovechasteis esa oportunidad.

Pero aunque Hideyoshi no dijera nada al respecto, Shonyu estaba avergonzado. Parecía azorarlo profundamente que su victoria en Inuyama no pudiera compensar la derrota y la pérdida sufrida por Nagayoshi. La carta de Hideyoshi que le había entregado Bito Jinemon le había advertido en particular de que no cediera a la tentación de enfrentarse a Ieyasu, pero había llegado demasiado tarde.

Entonces Shonyu se refirió a ese acontecimiento.

—No sé cómo pedir disculpas por nuestra derrota debido a la necesidad de mi yerno.

—Estáis demasiado preocupado por eso —replicó Hideyoshi, riendo—. No es algo propio del Ikeda Shonyu que conozco.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Hideyoshi se preguntó si debía culpar a Shonyu o dejarle en paz. Al margen de cualquier otra consideración, la ventaja de tener en sus manos el castillo de Inuyama antes de librar la próxima gran batalla era extraordinaria. Hideyoshi alabó a Shonyu una y otra vez por su hazaña meritoria, y no sólo para consolarle.

El día veinticinco Hideyoshi descansó y reunió a su ejército, que sumaba más de ochenta mil hombres.

A la mañana siguiente abandonó Gifu, llegó a Unuma a mediodía y ordenó de inmediato que formaran un puente con embarcaciones para cruzar el río Kiso. Entonces el ejército acampó para pasar la noche. En la mañana del día veintisiete levantaron el campamento y se dirigieron a Inuyama, en cuyo castillo Hideyoshi hizo su entrada exactamente a mediodía.

—Traedme un caballo de patas fuertes —ordenó, y en cuanto terminó de almorzar salió al galope por el portal del castillo, acompañado tan sólo por unos pocos jinetes con armadura ligera.

—¿Adonde iréis, mi señor? —le preguntó un general, persiguiéndole a todo galope.

—Sólo es necesario que me acompañéis unos cuantos —replicó Hideyoshi—. Si somos demasiados, el enemigo nos verá.

Cruzaron a toda prisa el pueblo de Haguro, donde, según los informes, había muerto Nagayoshi, y subieron al monte Ninomiya. Desde allí Hideyoshi podía contemplar el principal campamento enemigo en el monte Komaki.

Se decía que las fuerzas combinadas de Nobuo e Ieyasu sumaban unos sesenta y un mil hombres.

Hideyoshi entrecerró los ojos y miró a lo lejos. El sol de mediodía brillaba intensamente. Se puso una mano sobre los ojos a modo de visera y examinó lentamente el monte Komaki, ocupado por las fuerzas enemigas.

Aquel día Ieyasu estaba todavía en Kiyosu. Había ido al monte Komaki, donde dio sus instrucciones para la alineación de combate, y regresó rápidamente. Era como si un maestro de go moviera una sola ficha sobre el tablero con extremo cuidado.

La noche del veintiséis, Ieyasu recibió un informe confirmado de que Hideyoshi estaba en Gifu. Ieyasu, Sakakibara, Honda y otros vasallos estaban sentados en una habitación. Les acababan de decir que la construcción de las fortificaciones en el monte Komaki se habían completado.

—¿De modo que Hideyoshi ha venido? —musitó Ieyasu.

Mientras los demás hombres intercambiaban miradas, Ieyasu sonrió y la piel bajo sus ojos se arrugó como la de una tortuga. Todo sucedía tal como él había previsto.

Hideyoshi siempre había sido un hombre de acción rápida, y el hecho de que en esta ocasión no mostrara su celeridad habitual preocupaba no poco a Ieyasu. ¿Se haría fuerte en Ise o iría al este, hacia la llanura de Nobi? Como Hideyoshi se encontraba todavía en Gifu, podía encaminarse en cualquiera de las dos direcciones. Ieyasu aguardaba el siguiente informe, el cual, cuando llegó, le puso al corriente de que Hideyoshi había tendido un puente sobre el río Kiso y estaba en el castillo de Inuyama.

Ieyasu recibió esta información al anochecer del día veintisiete, y la expresión de su rostro anunciaba que había llegado el momento. Durante la noche se completaron los preparativos para la batalla. El día veintiocho, el ejército de Ieyasu avanzó hacia el monte Komaki, al ritmo de los tambores y bajo los ondeantes estandartes.

Nobuo había regresado a Nagashima, pero al recibir un informe de la situación, se dirigió apresuradamente al monte Komaki, donde unió sus fuerzas a las de Ieyasu.

—Tengo entendido que sólo las fuerzas de Hideyoshi que hay aquí suman más de ochenta mil hombres y que todas sus fuerzas combinadas son más de ciento cincuenta mil —dijo Nobuo, como si nunca hubiera pensado que él era la causa de aquella gran batalla.

Sus ojos temblorosos revelaban lo que no podía ocultar en su pecho.

\* \* \*

Envuelto por el humo procedente de los fuegos de la cocina, Shonyu hizo una mueca al cruzar el portal del castillo.

Tan sólo al ver su semblante los guerreros de Ikeda se sentían aprensivos, pues todos ellos sabían que el malhumor de Shonyu se debía a la derrota de Nagayoshi. A causa de su juicio erróneo, había asestado a sus aliados un severo golpe al comienzo mismo de la guerra, incluso antes de que Hideyoshi, el comandante en jefe, hubiera llegado al campo de batalla.

Ikeda Shonyu siempre había confiado en que nadie le señalaba con desdén, y para un hombre que llevaba una vida de guerrero desde hacía cuarenta y ocho años, aquella deshonra debía de haber sido, como mínimo, inesperada.

—Ven aquí, Yukisuke. Tú también, Terumasa. Que se acerquen también los servidores veteranos.

Sentado con las piernas cruzadas en el salón de la ciudadela principal, había convocado a sus hijos

Yukisuke y Terumasa y sus vasallos de alto rango.

—Quiero que me deis vuestras opiniones sin reservas —les dijo, y se sacó un mapa de entre los pliegues del kimono—. Primero mirad esto.

Mientras los hombres se pasaban el mapa, comprendieron lo que Shonyu sugería.

En el mapa habían trazado una línea en tinta roja desde Inuyama a través de las montañas y sobre los ríos hasta Okazaki en Mikawa. Después de examinar el mapa, los hombres aguardaron en silencio lo que Shonyu les diría a continuación.

—Si dejamos de lado Komaki y Kiyosu y nuestros hombres avanzan por una sola ruta hacia el castillo principal de Tokugawa en Okazaki, no hay ninguna duda de que incluso Ieyasu se sentirá confuso. De lo único que debemos preocuparnos es de evitar que el enemigo vea nuestro ejército desde el monte Komaki.

Nadie se apresuró a hablar. Aquél era un plan fuera de lo corriente. Si se cometía un solo error, el desastre resultante podría ser fatal para todos sus aliados.

—Estoy pensando en ofrecer este plan al señor Hideyoshi. Si funciona, tanto Ieyasu como Nobuo no podrán evitar que los capturemos.

Shonyu quería llevar a cabo alguna hazaña meritoria que compensara la derrota de su yerno. Quería devolver la mirada con expresión triunfante a quienes chismorreaban rencorosamente sobre él. Aunque comprendían que tales eran sus intenciones, nadie estaba dispuesto a criticar lo que se proponía hacer, nadie estaba dispuesto a decirle: «No, los planes inteligentes casi nunca tienen que ver con el mérito. Esto es peligroso».

Al finalizar la conferencia el plan había obtenido un apoyo unánime. Todos los jefes rogaron que les dejaran ir en la vanguardia que penetraría en territorio enemigo y destruiría a Ieyasu en el mismo seno de su provincia.

Genba, el sobrino de Katsuie, había intentado llevar a cabo un plan similar en Shizugatake. Sin embargo, Shonyu estaba dispuesto a defender el plan ante Hideyoshi.

—Mañana iremos al campamento principal en Gakuden —dijo a sus servidores.

Se pasó la noche pensando en la idea, pero al amanecer llegó un mensajero desde Gakuden y le dijo:

—Hoy el señor Hideyoshi efectuará su ronda de inspección y es probable que haga un alto en el castillo de Inuyama alrededor de mediodía.

Soplaba la suave brisa de comienzos del cuarto mes cuando Hideyoshi partió de Gakuden y, tras observar minuciosamente el campamento de Ieyasu en el monte Komaki y las fortificaciones enemigas de la zona, tomó la carretera de Inuyama acompañado por diez pajes y sus ayudantes más personales.

Siempre que Hideyoshi se encontraba con Shonyu, le trataba como un viejo amigo. Cuando eran unos jóvenes samurais en Kiyosu, Shonyu, Hideyoshi e Inuchiyo habían ido con frecuencia a beber juntos.

—Por cierto, ¿cómo está Nagayoshi? —le preguntó.

Aunque había corrido la noticia de que Nagayoshi había muerto, lo cierto era que sólo resultó malherido.

—Su impetuosidad ha sido desastrosa, pero se ha recuperado de un modo extraordinario. Sólo habla de ir al frente lo antes posible y limpiar su nombre.

Hideyoshi se volvió hacia uno de sus servidores.

—Dime, Ichimatsu, de todas las fortificaciones enemigas que hoy hemos visto en el monte Komaki,

¿cuál parecía la más fuerte?

Le gustaba hacer esa clase de preguntas, llamar a los hombres de su entorno y escuchar con placer las sinceras palabras de los jóvenes guerreros.

En tales ocasiones, el grupo de jóvenes servidores personales que le rodeaba nunca se mordían la lengua. Cuando se acaloraban, a Hideyoshi le ocurría lo mismo, y semejante atmósfera hacía que un tercero tuviera dificultad para determinar si quienes discutían eran señor y servidores o simplemente amigos. No obstante, cuando Hideyoshi se ponía un poco serio, todos los demás se contenían de inmediato.

Shonyu, que estaba sentado a su lado, finalmente intervino en la conversación.

—También yo tengo grandes deseos de hablaros de algo.

Hideyoshi se inclinó para escucharle y asintió. Entonces ordenó a todos los demás que se retirasen.

Los dos hombres se quedaron a solas en el salón de la ciudadela principal y, como había un claro campo de visión, Hideyoshi no tenía necesidad de estar alerta.

—¿De qué se trata, Shonyu?

—Hoy habéis efectuado la gira de inspección y supongo que habéis tomado algunas decisiones. ¿No os parece que los preparativos de Ieyasu en el monte Komaki son perfectos?

—Pues sí, son espléndidos. No creo que nadie aparte de Ieyasu hubiera podido levantar tales fortificaciones y posiciones en tan breve tiempo.

—También yo he ido a examinarlas varias veces, y no veo cómo podemos atacar —dijo Shonyu.

—Tal como están las cosas, vamos a vernos cara a cara —replicó Hideyoshi,

—Ieyasu sabe que su adversario es un auténtico adversario —siguió diciendo Shonyu—, y por eso actúa con prudencia. Al mismo tiempo, nuestros aliados saben que ésta es la primera vez que nos enfrentamos a las famosas fuerzas de Tokugawa en una batalla decisiva. Así pues, es natural que la situación haya llegado a ser así..., cada uno mirando al otro.

—Es interesante. Durante varios días ni siquiera se han oído los estampidos de las armas de fuego. Es una batalla silenciosa, sin lucha.

—Bien, si me permitís...

Shonyu avanzó de rodillas, extendió un mapa y explicó con entusiasmo su plan.

Hideyoshi le escuchó con el mismo entusiasmo, asintiendo varias veces. Pero la expresión de su rostro no indicaba que llegaría fácilmente a un rápido acuerdo.

—Si me dais vuestro permiso, levantaré a todo mi clan y atacaré Okazaki. Una vez atacemos la provincia natal de Tokugawa e Ieyasu sepa que los cascos de nuestros caballos huellan Okazaki, servirá de poco lo bien preparadas que estén sus murallas en el monte Komaki, o la grandeza de su genio militar. Se derrumbará desde dentro incluso sin que le atacemos.

—Pensaré en ello —dijo Hideyoshi, evitando una respuesta rápida—. Pero pensad también vos en ello una noche más..., no como algo vuestro, sino objetivamente. Es un plan inteligente y una empresa heroica, por lo que sólo en ese aspecto es peligroso.

La estrategia de Shonyu era en verdad una idea original, y estaba claro que incluso el prudente Hideyoshi estaba impresionado. Pero los pensamientos de éste eran muy diferentes.

Por su propia naturaleza, a Hideyoshi no le gustaban las estrategias inteligentes o los ataques por sorpresa. Más que las estrategias militares, prefería la diplomacia; más que las victorias fáciles a corto

plazo, prefería el dominio de la situación total, aunque requiriese largo tiempo.

—Bien, no nos precipitemos —dijo, y entonces se relajó un poco—. Mañana tomaré una decisión. Venid al campamento principal por la mañana.

Los servidores personales de Hideyoshi habían esperado en el corredor y ahora acudieron a su lado. Cuando llegaron a la entrada de la ciudadela principal, un samurai vestido de un modo extraño estaba inclinado en actitud de respeto junto al lugar donde estaban atados los caballos. Tenía la cabeza y un brazo vendados, y el manto sobre su armadura era de brocado dorado contra un fondo blanco.

—¿Quién sois?

El hombre alzó un poco la cabeza vendada.

—Me avergüenza decir que soy yo, Nagayoshi, mi señor.

—Vaya, Nagayoshi. Tenía entendido que estabais en cama. ¿Cómo están vuestras heridas?

—Hoy he decidido levantarme.

—No os esforcéis demasiado. Si dejáis que vuestro cuerpo se recupere, podréis borrar vuestro descrédito en cualquier momento.

Al oír la palabra «descrédito», Nagayoshi se echó a llorar.

Sacó una carta de su manto y la ofreció con gesto reverente a Hideyoshi, postrándose de nuevo.

—Sería un honor par mí que leáis esto, mi señor.

Hideyoshi asintió, tal vez compadeciéndose de la aflicción de aquel hombre.

Una vez terminada la ronda de inspección del campo de batalla, Hideyoshi regresó a Gakuden al anochecer. Su campamento no estaba situado en una elevación, como el del enemigo en el monte Komaki, pero Hideyoshi había hecho el mejor uso de los bosques, campos y arroyos de la vecindad, y la posición de su ejército estaba rodeada por dos leguas cuadradas de trincheras y empalizadas.

Una precaución más era que el recinto del santuario del pueblo estaba disfrazado para que pareciera el lugar donde se alojaba Hideyoshi.

Ieyasu no sabía con seguridad dónde estaba Hideyoshi, si en el campamento de Gakuden o en el castillo de Inuyama. La seguridad en la línea del frente era tan rigurosa que ni siquiera el agua podría haberse filtrado a través de ella, y la vigilancia por parte de uno u otro bando era ciertamente imposible.

—No he podido bañarme desde que salí de Osaka. Hoy quiero quitarme de encima el sudor por una vez.

Inmediatamente prepararon un baño para Hideyoshi. Sus ayudantes cavaron un hoyo en el suelo, lo forraron con grandes hojas de papel aceitado y lo llenaron de agua. A continuación pusieron un trozo de hierro al fuego y lo echaron al agua para calentarla. Finalmente colocaron tablas alrededor del hoyo y pusieron una cortina.

—Ah, el agua es estupenda.

En aquel sencillo baño al aire libre, el propietario de un cuerpo sin la menor pretensión se sumergió en el agua caliente y contempló las estrellas del cielo nocturno. Mientras se restregaba la sucia piel, pensó que aquél era el mayor lujo del mundo.

Desde el año anterior, había despejado los terrenos alrededor de Osaka y procedido a la construcción de un castillo de majestad sin precedentes. Pero donde hallaba más placer era en lugares como aquel baño, más que en las habitaciones doradas y las torres primorosamente decoradas del castillo. De repente sintió nostalgia de su hogar en Nakamura, donde su madre le lavaba la espalda de pequeño.

Hacia mucho tiempo que Hideyoshi no se sentía tan relajado, y en esa condición se trasladó a sus aposentos.

—¡Ah, ya estáis preparados! —exclamó Hideyoshi al ver que los generales a los que había convocado aquella noche le estaban esperando.

—Echad un vistazo a esto —les dijo, sacándose un mapa y una carta de la chaqueta y ofreciéndolos a sus generales.

La carta era una solicitud escrita con sangre por Nagayoshi. El mapa era el de Shonyu.

—¿Qué os parece este plan? —les preguntó Hideyoshi—. Quiero oír las opiniones sinceras de todos.

Durante un rato nadie dijo una sola palabra. Todos parecían sumidos en sus pensamientos.

—Creo que es un plan exquisito —dijo finalmente uno de los generales.

La mitad de los hombres estaban a favor y la otra mitad en contra.

—Un plan inteligente es una jugada arriesgada —decían.

La conferencia estaba en un punto muerto.

Hideyoshi se limitaba a escucharles con una sonrisa. La importancia del tema era tal que no sería fácil llegar a una resolución.

—Tendremos que dejarlo a vuestra prudente decisión, mi señor.

Al anoecer los generales regresaron a sus campamentos.

Lo cierto era que, durante el viaje de regreso desde Inuyama, Hideyoshi ya se había decidido. Si había convocado una conferencia no era porque no pudiera tomar una decisión. De hecho, había invitado a sus generales a una breve conferencia porque ya la había tomado. Una vez más, era una cuestión de liderazgo psicológico. Sus generales regresaron a sus campamentos respectivos con la impresión de que el jefe supremo probablemente no llevaría el plan a la práctica.

Pero en su mente Hideyoshi ya se había puesto en acción. Si no aceptaba la sugerencia de Shonyu, su posición y la de Nagayoshi como guerreros sería delicada. Además, tenía la seguridad de que si reprimían sus temperamentos obstinados, éstos se manifestarían de alguna manera más adelante.

Desde el punto de vista del mando militar, era una situación peligrosa. Más aún, Hideyoshi temía que si Shonyu se sentía descontento, sin duda Ieyasu trataría de tentarle para que cambiara de bando.

«Ikeda Shonyu es mi subordinado. Si se cree blanco de rumores deshonorosos, su prisa es razonable.» Así pensaba Hideyoshi.

La situación actual estaba en un punto muerto, y sería necesario hacer algo positivo para lograr un cambio.

—Ya está —dijo Hideyoshi en voz alta—. En vez de esperar a que Shonyu venga aquí mañana, esta noche le enviaré un mensajero.

Tras recibir la carta urgente, Shonyu se dirigió velozmente al campamento de Hideyoshi. Era la cuarta guardia, y la noche estaba todavía oscura.

—Me he decidido, Shonyu.

Los dos hombres dieron fin a todos los preliminares antes del amanecer. Shonyu se reunió con Hideyoshi para desayunar y luego regresaron a Inuyama.

Al día siguiente, el campamento parecía exteriormente en calma, pero había signos sutiles de movimiento.

En el cielo de la tarde, cubierto de tenues nubes, resonó el fuego de enemigos y aliados, desde la

dirección de Onawate. Se veían a lo lejos remolinos de arena y polvo, desde la carretera de Udatsu, en el lugar donde dos o tres mil soldados del ejército occidental empezaban a atacar las fortificaciones enemigas.

—¡Ha empezado el ataque general!

Los generales que miraban a lo lejos sentían una intensa excitación. Aquél era, ciertamente, un momento crucial en la historia. El hombre que ganara sería el dueño de la época.

Ieyasu sabía que Hideyoshi había temido y respetado a Nobunaga más que a ningún otro. Ahora no había nadie más temido ni respetado que Ieyasu. Aquella mañana no se movió ni un solo estandarte en todo el campamento del monte Komaki. Era casi como si se hubieran dado órdenes estrictas de no reaccionar ante los pequeños ataques del ejército occidental para poner a prueba la resolución del ejército oriental.

Llegó la noche. Un cuerpo del ejército oriental que se había retirado de la lucha entregó un fajo de hojas de propaganda que habían recogido en la carretera que conducía al campamento principal de Hideyoshi. Cuando éste leyó una de las hojas, montó en cólera. Decía:

Hideyoshi causó el suicidio del señor Nobutaka, el hijo de su antiguo señor, Nobunaga, a quien debía mucho. Ahora se ha rebelado contra el señor Nobuo. Ha provocado una constante confusión en la clase guerrera, ha ocasionado desastres al pueblo y ha sido el principal instigador del conflicto actual, utilizando todos los medios para satisfacer sus ambiciones.

La hoja seguía diciendo que Ieyasu se había alzado con una verdadera justificación para guerrear y que encabezaba el ejército del deber moral.

Una expresión de ira, infrecuente en Hideyoshi, deformó su cara.

—¿Cuál de nuestros enemigos ha escrito esto? —preguntó.

—Ishikawa Kazumasa —respondió un servidor.

—¡Secretario! —gritó Hideyoshi, mirando por encima del hombro—: Que pongan carteles por todas partes con el mismo mensaje: quien tome la cabeza de Ishikawa Kazumasa recibirá una recompensa de diez mil fanegas.

Ni siquiera tras dar esa orden remitió la cólera de Hideyoshi, y llamando a los generales que estaban presentes, ordenó una salida.

—¡Así se comporta ese condenado Kazumasa! —dijo, exasperado—. Quiero que toméis un cuerpo de reserva y ayudéis a nuestros hombres ante las líneas de Kazumasa. Atacadle durante toda la noche y mañana atacadle de nuevo por la mañana y la noche. Que un ataque siga a otro, y no deis a Kazumasa ocasión de respirar.

Finalmente pidió que le trajeran arroz y apremió a los sirvientes para que le sirvieran la cena de inmediato. Hideyoshi nunca se olvidaba de comer. Pero incluso mientras estaba comiendo, los mensajeros se desplazaban continuamente entre Gakuden e Inuyama y viceversa.

Entonces llegó el último mensajero con un informe de Shonyu. Musitando para sus adentros, Hideyoshi apuró despacio el cuenco de sopa. Aquella noche se oyó fuego de mosquete a una distancia considerable detrás del campamento principal. Los disparos habían resonado aquí y allá en las líneas del frente desde el alba, y continuaron hasta el día siguiente. Esto se consideraba todavía como la acción

inicial de un ataque general de Hideyoshi contra el ejército occidental.

Sin embargo, el primer golpe del día anterior había sido una finta de Hideyoshi, mientras que el verdadero movimiento lo habían constituido los preparativos en Inuyama para el ataque por sorpresa de Shonyu contra Okazaki.

La estrategia consistía en desviar la atención de Ieyasu, mientras que las tropas de Shonyu avanzaban por caminos secundarios y atacaban el castillo principal de Ieyasu.

El ejército de Shonyu estaba formado por cuatro cuerpos:

Primer cuerpo: seis mil hombres de Ikeda Shonyu.

Segundo cuerpo: tres mil hombres de Mori Nagayoshi.

Tercer cuerpo: tres mil hombres de Hori Kyutaro.

Cuarto cuerpo: ocho mil hombres de Miyoshi Hidetsugu.

Los cuerpos primero y segundo de vanguardia constituían naturalmente el núcleo personal de esas fuerzas, guerreros dispuestos a vencer o morir.

Era el día sexto del cuarto mes. Los veinte mil hombres de Shonyu partieron finalmente de Inuyama en el mayor secreto. Avanzaban con los estandartes bajos y los cascos de los caballos envueltos para evitar el ruido. Cabalgaron durante la noche y al amanecer se encontraron en Monoguruizaka.

Los soldados comieron sus provisiones y descansaron un rato antes de proseguir su camino. Acamparon en el pueblo de Kamijo, desde donde partió un grupo de reconocimiento al castillo de Oteme.

Anteriormente, Shonyu había enviado al jefe de los Garzas Azules, Sanzo, para entrevistarse con Morikawa Gonemon, el comandante del castillo, el cual había prometido traicionar a Ieyasu. Pero ahora, a fin de asegurarse, envió de nuevo a Sanzo.

Shonyu se había adentrado ahora profundamente en territorio enemigo. El ejército avanzaba paso a paso, acercándose a cada hora al castillo principal de Ieyasu, el cual estaba ausente, desde luego, lo mismo que sus generales y soldados que habían ido a las líneas del frente en el monte Komaki. Shonyu dirigiría su golpe letal contra aquel edificio desocupado, el capullo vacío en el que se había convertido el núcleo de la provincia natal del clan Tokugawa.

El comandante del castillo de Oteme, que se había alineado con los Tokugawa pero al que Shonyu había tentado, ya había prometido su apoyo a Hideyoshi a cambio de un dominio de cincuenta mil fanegas.

Se abrieron las puertas del castillo y su comandante salió a recibir en persona a los invasores, mostrándoles el camino. La clase samurai bajo el antiguo shogunado no tenía el monopolio de la inmoralidad y la degradación. Bajo el gobierno de Ieyasu, tanto señor como servidor habían comido arroz frío y gachas, habían librado batallas, empuñado la azada, trabajado en los campos y a destajo para sobrevivir. Finalmente habían superado todas las penalidades y se habían vuelto lo bastante fuertes para luchar contra Hideyoshi. Sin embargo, incluso allí existían samurais como Morikawa Gonemon.

—Bien, general Gonemon —dijo Shonyu, el rostro brillante de satisfacción—. Os estoy agradecido porque no os habéis retractado de vuestra promesa y habéis venido hoy a recibirnos. Si todo sale como hemos planeado, enviaré esa propuesta de cincuenta mil fanegas directamente al señor Hideyoshi.

—No, anoche ya recibí la garantía del señor Hideyoshi.

Al oír esta réplica de Gonemon, Shonyu volvió a sorprenderse de la vigilancia y fiabilidad de Hideyoshi.



Entonces el ejército se dividió en tres columnas y avanzó por la llanura de Nagakute. Pasaron ante otra fortaleza, el castillo de Iwasaki, defendido solamente por doscientos treinta soldados.

—Dejémoslo. Tomar un castillo pequeño como ése no tiene ningún mérito. No nos entretengamos por el camino.

Shonyu y Nagayoshi miraron de soslayo el castillo y pasaron por su lado como si ni siquiera fuese polvo en sus ojos. Pero cuando pasaban les dispararon una andanada desde el interior del castillo, y una de las balas rozó el flanco del caballo de Shonyu. El animal se encabritó y estuvo a punto de derribar a Shonyu de la silla.

—¡Qué insolencia! —Shonyu alzó la fusta y gritó a los soldados del primer cuerpo—: ¡Acabad ahora mismo con ese pequeño castillo!

Había sido aprobada la primera acción de las tropas, y liberaron toda su energía acumulada. Dos comandantes al mando de unos mil hombres cada uno cargaron contra el castillo. Incluso una fortaleza mucho mayor no habría podido resistir la acometida de unos guerreros tan bravos, y aquel castillo estaba defendido por una dotación pequeña.

En un abrir y cerrar de ojos, escalaron sus muros, rellenaron el foso, prendieron fuego y la negra humareda cubrió el sol. En aquel momento, el general al mando del castillo presentó lucha y cayó combatiendo. Todos los soldados del castillo murieron con la excepción de un solo hombre, que logró huir y corrió al monte Komaki para informar a Ieyasu de la emergencia. Durante la breve batalla, el segundo cuerpo de Nagayoshi había dejado muy atrás al primer cuerpo. Los hombres descansaron y comieron sus provisiones.

Mientras los soldados comían, vieron el humo y se preguntaron por el motivo, pero muy pronto un corredor procedente de las líneas del frente les informó sobre la caída del castillo de Iwasaki. Los caballos pacían la hierba mientras las risas reverberaban en la llanura.

Tras recibir la misma información, el tercer cuerpo también se detuvo. Hombres y caballos descansaron en Kanahagiwara. En la retaguardia, el cuarto cuerpo también tiró de las riendas de sus caballos y aguardaron a que el cuerpo de ejército que tenían delante reanudara el avance.

La primavera estaba abandonando las montañas y el verano se acercaba. El azul del cielo tenía una hermosa nitidez y era incluso más profundo que el del mar. Poco después de detenerse, los caballos se amodorraron y en los campos de cebada y los bosques se oyeron los agudos trinos de alondras y bulbules.

Dos días antes, durante la tarde del sexto día del cuarto mes, dos granjeros del pueblo de Shinoki se habían arrastrado por los campos y corrido de árbol en árbol, evitando los puestos de vigilancia del ejército occidental.

—¡Hemos venido a informar al señor Ieyasu! —gritaron los dos hombres mientras corrían al campamento en el monte Komaki—. ¡Es muy importante!

Ii Hyobu les condujo al cuartel general de Ieyasu. Poco antes Ieyasu había hablado con Nobuo, pero después de que éste se hubiera marchado, Ieyasu cogió un ejemplar de los Analectos de Confucio, que guardaba en el arcón de su armadura, y se puso a leer en silencio, haciendo caso omiso del fuego distante. Tenía cinco años menos que Hideyoshi y, a los cuarenta y dos, era un general en la flor de la vida. Era un hombre de maneras suaves y carácter afable, con la piel tersa y pálida, hasta tal punto que un observador podría haber dudado de que hubiera pasado por toda clase de penalidades y hubiera librado

batallas en las que infundía ánimo a sus tropas tan sólo con la expresión de sus ojos.

—¿Quién es? ¿Naomasa? Entra, entra.

Ieyasu cerró el ejemplar de los Analectos y dio la vuelta a su escabel.

Los dos granjeros informaron que aquella misma noche algunas unidades del ejército de Hideyoshi habían abandonado Inuyama y se dirigían a Mikawa.

—Habéis hecho bien —dijo Ieyasu—. Seréis recompensados.

Ieyasu tenía la frente tensa. Si atacaban Okazaki, no podría hacerse nada. Ni siquiera él había pensado que el enemigo abandonaría el monte Komaki y volvería a su provincia natal de Mikawa.

—Llamad a Sakai, Honda e Ishikawa de inmediato —dijo calmamente.

Ordenó a los tres generales que vigilaran el monte Komaki en su ausencia. Él dirigiría el grueso de sus fuerzas y perseguiría al ejército de Shonyu.

Más o menos por entonces, un samurai rural había acudido al campamento de Nobuo para informar. Cuando Nobuo llevó al hombre ante Ieyasu, éste ya había convocado una conferencia de su estado mayor.

—¡Venid también, señor Nobuo! Me parece que esta persecución terminará en una batalla impresionante, y si vos no estáis presente carecerá de significado.

Las fuerzas de Ieyasu se dividirían en dos cuerpos y su total sería de diecinueve mil hombres. Los cuatro mil soldados de Mizuno Tadashige actuarían como la vanguardia del ejército.

La noche del octavo día del mes, el cuerpo principal al mando de Ieyasu y Nobuo abandonó el monte Komaki. Finalmente cruzaron el río Shonai. Las unidades bajo Nagayoshi y Kyutaro vivaqueaban a sólo dos leguas de distancia, en la aldea de Kamijo.

La tenue luz blanca en los arrozales cubiertos de agua y los arroyuelos revelaba la proximidad del amanecer, pero el entorno estaba lleno de sombras oscuras y unas nubes negras se cernían a baja altura.

—¡Eh! ¡Aquí están!

—¡Agachaos! ¡Tendeos!

Los hombres del ejército perseguidor se apresuraron a agacharse en los arrozales, entre los arbustos, a la sombra de los árboles y en las hondonadas del terreno. Aguzando el oído, percibieron al ejército occidental que se movía en una larga y negra columna por la única carretera que desaparecía en un bosque a lo lejos.

Las tropas perseguidoras se dividieron en dos cuerpos y avanzaron sigilosamente en pos del enemigo, el cual estaba compuesto por los cuatro cuerpos del ejército occidental dirigidos por Mikoshi Hidetsugu.

Tal era la disposición de ambos ejércitos la mañana del noveno día. Además, el comandante seleccionado por Hideyoshi para aquella importante empresa, su propio sobrino Hidetsugu, desconocía aún la situación cuando empezó a amanecer.

Mientras que Hideyoshi había nombrado al ecuanime Hori Kyutaro como dirigente de la invasión de Mikawa, era a Hidetsugu a quien había designado como comandante en jefe. Sin embargo, Hidetsugu sólo tenía dieciséis años, por lo que Hideyoshi había seleccionado a dos generales veteranos, a los que ordenó que vigilasen al joven comandante.

Las tropas estaban todavía fatigadas cuando el sol anunció apaciblemente el amanecer del noveno día. Sabiendo que los hombres debían de tener hambre, Hidetsugu ordenó el alto. Los generales y soldados se sentaron y desayunaron.

El lugar era el bosque de Hakusan, llamado así porque el santuario Hakusan se alzaba en una pequeña

colina. Hidetsugu puso su escabel de campaña en aquella elevación.

—¿No tienes agua? —preguntó el joven a un servidor—. No me queda ni una gota en la cantimplora y tengo la garganta muy seca.

Tomó la cantimplora y bebió hasta la última gota de agua.

—No es bueno beber demasiado cuando estamos en movimiento, mi señor —le reprendió un servidor—. Tened un poco de paciencia.

Pero Hidetsugu ni siquiera se volvió a mirarle. Los hombres a los que Hideyoshi había enviado para que le vigilaran eran un incordio. Tenía dieciséis años, era un general al mando de tropas y, naturalmente, le embargaba el espíritu de lucha.

—¿Quién corre en esta dirección?

—Es Hotomi.

—¿Qué está haciendo aquí Hotomi?

Hidetsugu entrecerró los ojos y estiró el cuello para ver. El comandante del cuerpo de lanceros, Hotomi, se le aproximó y se arrodilló. Estaba falto de aliento.

—¡Tenemos una emergencia, señor Hidetsugu!

—¿De veras?

—Por favor, subid un poco más hasta la cima de la colina.

—Allí. —Hotomi señaló una nube de polvo—. Todavía está lejos, pero se mueve desde el abrigo de aquellas montañas hacia la llanura.

—No es un torbellino, ¿verdad? La parte delantera está apretujada y le sigue una multitud. Es un ejército, no hay duda.

—Tenéis que tomar una decisión, mi señor.

—¿Es el enemigo?

—No creo que pudiera ser nadie más.

—Esperad, no estoy seguro de que sea realmente el enemigo.

Hidetsugu actuaba todavía con indiferencia. Parecía pensar que aquello no podía ser cierto. Pero en cuanto sus servidores llegaron a la cima de la colina, gritaron al unísono.

—¡Maldición!

—Había pensado que el enemigo podría planear seguirnos. ¡Preparaos!

Incapaces de aguardar las órdenes de Hidetsugu, todos ellos se pusieron en acción, arrancando briznas de hierba y levantando polvo en su apresuramiento. El suelo tembló, los caballos relinchaban, los oficiales y soldados gritaban sin cesar. En el momento que requirió transformar el periodo de descanso para comer en la preparación para el combate, los comandantes del ejército de Tokugawa habían dado la orden de disparar una lluvia de balas y flechas contra las tropas de Hidetsugu.

—¡Fuego! ¡Lanzad las flechas!

—¡Atacadles!

Al observar la confusión del enemigo, los jinetes y el cuerpo de lanceros cargaron de súbito.

—¡No dejéis que se acerquen a Su Señoría!

Los gritos que rodeaban a Hidetsugu ahora sólo eran voces estridentes que instaban a proteger su vida.

Aquí y allá, de entre los árboles y arbustos, de todas partes a lo largo de la carretera, surgían

bandadas de soldados enemigos. La única fuerza capaz de abrir una ruta de escape era una pequeña formada por Hidetsugu y sus servidores.

Hidetsugu había recibido heridas leves en dos o tres lugares y manejaba furiosamente la lanza.

—¿Estáis todavía aquí, mi señor?

—¡Rápido! ¡Retirada! ¡Atrás!

Cuando sus servidores le vieron, hablaron casi como si le estuvieran riñendo. Cada uno de ellos murió luchando. Kinoshita Kageyu vio que Hidetsugu había perdido de vista a su caballo y ahora estaba en pie.

—¡Aquí! ¡Tomad éste! ¡Usad la fusta y salid de aquí sin mirar atrás!

Tras darle a Hidetsugu su propio caballo, Kageyu plantó su estandarte en el suelo y avanzó derribando a tantos enemigos como pudo antes de que le mataran. Hidetsugu se dispuso a montar, pero antes de que pudiera hacerlo el animal cayó abatido por una bala.

—¡Déjame tu caballo!

Mientras huía desesperadamente en medio de la refriega, Hidetsugu había visto a un guerrero montado que cabalgaba cerca de él, y le había gritado. El hombre tiró bruscamente de las riendas y se volvió para mirar a Hidetsugu.

—¿Qué queréis, mi joven señor?

—Dame tu caballo.

—Eso es como pedirle a alguien su paraguas un día lluvioso, ¿no es cierto? No, no os lo daré aunque sea una orden de mi señor.

—¿Por qué no?

—Porque vos os retiráis y yo soy uno de los soldados que todavía atacan.

Tras este rechazo, el hombre se alejó al galope. En su espalda, una sola rama de bambú silbaba al cortar el viento.

—¡Maldita sea! —exclamó Hidetsugu mientras le veía alejarse.

Era como si, para aquel hombre, él no hubiera sido más que una hoja de bambú al lado de la carretera. Hidetsugu miró atrás y vio una nube de polvo alzada por el enemigo. Pero un grupo de soldados derrotados de diferentes cuerpos, armados con lanzas, mosquetes y espadas largas, le vieron y le gritaron que se detuviera.

—¡Mi señor! ¡Si huís en esa dirección os vais a encontrar con otra unidad enemiga!

Cuando llegaron a su lado, le rodearon entre todos y le llevaron hacia el río Kanare.

Por el camino recogieron un caballo extraviado, y Hidetsugu por fin tuvo montura. Pero cuando hicieron un breve alto para descansar en un lugar llamado Hosogane, el enemigo les atacó de nuevo, sufrieron otra derrota y huyeron en dirección a Inaba.

Así fue derrotado el cuarto cuerpo. El tercer cuerpo, al mando de Hori Kyutaro, estaba formado por unos tres mil hombres. Entre los distintos cuerpos existía una distancia de entre una legua y legua y media, y los mensajeros mantenían constantemente las comunicaciones abiertas entre las fuerzas, de manera que si el primer cuerpo descansaba, el avance de los demás cuerpos también se detendría, uno tras otro.

De repente Kyutaro ahuecó una mano alrededor de una oreja y escuchó.

—Eso han sido disparos, ¿verdad?

En aquel instante, uno de los servidores de Hidetsugu fustigó a su caballo hacia el lugar donde descansaban sus compañeros y habló jadeando y sin desmontar.

—Nuestros hombres han sido completamente derrotados. Las fuerzas de Tokugawa han aniquilado al ejército principal, e incluso la seguridad del señor Hidetsugu es incierta. ¡Volveos de inmediato!

Kyutaro se había llevado una sorpresa, pero su semblante se mantuvo sereno.

—¿Pertenece al cuerpo de mensajeros?

—¿Por qué me preguntáis eso ahora?

—Si no eres un mensajero, ¿por qué has venido hasta aquí corriendo y tan trastornado? ¿Has huido?

—¡No! He venido para informaros de la situación. No sé si ha sido un acto cobarde o no, pero se trata de una emergencia y he venido lo más rápido posible para informar a los señores Nagayoshi y Shonyu.

Tras decir estas palabras, el hombre fustigó a su caballo y desapareció en dirección al cuerpo de ejército situado más adelante.

—Puesto que ha venido un servidor en lugar de un mensajero, sólo podemos suponer que nuestros hombres en la retaguardia han sufrido una derrota total.

Kyutaro se sobrepuso a la inquietud que le embargaba y permaneció un momento más sentado en su escabel de campaña.

—¡Venid todos aquí! —Conocedores ya de la situación, sus servidores y oficiales se reunieron a su alrededor, sus semblantes pálidos—. Las fuerzas de Tokugawa están a punto de atacarnos. No desperdiciéis los proyectiles. Esperad hasta que el enemigo haya llegado a una distancia de sesenta pies antes de disparar. —Tras instruirles sobre la disposición de las tropas, hizo una última observación—. Os daré cien fanegas por cada guerrero enemigo muerto.

No había estado desencaminado en sus previsiones. La fuerza de Tokugawa que había asestado un golpe arrasador al cuerpo de ejército de Hidetsugu se abalanzaba ahora ferozmente contra su propio cuerpo. Los mismos jefes de Tokugawa se sentían intimidados por el tenaz espíritu combativo de sus tropas.

Las bocas de los caballos espumeaban, la determinación tensaba los rostros de los hombres y las oleadas de armaduras estaban cubiertas de sangre y polvo. Mientras las fuerzas de Tokugawa se aproximaban más y más al alcance de tiro, Kyutaro las observaba atentamente. Entonces dio la orden.

—¡Fuego!

En aquel instante los disparos produjeron un tremendo estruendo y un muro de humo. Las armas eran de llave con mecha, y el tiempo necesario para cargar y disparar era de cinco o seis segundos, incluso para hombres expertos. Por ello se utilizaba un sistema de andanadas alternas. Así, después de cada andanada, el enemigo recibía otra en rápida sucesión. El ejército asaltante cayó atropelladamente ante aquella defensa. Numerosos hombres yacían en el suelo, entre las nubes de humo de pólvora.

—¡Están preparados!

—¡Alto! ¡Atrás!

Los jefes Tokugawa gritaban órdenes de retroceder, pero no era tan sencillo detener a sus soldados enardecidos.

Kyutaro vio que había llegado el momento y gritó a las tropas que contraatacaran. Ahora la victoria estaba clara, tanto psicológica como físicamente, sin que nadie tuviera que esperar el resultado. Los

cuerpos de guerreros que habían tenido una victoria tan brillante recibían ahora lo mismo que habían dado a Hidetsugu sólo momentos antes.

En el ejército de Hideyoshi, el cuerpo de lanceros de Hori Kyutaro era famoso por su gran eficacia. Los cadáveres de los hombres que habían sido atravesados por las hojas de sus lanzas obstaculizaban ahora el paso de los caballos que transportaban a los generales que intentaban huir. Los generales de Tokugawa escapaban, sus largas espadas oscilando a sus espaldas, perseguidos por las hojas de las lanzas.

# Golpe maestro

Un tenue velo de humo de pólvora se cernía sobre la llanura de Nagakute, donde flotaba el hedor de los cadáveres y la sangre. Con el sol matinal se desplegaban en la llanura todos los colores del arco iris.

La paz había vuelto, pero los soldados que habían traído consigo la carnicería se dirigían ahora a Yazako, como las nubes de un chaparrón nocturno. La huida provocaba más huida, huida y destrucción interminables.

Kyutaro no perdió la cabeza mientras perseguía a las tropas de Tokugawa.

—La retaguardia no debe seguirnos. Tomad el camino indirecto hacia Inokoishi y seguidlos por dos carreteras.

Una unidad se separó y siguió una ruta diferente, mientras Kyutaro se ponía al frente de seiscientos hombres contra el enemigo en retirada. Los muertos y heridos abandonados a lo largo de la carretera por los Tokugawa no bajarían de los quinientos hombres, pero los soldados de Kyutaro que continuaban su avance también eran menos.

Aunque el cuerpo principal había avanzado mucho, dos hombres que todavía respiraban entre los cadáveres cruzaron sus lanzas, las abandonaron por demasiado engorrosas y desenvainaron las espadas. Se trabaron, se separaron, cayeron al suelo, volvieron a levantarse y siguieron librando interminablemente su propia batalla particular. Finalmente uno le cortó la cabeza al otro. Gritando casi como un loco, el vencedor corrió en pos de sus compañeros del cuerpo principal, volvió a desaparecer en los miasmas del humo y la sangre y, alcanzado por una bala perdida, cayó muerto antes de que pudiera dar alcance a sus camaradas.

Kyutaro gritaba hasta enronquecer.

—Es inútil perseguirlos durante demasiado tiempo. ¡Genza! ¡Momoemon! ¡Detened a las tropas! ¡Decidles que retrocedan!

Varios de sus servidores corrieron adelante y, no sin dificultad, refrenaron a sus tropas.

—¡Retroceded!

—¡Formad bajo el estandarte del comandante!

Hori Kyutaro desmontó y caminó desde la carretera al promontorio de un risco. Desde allí su campo visual carecía por completo de obstáculos. Miró fijamente a lo lejos.

—Vaya, qué rápido ha venido —musitó.

La expresión de su rostro reflejaba una serenidad absoluta. Se volvió hacia sus ayudantes y les invitó a echar un vistazo.

En el oeste, en una zona elevada, frente al sol matinal, algo brillaba en el monte Fujigane.

¿No se trataba del emblema de Ieyasu, el estandarte de mando con el abanico dorado? Kyutaro habló entristecido.

—Es lamentable decirlo, pero carecemos de estrategia para enfrentarnos a un enemigo tan formidable. Nuestra tarea aquí ha terminado.

Kyutaro reunió a sus tropas e inició una rápida retirada. Pero entonces cuatro mensajeros del primer y segundo cuerpo llegaron desde la dirección de Nagakute para entrevistarse con él.

—La orden, dada directamente por el señor Shonyu, es que regreséis y unáis vuestras fuerzas a la vanguardia.

Kyutaro rehusó en redondo.

—De ninguna manera. Nos retiramos.

Los mensajeros apenas podían dar crédito a sus oídos.

—¡La batalla empieza ahora! —dijeron, alzando sus voces—. ¡Por favor, regresad de inmediato y unid vuestras fuerzas a las de nuestro señor!

Kyutaro también alzó la voz.

—¡He dicho que me retiro y me retiro! Tenemos que velar por la seguridad del señor Hidetsugu. Además, más de la mitad de los hombres están heridos, y si nos enfrentamos a un enemigo fresco, será un desastre. No voy a librar una batalla que está perdida sin remedio. ¡Podéis decirle eso al señor Shonyu y también al señor Nagayoshi!

Tras estas últimas palabras, partió al galope.

El cuerpo de Horikyu se dirigió al encuentro de Hidetsugu y sus tropas supervivientes que estaban en la vecindad de Inaba. Entonces, incendiando las granjas a lo largo del camino, se defendieron una y otra vez de las tropas Tokugawa que les perseguían y finalmente regresaron al campamento principal de Hideyoshi en Gakuden antes de que se pusiera el sol.

Los mensajeros que habían acudido en busca de la ayuda de Kyutaro estaban indignados.

—¿Qué clase de cobardía es esta de huir al campamento principal sin echar siquiera un vistazo a la situación desesperada de nuestros aliados?

—Es evidente que ha perdido el valor.

—Hoy Kyutaro nos ha mostrado su verdadero carácter. Si regresamos vivos le despreciaremos.

Entonces se volvieron hacia sus propios cuerpos aislados, dirigidos por Shonyu y, llenos de rabia, fustigaron los flancos de sus caballos.

Realmente, los dos cuerpos bajo el mando de Shonyu y Nagayoshi ahora no eran más que forraje para Ieyasu. Los dos hombres eran tan diferentes como sus habilidades. En aquella ocasión la batalla entre Hideyoshi e Ieyasu era como un gran campeonato de sumo, y cada hombre comprendía bien a su contrario. Tanto Hideyoshi como Ieyasu habían caído pronto en la cuenta de que la situación llegaría al aprieto actual, y cada uno de los dos hombres circunspectos sabía que no podría derribar al enemigo mediante trucos fáciles o teatrales. Pero pobre del soldado bravo y feroz que actúa sólo movido por su orgullo de guerrero. Ardiendo tan sólo con su propia voluntad, no conoce ni al enemigo ni sus propias capacidades.

Tras instalar su taburete de campaña en el monte Rokubo, Shonyu inspeccionó las más de doscientas cabezas de enemigos tomadas en el castillo de Iwasaki.

Era por la mañana, hacia la primera mitad de la hora del dragón. Shonyu aún no tenía la menor idea del desastre ocurrido en su retaguardia. Mirando tan sólo las ruinas humeantes del castillo enemigo que tenía delante, estaba embriagado por el pequeño placer en el que el guerrero cae con tanta facilidad.

Tras la inspección de las cabezas y el acta de las hazañas meritorias realizadas por las tropas, desayunaron. Mientras los soldados masticaban, de vez en cuando miraban hacia el nordeste. De repente, algo en aquella dirección llamó también la atención de Shonyu.

—Tango, ¿qué es eso que se ve en el cielo por allí? —preguntó Shonyu.

—¿Podría ser una insurrección? —sugirió alguien.

Pero mientras seguían comiendo lo que quedaba de sus raciones, oyeron de repente unos gritos



confusos al pie de la colina.

Cuando se estaban preguntando qué sería aquello, llegó corriendo hasta ellos un mensajero de Nagayoshi.

—¡Nos han cogido desprevenidos! —gritó el hombre mientras se postraba ante el escabel de campaña de Shonyu—. ¡Vienen por detrás de nosotros!

Los generales tuvieron la sensación de que un viento frío había soplado a través de sus armaduras.

—¿Qué quiere decir eso de que vienen por detrás de nosotros? —preguntó Shonyu.

—Una fuerza enemiga ha seguido a la retaguardia del señor Hidetsugu.

—¿La retaguardia?

—Han efectuado un ataque repentino por ambos flancos.

Shonyu se levantó bruscamente, en el preciso instante en que llegaba un segundo mensajero desde Nagayoshi.

—No hay tiempo que perder, mi señor. La retaguardia del señor Hidetsugu ha sido completamente derrotada.

Hubo un movimiento repentino en la colina y, a continuación, el sonido de órdenes impartidas con voz ronca y de los soldados que bajaban por el camino hasta el pie de la colina.

Desde la ladera umbría del monte Fujigane el estandarte de mando del abanico dorado brillaba por encima del ejército de Tokugawa. Había algo casi embrujador en el símbolo, que hacía estremecerse en lo más íntimo a cada guerrero del ejército occidental en la llanura.

Existe una gran diferencia psicológica entre el espíritu de un ejército que avanza y el de un ejército que ha dado la vuelta. Nagayoshi, que ahora alentaba a sus hombres desde lo alto de su caballo, parecía un hombre que preveía su propia muerte. Su armadura estaba hecha de cuero negro con cordones azul oscuro, y la chaqueta sin mangas que la recubría era de brocado de oro sobre un fondo blanco. Unas astas de ciervo adornaban su yelmo, que llevaba echado sobre los hombros. Todavía tenía la cabeza envuelta en vendajes blancos.

El segundo cuerpo había descansado en Oushigahara, pero en cuanto se enteró de la persecución de que era objeto por parte de las fuerzas de Tokugawa, Nagayoshi arengó a sus hombres y miró furibundo el abanico dorado en el monte Fujigane.

—Ese hombre es un digno adversario —dijo—. Hoy voy a desquitarme del fracaso de Haguro, pero no lo haré sólo por mí. Les mostraré cómo elimino también el desprestigio de mi suegro.

Se había propuesto reivindicar su honor. Nagayoshi era un hombre apuesto, y el atuendo de muerte que se había puesto parecía demasiado triste para él.

—¿Has llevado el informe a la vanguardia?

El mensajero, que había regresado, acercó su caballo al de su señor, se adaptó a su andadura y le informó.

Nagayoshi, que miraba fijamente adelante, aflojó las riendas mientras escuchaba.

—¿Y qué hay de los hombres en el monte Rokubo? —preguntó.

—Las tropas formaron con rapidez y ahora vienen detrás de nosotros.

—En ese caso, dile al señor Kyutaro del tercer cuerpo que hemos combinado nuestras fuerzas y avanzamos para enfrentarnos a Ieyasu en el monte Fujigane, de modo que debería venir en esta dirección para apoyarnos.

Cuando el hombre se alejaba al galope, dos mensajeros montados partieron velozmente con las mismas instrucciones de Shonyu para Kyutaro.

Pero, como ya hemos relatado, Kyutaro rechazó esa solicitud y los mensajeros regresaron indignados. Cuando Nagayoshi recibió sus informes, su ejército ya había atravesado una zona pantanosa entre las montañas y empezaba a subir a lo alto de Gifugadake en busca de una buena posición. Ante ellos ondeaba el estandarte de Ieyasu del abanico dorado.

La disposición del terreno era complicada. A lo lejos serpenteaba un acceso a una sección de la llanura de Higashi Kasugai, unas veces como cortado a tijera entre las montañas, otras abarcando llanuras más pequeñas. La carretera de Mikawa que conectaba con Okazaki se veía en el lejano sur.

Pero las montañas cubrían más de la mitad del campo de visión. No había precipicios en vertical ni altos riscos, sino sólo una sucesión de colinas ondulantes. Finalizaba la primavera y los árboles estaban llenos de brotes de tenue color rojo.

Hubo un intercambio de mensajeros en rápida sucesión, pero Nagayoshi y Shonyu se comunicaban sus pensamientos sin necesidad de palabras. Los seis mil soldados de Shonyu fueron divididos de inmediato en dos unidades. Unos cuatro mil se dirigieron hacia el norte y entonces formaron hacia el sudeste en terreno elevado. El estandarte de mando y las banderas anunciaban claramente que los generales eran el hijo mayor de Shonyu, Yukisuke, y su segundo hijo, Terumasa.

Aquella era el ala derecha. El ala izquierda estaba formada por los tres mil soldados de Nagayoshi en Gifugadake. Shonyu se puso al frente de los dos mil soldados restantes y permaneció con ellos como cuerpo de reserva. Alzó su estandarte de mando en el mismo centro de la formación en ala de grulla.

—Quisiera saber cómo atacará Ieyasu —comentó.

A juzgar por la altura del sol, sabían que sólo era la segunda mitad de la hora del dragón. ¿Habían sido las horas largas o cortas? Aquél no era un día para medir el tiempo de la manera ordinaria. Los hombres tenían la garganta seca, pero no querían agua.

El silencio extraordinario les ponía la piel de gallina. Un ave graznó frenéticamente al sobrevolar el valle, pero eso fue todo. Los pájaros habían volado a alguna otra montaña más apacible, dejándoles el lugar a ellos.

\* \* \*

Ieyasu tenía los hombros demasiado encorvados. Después de los cuarenta años se había engordado un poco, e incluso cuando se ponía la armadura tenía la espalda redondeada y los hombros rollizos. El yelmo, pesado y muy adornado, parecía hundirle la cabeza en los hombros. Tenía sobre las rodillas la mano derecha, que sostenía el bastón de mando, y la izquierda. Sentado en el borde de su escabel de campaña, con los muslos separados, se inclinaba desgarradamente adelante, de una manera que afectaba a su dignidad.

Aquella era su postura ordinaria, incluso cuando se sentaba ante un invitado o caminaba. No era hombre que sacara el pecho. Sus vasallos de alto rango le habían aconsejado cierta vez que corrigiese su postura, e Ieyasu había asentido vagamente. Pero una noche, cuando conversaba con sus servidores, les habló un poco de su pasado.

—Crecí en la pobreza. Más aun, fui rehén de otro clan desde los seis años, y cuantos me rodeaban

tenían más derechos que yo. Así pues, naturalmente adquirí el hábito de no ir por ahí sacando el pecho, ni siquiera cuando estaba con otros niños. Otro motivo de mi mala postura es que cuando estudiaba en la fría habitación del templo Rinzai, leía mis libros en un pupitre tan bajo que debía encorvarme como un jorobado. Casi me obsesionaba la idea de que algún día sería liberado como rehén del clan Imagawa y volvería a ser dueño de mi cuerpo. No podía jugar como un niño.

Parecía como si Ieyasu nunca pudiera olvidar la época que pasó con el clan Imagawa. No había ni uno solo entre sus ayudantes que no le hubiera oído contar las anécdotas de sus tiempos de rehén.

—Pero ¿sabéis? —siguió diciendo—, según lo que me dijo Sessai, los sacerdotes sienten más respeto por lo que revelan los hombros de un hombre que su cara. Así pues, cuando yo miraba los hombros del abad, descubría que eran siempre tan redondeados y suaves como un halo. Si un hombre quisiera introducir el universo entero en su pecho, no podía hacerlo con el pecho salido. De esa manera empecé a pensar que mi postura no era tan mala.

Tras establecer su cuartel general en Fujigane, Ieyasu miró calmosamente a su alrededor.

—¿Es eso Gifugadake? Los hombres que hay ahí deben ser los de Nagayoshi. Bien, supongo que las fuerzas de Shonyu no tardarán en prepararse en una montaña u otra. Que uno de los exploradores corra a echar un vistazo.

Los exploradores regresaron en seguida e informaron a Ieyasu. Naturalmente, la información sobre las posiciones enemigas llegó por etapas. Mientras Ieyasu escuchaba los informes, formuló su estrategia.

Por entonces ya era la hora de la serpiente. Habían transcurrido casi dos horas desde que aparecieran las banderas enemigas en la montaña que se alzaba delante de ellos.

Pero Ieyasu estaba tranquilo.

—Shiroza, Hanjuro, venid aquí.

Todavía sentado, miró a su alrededor con expresión serena.

—Sí, mi señor.

Los dos samurais se le acercaron con ruido de armadura en movimiento.

Ieyasu les pidió sus opiniones mientras comparaba el mapa que tenía delante con la realidad.

—Parece ser que las fuerzas que tiene Shonyu en Kobehazama están formadas por auténticos veteranos. Según cómo se muevan, aquí, en Fujigane, podemos estar en auténtica desventaja.

Uno de los hombres señaló los picos que se alzaban en el sudeste y respondió:

—Si estáis resuelto a dar una batalla decisiva de lucha reñida, creo que aquellas estribaciones serían lugares mucho mejores para clavar nuestros estandartes.

—¡Muy bien! En marcha.

Tal fue la rapidez de su decisión. El cambio en la posición del ejército se efectuó de inmediato. Desde las estribaciones, el terreno elevado que ocupaba el enemigo estaba tan cerca que podía tocarse.

Separados tan sólo por una ciénaga y la zona baja de Karasuhazama, los soldados podían ver las caras de sus enemigos e incluso oír sus voces acarreadas por el viento.

Ieyasu ordenó la situación de cada unidad, mientras él mismo instalaba su escabel de campaña en un lugar desde donde tenía una vista sin obstrucciones.

—Bueno, veo que hoy Ii está al frente de la vanguardia —dijo Ieyasu.

—¡La Guardia Roja ha venido al frente!

—Tienen buen aspecto, pero me pregunto qué tal lucharán.

Ii Hyobu contaba veintitrés años. Todo el mundo sabía que Ieyasu le tenía en gran estima, y hasta aquella mañana había figurado entre los servidores al lado de Ieyasu. Por su parte, Ieyasu consideraba a Ii como un hombre muy útil y le había dado el mando de tres mil hombres y la responsabilidad de dirigir la vanguardia. Esa posición conllevaba la posibilidad de alcanzar la fama más grande y de sufrir las más amargas penalidades.

—Hoy muestra tu arrojo sin reservas —le aconsejó Ieyasu.

Sin embargo, Ii era tan joven que Ieyasu tomó la precaución de destinar dos servidores expertos a su unidad, y le pidió que hiciera caso de lo que le dijeran aquellos veteranos.

\* \* \*

Los hermanos Yukisuke y Terumasa contemplaron a la Guardia Roja desde su posición elevada en Tanojiri, al sur.

—¡Atacad a la ostentosa Guardia Roja que tanto se pavonea! —ordenó Yukisuke.

Entonces los hermanos enviaron una unidad de doscientos o trescientos hombres desde el lado de una quebrada y un cuerpo de ataque de mil hombres desde las líneas del frente. Primero dispararon sus armas de fuego. Al mismo tiempo el estrépito de los disparos se alzó en las estribaciones, y el humo blanco se extendió como una nube. Cuando el humo se convirtió en una ligera neblina que se deslizaba hacia la ciénaga, los guerreros de Ii vestidos de rojo corrieron rápidamente hacia el terreno bajo. Un grupo de guerreros con armaduras negras y soldados de a pie corrieron a su encuentro. La distancia entre los dos grupos se acortó en seguida, y los dos cuerpos de lanceros entablaron un combate cuerpo a cuerpo.

Los hombres realmente heroicos en una batalla de guerreros solían verse en la lucha con lanza. Más aún, a menudo las acciones de los lanceros decidían el resultado de la batalla.

Fue allí donde el cuerpo de Ii mató a varios centenares de enemigos. Sin embargo, la Guardia Roja no escapó sin bajas, y buen número de los servidores de Ii encontraron la muerte.

Ikeda Shonyu había pensado durante cierto tiempo en el plan de batalla. Vio que las tropas mandadas por sus hijos se trababan en un combate cuerpo a cuerpo con la Guardia Roja y que la batalla se intensificaba gradualmente.

—¡Ahora es nuestra oportunidad! —gritó a sus espaldas.

Un cuerpo de unos doscientos hombres que estaban dispuestos a vencer o morir habían preparado sus lanzas de antemano y aguardaban el momento. En cuanto les dieran la orden de avanzar, correrían en dirección a Nagakute. Que Shonyu eligiera tácticas de combate insólitas, incluso en unos momentos como aquéllos, era propio de su carácter. La unidad de tropas de ataque recibió la orden, avanzó en círculo alrededor de Nagakute y se fijó como objetivo las tropas que quedaban después de que el ala izquierda de Tokugawa se hubiera adelantado. El plan consistía en atacar rápidamente el centro del enemigo y, cuando el orden de batalla de éste se hubiera desbaratado, capturar al comandante en jefe, Tokugawa Ieyasu.

Sin embargo, el plan no tuvo éxito. Los Tokugawa les descubrieron antes de que llegaran a su objetivo, recibieron intensas descargas de mosquete y su avance quedó frenado en una zona pantanosa donde era difícil moverse. Incapaces de avanzar o retroceder, sufrieron un número de bajas lamentable.

Nagayoshi, que contemplaba la situación de la batalla desde Gifugadake, chasqueó la lengua.

—Ah, los han enviado demasiado pronto —se quejó—. Esa impaciencia es impropia de mi suegro.

Aquel día era el joven quien, en cualquier situación, estaba mucho más sereno que su suegro. En realidad, Nagayoshi había decidido en el fondo de su corazón que aquél iba a ser el día de su muerte. Sin ningún otro pensamiento ni distracción, se limitaba a mirar adelante, hacia el escabel del general en jefe bajo el abanico dorado, en las estribaciones que tenía delante.

Pensaba en lo mucho que le satisfaría matar a Ieyasu. Éste, por su parte, vigilaba Gifugadake más que cualquier otra zona, consciente de que la moral en las filas de Nagayoshi era alta. Cuando un explorador le informó de cómo se había vestido Nagayoshi aquel día, hizo una advertencia a cuantos le rodeaban.

—Parece ser que hoy Nagayoshi se ha vestido con su atuendo de muerte, y no hay nada más intimidante que un enemigo decidido a morir. No os lo toméis a la ligera ni permitáis que os embauque el dios de la muerte.

Así pues, ninguno de los dos bandos iniciaría fácilmente la confrontación. Nagayoshi contemplaba los movimientos de sus adversarios, sintiendo en lo más profundo que si la batalla de Tanojiri se intensificaba, Ieyasu no podría contemplarla como simple espectador. Sin duda enviaría una división de soldados como refuerzos, y ésa sería la oportunidad que aprovecharía Nagayoshi para atacar.

Pero Ieyasu no iba a dejarse embaucar con tanta facilidad.

—Nagayoshi es más fiero que la mayoría de los hombres. Si está tan quieto, seguro que trama algo.

La situación en Tanojiri revelaba las expectativas de Nagayoshi, y las señales de la derrota de los hermanos Ikeda eran cada vez más abundantes. Finalmente resolvió que no podía seguir esperando. Pero en aquel preciso momento, el estandarte de mando con el abanico dorado que había permanecido invisible hasta entonces fue alzado de súbito en las estribaciones donde Ieyasu esperaba. La mitad del ejército de Ieyasu se apresuró hacia Tanojiri, mientras que los hombres restantes alzaban sus voces y atacaban Gifugadake.

Las tropas de Nagayoshi se abalanzaron contra ellos, y la colisión de los dos ejércitos hizo que las tierras bajas de Karasuhazama se convirtieran en un remolino de sangre.

El fuego de mosquete era incesante. Se trataba de una batalla desesperada en un lugar confinado por colinas, y los relinchos de los caballos, así como los choques de espadas largas y lanzas resonaban de un lado a otro. Las voces de los guerreros que gritaban sus nombres a los adversarios estremecían el cielo y la tierra.

Pronto no hubo una sola posición donde no se combatiera en los estrechos límites de la zona, ni un solo comandante o soldado que no luchara por su vida. Cuando algunas tropas parecían victoriosas, se desmoronaban, y de la misma manera, cuando otras parecían derrotadas, se abrían paso entre el enemigo. Nadie sabía quién había ganado, y durante algún tiempo fue una batalla en la oscuridad.

Mientras unos morían, otros, victoriosos, gritaban sus nombres. Entre los heridos, a unos les llamaban cobardes, mientras otros eran alabados por su valentía. Sin embargo, si un observador mirase la escena con atención, vería que cada individuo se precipitaba hacia la eternidad, creando su propio destino intransferible.

La vergüenza era lo único que no permitiría a Nagayoshi pensar en volver con vida al mundo cotidiano. Era la razón por la que aquel día se había puesto su atuendo mortuario.

—¡Me enfrentaré a Ieyasu! —prometió Nagayoshi.

Cuando el caos de la batalla se hacía más intenso, Nagayoshi convocó a cuarenta o cincuenta

guerreros y se encaminaron hacia el estandarte de mando del abanico dorado.

—Voy al encuentro de Ieyasu, ¡ahora mismo!

Nagayoshi fustigó a su caballo en dirección a la colina que se alzaba delante.

—¡Alto, no vas a ninguna parte! —gritó un soldado Tokugawa.

—¡Prended a Nagayoshi!

—¡Es el hombre de la capucha blanca que cabalga al galope!

Las oleadas de hombres vestidos con armadura que trataban de detenerle corrían a su lado y eran atropellados o, cuando se aproximaban a él, quedaban envueltos en rociadas de sangre.

Pero entonces, uno de los proyectiles de mosquete apuntado al guerrero de la chaqueta de brocado blanco le alcanzó entre los ojos.

La blanca capucha alrededor de la cabeza de Nagayoshi se tiñó súbitamente de rojo. Al caer del caballo, tuvo un último atisbo del cielo del cuarto mes, y el heroico joven de veintiséis años se precipitó al suelo del valle, sujetando todavía las riendas. Hyakudan, el caballo favorito de Nagayoshi, se encabritó y relinchó desolado.

Un grito que era como un gran sollozo se alzó de sus hombres, que corrieron en seguida a su lado. Cargando el cadáver sobre sus hombros, se retiraron a lo alto de Gifugadake. Hombres de las fuerzas de Tokugawa corrieron tras ellos, luchando por el símbolo de su hazaña y gritando: «¡Tomad su cabeza!».

Los guerreros que habían perdido a su jefe estaban al borde de las lágrimas. Giraron en redondo y, con fieras expresiones, dirigieron sus lanzas contra sus perseguidores. De alguna manera lograron ocultar el cuerpo de Nagayoshi, pero la noticia de que éste había sido derribado corrió como un gélido viento por todo el campo de batalla. La suerte de la lucha se había vuelto contra ellos, y ahora otro desastre había sobrevenido a las fuerzas de Shonyu.

Era como si hubieran vertido agua hirviendo sobre un hormiguero: los guerreros huían confusamente en todas las direcciones.

—¡No son dignos de que los llamemos aliados! —gritó Shonyu. Subió por la ladera y, en contraste con la paz que reinaba en aquel lugar, gritó enfurecido a los pocos soldados con los que se cruzaba—: ¡Estoy aquí! ¡No os retiréis vergonzosamente! ¿Habéis olvidado lo que aprendisteis a diario? ¡Volved! ¡Volved y luchad!

Pero el grupo de hombres con capuchas negras que le rodeaba no resistieron en medio del derrumbe general y emprendieron la huida. Sólo un patético paje de quince o dieciséis años se le acercó vacilante. Conducía por la brida a un caballo extraviado, que ofreció a su señor.

En la batalla que se libraba al pie de la colina, el caballo de Shonyu había caído al suelo alcanzado por una bala. El general estaba rodeado por el enemigo, pero se había abierto paso desesperadamente y subido por la ladera.

—Ya no necesito un caballo. Pon aquí mi escabel de campaña.

El paje le obedeció y Shonyu tomó asiento.

—Cuarenta y ocho años terminan aquí —musitó. Mirando al paje, siguió diciendo—: Eres el hijo de Shirai Tango, ¿verdad? Supongo que tus padres te están esperando. Corre lo más rápido que puedas a Inuyama. ¡Mira, están llegando las balas! ¡Vete de aquí en seguida!

Tras haber despedido al lloroso paje, se encontró solo y libre de cuidados. Contempló serenamente el mundo por última vez.

Muy pronto oyó un ruido que era como la lucha de animales salvajes, y los árboles se agitaron en los riscos por debajo de donde estaba. Al parecer, aún quedaban algunos de sus guerreros con capucha negra, los cuales blandían sus armas y trababan un combate mortal.

Shonyu se sentía paralizado. Ya no se trataba de la victoria o la derrota. El pesar de abandonar este mundo le hizo reflexionar en el lejano pasado, matizado por el aroma de la leche materna.

Repentinamente, empezaron a moverse los arbustos delante de él.

—¿Quién es? —La rabia brillaba en los ojos de Shonyu—. ¿Es el enemigo?

Su voz era tan serena que el guerrero de Tokugawa que se acercaba retrocedió sin querer, asombrado.

Shonyu volvió a llamarle y le apremió.

—¿Eres del enemigo? Si es así, córtame la cabeza y habrás logrado una gran hazaña. El hombre que te habla es Ikeda Shonyu.

El guerrero agazapado en el espeso sotobosque alzó la cabeza y miró a Shonyu. Se estremeció un momento y, mientras se levantaba, habló en tono arrogante.

—Vaya, he encontrado a alguien importante. Soy Nagai Denpachiro, del clan Tokugawa. ¡Prepárate!

Tras gritar la última palabra, arrojó su lanza.

Podría haber esperado que, en respuesta a su grito, la espada del famoso y fiero general hubiera opuesto una fiera resistencia, pero la lanza de Denpachiro penetró profundamente en el costado de su adversario sin ninguna dificultad. Más que Shonyu, cuyo costado había sido traspasado, fue Denpachiro quien se tambaleó adelante debido al impulso de su fuerza excesiva.

Shonyu cayó, la punta de la lanza sobresaliéndole de la espalda.

—¡Córtame la cabeza! —volvió a gritar.

Ni siquiera entonces blandía su espada larga. Había pedido que el enemigo le matara y ahora le ofrecía su cabeza. Denpachiro se había mostrado arrogante, pero cuando tuvo súbita conciencia de los sentimientos de aquel general enemigo y de la manera en que se enfrentaba a sus últimos momentos, experimentó una emoción violenta, que le produjo deseos de llorar.

—¡Ah! —exclamó, pero estaba tan fuera de sí, tan contento por su gran logro inesperado, que no sabía qué hacer a continuación.

En aquel momento oyó los ruidos de sus compañeros bajo los riscos que se peleaban por llegar primero.

—¡Soy Ando Hikobei! ¡Prepárate!

—¡Me llamo Uemura Denemon!

—¡Soy Hachiya Shichibei, del clan Tokugawa!

Cada uno anunció su nombre mientras competían por hacerse con la cabeza de Shonyu.

¿De quién era la espada que la cortó? Sus manos ensangrentadas la cogieron por el moño y la hicieron girar.

—¡He conseguido la cabeza de Ikeda Shonyu! —gritó Nagai Denpachiro.

—¡No, la he conseguido yo! —gritó Ando Hikobei.

—¡La cabeza de Shonyu es mía! —exclamó Uemura Denemon.

Una tormenta de sangre, una tormenta de voces violentas, una tormenta de egoísta deseo de fama. Cuatro, cinco hombres..., un grupo cada vez más numeroso de guerreros con la cabeza cortada en el centro partieron hacia el lugar donde estaba Ieyasu en su escabel de campaña.

—¡Hemos matado a Shonyu!

Ese grito se convirtió en una oleada que iba desde los picos a la ciénaga y hacía que las fuerzas de Tokugawa en el campo de batalla gritaran de alegría.

Los hombres de las fuerzas de Ikeda que habían logrado huir no gritaban. En un momento aquellos hombres habían perdido el cielo y la tierra, y como hojas secas ahora buscaban un lugar donde pudieran salvar la vida.

—¡Que no regrese vivo uno solo de ellos!

—¡Perseguidlos! ¡Atacadlos!

Los vencedores, impulsados por un deseo de sangre insaciable, mataban a los hombres de Ikeda allá donde los encontraban.

Los hombres que ya se habían olvidado de sus propias vidas y arrebataban otras vidas, probablemente sólo se sentían como si jugaran con flores caídas. Shonyu había sido decapitado, Nagayoshi había muerto en combate y ahora los Tokugawa habían diseminado el resto de las formaciones de Ikeda en Tanojiri.

Uno tras otro, los generales acudieron con los relatos de sus hazañas al campamento que se extendía bajo el abanico dorado de Ieyasu.

—Son muy pocos.

Ieyasu estaba preocupado.

Aquel gran general no solía revelar sus emociones, pero le preocupaban los guerreros que habían ido en persecución del ejército derrotado. Muchos no habían regresado, a pesar de que la caracola había sonado varias veces. Tal vez su victoria les había entusiasmado en exceso.

Ieyasu repitió sus palabras dos o tres veces.

—No se trata de sumar una victoria a otra. El deseo de ganar más después de haber ganado no es bueno.

No mencionó a Hideyoshi, pero sin duda había intuido que aquel estratega nato ya le había señalado con un dedo, reaccionando así a la gran derrota sufrida por su ejército.

—Una persecución larga es peligrosa. ¿Se ha ido Shiroza?

—Sí, partió a toda prisa con vuestras órdenes hace un rato.

Al oír la respuesta de Ii, Ieyasu dio otra orden.

—Ve también tú, Ii. Reprende a los que se han dejado arrastrar por el entusiasmo y ordénales que abandonen la persecución.

Cuando las fuerzas de Tokugawa perseguidoras llegaron al río Yada, encontraron al escuadrón de Naito Shirozaemon alineado a lo largo de la orilla, cada hombre sosteniendo el asta de su lanza horizontalmente.

—¡Deteneos!

—¡Alto!

—¡Hay orden del campamento principal de nuestro señor de no prolongar la persecución!

Los perseguidores se detuvieron ante estas palabras de los hombres alineados en la orilla.

Ii galopó arriba y abajo, casi enronqueciendo al gritar a los hombres.

—Nuestro señor ha dicho que quienes estén tan orgullosos de su victoria que se dejen llevar por el entusiasmo y vayan en pos del enemigo serán sometidos a consejo de guerra cuando regresen al



campamento. ¡Volved atrás!

Finalmente su entusiasmo remitió y todos los hombres se retiraron de la orilla del río.

Era más o menos la segunda mitad de la hora del caballo y el sol estaba en medio del cielo. Corría el cuarto mes y la forma de las nubes indicaba que el verano estaba cerca. Los soldados tenían los rostros sucios de tierra, sangre y sudor, y parecían arder con un fuego interior.

A la hora del carnero Ieyasu bajó del campamento en Fujigane, cruzó el río Kanare e inspeccionó formalmente las cabezas al pie del monte Gondoji.

La lucha había durado media jornada, y contaron a los muertos en el campo de batalla. El bando de Hideyoshi había perdido más de dos mil quinientos hombres, mientras que las bajas en los ejércitos de Ieyasu y Nobuo sumaban quinientos noventa muertos y varios centenares de heridos.

—No tenemos motivos para sentirnos orgullosos de esta gran victoria —advirtió un general—. Los Ikeda no eran más que una rama del ejército de Hideyoshi, pero hemos empleado aquí a toda nuestra fuerza del monte Komaki. Al mismo tiempo, sería fatal para nuestros aliados que sufriéramos aquí un fracaso por alguna razón. Creo que la mejor medida que podemos tomar es la de retirarnos al castillo de Obata con la mayor rapidez posible.

Otro general replicó de inmediato:

—No, no. Tenemos la victoria al alcance de la mano, y deberíais atreveros a tomar la iniciativa. Para eso hacemos la guerra. Es cierto que cuando Hideyoshi se entere de esta gran derrota montará en cólera y probablemente reunirá a sus tropas y vendrá aquí a toda prisa. ¿No deberíamos esperarle, prepararnos como guerreros y entonces tomar la cabeza del señor Mono?

Ieyasu respondió a ambos argumentos repitiendo lo que ya había dicho:

—No debemos ceder a la tentación de sumar una victoria a otra. —Entonces añadió—: Nuestros hombres están cansados. Es probable que Hideyoshi ya esté levantando el polvo hacia aquí, pero hoy no debemos enfrentarnos a él. Es demasiado pronto. Retirémonos a Obata.

Tras tomar esa rápida decisión, pasaron por el sur del bosque de Hakusan y entraron en el castillo de Obata cuando el sol aún estaba alto.

Después de que todo el ejército entrara en el castillo y cerrasen las puertas, Ieyasu saboreó por primera vez la gran victoria de la jornada. Al recordarla, se sentía satisfecho porque la batalla, librada durante medio día, había sido impecable. Soldados y oficiales hallaban satisfacción en hazañas tales como cortar la primera cabeza o arrojar la primera lanza al enemigo, pero la satisfacción secreta del comandante en jefe radicaba en una sola cosa: la sensación de que su clarividencia había acertado.

Sin embargo, sólo un maestro conoce a otro. La única preocupación de Ieyasu eran los movimientos posteriores de Hideyoshi. Se esforzaba por ser flexible al reflexionar en este problema, y descansó algún tiempo en la ciudadela principal de Obata, relajando el cuerpo y la mente.

\*

\*

\*

La mañana del día nueve, después de que Shonyu y su hijo hubieran partido, Hideyoshi convocó a Hosokawa Tadaoki a su campamento en Gakuden y le dio, tanto a él como a otros generales, la orden de atacar de inmediato el monte Komaki. Una vez iniciado el ataque, trepó a la torre de observación y contempló el avance de la batalla. Masuda Jinemon aguardaba a su lado, mirando a lo lejos.

—El señor Tadaoki es demasiado impetuoso. ¿No será un problema que penetre demasiado en territorio enemigo?

Jinemon, preocupado porque las fuerzas de Hosokawa habían llegado muy cerca de las murallas enemigas, observó la expresión de Hideyoshi.

—Todo irá bien. Puede que Tadaoki sea joven, pero Takayama Ukon es un hombre juicioso. Si está a su lado, no habrá ningún problema.

La mente de Hideyoshi estaba lejos de allí. ¿Cómo le habrían ido las cosas a Shonyu? Sólo podía pensar en las buenas noticias que esperaba recibir de él.

Hacia mediodía llegaron varios jinetes que se habían retirado de Nagakute. Con expresiones desoladas, relataron el trágico suceso: el ejército principal de Hidetsugu había sido completamente aplastado, y no sabían con certeza si el jefe estaba vivo o muerto.

—¡Cómo! ¿Hidetsugu? —Hideyoshi no podía ocultar su sorpresa. Su carácter no le permitía mantenerse imperturbable cuando oía algo espantoso—. ¡Qué descuido!

No criticaba tanto las deficiencias de Hidetsugu y Shonyu como admitía su propio fracaso y alababa la perspicacia de su enemigo, Ieyasu.

—Jinemon, que suene la caracola para que los hombres se reúnan.

Hideyoshi envió de inmediato mensajeros con capuchas amarillas a cada una de sus divisiones, con órdenes de emergencia, y al cabo de una hora veinte mil soldados habían partido de Gakuden y avanzado a toda prisa hacia Nagakute.

Ese rápido cambio no pasó inadvertido en el cuartel general de los Tokugawa, en el monte Komaki. Ieyasu ya se había ido, dejando allí un pequeño número de hombres para su defensa.

—Parece ser que el mismo Hideyoshi va en cabeza de su ejército.

Cuando Sakai Tadatsugu, uno de los generales que se habían quedado en el monte Komaki, oyó la noticia, batió palmas y exclamó:

—¡Las cosas están saliendo tal como esperábamos! Mientras Hideyoshi esté ausente, podemos incendiar su cuartel general en Gakuden y la fortaleza en Kurose. Ahora es el momento de la matanza. ¡Que todos me sigan para el gran ataque!

Pero Ishikawa Kazumasa, otro de los generales que se habían quedado allí, presentó una oposición frontal.

—¿Por qué tenéis tanta prisa, señor Tadatsugu? En sus estrategias militares, Hideyoshi casi goza de la inspiración divina. ¿Creéis que un hombre así dejaría a un general incapaz a cargo de la defensa de su cuartel general, por mucha prisa que tenga en partir?

—Cualquier ser humano puede no estar a la altura de sus capacidades habituales cuando actúa movido por la prisa. Hideyoshi ha hecho sonar la caracola llamando a formación y ha partido con tanta prisa que cabe suponer que incluso él estaba confuso por la derrota de Nagakute. No debemos perder la oportunidad de prender fuego a la cola del señor Mono.

—¡Esa manera de pensar es superficial! —Ishikawa Kazumasa se echó a reír y presentó todavía más resistencia a Tadatsugu—. Sería propio del estilo de Hideyoshi dejar detrás una fuerza militar considerable para aprovecharse de la situación que existiría si abandonáramos nuestras fortificaciones. Y sería ridículo que una pequeña fuerza como la nuestra hiciera una salida ahora.

Disgustado por aquella confusión, Honda Heihachiro se levantó indignado.

—¿Es esto una discusión? Quienes gustan de las discusiones no son más que charlatanes. Por mi parte, no puedo quedarme aquí sentado sin hacer nada. Perdonadme por irme el primero.

Honda era hombre de pocas palabras y carácter fuerte. Tadatsugu y Kazumasa habían insistido en la validez de sus argumentos, provocando una controversia. Ahora contemplaban confusos la partida del indignado Honda.

—¿Adonde vas, Honda? —se apresuraron a preguntarle.

El interpelado se volvió y habló como si hubiera llegado a una conclusión profunda.

—He servido a mi señor desde mi infancia. Considerando la situación en que se halla, no puedo hacer más que ponerme a su lado.

—¡Espera! —Kazumasa parecía pensar que Honda actuaba así movido por su carácter impetuoso, y alzó una mano para retenerle—. Nuestro señor nos ordenó defender el monte Komaki en su ausencia, pero no que hiciéramos lo que nos apetezca. Cálmate un poco.

También Tadatsugu trató de serenarle.

—¿Servirá de algo que te vayas sólo precisamente ahora, Honda? La defensa del monte Komaki es más importante.

Los labios de Honda se curvaron en una leve sonrisa, como si la manera de pensar de sus compañeros le diera lástima, pero habló cortésmente, pues los otros dos eran superiores a él en rango y edad.

—No voy a reunirme con los demás generales. Que cada uno de vosotros haga lo que le plazca, pero Hideyoshi se dirige al frente de fuerzas frescas hacia el señor Ieyasu, y no puedo quedarme aquí sin hacer nada. Pensad en ello. Las fuerzas de nuestro señor deben de estar exhaustas tras la lucha de anoche y esta mañana, y si los veinte mil hombres dirigidos por Hideyoshi se unen al resto del enemigo en un ataque desde el frente y la retaguardia, ¿cómo creéis que el señor Ieyasu podrá salir indemne? Tal como lo veo, aunque me equivoque al ir solo a Nagakute, si mi señor muere en combate estoy decidido a morir con él. Eso no debería preocuparos.

Al oír estas palabras, los hombres dejaron de murmurar. Honda se puso al frente de su pequeña fuerza de trescientos hombres y partieron velozmente del monte Komaki. Kazumasa, contagiado por la bravura de aquel hombre, también reunió a sus doscientos hombres y se unió al otro grupo.

Las fuerzas conjuntas sumaban menos de trescientos hombres, pero compartieron el temple de Honda nada más abandonar el monte Komaki. Al fin y al cabo, ¿qué era un ejército de veinte mil hombres? ¿Y quién era aquel señor Mono?

Los soldados de a pie vestían armaduras ligeras, tenían los estandartes enrollados y, cuando fustigaron a los caballos, el polvo levantado por la pequeña fuerza se alzaba como un tornado que corriera hacia el este.

Cuando llegaron a la orilla meridional del río Ryusenji, encontraron al ejército de Hideyoshi que avanzaba a lo largo de la orilla norte.

—¡Bien, aquí están!

—El estandarte de mando con las calabazas doradas.

—Hideyoshi debe de estar rodeado por sus servidores.

Honda y sus hombres habían cabalgado sin detenerse y estaban mirando la orilla contraria, señalando y poniéndose las manos sobre los ojos a modo de visera. Todos ellos se estremecían de excitación.

La distancia era tan corta que si los hombres de Honda hubieran gritado, los gritos de respuesta del

enemigo habrían llegado a sus oídos. Los rostros de los soldados enemigos eran visibles y las pisadas de veinte mil hombres mezcladas con el estrépito de innumerables cascos de caballo cruzaban el río y reverberaban contra los pechos de los hombres que los contemplaban.

—¡Kazumasa! —gritó Honda a sus espaldas.

—¿Qué quieres?

—¿Ves ese ejército en la otra orilla?

—Sí, es un ejército inmenso. La columna parece más larga que el mismo río.

—Eso es propio de Hideyoshi —dijo Honda, riendo—. Tiene la habilidad de mover un ejército de ese tamaño como si fuera sus manos y pies. Aunque sea el enemigo, hay que reconocerle el mérito.

—Llevo un rato mirándoles. ¿Crees que Hideyoshi está ahí, junto al estandarte de mando con las calabazas doradas?

—No, no. Estoy seguro de que se ha escondido en alguna parte en medio de otro grupo de hombres. No va a cabalgar al descubierto para ser blanco de algún tirador.

—Los soldados enemigos se mueven rápidamente, pero todos miran hacia aquí con suspicacia.

—Lo que debemos hacer es retrasar a Hideyoshi en el camino a lo largo del río Ryusenji, aunque sólo sea por unos momentos.

—¿Le atacaremos?

—No, el enemigo tiene veinte mil hombres, y nuestras fuerzas sólo suman quinientos. Si les atacamos, sólo pasaría un instante antes de que la superficie del río se tiñera con nuestra sangre. Estoy dispuesto a morir, pero no inútilmente.

—Entonces quieres dar al ejército de nuestro señor que está en Nagakute tiempo suficiente para que se prepare del todo y espere a Hideyoshi.

—Así es. —Honda asintió y golpeó la silla de montar—. A fin de conseguir tiempo para nuestros aliados en Nagakute, debemos agarrar con fuerza los pies de Hideyoshi y hacer que su ataque sea más lento, siquiera un poco, con nuestra muerte. Tenlo en cuenta al actuar, Tadatsugu.

—Sí, comprendo.

Kazumasa y Honda dirigieron a un lado las cabezas de sus monturas.

—Dividid a los mosqueteros en tres grupos. Mientras corren por el camino, cada grupo se arrodillará y disparará alternativamente al enemigo en la orilla contraria.

El enemigo se movía rápidamente a lo largo de la orilla, y parecía como si lo hiciera casi a la misma velocidad que la corriente. Los hombres de Honda tenían que hacerlo todo al mismo ritmo pero sin dejar de correr tanto si atacaban como si reorganizaban sus unidades.

Como estaban cerca del agua, el fuego de mosquete fue más resonante de lo que habría sido normalmente, y el humo de la pólvora se extendió sobre el río como una vasta cortina. Mientras una unidad avanzaba de un salto y disparaba, la unidad siguiente preparaba sus mosquetes. Entonces esa unidad saltaba adelante, ocupando el lugar de la primera, y disparaba de inmediato hacia la orilla contraria.

Varios soldados de Hideyoshi cayeron en rápida sucesión. En seguida la línea de hombres en marcha empezó a vacilar.

—¿Quién puede atreverse a desafiarnos con una fuerza tan reducida?

Hideyoshi estaba sorprendido. Con una expresión de asombro, detuvo a su caballo

inconscientemente.

Los generales que cabalgaban a su alrededor y los hombres más próximos se cubrieron los ojos con las manos y miraron hacia la orilla contraria, pero ninguno pudo dar una respuesta rápida a la pregunta de Hideyoshi.

—¡Quien actúa con tal valentía contra un ejército de nuestro tamaño con una fuerza que no llega a mil hombres debe de ser un jefe atrevido! ¿Le reconoce alguien?

Hideyoshi hizo la pregunta varias veces, mirando a los hombres que estaban delante y detrás de él.

—Sé quién es —dijo alguien en la cabeza de la columna.

El hombre que había hablado era Inaba Ittetsu, el comandante del castillo Soné de Mino. A pesar de su edad avanzada, había participado en la batalla para ayudar a Hideyoshi y, desde el mismo comienzo de la campaña, estaba a su lado y le servía como guía.

—Ah, Ittetsu. ¿Reconoces al general enemigo en el otro lado del río?

—Bueno, por las astas de su yelmo y el trenzado blanco de su armadura, estoy seguro de que se trata del brazo derecho de Ieyasu, Honda Heihachiro. Le recuerdo claramente de la batalla en el río Ane, hace años.

Cuando Hideyoshi oyó esto, estuvo a punto de verter lágrimas.

—¡Ah, qué hombre tan valiente! Con una pequeña fuerza ataca a veinte mil hombres. Si ése es Honda, debe de ser un gran guerrero. Es conmovedor este intento de ayudar a Ieyasu a huir, obstruyéndonos aquí momentáneamente a costa de su vida. —Entonces añadió—: Es merecedor de nuestra simpatía. Nuestros hombres no dispararán una sola bala ni flecha en su dirección, por mucho que nos ataque. Si existe alguna relación kármica entre nosotros, algún día le convertiré en uno de mis servidores. Es un hombre digno de estima. No disparéis; dejadle ir.

Por supuesto, durante ese tiempo los tres grupos de mosqueteros que estaban en la orilla contraria siguieron atareados cargando sus mosquetes y disparando sin cesar. Una o dos balas incluso llegaron cerca de Hideyoshi. En aquel momento, el guerrero con armadura en quien Hideyoshi había concentrado su mirada, Honda, el hombre del yelmo adornado con astas de ciervo, se acercó a la orilla, desmontó y lavó el morro de su caballo con agua del río.

Separado de él por la anchura del río, Hideyoshi miró al hombre, mientras Honda miraba fijamente al grupo de generales, uno de los cuales era claramente Hideyoshi, que habían detenido sus caballos.

Los mosqueteros de Hideyoshi respondieron abriendo fuego, pero Hideyoshi volvió a reprobarles.

—¡No disparéis! ¡Limitaos a seguir adelante a toda prisa!

Dicho esto, fustigó a su caballo y partió al galope.

Cuando Honda observó esa acción en la otra orilla gritó: «¡No dejéis que se vayan!», y duplicó su velocidad. Tras recorrer un trecho de camino, volvió a atacar fieramente con fuego de mosquete a las tropas de Hideyoshi, pero éste no aceptó el desafío y pronto tomó una posición en una colina cercana a la colina de Nagakute.

En cuanto llegaron a su destino, Hideyoshi dio órdenes a tres de sus generales para que tomaran el mismo número de unidades de caballería ligera y partieran de inmediato.

—Haced lo que podáis con las fuerzas de Tokugawa que se están retirando desde Nagakute a Obata.

Estableció su cuartel general en la colina, mientras sus veinte mil hombres frescos se extendían bajo el rojo sol del atardecer, demostrando su intención de vengarse de Ieyasu.

Hideyoshi designó a dos hombres como jefes de una unidad de exploradores, y partieron en secreto hacia el castillo de Obata. A continuación Hideyoshi desarrolló las operaciones militares para todo el ejército. Pero antes de que pudiera enviar las órdenes, le llegó un mensaje urgente:

—Ieyasu ya no está en el campo de batalla.

—¡Eso no es posible! —dijeron los generales al unísono.

Mientras Hideyoshi permanecía sentado en silencio, los tres jefes a los que había enviado previamente hacia Nagakute regresaron a toda prisa.

—Ieyasu y su fuerza principal ya se han retirado a Obata —informaron—. Hemos encontrado unos pocos grupos dispersos de enemigos que se han rezagado en la retirada hacia el castillo, pero los demás parecen llevarnos una hora de ventaja.

De los trescientos soldados de Tokugawa a los que habían matado, ninguno había sido un general de renombre.

—Llegamos demasiado tarde.

Hideyoshi no podía disimular la cólera que le enrojecía el rostro.

En medio de sus complejas emociones, Hideyoshi batió palmas sin darse cuenta y felicitó a Ieyasu.

—¡Ahí tenéis a Ieyasu! Su rapidez es considerable. Se retira a un castillo y cierra las puertas sin la menor jactancia. Ése es un pájaro al que no atraparemos ni con liga ni con una red. Pero ya veréis, haré que Ieyasu se porte un poco mejor dentro de unos años y que se incline ante mí.

Anochece ya, y un ataque nocturno a un castillo era algo que debía evitarse. Además, el ejército se había trasladado desde Gakuden sin descansar, por lo que aquella noche se pospusieron temporalmente las acciones. Hubo cambio de órdenes y se dio permiso a los hombres para comer sus provisiones. Nubes de humo de las fogatas se elevaban al cielo oscuro.

Los exploradores que habían partido de Obata regresaron en seguida. Ieyasu estaba durmiendo pero se levantó para escuchar el informe. Enterado de la situación, anunció que todo el mundo regresaría de inmediato al monte Komaki. Sus generales defendieron con vehemencia un ataque nocturno contra Hideyoshi, pero Ieyasu se limitó a reír y partió hacia el monte Komaki por una ruta indirecta.

# Taiko

Como no tenía otro recurso, Hideyoshi hizo dar la vuelta a su ejército y se retiró al campamento fortificado en Gakuden. No podía negar que la derrota en Nagakute había sido un serio golpe, aun cuando lo hubiera causado el exceso de celo de Shonyu. Pero también era cierto que, en aquella ocasión determinada, Hideyoshi había tardado en actuar.

Si Hideyoshi se mostraba circunspecto no se debía a que se midiera por primera vez con Ieyasu en el campo de batalla, pues le conocía desde mucho antes, sino más bien a que era un empate de maestro contra maestro, un partido entre dos campeones.

—No prestéis ninguna atención a los castillos pequeños a lo largo del camino, no perdáis tiempo —había advertido Hideyoshi, pero Shonyu fue desafiado por la guarnición de Iwasaki y se detuvo para aplastarla.

Las capacidades de Ieyasu y Hideyoshi determinarían el resultado de la batalla. Cuando Hideyoshi se enteró de la derrota en Nagakute, estuvo convencido de que había llegado su oportunidad. Las muertes de Shonyu y Nagayoshi serían seguramente el cebo para prender a Ieyasu vivo.

Pero el enemigo había aparecido y desaparecido con la rapidez del viento, y cuando se hubo ido, todo quedó silencioso como el bosque. Cuando Ieyasu se retiró al monte Komaki, Hideyoshi tuvo la sensación de que había fallado en el intento de atrapar a un conejo asustado, pero se dijo que él sólo había sufrido una ligera herida en un dedo. Ciertamente el daño infligido a su poderío militar había sido escaso. Pero, psicológicamente, había dado una victoria al bando de Hideyoshi.

En cualquier caso, tras la violenta batalla de media jornada en Nagakute, ambos hombres mostraban una prudencia extrema y cada uno observaba de cerca los movimientos del otro. Y mientras cada uno aguardaba para aprovechar una oportunidad favorable, ninguno de los dos estaba dispuesto a llevar a cabo un ataque temerario. Sin embargo, las provocaciones se sucedían.

Por ejemplo, el día once del cuarto mes, cuando Hideyoshi envió a los sesenta y dos mil hombres de su ejército al monte Komatsuji, la reacción en el monte Komaki no fue más que una sonrisa apacible e irónica.

Posteriormente, el día veintiocho del mismo mes, el bando de Ieyasu realizó una provocación. Una fuerza combinada de dieciocho mil hombres fue dividida en dieciséis unidades y se dirigió hacia el este.

Tocando tambores y alzando gritos de guerra, la vanguardia encabezada por Sakai Tadatsugu e Ii Hyobu lanzó repetidos desafíos, casi como si dijeran: «¡Sal de ahí, Hideyoshi!».

Hori Kyutaro y Gamo Ujisato defendían las empalizadas rodeadas por un foso. Kyutaro contempló las estridentes fuerzas enemigas y apretó los dientes.

Después de la batalla de Nagakute, el enemigo había difundido rumores de que los soldados de Hideyoshi estaban intimidados por los guerreros Tokugawa. Pero Hideyoshi había dejado claro que los soldados no efectuarían ninguna salida sin su orden expresa, por lo que no podían hacer más que enviar veloces corredores al campamento principal.

Cuando llegó el mensajero, Hideyoshi estaba jugando al go.

—Una gran fuerza de Tokugawa se aproxima a nuestros hombres en los fosos dobles —anunció el hombre.

Hideyoshi alzó un momento los ojos del tablero de go y preguntó al mensajero:

—¿Se ha presentado Ieyasu?

—El señor Ieyasu no ha venido —replicó el hombre.

Hideyoshi cogió una ficha negra, la colocó en el tablero y, sin alzar la vista, dijo:

—Si Ieyasu se presenta, decídmelo. A menos que venga a la cabeza de su ejército, Kyutaro y Ujisato pueden luchar o no, como les plazca.

Más o menos por la misma época, Ii Hyobu y Sakai Tadatsugu, que estaban en el frente, en dos ocasiones enviaron mensajeros al monte Komaki, con peticiones dirigidas a Ieyasu: «Ahora es el momento de presentaros. Si lo hacéis de inmediato, no hay duda de que podremos asestar un golpe fatal al cuerpo principal de las tropas de Hideyoshi». Hideyoshi les respondió: «¿Ha hecho algún movimiento Hideyoshi? Si él sigue en el monte Komatsuji, tampoco yo tengo ninguna necesidad de salir».

Al final, Ieyasu no abandonó el monte Komaki.

Durante ese tiempo, Hideyoshi distribuyó claramente las alabanzas y las culpas por la batalla de Nagakute. Se mostró especialmente cuidadoso en la presentación de aumentos de estipendios y recompensas, pero no dijo una sola palabra a su sobrino Hidetsugu. Y, tras haber huido de Nagakute, Hidetsugu parecía sentirse incómodo ante su tío. Cuando regresó al campamento se limitó a informar de que había vuelto, y más adelante intentó explicar la razón de su derrota. Pero Hideyoshi sólo hablaba a los demás generales sentados a su alrededor y no miraba a Hidetsugu a la cara.

—Mi propio error fue lo que causó la muerte de Shonyu —dijo Hideyoshi—. Desde su juventud compartimos nuestra pobreza, las diversiones nocturnas y las salidas para ir de putas. Nunca podré olvidarle.

Cada vez que hablaba con los demás sobre su viejo amigo, los ojos se le llenaban de lágrimas.

Un día, sin revelar a nadie lo que pensaba, Hideyoshi ordenó de súbito la construcción de fortificaciones en Oura. Dos días después, el último del cuarto mes, dio más instrucciones:

—Mañana me propongo correr el riesgo de presentar la batalla de mi vida. Vamos a ver quién cae, si Ieyasu o Hideyoshi. Dormid bien, preparaos y que no os cojan desprevenidos.

El día siguiente era el primero del quinto mes. Los hombres esperaban que aquél sería el día en que iba a librarse la gran batalla decisiva, y todo el ejército se había preparado desde la noche anterior. Ahora, al ver por fin a Hideyoshi delante de ellos, los soldados escucharon sus palabras llenos de asombro, sin comprender.

—¡Regresamos a Osaka! Todas las tropas se retirarán. —Tras decir esto, siguió dando órdenes—: Los cuerpos al mando de Kuroda Kanbei y Akashi Yoshiro se coordinarán con las tropas en los fosos dobles. La posición de retaguardia será ocupada por Hosokawa Tadaoki y Gamo Ujisato.

Sesenta mil hombres se pusieron en marcha en dirección al oeste, e iniciaron su retirada cuando el sol matinal aparecía sobre el horizonte. Hori Kyutaro se quedó en Gakuden y Kato Mitsuyasu en el castillo de Inuyama. Con excepción de ellos, todas las tropas cruzaron el río Kiso y entraron en Oura.

Esta súbita retirada hizo que los generales de Hideyoshi se extrañaran de sus verdaderas intenciones. Hideyoshi daba órdenes con toda naturalidad, pero la retirada de un ejército tan enorme era incluso más difícil que dirigirlo al ataque. La responsabilidad de ocupar la retaguardia se consideraba la más difícil de todas, y se afirmaba que sólo los guerreros más valientes eran aptos para esa tarea.

Aquella mañana, cuando los hombres que estaban en el cuartel general de Ieyasu vieron que el ejército de Hideyoshi se retiraba de improviso al oeste, se sintieron llenos de dudas e informaron del



acontecimiento a Ieyasu.

El acuerdo entre los generales fue total.

—No hay ninguna duda. Hemos destruido el espíritu de lucha del enemigo.

—Si les perseguimos y atacamos, las fuerzas occidentales serán totalmente derrotadas y nos haremos con una gran victoria.

Cada uno de ellos hablaba con entusiasmo de un ataque y pedía el mando, pero Ieyasu no parecía en absoluto satisfecho y se negó de plano a dar permiso para emprender la persecución.

Sabía que un hombre como Hideyoshi no retiraría un gran ejército sin un motivo. También sabía que, si bien disponía de suficientes fuerzas para la defensa, carecía del número suficiente para luchar con Hideyoshi sin obstrucciones en campo abierto.

—La guerra no es un juego. ¿Vamos a arriesgar nuestras vidas cuando no tenemos la menor idea del resultado? Sacad la mano para coger algo sólo cuando el destino os haya bendecido.

Ieyasu detestaba correr riesgos y también se conocía muy bien a sí mismo. En ese aspecto, Nobuo era todo lo contrario de Ieyasu. Nobuo vivía bajo la ilusión de que tenía la misma gran popularidad y el genio de Nobunaga. En aquellos momentos no podía guardar silencio, aun cuando todos los demás generales permanecían sentados sin abrir la boca después de que Ieyasu les hubiera dicho que no habría persecución.

—Se dice que un soldado respeta la oportunidad que le dan. ¿Cómo podemos quedarnos aquí sentados y dejar que pase por nuestro lado esta oportunidad enviada por el cielo? Os ruego que me dejéis encargarme de la persecución.

Mientras hablaba, la vehemencia de Nobuo iba en aumento.

Ieyasu le amonestó con dos o tres palabras, pero Nobuo exhibía su valor más que nunca. Al discutir con Ieyasu, actuaba como un niño mimado que no escuchaba a nadie.

—Bien, veo que no hay nada que hacer. Actúad como os plazca.

Ieyasu le dio su permiso, sabiendo perfectamente el desastre que ocurriría. Nobuo se puso en seguida al frente de su ejército y partió en persecución de Hideyoshi.

Tras la partida de Nobuo, Ieyasu puso a Honda al mando de un grupo de soldados y le envió en pos del primero. Tal como Ieyasu había pensado que haría, Nobuo entabló lucha con la retaguardia de Hideyoshi en retirada y, aunque por un momento pareció superior, fue rápidamente derrotado. Así causó la muerte en combate de gran número de sus servidores.

Si los refuerzos de Honda no hubieran llegado por detrás, el mismo Nobuo podría haberse convertido en uno de los más grandes trofeos de la retaguardia de Hideyoshi. Nobuo se retiró al monte Komaki y no se presentó en seguida ante Ieyasu, pero éste fue informado por Honda de la situación. Sin ningún cambio en su expresión, Ieyasu asintió y dijo:

—Era de esperar.

\*

\*

\*

Cuando Hideyoshi se retiraba, era algo más que una simple retirada. Mientras su ejército avanzaba por el camino, dijo a sus servidores:

—¿No deberíamos quedarnos con algún bonito recuerdo?

El castillo de Kaganoi se alzaba en la orilla izquierda del río Kiso, en una zona al nordeste del castillo de Kiyosu. Dos de los servidores de Nobuo se habían atrincherado allí, dispuestos a actuar como una de las alas de Nobuo en caso de emergencia.

Hideyoshi dio a sus generales la orden de tomar aquel castillo como si señalara un caqui pendiente de una rama.

El ejército cruzó el río Kiso y ocupó una posición en el templo Seitoku. El día cuatro del cuarto mes Hideyoshi inició el ataque en el centro del ejército de reserva. De vez en cuando salía a caballo y contemplaba la batalla desde una colina en la vecindad de Tonda.

Al día siguiente el comandante del castillo murió luchando, pero el castillo no cayó hasta la noche del sexto día.

Hideyoshi hizo construir fortificaciones para uso posterior en un punto estratégico de Taki, y el día trece regresó hasta Ogaki. En el castillo de Ogaki se reunió con los familiares supervivientes de Shonyu y consoló a su esposa y su madre.

—Imagino lo solas que os sentís, pero no olvidéis los prometedores futuros de vuestros hijos. Debéis tratar de vivir el resto de vuestra vida en armonía, gozando con el crecimiento de los árboles jóvenes y contemplando las flores de la temporada.

Hideyoshi también visitó a los dos hijos supervivientes de Shonyu y les alentó a ser fuertes. Aquella noche se convirtió en uno más de la familia y habló durante horas de sus recuerdos de Shonyu.

—Soy bajo y Shonyu también lo era. Cuando aquel hombre bajito agasajaba a los demás generales, a menudo, si estaba bebido, practicaba el baile de la lanza. No creo que nunca se lo mostrara a los miembros de su familia, pero era algo así.

Su imitación de la danza les hizo reír a todos. Se quedó varios días en el castillo, pero finalmente, el día veintiuno, tomó la ruta de Omi para regresar al castillo de Osaka.

Osaka era ahora una gran ciudad. Había sufrido un cambio radical desde que era el pequeño puerto de Naniwa, y cuando llegó el ejército de Hideyoshi la gente que llenaba las calles y las proximidades del castillo vitoreó a los hombres hasta el anochecer.

Las obras de construcción externa del castillo de Osaka se habían completado. Al caer la noche, el escenario parecía del otro mundo. Brillaban las lámparas en las innumerables ventanas del torreón de cinco plantas en la ciudadela principal, así como en la segunda y tercera ciudadelas, adornando el cielo nocturno e iluminando los límites del castillo por los cuatro lados: al este, el río Yamato; al norte, el río Yodo; al oeste, el río Yokobori y al sur el gran foso seco.

Hideyoshi había cambiado de idea, abandonando su campamento de Gakuden y siguiendo la estrategia de un «comienzo nuevo». Pero ¿cómo había reaccionado Ieyasu a ese cambio? Había permanecido sentado, contemplando el desfile de las tropas de Hideyoshi en retirada. Y aunque había oído hablar del apuro de sus aliados en el castillo de Kaganoi, no había enviado refuerzos.

Voces de indignación se alzaban entre los subordinados de Nobuo, pero éste ya había hecho caso omiso del consejo de Ieyasu y atacado a la retaguardia de Hideyoshi, acción que terminó en una derrota ignominiosa. Salvado por Honda, finalmente había vuelto al campamento. Así pues, ahora Nobuo tenía la sensación de que no podía decir nada.

De esta manera una discordia enconada se había convertido en el punto débil del ejército aliado. Más aún, el principal partidario de aquella gran batalla había sido Nobuo, no Ieyasu. Nobuo había predicado

a Ieyasu la causa del deber, y el señor de Mikawa se había alzado para ayudarlo. En consecuencia, su punto de vista era el de un aliado, y por ello era tanto más difícil controlar a Nobuo. Finalmente hizo una sugerencia:

—Mientras Hideyoshi está en Osaka, más tarde o más temprano se trasladará a Ise. Ciertamente ya han aparecido algunos signos preocupantes para nuestros aliados. Creo que deberíais regresar a vuestro castillo de Nagahama lo antes posible.

Aprovechando esta oportunidad, Nobuo regresó rápidamente a Ise. Ieyasu permaneció algún tiempo en el monte Komaki, pero al final también partió hacia Kiyosu, dejando el mando a Sakai Tadatsugu. Los habitantes de Kiyosu salieron a saludar a Ieyasu con gritos de victoria, pero no eran tantos como los que habían recibido a Hideyoshi en Osaka.

Ciudadanos y soldados saludaron la batalla de Nagakute como una gran victoria para el clan Tokugawa, pero Ieyasu previno a sus servidores contra el frívolo orgullo y envió a sus tropas el siguiente mensaje:

Desde el punto de vista militar, Nagakute fue una victoria, pero por lo que respecta a los castillos y el territorio, Hideyoshi tiene la auténtica ventaja. No cometáis la alegre necedad de emborracharos para celebrar una falsa reputación.

Mientras tenía lugar el empate en el monte Komaki, en Ise, donde hacía tiempo que no se libraba ningún combate, los aliados de Hideyoshi habían tomado los castillos de Mine, Kanbe, Kokufu y Hamada, así como atacado y destruido el castillo de Nanokaichi. En un abrir y cerrar de ojos, la mayor parte de Ise había caído en poder de Hideyoshi.

Hideyoshi estuvo en Osaka cerca de un mes, ocupado en los asuntos de su administración interna, haciendo planes para regular las zonas alrededor de la capital y disfrutando de su vida privada. De momento, consideraba la crisis del monte Komaki como una preocupación ajena.

Durante el séptimo mes hizo un corto viaje a Mino. Entonces, hacia mediados del octavo mes, comentó: «Es aburrido arrastrar este asunto demasiado tiempo. Este otoño tendré que resolverlo de una vez por todas».

Una vez más, anunció que un gran ejército partiría hacia el frente. Durante dos días antes de la partida, las flautas y los tambores de las representaciones de Noh resonaron en el interior de la ciudadela principal. De vez en cuando se oían las risas y el bullicio de los moradores de la fortaleza.

Hideyoshi contrató a un grupo de actores e invitó a su madre, su esposa y demás familiares a compartir un día de asueto en el castillo.

Entre los invitados estaban las tres princesas que vivían confinadas en la tercera ciudadela. Aquel año Chacha tenía diecisiete, la hermana mediana trece y la menor de las tres pronto cumpliría once.

El año anterior, el día que cayó el castillo de Kitanosho, las muchachas vieron detrás de ellas el humo que amortajaba a su padre adoptivo, Shibata Katsue, y su madre. Se las habían llevado del campamento en las provincias del norte y no habían visto más que desconocidos por todas partes. Pasaron algún tiempo llorando día y noche, sin que apareciera una sola sonrisa en los rostros juveniles que de ordinario habrían estado llenos de alegría. Pero finalmente las tres princesas se acostumbraron a las gentes del castillo y, divertidas por el carácter despreocupado de Hideyoshi, le cobraron afecto y empezaron a

llamarle «nuestro interesante tío».

Aquel día, tras una serie de representaciones, el «interesante tío» fue al vestuario, se puso un traje de actor y salió al escenario.

—¡Mirad, es el tío! —exclamó una de las niñas.

—¡Qué aspecto tan divertido!

Haciendo caso omiso de los demás, las dos princesas más jóvenes batieron palmas y señalaron, riendo a más no poder. Como era de esperar, la hermana mayor, Chacha, las reprendió.

—No deberíais señalar. Mirad en silencio.

Hizo cuanto pudo por mantener el recato, pero las bufonadas de Hideyoshi eran tan divertidas que, al final, Chacha se ocultó la boca detrás de la manga y se rió como si los costados fueran a reventarle.

—¿Qué significa esto? Cuando nos reímos, nos regañas, pero ahora eres tú la que se ríe.

Acuciada por las bromas de sus hermanas, Chacha sólo podía reírse cada vez más.

La madre de Hideyoshi también se reía de vez en cuando mientras contemplaba la danza cómica de su hijo, pero Nene, acostumbrada a las payasadas de su marido y sus bromas constantes dentro del círculo familiar, no parecía especialmente divertida.

Lo que interesaba a Nene aquel día era la apacible observación de las concubinas de su marido, que estaban sentadas aquí y allá, rodeadas de doncellas.

Cuando estaban todavía en Nagahama, sólo había tenido dos queridas, pero después de que se mudaran al castillo de Osaka pronto tuvo una concubina en la segunda ciudadela y otra en la tercera.

Era difícil de creer, pero a su regreso triunfal del asedio del norte, había traído consigo a las tres hijas huérfanas de Asai Nagamasa, a las que criaba amorosamente en la segunda ciudadela. Dolía a las damas que servían a Nene, al fin y al cabo la verdadera esposa de Hideyoshi, que la hermana mayor, Chacha, fuese incluso más bella que su madre.

—La señora Chacha ya tiene diecisiete años. ¿Por qué la mira Su Señoría como si fuese una flor en un florero?

Con esa clase de comentarios no hacían más que añadir combustible al fuego, pero Nene se limitaba a reír.

—No se puede hacer nada —decía—. Es como un rasguño en una perla.

Anteriormente ella también había tenido tantos celos como cualquier otra esposa, y cuando vivía en Nagahama llegó incluso a quejarse a Nobunaga, el cual le envió una respuesta por escrito:

Habéis nacido mujer y tenido la ocasión de conocer a un hombre muy excepcional. Supongo que un hombre así tiene defectos, pero sus virtudes son numerosas. Cuando miráis desde la mitad de una gran montaña, no podéis comprender lo grande que es realmente. Estad tranquila y gozad viviendo con este hombre de la manera que él quiere vivir. No digo que los celos sean malos. Hasta cierto punto, los celos dan profundidad a la vida de una pareja casada.

Así pues, al final era ella la que había sido reprendida. Tras haber aprendido gracias a esa experiencia, Nene había decidido dominarse y ser capaz de pasar por alto las aventuras amorosas de su marido. Pero recientemente había días en los que se sentía amenazada y se preguntaba si su marido no estaba empezando a abandonarse en exceso.

En cualquier caso, él se acercaba ahora a los cuarenta y siete años, la época más próspera para un hombre. Si bien tenía las manos llenas de problemas externos, como la batalla del monte Komaki, también estaba muy ocupado por los asuntos internos, tales como la administración de su dormitorio. Y así vivía insaciablemente, día a día, con la vitalidad de un hombre sano, hasta tal punto que un observador podría haberse preguntado cómo era capaz de separar lo corriente de lo extraordinario, el gesto magnánimo del discreto y las imponentes acciones públicas de las que deberían estar totalmente ocultas.

—Contemplar la danza es divertido, pero cuando actúo en el escenario no lo es en absoluto. En realidad, es duro.

Hideyoshi se había acercado por detrás de su madre y Nene. Poco antes había abandonado el escenario bajo los aplausos de los espectadores y aún parecía excitado por su actuación.

—Nene, pasemos esta noche una tranquila velada en tu habitación —le dijo a su mujer—. ¿Prepararás un banquete?

Cuando terminó la representación, la brillante luz de las lámparas iluminó la zona y los invitados regresaron a las ciudadelas tercera y segunda.

Hideyoshi se trasladó a la habitación de Nene, acompañado por gran número de actores y músicos. Su madre se había retirado a sus aposentos, por lo que marido y mujer estaban a solas con sus invitados.

Nene solía prestar atención a esas personas y sus sirvientes, así como a todos sus subordinados. Después de la reunión de aquel día, en especial, gozaba agradeciéndoles sus servicios, viéndoles intercambiar frívolamente tazas de sake y conversando con su público.

Desde el comienzo Hideyoshi permanecía un poco apartado de los demás, y como todos parecían hacerle caso omiso estaba un tanto malhumorado.

—Me gustaría tomar una taza, Nene.

—¿Crees que es conveniente?

—¿Y tú crees que no voy a beber? ¿Para qué he venido a tu habitación?

—Mira, tu madre me ha dicho: «Ese chico volverá pasado mañana al monte Komaki», y me ha dado órdenes estrictas de que te aplique la moxa de costumbre en las espinillas y las caderas antes de partir hacia el frente.

—¡Cómo! ¿Ha dicho que me apliques moxa?

—Le preocupa que el calor del otoño persista todavía en el campo de batalla y, si bebes agua en mal estado, caigas enfermo. Te aplicaré la moxa y luego te daré una taza de sake.

—Eso es ridículo. No me gusta la moxa.

—Tanto si te gusta como si no, son órdenes de tu madre.

—Bueno, por eso me mantengo apartado de tus aposentos. De todas las personas que contemplaban mi representación esta tarde, eras la única que no se reía. Parecías muy seria.

—Soy así. Aunque me pidas que me comporte como esas chicas bonitas, no puedo hacerlo.

Entonces las lágrimas se agolparon de súbito en sus ojos, al recordar los viejos tiempos en que ella tenía la edad de Chacha y Hideyoshi era Tokichiro, de veinticinco años.

Hideyoshi la miró con curiosidad.

—¿Por qué lloras? —le preguntó.

—No lo sé —dijo Nene, desviando la vista, y Hideyoshi se volvió para mirarla fijamente.

—¿Acaso quieres decir que te sentirás sola cuando vuelva al frente?

—¿Cuántos días has pasado en casa desde el principio de nuestro matrimonio?

—No puedo evitarlo hasta que el mundo esté en paz, aunque no te guste la guerra —replicó Hideyoshi

—. Y si al señor Nobunaga no le hubiera ocurrido lo imprevisto, probablemente yo estaría al frente de algún castillo rural, llevando una vida sedentaria y obligado a permanecer a tu lado tal como a ti te gusta.

—La gente va a oír las cosas desagradables que estás diciendo. Comprendo exactamente lo que hay en el corazón de un hombre.

—¿Y yo también comprendo el corazón de una mujer!

—Siempre te burlas de mí. No te hablo por celos, como una mujer ordinaria.

—Cualquier esposa diría eso.

—¿Quieres escucharme sin tomártelo a broma?

—De acuerdo, te escucho con todo el respeto.

—Me he resignado hace mucho tiempo, por lo que no voy a decirte que me siento sola al cuidar del castillo cuando estás de campaña.

—¿Una mujer virtuosa, una esposa fiel! No es de extrañar que Tokichiro se fijara en ti hace tanto tiempo.

—¿No llesves la broma demasiado lejos! Por eso me ha hablado tu madre.

—¿Qué ha dicho mi madre?

—Ha dicho que soy tan sumisa que vas a extralimitarte y acabar entregado a la disipación. Me ha dicho que debería hablarte de vez en cuando.

—¿Es ésa la razón de que me apliques la moxa? —dijo Hideyoshi, riendo.

—No piensas para nada en sus preocupaciones. Tu falta de moderación hace que te comportes con ella como un mal hijo.

—¿Cuándo he mostrado falta de moderación?

—¿No armaste escándalo hasta el amanecer en la habitación de la señora Sanjo hace dos noches?

Los ayudantes y actores que bebían en la habitación contigua fingían que no escuchaban la excepcional, o quizá no tan excepcional, discusión entre marido y mujer. Pero en aquel momento Hideyoshi alzó la voz y gritó:

—¡Eh, vosotros! ¿Qué piensa el público de la representación de esta pareja?

—Me parece como un juego de pelota entre ciegos —respondió uno de los actores.

—Ni siquiera un perro mordisquearía eso —dijo Hideyoshi, riendo.

—Ese juego de ganar y perder es interminable.

—Tú, el flautista, ¿qué opinas?

—Bueno, lo estaba observando como si se tratara de un asunto propio. ¿Quién es culpable, a quién criticar? ¡Uno! ¡Otra! ¡Otro! ¡Una!

De repente Hideyoshi arrebató la prenda que llevaba Nene sobre el kimono y se la lanzó como un premio.

\*

\*

\*

Al día siguiente la familia de Hideyoshi no le vio un solo instante a pesar de que estaban en el mismo

castillo. Durante todo el día Hideyoshi estuvo muy ocupado dando instrucciones a sus servidores y generales.

El día veintiséis del octavo mes Ieyasu recibió la noticia urgente de que Hideyoshi se aproximaba. Acompañado por Nobuo, se trasladó a toda prisa desde Kiyosu a Iwakura y ocupó una posición frente a Hideyoshi. Una vez más su posición era totalmente defensiva y advirtió a sus hombres que no iniciaran ningún movimiento ni se mostraran desafiantes.

—Este hombre no sabe lo que significa la palabra «basta».

Hideyoshi ya había descubierto lo difícil que era habérselas con un hombre tan paciente como Ieyasu, pero no carecía por completo de recursos. Sabía que es imposible abrir la tapa que cierra la concha de ciertos caracoles marinos incluso con un martillo, pero si el extremo de la concha se tuesta, la carne puede extraerse fácilmente. Esta clase de razonamiento ordinario ocupaba ahora su mente. Enviar discretamente a Niwa Nagahide para que tratara de llegar a un acuerdo de paz era como calentar el extremo de la concha.

Niwa, el más veterano de los servidores del clan Oda, era un personaje responsable y popular. Ahora que Katsue había muerto y Takigawa Kazumasu se hallaba en una situación apurada, Hideyoshi no olvidaba la necesidad de persuadir a aquel hombre afectuoso y bueno para que fuese su «pieza de reserva» antes de que comenzaran las hostilidades en el monte Komaki.

Niwa estaba en el norte con Inuchiyo, pero los generales de Niwa, Kanamori Kingo y Hachiya Yoritaka, participaban en la guerra al lado de Hideyoshi. Antes de que nadie se diera cuenta, los dos generales habían efectuado varios viajes de ida y vuelta entre el lugar en que se hallaba Hideyoshi y su provincia natal de Echizen.

Ni siquiera los mensajeros conocían el contenido de las cartas enviadas, pero finalmente Niwa efectuó un viaje secreto a Kiyosu y se entrevistó con Ieyasu.

Sin embargo, tales conversaciones se llevaban a cabo con el mayor secreto. Los únicos hombres que las conocían en el bando de Hideyoshi eran Niwa y sus dos generales. A sugerencia de Hideyoshi, Ishikawa Kazumasa se convirtió en su intermediario.

Pero al final algún miembro del clan Tokugawa filtró el rumor de que se habían iniciado conversaciones secretas de paz, lo cual produjo una gran agitación en las defensas de Ieyasu centradas en el monte Komaki.

Cuando se filtran los rumores, siempre van acompañados de chismorreos maliciosos. En este caso el nombre que salió a la superficie era el de alguien de quien los demás servidores ya sospechaban, Ishikawa Kazumasa.

—Dicen que Ishikawa es el mediador. Por alguna razón, siempre hay algo que huele de un modo raro entre Hideyoshi y Kazumasa.

Ciertas personas hablaron del asunto directamente a Ieyasu, pero él las reprendió a todas, pues no tenía la menor duda sobre la integridad de Kazumasa.

Pero una vez se extendió esa clase de rumor entre los servidores, la moral de todo el clan empezó a resentirse.

Naturalmente, Ieyasu estaba a favor de celebrar conversaciones de paz, pero al ver la condición interna de sus fuerzas, rechazó de súbito al mensajero de Niwa.

—No tengo ningún deseo de paz —afirmó Ieyasu—. No tengo la menor esperanza de llegar a un

acuerdo con Hideyoshi, sean cuales fueren las condiciones que me ofrezca. Aquí vamos a librar una batalla decisiva, voy a conseguir la cabeza de Hideyoshi y haremos saber a la nación qué es el verdadero deber.

Cuando se anunció esto oficialmente en el campamento de Ieyasu, los soldados se sintieron satisfechos y desaparecieron los oscuros rumores sobre Kazumasa.

—¡Hideyoshi ha empezado a perder el ánimo!

El espíritu combativo de los soldados se revitalizó y se volvieron más agresivos.

Hideyoshi recibió la copa amarga con resignación. El resultado no le parecía del todo malo. Así pues, en esa ocasión tampoco se aventuró a usar la fuerza militar, sino que ordenó a sus tropas que ocuparan zonas estratégicas. Hacia mediados del noveno mes, hizo regresar a sus soldados y entró en el castillo de Ogaki.

¿Cuántas veces los ciudadanos de Osaka habían contemplado la salida de Hideyoshi y su ejército hacia el frente para regresar poco después, sin haber hecho otra cosa que trasladarse desde el castillo a Mino y viceversa?

Era el día veinte del décimo mes y el otoño ya había llegado. El ejército de Hideyoshi, que solía pasar por Osaka, Yodo y Kyoto, cambió de improviso su ruta en Sakamoto y esta vez pasó por Koga en Iga y siguió hacia Ise. Allí abandonó la carretera de Mino y siguió la que conducía a Owari.

Desde los castillos secundarios y los espías de Nobuo en Ise partía un despacho urgente tras otro, casi como si se hubiera abierto inesperadamente un dique en una serie de lugares y por allí se precipitaran las aguas enfangadas de un río turbulento.

—¡Es la fuerza principal de Hideyoshi!

—No son soldados al mando de un solo general, como hemos visto hasta ahora.

El día veintitrés de aquel mes el ejército de Hideyoshi acampó en Hanetsu y construyó fortificaciones en Nawabu.

Ante la aproximación del ejército de Hideyoshi a su castillo, Nobuo no pudo mantener la serenidad. Desde hacía más o menos un mes había tenido presagios de la tormenta que se aproximaba, lo cual quería decir que las acciones de Ishikawa Kazumasa, que el clan Tokugawa había mantenido en absoluto secreto, habían sido misteriosamente exageradas y comentadas por alguien, aunque nadie sabía quién podría ser.

Corría el rumor de que el círculo interno del clan Tokugawa no estaba realmente unido. Parecía ser que una serie de servidores de Ieyasu eran hostiles a Kazumasa y estaban esperando el momento apropiado.

También se había extendido el rumor de que Tokugawa había negociado con Hideyoshi, que Ieyasu se proponía hacer las paces con rapidez, antes de que se filtrara la noticia de la ruptura de su círculo interno, pero que las negociaciones se habían roto porque las condiciones impuestas por Hideyoshi eran demasiado severas.

Nobuo estaba francamente afligido: ¿qué le ocurriría si Ieyasu hacía las paces con Hideyoshi?

—Si Hideyoshi cambia de dirección y se dirige hacia la carretera de Ise, será mejor que os resignéis al hecho de que ya ha habido un entendimiento secreto entre Hideyoshi e Ieyasu para sacrificar a vuestro clan, mi señor.

Y, tal como Nobuo había temido, el ejército de Hideyoshi confirmó de repente sus peores pesadillas.



El único plan que podía seguir era el de informar sobre la emergencia a Ieyasu y pedirle ayuda.

En ausencia de Ieyasu, Sakai Tadatsugu estaba al frente del castillo de Kiyosu. Cuando recibió el informe urgente de Nobuo, ordenó que un corredor lo transmitiera de inmediato a Ieyasu, el cual hizo formar a todas sus fuerzas el mismo día y marchó hacia Kiyosu. Entonces se apresuró a enviar refuerzos a Kuwana, al mando de Sakai Tadatsugu.

Kuwana es el cuello geográfico de Nagashima. Nobuo también tomó soldados allí y los situó ante Hideyoshi, el cual había establecido su cuartel general en el pueblo de Nawabu.

Nawabu se hallaba a orillas del río Machiya, más o menos a una legua al sudoeste de Kuwana, pero las desembocaduras de los ríos Kiso e Ibi estaban cerca, y era un lugar excelente desde donde amenazar el cuartel general de Nobuo.

Era a finales de otoño. Los numerosos cañaverales de la zona ocultaban a varios centenares de miles de soldados, y el espeso humo de las fogatas se extendía sobre la orilla a todas horas. Aún no se había dado la orden de iniciar el combate. Los soldados estaban relajados y se dedicaban a pescar gobios. En tales ocasiones, cuando Hideyoshi, vestido con armadura ligera, efectuaba una gira por los campamentos y aparecía de súbito montado en su caballo, los aturdidos soldados se apresuraban a tirar al suelo sus cañas de pescar. Pero aunque Hideyoshi lo observara, se limitaba a pasar de largo sonriendo.

Lo cierto era que, de no haberse tratado de aquel sitio en particular, también a él le habría gustado pescar gobios y caminar descalzo. En ciertos aspectos era todavía un muchacho, y tales escenas le evocaban los placeres de su infancia.

Al otro lado del río estaba la tierra de Owari. Bajo el sol de otoño, el olor de la tierra de su lugar natal le atormentaba los sentidos.

Tomita Tomonobu y Tsuda Nobukatsu habían vuelto de una misión y aguardaban con impaciencia su regreso.

Hideyoshi dejó su caballo en el portal y caminó con una rapidez que era desacostumbrada en él. Acompañó a los dos hombres que habían acudido a saludarle hasta una cabaña en medio de una arboleda fuertemente protegida por guardianes.

—¿Cuál ha sido la respuesta del señor Nobuo? —les preguntó.

Hablaba en voz baja, pero sus ojos brillantes revelaban una expectación extraordinaria.

Tsuda fue el primero en hablar.

—El señor Nobuo dice que comprende muy bien vuestros sentimientos y que consiente en tener un encuentro con vos.

—¡Cómo! ¿Ha accedido?

—No sólo eso, sino que estaba satisfecho en extremo.

—¿De veras? —Hideyoshi sacó el pecho y exhaló un largo suspiro—. ¿De veras? —repitió—. ¿Ha dicho eso realmente?

Las intenciones de Hideyoshi de avanzar esta vez a lo largo de la carretera de Ise se habían basado en una apuesta desde el mismo principio. Había esperado una solución diplomática, pero si eso fallaba, atacaría Kuwana, Nagashima y Kiyosu. Así dejaría el monte Komaki abierto a un ataque por la retaguardia.

Tsuda estaba emparentado con el clan Oda y era primo segundo de Nobuo, a quien explicó las ventajas y desventajas de la situación y de quien por fin consiguió una respuesta.

—No soy la clase de persona a la que le gusta la guerra —replicó Nobuo—. Si Hideyoshi me considera así y quiere celebrar una conferencia de paz, no tendré inconveniente en reunirme con él.

Desde la primera batalla en el monte Komaki, Hideyoshi había visto que le sería muy difícil habérselas con Ieyasu. Entonces estudió el funcionamiento interno del corazón humano y manipuló desde la sombra a los hombres que le rodeaban.

En los círculos internos del clan Tokugawa, Ishikawa Kazumasa era un tanto sospechoso, debido a la influencia de Hideyoshi. Así, cuando Niwa Nagahide se presentó como arbitro del conflicto, los hombres que formaban el círculo interno de Nobuo y que anteriormente se habían relacionado con él fueron condenados en seguida al ostracismo, como una facción proclive a la paz. El mismo Nobuo estaba inquieto con respecto a las verdaderas intenciones de Ieyasu, y los Tokugawa miraban con prevención al ejército de Nobuo. Este estado de cosas había evolucionado bajo órdenes concretas desde la lejana Osaka.

Hideyoshi tenía como artículo de fe que, al margen del ardid diplomático que emplease, los sacrificios implicados eran preferibles con mucho a los de la guerra. Más aún, tras haber probado las alternativas: enfrentarse a Ieyasu directamente en el monte Komaki, llevar a cabo un plan militar inteligente e incluso intimidar con amenazas que no podría cumplir, Hideyoshi tenía la sensación de que guerrear con Ieyasu no tendría el menor efecto y que debería cambiar de política.

El encuentro con Nobuo, que tuvo lugar al día siguiente, fue la plasmación precisa de tales pensamientos y previsiones.

Hideyoshi se levantó temprano, miró el cielo y comentó que el tiempo era el adecuado. La noche anterior, los movimientos de las nubes en el cielo del otoño tardío le habían causado cierta inquietud, y había temido que si por azar lloviera y soplara el viento, el bando de Nobuo podría comunicar su deseo de posponer la fecha o cambiar de lugar, cosa que tal vez causaría las sospechas de los Tokugawa. Hideyoshi se había ido a dormir preocupado por esa indeseable posibilidad, pero por la mañana las nubes habían desaparecido y el cielo estaba más azul que de ordinario en aquella época del año. Hideyoshi lo consideró un buen augurio y, deseándose suerte a sí mismo, montó su caballo y abandonó el campamento en Nawabu.

Sus ayudantes eran sólo unos pocos servidores veteranos y pajes, así como los dos enviados anteriores, Tomita y Tsuda. Sin embargo, cuando la noche anterior el grupo cruzó por fin el río Machiya, Hideyoshi había tomado la precaución de ocultar a varios de sus soldados en los cañaverales y las granjas. Hideyoshi charlaba animadamente montado en su caballo como si no los viera, y finalmente desmontó en la orilla del río Yada, cerca de las afueras al oeste de Kuwana.

—¿Esperamos aquí a que venga el señor Nobuo? —preguntó y, sentándose en su escabel de campaña, contempló el escenario.

Poco después, Nobuo, acompañado por un grupo de servidores montados, llegó puntualmente. Nobuo debió de haber reparado en los hombres que aguardaban en la orilla del río, pues en seguida empezó a conferenciar con los generales a su derecha e izquierda mientras miraba a Hideyoshi. Detuvo su caballo a cierta distancia y desmontó, al parecer todavía muy aprensivo.

La numerosos guerreros que le acompañaban se desplegaron a derecha e izquierda. Nobuo se colocó en el centro y avanzó hacia Hideyoshi. La espléndida armadura que vestía era un exponente de su prestigio marcial.

Allí estaba Hideyoshi, el hombre que, hasta hacía muy poco, había sido denigrado ante la nación, considerándolo como un asesino de la peor especie, con una ingratitud inhumana. Allí estaba el enemigo cuyos delitos él mismo e Ieyasu habían enumerado. Aun cuando había aceptado la proposición de Hideyoshi y se reunía allí con él, Nobuo no podía sentirse tranquilo. ¿Cuáles eran las verdaderas intenciones de aquel hombre?

Cuando Hideyoshi vio a Nobuo erguido en toda su dignidad, se levantó de su escabel de campaña y, completamente solo, corrió a su encuentro.

—¡Ah, señor Nobuo!

Agitaba ambas manos, como si aquél fuese un encuentro inesperado y no planeado.

Nobuo estaba perplejo, pero los servidores que le rodeaban, los cuales parecían tan imponentes con sus lanzas y armaduras, contemplaban la escena sorprendidos y boquiabiertos.

Pero no fue aquélla su única sorpresa, pues entonces Hideyoshi se arrodilló a los pies de Nobuo, postrándose de tal manera que su cara casi tocaba las sandalias de paja de Nobuo.

Entonces, cogiendo la mano del asombrado Nobuo, le dijo:

—Mi señor, no ha habido un solo día en todo este año que no pensara en reunirme con vos, pero ante todo me satisface en extremo veros con buena salud. ¿Qué clase de espíritu maligno puede haberos confundido, mi señor, y enfrentarnos el uno al otro? A partir de ahora seréis mi señor, como antes.

—Levantaos, por favor, Hideyoshi. Vuestro arrepentimiento me enmudece. Ambos hemos tenido la culpa. Pero, ante todo, os ruego que os levantéis.

Nobuo levantó a Hideyoshi con la mano que éste le había cogido.

El encuentro que tuvieron ambos hombres el día once del undécimo mes fue sobre ruedas y firmaron un acuerdo de paz. Por supuesto, lo apropiado habría sido que Nobuo hubiera discutido primero el asunto con Ieyasu y éste hubiera estado de acuerdo antes de firmar el acuerdo, pero el caso es que respondió sin reservas a aquella bendición tan oportuna y así se estableció una paz independiente.

El pelele al que Ieyasu había utilizado para sus propios fines, le estaba siendo arrebatado por Hideyoshi. En esencia, Nobuo se había dejado embaucar.

Sólo podemos imaginar las dulces palabras que empleó Hideyoshi para ganarse el favor de Nobuo. De hecho, en todos sus años de servicio, Hideyoshi casi nunca había encolerizado al padre de Nobuo, Nobunaga, por lo que apaciguar a Nobuo debía de haberle resultado fácil. Pero las condiciones de los acuerdos de paz comunicadas primero por los dos enviados no habían sido ni dulces ni fáciles:

1: Hideyoshi adoptaría a la hija de Nobuo.

2: Los cuatro distritos al norte de Ise que Hideyoshi había ocupado serían devueltos a Nobuo.

3: Nobuo enviaría mujeres y niños de su clan como rehenes.

4: Tres distritos de Iga, siete distritos al sur de Ise, el castillo de Inuyama en Owari y la fortaleza de Kawada serían entregados a Hideyoshi.

5: Todas las fortificaciones temporales pertenecientes a los dos bandos en las dos provincias de Ise y Owari serían destruidas.

Nobuo puso su sello en el documento. Aquel día Nobuo recibió como regalos de Hideyoshi veinte piezas de oro y una espada hecha por Fudo Kuniyuki. También le entregaron treinta y cinco mil balas de

arroz como despojos de guerra de la zona de Ise.

Hideyoshi se había inclinado ante Nobuo, mostrándole respeto, y le había dado regalos como prueba de su buena voluntad. Tratado de esa manera, Nobuo sólo podía sonreír de satisfacción. Sin embargo, es cierto que Nobuo no había considerado cómo se volvería contra él esa maquinación. Desde el ángulo del flujo y reflujo del violento oleaje de los tiempos, a Nobuo sólo se le podía llamar un necio imperdonable. De haberse mantenido al margen, habría estado libre de culpa. Pero se había colocado en el centro, había sido utilizado como un instrumento de guerra y había sido la causa de que gran número de hombres muriesen bajo sus estandartes.

\* \* \*

El hombre que más se sorprendió cuando se conocieron estos hechos fue Ieyasu, quien se había trasladado desde Okazaki a Kiyosu para establecerse en una posición militar que le permitiera enfrentarse a Hideyoshi. Era la mañana del día doce.

Sakai Tadatsugu, que había viajado durante toda la noche desde Kuwana, fustigó de repente a su caballo hacia el castillo.

No era normal que un comandante de las líneas del frente abandonara su posición de combate y acudiera a Kiyosu sin previo aviso. Además, Tadatsugu era un veterano de sesenta años. ¿Por qué aquel hombre tan entrado en años viajaba durante toda la noche sólo con unos pocos ayudantes?

Aunque Ieyasu aún no había desayunado, salió de su dormitorio, se sentó en la cámara de audiencias y preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, Tadatsugu?

—Ayer el señor Nobuo se entrevistó con Hideyoshi. Corre el rumor de que han firmado la paz sin consultaros, mi señor.

Tadatsugu vio la emoción contenida en el rostro de Ieyasu, y sin que pudiera evitarlo le temblaron los labios. Apenas podía refrenar sus sentimientos. Sentía deseos de gritar que Nobuo era un mentecato, y tal vez era eso lo que Ieyasu reprimía en su corazón. ¿Debía enojarse? ¿Debía reír? Sin duda reprimía todas esas cosas al mismo tiempo, casi como si no pudiera aceptar las violentas emociones desencadenadas en su interior.

Ieyasu parecía aturdido. La expresión de su semblante sólo reflejaba asombro. Los dos hombres permanecieron sentados algún tiempo sin decir nada. Finalmente, Ieyasu parpadeó dos o tres veces. Entonces se pellizó el amplio lóbulo de la oreja con la mano izquierda y se restregó la cara. Estaba perplejo. Su espalda redondeada empezó a moverse un poco de un lado a otro. Dejó caer la mano izquierda sobre la rodilla.

—¿Estás seguro, Tadatsugu? —le preguntó.

—No habría venido a informaros de tal cosa a la ligera, pero más tarde llegarán despachos con una información más detallada.

—¿Aún no has tenido ninguna noticia del señor Nobuo?

—Nos enteramos de que había abandonado Nagashima, pasó por Kuwana y se detuvo en Yadagawara, pero pensé que sólo estaba examinando las defensas y la disposición de sus tropas. Incluso cuando regresó a su castillo, no teníamos idea de cuáles eran sus intenciones.

Informes posteriores confirmaron los rumores del acuerdo de paz independiente de Nobuo, pero éste no envió ninguna comunicación personal durante todo el día. La verdad no tardó en extenderse entre los servidores del clan Tokugawa. Cada vez que se encontraban, sus voces excitadas se alzaban para confirmarse mutuamente lo que apenas podían creer. Reunidos en Kiyosu, acusaron a Nobuo de falta de integridad y se preguntaron en voz alta cómo los Tokugawa podrían presentarse ante la nación con dignidad en la penosa situación en que les habían colocado.

—Si esto es verdad, no le dejaremos salirse con la suya aunque sea el señor Nobuo —dijo el impetuoso Honda—. Primero deberíamos sacar al señor Nobuo de Nagashima e investigar este hecho criminal —añadió con una expresión furibunda—. Luego tendríamos que librar una batalla decisiva con Hideyoshi.

—¡Estoy de acuerdo!

—¿Acaso no nos movilizamos en primer lugar por causa del señor Nobuo?

—¡Invocamos el deber y nos alzamos sólo porque el señor Nobuo vino a implorar la ayuda del señor Ieyasu, quejándose de que los descendientes del señor Nobunaga perecerían a causa de las ambiciones de Hideyoshi! Ahora el estandarte de aquella guerra inspirada por el cumplimiento del deber, la encarnación de la justicia, ha caído en el lado enemigo. ¡La estupidez de ese hombre es inexpresable!

—Tal como está ahora la situación, es una afrenta para la dignidad de Su Señoría y nos hemos convertido en el hazmerreír de la gente. También es un insulto a los espíritus de nuestros camaradas que murieron en el monte Komaki y en Nagakute.

—Sus muertes fueron trágicas y sin sentido, y no hay ninguna razón por la que los vivos debamos soportar unos pensamientos tan dolorosos. ¿Qué clase de decisión puede haber tomado nuestro señor en estos momentos?

—Se ha pasado toda la mañana en sus aposentos. Ha convocado una reunión de servidores veteranos y parece ser que han estado deliberando todo el día.

—¿Y si alguno de nosotros diera nuestra opinión a los servidores veteranos?

—Es cierto. ¿Quién podría ser?

Los hombres se miraron unos a otros.

—¿Por qué no vas tú, Ii? Y Honda también debería ir.

Honda e Ii estaban a punto de salir de la estancia como representantes de los demás cuando llegó un mensajero con una información concreta.

—Acaban de llegar dos enviados del señor Nobuo.

—¿Cómo! ¿Enviados de Nagashima?

La noticia volvió a llenarles de indignación.

Sin embargo, como los enviados ya habían sido conducidos a la gran sala de audiencias, era muy probable que estuvieran ante Ieyasu. Los hombres se tranquilizaron, pensando que ahora quedarían claras las intenciones de su señor, y decidieron esperar el resultado de la reunión.

Los enviados de Nobuo eran su tío, Oda Nobuteru, e Ikoma Hachimemon. Como podía imaginarse, enfrentarse a Ieyasu era extremadamente violento para ellos, y no digamos el intento de explicar los pensamientos de Nobuo, y aguardaban en la sala, encogidos ante la mera idea del encuentro.

Ieyasu no tardó en presentarse con un paje. Vestía kimono sin armadura y parecía de buen humor.

Tomó asiento en un cojín y se dirigió a los enviados sin preámbulos.

—Tengo entendido que el señor Nobuo ha firmado la paz con Hideyoshi.

Los dos mensajeros hicieron un gesto de asentimiento mientras se postraban, incapaces incluso de alzar la cabeza. Nobuteru respondió:

—Las repentinas conversaciones de paz con el señor Hideyoshi sin duda han sido inesperadas y mortificantes para vuestro clan, y sólo podemos apreciar respetuosamente cuáles deben de ser vuestros pensamientos, pero el caso es que Su Señoría reflexionó profundamente en la situación que se le planteaba y...

—Comprendo —replicó Ieyasu—. No es necesario que me deis una larga explicación.

—Los detalles están explicados por entero en esta carta, de modo que si quisierais leerla...

—Más tarde le echaré un vistazo.

—Lo único que le duele a Su Señoría es pensar en que podéis estar enfadado —dijo Hachiemon.

—Vamos, vamos. No vale la pena tomar eso en consideración. Desde el mismo comienzo, estas hostilidades no han tenido nada que ver con mis deseos y planes.

—Lo comprendemos muy bien.

—Así pues, mis deseos de bienestar para el señor Nobuo no han cambiado en absoluto.

—Su Señoría se sentirá muy aliviado cuando lo sepa.

—He pedido que os preparen una comida en otra estancia. Que esta guerra haya terminado con tanta rapidez es la mayor de todas las bendiciones. Comed tranquilamente antes de marcharos.

Ieyasu regresó al interior del castillo. Los mensajeros de Nagashima fueron agasajados con comida y bebida en otra habitación, pero comieron apresuradamente y partieron en seguida.

Cuando los servidores de Ieyasu se enteraron de lo ocurrido, se sintieron indignados.

—Su Señoría debe de tener alguna intención más profunda. De lo contrario, ¿cómo aprobaría tan fácilmente esta alianza monstruosa del señor Nobuo e Hideyoshi?

Entretanto Ii y Honda fueron al encuentro de los servidores de alto rango para informarles de lo que opinaban los servidores jóvenes.

—¡Secretario! —llamó Ieyasu.

Tras la reunión con los enviados de Nobuo en la cámara de audiencias había regresado a sus aposentos, donde permaneció a solas un rato. Entonces vibró su voz.

El secretario acudió con una piedra de tinta y aguardó a que su señor le dictara.

—Quiero enviar cartas de felicitación a los señores Nobuo e Hideyoshi.

Mientras dictaba las cartas, Ieyasu miró oblicuamente y cerró los ojos. Durante el tiempo en que pulía las frases que el secretario debía escribir, parecía absorber primero en su pecho unos pensamientos que debían de ser como corrientes de hierro fundido.

Una vez terminadas las dos cartas, Ieyasu ordenó a un paje que llamara a Ishikawa Kazumasa.

El secretario dejó las dos cartas ante Ieyasu, hizo una inclinación de cabeza y se retiró. Cuando salió hizo su entrada un ayudante personal con una vela y procedió a encender dos lámparas.

El sol se había puesto en algún momento y, mirando las lámparas, Ieyasu tuvo la sensación de que la jornada había sido corta. Se preguntó si ése era el motivo de que, a pesar de la fuerte presión del trabajo, sintiera todavía un vacío en el corazón.

Las puertas correderas se deslizaron suavemente, con un sonido que parecía muy lejano.

Kazumasa, vestido con ropas civiles como su señor, se inclinaba en el umbral. Casi ninguno de los

guerreros del clan se había desatado todavía la armadura. Sin embargo, Kazumasa se había dado cuenta de que Ieyasu vestía de civil desde la mañana y se había apresurado a ponerse un kimono.

—Ah, ¿eres tú, Kazumasa? Ahí estás demasiado lejos. Acércate un poco más.

Ieyasu era el hombre que no había cambiado lo más mínimo. Sin embargo, cuando Kazumasa se presentó ante él, casi parecía haber sido desarmado.

—Kazumasa, quiero que seas mi enviado y que mañana por la mañana vayas al campamento del señor Hideyoshi y al cuartel general del señor Nobuo en Kuwana.

—Desde luego.

—Aquí tienes unas cartas de felicitación.

—¿Felicitación por los acuerdos de paz?

—Así es.

—Creo comprender vuestro pensamiento, mi señor. No mostraréis vuestra insatisfacción, pero cuando vea tal magnanimidad incluso el señor Nobuo probablemente se sentirá incómodo.

—¿Qué estás diciendo, Kazumasa? Sería una cobardía por mi parte incomodar al señor Nobuo, y una declaración para continuar luchando basada en el sentido del deber parecería un poco extraña. Tanto si se trata de una falsa paz como si no, no tengo ningún motivo para expresar insatisfacción por la paz. Tienes que explicarle con seriedad, e incluso alegremente, que lo considero espléndido desde el fondo de mi corazón y que me regocijo junto con todos los súbditos del imperio.

Kazumasa conocía bien el corazón de su señor, y ahora Ieyasu le había dado minuciosas instrucciones relativas a su misión. Mas Kazumasa tendría que soportar todavía otro dolor, el de la incompreensión hacia él de los demás servidores desde el mismo comienzo, seguros de que él y Hideyoshi tenían alguna clase de conexión íntima. El año anterior, después de la victoria de Hideyoshi en Yanagase, Kazumasa había sido seleccionado como el enviado de Ieyasu a Hideyoshi.

En aquella ocasión la alegría de Hideyoshi había sido extraordinaria. Había invitado a los diversos señores a una ceremonia del té en el castillo de Osaka, que estaba todavía en construcción.

Posteriormente, cada vez que había ocasión de alguna comunicación con el clan Tokugawa, Hideyoshi pedía inevitablemente noticias de Kazumasa, de quien siempre hablaba a los señores que tenían relaciones amistosas con el clan Tokugawa.

Los guerreros Tokugawa estaban convencidos de que el señor Hideyoshi tenía en gran estima a Kazumasa. Durante el empate en el monte Komaki y más adelante cuando tuvo lugar el intento de reconciliación de Niwa, los ojos de sus aliados escrutaban las acciones de Kazumasa, al margen de la situación.

Como cabía esperar, esa circunstancia no afectaba lo más mínimo a Ieyasu.

—Hay mucho ruido ahí afuera, ¿verdad?

Unas voces animadas procedían del salón, a cierta distancia del lugar donde se hallaban Ieyasu y Kazumasa. Parecía ser que los servidores insatisfechos con los acuerdos de paz expresaban sus dudas e indignación porque Kazumasa había sido convocado ante su señor.

Poco antes, Ii y Honda, que actuaban como representantes, junto con algunos más, habían rodeado a Tadatsugu.

—¿No estabais al frente de la vanguardia en la ciudad fortificada de Kuwana? ¿No os avergonzáis por no haber sabido que el señor Nobuo e Hideyoshi podían reunirse en Yadagawara? ¿Y qué decís del

hecho de que los mensajeros de Hideyoshi entraran en el castillo de Kuwana? ¿Qué ha ocurrido ahora que os habéis enterado de ese tratado de paz ilícito y habéis venido aquí corriendo?

Interrogaron intensamente a Tadatsugu. Ante todo, era poco probable que un hombre como Hideyoshi concibiera un plan que se filtraría antes de tiempo. Para Tadatsugu, ésa era una justificación suficiente. Sin embargo, aquellos hombres estaban muy insatisfechos y él sólo podía encajar su indignación y sus improperios con resignación y pedirles disculpas con el dominio de sí mismo propio de un viejo general.

Pero ni Ii ni Honda querían acosar al viejo, sino más bien expresar sus propias opiniones a su señor y repudiar los acuerdos de paz. Y querían decir al mundo que el clan Tokugawa no tenía nada que ver con las conversaciones de paz de Nobuo.

—¿Queréis interceder por nosotros? Sois un anciano respetado.

—No, eso sería una grave ruptura de la etiqueta —respondió Tadatsugu.

Pero Honda insistió.

—Esos hombres no se han desatado la armadura y están ataviados para el campo de batalla. La etiqueta cotidiana no es aplicable en esta situación.

—No hay tiempo para eso —dijo Ii—. Nos embarga el temor de que pueda ocurrir algo antes de que él nos hable. Si no sois nuestro intermediario, entonces no hay nada que hacer. Tendremos que apelar directamente a través de sus ayudantes personales y verle en sus aposentos.

—¡No! En estos momentos está conversando con el señor Kazumasa. No debéis molestarle.

El hecho de que Kazumasa estuviera a solas con su señor aumentaba su inquietud e incomodidad. Desde el comienzo de la campaña en el monte Komaki, habían considerado a Kazumasa como un hombre que jugaba un doble juego. Y cuando Niwa Nagahide inició una reconciliación, fue Kazumasa quien intervino en las negociaciones. Sospechaban que Kazumasa también estaba de alguna manera en las sombras de las maniobras más recientes.

Cuando de improviso esos sentimientos se manifestaron ruidosamente, la conmoción llegó a oídos de Ieyasu, a pesar de la distancia que les separaba. Un paje se apresuró por el corredor hacia los servidores.

—¡Su Señoría os llama! —les anunció.

Cogidos por sorpresa, se miraron unos a otros atemorizados, pero las expresiones en los rostros de los obstinados Honda e Ii revelaban que esa convocatoria era precisamente lo que deseaban. Instaron a Sakai Tadatsugu y los demás para que fueran delante y se encaminaron a la cámara de audiencias.

La sala de Ieyasu pronto estuvo llena a rebosar de samurais vestidos con armadura completa.

La atención de todos se centraba en Ieyasu. A su lado se sentaba Kazumasa. Sakai Tadatsugu era el siguiente, y detrás de ellos estaba representada la espina dorsal del clan Tokugawa.

Ieyasu empezó a hablar, pero, volviéndose de repente hacia los asientos inferiores, dijo a sus ocupantes:

—Estáis demasiado alejados y mi voz no es muy fuerte, así que acercaos un poco más.

Los hombres se juntaron y los que estaban en los asientos inferiores se reunieron en torno a Ieyasu, el cual comenzó a hablar.

—Ayer el señor Nobuo firmó la paz con Hideyoshi. Tengo intención de enviar mañana por la mañana un aviso oficial a todo el clan, pero parece ser que habéis oído la noticia y estáis muy preocupados. Os ruego que me perdonéis, pues no trataba de ocultaros los hechos.



Todos ellos inclinaron las cabezas.

—Cometí el error de movilizarnos en respuesta a la petición del señor Nobuo. También fue culpa mía que tantos buenos servidores murieran en las batallas del monte Komaki y Nagakute. Una vez más, el hecho de que el señor Nobuo se haya unido en secreto a Hideyoshi, haciendo que vuestra justa indignación y leal enojo carecieran de sentido no es en modo alguno culpa suya. Más bien se debe a mi propio descuido y falta de juicio. Todos vosotros habéis mostrado una sinceridad total y abnegada y, como vuestro señor, no puedo encontrar las palabras para pedir os disculpas como es debido. Os ruego que me perdonéis.

Todos habían bajado las cabezas y ninguno miraba al rostro de Ieyasu. Los sollozos contenidos estremecían sus hombros como un oleaje.

—Nada es lo que podemos hacer, por lo que os ruego que soportéis la situación. Reforzad vuestra resolución y aguardad la llegada de otro día.

Ni Ii ni Honda habían dicho una sola palabra desde que tomaron asiento. Los dos habían sacado sendos pañuelos y, desviando la vista, se enjugaban el rostro.

—Esto es una bendición. La guerra ha terminado y mañana regresaré a Okazaki. También todos vosotros estaréis pronto camino de casa, para ver los rostros de vuestras esposas e hijos.

Mientras Ieyasu decía estas palabras también él se sonó la nariz.

Al día siguiente, el trece del mes, Ieyasu y la mayor parte del ejército de Tokugawa se retiraron del castillo de Kiyosu y regresaron a Okazaki en Mikawa. La mañana del mismo día, Ishikawa Kazumasa fue a Kuwana con Sakai Tadatsugu. Tras reunirse con Nobuo, prosiguió su camino para visitar a Hideyoshi en Nawabu. Después de transmitirle los saludos formales de Ieyasu y presentarle la carta de felicitación, se marchó. Una vez Kazumasa se hubo ido, Hideyoshi miró a los hombres que le rodeaban.

—Qué propio es esto de Ieyasu —les dijo—. Nadie más habría podido encajar un golpe tan doloroso, tragándose como si fuese tan sólo té caliente.

Como el hombre que había hecho beber a Ieyasu hierro fundido, Hideyoshi apreciaba muy bien sus sentimientos. Se puso en el lugar de Ieyasu y se preguntó si él habría sido capaz de reaccionar de la misma manera.

Por entonces un hombre que se sentía totalmente satisfecho de sí mismo era Nobuo. Tras la reunión en Yadagawara, se convirtió en la marioneta perfecta de Hideyoshi. Al margen de la situación, se decía a sí mismo: «Me pregunto qué habría pensado Hideyoshi de esto».

De la misma manera que antes había confiado en Ieyasu, ahora le preocupaba la reacción de Hideyoshi a cuanto hacía.

En consecuencia se sentía inclinado a cumplir estrictamente con las condiciones establecidas por Hideyoshi en el tratado de paz, y así presentó sin excepción los territorios, los rehenes y las garantías por escrito.

Entonces Hideyoshi se relajó un poco. Sin embargo, pensando que el ejército debería permanecer en Nawabu hasta el año siguiente, envió un mensajero a las autoridades de Osaka e hizo preparativos para pasar el invierno en campaña.

Ni que decir tiene, desde el principio el objeto de preocupación de Hideyoshi había sido Ieyasu, no Nobuo. Puesto que aún no había llegado a un acuerdo con Ieyasu, no podía decir que la situación estuviera controlada y sus objetivos sólo se habían cumplido a medias. Un día Hideyoshi visitó el

castillo de Kuwana y, tras hablar de varios asuntos con Nobuo, le preguntó cómo se encontraba últimamente.

—¡Estoy perfectamente! Y sin duda se debe a que no tengo pensamientos desagradables. Me he recuperado del agotamiento en el campo de batalla y mi mente está completamente en paz.

Nobuo soltó una alegre risa y Hideyoshi asintió varias veces, como si sostuviera a un niño sobre sus rodillas.

—Sí, sí, imagino que esa guerra sin sentido os ha extenuado, mi señor. Pero ¿sabéis?, todavía quedan algunas dificultades por resolver.

—¿Qué queréis decir, Hideyoshi?

—Si el señor Ieyasu se queda tal como está, podría causaros algunos problemas.

—¿De veras? Pero si me ha enviado un mensajero con una carta de felicitación.

—Bueno, es evidente que no querría ir contra vuestra voluntad.

—Desde luego. Así pues, primero tendréis que decir algo. Está claro que en el fondo al señor Tokugawa le gustaría hacer las paces conmigo, pero si cede por su parte, perdería prestigio. Puesto que no tiene ningún motivo para enfrentarse a mí, probablemente se siente perplejo. ¿Por qué no le ayudáis?

Hay muchos hijos entre los hombres de famosas familias que son egoístas en extremo, probablemente debido a la ilusión de que todos cuantos les rodean existen para servirles. Por su parte, jamás se les ocurriría servir a otros. Pero cuando Hideyoshi le hablaba de esa manera, incluso Nobuo era capaz de concebir algo más grande que su propio interés.

Así pues, al cabo de varios días sugirió que él mismo actuaría como mediador entre Hideyoshi e Ieyasu. Ésa era su responsabilidad natural, pero no había pensado en arrogársela hasta que Hideyoshi se la sugirió.

—Si acepta nuestras condiciones, le perdonaremos su acción armada como deferencia a vuestro manejo de la situación.

Hideyoshi estaba adoptando la postura de un vencedor, pero quería transmitir las condiciones de paz por boca de Nobuo.

Las condiciones eran que el hijo de Ieyasu, Ogimaru, sería adoptado por Hideyoshi y que el hijo de Kazumasa, Katsuchiyo, y el de Honda, Senchiyo, serían entregados como rehenes.

Aparte de la destrucción de las fortificaciones, la división de tierras convenida anteriormente por Nobuo y la confirmación del statu quo por el clan Tokugawa, Hideyoshi no se proponía más cambios.

—Estoy un tanto resentido porque no es posible retirar fácilmente al señor Ieyasu, pero puedo soportarlo por el mantenimiento de vuestro honor. Y puesto que habéis decidido encargaros de esta tarea, sería penoso retrasarla demasiado. ¿Por qué no enviáis un mensajero a Okazaki en seguida?

Tras recibir estas instrucciones, aquel mismo día Nobuo envió como representantes a dos de sus servidores veteranos a Okazaki.

Las condiciones no podían ser consideradas severas, pero cuando las supo, incluso Ieyasu tuvo que recurrir a sus reservas de paciencia.

Aunque se hablaba de la adopción de Ogimaru, en realidad sería un rehén. Y enviar a los hijos de servidores veteranos a Osaka era claramente una admisión de derrota. Aunque sus servidores estaban irritados, Ieyasu se mantuvo en calma a fin de Okazaki lo estuviera también.

—Acepto las condiciones y os pido que os encarguéis del asunto —replicó a los enviados.

Los enviados fueron y vinieron varias veces. Entonces, el día veintiuno del undécimo mes, Tomita Tomonobu y Tsuda Nobukatsu llegaron a Okazaki para firmar un tratado de paz.

El día doce del duodécimo mes, el hijo de Ieyasu fue enviado a Osaka, acompañado por los hijos de Kazumasa y Honda. Los guerreros que despidieron a los rehenes se alinearon a lo largo de las calles y lloraron. Su acción en el monte Komaki, una acción que había estremecido temporalmente a toda la nación, había terminado así.

Nobuo llegó a Okazaki el día catorce, hacia fines de año. Y se quedó allí hasta el veinticinco. Ieyasu no dijo una sola palabra desagradable. Durante diez días agasajó a aquel hombre afable cuyo destino era tan evidente, y luego le envió de nuevo a casa.

\* \* \*

Llegaba su fin el undécimo año de la era Tensho. Los sentimientos de la gente con respecto al cambio de año eran muy numerosos. Entre las cosas que sentían agudamente figuraba la certidumbre de que el mundo había cambiado. Sólo había transcurrido un año y medio desde la muerte de Nobunaga, el décimo año de Tensho, y todo el mundo estaba sorprendido por la rapidez con que se habían producido unos cambios tan vastos.

La posición exaltada, la popularidad y la misión que antes pertenecieron a Nobunaga, se habían convertido velozmente en posesiones de Hideyoshi. La liberalidad del carácter de Hideyoshi estaba en consonancia con los tiempos y ayudaba a crear sutiles relaciones y avances en la sociedad y el gobierno.

Al observar las tendencias de la época, incluso Ieyasu no podía evitar reprenderse a sí mismo por la estupidez de remar contra corriente. De los hombres que se habían opuesto a la marcha de la fortuna, ninguno había escapado con vida desde tiempo inmemorial, como él sabía muy bien. En la base de su pensamiento estaba la regla cardinal de que el observador debe distinguir entre la pequeñez del hombre y la vastedad del tiempo, y en no ofrecer resistencia al hombre que se ha adueñado de la época. Así pues, a cada paso dejaba que Hideyoshi llevara la iniciativa.

En cualquier caso, el hombre que recibía al Año Nuevo en la cúspide de su prosperidad era Hideyoshi, que ahora contaba cuarenta y nueve años. A los cincuenta, al cabo de un año, estaría en el apogeo de su madurez.

El número de los invitados para celebrar el Año Nuevo era muchas veces superior al del año anterior y, vestidos con sus mejores galas, llenaron el castillo de Osaka, trayendo consigo la sensación de la primavera que estaba cercana.

Ieyasu, naturalmente, no acudió, como tampoco un pequeño número de señores provinciales, por consideración a él. Además, incluso ahora ciertas fuerzas censuraban a Hideyoshi y se apresuraban a hacer preparativos militares y reunir datos secretos. Esos hombres también se abstuvieron de atar sus caballos ante el portal del castillo de Osaka.

Hideyoshi observaba todo eso mientras seguía saludando a un invitado tras otro.

En el segundo mes del año, Nobuo acudió a visitarle desde Ise. Si se hubiera presentado en Año Nuevo con todos los demás señores provinciales, habría sido como si hiciera una visita de Año Nuevo a Hideyoshi, lo cual habría estado por debajo de su dignidad. O así era como él razonaba.

Nada era más fácil que satisfacer la presunción de Nobuo. Empleando la misma cortesía que cuando

se arrodilló ante él en Yadagawara, Hideyoshi hizo gala de una perfecta sinceridad en su cordial bienvenida. Nobuo pensó que las palabras de Hideyoshi en Yadagawara no habían sido mentira. Cuando salieron a colación los rumores sobre Ieyasu. Nobuo criticó el carácter calculador de aquel hombre creyendo que eso agradaría a Hideyoshi, pero éste se limitó a asentir en silencio.

El segundo día del tercer mes, Nobuo regresó muy contento a Ise. Durante su estancia en Osaka había tenido noticia de que le habían investido con un título cortesano, gracias a los buenos oficios de Hideyoshi. Nobuo permaneció en Kyoto unos cinco días y recibió las felicitaciones de muchos visitantes. Le parecía que el sol no podría levantarse si no fuera por Hideyoshi.

El trasiego de señores provinciales que iban y venían de Osaka durante el Año Nuevo, y las actividades de Nobuo en particular, fueron comunicados con detalle a Hamamatsu. Sin embargo, Ieyasu no podía hacer más que observar desde el margen cómo Hideyoshi había apaciguado a Nobuo.

# Epílogo

Entre la primavera y el otoño de aquel año, Hideyoshi envió barcos al sur y caballos al norte en sus campañas para dominar el país. El noveno mes regresó al castillo de Osaka y empezó a supervisar la administración interna y los asuntos exteriores del imperio.

De vez en cuando volvía la vista hacia las montañas que había escalado para llegar hasta allí, y en tales momentos no podía dejar de felicitarse por la primera mitad de su vida. El próximo año cumpliría cincuenta, la época en que un hombre reflexiona sobre su pasado y se ve obligado a pensar en su próximo paso.

Luego, como era humano y estaba sujeto a las pasiones carnales más que la mayoría de los hombres, era natural que por la noche reflexionara en esas pasiones que habían gobernado su vida en el pasado y seguían haciéndolo en el presente, y se preguntara adonde le conducirían en el futuro.

«Es el otoño de mi vida. No me quedan muchos meses de mi año cuarenta y nueve.»

Al comparar su vida con la ascensión de las montañas, tenía la sensación de estar mirando abajo, hacia las estribaciones, tras haber llegado casi a la cima.

Se cree que la cima es el objeto de la escalada. Pero su verdadero objeto, la alegría de vivir, no está en la misma cumbre, sino en las adversidades sufridas durante la escalada. Hay valles, riscos, arroyos, precipicios y resbaladeros, y al caminar por los senderos empinados, el escalador puede pensar en no ir más allá, o incluso en que morir sería mejor que seguir adelante. Pero reanuda su lucha con las dificultades que tiene ante sí, y cuando por fin es capaz de mirar atrás y ver lo que ha superado, descubre que ha experimentado realmente la alegría de vivir en todos los caminos de la vida.

¡Qué aburrida sería una vida carente de la confusión de numerosas digresiones o de luchas difíciles! ¡Qué pronto un hombre se cansaría de vivir si sólo caminara apaciblemente por un sendero llano! Al final, la vida de un hombre es una serie continua de penalidades y luchas, y el placer de vivir no reside en los breves espacios del descanso. Así Hideyoshi, que nació en la adversidad, llegó a la madurez cuando actuaba en medio de ella.

\* \* \*

El décimo mes del año catorce de la era Tensho, Hideyoshi e Ieyasu se reunieron en el castillo de Osaka para celebrar una histórica conferencia de paz. Aunque no había sido derrotado en el campo de batalla, Ieyasu cedió de todos modos la victoria política a Hideyoshi. Dos años antes, Ieyasu había enviado a su hijo como rehén a Osaka, y entonces tomó por novia a la hermana de Hideyoshi. El paciente Ieyasu esperaría su oportunidad..., tal vez el pájaro aún cantaría para él.

Tras un gran banquete para celebrar la paz establecida con el más fuerte de sus rivales, Hideyoshi se retiró a los aposentos interiores del castillo, donde con sus servidores de más confianza celebró su victoria con numerosas tazas de sake. Horas después, Hideyoshi se levantó tambaleante y dio las buenas noches a sus acompañantes. Avanzó lentamente y dando traspies por el corredor, un hombre bajo y de cara simiesca, rodeado por sus damas de compañía, casi oculto por las sedas pintorescas y susurrantes de sus kimonos de múltiples capas. La risa de las mujeres se oía a lo largo de los dorados pasillos mientras

conducían al lecho a la diminuta figura del dirigente supremo de Japón.

\*

\*

\*

En la docena de años de vida que le quedaban, Hideyoshi consolidó su dominio de la nación, acabando para siempre con el poder de los clanes de samurais. Su mecenazgo de las artes creó una opulencia y una belleza que pasarían a la posteridad como el Renacimiento japonés. El emperador le concedió un título tras otro, primero el de kampaku, luego el de taiko. Pero los sueños de Hideyoshi no terminaban en la orilla del mar. Sus ambiciones iban más allá, a las tierras en las que soñaba en su infancia, el reino de los emperadores Ming. Sin embargo, los ejércitos del taiko no lograrían conquistar esas tierras. El hombre que jamás dudó de que podría utilizar cada revés para sus propios fines, que podría persuadir a sus enemigos para que fuesen sus amigos, que incluso era capaz de lograr que el pájaro silencioso deseara cantar una canción elegida por él mismo... al final tuvo que ceder a una fuerza mayor y a un hombre más paciente, pero dejó un legado cuya brillantez se mantiene todavía como el recuerdo de una edad dorada.

# Notas

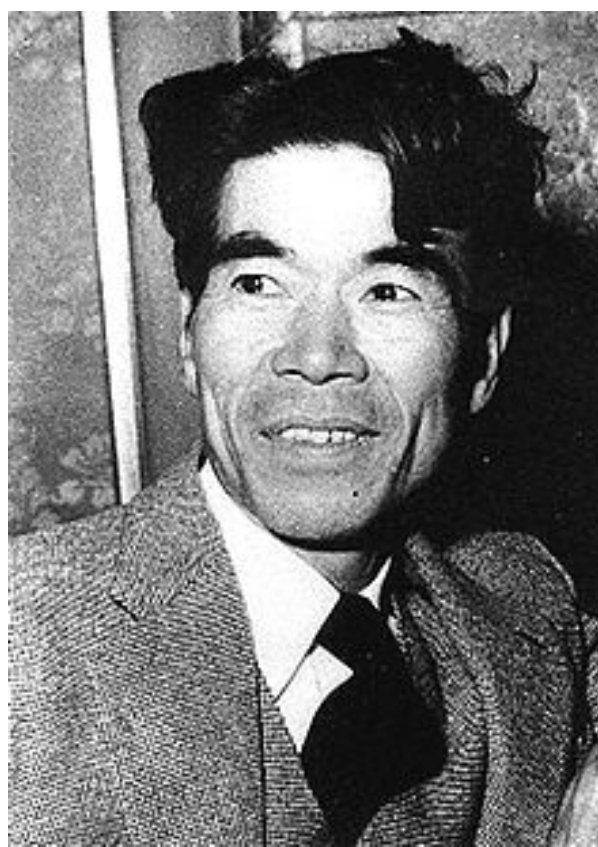
[1] Kammu Termo, nombre postumo de Yamabeshinno (736-805 d. de C), hombre de carácter independiente que, probablemente para sustraerse a la influencia de los monjes budistas, abandonó Nara y trasladó la capital imperial a Yamashiro. (N. del T.) <<



[P1] Publicada en cinco volúmenes en esta misma editorial. <<

[P2] En la novela que presentamos, resulta significativo cómo se recrean con todo lujo de detalles determinados rasgos del personaje (por ejemplo, la devoción por su madre) y, comparativamente, se obvian otros que podrían resultar reprobables (el abuso de la bebida o la promiscuidad). <<

[P3] Se puede entender fácilmente cómo se traduce el carácter marcial de la obra al ámbito moderno recordando la máxima del hombre de negocios japonés, según la cual los negocios deben ser planteados en los mismos términos que la guerra. <<



EIJI YOSHIKAWA, (吉川 英治 *Yoshikawa Eiji*, 11 de agosto de 1892—7 de septiembre de 1962) fue un novelista histórico japonés, probablemente uno de los mejores y más famosos autores del género. De entre sus más conocidas novelas, muchas son revisiones de obras anteriores. Fue influenciado principalmente por clásicos como *Heike Monogatari*, *Genji Monogatari*, *Outlaws of the Marsh* y *El Romance de los Tres Reinos*, muchos de los cuales fueron posteriormente narrados por él. Por ejemplo, Yoshikawa tomó el manuscrito del *Taiko*, de aproximadamente 15 volúmenes, para luego narrarlo en un lenguaje más sencillo y comprensible. Sus otros libros también tienen propósitos similares y, aunque muchas de sus novelas no son originales, creó una gran cantidad de obras y un renovado interés en la historia pasada. Fue premiado con el Cultural Order of Merit en 1960 (el mayor premio para un hombre de letras), el Order of the Sacred Treasure y el Mainichi Art Award justo antes de fallecer de cáncer en 1962. Es reconocido como uno de los mejores novelistas históricos de Japón e incluso del mundo en su totalidad.

Nació con el nombre de Hidetsugu Yoshikawa (吉川英次 *Yoshikawa Hidetsugu*) en la prefectura de Kanagawa, en lo que ahora forma parte de Yokohama. A causa del negocio fracasado de su padre, tuvo que abandonar la escuela primaria para trabajar con 11 años. Con 18, tras un grave accidente de trabajo en los muelles de Yokohama que casi le cuesta la vida, se trasladó a Tokio y se convirtió en aprendiz en un taller de lacado. Sobre esta época comenzó a interesarse en el cómic haiku. Se unió a una sociedad de poesía y comenzó a escribir cómic haiku bajo el pseudónimo de *Kijiro*.

En 1914, con *Relatos de Enoshima*, ganó el primer premio en un concurso de escritura de novelas patrocinado por la editorial Kōdansha. Se unió al periódico *Maiyu Shinbun* en 1921, y en el siguiente año comenzó a publicar sus series, comenzando con *La Vida de Shinran*.

En 1923 se casó con Yasu Azukawa, en el mismo año en que sucedió el Gran Terremoto de Kantō. Su experiencia en el terremoto afianzó su resolución de hacer de la escritura su carrera. En los años

siguientes publicó historias en diferentes publicaciones periódicas de Kodansha, que lo reconoció como su autor número uno. Utilizó 19 pseudónimos de escritor antes de adoptar el nombre de Eiji Yoshikawa. La primera vez que usó este nombre fue con la serie *Sword Trouble, Woman Trouble*. Su nombre se convirtió en una palabra de uso común tras la serialización de *Secret Record of Naruto* en el *Osaka Mainichi Shinbun*. Desde entonces, el apetito del público por su estilo de escritura épica era insaciable.

A principios de la década de 1930, su estilo se volvió introspectivo, reflejando los crecientes problemas que había en su vida personal. Pero, en 1935, con la serialización de *Musashi* en el *Asahi Shinbun* sobre el famoso espadachín Miyamoto Musashi, su estilo se afianzó en el género de la ficción épica histórica.

Tras el estallido de la Segunda Guerra Sino-japonesa contra China en 1937, el periódico *Asahi Shinbun* lo envió al campo de batalla como corresponsal. Durante este tiempo, se divorció de Yasu Akazawa y se casó con Fumiko Ikedo. Durante la guerra continuó escribiendo novelas y recibió algunas influencias de la cultura china. Entre las obras realizadas en este periodo se encuentran *Taiko* y su narración de *El Romance de los Tres Reinos*.

Al final de la guerra, dejó de escribir y se retiró, estableciéndose en Yoshino (actualmente Oumeschi) a las afueras de Tokio, pero pronto comenzó a escribir de nuevo, en 1947. Sus trabajos de la posguerra incluyen *Nuevo Relato del Heike*, publicado en el semanario *Asahi* (1950), y *A Private Record of the Pacific War* (1958)...

En España fueron publicados las sagas de *Musashi* y de *Taiko* por la editorial Martínez Roca, en cinco volúmenes cada una, son ediciones casi imposibles de encontrar hoy en día, y en la cual se basa esta edición en ePub. Recientemente una nueva editorial, Quaterni, a comenzado a rescatar estas obras del olvido publicando de nuevo en castellano la saga de *Musashi* en 3 volúmenes y la saga de *Taiko* en 2 volúmenes.